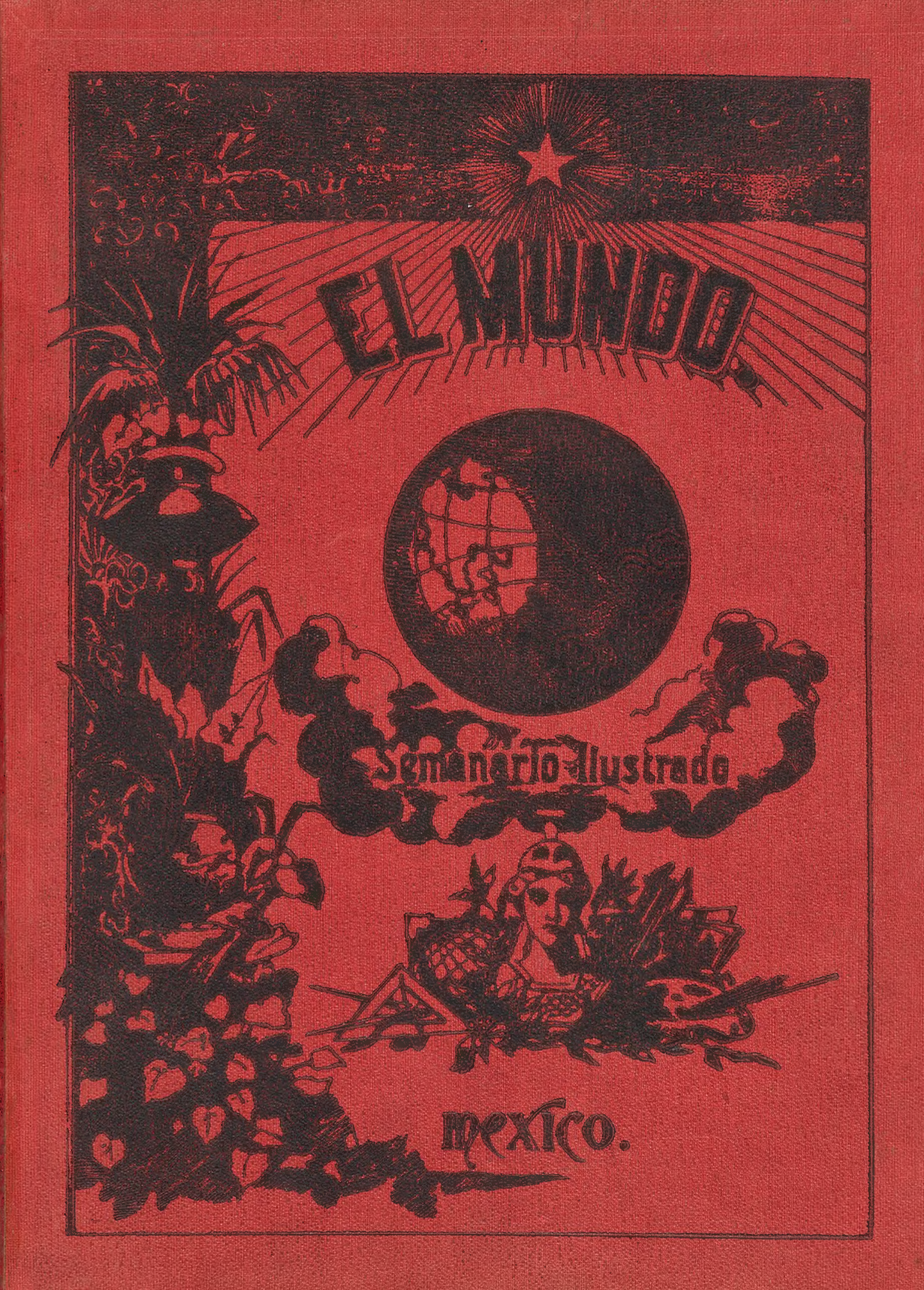
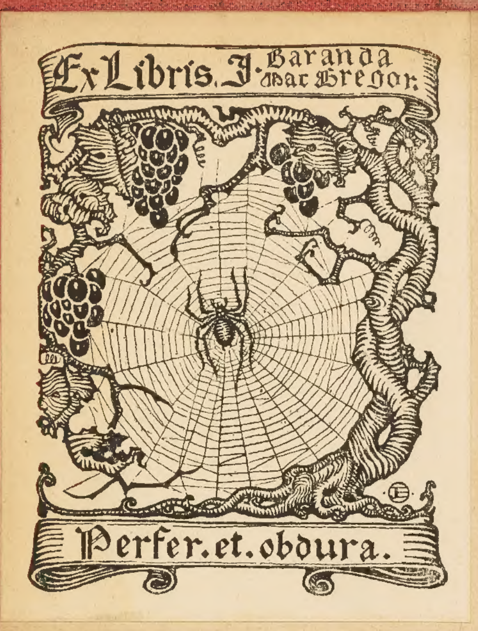
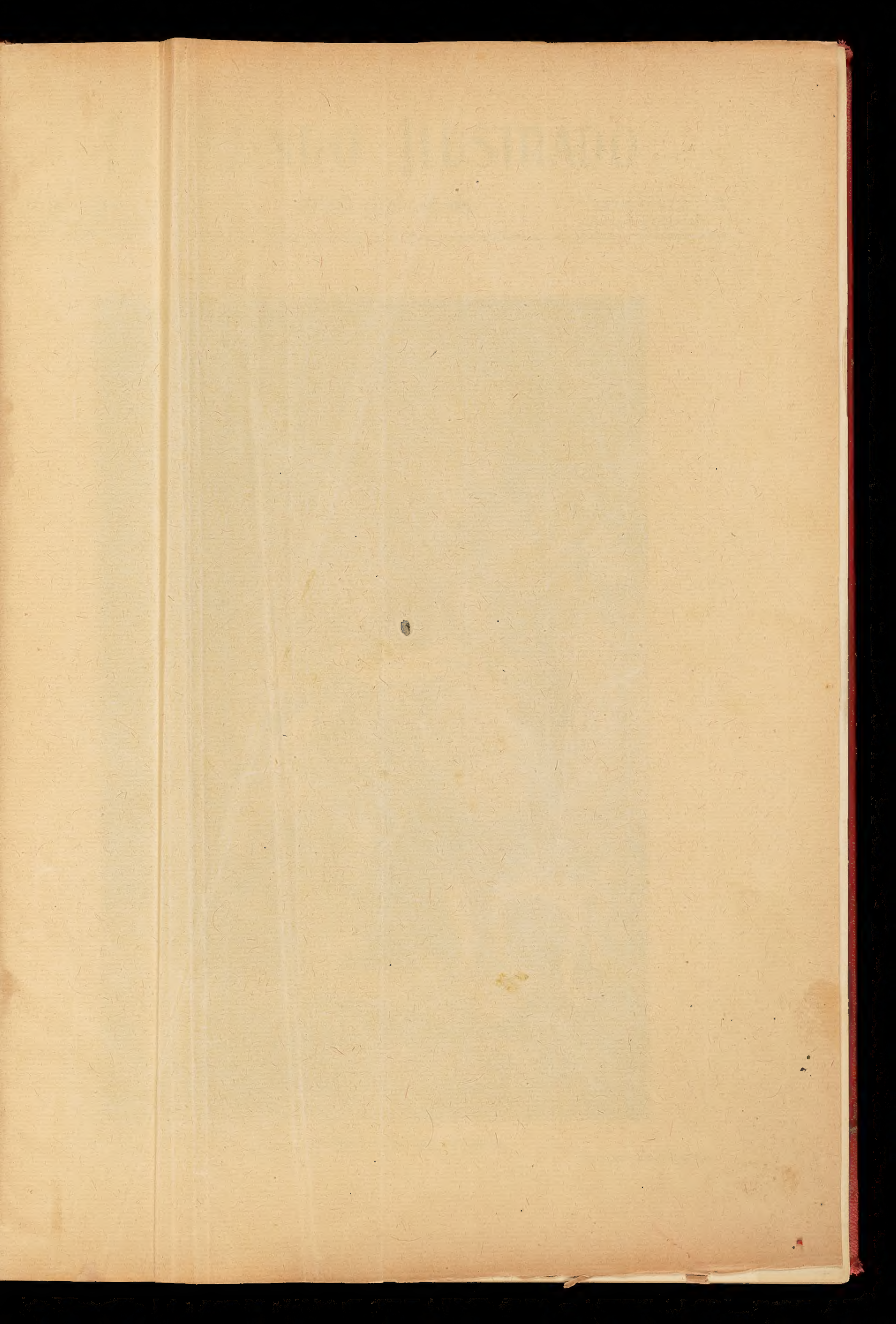
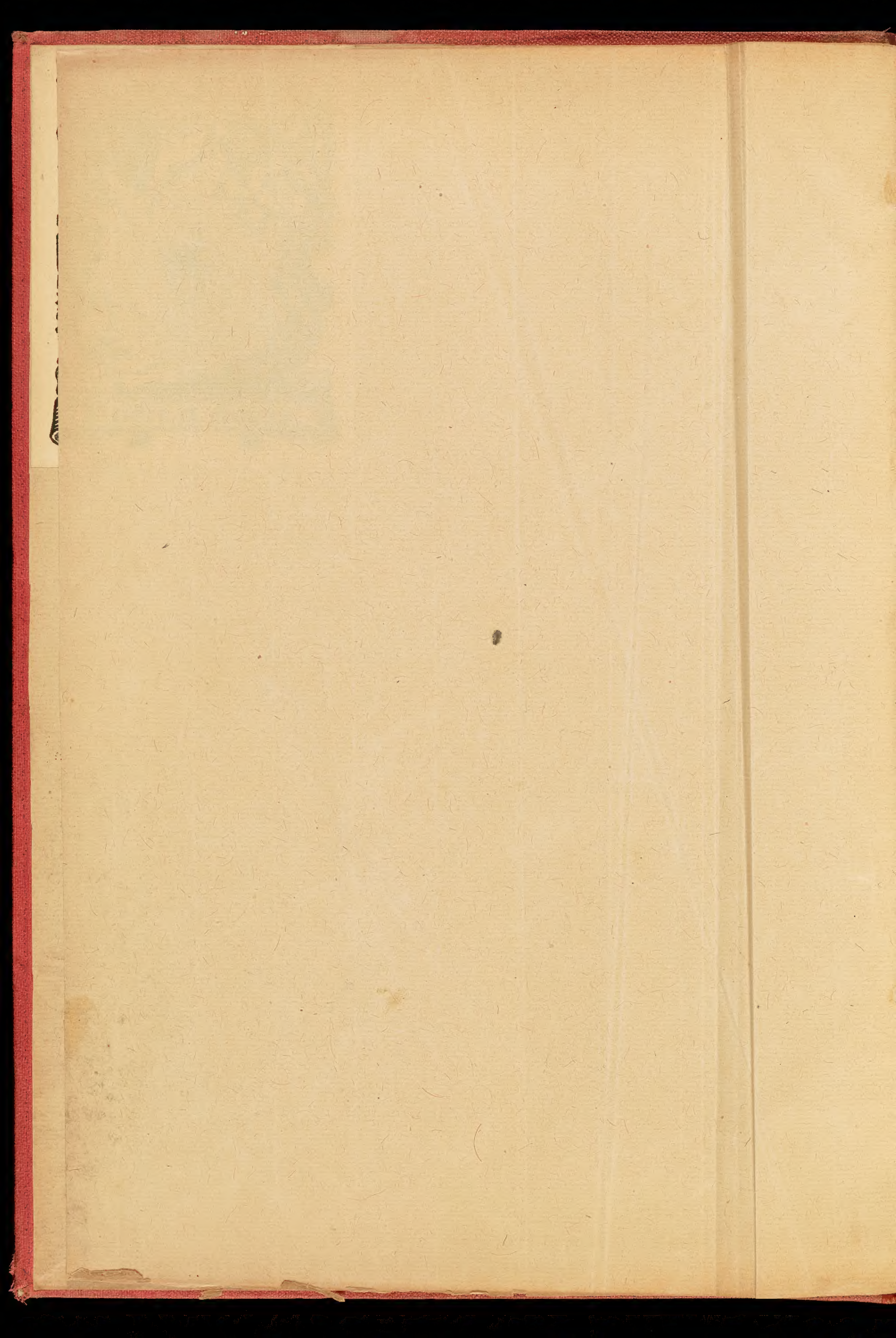

EL MUNDO.
Semanario Ilustrado
MEXICO.


Ex Libris. J. Baranda Mac Gregor.
Perfer. et. obdura.





El Mundo Ilustrado

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 1. MÉXICO, JULIO 6 DE 1902. Subscripción mensual foranea, $ 1.50 Idem. Idem. en la capital, „ 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



UNA LECCIÓN DE GUITARRA

(De la colección Hillebrand).

La voluptuosidad del dolor.

Pocas paradojas hay comparables á la que consiste en afirmar que puede haber placer en el dolor, goce en la tortura y voluptuosidad en el sufrimiento.

Hay tal antagonismo entre gozar y sufrir, tal contradición entre reir y llorar, entre ser feliz y ser desgraciado, como la hay entre el paraíso y el infierno, y tal parece que el aguijón excluye la caricia tan completamente como la noche al día y como el odio al amor.

No obstante; á juzgar por lo que se ve, tal parece que esa incompatibilidad no existe y que son compatibles el placer y la pena y que en ocasiones la pena misma es un placer.

Excluyamos, desde luego, las cosas en que el sufrimiento actual es una condición de placer futuro, un medio de alcanzar, de conquistar satisfacciones mayores y más duraderas. El anacoreta que se condena en esta vida al ayuno y á la soledad y á la penitencia para gozar en la otra de los éxtasis infinitos y de las supremas fruiciones del paraíso; el ambicioso de gloria que se impone privaciones y sacrificios con tal de pasar á la posteridad cubierto de lauros; el codicioso que brega, sufre, lucha y se afana para llegar á la riqueza; la coqueta que se cincha y se faja, que calza el borceguí del tormento y se arruina en aras de la moda, todos estos seres son comprensibles y explicables. Sufren porque el sufrimiento que se imponen es condición de los goces que codician, y pagan con dolores actuales los placeres futuros á que aspiran.

Así concebido, el dolor es una necesidad á la que nos sometemos á la fuerza, y, como el trabajo para la mayoría de los hombres, el sufrimiento no es más que una condición «sine qua non» de nuestra subsistencia y de nuestro bienestar.

Pero en ocasiones, y muy frecuentes por cierto, encontramos personas para quienes el sufrir parece tener un encanto especial, intrínseco, independiente de los goces que á costa de él se puedan alcanzar. Estas gentes buscan el dolor, lo anhelan, se lo procuran, lo fomentan, sin necesidad imperiosa, sin que nadie ni nada las obligue á sufrir y sin esperanza mayor de alcanzar por su medio satisfacción alguna.

Yo me pregunto y cualquiera puede preguntarse: ¿por qué y para qué el archimillonario Morgan, por ejemplo, en vez de vivir apacible y tranquilo, gozando de sus rentas, sembrando en torno suyo el bien, consagrado á la familia, al arte, á la caridad, se mete en el lío de fundar trusts colosales, se echa encima una labor inmensa, disgustos sin cuento, desazones infinitas, inquietudes y angustias sin término? ¿por qué se condena á los días sin hambre y á las noches sin sueño, á la enfermedad crónica y al mal humor persistente?

El legendario, hombre excelente cuanto jugador empedernido, solía dormir en una covacha después de haber desmontado una partida, y practicaba el principio de «más vale perder que dejar de jugar». Ahora bien, jugar sin ganar de hecho ó sin la esperanza de ganar, es pura y simplemente someterse á la más tonta de las torturas y á la más congojosa de las angustias.

Conozco ebrios que hacen al licor los gestos de repugnancia más abominables, que á cada copa tosen, escupen, sienten náuseas y trasudores; que una vez ebrios, ven fantasmas y visiones terroríficas; que después de la embriaguez caen en cama, sufren insomnios, gastralgias y mil achaques más, y que, sin embargo, nunca están en su juicio y no hacen más que beber.

Los hipocondriacos saben mejor que nadie que ver enfermos, oir hablar de enfermedades ó leer descripciones de ellas, es bastante para que en el acto se sientan acometidos del mal en cuestión, sientan todos sus síntomas, experimenten todas sus manifestaciones; lo que no quita que nada les deleite más, ni nada busquen, provoquen ó se procuren con más afán que conversaciones ó lecturas de clínica trascendental ó de patología terrorífica. Yo he conocido una que, gorda, rozagante, sazonada como un fruto y fresca como una flor, se sometía sistemáticamente y por diletantismo á las delicias del vejigatorio, á los éxtasis del sedal y á los refinados goces de la cauterización puntuada.

Un amigo mío, orador, sufre las penas del infierno cada vez que aborda la tribuna; siente vergüenza, angustia, miedo al ridículo, terror pánico de ser silbado; lo que no le impide prodigarse, perorar, brindar en todas partes, á todo trance y á troche y moche.

Cosa semejante he visto en soldados á quienes el combate inspira profundo terror y que lo afrontan y provocan en cuanto pueden; en duelistas que van al terreno como el día en que los han de enterrar y que gustan de tener «lances de honor»; en artistas dramáticos que sufren la pena negra entre bastidores, y que trabajarían de balde con tal de no dejar de representar, y tal sucede con otra multitud de personas.

El columpio, las montañas rusas, la escarpoletta mágica, el chile picante, el volador, etc., etc., no son más que aparatos de tortura que el público reputa instrumentos de placer.

Ante estos hechos, cuya explicación hemos de buscar algún día y de los que todos tenemos una colección en nuestra experiencia y hasta en nosotros mismos, preciso es convenir en que el dolor no excluye necesariamente el goce, y que puede haber voluptuosidad en el sufrimiento. No es ésta más que una de tantas contradicciones de que está hecha la naturaleza humana.

Dr. M. Flores.

HOJA DE ALBUM

Para una Artista.

I

Tú pasas.—Y el poeta, reverente,
que, cual tú, marcha en pos de la conquista
de la gloria, te mira; y en tu frente
ve un áureo nimbo, y dice:— «¡Salve, artista!»
«¡Inspirada, detente.»
«Dame tu amor y tu dolor; tu llanto
«y tu risa; tu cólera y tu calma;
«necesito tu canto;
«necesito tu alma.
«Interpreta los sueños; interpreta
«fábulas dolorosas ó joviales;
«la multitud te aclama, y yo, poeta,
«deshojo ante tus pies mis ideales.»

II

Tú pasas.—Y el galán que va á tu lado,
sediento de placer y de pecado,
contempla tu figura voluptuosa,
y te dice:—«Yo estoy enamorado,
«¡Salve, mujer hermosa!»
«Detén el paso, y buscaré la muerte
«en tí.—Sopla en la lámpara del Arte,
«porque quiero en la sombra poseerte,
«en tus labios de Erígone, beberte,
«y en tus formas de Venus, comulgarte.
«Dame tu amor y tu dolor, enojos,
«penas y goces de tu vida loca;
«necesito tus ojos;
«necesito tu boca.
«Mi juventud se vuelve en tu presencia,
«adoración, caricia y embeleso;
«te daré mi existencia
«desleída en un beso.»

III

Tú pasas......
—¿Ves? Y los cariños ciertos
salen á recibirte, recatados,
con los labios cerrados,
con los brazos abiertos.
Y dicen:—«Ven; ¿á dónde vas, viajera?
«¿Te rindió el desengaño ó la fatiga?
«El corazón te espera,
«reposa, buena amiga.
«La vida es corta y el destino ciego;
«he aquí que ni te adulo ni te imploro.
«¡Amor!...polvo de fuego...
«¡Gloria!.. polvo de oro...
«Dame tu pena y te daré mi olvido,
«te doy mi llanto, dame tu amargura,
«y en la ánfora de tu alma, el escondido
«perfume virginal de la ternura.
«Perderás tu esplendor y tu belleza,
«todo se perderá; yo no me pierdo......
«y quedará flotando en tu cabeza
«un astro, la tristeza,
«en un nimbo: el recuerdo...»

Luis G. Urbina.

ADIOS

Eran las seis de la mañana. Una vaga neblina, como muralla gris de estaño y plomo, encapotaba la montaña y nos ocultaba el sendero, en ocasiones.

Seguíamos nuestra marcha mientras que lentamente se iban alejando los nubarrones tenebrosos.

Las brumas de la mañana, en vellones espirales, se desparramaban á lo lejos, se perseguían y revoloteaban como la humareda de un bosque incendiado.

Luego divisamos por encima de nuestras cabezas un jirón azul, y poco después el sol traspasó con uno de sus dardos de oro aquella confusa marejada de vapores.

¡Adorable destello del otoño que abrillantó el zafiro pálido y el satín blanco de las colinas!

Los rebaños acudían á las praderas, atraídos por el llamamiento monótono del pastor y el retintín cascado de los cencerros.

En las pendientes tapizadas de hierba verde, los tulipanes de octubre desperezaban friolentos sus pétalos de gasa. En las hondonadas caía una llovizna tenue, y por el azul radiante cruzaban las ondas sonoras de los campanarios distantes, como si desde ellos emprendiera su impetuoso vuelo la alegría de la mañana.

Dentro de poco abandonaré este recinto de hadas que ya no profana el ojo vulgar de los turistas; esta montaña de mi niñez, donde, ya enfermo y agobiado por el dolor de vivir, encontré nuevas fuentes de vida y juventud.

¡Mirajes de reposo y de salud en un destierro de flores! ¿Volveré á veros?

Cuando vuestros abetos ostenten de nuevo sus pirámides frescas, y las aves hayan agotado el generoso festín de los frutos invernales, tal vez el acero ó la alevosa enfermedad me hayan privado de la luz.

¡Adiós! No me envidiéis, porque, como decía el poeta Ovidio á las fronteras extranjeras, sin vosotras, mis compañeras silenciosas, regreso á la ciudad.

¡Si por lo menos pudiese llevar en mi alma algo de vuestro orgullo vigoroso, de vuestros alientos vírgenes y de vuestra desdeñosa y pacífica belleza!

LAURENT TAILHADE.

LA CITA

La noche es blanca,
como enorme asfodelo
la luna se levanta.
En la hondonada,
bajo el florón del cielo,
la lumbre es cual de plata.
En la cabaña,
los árboles del huerto
sus aromas derraman......
Bajo la palma
ondula ya el pañuelo
de la novia que aguarda.

....

Y se dilata,
y rompe el aire muerto,
el beso de dos almas..... !

JUSTO PASTOR RIOS.



MOMENTOS DE LA VIDA DE MEXICO

Anochecer.

La tarde va cerrando con lentitud el abanico de nácar que el nublado y el sol invisible fingen en la región de Occidente, y la ciudad comienza su agitación de vida nocturna.

Es preciso volver del Parque, hacer el camino lentamente en el carruaje abierto, para contemplar la quietud de los campos lejanos, para ver las últimas horas de fiebre de los paraderos de los ferrocarriles, para divertirse con los gusanillos de luz —que tal parecen los motores eléctricos que corren vertiginosos allá á lo lejos, tras de los troncos de la erecta fila de eucaliptus que limitan el camino vecinal,—y ver que de pronto cae sobre la ciudad un puñado de pedrería que deja sus cambiantes prendidos en un manto de penumbra.

Los erguidos monumentos recortan sus siluetas en un fondo de claridad indecisa; pronto las miradas se les acercan, los detalles se precisan; se contempla al indio glorioso, de cara á la ciudad, enseñando su espléndida actitud de indomable guerrero; luego el genovés, rodeado de sus frailes taciturnos; después el rey ecuestre dando el flanco á la avenida, rayada por la fila de luz de las esferas eléctricas.

Los carruajes han encendido sus linternillas y parecen insectos que vienen siguiendo con sus ojos luminosos el rumor de la ciudad. De pronto la avenida se estrecha, se ilumina profusamente; la tersura de su suelo y el fantástico feerismo de los escaparates hacen creer que aquello es un salón por el que desfilan el lujo y la alegría, en marcha á la intimidad y al descanso.

El carruaje va lenta, muy lentamente, incrustado en la fila que se mueve con ondulaciones apenas sentidas. Se toca el extremo de la avenida; aparece una explosión de movimiento bajo el vetusto portal donde la payería encuentra inocentes sorpresas y las voces de los vendimieros forman rumor en que se destaca claro, vibrante, el grito del papelero, ofreciendo el periódico de la tarde.........

El burócrata va con paso reposado rumbo al hogar, después de la labor monótona; el estudiante persigue á la costurera que abandona el taller; el «gentleman» exhibe su figura á la luz de los aparadores; pasa la pareja feliz custodiando á un enjambre de cabecitas rubias, y hay ojos que se detienen con mirada elocuente en la fiesta de rayos de las joyas heridas por las esferas incandescentes.

Acabó el día. Salta de tu carruaje, buena amiga; deja los mullidos cojines y préndete á mi brazo; vamos por entre la multitud para vivir con su vida, para alentar con sus alegrías.

El anochecer es triste en el hogar; parece que á las flores les contraría la sombra; la alegría de los bebés reyezuelos se encierra en la alcoba como en un cofre, y el silencio invade los dominios del rumor. Sí, es triste el anochecer en el hogar: junto á la mesilla del «abat-jour» no se inclinan blondas cabezas sobre la labor femenina ó sobre las páginas de la novela favorita; el piano está cerrado, el sillón donde se pasa la velada está vacío. Todo se reserva para cuando llegue la plena noche, para cuando la calle esté en silencio, para cuando el asiduo tertuliano se presente á ocupar su sitio acostumbrado.

En el silencio del amplio patio hace irrupción el ruido del pisar de los caballos y del rodar del carruaje. Llega vacío: los amos se han quedado en un elegante café tomando á pequeños sorbos una góndola de cognac.

Ya irán á casa.

La servidumbre comienza á iluminar los salones.

Luis Frías Fernández.



Fotografías de M. RAMOS.



La carretera larga, interminable, caliza, con reverberaciones de horno de calcinación, se prolongaba desesperadamente sobre la loma erizada de zarzas y sembrada de rocas, escombros de la montaña que la estación de las lluvias había lavado tenazmente.

Julián venía caminando por ella desde hacía más de seis horas...... Todavía el alba no despuntaba; las calandrias soñaban escondidas entre los hirsutos penachos de los altos cocoteros, la paloma torcaz, metida la cabeza bajo el ala para preservarse del sereno al abrigo de su tibio plumión, no pensaba en desperezarse siquiera; y ya Julián, el pobre arrapiezo, con la raída maleta al hombro, levantada la solapa de la americana atornasolada y luída por el uso, sus zapatones armados de tornillos en la suela y su sombrero de fieltro, manchado de sudor, estaba en marcha por aquellos vericuetos.

Tenía veinte años, como si dijéramos los primeros anuncios de la primavera de la vida; pero estaba tan escueto y demacrado, con tal fondo de postrimerías de juventud—¡vida que languidece falta de alma!,—que más bien tenía el aspecto de uno de esos pálidos mendiguillos de arrabal que recorren los festivales, temblando entre los labios exangües una caridad.

Contaba ya algunos días de esta cruel peregrinación; venía de muy lejos, tal vez de allende los mares.

Extenuado por la fatiga, abrumado por el sol y el polvo del camino que levantaban las bestias y carretas al pasar, y que, como un cruel sinapismo hecho tamiz, se le metía hasta dentro de sus poros abiertos y húmedos, no se permitía, sin embargo, reposo alguno. Lo azuzaba alguna sórdida inquietud, adivinada en su mirar proceloso, mitad altivo y mitad abyecto, algo de luchador temerario, y de vencido herido de muerte.

———

Llegó la noche envuelta en su gran velo de luto, y como una vieja gruñona y mal humorada que no gusta de dormir con ruidos impertinentes ni con luz, vino imponiendo silencio y dejando á obscuras este hemisferio. Pero apenas recogida en su sueño, los insectos, habitantes del musgo, salen de sus escondrijos sonando sus destempladas trompetas; las aguas del torrente, al golpearse contra las rocas, levantan vagas y dulces resonancias, y un viento ligero, pero travieso, recorriendo sembrados, sacudiendo el ramaje y atropellando descortésmente las descuidadas frondas, produce un singular rumor de hálito sensual, jadeante, febril, irregular; ora acompasado, ora silbante...como delatando un vértigo amoroso de fecundación!......... Y la obscuridad también era violada por enjambres de luceros constelados allá arriba sobre la inmensa clámide azul, y abajo por miriadas de luciérnagas, encendiendo y apagando sus soberbias esmeraldas, y jugueteando con mil vuelcos y trenzamientos á lo largo de las líneas sinuosas del arroyo.

Julián marchaba aún, menos febril, pero siempre con su gesto acre de dolor inconsolable. Ya había dejado atrás la carretera larga; su sombra movible destacábase netamente en el seno mismo de las medias tinieblas; á medias con los fulgores de las estrellas. Más de una vez había subido la colina, descendido las vertientes y atravesado las cañadas; salvando precipicios y desafiando pasos estrechos practicados en el borde de desfiladeros de granito; buscando las veredas tortuosas, borradas bajo tupidos espartizales y menudas hierbas, rompiendo ramajes y escalando cercas copadas de abrojos, había llegado por fin á «Villadorada.»

Allí se detuvo un momento reclinado sobre la balaustrada rota y cascajosa del puente, y en seguida penetró por la estrecha callejuela, provocado á cada paso por una jauría escandalosa.

———

Una de las casas estaba en plena orgía: sonaban acordes de música, choques de cristales, risas más ó menos recatadas, requiebros simples de galanteadores provincianos, y torpes declaraciones de enamorados novicios......... Había luces, vino y mujeres; calor de bujías, calor de ponches, calor de pasiones, acaso —¿por qué no?—hasta calor de besos furtivos detrás de biombos, al lado de tibores, entre abanicos de armiño y nácar.

Allí era......... no cabía la menor duda: el corredor lleno de macetas esmaltadas, la escalinata roja, las cariátides medio derruídas, sosteniendo frisos desmantelados y empotradas entre los dos diedros del frente...... Sí, allí era donde su madre lo esperaba con los brazos abiertos......... ¿Qué hacían, pues, esas gentes? ¿Qué significaba esa tertulia?

Una muchedumbre curiosa y completamente desconocida para Julián, se apiñaba delante de la puerta. ¡Cielos!...... ¿Lo habrían engañado? Pero no, una fuerza irresistible atraía su alma desde el interior de aquella casa.

—Señor, preguntó á un mocetón con aspecto de sirviente, ¿qué familia vive aquí?

—Don Ricardo, su esposa y tres hijas que, después de mi encantadora Rosa, son las flores más lindas y lozanas del pueblo.

—Y sin embargo, las señas son precisas, aquí es; pero ¿no habita aquí una señora María Luna?

—Habitaba, amiguito...... ¡María Luna ha muerto!... .. Ayer mismo fué enterrada; yo fuí uno de los que prestó su hombro para cargar el ataúd hasta el cementerio. ¡Vaya! á no ser por mi Rosa, que la quería tanto y que vendió unos aretes de oro que tanto la agraciaban, para pagar su sepultura, la pobre abuelita hubiera ido á la fosa común.

Julián ahogó un sordo gemido y sintió una ola de amargura llegar á estrellarse contra su corazón; luego murmuró con la boca llena de hiel:

—¡Tan pobre era!

El lo sabía bien, él que era su único amparo, su sola esperanza.

Por el rostro atrabiliario de Julián, corrieron dos lágrimas; y con tal dolor expresó que se sentía fatigado y quería descansar, que su interlocutor, solícito, lo llevó de allí, dando un rodeo á la casa, y penetraron á un jardín fuertemente saturado de perfume de jazmines y madreselvas, hasta llegar á una especie de pabellón, al que entraron. Allí prosiguió su conversación:

—Soy jardinero de esta casa, que mis amos acaban de alquilar, lo cual festejan ahora con ponches y música.

Me asignaron esta habitación, que fué la suya; la encontré así, con estos mismos objetos, que le pertenecieron y que tengo orden de tirar ó de quemar. Los dueños se la habían dado á cuidar, y por caridad también, pues según sé, era ya muy anciana y padecía algunos males físicos que le impedían trabajar, le pasaban algunos subsidios miserables para vivir, y eso que tenía un hijo joven é inteligente que bien hubiera podido sacrificarle algunos de sus recursos.

Los dueños marcharon hace poco á un viaje largo y la encargaron á un sobrino de ellos, don Manuel; pero éste hizo maldito el caso del caritativo encargo; cuando le dieron la noticia de que la señora estaba enferma, se encogió de hombros é indicó que se mandara al hospital.

Fué una niña de catorce abriles—siguió diciendo—la única que le prodigó algunos socorros y la acompañó hasta los momentos de su muerte.

Ah! pobre Rosa mía; es tan buena y la quería tanto!...... Me platica, con la más honda tristeza, que durante su enfermedad, hasta en sus postreros instantes, hablaba de su hijo Julián, llenándolo de elogios; decía llorando que siempre había sido un hijo modelo, pero que una malvada comedianta se lo había robado, enamorándolo locamente y llevándoselo quién sabe á qué tierras lejanas, sin haber vuelto á saber de él hacía un año.

Apenas podía Julián contener el llanto; miraba en torno suyo y cada objeto le lanzaba un reproche al corazón. Su madre, á quien había amado tanto, muerta en la miseria, en la indigencia, en la mendicidad; aislada y desvalida...... Allí estaba, tibia aún, la pavesa de la lámpara que tenía encendida á toda hora delante de su Sagrado Corazón de Jesús, para que se lo cuidara, para que lo librara de la muerte, para que se lo trajera pronto. Oh! ella creía firmemente que volvería; lo soñaba todas las noches, ya á su lado, cantándole, tocándole en la guitarra aquella mazurka tan triste; ya colgándole calendarios, alineando los retratos en los dos tarjeteros viejos, leyéndole la «Sor Filomena de Goncourt», que tanto la conmovía, y sus propias rimas, que la hacían enjugar lágrimas de orgullo; ya podando y trasplantando geranios en macetas nuevas y arreglando algunas varillas rotas de la jaula del clarín cantador...... La imagen sorda comenzaba á cubrirse de polvo y parecía mirar tristemente hacia el lecho vacío. Allí, reclinada sobre la pared, como la dejó al salir de misa el último día, estaba la pequeña silla portátil de iglesia, que él le compró de su primer sueldo...... Todo estaba allí inmóvil, silencioso, como aguardando la vuelta de su dueño.

—Mire usted, le decía el jardinero adivinando tal vez sus pensamientos. Aquí está su baúl. Rosa me encarga que lo cuide mucho mientras manda por él; y comenzó á sacar de allí prendas y objetos: aquí está su vestido negro de franela que su hijo le envió á poco de marcharse,......éstas son las pantuflas de su uso,......los anteojos,......los dos devocionarios,......el rosario de concha,......el paquete de cartas de ese Julián,...esta camisa manchada de sangre fué también de él, una ocasión que lo llevaron dos amigos á su casa con una herida en el pecho que por poco le cuesta la vida á ella. ¡Oh! cuánto habrá sufrido la pobre, para que Rosa llore y se entristezca ca.

da vez que me lo platica y es diez veces al día lo menos. A ella le dejó el retrato de su hijo, de ese mal hijo que abandonó á su pobre madre; se lo dió para que si lo reconocía alguna vez, le dijera que no se había olvidado de bendecirlo antes de expirar, para que fuera dichoso; que le rogaba que fuera bueno, que le dejaba su último......que sé yo cuántas otras cosas que la pobre ya no pudo decir. Murió, y aun tenía el retrato en la mano crispada...!

Julián estaba pálido, convulso, una angustia infinita hacía vibrar su alma, y cernía todos sus músculos en un mortal desasosiego. Y entretanto. el vals agudo, vibrante, poblaba el ambiente con sus últimos lánguidos acordes, entremezclados á la vocinglera turba de los convidados.

Qué mundo de pensamientos, de recuerdos de niñez y de felicidad se habían despertado en su cerebro, exaltado por el dolor y debilitado por el hambre? ¿Qué besos y qué halagos maternales lo habían vuelto á acariciar?...... ¡Quién sabe! Pidió agua y salió de prisa como un demente, pero á los pocos pasos sintió que una enorme montaña le oprimía los pulmones sin dejarlo respirar, y llevándose la mano al pecho, después de pronunciar á media voz ¡madre mía!, aflojados sus nervios, dió su cuerpo contra el duro pavimento de la calle.

Al día siguiente, una hermosa joven de 14 abriles, vestida de muselina color de lila, con una guirnalda de frescas adelfas en el pelo de oro tostado, de mirar dulce y tez sonrosada, con un retrato en la mano, juraba llorando al alcalde que Julián no era un malhechor, y fué puesto en libertad.

Fué en vano que Rosa luchara por retenerlo, que la fiebre devorara su carne; Julián sentía ansia de locomoción, sed de fatiga...... Besó su mano y se alejó llorando por la carretera larga, interminable, caliza, cuyas líneas se perdían sobre la loma erizada de zarzas!

Ismael Magaña.

BECQUER

He asistido á una evocación que se hizo en mi espíritu casi carne y alma, en una antigua posesión jesuítica.

Acabábamos de cruzar la única nave de la iglesia, para ver su atrio. Los viejos ladrillos agrietados, se erizaban de musgos, dentro de un parapeto en semicírculo. A veinte metros, una ranchería ruinosa, vivienda de antiguos esclavos, envejecía á la sombra de algarrobos seculares. Nos detuvimos al pie del templo.

Los techos de teja remedaban calados góticos de firme y burdo dibujo. en el aire sutilizado de la tarde.

Las ojivas con láminas de cera, cubiertas del polvo empedernido de los años; las torres unidas por anguloso puente descascarado; los esquilones sin lengua, rotos y verdeantes, acrecían la soledad desamparada del paisaje. Desde el atrio se veía el valle, cerrado por sierras de violento perfil al oeste, y al este empenachadas de fraguas de oro, con humos, chispas y rayos, que se perdían en las sombras arboladas de las bases.

El espíritu, angustiado por la tristeza llena de pensamientos que exhalaba el templo meditabundo, quería fundirse como una nube en la sublime serenidad del ambiente!

Una acequia de diáfano raudal, con voz acariciadora, corría serpeante, y como voz de la tarde evocaba el «Angelus» de los antiguos indígenas.

Nos deslizamos después al cementerio que tenía uno de sus lados en la pared del templo.

Dos ángeles de tosca madera presidían la vegetación espontánea del recinto, y varias tumbas como cilindros truncos, asomaban á flor de tierra..

El aire parecía inmovilizado en el misterio del silencio, y la paz descendía del color del cielo, resbalando sobre los árboles, que asomaban por las tapias.

Las cruces herrumbrosas imploraban con la voz de la piedad á los hombres de fe y á los poetas con la voz del misterio.

Todas aquellas cosas pensativas, hablaban de un secreto no revelado, clamando por espíritu para vivir y ritmos para volar...... ¿Quiénes eran aquellos que yacían allá en el polvo, sin un epitafio, sin un recuerdo de sus vidas, viviendo tan en la muerte?

Alcé los ojos al templo, y todo se armonizaba en una frase de tristeza misteriosa; las cruces, los ángeles, las piedras, eran versos de la leyenda ignorada. Y una imagen de alta frente, hecha para anidar fantasmas brillantes, de ojos meridionales poblados de ensueños, con la boca plegada en un gesto de amargura, y el pelo negro y el rostro pálido, pasó delante de mí como diciendo:

—Yo tengo la palabra del conjuro.

¡Oh! visionario enfermo, desconocido cuando amabas y sufrías, glorioso cuando dormías á la sombra de la cruz, inmenso por los gérmenes del mundo que te llevaste. Por ti las hojas del otoño dicen un diálogo que llora; por ti los claros del bosque forjan fantásticas mujeres en las noches de luna; no hay hiedra que no te nombre, y no hay ruina que no te evoque á ti que supiste alegrarlas como un pájaro.

Así dije, y sentí placer al recordar esta estrofa:

¿Quién en fin al otro día,
cuando el sol vuelva á brillar,
de que pasé por el mundo
quién se acordará?

Angel ESTRADA.

Los monumentos forman parte de la vida de los pueblos: es su historia en letras muyúsculas.—Dumas (padre).

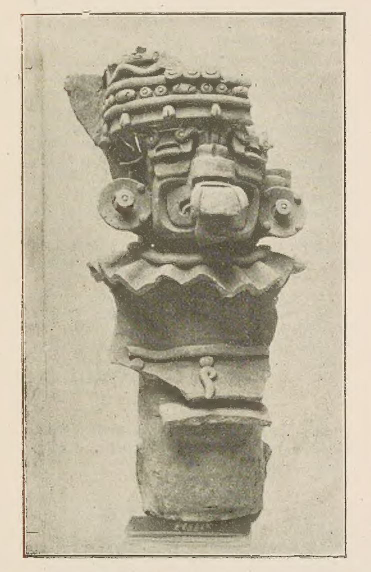


SITIOS PINTORESCOS.—"Las Fuentes".

Descubrimientos Arqueológicos

Monte Albán.

Entre los descubrimientos arqueológicos que últimamente se han hecho en la República, y que con justicia han llamado la atención por su importancia, se cuenta el de una antigua Ciudad Sagrada de los Zapotecas, que por muchos años permaneció oculta bajo una pequeña cordillera cercana á la Capital del Estado de Oaxaca. De los cerros que forman esa cordillera, el más conocido es el que lleva el nombre de «Monte Albán.»



El notable descubrimiento de que nos ocupamos fué hecho recientemente por el Inspector General de Monumentos Arqueológicos de la República, después de haberse efectuado con anterioridad varias exploraciones y trabajos de importancia en el «Monte Albán» por otros arqueólogos que no lograron éxito alguno.

En la ciudad descubierta se han hallado ruinas de templos, sepulcros y otros curiosos monumentos arqueológicos, entre los que figura un gran obelisco que mide cerca de tres metros de altura, es de basalto y tiene esculpidas en sus cuatro caras varias figuras y jeroglíficos. Algunos de estos monolitos han sido transladados por el Señor Batres á esta Capital, y vendrán á enriquecer las salas de Arqueología del Museo Nacional.

Entre los objetos de alfarería y de jade hay cosas verdaderamente notables: de los primeros damos hoy á conocer seis urnas cinerarias, que afectan la figura de ídolos; la más grande de éstas mide cuarenta y cinco centímetros de altura, es cilíndrica y tiene un color rojizo pálido.

En las piezas de jade hay gran número de cuentas y preciosas mascarillas: de éstas últimas, la más grande tiene de seis á ocho centímetros y está primorosamente esculpida.

En el lugar de los descubrimientos, se ven ya desenterradas las ruinas de los templos y edificios, y dentro de poco el señor Batres emprenderá otros trabajos de importancia á fin de que queden libres estos monumentos de todo obstáculo y puedan ser visitados.

Próximamente publicaremos otros grabados dando á conocer varios de los interesantes monolitos que han sido traídos, y una descripción más detallada de tan interesantes descubrimientos.

El nuevo gabinete Francés

Publicamos hoy el retrato del jefe del nuevo gabinete francés, M. Combes, á quien, hasta ahora, se le aprecia, más que como político, como filósofo, metafísico é historiador.

M. Combes tiene sesenta y siete años; hizo estudios eclesiásticos en el Seminario Albi y enseñó filosofía en el Colegio de los Ascensionistas de Nimes.

Es doctor en Filosofía, Letras y Medicina; ha sido vicepresidente del Senado y Ministro de Instrucción Pública en 1895.



M. COMBES.

Físicamente es pequeño y vivísimo y trabajador infatigable.

Como jefe del Ministerio, se ha obligado en su programa á aplicar, con todo su vigor, la ley sobre Asociaciones Religiosas.



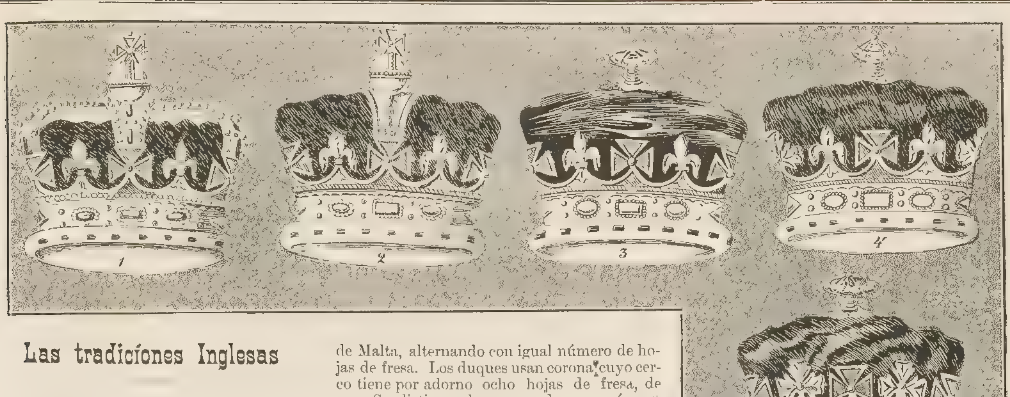
LA MAGDALENA DE RUBENS

¿Por qué eres sólo una sombra impalpable, unida por siempre al tejido de esa tela y cautiva detrás de una capa ligera de barniz? ¿Por qué eres el fantasma de la vida que no vive? ¿De qué te sirve ser hermosa, noble y grande, tener en los ojos la llama del amor humano ó divino, y sobre la cabeza la espléndida corona del arrepentimiento, si sólo eres un poco de aceite y de color, extendidos de cierto modo? Vuelve un poco hacia mí, adorada mía, esa mirada llorosa y brillante á la vez; ten piedad de un amor loco, pecadora, á quien el amor abrió las puertas del cielo...... Baja de tu cuadro, envuélvete en tu manto de satén verde, porque ya hace mucho que estás arrodillada ante el sublime despojo. Las santas mujeres guardarán el cuerpo sin tí, y bastarán para la fúnebre velada. Ven, Magdalena: no has debido derramar todo el perfume sobre los pies del divino Maestro. Debe quedarte aún bastante nardo y cinamomo en el fondo de tu vaso de ónix para dar brillo á tus cabellos manchados con la ceniza de la penitencia. Tendrás como antes hilos de perlas, pajes negros y cobertores de púrpura de Sidón. Ven, Magdalena: que aunque muerta hace mil años, tengo yo bastante fuego y bastante juventud para reanimar tus cenizas. ¡Que te tenga yo un minuto en mis brazos, espectro de belleza, y que muera luego!

TEOFILO GAUTHIER.







Las tradiciones Inglesas

El pueblo inglés, en medio de su gran respeto hacia todas las libertades; su amor fanático por la libertad, que se manifiesta, ya individual, ya colectivamente, y que le ha llevado hasta encerrarse en lo que alguien ha llamado su «espléndido aislamiento,» conserva un gran apego á la tradición en lo que se refiere, sobre todo, á las etiquetas de la corte.

Por esto es que en la capital inglesa, á las riberas del Támesis, donde fecundan todos los gérmenes del progreso y fermentan todas las ideas modernas, va á celebrarse, en cuanto la salud del soberano lo permita, una ceremonia que á pesar de las innovaciones que se le han hecho, tiene mucho de medioeval, y en ella se repetirán rituales curiosos que en otro tiempo eran importantes, y en nuestros días guardan sólo un interés histórico.

Todo, en esas ceremonias, se hará siguiendo al pie de la letra las instrucciones del duque de Nórfolk, pariente del rey, como «EarlMarshal» de la corte. En esas instrucciones encontramos algunas que se refieren á los trajes y las coronas que deben llevar los miembros de la nobleza.

Los pares, deben llevar, sobre el traje de corte ó el uniforme, un manto de terciopelo carmesí, ribeteado de piel, y una toca forrada de piel y con listas de armiño, que varían según el rango. Las esposas de los pares llevarán sobre el traje de corte, un manto de terciopelo carmesí y toca de piel, con bandas de armiño, cuyo número, así como el largo del manto, dependen del rango de la que lo usa.

Las coronas son distintas, según la jerarquía, como puede verse en los grabados adjuntos.

Todos llevan un cerco de plata adornado con imitaciones de piedras preciosas, excepto la de Barón, cuyo cerco es liso y cuya toca es de terciopelo carmesí, con una franja de oro.

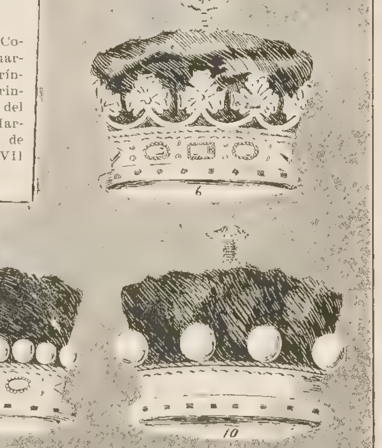
Sólo los miembros de la familia real tienen derecho á usar piedras preciosas en la corona. Las de los príncipes, que corresponden á los hijos, hermanos y tíos del soberano, llevan el cerco suspenso por cuatro flores de lis, alternando con otras tantas cruces de Malta.

La de las princesas se distingue en que lleva, alternadas, flores de lis, cruces de Malta y hojas de fresa. La de los sobrinos y primos del soberano llevan únicamente cuatro cruces de Malta, alternando con igual número de hojas de fresa. Los duques usan corona cuyo cerco tiene por adorno ocho hojas de fresa, de oro. Se distingue la corona de marqués, en que lleva cuatro hojas de fresa y cuatro esferitas de plata, alternadas. La corona de conde tiene ocho hojas de fresa y ocho esferitas, montadas éstas en un tallo casi tan largo como la altura de la corona. La de vizcondes está adornada sólo por diez y seis esferitas de plata, y la de los barones sólo por ocho.



La corona que usó la reina Victoria en su coronación, fué hecha especialmente en 1838, con joyas de coronas antiguas y otras que dió el tesoro real.

1. Corona que usó la Reina Victoria en su Coronación. 2. Corona usada por el Rey Eduardo como Príncipe de Gales.—3. Corona de Príncipes de la Gran Bretaña.—4. Corona de Princesas. 5. Corona de los sobrinos y primos del Rey. 6. Corona de Duque.—7. Corona de Marqués.—8. Corona de Conde. 9. Corona de Vizconde. 10. Corona de Barón.—Eduardo VII y la Reina Alejandra en el trono.



La Coronacion del Rey Eduardo VII y la Reina Alejandra

DIEU ET MON DROIT

Honi soit qui mal y pense



ARTISTAS MEXICANOS

Félix Parra

Cuando el maestro Pina se hizo cargo de la clase de pintura en la Escuela de Bellas Artes, había entre el grupo de alumnos de ese establecimiento, un joven á quien, por sus notables facultades y su perseverancia en el estudio, estaba reservado un lugar prominente en la galería—harto escasa por cierto de nuestros artistas. Ese joven era Félix Parra, el famoso acuarelista que, hecho ahora un maestro, contribuye con su labor al engrandecimiento del arte entre nosotros.

Parra obtuvo, mediante concurso, una pensión para emprender un viaje á Europa, hace algunos años; vivió en París, y tras una jira fecunda para él en enseñanzas y experiencia, volvió á México, para ingresar á la Escuela de que había sido alumno, como profesor de dibujo de ornato. De entonces acá ha desempeñado esa clase en San Carlos, formando una generación de discípulos muy numerosa.

El Sr. Parra ha concurrido en distintas ocasiones á los certámenes organizados en México, y sus obras son generalmente estimadas por lo bien escogido de los asuntos y la maestría con que están tratados los detalles. En la última exposición de Bellas Artes, que se celebró para allegar fondos que se destinaron al auxilio de las víctimas de los temblores en Guerrero, presentó una primorosa colección de acuarelas tomadas, en su mayoría, de los alrededores de Tacubaya.

En dos ilustraciones que publicamos aparece el artista. Una es la fotografía de su estudio, tal como se encontraba en los momentos en que recibió al reporter en su casa de Tacubaya, y otra representa el jardín en que, á menudo, hace el Maestro sus apuntes del natural. Completa esta plana la reproducción de una de sus acuarelas más elogiadas.







Demolición de edificios y construcción de tribunas, en Londres.

Las grandes pérdidas en Londres.

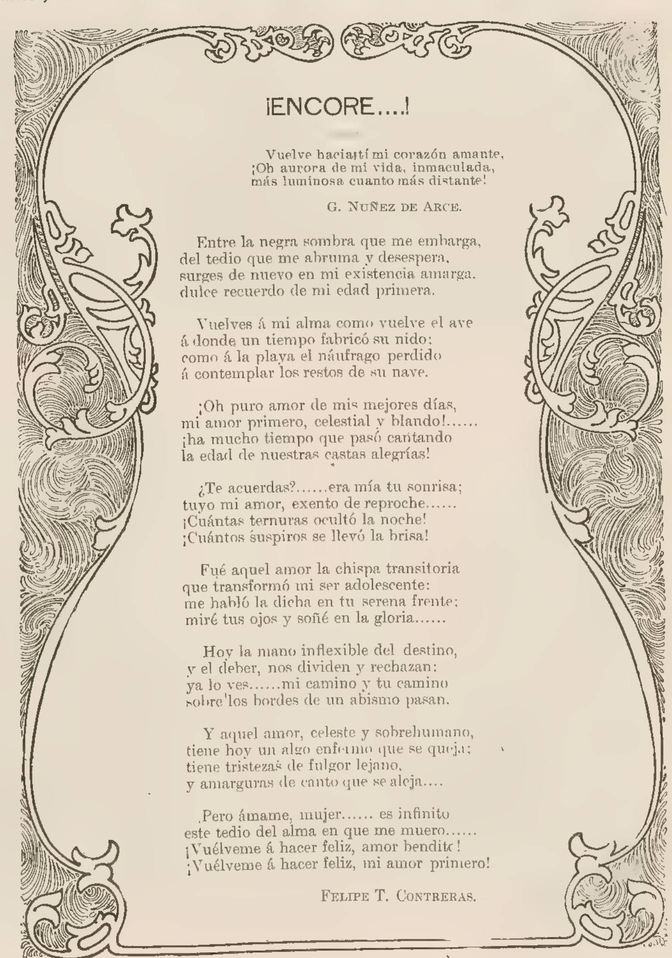
El cable nos da cuenta de las enormes pérdidas sufridas por algunas compañías, debido á la inesperada suspensión, en Londres, de las pomposas fiestas de Eduardo VII.

Edificios costosísimos, casi manzanas enteras, fueron demolidos por empresas particulares, para construir en su lugar tribunas destinadas á los espectadores. Los propietarios de las fincas derribadas recibieron de las empresas fuertes sumas en numerario y, al ajustar sus contratos, la seguridad de que tan pronto como terminaran las fiestas, los empresarios, por su cuenta, levantarían las casas, para devolvérselas, conforme á los planos previamente aprobados. Los especuladores creyeron con esto hacer un gran negocio: el precio de entrada á las tribunas se fijó en una regular suma por persona, y mucho antes de que aquéllas estuvieran terminadas, se habían agotado ya los boletos de admisión.

La mayor parte de estas empresas, que tenían en juego fuertes capitales, quisieron ponerse á salvo de cualquier emergencia y tomaron pólizas de seguros. Vino la enfermedad del rey, y al anuncio de que las fiestas quedaban indefinidamente aplazadas, los dueños de las fincas que fueron demolidas, exigieron la nueva construcción de ellas por las empresas, y, á su vez, éstas reclamaron de las Compañías de Seguros el pago de las pólizas.

Algunos «seguros» han sido pagados determinando no pocas «quiebras,» y otros no, porque hay compañías de las que expidieron pólizas, que alegan que la enfermedad del rey y la consiguiente suspensión de las fiestas no estaban consideradas como accidentes. La sensación que ha producido en Londres este asunto, es de las más profundas.

Los dueños de hoteles y los comerciantes en pequeño han sufrido también pérdidas considerables. Los primeros obligaron á los huéspedes á dejar sus cuartos, con la esperanza de que en los días de la Coronación, la afluencia de extranjeros sería incalculable, y de que podrían hacer su agosto, cobrando por los alojamientos sumas fabulosas; y los segundos, acapararon comestibles y bebidas que no han podido todavía realizar. La carne, el hielo, todo lo que es de consumo inmediato, se perdió, importando para algunos comerciantes la ruina completa.



¡ENCORE....!

Vuelve hacia tí mi corazón amante,
¡Oh aurora de mi vida, inmaculada,
más luminosa cuanto más distante!

G. Nuñez de Arce.

Entre la negra sombra que me embarga,
del tedio que me abruma y desespera,
surges de nuevo en mi existencia amarga,
dulce recuerdo de mi edad primera.

Vuelves á mi alma como vuelve el ave
á donde un tiempo fabricó su nido:
como á la playa el náufrago perdido
á contemplar los restos de su nave.

¡Oh puro amor de mis mejores días,
mi amor primero, celestial y blando!......
¡ha mucho tiempo que pasó cantando
la edad de nuestras castas alegrías!

¿Te acuerdas?......era mía tu sonrisa;
tuyo mi amor, exento de reproche......
¡Cuántas ternuras ocultó la noche!
¡Cuántos suspiros se llevó la brisa!

Fué aquel amor la chispa transitoria
que transformó mi ser adolescente:
me habló la dicha en tu serena frente;
miré tus ojos y soñé en la gloria......

Hoy la mano inflexible del destino,
y el deber, nos dividen y rechazan:
ya lo ves......mi camino y tu camino
sobre los bordes de un abismo pasan.

Y aquel amor, celeste y sobrehumano,
tiene hoy un algo enfermo que se queja;
tiene tristezas de fulgor lejano,
y amarguras de canto que se aleja....

Pero ámame, mujer...... es infinito
este tedio del alma en que me muero......
¡Vuélveme á hacer feliz, amor bendito!
¡Vuélveme á hacer feliz, mi amor primero!

Felipe T. Contreras.

San Pedro de los Pinos

Animadas Fiestas

En medio del mayor entusiasmo se verificaron en esta ocasión, las tradicionales fiestas de San Pedro de los Pinos.



Carreras á caballo.

Las carreras en bicicleta tuvieron el más completo éxito. Seis fueron las que se jugaron y en ellas resultaron victoriosos los señores Flores Merodio, Ignacio R. Zea, C. Morales, Peláez y el organizador Sr. Tovar; pero ninguna de estas carreras despertó el interés que la «hecha» por varias señoritas que se disputaron con energía poco común el premio de la segunda carrera. Triunfó la señorita Daurdey.



Carreras en bicicleta.

La parte de ciclismo terminó con la llamada «carrera fin de siglo» y con el juego de cintas, acto que fué may aplaudido.

Terminadas las carreras de cielistas, tocó su turno á un club formado de jóvenes mexicanos y americanos, para hacer el llamado «Tug of war,» ó sea la lucha de fuerza, acto poco conocido de nuestros nacionales y muy recientemente importado de los Estados Unidos.

Los jugadores demostraron una fuerza atlética en todo el tiempo que duró la reñida lucha.

La primera carrera sin montura, á distancia de cuatrocientos metros, fué hecha por los señores Ricardo Guarneros, Melesio Jiménez y Leopoldo Llorente, ganando el primero, que montaba el caballo «Quebranta huesos.»

La segunda fué para oficiales del Ejército, y se usó la montura militar. Tocó vencer en primer lugar al caballo «Perqueo,» montado por el señor Capitán Luis Capdevielle, y el segundo lugar á «Pelée», que montaba el señor Teniente Obregón.

Ganaron la tercera los señores Augusto Ruiz y Agustín Cisneros.

La cuarta carrera fué también pera militares, tocando esta vez el primer lugar al subteniente Manuel A. Carrillo y el segundo al Teniente Salas.

La carrera de campeonato fué disputada por los oficiales y particulares que habían tomado parte en las anteriores, y fué ganada por el señor Capitán Capdevielle.



En la calle principal.

Con la segunda parte de la lucha de "Tug of war" terminó la fiesta de la mañana.



Distribución de recompensas.

Por la tarde hubo una kermesse que, no obstante las lluvias, se vió muy concurrida.



SITIOS PINTORESCOS.—Capilla de Santa Ursula.



ESTUDIO FOTOGRAFICO. Manuel Torres.

LA LLEGADA DE BELKISS.

(Traducción de Luis Berisso.)

Es pleno estío en Jerusalén. Laminados de oro, los palacios arden al sol; de las ventanas cuelgan paños de púrpura. En lo alto de los muros y de las terrazas, agitando floridos gajos de almendro, hombres, mujeres y niños, esperan, con aclamaciones festivas, la llegada de la reina de Sabá, cuyo séquito viene costeando majestuosamente el Cedrón, entre nubes de polvo rosáceo......La fanfarria del cortejo, reluciente de oro, clamorea amplios ho sannas de triunfo......Hombres y niños trepan á las palmeras; y por las calles, entre la multitud, siempre más espesa y ruidosa, los vendedores pregonan agua de las Piscinas de Hesebon y cerezas de Urumyeh......El cortejo sube la colina lentamente: las alabardas y los escudos irradian entre el flamear de los estandartes y de oriflamas......Y los hierosolimitanos dilatan los ojos, llenos de pasmo, al contemplar los heraldos, que soplan trompetas de plata; los elefantes, los dromedarios y los caballos, cargados de bagajes y cubiertos de gualdrapas rojas, adornadas de gemas incandescentes; la fanfarria real, cuyas trompas, timbales, sistros, clarines y tímpanos simulan monstruos fabulosos, y la teoría de las arpistas, ceñidas todas por el sablah egipcio á rayas blancas y verdes. En una niebla de fuego, el polvo borra el resto del cortejo, que se oculta repentinamente en un bosque de higueras y de sicomoros.

ria hace estremecer los palacios: el cortejo traspone deslumbradoramente la puerta de las Piscinas. De las ventanas y de las terrazas cae una lluvia de flores; todas las gargantas gritan, todos los ojos resplandecen, todos los bra-

Llueve oro. De pronto un clamor de victozos se levantan, y el viento pesado del desierto agita como lenguas de fuego los gallardetes de las azoteas y las colgaduras de los parapetos. Belkiss surge finalmente sobre un elefante blanco, adornado de un penacho de plumas preciosas y cubierto por una red de oro, entre cuyas mallas sangran carbunclos. Engalanada como un ídolo; un amplio manto de púrpura cayéndole de los hombros; los cabellos relumbrantes de polvo de plata; el rostro velado por un tul amarillo de Bactriana, casi inmaterial, como un humo dorado; toda cubierta de pedrerías rutilantes, ardiendo entre temblores de tintas delicadas; entre un vuelo de pájaros maravillosos, escarlatas, azules y verdes, que se agitan en el aire, retenidos por cadenetas invisibles: Belkiss acompaña indolentemente, con su abanico de plumas de pavo real, el ritmo ondeante de las arpas ......En torno del elefante real, las esclavas danzan, coronadas de flores, sacudiendo sistros argentinos y agitando guirnaldas con ritmos de voluptuosa molicie......

El cortejo entra en la plaza de Mello. Todo vestido de brocatel, los cabellos sujetos por una diadema de lino y perlas, Salomón está en el balcón principal del palacio, con las manos en un vaso de bálsamo para rociar á Belkiss á su paso.

EUGENIO DE CASTRO.

EPILOGO.

Sobre divanes de oro,
Cual ornados por mágicos querubes,
El sol con su pupila de diamante
Reclina su cabeza entre las nubes......

Acuarela amarilla,
Paisaje vesperal que en llamas arde,
Jirones que volaron del naufragio .
¡Lágrima del coloso fué la tarde!

EL CUADRO DE APELES.

El ático connubio por el flanco
De mil perfiles y matices blondos,
Flotando en cuadro delicado y blanco.

El reflejo imperfecto que surgía,
Vagando sobre el cáriz de los hondos
Mirajes hiperbóreos que perdía......

El artista incansable bosquejando
Sobre su cuadro en pálidos fragmentos,
Y la suerte sus luchas desdeñando......

Mas de pronto en nictálope avasallo
Lanza la esponja en medio de tormentos,
Brilla la espuma......y surge su caballo!

JUSTO PASTOR RIOS.



MEXICO ANTIGUO. Las cúpulas de San Francisco.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 2. MÉXICO, JULIO 13 DE 1902.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Subscripción mensual foranea, $ 1.50
Idem. Idem. en la capital, „ 1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



EL VELORIO.

ACADEMIA DE BELLAS ARTES.—MEXICO. CUADRO DE JARA.

LOS NIÑOS EBRIOS.

Entre las noticias de policía aparecidas últimamente, hay una que ha pasado casi inadvertida, ó que, por lo menos, no ha producido alarma.

Se trata de un padre que embriagó á su hijo y fué castigado debidamente por la justicia.

Entre nuestra clase proletaria, no es cosa rara de un modo absoluto, hallar casos semejantes, y aun pudiéramos decir que la maldad espantosa de envenar á los niños, de un modo prematuro, con alcohol, es bastante frecuente. El hábito del vicio y la ignorancia, son las causas principales de estos inicuos delitos.

En la vida de estas pobres gentes, entra como un elemento indispensable de existencia el «pulque;» pero esa bebida, que les sirve como base de nutrición, es, á la vez, una especie de maná para ellas, y la utilizan en todo y para todo, y á ella recurren, lo mismo para satisfacer un deseo corporal que para que les dé consuelo y resignación en los dolores morales. El pulque representa el «Deux ex máchina» de nuestras masas populares. En él buscan la alimentación, la tranquilidad, la salud, y el valor, la alegría, la decisión; en él ahogan sus tristezas y con él bañan sus regocijos. El «pulque» es manjar y medicina, y es energía; posee, según dicen, propiedades eficaces para la carne y para el espíritu.



Estamos, pues, contemplando los síntomas de un alcoholismo colectivo, que ha ido lentamente consumiendo y empobreciendo á una numerosa clase social, que va camino al crimen y la locura.

Muchas veces, á diario, se habla ahora en la prensa, en las reuniones científicas, en las academias, de este gravísimo mal, cuyas fatales consecuencias resentimos desde hace tanto tiempo y que á cada instante es una perturbadora amenaza.

Por todas partes se estudian los remedios de esta tremenda enfermedad, y los hombres de ciencia concentran su atención en la observación de tan doloroso fenómeno.

Pero un hecho como el narrado por los periódicos y al cual hacemos referencia, viene á aumentar, de una manera más triste y más amarga, la gravedad de esta dolencia social.

Los débiles, los indefensos, las criaturas que acaban de venir á la vida, los recién nacidos, los que deben traer una fatal herencia de desequilibrios y sufrimientos, son precipitados por los mismos brazos paternales, por los que están obligados á defenderlos, en el sombrío abismo del vicio, en cuyo fondo suelen encontrar la piedad anticipada de la muerte.

***

¡Cómo! ¿Hay niños borrachos, y son los padres los que ponen en sus manos temblonas el primer vaso de pulque, y en sus cerebros, todavía inconscientes, el primer deseo de hallar en la embriaguez un regocijo?

Sí; hay niños borrachos y son los padres los que se dedican á esas diabólicas enseñanzas.

Pueden verse en la calle los efectos de esta abominable perversidad.

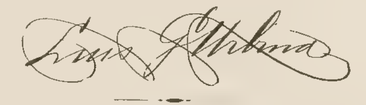
Van por esos mundos, raquíticos, escrofulosos, endebles, tristes, muchos chiquillos que llevan marcado el estigma de su origen, la huella repugnante de la miseria y del vicio de quienes les dieron el ser. Estos infelices no pidieron la vida, y no reniegan de ella, sino que la soportan y hasta suele parecerles placentera.

El germen de sus desgracias futuras, lo llevan en los atavismos que en ellos, como en una rama, han ido depositando viejas degeneraciones de sus antepasados. Están fatalmente condenados á ser ebrios, delincuentes, locos, imbéciles.

Pero no tan pronto; ¿por qué no los dejan vivir en su infantil é inocente felicidad, mientras se les desarrollan, para envenenarlos, las herencias, como plantas malditas?

Y no; miradlos ya tambaleantes, soñolientos, ó con los pómulos rojos y la mirada febril é indecisa; miradlos comatosos, estúpidos, arrastrados por la mano de la madre greñuda, que va dando traspiés, ó del padre, que vocifera. Algunos hay que no andan aún, que van en el regazo, y que lanzan el hipo del ebrio sobre un seno seco, que no sirve ya para amamantarlos.

En los cuadros de las defunciones se anota la muerte de muchos niños. Entre ellos van los que se murieron porque les dieron de beber demasiado temprano. Sí; es una desgracia; hay niños ebrios.



Los funerales de Wagner.

El mundo parecía haber disminuído de valor. Stelio Effrena pidió á la viuda de Ricardo Wágner que á los dos jóvenes italianos que una noche de noviembre habían trasportado del barco á la ribera al héroe desvanecido, y á cuatro más de sus compañeros, les fuese concedido el honor de trasportar el féretro de la estancia mortuoria á la barca, y de la barca al carro.

Tanto fué concedido.

Era el 16 de febrero, y una hora después del mediodía, Stelio Effrena, Daniel Glauro, Francisco de Lizo, Baltasar Stampa, Fabio Molza y Antimo della Bella, esperaban en el atrio del palacio. El último había llegado de Roma, habiendo obtenido traer consigo dos artesanos, empleados en la obra del Teatro de Apolo, para que llevasen al funeral haces de laureles cogidos en el Janículo.

Esperaban sin hablar y sin mirarse, dominados todos por el latido de sus corazones. Oíase tan sólo sordo rumor de pasos por los peldaños de aquella gran puerta, que en los candelabros del umbral llevaba esculpidas las dos palabras: «Domus Pacis.»

El hombre del remo, que había sido querido por el héroe, bajó á llamarles. Tenía los ojos abrasados por las lágrimas en aquel rostro viril y fiel.

Stelio Effrena fué delante; los compañeros le siguieron. Subida la escalera, entraron en una estancia baja y poco iluminada, donde había un olor triste de bálsamos y de flores. Esperaron algunos instantes. Abrióse la otra puerta. Entraron uno á uno en la estancia contigua. Todos palidecieron uno á uno.

El cadáver estaba allí, encerrado en la caja de cristal; y al lado, de pie, se hallaba la mujer del rostro de nieve. La segunda caja, de metal bruñido, brillaba abierta sobre el pavimento.

Los seis portadores se dispusieron ante los restos mortales, esperando una señal. Grandísimo era el silencio y ninguno parpadeaba; pero un dolor impetuoso asaltaba sus almas como una ráfaga, y las sacudía hasta en lo más profundo de sus raíces.

Todos miraban fijos al elegido de la Vida y de la Muerte. Una infinita sonrisa iluminaba la faz del héroe tendido; infinita y distante como el iris de la nieve, como el brillo del mar, como la reverberación de los astros. Los ojos no podían sostenerlo, pero los corazones, con una maravilla, con un asombro y con un espanto que los hacía religiosos, creyeron recibir la revelación de un secreto divino.

La mujer del rostro de nieve hizo un leve ademán, permaneciendo rígida en su actitud, como un simulacro.

Moviéronse entonces los seis compañeros hacia el ataúd; tendieron los brazos, recogieron el vigor.

Stelio Effrena colocóse á la cabeza, y Daniel Glauro á los pies. Soliviaron el peso concordes, á una orden dada en voz baja por el conductor. Todos sufrieron en los ojos un deslumbramiento, como si de pronto una zona de sol atravesase el cristal. Baltasar Stampa rompió en sollozos. Un mismo nudo apretó todas las gargantas. La caja onduló; después bajó; entró en el envoltorio de metal como en una armadura.

Los seis compañeros quedaron postrados en torno. Titubearon antes de bajar la tapa, fascinados por la infinita sonrisa. Al oir un rumor ligero, Stelio Effrena alzó los ojos: vió la faz de nieve inclinada hacia el cadáver, aparición sobrehumana del amor y del dolor. El instante fué igual al de la eternidad. La mujer desapareció.

Bajada la tapa, volvieron á levantar el peso aumentado. Lo trasportaron fuera de la estancia, después por la escalera, con lentitud. Arrebatados por una angustia sublime, en el metal del féretro veían reflejarse sus rostros fraternales.

La barca fúnebre esperaba ante la puerta. Sobre la caja se extendió el paño. Los seis compañeros esperaron con la cabeza descubierta á que la familia descendiese. Bajó reunida y apretada. La viuda pasó velada; pero el esplendor de su semblante quedó para siempre en la memoria de los testigos.

El cortejo fué breve. La barca mortuoria iba delante; seguía la viuda con los íntimos; después seguía el pelotón juvenil. El cielo estaba obscuro sobre la gran vía de agua y de piedra. El silencio era digno de aquel que había transformado en infinito canto, para la religión de los hombres, las fuerzas del Universo. Una bandada de palomas, partiendo de los mármoles de los Scalzi con un movimiento relampagueante, voló sobre el ataúd atravesando el canal, y enguirnaldó la cúpula verde de San Simeone.

En el desembarcadero, un ejército taciturno de devotos esperaba. Las grandes coronas daban su perfume al aire ceniciento. Se oía el agua chocar contra las proas curvadas.

Los seis compañeros sacaron el féretro de la barca y lo llevaron en hombros al carro, que estaba preparado en la vía férrea. Los devotos, aproximándose, depositaron sus coronas sobre el paño. Nadie hablaba.

Entonces avanzaron los dos artesanos con sus haces de laureles traídos del Janículo.

Membrudos y fuertes, elegidos entre los más bellos, parecían forjados en el antiguo molde de la estirpe romana. Estaban graves y tranquilos, con la majestad salvaje del Agro en sus ojos con venas de sangre. Sus líneas enérgicas, la frente baja, el pelo corto y crespo, las mandíbulas sólidas, el cuello taurino, recordaban los perfiles consulares. Su actitud, exenta de todo obsequio servil, los hacia dignos del cargo.

Los seis compañeros en competencia iguales en fervor, cogiendo los ramos de los haces, los esparcieron sobre el féretro del héroe.

Nobilísimos eran aquellos laureles latinos, cortados en la selva de la colina donde en tiempos remotos descendían las águilas á llevar los presagios, donde en tiempos recientes y sin embargo fabulosos, tantos ríos de sangre vertieron por la belleza de Italia los legionarios del libertador. Tenían los ramos derechos, robustos, obscuros, las hojas duras, fuertemente enclavadas, con los bordes ásperos, verdes como el bronce de las fuentes, ricos de un aroma triunfal.

Y viajaron hacia la colina bávara, aún adormecida en el hielo; mientras los troncos insignes daban ya los nuevos retoños en la luz de Roma, al rumor de las fuentes ocultas.

GABRIEL D'ANNUNZIO.



El Sr. Obispo Ibarra y González.

En medio de innumerables demostraciones de simpatía, acaba de tomar posesión del Obispado de Puebla el Sr. Dr. D. Ramón Ibarra y González, Prelado que durante doce años estuvo al frente de la Diócesi de Chilapa.

El Sr. Ibarra es nativo del Estado de Guerrero; hizo sus primeros estudios en el Seminario Palafoxiano de Puebla, y pasando más tarde á Roma, ocupó una beca en el Colegio Pío Latino Americano. En 1880 fué ordenado Sacerdote en San Juan de Letrán, y tres años después regresó á la capital del vecino Estado para ejercer allí su ministerio.

A partir de 1885, fué Prebendado de la Catedral Angelopolitana, Promotor fiscal de la Mitra y Vicario Capitular.

El Sr. Ibarra, generalmente estimado por sus virtudes, cuenta hoy 49 años de edad.

JAGUARES Y CUERVOS.

Las fieras!
Es un siniestro grupo. Los jaguares!
En las bocas
arden los ojos del ardiente lacre,
La zarpa retraída
como envainado alfanje;
turbio el ojo felino, en donde nadan
encendidos azufres; los ijares,
batidos por alientos de fatiga.
Bajo una mata de bambú se placen.
Sobre el fondo de oro
de las pieles, destácanse
como rosas de negro terciopelo
la manchas negras. Arboles
vestidos de hojas opulentas, echan
la sombra de sus toldos de follaje
sobre el grupo de fieras que reposan.
La tarde,
en los ojos sangrientos del Ocaso
pone llamas de cráter.

Durmiendo,
durmiendo están los cuervos centenarios,
Abajo está la sima,
allí los cuervos lúgubres. Abajo
están los huesos que los bravos picos
como cizallas férreas mondaron.
Las vastas excursiones por las cumbres
donde reside el viento. Los espacios
donde escriben sus rúbricas de fuego
los deslumbrantes rayos,
cuando pasan las nubes de tormenta
como torbos rebaños.
Eso sueñan los cuervos
—siniestros reyes calvos
envueltos en sus clámides de luto—
ante las brumas del Poniente trágico.

EN LA CALLE.

Ves esa vieja escuálida y horrible?
Pues oye, aunque parézcate imposible,
Fué la mujer más bella entre las bellas;
El clavel envidió sus labios rojos,
Y ante la luz de sus divinos ojos
Vacilaron el sol y las estrellas.

Y hoy ¿quién puede quererla, quién un beso
Podrá darle con tímido embeleso?
—Yo, me dijo un extraño que me oía,
Yo que por ella en la existencia lucho,
Que soy feliz cuando su voz escucho....
Esa vieja.... es la hermosa madre mía!

JULIO FLÓREZ.

Todas las investigaciones practicadas prueban palpablemente que, con relación al hombre, la inferioridad intelectual de la mujer es un sarcasmo, y la inferioridad moral una mentira.

F. G. C.



ILMO. SR. DON RAMON IBARRA Y GONZALEZ, Obispo de Puebla.

BROTE.

Adiós los amorosos devaneos,
Adiós, y ¡para siempre!
La copa del amor está vacía,
El entusiasmo juvenil, ausente.

Convidado al festín, yo no he traído
Sobre los labios la sonrisa alegre,
Y una voz de ternura me reclama
Muy lejos del banquete.

Al apagado ardor, la calma sigue;
El escondido albergue
A la ruidosa calle;
Al frenesí, la postración inerte.

Quedad dentro la sala, afortunados;
Bebed hasta las heces!
Yo he bebido también... acerbas lágrimas
Que en mi copa rodaron solamente!

ABEL FARINA.

NENUFARES.

En un brillante lago, cual lámina de oro,
Bordado de esmeraldas, cual vívido tesoro,

He visto marchitado nenúfar naufragando,
Sobre la risa tenue del céfiro besando.

Y luego ya cadáver flotar sobre la orilla,
Cual mariposa muerta que al légamo cintilla.. .

Así también nenúfar batido por las olas
De amores tropicales, con sangre de amapolas.

He visto yo el cadáver de un beso voluptuoso,
Nadando sobre un lago de aromas silencioso...

Así mueren amores que nacen solitarios,
Envueltos en sus propios dolores y sudarios....!

J. P. R.

HOJA DE ALBUM.

¡Qué estrofa entre mi lira habrá que cante
el poema inmortal de tu hermosura,
si ya tu frente de serena albura
es un poema de amor en tu semblante!

¡Qué estrofa puede haber más insinuante
que tu mirada de sin par ternura,
donde la luz de la ilusión fulgura
como fulgura el alba en el levante!

No tengo en mi laúd un himno de oro
que rime de tus gracias el tesoro
y que conmueva tu alma con su canto;

porque es mi verso el ¡ay! entristecido
de un corazón que, de luchar rendido,
sólo puede brindar su desencanto!

FRANCISCO YZÁBAL YRIARTE.



Grande fué el entusiasmo con que la colonia americana residente en la capital, celebró en esta ocasión el aniversario de la Independencia de los Estados Unidos.

El Tívoli del Elíseo, donde debían verificarse la ceremonia oficial, los juegos atléticos y el baile, presentaba un golpe de vista encantador. Las callecillas del parque estaban adornadas con multitud de banderas de los colores nacionales y de la República hermana, y con farolillos venecianos. Recortando los prados, se extendían en hileras las sillas destinadas á la numerosa concurrencia, y en un lugar á propósito entre festones y lazos artísticamente distribuídos, se levantaba una amplia plataforma.

El Sr. Embajador de los Estados Unidos, Gral. Clayton, se presentó en el Tívoli á las diez de la mañana, en unión de los Secretarios de la Embajada, y momentos después, un prolongado aplauso anunció el arribo del Sr. Gral. Díaz. Acompañaban al Primer Magistrado sus Ayudantes los Sres. Capitanes Porfirio Díaz y Samuel García Cuéllar.

El Sr. Presidente de la República fué recibido á las puertas del Tívoli por los Sres. Gral. Clayton, Lic. D. Manuel Azpíroz, Embajador de México en Wáshington, y otros miembros distinguidos del Cuerpo Diplomático.

La ceremonia oficial dió principio con una serie de evoluciones ejecutadas por niños de ambos sexos, que agitaban sus manecitas con banderas americanas y mexicanas, llevando á la cabeza del grupo un «General en Miniatura,» que cayó muy en gracia; los niños cantaron después en castellano nuestro Himno Nacional, y acto continuo, el Sr. Embajador Clayton, en una corta, pero expresiva alocución, dió gracias á los encumbrados personajes que, con su presencia, honraban aquella significativa reunión.

Tras la lectura del acta de Independencia de la Unión Americana, el Sr. Embajador volvió á hacer uso de la palabra para pronunciar el discurso Oficial, que fué muy aplaudido.

El «Star Spangled Banner,» cantado por un coro de niños, cerró la ceremonia oficial.

Los juegos atléticos consistieron en carreras, luchas de fuerza, asaltos de pugilato, y otros ejercicios

Llegada del señor Presidente de la República y del Embajador de los Estados Unidos.—El juego de la cuerda.— Alegoria: "México y Estados Unidos".



Cerca de medio día se sirvió un lunch-champañe en uno de los senadores del parque, pronunciándose entusiastas brindis por los Sres. Clayton y Azpíroz.

El Sr. General Díaz contestó al brindis del Embajador Americano, agradeciendo las frases de simpatía que tuvo para México.

La primera serie fué de quince carreras á pie y resultó de lo más divertido, pues las carreras se jugaron con obstáculos, en sacos, con saltos y disfraces.

Muchos fueron los americanos que dando muestras del mejor humor, tomaron parte en estas carreras, y no pocos los que demostraron asombrosa ligereza y agilidad.

En otro lugar del mismo Tívoli, á espaldas de la plataforma, se improvisó otra pista, donde se verificaron otras carreras, todavía más llenas de atractivos, pues en ellas tomaron parte los niños, y en dos de ellas, graciosas señoritas.

Estas fueron muy aplaudidas y demostraron su habilidad en el «sport» del tiro al blanco con pelota.

Los niños vencedores en las carreras, de las cuales algunas fueron con obstáculos, con saltos y en sacos, recibieron como premio preciosos juguetes de bastante valor.

La lucha de fuerza fué el acto de verdadera sensación en los juegos atléticos, pues por espacio de más de media hora la concurrencia, nerviosa é impresionada, seguía uno á uno de los movimientos de los luchadores.

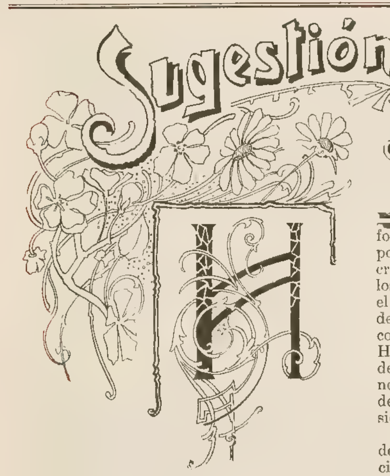
En la primera tomaron parte ocho empleados del Ferrocarril Central, contra ocho del Nacional.

Saltos de señoritas.—El confetti.—El desfile de las banderas.—El fin de una carrera. (Fot. M. Ramos).

Sugestión de las flores

Sueño de una mañana de Estío

(Trad. "El Mundo Ilustrado".)



HAY — dice el poeta John Keats — ciertas formas de belleza que, más que otras, tienen el poder de apartar por un momento el velo de crespón que enluta nuestras almas: tales como los árboles tiernos y ancianos, los narcisos con el pueblecillo de plantas verdes que los rodean; los matorrales en el corazón del bosque, con su rica floración de eglantinas olorosas...» Hay también por esos mundos, asociaciones de cosas bellas que tienen el don de evocar en nosotros el recuerdo de las bellezas que han desaparecido, resucitando la exquisita impresión.

Ahora mismo, bajo el pabellón de frondas de mi jardín, la opulencia de las flores esparcidas y mezcladas á la verdura de los macizos, ha operado en mí ese encanto sugestivo la variedad de sus formas y de sus colores: unas con un tono amarillo pálido, á medio abrir y como rendidas ya por el peso de sus corolas; otras, con la tierna tonalidad de una sabrosa carne femenina. Las hay de un blanco marfilino virginal, de un rojo como las nubes que hiere un sol Poniente, de un rojo ennegrecido como la sangre cuajada, de un cálido tinte anaranjado, ó de una delicada coloración de albaricoque. Arriba, las ramazones de un verde muy subido hacen resaltar el brillo de esas manchas carmesíes ó lechosas, ensangrentadas ó ambarinas y, á través de los brazos entrelazados, se trasparentan rincones de un cielo azul intenso.

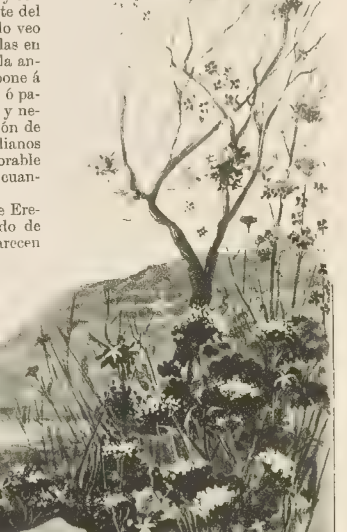
Bruscamente invoco los paisajes que un día admiré á la orilla del lago de Como. Vuelvo á ver los mantos de rosas de Bellagio y tengo la sensación deliciosa del azul del lago italiano que entreví á través de la intrincada frondación de la villa Sarbelloni. Una serie de parajes primaverales y del Mediodía, resucita ante mis ojos bajo la bóveda embalsamada de los rosales. Las impresiones de otros tiempos se despiertan con la vivacidad y la frescura voluptuosa de las cosas recién vistas.

Tuve en primer término un prado muy amplio sembrado de violetas y de primaveras; se extendía hasta perderse de vista entre dos muros cubiertos de glicinas color lila pálido y olientes á clavo. ¿A dónde llevaba esta señorial avenida? No lo sé; pero de lo que me acuerdo como de un espectáculo de ayer, es de la embriaguez que me producía aquel manto florido, por aquel penetrante y fino olor de los racimos de glicinas; era la sensación de la juventud, de la alegría paradísiaca, experimentada en aquel lugar encantado, del que yo sólo saboreaba la feérica belleza. Me parecía vagar en plena fantasía shakespiriana, en esos jardines donde Orsino, duque de Iliria, soñó, al son de dulces instrumentos, sus amores por la condesa Olivia y dijo á sus tañedores de viola: «Si la música es el alimento del amor, dádmela, dádmela con exceso, para que mi deseo se agote, se sacie y se calme.........Tocad; la música llega á mis oídos como una suave brisa del Mediodía que pasa sobre un sembrado de violetas y les roba su olor.........»

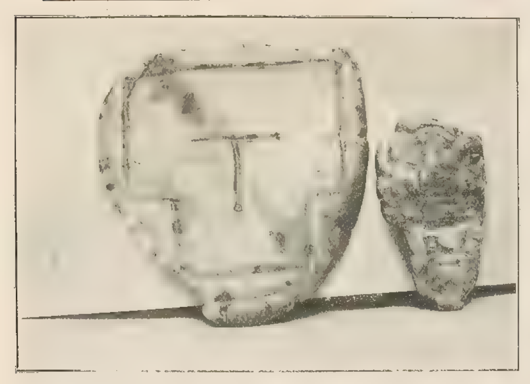
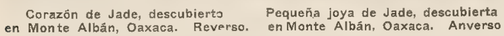
Poco á poco se levantaba ante mí la montaña boscosa que domina á Bellagio y que desciende para ir á Civanna. La ruta sube haciendo zigzags por las praderas, por los verjeles, por los taludes herbosos constelados de pervincas rosas. De vez en cuando un aguacero tibio caía del cielo tempestuoso y velaba el paisaje. Después cesaba la onda, los brazos de los árboles goteaban, la tierra y el agua reaparecían radiosas en un rayo de sol, y volvía á ver por intervalos luminosos el azul del lago, lo mismo que en este momento entreveo el azul del cielo entre las rosas diseminadas y las movibles verduras.

Es el lago de Como, con su azul intenso, con las suaves sinuosidades de sus verdes riberas y con sus pueblecillos blancos; es el lago el que á estas horas vive ante mis ojos. Bajo la luz brillante del Mediodía, se me aparece con sus flotillas de barca que van rumbo á Cadenabbia, y también lo veo en la transparencia de las noches de mayo, mientras que los ruiseñores trinan entre las lilas en flor. A la hora del crepúsculo se desprende una barca del muelle del pequeño puerto; gana la anchura; una mujer con vestidura blanca va de pie en la proa, y con una voz de contralto se pone á cantar aires de óperas, bajo la incierta claridad de las estrellas. ¿Cantaba por su propio placer, ó para distraer á algún inglés byroniano y fastidiado? Jamás lo supe, pero sobre el agua silenciosa y negra, aquellas melodías italianas duplicaban la poesía de la noche. Era como la representación de una novela de Jorge Sand, una de las novelas que tienen por teatro la región de los lagos italianos y que ya hoy no se leen. Cuando mi primera juventud, me parecían de una fantasía tan adorable como inverosímil, y fué hasta después de pasar algunas semanas á la orilla del lago de Como, cuando comprobé su absoluta verdad.

No cabe duda que es el país de lo romancesco esta región encantada que se extiende entre Eremezzo, Cadenabbia y la punta de Bellagio. Las villas sombrías, abandonadas y en un estado de completa ruina, que se abordan desembarcando al pie de misteriosas escaleras de mármol, parecen

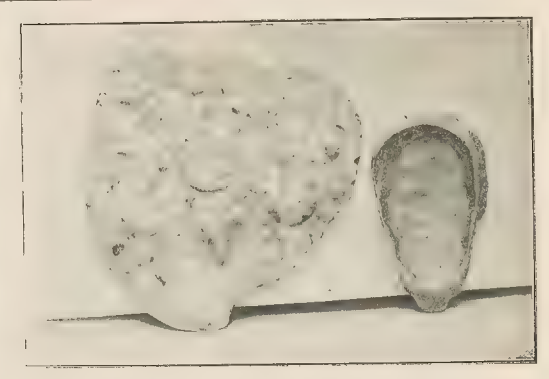




Corazón de Jade, descubierto en Monte Albán, Oaxaca. Reverso.

Pequeña joya de Jade, descubierta en Monte Albán, Oaxaca. Anverso



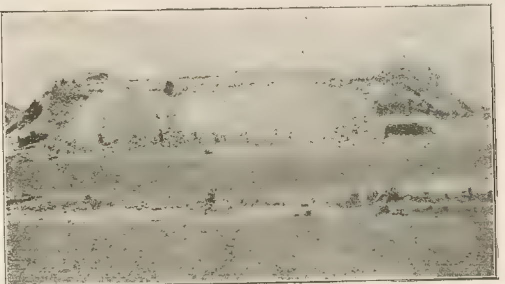
Corazón de piedra de Jade, encontrado en Monte Albán. Anverso.

Joyas de piedra de Jade. Monte Albán. Reverso.

creadas para esconder las más poéticas aventuras de amor. Los huéspedes que por allí discurren ó que se hallan alojados en los hoteles de la playa, tienen el aire de los héroes de novela.

En el curso de los recuerdos evocados esta mañana, bajo mi pabellón de rosas, volví á encontrar dos figuras encantadoras, entrevistas durante algunos días en los jardines de Bellagio. Eran dos mujeres, madre é hija; pero la madre tan joven todavía, que hubiera podido tomárselas por dos hermanas. Era morena la madre, con un tinte aceitunoso, el pelo peinado sobre los temporales, los ojos grandes, de color café; podría tener como unos treinta años de edad; la joven contaría apenas dieciséis y reproducía, en blondo, al tipo materno; tenía el aire de una soñadora negligencia, que hacía resaltar la vivacidad petulante y la provocadora coquetería de su compañera. Viajaban solas y comían en la mesa del hotel, donde la madre charlaba aturdidamente con todos sus vecinos. Se comprendía que el deseo de placer era en ella una función tan natural como la de respirar; á falta de otra víctima, hubiera coqueteado con el camarista ó el «maître d'hotel.» Esta manera de ser parecía mortificar mucho á la joven; le subían los colores á la cara y en sus lánguidos ojos cintilaba repentinamente una luz de iracundia. Estos relámpagos de virginal indignación la hacían mucho más bonita y atrayente que á su madre. Las dos agradaban: una por sus maneras desenvueltas; la otra por su misteriosa y sombría reserva. Cierta noche se marcharon bruscamente. Las miré, una cerca de la otra, sobre el puente del navío; la madre mandaba adioses á sus admiradores de la villa; la hija estaba desdeñosa é indiferente. Y todavía esta mañana, bajo el rosal, volví á ver á estas dos figuras que huían, con un encanto sin semejante; una, parecida á mis rosas espléndidas; la otra, soñadora y encerrada en su melancolía como las rosas Niel, de pesadas corolas, apenas entreabiertas.

ANDRÈS THEURIET.



Perspectiva del Cerro de Monte Albán, en donde se descubrió la Ciudad Sagrada de los Zapotecas.

LA CIUDAD SAGRADA DE LOS ZAPOTECAS.

Damos á conocer á nuestros lectores varios de los preciosos objetos de jade, así como dos grandes lápidas de basalto, perfectamente esculpidas y que presentan figuras jeroglíficas de gran interés, las cuales fueron descubiertas en los sepulcros de la Ciudad Sagrada de los Zapotecas, en el cerro de Monte Albán, Oaxaca, por el Sr. D. Leopoldo Batres.



Lápidas de basalto preciosamente esculpidas, encontradas en los sepulcros de Monte Albán.

Uno de nuestros grabados es la vista en perspectiva del cerro de Monte Albán, lugar en donde se han hecho los importantes hallazgos arqueológicos de que nos ocupamos y que con justicia han llamado la atención de los arqueólogos é historiadores y del público en general.

En la cumbre del pequeño montículo se ven ya libres de la tierra que por muchos años los había cubierto, los edificios y monumentos de la Ciudad Sagrada. Monte Albán es un pequeño cerro que forma parte de una cordillera que se halla situada á corta distancia de la capital del Estado de Oaxaca.

Tan notables descubrimientos figurarán próximamente entre los interesantes trabajos que el Inspector General de Monumentos Arqueológicos presentará en el Congreso de Americanistas que deberá reunirse en el próximo mes de octubre en la ciudad de Nueva York.

En vano es que busques fuera de ti el reposo que dentro de ti no encuentres. LA ROCHEFOUCAULD.

*

El hombre vive de afectos puros; si la tranquilidad de conciencia fuese mercancía, nunca se pagaría por ella todo lo que vale.—RIBES.

*

La idea es un alimento; pensar es comer.—VICTOR HUGO.

URSUS EN EL CIRCO.

Licia, cristiana y prometida de Vinicio, augustano, va á ser inmolada en el Circo atada al lomo de un toro: Nerón ha prometido hacerle gracia de la vida si el atleta Ursus vence á la bestia: la palabra sacramental es 'Habet.'

Del Circo en la mitad, ruge la fiera
Sacudiendo aquel cuerpo que, desnudo,
Sobre su lomo está sin más escudo
Que la flotante y áurea cabellera.

El César miope que en la Roma impera,
Tras su esmeralda mira bosco y ceñudo;
Agoniza Vinicio de horror mudo.. ......
La multitud, estupefacta, espera.........

Se adelanta el campeon, emprende el salto,
Ase el testuz del bruto, y en la lucha
Semeja parecer de fuerzas falto.........

Pero vence su fe, que en Dios es mucha,
Rueda el toro, y él yergue á Licia en alto
Y el «Habet» de Nerón, por fin, se escucha!

Nogales, Son., enero de 1902.

E. MAQUIO CASTELLANOS.



Momentos de la vida De México.



Apenas un murmullo vela el sueño de la ciudad: cae una explosión de luz sobre el asfalto de las avenidas y no hay sombras que se alarguen caminando bajo el foco eléctrico. Se han borrado las paredes luminosas de los escaparates;los discos de los relojes encendidos parecen ojos que contemplan la quietud y están alerta para dar razón del tiempo que pasa. De crucero en crucero, las linternillas de los guardianes del orden público, se ven como puntitos de luz amarillenta prendidos á la tersura del asfalto; dijérase luciérnagas de alas enfermas que han caído sobre el polvo.

Y aquel murmullo que vela es al modo de esos ruidos que se escuchan en el silencio de la alcoba y que no tienen explicación ni motivo; bien pueden ser una fibra de madera que se rompe, bien el viaje furtivo de un roedor, ya la materia que se espereza en su cansancio de inmovilidad, ya el último choque de un eco que ha venido peregrinando desde la lejanía conmovida en su reposo. Así el murmullo de la ciudad: puede ser el canto del ebrio, la bocanada de ruidosa orgía que arroja la taberna; quizá el llanto del niño perdido en la vía pública, tal vez el grito desgarrador de una madre que sufre.........

Y la ciudad duerme cobijando su caserío en la sombra que desciende de lo alto y que de pronto se ve rechazada por el aliento luminoso de las esferas veladoras.

Sólo toca á las cruces de los campanarios y á las coronas de los monumentos; sólo roza lo más alto de las arboledas, á las ramazones débiles que apenas alcanzan á sostener el nido de la oropéndola.

Las siluetas de las torres monumentales de la Catedral, son como dos brazos que se levantan hacia el cielo implorando entre la sombra; el castillo de los reyes, de los emperadores y de la República, parece un cofre de ébano con incrustaciones de pedrería; el bosque dormita soñando en sus leyendas, y el viento que corre por entre los frondajes, viene á la ciudad como el aire que los abanicos orientales soplan en el sueño de las sultanas.

***

Cuando el hogar duerme, parece que está vestido con un manto de solemnidad. Una luz débil raya en el quicio de las puertas; las flores del corredor están inmóviles; en la pajarera hay de vez en cuando un batir de alas, pero no hay reclamos, ni piares, ni locos vuelos ni ojos brillantes como cuentas esmaltadas.

Suele surgir, apagado, lejano, un llanto infantil que pronto se aca-



lla entre arrullos y frases á media voz; se aviva la luz de la alcoba, hay pisadas discretas; luego, cesa el murmullo, todo vuelve á quedar en calma, la noche sigue su viaje tranquilo . .. ...

***

Poco antes de que la aurora se acerque, las sombras entran en pleno reinado, la ciudad apaga sus veladoras; la puerta de la taberna acentúa su marco de luz roja, la linternilla del guardián del orden público aviva su pobre claridad, y resuenan los pasos del último trasnochador ó del primer obrero que no espera á que la aurora lo despierte.

En la tahona se oye la fatiga de los amasadores; la chimenea arroja la primer bocanada de humo, y la puerta del expendio que se abre, deja escapar el olor de la harina cocida.

Se escucha el último grito de la noche:

—Jaletinas.........

***

Y en tanto que la noche ha pasado, el labrador cerebral vació sobre las cuartillas un pedazo de vida; enciende el cigarrillo que le ha de ayudar á conciliar el sueño, y deja abandonada la labor junto á la taza de café vacía.

Luis Frías Fernández





SALTO DE ATESCACO.

NEUROSICA.

.. ..

Aquel día, sola estaba,
Releyendo sus reliquias amorosas;
Esas cartas que de lágrimas bañaba
Oprimidas por sus manos temblorosas......

Destrozada por sus penas y la tisis
Y sin fuerzas en su pecho aniquilado,
Cadavérica se hallaba por la crisis
De los males infinitos del pasado......

En la ausencia de su novio
Releía las estrofas y las cartas del poeta,
Y sentía la amargura y el oprobio
Del despecho y su saeta.

¡Pobre artista! á su piano cadencioso
Le imprimía sus tristezas y sus cuitas,
Fué su amigo y confidente generoso
En sus horas de nostalgias infinitas.

Mas su novio en la taberna,
Esa alcoba de bohemios desgraciados,
La olvidaba......y embebido en la cisterna
De la orgía, no pensaba en sus amores olvidados.

Y......entretanto aquella artista
En su piano unos valses ensayaba,
Y enjugaba con el húmedo batista
El acopio de su llanto, que el recuerdo le arrancaba.

¡Pobre novia! á su piano cadencioso
Le imprimía sus tristezas y sus cuitas,
Fué su amigo y confidente generoso
En sus horas de nostalgias infinitas ...

Justo Pastor Ríos.

JOSE MARIA VIGIL

Uno de los viejos y entusiastas paladines de nuestra literatura nacional, que con su gran talento y refinado gusto artístico, fué de los que caracterizó la pasada época de la vida literaria mexicana, es el maestro D. José M. Vigil.

Antagónico de la moderna bohemia, el notable escritor luchó incansablemente por conquistar un alto puesto, y á diferencia de los actuales cantores de una musa patológica, el señor Vigil se empapó en el clasicismo más puro del siglo de oro.

Ferviente culto, veneración pudiéramos decir, consagró el maestro á los imperecederos monumentos literarios de Cervantes, Argensola, Quevedo, Fray Luis de León y tantos otros que en España marcaron la época más gloriosa de la literatura latina.

Sus composiciones son prueba innegable de lo que asentamos: hay en ellas mucho de las arcaicas églogas y mucho de aquellos sonetos perdurablemente admirables.

Debido es, por consiguiente, que nos consagremos al notable literato, que ha sido maestro de toda una generación, y quien, altamente modesto, ha conquistado triunfos sin pretenderlos.

Muchas son las apologías que se han escrito en honor del señor Vigil. No pretendemos llevar á cabo semejante tarea, sino limitarnos á enumerar sus escritos y hacer mención de los puestos públicos que ha desempeñado.

El año de 1850 publicó una colección de sus primeros versos; el tomo se titulaba: «Aurora Poética de Jalisco» y le valió merecidos aplausos por la belleza, dulzura y corrección de las poesías que allí se incluyeron. Inspirado por la musa dramática, el maestro escribió «Dolores» y «La Hija del Carpintero», hermosos dramas que se pusieron en escena por los años de 1851 y 1853.

En 1855 fundó «La Revolución», periódico de altos empujes y en el cual su director se reveló apóstol del credo liberal. En esta época, el señor Santos Degollado lo nombró profesor de filosofía en el Liceo del Estado de Jalisco.

«Realidades y Quimeras» es el título del segundo tomo de versos que el señor Vigil publicó el año de 1857, y las cuales poesías le valieron el mismo éxito que las primeramente publicadas.

Después fundó y dirigió los periódicos «El Nuevo Mundo» y «El Boletín de Noticias», hasta que en 1869 fué electo diputado al Congreso de la Unión. Fué redactor en jefe del «Siglo XIX», y el Gobierno lo nombró en aquel tiempo Director del Archivo General de la Nación.

El señor Vigil ha sido profesor de la clase de español en la Escuela N. Preparatoria; Magistrado de la Suprema Corte de Justicia; profesor de Historia en la Escuela de la Encarnación, y Director de la Biblioteca Nacional.

Este último cargo, honroso y dificilísimo, lo desempeña en la actualidad con grande acierto y escrupulosa dedicación.

Además de lo indicado, el señor Vigil ha escrito una «Reseña histórica del Ejército de Oriente»; el tomo 5º de la obra «México á través de los Siglos»; una «Reseña histórica de la Poesía Mexicana», y numerosos estudios sobre Isabel Prieto, Nezahualcoyotl, Orozco y Berra, Juan Valle y Sor Juana Inés de la Cruz.

Pertenece á las principales sociedades científicas y literarias de México y los Estados; es miembro correspondiente de la Academia de la Historia, de Madrid; de la Real de la lengua, y Director de la Academia de la lengua en México.

Tal es, muy condensada, la reseña de las composiciones literarias que ha escrito, y de los puestos públicos y honoríficos que ha desempeñado y desempeña el notable filósofo y literato D. José M. Vigil.



D. JOSE MARIA VIGIL, Distinguido Literato é historiador.

D. JOSE MARIA VIGIL en su despacho de la Biblioteca Nacional.
Fotografías tomadas expresamente para "El Mundo Ilustrado."

DESPUES DE LA MUERTE DE MIMÍ

......Y la estación risueña de las flores
Torna otra vez, y titilante brilla
En los pétalos blancos el rocío;
Levántate, Mimí, cáliz de amores,
Mas ya el nido de amor quedó vacío,
A obscuras y desierta la boardilla.
Mimí, Mimí, ¿no me oyes? Importuna
Noche argentada de radiante luna
Con divina y letal melancolía
Viene su calma á perturbar, que duerma,
Dejad que duerma con el rostro al cielo......
Noche de luna, triste ritornelo,
Igual que aquella cuando me decía:
—Mimí me llaman, pero estoy enferma,
Mimí, Mimí, ¿y es cierto? tu partida
Mi pobre alma á comprender no alcanza,
¿Y te fuiste, Mimí, sin despedida
Llevando de la mano mi esperanza?
¿Qué me dejas de ti? recuerdos sólo,
La cofia rosa sobre el blanco lecho.
La cofia rosa que cubrir solía
Sus áureos rizos, por la vez primera
Yo los toqué al ceñírsela, que roce
Divinamente suave,
Sus pulsaciones violentó mi mano......
Un murmullo...... ¿qué es? Mimí que tose,
¿Mimí que tose por la vez postrera?......
Es el viento que gime en la vidriera
Y mi ternura funeral conoce......
Y la estacion risueña de las flores
Torna otra vez, y titilante brilla
En los pétalos blancos el rocío.........
¡Crepúsculos de oro, tardes tristes!
Quiero creer que la memoria pierdo,
Que os esfumáis si jadeante os toco;
El destino feroz, raudo me apremia.
Soy un pobre poeta enfermo y loco......
¡Dejad que en mi boardilla, su recuerdo
Bese tan sólo en medio á mis delirios;
Yo sé muy bien que está bajo los lirios,
¡Ni un mármol, ni una cruz, era Bohemia.!

Antonio H. Altamirano.

CIRCUNSTANCIAS.

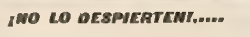
El plan del Capitán no era feliz;
Mas se desnubla el sol, y es Austerlitz.

Nunca mejor el Capitán pensó;
Pero empieza á llover, y es Waterloo.

William Young.

Traducción.





¡NO LO DESPIERTEN!....



Cuadro de León Caille.



EL BAILE DE LOS VIEJECITOS.

NOVELA CORTA

(Traducción especial de "El Mundo Ilustrado".)

I

Te lo aseguro, papá, y á ti también, mamá: es necesario que den ustedes un baile. Vuestro amplio y bello departamento del primer piso, con sus diez ventanas que dan á la avenida, parece dispuesto expresamente para una fiesta suntuosa. Hablarán todos los periódicos; y luego que ustedes reciban en su casa, serán recibidos por los invitados en las suyas, y así, repentinamente, entraréis en el gran mundo.

Sentados en la orilla de sus sillones de satín flamante y nuevo, con los pies de punta, como si no se atrevieran á posarlos sobre el peluche mullido y suave de sus alfombras, todavía vírgenes de extrañas pisadas, el bueno y gordo viejecito M. Peroux y la magnífica viejecita Mad. Peroux, escuchaban á la elegante joven con ese respeto que los padres que no poseen una gran educación, tienen á su hija única, instruída en el colegio en que se paga más cara pensión en París. Luego que la joven hubo acabado de hablar, los viejecitos se miraron.

—Precisamente, hijita—se aventuró á decir el viejo con voz casi tímida, aunque un poco animado con los movimientos aprobativos que con la cabeza hacía su esposa,—precisamente no tenemos deseo de lanzarnos al gran mundo, ni al medio, ni al más pequeño. No tenemos deseo de pertenecer á mundo alguno. Te lo repetiré una vez más, porque parece que lo olvidas á cada momento: nuestros orígenes son muy humildes. Yo he sido jefe de meseros en un restaurant, y tu madre cocinera. A fuerza de economías logramos obtener, al cabo de diez años, cinco obligaciones de la «Ville de París.» Una de ellas nos hizo ganar el gran lote de quinientos mil francos; pero como tu madre y yo teníamos mucho cariño á nuestro oficio, por más que esto te parezca divertido, y como nos sentíamos todavía lo suficientemente jóvenes y activos para no vivir sólo de nuestras rentas, establecimos un hotel en Niza. Siempre hemos guardado el mejor orden y la mayor exactitud; y unido esto á que conocemos bien las cosas en lo que se refiere á servicio, mesa y cocina, hicimos que nuestra casa fuera la mejor y menos costosa en toda la ciudad. Los clientes afluyeron; y después de veinte años de éxito, y con las manos un poco abundantes de dinero, vendimos nuestro hotel en diez veces más de lo que nos había costado y volvimos á París muy ricos, casi millonarios, pero sin orgullo de ninguna especie! Como no tenemos instrucción, no podemos ser vanidosos; comprendemos bien que si nos hemos esforzado por trabajar más que otras gentes, también la suerte nos ha sido propicia. Nuestro caso no es el tuyo; tú has sido educada en un medio muy diferente, con otras ideas y otros prejuicios distintos de los nuestros; has podido, gracias á tu cuantiosa dote, casarte á tu elección, llevar el tren que te conviene y atraer á tu casa á los amigos que te agradan. Es perfectamente comprensible que tengas gustos, costumbres y caprichos que nosotros ni sospechamos siquiera; pero si admitimos que vivas á tu antojo, es justo que nos dejes vivir al nuestro.

La joven, impaciente, iba á abrir la boca para contestar perentoriamente, pero la viejecita, enardecida por la verba y la franqueza de su marido, le hizo seña de que quería á su vez hablar.

—Ya—dijo con un tono de reproche disimulado,—en vez de dejarnos comprar un hotelito pequeño y retirado, cerca d'Auteuil ó de Passy, nos has hecho alquilar en plenos Campos Elíseos este enorme departamento lujoso, que no conviene á nuestros intereses. Necesitamos, instalados de este modo, de siete á ocho mozos; y como este gasto excede á lo que podemos pagar, resulta que la vigilancia mía tiene que cansarme. Y no nos hemos retirado de la vida activa para no obtener ningún beneficio. Compréndelo bien, una vez por todas: somos viejos y tenemos necesidad de reposo.

Luego que los viejecitos acabaron de decir todo lo que pensaban, con la sencillez que era el principal resorte de su elocuencia, callaron, porque ni á uno ni á otro les gustaban las réplicas inútiles. Callaron porque les pareció justo que después de ellos hablase su hija.

Esta había escuchado las razones que le daban tanto el padre como la madre, con cierto imperceptible encogimiento de hombros y, luego que la dejaron hablar, comenzó á defender su causa con el imperturbable aplomo y la desconcertante volubilidad que constituían el sello distintivo de las educandas de su colegio.

—Me mortifica decirlo á ustedes, queridos padres, pero no entendéis nada, absolutamente nada de la vida parisiense. Si yo os abandonase á vosotros mismos, antes de tres meses moriríais de fastidio. Sé mejor que ustedes lo que se debe hacer. El primer deber de los ricos es gastar sin llevar la cuenta. No hay mejor manera de combatir la anarquía. Esto es asunto social! Además, á vuestra edad estáis expuestos á sufrir una pereza peligrosa. Paseáis cada día menos; todo se reduce á acariciar recuerdos en el rincón del fuego; el alma y el cuerpo se adormecen. Nada puede ser más malo, moral y físicamente. Se necesita reaccionar y esto se consigue por un solo medio: la distracción. Como ven ustedes, es también asunto de salud! Por último, todos mis amigos, que saben que estáis instalados ahora en París, encontrarán extraordinario, mezquino, incomprensible, que no hagáis rechinar las bisagras de la puerta. Creerían que teníais vergüenza de mostraros en público. Y aquí tenéis cómo esto también es un asunto de conveniencia.

La viejecita Peroux hubiera querido contestar que ella combatía la anarquía á su manera, por medio de limosnas bien empleadas entre

los pobres que conocía; el viejecito Peroux hubiera querido objetar que el médico le había recomendado el reposo; ambos tenían en la punta de la lengua decirle á la hija que ella se entendiese con gastar sin llevar la cuenta, y que como no conocían á uno solo de los amigos de su yerno, les importaban muy poco sus mezquinas apreciaciones. Pero aprovechando la excitación, el desarrollo y ardimiento de ideas en que la hacía internarse la facilidad de locución, dándose apenas tiempo para hacer de vez en cuando «uf!», la joven los cohibió por lo imprevisto y audaz de su peroración.

—Y he aquí por qué, querido papá y adorada mamacita, daréis un gran baile, seguido de un suntuoso banquete, precisamente de este sábado en ocho días!

Los viejecitos temblaron. Ante un peligro tan inminente, papá Peroux se armó de valor y lanzó esta frase como un último cartucho:

—Si tienes tantos deseos de dar un baile, dalo en tu casa.

La joven permaneció impasible ante aquel golpe. Arregló tranquilamente sus abrigos, envolviéndose con exquisita coquetería, y luego dijo:

—En mi casa es imposible; no es tan grande como la vuestra; no tengo tres salones en un solo piso ni servidumbre suficiente. Además, hemos gastado mucho en este invierno y el estado de nuestras rentas no nos permite hacer un nuevo desembolso. Creí daros un verdadero placer y siento mucho que haya sido, en su vez, una contrariedad, pero ya es tarde para retroceder: ya he repartido más de trescientas invitaciones entre mis amistades.

¡Trescientas invitaciones!.. ..... ¡Qué horror!, gimió el anciano perdiendo toda resistencia.

¡Misericordia! ¡Qué espanto!, exclamó la viejecita como un eco desolado.

Nada temáis, dijo la joven con una sonrisa un poco burlesca. Esto no os causará la menor molestia. Ya me arreglé con Potel para el «buffet» y la comida; mandará sus «maîtres d'hotel», sus cocineros y sus galopines. Pasé á casa de Belloir: adornará y decorará el departamento. Mi florista, á mis órdenes, hará lo demás. Llegaré bastante temprano para recibir los primeros invitados. Me encargaré de todo, no tendréis absolutamente que ocuparos en nada..........más que en pagar.

Y, prudentemente, sin atender á nuevas observaciones, se levantó y se despidió. Sólo se vió precisada á agacharse mucho para abrazar á los ancianos, porque se habían quedado con la cabeza baja, hundidos en un silencio de desgracia y de consternación.

II

El día de su baile («su baile» ¡qué ironía!), papá y mamá Peroux no sabían dónde esconderse. No se sentían estar en su propia casa; iban y venían como almas en pena; se asomaban por aquí, espiaban por el otro lado; ya se sentaban sobre una caja, ya sobre un rollo de tapiz; erraban de habitación en habitación con aire de desgracia, cansados, tristes, como dos pájaros á cuya jaula se le hubieran quitado las varillas donde tienen costumbre de posarse.

Desde por la mañana llegaron los tapiceros y desarreglaron todo el departamento, vaciaron todos los salones, el billar, la sala de fumar, etc., y amontonaron todos los muebles en la recámara. Cubrieron los muros con colgaduras de un rojo capaz de hacer cegar, y dieron martillazos hasta aturdir. Los desconocidos «maîtres d'hotel» se apoderaron del comedor y de los armarios, y removían las piezas de plata, la porcelana y el cristal. La cocina, con sus hornillos rebosantes de fuego, estaba llena de galopines con gorros blancos, que se apresuraban disponiendo vajillas, cacerolas y botellas. Los electricistas paseaban por todas partes grandes escaleras, multiplicaban los cables, entretejían sus hilos, mientras que por todas las puertas, de dos batientes, abiertas á las corrientes del aire, iban y venían los jardineros, con los zuecos llenos de lodo, colocando grandes plantas verdes, poniendo y quitando flores, rociando y refrescando todo con finos pulverizadores.

Los viejecitos, al principio, quisieron oponerse, impedir el trastorno y el pillaje en su casa tomada por asalto; pero los sirvientes se juzgaron inútiles ante aquella falanje de reemplazantes y pidieron permiso para salir. Así, pues, solos frente la horda de intrusos, papá Peroux tuvo á bien ponerse su cómodo traje de casa, y mamá Peroux se comulgó su cólera y, con su aquella diminuta talla, su porte sencillo, su cara bonachona y su voz aflautada, nadie pudo creerla la verdadera dueña de la casa. Por otra parte, las órdenes de su hija eran formales. La invasión continuó, y confinados de rincón á rincón, desterrados, apostrofados, maltratados, corridos, los viejecitos no resistieron y se dejaron arrastrar por la inercia de la falta de poder.

Hasta llegada la noche, toda aquella gente desapareció y el ruido cesó como por encanto. Las puertas se cerraron; una tibieza de invernadero, en que vagaban los perfumes de las lilas, de las rosas y de las violetas, se extendió en todo el departamento, bañado por una luz de oro. Papá y mamá Peroux se paseaban á través de todo aquello, con el pasmo del campesino ingenuo y de la pavera sencilla que en todos los feerismos, y no se sabe por qué servicio inconscientemente prestado, el hada buena transporta á un palacio de apoteosis. Lo admiraban todo con temor, no se atrevían á tocar nada, respiraban á pequeñas aspiraciones, preguntándose si acaso se les exigiría, á la hora de la hora, restituir lo que habían consumido de un aire tan precioso, tan raro, tan deliciosamente perfumado.

Esto es muy bello, me da miedo, decía la viejecita, pálida y temblorosa. ¡Cómo voy á parecer vieja, amarilla y fea en el brillo de estos espejos, de estas flores y de estas luces.

—¡Oh, tú estás bien conservada—suspiró papá Peroux,—harás todavía un pequeño efecto. Pero yo que voy á estar torpe y ridículo!

—Si me crees muy segura, te equivocas. Las amigas de nuestra hija, todas verdaderamente mundanas, van á comerme viva, de la cabeza á los pies. Mira, se me pone carne de gallina.

—Y los amigos de mi yerno, los señores elegantes y desdeñosos, van á toserme mirándome de un modo que ya siento el calofrío.

—No resuelvo irme á vestir; retardo esto lo más que puedo. ¡Ah! si vieras el traje que, sin permitirme una sola observación á la modista, tu hija me mandó hacer para el baile! Es de satín verde tierno, ¿lo oyes?, ¡verde tierno, para tu pobre vieja! Y el talle está de tal manera escotado, que parece que voy al baño. Me siento enferma desde ahora!

—¡No me hables, yo tengo sudores fríos! Cuando me ponga los zapatos lustrosos, me va á parecer que me han limado los pies. Pero eso es nada al lado del traje que me ha hecho el sastre de mi yerno. Estoy desde ahora como una castaña sobre la parrilla, una castaña que siente tostar su cáscara. Y luego, que estoy tan acostumbrado, que á falta de servilleta, me pongo el pañuelo debajo del brazo. ¡Vaya, que voy á causar escándalo!

—Yo también voy á hacer algo de eso, lo verás. Siento que......

Un campanillazo interrumpió la conversación.

¡Ah! papacito, si serán ya nuestros invitados? .....Me tiemblan las piernas y me siento enferma.

—Te ruego, mamacita, que no me hables de nuestros invitados; me haces mal......

—No nos quedamos aquí......desfilemos.

—Esto es......sin tambores ni trompetas.

Y dando vivamente media vuelta para esquivarse, dieron de manos á boca con un diablo de ujier que estaba en pie tras de la puerta. Con puños blancos, librea de paño azul con botones de oro, más erguido, más solemne que un suizo de catedral, aquel espantajo que nunca habíase visto, les cortó la retirada rumbo á la recámara, y con un aire y un tono de juez ante culpables, los apostrofó bruscamente:

—¿Qué hacíais aquí, brr? ¿por qué escapáis de esta manera? ¿Qué significa esto?......

En su turbación de pánico y en la sofocación de este interrogatorio tan á quemarropa, los viejecitos se quedaron petrificados. Sin darles tiempo á respirar, el terrible espantajo les echó hacia adelante:

—Vamos, despejad ¡canario! ¡Nada de explicaciones! «¡Cierren!» ¡No es su lugar de ustedes aquí! ¿Quién me ha dado estos desahogados curiosos? Si me montáis en cólera, llamo á la policía. ¡Vamos! ¡Huchs! Sin manchar el suelo......y prontito, ¿eh?

Ciego á sus gestos de indignación, sordo á sus protestas, el ujier los arrojó á la antecámara. La viejecita se dirigió á la gran puerta de honor, pero el ujier les gritó cínicamente:

—¡Eh! ¿La salida de los amos? Nada de eso, ¿para qué sirve entonces la escalera de los criados?

Y de un último empujón, el ujier echó á papá y á mamá Peroux á la repostería y les cerró la puerta. Allí, en medio de otros desconocidos: «maîtres d'hotel», cocineros y galopines atareados, fué peor. Pasmados, golpeados, injuriados, tratados á codazo, y con miradas rudas, el papacito y la madrecita pasaron de la repostería á la cocina, de la cocina á la meseta de la escalera; y ¡paf! con la puerta en las narices: se encuentran solos en la escalera de servicio.

—Esto es atroz, dijo el viejecito colérico. Ser puesto á las puertas de su propia casa por los mozos que uno mismo paga, es inicuo, es el colmo!

Luego que la viejecita pasó la primera impresión de sorpresa, no pudo evitar reírse.

Oh! yo no me enojo......... encuentro todo esto muy divertido...... muy divertido!

—Pero no lo dejaré así. Voy á subir por la escalera principal!

—Te olvidas, amigo mío, que está guardada por el ujier mayor: te impedirá la entrada.

—Bajaré al cuarto del conserje, mandaré llamar al comisario de policía......... me haré abrir las puertas de mi casa por la autoridad judicial.

—Qué escándalo, qué ridículo escándalo—decía entre risas la viejecita, encogiendo los hombros. Quieres que hagamos irrupción en el baile con traje de todos los días y seguidos por la fuerza armada! ¡Sería un escándalo que nuestro yerno jamás nos perdonaría y que haría á nuestra hija caer desmayada. Si me crees, no hagamos tanto ruido, aprovechémonos en silencio, alegre y maliciosamente, de la torpeza de ese gran imbécil del ujier.

Papá Peroux, ante el buen humor indiferente y bromista de su esposa sintió que su cólera decaía. Ya empezaba á calmarse.

—¿No deseábamos esquivarnos? preguntó la viejecita.

—Si, pero......

—Era muy difícil, pero ahora es muy fácil. Todo está á pedir de boca, ya lo ves. Nuestros invitados se divertirán sin nosotros, y nosotros nos divertiremos sin ellos.

—¡Eh, eh, ésa sí ya es una idea — dijo el viejecito, que nunca podía estar por mucho tiempo colérico y acababa de quitarle el mal humor aquella proposición tentadora. Eso será muy divertido. Justamente tengo en la bolsa la llave del sexto piso, donde guardo los recuerdos y las reliquias de nuestro modesto menaje de otros tiempos. Arrojados de acá abajo, vamos arriba: es nuestro único asilo.

—Oh! eso es; comeremos en nuestra buhardilla, como en los buenos tiempos en que éramos pobres...... pero jóvenes! Qué bonito va á ser esto! Sólo que yo no tengo un sueldo en la bolsa para que comamos; y tú?

Tampoco. No llevo ni cartera ni portamoneda. Espera...... espera, tengo en mi bolsillo dos monedas de veinte sueldos para mis pobres, dos francos! ¿Eh? Qué casualidad!

—Con eso tenemos. Vamos á buscar qué comer.

(Continuará).



EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 3. MÉXICO, JULIO 20 DE 1902.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Subscripción mensual foránea, $ 1.50
Idem. Idem. en la capital, ,, 1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



APUNTES

DE JESÚS F. CONTRERAS

EN SU ESTUDIO

PARA ADIESTRAR LA MANO IZQUIERDA

TRISTEZA DE OTOÑO.

Varios amigos íntimos nos reunimos aquella noche en casa de María Suberseaux, que celebraba su cumpleaños.

Antes de las diez la conversación fué languideciendo por momentos; y entonces María se sentó al piano y tocó —como sólo ella sabe hacerlo—una romanza deliciosa que nos impresionó hondamente.

—Nada causa en mi ánimo tan extraña emoción como esa melancolía dulce y lánguida de ciertas músicas, que parece vagar, aun después de muerto el sonido, en lo más recóndito de nuestro ser, dijo una de las jóvenes allí presentes.

Aquellas simples palabras hicieron en nosotros el efecto de una sugestión. Olvidando el carácter de la velada familiar, cada cual habló de la hora de mayor tristeza por que había pasado su espíritu, y de la música que más perdurablemente había logrado impresionarle.

Las mujeres expusieron las más raras teorías, los más complicados casos psicológicos.

Luego les tocó su vez á los hombres. Todos hicimos alguna sencilla confidencia, evocando recuerdos lejanos.

Sólo Armando N***— hermoso muchacho de ojos luminosos y manos ducales, adorado secretamente por María—permaneció en silencio, como abstraído en un sueño de amargura.

Viendo que todas las miradas se fijaban en él, comprendió que había llegado su turno y dijo lo siguiente:

—Paseábame con la bella Isabel Stévenson en una tarde del último otoño, á la orilla del mar.

La había conocido en los primeros días de mi llegada al puerto, y simpatizamos de tal modo, que poco tiempo después nos tratábamos como si fuéramos antiguos amigos.

Ella habitaba un pequeño pabellón construído sobre las rocas, y en la hora de las mareas, las olas llegaban á depositar sus espumas en el muro de piedra del corredor, pintado de un azul claro y adornado con una colección de acuarelas marinas.

Allí pasé horas inolvidables al lado de aquella mujer encantadora, alrededor de la cual parecía flotar un velo de poesía y de misterio.

Vestía siempre de negro y era delicioso el contraste del color de su traje con el de su rostro, su cuello y sus manos, de una blancura deslumbradora. Su cabellera, de admirables matiees, caía graciosamente sobre sus hombros como una cascada de oro.

Era delgada y esbelta y podría tener veintiséis años. Creo que quien la viera una vez, no podría olvidar jamás aquella figura divina de grandes ojos melancólicos, que acariciaban los espíritus con una intensa caricia impalpable. De mí sé decir que su mirada me hacía el efecto de un beso dulce y terrible, dado en mi mismo corazón por los labios ardientes de una mujer querida.

De su vida no sabía sino que era inglesa, que viajaba con su madre—una señora fina y elegante, de cabellos blancos—y que partirían en el primer trasatlántico que llegara á aquel puerto, que les había gustado por su aspecto pintoresco, por su clima y, sobre todo, por la serenidad de sus noches, cuya calma sólo turbaba el sonoro clamor de las olas.

Aquella tarde, una inquietud sin nombre, un hondo desconsuelo, se habían apoderado de mí, sintiendo bajo mi brazo el suave calor del brazo de mi amiga, que muy pronto, quizá dentro de algunas horas, dejaría de ver para siempre.

Ella miraba el horizonte, poblado hacia el sur de enormes nubarrones cenicientos; miraba la movible llanura del mar y el fulgor amarillo del ocaso con una expresión desolada; y envueltos en una como neblina de ensueño, ebrios de emoción y de angustia, caminábamos como sonámbulos por la ancha playa solitaria, sobre la que parecía descender de los cielos azules una tristeza profunda. Nuestros espíritus, impregnados de la doliente poesía de la tarde, sufrían un dolor intenso, y nuestros labios guardaban un silencio desesperado, en el que toda palabra, hasta la más leve, hubiera sido inoportuna.

Caminamos así durante algunos minutos, mudos y trémulos, frente al mar infinito. Yo aspiraba el tenue perfume que se exhalaba de los cabellos, del seno, de todo el cuerpo de aquella dulce criatura. Aroma sutil que me embriagaba, que me enloquecía, sugiriéndome una visión inaudita de belleza y de gracia ultraterrestres.

—¿No habéis amado nunca?—le pregunté de improviso, casi instintivamente, impelido por una extraña fuerza interior, por un ardiente deseo de conocer el misterio que rodeaba su existencia.

Ella me miró un instante, y ví en sus pupilas una luz nueva. Después, con una bella sonrisa en los labios harmoniosos, dijo sencillamente.

—Sí. He amado mucho, una sola vez. Es una antigua historia de mi primera juventud. Una leyenda de sangre y de lágrimas. El murió trágicamente, lamentablemente: he aquí todo. Yo he jurado ser fiel á su memoria y llevar, durante mi vida, en mi alma y en mi traje, el luto de su amor.

Mientras ella hablaba, sentía yo como si una mano de hierro apretara mi corazón, como si mi espíritu se llenara de lágrimas de fuego.

Guardamos de nuevo un silencio que entonces me pareció solemne.......................

Un grito ronco y lejano, que venía de allá, de las inmensas soledades marinas, nos hizo estremecer.

—Es el trasatlántico—dije yo mirando en el claro horizonte del ocaso, casi á flor de agua, una pequeña columna de humo.

La hermosa joven me miró un segundo, muy pálida.........

Y continuamos nuestro paseo, inconscientes, taciturnos, bajo la angustia de un silencio mortuorio.........

Llegaba á nosotros, de las últimas casas del puerto, el lánguido sollozo de una guitarra, á la que se unía una voz de mujer que cantaba una balada melancólica, una de esas banales canciones de un sentimiento tan vivo, que nos hace sufrir, sufrir sin causa ó gozar con un goce doloroso.........

Aquella música lejana, en la agonía del crepúsculo, bajo el cielo sereno, en el que brillaban, como flores de luz, las primeras estrellas; el monótono rumor de las olas; el vuelo de las aves marinas; el cálido soplo de las brisas errabundas; todo mezclado, compenetrado, confundido con una desolación íntima y suprema, llegaron á producir en mí una tristeza desesperada, honda, infinita; una tristeza ante la cual eran pequeños el cielo y el mar; una tristeza tan inconsolable, tan profunda, tan extrahumana, que creí morir................ Morir allí, con la postrera luz de la tarde, con las manos sobre el corazón, con los ojos llenos de lágrimas, con los labios sellados por un silencio terrible, más grande que la Muerte......

Froilán TURCIOS.

GOETHE

No sé dónde dijo Goethe que en toda su vida, á pesar de ser fecunda en acontecimientos, no había experimentado más que cuatro semanas de pura felicidad. En cuanto á los años de mayor desgracia, no les concede especial mención; los conocemos sin embargo. Fueron aquellos en que trató de adaptar á su uso un instrumento desafinado y maltrecho. Su poderoso espíritu aspiraba á librarse de la soledad silenciosa de la composición literaria por la obra de arte viril y sonora. ¿Qué mejor y más segura mirada que la suya para abarcar la vida y conocerla? Y una vez poseído de la verdad, aquella verdad observada, pintada y descrita por él, ¿qué más natural que el deseo de hacerla oír en ese instrumento? ¡Oh Dios mío! ¡Cómo resonarían en sus oídos, desfiguradas y desconocidas, aquellas concepciones que había traducido en música poética! ¡Cuánto debió trabajar en afinarlo, tesar y estirar sus cuerdas hasta hacerlas vibrar al fin con dulce gemido!... Debió reconocer entonces la posibilidad de realizarlo todo en el mundo, menos regir el pensamiento humano por la razón abstracta; allí donde esta razón no encuentra un hombre sano y equilibrado en quien germinar y abrirse en flor, muere por no someterse á la tiranía. El poeta egoísta, de acuerdo con sus planes, podrá hacer mover polichinelas, pero no crear verdaderos seres llenos de vida con procedimientos mecánicos.

De aquella escena en que Goethe quiso crear hombres, fué arrojado al fín por un «pudel» (1), ejemplo que hará meditar á todo el que trate de ejercer desde arriba una autoridad artificial.

Allí donde un Goethe había fracasado, fracasaban los demás, por ser esto de buen tono: los poetas siguieron aún componiendo piezas, pero ya no para representarlas, sino para imprimirlas solamente. Entonces apareció aquel engendro monstruoso, inaudito: «¡Dramas escritos para la lectura muda!»

En su «Wílhelm Méister,» Goethe procedió como artista puro, al que hasta el poeta niega su concurso para inventar un desenlace consolado de la acción; en sus Wahlverwandtschaften,» el poeta lírico y elegíaco se manifiesta como vidente de a mas, aunque no como vidente de criaturas animadas.

Pero lo que Cervantes había percibido en sus pesonajes «Don Quijote y Sancho Panza,» se reveló á la mirada universal y profunda de Goethe, bajo la forma de Fausto y Mefistófeles; estos personajes percibidos particularmente por él, acompañaron luego al artista en sus investigaciones, como el enigma buscado de un inefable sueño poético, enigma del que Goethe, por un esfuerzo muy poco artístico, pero sincero en absoluto, creyó haberse hecho dueño en un «Drama» imposible.

Para librar al mundo de la maldición que pesa sobre él, se deben buscar ejemplos efectivos de estudios serios donde encontrar la posibilidad de la salud. Debemos buscar los caminos que la naturaleza misma, con solicitud de tierna y cuidadosa madre, ha trazado, adelantándose á nosotros para nuestro povecho. Este fué el objeto de las investigaciones de Goethe, y esto es lo que hizo de él un ejemplo tan consolador, tan confortante para nosotros. El hecho de que su Fausto, viejo y caduco, se viera precisado á recurrir al diablo para preparar un refugio á la libre y humana actividad, no nos permte, en verdad, considerar esta creación como el definitivo asilo de los seres puros; pero por este solo hecho el alma del culpable fué arrebatada á ese diablo, porque un alma celestial adoraba al infatigable trabajador.

El poeta hubo de buscar también con animo sereno en los instintos de asociación humana aquella tendencia conservadora de formación descubierta en el trabajo de la naturaleza. Así lo vemos claramente en las citas y consideraciones sacadas de un «Wanderjahse» por Henri de Stein; no puede dejar de reconocer que Goethe se preocupó vivamente con tal pensamiento: la posibilidad de fundar una sociedad nueva sobre una tierra nueva. Con su recto sentido llegó á reconocer que no se podía esperar una gran cosa de una sencilla emigración, si no era precedida, dentro del terruño materno de la vieja patria, por un convencimiento fundado en la educación intelectual y moral; y desde el punto de vista precisamente de esta educación, intentó presentarnos tipos ejemplares de sugestionadora expresión.

Ricardo WAGNER.

[1] "Pudel", que en alemán quiere decir " gosquecillo, perro de lanas," significa también "yerro, fracaso." Alude con este juego de palabras al primer Fausto.



Jesús F. Contreras.

Cuando del seno de una raza como la nuestra, ardiente, pero voluble; pasional, pero versátil; generosa, pero inconstante; lúcida, pero perezosa, surge un hombre á la vez inspirado y enérgico, talentoso y pujante, síntesis admirable de cerebro, corazón y músculos, de inteligencia clara, sentimientos nobles y voluntad indómita, los amantes de la ciencia, los entusiastas del arte, los adoradores de la patria deben descubrir sus frentes en señal de admiración y mirarlo como un hijo privilegiado del destino.

La naturaleza humana, compleja y múltiple á pesar de su aparente unidad, sólo se acerca á la perfección por la armonía de sus facultades y la proporción de sus diversas actividades. En el orden mental las potencias fundamentales son la inteligencia, el sentimiento y la voluntad.

El talento solo, por grande que él sea, sin la nobleza del sentimiento, es antes pernicioso que benéfico, y odioso que estimable; y sin la energía de la voluntad, es infecundo y estéril. Los hombres eminentes en ciencia, en arte, en política; los que han dejado tras de sí huellas luminosas en la historia, los verdaderos benefactores de la humanidad, han sido á la vez lúcidos, buenos y enérgicos, y no puede aspirar á construir monumentos duraderos y obras inmortales quien, á la vez que inteligente, no se siente noble y grande por el sentimiento, y pujante y poderoso por la voluntad.

Los sentimentales sin pujanza, son estériles plañideras, capaces de gemir y llorar, de anhelar y aspirar; pero son los eternos vencidos por la adversidad y las eternas víctimas en la lucha por la vida. Salvo tal cual chispazo de talento, que brilla un instante para extinguirse luego, su vida es oscura, su gloria incierta, su obra efímera. No son fanales, son luciérnagas; no son luchadores, son convulsionarios; no son águilas, son mariposas.

Los hombres pujantes sin sentimentalismo, son, por lo común, grandes perversos; la presión de la voluntad los empuja á una acción desbordante que el ideal no orienta, que el amor no encauza, que la generosidad no atempera. Son huracanes, aludes, cataratas, raudos y destructores, impetuosos y arrasantes. Toman por asalto á la humanidad, se desbordan sobre las sociedades como los bárbaros sobre Roma, y dejan en la tierra que pisan huellas de sangre, en el camino que recorren, amontonamientos de ruinas, y en la memoria de los hombres, repugnancia y odio.



ESCULTOR JESUS F CONTRERAS, † el 12 del actual.

No así los seres completos, acabados y armónicos; éstos tienen una brújula, el ideal; una aspiración, el bien; un itinerario y un fanal, su ciencia y su inteligencia, y un propulsor poderoso, su voluntad. Son á la vez ala y palanca; calor y luz; fecundos y prolíficos, crean, inician, reforman, regeneran y dejan en la ciencia, principios; en el arte, modelos; en la legislación, códigos; en la sociedad, virtudes; en la industria, mejoras; en la conciencia, derechos; en la política, libertades, y en el corazón de la posteridad, gratitud y amor.

En el dominio del arte, Jesús F. Contreras fué uno de esos hombres privilegiados, cuya mentalidad descansó sobre la trípode inconmovible del talento, del sentimiento y de la voluntad. Luchador infatigable, nacido en humilde cuna, supo, á fuerza de energía, de constancia, de trabajo y de estudio, elevarse á una posición envidiable, y llegó á ocupar lugar predilecto en el corazón de cuantos lo conocieron, en el mundo del arte y en la sociedad.

Esta primera etapa de su epopeya, sus combates contra la miseria y la ignorancia; sus angustias frente al mármol rebelde á las evocaciones de su ideal; sus luchas utópicas contra el bronce candente y destructor que en cierta ocasión estuvo á punto de devorarle los pies; esa lenta ascensión al Tabor por un camino de Calvario, sus días sin pan, sus noches sin fuego, las crueles nostalgias de nuestro sol y de nuestro cielo en la boardilla extranjera y helada y en el taller brumoso, todos esos dolores, todas esas miserias son poco conocidas; pero sus íntimos supieron toda su crueldad.

Nada pudo abatirlo; saltó obstáculos, sorteó escollos, libró combates y alcanzó victorias. El desheredado llegó al bienestar, el aprendiz se hizo maestro, el artista surgió y se impuso, y ante él se abrieron todos los horizontes y para él sonrieron todas las esperanzas.

En la cúspide lo acechaba, tosca y despiadada, la fatalidad, y tras sufrimientos prolongados y crueles, perdió el brazo derecho, que tan vigorosamente empuñaba y esgrimía el cincel.

El gladiador quedó inerme, el inspirado artista, impotente; y otra vez los buitres de la miseria y los buhos habitantes de las noches negras aletearon sobre su frente, amenazándolo con el olvido y la mendicidad.

El atleta, desconcertado un punto, recobró pronto sus energías, rehizo su educación, se improvisó instrumentos de trabajo, se puso á la obra, y el vencido de la víspera alcanzó la más estupenda de las victorias con esa obra prodigiosa que él llamó «Malgré tout!», símbolo viviente y palpitante de su vida de luchas y victorias, y ejemplo inmortal para todos los pusilánimes y para todos los descorazonados.

El destino no podía perdonarle aquel triunfo y á poco se cebó en él cruelmente: lo maniató con la parálisis; lo aniquiló con el dolor; le robó hasta la palabra y lo empujó rabioso á la tumba creyendo que iba á hundirlo en el olvido.

«Malgré tout!» ése es el grito de los hombres fuertes; ése el lema de las voluntades pujantes. «Malgré tout!» sí, á pesar de todo! Con ese signo se vence hasta la muerte misma. Con «Malgré tout!« Contreras ha conquistado la inmortalidad.

Dr. M. Flores

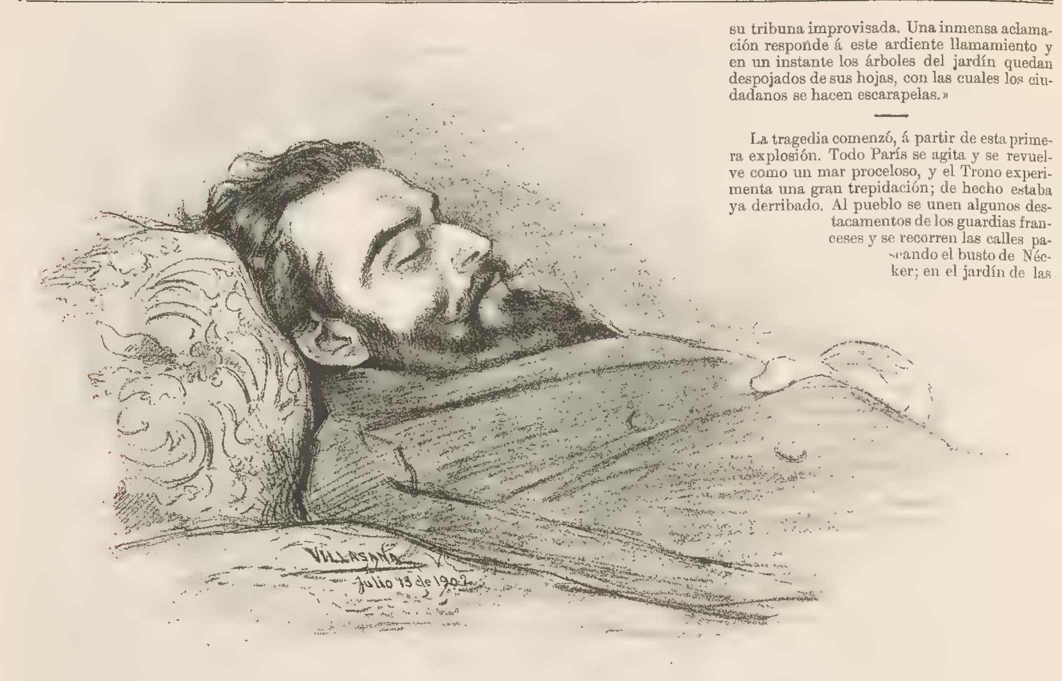
Nada más á ciertos genios es permitido tener ciertos defectos.—VÍCTOR HUGO.

*

Muchos artistas creen demasiado en su genio y no bastante en el trabajo.—JULIO BRETÓN.

*

Se comienza por hacer arte, se acaba por hacer obra.—F. BRUNETIERE.



JESUS CONTRERAS EN SU LECHO DE MUERTE (Apunte de Villasana.)

14 DE JULIO

Camilo Desmoulíns.

Camilo Desmoulíns era un desconocido que entró á la Historia de un solo paso.

En los momentos en que, á moción de Mirabeau, la Asamblea Nacional, fuerte y terrible desde el solemne juramento del «Juego de la Pelota», pidió á Luis XVI el retiro de París de los veinte regimientos extranjeros pagados por la Corona, y el Monarca respondió con la destitución de Nécker, el ministro popular, París era como una nube demasiado preñada que debía descargarse muy pronto. El hambre conturbaba todas las inteligencias, el odio convertía cada pecho en una fragua ardiente, la desesperación hacía vibrar todas las almas. La noticia de la salida de Nécker del ministerio de las finanzas, cayó sobre ese París, en el cual la vieja Francia se agitaba en sus últimas convulsiones, como una chispa sobre un barril de pólvora. El Palacio Real, especie de cuartel general de la Revolución, presentaba aquel día memorable, el 12 de Julio de 1789, una fisonomía formidable.

He aquí cómo describe un historiador la entrada del jóven colegial:

«En aquel momento el día estaba en su media carrera. Entraba la canícula; un Sol ardiente dardeaba sus fuegos sobre las planchas del gran monumento real. Repentinamente, un rayo hiere el espejo colocado en el meridiano del jardín y prende fuego al pequeño cañón, diversión habitual de los paseantes. Esto fué como una señal. Un jóven que no era para la multitud más que un desconocido, pero á quien la Historia llamará con el nombre de Camilo Desmoulíns, se precipita del café de Foy, sube á una mesa con el vigor y la agilidad de sus veinte años y pronuncia una arenga inflamada.

—«Ciudadanos! No hay un momento que perder. Yo llego de Versailles, Nécker ha sido destituído... esta caída es el toque á rebato de una San Bartolomé de los patriotas. Esta noche todos los batallones suizos y alemanes saldrán del Campo de Marte para aniquilarnos. No nos queda más recurso que correr á las armas y tomar «cocardes» (escarapelas) para reconocernos... Qué color elegís? El verde, que es el color de la esperanza, ó el azul de los Cincinatos, color de la libertad de América y de la democracia?

«—El verde....! El verde...!, grita la multitud, y entonces el jóven, que ya no tartamudea ni vacila al hablar, responde con voz clara y vibrante:

«—Amigos! La señal ha sido dada. Veo desde aquí á los espías y satélites de la policía que en estos momentos me miran de frente...; pero no caeré vivo en sus manos. Que todos los ciudadanos me imiten!»

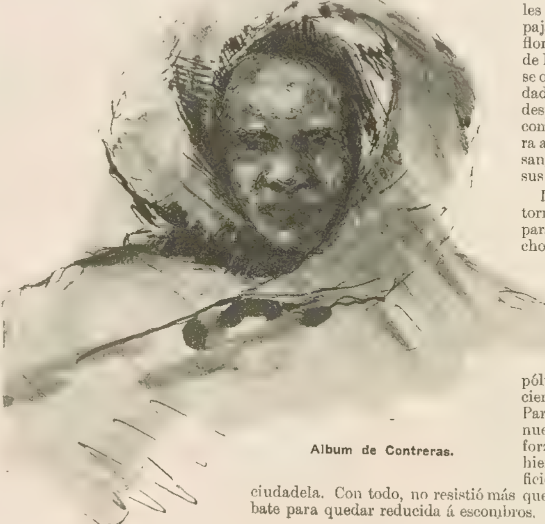
«Y acto continuo agita dos pistolas, pone una cinta verde á su sombrero y desciende de su tribuna improvisada. Una inmensa aclamación responde á este ardiente llamamiento y en un instante los árboles del jardín quedan despojados de sus hojas, con las cuales los ciudadanos se hacen escarapelas.»

La tragedia comenzó, á partir de esta primera explosión. Todo París se agita y se revuelve como un mar proceloso, y el Trono experimenta una gran trepidación; de hecho estaba ya derribado. Al pueblo se unen algunos destacamentos de los guardias franceses y se recorren las calles paseando el busto de Nécker; en el jardín de las Tullerías una carga de dragones acomete sobre ellos derribando á algunos, y con esto la indignación llega al colmo.

Camilo Desmoulíns, que aún llevaba en la ropa el polvo de las bancas del colegio donde acabara de disertar sobre los discursos de Cicerón y las arengas de Demóstenes, solo, sin más apoyo que su entusiasmo y su gran pasión por la Libertad, lanzando el primer grito de guerra, desafiaba las iras de la Monarquía y de los reyes, cosa que la misma Asamblea Nacional no se atrevió á hacer, ni siquiera á sostener legitimando el movimiento con su autorización. Tampoco hacía falta. El pueblo obraba por sí y ante sí; con una soberana intuición comprendía que su salud estaba en la guerra y á ella se lanzaba en un vértigo saludable.

Treinta mil hombres resueltos, armados con fusiles encontrados entre la paja de un hotel, lo más florido de la burguesía, de la juventud y de la clase obrera, la flor de la ciudad, caminaban dos días después hacia la Bastilla como una ola férvida, para ahogarla en su propia sangre y demolerla entre sus brazos

La prisión de las ocho torres estaba preparada para la defensa con muchos días de anticipación: un batallón de suizos, la guardia de los inválidos, municiones, cañones, víveres, pólvora en cantidad suficiente para volar medio París, y una muralla de nueve pies de espesor, reforzada con parrillas de hierro, hacían de este edificio la más formidable ciudadela. Con todo, no resistió más que cinco horas de combate para quedar reducida á escombros.



Album de Contreras.

¿Por qué?, han preguntado los escépticos; qué significación podía tener para el pueblo la Bastilla, que era como la prisión de los patricios? ¿Por qué se dirigieron á ésta en vez de dirigirse á Vincetres, que era la prisión de los pobres?

Era un acto de alta justicia. La Bastilla tenía algo de fatídico que la hacía un símbolo de terror y de crueldad inaudita; era la opresión en su forma más desesperante, en su último refinamiento de dolor llevado hasta lo inconcebible, más allá de toda resistencia humana. Un prisionero escribía á una dama de honor de María Antonieta: «Hoy, señora, hace cien mil horas que sufro...!» Sin embargo, no imaginaba que le faltaban doscientas mil más. Entre los siete prisioneros que encontró el pueblo en los calabozos, á seis metros bajo el nivel del suelo, donde la humedad apenas permitía respirar, ó en lo alto de las torres, donde el frío del invierno ara álgido, dos estaban locos y uno de ellos, cuya barba estaba tan crecida que le llegaba hasta la cintura, creía vivir aún bajo el reinado de Luis XV y decía llamarse «el mayor de la inmensidad». Otro exclamaba: «Durante los siete años que permanecí encerrado por delitos que jamás llegué á saber, en la bella estación no tenía suficiente aire; para calentar mi cámara glacial, se me daban maderos sacados del agua; bebía, ó mejor dicho, se me envenenaba con agua pestilente y corrompida; mis alimentos no los habrían comido los perros más hambrientos...!»

La destrución de la Bastilla tenía, pues, una significación grandiosa, humanitaria, para aquellos bravos campeones de la Revolución. Por esto la noticia fué recibida con gran regocijo, aun en las clases aristocráticas de pueblos de tan diversa índole como el inglés y el ruso.

La Francia libre nació el 14 de julio de 1789, y con ella la libertad política del pensamiento, del hombre y del pueblo. La obra de Voltaire se había consumado. En señal de ello, sobre el mismo lugar en que estaba la orgullosa prisión de Estado, los republicanos levantaron esa esbelta columna de bronce en cuya cima el Genio de la Libertad parece como que quiere atraer bajo sus alas doradas á todos los pueblos que sufren.

* * *

Pero... ¿y Camilo Desmoulins?

Ah! el gran patriota, la figura más simpática de la Revolución, después de combatir al lado de Mirabeau y de Robespierre, cuando apenas comenzaba á sentirse embriagado con las primeras sonrisas de la gloria, fué, un día, el 31 de marzo de 1794, detenido con Dantón y enviado con él, su último maestro, al cadalso seis días después. Alma sensible, casi femenina, amaba la vida porque comenzaba á encontrarla bella al lado de su idolatrada Lucile y de sus hijos.

Al ser conducido en la carreta al patíbulo, arengaba con desesperación al pueblo:

—Por qué consientes que maten á tus amigos; reconóceme! Quién te llevó á la Bastilla? Quién te condujo á la revolución?... Quién te dió las «cocardes» en el jardín del Palacio Real...? Soy yo, tu amigo, Camilo Desmoulins...

Funesta amistad...!

Ismael Magaña.

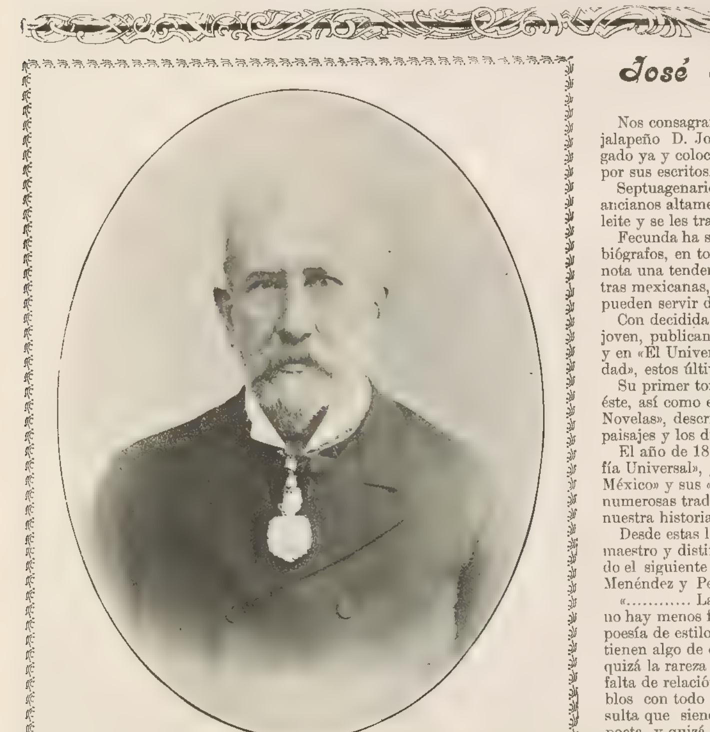
EL CRISTO.

Conozco á los hombres, y digo que Jesús no es hombre. Los espíritus superficiales ven una semejanza entre el Cristo y los fundadores de imperios, los conquistadores y los dioses de las demás religiones; pero esta semejanza no existe, porque entre el cristianismo y cualquiera otra religión, media la distancia de lo infinito...

Todo en Jesús me asombra: su espíritu me sobrepuja y su voluntad me confunde; no hay punto de comparación entre El y cualquiera otro en el mundo, pues es un ser aparte. Su nacimiento, su vida, su muerte, la singularidad de su dogma, que supera la sima de las profundidades y es su más admirable solución; la singularidad de este ser misterioso, su imperio, su marcha al través de los siglos y los reinos; todo es para mí un prodigio, no sé qué misterio insondable que me abisma en una meditación de que no puedo salir, misterio que está ante mis ojos, que no lo puedo negar y que tampoco puedo explicar. En esto no veo nada del hombre... Finalmente, y éste es mi último argumento: no hay Dios en el Cielo si un hombre ha podido concebir, ejecutar con todo éxito el gigantesco designio de arrebatar para sí el culto supremo usurpando el nombre de Dios. Jesús es el único que se ha atrevido á hacerlo, el único que haya dicho claramente y afirmado sin perturbarse él mismo de sí propio: «Yo soy Dios;» lo cual es bien diferente de esta afirmación: «Yo soy un Dios»... ¿Cómo, pués, un judío cuya existencia está más averiguada que todas las de la época en que vivió, siendo sólo el hijo de un carpintero, se hizo pasar desde luego como Dios mismo, como el ser por excelencia, como el creador de todos los seres? ¿Y se arroga toda clase de adoraciones, y edifica su culto con sus manos, no de piedras, sino de hombres?... ¿Y cómo por un prodigio que sobrepuja á todo prodigio, quiere el amor de los hombres, es decir, lo más difícil de alcanzar en este mundo, y lo consigue al momento? De todo esto deduzco yo su divinidad. Alejandro, César y Aníbal fracasaron en esta empresa; conquistaron el mundo y no llegaron á tener un amigo.

El Cristo habla, y en lo sucesivo las generaciones le pertenecen... Todos los que creen en El, sienten ese amor cuya fuerza no puede gastarse, ni cuya duración puede limitar el tiempo, ese gran destructor. Yo, Napoleón, soy quien más lo admira, porque he pensado en esto muchas veces, y es lo que me prueba absolutamente la Divinidad del Cristo.

Napoleón BONAPARTE.



José María Roa Bárcena.

Nos consagramos hoy al escritor notable y erudito historiador jalapeño D. José María Roa Bárcena, á quien la crítica ha juzgado ya y colocado en el alto puesto á que se ha hecho acreedor por sus escritos.

Septuagenario en la actualidad, el señor Roa es uno de esos ancianos altamente simpáticos, á quienes se les escucha con deleite y se les trata con veneración.

Fecunda ha sido su labor literaria, y como dice uno de sus biógrafos, en todas las obras que el señor Roa ha dado á luz, se nota una tendencia decidida á favorecer el desarrollo de las letras mexicanas, á serles útil cultivando diversos géneros que pueden servir de ejemplo y de enseñanza.

Con decidida vocación para las letras, las cultivó desde muy joven, publicando sus escritos en varios periódicos veracruzanos y en «El Universal», «La Cruz», «El Eco Nacional» y «La Sociedad», estos últimos de México.

Su primer tomo de poesías líricas fué publicado en 1858, y en éste, así como en sus «Leyendas» en verso, y en sus «Cuentos y Novelas», describe con exactitud nuestras costumbres, nuestros paisajes y los diversos tipos de nuestra sociedad.

El año de 1860 publicó un «Catecismo elemental de Geografía Universal», y tres años después su «Catecismo de Historia de México» y sus «Leyendas Mexicanas«, en verso, que contienen numerosas tradiciones, cuadros y descripciones de sucesos de nuestra historia antigua.

Desde estas líneas enviamos nuestro respetuoso saludo al viejo maestro y distinguido académico, cuyas «Leyendas« han merecido el siguiente juicio del notable literato español D. Marcelino Menéndez y Pelayo:

«........... Las tengo por las mejores. En las de asunto azteca no hay menos facilidad y gracia narrativa, y hay, acaso, más poesía de estilo y más lujo y pompa en las descripciones; pero tienen algo de exótico é interesan menos, á lo cual contribuye quizá la rareza y áspera estructura de los nombres indígenas y la falta de relación de las tradiciones y creencias de aquellos pueblos con todo lo que vino después de la conquista. De donde resulta que siendo igual en unos y otros asuntos la habilidad del poeta y quizá superior en lo más difícil, es poesía menos humana la de carácter indio, á no ser en «La Princesa Papantzin», que tiene cierta grandiosidad profética.»

18 DE JULIO.

Aniversario de la muerte del Benemérito Juárez

La gran obra del ilustre Lic. Benito Juárez, se agiganta en el corazón del pueblo á medida que los tiempos transcurren y el ser moral de la Nación Mexicana se vigoriza, alimentándose con los sabios principios que el Reformador puso en el corazón de los buenos ciudadanos, al cruzar como astro divino por los horizontes de la vida patria.

Año por año concurre una legión de ciudadanos al lugar en que han quedado los restos del Patricio, y conmemoran el 18 de Julio, fecha negra en la historia nacional, porque ese día la muerte cayó implacable sobre el amigo predilecto del pueblo libre.

La manifestación efectuada el día de antier fué solemne, grandiosa y conmovedora cual era justo.

Desde el ciudadano esclarecido hasta el humilde hijo del pueblo, fueron á cubrir con flores el lugar donde reposa el ilustre Juárez.

Desde la gran comitiva que se organizó para que marchara de las puertas del Palacio Nacional al panteón de San Fernando, hasta el solemne momento en que el Primer Magistrado de la República fué á depositar una corona sobre la tumba del insigne compatriota, se sucedieron momentos de verdadera manifestación de patriotismo.

Como notas salientes, la crónica ha apuntado el notable discurso que el Lic. Rosendo Pineda pronunció en el acto oficial.

Nada menos hubiera podido esperarse de un orador de semejante talla, de un verdadero «leader» del Parlamento Nacional, que comulga con las más sanas ideas del liberalismo.



EL LIC. PINEDA PRONUNCIANDO SU BRILLANTE DISCURSO.

No resistimos á copiar algunas frases del notable orador, que probarán la justicia con que fué aplaudido:

«Han pasado los tiempos, se van serenando los ánimos, y ya podemos juzgar mejor de las cosas. La Iglesia bajo la Reforma vive mejor para el cumplimiento de su misión cristiana que bajo el sistema del monopolio religioso.

«La competencia ó la libertad de cultos depura la conducta social de los ministros del altar, eleva su nivel intelectual y estimula su celo evangélico; en una palabra, el régimen de la libertad, en la religión como en todo, no ofende ni perjudica sino á los inhábiles y perezosos, á los nocivos y corrompidos; y ésta es precisamente la benéfica influencia de la Libertad en la obra de la civilización humana. Y la Iglesia es una institución civilizadora, ó no tiene razón de ser.

«No, las leyes de Reforma no son tiránicas, sino redentoras de la conciencia del hombre; sólo la ignorancia fanática ó la mala fe sectaria pueden proclamar lo contrario.

«Juárez es hijo del Partido Liberal, y ciertamente una de sus glorias más puras y legítimas; pero el Partido Liberal no le produjo para su uso exclusivo, no. Juárez pertenece á la Nación, y su obra para la Nación fué hecha. Caben, pues, dentro de nuestras instituciones, con pleno derecho, en lo religioso, todas las sectas, y en lo político, todos los ideales. Sólo hay dos cosas intangibles en nuestra herencia: la Independencia de la Patria, como base inconmovible de la vida nacional, y la Reforma, como su ambiente vivificador, como su honra.

«No hay, no puede haber ya un pueblo intolerante cuya independencia no esté destinada á perecer ó entre los horrores de la guerra ó bajo la incontrastable influencia del progreso. La Reforma, pues, complementa y ampara la Independencia.

«Los extremistas de nuestra escuela murmuran recelosos por la suerte de la Reforma. ¿Por qué? ¿Porque el Gobierno de la República no se inspira en el espíritu de la intolerancia y de la persecución, característico de nuestro enemigo tradicional? Pero eso sería declararnos vencidos, renegando de la virtud de nuestro programa. ¿Con qué derecho habría entonces vencido el Partido Liberal al Clericalismo? ¿Y con qué derecho conservaría en sus manos el Gobierno de la República? No. El Gobierno no puede ser intolerante, porque tiene que amparar todas las sectas, ni puede ser perseguidor, porque tiene que respetar todos los derechos. La alta misión del Gobierno consiste precisamente en cohonestar, digamos la palabra, en conciliar dentro de las instituciones todos los intereses legítimos y todas las aspiraciones sanas. Por eso el Presidente de la República es conciliador, y ése será uno de sus gloriosos timbres en la historia. No; el hombre que, joven, se lanzó á la vida pública en las filas de la Reforma, vertiendo su sangre por ella; el hombre que combatió con insuperable esfuerzo y con gloria insuperable por la Independencia, que continúa, con los procedimientos de la Paz, la obra de Juárez, ese hombre, no es posible que comprometa los destinos de la Patria en vergonzosas, cobardes y estériles transacciones.

La Reforma está asegurada en el sentimiento del pueblo, y sostenida en las manos del Gobierno.

«Tengamos, pues, fe en el porvenir y confianza en nuestra causa; y como el homenaje más digno que podamos ofrecer á la memoria de Juárez, y como la suprema expresión de todos nuestros anhelos patrióticos, sobre la tumba del Grande Hombre llamemos á la concor-

LA COMITIVA EN LA AVENIDA JUÁREZ.



CERCA DEL MAUSOLEO.

dia y al olvido de nuestras desgracias y rencores á todos los que con nosotros comparten el nombre de hijos de México. Así y sólo así consolidaremos la Paz y el imperio sereno y justo de la República.»

* * *

El aplaudido poeta José Peón del Valle pronunció una hermosa composición con trozos tan brillantes como éste:

Aquellos fueron símbolos más que hombres:
Hostias por el destino consagradas,
carne y sangre de un pueblo,
en el altar augusto de un calvario,
Dios elevó aquel pan á lo infinito
del asombrado mundo ante los ojos,
y el sacrificio resultó una gloria:
porque un esclavo comulgó de hinojos
y se irguió sin cadenas una historia!

Lenta y oculta; acaso hasta ignorada
por ellos mismos, germinó la idea:
toda revelación es imprevista,
surge á la luz de pronto,
mas se elabora tímida y despacio;
hasta que llega Abril, el campo ignora
que son las flores sus mejores galas,
y el águila no sabe que tiene alas
hasta que va á engastarse en el espacio.....
El llanto que derrama el oprimido
es lluvia que por fin encharca el suelo;
besa el sol esos charcos
y hecho el llanto vapor asciende al cielo:
el vapor que así sube
llega al trono de Dios y se condensa
en pavorosa nube
que aprisiona en su seno
plegarias, altiveces y desmayos,
extiende Dios la diestra, estalla el trueno,
la nube se abre, y de justicias lleno
desciende el Redentor envuelto en rayos!

¡El choque fué terrible....! cuando al cabo
entre ruinas sangrientas y despojos
el vencedor se irguió; cuando sus ojos
recorriendo los campos y la altura,
vieron en el confín del horizonte
los tintes indecisos de la aurora
después de aquella noche larga y fría,
bendiciendo al destino, llenó su alma
de una suprema aspiración: el día;
de una indomable voluntad: la calma!

Y la paz y la luz al cabo fueron:
vió el arca derrumbarse el alto muro
que encerraba la tierra prometida;
y aquella pobre raza desvalida,
engendrada quizás por la mirada
despreciativa y seca,
que lanzó en la tortura



TRIBUNA EN EL ACTO OFICIAL

al caudillo español el héroe azteca;
en vez de avaro atesorar millares,
trocó en yunques y fraguas los altares,
y erigió un templo á Dios: la biblioteca.

¡Juárez! ¡Señor! levántate y vé tu obra;
mira la obra de aquellos
que á tu lado lucharon y contigo
le dieron con sus leyes á la patria
puesto seguro y salvador abrigo;
despierta y mira: del taller, del aula,
venimos ante el ara de esa tumba
el cántico á entonar de nuestro credo;
venimos á decirte que has vencido;
que el pueblo de sus labios nunca aparta
de tu enseñanza la sagrada forma,
y que soldados de la paz tenemos
un estandarte: nuestra Magna Carta,
y sólo un grito al combatir: ¡Reforma!

* * *

Las demás personas que ocuparon la tribuna tuvieron momentos verdaderamente felices, como que todas ellas son de reconocidas ideas de avance, y la obra del Patricio les prestó elocuencia.

Sentimos no ofrecer en nuestras columnas, instantáneas de cada uno de los oradores. La cámara fotográfica sólo pudo traernos el momento en que el Lic. Pineda ocupaba la tribuna.

Hay en el público la convicción de que en este año se ha acentuado de brillante manera la conmemoración de la muerte de quien por sus obras ha merecido la altísima dignidad de Benemérito de las Américas.



RETIRADA DEL SR. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.

EL EDIFICIO DE LA SECRETARÍA DE JUSTICIA É INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

Hace poco más de un año, el Gobierno adquirió en propiedad el antiguo edificio que se encuentra situado en el ángulo que forman las calles primera del Reloj y Cordobanes, y que como se sabe, es obra del inspirado arquitecto Tolsa. Tal adquisición tenía por objeto situar en un edificio propio la Secretaría de Justicia é Instrucción Pública.

Con el propósito de adaptar esta soberbia construcción al objeto á que se la destinaba, se tuvo la necesidad de emprender obras de gran importancia, las cuales fueron hábilmente proyectadas y acaban de terminarse bajo la acertada dirección del señor Capitán de Ingenieros D. Porfirio Díaz.



Fachadas del Edificio de la Secretaría.

En el magnífico edificio á que nos referimos, se ha logrado en su distribución interior una completa transformación, tanto en la mayor belleza de su arquitectura, como en comodidad para el público y los empleados de las diversas oficinas que en él van á instalarse.

Vamos á describir á grandes rasgos la obra del señor Capitán de Ingenieros Díaz, que de una manera tan satisfactoria ha conseguido, en un breve espacio de tiempo, transformar una residencia particular en un suntuoso palacio.

Las Fachadas.

La fachada principal, ó sea la de la calle del Reloj, conserva la disposición que se le diera desde que fué construído este edificio, sin otras reformas que las indispensables para dar mayor luz y ventilación á los nuevos departamentos interiores. En la parte central de esta fachada se le ha construído, siguiendo el estilo de su arquitectura, un elegante tímpano y un hermoso frontón, sobre el cual quedará dentro de pocos días colocado un bello grupo escultórico, en bronce, que representa la Justicia y la Instrucción, obra del malogrado escultor Jesús F. Contreras

La fachada del lado Norte, ó sea la de la calle de Cordobanes, no ha sufrido reforma alguna de importancia, y tanto en ésta como en la anterior que hemos descrito, los antiguos y toscos barandales de fierro que tenían los balcones, han sido substituídos por elegantes balaustradas de cantería, iguales á las que tienen desde la época en que se construyó este edificio los balcones del motivo central de la fachada de la calle del Reloj.



Decorado interior de la Entrada Principal del Nuevo Edificio.

Planta Baja.

En esta parte del edificio se encuentran los nuevos locales destinados al Archivo General de Notarías y Registro Público de la Propiedad y del Comercio, así como á la oficina pagadora de este ramo, constando estos departamentos de varias salas y grandes salones elegantemente decorados, con sus puertas y lambrines de caoba roja, con artísticos tallados, teniendo cada uno de los primeros su puerta especial para la calle, y los pasillos que dan acceso al interior, lujosamente decorados con los pisos de mosaico traído de Italia. Estos departamentos también están comunicados con los patios principales.

La gran puerta principal de entrada á este palacio es de madera de caoba roja, y como todas las demás del edificio, luce tallados de gran mérito artístico.

El pasillo ó cubo que conduce de esta puerta principal al interior, se halla lujosamente decorado y ostenta en su elegante plafond varias figuras y trofeos alegóricos de la Justicia y la Instrucción; de éste se pasa al vestíbulo de la gran escalera, el cual se halla también ricamente decorado, siendo su pavimento de mármol italiano negro y blanco.

La escalera que parte de este hermoso vestíbulo es verdaderamente monumental, sus peldaños son enormes bloks de mármol estatuario blanco y fué encargada á Carrara; su barandal es sumamente artístico y elegante, consta de cuatro tramos y recibe luz cenital por una hermosa cúpula de cristales; frente á ella se encuentra el local destinado á la Conserjería.

Consta el nuevo edificio de tres patios, y tiene otras dos escaleras, una para uso de los empleados del Ministerio, y la otra para la azotea, lugar en donde tiene sus habitaciones la servidumbre.

Todos estos patios están comunicados interiormente por pasillos decorados con elegancia y pavimentados de mosaico italiano; en el del fondo se halla instalada en uno de sus án-



Salón de Recepciones del señor Ministro.



Salón de trabajo del señor Ministro.



Sala de Juntas de la Subsecretaría de Instrucción Pública.

gulos una poderosa bomba eléctrica que eleva á los tinacos, que se encuentran á una altura de diecisiete metros, 1,900 litros de agua por hora.

ENTRESUELO.

El vestíbulo en que desemboca la gran escalera de mármol en este piso, luce elegante y correcto decorado, siendo también su pavimento de mármol de Italia; por él se tiene acceso á las salas de espera del señor Subsecretario de Instrucción Pública, al gran salón de recepciones, á su sala de trabajo y á la de su secretario particular, cuyos artísticos plafond, de estilo Renacimiento, llaman desde luego la atención.

La Sala de Juntas, que se halla también en este departamento y que se encuentra fielmente reproducida en uno de nuestros grabados, es quizá uno de los salones más bellos en este nuevo edificio; su artístico decorado es de estilo Renacimiento; los lambrines y puertas lucen elegantes tallados; su lujoso tapiz es de seda de color salmón, y completando la riqueza de su lujoso plafond, se ve una buena pintura alegórica que representa la Instrucción. Hay, además, otros dos grandes salones, dos de ellos con vista á la calle, que se destinan á varias de las oficinas del ramo, y cuya decoración es muy semejante á la de los salones que dejamos descritos.

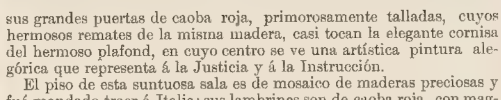
El gabinete de toilette y W. C. del señor Subsecretario, se halla también elegantemente decorado.

Los muros de los corredores se encuentran estucados y sus pisos son de mosaico italiano.

PLANTA SUPERIOR.

Desemboca la elegante escalera principal en un vestíbulo decorado con lujo y gusto artístico, el cual conduce primeramente á las salas de espera del señor Ministro y del señor Subsecretario de Justicia; en estos locales desde luego se advierte la belleza de sus tapices, el gran mérito artístico de sus plafouds y la riqueza de sus pisos de mosaico de maderas preciosas, los cuales fueron pedidos á Italia.

Contigua á las salas de espera de que antes nos ocupamos, se encuentra la gran sala de recepciones del señor Secretario de Justicia é Instrucción Pública, que ostenta verdadera magnificencia en su decorado de estilo Renacimiento; del hermoso tapiz de seda de colores pálidos que cubre sus muros, destácanse, como principal ornamentación,



sus grandes puertas de caoba roja, primorosamente talladas, cuyos hermosos remates de la misma madera, casi tocan la elegante cornisa del hermoso plafond, en cuyo centro se ve una artística pintura alegórica que representa á la Justicia y á la Instrucción.

El piso de esta suntuosa sala es de mosaico de maderas preciosas y fué mandado traer á Italia; sus lambrines son de caoba roja, con magníficos tallados.

Sigue después la biblioteca del señor Ministro, lujosamente ornamentada, cuya rica estantería es de madera de nogal americano, obscuro, ricamente tallado, y sus grandes puertas están formadas por cristales de una pieza. El piso de este local se encuentra igualmente tapizado de igual manera que el anterior.

La sala de trabajo del señor Ministro constituye verdaderamente una obra de arte; su rico tapiz de seda es de color oro viejo y está en perfecta armonía con la suntuosidad de su plafond de estilo Renacimiento, completando la belleza y lujo de este local sus puertas y lambrines de caoba roja, magníficamente tallada, así como una elegante chimenea de mármol blanco estatuario, expresamente traída de Carrara y que presenta esculpidos artísticos adornos en relieve.

Sigue después el departamento del señor Subsecretario de Justicia, compuesto de tres amplias y elegantes salas, la pieza del secretario particular del señor Ministro, y otros grandes salones destinados á varias oficinas de esta Secretaría de Estado.

El gabinete de toilette y W. C. de los señores Ministro y Subsecretario, lucen también elegante decorado.

Los corredores de este piso tienen sus muros estucados, se hallan cubiertos por elegantes marquesinas de cristales, y sus pisos son de mosaico italiano.

*

El edificio á que nos hemos referido fué ocupado durante mucho tiempo por la Lotería Nacional y por el Colegio de Escribanos.



Vestíbulo y escalera monumental.

Es la construcción más hermosa que se halla en toda la carrera de calles que se extiende desde la esquina Norte del Palacio Nacional hasta los límites del cacerío á orillas de los terrenos colonizados de Peralvillo.

La inauguración del suntuoso edificio está ya próxima.





Pinturas alegóricas en los Salones de Recepción y trabajo del Sr. Ministro.

La Fiesta de la Colonia Francesa.

14 DE JULIO.

El entusiasmo que reviste la fiesta francesa en México, subió de grado este año. Todos los franceses residentes en esta capital, se dieron cita durante los días 13 y 14 del me que cursa, bajo la arboleda frondosas del Tívoli del Elíseo, y durante la noche del 14 al 15, en los elegantes salones del Círculo de la calle de la Palma.

La principal avenida de la ciudad, donde abundan los establecimientos de comercio francés, se engalanó con los vistosos colores de la gran República amiga.

Principiaron las fiestas con una visita que varics miembros prominentes de la Colonia hicieron al señor Camilo Blondel, Ministro de Francia en México.

Luego las puertas del Tívoli se abrieron para que los alegres celebrantes de la gloriosa fecha pudieran reunirse á presenciar las diversiones que tenían preparadas y que consistieron en carreras á pie y en burro, en una «Gymnaka» curiosísima y presentada por primera vez en México; juego de «La poule au pot», una gran kermesse con su respectiva batalla de confetti, y por último, el baile familiar, organizado en los salones del Tívoli desde las primeras horas de la noche.



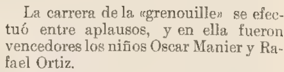
El Ministro Blondel en la tribuna.

La primera carrera fué á pie. El punto de partida estuvo á espaldas de la tribuna principal, y la pista recorrida formaba un semicírculo cuya terminación estaba en uno de los extremos de la gran tribuna. En esta carrera fué vencedor el jovencito Alberto Bourlón. A continuación se efectuó la carrera en sacos, que, como siempre. provocó hilaridad general. En esta venció Eduardo Laborde, y obtuvo el segundo puesto el niño Echart.

La carrera en burro fué más divertida que las anteriores. Cuando los jinetes iban en mitad de la pista, el joven Pedro Collantes cayó de su cabalgadura, pero no sufrió sino el susto. Los vencedores fueron Alberto Bourlón, primer premio, y Luis Masser, segundo premio.



LA "GIMNAKA."



La carrera de la «grenouille» se efectuó entre aplausos, y en ella fueron vencedores los niños Oscar Manier y Rafael Ortiz.

Después se efectuó la «Gymnaka», ó sea una carrera de diversos animales, conducidos todos por señoritas. Las guapas conductoras de estos animales, fueron la señora Blanca Gómez, señorita Enriqueta Aumprate, señorita Elena Morales, señora F. Pelletier y señoritas Margarita Duhalt, Elena Paz y Emilia Gros, que conducían, respectivamente, un pato, una gallina, un guajolote, un cuyo, una tortuga, una paloma y un conejo.

Este espectáculo, nuevo en México, llamó la atención de los concurrentes, que prorrumpieron en aplausos para las hermosas señoritas que se disputaron el premio.

Todos los animales estaban atados por el cuello con un delgado cordoncillo de seda, cuya extremidad libre estaba en poder de las damas. Dada la señal de partida, los animales fueron puestos en marcha.

La carrera resultó muy original y graciosa. Salió vencedor el pato, ocupando el segundo puesto la gallina. La paloma quedó muerta á mitad de la pista.

Terminaron las carreras con otras en burro, montados por los jóvenes de manera de dar su espalda á la cabeza del animal. En esta incómoda posición partieron los «jockeys», de los cuales fueron vencedores los niños Cástulo Vaca y Luis Mosser.

La kermesse que se efectuó el lunes, sobrepasó en animación á la que se hizo el día anterior.

Además de las familias francesas, vimos allí á muchas alemanas, españolas y norteamericanas, aparte de numerosísimas mexicanas.

Los «puestos», iguales en número y en adorno á los del día anterior, se vieron concurridos á tal grado, que las señoritas, dependientes y meseros, no podían cumplir con todos los pedidos.

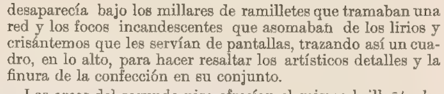
Las bandas de artillería, Estado Mayor y 14º batallón, se distribuyeron en el interior del Tívoli.

Una ligera lluvia comenzó á caer minutos después de las cinco de la tarde, y esto bastó para que la mayoría del público invadiera el salón principal del Tívoli, donde se improvisó un baile que terminó cuando la lluvia hubo pasado.

Puede asegurarse que muy pocas veces se ha hecho derroche tal de confetti y serpentinas. Los papelillos multicolores tapizaron por completo el piso de las calles y prados de los jardines, al grado que en una considerable extensión del parque no se veía un palmo de terreno que no estuviese policromado. Las serpentinas, colgando de los árboles y detenidas en los tocados de las señoras, completaban el encantador aspecto de aquel lugar.

La lucha continuó hasta el obscurecer, hora en que se iluminaron los salones, «puestos» y jardines con multitud de farolillos venecianos.

Muchas familias se retiraron y una gran parte penetró al salón del baile, mientras el resto continuaba aún en los cenadores y jardines del Tívoli.

El 'flirt" del cofetti.

El salón de baile ostentaba un sencillo adorno. Banderas mexicanas y francesas, colocadas entre guías de heno, formaban el decorado de aquel sitio donde se puso una abundante sillería.

Cuando terminó la fiesta de la mañana, el señor Ministro de Francia, acompañado del presidente del Comité y algunos miembros del mismo, se trasladaron al hospital francés con objeto de hacer la visita anual que se acostumbra á los asilados.

El señor Blondel mandó llevar de su casa un exquisito lunch que se había preparado, y lo distribuyó á los enfermos. Los miembros del Comité y algunos otros franceses distinguidos, hicieron obsequios á los pacientes.

***

Las fiestas tuvieron como digno broche el baile en el Casino de la calle de la Palma.

El adorno era una filigrana de arte y coquetería, y la concurrencia tan numerosa como distinguida.

Pasado el vestíbulo, el patio, punto culminante de la fiesta, se ofrecía en toda sa belleza, envuelto en la claridad que derramaban los focos eléctricos, suspendidos aquí y allá bajo los arcos ó entre las flores.

El «plafond» estaba cubierto por una gigantesca adormidera que encarrujaba sus pétalos y de allí brotaba como un raudal de flores que venía á terminar en la araña central, convertida en guirnalda exuberante.

Seguían las líneas de los arcos, guías de flores que iban enlazándose pomposamente en los basamentos de las columnas, y la parte media de ésta contenía foquillos que brillaban con los colores de las banderas de Francia y México.

El cornisamiento casi desaparecía bajo los millares de ramilletes que tramaban una red y los focos incandescentes que asomaban de los lirios y crisántemos que les servían de pantallas, trazando así un cuadro, en lo alto, para hacer resaltar los artísticos detalles y la finura de la confección en su conjunto.

Los arcos del segundo piso ofrecían el mismo brillante decorado, agregándose á éste haces de banderas, panoplias de luces y palmeras, que en los ángulos de la brillante estancia mecían sus verdes penachos.

Tal adorno, sencillo, elegante y poético, atrajo todas las miradas.

Antes de ganar la doble escalera flanqueada de arbustos en maceteros "art nouveau," se encontraba el saloncillo de honor, donde fué recibida Madame Blondel, la esposa del distinguido diplomático que representa á Francia en nuestra República.

Cortinajes de seda amarillo paja, con flecos y franjas de oro, bajaban en densos pliegues; muebles lujosos tapizados de rica tela rameada; plantas exóticas en valiosos tiestos de mayólica, sobre columnillas de nogal tallado primorosamente, se erguían en los ángulos, y por último, en el fondo, un espejo biselado parecía solazarse en reproducir las escenas de la fiesta.

En la planta alta, los corredores, las salas laterales, el de "toilette" de damas; el "fumoir" y demás departamentos estaban tan brillantemente iluminados como el patio descrito, distinguiéndose el salón de recepciones, en donde atraían las miradas un busto en bronce, símbolo de la Francia artística y batalladora, y un retrato del Presidente Loubet.



Guardia del Liceo Francés.

Uno que cae entre dos fuegos.

Poco antes de las diez se anunció la llegada del Sr. General Díaz, que se presentó acompañado de su hijo el Sr. Capitán Díaz, y el Sr. Capitán Escandón.

La comisión del Comité recibió al señor Presidente en la puerta de la calle, y á la entrada del salón el señor Ministro francés.

El baile comenzó con unos lanceros, y ya en esos momentos hahía en el salón más de doscientas parejas.

*

Se encontraban entre la selecta concurrencia, los señores Ministros de Inglaterra, su esposa; el señor Ministro de Bélgica; el señor Encargado de Negocios de Chile, el de España; los Secretarios del Japón y de Austria, el Cónsul General de los Estados Unidos, el Gobernador del Distrito y su esposa.

A las doce de la noche, el señor Presidente fué invitado por el señor Ministro francés para tomar el lunch. El primer Magistrado dió el abrazo á la Sra. Blondel, y el señor Ministro francés á la del Sr. Greville.

A la hora del Champagne el señor Ministro francés se levantó de su asiento, y en correcto español, dió las gracias al Sr. General Díaz por haber asistido á la fiesta, dando así una prueba más de las simpatías á los franceses y á su patria. Que esas pruebas de amistad no sólo se demostraban en esta ocasión, sino en la no muy lejana al dar muestras del sentimiento por la catástrofe de la Martinica.

Propuso un brindis por el Sr. General Díaz y por el Presidente de Francia.

El señor Presidente contestó haciendo notar la gran estimación que el pueblo mexicano tiene por Francia, la nación que primero proclamó los derechos del hombre.



Grotesca carrera en burros

El Baile de los Viejecitos

NOVELA CORTA.

(Traducción especial de "El Mundo Ilustrado.")
(Concluye)

III

Vivarachos, temblorosos, emocionados por la escapada, los dos viejecitos habían bajado la escalera de la servidumbre. Mamá Peroux se cubría la cara hasta debajo de los ojos con la manteleta; papá Peroux llevaba el pañuelo sobre las mejillas como si le dolieran los dientes; de este modo pasaron de prisa por frente á la puerta del conserje sin ser mirados. La puerta cochera estaba abierta de par en par y por ella ganaron la calle sin hacer ruido.

—¿Tienes frío, madrecita?

—Sí, un poco, pero no mucho. Esto me impedirá caminar de prisa. Dame veinte sueldos. Tu vas á la tienda y compras una botella de vino de á dieciséis, no de dieciocho, porque es muy caro, ¿eh?; dieciséis ¿lo oyes?

—¿Y si me conoce el dependiente?

—No tengas cuidado. Nunca ponemos los pies en su casa. ¿Cómo quieres que se figure que nosotros mismos venimos á buscar nuestras provisiones? Además, si nos reconoce, será mucho más divertido. Anda. Mientras yo voy á comprar ocho sueldos de castañas. Total: veinticuatro sueldos; lo que sobra lo gastaremos en luz y fuego. ¿Hará calor allá arriba? Te volveré á encontrar aquí mismo, ¿eh?

Diez minutos después los viejecitos se habían vuelto á reunir.

—Compré dos velas, dijo mamá Peroux. Pagué la leña y las castañas y no me queda un solo sueldo. Toma, ayúdame, esto está muy pesado y tengo los dedos helados.

—Yo, dijo papá Peroux, compré cuatro brioches de á sueldo y un limón de á dos. Tampoco me queda dinero.

—Esto no ha sido prudente. Debimos guardar algo para lo imprevisto.

Se miraron sonriendo.

—Lo mismo que en otro tiempo.

—Lo mismo.

Iban caminando lado á lado, ayudándose á llevar sus fardos. Delante de su casa se detuvieron y miraron hacia el primer piso. El brillo de la luz eléctrica se tamizaba en las cortinas de tul, resbalaba por entre las varillas de las persianas arrojando hasta la banqueta un reflejo de iluminación.

—Eso está muy «chic», dijo el viejecito. ¡Mira! Esto está mejor por fuera que por dentro......

—¡Eh!......á un lado, ¡imbéciles!—gritó un cochero agregando una sarta de juramentos. Y rozando con las ruedas á los viejecitos, penetró el vehículo por la puerta cochera.

—¿Viste?, dijo la viejecita. Va adentro una dama vestida de tul color de rosa. Ten cuidado, acércate; mira otro coche que va á entrar, y otro y otro. El agente del orden los pone en fila. Ah!, en ese landó van dos damas vestidas de blanco y acompañadas de un viejo que lleva el sobretodo entreabierto, dejando ver toda una sarta de condecoraciones.

—Y todo ese mundo sube á nuestra casa! ¡Bromistas! Si nos reconocieran......

—Pchs! Con éstos corremos menos peligro que con el tendero. Para reconocernos sería preciso que esta gente nos conociera.

—Pero nuestra hija, nuestro yerno......

—Están ya arriba haciendo los honores. Todo está muy bien sin nosotros. ¿Cómo dudarían que tú con el vino y el leño bajo el brazo y yo con la bujía y las castañas en el faldón de mi levita, estemos aquí haciendo de pazguatos?

—Y tener que pagar todo esto! Se necesita ser como nosotros de bonachones.

—¡Qué tontera! Siento un disgusto que no me deja reír.

—Oh! cállate, papacito, me vas á hacer reventar de risa. Me divierto como una bendita.

—Y yo como un pilluelo.

Mientras tanto, eran más numerosos los coches que llegaban; vinieron más agentes del orden y la multitud se apretaba, se hacía daño por ver. Entonces el papacito propuso:

—Mira, ya me empiezo á cansar; todo este barullo me aturde. Sin contar con que el disgusto me ha abierto el apetito. Si quieres, subiremos ya.

—Eso te iba á decir. Hace un poco de frío; el sexto piso está alto y yo no tengo mis piernas de hace veinte años. Y todavía no estamos en nuestra casa.

—Mira, dijo el viejecito, precisamente el conserje vuelve las espaldas; éste es el momento. Toma el pan y sígueme. Colémonos tras de ese «troit–quarts» que va á entrar. No nos verán.

Se hicieron lo más chiquititos posible y se deslizaron tras del coche; pasaron entre el muro y los caballos y ganaron rectamente la escalera de la servidumbre, sin ser vistos.

—Uf! Ya está hecho, dijo el anciano; ni vistos ni conocidos. Para atrapar á papá Peroux es necesario ser más listo que mi conserje.

—Sin embargo, he tenido miedo, replicó la viejecita. Al pasar por el portal, me palpitaba el corazón con fuerza; pero estos sustitos agradan......me gustan mucho.

Treparon los escalones al principio con rapidez, no por miedo de encontrar á los criados, porque bien sabían que éstos estaban en el vestíbulo y en el cuarto del portero viendo el desfile de fracs, de trajes y de coches, sino porque de la calle y del patio subía un ruido atroz de piafar de caballos, de rodar de carruajes y de abrir y cerrar portezuelas, que les causaba un instintivo terror.

En el término de la escalera, frente á la puerta de la cocina, se detuvieron para tomar aliento y escuchar algo. Se oía el mismo resoplar de las hornillas, los mismos golpes de las caserolas, de los vasos y de las vajillas. Luego que abrieron la puerta de la repostería, advirtieron que del fondo del departamento llegaba, como por oleadas, un rumor de multitud que va y viene, y de voces que se cruzan por entre las intermitencias de la orquesta.

—¡Qué movimiento, madrecita, y qué desorden debe haber allá.

—¡No, ni hables papacito! Deben estar oprimidos como sardinas en lata.

—¡Qué calor debe hacer en semejante estufa!

—Cuando pienso que allí podía estar yo, me da calofrío.

—Yo siento mareo......

Volvieron á emprender la subida de la escalera, con un miedo atroz de que se abriera la puerta de la cocina y fueran atrapados al paso, arrojados vivos á la hornaza. A medida que subían, el piafar de los caballos y los golpes de las portezuelas se iban haciendo más y más sordos. Arriba, en el corredor, desierto y silencioso, el rumor llegaba como el ruido de la ola de un lejano mar.

—Por aquí, mamá; dame una vela, dijo Peroux, y toma la botella mientras busco mis cerillos.

Encendió la vela, sacó la llave de la bolsa, abrió la puerta y, tan luego como entraron, volvió á echar el cerrojo.

Después, en supremo dúo, lanzaron un profundo suspiro de libertad, como si acabasen de escapar de algún peligro.

IV

La buhardilla pequeña, aseada y provista de chimenea, tenía, en vez de tragaluz inclinado una ventana en el fondo.

Mientras que papá Peroux colocaba el trozo de leña entre los asnillos y soplaba con todas sus fuerzas para avivar el fuego, mamá Peroux recorría la habitación, reconociendo su lecho nupcial, las dos sillas de caoba, el sillón de reps verde, el aparador y la mesita plegadiza. Al encontrar en semejante boardilla todo su pobre y querido menaje, sentía en su corazón un agradable sobresalto.

—Ah! qué bien has hecho, qué adorable eres por haber conservado todo este mobiliario viejo. Causa placer recordar su juventud!

—Sí, sí, ciertamente, mamacita—dijo el señor Peroux abriendo el armario;—pero no es éste el momento de charlar ni de enternecerse; ahora es necesario que reúnas tus recuerdos de cocinera. Mira nuestra caserolita de entonces y nuestra primera sartén. Aquí está lo mismo, el limón cortado en trocitos y la botella descorchada. Asa las castañas y calienta el vino; yo pondré el mantel y los cubiertos.

Y con toda seriedad, ella con la manteleta sobre la cabeza, á guisa de cofia, él con la servilleta bajo el brazo, se dispusieron á comer.

—¿Ya acabaste, mamacita?

Ya, papá.

—Entonces vamos á la mesa.

—La mesa está monísima, Peroux, pero monísima.

—Y con nada, ya lo ves. Por toda cristalería tenemos dos vasos; en cuanto á cubiertos, encontré nada más una cuchara: nos la prestaremos uno al otro. Confiesa que no estoy todavía tan empolvado, y que si fuera necesario volverme á ganar la vida de esta manera, me la ganaría.

—Yo también. Nadie hace mejor las cosas que nosotros. Prueba este vino caliente tan oloroso á limón y ¡chúpate los labios! A las castañas les falta un poco de fuego.

Están buenas.

—No, yo me conozco bien; tengo muy buen ojo. Peroux, hemos sido unos artistas en nuestro género.

—¡Caramba! ¡A tu salud! ¡Felicidades!

—¡A la tuya, Esteban!

Y rompieron á reir; después la viejecita, gozosa, dijo:

—Es encantador esto de sentirse uno en su casa, solos, como en este momento. En esta boardillita con techo tan bajo, con mobiliario tan pasado de moda, se siente tibieza y dulzura, ¿verdad?

—Y qué tranquilos! Esto conforta. Hay más recuerdos en esta sencilla camarita, que en todos nuestros grandes y suntuosos departamentos.

¿Quieres que nos vengamos á vivir aquí?

—Sí, sí quiero. Pero no será fácil con la presencia de los criados y la vigilancia de nuestra hija.

—Daremos otro baile. Tus castañas están exquisitas, madre, me estoy deleitando. Dame ahora de beber.

—No te causes males.

—No hay cuidado: imagina todas las drogas que estaría tomando allá abajo; imagina la cara que harían los mozos si les fuera á pedir un vaso de vino caliente!

—Y qué miradas de desprecio de mi cocinera, si mañana le mandara asar castañas!

—Y decir que hay gentes que se imaginan que con ser rico se puede comer todo lo que se quiere......

—Y vivir como se desea. ¿Por qué te ríes, papacito?

—Porque pienso que si tu hija y tu yerno nos buscan, no nos encontrarán.

—No creo que nos busquen... tienen otras muchas cosas que hacer. No les hacemos mucha falta.

Ninguna. Pero tú has dicho eso con cierta tristeza. ¿Acaso te arrepientes de haber subido?

—Oh Dios mío! Lo que me entristece es... la idea de bajar.

Nadie nos corre.

—Felizmente. Pero, luego ó después, dentro de algunas horas, toda esa gente se habrá marchado y será necesario que abandonemos todos estos vejestorios que nos han hecho jóvenes, para volver á donde están los que nos hacen viejos.

—Ah, sí! Eso entristece, suspiró el viejecito. Y eso sin contar con que en el departamento grande nos vamos á sofocar todo el resto de la noche. Debe apestar la cocina, el musgo, las flores marchitas y la comida fría; y cuánto polvo, cuánto desorden debe haber.

—¡Qué suplicio dormir allá!

¡Uf! pero...... dijo el papacito con la cara picarezca y el ojo en guiño, si para completar nuestra aventura no bajamos, y nos acostamos aquí......

—Oh, amigo mío, si eso no es posible, ¿para qué me alborotas?

—Es muy posible. Hay un par de sábanas y una almohada; colchón y edredones. Todo lo que nos falta es recordar cómo se hace una cama.

—Si no es más que eso, me encargaré de hacerla.

—Ah! mamacita, me parece tenemos veinte años, que acabamos de casarnos y que estamos en una camarita de posada campestre, en una noche de primavera......

—Bueno, bueno; creo que estás un poco inspirado y vas á decir tonterías.

¡Quién sabe! Abraza á tu viejito, abrázalo muy fuerte, con toda franqueza, como lo amas, como no te atreves á hacerlo allá abajo cuando tu yerno y tu hija y los criados están espiándonos para burlarse de nosotros. ¿Quién nos puede decir aquí que somos ridículos? Nadie nos ve. Si nuestras caras han envejecido, nuestros corazones no!

Y la viejecita le dió un beso, murmurando con voz dulcemente emocionada:

—Tienes razón, papá: el amor es como las flores: siempre hermoso......... hasta cuando está marchito.

V

Al día siguiente, como á las cinco de la tarde, en el saloncito del gran departamento recién puesto en orden, los viejecitos estaban sentados en el borde de sus sillones flamantes y nuevos, con los pies de punta, como si no se atreviesen á posarlos sobre el mullido peluche de la alfombra. Su hija entró.

—Bueno, dijo la elegante joven, después de haberse desceñido el abrigo. Bueno, vuestro baile ha tenido un éxito enorme.

—¡Oh, sí! dijo la viejecita, sonriendo con cariño al viejecito, nuestro baile ha sido bueno, estoy enteramente de acuerdo.

—¡Mucho muy bueno! agregó papá Peroux, con un malicioso guiño de ojos. Por nuestra parte, anoche nos divertimos bonitamente.

—¡Sí, sí! muy bonito, confirmó la mamá.

—Ah! Conque le tomáis gusto?, dijo la joven paseando la vista de uno á otro de sus padres, con sorpresa de advertirles regocijo en el semblante. El caso es que todo ha salido bien.

—Sí, muy bien.

—No hubiera podido ser mejor.

Después de un corto silencio, el viejito volvió á hablar, dirigiéndose á su hija:

—No somos nada disgustados; tu mamá y yo nos contentamos con poco. Pero de ti, que te conoces mejor que nosotros, quiero saber si realmente nada crees que haya faltado en nuestra fiesta.

—Nada, dijo la joven con corrección; todo ha marchado perfectamente. A mi llegada hice rectificar, en el salón de fumar, algunos detalles; pero insignificantes. Ya me esperaba no haber visto á ustedes poco después de entrar á los salones, porque comprendí que, ocupados en tanto preparativo, no habríais tenido tiempo de acabar pronto vuestra toilette. Iba á buscar á mamacita á su recámara, cuando llegaron los primeros invitados.

Os vi muy poco en suma, pero lo bastante para juzgar por mí misma que el sastre de mi marido había transformado á mi padre y que mi modista había hecho rejuvenecer á mamacita lo menos treinta años.

Se interrumpió, algo disgustada por los guiños de ojos que se le dirigían.

—¿Pero qué tienen ustedes? ¿qué cosa ridícula he dicho para que tengáis gana de reír? ¿Os burláis de mí porque os alabo?

—Vamos, no te disgustes por tan poco, dijo mamá Peroux con ánimo conciliador. Estamos muy agradecidos, por el contrario, de las alabanzas que nos diriges. Pero nos reímos...... porque no creemos merecerlas.

—¡Acabaremos! exclamó la joven. Yo no hago más que repetir lo que todo el mundo decía en derredor mío: «Ah! ¡qué bien lleva vuestro padre el traje, qué aire tan serio y tan inteligente! Y vuestra madre es encantadora aún con esa deliciosa toilette de raso verde tierno!»

—¡Qué divertida! decía riendo mamá Peroux.

—¡Qué buena, qué buena! gritaba papá Peroux, golpeándose las rodillas.

—Qué pasa? exclamó la joven impaciente. ¡Cómo estáis de burlistas!

—No tanto como tú, contestaron á una voz.

Y el viejecito agregó:

—¿Conque encontraste que el traje me iba muy bien?

—Sí, perfectamente bien.

—Y el vestido tierno de tu madre......

—Le quedaba á maravilla!

—Esto es demasiado; ¿verdad, mamá?

—Es el colmo, papacito.

Y les costó tanto trabajo mostrar seriedad, que la hija se incomodó.

—¡Por fin me disgustáis! Si es por burlaros de mí por lo que hacéis que os cuente lo que mirasteis tan bien como yo......

—Nosotros no hemos visto nada, confesó imperturbable papá Peroux.

—Me vais á hacer creer que no sabéis nada de lo que pasó en vuestro baile?

—Lo ignoramos todo, absolutamente todo.

—¿Cómo es esto? ¿Por qué?

—¿Por qué?......... Porque no estuvimos en él.

Y ante la cara de sorpresa de su hija, no pudiendo contenerse, papacito y mamacita se echaron á la boca los pañuelos y rompieron á reir locamente.



EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 4.
Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

MÉXICO, JULIO 27 DE 1902.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem idem. en la capital, „ 1.25
Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.

BELLAS ARTES



BUENOS DIAS

(Cuadro de Froschl).

LOCOS SUBLIMES.

Dentro de algunos siglos, cuando el hombre civilizado se haya adaptado, si es que llega á adaptarse, á las condiciones novísimas de la vida actual y á las exigencias de su casi improvisada civilización; cuando el torrente, hoy desbordado y espumante, vuelva á su cauce y lo recorra plácido y tranquilo entre frondas colgantes y flores abiertas, la humanidad de hoy va á ofrecer á la de mañana el más extraño espectáculo, y los pensadores fríos y serenos nos diagnosticarán una locura expansiva y desbordante y un convulsivo ataque de gran histeria.

Hoy por hoy, y ya hace más de un siglo de esto, vivimos en perpetuo desequilibrio con nuestro medio, y nuestro estado habitual es un desenfrenado neurosismo. Del seno de un feudalismo apacible y compresivo, pasamos bruscamente á fines del siglo XVIII á un régimen expansivo y de libertad; de la sumisión pasiva del espíritu, á su emancipación completa; del respeto, á la reivindicación; de la actividad monótona, al trabajo multiforme y complejo; de la fe, al escepticismo; de la vereda, al campo libre; de la madriguera del topo, al ambiente del águila.

La ciencia y la industria con sus progresos, han creado nuevas formas de trabajo y nuevos elementos de placer. Por el libro y el periódico estamos en comunión de ideas con todos los espíritus, y por los hilos del telégrafo en contacto con todos los pueblos. En los grandes centros repercuten todos los ecos humanos; pensamos con todas las cabezas; sentimos con todos los corazones; queremos con todas las voluntades. Cada uno de nosotros está en espíritu presente en todas partes, lo mismo en los festivales artísticos de Beyruth que en los combates del Transvaal, que en los misteriosos y fecundos laboratorios de Pasteur y de Edison, y asistimos lo mismo á los sepelios que á las coronaciones de los reyes lejanos.

La instantánea y el cinematógrafo nos permiten asistir á todos los grandes sucesos y ver cómo se desenvuelven todas las peripecias de nuestra actividad; con el teléfono conversamos mano á mano con los ausentes; con el fonógrafo legamos á nuestros pósteros el eco de nuestros cantos como de nuestros gemidos y hacemos vibrar las voces de los desaparecidos; con los rayos de Roentgen miramos á través de los cuerpos opacos y percibimos las palpitaciones de nuestras vísceras y las alteraciones de nuestros órganos. Tenemos vacunas preventivas contra las grandes plagas, y curativas de las grandes epidemias.

La química prepara artificialmente los productos cuyo monopolio se había reservado la Naturaleza, é inventa y produce otros mil que la Naturaleza no soñó. Antes de mucho no sembraremos, fabricaremos; haremos féculas, azúcares, fibrinas y albúminas y pediremos al laboratorio y á la máquina lo que comienzan á negarnos las tierras agotadas y las florestas taladas; y la electricidad, esa Esfinge tantos siglos impenetrable y muda, comienza ya á revelarnos sus misterios y á realizar á nuestra vista sus múltiples prodigios, caldeándonos, alumbrándonos, curando nuestros achaques, dándonos energías inagotables que explotar y revelándonos misterios que podemos aprovechar.

Vivimos hoy la vida de toda la humanidad; nuestro sistema nervioso se encuentra sometido sin descanso á la excitación de todas las sensaciones imaginables; ante nuestra vista gira un caleidoscopio inagotable de formas y colores. Nuestra ideación, atropellada y turbulenta, forja, crea, inventa, aplica, explota; nuestra emotividad, apenas fatigada, encuentra pábulo y excitación en nuevas impresiones y nuevas aspiraciones; nuestra voluntad se ve á la vez solicitada en multitud de sentidos diferentes y hacemos cada uno el trabajo de todo un viejo pueblo y de toda una antigua civilización.

Este exceso de actividad mental, moral y física, está en desproporción con la resistencia actual de nuestro organismo. Para que llegue á ser normal, fisiológica é inofensiva, son forzosos varios siglos de adaptación y de selección. El organismo, individual y colectivo, no soporta las bruscas transiciones.

Hoy no vivimos una vida normal y regular, sino una vida de fiebre y de mareo; nuestros órganos, adaptados á excitaciones menos intensas, á impresiones menos rudas y á trabajos menos fatigosos, se resienten de un «surmenage» peligroso á la salud física y mental. Todos somos neuróticos, anémicos, y vivimos en perpetuo estado de debilidad irritable.

De ahí nuestras desgracias y nuestros extravíos: de ahí tanta locura y tanto suicidio, y de ahí también tanto alcoholismo y tanto morfinismo. Los unos sucumben en la lucha, abrumados, imbéciles ó enajenados; los otros buscan en los excitantes una ficticia y momentánea resistencia á las asperezas de la lucha y á los agotamientos que la desmesurada tensión de las facultades acarrea.

Nuestro camino de gloria y de grandeza está sembrado de víctimas de la enfermedad, del vicio y del crimen. Hemos conquistado para la posteridad bienestar, grandeza, poderío, y la hemos pagado con fibras de nuestra carne y lagos de nuestra sangre. Somos locos tal vez, histéricos, sin duda; pero locos é histéricos sublimes, que nos hemos ofrecido en holocausto al bien humano y al progreso de la ciencia. La posteridad nos lo tendrá en cuenta y sabrá, como Cristo á la Magdalena, perdonarnos nuestro desequilibrio y nuestros vicios por lo mucho que hemos amado la Civilización y el Progreso.

Dr. M. Flores

El Ventisquero.

A los tres años de matrimonio, el marqués estaba tan enamorado de su esposa como el día antes de su casamiento, lo cual podrán no alcanzar á comprender algunos maridos, pero esto no es un inconveniente para que el amor del marqués resultara un hecho.

En cuanto á Elvira, que había querido á su primo Arturo de esa manera especial con que ama la mujer cuando lo hace por vez primera, parecía estar satisfecha de su posición social.

Sin el consejo de ambas familias, Elvira y Arturo hubieran concluído por casarse; pero como ni uno ni otro contaban apenas con bienes de fortuna, se convino por parte de todos en que aquel matrimonio era un disparate en toda la extensión de la palabra; que no había ni siquiera que pensar en él, pues «contigo pan y cebolla», era una frase vacía de todo sentido y cursi por añadidura; por lo que los primos, atendiendo á los sentimientos de la realidad más que á los de sus corazones, hicieron punto y aparte en su mutuo y recíproco amor.

Y el marqués de G......, que por lo ilustre de sus blasones, al par que por su cuantiosísima fortuna, había sido el candidato suspirado por cuantas jóvenes de la más encopetada aristocracia se encontraban en estado de merecer, y del que se aseguraba, como cosa resuelta, el enlace con una joven algo su parienta, modelo de todo género de virtudes y bella hasta ser la admiración de los salones á que por entonces concurría, vió á Elvira, se enamoró como un loco de ella, y concluyó, con gran escándalo de todos, por dejar plantada á su futura, la que desde entonces no volvió á dejarse ver en público.

Elvira, por su parte, no dudó un momento en aceptar aquel ventajosísimo partido, y el linajudo y archimillonario marqués concluyó por tener el mismo trágico fin que cuenta Víctor Hugo cupo al capitán Jebs.

El primer año de matrimonio, ó sea el convenido en llamar el de la luna de miel, se lo pasaron los nuevos esposos recorriendo las principales capitales de Europa. Desgraciadamente para el marqués, durante este viaje Elvira tuvo el capricho de que les acompañara una prima suya, la cual no volvió á separarse de la nueva marquesa.

Aquella prima fué el primer punto negro en la vida del enamorado marqués, porque el segundo, ó sea el examante y primo también de Elvira, más que punto negro, resultó punto filipino.

La presencia de Arturo en la casa del marqués acabó por constituir para éste una verdadera contrariedad.

Las atenciones que Elvira dispensara á su primo, las continuas visitas de éste, y otra multitud de detalles, nimios en la forma, pero no en el fondo, concluyeron por despertar los celos del marido. Este no ignoraba las relaciones amorosas habidas entre Elvira y Arturo hacía algunos años, pero hasta que los celos no llegaron á germinar en su corazón, aquello había pasado inadvertido. Pero desde entonces no.

Las miradas que se cruzaran entre Elvira y Arturo, las confianzas que mutuamente se permitieran, las coincidencias naturales, ó que al menos había que confesarse que debían serlo, resultaban para el celoso marido una serie de suposiciones que comenzando por preocuparle, concluían por constituir su desesperación. La figura imprescindible de aquella prima que parecía multiplicarse cuando Arturo se encontraba allí, era para el marqués el mayor de todos los torcedores. Y procurando ocultar en lo más recóndito de su alma aquellos, para él unas veces fundados y otras hasta criminales pensamientos; acudiendo á lo mejor á su memoria la figura de aquella otra de la que había labrado su eterna infelicidad, y sumido en el más hondo de los dolores y en la más acerba de las amarguras; mirando siempre desvanecerse las pruebas de cuantas sospechas concebía; en una palabra, sufriendo todo el horroroso martirio que experimenta todo aquel que tiene la desgracia de que se apodere de él el no sin razón llamado demonio de los celos, el buen marqués sufría espantosamente, sin que á este sufrimiento alcanzara siquiera el lenitivo de la comunicación; hasta que la figura de Arturo desaparecía y, como consecuencia de esto, la de la imprescindible prima se restaba, y el enamorado esposo, al encontrarse á solas y en presencia de su mujer, comenzaba por olvidar y concluía por arrepentirse y hasta avergonzarse de aquella serie de dudas y sospechas.

* * *

Por primera vez desde su matrimonio, al concluirse los meses de primavera, Elvira y su esposo decidieron pasar una temporada en una magnífica posesión que tenían en el Pirineo y de la cual colindaban los terrenos con una propiedad de los padres de aquella primera prometida del marqués y en donde la joven se había instalado desde poco después del casamiento de aquél con Elvira.

El tiempo continuaba, por no variar, en un todo contrario á lo predicho por el almanaque. Hacía ocho días que los marqueses se encontraban en su finca del Pirineo, y ni uno solo se había dejado ver el sol, cuando se presentó Arturo.

Para el marqués resultó éste el mayor de todos los nublados.

Dos días después, amaneció uno espléndido. El contraste que presentaban los rayos del sol, al tocar huyendo las capas de nieve que cubrían el suelo, era realmente hermoso.

Después del almuerzo, se convino en dar un paseo en carruaje, y en atención á que el lugar en que el paisaje resultaba más bello y donde la nieve debía encontrarse en mayor cantidad, era el de los ventisqueros, se decidió ir por aquél.

Si el marqués, á la llegada de Arturo, no hubiera estado tan preocupado, seguramente que no habría dejado de fijarse en que de los cuatro caballos enganchados, á los dos delanteros, que eran muy jóvenes y briosos, habían teni-

do la imprevisión de no darles cuerda. Este detalle para un tronquista, cual lo era el marqués, no hubiera tenido importancia alguna al no tratarse de un camino tan estrecho como el que tenían que recorrer y al cual rodeaban multitud de precipicios, en el fondo de los cuales se hallaban los ventisqueros.

En el momento de subir al carruaje, que sólo tenía cuatro asientos, resultó una de aquellas coincidencias que el marqués acababa siempre por confesarse que debían ser naturales. La imprescindible prima, bajo el pretexto de que en los de detrás se mareaba, se empeñó en ir en el asiento delantero, y como no era cosa de no complacerla, Arturo y Elvira ocuparon los asientos traseros.

Trataba el marqués con toda su habilidad y pericia de hacer que los caballos que tan pronto se iban hacia la izquierda como querían volverse á la derecha, entraran en camino, cuando al fijarse en la sombra que proyectaba el carruaje, creyó ver que Arturo rodeaba el talle de su prima y que ambos unían las cabezas en actitud de darse un beso. Y al levantarse como movido de un resorte y ver cómo la sombra no le había engañado, abandonó las riendas, y tendiendo los crispados puños, rugió: «¡miserables!»

Pero antes que el marqués acabara de pronunciar esta imprecación, los caballos, al sentirse sueltos hacia el precipicio, rodaron por éste, y en unión del carruaje y de cuantos iban en él, desaparecieron un instante después en uno de los próximos ventisqueros.

***

Desde aquel día y siempre á la misma hora en que ocurrió la catástrofe que acabamos de relatar, sobre una peña desde la que se dominaba todo el lugar donde se hallaban los ventisqueros, se veía la figura de una mujer, de la que ni la distancia ni el amplio manto en que iba envuelta, eran bastantes á ocultar la juventud, la distinción y la belleza. Y aquella figura, al retirarse de aquel sitio, lo hacía siempre por el camino que conducía á la finca colindante de la que por ahí se sigue conociendo como propiedad de los marqueses de G...

M. Gaycía Rey.



EXMO. SR. CONDE JULIO CESAR VINCI,
Nuevo Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Italia en México.

ITALIA EN MÉXICO.

Su Majestad el Rey de Italia acaba de enviar al Exmo. Señor Conde Julio César Vinci para que lo represente ante nuestra República en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

El jueves próximo pasado, á las doce del día, se efectuó en audiencia pública la recepción del distinguido diplomático, por el Primer Magistrado de nuestra Nación.

Se cumplió el solemne ceremonial de estilo pronunciando el señor Conde una alocución muy correcta, que le fué contestada de igual manera por el señor Presidente.

Al acto asistió casi toda la colonia italiana que reside en la capital; todos los Señores Generales, jefes y oficiales francos de la guarnición, y varios particulares que gustan de presenciar la respetable ceremonia.

***

El señor Conde Vinci desciende de una de las principales familias de Italia. Nació en Termo y se educó en Roma. En el año de 1884 comenzó la carrera diplomática en la Secretaría de Relaciones de su país.

Ha desempeñado los cargos de primer Secretario de las Legaciones de Suiza, Holanda, Madrid, Wáshington, Berlín y, por último, en Londres, de donde partió para Roma con el objeto de recibir las cartas credenciales de Ministro en nuestro país.

El señor Conde habla perfectamente el español.

Durante su carrera diplomática ha recibido las condecoraciones de Drákbrok, Alemania; la del Aguila Roja, del mismo Imperio; la de Isabel la Católica, de España; las de San Lázaro y San Mauricio, de Italia, y algunas otras.

***

El señor Conde de Vinci es un modelo de elegancia y de afabilidad en su trato; se atrae fácilmente las simpatías y se advierte que es de aquellas personas que saben acrecentarlas y conservarlas.

Hablando con el diplomático, nos pintó en pocas palabras la estimación de que goza nuestro pueblo allá en la suntuosa patria del arte, y nos dijo mucho, mucho y muy grato acerca de los artistas compatriotas que han marchado para nutrir el ideal en aquel su bello país.

Nos habló con entusiasmo y galantería de la ciudad que lo contará por su huésped, y se manifestó interesado por la marcha de nuestros adelantos.

A los Discípulos del Maestro Rebull.

Leída en la velada que se celebró en honor del insigne artista.

Rendido de cansancio por el sendero iba;
pero mostrando una serena confianza,
sobre el endeble cuerpo llevó la frente altiva
domo radiante donde brilló perenne y viva
la luz de un largo sueño de amor y de esperanza.

¿Lo recordáis? Cabeza de majestad ceñuda
cual si desafiara la iras del destino,
sin el mohín del odio ni el gesto de la duda,
mas sumergida siempre en una triste y muda
contemplación extática del ideal divino.

Y atravesó la senda con plantas claudicantes;
El iba lentamente, vosotros no; de prisa
marchabais juntos, gárrulos, gozosos y triunfantes:
él iba solo y triste, y al veros tan distantes
os saludó, de lejos, con su postrer sonrisa.

Así, al ver los arbustos que bordan las praderas
el árbol carcomido, dice: Sois mis retoños,
son mías vuestras savias que al circular ligeras
os dan calor; y vuestras floridas primaveras
son las transformaciones de mis mustios otoños.

Yo soy un árbol triste que resistió el eterno
combate del invierno con todos sus rigores;
mas antes de cubrirme las nieves del invierno,
cada uno de vosotros en mí fué brote tierno,
anunciación y símbolo de las futuras flores.

Y sí: sois los arbustos: el tronco carcomido
cayó en tierra, ya seco, mutilado y herido;
pero las mismas aves en vuestras ramas duermen;
triunfó de los embates del viento y del olvido
el árbol que en los surcos echó de nuevo el germen.

***

....Y él iba lentamente, muy triste y muy sereno,
con rumbo hacia ese dulce palacio misterioso
que acoge á los rendidos de la vida en su seno.
Tocó la puerta y dijo: Yo soy un hombre bueno
que aquí ha llegado en busca de paz y de reposo.

Yo soy una existencia de luchador que un día
sintió flotar un aire de gloria en su cabello,
yo soy un pensamiento, yo soy una energía
gastados en la ruda y angélica porfía
de hallar en todas partes las formas de lo bello.

Yo he puesto luz y sueños en todas las cabezas,
auréolas inmortales en todos los dolores,
inmaculadas túnicas en todas las purezas,
coronas de luceros en todas las tristezas
y rutilantes alas en todos los amores.

Abrid; traigo la kábala profética en mi acento;
yo me he ceñido el áureo laurel de la conquista;
soy un impulso firme y un alto pensamiento
gastados en la magna labor de dar aliento
al Bien y á la Belleza. Abrid; soy un artista.

Y ¡oh magia del conjuro grave y solemne!—entonces
la puerta misteriosa giró sobre sus gonces,
y «una voz que venía de lo alto,» exclamó: «pasa;
tu vida tiene toda la fuerza de los bronces,
amaste la Belleza y el Bien; ésta es tu casa.

«La muerte no es la gloria de los que son osados,
no es el apoteosis de los que son malvados;
para ellos el estigma, para ellos el olvido;
para los seres buenos al arte consagrados
la muerte es como para los pájaros el nido.

«Entra, reposa, calla; arroja la paleta
y los pinceles; duerme en la región secreta
donde la carne baja y el espíritu sube;
y, libre al fin, que vuele tu alma de poeta
como sutil fragancia que arriba se hace nube.»

***

Hacéis bien, los retoños, en venerar la santa
sombra del árbol viejo que crió vuestros abriles;
un ideal, el suyo, en vuestros pechos canta;
su gran amor al Arte, su religión, levanta
y anima vuestros nobles anhelos juveniles.

Sed como aquel artista, de majestad ceñuda,
cual si desafiara las iras del destino;
sin el mohín del odio ni el gesto de la duda,
mas embargado siempre por una triste y muda
contemplación extática del ideal divino.

Sed como aquel maestro que por la senda iba,
y que mostrando una serena confianza,
sobre el endeble cuerpo llevó la frente altiva
—domo radiante donde brilló, perenne y viva,
la luz de un largo sueño de amor y de esperanza.

Julio 1902.

Luis G. Urbina

EL CONSEJO SUPERIOR

De Educación Pública.

—

Una de las creaciones que mayor utilidad traerán, probablemente, á la causa de la Instrucción Pública, es sin duda el Consejo Superior de Educación Pública, que aun cuando no está constituído definitivamente, ya se han hecho los nombramientos de las personas que figurarán al frente de él, y cuyos retratos damos en el presente número.

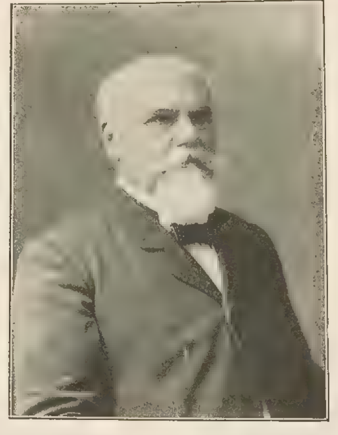
Se nombró, en primer término, Secretario del Consejo al Doctor Porfirio Parra, bastante conocido ya en el mundo de la ciencia para que pretendamos decir algo nuevo acerca de él.

El Sr. Parra nació en Chihuahua, de una familia humilde, y desde su más tierna edad se dedicó á los estudios, distinguiéndose más tarde en la Preparatoria, donde fué el discípulo predilecto del inmortal Gabino Barreda; y más tarde en la Escuela de Medicina, donde hizo una carrera brillantísima.

En la actualidad es profesor de Anatomía descriptiva y obtuvo por oposición la clase de Fisiología hace unos cuantos años. Ha representado á México en multitud de Congresos Científicos en el Extranjero, y es partidario acérrimo de la educación de la juventud.

El segundo nombramiento, el de Oficial del Consejo, fué hecho en favor del Sr. Alonso Mariscal y Piña, actualmente Diputado al Congreso de la Unión. El Sr. Mariscal se ha distinguido por su afecto hacia la educación, y á esto sin duda se debió su nombramiento.

El tercer empleo es el de Oficial Auxiliar, y éste fué conferido al Sr. Antonio Revilla, periodista muy conocido y que desde las columnas de distintos diarios ha defendido siempre la Instrucción de las masas y combatido por ella.



LIC. JUSTO SIERRA,
Subsecretario de Instrucción Pública.



LIC. ALONSO MARISCAL,
Oficial.



DR. PORFIRIO PARRA
Secretario



SR. ANTONIO REVILLA,
Oficial.

CUÑOS VIEJOS.

—

[Para Frías Fernández]

Blasón.

Un cincel muy heroico fué el que en labor ardiente
sobre el batido acero de fúlgida coraza,
marcó con los vestigios de su indomable diente
los épicos blasones de legendaria raza.

De una aquilina raza de viejos luchadores,
que siempre despreciando reveses y suplicios,
á los combates iban en medio de loores
lanzando en sus clarines sus roncos epinicios.

Surgiendo del escudo, caudal águila abría
sus alas como en largo revolotear violento,
y cayéndole encima de la testa, fulgía
como bañado en llamas un corazón sangriento.

Dice la vieja historia que el cincel me ha contado,
que un día cuya fecha á precisar no llego,
murió la heroica raza después de haber triunfado
sobre el águila altiva el corazón de fuego.

¿De quién fué aquella heráldica?... Acaso en tu memoria
aquel emblema muchos recuerdos te despierta,
y ves en los blasones caducos de mi historia
un corazón triunfante sobre un águila muerta!

Voy á la Justa.

Señora, yo te juro que en la purpúrea arena
de la lucha á que trances de amores nos orillan,
lograré en rudo esfuerzo lucir mi lanza llena
con la sangre de aquellos que á tus pies no se humillan.



El triunfo.

Encima de mi potro de crin copiosa y suelta,
marché á buscar un lauro para tu frente hermosa,
siguiéronme tus ojos, y en la campal revuelta
triunfé, y aquí te traigo la palma victoriosa.

Heroico en la pelea, de todos fuí temido,
justé con los más bravos y ardientes gladiadores,
y se cubrió de gloria mi acero enrojecido
en sangre de Pelayos y Cides Campeadores.

Rendición.

Mas ante ti, señora, se rinde mi bravura,
y humillo ante tus plantas blasones y armadura.

Homenaje.

Que si por bravo un día reté firme y sereno
legiones enemigas buscando desagravios,
ante ti sólo ansío caer sobre tu seno,
vencido, pero cerca del fuego de tus labios!

Ya ves, ante tu eximia belleza irresistible,
aprisionado quedo por amorosos lazos,
y los alientos púgiles de mi raza invencible
se mueren en la cárcel marmórea de tus brazos.

El Emblema.

¿Recuerdas el emblema del blasón acerado?.....
dice el cincel que un día, que yo á fijar no llego,
murió la brava raza, después de haber triunfado
sobre el águila altiva el corazón de fuego!

Luis Rosado Vega



Don Rafael Angel de la Peña. En su estudio.

Don Rafael Angel de la Peña.

Pocas son, indudablemente, las personas de esta capital que no conozcan á D. Rafael Angel de la Peña, nuestro notable gramático y atildado lingüista.

Maestro de toda una generación, no ha habido entre sus discípulos uno solo que no conserve gratos recuerdos del ilustrado profesor y del caballero correctísimo. El respeto y cariño para el señor de la Peña, se ha hecho tradicional en la Escuela Nacional Preparatoria, donde siempre ha ocupado uno de los primeros puestos entre los educadores de la juventud.

Desde que terminó su carrera literaria, se dedicó al profesorado, habiendo sido catedrático de Latín y de Literatura en el hoy extinguido colegio de San Juan de Letrán, y de Lógica, Gramática Castellana y primer curso de Matemáticas en la Preparatoria.

En 1869, cuando el señor de la Peña contaba 32 años de edad, fué nombrado individuo de número de la «Sociedad Húmboldt,» y más tarde perteneció al «Liceo Hidalgo,» á la «Sociedad de Profesores de Puebla» y al «Ateneo Mexicano de Ciencias y Letras,» en el que fué presidente de la sección de Ciencias Filológicas.

Su constante dedicación al estudio y sus profundos conocimientos de nuestro idioma, le valieron haber sido nombrado individuo de número de la Academia Mexicana de la Lengua, y correspondiente de la Real Española, siendo, desde entonces, Secretario perpetuo de la primera.

En junio de 1897 recibió el señor de la Peña una comunicación oficial en que se le hacía saber que D. Miguel Antonio Caro, Vicepresidente en ejercicio de la República de Colombia, lo había designado para que desempeñara en México el cargo de Cónsul General de dicha República, pero, por motivos independientes de su voluntad, no pudo aceptar tan honrosa distinción.

Refiriéndonos á sus escritos, diremos que «La Influencia de los métodos lógicos en el progreso de las ciencias,» un «Discurso sobre la tendencia actual de la ciencia,» otro sobre «El Positivismo considerado como doctrina y como método,» «Exposición razonada de diversos planes de estudios,» y otros opúsculos más, le han valido extraordinarios elogios á su autor.

Ha publicado, asimismo, extensas monografías que forman parte de una Gramática Fundamental, para lectura de personas ya formadas en este linaje de conocimientos; una Gramática Teórica Práctica de la Lengua Castellana para los alumnos que cursan esta materia en la Escuela Preparatoria, y varios estudios lexicográficos, además de algunos ensayos de Crítica Literaria, como el prólogo á «Murmurios de la Selva» de D. Joaquín Arcadio Pagaza; un estudio crítico de «Angelina,» otro de «El Bachiller,» etc. Finalmente, ha compuesto discursos, dictámenes sobre obras de texto y numerosos artículos.

Tal es, en breve resumen, la obra literaria de D. Rafael Angel de la Peña, con cuyo retrato honramos las columnas de este semanario.

TRES SONETOS.

(Beethoven)

CLARO DE LUNA

En alta noche la canción serena
trae en su giro vagabundo el viento,
como ráfaga triste de un lamento
que allá en el fondo del pasado suena.

Oh, ¡cuál traduce la profunda pena,
la amarga soledad del pensamiento,
la breve dicha, el hondo sufrimiento,
con frase vaga de misterios llena!

Sobre las teclas pálidas del piano,
desgranando su nota cristalina,
parece una libélula tu mano.

Y tu frente de anémona se inclina
al evocar del ruiseñor germano
la sollozante vibración divina.

VIEJA CANCION

Oh la vieja canción, nunca olvidada!
La canción vieja de doliente nota
que sollozar parece una harpa ignota
por vagabundo céfiro agitada.

La canción del espíritu soñada
que envuelta en nimbo de trizteza flota,
cual el nenúfar lánguido, que brota
en silente ribera abandonada.

Destacaba la luna mortecina
su perfil de princesa bizantina
de antiguo marco en la brumosa tela;

y el viento arrebataba un triste canto,
como la vida que fecunda el llanto,
como un hondo suspiro de Stradella!

EDGARD ALLAN POE.

De la hoguera en que su alma se consume
brilla en su frente resplandor divino,
y en torno al desolado peregrino
Leonora exhala su inmortal perfume.

Para que el Cuervo del dolor le abrume,
le refieren las sombras del camino
de Ligeya el lamento sibilino,
los pálidos terrores de Ulalume.

Vaga en la noche de su eterna angustia
crispado el corazón, deshecha y mustia
su corona triunfal, el pecho inerte.

Y en la horrenda visión de su delirio
escucha las Campanas del martirio
presagiando sus bodas con la Muerte!

Leopoldo Díaz.

PENSAMIENTOS

La tolerancia es una virtud difícil: nuestro primer sentimiento, y aun el segundo, es odiar á quien no piensa igual á nosotros.—Lemaitre.

*

Los poetas son hombres que han conservado sus ojos de niño.—Daudet.

*

Los pintores acaban haciendo retratos, y los poetas haciendo periódicos.—Robert de la Sizeranne.

*

De la confidencia á la indiscreción, no hay mayor distancia que del oído á la boca.—Petit-Senn.

LOS REYES SIN CORONA.

Son los tiranos más terribles que conoce la humanidad. Desde un trono que en vez de oros y terciopelos tiene espuma de encajes y marfil y armiño, el rey dicta su voluntad en un idioma que sólo comprenden sus iguales y sus esclavas. Estas son de la más alta nobleza que se conoce en la corte humana, son las escanciadoras de vidas, las que encienden la columna de luz que guía en el viaje por la tierra; las que dan su existencia y no mueren, son lágrimas de infinitos dolores y sonrisas de inefables alegrías, son legión y se llaman una,



funden todo un poema en su nombre, en nuestra lengua se les dice: Madres.

Lo primero que aprenden los labios del rey es á llamar á éstas esclavas, cuando no dejando escapar un sonido, sí dibujando una sonrisa, porque los tales reyes son de lo más raro que se coñoce: fruncen el ceño á sus iguales, gritan hasta desgañitarse y se encienden en blanca ira ante los que se acercan á reverenciarlos; pero con sus esclavas son todo lo contrario, gustan de dormir en su regazo, abandonan el trono por seguirlas, las imploran, sienten nostalgia de ellas......

Estos tiranos pregonan sus edictos por sí mismos, en medio del más desesperante de los ruidos, con muecas que provocan risa, con pataleos que ponen en desorden el trono. Y la obediencia debe ser inmediata so pena de algún atroz martirio; ¡ah! los castigos son tre-



mendos: el rey pone cara triste, sus ojos se marchitan, ve con indiferencia el dominio de sus cariños y pasa como un nublado por sobre la alegría de la corte. La esclava tiembla, viénenle á la imaginación mil sinsabores, quiere que el monarca esté entre sus brazos .... ¡nunca tirano alguno ha ideado peores castigos!

(Infunden miedo un niño que no ríe y una mujer que no ama; son vidas enfermas de un mal incurable: el extramundo.)

***

Cuando el rey despierta, la esclava lo saluda con un beso sobre la mejilla tibia, un claror de penumbra entra por los encajes del trono y va á herir las pupilas del soberano, que por lo brillantes parecen gotas de luz en el fondo de un capullo. Es estoico á las primeras caricias, parece que no oye el murmullo de las frases mimosas; después de un rato se da cuenta de que está en la vida y quiere erguirse y caminar á la luz. Entonces cambia todo: es necesario que se ocupe de los asuntos de su reino, llegan los ministros: un polichinela que va sobre ruedas tocando unos platillos, un Pierrot manco y con visibles señas de maltrato en el semblante, un automata con sorbete blanco, triángulos de bermellón en los carrillos y con el costado herido por el agujero de la llave; después sigue el descuartelamiento del ejército: se vierte de golpe la caja de cartón y ni en la más tremenda batalla pudiera verse cuadro semejante: caen cien generales confundidos con cien soldados; el dragón erguido sobre su cabalgadura se recarga sobre el filo de las espadas; caballos y peatones están en actitud de marcha, por más que la mala suerte los haga caer de cabeza entre las pa-



tas de las bestias y amagados por las puntas de las bayonetas; ¡ah y las estaturas!......provocarían una pesadilla épica: junto á un general que no levanta una pulgada sobre el peluche de la alfombra, está un soldado raso colosal, tan grande, que apenas el rey será capaz de alzarlo con las dos manos.

Pero Su Majestad no da mucha importancia á eso de los cartabones, le es igual que el abanderado pueda pasar por entre las piernas de un corneta ó que un general á caballo tenga que ordenar que los soldados se pongan en cuclillas para hablarles al oído.

La revista comienza: sobre un rosetón de la alfombra van poniéndose en pie los militares; algunos dan la espalda al Soberano, otros lo amenazan con las bayonetas, el de más allá no guarda el equilibrio y da con su persona en pleno peluche; es necesario que pase á manos del rey: los deditos sonrosados ponen el remedio al acaso y el soldado puede pararse. En esa revista no hay que llevar los uniformes flamantes ni las espadas con brillo; el rey corrige todos los desperfectos sin incomodarse, y en tal faena se encuentra cuando......



—Vamos, niño, dice la voz de la esclava, ya es hora.

Sí, es hora de que Su Majestad soporte la toilette; de que lance gritos y manotee cuando el jabón cometa el desacato de colarse por entre los párpados. Pero un momento después el rey queda flamante y puede marchar á las avenidas del jardín para adiestrarse en los dificilísimos sports del aro ó de la pelota.

Suele dar el Soberano con su persona en tierra; las damas de la corte se ponen en movimiento, corren á levantarlo y le sacuden, á mano limpia, el polvo irrespetuoso que se le ha pegado á las regias vestiduras.

Le dan el alto tratamiento de «travieso,» y le suplican que suspenda sus interesantísimos estudios.

El rey frunce el seño y se marcha silencioso á su palacio.

Cuando come, una dama de la corte se situa tras del regio sitial y le lleva hasta la boca el alimento. Suelen caer las augustas manos dentro del plato y mojarse en los caldillos.

El consejo hace oir su voz: con el esquisito tratamiento de «sucio», «cochino», se suplica á la real persona que suspenda la ejecución de su augusta voluntad.

Se le ofrecen frutas exquisitas, un trozo de mango, por ejemplo: el rey adquiere unos hermosos bigotes rubios que para sí envidiara el coronado Kaiser. Entonces la dama de servicio maltrata con sumo cuidado las reales comisuras de la boca y borra el oro del mostacho de sobre la tersura sonrosada.

Después, cuando la noche llega, el palacio se silencia, la servidumbre camina de puntillas, la veladora hace penumbra en la alcoba real y entre las espumas de encaje del trono cae como un pétalo de rosa el monarca, el tirano, el poderoso señor......

Ya duerme, cesa el canto arrullador, la esclava bosteza......

Luis Frías Fernández



DON GERARDO LÓPEZ DEL CASTILLO.

El decano de los actores mexicanos, Don Gerardo López del Castillo, murió el miércoles de la semana que termina.

La popularidad de Don Gerardo era grande; la había formado su paso en los escenarios ante cuatro generaciones.



Don Gerardo López del Castillo.

Trabajó en todos los teatros de la capital, desde el de mayores vuelos en el arte, hasta el humilde jacalón de los barrios. Lo conocían todos los públicos y todos lo aplaudían.

Don Gerardo tuvo genialidades que aumentaron su popularidad haciéndolo héroe de multitud de anécdotas en que se le pinta como una personalidad simpática, apasionada siempre por el arte y de su patria.

Trabajó mucho, muchísimo, y nunca logró adquirir el elemento pecuniario que merecía su asiduidad en la labor. Murió pobre, dejando hijos honrados, que él mismo educó para la escena.

La muerte de Don Gerardo López del Castillo hará eco en toda la República; probablemente no hay poblado en que falte un habitante que haya aplaudido al viejo y simpático actor.

Al entierro concurrieron sus compañeros de arte, y entre ellos ha sido muy sentida la desaparición del decano artista.

El cofre de Humbert.

El asunto Humbert sigue teniendo en París tanta vida como el primer día que dimos á nuestros lectores una noticia ilustrada de la escandalosa estafa.

El público parisiense es como el nuestro; le gusta conocer los más ligeros incidentes de lo sensacional, y la prensa seria no desdeña ese gusto.

Entre nota y nota de arte, aparece en las revistas de más nombre la información detallada é ilustrada del momento en que fué extraído de la casa número 65 de la avenida de «Grande Armée» el famoso cofre de hierro en que los estafadores decían tener guardados los millones de f. Los

Instaláronse grúas y andamiajes para hacer bajar la célebre caja, y la sensacional noticia voló por todas las calles cercanas. En pocos momentos se agolpó ante la casa una multitud curiosa.



El descenso del Cofre.

En París, como entre nosotros, las naderías se tornan en grandes acontecimientos. Paseantes, hombres de negocios, repórters, fotógrafos, &, &. todo se runió allí en espera del gran momento. Si cuando flota un sombrero viejo en las aguas del Sena, la multitud pasa horas y horas contemplándolo, ¿qué no sería en esta vez que se trataba de un objeto tantas veces citado en las columnas de los periódicos? ¿cómo se habían de privar de decir: «¡Lo he visto!»

La gruesa fila de espectadores se mantuvo á distancia, contenida por agentes del orden público que parecían el servicio de honor del rey de los cofres.

Su Majestad de hierro se hizo esperar mucho. De la pieza que ocupaba en el segundo piso, en el lado opuesto á la fachada del edificio, fué transladada poco á poco; pero una masa que pesa 2,000 kilos no puede moverse fácilmente. Después de tres horas de trabajo, el augusto mueble enseñó un ángulo por una ventana......

Lo mismo que pasa en el teatro cuando se levanta el telón después de un entreacto prolongado, sucedió en aquel espectáculo. La aparición fué saludada con un rumor prolongado de la multitud impaciente. Después siguieron las peripecias del descenso, que los concurrentes contemplaron con atención, pero no sin lanzar gritos burlescos.

Algunos se contentaron con decir «mírenlo», con una especie de ingenuidad admirativa, por más que ese cofre se parezca á todos los cofres; otros dieron suelta á la sátira que suele ser á veces la filosofía y la justicia del pueblo.

Mientras, el bloc imponente efectuaba su descenso entre el andiamaje, lenta, majestuosamente, hasta el piso de la calle.

Un carro cargó con el cofre hasta la Casa de Remates



La llegada á tierra.

MENSAJE

Para una artista.

De tu arpegio de notas cristalino
Irradia con tu voz embriagadora,
Del Arte nuevo el esplendor divino.

Y surge de tu boca, flor rosada,
En cascadas de luz, cual una aurora,
El simún de tu voz como una oleada.

O en hondas vibraciones van tus notas,
Airosas cual las águilas andinas,
O cual blanca bandada de gaviotas......

Y surge de tu boca, flor rosada,
Un arpegio de notas cristalinas......
Con relámpagos blondos de alborada!

Justo Pastor Rios.





JUDIT.

(CUADRO DE ROMANI).

Centenario de Alejandro Dumás.



Dumás en el año de 1828.

Hay grandes popularidades que llegan á borrar la nacionalidad del individuo, dándole por patria el mundo entero. Así ha pasado á Víctor Hugo, Shakespeare, Dumás y muchos otros.

Francia va á celebrar el centenario del nacimiento del popular novelista Alejandro Dumás, y esa fiesta será una nota para todos los países.

Dumás nació el 24 de Julio de 1802 en Villers-Cotterets, encantador pueblecillo que guarda por el fecundo novelista un culto fervoroso. Apenas se abandona el tren en la estación, se mira la estatua del hijo mimado, fundida en bronce, sonriente, con su cara bonachona

La calle principal del pueblecillo de los Valóis, se llama de Alejandro Dumás, y á cien pasos después de haber entrado en ella, se advierte una placa de mármol, incrustada en un muro, que señala la casa natal del novelista.

Ya Villers-Cotterets celebró una original fiesta conmemorando el centenerario de Dumás. Fué preciso que la adelantaran algunos días para que la estación de las lluvias no fuera un impedimento. Toda la fiesta se celebró al aire libre, reproduciendo las descripciones que abundan en «Angel Pitou,» y que el autor coloca en el poético pueblecillo.

En París también se celebrará el centenario de Dumás, pero será por los meses de octubre ó noviembre, y una de las grandes fiestas consistirá en la «reprise» de «Enrique III y su Corte,» en el Teatro Francés.

***

De pocos hombres se contarán tantas anécdotas célebres como de Dumás; una de las menos conocidas es la que narra la manera como el novelista enriqueció á un fotógrafo que se le había acercado á pedirle protección. Dumás se encontraba sin un sueldo —lo que era tan común en él como tener miles de francos—y no pudo aprontarle nada en metálico, pero lo citó para el siguiente día con todo y su cámara fotográfica. El protegido estuvo puntual á la cita y encontró al novelista con una griseta del taller de modas cercano.

—Retrátenos usted, dijo Dumás haciendo que la muchacha se le colgara al cuello en actitud picaresca.

El fotógrafo obedeció y obtuvo una placa casi escandalosa.

—Ahora exhibe usted ese retrato en sus muestreros y lo manda vender á hurtadillas por los bulevares.

Aquella fotografía íntima obtuvo gran éxito y el fotógrafo se creyó bastante protegido, pero Dumás no fué de la misma opinión y completó su generosidad acusando ante los tribunales al retratista y exigiéndole una fuerte indemnización.

El escándalo que produjo este incidente, fué pasto de las conversaciones de todo París, y nadie quería quedarse sin un ejemplar de aquella fotografía. Dumás siguió todo el juicio á la vez que fomentaba la venta de los retratos, que llegaron á inundar verdaderamente las calles parisienses.

—Non monsieur mais je l'en ai entendu parler au moment de sa mort c'est moi qui lui ai fait passer par le valet de chambre de la reine Anne d'Autriche l'avis du danger qu'il courait. Malheureusement l'avis est arrivé trop tard.

— N'importe Monsieur dit Buckingham je comprends maintenant qu'ayant eu l'intention de rendre un service au père vous venez réclamer la protection du fils,

... répondit flegmatiquement d'Artagnan je ne réclame ... rien

PEDAZO DE UN ORIGINAL DE "EL VIZCONDE DE BRAGELONE."
Autógrafo de Dumás que existe en México en poder de nuestro compañero Juan Sánchez Azcona.

Cuando el proceso iba á terminar, Dumás se desistió de su acusación, y el producto de la venta de las fotografías, que llegó á varios cientos de miles de francos, fué á poder del fotógrafo.

***

Una de las excentricidades de Dumás, fué hacer construir un castillo exactamente igual al que ideó en su famosa novela «El Conde de Montecristo.» Era un primor de arte. Y esta nota de esplendor le duró muy poco tiempo:



Ultimo retrato de Dumás.

Montecristo comenzó á construirse en 1840 y jamás fué terminado; lo pusieron á la venta después del fracaso del Teatro Histórico. La revolución del año de 1848 arruinó al castellano director y tuvo que volver á París. Una mañana se le anunció la visita de Fiorentino, el crítico de un periódico que se titulaba «El Constitucional.» El novelista acababa de almorzar con su hijo Alejandro. El criado hizo entrar al visitante al comedor.

—Querido Fiorentino, le dijo Dumás, no se apure usted por que hemos terminado: tome una de estas frutas y cómala.

Y le presentó un plato con dos cerezas arrugadas, casi secas. Fiorentino no se hizo de rogar y Dumás lo miró sonriendo y le dijo:

—Se acaba usted de comer cien mil francos.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo: estas dos cerezas es todo lo que me quedaba de Montecristo y Montecristo me ha costado doscientos mil francos!

En el año de 1864, cuando volvió de Italia á París, no tenía recursos y dió al teatro su obra «Gardes Forestiers.» No fué bueno el éxito, porque el cajero se marchó llevándose el producto de las representaciones. Entonces Dumás ideó la manera de allegarse recursos utilizando su popularidad. Formó una compañía dramática y la hizo recorrer varios departamentos de Francia, recomendándole que anunciara en todas sus funciones que asistiría el autor de la obra, Alejandro Dumás. Contaba con poderse transladar violentamente de París á la población donde se encontrara la compañía. Así sucedió muchas veces y los éxitos y el dinero estaban á la orden del día. Pero una vez, estando la compañía en Laón, se hizo el acostumbrado anuncio y Dumás no se presentó en el teatro. La furia de los espectadores fué tremenda, como que se creían burlados. El primer acto de la obra pasó entre silbidos y cojinazos, pero cuando sonaba la campana para comenzar el segundo acto, se escuchó un gran ruido en el vestíbulo y Dumás hizo su presentación en el palco. Todo el furor se tornó en aclamaciones y los concurrentes gritaron á una voz:

—¡El primer acto; queremos el primer acto!

Y no hubo remedio, tuvo que repetirse el primer acto, y la fiesta continuó bajo los mejores auspicios.

El término de esa jira fué en Villers-Cotterets, y para celebrarse el triunfo de la jira, Dumás ofreció á los cómicos un banquete con manjares guisados por él mismo.

***

El gabinete de trabajo de Dumás, cuando caía en la más extremada pobreza, cuando se puso á redactar su periódico "El Mosquetero, por ejemplo, tenía un aspecto casi cenobítico.

Nada que fuera un adorno, ni un cuadro ni una estatua. Una mesita de sabino cubierta con un tapiz rojo de la clase más corriente; sobre esa mesa un tintero, plumas y bastante papel azul. Tres sillas de barrotes redondos.........era todo el mueble.

El único lujo que se asomaba por allí, era una especie de vaso etrusco en que se bañaba ya una rosa, un clavel ó un ramo de lilas.

Dumás llevaba pocas prendas de vestir, aun en el invierno; con la cabeza descubierta y los brazos desnudos, el ilustre novelista pasaba horas y más horas encorvado sobre las cuartillas, como un buey sobre el surco, haciendo que pasara de los puntos de la pluma lo negro sobre lo blanco, ó más bien sobre lo azul. Y á su decir, aquel ejercicio de galero le producía una acre voluptuosidad.

Las pobrezas de Dumás eran conocidas por los díceres; nunca se le vió privado de aquellos gustos dispendiosos que eran fácilmente explicables en la opulencia.

Jamás dejó de tener mesa puesta para sus amigos, ni abandonó la mesita del café.



EL CASTILLO DE MONTE-CRISTO



PUYS.—CASA DONDE MURIO DUMAS.

El fin del célebre escritor fué triste. Parece que el destino se propuso someter á aquel hombre tan espléndidamente dotado, á una prueba más terrible que á cualquier simple mortal. Dumás tuvo diez meses de agonía, agonía intelectual que no puede compararse á la espantosa penitencia que sufrió Napolón en la roca de Santa Elena. Durante diez meses el maravilloso cuentista tuvo la sensación de su impotencia......Su hijo Alejandro, cuando sobrevino la guerra, lo llevó al pueblo de Puy, cerca de Dieppe, y allí se extinguió para el mundo aquel gigantesco espíritu, un día de invierno sombrío, nebuloso, siniestro....

Ignoró las desgracias que le estaban ocurriendo á su patria, y sólo hasta el día siguiente de su muerte, hasta el día siguiente, los Prusianos entraron á Dieppe, como si para esa última jornada hubieran esperado que aquel gran corazón de los franceses hubiera dejado de latir.



CASA DONDE NACIO DUMAS EN VILLERS-COTTERETS.



SEPULCRO DE DUMAS EN PUYS

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 5.

MÉXICO, AGOSTO 3 DE 1902.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem Idem. en la capital, ,, 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



POR EL JARDÍN.

(Cuadro de Teudouze).

LOS NIÑOS CRIMINALES.

NOTAS CALLEJERAS.

La noticia es ya poco alarmante, porque en fuerza de la costumbre, nos hemos habituado á verla con cierta despectiva indiferencia. Sin embargo, es sumamente triste y se presta á graves consideraciones del orden moral y sociológico.

Hace pocos días hablábamos de los niños que beben; ahora, un acontecimiento de actualidad, publicado hace unos cuantos días por los periódicos, nos obliga á hablar de algo tan doloroso como la embriaguez prematura: la criminalidad precoz; los niños que beben y los niños que matan; el anverso y el reverso de esa obscura medalla que esculpe en las tinieblas del abismo la maldad humana.

Lo que los niños del pueblo ven, al abrir los ojos, por primera vez, es una riña. Y conforme van creciendo, van asimismo dándose cuenta de que la vida es una lucha en la que vence el que tiene mejor cuchillo y sabe herir más certeramente á su contrario. Las reyertas del hogar, los escándalos de la pulquería, los pleitos de los ebrios, las conversaciones de familia, las admiraciones y alabanzas á los valientes del barrio, forman en torno del niño del pueblo una atmósfera de odio que poco á poco envenena su espíritu débil y turba su incipiente razón.

***

No es raro encontrar por las calles de la ciudad, mujeres que riñen, hombres que pelean, tumultos de borrachos coléricos, y con ellos, acompañamientos de muchachos que lloran, de chiquillos que corren y vociferan también, de hombrecillos que no levantan media vara del suelo y que ya contemplan impávidos, como si fuese un espectáculo divertido, el combate de dos fieras humanas que por una causa baladí se hieren y se matan en el paroxismo de una rabia salvaje.

Como en los niños ebrios, en los niños delincuentes hay heredismos insanos, perversidades atávicas, rencores y venganzas que han ido pasando de generación en generación. Son niños que estuvieron amamantados con bilis y que están educándose entre la sangre y la blasfemia.

Esos miserables cuartos de vecindad, verdaderas espeluncas, sirven de refugio á iracundas miserias y á furias de alimaña. Estos seres que viven en el vicio y se revuelcan en el sombrío y pestilente fango de la ignorancia y el crimen, no tienen hijos, tienen cachorros. De su existencia golpeada, fustigada, inquieta; de sus amores primitivos, rudos, brutales, salen estas vidas tristes ya contaminadas por un anhelo selvático de destrucción y aniquilamiento. En estos niños se reproducen todas las bajas pasiones. En esas almitas anidan cóleras. En esos blancos templos hay buitres.

***

La riña callejera es para ellos lo que el simulacro para los militares. Tienen en sus casas, en el arroyo, en la taberna, un continuo y eficaz aprendizaje. Reciben diarias lecciones de los padres, de los amigos, de los conocidos y de los desconocidos. El mundo para estas criaturas no tiene más que dos formas: el pleito en cualquier parte, en el hogar, en la vecindad, en el barrio, en la pulquería, y la cárcel, allá lejos, un caserón siniestro donde los hombres se perfeccionan para salir más desalmados y más bravos.

Desde antes de entrar en la escuela, suelen estos muchachos entrar en la comisaría, y antes que el profesor, tiene que ver con ellos el gendarme.

Oyen, y con su infantil y vivaz imaginación abultan los hechos que se les refieren: escándalos, robos, raterías, asesinatos. Esas conversaciones aisladas, esas confidencias canallescas, esos diálogos obscenos y cínicos, son las lecciones orales que reciben perpetuamente los alumnos de la perversidad y del delito.

El medio que les rodea los empuja fatalmente. La imitación, natural en los recién venidos á la vida, los estimula. Sus juegos son siempre riñas más ó menos fingidas. Buscan defensa ó apoyo en el cuchillo real ó imaginario que suponen llevar ó llevan en la cintura.

Resultan criminales; pero su maldad no es una planta de generación espontánea; la delincuencia se la enseñan los padres, la aprendieron de las gentes entre las cuales viven; la respiran en el aire como un miasma.

La perversión colectiva colabora en esta obra monstruosa. Los niños delincuentes son un producto del estado social de nuestro pueblo.



UNA POETISA CHINA.

La gloria de los poetas no se forma en la China del mismo modo que en las demás naciones. Dilátase largo tiempo en formarse, pero así resulta más justa y más duradera. Salvo raras excepciones en los tiempos modernos, bajo la influencia del ejemplo extranjero, nunca se ha dado el caso de que un poeta haya tenido la osadía de juzgar dignas de la prensa sus propias poesías y de publicarlas en volumen.

Cada poeta canta en las reuniones de los amigos y de los literatos los versos que ha compuesto—en el País Amarillo los versos se cantan siempre al compás de una melopea tradicional; y si una de las poesías tiene la aprobación de los oyentes, éstos piden al autor el permiso de copiarla. Y así, de mano en mano, la poesía va circulando entre un público siempre más numeroso, y el nombre del poeta se difunde fácilmente, espontáneamente, como un perfume suave.

También algunas veces el autor, por carecer de relaciones, se dirige directamente al público. De ahí las poesías, casi siempre anónimas, que aparecen escritas en los muros de los edificios públicos ó en una que otra puerta. Los que pasan se acercan, leen, y si la poesía les parece bella, la copian y la hacen leer á los amigos. A poco estas poesías resultan célebres y populares.

Con frecuencia pasa más de un siglo antes de que un Emperador dé la orden á una comisión de literatos para coleccionar en volumen las poesías ya consagradas por la fama. Entre aquellos cuyas obras fueron así recogidas y publicadas, perduran á través de los tiempos los nombres de Li-Tai-Pe, Thu-Fu y el de una poetisa: Ly-y-Hane, quien vivió bajo la dinastía de los Song, en el siglo XII de nuestra era, y de quien muy poco se sabe, fuera de lo que nos dicen sus versos, altamente sentidos y personales.

Ly-y-Hane, que es muy admirada por sus compatriotas, discurre siempre sobre un solo asunto: la herida incurable de su corazón, que sangra en la soledad. Y el amor que aflige y consume á esta Safo del Celeste Imperio, aparece como ignorado de quien lo inspira. Acaso ella no tuvo nunca el valor de revelarlo. Tampoco se lo habría permitido su condición de mujer ni las costumbres ni las conveniencias. «Diríase una flor enamorada de un pájaro; una flor que, no teniendo voz ni alas, muere exhalando su alma, perfumada de amor».

A su dolor, Ly-y-Hane asocia siempre en sus versos el ambiente en que vive, el paisaje que la circunda, lo que ella puede ver desde su ventana.

He aquí algunas traducciones:

La fiesta de los poetas

Niebla ligera; densas nubes, largo el día, interminable el dolor......

El perfume está por extinguirse en la dorada quimera.

¿No es el tiempo de la hermosa fiesta de los poetas, el tiempo que retorna siempre? Sin duda, porque ayer, por la primera vez, sentí que enfriaba mis manos el antepecho de la ventana.

Miro en efecto parejas alegres que se esconden tras el seto oriental para beber en honor de los poetas, en la gloria del sol trasmontante.

Suaves perfumes se escapan por las mangas de seda.

Triste de mí, que me siento sin alma y sin defensa ante el áspero viento de Occidente.... El viento que azota los crisántemos y los marchita, asemejándolos á mi corazón.

El loto rojo

Una flor se abre en la superficie del agua profunda......Del agua profunda.........

Tomo el sedal y lo lanzo hacia aquella flor de las raíces profundas......Hacia aquella flor de las raíces profundas.

Turbado ha sido el misterio de la tenebrosa profundidad, cesa el reposo, la agitación se extiende á lo lejos. Y trato con el sedal de atraer el loto......como si allí estuviese su corazón...

El sol sobrenada en la extrema orilla del cielo: palidece; extínguese; ¡ay! se hunde en la noche......Se hunde en la noche.

Subo al piso superior. Deténgome ante mi espejo.....¡Ah, el rostro triste y destruído!... El rostro triste y destruído.

Las plantas reverdecerán......¿Cómo yo, sin esperanza, he podido llegar hasta este día?

Desesperación

Llama, llama! Implora, implora!

Restaña! Duerme, duerme! Llora, llora! Sufre, sufre siempre!

Apenas llegan los días cálidos, retorna la estación del frío.

¡Cuán penoso es vivir.!

Dos ó tres tazas de débil vino no bastan para poder soportar el agrio viento matinal.

Ya los cisnes salvajes repasan el río. Hace mucho tiempo que los conozco, por haberlos visto pasar y volver á pasar.

¡Mi corazón está cruelmente herido!

***

Los crisántemos abundan por todas partes con exuberancia suntuosa.

Pero la flor que aquí se marchita ¿quién va á desearla? ¿No soy yo la eterna guardiana de esta reja?

¿Cuándo, pues, se extinguirá el día en la oscuridad?

Una lluvia sutil baña las hojas de las paulonias.

El crepúsculo llega lentamente; la oscuridad cae poco á poco.

Al fin la noche!

Y sin embargo, nada ha cambiado para mí.

Ah, quién pudiera destruir para siempre la palabra «desesperación»!

***

Nada sabemos de la vida de esta poetisa: ignoramos quién fuese el objeto de su amor; no sabemos tampoco en qué circunstancias se haya desarrollado esta dolorosa pasión; pero si una crónica pormenorizada nos lo dijese, ¿llegaríamos á saber más, acerca de su vida, que lo que nos dicen estos versos desolados?

«Con la más tierna admiración—dice Judit Gautier—he descifrado los versos de esta noble y conmovedora poetisa; y sintiéndome dichosa de haber sido la primera en hacer resonar, fuera de los confines del Celeste Imperio, el nombre armonioso de Ly-y-Hane».



VÍ UNA FLOR DE LIS...

Las playas del «mar chapálico» son un refugio para cuando se hace insufrible el peso de la vida monótona de la ciudad lujosa. Allí hay chalets encantadores, acurrucados en nidos de frondas, y mesones destartalados en donde se puede esconder la vida, conversando con labriegos y pescadores sencillos; hay hotel con verandas que se asoman á las aguas rumorosas, barquichuelos que corren á lo largo de la playa, remados por muchachas veraneantes, de rostros risueños, vestidas con el vaporoso traje de campo, del que es á modo de clásico detalle el rebozo de colores fuertes, cruzado sobre el pecho. Y ya sea desde el balcón del hotel, ó desde el corredor del chalet, ya desde las arenas de la orilla solitaria ó en la punta del embarcadero—formado con barro y piedras, que el golpe de las olas lustra y derrumban,—el panorama es tranquilo, quizá un poco melancólico, predispone á los recuerdos, provoca á los idilios; se siente que por la transparencia de los ojos se asoma una tristeza, agradable porque es indefinida......

Cuando se tiene humor de conversar con los pescadores, se nota la influencia que en ellos han ejercido las horas lentas, que pasan en la soledad, sin más compañía que los peces moribundos arrojados al fondo del lanchón; sin más idea que tirar bien de la red para que la presa no se escape; sin más entusiasmo que el de volver á la playa verde en que se divisa la crucecita clavada en lo alto del campanario, como alguien que los espera con los brazos abiertos.

La plática es sabrosa: apuntando á un lugar impreciso de las aguas, dicen que allí fué la gran catástrofe que llevó tanto luto á la ciudad de Occidente; hacen advertir que el pequeño mar es traidor, que tan pronto sus aguas acarician como golpean, que por las mañanas convida al trabajo y que por las noches despierta á la angustia. Allá lejos está la mancha de la isla del Presidio; muy pocos lugareños saben su historia......

***

A esas playas del «mar chapálico» fuí á lavar las desilusiones de una prolongada permanencia en la aparatosa ciudad—me comenzó á platicar un amigo mío que es soñador,—porque me las imaginé solitarias, porque creí que el invierno habría dejado desiertos los chalets y el hotel de rumbo. Tenía ilusión de no encontrar á gente alguna que hubiera pisado las calles de la ciudad que me hastiaba.

Y en verdad que los primeros días pasaron á medida de mi voluntad. Era el único huésped del hotel, dueño absoluto de la veranda, del comedor, de la sala de billares; cantaba, silbaba, reía á solas cuando venía á visitarme algún recuerdo; nadie me importunaba con saludos ni conversaciones ampulosas; prohibí á la servidumbre que me dirigiera la palabra y fuí muy feliz, muy feliz, cuando.......

Cuando vino á turbar todo mi contento una mujer extraordinaria. Llegué al comedor para almorzar, y precisamente en la mesa en que acostumbraba instalarme, la encontré. Su tipo era muy acentuado como oriunda del Norte: ojos azules muy vivos, tez blanca, pelo rubio en que se escondía tal cual hilillo de plata.

Vestía una bata roja recargada de adornos blancos. Este traje me causó hondo malestar, porque me revelaba que la desconocida estaba instalada en «mi» hotel, y no por pocas horas.

Me alejé lo más que pude y fingí no verla; pero no había transcurrido un cuarto de hora cuando oí que con voz insinuante se dirigía diciéndome en correcto español:

—Caballero.......caballero, repitió, porque no hice caso de su primer llamamiento.

—Usted me hablaba.

—Sí, para que tenga la amabilidad de informarme respecto á la vida que aquí se lleva.

Señora, aquí hace uno su voluntad.

—Gracias.

Creí que había terminado la conversación y me volví á mirar el lago.

—¡Qué hermoso es esto, ¿verdad?

—Sí—contesté con indiferencia.

¿Me acompañaría á pasear usted esta tarde en bote?



¡Adiós tranquilidad!

—......sí la acompañaré á usted; pero...... el lago es traidor; tan pronto sus aguas acarician como azotan......

—Caballero, los peligros para mí son despreciables.

—¿Cómo, cómo es eso? Y acerqué mi silla á la mesa de la desconocida.

- He vivido en plena borrasca; mi historia ha sido una tempestad desencadenada. Contaré á usted algunos rasgos ahora que vayamos al bote.

La mujer se levantó haciéndome un saludo con la cabeza, y salió del comedor recogiéndose el traje de esa manera como lo hacen las americanas, ¿comprendes?

***

Veíamos á lo lejos la playa con su opulenta vegetación; parecía un adorno de plumón verde pegado á la ondulosa orilla de las aguas.

El bote que nos llevaba iba á la vela y por momentos se perdían todos los detalles de la costa.

Mi compañera había cambiado de traje: llevaba una riquísima bata de seda rosa, con mangas muy anchas; sobre el pecho tenía bordada una flor de lis.

Charlaba describiéndome la sensación que le producía la inmensidad líquida; veía al cielo y se abismaba siguiendo con los ojos á una nube. Me resolví á decirle con timidez:

—¿Y los rasgos de la historia?.........

Es usted curioso.—Y agregó después de una pausa, esta noche sabrá usted lo que ha sido mi vida.

Luego se inclinó sobre un costado de la embarcación y hundió una mano en el agua. Iba mojando la orla de la manga y lo advirtió. Con ingenuo impudor recogió la tela hasta el hombro y me dejó ver un brazo escultural y sonrosado. De pronto esquivé mis miradas, pero luego ví que no le causaban molestia y me fijé con todo descaro.

Cerca del hombro tenía una mancha azul; mi curiosidad se animó y me acerqué para ver mejor; era una marca de tatuaje, una flor de lis.

¡Mujer más extraordinaria ó más ....ordinaria! pensé.

La tarde iba cayendo, y la sombra comenzaba á subir de las aguas.

—Nos volveremos, ¿verdad?

—No, señor; pienso esperar aquí la noche.

—Me quedé frío. Hice seña al botero de que arriara la vela, con esperanza de que las olas nos arrastraran á la orilla. Momentos después la sombra nos invadió.

Nós habíamos quedado en silencio por algún tiempo. Empecé á pensar: una flor de lis en el hombro de una mujer misteriosa......... Sonreí y palpé mi traje para cerciorarme de que era á la usanza moderna; no, no llevaba yo espada al cinto, no era un personaje de Dumás ó cosa así.

Ella rompió el silencio:

—Si mi juventud hubiera corrido al lado de mis padres, mi pasado sería un ensueño y no una pesadilla, nunca unos ojos me miraran con burla, ni un cerebro se perdería en conjeturas más ó menos penosas. Dicen que estoy enferma del alma; el mundo es el que está agonizando de imbecilidad. Mis ojos han pasado por todos los panoramas, mis labios hablan todos los idiomas; he conocido á todos los reyes y todos los reyes han doblado su rodilla ante mí.......

(El botero me dió con el codo y volví los ojos para verlo: quería reir el muy imbécil.)

—Señora —dije creyendo que me contestaría la extraña mujer......

Por fortuna estábamos ya en un fondo bajo, el botero saltó al agua y comenzó á impulsar el bote rumbo á la orilla. Tocamos el desembarcadero. Un hombre estaba de pie á la orilla del agua. Luego que saltamos á tierra, se dirigió apresuradamente á nosotros. Me miró con ojos coléricos, y tomando á la mujer por un brazo, la arrastró precipitadamente rumbo al pueblo.

Me quedé sorprendido. Esa noche fuí á conversar con los pescadores del mesón y me aconsejaron que abandonara violentamente el pueblo.

Hace un momento que vi pasar esa «flor delisada.» en una carretela abierta. Parece que va rumbo á Chapultepec, ¿quieres que la busquemos?

Luis Frías Fernandez.

EL SUEÑO DEL JAGUAR.

Bajo los negros árboles del bosque
se entrelazan las lianas florecidas;
en el aire pesado los insectos
van y vienen, y en curvas infinitas
se columpian los pájaros brillantes,
los monos, las arañas amarillas.
Es allí que, siniestro y fatigado,
entre los viejos troncos de marchitas
y musgosas cortezas, lentamente
el cazador de bestias se aproxima,
frotando sus riñones musculosos
con su elástica cola, y las mandíbulas
entreabiertas, sedientas, arrojando
ronco y breve resuello. Sorprendidas
huyen las alimañas, los lagartos
cuyas escamas en la yerba brillan,
y los reptiles en la espesa fronda
se calientan al sol del mediodía.

Es un sitio del bosque donde nunca
penetra el rojo sol, allí reclina
el jaguar su cabeza en una roca;
pasa el áspera lengua humedecida
por sus potentes manos; luego entorna
sus ojos soñolientos y dormita.
En la ilusión de sus inertes fuerzas,
hace mover su cola estremecida
batiéndose los flancos; después sueña
que en medio de las verdes y escondidas
florestas mudas, las filosas garras,
con sorprendente rapidez felina,
hunde en la carne de los recios toros,
que mugiendo, en tropel se precipitan.

LECONTE DE LISLE.

El Ministro de México en Cuba.

RECEPCION SOLEMNE

El Presidente de Cuba, Sr. Estrada Palma, ha recibido en audiencia, con el ceremonial de costumbre, al Sr. Ingeniero D. Gilberto Crespo y Martínez, primer Ministro Plenipotenciario acreditado por nuestro país ante el Gobierno de la naciente República antillana.

La recepción, dice una correspondencia de la Isla, se verificó en Palacio y fué de lo más significativo. A la llegada del Sr. Crespo y Martínez, los artilleros cubanos, con su bandera, presentaron armas, y la banda Municipal ejecutó el Himno Bayamés. Después de la ceremonia diplomática salió el nuevo Ministro, y al llegar frente á la bandera cubana, hizo á ésta una reverencia, siendo saludado por los marciales acordes del Himno Nacional Mexicano; de ese himno, más hermoso cuanto más lejos de la patria se escucha. El señor Crespo permaneció un momento en la puerta de Palacio, emocionado, escuchando las vibrantes notas del himno patrio.

A la audiencia sólo concurrieron las altas personalidades de la política, entre las que estaban los Secretarios de Despacho, el Ayudante del Presidente y el del Jefe de las fuerzas, el Tesorero General, el Presidente y el Fiscal del Tribunal Supremo, el Vicepresidente de la República, el Alcalde Municipal, Rector de la Universidad, Gobernador Civil, Presidente de la Audiencia, Jefe de las Fuerzas, Presidente del Senado, Presidente de la Academia de Ciencias, Director de Penales, y algunos Senadores y Representantes.

Después de la ceremonia, el Sr. Ministro fué presentado por el Presidente Estrada Palma á cada uno de los citados personajes. En la tarde, el señor Crespo, acompañado del Cónsul señor Palomino, estuvo á visitar á cada uno de los Secretarios de Despacho, conversando amistosa y cariñosamente con cada uno de ellos; sobre todo con el Secretario de Agricultura, señor Terry, quien le hizo múltiples preguntas sobre México, interesándose por nuestro país.



SR. ING. GILBERTO CRESPO Y MARTINEZ.

Los discursos cambiados entre el Representante de México y el Sr. Estrada Palma, estuvieron llenos de afectuosas frases para los dos países, unidos de hoy en delante, no sólo por la comunidad de su lengua y de su origen, sino también por sus instituciones y tendencias.

* * *

El señor Ingeniero Crespo y Martínez cuenta en su abono los más honrosos antecedentes: en México desempeñó por algún tiempo la Subsecretaría de Fomento, captándose la estimación de cuantos lo trataron, por su carácter afable, espíritu conciliador y rectitud de miras. A la muerte de D. Andrés Clemente Vázquez, el antiguo Cónsul General de México en Cuba, fué nombrado para substituirlo, y en ese nuevo encargo trabajó sin descanso para fortalecer las relaciones mercantiles existentes entre nuestro país y la Perla de las Antillas.

En este sentido, nuestro país le debe mucho.

Por lo demás, el primer Ministro de México en Cuba es generalmente estimado en la Isla, que considera como su segunda patria.

Prueba muy clara de esto son los elogios con que la prensa de la Habana enalteció los méritos del estimable diplomatico, al dar cuenta de su solemne recepción por el Gobierno Cubano.

Lo sobrenatural de hoy, puede ser lo natural de mañana.—Jean Rameau.

Envidiar es descender.—Jules Ricard.

LA PRIMAVERA.

Un día se me ocurrió—prevalido del permiso superior de que disfrutaba de inquirir cuanto en gana me viniera— recorrer el Palacio de las Estaciones, que se levanta en una de las regiones más agradables dél país de la Imaginación.

Satisfice mi curiosidad; pude contemplar de cerca las habitaciones lujosas y tapizadas de triple alfombra del Invierno. A mi sabor examiné los jardines maravillosos, cubiertos de flores y frutos, por los que pasea el Verano en un traje que nada tiene que envidiar á nuestro progenitor Adán, como no sea la hoja de parra. Me extasié buen rato ante las habitaciones coquetuelas del Otoño, y trabé conversación con el propio interesado, conversación que quizá algún día revelaré en forma de verídica «interview.»

Iba á salir ya del Palacio de las Estaciones, satisfecho é instruído, en lo que cabe, cuando se me ocurrió preguntar á mi amable cicerone por la Primavera.

—No la he hecho pasar, porque actualmente está la pobre muy atareada y temo que la estorbemos.

—¿En qué se ocupa esa señora?— pregunté asombrado.

—¿Olvida usted acaso que dentro de breves días ha de salir á escena.

—Es verdad; pero no quiero desaprovechar ocaisón tan oportuna. Le ruego me lleve á presencia de la Primavera.

Echamos á andar, y por el camino mi amable guía me dijo:

Paréceme que se ha de arrepentir usted de su curiosidad.

¿Por qué?

—Porque ya sabe usted que analizando de cerca las cosas, se pierden muchas ilusiones.

—¡Bah! ¿No he visto acaso mil veces los encantos de la primavera? ¿Querrá usted hacerme creer que la realidad no superará á la ilusión?

Mi guía murmuró unas palabras que sin duda le sugería su mal humor y, de pronto, señalando una puerta, me dijo:

-Puede usted pasar; ahí está la Primavera.

Penetré en una habitación más perfumada que tienda de peluquero.

Sentada en un diván, con un pincelito en la mano izquierda y una borla de darse polvo en la derecha, estaba una viejecita, llena la cara de afeites y el cuerpo de alifafes.

—Dispense usted, señora, dije después de haberla examinado; sin duda me equivoqué.

-¿Por quién pregunta?

—Deseaba ver á la señorita Primavera, y...

Servidora de usted, contestó la bruja. Quedé de piedra. Ella que vió mi asombro, sòltó una carcajada y dijo:

—Ya, ya comprendo! Pero imagine usted, hombre de Dios, que cuento ya muchos siglos de existencia, y que la juventud no dura eternamente. Como todas las cosas, estoy sujeta á cambios, y en mí, como en todo, la ilusión de los demás es lo que me presta encantos.

Y al decir esto, sonrió y su sonrisa resultó horrible mueca de su boca desdentada.

No quise ver ni oir más. Y desde entonces miro con desconfianza los encantos de la Primavera. ***

SALOMÉ.

Baila sobre el marmóreo pavimento
y su forma impecable peregrina
en una leve ondulación felina
puebla de aromas el dormido viento.

Florece de pasión su movimiento,
sonríe de placer su faz divina,
y su trágico espírtu ilumina
el fulgor de un relámpago sangriento.

Entorna las pupilas soñadoras,
su cabellera fúlgida desata;
y en la gloria inmortal de su belleza

Ve al terminar sus danzas tentadoras
en una fuente de bruñida plata
del Bautista la pálida cabeza.

Froilàn Turcios.

LA ZIRANDA DE LA QUINTA.

Era la edad lisonjera en que el alma bebe en la copa de las primeras emociones.

Fué esto al salir de la infancia, cuando lampos de luz cierran el horizonte de la vida.

***

Una corta distancia nos separaba de Uruapan, á donde por primera vez se dirigían mis pasos.

Caminaba apresurado, llena ya mi imaginación de los paisajes maravillosos que se habían de desarrollar á mi vista en mágico caleidoscopio.

Ya escuchaba el murmurio de tantos manantiales y el monótono, pero imponente zumbar de las cascadas; ya miraba los árboles cuajados de sabrosas frutas y las flores de infinita variedad que tapizan el suelo, y veía los rojos techos de las casas destacarse sobre los verdes y esbeltos p atanares mecidos por el viento.

«¡Ahí está Uruapan!» exclamó á mi lado una voz cuyo eco, ya muy lejano, resuena siempre en mi corazón.

En vano se dilataban las pupilas de mis ojos. Una inmensa cortina de follaje me impedía llegar con la mirada hasta el edén florido. Había algo como una selva obscura que se interponía llena de misteriosa majestad.

«Contempla ese árbol—sonó de nuevo la armoniosa voz de mi padre;—los días que lo han visto erguirse sobre la tierra, son acaso tantos como las hojas que lo cubren.»

Atónito detuve el paso para medir con mi vista aquel gigante de la vegetación, que me había parecido un bosque entero. Aquella inmensa cortina que me impedía divisar á Uruapan, aquella selva obscura que ocultaba el panorama, no eran, en efecto, más que un solo árbol, orgullo de la creación!

¡Era la «ziranda» de la Quinta!

***

Debajo de ella reina siempre la sombra convertida en tinieblas, de tal suerte, que no dejan descubrir el tronco que, como el cimiento de una torre, soporta la estupenda mole de verdura: jamás han penetrado por sus ramas el dulce centelleo de las estrellas, la argentada claridad de la luna, los efluvios del astro rey del día!

El cielo—«Aguanda,» como le dicen poéticamente los «purépecha»—sirve de capelo con su cristal purísimo á la ancha fronda, al tallo colosal, á las nudosas raíces, que, como brazos del esqueleto de un titán, agarran al suelo en una extensión considerable.



***

Es fama que en tiempos antiguos, la tribu entera que poblaba á Uruapan iba allí, á la hora en que el sol está en el cenit, á rendir culto al genio de la noche!

¡Cuántas veces un ejército de valientes tarascos descansaría de sus fatigas debajo de aquella deliciosa bóveda!

¡Cuántas veces yo mismo ví en los días de nuestras épicas luchas á un escuadrón completo de guerrilleros oculto en aquella obscuridad, pronto á caer como el rayo sobre el enemigo atrincherado en Uruapan!

¡Y cuántas ese recinto sombrío y místico se ha trocado en templo del dios de los idilios!

***

¡Qué hermosa, que imponente y qué llena de misterios es la ziranda de la Quinta!

EDUARDO RUIZ.

En política, la inconstancia es una opinión: es la de todos los hombres de negocios. —RABUSSON.

La caridad obligatoria es el curso forzado de la mendicidad. —VALTOUR.

UN RECUERDO.

[Traducción de Leopoldo Diaz]

ELLA miraba fijamente el suelo.
En el hondo silencio los instantes
ábismos eran de dolor y duelo.
¡Oh, sí por siempre juntos, anhelantes,
un imprevisto golpe nos hiriera!
Lentamente clavóme sus brillantes
ojos. Aun miro su convulsa boca
hablándome palabras, y evocando
una rojiza llaga, que sangrando,
parece que salpica á quien la toca.

GABRIEL D'ANNUNZIO.



LUGARES PINTORESCOS.—Teziutlán.

Artistas jóvenes.

Artemisa Elizondo



Joven y consagrada por completo al estudio del piano, Artemisa Elizondo surge en la actualidad como una risueña promesa del arte.

En esta pianista y compositora se reúnen dotes valiosisímas, como son la perseverancia, la modestia, el buen gusto y, antes que todas, el acendrado empeño por el triunfo netamente artístico, sin mezcla de atributos que en algo puedan deslucirlo, pues Artemisa ni ha pensado ni piensa dedicarse á la enseñanza para medrar con ella.

Desde los primeros años de su infancia, nuestra hermosa artista comenzó, con éxito envidiable, los estudios de piano y composición: aquéllos dirigidos por Julio Morales y Julio Ituarte, y los últimos al lado del notable maestro D. Melesio Morales.

Terminados ambos, Artemisa se lanzó á la vida del concertista y en ella continúa recogiendo aplausos y formando, poco á poco, la inmarcesible corona de laureles que en tiempo no lejano ha de ceñir.

El teatro del Conservatorio, la Sala Wágner, el «Círculo Católico» de Puebla y otros centros donde el arte se refugia, atestiguan los legítimos éxitos que Artemisa ha conquistado en sus audiciones.

Como compositora ha revelado poseer valiosas dotes de ternura y de sentimentalismo marcadamente religiosos, con insinuaciones de sabor simbólico, y de ello dan clara muestra sus «Fugas» y sus «Cánones.»

Honramos hoy nuestras columnas publicando el retrato de la joven y bella pianista mexicana, que ha logrado colocarse, en temprana edad, á una envidiable altura de conocimientos y reputación.

Fotografías tomadas expresamente para "El Mundo Ilustrado".

El incendio del Teatro Principal

EN PUEBLA

«El Imparcial» ha dado cuenta pormenorizada del terrible incendio ocurrido en el Teatro Principal de Puebla en las primeras horas del último lunes, y que tanta sensación produjo en aquella ciudad.

Las proporciones del siniestro fueron tales, que no hay, en la capital del vecino Estado, memorias de un acontecimiento semejante: todo el edificio quedó reducido á cenizas y escombros en unos momentos, perdiéndose con la completa destrucción de los archivos de la Compañía de Zarzuela que en él trabajaba y de los guardarropas, el patrimonio de muchas familias, que han quedado reducidas á la miseria.

* * *

No se sabe á punto fijo cuál fué la causa determinante del siniestro: se decía primero, que la fusión de un alambre de la luz eléctrica hizo que el fuego invadiera poco á poco el teatro; pero fué desechada esta versión como inverosímil, debido á que el circuito se apaga á la una de la mañana y el incendio se declaró horas después. Se considera como probable que el fuego tuvo origen en el departamento de los coros. Esta versión se funda en que, por la falta de la luz incandescente á la hora en que los artistas abandonaban el teatro para dirigirse á sus habitaciones, muchos hicieron uso de velas, y en que no es remoto que alguna de éstas quedara encendida en los cuartos. Las autoridades no aceptan tampoco esta versión, en vista de que el fuego se declaró por distintos puntos á la vez.



EL TEATRO ARDIENDO.



RUINAS DEL EDIFICIO.

***

La imaginación popular se ha dado vuelo discurriendo sobre las causas posibles del siniestro, y no ha faltado quien lo atribuya al diablo.

Nuestras ilustraciones dan perfecta idea de la magnitud del incendio, que representa para los propietarios del teatro una pérdida completa.

Hay en las jóvenes adorables pudores: temen dejarse adivinar los secretos que tienen, y guardan cuidadosamente cerrado el libro en que no hay nada escrito.—G. M. VALTOUR.

Las mujeres, en su mayor parte, no nos aman: no eligen á un hombre porque le amen, sino porque desean ser amadas por él. KARR.

DOS SONETOS

LOS PAJAROS

En los huertos desiertos de turcos y albaneses
los pardos ruiseñores sus amores murmullan,
en tanto que las tórtolas se acarician y arrullan
en las rígidas copas de los yertos cipreses.
En las dormidas naves se posan las gaviotas
á despedir del día las exánimes luces,
y en torno de las Siete Torres los avestruces
van midiendo á zancadas los campos rumeliotas.
Do el arte muestra ruinas y primavera galas,
se oye trinar cadente, se oye batir de alas,
más que la cauta orquesta del céfiro suaves;
Y al caer de la tarde y al despuntar del día,
ociosa como un hijo de Agar la fantasía,
por el espacio inmenso vaga en pos de las aves.



NARGHILE

En vagas reflexiones el fumador se abisma,
en un café del muelle, viendo el sol que se pone,
y en el cristal del límpido narghilé descompone
al partir, los matices policromos del prisma.
Orla blanco turbante su faz de tintes rojos
y del «tombeki» envuelto en la humareda densa,
¿cómo acertar que siente, ni presumir que piensa
á través de las turbias pupilas de sus ojos?
¿Es tal vez un satélite de la Joven Turquía,
un fanático ulema ó un miserable espía,
que recompensa pródigo el imperial erario?
¿Saborea ilusiones ó le amarga el estío?
Ni él lo sabe; y á solas, en medio del gentío
con el humo celebra su coloquio diario.

ANTONIO DE ZAYAS.



Un grupo de señoritas. Lote de frutas El jurado calificador.

La exhibición de plantas. Una pieza floral.



SAN ANGEL

Las fiestas en San Angel

La exposición de plantas, flores y frutas verificada el último domingo en San Angel, ha sido, sin duda, la nota más saliente de las tradicionales fiestas del Carmen.

Se escogió como local para la exposición el lado norte del jardín de San Jacinto, dividiéndose el certamen en tres secciones: la primera, que era la de las plantas, se encontraba cerca de la entrada; la segunda, de frutas, seguía á la portada que daba acceso al jardín, y la tercera, de flores, ocupaba una de las calles que desembocan en el kiosco central.

La sección de plantas tenía en primer término un lote que representaba un pequeño jardín. Entre las plantas que figuraron en él, se encontraban ejemplares de cloradendro notadahalias, glusineas, begonias de dahalias y hortensias.

Seguían después otros lotes, de distintos expositores, en que podían verse las plantas más raras formando caprichosos grupos y un conjunto que ofrecía el mejor golpe de vista.

En cuanto á los puestos de frutas, llamaron también la atención por lo variado del contingente exhibido y la riqueza de los ejemplares.

La sección de flores fué muy interesante: entre las piezas que se exhibían figuraban un «bote de pescadores», que era una obra de arte, una «jardinera,» un «laurel» y una «estrella», trabajadas con el mejor gusto.

Durante toda la Exposición, la banda de la Escuela Nacional de Ciegos ejecutó varias piezas, instalándose en el pabellón que para la apertura se levantó en el recinto de la kermesse.

La entrada fué enteramente libre; y para evitar desórdenes y atropellamientos, por uno de los extremos del jardín se entraba y por las tres esquinas restantes se salía.

El acto de apertura, verificado en la mañana, se vió muy concurrido. Por la tarde hubo una animada kermesse en que tomaron parte las familias más distinguidas.

Para hoy estaba anunciada la distribución de recompensas á los expositores, conforme al dictamen del jurado calificador, que integran las Sritas. Teresa Glisson, Dolores Cortina Vértiz, María Rangel y Anita y Carmen Zubiría.

EL ESTADO MAYOR DEL SR. PRESIDENTE.

Nota recibida con aplauso en los círculos militares ha sido el ascenso, á Teniente Coronel, del Sr. Mayor Félix Díaz, que por algún tiempo desempeñó el cargo de Jefe interino del Estado Mayor del Sr. Presidente de la República. El Sr. Capitán Primero, Ayudante, D. Pablo Escandón, fué agraciado igualmente, con el despacho de Mayor; y en virtud de haber fenecido el plazo de la licencia que tenía concedida, ha vuelto á hacerse cargo de su puesto de Jefe del mismo Estado Mayor, el Sr. Coronel Fernando González.

Tanto el Sr. Teniente Coronel Díaz como el Sr. Mayor Escandón, han sido objeto de numerosas felicitaciones de sus amigos y compañeros.



Sr. Teniente Coronel Félix Díaz.



Sr. Mayor Pablo Escandón.

EL ESPÍRITU LIBRE.

Nuestras convicciones más elevadas deben parecer insensateces y aun crímenes á las inteligencias de aquellos que no están preparados ó que no son capaces. El exoterismo y el esoterismo, tan en uso entre los indios, los griegos, los persas y los musulmanes, y dondequiera que hay jerarquía y no igualdad, no se distinguen por que el filósofo exotérico vea las cosas exteriormente, sin juzgarlas, ni estimarlas ni penetrarlas; lo esencial es que las ve de bajo en alto, mientras que el esótérico las ve ¡DE ALTO EN BAJO!

Hay alturas en el alma desde las cuales la tragedia misma deja de parecer tragedia; y si todo el mal del universo se concentrara en un solo mal, ¿quién osaría decidir si la vista de este mal produciría necesariamente la compasión y duplicaría de este modo el mal mismo? ......Lo que sirve de alimento y fortaleza á los hombres superiores, debe ser casi un veneno para los hombres inferiores, que son de una especie muy diferente. Las virtudes de un hombre ordinario indicarían tal vez en el filósofo flaquezas y vicios, y es posible que un hombre de disposiciones superiores, si degenera y se arruina, llegue á poseer por esto mismo, en el mundo inferior en que ha caído, las cualidades de un santo.

Libros hay que tienen valor inverso, según que los lea un alma superior y fuerte ó un alma inferior y débil; en el primer caso son heraldos que aumentan la bravura de los bravos; en el segundo son libros seductores, corruptores, disolventes. Los libros que á todo el mundo gustan, son libros que siempre huelen mal; el olor de la plebe se les adhiere. Donde la plebe come y bebe, y también donde venera, hay siempre mal olor.

FEDERICO NIETZSCHE.

LA LEGACIÓN DEL PERÚ

A raíz de la reunión de la segunda Conferencia Internacional Americana, el gobierno del Perú comisionó al distinguido jurisconsulto D. Víctor M. Maurtua para que, con el carácter de cónsul general de aquella República en nuestro país, estudiara la mejor manera de establecer entre los dos países una corriente de francas y sólidas relaciones.

El Sr. Maurtua se dedicó con todo empeño al cumplimiento de su encargo, y poco tiempo después quedó establecida en México la Legación del Perú, figurando como jefe de ella el Dr. D. Manuel Alvarez Calderón, ministro plenipotenciario acreditado cerca del gobierno de Wáshington por la misma República.

En ausencia del Sr. Alvarez Calderón, quedó al frente de la Legación el Sr. Maurtua, estableciéndose las oficinas respectivas en el número 3 de la 1ª calle de la Industria. El edificio está decorado á todo lujo.

Para dar una idea de la suntuosidad de esa residencia, publicamos algunas fotografías tomadas expresamente para nuestro semanario, en los momentos en que allí se celebraba, el 28 del pasado, el aniversario de la Independencia del Perú, con un magnífico banquete.

Los invitados á esta fiesta fueron los Señores Coronel Francisco Orla, Ministro de Guatemala; Sr. Encargado de Negocios de España; General D. Rafael Reyes, de Colombia; Lic. D. José López Portillo y Rojas, Lic. Balbino Dávalos, D. Pedro Santacilia, Ingeniero D. Fiacro Quijano, D. Enrique Millan, distinguido peruano, é Ingeniero D. Luis González Obregón.

El Sr. Maurtua atendió á los invitados con la mayor cortesía y los hizo pasar á la elegante sala de recepción, que se encuentra al fondo del chalet.

El decorado de esta sala es estilo Luis XVI, y el mobiliario de lo más artístico.

A la una y media los invitados pasaron al comedor. La mesa estaba adornada con multitud de flores y ofrecía el mejor golpe de vista. Sobre el aparador se encontraban uno de los mejores retratos del Benemérito Juárez y algunas piezas de la vajilla del llamado Emperador Maximiliano.

Presidieron la comida los señores Coronel Orla y Dr. Maurtua y durante ella reinó la más franca animación. A la hora del campahña se brindó por el Perú, por su Presidente y por el distinguido representante de aquel país.

Terminado el banquete, los concurrentes pasaron de nuevo al salón de recepciones, en donde se sirvió el café.



El patio de la Legación.



Detalle del Salón de Recepciones.



Despacho del señor Maurtua.

NOCTURNO.

Forjé el ideal más bello de poesía:
De patria, amor y fe;
Y junto á tu calada celosía,
De amor me moriré.

¿Quién en el mundo me dará consuelo
Para sufrir y amar?
Me otorgará la compasión del cielo
La Virgen de Kevlaar.

Como el soldado la sangrienta lanza,
Del pecho en mi aflicción,
Arrancaré este amor sin esperanza:
¡No tienes corazón!

Mísero amante, nítida camelia
Que floreció en abril,
No habrá de ser la enamorada Ofelia,
Margarita gentil.

¿Que importa la ilusión desvanecida,
Que se rompa el laúd,
Y de este suéño despertar sin vida
En el frío ataúd?

ALBERTO UCLES



LEGACION DEL PERU.—El Comedor.

ULALUME.

El cielo estaba gris, mustias las hojas,
encogidas las hojas y abrasadas.
Era, del solitario mes de octubre,
noche sombría, en época lejana,
próximo al lago de Auber, en la obscura
tierra de Weir, brumosa y encantada—
junto al ciénago de Auber, en la triste
región de Weir, vampírica y extraña.

Por la inmensa avenida silenciosa
de cipreses titánicos, vagaba—
por la inmensa avenida de cipreses,
vagaba junto con Psiqué, mi alma,
cuando mi corazón era volcánico
como los ríos de encendida lava—
como los ríos de encendida escoria
que su corriente sulfurosa arrastran,
y de la cumbre del Yanek descienden
allá del Polo en la región helada—
que, gemebundos, del Yanek descienden
del Polo Norte en la región ingrata.

Nuestro diálogo fué breve y tranquilo,
graves fueron también nuestras palabras—
más quedó el pensamiento adormecido,
y la memoria soñolienta y lánguida.
Que era noche de octubre no advertimos.—
(¡Ah! noche de las noches... Noche infausta!)
ni el triste lago de Auber recordamos. —
(Aunque, en otro momento, hasta él llegara.)
Ni el triste lago de Auber, ni la obscura
región de Weir, vampírica y extraña.

Y mientras que la noche envejecía,
y anunciaban los astros la mañana,
y auguraba el cuadrante su venida—
al fin de la arboleda solitaria
fulgor opaco y nebuloso vimos,
del que surgió la media luna mágica—
la luna de Astarté, con doble cuerno,
con doble cuerno diamantino y claro.

"Rueda á través de un éter de suspiros
y es—dije— más ardiente, más que Diana.—
El llanto vió correr por las mejillas
donde el gusano, sin morir, se arrastra
por mostrarnos la ruta de los cielos -
la paz Lettea de los cielos, marcha:
las estrellas del León ha traspasado—
la guarida del León dejó á su espalda—
y á despecho del León brillan sus ojos
y el amor reverbera en su mirada."

Mas Psiqué dijo levantando el índice:
"Tiene aquel astro palidez extraña
hondo recelo inspírame... ¡alejémonos!
Huyamos pronto de su luz nefasta!
Oh! volemos?....volemos". —Y en el polvo
rozaron los extremos de sus alas—
y me habló, de terror estremecida,
y en el polvo caer dejó sus alas.—
Sollozó con angustia tristemente
arrastrando las plumas de sus alas.

"¡Delirios son!—le respondí. —Sigamos
á través de esta luz trémula y diáfana!
Su esplendor sibilino está irradiando
á un tiempo la Belleza y la Esperanza!
Mira! El camino de los cielos busca,
y á través de la noche se adelanta.—
Confiar podemos en su luz benigna
que ha de llevarnos á segura playa. -
confiar debemos en su luz tranquila
que, á través de la noche, al cielo avanza!"

Y de Psiqué venciendo los terrores,
tornó á su pecho la perdida calma,
y la induje, venciendo su tristeza,
venciendo sus temores y besándola,
á seguir hasta el fin- cuando de pronto,
de la avenida al fin- nuestra mirada
detúvose en la puerta de una tumba,
la puerta de una tumba legendaria:
¿Que hay escrito—la dije,—qué hay escrito
de esa tumba en la puerta, dulce hermana?
"Ulalume!...Ulalume!... ella repuso;
"tu perdida Ulalume idolatrada!......"

Quedó mi corazón mustio y sombrío
como las hojas secas y crispadas—
como las hojas secas y encogidas.—
Y "fué octubre, sin duda, murmuraba
en «esta» misma noche, cuando vine
aquí, trayendo abrumadora carga.—
Del año que pasó fué en esta noche,
en esta noche, cual ninguna infausta.
Ah! Qué demonio me empujó á este sitio
y me condujo á esta región fantástica!
Bien conozco ésto mudo lago de Auber—
y esta tierra de Weir, fosca y nublada:
reconozco el obscuro lago de Auber—
y de Weir la región brumosa y áspera:
es el ciénago de Auber, es la triste
región de Weir, vampírica y extraña."

EDGARDO POE.

Actividad y amor á los hombres, es la última palabra de la vida privada, y también de la social.—M. BERTHELOT.

MONUMENTO A LA EMPERATRIZ ISABEL.

Hace poco se inauguró en Montreux (Suiza) el monumento erigido por subscripción pública á la Emperatriz Isabel de Austria.

Cuando ocurrió el repugnante crimen que arrebató la vida á la Emperatriz, se pensó en dedicarla un perdurable recuerdo en aquellos lugares donde en repetidas temporadas había pasado los últimos días felices de su existencia. Partió la iniciativa de una distinguida dama inglesa, y no solamente los habitantes de Montreux, sino los de otras partes de Suiza y los extranjeros, cooperaron al pensamiento.

El monumento fué encomendado al escultor suizo Antonio Chiattone, que ha acertado á representar en el mármol de Carrara las facciones de la Emperatriz con la expresión de dulzura y de tristeza que conocían cuantos la contemplaban de cerca. Los menores detalles del traje están labrados con gran primor.



LAS GRANADAS "HARDEN" CONTRA INCENDIO

UN INVENTO MARAVILLOSO.

Con resultados verdaderamente notables se efectuaron hace poco en esta capital las pruebas de las granadas extinguidoras de incendio, cuyo inventor es Mr. Harden. Las experiencias se hicieron por los Sres. Pascal y Jacqueminot, Agentes en la República, de las maravillosas granadas á que nos referimos.

La Secretaría de Guerra nombró á los Sres. Coronel Gustavo Maffs, de la Maestranza Nacional de Artillería, y Tenientes Coroneles Rafael Dávila y Luis Gil, de los Cuarteles de Artillería, para que concurrieran á las pruebas que los Agentes iban á practicar, y presentaran después un informe acerca de los resultados obtenidos. La misma Secretaría designó á los concesionarios, para que se efectuaran las pruebas, la Casamata (Almacenes generales de Artillería), y allí, en uno de los patios interiores, y sin abrigo de ningún género contra el aire, que es muy fuerte en las lomas en que los almacenes están situados, se colocó un cuarto de madera cuyo tamaño era como de tres metros de alto por dos y medio de ancho y 6 de largo; la entrada quedó para el lado por donde soplaba el viento con mayor rapidez.



Una granada "Harden."



Comisión militar. Agentes y espectadores en las pruebas.

A las tres de la tarde del jueves 24 del corriente, y en presencia de la Comisión Militar, que no perdió ningún detalle, se efectuaron las pruebas. Antes de ellas los Agentes hicieron dar un baño con alquitrán, petróleo y aguarrás á la parte interior del cuarto; el Jefe de la Comisión Militar hizo que en el lugar en que iba á desarrollarse el fuego se pusieran como combustible algunas ramas secas y tablas delgadas. El fuego comenzó á producirse en presencia, no sólo de los militares de la Comisión, sino también de algunos otros que residen en los almacenes, y de algunas otras personas que habían acudido á presenciar las interesantes experiencias.

Las granadas consisten en unas botellitas de cristal azul, muy delgado, para que puedan romperse fácilmente al chocar contra algún objeto, despedir los gases que encierran y contener los avances del incendio apagando las llamas instantáneamente.

El incendio en el momento de arrojar las dos granadas "Harden."



Después del incendio. Huella de una granada "Harden."



Sr. Adolfo Pascal, Agente

El fuego había comenzado con gran fuerza, y pasados algunos minutos, preguntó el Sr. Pascal al Coronel Maffs que si ya era tiempo de arrojar las granadas contra el cuarto ardiendo por todos lados y cuyas llamas subían á seis metros de altura; el Coronel contestó que dejara pasar unos momentos, y transcurridos minutos más, cuando el incendio estaba en todo su desarrollo, se dió la orden de sofocarlo. El Sr. Pascal arrojó una granada en el centro de las llamas, y en seguida otra el Sr. Jacqueminot: sólo esas dos bastaron para que con una rapidez asombrosa el fuego quedara extinguido, causando la admiración de los espectadores. La tercera granada que se arrojó, acabó con el fuego del combustible de leña y rajas de tablas secas que estaba al pie del cuarto.

Los señores Pascal y Jaqueminot, satisfechos de los resultados obtenidos con el empleo de las granadas, fueron felicitados por los concurrentes.

Al día siguiente se repitieron las pruebas en el cuarto de madera, asistiendo los miembros de la Comisión Militar. El cuarto referido se dejó libre del alquitrán y demás líquidos inflamables. Las granadas se colocaron en la parte alta del cuarto de madera, pendientes de unos clavos. Cuando el fuego estaba ya muy avanzado, dos de las granadas hicieron explosión no dejando viva ni la más pequeña llama. Con estas últimas pruebas se obtuvo el éxito más completo, y la Comisión Militar quedó en extremo complacida.

Las granadas «Harden» han sido aceptadas por el gobierno francés para la marina, ejército, ayuntamientos, hospitales, escuelas y edificios públicos. En las haciendas, casas de comercio y casas particulares, no hay uno solo que no las tenga en Francia y en casi todas las naciones de Europa.

Al verificarse la exposición de Liverpool en el año de 1886, se inició un incendio que pudo terminar con parte de ella; las granadas «Harden» sofocaron el fuego y obtuvieron una de las más altas recompensas.

En las exposiciones de Anvers, en 1887; en la de Havre, en el mismo año; en la de París, de Higiene y de Salvavidas, de los años de 1888, y en la de Londres de 1886, han obtenido las granadas «Harden» medallas de oro. En las de Anvers y Londres obtuvieron las más altas recompensas, con diploma de honor y medalla de oro.

Las ventajas de las granadas «Harden», ya demostradas por su uso, son: su empleo tan sencillo como eficaz, no exige ninguna preparación. No se deterioran nunca. No las pueden falsificar. No se alteran ni por su clima ni por el tiempo. Evitan los deterioros causados por el agua y no tienen peligro para la salud. Su precio las pone al alcance de todos. Se rompen muy fácilmente al usarse. Su efecto es instantáneo. Se han empleado en millares de incendios y nunca han dejado de producir sus efectos. Es tan sencillo y fácil el modo de usarlas, que un niño, un criado, puede apagar un incendio sin necesidad de pedir auxilio á los bomberos.



Sr. Ovide Jacqueminot, Agente



Parte invadida por el fuego, extinguido instantáneamente.



Parte posterior del cuarto, después del incendio.

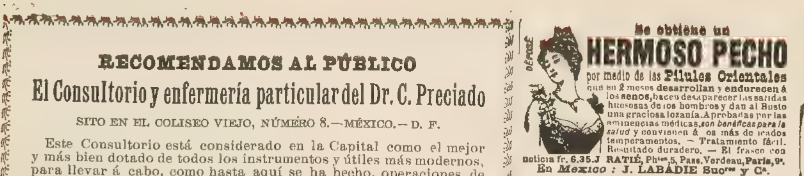
Para las casas particulares es muy útil, porque son muy comunes los principios de incendios causados por los criados. Las granadas, que tienen un envase de fantasía, sirven hasta de adorno en las habitaciones, colocadas en las paredes.

Se reparten generalmente las granadas por tres en lugares distantes de 15 metros aproximadamente, bien en á vista y al alcance de manera de poder utilizarlas inmediatamente al principio del incendio.

Poder obrar de un modo seguro en los principios de un incendio, sin destrozar nada y sin exponer la vida humana, es más importante que tener todos los bomberos de la ciudad en su casa, cuando el daño es irremediable

Con las granadas «Harden,» decía un viejo general mexicano al Sr. Pascal, no es necesario ya asegurarse contra incendios. El precio de ellas es muy cómodo y las pólizas cuestan algunos miles de pesos.





RECOMENDAMOS AL PÚBLICO

El Consultorio y enfermería particular del Dr. C. Preciado

SITO EN EL COLISEO VIEJO, NÚMERO 8.—MÉXICO.—D. F.

Este Consultorio está considerado en la Capital como el mejor y más bien dotado de todos los instrumentos y útiles más modernos, para llevar á cabo, como hasta aquí se ha hecho, operaciones de alta y pequeña cirugía. El grupo de médicos que acompañan al Dr. Preciado en sus operaciones, es de gran fama y bien sentada reputación.

En el citado Consultorio, además de practicarse toda clase de operaciones quirúrgicas, se cura: La piedra en la orina por medio de la Litotricia: operación en que no se necesita herir la vejiga con instrumento cortante.

Son tratadas las enfermedades de los riñones, haciendo el diagnóstico, en casos difíciles, por la aplicación de Rayos X y la Radiografía.

En las enfermedades de la vejiga empleamos la iluminación de este órgano por medio de los Siatoscopios más modernos. En las enfermedades de la Uretra ó caño de la orina, practicamos todas las operaciones más modernas, para destruír las úlceras, fístulas y estrechamientos de la misma, empleando procedimientos rápidos y economizando al enfermo salud y tiempo.

En las enfermedades de la Próstata, empleamos el Procedimiento Italiano, con las últimas reformas que han sido hechas en los Estados Unidos por un renombrado especialista.

Las enfermedades por el agotamiento prematuro son tratadas con éxito enteramente satisfactorio. Las enfermedades secretas las tratamos por los procedimientos más modernos que en la actualidad se usan en Europa. Las hernias son curadas sin operación sangrante y sin peligro para el enfermo, siguiendo, cuando conviene, el método Esclerógeno ó método francés. La Sífilis es tratada en sus diversas manifestaciones; figurando en nuestra estadística más de 15,000 casos curados con éxito, por nuestro procedimiento. La Varicocele es curada radicalmente por un procedimiento propio del Dr. Preciado.

Se mandarán gratis, á quien los pida remitiendo un timbre de á 10 centavos para gastos de correo, los siguientes libros: Tratamiento para las enfermedades propias de señoras.

Tratamiento de la Blenorragia y otras enfermedades secretas de los hombres.

DÉPOSÉ

Se obtiene un
HERMOSO PECHO
por medio de las **Pilules Orientales** que en 2 meses **desarrollan y endurecen** á los **senos**, hacen desaparecer las salidas huesosas de los hombros y dan al Busto una graciosa lozanía. Aprobadas por las eminencias médicas, *son benéficas para la salud* y convienen á los más delicados temperamentos. — Tratamiento fácil. Resultado duradero. — El frasco con noticia fr. 6.35. J. RATIÉ, Ph[ien], 5, Pass. Verdeau, París, 9[e].
En *Mexico* : J. LABADIE Suc[res] y C[a].

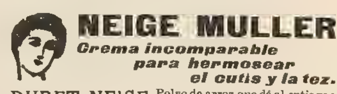
EL MOLINO ECOMOMICO VALE 10 PS



LA LUCHA POR LA VIDA desgasta del sistema nervioso, creando una debilidad tal que acaba con las energías vitales en una palabra, la
El exceso de trabajo mental produce el agotamiento de fuerzas y
NEURASTENIA
LA KOLA FOSFATADA BOTTA & BALTA
obrando como alimento de primer orden, da vigor a la celula nerviosa, normaliza las secreciones del jugo gastrico regularizando las funciones digestivas.
Breve: DEVUELVE LAS FUERZAS, DEVUELVE LA VIDA
De venta en las principales farmacias. —Representante en México D. L. Pigout, Ortega, 27.

TOMEN VINO DE SAN GERMAN.





DURET-NEIGE Polvo de arroz que dá al cutis una delicadeza y finura ideales. Blanco, Rosa, Rachel, perfume suave.

AGUA DE "HEBÉ" que devuelve al cabello blanco ó cano, su color primitivo.

GRAN PERFUMERIA EDOU. Medalla de oro. 3[ª] Calle Saint Benoit. Paris.

EL REY EDUARDO
Y LA APENDICITIS.

La apendicitis es una inflamación séptica del apéndice del intestino grueso llamado riego. Esta enfermedad es muy frecuente; sobre todo, en las personas estreñidas, en las que padecen diarrea, gastralgia ó cualquiera infección intestinal, y muchas veces sobreviene á consecuencia de una simple indigestión. Es un padecimiento sumamente grave, y que para intentar salvarse, se necesita sufrir una terrible operación, de la que escapan muy pocos. Tan seria enfermedad puede prevenirse tomando, aun las personas sanas

LAS PILDORAS DEL DR. HUCHARD

En casos con estreñimiento
USAR LAS PILDORAS
plateadas.

En casos con diarrea
USAR LAS PILDORAS
doradas.

Las personas sanas del estómago, para evitar la apendicitis, el tifo, fiebre tifoidea, el cólera, las dispepsias, diarreas y otras muchas infecciones, deben tomar una ó dos píldoras plateadas después de los alimentos.

Estas píldoras de Huchard nunca pueden hacer mal, sino al contrario, el mayor bien, pues son tónicas, antisépticas y digestivas, y están perfectamente elaboradas en uno de los mejores laboratorios de París.

Los mejores médicos del país y del extranjero, recomiendan estas píldoras del Dr. Huchard, y las recomiendan también los millares de enfermos que con ellas han obtenido rápidamente la salud.

Se venden en todas las buenas Boticas y Droguerías.

FOTOGRAFOS: compren las placas CURET.

El Mundo Ilustrado

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 6. MÉXICO, AGOSTO 10 DE 1902. Subscripción mensual foránea, $1.50 Idem idem. en la capital, „ 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



La Reina Alejandra, de Inglaterra.

OTRO MILAGRO AMABLE

En aquel tiempo Jesus aun no había salido de Galilea, de las orillas del lago de Genezaret; pero la nueva de sus milagros había llegado ya á Siquem, ciudad rica, entre viñedos, en el país de Samaria. Una tarde había pasado un hombre, con los cabellos al viento, diciendo que un nuevo rabí, un nuevo profeta, andaba por las verdes colinas que van de Magdala á Cafarnaum, anunciando la llegada del reino de Dios y curando todos los males humanos. Mientras descansaba junto al pozo de Jacob, el hombre contó también que el rabí, en un campo al pie de Cafarnaum, había curado al siervo de un centurión romano, desde lejos y sólo con murmurar suavemente una palabra; y que otra tarde, habiendo atravesado en una barca de Galilea á la tierra de los Gerasenios, donde se hacía la colecta del bálsamo, había resucitado á la hija de Jairo, hombre importante que leía en la Sinagoga. Y como la gente puesta al rededor le preguntase si era ése el Mesías, y qué dulzura había en sus palabras, el hombre irguióse, tomó el cayado, y sin beber siquiera del pozo donde Jacob había bebido, desapareció, con los cabellos al viento, entre las rocas, por el camino que conduce á Betania. Pero una esperanza, deliciosa como el rocío del Hermón, quedó refrescando las almas; y al momento la tierra pareció menos dura, y toda carga pareció menos pesada......

Entonces, en Siquem, vivía un viejo llamado Obed, señor de rebaños, señor de viñas, de una familia pontifical, que, desde los antiguos cultos de Israel, sacrificaba en lo alto del monte Ebal. Pero un viento abrasador, ese viento de desolación que viene, á la voz irritada del Señor, del fondo de las tierras de Asur, había matado las mejores reses de sus grandes rebaños; y, en las vertientes, donde habían crecido mil pies alegres de viñas, negreaba ahora solamente la esterilidad de los brezos. Obed, con la cabeza escondida en el manto, lamentábase á la orilla de los caminos.

Después, oyendo en Siquem hablar del rabí de Galilea que alimentaba las multitudes y sanaba todas las desgracias humanas, Obed, hombre leído, pensó consigo que el rabí sería uno de esos hechiceros que maravillaban á Judea, como Apolonio, el de la voz de bronce, y el sutil Simeón de Samaria. Estos, aun en las noches obscuras, conversaban con las estrellas, y sabían las palabras que ahuyentan de las mieses los moscardones negros, engendrados en los lobos de Egipto. Jesús, más poderoso que Apolonio, más sutil que Simeón, detendría la mortandad de sus ganados y haría reverdecer sus viñas......Obed llamó á sus siervos, y ordenóles que fuesen á buscar al rabí á las ciudades de Galilea.

Los siervos ciñéronse los cintos de cuero y partieron corriendo hacia el Norte, por el camino de las caravanas que conduce á Damasco. Una tarde avistaron, hacia el poniente rojizo, las nieves del monte Hermón. Después el lago de Genezaret resplandeció ante ellos cristalino, azul celeste y tranquilo, en la frescura de la mañana; un bando sereno de cigüeñas blancas cortaba el cielo claro volando hacia la parte de Safed; la ciudad nueva de Gamala tenía un suave brillo de mármol, entre los verdores; y el agua, transparente y sin murmurio, bañaba los pies de las yerbas altas y de las adelfas en flor. Un pescador que en aquel lugar desamarraba perezosamente su barca, díjoles que el rabí había dejado Galilea y se había encaminado con sus discípulos hacia la parte de Galaad, por donde baja el Jordán.

Los siervos siguieron, corriendo, sin reposo, hasta el sitio en que el Jordán forma un ancho remanso y duerme un instante, inmóvil y verde, á la sombra de los tamarindos. De la entrada de una choza, hecha de ramas, un esenio, cubierto de pieles de cabra, taciturno y salvaje, gritóles que Jesús, solo, habíase alejado «más allá.» ¿Pero dónde era «más allá?» El esenio, con un gesto brusco, indicó vagamente las montañas de Judea, Engaddi, y las fronteras purpúreas del reino de Asket, donde se levanta, siniestra sobre una roca, la ciudad de Makaur. Pero en vano los siervos anhelantes buscaron hasta el país de Moab. Jesús no estaba allí. Un día, ya á la vuelta, un escriba que se recogía á Jericó, pasó junto á ellos montado en su mula. Los siervos de Obed, rodeáronle preguntándole si había encontrado un profeta de Galilea que hacía milagros. El hombre de la Ley gritóles que ni había profetas, ni había milagros fuera de Jerusalén, y que sólo Jehová era fuerte en su templo; y aun persiguiólés á pedradas, en nombre del señor de Israel. Los siervos huyeron á Siquem. Y grande fué el desconsuelo de Obed porque sus rebaños perecían, sus viñas se secaban—y á ese tiempo crecía en Samaria, consolador y lleno de promesas divinas, el nombre de Jesús de Galilea.

Entonces un centurión romano, Publio Septimio, mandaba el fuerte que domina el valle por donde se va á Cesárea y al mar. Publio era hombre próspero y gozaba los favores de Flacco, legado imperial en Siria. Pero desde hacía mucho tiempo, su hija única é infinitamente amada languidecía de un mal extraño, imcomprensible aun para los esculapios y para los magos que había mandado consultar á Sidón y á Tiro. Blanca y triste como la luna, sin quejarse y sin hablar á su padre, dejábase acabar, sentada en la explanada del fuerte, bajo un toldo, mirando melancólicamente los lejos azulados del mar de Tiro, por donde había venido de Roma, en una galera, con soldados. Algunas veces, á su lado, un legionario desde las almenas disparaba lentamente á lo alto la flecha y atravesaba una grande águila, volando con ala serena en el azul. La hija de Septimio seguía un momento el ave que revoloteaba, hasta golpear muerta sobre las rocas; después, más triste y más pálida, continuaba mirando al mar.

Septimio, habiendo oído aquellos hechizos del rabí, tan poderosos sobre los espíritus que curaba todos los males, destacó tres decurias de soldados para buscarlo por todas las ciudades de la Decápolis, en la Perea, y á lo largo de la costa hasta Ascalón. Los soldados metieron sus escudos dentro de los sacos de lona, y partieron haciendo resonar las sandalias ferradas sobre las losas de las tres estradas romanas que se cruzan en Samaria. De noche sus armas brillaban en lo alto de las colinas, entre el resplandor de los hachones. De día penetraban en las casas, rebuscaban en la espesura de los huertos; y las mujeres, inquietas, traíanles hijos y vasijas llenas de vino de Safed, que ellos bebían, cogiéndolas con ambas manos, de un trago, sentados en el suelo, á la sombra de los sicomoros. Al pasar por los puestos romanos, otros legionarios ú hombres de las cohortes sirias, oyendo el nombre de Septimio, juntábanseles, llevando en el casco una rama de olivo. Mas poco á poco, estas marchas inútiles en busca de un rabí judío, irritábanlos; entonces detenían las caravanas, acometían brutalmente á la gente en las aldeas, clamando por el nombre de Jesús. Al avistarlos los pastores de Idumea, que dan las reses blancas para el Templo, refugiábanse de prisa en los montes; y desde el borde de las azoteas de las ciudades, los viejos sacudían sobre ellos las manos llenas de malos presagios, invocando la cólera de Elías. En los alrededores de Hebrón arrastraron fuera de las grutas á los solitarios para arrancarles el nombre del desierto ó del palmar donde se escondía Jesús de Galilea; y la ignorancia de los mercaderes, que venían de Jope con una carga de betel y que jamás habían oído el nombre del rabí de Galilea, contóseles como un delito y pagaron veinte dracmas al decurión. Así prosiguieron hasta Ascalón; no encontraron á Jesús, y retrocedieron á lo largo de la costa, enterrando las sandalias en las arena ardientes. Una madrugada, junto á Cesárea, avistaron, sobre un fresco otero, un bosque de laureles donde blanqueaba recogidamente el frontón liso de un templo. Un viejo de luengas barbas, vestido de hilo blanco, aguardaba allí, grave y religiosamente, la aparición del sol. Los soldados, desde abajo, preguntáronle, agitando las ramas de olivo, si sabía de un profeta de Galilea que hacía milagros. El viejo, sereno y sonriendo, díjoles que no había profetas ni había milagros, y que sólo Apolo Délfico conocía el secreto de las cosas. Al oir esto, los soldados, muy despacio, con la cabeza baja, como en una tarde de derrota, recogiéronse al fuerte de Samaria. Y grande fué la desesperación de Septimio, porque su hija se moría, sin quejarse y sin hablar á su padre, y la fama de Jesús de Galilea iba subiendo, alumbrando toda Samaria, como la aurora cuando se levanta por detrás del monte Hermón.

Entonces junto á Siquem, en una casucha, vivía una viuda, desgraciada entre todas, que tenía el hijo enfermo con calenturas. El suelo miserable no estaba encalado ni había en él jergón. En la lámpara de barro encarnado habíase secado el aceite. El grano faltaba en el arca: el ruido durmiente del molino casero había cesado, y ésta era, en Israel, la evidencia cruel de la infinita miseria.

La pobre madre, sentada en un rincón, lloraba; y extendido sobre sus rodillas, envuelto en harapos, pálido y temblando todo, el niño pedíale con una voz débil como un suspiro, que fuese á llamar á ese rabí de Galilea de quien había oído hablar junto al pozo de Jacob, que amaba los niños, alimentaba las multitudes y curaba todos los males humanos con la caricia de sus manos. Y la madre decía llorando:

—¿Cómo quieres, hijo mío, que te deje y vaya á buscar al rabí á Galilea? Obed es rico y tiene siervos, yo los ví pasar, y en vano buscaron á Jesús por arenales y ciudades, desde Chorazin hasta el país de Moab. Septimio es fuerte y tiene soldados, yo los ví pasar preguntando por Jesús, sin encontrarle desde el Hebrón al mar...... ¿Cómo quieres que te deje? Jesús está lejos, nuestro dolor está con nosotros. Y sin duda el rabí, que lee en las sinagogas nuevas, no escucha las quejas de una madre de Samaria, que sólo sabe ir á orar, como en otro tiempo, á lo alto del monte Gerazim.

El niño, con los ojos cerrados, pálido y como muerto, murmuró el nombre de Jesús.

Y la madre decía llorando:

—¿De qué me serviría, hijo mío, partir é ir á buscarle? Largos son los caminos de Siria, corta es la piedad de los hombres. Viéndome tan pobre y tan sola, los perros saldrían á ladrarme á la puerta de las casas. De seguro Jesús murió; y con él murió, una vez más, toda la esperanza de los tristes.

Pálido, y desfallecido, el niño murmuró:

—Madre, yo quería ver á Jesús de Galilea.

Y en seguida, abriendo despacio la puerta y sonriendo, Jesús dijo al niño:

—Aquí estoy.

Eça de Queiroz.

***

Publicamos este cuento que ha aparecido en diversas revistas europeas, como un homenaje al insigne escritor portugués Eça de Queiroz, muerto recientemente en París. En opinión de la crítica contemporánea, este cuento constituye una de las joyas más preciosas de la literatura moderna.



EL PRIMER OBISPO DE AGUASCALIENTES.

Fray José María Portugal.



La semana pasada tomó posesión de su cargo, como primer obispo de Aguascalientes, el Ilustrísimo D. Fray José María Portugal, prelado que por algunos años gobernó la diócesis de Sinaloa y que, posteriormente, fué transladado á la de Saltillo.

El Sr. Portugal nació en México el 24 de enero de 183-; hizo los estudios de latín y filosofía en el Seminario de Guadalajara, y habiendo ingresado como novicio al convento de Zapopanos, se ordenó pocos años después, nombrándosele cura de Asientos.

Fray José María es miembro de una familia distinguida que contó entre sus varones prominentes al célebre obispo de Morelia D. Juan Cayetano Portugal, único de la Iglesia Mexicana á quien se ha conferido el capelo cardenalicio. D. Juan Cayetano había muerto un mes antes de la fecha de su nombramiento y éste no tuvo efecto.

El primer obispo de Aguascalientes fué consagrado en Guadalajara el 8 de Diciembre de 1888, y desde ese año hasta el de 1898, en que pasó á Saltillo, estuvo al frente del obispado de Sinaloa.

En la capital de la nueva diócesis ha sido objeto de numerosas manifestaciones de simpatía

MEDIO SIGLO DE VIDA PÚBLICA.

LORD SALISBURY.

Calmadas las turbulencias de la política inglesa, despejado el horizonte que durante más de dos años estuvo encapotado á causa del conflicto sudafricano, acaba de retirarse de la vida pública una de las figuras más respeta-



LORD SALISBURY.

bles de Inglaterra, uno de los luchadores más tenaces, que durante muy cerca de medio siglo fué uno de los más fieles servidores de su país y de su partido: Lord Salisbury.

El último primer ministro de la Gran Bretaña, cuenta en la actualidad setenta y dos años. Hace cuarenta y nueve, cuando el entonces sencillamente Mr. Salisbury acababa de salir de la Universidad de Oxford, fué á ocupar un sitio á la Cámara de los Comunes, como representante del distrito de Stamford.

Desde el principio en la Cámara baja, y más tarde en la de los lores, donde fué á ocupar el asiento de su padre, luchó ardientemente como uno de los miembros más convencidos del partido conservador, cuyas principales figuras, á la sazón, eran Derby y Disraeli.

Como conservador ha trabajado siempre, representando á esa fracción interesantísima de la nación inglesa que desempeña notablemente el papel á que debieran sujetarse todos los partidos conservadores: el papel de moderador de la acción impulsiva del elemento reformador.

Así, lord Salisbury, opositor ardiente del sistema democrático, enemigo de toda reforma política, colosal adversario de aquel coloso que se llamó Gladstone y que era sencillamente llamado el gran viejo; lord Salisbury fué el más rudo obstáculo con que ha tropezado el liberalismo inglés; pero á todos los intereses ha opuesto siempre el interés de Inglaterra.

Ya fuera en el Parlamento, en los bancos de la oposición; en la prensa, desde donde, en los comienzos de su carrera política, logró muchas veces sacudir al país en una inmensa conmoción; como miembro del gabinete Disraeli, ó con la inmensa responsabilidad de director de la política inglesa, lord Salisbury combatió la introducción de reformas liberales en Irlanda, combatió también el ultraimperialismo como sistema; abogó siempre por el libre cambio; se apegó, al pie de la letra, á sus ideas conservadoras; pero jamás transigió en aquello que pudiera disminuir el poderío y el prestigio del imperio británico.

La única vez que estuvo de acuerdo con el ministerio Gladstone, fué cuando dió su voto firme en pro de la conservación de la influencia inglesa en Egipto.

Como ministro de Relaciones y como enviado del gobierno británico, concluyó numerosos tratados y asistió á importantes conferencias internacionales.

Seguramente que Salisbury, como hombre de Estado, tuvo muchas menos simpatías que Gladstone, despertó menores entusiasmos y brilló con luz menos viva. Mas el inmenso prestigio que nadie podría negarle, se debió á dos de los rasgos principales de su vida pública: una firme moderación y una excesiva prudencia, hijas quizá de la fecunda experiencia que debe haber sido el fruto de una de las carreras políticas más largas que cuenta la historia.

Ese prestigio y esa experiencia fueron, sin duda alguna, factores de primer orden para que el gobierno británico pudiese resolver mejor el tremendo conflicto de Sudáfrica. Es bien sabido que lord Salisbury se esforzó en evitarlo; y bajo la guía del prudentísimo estadista, el pueblo inglés marchó confiado á la guerra.

El retiro de Salisbury ha sido lamentado por la prensa continental, que veía en él un espíritu conciliador.

Pero, si bien lord Salisbury se retira, puede decirse que sus principios conservadores seguirán rigiendo la política inglesa: su sucesor, y sobrino, Mr. Balfour, se ha distinguido ya por el acierto de su labor como «leader» del gobierno en la Cámara de los Comunes; es, puede decirse, hechura de su ilustre antecesor, cuyas ideas ha secundado brillantemente. Es el famoso orador que, en ocasión solemne, lanzó al mundo las siguientes frases, de gran trascendencia política:

«He oído, dijo al recibir á la Liga en favor de la paz, rechazar con voz indignada la noción de que, cuando una cosa perjudica á los que llamáis vuestros rivales, debe forzosamente aprovecharos. Toda la historia del mundo está ahí para probar la falsedad de ese principio. Todo lo que puede ayudar á la prosperidad de otro país, ayuda indirecta, pero segura y realmente, á vuestros propios intereses. Pensar que el mundo está dividido en cierto número de comunidades, de las cuales cada una no gana sino lo que pierde su vecina, es la superstición más nefasta y más grotesca á que puede obedecer una nación.»



MR. BALFOUR, Jefe del Gabinete inglés.

Fórmula suprema y positiva del altruísmo internacional. ¡Ojalá que pudiese ser repetida frecuentemente fuera del convencionalismo diplomático; y ojalá que pudiera ser evocada para resolver los conflictos entre pueblo y pueblo!

Dr. L. Lara y Pardo.



LA BELLEZA FEMENINA.

La alta filosofía, á través de sus lucubraciones profundas, de sus investigaciones complexas y de sus razonamientos complicados, propende á la resolución de tres grandes cuestiones y á la definición de tres grandes hechos. Las tres preguntas á que quiere dar completa y exacta respuesta, son: ¿qué es lo verdadero? ¿qué es lo bueno? y ¿qué es lo bello?

Lo verdadero, lo bello y lo bueno han sido las tres esfinges, impasibles y mudas, siempre erguidas y veladas ante la mirada del investigador. Toda la ciencia converge á resolver el primer problema, toda la moral á dilucidar el segundo, toda la estética á esclarecer el tercero.

El prodigioso desenvolvimiento de la ciencia humana; la variedad inmensa de los medios materiales y mentales de investigación; el microscopio, que acrecienta lo infinitamente pequeño; el telescopio, que aproxima lo infinitamente lejano; el análisis, que disocia los compuestos; la síntesis, que los reconstituye; el escalpelo, que diseca; el calor, que funde y volatiliza; la electricidad, que anima lo inerte; la lógica, que templa y aquilata el criterio; el razonamiento, que escudriña lo desconocido; el cálculo, que reduce los fenómenos á fórmulas, todo ha contribuído á definir más claramente y mejor para el hombre qué es lo que debe entender por verdad y cómo distinguirla del error.

La vida humana diaria con todas sus peripecias, la historia con todas sus epopeyas y todas sus catástrofes, el instinto con todas sus sugestiones y la necesidad con todos sus apremios, nos han ilustrado sobre la naturaleza, el origen y la sanción de lo bueno. En estas dos materias mucho sabe el hombre y mucho ha aprendido; si no alcanza aún las soluciones categóricas, entrevé por lo menos sus principales lineamientos; si no se ha apoderado de todo el dominio, ha conquistado al menos provincias enteras y antes de mucho el concepto de lo verdadero y de lo bueno será satisfactorio y estará bien definido.

No pasa lo mismo con lo bello. La belleza, discernible en cada caso concreto con suficiente claridad, rehusa tenazmente revelarnos su profundo y fundamental misterio. Como una ninfa juguetona, coquetea con el hombre, se le ofrece, lo esquiva, se le acerca y huye; y cuando el hombre cree tenerla entre sus brazos, de un salto se escapa y se esconde en las profundidades impenetrables de la selva.

Todos sabemos que es bello el firmamento inundado de sol ó tachonado de ascuas de oro; todos sentimos la belleza profunda y apacible del mar en calma, y su sublimidad imponente cuando se encrespa y se agita en el seno de la tempestad; bella es la luz y bella es la noche; la belleza llena los espacios inmensos y se hace moradas de diamente en las gotas de rocío; es bella la cordillera colosal é inmutable, y lo es el insecto imperceptible y perecedero; son bellos el desierto interminable y el valle florido; la mujer y el ave, la nube y la joya, la roca y la espuma, el fuego y la nieve.

La belleza es posible en todas las circunstancias y en todas las condiciones; puede ofrecerse y ostentarse en todas las cosas; cabe en igual grado aun en las más opuestas y contradictorias; en su amplísima órbita puede moverse el universo entero, cosas y seres, fuerzas y fenómenos.

Esta heterogeneidad de las cosas bellas, esa frecuente contradicción entre tipos indiscutibles de belleza, impide al hombre orientarse, encontrar el hilo, explorar el laberinto y llegar á formular un concepto de lo bello, capaz de abrazar en su generalidad todas las cosas bellas y todas las múltiples formas y modos en que pueden ser bellas.

Pero si no es posible llegar á formar una idea general y fundamental de lo bello, sí puede serlo el llegar á definir en qué consisten ciertos géneros de belleza, y el porqué de ese atributo en grupos especiales de cosas y en formas especiales de lo bello.

Tal pasa, á nuestro juicio, con una de sus

formas supremas, con una de sus más perfectas manifestaciones, con la belleza femenina. Complexa, variada, múltiple, comprendida en una escala inmensa que va desde la gracia hasta la majestad, la belleza femenina es reductible, sin embargo, á condiciones capitales á requisitos imprescindibles, á atributos fundamentales que, según imperen en una ú otra proporción y según se combinen más ó menos armoniosamente, producen todos sus grados y todas sus modalidades.

Estos atributos fundamentales son á nuestro modo de ver, tres: la salud, la gracia y cierto género de fuerza, de aptitud ó capacidad en armonía con el destino y la misión fundamental de la mujer en la tierra.

Para que una mujer sea bella, debe comenzar por ser sana. Toda deformidad, toda mutilación, todo trasunto exterior ó visible de una alteración orgánica, de un trastorno funcional, de una enfermedad, en fin, más ó menos caracterizada, afea, desfigura y excluye más ó menos completamente la belleza humana y especialmente la femenina.

Este concepto por sí solo, implica ó entraña innumerables manifestaciones necesarias é inevitables de la belleza femenina. Ninguna deformidad del esqueleto, ninguna atrofia muscular, ninguna manifestación exterior estática ó dinámica de un trastorno ó mal interior, deja de influir más ó menos en la belleza de la mujer, y esas manifestaciones son incontables. La salud completa y vigorosa se revela, no sólo por la armonía y proporción de las formas y la integridad y correcto funcionamiento de los miembros, sino también por multitud de otros caracteres visibles que la denuncian y revelan.

La piel debe ser tersa, sin manchas ni lacras ni cicatrices reveladoras de males ó de accidentes actuales ó pasados. La sangre, rica, ardiente y generosa, debe colorearla, y las venas deben vetearla y jaspearla ligera y localmente. Los ojos deben ser brillantes y límpidos; la pupila pura; la mirada debe reflejar sin embarazo y con fidelidad las pasiones y las ideas. Son tolerables en la piel ciertas palideces que llamamos interesantes, y en la mirada ciertas languideces voluptuosas, y suelen no serlo ciertas expresiones audaces é inquisidoras, por razones que no son del momento y que analizaremos en su oportunidad; pero la belleza suprema es inconciliable con las palideces de la malaria ó del cáncer, con las manchas y lacras reveladoras de las constituciones enfermizas, y con las flaxideces y arrugas peculiares de los seres débiles.

Una cabellera abundante, sedosa y vagamente ondulada, es elemento fundamental de belleza, porque es manifestación de la salud floreciente. El pelo marchito, escaso, mortecino, es peculiar de los seres enfermizos, como la calvicie de los agotados.

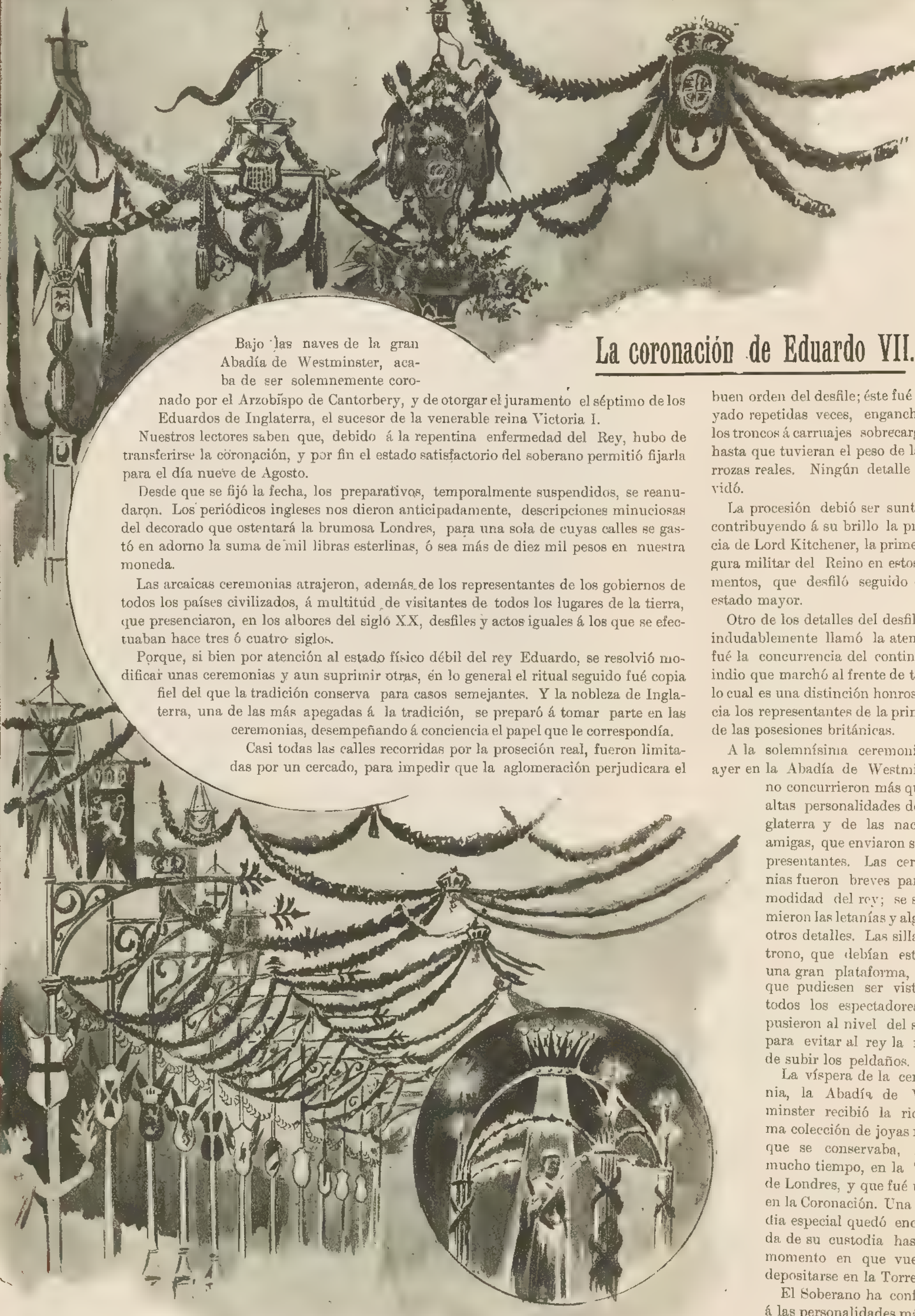
Los labios rojos, la dentadura blanca y sana, el aliento puro, la piel halitosa, la oreja pequeña, bien cortada y aplicada casi al craneo, la uña sonrosada y recta, traducen vigor, organización normal, y constituyen elementos indispensables de la belleza femenina.

Pero la salud y por consiguiente la belleza se traducen también por actitudes y movimientos. El tronco erguido, la cabeza recta, el andar firme y rítmico, el ademán desparpajado y amplio, cierta ligera ondulación del talle que revela la normalidad de la estructura anatómica; una respiración acompasada, amplia, profunda; voz clara, sonora, bien timbrada, que da indicios de la integridad y vigor de los órganos correspondientes y hasta la mano tibia y seca, todo, á la vez que elemento estético, es condición fisiológica, y todo eso y mucho más, que omitimos por no ser difusos, necesita una mujer para ser bella.

De ahí una consecuencia práctica importante: la mujer, para ser bella, debe procurar ser sana, y como en Esparta, si bien con más pudor y mesura, debe procurar con la ginmástica, la hidroterapia y la higiene, conservar con la salud la belleza, y acrecentar la belleza con la salud.

Dr. M. Flores.





La coronación de Eduardo VII.

Bajo las naves de la gran Abadía de Westminster, acaba de ser solemnemente coronado por el Arzobispo de Cantorbery, y de otorgar el juramento el séptimo de los Eduardos de Inglaterra, el sucesor de la venerable reina Victoria I.

Nuestros lectores saben que, debido á la repentina enfermedad del Rey, hubo de transferirse la coronación, y por fin el estado satisfactorio del soberano permitió fijarla para el día nueve de Agosto.

Desde que se fijó la fecha, los preparativos, temporalmente suspendidos, se reanudaron. Los periódicos ingleses nos dieron anticipadamente, descripciones minuciosas del decorado que ostentará la brumosa Londres, para una sola de cuyas calles se gastó en adorno la suma de mil libras esterlinas, ó sea más de diez mil pesos en nuestra moneda.

Las arcaicas ceremonias atrajeron, además de los representantes de los gobiernos de todos los países civilizados, á multitud de visitantes de todos los lugares de la tierra, que presenciaron, en los albores del siglo XX, desfiles y actos iguales á los que se efectuaban hace tres ó cuatro siglos.

Porque, si bien por atención al estado físico débil del rey Eduardo, se resolvió modificar unas ceremonias y aun suprimir otras, en lo general el ritual seguido fué copia fiel del que la tradición conserva para casos semejantes. Y la nobleza de Inglaterra, una de las más apegadas á la tradición, se preparó á tomar parte en las ceremonias, desempeñando á conciencia el papel que le correspondía.

Casi todas las calles recorridas por la proseción real, fueron limitadas por un cercado, para impedir que la aglomeración perjudicara el buen orden del desfile; éste fué ensayado repetidas veces, enganchando los troncos á carruajes sobrecargados hasta que tuvieran el peso de las carrozas reales. Ningún detalle se olvidó.

La procesión debió ser suntuosa, contribuyendo á su brillo la presencia de Lord Kitchener, la primera figura militar del Reino en estos momentos, que desfiló seguido de su estado mayor.

Otro de los detalles del desfile que indudablemente llamó la atención, fué la concurrencia del contingente indio que marchó al frente de todos, lo cual es una distinción honrosa hacia los representantes de la principal de las posesiones británicas.

A la solemnísima ceremonia de ayer en la Abadía de Westminster no concurrieron más que las altas personalidades de Inglaterra y de las naciones amigas, que enviaron sus representantes. Las ceremonias fueron breves para comodidad del rey; se suprimieron las letanías y algunos otros detalles. Las sillas del trono, que debían estar en una gran plataforma, para que pudiesen ser vistas de todos los espectadores, se pusieron al nivel del suelo, para evitar al rey la fatiga de subir los peldaños.

La víspera de la ceremonia, la Abadía de Westminster recibió la riquísima colección de joyas reales que se conservaba, hacía mucho tiempo, en la Torre de Londres, y que fué usada en la Coronación. Una guardia especial quedó encargada de su custodia hasta el momento en que vuelva á depositarse en la Torre.

El Soberano ha conferido á las personalidades más encumbradas asistentes á las fiestas, insignias de las principales Ordenes del Reino.

El adorno en las avenidas principales de Londres



Posición de Eduardo VII al dar el juramento.

Los trenes llegaban materialmente llenos de pasajeros ávidos de presenciar el desfile de la regia comitiva, y no había punto de los que tocó en su trayecto el desfile, que no se viera invadido por la muchedumbre. Muchas de las graderías que en junio hicieron construir algunas empresas, para alquilar asientos al público, y de las que se levantaron por los clubs, fueron suprimidas. En las que quedaron, los asientos se alquilaron á elevados precios.

A la hora en que entra en prensa nuestro semanario, la colonia inglesa, residente en la capital, celebra la Coronación de Eduardo VII, uniéndose al regocijo de sus nacionales, que se desborda en todos los lugares del mundo donde flota el pabellón inglés, ó en aquellos en que, como aquí, se agrupan los súbditos de la Corona de Inglaterra para estrechar los lazos que los unen.



El rey Bay Farina, de Kaway y el Príncipe Pamayangba, concurrentes á la coronación.

La nota más saliente de los festejos preparados por la colonia británica, fué, sin duda, el gran baile efectuado la noche del viernes en el Circo Orrin, y que superó en lucimiento, elegancia y animación á lo que se esperaba.

***

El entusiasmo con que en toda Inglaterra se ha celebrado la coronación del Rey, no tiene precedente en los anales de los grandes regocijos de Inglaterra. En Londres, horas antes de la ceremonia, las multitudes recorrían las calles en medio de las mayores demostraciones de júbilo, y millares de obreros se ocupaban en dar la última mano á la decoración de las avenidas y de los edificios. En algunas partes el adorno fué menos rico de lo que se esperaba; pero en otras, se hizo mucho más valioso con las instalaciones de luz que ostentaron por la noche los palacios principales de la populosa ciudad.



Los Arzobispos y Obispos de Inglaterra que tomaron parte en la ceremonia.



El contingente indio.

VESPERTINA.

Gritos clásicos.

.....Más, apóyate más....Que sienta el peso
de tu brazo en el mío; estás cansada
y se durmió en tu boca el postrer beso
y en tus pupilas la última mirada.

¡Qué fatiga tan dulce la fatiga
que precede á los éxtasis; pereza
del cuerpo y del espíritu que obliga
á mezclar el amor con la tristeza!

Se va la luz. Y la naturaleza
parece que nos dice: «Soy amiga
de todos los que se aman; los amparo;
ya os dí lechos de flores; os dí asilos
misteriosos; reposad tranquilos
en la estrellada sombra que os preparo.

Gracias, amiga! El alma de las cosas
sigue de nuestro espíritu las huellas;
primero, para amar, nos diste rosas;
después, para soñar, nos das estrellas.

La luz se extingue en el zafir, lo mismo
que en los profundos ojos de mi amada;
pero queda un fulgor en el abismo
y un toque de pasión en la mirada:
sutil y delicioso panteísmo.........
......Más, apóyate más; vienes cansada. ...

Luis G. Urbina.



EL REY



BEBE

CUADRO DE JORDAENS.

RESIDENCIAS DIPLOMÁTICAS.

LA LEGACIÓN DE AUSTRIA

Reanudadas las relaciones diplomáticas entre México y el Imperio Austro-Húngaro, hace algunos meses quedó definitivamente instalada en nuestra metrópoli la legación respectiva, figurando al frente de ella, como Ministro Plenipotenciario, el Sr. conde de Höhenwart Gérlachstein.

Las oficinas de la legación estuvieron provisionalmente instaladas en uno de los principales hoteles de la capital, transladándose después á la suntuosa finca de las calles de Bucareli, en que se encuentran ahora establecidas.

La residencia del señor ministro de Austria-Hungría, es una de las más lujosas: todo en ella es de un gusto exquisito, y difícilmente se encontrarán salones en que, como allí, se hermanen la riqueza y el arte para formar un conjunto tan bello.

Al penetrar á la legación, se advierte, en primer término, el magnífico decorado de la escalera, construída con mármol de Carrara; un guardapolvo de finísima seda de colores, con bordados y flecos de oro, cubre la parte del fondo, haciendo resaltar la severa elegancia de la obra arquitectónica. Este guardapolvo fué traído de Tánger por el señor ministro y está trabajado con verdadero derroche de buen gusto. Al terminar la escalera, se extiende un amplio corredor, pavimentado con mosaico y mármol, y en los muros, que ilumina un tragaluz de cristales de colores, se ven cuadros muy valiosos de distintas épocas y escuelas.



Fachada de la Legación.



Escalera principal.

El salón de recepciones ó sea el «amarillo», es de lo más elegante que pueda imaginarse. Sus muebles son de madera preciosa y están tapizados de raso finísimo, que hace juego con el color de las cortinas y de la alfombra. En el fondo hay dos retratos muy bien ejecutados del señor ministro y su esposa. Constrastando con el estilo que domina en el salón, se encuentran otros muebles, tan valiosos desde el punto de vista histórico, como ricos en detalles de arte.

Estos muebles, finísimamente tallados, que pertenecieron á la condesa Momfanser, de la época de Isabel la Católica, tienen grabados escudos españoles y atributos reales; hay también un par de grandes sillones del tiempo de Carlos V. El señor ministro los obtuvo en Sevilla cuando fué representante de su país en España.

El salón «blanco» está decorado á todo lujo. Pertenece á la señora condesa y allí recibe á sus amigas íntimas. Sus cortinas y muebles son de felpa blanca, y multitud de objetos de plata tapizan los muros: allí se ve una colección de primorosos objetos traídos de Tánger, en la que figuran braseletes, collares, pulseras, etc. En uno de los ángulos está un altar con candelabros y otros adornos de plata antiguos y muy valiosos.

En el ala sur de la finca se encuentra el despacho del señor ministro. Este departamento es amplio y está adornado con cuadros de esculturas debidos á los mejores artistas antiguos. Su decorado es estilo oriental, y sus muebles, tales como sofás, mesas y estantes, son de estilo morisco. Sobre la mesa del señor ministro se ven retratos de soberanos y nobles de Austria, acuarelas y gobelinos.

El comedor está situado al lado oriente; sus muebles son estilo ro-



Sala de recibir de la señora Hohenwart.



Salón de recepciones.

EL HUMO.

Fumaba mi pipa, recostado sobre la hierba, con la frente levantada hacia el cielo; y con los párpados entrecerrados dejaba flotar mi espíritu en la deliciosa languidez del sueño que comienza.

En mi pipa no había tabaco de Cuba ni de Oriente. Había recuerdos, esperanzas; besos de ayer, sueños de mañana; besos que no se realizaron y sueños que no han de efectuarse nunca, y de mi pipa salía una nube de humo que subía, se vaporizaba y se desvanecía antes de llegar al cielo.

Y me dije: «Esta nube de humo son mis sueños.» Después, melancólicamente cerré los párpados y me dormí.

....

Cuando desperté, en el cielo esplendoroso del Mediodía irradiaba triunfalmente la luz del sol, y las nubes doradas purpurinamente corrían sobre el azul. Había una sonrosada, pálida y frágil, que atrajo mis miradas. La seguí con los ojos y con el pensamiento hacia las paradísiacas glorias del sol, y sentí que la amaba yo con todo mi corazón......... porque aquella nubecilla sonrosada se había formado con el humo de mis esperanzas y de mis ensueños.

CATULLE MENDES.

mano, y la vajilla, de plata primorosamente trabajada.

Entre las varias obras de arte que decoran la legación de Austria y que hacen de ella una de las más suntuosas residencias diplomáticas, se encuentran algunas debidas á pintores mexicanos.

Las armas más poderosas de la mujer son las lágrimas; las más tiernas, los suspiros, y la más terrible, la lengua.



Despacho del Sr. Ministro.



El Comedor

EL GOLPE.



Todo golpe es fecundo: el de la azada
hace la flor resucitar del suelo;
el del cincel traslada del modelo
la línea por el mármol indicada;

triunfa en la lid ardiente el de la espada;
el del llanto, en la tierra da consuelo,
y el de la gota que desprende el cielo,
deja la verde espiga elaborada.

Labran los de las fábricas grandiosas,
forjando las figuras luminosas
cuando en los yunques el martillo bate;

y al entablar la lucha por la vida,
es el alma por golpes combatida
la más dura y mejor para el combate.

SALVADOR RUEDA.



EL MUSEO DE ARTILLERÍA

RETRATO DEL GRAL. MARIANO ESCOBEDO.

La Secretaría de Guerra acaba de remitir al Museo Nacional de Artillería un retrato al óleo del ilustre General D. Mariano Escobedo, á quien la República debe, como se sabe, tantos y tan valiosos servicios en pro de su integridad y de sus instituciones. El retrato, cuya copia fotográfica tomada expresamente para nuestro semanario ofrecemos hoy, será colocado en lugar preferente del Museo, como un homenaje á los merecimientos del patriota eximio.

Según sabemos, en el mismo Museo y en departamento especial, serán colocadas varias reliquias que pertenecieron al héroe de Santa Gertrudis, tales como las numerosas condecoraciones que constelaban el pecho del distinguido militar, el uniforme, la banda, el espadín y el bastón que usaba en las grandes formaciones, y algunas de las prendas que portaba cuando mandó el ejército de operaciones sobre la plaza de Querétaro en 1867.

El departamento especial dedicado al General Escobedo donde se guardarán esas valiosas prendas, formará uno de los que con más interés puedan visitarse en el Museo de Artillería, tan rico en objetos históricos.

ACUARELA.

Había cerca un bello jardín, con más flores que azaleas y más violetas que rosas. Un bello y pequeño jardín con jarrones, pero sin estatuas; con una pila blanca, pero sin surtidores. Cerca una casita como hecha para un cuento dulce y feliz.........

En la pila un cisne se chapuzaba, revolviendo el agua, sacudiendo las alas de un blancor de nieve, enarcando el cuello en la forma del brazo de una lira ó el asa de una ánfora, y moviendo el pico húmedo y con tal lustre, como si fuese labrado con una gota de color de rosa.

En la puerta de la casa, como extraída de una novela de Dickens, estaba una de esas viejas inglesas, únicas, solas, clásicas, con la cofia encintada, los anteojos sobre la nariz, el cuerpo encorvado, las mejillas arrujadas, más un color de manzana madura y salud rica. Sobre la saya obscura, el delantal.

Llamaba:

—¡Mary!

El poeta vió llegar una joven de un rincón del jardín, hermosa, triunfal, sonriente; y no quiso tener tiempo sino para meditar en que son adorables los cabellos dorados cuando flotan sobre las nucas marmóreas, y en que hay rostros que valen bien por una alba.

Luego todo era delicioso. Aquellos quince años, entre las rosas quince años, sí, lo estaban pregonando unas pupilas serenas de niña, un seno apenas erguido y una frescura primaveral; aquellos rosales temblorosos que hacían ondular sus arcos verdes, aquellos durazneros con sus ramilletes alegres donde se detenían al paso las mariposas errantes llenas de polvo de oro, y las libélulas de alas cristalinas é irisadas; aquel cisne en la ancha taza, esponjando el alabastro de sus plumas, zambuyéndose entre espumajeos y burbujas, con voluptuosidad, en la trasparencia del agua, la casita limpia, pintada, apacible, de donde emergía como una onda de felicidad; y en la puerta la anciana, un invierno en medio de toda aquella vida, cerca de Mary, una virginidad en flor.

Ricardo, poeta lírico, que andaba á caza de cuadros, estaba allí con la satisfacción de un goloso que paladea cosas exquisitas.

Y la anciana y la joven.

—¿Qué traes?

—Flores.

Mostraba Mary su falda llena como iris hecho trizas, que removía con una de sus manos gráciles de ninfa, mientras sonriendo su linda boca purpurada, sus ojos abiertos en redondo dejaban ver un color de lapislázuli y una humedad radiosa.

RUBEN DARIO.

PENSAMIENTOS.

Confieso que esas existencias aisladas bajo techos ignorados, me han causado siempre el efecto de cisternas siempre cerradas en que duermen las aguas y en las que se respira un aire malsano. Todo lo que es olvido en la tierra, tiene algo de la muerte.—A. DE MUSSET.

***

Lo que el amor empieza, sólo puede ser acabado por Dios.

***

Si sois piedra, sed imán; si planta, sensitiva; si hombre, amor.—VICTOR HUGO.



LA ESPINA.—(Estudio fotográfico de Lupercio).



"QUO VADIS?"—Grupo de hadas.—Grupo de sacerdotes.

TRES CRUCES.

I.

VIRIATO.

De Galba la matanza pretoriana
inicua y ruin que desvastó la tierra,
un pueblo de pastores, á la guerra
lanzó una vez allá en la lusitana
región feraz, poética y lozana
do tesoros de bien el campo encierra:
guerra feroz que al Universo aterra......
pérfida, y cruel, y bárbara y tirana!
Y Viriato se alzó. Y con la testa
ceñida de laurel, un lustro entero
siempre al combate con tesón se apresta
y en el combate yérguese el primero,
y cae al fin con la cabeza enhiesta
mártir de su deber, sublime y fiero!

II.

KOSCIUSKO.

Sin esperanza alguna, cual existe
el barco sin timón ni arboladura
entregado á la negra desventura
en océano colérico que embiste......
Como el hombre infeliz que se resiste
á sepultar su vida en la tristura
de un implacable mar, tumba segura
en cuya perdición nadie le asiste;
así el polaco aquel, vistió la malla
del defensor de su Polonia un día
y á todos los villanos por muralla
su pecho presentó......y Europa impía
«¡Finis Poloniae!» oyó tras la batalla:
el adiós postrimer del que moría......!

III.

KRUGER.

En brega desigual, la frente al cielo
el viejo león asiste á su destino,
homérico, inmortal, casi divino.........
como germen exótico del suelo.
No tiene allí el titán para su anhelo
más que las lobregueces del camino,
más que las veleidades de su sino
y su biblia y su Dios como consuelo;
y sin cuartel, y al borde del abismo
se crece el león en el combate rudo
sin arredrarse nunca al cataclismo......
pero......¿por qué, Señor, por qué no pudo,
morir como los otros, siempre el mismo
por su patria y su honor, sobre el escudo?

ADALBERTO CARRIEDO.



LA PESETA DEL PÚBLICO.

Es cosa averiguada que á medida que los espectáculos baratos son más numerosos en la capital, la afición del público á las diversiones teatrales ha ido creciendo gradualmente. Desde el jacalón, que arraiga en los barrios y se sostiene á costa de nuestras clases ínfimas, hasta el «teatro de la tanda», donde se exhibe lo más flamante del «género chico», realizan ahora lo que hace veinte años no hubieran realizado los teatros de entonces: verse llenos, de bote en bote, por una concurrencia ansiosa, más que de emociones profundas, del cosquilleo que despiertan el libreto salpicado de equívocos y la música intencionada y retozona.

De aquí que la peseta del público, que cae á las arcas de la taquilla como una gota continua, baste para que las obras, como lo hemos visto en estos últimos días, sean llevadas á la escena, no sólo con propiedad, sino con lujo, cosa á que no estábamos acostumbrados, y que el género chico haya echado en México raíces tan hondas.

El «Quo Vadis», zarzuelita cuyo éxito consiste principalmente en la suntuosidad del decorado y de los trajes, es una prueba de lo que significa la afición de los tandófilos á esta clase de espectáculos, para las empresas: la obra se montó, en el primero de los teatros de la tanda, sin omitir gastos, y ha quedado en el cartel sin trazas de empolvarse en los archivos.

El éxito lo hizo el público, porque á él se debe siempre, en estos casos, la victoria: peseta á peseta, llena á reventar las taquillas, de donde salen trajes y decoraciones, y música y artistas.



"QUO VADIS?"—Banquete de Nerón.—El triunfo.



CAZA DE UN TORDO

Cuadro de Gárate

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 7. MÉXICO, AGOSTO 17 DE 1902. Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem idem. en la capital, „ 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



HERMANAS.

(Estudio fotográfico de F. Torres y F. Lavillette.)

Cleptómanos Modernos

Notas Callejeras.

Los diarios de información se han entretenido durante la semana en pormenorizar dos sucesos, no originales ni extraños siquiera, pero sí interesantes: el proceso de unos ladrones de cincuenta mil pesos, y la aprehensión de otros, que, con hábiles combinaciones, engañaron á un rico español para robarle algunos miles.

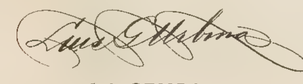
Estas noticias serían de una aburridora insignificancia, si en ellas no apareciera el tipo del héroe novelesco, de folletín, hecho con un poco de Rocambole y otro poco de Conde de Montecristo. Hablo del ladrón de levita, del misterioso personaje que se presenta en sociedad con los aparatosos modales de un actor, de un galán joven que viste con elegancia, come y bebe con esplendidez, sabe bailar boston, y habla del honor como de un ideal ya conquistado y seguro.

En las sociedades exquisitamente civilizadas se presenta este caballero con bastante frecuencia y sus proezas hallan en ellas campo libre y rico. La vida de estos hombres debe de ser interesante y curiosa por extremo; debe de estar compuesta de escenas y episodios jocoserios como las memorias de Casanova, con un gran fondo de filosofía callejera, pervertida y amarga, en cuyo vulgar pesimismo no palpitará otra cosa que una gran sed de placer y un sensualismo encanallado y brutal. La educación les ofrece poderosos recursos para llevar á cabo sus fechorías; y la moda y la urbanidad ponen á su disposición agradables disfraces para ocultar sus intenciones y malevolencias. Son hábiles prestidigitadores, comediantes de buena escuela, y andan por esos mundos urdiendo planes y fraguando asechanzas entre el estruendo de una orgía inacabable, como si la sociedad fuera para ellos lo que para los romanos de Petronio fué la casa de Trimalción.

No era común entre nosotros este peligroso embaucador. Nuestro era y henchía las cárceles el tipo del ladrón miserable que, por las noches en las calles solitarias, hurtaba, puñal en mano, y echaba á correr con el reloj y la bolsa á su lejano escondite, á su tenebrosa corte de los Milagros. Nuestro era el harapóso, el hambriento, el vagabundo, que, ignorante y estúpido, arrebataba á la existencia, para poder vivir, lo que ella no le daba de buen grado. Pero este malhechor era fácil de conocer, y la policía lo atrapaba con facilidad entre sus mil y tres tentáculos.

Mas al ladrón refinado, al elegante, al que flanea por el «bulevar» del brazo de los amigos aristócratas, al que asiste á teatros y «clubs», juega al bacará, va en carruaje al paseo, galantea á las perdidas de moda y desafía á los que se atreven á poner en tela de juicio su nobleza, á ese autor de estafas y engañifas, á ese flamante Picolet, no le veíamos aparecer sino de cuando en cuando, en los anales del presidio.

Hoy, quizás por primera vez, nos damos cuenta de que nos invadió la plaga y de que la propiedad tiene un nuevo enemigo, más terrible que el pobre ratero que va entre la multitud, avispado y audaz, buscando la punta de un pañuelo que extraer, y que el legendario salteador de caminos, que, antaño, iba por escarpaduras y vericuetos, exponiendo la vida, en persecución de algún convoy imaginario.



LA ORUGA.

Sale de entre las hierbas que la ocultan durante el calor, y atraviesa la avenida arenosa, haciendo grandes ondulaciones.

En una huella de pie de jardinero, parece perderse.

Llega á las fresas, allí descansa y parece aspirar el aire; después vuelve á emprender su camino, y sigue, ya sobre las hojas, ya bajo las hojas...... Ahora sí sabe á dónde va.

¡Hermosa oruga, gruesa, velluda, con puntos dorados y ojos negros!

Se guía por el olfato, se estremece y frunce como espesa y rizada pestaña.

Detiénese al pie de un rosal!

Agárrase, tienta la corteza lisa, balancea su cabecita de perro recién nacido y se decide á trepar.

Ahora, parece que se traga penosamente cada centímetro de camino transcurrido.

En lo alto del rosal ábrese una rosa coloreada como las mejillas de candorosa niña.

Sus perfumes la embriagan, no desconfía de nadie, y deja que suba por su tallo la primer oruga que llega, y la recibe como rico regalo.

Y presintiendo que la noche será fría, se siente feliz al echarse una boa en derredor del cuello.

Julio Renard.

LA GOLONDRINA HERIDA.

Al pie de mi ventana ha caído esta tarde, en el jardín de la fonda, una golondrina herida.

Yo no supe hacer nada por ella: la acaricié, la sostuve entre mis manos, pero se me murió. Y es que estos seres, sanos ó dolientes, corren sólo por cuenta de Dios, y los hombres nada sabemos de ellos sino que andan por el aire y que parecen más felices que nosotros.

Pensando en el que disparó sobre la golondrina el cual es, á no dudar, un hijo de Adán y, por lo tanto, hermano mío, —me he sentido un poco avergonzado ante ella. El linaje de esta pobre ave me aparece en estos momentos harto más noble y principal que el nuestro. En efecto, ella viene en línea recta de aquellas piadosas avecillas que consolaban á Cristo en la cruz, arrancándole de la frente las espinas, y el cazador y yo venimos de los que se las pusieron.

Este impío Nemrod habrá recorrido en vano, durante todo el día, estos montes vecinos, y no se ha resignado á no disparar su escopeta. Ya se ve: compromete á mucho esto de salir de casa arma al brazo. ¿Cómo volver sin haber hecho sangre? En cambio, ese mismo no se avergonzará de volver muchas noches sin haber dado limosna á un pobre.

La cosa ya no tenía remedio; el tiro fué certero, y lo único que yo he podido hacer, para no dejar en tan mal lugar al género humano, ha sido dar á la golondrina piadosa sepultura en un rincón del jardín.

La he enterrado al pie de una palmera, como ella hubiera deseado descansar, si es que pensó en esto, que nada se sabe; y alegran su tumba, en torno del suelo removido, una opulenta mata de geranios y un rosal blanco.

Poca tierra he tenido que sacar para hacer la fosa. ¡Pobre animalillo! ¡En qué poco espacio cabe! Y sin embargo, mandaba como soberano en los aires, y de Africa se venía á España, como yo voy del comedor al salón.

¿Habrá en el mundo quien no las haya envidiado viéndolas volar? Si hay alguno, tengamos lástima de él, porque eso es que se encuentra á gusto en la tierra. ¡En la tierra, donde viven los ingratos!

¡Qué pena causa ver en el suelo lo que tuvo alas y se cernió altivo en el espacio! Por eso son cosas tan tristes un pájaro muerto y un alma caída.

En los otros seres, los que andan atados á la tierra sin poder dejar nunca su impuro contacto, no parece caso tan lastimoso verlos caer sin vida. No bajan de tan alto, y ya en su actitud mientras viven, con la mirada hacia el suelo, los pies palpándole cautelosamente, parece que andan buscando el mejor sitio para echarse y morir.

El hombre mismo, que apenas ha conseguido otra ventaja que empinarse un poco sobre los demás pobladores del mundo, le recorre de un extremo á otro en busca de algo que él no sabe lo que es, y que no es más que la tumba.

Pero el hombre lleva dentro un pájaro á cuyo vuelo no alcanza ningún otro.

Sube el alma humana, guiada por la oración, ó por el recuerdo ó por la esperanza, y tan alto sube, que no hay en el mundo alas que la sigan. El ruiseñor desde la copa del árbol, la golondrina en la espadaña de la iglesia y el águila en su altísima roca, se preguntan asombrados cuando pasa: ¿A dónde irá tan alta?

Y, á pesar de ello, si no hay alas que la alcancen, el alma tiene también sus cazadores. No la tiran cuando está en lo alto, que no la dieran entonces, sino que aguardan una de sus impensadas caídas, un breve descanso en tierra.

En esta caza sólo hay un cazador que tenga licencia de armas. Es uno que usa flechas; da, al parecer, sin saber en dónde, porque se finge ciego; pero da siempre en el blanco.

No os guardéis de él, almas nuevas que ahora ensayáis el primer vuelo. Dejaos prender en sus redes ó herir por sus tiros, porque es muy triste la vida de aquel á quien Amor perdona.

Dejaos herir, y si morís de la herida, mejor. Aprended de esta pobre golondrina, que volaría á su nido sin reparar en el riesgo ni en la distancia.

Dejaos herir, y guardaos bien de hacer vuestro nido sin pedir permiso al cazador de las flechas; porque no basta, no basta, como hoy se cree, con amontonar muchas pajas.

Enrique Menéndez y Pelayo.

EL PRELUDIO.

Siempre á igual hora y un breve instante
junto á los hierros de mi ventana,
todas las noches no sé qué mano
preludia un arpa.

No sé qué aliento tan misterioso
siente el arpista siempre que pasa;
no sé qué impulso mueve sus dedos
para tocarla.

¿Es miedo acaso lo que le impele?
¿es alegría que le entusiasma?
¿ó algún recuerdo que le atormenta
ó que le halaga?

¿Qué es lo que inspira su fantasía?
¿cuál es el móvil, cuál es la causa?
¿por qué las notas del instrumento
hieren mi alma?

¡No sé, Dios mío! mas me figuro
que acaso el pobre sufre la carga
dura y terrible de una existencia
desventurada.

¡Cuál me conmueven esos sonidos
dulces y vagos que me regala!
¡ay! ¡quién pudiera darle consuelo,
paz y esperanza!

El adivina sin conocerme
cuánto deploro su suerte infausta,
y agradecido, con un arpegio
me da las gracias.

Yo también triste paso la vida,
yo también sufro penas amargas
y me consuelo cuando en mi reja
preludia el arpa.

Carolina de Soto y Corro.

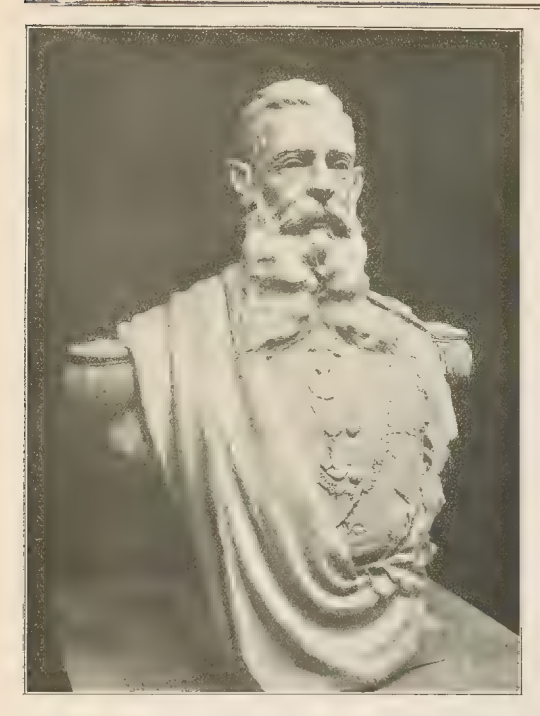
—Nada sucede en la vida ni como se espera ni como se teme.

***

Los ojos del espíritu son como los del cuerpo, se fatigan cuando quieren ver más allá de cierto límite.—Alfonso Karr.

***

—Se ha dicho que ya no hay niños...... Es que no se cuenta á los ancianos.— Alfonso Daudet.



UN BUSTO DEL GRAL. ESCOBEDO

La Secretaría de Guerra, previendo que, tarde ó temprano, habrá de erigirse en la República un monumento que perpetúe la memoria del ilustre general Don Mariano Escobedo, encomendó á la Escuela de Bellas Artes el modelado de un busto, en yeso, que pueda servir de base para la ejecución de la estatua, llegado el caso.

El busto á que nos referimos fué hecho por el Sr. Arnulfo Domínguez, quien tuvo á la vista las mejores fotografías del veterano y la mascarilla sacada á su muerte. La obra representa al vencedor de Santa Gertrudis en la plenitud de su vida.

Desde el punto de vista artístico, todos los detalles están tratados con la minuciosidad que requieren las obras de esta naturaleza.

La encina que adorna el busto, es del mejor efecto.

LAS SEÑORITAS ESTRELLAS.

Las señoritas estrellas estuvieron en el baile, donde danzaron locamente toda la noche, y ahora, mientras vuelven á su hogar al través de los jardines azules del éter, bailan todavía. Atado el resplandeciente cintillo y sueltas atrás las largas cabelleras, vestidas de una vívida tela de diamante, cogiendo por los caminos pálidas flores de pedrerías, y sin resignarse á andar tranquilas como señoritas delicadas.

¡No! Bailan y bailan sin cesar. Las innumerables comparsas forman ya la figura de un Carnero, ó de un Escorpión, ó de una Lira, ó de una Balanza, ó de un Arco que dispara, ó de un Pez, ó de un Pavo, ó de una Ballena, ó de un Fénix, ó de una Grulla ó todas estas figuras á la vez, y el inmenso collar que se desparrama no se modifica, y todas estas frentes de diamantes alumbran y blanquean la inmensidad azul.

—¡Vamos!—dice la grande Aldebarán á la pequeña Proción,—apuremos el paso, por favor. ¿No ves que se acerca la terrible, la espantosa Aurora, que avanza vestida de rojo y que ya nos va á quemar la extremidad de los cabellos con la llama rosada de su antorcha?

—¡Ah!—dice Proción, —se me ha caído uno de mis escarpines de cristal y te sigo como puedo, un pie calzado y el otro desnudo.

—¡Qué importa!—responde la señorita grande.—Apresúrate, y si es necesario, arroja también el otro en el camino, en alguna caverna de oro. Si no te cuidas de lo que te dije, vamos á tener que pisar luego las rosas de la mañana, salpicadas de sangre. ¿Y qué dirá el señor Camilo Flammarión si nos ve todavía en el cielo á la hora en que es de reglamento que las honradas estrellas estén en cama?

TEODORO DE BANVILLE.

NUEVO OBISPO DE CHIAPAS.

La semana pasada se efectuó en la Colegiata de Guadalupe la consagración del Señor Doctor D. Francisco Orozco y Jiménez, nombrado últimamente obispo de Chiapas.

El señor Orozco es en la actualidad el más joven de los obispos mexicanos; nació en Zamora el 19 de noviembre de 1864, habiendo comenzado sus estudios en el colegio establecido en Jacona por el padre Plancarte; allí permaneció dos años; en 1876 se dirigió á Roma, ingresando al Colegio Pío Latino Americano, en donde siguió sus estudios hasta ordenarse, y en 1888 regresó á México, nombrándosele vicerrector de la Escuela Católica de Artes, en Zamora, puesto que desempeñó por más de cuatro años. Fué agregado á la Universidad Pontificia y nombrado catedrático de historia eclesiástica, filosofía y Sagrada Escritura.

Pocos años después se transladó á esta capital, en donde por algún tiempo desempeñó el cargo de vicerrector del Seminario Conciliar.

El 29 del pasado julio recibió el «breve» pontifical en el colegio del Sagrado Corazón. El señor Orozco posee una vasta instrucción, y su nombramiento se ha recibido en Chiapas con beneplácito.



SR. DR. OROZCO Y JIMENEZ, OBISPO DE CHIAPAS.

Infinidad de personas le han enviado sus felicitaciones, y muchas otras de Zamora y de diferentes partes del Estado de Michoacán, vinieron á México para asistir al acto de la consagración.

Terminada la ceremonia, el nuevo Obispo fué objeto de numerosas demostraciones de simpatía, obsequiándosele con un banquete á que concurrieron el Sr. Arzobispo Alarcón y otros miembros del alto clero.



PUERTAS DE MEXICO. LAS CALZADAS DE LA PIEDAD Y TACUBAYA.



LA BELLEZA FEMENINA

La gracia es condición de tal modo necesaria de la belleza femenina, que basta en ocasiones para constituirla. Y no sólo es condición necesaria de este género de belleza, sino de la belleza en general. Nada dotado de gracia deja de ser bello, y se impone un estudio especial de la gracia para formar cabal concepto de lo bello en general y de la estética femenina en particular. Intentémoslo.

Si todo lo gracioso es bello, no todo lo bello es gracioso. Hay cosas y fenómenos que dentro de una incontestable é imponente belleza, están totalmente fuera de la gracia.

El indefinido azul del firmamento; la masa deslumbrante y agobiadora del sol; los horizontes infinitos del mar; los imponentes lineamientos y las rocas abruptas de la cordillera; el huracán, la tempestad, la tromba, son incontestablemente bellos, sin mezcla alguna posible y asignable de gracia. Este género de belleza es grandioso, imponente y monumental; suscita admiraciones extáticas; despierta emociones profundas, produce espanto, terror, dolor.

La gracia no penetra tan hondo ni abarca tanto espacio en la sensibilidad; la gracia no sacude, acaricia; no impone, alhaga; no atormenta, recrea; no hace estremecer, sino sonreír.

Para esto es indispensable, desde luego, que lo gracioso no se presente en masas confusas, ni revista formas monstruosas ni ocupe espacios desmesurados. Lo gracioso ha de ser pequeño, relativamente al menos; armonioso siempre; móvil y ágil en general. El mar no es gracioso, decíamos, siendo bello; pero pueden serlo un lago y una fuente. Los grandes mamíferos; los árboles gigantescos, contrastan á este respecto con las aves, con los insectos y con los arbustos. El colibrí, microscópico, multicoloro, ligero, ágil y juguetón; la mariposa, esmaltada é inquieta; la nube, diáfana y ligera; la espuma, blanca y perecedera; la gota de rocío, la flor, encarnan y simbolizan la gracia, porque son pequeños, movedizos y armoniosos.

La gracia se caracteriza de preferencia por el movimiento. Un paso lento y torpe; un movimiento pesado y difícil; una traslación rectilínea y monótona, excluyen totalmente la gracia. Entre Hércules luchando y una ninfa jugueteando; entre el proyectil brutal y rudo y las volutas del humo; entre la avalancha que rueda y el ave que vuela, median diferencias profundas que emanan de los caracteres fundamentales de la gracia.

Dondequiera que el empuje necesario al movimiento es considerable, y sobre todo, dondequiera que es claramente perceptible, la gracia desaparece y se evapora. Para que la actitud, el ademán y el movimiento sean graciosos, es necesario que sean fáciles, espontáneos, y que puedan tomarse ó ejecutarse sin esfuerzo aparente. Sentarse á plomo, echarse de bruces, andar cojeando ó arrastrando los pies, gesticular con vehemencia, moverse con lentitud ó con embarazo, son, todos, actos que excluyen la gracia.

La mujer verdaderamente bella, debe moverse rítmica y cadenciosamente; debe ser ágil y vivaz, sin extremar su movilidad; su mímica, su gesticulación y su ademán deben ser fáciles, cómodos, armoniosos. Todo lo que

puedan tener de extremado, de torpe, de fatigoso, afea á la mujer, le quita el garbo, la soltura, la agilidad, y la convierte en masa inerte, difícilmente movible, ó en autómata chocante y ridículo, movido con alambres ó accionado con resortes.

La gracia en el movimiento supone en la estructura condiciones y requisitos indispensables.

La esbeltez, desde luego, y la flexibilidad del talle y de los miembros. Importa, en efecto, para que los movimientos y las actitudes puedan ser graciosos, que las masas huesosas y musculares no produzcan impresión de pesadez. La osatura debe ser fina y ligera, las coyunturas proporcionadas y suficientes. Importa igualmente que no sea muy acentuado el relieve de los músculos, ni lo sea tampoco la saliente de los tendones. Cuando, como pasa en los atletas, el relieve muscular se dibuja á cada movimiento ó su acentuación es permanente; cuando los tendones revelan perceptiblemente su tensión bajo la piel que los cubre, el esfuerzo que el movimiento exige, es directamente visible, y por no estar disimulado ó atenuado, excluye toda impresión de gracia. Por eso el Hércules Farnesio ó el Torso del Belvedere, que parecen tener bajo la piel una cordillera muscular, no serán jamás modelos de gracia y sí de ese otro género de belleza que se llama la fuerza; y por eso será inmortal símbolo de gracia la Diana Cazadora, eternamente bella, de Hans Mackart.

De esta necesidad de que el esfuerzo quede disimulado, nace el que exijamos á la belleza femenina cierta uniforme y torneada morbidez, que rechazamos en el hombre, símbolo estético, para nosotros, no de la gracia, sino de la fuerza.

La gracia radica, no tan sólo en el cuerpo, sino en el alma, y trasciende de ésta á aquél. La respuesta fácil, la réplica viva, la fácil movilidad de la atención, la metáfora adecuada, traducen la facilidad y la acomodaticia variabilidad del poder mental y disimulan el esfuerzo del pensamiento y de la reflexión. Lo mismo las emociones: todo lo que las haga aparecer desmesuradas en su manifestación ó lentas en su aparición, les quita la gracia revelando su fuerza ó su torpeza.

Los ojos, espejos del alma, la boca, la fisonomía en fin, así como la mímica y el ademán, deben, pues, traducir la espontaneidad, la adaptabilidad á las circunstancias, la rapidez de aparición y la mesura en la expresión, características de la verdadera gracia. Ni la mueca acentuada, ni el grito estridente, ni la carcajada histérica ni el ademán convulsivo son compatibles con la gracia, como no lo son tampoco la mirada fija y opaca, la fisonomía inexpresiva, la inercia indolente ni el silencio fúnebre.

La mujer, en suma, para ser plenamente bella, debe encarnar y simbolizar la gracia. La gracia puede ser su absolución estética, porque no exigimos á la mujer fuerzas, sino atractivos; ni empuje, sino delicadeza, y porque, en suma, fuera de la maternidad, que es su trabajo hercúleo, sólo le pedimos sea el ornato y el encanto de nuestra existencia.

Dr. M. Flores



(Fotografías de la colección Pellandini.)

La Coronación del Rey Eduardo.

Su celebración en México.

El entusiasmo con que la colonia inglesa residente en México celebró la Coronación del Rey Eduardo VII, efectuada en la populosa Londres el sábado 9 del corriente, hizo que las fiestas organizadas en honor del soberano por la Comisión respectiva, dejaran entre nosotros los más gratos recuerdos.

La serie de festejos se abrió con el suntuoso baile dado en la tienda de Villamil la noche del 8. El espacioso local, adornado con verdadero derroche de buen gusto, presentaba un aspecto encantador. El plafond de la espaciosa sala de baile imitaba una enorme «Union Jack» en cuyo derredor se veían, enrolladas, draperías de los colores mexicanos. En los antepechos de los palcos había cartones con los nombres de las distintas colonias del Imperio Británico, y, arrancando de las columnas, arcos de follaje que formaban un primoroso conjunto. Las graderías desaparecieron bajo una capa de flores y de verdura.

Uno de los éxitos del adorno fué la decoración del fondo que cubría el foro. Era un lienzo que representaba la regia mansión del Windsor Castle, cuyos torreones se destacaban sobre un cielo opaco, y cuyos muros se mojaban en una corriente que venía á terminar en una cascada de admirable efecto. La decoración era muy hermosa.

En el vestíbulo y en el salón de desahogo, el Sr. Bourcher, que fué el encargado del adorno, hizo también derroche de su buen gusto. Multitud de banderas, piezas florales y plantas de las más exquisitas completaban el decorado.



EL SALÓN DE BAILE.

SALA DE DESAHOGO. [Fots. Schlattman]

***

La fiesta comenzó cerca de las diez de la noche, hora en que el Sr. Greville, Ministro de Inglaterra, se presentó en el local acompañado de su esposa.

Al presentarse el señor Presidente de la República, tanto el señor Ministro, como los señores Anderson, Foot y Jerome, salieron á recibirlo hasta el vestíbulo. El señor General Díaz ocupó el palco especial que se le había señalado, y donde le acompañaban los señores Ministro inglés y señora; Embajador Clayton y señora; General Bernardo Reyes, Ingeniero Leandro Fernández y señora, señora Barron de Rincón Gallardo y algunas otras personas distinguidas.

Desde ese momento la fiesta desplegó toda su animación.

El golpe de vista que ofrecía la sala era indescriptible. Telas vaporosas de colores claros en su mayoría, encajes, flores; todo irreprochable y ceñido á la más exquisita elegancia.

***

A media noche se sirvió la cena, á la cual fué invitado el señor General Díaz.

La mesa oficial estuvo instalada en el foro del Circo, que estaba adornado con banderas mexicanas é inglesas. El señor Presidente tomó asiento en el centro y á sus lados las señoras de Greville y de Azpíroz. Frente al Primer Magistrado, estaban los señores Ministros de Inglaterra, Francia é Italia y señoras, siguiendo á sus lados los señores Embajador americano, Lic. Manuel Azpíroz, Ingeniero Leandro Fernández, Gobernador del Distrito y señora, señorita Halfete, señora Dolores B. de Rincón Gallardo, Lic. José Algara, señor y señora Heimke, señora Clayton, señor Encargado de Negocios de España, Wállant y señora, Teniente Bartles, señor McCury, Encargado de Negocios del Japón, Conde Stadniki y Kilmasegg, y otros caballeros y damas distinguidos.

EL DECORADO DEL FONDO. [Fot. Schlattman.

A la hora del champaña, el Sr. Ministro inglés pronunció un corto, pero entusiasta brindis que fué escuchado por los comensales con el mayor interés. El Señor Ministro Greville tuvo frases de exquisita cortesía para el Sr. Presidente de la República y para el pueblo mexicano. El Primer Magistrado correspondió á este brindis con el que últimamente dió «El Imparcial» á conocer. Las palabras del Sr. Gral. Díaz produjeron en la concurrencia la más grata impresión.

***

El sábado por la mañana se verificó la ceremonia religiosa dispuesta por la Comisión de la Iglesia de Cristo. El templo, de moderna arquitectura, fué adornado con verdadera elegancia.

En el altar se colocó una cruz formada con gardenias, que tenía á sus lados coronas de laurel en cuyo centro estaban las iniciales E. R. y A. R., y en las ventanas, grupos de plantas y flores exquisitas.

En el presbiterio tomaron asiento las personas que componían el coro, y en la nave los miembros del Cuerpo Diplomático, los altos funcionarios y multitud de damas pertenecientes, en su mayoría, á la colonia inglesa. En representación del Sr. Presidente de la República, asistió el Sr. Secretario de Relaciones, Lic. D. Ignacio Mariscal.

La ceremonia consistió en un sermón predicado por el Rev. Forrester, y en la entonación de algunos coros, principalmente.

***

Por la tarde, el Sr. Ministro de Inglaterra ofreció una suntuosa recepción á los representantes de las demás naciones y á los miembros más encumbrados de la Administración.

El terrible aguacero que se desató sobre la ciudad á la hora que señalaban las invitaciones, no fué obstáculo para que la Legación se viera concurrida por lo más selecto de nuestra sociedad. Una buena orquesta estuvo tocando piezas escogidas, y tanto el Señor Greville como su esposa, atendieron á los invitados con toda cortesía.



SALIENDO DE LA CEREMONIA RELIGIOSA.





MEDITACION.

Cuadro de M. Oliver

EN EL CLUB BRITANICO.

EL CONCIERTO DEL MARTES.

Con broche de oro, puede decirse, se cerró la serie de festejos organizados por la Colonia Inglesa para celebrar la Coronación del Rey Eduardo VII.

Los salones del Club Británico, uno de los centros de reunión más distinguidos de nuestra Capital, abrió sus puertas el martes último, para ofrecer á la crónica de la semana la nota más saliente. El edificio se veía engalanado, en su parte exterior, con multitud de focos incandescentes, de diversos colores, que formaban una corona imperial. A uno y otro lado estaban, formadas también con focos, las iniciales E. R. y la fecha de la Coronación. Completaban el adorno de la fachada haces de banderas inglesas, escudos y piezas florales artísticamente distribuídos.

En el interior el adorno era sencillo, pero de buen gusto. La entrada se decoró con guías de flores y cedro, y las escaleras estaban tapizadas con fina alfombra. A los lados había tiestos con plantas de ornato, y en el primer descanso una gran corona de gardenias. En los corredores se veían piezas florales del mejor efecto, guirnaldas y banderas.

MR. GEORGE GREVILLE, MINISTRO DE INGLATERRA.

El salón en que debía verificarse el concierto anunciado, es uno de los más elegantes del Club. Su puerta principal está formada por vistosos cristales de colores. En el fondo había dos grandes retratos del rey y la reina, los cuales estaban rodeados de un doble marco de flores finas, blancas y rojas. En el remate de la puerta se puso un cuadro que representa á los Soberanos en el trono. El retrato de la reina Victoria estaba medio cubierto con un crespón negro, y adornado con flores blancas. En cada puerta del salón servían de cortinas banderas inglesas, y en los entrepaños había bonitas figuras de flores. Del candil del centro, que tenía más de veinte focos de luz, partían guías de flores.

La sala de baile contigua á la de conciertos lucía un adorno parecido.

A las nueve y media de la noche, hora en que se presentó, acompañado de su distinguida esposa, el Sr. Ministro Greville, comenzó la agradable fiesta.

CLUB BRITÁNICO. SALÓN PRINCIPAL Y CORREDOR.

La «Imperial Overture», ejecutada por la orquesta, fué el primer número del concierto. Después los «Aires británicos», que acabaron con el himno «God Save the King», cantado por el coro.

De los números siguientes, uno de los más brillantes y aplaudidos fué el himno «Loyalty», cantado por el coro con acompañamiento de piano. Este himno fué compuesto para esta ocasión por el señor Bruce Bailey, quien lo dedicó á la señora Greville, esposa del Ministro Inglés.

A las once se suspendió el concierto para tomar un ligero lunch. Después fueron ejecutados una fantasía, por la orquesta y el coro «Long life to a boston's name».

La fiesta terminó con un baile improvisado que se prolongó hasta las dos de la mañana en medio de la más franca animación. La sala estaba adornada, como la de conciertos, con sencillez y buen gusto.

La concurrencia fué muy numerosa y escogida.

***

Completamos nuestras ilustraciones relativas á las fiestas de la Colonia inglesa, con los retratos del Sr. Ministro Greville y de Mr. Anderson, Presidente de la Comisión encargada de organizarlas.



MR. J. M. ANDERSON.

EL DEPENDIENTE.

Todos los afanes de las primeras horas del día se dedicaban á él.

Luego que se oía el martilleo penetrante y prolongado del despertador, la señora abandonaba el lecho—con cuidado, con sumo cuidado, para no mover al muchachito, que dormía el sueño sabroso de la mañana,—y tras de ver si en la cocina estaba todo listo para la primera faena, entraba á la recámara del esposo, entreabría la puerta del balcón y se acercaba á ver á su buen hombre, que con la cara hundida en las almohadas, descabezaba todavía el último sueño.

—¡Eh, las siete!

No obtenía respuesta.

—Ramón, Ramoncito...... Ramón, son las siete dadas, hijo.

—¡Voy, voy, voy!

Media vuelta y á saborear otro jironcito de reposo.

Ya sabía la señora que aquello duraría poco, y su afán tomaba otro rumbo. Abierto de par en par el ropero, buscaba los pantalones planchados la víspera, tomaba el jaquet que estaba en la armazón de alambre, volviendo la espalda á la escena de la alcoba; luego hacía minuciosa revista de cuellos, iba hasta el balcón para que la luz le ayudara á patentizar las nitideces y los brillos; igual cuidado con los puños, y mucho más al ponerles las mancuernas de chispitas; pañuelo, calcetines. Todo era colocado sobre una silla junto al lecho, y la señora salía llevando en la mano el par de zapatos empolvados.

***

Ya se hacían los preparativos para que la vida del comercio se agitara. Los mozos sacudían las fachadas, descorrían las cortinas de acero, y á la mirada de los escasos transeuntes se iban presentando los maniquíes lujosos, que habían pasado la noche en su cárcel de vidrios con la misma postura incómoda en que los vió la multitud que paseó ayer por el boulevard. Los escaparates de las joyerías mostraban nada más sus zócalos de peluche; los brillantes estaban todavía durmiendo sus luces en las tinieblas de las cajas de fierro. Las joyas son como los hombres que hacen gran papel en la política ó en las finanzas: no pueden estar donde quieren, á su antojo: si duermen, se les vela; si llegan á un salón, atraen las miradas; si sufren demérito, se les relega á las capas inferiores y se les olvida.. ..

Ya en los relojes públicos han sonado las tres campanadas que anuncian la proximidad de la hora. Los dependientes que han madrugado forman corrillo delante de la puerta cerrada y chicolean con las muchachas del gremio, que no son esquivas con ellos, quizá por la igualdad de sus luchas, de sus cansancios, de sus sinsabores y de sus alegrías.

***

El último beso, allá en lo alto de la escalera. La esposa le alcanza todavía para quitar de la solapa una imperceptible mancha de polvo, y el flamante señor baja de prisa. En el último peldaño se detiene para ver una vez más á la compañera y agitar la mano en son de despedida.

—Vienes temprano, hijito, ya sabes......

El esposo hace un signo afirmativo con la cabeza, por más que no sepa ese «ya sabes,» pero se imagina que será un platillo de su gusto que lo espera, ó el descorche de una nueva botella de coñac ó un beso, en último caso.

El es un dependiente de joyería, y á esa clase de establecimientos conviene concurrir con tal ó cual acicalamiento. Allí se trata con la riqueza sobrante, con el capricho exquisito, con uno que otro oropel ó con el último cartucho de oro, que por «último,» es el más vanidoso, el más exigente, el que quiere más solemnidad para quemarse; es como algunos reos sentenciados á muerte: aceptan un banquete pocas horas antes de ir al cadalso y quieren champaña seco, porque el dulce puede hacerles daño.

Y como es tan poco agitado el comercio en las joyerías, el dependiente pasa muchas horas en reposo, reflexionando acerca de la última compradora, que iba con cara de pascuas, el último mozalbete, que estando todavía en tutela, se aventura á solicitar alhajas á crédito.

De pronto, recuerda á su esposa, á la compañera que desde el peldaño alto de su casita humilde le gritó que «no tardase, que ya sabía»

¿Qué sabía él? ¡Y que aquel ángel de bondades no luciera sobre el lóbulo de la oreja ni el más raquítico solitario de los que él tomaba diariamente á puñados para ofrecer á las damitas perfumadas que quizá valían menos que su gran señora!

Mientras que arreglaba en el estuche un soberbio aderezo, venía á su imaginación la hermosura de la esposa iluminada con los dardos de luz de aquellos brillantes. El soñado rostro se coloreaba con el rubor de la alegría y se le aproximaba más y más hasta dejarle un beso de cariño y de agradecimiento.

—Has trabajado mucho para traerme una alhaja!...... te adoro y la adoro......

La hermosa visión se borraba bruscamente. Un señorón seguido por una aya cubierta de cintas blancas y llevando en los brazos á un sonrosado capullo de vida, se presentó pidiendo:

—Un juguete para este chico, cualquier cosa, algo que le impida llorar de aquí á casa.

Y al decir esto, puso sobre los cristales del mostrador un billete de alto precio.

Se le dió al bebé una sonaja de plata y marfil. Con lo que aquello valía, el dependiente hubiera cumplido la mitad de sus compromisos mensuales...... ¡iba á ser para que un niño no llorara durante algunos momentos!......

El hijo del dependiente nunca había tenido, ni en sueños, una alhaja semejante.

Su hijo... aquel niñito encantador que tanto lo besaba......

Resueltamente era un hombre desgraciado, y desgraciada la esposa y desgraciado el hijo!

Y hundido en una ola de desesperación, apuraba y apuraba más aquella pena, cuando acertó á volver la vista hacia la puerta del establecimiento: allí vió á un niño harapiento que contemplaba con ojos de profunda tristeza la suntuosidad de la tienda de alhajas.

Luis Frías Fernández.

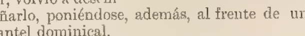


LA SEÑORA PROFESORA

ANA RAMIRO DE FIGUEROA.

El 12 del corriente dejó de existir en la capital la distinguida profesora cuyo nombre encabeza estas líneas.

La señora Ramiro nació en Acapulco é hizo sus estudios de profesora en esta ciudad, donde obtuvo el título y estableció un colegio particular. Algún tiempo después fué nombrada directora de una escuela nocturna, pasando más tarde á servir una municipal. Su matrimonio la hizo separarse de su empleo, pero al enviudar, volvió á desempeñarlo, poniéndose, además, al frente de un plantel dominical.



En 1889, el gobierno de Oaxaca la llamó á organizar y dirigir la Escuela Normal para profesoras, creada en la Academia de Niñas por el gobierno del general Zertuche, y desde 1896, en que volvió á México, estuvo encargada de las escuelas nacional primaria superior núm. 2 y nocturna núm. 4.

Durante el gobierno del general D. Gregorio Chávez, en aquel Estado, reorganizó la Escuela Normal sobre las bases de la pedagogía científica, contribuyendo á la formación de la ley reglamentaria que aun rige en aquel plantel, y con su clara inteligencia y su espíritu de progreso, elevó á la Academia á un grado de esplendor notable.

Por lo demás, la señora viuda de Figueroa sostuvo y defendió con ahinco la conveniencia de adoptar en las escuelas primarias de esta capital los métodos modernos, entre ellos el de la escritura-lectura, que ha ido abriéndose paso debido á sus constantes esfuerzos.

La muerte de la estimable profesora ha sido muy sentida.

METRÓPOLI MUERTA.

Los museos son los cementerios del arte: no muestran, evocan.

Las grandes galerías claras y silenciosas, como salas de hospital, nos sumergen en sonambulismos extraños. El guardián dormita, sentado al pie de una columna. Por los vidrios polvorientos se filtra la luz del sol. Los escasos visitantes pasan indiferentes, haciendo sonar sus gruesos botines sobre los mosaicos y se detienen ante las mismas obras, con un gesto de aburrimiento, porque han venido, más que por venir, por poder decir que han venido. Desde la calle sube el vaho de la vida: gritos de mercaderes, ecos amenazantes de multitud que pasa. Por la ventana, abierta como un marco, se ve un recorte de cielo—la mejor de las telas. Los muros, ennegrecidos, abren sus grietas como arrugas de vejez. Los chapiteles, las cornisas y los bajos relieves, cubiertos de años y de recuerdos, sonríen con sus egoísmos de historia. Parece que vivieran todavía su época en la nuestra, por un contrasentido de los sentidos. Y todo nos habla de la muerte. El artista que pasa, parece seguir un convoy por una avenida de cipreses. Su sombra se alarga en las galerías como un mástil, y se rompe contra el muro.

Se piensa en el eterno contrasentido de las artes, obstinadas en invadirse y arrebatarse entre sí sus prerrogativas. El pintor busca el relieve de sus cuadros, el escritor quiere pintar escenas, y el escultor se empeña en hacer hablar á sus estatuas. Quizá fué para conciliar estas ambiciones que los romanos aventuraron la pintura sobre los mármoles. La tentativa fué grotesca. Pero si una mano sobre humana consiguiera amontonar en un solo rayo de luz todo lo divino de todas las artes, estaría resuelto el problema de los Dioses. ¿Qué pensaríamos de un «Prometeo» esculpido por Miguel Angel y pintado por Velásquez, que dijera palabras de Hugo, entre el torbellino de una música de Wágner?

Son divagaciones. La atmósfera helada de las galerías inmensas; el silencio interrumpido de largo en largo por el ruido de un objeto que cae, ó una indicación del guardián que repercute en todas las salas; la misteriosa pasividad de los retratos, cuyos ojos siguen al visitante como si le reprocharan la fantasía de vivir cuando ellos descansan detrás de la tela; la resurrección de las lecturas; el atavismo de las supersticiones, y un sentimiento extraño que nos invade ante el esfuerzo de tantas voluntades victoriosas, inspiran al visitante ingenuidades de Pierrot y gestos incongruentes.

Pero por la fúnebre solemnidad de las salas, pasa á veces una pareja joven con trajes alegres y ojos de domingo. Son dos enamorados que desdeñan las telas y las estatuas y buscan una cueva ignorada y un rincón solitario para seguir hilando hermosos proyectos de mentira. Pasan ajenos á todo, con una sonrisa y un beso en los labios. Los personajes de las pinturas se asoman para verlos. Un caballero de Velásquez que baja por una escalera de piedra, les saluda ceremoniosamente con un sombrero emplumado.

Pero los enmorados están aturdidos de felicidad y no ven nada. Cuando encuentran el sitio tranquilo que buscan, se sientan sobre la banqueta roja y hablan atropellada y caprichosamente, en pelotones de alegría, haciendo caricaturas con las palabras. ¿Qué tienen ellos que ver con Murillo y con Rembrandt?

Si Goya surgiera de improviso ó Delacroix bajara de su retrato, habría una obra maestra más. Con cuatro pinceladas decisivas fijarían el grupo sobre el muro, dándole una auréola de estrofa. Los colores tendrían ironías de Rabeláis y antítesis de Hugo: en el museo, en la metrópoli muerta donde los cuadros parecen lápidas sepulcrales que hacen el elogio de los artistas que fueron, el extravío de dos almas locas que ignoran los destinos y corren detrás de una quimera, empujadas por un contrasentido risible que hace nacer la vida de la muerte.

Manuel Ugarte.

ARTISTAS DEL TEATRO HIDALGO

SUICIDA.



De pie sobre la tumba de un suicida,
Exclamé con voz ronca y dolorida:
«Cobarde, no mereces descansar;
No supiste vencer vanos dolores?»
Y hollé rabioso las abiertas flores
Que allí mismo empezaban á brotar.
Eso fué ayer.... más hoy, ya fatigado
Y de sufrir y de luchar cansado,
Ya me parece atónito escuchar
Que alguien pisa mi tumba de ira loco
Y me grita: «Cobarde! tú tampoco,
Tú tampoco mereces descansar!»

JULIO FLOREZ.

JUANITO.

La madre pasó la noche junto al niño, pálida, con los ojos hundidos y el cabello destrenzado. En su rostro, fresco antes como la rosa que acaba de abrirse, se adivinaban las sombras de un dolor incurable y de una tristeza que lentamente se infiltraba en su espíritu.

Juanito, el chiquitín de cuatro años, de pupilas azules como el cielo, estaba enfermo, muy enfermo desde aquella tarde de octubre en que salió con él á pasear por el campo lleno de cañas tostadas por la nieve, de troncos desnudos de follaje y de yedras marchitas. Ella recordaba, hundiendo la mano descolorida en la onda negra de su cabellera, como para impedir que la memoria se le escapara de improviso, que el chiquitín no había, como otras tardes, correteado gozoso, alegre, hasta rendirse. Otras veces saltaba, iba al río, y sentándose á la margen, revolvía con sus manecitas incansables la húmeda arena que brillaba á los rayos del sol como un reguero de piedras preciosas.

Huraño, retraído, sin aquella sonrisa que lo hacía tan hermoso, no quiso apartarse de ella; reclinó la cabecita rubia en su seno y por primera vez quedó Juanito como absorto ante el crepúsculo que daba á las cimas cambiantes de ópalo.

—¿Qué es aquello, mamacita? murmuró inquieto y medio turbado. Se quema el cielo; mira la lumbre...... Y como si aquel espectáculo le infundiera pavor, volvió su carita de ángel para ocultarla con las ropas de la mujer, que le besaba con ternura.

La madre sonrió dulcemente, y acariciando la sedosa cabellera del niño, le dijo: Esa lumbre que ves, es la lumbre con que Papá Dios, que está en el cielo, castiga á los niños que no son, como tú, obedientes y buenos......¿Más



arriba—¿ves la estrella que está más arriba? está la gloria donde Dios pone á los que quieren mucho á sus padres, como tú me quieres...... Allá está tu hermanita; es aquella estrella...... Las estrellas son los angelitos......

Crecía la sombra y Juanito vió que el cielo se llenaba de luceros......

***

Desde aquella tarde la fiebre consumía al chiquitín de ojos azules. Las noches pasadas en vela y el recuerdo de todas las tristezas que marchitaban su corazón de veinte años, hicieron que la madre quedara largas horas sumergida en profundas meditaciones.

¿En qué pensaba? Pensaba en el esposo que encaneció en plena juventud sentado á la mesa de trabajo y que murió dejándole, como única herencia, á Juanito; en la niña que le mandó el cielo cuando la primavera enfloraba los campos, y que le arrebató el aire helado de una mañana de noviembre; en el hijo que se le moría, y en su desgracia......

Hubo un instante en que reprimió los sollozos que se agolpaban á su garganta y, sin ruido, se acercó al lecho en que el chiquitín se consumía. Juanito sintió una mano helada sobre su frente y abrió los ojos. Un sudor extraño empapaba su cuerpo; sus brazos no se alzaron ya como un reclamo á las caricias maternales, ni en su boquita aleteaba el beso casto, inocente...... el beso más puro de todos los besos!

—¡Quiero ver las estrellas!...... quiero verlas!...... ¡mamacita!, dijo el niño con voz apenas perceptible.

Y la madre corrió...... aturdida, sin sentido, abrió la ventana y se puso á contemplar el cielo...... el perfume de las flores invadía la estancia, y allá, lejos, muy lejos, brillaba la última estrella.

Juanito había muerto.

René de Roy.

Grito de Redención.

¡Almas inermes que lloráis cautivas
del vicio ó del error; almas incultas
que, á todo anhelo de grandeza esquivas,
vivís por siempre bajo el mal sepultas,
sin que la vida en su batalla inmensa
os haga altivos levantar la cara
y comprender que de la turba ignara
surge á la luz la multitud que piensa!
¡Almas enfermas, que del fuerte esclavas,
marcháis á la ventura
sin que arda nunca en vuestras turbias frentes
el sueño augusto de pisar la altura
en donde agitan su gloriosa tea
de espíritus videntes
aquellos que con armas refulgentes
combaten por el triunfo de una idea!
¡Seres obscuros, la existencia os llama!
Trocad la bruma que os envuelve, en lampo
que radie á vuestros ojos
y os ilumine el anchuroso campo
donde se ven los estandartes rojos
que ostentan los que en pos de la victoria,
luchan con fe sin exhalar un grito
y se arrebujan en la luz de gloria
que sobre ellos refleja lo infinito.
La inercia que os domina es un estado
de mísera agonía;
es la faz angustiosa del nublado
que á vuestros ojos obscurece el día.
Sabed que es tiempo de que alcéis con brío
en vuestros puños la triunfal palanca
con que la vida intelectual nos lega,
en vez del nublo que á la acción estanca
y del error que al pensamiento ciega,
el haz de luz que al pensamiento arranca
de la inacción para decirle: brega.

Mirad: hacia lo lejos
se descubren las bélicas milicias,
y se perciben los sonantes dejos
de aquellos que alentando á las caricias
que hace la Fama á su actitud heroica,
llevan la luz á la conciencia obscura
y van marchando á la guijosa altura
con paso firme y voluntad estoica.
Oíd cómo se escuchan
rumores de mareas
y explosiones de recios alaridos:
es el épico hervor de los que luchan
agitando el pendón de sus ideas
sobre el grupo sin fe de los vencidos.
Mirad: sobre la cumbre
de brillos esplendentes
alzan al cielo su fulgor de lumbre
las incansables, pensadoras frentes.
Y esa luz, y esos bélicos clamores,
y ese oleaje de fuerzas superiores
que yerguen el proscenio
de su labor, sobre la egregia altura,
forman la olímpica expresión del genio,
la faz más amplia del esfuerzo humano,
que todo lo adivina,
que sin cesar nuestra existencia explora
y á la voz de los rayos que fulmina,
hace del caos despertar la aurora.

¡Seres que á trágico dolor sujetos
atravesáis la tierra
sin la conciencia de los mil secretos
que en su pasmoso mecanismo encierra!
¡almas sin luz! la humanidad consciente,
la que trabaja en la labor pensante,
estalla en gritos de dolor inmenso
al comparar vuestra actitud doliente
con la actitud radiante
de los que elevan el sagrado incienso
de su razón ante el altar sublime
en donde oficia la verdad y en donde
se alza una voz que á nuestra voz responde
y nueva vida á nuestro ser imprime.
Amáis lo heroico y en la fe sencilla
que os enardece, se vislumbra el rastro
de un culto que se humilla
ante el ara de todo lo que brilla,
sea virtud, inteligencia ó astro.
Amáis al héroe sin saber que el germen
del heroísmo en vuestro ser se oculta,
sin comprender que en vuestra masa duermen
con la expresión de una existencia informe,
vitalidades que el error sepulta
bajo el dominio de su fuerza enorme.
Quizás penséis que el heroísmo brota
de una celeste inspiración arcana
que empuja al hombre y que le dice: flota
sobre el nivel de la conciencia humana.
Pero mentira. En la eternal batalla
en donde el hombre con lo arcano brega,
nadie á triunfar predestinado se halla;
tan sólo triunfa y á lo heroico llega
quien marcha en pos de la verdad augusta,
llevando en su sendero
la voluntad como radiosa fusta
y la razón como tajante acero.

Benito Fentanes

STELLA.

(del italiano.)

Del árido peñón la bruma vaga,
corre su velo de volutas rotas,
y entre un vuelo furtivo de gaviotas
tiembla la luz que en el confín se apaga.

El disco argénteo de la luna, indaga
la triste obscuridad. Vibran las notas
de un harpa que han templado las ignotas
ninfas que Apolo con su lira embriaga.

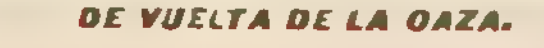
¡Crepúsculo sin fin! El alma aduna
con el beso plateado de la luna
el casto beso de la novia muerta;

y en medio del silencio y la agonía,
ya próxima á morir el alma mía,
al borde de la tumba se despierta!......

Miguel C. Novaro.

***

—La libertad es incompatible con el amor: amar es ser esclavo.—Mme. Delaunay.



DE VUELTA DE LA OAZA.

(CUADRO DE A[illegible]

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 8 | MÉXICO, AGOSTO 24 DE 1902. | Subscripción mensual foránea, $1.50 Idem Idem. en la capital, „ 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. | Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



LAS CONSENTIDAS.

(De la colección Pellandini.)

EL VIEJO.

Decrépito, sucio, macilento, apoyando en un grueso bastón el corcovado cuerpo, que por instantes amenazaba caer; caminando á rastras con un temblor senil en las piernas, que denotaba el supremo esfuerzo del movimiento; deteniéndose á cada paso para contemplar, con mirada entre distraída y estúpida, lo que á su alrededor sucedía, ó sumergido en ensimismamiento caviloso, como atenaceado por el recuerdo, así cruzaba las calles de México hace quince años, un hombre envejecido á la vez por el pensamiento, por el sufrimiento y por el vicio. Los transeuntes pasaban ante él con desdeñosa indiferencia. Nadie le saludaba, y, sin embargo, todo el mundo le conocía. En torno de aquel hombre, inerme ya en la lucha por la existencia, giraba la multitud, pletórica de fuerzas y ambiciones. Algunos, al pasar junto á él, pensaban: ¡pobre «viejo»! Una compasión rápida y dada como de limosna por unos cuantos corazones buenos, era el único sentimiento que arrancaba el «viejo» á aquellos que en otras épocas le conocieron y trataron.

Yo, en distintas ocasiones, pude verle de cerca y notar la profunda huella, el surco indeleble que en aquel rostro habían dejado las ideas, las lágrimas y el alcohol. Entre una barba, hirsuta de canas amarillentas y lacias, gesticulaba con dolorosa expresión la boca desdentada; sobre la palidez de los pómulos asomaba la mancha cárdena, denunciadora de la fiebre alcohólica, y tras los opacos vidrios de unos anteojos de varillas torcidas, chispeaban, bajo las cejas ásperas y blancas, los oscuros ojos, inteligentes, vivos y de extraordinaria energía.

¡Qué minado, qué ruinoso se encontraba aquel organismo! ¡Qué abatido y qué triste aquel espíritu!

El «Viejo,» á semejanza de Edgard el americano, bajaba lentamente el antro obscuro de lúgubres fantasmagorías, é iluminado á trechos por la llama verde del ponche. Cuando le conocí, llegaba ya al último peldaño; había dejado todo en su pavoroso descendimiento; la inteligencia, la fuerza, la fantasía, y sólo le quedaba la vaga conciencia de una vida fecunda en dolores y desilusiones.

¡Y ese hombre inválido del combate social; ese ser triplemente herido por el infortunio, por la abyección y por la miseria, había sido poeta, filósofo, novelista; había cantado nobles ideales, se había sentido lleno de sentimientos altos, que hicieron explosión de entusiásticas estrofas ataviadas con ricas imágenes y verba fulgurante!

El «Viejo» fué poeta lírico: sus versos son tristes y se arrodillan ante las enamoradas de veste blanca y nimbo sobre la frente, como la Beatriz de la Divina Comedia; fué «humorista» notable: sus humorismos están impregnados de fina observación, y fueron escritos en ese estilo vibrante y «cortado» que tantos triunfos valió á Alfonso Karr; fué filósofo á la manera de los viejos románticos: con cierta mofa sangrienta y cierto doloroso escepticismo que á las veces ríe y á las veces blasfema.

El «Viejo» tuvo su cortejo de admiradores; se impuso á su época; saboreó los manjares del triunfo, y oyó el eco prolongado de los aplausos. Tuvo en su juventud veladas de sabio; estudió y produjo; entró con brillantes armas á luchar por la existencia, y se sentó en la mesa de los poderosos, y en los escaños del Congreso.

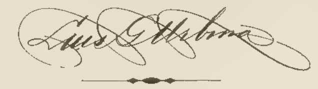
Cuéntanme que, no obstante, vivió una vida libre, ligera, con algo de misantropía y extravagancia. De joven habitaba en una boardilla obscura, en la cual, á decir de un literato contemporáneo suyo, había por único mueblaje una cama revuelta, algunas sillas y, colgados en la pared, un machete suriano, y un cántaro, almacén de las producciones literarias.

«El «viejo,» conforme avanzaba en edad, y por circunstancias que no conozco, pero que me parece adivinar, fué acentuando su carácter de bohemio, hasta convertirse en un trasnochador de café. Ninguno me ha confiado los detalles de esta existencia tan brillante y prometedora en el principio, y en el fin tan negra y tan infortunada. ¿Empujada por quién fué cayendo aquella alma en el abismo? ¿Cómo fueron desvaneciéndose las esperanzas, muriendo las energías, y aflojándose, poco á poco, la voluntad de este hombre superior?

Y sólo sé lo que necesito: que el «viejo» fué un vencido de la suerte, un hombre que iba dejando la vestidura de su talento y de su genio en los zarzales del camino.

¿En el naufragio de esa vida flotarán algunos libros hasta alcanzar la playa lejana? Creo que sí.

El «viejo» murió ya sin inteligencia, sin esperanza y sin amigos......¡Pobrecillo!



DIONISIO.

Mr. Marambot abrió la carta que le entregaba su criado Dionisio, y se sonrió.

Dionisio, que servía en la casa desde hacía veinte años y que pasaba en toda la comarca por un criado modelo, preguntó:

—¿Ha recibido el señor una buena noticia?

Mr. Marambot no era rico. Antiguo boticario de aldea, jamás había querido casarse, y vivía de la modesta renta adquirida vendiendo drogas á los campesinos.

A la pregunta del criado contestó el farmacéutico:

– Sí, Dionisio. El tío Malóis retrocede ante el pleito con que le amenazo, y mañana recibiré mi dinero. A un solterón como yo, nunca le viene mal el ingreso de 5.000 francos.

Y Mr. Marambot se frotaba las manos de gusto.

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, el cartero entregó á Dionisio cuatro cartas para su amo, una de las cuales pesaba mucho.

Mr. Marambot se encerró inmediatamente en su cuarto hasta el mediodía, y después confió á Dionisio cuatro sobres para el correo. Uno de ellos, dirigido á Mr. Malóis, era indudablemente un recibo.

Llegó la noche; Mr. Marambot se acostó á la hora de costumbre y se durmió como un bendito.

De pronto le despertó un ruido extraño. Sentóse en la cama y escuchó. Pero de repente se abrió la puerta y se presentó Dionisio en el umbral, con una bujía en una mano y un cuchillo de cocina en la otra.

Mr. Marambot supuso que su criado se había vuelto sonámbulo, é iba á levantarse para dirigirse á él, cuando Dionisio apagó la luz y corrió hacia el lecho.

Su amo tendió las manos para detener el golpe, que le derribó de espaldas, y trataba de apoderarse de los brazos del criado—á quien creyó loco,—á fin de evitar las terribles acometidas que le dirigía.

El pobre boticario fué herido primero en un hombro y luego en la frente y en el pecho, mientras agitaba sus manos en la obscuridad y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Dionisio! ¿Te has vuelto loco, Dionisio?

Pero el otro continuaba hiriendo sin cesar, hasta el momento en que Mr. Marambot exclamó:

—No he recibido el dinero, no he recibido nada. Mr. Malóis ha retirado su protesta y voy á pleitear con él. Para eso has llevado las cartas al correo.

Y haciendo un supremo esfuerzo, cogió de la mesa de noche una caja de fósforos y encendió una luz.

El infeliz estaba cubierto de sangre, y al ver tan terrible espectáculo, se creyó muerto y perdió el sentido.

Reanimóse al rayar el alba, pero cerró los ojos para no ver nada. Al cabo de algunos minutos amenguóse su espanto y reflexionó.

No estaba muerto y podía volver á la plenitud de la vida.

¿Qué había sido de Dionisio? Probablemente habría emprendido la fuga.

De pronto oyó Marambot abrir la puerta del cuarto, y su corazón dejó casi de latir. Al ver á Dionisio, cerró los ojos y contuvo la respiración, para que el asesino creyese que su obra estaba terminada.

Sintió que le quitaban la sábana, que le palpaban el vientre y que le lavaban con agua fría las heridas.

Indudablemente trataban de salvarle, y con grandes precauciones se atrevió á abrir los ojos.

Vió á Dionisio junto á él y volvió á cerrarlos con espanto.

—¿Qué hacía allí aquel hombre? ¿Qué nuevo proyecto abrigaba?

—¡Estoy perdido!, pensaba Mr. Marambot, poseído de indefinible terror.

Pero no tardó en convencerse de que su criado, después de haberle querido matar, se empeñaba en salvarlo.

El boticario abrió de nuevo los ojos y notó que no había ya sangre en el lecho y que le habían mudado las sábanas.

—¡Has cometido un crimen horrible!—exclamó Mr. Marambot.

—Pero voy á repararlo—contestó Dionisio. —Si usted no me denuncia, continuaré sirviéndole fielmente como antes.

No era oportuno disgustar en aquel momento á su criado, y Mr. Marambot exclamó cerrando los ojos:

—¡Juro que no te denunciaré!

***

Dionisio salvó á su amo, y por espacio de muchos días y muchas noches, no se separó ni un instante del lado del paciente.

Aunque el boticario pensaba despachar á su criado tan pronto como estuviese restablecido, iba aplazando de continuo la realización de su propósito.

Creía que el miedo á la denuncia contendría á Dionisio, y le anunció que había hecho testamento ante Notario, en el que revelaba su crimen á la justicia por si volvía á cometer otro atentado.

Dionisio siguió siendo un criado incomparable, y Mr. Marambot, al verse curado y tan bien asistido, resolvió no despedir nunca á su sirviente.

Pero un día, después de almorzar, oyó un espantoso ruido en la cocina.

Corrió hacia ella y encontró á Dionisio entre dos gendarmes.

Tan pronto como Dionisio vió á su amo, exclamó:

—¡Me ha denunciado usted, y eso es una infamia después de lo prometido!

Mr. Marambot contestó:

Te juro ante Dios que no es así y que ignoro cómo la justicia ha conocido tu tentativa de asesinato contra mí.

Uno de los gendarmes dijo entonces:

¿Cómo, señor? Ese hombre ha querido matarle?

—Sí—murmuró el boticario, sin darse cuenta de lo que ocurría.

—La justicia, repuso el gendarme, tendrá en cuenta ese crimen; pero ahora, señor Marambot, detengo á ese pillo por el robo de dos pavos en casa de Mr. Duhamet.

Y volviéndose á su compañero, le dijo:

—¡En marcha!

Y los gendarmes se llevaron á Dionisio.

***

El abogado apeló al recurso de la locura, apoyando uno en otro los dos delitos para robustecer su argumentación.

El Presidente, volviéndose hacia Mr. Marambot, cuya declaración había sido excelente para su criado, le preguntó:

—Pero aun admitiendo que no tuviese usted á ese hombre por loco, no se explica cómo ha podido usted consentir que continuara á su servicio.

—Qué quiere usted, señor Presidente!, contestó el farmacéutico. Cuesta tanto encontrar un buen criado en estos tiempos!

Dionisio fué absuelto y destinado, á costa de su amo, á ser encerrado en un manicomio.

Guy de Maupassant.



La manifestación de las madres de familia en la plaza de la Concordia.

LA REBELIÓN CLERICAL

EN FRANCIA.

Desde hace muchos días Francia es teatro de una agitación, bulliciosa en sus manifestaciones, aparatosa en sus procedimientos, pero que, en el fondo, no ofrece gravedad alguna ni llegará á adquirir las proporciones de un alboroto político.

De tiempo atrás existía un concordato entre el gobierno francés y el Vaticano, mediante el cual, la primera de las partes contratantes se reservaba el derecho de sujetar á determinadas reglas el establecimiento de asociaciones religiosas, y la facultad de negar autorización á las congregaciones que no se sujetaran á esas leyes.

No obstante el concordato, las asociaciones se extralimitaron; continuaron organizándose sin autorización. El ilustre jefe del Gabinete francés, M. Waldeck Rousseau, hizo pasar un decreto para la disolución de las congregaciones que no hubiesen cumplido con la ley.

En virtud de ese decreto, fueron notificadas las asociaciones infractoras de que debían dispersarse. Buen número de dichas asociaciones obedecieron al mandato legal, pero muchas otras resolvieron resistir ó, cuando menos, hacer ruido y atraer sobre ellas la atención pública.

Para conseguir esto último, que parece haber sido el verdadero fin de todos los sucesos recientes, las asociaciones reunieron á sus amigos, entre los cuales hay alborotadores de profesión; los que tenían á su cargo escuelas, citaron á una extemporánea distribución de premios, para congregar á los padres y, sobre todo, á las madres de familia.

Reunidas estas sencillas gentes, no faltaba un «leader» elocuente que las exhortase á defender lo que llamaban los derechos de la divinidad, y resistir á los mandatos de la ley.

Así se formaron grupos numerosos: sabido es cuán fácil ha sido en todo tiempo afiliar manifestantes en el bando de la oposición; y en los días señalados para la clausura forzosa de los establecimientos marcados por el decreto legal, se reunían millares de gentes ansiosas de gritar y de hacer estrépito. Había entre los jefes del movimiento figuras muy populares: Francisco Coppée, sacado de quicio hace tiempo por su misticismo, y un hermano de Guerin, el famoso por haberse encerrado en el improvisado «fort Chavrol,» donde hizo una cómica resistencia á la policía.

Hay allí, al frente del movimiento popular, oposicionistas de oficio, de aquellos que tienen la furia antigobiernista, semejante á la furia anticlerical, y que les impulsa á asociarse á cualquier movimiento de cualquier naturaleza que sea, y motivado por no importa qué pretexto, con tal que sea un movimiento de protesta y de oposición al mandato de los gobernantes.

Así se ha visto la paradoja de que, aquellos que defienden actos hostiles de quienes han sido adversarios eternos de la libertad, van ahora por los boulevares de París gritando «mueras» al Gobierno y «vivas» á la libertad!

* * *

El movimiento ha tenido su lado instructivo, en medio de todo. Ha dado una prueba palpable y consoladora de que las instituciones de la gran República, cuna de las libertades, son cada día más firmes. Ha demostrado cómo, á medida que los tiempos pasan, son más y más difíciles las tremendas reacciones contra el progreso, que en otro tiempo y en otros países han hecho indispensable que cada ley libertadora, cada paso civilizador, sea sellado con sangre.

Mas esos tiempos han pasado ya. Los clericales franceses lanzan gritos de guerra, de rebelión furiosa contra la ley y la autoridad constituída. «L'Univers,» que es el órgano más caracterizado de ese partido, ha publicado las más atroces injurias contra M. Combes, el sereno ejecutor de la ley; ha amenazado á las autoridades y predicho el exterminio de todos los instrumentos del Gobierno.

Y sin embargo, el pueblo francés, que acude á todos los sitios bulliciosos, que ama todo aquello que le da pretexto para gritar, para moverse, para lanzar la ironía, herir con el ridículo, y que también, cuando de sus derechos se trata, sabe defenderlos heroicamente, hoy no deja de aprovechar la excelente oportunidad para llenar los boulevares con el estrépito de sus gritos y de sus canciones, de revolverse y agitarse; pero en el fondo, en la acción, no se deja arrebatar por los gritos bélicos de quienes le quieran levantar en armas en contra de la autoridad legítima.

Si acaso, las sencillas mujeres del pueblo, los campesinos y los rudos obreros, sienten algo como un dejo de tristeza al despedir á los religiosos que se desbandan; como el aldeano que marcha del lugarejo natal, en busca de horizontes más amplios, siente que asoma una lagrima á sus ojos cuando, al trasponer la colina, mira perderse á lo lejos la mancha blanca del campanario de la aldea.

Y así la Ley, la augusta reguladora de las sociedades, va cumpliéndose fielmente, firme mente, como toda ley de progreso!

Dr. L. Lara y Pardo.

RONDEL.

Martillaré mis laminas de oro
para grabar su imagen peregrina
cuando llegue hasta mí, blanca y divina,
murmurando mi virgen: ¡Yo te adoro!...

Y volcará en mi alma su tesoro
su voz angelical y cristalina,
y por grabar su imagen peregrina
martillaré mis láminas de oro.....

Y volcará mi lira su tesoro;
y su sonante estrofa auriargentina
cantará su hermosura y mi tesoro;
¡y por grabar su imagen peregrina
martillaré mis láminas de oro!.....

R. M. Rubio.



Manifestación frente á una escuela de religiosos.

HORAS DE MEXICO.

¡Las 8!

Ya la ciudad ha quedado flamante, acepillada por las máquinas del barrido, sacudida por el pompón de orillo, bien trigueños los asfaltos por el lavado á grande agua que van haciendo el abanico cristalino de las regaderas y la cuadrilla de aseo público.



Ya el sol vierte su luz de vida en la espléndida mañana; los campanarios son centros de la onda rítmica que llama con sus sonoridades á las prácticas del templo.

¡Las ocho!

Los relojes públicos martillean con monotonía, como un aviso sarcástico á ese enjambre que momentáneamente se derrama por la ciudad y corre á esconderse en la vida interior de los almacenes, de las casas de modas, en los escritorios, en los colegios, en los edificios públicos.

Es la costurera, la que escribe en máquina, el burócrata de ínfima categoría, el mocetón extranjero que pasa la vida tras el mostrador, la empleada en los cafés y en las dulcerías elegantes; es todo un jirón de actividades que corre á mover la gran maquinaria del comercio.

Las costureras caminan en grupo, viven en el arrabal y se reúnen todas las del rumbo para comenzar la labor á un mismo tiempo. Cuando llegan al taller, ya «madame» está en su puesto y da las primeras órdenes «egeando» que es un primor.

Las costureras son un gremio alegre, quizá porque casi todas ellas tienen la hermosa satisfacción de estar entregando la vida para llevar un pedazo de pan á una madre anciana, á un padre imposibilitado para el trabajo, ó al hermanito huérfano, chiquitín adorable que se queda en la casa de la buena vecina mientras la luchadora va á hacerse sangre en la yema de los dedos con la punta de la aguja.

Las conquistas del feminismo han creado un nuevo grupo de laboriosas. No llevan el humilde chal, ni dejan caer la falda para que no se exhiba la bota de tacón chueco ni con indiscreciones del cuero que publican el color de la media; no, éstas son todas unas damitas de sombrero emplumado y que se ciñen el traje á la manera de las hembras del Norte, hablan algún idioma, teclean con habilidad en la máquina de escribir ó saben empacar con maravilla de gracia los dulces y pasteles, disponer la mesa de refrescos y ofrecer con exquisita coquetería un ramo de flores.

Los jóvenes burócratas, por lo general, oyen la hora de entrada á la oficina á varias cuadras del pupitre, y aquello sí que es correr: se agolpan á las plataformas de los eléctricos, y apenas sienten que el movimiento cesa, se apresuran á bajar con precipitación atropellando cuanto encuentran, tropezando en el empedrado, y, jadeantes, cubiertos de sudor, llegan con tiempo limitadísimo para garabatear una firma en el libro de los registros de asistencia.

Mientras tanto, en las puertas de las sombrererías se dan el apretón de manos las oficialas, prometiendo verse á la salida, y el último barrendero, el flojonazo, les echa polvo en las faldas y las apremia con malos modos para que le dejen el campo libre.

En los jardines hace iris el chorro del agua del riego, que se convierte en mil gotas al azotar las ramazones cubiertas de hojas brillantes. Va y viene el hombre de la manguera, siendo diversión de muchachos desocupados y de fuereños que por primera vez visitan la ciudad populosa. El musgo de los camellones y la arena de las callecitas se refrescan y entra en alegría el jardín que por la noche fué teatro de soledad y de sombras.

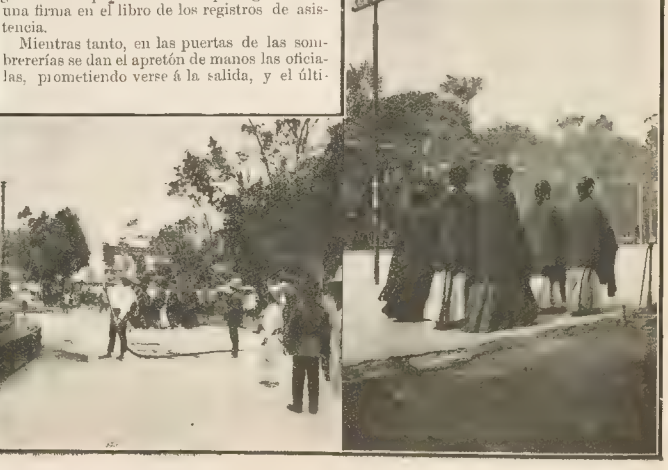
La estatua de bronce también recibe su baño y da al sol su color tostado con un fuego de brillo y un resbalar de gotas que fingen diamantes sobre piel africana.

Y la promesa de la patria, los hombres del porvenir, van apresurados á emprender la faena del día en los salones del colegio, todos iluminados por ese alegre rayo de sol de la mañana.

A las puertas del plantel charlan los buenos camaradas esperando la hora. Suena la campana: ¡Son las ocho!

JAVIER DE ULMA.









REYES Y NOBLES AZTECAS.

EN HONOR DE CUAUHTEMOC.

El jueves por la mañana se verificó ante la estatua de Cuauhtemoc la ceremonia que, año por año, organiza el Ayuntamiento para honrar la memoria del último emperador azteca.

La significativa manifestación, que tiende á mantener incólume en el pueblo el culto al valor y al patriotismo, revistió en esta vez un lucimiento y solemnidad poco comunes. Con anticipación se dió principio al adorno de la glorieta y del monumento, que ostentaba multitud de banderas y lazos de flores artísticamente combinados, invitándose á las escuelas nacionales para que concurrieran al acto.

Comenzó éste con una pieza de música ejecutada por la banda, y después abordó la tribuna el señor Presbítero Sandoval para leer un discurso en «nahuatl,» que luego tradujo al castellano; una pequeña niña leyó en seguida un corto discurso, que le fué muy aplaudido por la desenvoltura con que lo pronunció. El Sr. Juan R. Orcí cerró la parte literaria recitando unos bonitos versos.

A continuación subieron al kiosco varios niños, vestidos todos de aztecas, y entre los cuales se veían sacerdotes, guerreros, nobles, etc. Estos niños entonaron algunos himnos y cánticos de guerra, dirigiéndose después al monumento en vistosos grupos. Algunos indígenas de los pueblos cercanos concurrieron á la manifestación llevando flores, que regaron en los peldaños que dan acceso á la plataforma.

LA CHIRIMIA Y EL TEPONAXTLE.

PAISAJES PARISIENSES.

EL FRIO

Los jardines públicos, las plazas y los desembarcaderos de los ríos, están cubiertos de nieve. La ciudad tiene un aspecto hostil. Grandes caravanas de harapientos peregrinan al acaso por las avenidas. Y los diarios refieren la aventura de los que, acosados como bestias, no se resignan á morir sin haber mordido.

Hoy es la historia de la mujer flaca, vestida de verano, que arrebata una cartera al transeunte; mañana el episodio del profesor desgraciado que sustrae un abrigo de un escaparete; y pasado, el drama de los hambrientos que asesinan á un hombre por robarle el alfiler de la corbata.

El gendarme y el juez no amedrentan á nadie. Hay muchos que cometen el delito con el fin de dormir algunas noches bajo techo. Los asilos están colmados, y tratan de hacerse admitir en las prisiones.

***

Los paisajes de París son contradictorios. Los lagos del bosque de Boulogne se hielan á veces y se cubren de gentes felices que patinan envueltas en abrigos de pieles. Los carruajes aguardan al borde de la avenida y, como los jardines, los caminos y los árboles están muy blancos, todo parece dispuesto para una boda. Los caballos se impacientan y piafan, pretegidos del frío por mantas gruesas que llevan coronas en las puntas. Las damas se pasean con perros diminutos, de patas muy finas, que envuelven en mandiles de lana ó esconden en el hueco del «manchón». Las parejas se anudan y se alejan sobre un pie, escribiendo jeroglíficos con el patín sobre el hielo. Otros se calientan junto á los braseros, apurando vasos de licores finos. Y hay tanta felicidad en torno nuestro, que el paisaje parece primaveral, aun en medio de la nieve. Pero al caer la tarde, cuando todos se precipitan en tumulto hacia la ciudad, la avenida está llena de hombres pálidos y mal vestidos, que corren detrás de los carruajes, á riesgo de perecer entre las ruedas, y se encaraman sobre los estribos, para ofrecer un ramo de flores y pedir una limosna.

Por las noches, los cafés se encienden y brillan con reflejos de oro. Al través de los vidrios empañados se ven mesas muy blancas, salpicadas de luces de colores. Las parejas se despojan de sus abrigos y comen á boca llena, con grandes risas holgadas, de gente sin inquietudes. La espuma del champaña rebosa y humedece los manteles. Las hermosas se vigilan en los espejos, ofreciendo labios muy rojos y manos llenas de diamantes. La música arrulla. Pero cuando los grupos salen, siempre les detiene una mujer andrajosa, con un niño en brazos, que extiende la mano sin llorar, porque se le han helado las lágrimas.



NIÑOS CONCURRENTES Á LA CEREMONIA.

El frío subraya todos los contrastes. Los teatros rebosan de multitud curiosa. Se estrenan obras nuevas. Y el autor dramático, que se retira triunfante después de haber encantado á su público con un problema sicológico á la moda, encuentra, al entrar á su casa, un niño abandonado detrás de la puerta. El verdadero problema, que no es posible resolver con frases raras ni giros de alcoba elegante, es el destino de ese desgraciado. Pero como parece haber huído la moda de sentir, y como el público se enfada con el que interrumpe sus digestiones, el autor dramático vuelve la hoja de su día y reanuda al siguiente su eterno juego inofensivo de tejer intrigas al rededor de una muñeca de «boudoir.»

Que la nieve siga cayendo sobre los techos y sobre las esperanzas. El ser humano se adapta á todo. Los que tiritan, acabarán por encontrar una extraña voluptuosidad en su tortura. Y no faltará un hambriento que grite, con el cuello en la guillotina:—¡Viva el frío!

Manuel Ugarte.

EL PRIMER CIGARRO



NVUELTA en el copo de humo que se deja escapar de entre los labios cuando se quiere avivar el clavillo sofocado por la ceniza, va una sensación, un recuerdo muy lejano........ Así, así fué la primer fumada que dimos al cigarro hurtado á nuestro señor padre; así, sin que el humo bajara á la laringe á producir ese dejo amargo que hoy estimamos magnífico, sabroso, necesario, insubstituíble.

La escena se reconstruye con pasmosa fidelidad: el cigarro estaba abandonado sobre el bufete, desertó de la cajetilla y allí estuvo mucho tiempo, hasta que fué advertido por nuestra mirada de pilluelo, que pasea y pasea sin cesar por todos los rincones, por todos los muebles, sin dejar un solo sitio, un solo adminículo, un espacio por pequeño que sea.

El tal cigarro había caído sobre un papel escrito y parecía una oruga atacada por un ejército de hormiguillas negras. Se nos ocurrió salvarla de aquel trance y, con la cara vuelta hacia el sitio por donde podía ocurrir una sorpresa, tendimos la mano, atrapamos el cigarro y con ansiedad lo hundimos en el bolsillo.

Allí fué á hacer compañía á un pedazo de pizarrín, á una media docena de huesos de chabacano, al pañuelo anudado en forma de conejo, á......... á todo un nido de baratijas que atiborraban el bolsillo hasta darle la apariencia de una deformidad corporal.

Luego abandonamos el lugar de la tremenda hazaña y recorrimos la casa para asegurarnos de que la aventura podía seguir sin peligros.

Con la cara vuelta á un rincón, examinamos detenidamente la cilíndrica envoltura. En aquel entonces la industria estaba en pañales; los papeles matizados eran rarísimos, y por los extremos de la «canal» no asomaban las marañas del tabaco cortado en hebras.

No, aquello era todo un proceso de laboriosidad: dentro de la bojita blanca, la hoja aromática se apretaba convertida en fragmentos; y para dar solidez á la envoltura, en las extremidades se hacía un doblez que, observado desde los distintos puntos de vista posibles, se antojaba un ojo haciendo un guiño, un muñón de pierna amputada, la mitad de una boca de vieja. .... Y deshaciendo aquel pleguje, «descabezando»—como se decía, estaba á la vista una cola de gallina.

El cigarro hurtado pasó varias horas en el bolsillo, perdió su blancura por andarse rosando con los huesos y el pizarrín y con toda aquella cáfila de baratijas que viajaban por innumerables manos infantiles, que gozan de mala fama en cuestiones de aseo. La «canal» se ajó, el tabaco se puso en movimiento, quiso escapar y dió al traste con la esbelta figura cilíndrica.

Fué preciso violentar los acontecimientos, pero sobrevino un imprevisto incidente: ¿con qué encender aquel cigarro? La hornilla de la cocina era peligrosa por aquello de las delaciones maritornianas; la caja de cerillos del buró no estaba libre de acarrear una sorpresa que hubiera dado funesto fin á la aventura; ¿qué hacer?

¡Ah! — magnífico recuerdo,—en la repisa del santo que había en el cuarto de la criada, ardía una lámpara la dificultad estaba resuelta.

Con no poco trabajo se logró trepar hasta tener al alcance la mística flama; pero un nuevo tropiezo se nos pone en el camino: «era un sacrilegio—al decir de la vieja sirvienta—encender cigarros en las lámparas dedicadas á los santos.» Momento de vacilación; casi tenemos deseo de abandonar la aventura. Hasta podemos creer que la borrosa cara de la imagen está vuelta hacia nosotros y sentimos una mirada de reproche.

De pronto viene una sorpresa agradable: hay una cabecita de cerillo al pie del vaso de las flores. ¡Magnífico!

La casualidad protege la aventura y podemos seguirla á nuestro antojo. Todo depende ya de elegir un sitio seguro; que sea á la vez de escondite y de observación. Vamos resueltamente.

***

Las inocencias de la niñez son los medios de defensa que velan en todos los peligros en que la coloca la irreflexión. Un niño toma mil precauciones para hacer algo que le está prohibido, y al cabo de esa gran labor viene á incurrir en un detalle que sería de pésimas consecuencias para lo proyectado.

Nada se oponía ya á que fuésemos á fumar nuestro primer cigarro; pero sobrevino la idea de que «aquello» no tendría interés si no era presenciado por alguien que nos diese ocasión de envanecernos por la hazaña.

¿Quién podría ser el elegido? Precisamente el que menos: nuestro hermanito menor, un chiquitín que habla más de lo necesario, que de buenas á primeras espetará la historia á nuestros padres y que será irremisiblemente creído.

Sí, él nos acompaña, comprende bien la enormidad de la aventura y también guiña su ojo en son de malicia.

La realización del delito va á ponerse en planta. Las manos torpes, pequeñas y temblorosas, comienzan la faena. Se deshacen las «cabezas» y se intenta el movimiento de «torcer» que hemos visto en otros dedos: la rebeldía del tabaco es desesperante, tan pronto se logra acomodar en un extremo como se escapa por el contrario; la «canal» está hecha un imposible de maculaciones, ajamientos y roturas. Convencionalmente admitimos que aquello está arreglado.

Las miradas del hermanito han seguido nuestra faena; ya se le advierte emocionado, ya nos sonríe como queriéndonos decir que le causa placer estar en la aventura.

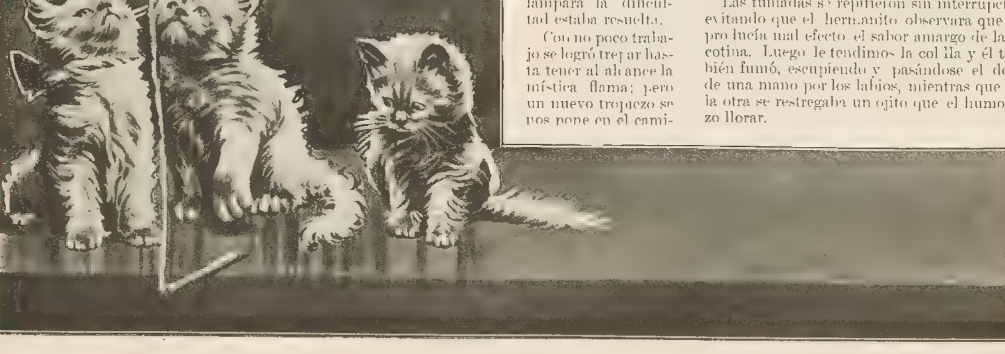
Es indescriptible el momento de frotar la cabecita del cerillo en la pared del rincón escogido para teatro de los acontecimientos. ¡Si se apaga!.........

Brota la llama dejando escapar una corona de humo. En la penumbra, aquella luz da á nuestros semblantes un tono de lividez. La mano temblorosa acierta á colocar entre los labios una extremidad del cigarro, mientras la otra baila un movimiento de miedo en la flama azul del cerillo.

***

Se escapa el primer copo de humo...... Así, así nos supo, como cuando ahora queremos avivar el clavillo sofocado por la ceniza.

Las fumadas se repitieron sin interrupción, evitando que el hermanito observara que nos producía mal efecto el sabor amargo de la nicotina. Luego le tendimos la colilla y él también fumó, escupiendo y pasándose el dorso de una mano por los labios, mientras que con la otra se restregaba un ojito que el humo hizo llorar.





La hazaña está cumplida. Pasa el tiempo, y el mal sabor de la boca persiste. En los alimentos y en las golosinas se halla un amargor penetrante que recuerda, como la intranquilidad de la conciencia, la consumación del delito.

De pronto sentimos como que alguno nos clava los dedos en las sienes: el estómago protesta; necesitamos la cama, el reposo, la obscuridad.

Y nuestra madre, inquieta, se acerca á preguntarnos lo que sentimos; nos pasa la mano por la frente sudorosa, y en un momento de suprema angustia acerca sus labios á nuestros labios y nos besa.........

Todo está descubierto.

—¡Qué bonitas gracias, muchacho pillo: has fumado!

Y una vocecita aguda agrega con alegría:

—Y yo también, mamá.

Imposible toda defensa: ¡ay de nosotros cuando llegue nuestro señor padre!

***

Otro primer cigarro de gran fama es el que se clava á los labios de las damitas que so pretexto de un dolor del alma, apuran humo para hacer nubes al cielo del ideal.

Es increíble que una mujer se resuelva á envolver las cadencias de una frase cariñosa en ambiente de sala de fumar.

Todo lo bien que parecen unos bigotes cabalgando sobre un veguero, se ven mal unos labios que besan el extremo nicotinoso de un cigarro: son pétalos de una flor loca.



LA BELLEZA FEMENINA.

Existe una correlación íntima y necesaria entre la estructura de cada ser, su forma y sus proporciones, la distribución y contextura de sus órganos, y sus instintos, sus hábitos, sus necesidades y su misión ó destino en la vida. Esa correlación es doble. De una parte, se establece entre el ser mismo y el medio y las circunstancias en medio de las cuales se desenvuelven y se suceden las peripecias de su vida; y de la otra, se ostenta en la armonía de los diversos órganos, en la subordinación de los accesorios á los principales, en el equilibrio, digámoslo así, que entre ellos se establece, y en la necesidad ó fatalidad que determina y enlaza sus condiciones, de tal suerte que, dado un órgano, pueden preverse los demás, y que, á semejanza de Cuvier, conocido un diente, puede con la imaginación reconstruirse todo un animal.

Tiene garras y colmillos el león, alas el águila, aletas el pez, chupadores el pulpo, espinas el erizo, concha la tortuga. Según el animal vive y según donde vive; según se alimenta, según se perpetúa, según posee instintos de combate ó tiene necesidades de defensa, así está organizado, así posee armas ó coraza y así se desenvuelven sus fauces, sus miembros, sus sentidos, su organismo todo. Aquí el músculo se vigoriza, allá el tendón se flexibiliza, más allá los tegumentos se endurecen, las garras se afilan, los dientes se aguzan.

Hay más: de esa correlación, de esa congruencia, de esa lógica inflexible que eslabona inevitablemente los tejidos y los órganos y los adapta á las necesidades del animal, nace la estética de los seres vivos. La belleza, que no es más que una forma de la lógica, consiste toda, al menos en los seres que viven, en esa adaptación admirable y en esa completa coordinación de los órganos, traducida en formas y en proporciones exteriores y visibles.

Tanto es así, que pueden ser igualmente hermosos, aunque diversamente conformados, el tigre y el ciervo, la paloma y el cóndor, el crustáceo y el insecto.

***

En la belleza humana se comprueba el mismo principio. El hombre, nacido para el trabajo y para la lucha, destinado al esfuerzo perenne, á la labor ruda, á afrontar peligros y á vencer ó subyugar adversarios, tiene por fondo estético la fuerza. Para ser bello, ha de ser alto, robusto; su musculatura debe ostentarse bajo la piel en vigorosos relieves, y los tendones dibujarse poderosos y elásticos; su esqueleto debe ser rígido, resistente y vigorosamente articulado; anchas sus espaldas, y amplio y levantado el pecho.

La misión de la mujer, su destino natural, es otro. La misión suprema de la mujer es la maternidad; nació, principalmente, para madre y para nodriza, y su organización toda ha de revelar que es capaz de llenar su misión. De una manera general, la maternidad supone el nido, el hogar, la vida sedentaria; la resistencia más que el empuje; la acumulación de la fuerza en órganos determinados, y no su dispersión en el resto del organismo.

De ahí que la mujer verdaderamente bella

no sea nunca musculada, ni, por consiguiente, angulosa ni de irregulares contornos. La musculatura debe en ella quedar disimulada bajo una ligera capa de morbidez, que da torneado á las formas y las desenvuelve en curvas amplias y armoniosas. Debe la cadera ser amplia, volada, y no estrecha como en el hombre. El muslo, en virtud de esa necesaria amplitud de la cadera, tiene que ser ligeramente oblicuo; las rodillas, que estar juntas; la pierna, á partir de la rodilla, que ofrecer una cierta divergencia; el vientre debe ser más abovedado que en el hombre, y la cintura estar colocada más alta.

A fin de asegurar la inmovilidad y el reposo de ciertos órganos, la respiración en la mujer se hace principalmente con la tabla del pecho, lo que da mayor amplitud á la parte superior del tórax y hace más saliente el esternón y más abovedado el pecho. El seno firme y turgente completa este conjunto estético.

Si en la adolescencia y la juventud deben predominar la gracia y la esbeltez en la estética femenina, en la edad madura deben preponderar la majestad y los indicios visibles de la fecundidad. Diana y Venus pueden ser flexibles como juncos, graciosas como náyades, ágiles como ciervas; Juno y Minerva deben ser majestuosas, vigorosas y reposadas.

En la matrona, cierta corpulencia, cierta robustez, cierto grado de «embonpoint», la cintura vasta, son altamente estéticas. La expresión de la mirada debe ser serena y augusta, el porte arrogante, el andar lento y firme. En Oriente estiman en tanto la gordura de la mujer, que le mutilan los pies para obligarla al reposo, y casi la ceban para acumularle grasa bajo la piel.

En la mujer ya hecha, la frivolidad, la volubilidad, las manifestaciones turbulentas de la idea ó de la pasión, son esencialmente antiestéticas, y con ellas las actitudes, ademanes y porte correspondientes. La madre debe, ante todo, ostentar ternura, que es el sentimiento maternal por excelencia, y debe, asimismo, en toda su persona dar muestras de valor para el sufrimiento, de heroísmo para defender á su prole, de abnegación absoluta á los suyos; y mal se compadecen esas grandes dotes con la movilidad y la coquetería de que tanto gustan algunas matronas y que tanto desdicen de su verdadera misión en la vida y de los altos fines á que están llamadas.

***

Salud, siempre; gracia en la juventud; majestad en la edad madura; tal es la trípode en que descansa toda la estética femenina. La gracia es, por su naturaleza, transitoria; la majestad es y debe ser el atributo estético definitivo y permanente. Si yo fuera artista plástico, no esculpiría Venus, ni Dianas, ni náyades, ni ninfas, esculpiría á la madre de los Gracos, que encarna las formas más nobles de la belleza femenina: el vigor fecundo y la nobleza majestuosa.

Dr. M. Flores



NUESTROS ARTISTAS.

Joaquín D. Casasús.

En nuestra galería de literatos mexicanos prominentes, toca hoy su turno al Sr. Lic. D. Joaquín D. Casasús, personalidad de las más distinguidas en nuestras letras y ciencias y en la política, y que ha demostrado de una manera evidente que el ardoroso y fructífero culto del gay saber, por ningún modo está reñido con las austeridades de la ciencia, ni con las actividades inherentes á la vida moderna.

Casasús, figurando, como decimos, en los más altos peldaños de la intelectualidad mexicana, ofrece principalmente dos fases á que ha dedicado sus grandes energías mentales: es al propio tiempo un eminente economista y un distinguido y muy erudito literato. Como economista, ha prestado importantes servicios al país y á la ciencia, y su bibliografía económica es conocida y encomiada por el mundo intelectual de todos los países. Bástenos copiar lo que al Lic. Casasús decía el ilustre sabio Emilio Levasseur, Presidente de la Sociedad de Economía Política de París y Profesor en el Colegio de Francia, al opinar sobre el importante libro «La Cuestión de la Plata en México:» «Os agradezco el haberme proporcionado la ocasión de leer vuestra obra sobre la cuestión de la plata en México. Es una de las obras mejor hechas que conozco, acerca de las razones que militan en favor de la libre acuñación de la plata. He citado la obra en mi curso del Colegio de Francia, en donde he tratado, durante el primer semestre, de la moneda en los Estados Unidos. Sobre esta materia tengo una opinión que difiere de la vuestra; no estoy convencido de que los Estados Unidos adopten el tratado cuyo proyecto presentáis; pero siempre se halla instrucción leyendo una obra compuesta como la vuestra.»

Una declaración semejante, hecha por un hombre de la talla de Levasseur, no sólo honra altamente á Casasús, sino á nuestra patria.

Además del libro citado, Casasús ha publicado otras varias obras en que con profundidad trata interesantísimos asuntos económicos, tales como: «La Deuda contraída en Londres,» «La Cuestión de los Bancos,» «Las Instituciones de Crédito,» «El Problema Monetario,» «La Conferencia Internacional de Bruselas» (conferencia dada en francés en la Sociedad de Economía política y social de Lyon), «Historia de los impuestos sobre el oro y la plata,» «La Depreciación de la Plata y sus remedios» y «El Peso Mexicano.» El señor Casasús ha ocupado prominentes puestos públicos y ha desempeñado honrosas y delicadas comisiones, obteniendo siempre valiosas distinciones. El primer cargo público que desempeñó, á la edad de 22 años, fué el de Secretario General de Gobierno en el Estado de Tabasco. Después ha sido, sucesivamente, miembro de la «Gran Comisión de Crédito Público» que en 1884 estudió la delicada cuestión de la Deuda Inglesa, Diputado al Congreso de la Unión desde 1886 hasta la fecha, Presidente de la Comisión del Código del Comercio y de la que presentó el proyecto de Ley de Instituciones de Crédito, Profesor propietario de Economía Política en la Escuela N. de Ingenieros, Delegado de México á la Conferencia Internacional Monetaria de Bruselas, miembro del Congreso de Valores Mobiliarios de París en 1900, Delegado de México y Secretario General en la 2ª Conferencia Panamericana, y miembro de la Sociedad de Economía Política de París.

***

Esta ha sido la carrera científica y política de Casasús; en cuanto á su obra literaria, á la que él suele dedicar sus más caras é íntimas atenciones, ha sido parca, pero de valor sólido, que le ha llevado á ocupar un sitial de Académico de la Lengua. Su traducción de la «Evangelina» de Longfellow es una de las mejores que se conocen; su traducción de las odas de Horacio le ha valido grandes aplausos de los más eminentes humanistas, como D. José Rufino Cuervo, que ha escrito que dicha traducción le «satisfizo de la manera más cumplida;» y el Obispo de Veracruz, D. Joaquín Arcadio Pagaza, que escribió al conocer la traducción de Casasús: «Conozco un poco á Horacio y le soy muy devoto, tanto que aun me disponía á dar á la estampa algunas versiones nuevas; pero ahora desisto enteramente, porque creo que sale sobrando.»



El Sr. Casasús tiene concluídas las traducciones de las obras de Tibulo y de Catulo, y está concluyendo las de Virgilio.

Además de las traducciones citadas, Casasús ha escrito numerosas y bellas composiciones originales en prosa y en verso, algunas de las cuales publicaremos próximamente.

Joven aún, pues cuenta cuarenta y cuatro años de edad, todavía puede esperarse mucho de su talento, de sus conocimientos y de su laboriosidad, sostenidos por una voluntad férrea, la «voluntad condensada y dilatada» de que habla Nietzsche.



Casasús en su estudio.

EL IDEAL.

Y luego, una torre de marfil, una flor mística, una estrella á quien enamorar... Pasó, la ví como quien viera una alba, huyente, rápida, implacable.

Era una estatua antigua con alma que se asomaba á los ojos, ojos angelicales, todos ternura, todos cielo azul, todos enigma.

Sintió que la besaba con mis miradas y me castigó con la majestad de su belleza, y me vió como una reina y como una paloma. Pero pasó arrebatadora, triunfante, como una visión que deslumbra. Y yo, el pobre pintor de la Naturaleza y de Psiquis, hacedor de ritmos y castillos aéreos, ví el vestido luminoso del hada, la estrella de su diadema, y pensé en la promesa ansiada del amor hermoso. Mas de aquel rayo supremo y fatal, sólo quedó en el fondo de mi cerebro un rostro de mujer, un sueño azul.

RUBÉN DARÍO.

Poema Azteca LA CORONA

CANTO PRIMERO.

INVOCACION.

La divina virgen india acaba de enjugarse la última lágrima. Los estremecimientos de su poderosa voluntad se han extinguido ya en el último temblor de sus labios. Ya no llora...... ya no tiembla...... Su cara es una máscara de bronce...... Trabaja...... trabaja...... Es la incansable obrera de un manto hecho con plumas llenas de luz. Este manto es el que llevará mi poesía.

Divina virgen, bija de Netzahualcoyotl, tú, la de la poderosa voluntad, óyeme: Quiero que me guíes á la Gruta de las Flores con Alma, porque tengo de hacer una corona para la frente de la virgen que está pálida del mucho pensar. La divina virgen india, llena de serenidad, volvió la cara, me miró fijamente y dijo: ¿No temblarás? ya es la hora en que las cosas no se ven, en el aire hay muchas brujas y en el bosque está velando el diablo; el suelo está empapado de sangre y hay muchos guerreros sobre él que duermen el sueño de la muerte. Ya es la hora en que las cosas no se ven, ¿no temblarás?

Vamos, señora, quiero que me guíes.
—Vamos.

CANTO SEGUNDO.

La virgen y yo, de camino, atravesando el bosque de las grandes sombras.
—¿Ves, señora?
¿Dónde?
—Allá...... en el fondo del bosque, hay un gran amontonamiento de luz opalina semejante á la que vemos en sueños, y en el fondo de esa luz, un gran tlacatzin; míralo, parece que estaba diciendo palabras llenas de misterio y de adivinación y se ha quedado adormido. Su cara tiene algo del misterio de los que saben sacar los malos espíritus del cuerpo. Sus manos tienen un terrible gesto, parecen creadas para empuñar las armas que siembran la muerte.

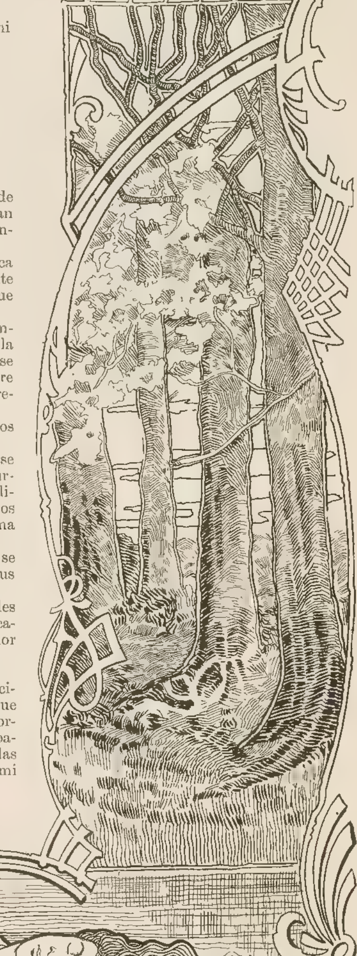
—Ah! Habla bajo. No lo despiertes. Es mi gran padre Netzahualcoyotl.
—Vámonos.
—Vámonos.

CANTO TERCERO.

LA GRUTA DE LAS FLORES CON ALMA.

Señora, ¿cuál es esta flor tan blanca?
—Una virgen india vino á llorar penas de amor al borde de estas aguas, y cuando el Gran Caballero Rojo nació, la vió ya muerta flotando sobre estas aguas.
—Señora, ¿cuál es estotra florecita blanca de bordes violetas, que tiembla dulcemente con las luminosas gotas de agua verde que caen de las peñas sobre ella?
Es el alma de una virgen extranjera. Siempre volvía sus ojos hacia su patria de donde la trajeron; era del país de las cosas que no se tocan; murió cautiva. Fué la esposa siempre virgen de un guerrero. Al morir, en esa florecita blanca de bordes violetas dejó su alma.
Señora, ¿cuál es esta flor de tonos varios y apagados?
—Durante todo el día vive encerrada, se emplea en ataviarse, y á la caída de los saturninos crepúsculos, llena de pompa y sensualidad, se entrega en los brazos del Lucero de los Muertos. Es su eterna desposada. Es el alma de las cosas sin remedio.
—Señora, ¿cuál es esta flor tan roja que se levanta altanera y despiadada sobre todas sus hermanas?
—Es el alma del guerrero de los terribles brazos que con su macana hacía masa la cabeza de sus enemigos. Al morir, en esa flor tan roja dejó su alma.
—¿Y esta florecita pomposa?
—Es el alma de un gracioso niñito príncipe. Era hermano mío; por eso es la flor que más amo yo; pero haz de prisa tu corona, porque ya hace mucho tiempo que el Gran Caballero Rojo nació. Ya las aves se bañan en las aguas, y á mí me quema el deseo de seguir mi manto hecho con plumas llenas de luz.

CRISÓFORO IBÁÑEZ



La próxima temporada de Ópera



Avelina Carrera, Soprano Dramático Absoluto

Chalia Herrera, Soprano lírico

Linda Brambilla Soprano Ligero

Han comenzado á circular los elencos del cuadro de ópera que ocupará durante la próxima temporada de invierno el Teatro del Renacimiento, y del cual son empresarios los Sres. Sieni y Lambardi, tan conocidos de nuestro público como infatigables en su empeño de ofrecerle novedades dignas de nota.

La Compañía, en efecto, está formada de artistas de primer orden á quienes la crónica extranjera ha tributado calurosos elogios, y el archivo con que cuenta es de lo más notable del repertorio antiguo y del moderno.

Como primer soprano dramático absoluto, figura Avelina Carrera, de la Scala de Milán y del Real de Madrid, que viene precedida de envidiable fama; y como soprano lírico, Chalía Herrera, «la Chalía» que dejó entre nosotros tan gratos recuerdos con su Fedora inimitable.

De Linda Brambilla, soprano ligero del San Carlos de Nápoles, se sabe que es artista de veras y que á sus dotes de cantante aduna todos los atractivos de la mujer hermosa. En cuanto á Conceta Dahalander, la primera mezzo-soprano, ha hecho una buena carrera.

Al lado de estas artistas, está Valentín Duc, tenor dramático absoluto de la Gran Opera de París, á quien



Conceta Dahalander, Primera Mezzo-Soprano

la Empresa Sieni–Lambardi escrituró por cuatro meses forzosos, pagándole un precio excesivo. Miguel Sigaldi, ventajosamente conocido en Méjico, Augusto Balboni y Arturo Macentelli son los otros tenores.

El resto de la Compañía, barítonos, bajos, etc., etc., está constituído por los mejores elementos y contribuye á que el cuadro, tal como se anuncia, sea de lo más completo que pueda verse en nuestros teatros.

Por lo que hace al repertorio, Guillermo Tell, Aída, Lohengrin, Ebrea, Don Giovanni, Navorese, Tosca, Macbeth, Sansone é Dalila y Bella Fanciulla di Perth, son las obras principales. Andrea Chenier, Poliuto, Mefistofele y algunas otras completan el archivo.

GOTICA.

Niña de la testa aurina
Y nariz de Roxelana,
De tez cual la porcelana
Y labios de clavellina,

Tremola en tu mandolina,
Asomada á tu ventana,
Alguna dulce pavana
De la corte parisina.

¡Que tus ojos soñadores
Viertan dulces sus fulgores,
Dardos que Cupido asesta

Y tu radiosa hermosura
Desvanezca mi tristura,
Niña de la aurina testa!

José D. Velasco.



¡AL CERCADO AJENO!....

Cuadro de Meizner.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 9. | MÉXICO, AGOSTO 31 DE 1902. | Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem Idem. en la capital, ,, 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



¡SOLA!

(De la colección de Pellandini.)

El Fatalismo.

El fatalismo no es un estado de espíritu peculiar y propio de los pueblos orientales. Creer en la fatalidad inexorable y en el implacable destino; suponer que no hay posibilidad de modificar los decretos del hado; admitir que á día fijo y á hora fija los sucesos han de verificarse sin que nada pueda impedirlo ni evitarlo, y reconocer que la acción humana es impotente para conjurar catástrofes ya decretadas y para esquivar males predeterminados, es una tendencia universal y un pecadillo filosófico de que nadie está exento y en el que todos incurrimos más ó menos.

«Le llegó su hora,» decimos de una persona que ha muerto, y si inquirimos la trascendente significación de la frase, descubrimos que traduce la convicción profunda de que la persona no podía haber muerto en otro momento, que ya al nacer tenía marcado el término fatal é irrevocable de su vida, y que no hubiera habido manera de anticipar ni de retardar un segundo el suceso.

Según esta doctrina, puede el hombre exponerse impunemente á mil muertes, precipitarse de una altura, arrojarse al mar, apurar veneno, y todo impunemente; si no ha sonado su hora, saldrá incólume de todos los peligros, como la salamandra del fuego.

Llegada la hora, por el contrario, no hay precaución que baste ni recurso eficaz; encerrado en un relicario, al abrigo de todo riesgo y alejado de todo peligro, el hombre sucumbirá sin que nada ni nadie pueda evitarlo.

Llama desde luego la atención que el fatalismo, que teóricamente se aplica á toda clase de sucesos y que comprende en su doctrina lo mismo lo favorable que lo adverso y lo mismo la dicha que el dolor, en la práctica no se profese sino relativamente á los sucesos lúgubres, siniestros, amenazadores, y á los acontecimientos desgraciados y dañosos.

Nadie cree sino muy débilmente que la fortuna, la prosperidad, la dicha, sean sucesos fatales é inexorables, que han de sobrevenir, quiérase ó no, á día y horas fijas, á personas determinadas. Vense estos hechos, por el contrario, como mudables ó cambiadizos, como caprichosos y volubles, como susceptibles de no ser al menor cambio de las circunstancias, y como influenciados por las más efímeras condiciones ambientes. En cambio, la enfermedad, la ruina, el desengaño, nos parecen sometidos á una ley fatal, irremisible é irresistible, que no ha de variar por nuestra influencia ni por influencia alguna.

El origen de la doctrina fatalista radica en un error de observación y en un mal procedimiento de investigación. El fatalista juzga siempre de hechos consumados ya, de acontecimientos realizados, de sucesos verificados. Muerta una persona, el fatalista formula su «ya estaba escrito», y trabajos le manda á quien quiera hacerle cambiar de opinión. En vano será hacerle ver que el suceso ha tenido una causa, que ésta, como tantas otras, es, en principio, modificable, y que, modificada en tiempo hábil, el acontecimiento no se hubiera realizado; que si la persona no se hubiera expuesto al contagio ó á la intemperie, ó no se hubiera encontrado en el sitio de la catástrofe, viviría aún. Inútil será pretender demostrarle que esa misma enfermedad ó accidente hubieran podido causarle la muerte antes del momento que él llama fatal. El fatalista contestará que precisamente se reunió el conjunto de condiciones que causaran la muerte, porque «ya estaba escrito» que la persona había de morir; que si no se reunió en otra ocasión, es porque no era en ese momento, sino en el otro, cuando tenía que sucumbir, y que si escapó antes á otros peligros, acaso mayores, es porque no había sonado su hora.

El fatalista, en suma, es una anguila dialéctica, flexible y escurridiza que no hay manera de sujetar ni de retener y que se escapa de las manos.

Y, sin embargo, el fatalismo es la negación de toda la ciencia y de todo el progreso humanos. La ciencia, descubriendo la causa de todos los fenómenos, estableciendo cómo se pueden modificar y cómo sus variaciones y modalidades anticipan, retardan ó impiden los sucesos, ha dado golpe de muerte al fatalismo; y la industria y el trabajo humanos, alejando las causas de enfermedad, de muerte ó de ruina, lo han enterrado bajo una montaña de inventos útiles y de descubrimientos prodigiosos y á diario explotados.

Contra la fatalidad del rayo ha inventado el pararrayo; contra la del naufragio, la hélice y la brújula; contra las del hambre y la desnudez, la industria y el comercio; contra la de la enfermedad, la higiene y la terapéutica; contra la de la ignorancia, la imprenta y la escuela; contra la del crimen, la autoridad y la ley.

Cada día, á medida que más se estudia, que más se emprende, las inexorables fatalidades que pesaban sobre la humanidad, se atenúan, se aplazan, se modifican ó se conjuran; á las fatalidades que aparecieran inevitables del espacio y del tiempo, el hombre ha opuesto el ferrocarril y el telégrafo; contra la maldición del trabajo, cuenta con la máquina, y nadie sabe aún si llegará á conjurar otras mayores y más implacables.

El fatalista es un género de filósofo en perpetua contradicción consigo mismo. De ser consecuente con su doctrina, su vida no sería más que la más completa y perenne inacción. El fatalista «pur sang» no debía comer, ni beber, ni dormir, ni trabajar, ni emprender ni lograr. ¿Para qué? La actividad y el trabajo tienen por objeto precisamente conjurar fatalidades, conservar y mejorar la vida propia y la ajena; y si todo es fatal, y si todo ha de verificarse irremediablemente en días y horas determinados, no hay para qué molestarse en bregar, en aspirar, en luchar. No por no comer el fatalista ha de morir más pronto; ni por no luchar ha de dejar de lograr; ni bregando y penando ha de conjurar los males que lo amenazan.

El fatalismo es un género de filosofía que no vale la pena de refutar con considerandos ni con razonamientos. La mejor refutación consistiría en probar á los fatalistas, y ellos se han encargado de hacerlo, que toda su vida y su conducta toda es una negación de sus principios, una refutación de sus doctrinas; que, en una palabra, es filosofía que muchos profesan, pero que nadie practica.

Dr. M. Flores

PÁGINA BLANCA.

Los dioses de Provenza andaban errantes.

Ellos, los inspiradores del amor y la poesía, habían dicho á los bardos: «Cantad á las damas, llevad á sus castillos vuestros ensueños, tejidos por los hilos de oro de vuestros laúdes: no dejéis que resuenen en sus oídos los ecos solos del clarín guerrero entre el fragor del trueno, haced oír al ruiseñor del bosque.»

¿A quién queréis que cantemos? —contestó Hugo de Mataplana.—En Bellesguart nos congregó Violante, y Barcelona oyó nuestras «corrandas.» Mas ¡ay! que á la englantina le faltaba una hoja. La arrancó con sus labios Gastón de Rocamora de los rizos de Violante.

Clemencia Isaura nos llamó á Montpeller. Cinco trovadores tomamos plaza en las «Cortes de amor». ¡Nuestros cantares arrullaron el sueño de Jaime de Foix y de su dama! «No nos pidáis «endrecas», sólo hay pureza en el manto de San Jorge y en la nieve de los Pirineos.»

Y los dioses de Provenza andaban errantes.

Del Ter al Llobregat, de éste al Garona, del Garona al Ródano, los castillos se sucedían, con sus torres almenadas, sus ventanas góticas y sus fosos floridos; pero en cada almena se agitaba una banda, en cada alféizar se asomaba una doncella, y en cada foso un caballero armado alargaba su mano cubierta de guantelete de acero á la escala de seda que del muro pendía.

Y eternos peregrinos, los dioses seguían las cornisas que dominaban el golfo y la «Costa azul».

Al fin, junto á Marsella, vieron un lugarejo de casitas blancas, cubiertas por los jazmines y naranjos; y un moscardón que sobre el río tiraba de un pétalo de rosa guiado por mariposas de alas tornasoladas, los condujo á Beaucaire, el paraíso de los insectos de color y las cigarras.

Los dioses se dijeron: «Ya que en Provenza no existe, haremos la mujer de los poetas.» Y cogieron una paloma blanca que agitaba sus alas en el techo de una choza, la besaron en el pico y la transformaron en mujer.

***

¡Qué hermosa era Colombina! Sus ojos eran azulados como las olas que traen los besos de Beaulieu á Portvendres; sus cabellos rubios como las mieses de Aviñón y Peralada; sus labios rojos como las auroras de Montserrat y Bellegarde, sus manos blancas como los lirios del Canigó y Cerdeña.

El pobre Pedro, Pierrot, como le llamaban en la playa, la vió un día cogiendo fresas. Las golondrinas, los pardillos y los jilgueros se las disputaban, y Pierrot se quitó su larga blusa y ahuyentó los pájaros. De entonces, Pierrot y Colombina se quisieron. Almorzaban nenúfares del río y comían la flor de los naranjos. Por la noche Colombina se sentaba en una roca y se resguardaba del frío, envuelta en los rayos de la luna, y Pierrot la adormecía cantándole canciones al compás del ruido de las olas.

Otra vez la Provenza renacía; las cuerdas de las liras podían sin rubor cantar amores; Colombina y Pierrot eran dichosos, y puros y blancos sus corazones, como el lino transparente de sus trajes.

***

Llegó el invierno; cuando el sol se oculta, Provenza se despoja de sus galas y los nidos de amor cierran sus puertas con las hojas secas que caen de los árboles temblorosos.

Colombina se aburría, Pierrot ya no cantaba y el Mistral mugía, llevándose muy lejos los suspiros de amor que ellos lanzaban.

Hay tierras tan malas que por castigo el sol las abrasa noche y día; allí las flores son color de fuego, las hojas de sus árboles se doran con reflejos lívidos que hacen daño.

Allí el amor no es brisa que acaricia, es vendaval que abrasa y seca.

Arlequín amaba á Colombina: una golondrina atravesó el estrecho y le contó las perfecciones de la inocente niña, y Arlequín cubrió su cuerpo con todos los colores de sus campos, todos los matices de sus luces.

Colombina al verle alargó las manos. Pierrot estaba fuera; había ido á buscar una luciérnaga para alumbrar el nido de su amada.

Cuando volvió, la puerta estaba cerrada; él cantó, cantó hasta el amanecer; la nieve le cubría, y al resbalar por sus mejillas, dióle ese color con que lo habéis conocido.

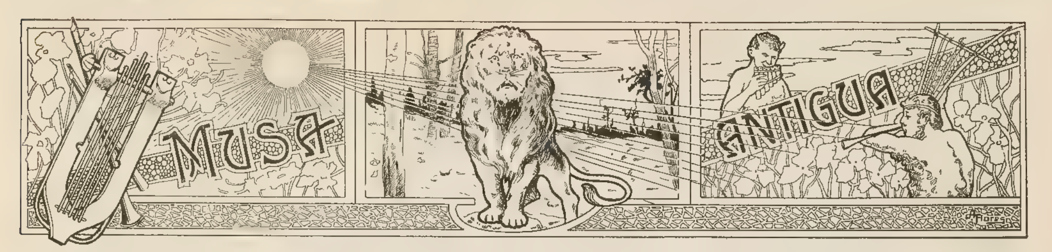
Al despuntar la aurora, las persianas de yedra se entreabrieron, y Arlequín asomó la cabeza.

Pierrot huyó. ¿Dónde? no se sabe. Tan sólo al despertar la primavera, le veréis en las riberas dando serenatas á la luna.

Está un poquito loco. No lo extrañéis; la nieve de una noche ha enfriado su mente soñadora.

Luis Planas de Taverne.





A HORACIO

Donde ahora un pastor indiferente
Trepa ligero con segura planta
Si alguna de sus cabras se adelanta
Al subir del collado la pendiente;

Entre el bosque de olivos, do la frente
Del ameno Lucrétil se levanta,
Y más que el Hebro pura, brota y canta
De aguas salubres cristalina fuente;

Allí Horacio vivió; y allí tendido
A la sombra de un álamo frondoso,
Coronada de rosas la cabeza,

De asirio nardo con la esencia ungido,
Llenas las copas de falerno humoso,
Cantó el amor, y el vino y la belleza.

ATIS

Cuando Atis, ya mujer, en la ribera
Del mar de Frigia se lamenta en vano,
Uno de sus leones soberano
Cibeles suelta en rápida carrera.

«Ve y castígalo tú», dice; y la fiera
El cuello enarca, y con furor insano
Ruge, salta, destroza, cruza el llano,
Difundiendo el espanto por doquiera.

Atis mira al león, calla y medrosa
Huye hacia el bosque. El címbalo sonoro
Y el atambor resuenan; de la diosa,

Marcha hacia el templo, por la selva, el coro;
Y á Atis llevan en triunfo, delirantes,
Coronadas de yedra las Bacantes.

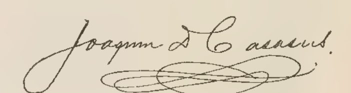
LA SIESTA DE PAN

Demos punto al certamen, Melibeo;
Ya no suene tu flauta, que en la siesta,
Harto ya de vagar por la floresta,
Pan descansa en los brazos de Morfeo.

Y le placen las grutas del Liceo,
Y ésta es la hora y la guarida es ésta,
A donde viene y á dormir se acuesta
Sobre un lecho oloroso de poleo.

Frente á su antro crucemos; débil rayo
Del sol alumbra el lóbrego retiro,
Y al pasar le veremos al soslayo.

Mas calla, Melibeo, que un suspiro
Del viento basta á despertarlo. Acecha...
¡Qué hermosa Ninfa en su regazo estrecha!



UN ARBOL NOTABLE.

Es sabido que el Istmo de Tehuantepec está considerado, por su espléndida vegetación, como una de las regiones más fértiles de nuestro país. Bosques casi inaccesibles, poblados de árboles gigantescos, se extienden en toda la comarca, ofreciendo á los ojos del turista panoramas en que la Naturaleza ha derrochado, á manos llenas, sus primores.

Nada, sin embargo, hay en el Istmo que llame tanto la atención como el árbol que representa el grabado que hoy publicamos. El rarísimo ejemplar es una higuera «Chumbe» que semeja un arco enorme cubierto de «bejucos» y enredaderas. Este árbol, único en aquellas regiones, por su configuración, se encuentra en una finca de campo perteneciente á particulares, y se conserva como una positiva curiosidad.



Higuera "Chumbe."



ANTONIO FABRÉS.

Publicamos dos fotografías que muestran al Sr. Fabrés (nombrado recientemente por el Sr. Presidente de la República Profesor de dibujo en la Academia N. de Bellas Artes, en sustitución del Sr. Rebull) en su hermoso taller de París, taller que es un primoroso museo de arte.

El Sr. Fabrés es muy reputado en Europa, sobre todo como habilísimo dibujante y como opulento colorista. Su inspiración complácese de preferencia en asuntos orientales, en tipos españoles del pueblo pintoresco, en todo aquello que aún a la pompa del color á la poesía de la expresión, y hay en su manera de pintar mucho de aquella magia y conexión de Meissonier.

D. Antonio Fabrés se sintió primero llamado á la escultura y logró darse á conocer con bellas estatuas; pero un día el lienzo venció al mármol: el color atrajo con irresistible atracción al Maestro, y desde entonces éste, dejando el cincel, hizo de los pinceles —¡y con qué acierto! —su heredad y su gloria.

El pintor Fabrés es un formidable trabajador, y su influencia en nuestra Escuela será tan rápida como benéfica. El Maestro quitará su taller establecido en París, para aprovechar en México sus valiosos elementos.

APOTEOSIS DE UN BENEMÉRITO.

El último de julio se hizo en Campeche, á iniciativa del «Círculo Liberal Campechano,» la apoteosis del Sr. Lic. Pablo García, fundador y benemérito de aquel Estado, fallecido en Mérida en la misma fecha del año de 1895. Todas las clases sociales se aprestaron á secundar la idea de la agrupación iniciadora, resultando una manifestación verdaderamente suntuosa, que hará época en los anales de la historia campechana.

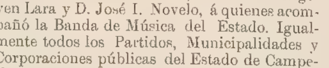
En representación del Sr. Presidente de la República, presidió el acto el Gobernador del Estado, Sr. José Castellot, y los Sres. Secretarios de Hacienda y de Guerra y Marina, fueron representados por los Sres. Dr. Tomás Aznar Cano y Cayetano Villaseñor, respectivamente. El Gobernador de Yucatán envió una comisión especial formada por los Sres.



Sr. José Castellot, Gobernador de Campeche.



El vestíbulo del teatro.



Lic. D. Rodolfo G. Cantón, D. Manuel Irigoyen Lara y D. José I. Novelo, á quienes acompañó la Banda de Música del Estado. Igualmente todos los Partidos, Municipalidades y Corporaciones públicas del Estado de Campeche, tuvieron su representación oficial.

El programa fué de lo más escogido. Hablaron en prosa los Sres Lics. Santiago Martínez Alomía, Manuel Irigoyen Lara, Felipe Ruiz Flores y Br. Arcadio Escobedo Guzmán, y en verso los Sres. Lics. Pedro Rodríguez Palmero y Antonio Cisneros Cámara y Brs. Salvador Martínez Alomía y Felipe Bueno, quien recitó una composición escrita por el Dr. Joaquín Carvajal. La parte musical fué desempeñada por las damas campechanas Carmen Magaña de R., Margarita Rojas, Jesús Dondé y Adelaida Rivas y los Profesores Antonio del Río, Carlos Pérez y Abelardo Cárdenas M. G., quienes efectuaron al piano hermosas piezas de concierto.

Damos fotografías del Teatro «Francisco de P. Toro,» en el que se verificó la ceremonia, y cuyo adorno resultó notable por su elegancia y buen gusto artístico. Al pie del monumento que aparece en el fondo del teatro, se depositaron numerosas coronas, llamando la atención, entre otras, las de los Gobiernos de Campeche y Yucatán, la del Sr. Ministro de Hacienda, ofrecida por su representante, la del Club «Pablo García,» la del «Círculo de Estudiantes,» de Yucatán, y un precioso ramillete ofrecido por el Agente Consular francés, Dr. Julián E. Quintero, á nombre de la Francia Republicana.



Decorado del fondo.

¡OH LOS BESOS....!

Oh! qué dulces los besos, los hondos,
los que brotan del alma que adora,
como surgen los pájaros blondos
cuando rasga sus vestes la aurora:
Oh, qué dulces los besos, los hondos!
Oh! qué puros los besos, los suaves,
los que llevan aroma en sus alas,
agitando al pasar, como aves,
su plumaje de nítidas galas,
Oh, que puros los besos, los suaves!
Oh! qué ardientes los besos, los tiernos,
los que vibran cual notas de lira,
los que lloran dolores eternos
de la eterna pasión que suspira,
oh, qué ardientes los besos, los tiernos!
Oh, que tristes los besos, los pálidos,
los que adoran dolientes quimeras
y se estampan en rostros escuálidos
cuando mueren las dichas postreras,
¡Oh, que tristes los besos, los pálidos!
Oh! qué alados los besos, los besos
que han nacido al nacer los amores
los que brotan de labios opresos
como brotan temblando las flores,
¡Oh, qué alados los besos, los besos!.... .

FEDERICO UHRBACH.



MENSAJE.

Señora:
tus ojos arcanos,
que fingen paisajes de cosas divinas,
¿son lagos de menta, profundos, callados,
ó abismos lucientes de ondas marinas?
Señora:
tus pálidas manos,
que ofrecen caricias piadosas y leves,
¿son pétalos suaves de lises sagrados,
ó rosas muy blancas de fúlgidas nieves?
Señora:
tus férvidos labios,
que amantes recitan bellos madrigales,
¿son rojas gardenias, claveles extraños,
ó ánforas ricas de rojos corales?
Señora:
hay dulzuras amortecidas
en la noble palidez de tus manos,
y luz radiosa de pasiones desconocidas,
de largas confidencias adormecidas,
en el cristal azul de tus ojos arcanos!

J. M. VARGAS VILA.

Una Defensa



De entre los defensores de oficio fuí el elegido.

Condujéronme á la celda del reo Juan Linares, peluquero, veintiséis años, procesado por homicidio.

El preso me miró fijamente, muy fijamente. Era un joven delgado, alto, de frente despejada, mirada dura, ojos hundidos, pómulos salientes, las fosas nasales un poco dilatadas, los labios gruesos, la barba muy aguda.

—¿Usted es el licenciado X......?

Después de mi contestación, me hizo sentar en el poyo de la celda y me dijo:

«Sí, sí, señor, á usted es al que he elegido. Tal vez me comprenda usted. Yo soy bueno, siento que soy bueno; pero siempre nervioso; ahora más que antes, porque bebí, señor; yo no bebía.—¿Que por qué bebí......? Por lo de siempre, por ahogar un dolor, por matar una pena. He sido muy nervioso, mucho, desde niño. Los médicos dijeron que tenía «neuras...» quién sabe qué. Padecía miedos infundados, terrores, algunas ideas que me atormentaban. Si estaba en una altura, deseos de arrojarme desde allí; ganas de matar..... Eso era lo más espantoso, señor...... ¿Usted nunca ha sentido esas cosas? Dominé mis nervios, que, de esa manera, por lo general me molestaban en temporadas cortas. Me enamoré, ¡claro!, me tocó enamorarme de una mujer coqueta, que me engañaba. Sufrí, sufrí lo indecible y bebí. ¿Por qué? No sé; bebí sin darme cuenta, el vino producía en mi ser un gran consuelo. Los compañeros de trabajo—soy peluquero, señor, para servir á usted,—los compañeros de trabajo me lo advirtieron:—«Vas á volverte loco, Juan;» pero no los escuché.—Usted, señor, perdóneme, nunca se ha curado una pena bebiendo?...... Pasó lo natural, que me echaron de una peluquería, y de otra y de otra, hasta el delito.

El muerto iba á asearse á la peluquería cada jueves y domingo. Era un señor gordo, muy gordo, excesivamente rojo. Creo que debe de haber sido rico, porque vestía bien; usaba una gran cadena de oro, y en las buenas propinas no era parco. Siempre me buscaba á mí....... ¿Por qué me buscaba, señor, por qué me buscaba?...... Me hacía charlar y reía de mis ocurrencias como un niño.

Un día.... ¡Ah, señor, qué horrible, qué horrible! Con la navaja en la mano, le contaba no me acuerdo qué mentira, cuando me vino «la idea». La deseché angustiado, se cubrió mi rostro de un sudor frío y el corazón me palpitó con fuerza. Se fué el señor y «la idea» se fué con él. Creí que no volvería á perturbarme más, y riendo de la idea como chusca é imposible, me llamé imbécil; pero volvió el señor y «la idea» volvió con él, y siempre así, con él se iba y con él regresaba la maldita, la torturante, la tremenda idea. Luché, luché desesperadamente y bebí más, señor, hasta el exceso, hasta el delirio. La ahogué; es decir, creí ahogarla, pues «la idea» volvió iracunda, terrible, machacándome el cráneo, triturándome el corazón, destrozándome la vida .....

El alcohol era mi único refugio. Hubo vez en que pensé que «la idea» no volvería ya nunca, en que era yo feliz. Serví á mi cliente con toda tranquilidad; reíamos los dos; casi llegué á quererle. Una de tantas veces, cuando más ajeno estaba á la tortura de antes, sólo ví de su cabeza el enorme cuello, el cuello rojo, que me atraía, que me llamaba, fuertemente, horriblemente. Solté la navaja, cerré los ojos y me dejé caer desplomado en el sillón de junto al tocador. Ya repuesto, supliqué á un compañero que continuara la tarea y me fuí á mi casa. En el camino me pregunté qué era eso, ¿por qué me iba á mi casa? No sentía nada ya en la calle, era yo el de antes, y regresé al trabajo.

Decidí excusarme de seguir trabajando con el muerto; pero un pensamiento imbécil de dominar mis nervios, por tener la seguridad de que era ésa la única manera de salir del tormento, me hizo servirlo de nuevo una, dos, veinte veces, siempre con «la idea», nublándome la vista, martirizándome, enloqueciéndome, hasta la última vez, en que de pronto, sin saber cuándo, ni por qué, ni cómo, sin que «la idea» me nublara la vista ni me hiciera enloquecer, me ví rodeado de gente, sujeto por dos manos de fierro y desplomado en el sillón á mi cliente, con la vena del cuello destrozada de un navajazo, de la herida manando un río de sangre que formaba un charco en el suelo. Miré al hombre y no me estremecí ni intenté huir. Debo de haber abierto mucho los ojos, porque distintamente oí decir con espanto á alguien:

—¡Está loco, está loco!

Y no estaba yo loco, señor. No, ni estoy. Dejé de sufrir. Me puede infinitamente la muerte del pobre viejo, un buen hombre. No soy asesino, amo el bien, me conmueven los niños. ¿Por qué lo mate?......

El prisionero clavó su cabeza en las manos y no volvió á hablar.

Esperé un rato; continuó el mutismo. Le dí una palmada cariñosa en un hombro y salí de la celda, de la cárcel, de la obscuridad á la luz, á la plaza, abrumado, triste, enfermo.

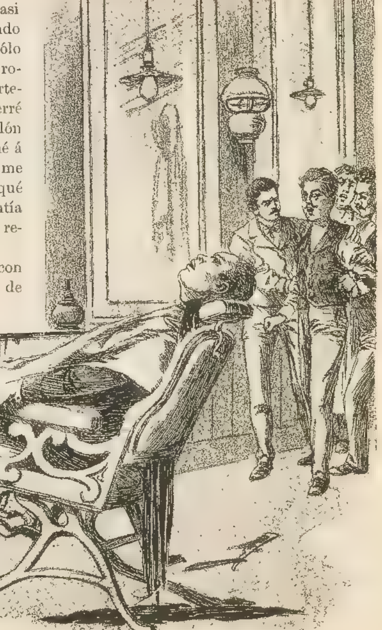
* * *

En la plaza, unos rapaces que salían del colegio jugaban locamente; una parvada de golondrinas atravesaba el cielo; la multitud discurría indiferente, y el sol caía augusto y soberano sobre todo aquello envolviéndolo en oro.

—¿Qué debo decir en la defensa?

1902.

José J. Gamboa



EL VERTIGO de las alturas es un pretexto para poner en acción la nerviosidad. Es más que atrayente, repulsivo, es más que dominador, dominado; tiene mucho de voluptuoso, porque si en el momento de estar bajo su influencia se tiene la curiosidad de cerrar los ojos, se puede experimentar la sensación de la caída, y sabido es, por relatos que están en tela de creencia, que en tales momentos suele parecer que se está flotando sobre nubes verdes y rojas.

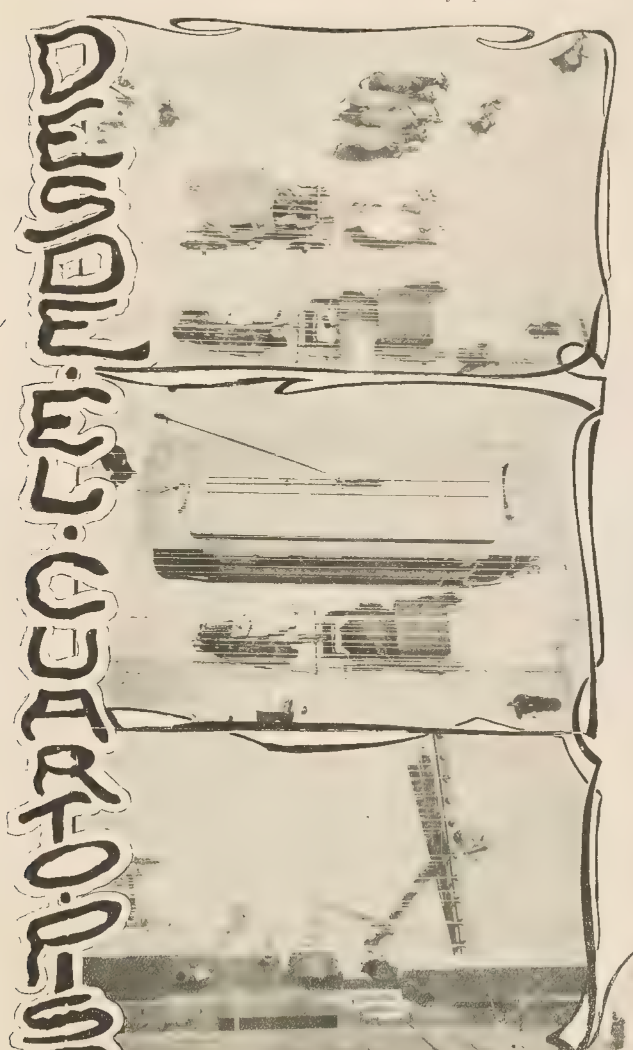
Esto necesariamente es bellísimo, y más cuando el sensacionista «vuelve en sí» y se encuentra de codos en el barandal de un balcón de cuarto piso y sin más novedad que haber trabado una pierna entre las rejas y no poderla libertar sin algún sacrificio doloroso.

Luego, pueden abrirse impunemente los ojos; la vida de la ciudad pasa ante ellos con los detalles más inesperados. Todos mueven á risa porque se antojan una fiesta de caleidoscopio grotesco.

Todo el volumen de un hombre puede encerrarse en ese círculo de media vara de diámetro, y si el sol hiere la figura con rayos oblicuos, la hace proyectar una sombra que se arrastra sobre el asfalto y se ve á manera de una cauda de cometa que tuviera por núcleo un sombrero.

La tersura del piso empolvado es una tira de esos cielos grises que cobijan, como capelos de vidrio opaco, el paisaje de la tarde de estío.

En esa tira pasa la sucesión de perspectivas. A lo largo de la mirada que cae, está la cruz que sostiene los hilos del telégrafo; parece el puente de un violín enorme. Y los hilos rayan de tal manera el suelo, que producen la misma sensación que cuando se mira el borde de la vía férrea desde la ventanilla de un tren en violenta marcha. Debajo de esa red se ven las figuras caminando con enervante lentitud: sólo desde lo alto se puede apreciar lo poco que avanza el paso de los hombres y de las bestias. La mirada sigue con cansancio el movimiento sincrónico de la marcha; la visual persigue á lo lejos una figura que varía paulatinamente hasta que se pierde en el extremo de una raya que traza.



Cuando es el momento en que la mirada cae perpendicularmente, la sensación extraña llega al colmo. Un paraguas es una flor negra que camina; el coche que pasa, es un pinacate; el foco eléctrico es una cabeza calva que tiene calado un grotesco sorbete.

La mirada pasea de vez en cuando por el manto accidentado de las azoteas, para descansar de las sensaciones extrañas; se ponen de tú á tú con el tercer cuerpo de un campanario; vuela á la campiña y sorprende un tren de carga que marcha culebreando por entre las arboledas, que la lejanía convierte en césped.

***

Vuelve á caer en la franja gris de asfalto. Pasa un ciclista á toda máquina y deja la sensación de que va en el aire, al modo de esas golondrinas que vuelan muy bajo y que hacen violentas quebradas para no chocar contra lo que invade la calle. La golondrina y el ciclista deben de sentir el mismo vértigo; deben de llevar el mismo torrente de aire en los oídos, la misma monstruosidad de impresiones en la retina; quizá los aguarda una misma muerte .... Aunque no; yo ví este caso: traía la golondrina su vuelo bajo, vertiginoso, tremendamente fugaz; de pronto fué á chocar contra un poste de hierro; el golpe fué formidable; de haberlo sufrido el cuerpo de un hombre, quizá hubieran sido incontables los fragmentos de huesos en que se habría convertido el esqueleto.

La golondrina pareció lanzada por aquel choque á recorrer el mismo camino que había traído; esto duró un momento, y de la manera más brusca abandonó el vuelo bajo y emprendió uno de ascenso vertical; se remontó mucho; luego, parece que se detuvo; después, el cuerpo del ave se precipitó en el vacío, con las alas impotentes, voltejeando...... seguramente había muerto!

Parece que el ave quiso ir un último instante á sentir la espléndida grandeza de sus dominios; quizá haya clavado la mirada en aquel rincón del cielo por donde llegó......

El ciclista muere de la manera más prosaica: cae bajo las ruedas de un carro, el asfalto se tiñe de sangre, se agolpan los curiosos y una camilla pone fin al espectáculo.

***

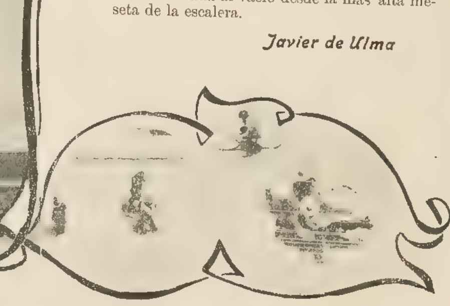
Pero ha pasado el ciclista nuestro sin novedad alguna. A su vértigo, le sigue otro: el del «trolley», ruidoso, casi terrible.

Desde la altura, el tren eléctrico parece un coleóptero que huye, escapado de un gabinete de naturalista, con el alfiler clavado en el lomo. Pasa chirriando; la gente se aparta de la vía; los pasajeros que suben, parece que entran á guardarse en una caja.

Una última sorpresa: he visto todo el proceso del crimen vulgar. El ratero echó mano al reloj del transeunte; éste echó mano á la mano del ratero, y el guardián del orden público puso á todos á mano, conduciendo al ladrón á la Comisaría. ¡Oh, si aquellos hombres que juzgan de los actos de la vida pudieran verlos siempre desde un cuarto piso!......

Es hora de abandonar el balcón, he aspirado aire sano y visto mucho; sé que el vértigo del abismo es una pamplina y...... echo una última mirada al vacío desde la más alta meseta de la escalera.

Javier de Ulma



HOSPICIO DE POBRES.

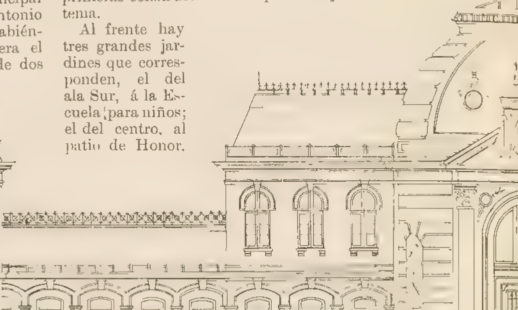
Desde hace algunos años viene haciéndose sentir la urgente necesidad que hay de transladar del local que actualmente ocupa en la ex-Acordada, el Hospicio de Pobres, á un edificio que reúna todas las condiciones que requiere tan útil y benéfica institución.

El Señor Ministro de Gobernación, en vista de esto, propuso la compra de un terreno que tuviera la amplitud necesaria para construir en él un moderno edificio, encomendando el levantamiento de planos y la ejecución de las obras á los señores Ingenieros Don Roberto Gayol y Don Mateo Plowes. Los trabajos de albañilería se encuentran muy avanzados; y con el fin de que nuestros lectores puedan formarse idea de la magnitud del nuevo Hospicio, pasamos á describir á grandes rasgos el proyecto respectivo.

El nuevo edificio, por su disposición especial y por encontrarse completamente aislado, tiene una fachada principal que ve á la Calzada de San Antonio Abad, y cinco secundarias, habiéndose adoptado para la primera el Estilo Escolar; consta ésta de dos cuerpos, y su costo resulta relativamente económico, pues los materiales que en ella se han empleado son: mampostería para los cimientos, y cantería para las mochetas, molduras, salientes, balaustradas y remates; el resto de la construcción es de tabique.

El piso del nuevo edificio se eleva á dos metros sobre el nivel del terreno en que se ha construido y se halla sobre bóveda de sistema cohesivo, siendo ésta una de las primeras construcciones en que se emplea este sistema.

Al frente hay tres grandes jardines que corresponden, el del ala Sur, á la Escuela para niños; el del centro, al patio de Honor.



Fachada principal

EL CAÑÓN BANG



El Coronel Mondragón describe el mecanismo de los cañones.

El domingo anterior se verificaron en el polígono de San Lázaro las pruebas del cañón sistema Bange, transformado en cañón de tiro rápido en la Maestranza Nacional, conforme á un ingenioso mecanismo ideado por el coronel D. Manuel Mondragón.

Sobre una plataforma de cemento se colocaron dos cañones, uno del antiguo sistema y otro del moderno, disponiéndose todo lo necesario para las experiencias á las cuales había sido invitado el Sr. Presidente de la República.

A las diez de la mañana se presentó en el polígono el Primer Magistrado, á quien acompañaban, entre otras personas, los Sres. Ministro de la Guerra y capitán Porfirio Díaz.

El Sr. Presidente se dirigió desde luego á la plataforma en que se habían instalado las dos piezas sujetas á prueba, y el coronel Mondragón hizo en alta voz la descripción de la antigua y de la nueva arma, interesando á todos los concurrentes.

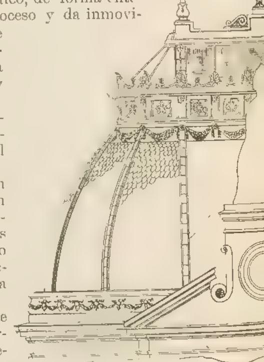
El viejo cañón Bange tiene, entre otros defectos propios de su sistema, el fuerte retroceso, que hace perder mucho tiempo para volver á dispararlo, la dificultad que ofrece para obtener una buena puntería, y lo dilatado de la carga. En seguida pasó el innovador á describir la pieza transformada, indicando que en ésta, para efectuar la carga, sólo son necesarios tres movimientos.

Continuó la descripción por el montaje, que difiere totalmente del antiguo, pues ahora el cañón tiene un aspecto moderno y se halla montado sobre un trineo que resbala á lo largo de una cuna, la cual encierra en su interior un freno hidráulico, de forma enteramente nueva, que anula el esfuerzo de retroceso y da inmovilidad al sistema; al exterior hay un resorte que recupera al cañón en batería cuando ha terminado el retroceso sobre la cuna. El sistema de un mecanismo de puntería en dirección, y otro de freno de camino.

El mástil de la cureña ha sido alargado, dotándose de una azada que mordiendo el terreno, presta un punto de apoyo al cañón en el momento del tiro.

Como cosa notable presentó el Coronel un sistema de miragoniométrica, provisto de un anteojo que permite hacer las punterías con suma facilidad, gran claridad, y hacer referencias sin que el apuntador cambie de posición, sino que por una combinación óptica se llega al resultado de referirse, ya sea á derecha, izquierda ó retaguardia, con toda precisión y claridad.

Este aparato, en el cual no hay necesidad de la intervención de un guión, permite hacer perfectas punterías por cualquier persona, sin necesidad de que sea apuntador.



Cúpula de la fachada prin



Antes de las pruebas.

El armón del material
cambiándole el depósito
eficaz el tiro rápido por
municiones al lado del ca

Pasada la inspección d
primera prueba de tiro,
arreglo de éste á un blanc
tros y formado por tres
te, dispuestas de 25 en 2

Tres tiros bastaron par
del cual se mandó interp
tros de lado á 50 de la bo
los blancos á los cuales

Tomadas estas disposic
sin puntería, y luego otr
instrucción del sirviente
capitán Víctor Hernánde
za y se comenzó de nue
funcionado el arma con
lanzando sus proyectiles
en peso á los que lanzan

UN GRAN EDIFICIO.

y el del ala Norte, al departamento para Escuela de Niñas.

En el jardín del Patio hay una fuente, y hacia el fondo, en la parte central de la fachada, una escalinata que conduce á la puerta principal del edificio. En el vestíbulo se halla la escalera de honor, que da acceso á la planta alta.

La techumbre del vestíbulo estará formada por una gran bóveda de tabique, que se reformó posteriormente y que se construirá tal como aparece en el cliché que publicamos por separado.

En la parte sur del edificio se encuentra la Escuela de Niños y el departamento de Párvulos, formados por grandes salones destinados á clases, ejercicios físicos y recreo, etc. etc habitaciones para los empleados, piezas para los vigilantes y servidumbre, y escaleras para la parte alta.

En esta misma planta se encuentran la Dirección, oficinas, almacenes, comedores, cocina, despensa y otras dependencias.

Al fondo del edificio estarán la lavandería, rodeada de grandes patios. La parte norte del local está destinada á la Escuela de Niñas, casi igual en su distribución á la que antes hemos descrito, y los Talleres de bordados, modas y confecciones, flores artificiales, cajas de cartón, etc.

En el ala sur de la planta alta se encuentran otros salones destinados á diversas clases, amplios y bien ventilados dormitorios, lavabos, un mirador, baños y otras dependencias de la misma escuela.

La parte central la ocupan un Hall, en el cual desemboca la escalera de honor; sigue el Gran Salón de Actos, la sala de recibir del Director y las habitaciones de éste.

En el costado norte, y correspondiendo á la escuela de Niñas, hay otros locales destinados á clases, dormitorios, vestidores, y lavabos, mirador, W. C. y otras dependencias.

el nuevo Hospicio.

E, DE TIRO RÁPIDO.

75 m[m que acaban de estudiarse en concurso, con una rapidez de 19 disparos por minuto.

Los resultados fueron espléndidos: la dirección del tiro no cambió. Solamente la altura varió en razón de que el terreno cedía.

Los blancos colocados á 1,000 m., en los que las granadas obraron por tiempos, estaban literalmente acribillados de balas.

Después se pasó á hacer una prueba de resistencia y estabilidad, emplazando el cañón en una plataforma de cemento, sin aplicar el freno de ruedas; y con sorpresa de los concurrentes, el cañón no se movía, prueba que ninguno de los cañones experimentados que vinieron de Europa, pudieron resistir.

Por último, se dispuso el tiro rápido á 1,000 m. y se ejecutó con la rapidez enorme de veintidós disparos por minuto, dejando altamente satisfechos á los espectadores.

El coronel Mondragón fué felicitado por sus superiores y por sus compañeros de armas.

* * *

La reforma del cañón Bange se considera de trascendental importancia, pues con muy poco costo para la Nación, ésta poseerá un número considerable de cañones, con todos los adelantos modernos, obteniéndose una economía de más de 400,000 pesos, porque los gastos de la transformación del sistema solo llegarán á 50,000 pesos, y comprados, no se conseguirían en menos de...... 500,000 pesos los cañones que se desea transformar.

pal del Hospicio.

mbién fué reformado, terior para poder hacer fácil transporte de las ón.

material, se verificó la cual comenzó por el colocado á 1,000 mes de 25 metros de frenmetros.

este arreglo, después er un blanco de 6 me- del cañón, que ocultó aba arreglado el tiro. nes, se disparó un tiro, cuatro; pero la poca ligó á suspenderlo. El se hizo cargo de la pie- la prueba, habiendo na regularidad perfecta, e 6 k. 200, casi iguales s cañones poderosos de



El señor General Díaz presenciando los efectos de los disparos.



Un disparo con el Bange transformado

Todas las nuevas piezas de que se ha dotado el cañón Bange en su transformación, han sido construídas en la maestranza, por obreros mexicanos y bajo la dirección del señor coronel Mondragón.

LA LLUVIA

La tarde gris su cabellera afloja
de luz ciñendo pálida guirnalda,
y al echar sus cabellos á la espalda
lluvias de perlas nítidas arroja.

Con cada perla se descuelga una hoja,
cual desprendido adorno de una falda,
haciendo incrustaciones de esmeralda
sobre la tierra que la lluvia moja.

La noche que con túnica de nieblas
á los bosques cobija, en las tinieblas
los acaricia con su aliento el frío.

Y amanecen temblando en la montaña,
sobre los hilos de la agreste araña,
frescas sartas de gotas de rocío.

Roberto Brenes Mesén.

Edificios que desaparecen.

EL COLEGIO DE LAS BONITAS.

Uno de los más viejos edificios de la capital acaba de ser derribado por la piqueta demoledora del embellecimiento de la población, dejando una brillante historia de su existencia.

En la época del virreinato, el lugar que ocupa el edificio quedaba fuera de lo que en aquel entonces se llamó la «traza de México» y que estaba limitada hacia ese lado por la calle del Puente del Zacate, situado en el barrio de la Concepción Cuepópam.

El origen del edificio mencionado es por demás curioso: en aquella época, la constante promiscuidad de españoles é indígenas trajo consigo el aumento de hijas que, generalmente faltas de ilustración, rodaban al fango del vicio perdiéndose en él.

Un virtuoso sacerdote de Guanajuato, el Sr. D. Manuel Bolea Sánchez de Tagle, teniendo en cuenta eso, ideó construir un edificio en donde recibieran educación todas las niñas bastardas que nacieran en México y en algunas ciudades de la entonces Nueva España, hijas que por su hermosura corrieran el riesgo de prostituirse; de ahí la denominación del «Colegio de las Bonitas» que desde luego se le dió.

El padre Bolea propagó entre los ricos de entonces la idea que tenía, y que fué aprobada con entusiasmo, resultando de ahí que poco después se habían reunido para emprender la obra ciento cincuenta mil pesos que empleó el Sr. Bolea, desde luego, en la construcción.

Aun no terminada ésta, llegó la época de la Independencia y hubo que suspender la obra, que pasó, á la muerte del padre Bolea, á poder del clero, quedando el edificio á medio construir, sin que llegara, por lo tanto, á alojar una sola de las bonitas á que estaba destinado.

El tiempo pasaba y entonces la Señora Ana María Gómez, condesa de la Cortina, ideó la institución de las Hermanas de la Caridad, para lo cual le hacía falta un edificio especial, y no encontrando otro mejor que el principiado Colegio de las Bonitas, se lo compró al arzobispo, y de su propio peculio y de acuerdo con su esposo, concluyó la obra, instalando en él á las Hermanas.

La condesa cedió el edificio á la institución; pero en el documento de cesión extendido por ella, figuró una cláusula por medio de la cual se decía que, cuando el edificio por cualquiera circunstancia dejara de pertenecer á las Hermanas de la Caridad, aquél pasaría á poder de los herederos de la condesa de la Cortina.

Esto fué lo que sucedió más tarde cuando la desamortización de los bienes del clero; pero aquellos, mediante convenios, lo hicieron pasar á propiedad de la Beneficencia Pública.



Un ángulo del edificio.

El edificio es célebre por los incendios que ha sufrido, pues en el último período de diez años, éstos ascienden á más de doce, entre los cuales figuran como notables el de una trapería que ocupaba varios departamentos que fueron enteramente consumidos, y que duró toda la noche.

PEDRO

La trompa del pastor resonó en lo alto de la aldea.

Una á una, las bestias fueron juntándose en la sombra crepuscular de los establos y de las caballerizas; las vacas, lentas y dóciles; los carneros, más recalcitrantes, poco individualistas; las cabras, caprichosas, fantásticas, dibujando á veces piruetas retrógradas, como esas muchachas que están con tanta cara en el momento de entrar nuevamente el internado.

Una vez que estuvo enteramente reunido el rebaño, el pastor silbó á su perro Labri, y juntos descendieron al valle. Era una tarde de abril con una frescura exquisita. El agua cristalina de los manantiales, formando pequeñas cascadas á través de las rocas graníticas que bordeaban el camino, daban la ilusión de pequeñas esquilitas que repicaban á lo lejos. El aroma de las violetas impregnaba el aire, y de los álamos inclinados sobre el río, salía el trino dulce y potente de los ruiseñores.

A la entrada del pueblecillo, contra las ventanas ya cerradas de una casita baja, cuya fachada estaba decorada por un sueco gigantesco, tocó el pastor.

Se abrió la puerta, y en el dintel apareció un robusto viejo, con mirada hostil.

—Ah! eres tú, Pedro, dijo dulcificándose un poco al reconocer al pastor...... ¿Qué vienes á hacer á esta hora?

A hablarle á usted de Margarita.

—¿Y qué quieres referente á Margarita?

—Deseo hacerla mi esposa.

Pedro dijo esto con resolución, pero azorado, bajando después la vista y dando vueltas al sombrero, que tenía en las manos.

—Bien estamos! Acaso es hora ésta oportuna para venir á pedir á una niña en matrimonio? Sabes ante todo si Margarita consiente?

—Oh! en cuanto á eso......tengo completa seguridad. Llamadla.

—Se ha ido á pasar la noche en casa de su abuela.



RESTOS DEL COLEGIO.—Aspecto general.

—Cuánto lo siento!
—¿Conque te gusta Margarita?
-Es tan bella!

—Seguramente; no creo que haya media docena en el pueblo como ella. Todos los extranjeros se detienen, durante la estación, delante de mi casa para contemplarla...... Mas para qué he de retardar el golpe; querido pastorcito, aquel que quiera el bouquet, ha de traerme el florero......Me comprendes?

—Es que tengo algún dinero.

—Sí, algunos cuantos escudos con que hacer hervir una olla durante ocho días.

—Estoy cierto que habrá más.

—Bah! todo eso son historias. Déjame tranquilo y vete con tus ovejas....... Cuando tengas el florero, hablaremos del bouquet.

Y el zapatero empujó dulcemente al pastor hacia fuera.

Lentamente, con el corazón oprimido por la decepción, el pobre pastor subió la colina en dirección á su ranchería. Allá, sobre los flancos de los cráteres extinguidos, sentado sobre los brezos ó sobre los haces de retama, en tanto que su rebaño pastaba, él había acariciado mucho tiempo la idea de que Margarita fuera algún día su mujer. Y la Margarita lo había entretenido con esta esperanza. Se conocían de fecha muy atrasada, agradábanse mutuamente, y se amaban de una manera sencilla, sin decirse muchas frases.



El Templo de las Bonitas.

Oh! hermosa criatura! ¡Sus cabellos eran negros, largos y finos como los hilos de la Virgen; el tinte, de un moreno más vivo que esos reflejos que resplandecen ciertas veces en el cielo sobre el poniente; sus dientes, más blancos que los de Labri; un cuello fusado que emergía de una garganta torneada y robusta; manos en que la más ligera presión lo hacían temblar; un cuerpo delicado, esbelto, cimbrador, de formas bien armonizadas; pero de toda esta belleza moruna de Margarita, sus ojos constituían para Pedro el más grande de los encantos. Qué grandes eran esos ojos y qué flamas brillaban en esas profundidades negras!

A veces se recostaba sobre el dorso de algún grueso bloque de lava y contemplaba horas enteras el valle que se extendía á sus pies, el valle soberbio, en un repliegue del cual se movía la sombra amada; pero no era el valle lo que veía, eran los ojos de Margarita.

Ahora había que perder toda esperanza.... El carácter obstinado del padre Mateo le impediría cambiar su decisión.

Margarita se casaría con otro galán más rico que él, porque no podía pretender hacerse rico en el oficio de pastor......

* * *

Una tarde que soñaba tristemente en Margarita, reclinado sobre un lecho de anémonas silvestres, vió un coupé que pasaba por la carretera, en tanto que la hermosa dama que lo ocupaba lo miraba fijamente.

Repentinamente, á una señal de la dama, se detiene el coche. La joven saltó vivamente á tierra y se dirigió hacia el pastor.

Intimidado y estupefacto, se levanta, pone su sombrero bajo el brazo y espera.

—Buenas tardes, Perico.

—Buenas tardes, señora.

—¿No me reconoces..... ? María la hija de tus amos.

Y le tendió la mano, una mano más blanca que el marfil, en cuyos dedos brillaban sortijas que lanzaban fuegos semejantes á relámpagos.

Seguramente que la conocía...... siendo los dos pequeños, habían cuidado sus cabras lado á lado. Hacía de esto quince años. La niña había hecho su fortuna.......... Se decía en el país que había casado con un barón millonario....... ¡Pero también qué voz! A los diez años nos lanzaba trinos capaces de despertar á todos los volcanes de la cordillera......Parece, pues, que María tenía una mina de oro en la garganta.

—Y bien, Pedro, siempre pastor?

—Siempre, murmuró.

—No te has casado?

—No. El padre Mateo me ha rehusado á Margarita, diciendo que me faltaban recursos.

—Deberías tomar seis de las mejores cabras é ir á tentar fortuna á París, durante la bella estación. Ahí tienes mi dirección: 84 bis, boulevard Enrique IV. Si quieres, seré yo la primera á quien veas. Tomó la tarjeta y la envolvió delicadamente en un billete de á cien francos, dándolo á Perico, y partió de nuevo en el coche.

Pedro quedó boquiabierto, anonadado; aspirando el delicioso perfume que la damadejó á su paso.

Luego púsose á palpar el billetito azul......... El contacto de este papel era para él la sensación de una caricia...... Cien francos! Eh, eh! Con los escudos que tenía en el bolsillo, bien podía tentar la aventura. Había oído decir muchas veces que los cabreros realizaban grandes beneficios paseando sus cabras á través de las calles, silbando un tema, siempre igual, sobre un acordeón ó en una flauta de Pan. Y esto no era muy difícil por cierto. ¿Por qué no había de lograr lo que ellos? El también teñía una hermosa flauta de Pan que había hecho él mismo; y en materia de tocar, estaba seguro de que no lo superarían los cabreros de París.

Durante ocho días lo persiguió esta idea. Vacilaba, ya sintiendo el vértigo delante de este formidable punto de interrogación que constituía París, ó ya conmovido, angustiado al solo pensamiento de abandonar su aldea. Consultó con Margarita y ésta lo alentó en su proyecto.

Al día siguiente, Perico condujo las seis mejores cabras del pueblo á la garita más próxima, y partió con Labri para la gran ciudad.

La primera mañana que Perico se vió en las calles de París con sus cabras y su perro, la emoción fué tanta, que hubieran podido jugarle una mala partida.

Lo primero que hizo fué correr á la casa de la hermosa dama María, y le subió un cubilete de leche por la escalera de servicio. Una camarera salió á abrirle.

—¿Qué queréis?

—Traigo esta leche para la señora María.

—La señora no se ha levantado.

—Decidle que es Pedro el pastor de Fontanas quien la trae; pero haced que le llegue aún caliente.

La camarera soltó una risotada, tomó la taza y volvió al cabo de un instante.

—Muy bien. dijo deslizando en las manos del cabrero una moneda blanca. La señora me ha dicho que traigáis todas las mañanas una taza igual de leche, y que os dé por ella dos francos.

—Dadle en mi nombre los buenos días, dijo Perico, radiante de alegría. Para un estreno, no está mal.

Y lleno de valor, su flauta resonó de una manera maravillosa. Obreras jóvenes, camareras, nodrizas, le tendían su vaso ó su taza ó le pedían prestado su cubilete. Su éxito lo aturdía, le hacía subir vapores á la cabeza. Pero lo que más placer le causaba, eran las atenciones que se tenían por sus cabras. El frutero les arrojaba grandes hojas de col, los niños les daban frutas y terrones de azúcar. ¡Oh! estos parisienses... ¿Pero es que pensaban alimentar sus cabras y pagarle su leche?

***

Llegado el otoño, Pedro contó por última vez sus ahorros. Los dos francos diarios de la bella dama, habían aumentado considerablemente. Tenía más de ciento cincuenta luises. Era el momento de hablar al padre Mateo y de casarse con Margarita.

No bien hubo saltado del tren, corrió á la casa del zapatero con un hermoso florero oculto bajo su blusa; había querido ser espiritual á su manera.

Margarita enrojeció al verle, y el goce del pastor fué tan grande, que no pudo reprimirse y la abrazó. Luego sacó el florero de su blusa y vació su contenido sobre la mesa.

Los luises sonaron agradablemente, esparciéndose sobre la mesa, y fulguraron ante los ojos del padre Mateo, atónito delante de esta avalancha de oro.

—¿Me concederéis ahora la mano de Margarita? preguntó Pedro.

El padre Mateo juntó uno por uno los luises de Pedro, contándolos, los colocó en el florero, guardó el florero en un armario, con llave, y tendiéndole la mano al pastor, díjole:

—Muchacho... Tómala. Es tuyo el bouquet, pero el florero es mío.

JEAN ROCHON.

PENSAMIENTOS.

El sabio debe inquietarse de lo que se diga de él en un siglo, y no de los elogios ó injurias de un día.—L. PASTEUR.

Un poco de pedantismo, y se hace reputación de profundo; un poco de amargura, y se pasa por moralista de altos vuelos. -EM. AUGUR.

El tiempo no es dinero, es esperanza.—A. GODARD.

Se dice: «Todo viene al que sabe esperar.» Se puede también decir: «Todo se escapa al que espera demasiado.» E. THIAUDIERE.

Museo: hospital de obras de arte.—A. HALLAYS.

Diálogo de Amor.

(Del poema dramático "El Pastor," por E. Marquina.)

DIMAS

Mujer! estoy cansado.

MAGDALENA

¿Ha sido largo
el camino hasta aquí?

DIMAS

Largo y penoso.
Las piedras y cambroños de la sierra
estorban el camino á cada paso
y es difícil andar por esas sendas
para seguir á un lobo.

MAGDALENA

¿A un lobo?

DIMAS

Al mismo
que devoró, hace días, un chicuelo



de aquel pueblo de allá, sobre el camino.
Tres noches le he buscado; hoy finalmente,
mordiendo el hambre en él, ha sido necio
para venir en busca mía: ¡pobre!
¡con qué humildad venía y qué obligado
á mis antiguas atenciones! Tristes
de compasión los ojos; afilado
de miseria el hocico: despeinado,
sin pretensiones, el modesto pelo
que hace toscos sus flancos, y las patas
protegiéndose él mismo con la cola....
Toda una buena bestia, que, al principio,
me ha hecho reír de buena gana. Apuesto
que me la han enviado á estas montañas
para ponerme alegre; yo le he abierto
los brazos, con dulzura; no me habría
reñido con el lobo, si me hubiera
pagado mi cariño; pero el necio
me ha hecho traición: el animal pequeño,
cobarde al hombre, ha pretendido hincar
los dientes largos en mi propio cuello:
si no le rompo el corazón, me mata,
y con la lucha, deliciosamente
se han llenado mis miembros de fatiga;
parece que la vida doblemente
me abraza ahora, y quiere con más fuerza
por mis venas correr, aunque me ahogue.

MAGDALENA

Siéntate aquí; descansarás!

DIMAS

¿Conoces
estos lugares tú?

MAGDALENA

Desde chiquilla
corro por ellos y me entrego á ellos.

DIMAS

El cielo copia bien las placideces
de tus ojos de niña.

(Sentándose.)

Estoy rendido!

MAGDALENA

Quieres beber del agua mía?

DIMAS

Quiero
beber el agua del lugar hermoso
recogida en el fresco de tu herrada.

(Bebe.)

¡Bendiga el cielo el agua, hermana nuestra,
su buena voluntad y su frescura!
¡Bendiga el cielo á la mujer que llega,
sin preguntarle el nombre, al caminante
y le tiene cariño y le socorre
con don sencillo, sin poner orgullo
en el socorro que le da!

MAGDALENA

Quisiera,
siempre que siento, en mis entrañas mismas,
deseos de ofrecer, encontrar dones
como este don del agua, que no tiene
más precio que el amor con que se ofrece!

DIMAS

Por la primera vez, desciendo al llano
y hago descanso en él, y cobro fuerzas
y doy pasto á mi sed, y no deseo
volver á andar ni abandonar el llano.
En esta tarde, abriéndose á mis ojos
como una flor, la placidez del valle
me llena de perfumes: yo, que nunca
dejé los picos de la Sierra mía
ni entré en la calma de las tierras quietas
más que para nutrirme, hoy he sabido
cosas hermosas de la tierra vieja:
hoy sé que hay otras fuerzas por encima
de la necesidad; hoy sé que agrada
sentarse sin fatiga, y conversar
sin pedir nada y encontrar mujeres
sin abatirlas....¿dónde vives, niña?
porque la casa que te guarde, quiero
contemplarla, de hoy más, desde mis cumbres,
roja, con el aliento azul del humo,
la puertecita abierta desde lejos,
diminuta en el valle, quieta, inmóvil,
atrayéndome á ella, ingenuamente,
como querida cabritilla, joya
de mi rebaño, sola entre las yerbas,
y echando aliento azul al aire frío!
¿Cuál es tu casa y cuál tu nombre? dime
cosas nada más tuyas; necesito
reducir sólo á ti todo el cariño
que siento por las cosas de la tierra!

MAGDALENA

Mi nombre es Magdalena, y la más grande
de las casas de allí—¿la ves?—aquella
con rosas que se ríen, por encima
de las tapias del huerto, es donde vivo!

DIMAS

Como si toda el agua de las nieves,
en un día de sol de nuestra Sierra,
se juntara en un hoyo y allí, quieta,
la fina luz del aire recogiera,
me parece que todas las palabras
con que expresamos hermosura de algo
se juntan en tu nombre y allí toman
color de luz y trascendencia de aguas.
Tu nombre romperá, cuando las ansias
de dar al mundo mi deleite, puncen
mis labios torpes, la torpeza mía,
y diré «Magdalena» cuando quiera
decir satisfacción, y decir goce,
y decir hermosura y decir vida!

[Pausa.]

Sí, Magdalena, veo entre las otras
tu casa roja, con las flores blancas,
y me parece hundirme allí, como árbol
en el hoyo en que duermen sus raíces.
Mis pasos, hasta ahora malgastados,
dispersos, como cabras de un rebaño
que no tienen pastor, se hacen acordes,
se ordenan todos harmoniosamente,
se dirigen á un fin; son como notas
de un ruido musical, que se hacen canto
y expresan el amor cuando las juntan
en un solo cantar labios cantores!

[Pausa.]

¿Qué tienes, Magdalena? ¿no me escuchas?

MAGDALENA

Ni una sola palabra de tus labios
se apartará ya más de mi memoria.
¿Piensas que no te escucho? Tus palabras
me parecen tan bien, que estoy muriendo
de oirte hablar, desde que estoy contigo,
y te escucho, sin pena de morirme!

DIMAS

Morirte tú? ¿por qué? ¿por qué, amor mío?
¡cuéntale á tu pastor las penas tuyas,
que tu pastor saldrá con su cayado
á tu defensa!

MAGDALENA

¿Cómo hablarte? ¿Quieres
que con mis propias manos te destroce
el corazón querido? ¿que mis lágrimas
apaguen para siempre tu alegría,
como la arena el fuego de una hoguera?
Nada te he de contar; tarde te he visto
y mejor fuera no encontrarte nunca:
toma del cuerpo el alma mía, amor,
como has tomado el agua de mi herrada,
y vuélvete á tus cumbres, y no bajes
y no vuelvas al llano, donde nadie
fuera de mí te mira con cariño!

DIMAS

¡Mi Magdalena!

MAGDALENA

Sí, tu Magdalena
que no quiere arrancarte de tu Iglesia,
imagen milagrosa, para hacerte
puntal de árboles viejos en el llano.
Vuelve á las cumbres con la luz y déjame
en la noche del mundo y del espíritu.

DIMAS

[Con calma la abraza y se dispone á partir.]

Yo traeré luz al valle.

MAGDALENA

Y yo la espero
con las ventanas de mi casa abiertas!

[Sale Dimas, firme de andar, y sin volverse á ver á Magdalena, que le sigue, con los ojos llenos de lágrimas, hasta perderle de vista.



La Opera en el Renacimiento.

En nuestro número anterior publicamos fotografías de algunos de los artistas principales del cuadro de Opera que ocupará el Renacimiento durante la próxima temporada.

Hoy ofrecemos los retratos del maestro director Alfredo Donizetti, del primer tenor dramático absoluto, Augusto Balboni, y del bajo Nazareno Franchi, así como de los barítonos Ramón Blanchart y Alfredo Pei. De estos artistas se han hecho en los teatros de Europa los mayores elogios. Blanchart, que es el primer barítono absoluto, tiene una carrera brillantísima.

EL LOCO.

En la oscuridad del cuchitril, invadido por la sombra, el viejo carpintero veía á veces surgir una polvareda de historias viejas.

El fantasma de la mujer que le había abandonado, pasaba por su imaginación, con una mueca de desdén, riendo y cantando. Pasaba

Alfredo Donizetti, maestro director

como una obsesión y huía, corriendo tras el placer, con los cabellos sueltos, el corpiño desceñido y los labios húmedos, calle abajo, calle abajo, hasta perderse en la noche.

Yo observaba el drama desde mi balcón cuando apoyaba los ojos en los vidrios para ver pasar la vida. A la hora en que el taller comenzaba á poblarse de sombra y los muebles dibujaban siluetas vagas que parecían trepar por los muros para agazaparse en los rincones, el carpintero esforzaba una sonrisa para acariciar á un chicuelo enfermizo de ojos muy grandes y muy abiertos. Era su hijo.

La historia fué corta. Desde mi ventana vi cuando el chiquillo cedió á la enfermedad, se echó en brazos del padre y murió, dándole un viejo abrazo prometido. Luego, el entierro miserable, que se perdió al volver la esquina, entre la indiferencia de todos. Y después, durante muchos días, el cuchitril cerrado y mudo, con un papel de bordes negros pegado á la puerta.

Fué un incidente que se olvidó muy pronto. Bastaron unos días para que todos se habituaran á ver la puerta cerrada. Pero, cuando al caer de una tarde lluviosa se abrió otra vez el tugurio, la primer vecina que se acercó á la puerta, retrocedió espantada.

El taller estaba atestado de ataúdes pequeños, de ataúdes para niños, de ataúdes negros



Alfredo Pei, barítono



Ramón Blanchart, barítono absoluto

de tela y de caoba, de pino pintado y de cedro oscuro, que abrían sus bocas vacías, aguardando la presa codiciada. Los cajones fúnebres se amontonaban en grandes pilas y avanzaban hasta la puerta, invadiendo casi la calzada y ofreciéndose al caminante con una sonrisa y un guiño que recordaban un desastre posible y un desenlace inevitable. Parecía que todos estaban pidiendo á voces su ración de carne tierna, y brindando su estuche á la podredumbre del cuerpo, con ademanes voraces de monstruos á la entrada de un bosque.

Ha pasado mucho tiempo y el carpintero no descansa. Su martillo sigue dando cabeza-



Nazareno Franchi, bajo absoluto

das sobre la madera, como una voluntad sobre un obstáculo. Cuando el sol declina y empiezan á brillar las luces tras los escaparates de las tiendas, abandona la labor y se sienta á meditar. Pero así que apunta el alba, vuel-



Augusto Baltoni, tenor dramático

ve al trabajo. Cuando los vecinos se acercan, les mira con ojos extraviados y les rechaza.

—¡Hay que trabajar!—dice siniestramente.

Y sigue fabricando ataúdes pequeños, como si estuviera acechando el cadáver de todos los niños.

DOLOROSA.

Flotan en el silencio del santuario
fervorosos murmullos de oraciones
y pinta en el asfalto sus manchones
el trémulo fulgor del lampadario;
Chocan las frías cuentas del rosario;
el armónium solloza roncos sones,
y se elevan las turbias nublazones
que vierte por su boca el incensario:
La Virgen Dolorosa, en la hornacina,
con un nimbo de gloria que ilumina
el dolor de su faz clemente y bella,
Deja asomar en su pestaña obscura
una gota de llanto que fulgura
como en la noche el brillo de una estrella.

J. M. Facha.



UNA PARTIDA DE CARTAS.

(Cuadro de Meissonier.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 10. MÉXICO, SEPTIEMBRE 7 DE 1902. Subscripción mensual foráneos [illegible]
Idem Idem. en la capital [illegible]

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



LA VUELTA DEL SOLDADO.

EL HOMBRE
Á TRAVÉS
DEL TIEMPO Y DEL ESPACIO

Cada raza, cada época, cada pueblo encarna y se condensa, por decirlo así, en un tipo, en una personalidad determinada bastante á reunir y condensar sus caracteres predominantes y esenciales y á caracterizarla por completo en lo moral, en lo intelectual y aun en lo físico. De la misma manera que á cada clima y á cada época geológica corresponden una fauna, una flora y una estratificación especial del terreno, así, en lo social y en lo humano, hay flores y faunas características y diferenciales de las épocas y de las razas.

La palmera, el naranjo, el limonero y el tamarindo; la luciérnaga, el cucuyo, el mosquito, el chacal y el jaguar, caracterizan la zona tropical húmeda y exuberante; el jaramago y el camello, las regiones cálidas y secas; el oso blanco y el zorro azul, las hiperbóreas; los cereales, las frías; el llama y la cabra, las montañosas. Y si en vez de considerar el espacio, consideramos el tiempo, comprobaremos que el iguanodon, el megaterio, la amonita, caracterizan igualmente determinados períodos geológicos, y que se pueden fijar no menos bien por las impresiones que han dejado las hojas, los tallos y las raíces de las diversas plantas prehistóricas en las entonces blandas arcillas que han acabado por convertirse en durísimas rocas.

El tipo humano es también regional y cronológico. El esquimal, diminuto y obeso; el abisinio, negruzco y musculado; el sueco, blanco, rubio y pecoso; el beduíno, ojinegro y barbudo; nuestro fronterizo, alto, esbelto y vigoroso y nuestro indio del sur, amarillento, enjuto y raquítico, son frutos especiales de climas sanos ó enfermizos, de regiones frías ó cálidas, de territorios secos ó pantanosos, de latitudes altas ó bajas.

El tiempo influye también poderosamente en dar sello y carácter á la personalidad humana. Con excepción del chino, que es idéntico y aparece incambiable desde hace veinte mil años, como son idénticos á los de entonces su clima, sus usos, sus costumbres y sus leyes de hoy, los hombres han cambiado y cambian progresivamente con el transcurso del tiempo.

El antiguo espartano era alto, esbelto, vigoroso, musculado, tipo de la belleza masculina que nos legó aquella heroica antigüedad. El tipo romano, que le sucede en el orden cronológico, comienza ya á dar indicios de flaxidez y de obesidad cada vez más acentuadas, al extremo de que si Rómulo y Remo son descendientes de loba y secos y musculados como su madre, Tiberio y Calígula resultan hijos de cerdo por lo grasosos, por lo pesados y por lo glotones.

En la Edad Media, como nadie come, como los que no oran hacen penitencia, y como el resto de las gentes vive del bandolerismo militante ó luchando contra él, todo el mundo está flaco, pálido, ojerudo, al grado que el arte bizantino nos parece, y con justicia, una plástica de hospital y de anfiteatro. Había sin duda hombres fuertes; pero no por el músculo, sino por el nervio, ni tampoco por la sangre, sino por el alma.

Cuando se constituyeron gradualmente las randes nacionalidades á la sombra de las instituciones monárquicas y cuando se consolidó la vida cortesana, el hombre acabó por volverse mujer. Su piel se suavizó y se sonrojó, su mano se afiló y emblanqueció; su pierna, antes vigorosa, se hizo fina y vagamente nerviosa; sus ojos se agrandaron; á la barba poblada é hirsuta se sustituyó el bigote sedoso y rizado. Dejáronse crecer las cabelleras, usaron corsé, tacones altos y rojos, dieron de carmín á los labios y recamaron y bordaron sus vestiduras, y llegó á ser difícil distinguir un abate de una conventuala, y los petimetres del duque de Enguién, como los «mignon» de Enrique III, acabaron por llegar á ser el tipo de la especie. Sin el espíritu caballesco peculiar de la época, las mujeres hubieran acabado por revestir la coraza y ceñir la espada, como llegaron á hacerlo los obispos, y Mad. de Longueville gustaba de disparar cañones.

Vino la época industrial, el intelectualismo, la lucha por la vida en el trabajo, y todo el hombre se concentró en la cabeza. Despejósele y arrugósele la frente, se le hundieron los ojos y adquirieron un brillo febril; encalveció. Si en Versalles todos parecían mujeres, en la Bolsa, en la Academia, en el laboratorio y tras del escritorio, todos parecemos viejos. El cuerpo es un pretexto, un peor es nada; en los balnearios no se ven sino esqueletos raquíticos ó torcidos, tendones gráciles, sobre huesos y eczemas, pechos hundidos y espaldas estrechas, bíceps atrofiados y pantorrillas ausentes.

La belleza humana moderna, en el hombre al menos, no es ya de forma y de proporciones, sino puramente de expresión. Hay luz en los ojos, brillo en las frentes, ondulaciones sugestivas en el cabello. Tenemos cráneos de pensadores ó de poetas, entrecejos de filósofos, rugas de meditativos; pero ya no tenemos formas de atletas ni proporciones de gimnastas, ni caras de efebos. Somos hidrocéfalos sostenidos por popotes.

No es ya en el baño donde podemos admirar nuestra plástica, como antes los romanos; para juzgar de nuestra belleza, no tenemos más elementos que la fotografía, que nos representa con actitudes y expresión de iluminados ó con posturas y gestos de inspirados ó de videntes.

Si llega á ser un hecho, que no lo será, la fotografía espírita, ella, que trasmitirá á la posteridad nuestra alma, si posible es con todos sus anhelos y todos sus ideales, será la única institución capaz de dar idea del único género de belleza á que podemos aspirar.

¡Lástima grande que nuestra alma haya devorado nuestro cuerpo! ¡Se llevaban tan bien el cuerpo y el alma en la antigüedad clásica!

Dr. M. Flores

FRAGMENTO.

EL SAUCE.

¡Qué hermoso sauce saludo todos los días en mis andanzas por estos lugares!

Hasta su tronco llora, que no son sólo las ramas y las hojas. Se inclina de un lado, lo cual no ha de ser tacha de su hermosura en un tronco de sauce; séalo en los otros árboles, que han de halagar la vanidad ó la alegría de los hombres.

Cierto que el ciprés es triste y su tronco sube recto; pero la pena que el ciprés simboliza no es ya del mundo, es el dolor purificado que ya no busca consuelo en la tierra, que nada tiene ya con ella. Por eso tiende sus ramas y pone tan altas las hojas, donde no alcanza la mano ni casi la vista.

Se inclina de un lado mi sauce, del opuesto á la casa á cuyo arrimo vive. No será ingratitud, porque sus ramas besan amorosas el viejo balcón de madera, que alegra un cajón con geranios rojos. No será ingratitud, sino más bien la sublime resolución de algunos inconsolables: huir de la multitud sin negarla su amparo; no vivir junto á ella, pero sí con ella.

***

El espacio que abarca la sombra de este sauce es muy grande. Bajo su caído toldo caben muchos tristes, muchos hermanos huérfanos: todos los adoradores de una hermosa sin alma.

Crecen las ramas desiguales y tortuosas, como quien en su pena no puede cuidarse de su compostura y bien parecer; mas, á pesar de ello, forman abajo un contorno casi exactamente circular. ¡Qué graciosa y tristemente caen sus hojas, hasta tocar algunas la menuda hierba! .. ¡Oh, estas hojas de sauce, finamente lanceoladas, son lágrimas que alguien llora; tienen su forma y su «caer,» su halago, en fin!... Cuanto más se mira el árbol de las tumbas, más encantos se le encuentran. Así pasa con el pensamiento de la muerte.

Une á las ramas entre sí el lazo más fuerte, el de la pena común, y así, cuando el viento pasa y en la robusta é insensible cajiga cada rama se mueve por sí, con total independencia de las otras, y del álamo orgulloso se ve á cada hoja temblar por su cuenta, el sauce mueve todo entero y á compás su lánguido ramaje.

¿Por qué crece siempre á orillas del arroyo ó muy cerca de él? ¿Es que las lágrimas que llora el árbol formaron el arroyo y le alimentan diariamente, ó es que, como todos los tristes, ama el sauce la vista y el rumor del agua?..

Este querido árbol no vela aquí sobre tumba ninguna, y todo en su derredor aparece risueño y viviente: picotean las gallinas entre el césped, canta en el balcón contiguo una calandria, florecen en él los geranios y hacendosea una mujer de sano color entorno de la casa. Todo sonríe, y, no obstante, parece estar justificada la presencia del sauce; aspírase aquí como la calma que sucede al dolor después de consolado, ó como el perfume que dan las memorias tristes luego que el tiempo las quitó su crudeza.

Parece que vela sobre algo, muerto hace ya tiempo. ¿Qué habrá aquí enterrado? ¿Serán las esperanzas de algún otro soñador que vino á sentarse una mañana donde yo estoy sentado?

¡Qué hermoso sauce! ¿Quién le plantó aquí?

E. Menéndez y Pelayo.

Como la mujer de Lot, toda sociedad que se detiene para mirar hacia atrás, se convierte en estatua y se petrifica.—Anatolio Leroy Beaulieu.

Cuando la bondad de los demás sobrepasa á la mía, no tardo en llamarla debilidad.

Pablo Romilly.

EL MONSTRUO

El vuelo de las sombras azotaba el abrupto peñón como castigándolo por la osadía de sentar pesadamente su mole á la vera del camino de los fantásticos gigantes.

Cortado á pico, como un muro enorme que se hundía en el infinito vacío azul, no era creíble que aquel peñón pudiera ser hollado por pie alguno, ni que cerebro humano resistiera el vértigo de su cima.

Y fué, sin embargo, que un atrevido viajero emprendió el ascenso, cuando las sombras incrustaban su negrura en todos los resquicios de la peña, en todos los angostos senderos, en las grietas profundas, abiertas á manera de espantosas sonrisas del abismo.

El valiente que intentaba la aventura, parecía ser un vagabundo entregado á los caprichos de la suerte. Ni alforja ni callado, ni pieles, quizá ni rumbo.....Emprendió la marcha sin vacilaciones, despreciando la sombra y apoyando con firmeza la pisada, que no dejaba huellas en la roca.

Una mirada que hubiese dominado todo aquel peñón, no hubiera adivinado á qué se encaminaban los pasos del aventurero. El ascenso era inútil para ganar los campos opuestos; nada había en aquella cima que pudiera compensar las fatigas de la atrevida excursión.

Y caminaba y más caminaba, bordeando las grietas y siguiendo ó abandonando, á voluntad, los angostos senderos......

***

Ya el ascenso había durado algún tiempo. Los pasos del viajero no vacilaban. De pronto, se paró al borde de una grieta colosal.

¿Sabría qué era aquello?

Difícilmente se alcanzaban las dimensiones de la gran boca; era el suntuoso rompimiento de una visión dantesca.

Se detuvo para contemplar el prodigio; y al volver la vista hacia el recinto que cobijaba la piedra, miró á la pálida luz de un jirón de alborada, que un monstruo gigantesco dormitaba en actitud de descanso.

La emoción del caminante debió de ser terrible; parecía que el terror lo privaba de todo movimiento.

Y naturalmente: el audaz se encontraba en el palacio de uno de esos seres que la naturaleza ha hecho en un refinamiento de concepción horrenda. Era gris el monstruo; clavábansele al cuerpo cuatro patas cortas, armadas de garras; la panza amarillenta se posaba en su lecho sembrado de brillos de pedrería, y una cauda asquerosa, de forma triangular, apuntaba á la negrura del antro, mientras la cabeza, semiaplastada, parecía hundirse con fruición en el rayo blanco de la luz naciente.

El viajero contempló un rato al monstruo, que, en su sueño, no advirtió la presencia de aquel imprudente huésped.

Y en verdad que era imprudente y hasta temerario. Otro, en su lugar, hubiera huído, siquiera para no sufrir aquella espantosa visión de pesadilla; pero él avanzó penetrando en el palacio.

Jamás ojos humanos habían presenciado suntuosidad semejante: todo el piso estaba cubierto con finísima pedrería; los muros eran la roca misma, pero tallada con caprichos que sólo un gran artista hubiera podido concebir; en algunos lugares se erguían vegetaciones de rarísima forma, con tallos finos y erectos.

La sombra, que, á manera de cortinaje, se retiraba al fondo del palacio, prestaba una sensación fantástica al conjunto.

***

El monstruo seguía durmiendo y el viajero pudo recorrer el recinto, contemplando todas las innumerables bellezas.

Ya la luz iba haciendo irrupción y bañaba más de medio cuerpo al augusto y horrible morador. La audacia del visitante llegó al extremo de pasear con paso tranquilo en derredor del monstruo y observarlo atentamente en todos sus detalles.

Aproximóse á una de las garras y se puso á admirar la agudeza y filo de ellas. Más atento estaba en la atrevida observación, cuando el ruido de un choque formidable se hizo oír á la entrada del palacio. Levantóse una nube de polvo, el monstruo hizo un movimiento rápido y sentó la terrible garra sobre el viajero.

Estaba perdido. Pagaba con la vida aquel temerario impulso que lo arrastró á la más loca de las curiosidades.

La garra era pesadísima y temblaba sobre el cuerpo de la víctima, hundiéndola más y más en el suelo blando del palacio.

No hay emoción comparable á la que estaba experimentando; por momentos sentía escapársele la vida; la respiración se hacía fatigosa; pronto perdió toda esperanza, la luz se extinguió, la muerte llegaba en pleno triunfo de la angustia.......

Una nueva detonación conmovió el silencio del palacio; otra nube de polvo más densa cubrió la atmósfera.......

El monstruo dió un salto prodigioso y salió á escape de la grieta, emprendiendo una carrera vertiginosa por la empinada montaña.

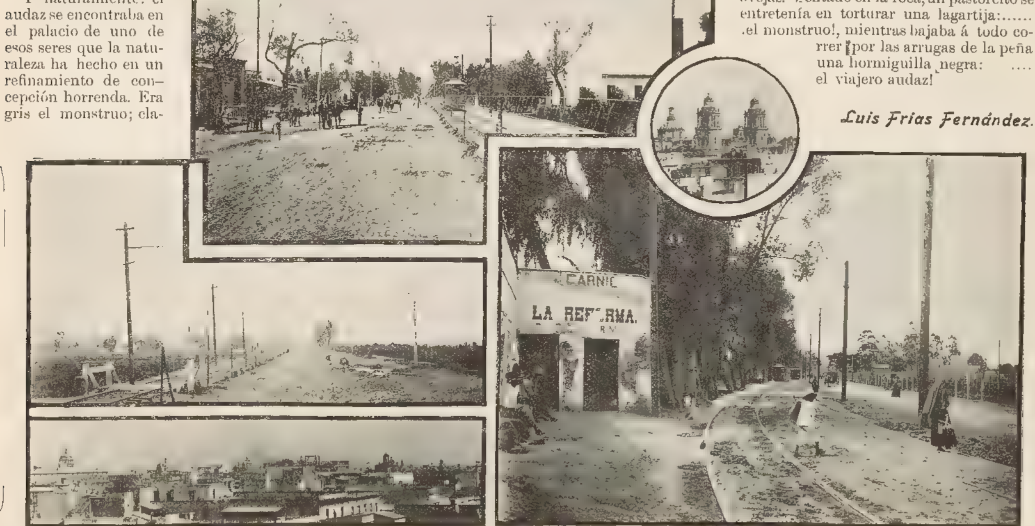
El viajero se sintió libre de la garra que lo oprimía; movió los miembros y se aseguró con sorpresa de que no tenía daño alguno.

No pudo explicarse á qué debió su salvación.

***

......Era un campo cubierto de musgo y en él pastaban tranquilamente unas ovejas. Sentado en la roca, un pastorcito se entretenía en torturar una lagartija:...... ¡el monstruo!, mientras bajaba á todo correr por las arrugas de la peña una hormiguilla negra: .... el viajero audaz!

Luis Frías Fernández.



PUERTAS DE LA CIUDAD.—Calzadas de Guadalupe, San Antonio y Tacuba

LOS ÚLTIMOS INCENDIOS

El Teatro "Acuña."

Fachada del "Acuña".

EN el corto período de seis días se han registrado en el país tres notables incendios: el del teatro Acuña, de Saltillo, ocurrido el 24 del pasado; el del mercado de Puebla, que se declaró el 29 por la noche, y el de una parte de la fábrica de hilados de Río Blanco, que se produjo el mismo día en la madrugada.

La frecuencia con que estos lamentables sucesos vienen repitiéndose, es alarmante: en Saltillo acaba de ser consumido por el fuego un cajón de ropa, cuyos dueños perdieron más de cuarenta mil pesos, y en Puebla estaba aún, cuando sobrevino el último siniestro, palpitante la consternación producida por la completa destrucción del teatro Principal.

El incendio del Acuña, hermoso edificio del estilo moderno, se declaró á las siete y media de la mañana, hora en que las campanas de los templos tocaron a larma. Momentos después, una espesa nube de humo envolvía todo el teatro, y el fuego se propagaba con suma rapidez.

Las llamas se elevaron á considerable altura, y fué tal el calor desarrollado por ellas, que los árboles de la plaza de los Hombres Ilustres quedaron en parte carbonizados. Al derrumbarse el techo del teatro, vino por tierra la torre del reloj, desplomándose también parte del pórtico.

Perdida la esperanza de sofocar el incendio, por la carencia de los elementos necesarios, las autoridades pusieron toda su atención en salvar de las llamas los establecimientos mercantiles contiguos. La gendarmería y los sirvientes de las tiendas acudieron con toda eficacia á las maniobras de desocupación de los almacenes, y con cubetas y cántaros, se logró refrescar los muros y armazones que el fuego, con toda facilidad, hubiera invadido, sin la oportuna intervención de la policía.

A las ocho de la mañana se desplomó lo que aun estaba en pie del teatro Acuña, quedando reducido á cenizas y escombros en menos de una hora. La compañía dramática que actuaba en el coliseo, sufrió la pérdida de todo su archivo y atrezzo.

***

Acerca del incendio del mercado de Puebla, el fuego no dejó en pie más que los muros de mampostería que, ennegrecidos por el humo, encerraban á la mañana siguiente un hacinamiento de vigas, muebles y trastos carbonizados. La noticia del siniestro cundió con rapidez por toda la ciudad, y las calles vecinas se vieron en un instante llenas de gente que acudía á prestar auxilio.

***

Sin alcanzar las colosales proporciones de los incendios á que acabamos de referirnos, el que se declaró en la fábrica de Río Blanco, produjo, sobre todo en Orizaba, un pánico indescriptible. Se decía que el voraz elemento había acabado con una gran parte de la fábrica; pero no tardó en rectificarse la noticia, dando por hecho, únicamente, que las llamas sólo causaron algunos desperfectos en el salón de telares. El administrador de la negociación y los operarios ocurrieron con toda oportunidad al punto en que el fuego se había declarado, y pronto pudo extinguirse, sin que los trabajos llegaran á paralizarse. La versión de que el incendio se debía á una venganza de parte de los operarios, se ha desmentido por los propietarios de la fábrica, como un «canard» de los alarmistas.

***

Ilustramos esta página con algunas fotografías relativas al incendio del hermoso teatro de Saltillo que acaba de desaparecer.



El incendio del teatro.



Después del siniestro

De "Primavera Sentimental"

¡Cuán feliz es el sol! En las mañanas,
por verte, su carrera precipita,
á tus balcones llega y en tu alcoba
penetra por la abierta celosía.

Retoza en los encajes de tu lecho,
á tu hermosura da calor y vida;
tórnase ritmo en tus azules venas
y epigrama de luz en tus pupilas.

Mas yo no envidio al sol, sino al espejo
en donde ufana tu beldad se mira,
que te ama, alegre, cuando estás delante,
y al punto que te vas, de ti se olvida.

FABIO FIALLO.

El hombre estudia á la mujer más que á las mujeres; éstas se inquietan menos de conocer al hombre que á los hombres.

Supersticiones: debilidades del espíritu en las cuales frecuentemente el corazón agota sus fuerzas.—G. M. VALTOUR.

Las Construcciones en México





COMO si la metrópoli, de algunos años á esta parte, no hubiera sufrido la más leve transformación, del uno al otro extremo de la ciudad se echan de ver, en el día, el empeño constante por dotarla de nuevas calles que favorezcan el tráfico, de jardines que la hermoseen y hagan agradable y amena á sus visitantes, y de edificios con que la higiene y el ornato resulten gananciosos.

Esto que ha dado en llamarse «fiebre de reconstrucción» y que no es más que una de tantas manifestaciones de la época bonancible por que atravesamos, va, poco á poco, haciendo cambiar el aspecto que de población antigua conservó por muchos años la capital. La casucha de pesadas puertas cede su puesto al airoso «chalet» de amplias ventanas por donde penetra la luz á torrentes; el caserón poblado de leyendas desaparece envuelto en nubes de polvo, y por todas partes, como por encanto, las construcciones modernas se multiplican con una rapidez asombrosa.

Las colonias en los suburbios y las avenidas principales en el centro, están enfermas de esa «fiebre.» No hace mucho, la piqueta del embellecimiento demolía la última pared del Nacional, y hace unos cuantos meses estaba aún en pie con sus amplios salones y corredores el Hospital de Terceros, edificio que ha pasado á la historia rodeado de anécdotas y tradiciones, como tantos otros. En las nuevas calles del Cinco de Mayo, abiertas casi en toda su extensión, se construyen actualmente las primeras fincas, y pronto lo que ahora es un hacinamiento de escombros, será hermosa prolongación de una de nuestras mejores avenidas. En cuanto al Hospital, no queda rastro del edificio: columnas de hierro, cabrias, montones de materiales y un ejército de operarios se ven en el sitio donde se levantara: allí se pone mano á una obra de utilidad pública, que reclama el desarrollo de la población: á la nueva casa de Correos. Más allá se ve, cercado, el campo en que ha de construirse el teatro más suntuoso de la República, y por todos los rumbos sopla un viento propicio á la hermosura y ensanche de nuestra metrópoli.



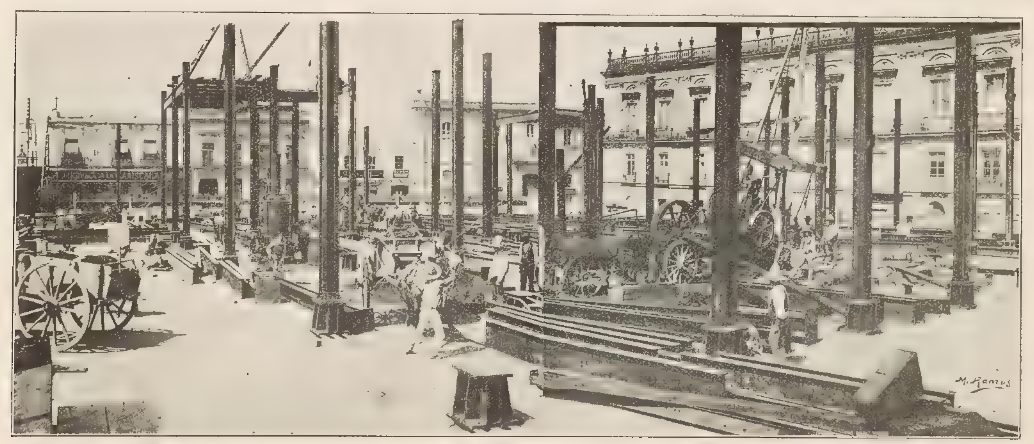
En el Cinco de Mayo

Para un observador, hay en todo esto puntos muy dignos de estudio: sea, por ejemplo, el sistema, tan distinto del antiguo, con que se construye actualmente. Al pie de esta página publicamos una fotografía de la armazón de hierro de la Casa de Correos: quien recuerde cómo se levantaba una casa hace veinte años, se quedará asombrado; todo es ahora diferente, los métodos han cambiado de manera notable, ajustándose no sólo á las condiciones de la belleza arquitectónica, sino á las más estrictas de la solidez y de la buena distribución.

Los techos pesados, las ventanas estrechas, los pisos hundidos, todo esto va, con la rutina, proscribiéndose para abrir ancho campo á estilos que se compadecen mejor con las exigencias de la cultura moderna, y con las condiciones especiales del terreno.

***

Debido es, por lo demás, consignar que el Ayuntamiento corresponde al empeño de reconstruir que trae fuera de casillas á los propietarios, con la implantación de mejoras de tanta utilidad como los nuevos pavimentos, los mercados que están en vía de edificarse y la apertura de calles donde el tráfico y la comodidad lo reclaman. El Gobierno General, por su parte, contribuye también á la obra, ya con la construcción de locales para escuelas y casas de beneficencia, ya con la de aquellos que, como la Casa de Correos, están llamadas á prestar al público servicios importantes.



Armazón de la nueva Casa de Correos

LOS DOS ÁRBOLES VIEJOS

LEYENDA BRETONA.

Esto acontecía en Plouguznou, no hace todavía mucho tiempo.

Había allí, en una pobre quinta agrícola, un buen hombre y una mujer que, no teniendo medios para limpiar su trigo á máquina, lo hacían al trillo. Desde el alba hasta la puesta del sol, trabajaban de concierto, el hombre conduciendo las espigas, y la mujer arreglando las eras.

Pensad si, concluída la jornada, encontrarían el lecho con placer, aun cuando la cama fuese de paja de avena y las sábanas de ruda tela de cáñamo. Apenas se buscaban tiempo de cenar algunas patatas y de recitar una oración: un instante después, estaban tendidos roncando á cual más y mejor.

La última noche el marido habló de esta manera á su mujer:

—Radegonda, entre los ricos es costumbre, cuando agosto ha terminado, haya en la noche banquete para los limpiadores. Por mí, si me dieras el manjar que tanto me gusta, ya sabes que preferiría pasteles, esos ricos pastelitos de trigo negro que sabes hacer, Radegonda.

La mujer, que caía de fatiga, exclamó:

—¡Pasteles, mi pobre hombre! No sueñes; tengo los brazos cortados. Yo he trabajado tanto como tú, ¿no es verdad? Y como no tengo la fuerza tuya, estoy que no puedo más. Cómo quieres que encuentre valor para ponerme á prender el fuego, á amasar la harina y á preparar la pasta? Y además, aun cuando encontrara este valor, no podría contentar tu antojo, porque no hay una brizna de harina en la alacena. ¿No recuerdas que hace más de una semana que hemos estado en la cosecha y que no has ido á casa del molinero?

—¡Oh! si no es más que harina, yo me encargo de traerla.

—¿Qué irías hasta el molino?...... ¿Después de haber sudado tanto, de tanto trabajar? ¿Tu estómago es un amo duro é intransigente, Hervé Mingam?

Hervé Mingam contestó suplicante:



—Vamos, Radegonda!........ Por esta sola vez! ..

Entonces ella, entristecida:

—Soy siempre demasiado necia en cumplir tus veinticuatro caprichos...... En fin, sea!... Ve y haz lo posible por estar aquí pronto de vuelta, si no quieres que me duerma aquí, vestida, en el intervalo.

No había terminado la frase, cuando el hombre estaba fuera, bajando á grandes pasos hacia el molino. En tanto que vió claro en su camino, corrió más bien que anduvo; pero en un sitio en que el sendero parecía hundirse en tierra, entre dos altos taludes desplomados, preciso le fué ir más despacio. Hervé avanzaba á tientas, porque tenía sobre él, además de la sombra de los taludes, la de tres viejos árboles. Iba, pues, con precaución, sujetando cada uno de sus pasos. En medio del silencio, que era profundo, y á pesar de que el aire estaba inmóvil como sucede generalmente en las noches tibias de agosto, oyó que el follaje, arriba de su cabeza, comenzó á hacer ruido de un modo bizarro é inesperado.

—Diantre, es cosa muy particular, pensó.

Levantó los ojos, y á pesar de la obscuridad, reconoció en la blancura plateada de la corteza cuyo ramaje sacudía de esa suerte, que eran dos hayas de aspecto venerable, que se hacían caravanas, de un talud á otro, y mezclaban sus ramas como para abrazarse. Se hubiese creído que eran largos brazos descarnados que se unían. Lo que había de más extraño, era que su murmurio, muy ligero, se parecía á un cuchicheo de voces humanas. Hervé Mingam suspendió su paso y puso oído atento.

***

No había duda, las dos hayas conversaban entre sí. Nuestro hombre, por escucharlas, olvidó molino, harina y pasteles.

El primero de los dos árboles, el de la derecha, decía:

—Creo que tienes frío, Maharit. Tiemblan todos tus miembros.

Y el segundo árbol, el de la izquierda, respondía tiritando:

—Sí, Gelvestr, estoy helada, helada hasta la médula. Siempre que cae la noche, es esto; la frescura me penetra á tal grado, que es como una segunda muerte......... Felizmente, esta noche hacen pasteles en casa de nuestro hijo; habrá un buen fuego, y tan luego como su mujer y él se hayan acostado, iremos á calentarnos junto al brasero.

Entonces el primer árbol:

—Yo te acompañaré para no dejarte ir sola, Maharit. Mas, si tú me hubieses obedecido cuando éramos vivos, no estarías en la necesidad de esperar á que hicieran pasteles en casa de nuestro amado hijo para sentir un poco de calor. ¡Cuántas veces no te pedí que fueras más caritativa hacia los pobres! Bajo pretexto de que poseías poco, no querías dar nada, y ahora tienes que sufrir el castigo. Porque has tenido el corazón frío, tienes que hacer una penitencia dura. Y yo, porque fuí demasiado débil hacia tu pecado, soporto el castigo contigo. Pero al menos no sufro lo que tú. Los pobres que rechazabas, yo los indemnizaba cuando salías; por ejemplo, les daba en cuaresma pedazos de mantequilla envueltos en hojas de col; en los días grandes, pedazos de lardo envueltos en papel, y ahora, estas hojas y este papel me hacen un vestido que me tiene siempre caliente.

—¡Ay!...... exclamaba siempre el segundo árbol, con una tristeza que se hubiese dicho que se le salía el alma......

Hervé Mingam no quiso oír más. A riesgo de hacerse pedazos veinte veces la cabeza, tropezando con las piedras del camino, descendió brincando la pendiente hasta la tienda del molino de Trohir.

De regreso, tomó un camino dos veces más largo, por no pasar bajo los vetustos árboles.

—A fe mía, le dijo su mujer, creí que no volverías.

Y notando su aire hosco:

—¿Qué te ha pasado? Tienes el rostro lívido.

—Es que estoy en el colmo de mis fuerzas. Traigo los miembros rotos. Después de la ruda jornada, esta carrera ha sido demasiado.

—¡Cuando yo lo decía!..... En fin, consuélate. Puesto que has traído la harina, vas á comer los pasteles.

—Sí, murmuró, ahora más que nunca es preciso que los hagas.

Pensando que con la espera habría aumentado su ansia, Radegonda se creyó en el deber de servirlo diligentemente. Por lo general, doce golosinas de sartén no eran cosa de causarle miedo, pero esta vez, desde la tercera, se declaró satisfecho, y hasta ahito.

—Decididamente, siento más necesidad de dormir que de comer.

—¡Ah! muy bien; si lo hubiera sabido, no habría puesto tanto fuego, dijo su mujer.

Disponíase á apartar los tizones, después de haber quitado la cacerola, pero él la detuvo.

—Deja arder todo eso y acostémonos.

Esperó á que estuviese desvestida y, en el momento en que se puso de espaldas para meterse en el lecho, arrojó una nueva brazada de viruta en la flama. Radegonda quedó dormida en el acto. Pero él permaneció con los ojos abiertos.

Desde el lecho, colocado justamente frente á la ventana, se veía claramente por los postigos entreabiertos el cielo y la campiña, pues había claror de luna.

***

La noche estaba silenciosa, como sucede por lo regular en pleno estío. Sonaron las diez, las once, y nadie venía. El hombre comenzaba á dudar...... Pero cerca de las once y media oyó un ligero ruido como de ramas que arrastran y que sacuden; después, poco á poco el ruido aumentó, fué un rumor parecido al de los bosques agitados por la brisa, y Hervé vió claramente las sombras movibles de dos hayas que se dirigían hacia la casa.

Marchaban tan cerca una de la otra, como era posible, en la misma línea; se hubiese dicho que la tierra las llevaba. Veíanse, á la luz de la luna, brillar sus troncos argentados bajo sus follajes inmensos. Atravesaron al fin la cerca.

«Fru ..... u'......u! Fru......u!.....u!.. .....!» gemían sus vastos ramajes.

Bajo las sábanas, el hombre castañeteaba los dientes. Jamás había creído que dos árboles pudieran por sí solos hacer todo el murmullo de una selva. El ruido estaba luego alrededor de él, por arriba, por todas partes.

—Van á derribar la casa, se dijo.

Escuchó el frotamiento de las grandes ramas contra los muros y sobre el rastrojo del techo. Por tres veces las hayas dieron la vuelta á la morada, sin duda buscando la puerta. Hervé se ocultó la cabeza entre las manos para no ver lo que iba á pasar. Pero al cabo de tres ó cuatro minutos, no oyendo más ruido, atrevió á mirar. Y he aquí lo que vió: su padre y su madre estaban sentados sobre las escabelas de leña, de cada lado de la hoguera, tales como eran cuando vivían. Los reconoció claramente, eran ellos los que habían venido bajo la forma de árboles.

Hablaban entre sí en voz baja. La vieja había levantado un poco su falda de fustán roja para calentarse los pies, y el viejo le preguntaba:

Sientes un poco de calor?

—Sí, respondía ella. Nuestro hijo ha tenido la precaución de agregar al fuego una nueva brazada de virutas.

El hombre entonces despertó á su mujer.

—Mira!

—¿Qué? ¿dónde?

—Allí, en la hoguera, á aquellos dos viejos. ¿No los reconoces?

—Tú sueñas ó tienes ataque de fiebre, mi pobre marido. No hay en la hoguera más que el fuego que chisporrotea.

—Pon tu pie sobre el mío, Radegonda, y verás lo mismo que yo.

Puso el pie sobre el suyo, como se lo indicaba, y vió á los viejos.

Dios perdone á los difuntos!...... Pero si es tu padre y tu madre! balbucía juntando las manos trémulas de estupor y de espanto.

—Por merced, no digas ni hagas nada que pueda turbarlos.

—¿Qué nos quieren?

—Ya te explicaré la cosa cuando se hayan marchado.

Entre tanto, el viejo decía á la vieja:

¿Te has calentado, Maharit? Se acerca nuestra hora.

Y la vieja decía al viejo:

—Sí, ya no tengo frío, Gelvestr. Pero tengo vehementes deseos de que mi dura penitencia se acabe.

En esto, el reloj sonó el primer golpe. Los viejos se levantaron; luego desaparecieron. Y entonces, el gran rumor de follaje comenzó á lo largo de la casa.

Fru...u ..u... ¡Fru...u...u ..!

Después el ruido se alejó á medida que se alejaba también la sombra de los dos árboles bajo la luna. En su lecho, Radegonda temblaba, no comprendiendo nada de estas cosas extraordinarias. Cuando todo volvió á quedar desierto y silencioso, el hombre contó lo que había visto y cómo había sorprendido el secreto de los dos muertos.

—Está bien, dijo Radegonda, mañana daremos una torta de unto para los pobres de la parroquia que no tienen ni siquiera lo poco que nosotros tenemos, y mandaremos decir misas á la iglesia.

Así lo hicieron, y desde entonces las dos hayas no volvieron á hablar.

Anatole le Braz.



EL FIN DE LA BATALLA

(PÁGINA DEL 8 DE SEPTIEMBRE)

I

Llegó el supremo instante. Batallones
Inquebrantables sostenían el fuego
Tras los lejanos matorrales. Trágicos,
Con salvas fragorosas los cañones
Rimaban la epopeya, exterminando,
Demoliéndolo todo,
Envolviendo en espesas humaredas
La angustia y el horror, la sangre, el lodo,
Y entre las calcinadas arboledas
El épico fermento del combate;
En tanto que, más cerca, en las praderas
Que se tienden al frente,
Tras las sólidas líneas de trincheras,
El grueso del Ejército, potente,
Esperaba la carga, redoblando
El fuego de su atroz fusilería,
Mientras á retaguardia, como un trueno
De tempestad, se oía
El rodar de furgones galopando
Para ir á abastecer la artillería.

II

Ved: pecho á tierra un batallón heroico
Se bate á fuego rápido. Metralla
Enemiga le diezma ferozmente
¡Y su gallardo Coronel, estoico,
A caballo se yergue frente á frente
De la muerte y la gloria en la batalla!
A toda brida llega un ayudante,
Le dice:—«¡ya!»—Desaparece luego.........
El jefe alza la espada y, arrogante,
Dominando el corcel, que se encabrita
Al redoblar del fuego,
Con voz fulmínea á sus soldados grita:
«¡Valiente batallón: en un instante
Tendremos el honor de dar la carga,
Y el enemigo nos verá en la gloria
De llegar á sus fuertes posiciones
Y arrancarle de firme la victoria!
—¡Y á nuestra diana tocarán retreta
Esos acobardados escuadrones!
Alto el fuego ¡y calad la bayoneta!»
Dice; el tambor redobla fulminante,
Al par que vibra «ataque» la corneta;
Despiden mil destellos
—Presagios del terror de la matanza—
Al sol las armas, y en aquel instante
El batallón como un alud se lanza
—«¡A ellos!»—gritando sin cesar—«¡á ellos!»—
La sombra, el caos, un exterminio inmenso
Al pie de la trinchera cobran vida.........
—Y la tragedia bajo el humo denso
Palpita enfurecida...... ..
En el tremendo campo
Todo se enciende y todo se estremece;
Crepita formidable la metralla;
El olor de la pólvora enardece
La lucha cuerpo á cuerpo, entre rugidos
Que subrayan el trágico episodio
Y hacen surgir sobre la Madre Tierra
La venganza y el odio,
Las cóleras sangrientas de la Guerra!
Se desmorona el parapeto; estalla
La granada en pedazos; los cadáveres
Ruedan al foso; piérdese conciencia
Del amor y la vida y queda inerte
La razón. ¡Es la lúgubre demencia
Del fuego y de la muerte!

III

Y entre los gritos que el furor desgrana
En la refriega, vibra en los confines
Del negro campo triunfadora diana
Resonando en un himno de clarines.........
Cesa la enrojecida bayoneta
Y el fusil en su lúgubre trabajo,
Mientras los enemigos allá abajo
Huyen al triste toque de retreta.

....

Lentamente calló la artillería,
Y allá sobre el tumulto, y en lo alto
De la que fué trinchera,
Desplegó sus colores la bandera
Del batallón que consumó el asalto!

HERIBERTO FRIAS.

PALACIO DE GOBIERNO.

Se ha comenzado á construir en Chilpancingo el Palacio de Gobierno que substituirá al que, antes de los últimos temblores, ocupaban las Oficinas principales de la Administración de Guerrero.

El nuevo edificio obedece á un plan bien meditado; es de mampostería, de un solo piso, y la distribución de todos los departamentos se ha hecho de manera que no carezcan ni de la amplitud ni de ventilación suficientes. La fachada principal es de bonito estilo y se emplearán en su construcción los mejores materiales.

De Verlaine.

Como sueño tenaz surge en mi mente
Una mujer que amo y que me adora,
Que no siendo la misma á cada hora
Otra tampoco es indiferente.

Mi corazón, para ella transparente,
No es problema, á su sabor lo explora,
Ella tan sólo puede, cuando llora,
Refrescar los ardores de mi frente.

¿Es morena? ..Tal vez.¿Rubia? Lo ignoro.
¿Su nombre? Evoca musical, sonoro,
Los nombres de las muertas preferidas.

Por su mirar recuerda la escultura
Y hay en su voz el tono y la dulzura
De las amadas voces extinguidas.



EL PALACIO DE CHILPANCINGO.





JUVENTUD.

Cuadro de Choplin

El Instituto de Ciencias de Oaxaca.

Hace algunos años que con el objeto de asegurar su estabilidad y mejorar sus condiciones materiales, se pensó en la reconstrucción del antiguo edificio del Instituto de Ciencias de Oaxaca, que se encuentra situado en el ángulo que forman la 7ª calle de la Avenida de la Independencia y la 1ª de Benito Juárez, en la capital del Estado.

El edificio de que nos ocupamos reviste gran interés para la historia. Fué inaugurado el día 8 de enero de 1827 con el nombre de «Instituto de Ciencias y Artes del Estado,» y su creación se debió á un decreto del Primer Congreso Constitucional.

El acto de su instalación, que revistió la mayor solemnidad, fué presidido por el Gobernador del Estado en aquella época, acompañado del Consejo, principales autoridades y numerosos vecinos de la importante entidad federativa. Su primer Director fué el distinguido Fray Francisco Aparicio, y más tarde estuvo al frente del Establecimiento el señor Juárez.

En el Instituto de Ciencias y Artes del Estado de Oaxaca se formaron hombres tan notables como el Benemérito Juárez y su ministro de Justicia, el célebre jurisconsulto D. Manuel Ruiz; los abogados D. Manuel Dublán, D. Félix Romero y otros muchos que sería largo enumerar. Alumno del mismo plantel fué el actual primer magistrado de la República, quien cortó su carrera para seguir la de las armas, poniéndose al servicio de la Patria en defensa de las instituciones democráticas.

***

El antiguo Instituto era de sólida construcción y muy amplio; pero se hacía ya necesaria su reconstrucción, debido al estado de deterioro en que se encontraba á últimas fechas. Por iniciativa del Jefe Político, Coronel D. Prisciliano Benítez, se emprendieron las obras, siendo autor del proyecto que se ha ejecutado, el Sr. Ingeniero D. Rodolfo Franco.



El antiguo edificio

En los grabados que hoy publicamos se encuentran la fachada del antiguo edificio y la del moderno. Esta última consta de dos cuerpos, y los materiales empleados en ella son mampostería en los cimientos y cantería en el resto de la construcción.

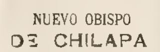
La distribución interior del moderno edificio está arreglada á los preceptos de la pedagogía y de la higiene, y ofrece en cuanto á comodidad, las mayores ventajas.

En la planta alta se encuentran grandes salones dotados de suficiente luz, bien ventilados; y en uno de sus departamentos se halla el Museo del Estado.

La planta baja está destinada á las clases, y en la parte Sur del edificio está instalada la Biblioteca Pública, á la que da acceso una puerta que ve á la calle de Benito Juárez.



La nueva construcción



NUEVO OBISPO DE CHILAPA

Para cubrir la vacante que dejó como obispo de Chilapa el Dr. D. Ramón Ibarra y González al hacerse cargo de la diócesi de Puebla, ha sido nombrado por S.S. León XIII el Sr. Dr. D. José Homobono Anaya, actual obispo de Sinaloa.

El señor Anaya nació en Guadalajara el 13 de noviembre de 1835. Muy joven aún, ingresó al seminario de aquella ciudad para seguir la carrera eclesiástica, y algunos años después recibió la borla de doctor en cánones.

Fué cura de varios puntos, y en las parroquias donde ejerció, procuró fundar escuelas y proteger siempre establecimientos de beneficencia. Al volver á Guadalajara, se le nombró canónigo de la Catedral y rector del Seminario, y durante su rectorado, se comenzó la construcción del nuevo edificio que ocupará el plantel.

En 12 de febrero de 1899 fué consagrado obispo de Sinaloa, diócesi en donde atendió



Sr. Obispo Dr. J. Homobono Anaya.

á la reconstrucción del hospital y de varias escuelas y establecimientos dedicados al culto, fundando varias casas de beneficencia. Poco después de su consagración arregló una peregrinación á Roma y los Santos Lugares, asistiendo al Concilio Plenario Latino americano, convocado por S. S. el Papa, y en su apertura fungió de Secretario. Hizo después un viaje á Roma, en representación de los católicos mexicanos, con motivo del jubileo pontifical del Papa.

El señor Anaya irá próximamente á hacerse cargo de su nueva diócesi.



El Arzobispo de Canterbury unge á Eduardo VII

La comitiva regia

ECOS DE LA CORONACIÓN

DEL REY EDUARDO.

Las revistas europeas vienen llenas de detalles acerca de las suntuosas fiestas con que la ciudad de Londres celebró la coronación de Eduardo VII. y de los relativos á las ceremonias que se verificaron en la Abadía de Westminster.

La información gráfica que ofrecemos en esta plana, es de lo más importante que se ha publicado en Europa. En nuestros clichés pueden verse representados, tanto los actos de coronación del Rey y de la Reina, como los brillantes desfiles de la regia comitiva el día de la ceremonia.

POST SCRIPTUM.

Te hablé de mis tristezas: enfermitas
que sufren un mal crónico;
el doctor asegura que no tienen
remedio,
lo deploro!

Te hablé en párrafo aparte
de las incertidumbres de mi alma,
de una angustia infinita que me oprime
y una aflicción inmensa que me mata.

Te conté mis insomnios; esas noches
que me paso sin sueño,
con los ojos rasgando las tinieblas
terriblemente abiertos.

Te dije que lloraba; para muchos
éstas son nimiedades;
te dije que lloraba como un niño,
no, como un niño no, como un cobarde.

..Y no te hablé de ti! ¿qué olvido es éste?
¿Por qué soy egoísta? .....

Bah! tú serás el exclusivo tema
de mi próxima epístola......

Enrique Torres Torija.

Junio 1902.

EL PRIMER BESO.

Era un sueño de hadas--sueño de oro--
Con que los genios del Edén florido
Arrullaban mi pecho dolorido
Cansado de verter su amargo lloro.

Pero el acento mágico y sonoro
De una voz celestial llegó á mi oído.
Y un beso de tus labios desprendido
Me despertó diciendo: ¡yo te adoro!......

¡Mentirosa!... ¡después sintió mi alma
Algo terrible que robó su calma
Y que le dió la muerte de improviso!......

¡El beso que me diste estaba lleno
De letal y mortífero veneno
Mezclado con la miel del Paraíso!

Enrique C. Olivera.



Coronación del Rey.



El desfile.

Coronación de la Reina Alejandra.

JUNQUILLA

Abril daba placer á la tierra y á las gentes. En la aldea, encaramada en lo alto de la colina, las cabañas, cercadas y con techo de cáñamo, parecían de oro con los rayos alegres del sol; una verdadera nube de retoños pintaba los árboles en las ramas desnudas, y á lo largo del arroyo parlero destacábanse manchas de flores rojas sobre un manto de verde terciopelo.

Un pequeño sendero ascendía en tanto que el arroyo hacía un descenso, ó más bien, Junquilla subía lentamente por el sendero, con tanta más lentitud, cuanto que Juan, su amoroso galán, la llevaba del brazo, y los dos se detenían con frecuencia para cortar aquí una anémona y allá una primavera. Caminaban pensativos, silenciosos, sintiéndose en plena posesión del presente; pero el porvenir, ¡cuán incierto!



Junquilla, dos veces huérfana, no era partido para el hijo único de la anciana señora Loisseau, que disfrutaba de los bienes que son necesarios para ser «rico» en una aldea. Ella, Junquilla, se decía en el pueblo que había sido encargada en la casa de unos jornaleros, los Mathurín, quienes la recibieron como á una hija; la mujer murió cuando la niña tenía apenas doce años. Mathurín entonces pidió consejo á la institutriz del pueblo, porque Junquilla era su discípula predilecta.

Fina, dulce de carácter, y de espíritu más franco que el de sus compañeras, era para la señorita Didier una niña de confianza, y la institutriz, un poco aislada, se interesaba por el misterio de esta víctima de algún drama ignorado. Mathurín dijo que, en los primeros meses, recibía diez luises de oro que guardaba para dotar á la niña, pero ¿qué podría hacer con esto? Tendría la pequeña casita del jornalero, jardín, y esto era todo.

Junquilla era hermosa; delgada, tierna, esbelta, lo que le había valido su sobrenombre. ¿Qué iba á hacer á la ciudad, sin previsión, sin experiencia? No era mejor prepararle en su casita una vida tranquila?

La buena institutriz aconsejó á Mathurín que guardara á la niña, que podría servirle admirablemente para el manejo del hogar. Preocupada por su suerte, la enseñó todos aquellos conocimientos útiles y hasta agradables: á jardinear de modo que supiera aprovechar de la tierra y de las estaciones; platicaba con ella, le daba á leer algunos libros útiles, y hacía que la acompañara en sus paseos.

De esta manera, Junquilla había llegado á ser una muchacha instruída, avisada, entendida en multitud de cosas, y al mismo tiempo sencilla é ingenua. Acababa de cumplir dieciséis años cuando Mathurín, á consecuencia de una jornada fatigosa, cayó enfermo y murió.

Esta vez, la huérfana se sintió profundamente inquieta por su vida; pero la buena señorita Didier vivía; fortificó las buenas disposiciones de trabajo que conocía en su desventurada discípula, y depositaria del pequeño tesoro que Mathurín le había entregado al morir, lo guardaba piadosamente, tomando muy poco, lo justamente necesario, para evitar que Junquilla se creyera en la mendicidad; le buscó quehaceres en la aldea y en las casas vecinas.

Poco á poco la joven se hizo á la nueva vida. Formal é ingeniosa, llevaba á las casas el contingente de sus talentos sobre toda clase de asuntos del hogar, que bien pronto estimaron en su justo valor. Al poco tiempo, tenía que abandonar su casita desde por la mañana para volver á ella al caer la noche. La mañana entera del domingo y algunos ratos todos los días, á prima hora, los dedicaba á su jardín: plantaba, injertaba, aderezaba con deliciosa minuciosidad los prados, y muy en breve, su vida era la más llena de trabajo, la más tranquila y la más sabia que se pueda imaginar. De tiempo en tiempo iba á unir sus cortas economías al modesto tesoro que tenía depositado la señorita Didier.

Así vivía en paz con todos, cuando la llamaron á la casa de la señora Loisseau. Fué precedida por su reputación de buena trabajadora y de señorita juiciosa y ordenada. La señora Loisseau era de mal carácter.



Ninguno, ni su hijo Juan, sobre todo éste, que conocía muy bien la mano, seca como un nervio enjuto, de su madre, se había arriesgado jamás á resistir. La Junquilla, con su talle delgado y suave, y su firmeza innata, era un vivo contraste con la ruda paisana, y Juan, por instinto, buscaba en ella un refugio.

Junquilla era demasiado prudente para ir á la casa de la señora Loisseau, cuando vió que Juan la cortejaba; pero Juan venía á buscarla, iba á esperarla á la hora de entrada, la acompañaba á menudo con cualquier fútil pretexto. El, por su parte, se mostraba dulce, reservado, casi tímido, con esta joven en quien, sin explicárselo, encontraba un encanto irresistible. Ella lo acogió primero como camarada, después... palabras muy tiernas se deslizaron hasta su corazón; y he aquí cómo, aquel día, Junquilla subía lentamente por el sendero del riachuelo cortando flores, en tanto que su amigo Juan la acariciaba el talle silenciosamente.

* * *

Al cabo de un instante, Juan levantó la cabeza con resolución y dijo:

—Mira, Junquilla mía, esto no puede continuar así. Después de todo, mi madre... no soy su hijo único? ¿Por qué había de querer mi desventura?

En el fondo no es mala; voy á pedirle que nos casemos.

Junquilla meneó la cabeza. No se hacía las mismas ilusiones sobre el carácter de la señora Loisseau. Pero pensaba como Juan: «esto no puede continuar así». Las gentes del pueblo sonreían con indulgencia viéndola pasar con Juan; pero si se podía pensar que no era para matrimonio, se pensaría mal de ella, y no lo quería. Sola, sí, pero sola con la buena amistad de todos.

Y dijo en tono firme: «Juan, tienes razón.»

Juan la dió un abrazo y partió lleno de valor.

Cuando llegó á casa de su madre, díjola con timidez:

—Madre, no piensas que haría bien en tomar estado?

La señora Loisseau respondió sobresaltada:

—Tú!... pero apenas tienes veintiún años!

—Es verdad, pero estoy fuerte, y sería tan feliz en familia......!

La señora Loisseau hizo un gesto. El pobre chico había soñado un poco de ternura, cosa que jamás había encontrado sitio en la vida de la paisana. ¿De dónde venía á Juan este deseo de «vivir en familia»?

—Pues bien, ¿y cuál es la nuera que quieres darme?

Juan sintió que el momento supremo había llegado y contestó en voz baja:

—Yo quiero á la Junquilla.

La señora Loisseau se levantó violenta.

—¡Junquilla! Esta hija de nadie, que no se sabe siquiera de dónde ha venido, y que no tiene tres escudos!

Juan se defendió y defendió su idea.

Pero nosotros tenemos bastante y ella es hacendosa, tiene grandes virtudes, y eso te lo he oído decir.

—Sí, para el trabajo; pero para formar una familia......Pues, hombre, no faltaría más que eso.

—Pero......

—Basta! No hablemos más de tal asunto.

Juan, desesperado, exclamó:— Está bien, madre; entonces prefiero ir á la ciudad. No puedo permanecer aquí! Sí, me iré, me iré, repetía el pobre joven comprendiendo que todo se estrellaría contra esta paisana cabezuda.

Juan salió para ir á contarle á la señorita

lo que no osaba decir á la Junquilla. Su madre lo siguió hasta la ciudad, y antes de un mes supo el chico que, hijo único de viuda, pero, según declaración de la madre, inútil para la casa, lo reclamaban para hacer sus tres años de servicio militar.

***

Había transcurrido más de un año. El carácter de la señora Loisseau se había agriado más y más, al grado de que en el pueblo casi todos la aborrecían por su dureza, tanto como amaban á la Junquilla por su bondad.

Un día de plaza en el pueblo, la paisana volvió con un fuerte dolor de cabeza. Había epidemia de viruela; la señorita Didier lo supo, y mandó al doctor, quien prescribió la vacuna general.

Fué un «sálvese quien pueda» No quedó servidor en esta casa contaminada; solamente una vieja que no tenía donde vivir, permaneció allí encendiendo el fuego, calentando el agua, pero incapaz de prestar ningún cuidado. ¿Quién asistiría á la enferma? No había en todo el pueblo!

La señorita Didier fué en el acto á ver á la Junquilla:

—Hija mía, le dijo, es un deber. Tu vacuna ha sido de las mas eficaces; observarás las reglas de higiene, que comprenderás tú mejor que las otras, y podrás cuidar sin peligro á esta pobre mujer.

—Pero......la señora Loisseau me detesta.

—En cuanto á eso, no tengas temor alguno: tiene los ojos en tal estado que no puede abrirlos, y una fiebre que la hace delirar á toda hora, para que pudiera reconocerte. Ve, no arriesgas nada.

Asegurar que Junquilla entró allí con una mansedumbre perfecta, sería decir demasiado; fué por deber é hizo su deber. Secundó al doctor á maravilla, y la señora, á pesar de su edad avanzada, se repuso lentamente, conservando ideas confusas, pero, en el fondo, la misma arrogancia. Su primer acto de gratitud, apenas se sintió mejor, fué mostrarle la puerta á la enfermera, pagándole sus servicios. Después mandó á buscar una mujer del país; la mujer vino expresamente cerca de la puerta á gritar:

—¡Quién! yo venir á cuidar á esta vieja veneno! Diantre, que se muera y que nos deje á todos en paz......!

Entonces comprendió que Junquilla, resignada y tranquila, valía más; pero disimuló, hasta que un ataque de parálisis la postró sobre una silla. Ese día la sirvienta vino á suplicar humildemente á Junquilla que fuera; ésta vaciló primero, ¿no sería mejor irse y olvidar? Pero pensó también en la pobre vieja, sola, abandonada, lejos de su hijo, que, sin duda, ignoraba el estado de su madre, y accedió.



DE LOS ESTADOS.—Jardín de San Francisco (Guadalajara).

Juan había escrito varias cartas, pero la señora las ocultaba celosamente, y renunciaba á leerlas por no dejar que Junquilla las viese. Esta, dócil, paseaba á la paralítica, la acostaba, le administraba los alimentos, y así la vida transcurría.

Una tarde, Juan, sin ser esperado, pasó la puerta del jardín; la madre Loisseau entraba apoyada sobre Junquilla y le decía:

—Hija, quieres darme mi tabaquera?

La enferma palideció y Junquilla también.

—Cómo! ¿Eres tú, Juan? Y dirigiéndose á Junquilla, la dijo:

—Hija, puedes irte, no te necesito ya; mi Juan me ayudará.

Pero Juan, rápido:

—Madre mía, os creía más mala; puesto que podéis andar, me voy á ver á mis camaradas.

Y salió, pero su mirada había dicho á Junquilla un mundo de pensamientos.

Juan venía lo menos posible á la casa. La vieja dejaba que Junquilla la cuidase con piedad, y sabe Dios hasta cuándo hubiera durado esto, si la buena señorita Didier no hubiera intervenido.

Un día de invierno vino á ver á la señora Loisseau y delante de Junquilla le dijo.

—El doctor tiene necesidad de una persona para cuidar á uno de sus ricos clientes; me pide á Junquilla, á quien ha apreciado vivamente aquí. Hija mía, espero que aceptarás.

La paralítica exclamó con sentimiento:

—Qué! ¿Llevarse á Junquilla?

—Es en su interés, señora Loisseau; hay que dejarla partir......

Por la noche entró Juan sin decir á su madre nada. Junquilla se había marchado desde hacía algunas horas.

La vieja llamólo:

—No me has vuelto á hablar de Junquilla; ¿acaso ya no la amas?

—Señora, para que me mandéis otros tres años al Tonkín! Muchas gracias!

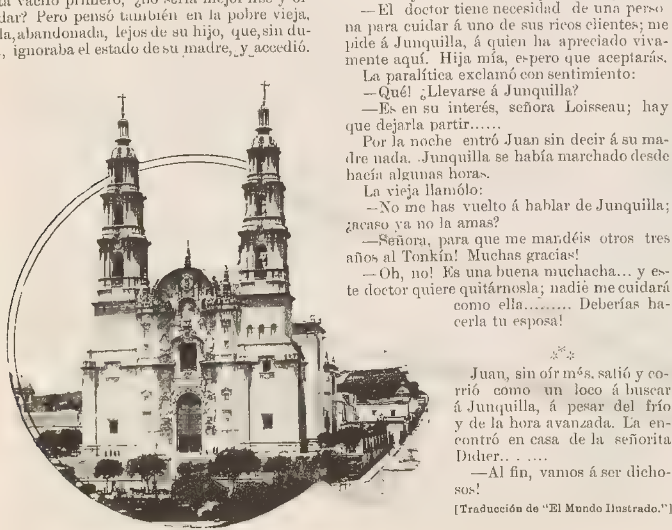
—Oh, no! Es una buena muchacha... y este doctor quiere quitárnosla; nadie me cuidará como ella......... Deberías hacerla tu esposa!

***

Juan, sin oír más, salió y corrió como un loco á buscar á Junquilla, á pesar del frío y de la hora avanzada. La encontró en casa de la señorita Didier.. . ....

—Al fin, vamos á ser dichosos!

[Traducción de "El Mundo Ilustrado."]



TEMPLOS DEL PAIS.—Parroquia de Lagos.

—La belleza del cuerpo humano desarrolla un fluido magnético que esclaviza las personas de limitada cultura social; pero la bondad del alma, con sus brillantes destellos, ilumina el camino que nos conduce al templo de la felicidad.

—Los tontos nos hacen reir; los sabios nos hacen pensar.

—Mejor que explotar lo pasado, es roturar el campo donde podrán cultivarse las ideas de lo porvenir.

DESDE LA ALTURA

Quiero á todo el mundo,
yo á nadie detesto.
¡Si hay un hombre que me odie en la tierra
también yo lo quiero!

Con mi frente altiva,
muy cerca del cielo,
siempre voy por la altura, y no escucho
los odios protervos.

Es mi alma un ave
de constante vuelo...
porque teme al posarse en la tierra
mancharse con cieno.

Tengo un numen triste,
soñador y bueno;
tengo un numen que grande en mi carne
no vive en el suelo.

No anidan en mi alma
los odios rastreros,
que en los puros y nobles altares
no viven los cuervos.

Despertar mis iras
es un vano empeño;
es mi alma un broquel que rechaza
los dardos infectos.

Siga el odio infame
su ruin clamoreo,
mientras voy por el mundo cantando,
cantando y riendo.

Mi patria es el mundo,
mi mundo es el cielo.
Mis hermanos son todos los hombres
de todos los pueblos!

José M. Collantes

HISTORIA INTERESANTE.

(Cuadro de J. Zuber).

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 11. MÉXICO, SEPTIEMBRE 14 DE 1902.

Subscripción mensual foránea, $1.
Idem idem. en la capital, ,, 1.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



UNA MALA PARTIDA

LOS CONFETTI.

El primero, decía Voltaire, que comparó á las mujeres con las flores, fué un poeta; el segundo, un tonto. Parodiándolo, podríamos decir: el primero que discurrió amenizar una fiesta con confetti, fué un artista; el segundo, no merece perdón de Dios.

Como vistosos, indudablemente que los confetti lo son. Nada más pintoresco que esa lluvia de partículas multicolores, girando y revoloteando como mariposas y simulando insectos pintados y juguetones. Cuando la lluvia de agasajos se desprende de una altura y cae sobre una comitiva ó un desfile, parece un arcoiris pulverizado. Esparpajado en la atmósfera, es una cascada de pedrería.

Todo lo esmalta y todo lo decora. Como el copo de nieve, el confetti acaba por fijarse en los relieves y lineamientos de las arquitecturas, realzándolas y matizándolas; sabe dibujar aquí una cornisa, allá un capitel, más allá un bajo relieve. Sobre las hojas de los árboles, entre el ramaje, remeda flores; entre los hilos de las cabelleras ó los pliegues de las faldas, simula pedrería; regado en el pavimento, imita rica tapicería oriental.

De tiempo en tiempo la ráfaga de viento lo arranca de su momentáneo reposo y lo arremolina en tromba sólo arrebata en enjambres pintados y deslumbradores.

Hasta ahí todo va bien y el confetti es un elemento decorativo, gracioso, ágil, variado y delicioso. Pero el confetti, como la flor, tiene una vida efímera; dura, como las rosas, una mañana; como la chispa, brilla un instante y se extingue luego. Momentos después de haber surgido, revoloteado y girado, y aun antes, el confetti se marchita y se aja; conoce el polvo y se empaña, toca el fango y se mancha.

El confetti, como la abeja, es vistoso; pero importuno. Zumba, se insinúa, tiene la fuerza y el avance de penetración del polvo; todo lo invade, de todo se apodera, todo lo conquista. A semejanza del mosquito y de la pulga, para él no hay intersticio pequeño, ni puerta cerrada ni lugar inaccesible.

Después de una verbena ó un combate de flores, hay confetti en todas las soperas; se les encuentra adheridos á todas las alfombras; pasan á través de nuestros vestidos y llegan á nuestras carnes; se insinúan en el canal nasal, en el árbol aéreo, en el conducto auditivo, bajo los párpados, en las vías lacrimales, y los encontramos entre las tapas de nuestros libros favoritos ó de nuestras obras de consulta. Tres días después estornudamos ó tosemos confetti, y durante semanas, nuestros peines, nuestros cepillos, nuestros implementos todos de aseo y de uso común, están impregnados de esa especie de microbio.

Y no es eso lo peor; hay toda una patología «confettil,» si vale la palabra. La conjuntivitis, el exniza, la otitis, y hasta la neumonía y la gastroenteritis y, sobre todo, «la fiebre» confettil, se padecen hoy corrientemente y se estudian con detenimiento en las obras clásicas. «El conffetti como vehículo de todos los contagios», es una obra que si no se ha escrito, debería escribirse y que «revolucionaría» toda la medicina y fecundaría toda la clínica. ¿Cuantas veces, de regreso de la Covadonga ó del 14 de Julio, nos sentimos acometidos de croup ó de viruela sin sospechar siquiera que un confetti insinuado en la garganta ó que logró abrirse paso hasta el sistema circulatorio, nos inoculó tan feos males

Sin contar los traumatismos que ocasiona, ó mejor dicho, que lo hacen ocasionar. Suelen las bolsas de confetti llevar guijarros, agujas, alfileres y otros instrumentos vulnerantes que son ocasionados á contusiones ó picaduras emponzoñadas como el confetti mismo.

Agréguense á esto las crisis que ha ocasionado en el servicio doméstico. Al acercarse una temporada fecunda en confettis, las recamareras piden su baja, los camaristas presentan su renuncia, los empleados de la limpia y los carretoneros de la basura, se declaran en huelga por el exceso de trabajo que les ocasiona.

Digámoslo de una vez: se impone la abolición del confetti. Hay que perseguirlo como á la chinche, que desterrarlo como al mosquito, que destruirlo como al microbio. Como las ilusiones, deslumbra un rato, halaga un punto y deja tras sí molestias, penas y trabajos. No vale lo que cuesta y cuesta más en afanes póstumos y labores suplementarias, que en dinero. Es riqueza lanzada al viento y origen de males incontables. La supresión del confetti mejoraría mucho la condición humana.

A esto contestan los economistas: el confetti es una industria considerable, que «alimenta» muchos brazos y ocupa muchas bocas. Centenares de millones de producción y otras tantas de consumo; una maquinaria perfeccionada y costosísima; poblaciones enteras levantadas á la sombra del confetti, nada de esto puede aniquilarse sin grave daño del trabajo y de la riqueza humanos.

De lo cual se deduce que el confetti es, como la guerra, una industria que nos nutre aniquilándonos y que, como el Minotauro, crece y engorda á costa de nuestra sangre ó por lo menos á costa de nuestra tranquilidad, de nuestro reposo, de nuestros placeres y de nuestra salud.

Evvívano i confetti!

Dr. M. Flores

PREMIO DE AMOR.

Tenía veinte años, su padre le había dado el nombre de Aurora y era la mujer más bella de toda la costa del Languedoc. Sus cabellos eran tan obscuros como las zarzas que cercan las viñas. Se cuenta que cuando Aurora con la falda corta y suelto el corsé, iba á la playa á recoger sus redes, apenas dejaba marcadas sus huellas sobre la arena: tan ligeros eran sus pies.

Muchos galanes enamorados perseguían á Aurora con sus galanterías y sus declaraciones amorosas. La encontraban tan hermosa, que pensaban que á su costa enriquecerían y harían grandes cosas.

Un domingo los reunió en la playa y les habló de esta manera:

—Formáis todos vosotros al rededor de mí una brillante corona de azahares á quienes quema el sol de las campiñas verdes donde trabajáis. Tiempo es ya de que piense en mis nupcias. Las hijas de esta tierra no son gazmoñas como las de la ciudad y no tienen miedo á los hombres. Deseo, en tal virtud, saber ahora el destino que preferiría para mí cada uno de vosotros, si le concediese mi mano.

***

—Yo, dijo Pedro, quisiera ser rey, mandar ejércitos numerosos; tú, Aurora, serás la primera en todo el Languedoc, la soberana del pueblo y de mí mismo. Te daré mantos recamados de oro, vestidos de púrpura y de seda. Mandaré edificar palacios expresamente para ti.

—Yo, dijo Jacobo, no te importunaré con la curiosidad de las multitudes; serás la mujer más rica del mundo, y yo tu Creso, tu servidor; podrás derramar á torrentes opulencia y felicidad. Sólo para ti, haré abrir canales bordados de praderas embalsamadas y de bosques sonoros, y tus yates, como cisnes en el puerto majestuoso, llegarán hasta el pie de tu mansión opulenta.

—Yo, dijo Enrique, pediré á Dios para ti la inmortalidad. Serás eternamente joven y bella, mi pensamiento y mi vida estarán siempre en ti.

—Yo, dijo Armando, querría tener la lira de los trovadores que seducían á las castellanas de antaño, y cantar en poesías muy raras tu belleza y nuestro suelo del Languedoc, la cuna donde sonreíste por primera vez, tu frente de virgen. Cantaré tu nombre, tus ojos llenos de estrellas, tu boca roja como una granada entreabierta, tus ligeros vestidos de campesina y tu corazón de reina, los campos de vides en donde platicábamos juntos de nuestras esperanzas. Yo, tu esposo, te haría así inmortal y dichosa.

—Yo, dijo Luis, con pinceles y colores glorificaré tu imagen. Sobre telas tan numerosas como las olas del mar, repetiré tu belleza, tus ojos negros, tus labios sensuales, tu cuello moreno, en donde, por la noche, descienden desatados tus cabellos, inundados ahora de lúz. Venderé estos cuadros, estos pasteles, estas pinturas; gracias á tu imagen, haremos prontamente fortuna, y vivirás inmortal, adorada por las generaciones que vengan después de nosotros.

—Yo, dijo Antonio, querría ser el espejo en que, por las mañanas, se reproduce tu radiante imagen con pureza, como el sol se mira envuelto entre gasas de aurora en los flotes plateados de nuestra mar latina...... Después, cuando tú dejes de existir, yo me romperé, y sólo yo, esparcido en fragmentos olvidados, conservaré el recuerdo de tu juventud y de tus encantos.

Otro galán, tímido y sencillo, que se mantenía á distancia contemplando con éxtasis la frente hermosa de Aurora, no pensaba en hablar, porque, en su humildad, no tenía la menor esperanza.

¿Y tú, Eduardo? le preguntó Aurora.

Al oir esta voz encantadora, el galán cobró ánimo y exclamó:

—Yo no quiero riquezas; no sería rey, ni pintor, ni espejo, ni poeta ni millonario; quiero permanecer tal cual soy, en mi choza, al lado de mis ancianos padres, cerca de nuestro mar azul, en donde tanto tiempo sus olas me han mecido como á un hijo, este mar del que conozco y amo sus tristezas y sus cóleras. Quiero vivir siempre en mi honesta condición de pescador y de labrador, según las estaciones.

Se calló, tuvo un momento de vacilación; después continuó mirando con resolución el rostro radiante de Aurora.

—Si tú me quisieses por marido, serías más rica en nuestra cabaña que en esos palacios donde te arrullarán músicas, donde te adulará un pueblo de servidores, porque yo te amaré con todo mi corazón y con todas mis fuerzas. Trabajaré mucho para que no padezcas, sobre todo en tu vejez, y para que en todo el transcurso de tu existencia no tengas que envidiar á ninguna de tus compañeras.

Yo seré el que trabaje, y tú serás libre en tu país, en el nuestro, donde hemos conocido la dicha y la humildad. Nuestra casa será la más alegre, la más feliz, la más sonriente de estas tierras...... ¡Oh! en tanto que no se tiene la desgracia de ir á mendigar el pan de puerta en puerta, tiene uno derecho de contar con la felicidad, Aurora......

El viento, balanceado en el mar, murmuraba dulcemente. El sol caía en el borde del horizonte, espléndido como una rosa.

Cuando todos los jóvenes habían hablado, Aurora se levantó, y deteniendo su mirada sobre el humilde pescador, hizo conocer su elección.

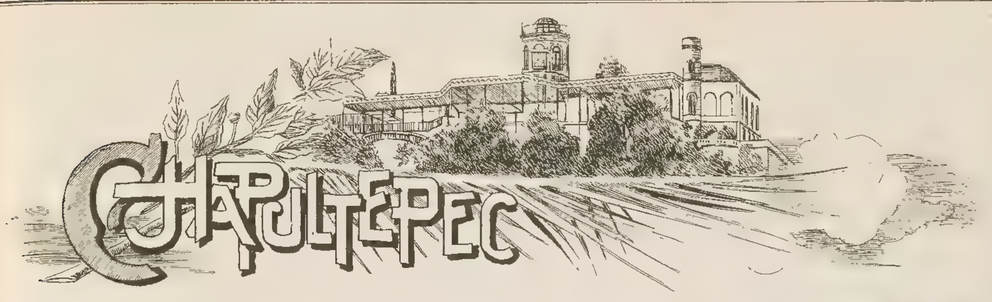
—Todos me amáis, pero Eduardo me ama más que todos. Él es el único que me quiere por mí, por lo que valgo, en mi país y en mi destino. En el carnaval próximo celebraremos la boda. El poeta recitará sus versos, el pintor mostrará sus cuadros........ nosotros dos, Eduardo, dijo ella sonriendo, pensaremos en nuestra dicha y en nuestro porvenir.

Después de lo cual, todos se retiraron á la aldea, y la brisa dejó de murmurar.

JORGE BEAUME.

Traducción de "El Mundo Ilustrado."





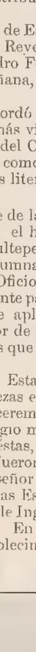
La ceremonia del día 8.

La ceremonia que, año por año, organiza la Asociación del Colegio Militar como un justo homenaje á la memoria de los héroes que combatieron contra la intervención americana en Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec, revistió en esta ocasión un lucimiento extraordinario. El acto, como es costumbre, se verificó el 8 por la mañana, ante una concurrencia numerosísima, y fué presidido por el primer Magistrado de la República.

Como local, se hizo uso por primera vez de la hermosa plataforma que se construye en el bosque y que se destinará exclusivamente para la celebración anual de la significativa ceremonia á que nos referimos. Un amplio toldo, con franjas de oro y borlas, daba sombra á la gradería, y prendidos á los tableros del muro, había festones, escudos y draperías. En lo alto de las pilastras se pusieron los retratos de los héroes niños, y á la entrada cañones y otros atributos de guerra que completaban el adorno.

El Sr. Presidente de la República, á quien acompañaban los señores Secretarios de Estado, Lic. Don Ignacio Mariscal, Lic. Don José Ives Limantour, General Don Bernardo Reyes, General Don Manuel González Cosío, Lic. Don Justino Fernández é Ingeniero Don Leandro Fernández, y los miembros de su Estado Mayor, se presentó en el bosque á las diez de la mañana, ocupando el lugar que se le tenía preparado.

El oficial de la Armada Nacional, Sr. Enrique Beltrán, fué el primero que abordó la tribuna para pronunciar un magnífico discurso que escucharon los concurrentes con el más vivo interés. El poeta José Juan Tablada recitó en seguida una hermosa poesía, y el alumno del Colegio, Miguel A. Fortuño, cerró la parte literaria con una alocución que fué tan aplaudida como lo habían sido las dos piezas literarias anteriores.

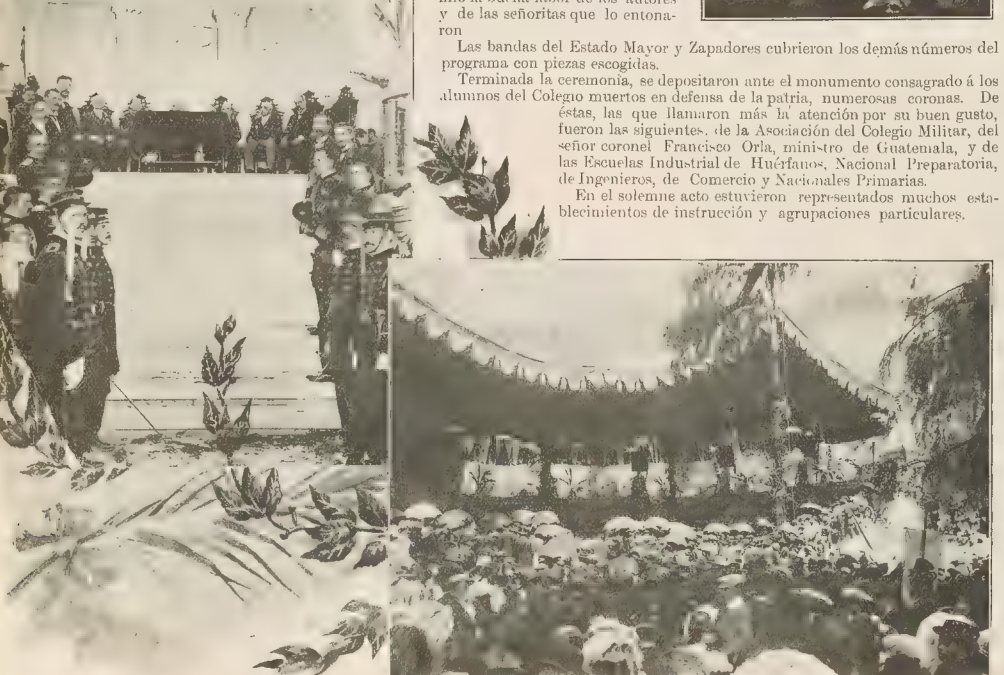


Lo más notable de la parte musical consistió en el himno á los mártires de Chapultepec, que cantó un grupo de alumnas de la Escuela de Artes y Oficios y que fué escrito expresamente para la fiesta. Una salva de aplausos premió la buena labor de los autores y de las señoritas que lo entonaron.

Las bandas del Estado Mayor y Zapadores cubrieron los demás números del programa con piezas escogidas.

Terminada la ceremonia, se depositaron ante el monumento consagrado á los alumnos del Colegio muertos en defensa de la patria, numerosas coronas. De éstas, las que llamaron más la atención por su buen gusto, fueron las siguientes: de la Asociación del Colegio Militar, del señor coronel Francisco Orla, ministro de Guatemala, y de las Escuelas Industrial de Huérfanos, Nacional Preparatoria, de Ingenieros, de Comercio y Nacionales Primarias.

En el solemne acto estuvieron representados muchos establecimientos de instrucción y agrupaciones particulares.



El señor Presidente y sus Secretarios.

La concurrencia.



Adorno del Elíseo.

Concurso de bicicletas adornadas.

Las Fiestas de la Covadonga en México



ON mayor entusiasmo que en años anteriores, la Colonia española residente en la capital celebró en esta ocasión las tradicionales fiestas de la Covadonga.

A hacer los números del programa más abundantes y variados y á darles inusitado lucimiento, contribuyó la circunstancia de haberse dividido en dos agrupaciones distintas el círculo de iberos, tomando una la denominación de «Junta Española de Covadonga,» y otra la de «Jóvenes Españoles.» Tanto ésta como aquélla, no se dieron punto de reposo en la organización de las fiestas que independientemente preparaban, y con muchos días de anticipación estuvieron empeñadas en preparativos y ensayos que no podían menos que influir en el extraordinario esplendor de las fiestas mencionadas.

* * *

El Tívoli del Elíseo, donde se verificó el concurso de trajes regionales y la romería dispuesta por la Junta de Covadonga, presentaba el domingo un aspecto verdaderamente encantador. Frente á la puerta principal, en primer término, se levantaron dos graciosas portadas entre las que, simulando un arco, había piezas florales del mejor gusto. El retrato de D. Alfonso XIII ocupaba el centro. Los pilares y remates de las portadas estaban cubiertos de musgo y flores en su totalidad, y en las callecillas del parque, sujetos á los troncos, había haces de banderas, coronas y escudos que formaban maravilloso contraste.

A las diez de la mañana el Tívoli estaba lleno de numerosísima concurrencia.

Ansiosos de ver los trajes regionales, los concurrentes se agrupaban en los amplios salones que se habían improvisado al efecto. Muchos fueron los españoles que vestían á la usanza de las distintas provincias de la Península, contándose entre ellos damas y chiquitines que llevaban ropas costosísimas. Los vasco-navarros, con su vistosa indumentaria, llamaron altamente la atención, así como los jóvenes, señoritas y niños que componían la rondalla de aragoneses y riojanos.

Los primeros ejecutaron en un local dispuesto convenientemente la danza «Aurresku,» y los segundos, bailes y piezas musicales que les conquistaron ¡bravos! y aplausos.



PETIT VERSAILLES.—España y México.

El Jurado calificador, compuesto de los Sres. Telesforo García, Quintín Gutiérrez, Miguel Llanos, Lassé y Ampudia, distribuyó los premios acordados, consistentes en objetos de arte, en su mayoría. La niña Nieves Soto fué la que primero recibió su recompensa: llevaba un hermoso traje de salamanquina, de raso y seda y bordado con lentejuela. El niño Juan Gallegos, que vestía de andaluz, y Elena Noriega, de manola, recibieron también premio. Había otros muchos chicuelos artísticamente vestidos, y de los cuales citaremos á Mer-



Un grupo de ciclistas.

La cabalgata en Bucareli.



San Bernardo.

cedes Ferrer, «pasiega;» Blanca Soto, «asturiana;» Paz Pardall, «manola;» y Andrés y Carmen Jumen, «catalanes.» De los grupos regionales, obtuvieron premio el vasconavarro y la rondalla de aragoneses y riojanos.

El Tívoli desplegó toda su animación cuando los distintos grupos se entregaron al baile al son de gaitas y tamboriles. De todos estos bailes, el «Aurresku» se llevó la primacía por lo preciso de los movimientos y lo llamativo de sus figuras.

La tarde del lunes, el señor Presidente de la República visitó el Tívoli, siendo cortésmente atendido por el señor Encargado de Negocios de España y por los miembros de la Junta de Covadonga. El Primer Magistrado penetró al salón de recepciones, donde se ejecutaron algunos bailes regionales. En seguida tocó algunas piezas el «Terceto Catalán,» sirviéndose después un «lunch» que ofreció el señor Encargado de Negocios con un brindis lleno de frases de afecto para el señor General Díaz y para nuestro país. El señor Presidente contestó al brindis con una pequeña alocución que fué escuchada con vivo interés por todos los concurrentes y estrepitosamente aplaudida.

* * *

Nota saliente de las fiestas del domingo fueron el desfile de bicicletas adornadas que organizó la Junta de Covadonga, y la cabalgata que dispuso la de «Jóvenes Españoles.» Los ciclistas partieron del frente de Palacio para el Elíseo llevando sus máquinas primorosamente adornadas. El Jurado otorgó el premio al «Club Mercurio,» entregando á su president un estandarte de raso blanco. Hubo, además, otras recompensas qu se distribuyeron entre aquellos que más se habían distinguido por el adorno de sus máquinas.



Aragoneses y riojanos.

La cabalgata salió de la plazuela de San Juan en el orden siguiente:

Descubierta por el club ciclista Tovar. Un trono que ocupaba la Srita. Elena Fernández. Individuos de la guardia amarilla. Heraldos montados. Varios andaluces á caballo y un coche que representaba esa región española. Dentro iban luciendo la clásica mantilla las Sritas. Dolores Téllez y Lucrecia Arenal, acompañadas de Doña Carmen González de Téllez y Doña Josefa González. Era un cuadro de gran efecto.

La Jota.

De las señoritas que ocupaban los carruajes representando diversas regiones españolas, llamaron la atención por lo bien acabado de sus trajes, Laura Ruso y Dolores Santa María, «asturianas;» María López, María Luisa Tresarrieu é Isabel Zúñiga, «madrileñas;» Adela y Juana Curet, «murcianas;» Ernestina Arthenack, «gallega;» Sofía Garro, Asunción, Ana y Josefina Saenz, «aldeanas.» Los demás carruajes fueron ocupados por otras señoritas que vestían igualmente trajes regionales. En uno de los últimos iban Rosa Carrió y Josefa Navarro, representando á España y México.

* * *

La parte religiosa de las fiestas fué de lo más suntuoso, sobresaliendo en esplendor la función organizada por la Junta de Covadonga y que se verificó el lunes por la mañana en Santo Domingo. San Bernardo, templo escogido por la Juventud Española para el servicio religioso, lucía un adorno floral de buen gusto. La concurrencia fué en ambos templos numerosa y escogida.

Los vasconavarros.



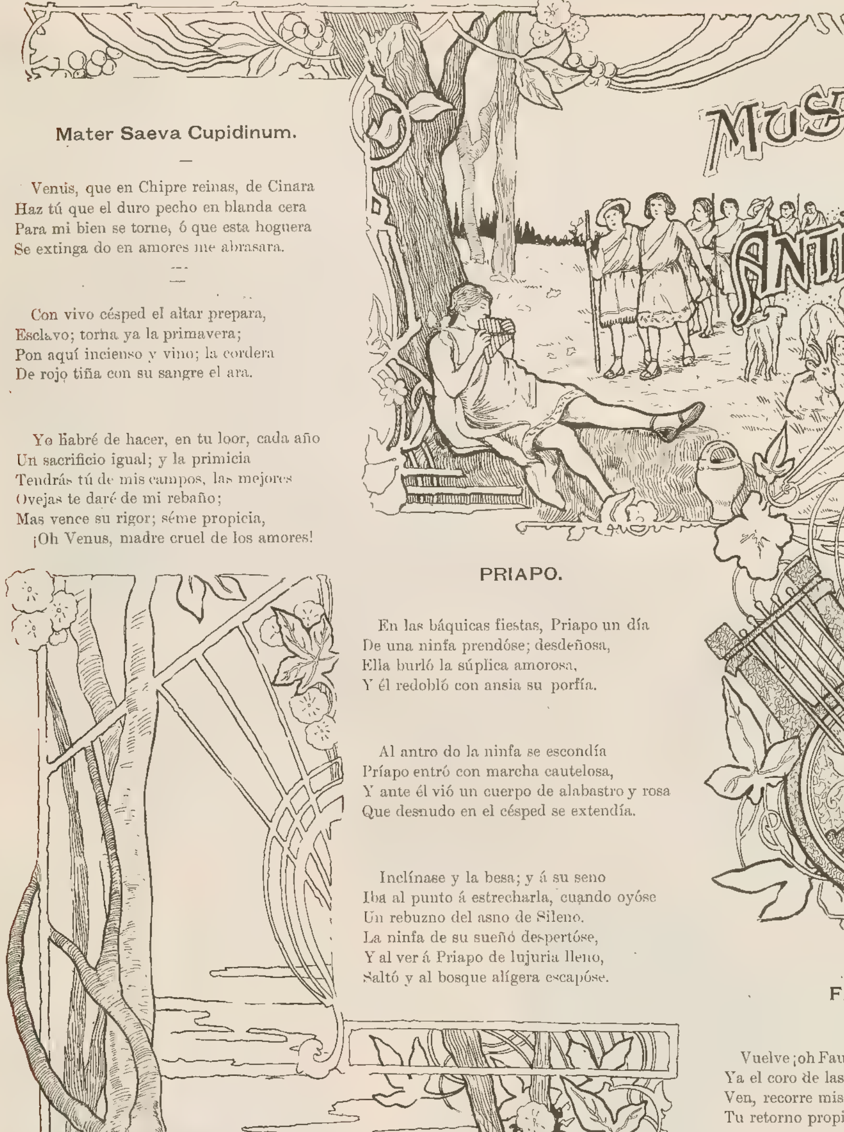
Santo Domingo.

* * *

Durante todo el lunes los Tívolis se vieron invadidos por multitud de visitantes. En el Elíseo pasaron de doce mil las invitaciones recogidas á la entrada, y en el Petit Versailles, donde la Juventud Española celebró su romería, difícilmente se encontraban asientos desocupados. Por la tarde hubo carreras en bicicleta y batallas de confetti.

Estas fueron, en resumen, las fiestas organizadas por los españoles en el presente año, para conmemorar el triunfo de la Covadonga. De la corrida de toros dada el domingo por la tarde, y del baile «blanco y negro,» hablamos en otro lugar.

Sin temor de incurrir en una inexactitud, puede asegurarse que el lucimiento que en esta vez revistió la Covadonga, superó á todo lo que se esperaba. La animación más franca y el entusiasmo más grande, reinaban en dondequiera que un grupo de iberos se había reunido para honrar á la patria y enaltecerla.



Mater Saeva Cupidinum.

—

Venus, que en Chipre reinas, de Cinara
Haz tú que el duro pecho en blanda cera
Para mi bien se torne, ó que esta hoguera
Se extinga do en amores me abrasara.

—

Con vivo césped el altar prepara,
Esclavo; torna ya la primavera;
Pon aquí incienso y vino; la cordera
De rojo tiña con su sangre el ara.

Yo habré de hacer, en tu loor, cada año
Un sacrificio igual; y la primicia
Tendrás tú de mis campos, las mejores
Ovejas te daré de mi rebaño;
Mas vence su rigor; séme propicia,
¡Oh Venus, madre cruel de los amores!

PRIAPO.

En las báquicas fiestas, Priapo un día
De una ninfa prendóse; desdeñosa,
Ella burló la súplica amorosa,
Y él redobló con ansia su porfía.

Al antro do la ninfa se escondía
Príapo entró con marcha cautelosa,
Y ante él vió un cuerpo de alabastro y rosa
Que desnudo en el césped se extendía.

Inclínase y la besa; y á su seno
Iba al punto á estrecharla, cuando oyóse
Un rebuzno del asno de Sileno.
La ninfa de su sueño despertóse,
Y al ver á Priapo de lujuria lleno,
Saltó y al bosque alígera escapóse.

FAUNALIA.

—

Vuelve ¡oh Fauno! al Lucrétil; por los prados
Ya el coro de las Ninfas se pasea;
Ven, recorre mis campos y que sea
Tu retorno propicio á mis ganados.

—

Alzan, en honor tuyo, en los collados
Altares los pastores de la aldea;
Y en los altares el incienso humea,
Ya á recibir las hostias preparados.

Errantes vagan al azar las greyes,
Van ociosos en ronda los pastores,
Del aprisco al calor vense los bueyes
Luciendo todos en los cuernos flores,
Y al son del caramillo melodioso
Baila en el campo el labrador dichoso.

Joaquín D. Casasús.



Blanco

El baile en el Principal

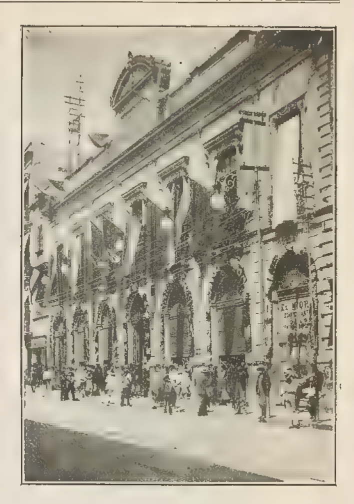
La nota saliente de los fe-tejos de Covadonga fué el baile de blanco y negro efectuado la noche del martes en el Principal.

El adorno del viejo coliseo estuvo encomendado al Sr. Jane y resultó verdaderamente hermoso. La fachada se decoró con guías de heno, y los medios puntos de las puertas se cubrieron con «paneaux» de rosas blancas y amarillas; de los balcones del edificio pendían banderas españolas, luciendo en el centro el escudo de armas de la nación Ibera, y multitud de lienzos de los colores mexicanos.

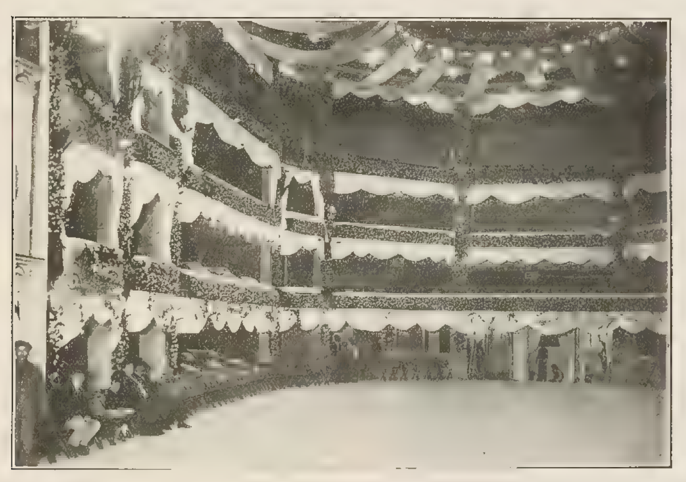
En el vestíbulo, tapizado con una alfombra blanca, se colocaron espejos de marcos dorados y columnatas de alabastro que sostenían jarrones con plantas de ornato.

Las puertas interiores y los barandales de las escaleras lucían también un adorno artístico, consistente en cortinajes de seda, guirnaldas y musgo. Innumerables focos de luz daban al vestíbulo una claridad meridiana.

En cuanto al salón, el aspecto que presentaba era de lo más llamativo. A la entrada se pusieron grandes espejos y bronces adornados con flores exquisitas. En las columnatas de las plateas había «paneaux» de rosas, y los barandales de los palcos primeros y segundos y de la galería, estaban cubiertos con vistosas colgaduras de seda blanca, festones de heno y «paneaux» de musgo y flores. Del rosetón del centro pendían bambalinas blancas, que remataban en los cornisamientos de la galería, entre guías de heno y margaritas.



La fachada del teatro.



El salón de baile.

Lo que más llamó la atención fué el decorado del foro, que se convirtió en una mezquita árabe. Las puertas del fondo y las laterales lucían en sus medios puntos hileras de focos incandescentes, y en el techo, cubierto por un manto de seda, se veía un gran rosetón formado con luces y un escudo de las armas españolas.

A la derecha del foro se instaló el tocador, destinándose para la orquesta el anfiteatro.

***

La concurrencia fué numerosa y el estusiasmo no llegó á decaer un solo momento. Las damas lucieron vistosos y ricos trajes blancos y negros, conforme á la orden de la fiesta. Había algunos de confección verdaderamente artística.

El combate de flores que se entabló á la media noche, estuvo animadísimo, haciéndose general á los palcos y las galerías.

A las tres y media de la mañana terminó el baile, dejando entre los invitados gratos recuerdos.



El pórtico.

Decorado del fondo.



LA DIOSA



A DEL SOL

Composición alegórica de Paul de Quinsac.

Antigua usanza Española.

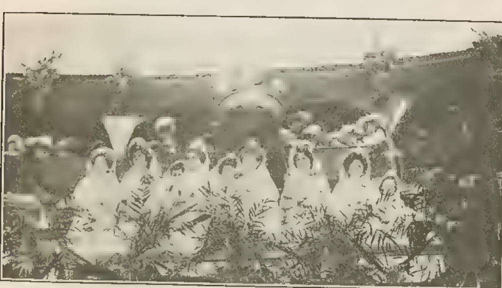
LOS TOROS DEL DOMINGO



El despejo.



Llegada de las reinas.



Las reinas en el palco.

FIESTAS españolas sin toros, habría sido un desacato.

Por esto la junta patriótica de Covadonga, entre lo mucho organizado para celebrar con alborozo el aniversario del triunfo de Pelayo, dió la preferencia al espectáculo que se registró en la plaza «México», queriendo así elaborar una reminiscencia de la célebre corrida que se efectuó en Madrid con motivo de la coronación de S. M. Alfonso XIII.

Tanta actividad derrocharon las comisiones y tanto se dijo del espectáculo, que éste en verdad resultó lucido por el brillante adorno de la plaza, por la hermosura de las señoritas reinas, ataviadas con la airosa blanca mantilla de la «manola», que aprisionaban haces espléndidos de gayas flores; por la algarabía de la jubilosa concurrencia en palcos y tendidos, por el aparatoso desfile de escoltas reales, carruajes enflorados, caballeros en plaza, padrinos y cuadrillas de lidiadores, un conjunto lleno de novedad y de lujo; por la suerte del «rejoneo», no conocida de nuestro público, y algunos otros detalles.

Así fué el orden de aquel desfile suntuoso que hizo desbordar la alegría general:

Descubierta de alguacilillos, con sus monturas y trajes época del siglo XVIII.

Tres landós enflorados, en que las reinas hacían su entrada triunfal. Escoltas de pajes y maceros.

A continuación se presentaron los «caballeros en plaza» en sus respectivos carruajes, con sus padrinos, precedidos de alguaciles y seguidos de sus servidores, dos de los cuales conducían de la brida los caballos que debían entrar en suerte, caballos con jaeces ricos y deslumbrantes.

Por último, ocuparon el redondel las cuadrillas con sus trompeteros y tamborileros á caballo.

No reconoció límites el entusiasmo de la concurrencia á la hora del desfile; y puesto que se quiso dar á éste el aspecto de los que se han visto en España en las grandes fiestas de real carácter, diremos algo sobre el particular, con auxilio de la historia.

***

El principal distintivo de las funciones reales de toros, es el de la presentación de los «caballeros» en el coso, pues no hay noticia de que se hayan celebrado aquéllas sin la asistencia de éstos. Tanto es así, que en lo antiguo los caballeros y gente principal no tenían más sitio para presenciar la fiesta que el coso ó redondel, donde permanecían á caballo, tomando ó no parte en la lidia, pero sin ocupar los andamios y balcones, que sólo quedaban destinados á las personas reales, á las damas y niños. Luego que los caballeros acababan de alancear los toros, y en los tiempos modernos de rejonearlos, desocupaban el circo y en él quedaba la plebe para desjarretar otras reses. Ya en el año de 1725, los grandes y señores de la corte del rey D. Felipe ocuparon estrados, y sólo se presentaron en la arena hidalgos y caballeros que, apadrinados por la real persona, quebraron rejoncillos en honor de ésta, mereciendo el nombramiento de caballerizos; y lo mismo sucedió en 1765 con los caballeros que tomaron participación en las fiestas, cuando las bodas de Carlos IV y María Luisa.

Antiguamente, para alancear y rejonear era requisito indispensable ser hidalgo, cuando menos de nobleza reconocida, y de ahí el nombre de caballeros; y si bien luego no se han erigido pergaminos para acreditar el linaje, siempre se han elegido de entre los que por su posición social, carrera militar ó servicios públicos anteriores, se les ha considerado dignos de representar á los grandes de España.

Andando el tiempo, se democratizó un tanto la suerte de rejonear, ejecutándola individuos de regular condición con el apoyo y padrinazgo de los ayuntamientos.

Ultimamente, en la fiesta del rey Alfonso XIII, fueron invitados caballeros portugueses para rejonear, y así se ha hecho en corridas de mucha menos solemnidad, como son las anuales de beneficencia, lo que quiere decir que en España no tiene ya vida propia la suerte que, por primera vez quizá, presenció una gran parte de nuestro público.

No ha sido nuestro propósito hacer una reseña histórica de las corridas reales, ni mucho menos. Sirvan tan sólo estas cortas líneas de complemento á lo que ha dicho la prensa diaria sobre la fiesta en que lucieron su arrojo y su apostura aficionados «pur sang».



ASCENSOS EN EL EJERCITO

NUEVOS GENERALES

El señor Presidente de la República acaba de acordar se expida nombramiento de generales de brigada efectivos á los señores Brigadieres José María Pérez y Juan Villegas, y de Brigadier al señor coronel Manuel Plata.

El Gral. Pérez empezó su carrera como soldado raso en 1868, ingresando después al Colegio Militar, en donde la terminó para salir en ca-



Sr. Brigadier José María Pérez.

lidad de teniente de la Plana Mayor Facultativa de Artillería, cuerpo en que ha obtenido todos sus ascensos por rigurosa escala.

Entre otros cargos y empleos de importancia, ha desempeñado los de director de la Fundición de Artillería, jefe del primer batallón de Artilleros, director de la Escuela de Aplicación Militar y, actualmente, el de jefe del Departamento del Cuerpo Especial de Estado Mayor en la Secretaría de Guerra.

Por último, el señor general Pérez ha publicado varias obras sobre artillería, y ha sido catedrático del Colegio Militar; tiene la cruz de Constancia de tercera clase y la cruz y placa de Constancia de segunda, que corresponden respectivamente á veinticinco y treinta años de servicios. El gobierno en distintas épocas le ha encomendado importantes comisiones científicas, y hace poco fué condecorado por la República francesa, con la cruz de Comendador de la Legión de Honor.

* * *

En cuanto al señor general Villegas, comenzó su carrera en 1869, como alumno del Colegio Militar; en 1875 ingresó á la Plana Mayor Facultativa de Ingenieros y en ella obtuvo todos sus ascensos hasta el de general. Ha servido en la Plana Mayor Facultativa de Ingenieros, en el batallón de Zapadores y en el Colegio antes mencionado, donde desempeñó con gran acierto el difícil cargo de director, pasando después á ocupar el de jefe del Departamento de Artillería en la Secretaría de Guerra.

Entre las distintas comisiones y trabajos que se le han encomendado, se cuentan la formación y delineamiento de la Carta de la República y el estudio de defensa de la población de Paso del Norte y establecimiento de una fortificación permanente.

Hizo el proyecto y dirigió las obras del actual Colegio Militar de Chapultepec, y ha formado parte del Congreso de la Unión como diputado por el distrito de Otumba, del Estado de México. Las condecoraciones que se le han conferido son las cruces de tercera y segunda clase y la placa respectiva.

El señor coronel Plata es hijo también del Colegio Militar. Sirvió en la Plana Mayor Facultativa de Ingenieros hasta obtener el grado de mayor, pasando á la caballería permanente en 1886 como teniente coronel. Posteriormente ha servido empleos de importancia y desempeñado distintas comisiones con acierto. En la actualidad es jefe del Departamento de Ingenieros de la Secretaría de Guerra.

Por veinticinco años de servicios le ha sido conferida la cruz y placa de Constancia de tercera clase.

LOS BATELES DE LAS TULLERÍAS

Hacia el fondeadero de las Tullerías, un barquillo flota al acaso. Tan pronto, lanzado por una brisa loca, hincha sus velas, se inclina y avanza dejando tras de sí un débil surco; tan pronto el viento se calma y detiénese entonces inmóvil, flotando inciertas sus velas como las alas de una ave que procura ocultarse inútilmente. Mas de improviso, un soplo de la brisa infla el velamen, cabecea el barco dulcemente y balanceando sobre las minúsculas olas de esa capa de agua que el viento riza apenas, marcha grave y orgulloso, como un inmenso buque sobre el mar.



Sr. Brigadier Juan Villegas.

No tiene brújula ni timón; sobre el puente, en la arboladura, ningún marinero, y en ese listón multicoloro que le sirve de pabellón, ninguna de las naciones del globo encontraría su escarapela. Su puente es rojo y su casco verde: la arboladura y sus avíos no son más que simulacros infantiles hechos de fragmentos de hilo y viguetas de madera... Y no obstante, sobre esta nave imaginaria, hay más vida, más esperanza, más porvenir, más riqueza que sobre el más poderoso galeón de la Compañía de las Indias, porque tiene para conducirlo un capitán que se llama Fantasía, y para maniobrarlo, la tripulación maravillosa de los sueños de la infancia.

¿Veis allá abajo, al lado opuesto del fondeadero, ese hermoso niño que, baja la cabeza, sigue con ardiente y soñadora mirada las evoluciones del batelillo? Allí está el poema; allí la imaginación y la gracia gozan á través de los bucles blondos de la cabecita juvenil, haciendo surgir frente por frente los mil incidentes de un viaje fantástico que comienza siempre y no termina jamás.

Y poco á poco, á la luz feérica de la imaginación, esa miniatura va á convertirse en océano. Se adivinan abismos profundos, poblados de monstruos de todas formas; esa orla de piedra, es una costa escarpada donde los peñascos dirigen sus aristas para desgarrar los flancos del navío, donde las tribus salvajes esperan desde lo alto de las rocas los naufragios que promete la próxima tempestad.

¡Ah, el viento se eleva, la mar se hincha, el barco salta alocado, se oculta, mécese en medio de furiosas olas! ¡Deriva, se acerca, va á perecer! ¡Ahora, mis valientes marineros! ¡Pronto todos sobre el puente!

¡Mirad, mirad cómo se dispersan en todos sentidos, cómo corren por todas partes donde hay peligro! ¡Y el capitán, con su gran traje de rojos ribetes, los revólvers al cinto y su portavoz en la mano, qué hermoso, qué digno! ¡Y el viejo piloto, con su gruesa casaca obscura y su gorro de pieles grises hundido hasta los ojos, qué sereno, qué majestuoso!

¡Bravo! ¡bien por mis valientes! ¡Un esfuerzo más y nos habremos salvado!

Y efectivamente: se ha virado á bordo y el buque, volteando su proa en pleno mar, marcha, bogando sobre oleadas bermejas, á las encantadas orillas del País de los Sueños. ¿Veis, allá, en esas nubes de púrpura y de oro, esa tierra cuyos dentellones caprichosos deslumbran como las joyas? De una parte, las mariposas de mil colores y los pájaros maravillosos revolotean en torno del barco; de otra, en las trasparentes profundidades del abismo, aparecen del fondo del mar los corales, las estrellas y las flores vivientes. De pronto se percibe á la orilla una piragua de salvajes; distiende sus velas de junco y se dirige, rápida, á nosotros.

El viento sopla de repente y el batel se detiene por un momento, gira sobre sí mismo, hínchanse otra vez sus velas, vacila y se dispone á un nuevo viaje; y la escena cambia todavía, y cambia siempre......

¡Sueña, sueña aún, querido niño! Un día, cuando seas viejo, cuando las penas hayan surcado tu frente y emblanquecido tus cabellos, te detendrás pensativo á orillas de ese fondeadero que te hará recordar las horas felices de la infancia; y mientras otros niños comienzan en este mismo lugar, con otros barquichuelos, un viaje imaginario como el que has hecho hoy, no verás ya en ellos, abandonados sin brújula en medio del océano sin



Sr. Coronel Manuel Plata.

orilla, más que la imagen de un pobre corazón desamparado que se abate á merced de las corrientes y de las tempestades.—E. Mouton.

INVIERNO

Los copos como alondras virginales,
crisántemos heraldos de elegancia,
retornan á la Italia y á la Francia
cual peregrinos témpanos glaciales

Hay humo en el hogar; sus espirales
recorren voluptuosos por la estancia,
y embriagan con su aliento de fragancia
los nardos en los vasos de cristales.

Una dama elegante como un lirio,
pálida tristemente como un cirio,
hace la disección de sus amores;

Sollozan en un piano los allegros;
y surge de sus ojos, que son negros,
una lluvia ideal de azules flores.

Juan Guerra Nuñez.

Los Consejos de un Padre.

Toda grandeza acaba: las montañas se desmoronan, y hechas polvo, van al fondo del mar; los imperios se derriban, y hechos pedazos, van al fondo de la historia; las glorias se apagan, y apenas dejan chispas en las lejanías de lo pasado; el sol se apagará también, todo es cuestión de tiempo, y no dejará más que una osamenta fría rodando por el espacio.

¡Qué mucho que «el león», el rey de las selvas, agonizara en el hueco de su caverna!

Fué poderoso; le llegó su hora y empezaron las boqueadas de su agonía.

A su lado estaba su hijo. el «nuevo león», el príncipe heredero de los bosques, el rey futuro de todos los animales.

El monarca moribundo, y más que el monarca el padre, le daba penosamente el último consejo, el más importante:

—Huye del hombre —le decía,—huye siempre; no pretendas luchar con él.

Eres señor absoluto de los demás animales, no les temas; domínalos, castígalos, devóralos si tienes hambre.

Con todos puedes luchar, á todos puedes



vencer; pero no pretendas luchar con el hombre: te daría muerte y sin piedad, porque es cruel, más cruel que nosotros.

—¿Tan fuerte es el hombre? —preguntó el hijo.

—No es fuerte, no—replicó el padre.—Y continuó diciendo: —De un latigazo de tu cola, le podrías lanzar por los aires como al más miserable animalejo.

—¿Sus dientes, sus colmillos, son poderosos?

...Son despreciables y ridículos: valen menos que los de un ratoncillo.

—¿Sus uñas son tan potentes como mis zarpas?

—Son mezquinas, ruines y á veces las lleva sucias; no, por las zarpas no conseguiría vencerte.

—¿Tendrá melenas como estas que nosotros sacudimos orgullosos?

—No las tiene, y algunos son calvos.

Aquí el león moribundo abrió enormemente la espantosa boca: ó fué que quiso reir y no pudo, ó fué que empezaba el estertor.

—Y las hembras de ese animal ¿son temibles?

El leonazo hizo un movimiento como para levantarse; pero no pudo y se quedó pensativo, entornando los ojos y respirando penosamente con el hipo de la agonía.

Hizo un esfuerzo y dijo al fin:—La hembra del hombre ¡es una real hembra!; pero es más temible que el macho.

—¿Es mucha su fortaleza?

—Parece que no; pero es grande.

—¿Y tiene uñas, colmillos y dientes?

—¡Vaya si tiene colmillos y uñas!

—¿Y melena?

—¡Ah! ¡Hermosísima! Y el león lanzó el último rugido.

Después sólo pronunció estas palabras:

—Mi consejo, mi último consejo: no luches con el hombre......... huye......... huye del hombre......... y sobre todo de la mujer.

Abrió la bocaza; quiso tragar aire; no pudo; se estremeció su cuerpo; dobló majestuosamente la cabeza y murió el león padre.

Empezó el reinado del león hijo.

Cuando éste comprendió que su padre había muerto, no lloró, porque los leones no lloran; pero se tendió junto á él, acercó su cabeza enorme á la enorme cabeza del león difunto, y así se quedó un rato. Los dos hocicos se unieron: el ardiente y el helado. Las dos melenas se mezclaron, como si dos llorones de cementerio se enredasen, ó dos aguaceros de lágrimas se confundieran en uno solo.

Al fin el hijo se levantó, sacudió cola y melenas y rugió; ya no quedaba más que un león: el león era él.

Salió de la caverna; á zarpazos hizo rodar unos cuantos pedruscos, hasta cerrar completamente la entrada. El león muerto tenía ya su tumba, ni más ni menos que un faraón.

El león vivo se alejó por el monte y trompeteó el nuevo reinado con tres poderosos rugidos; pero aquella noche no devoró á ningún animal: no tenía hambre. Durmió poco, y lo poco que durmió fué soñando con el último consejo de su padre. ¡El hombre! ¡El hombre! ¿Por qué? ¿Sería el hombre tan temible?

A la mañana siguiente despertó y se echó por el mundo. ¿Encontraría al hombre? Y si lo encontraba, ¿debería huir cumpliendo la última voluntad de su padre?

De pronto sonó algo estrepitoso y terrible, algo á modo de rugido. Debía de ser el hombre, que rugía.

Pero no; era un borrico que rebuznaba con rebuznos formidables.

El león, por impulso que no pudo contener, acometió al borrico, le derribó y lo sujetó con sus poderosas garras.

—¿Eres el hombre?—le preguntó.

—No—contestó el pobre animal.—No soy el hombre, ¡aunque he oído decir que algunos se parecen á mí! Es un burro, es un borrico, es un pollino, se dice de muchos.

—¿Y tú eres fuerte?

—Ya ves que no: me tienes sujeto, me clavas las uñas y no me muevo.

Sin embargo, tu rugido es potente; no me dió miedo, pero me alarmó.

—No te fíes, hay muchos que rebuznan fuerte, y en el fondo son unos pobres diablos como yo, unos pollinos.

—¿Dónde encontraré al hombre?

—Sigue este valle, salva esa montaña y quizá lo encuentres al otro lado.

El león soltó al borrico y siguió su camino.

De pronto algo se le enredó á una pierna: era una serpiente. Con violenta sacudida la arrojó á distancia; dió un salto y la sujetó con la pata.

—¿Eres el hombre?—la preguntó.

—No soy el hombre, soy la serpiente.

—¿Se parece á ti?

—Algunos á mí se parecen; como yo, se arrastran, y como yo, son venenosos.

¿Dónde encontraré al hombre?

—Sigue por la montaña; al bajar de ella, acaso lo encuentres. Pero déjame, que pesas mucho.

Y forcejeó la serpiente y quiso morderle.

—Eres un animal muy feo—dijo el león.—A un borrico se le perdona; á un mal bicho se le aplasta y se le destroza.

Y aplastó y desgarró al reptil.

Continuando su camino, pasó la cresta de la montaña y empezó á bajar.

De pronto vió un animal que corría, y saltando sobre él, sin esfuerzo alguno lo sujetó, porque era pequeño y poco robusto.

—¿Quién eres? ¿Acaso eres el hombre?

—Soy el zorro—dijo el animalejo,—y valgo tanto como el hombre por mi travesura, aunque los hay muy zorros: entro en sus corrales y me como sus gallinas, y él sólo aprovecha las que yo le dejo.

—¿Pero le conoces?

—Mucho y desde hace mucho tiempo.

—Pues ven conmigo.

Y el león y el zorro echaron á andar y pronto penetraron en el bosque.

En esto saltó un mono, se subió á un árbol y desde arriba hizo gestos burlescos á su dueño y señor, el rey de las selvas; hasta llegó á rascarse en forma indecorosa regiones retrospectivas.

—¿Qué animal es ése? —preguntó el león á su acompañante el zorro,—¿es acaso el hombre?

—No es el hombre; pero se le parece mucho. Algunos suponen que son hermanos, ó, por lo menos, primos.

—¡Que el hombre es así!—dijo el león, y lanzó un rugido á modo de formidable carcajada. Pero entonces mi pobre padre deliraba. ¡El hombre, temible?

¡Temible ese engendro ridículo? Voy á buscarle, siquiera por el gusto de cortarle la cola.

—Ya no la tiene—dijo el zorro con malicia; —se le ha ido consumiendo.

—¡Adelante! ¡A buscar al hombre! ¡A domar su orgullo! ¡Orgulloso un ser tan ruin

tan despreciable, tan malvado, tan ridículo! ¡Un ser que se parece al borrico por el entendimiento, á la serpiente por lo rastrero y venenoso, al mono por la figura, y á quien el zorro le come las gallinas! ¡A él! ¡A él! rugió el león con poderosos rugidos.

Otro animal le cerró el pasó; le desafió valiente; le ladró furioso.

—No hables mal del hombre, animal, bárbaro y salvaje. El hombre es bueno, es noble, es mi compañero; parte conmigo su pan, duermo á los pies de su cama. Si le ofendes, me ofendes á mí; si luchas con él, lucharé á su lado; mi cuerpo será escudo que pare tus zarpazos.

—Eres valiente, dijo el león.—Quien cuenta con tan buen amigo, algo bueno tendrá.

—El hombre no tiene nada bueno. como no sean sus gallineros, refunfuñó el zorro.

Pero un águila real llegó desde un picacho y tomó parte en la discusión.

—Calla, animalejo ruin; el hombre es un animal de cuenta; lo digo yo, que miro las cosas desde muy arriba.

—Lo dices y lo defiendes porque te adula, poniéndote por gala y vanidad en sus escudos de piedra.

—Lo digo porque lo sé, y porque un día me lo reveló Jove en confianza.

El león levantó la cabeza y preguntó:

—¿El hombre vuela como tú?

—El no vuela; pero en su cabeza, como en jaula misteriosa, lleva un ave que vuela más que yo y que sube más alto.

—¿Cómo se llama?

—El pensamiento.

—No le conozco.

—Tampoco yo.

El león se quedó pensativo. ¿Qué sería el hombre? Los borricos hablaban de él con desprecio, las serpientes con envidia, los zorros con burla, los monos le imitaban; pero el perro le defendía y el águila le respetaba, y su padre, el más poderoso león de los bosques, mostró temor al hablar del hombre.

¿Qué debería hacer? ¿Respetar la última voluntad del león moribundo, ó buscar resuelto y domar valeroso al que pretendía ser rey de la creación?

Vaciló, pero el zorro le dijo:

—Eres el animal más fuerte que existe, eres nuestro soberano, ¿y vas á huir cobardemente ante el hombre, de quien me burlo yo así todos los días y por de contado todas las noches? ¿Quién como tú? ¿Quién se te iguala?

—¿Y el consejo de mi padre? ¿Y su memoria que yo respeto? ¿Y su experiencia?

—Tu padre estaba chocho; los años apagaron su entendimiento y gastaron su fuerza.

El león se decidió á buscar al hombre y á combatir con él.

Continuó caminando por el bosque con el zorro al lado, el perro delante, el mono de árbol en árbol y el águila por los aires.

Al fin, el zorro le dijo:—Mira, allí está. Aquel que va á caballo con arco y flechas, aquél es el hombre.

—Pero aquel animal que cruza á lo lejos es muy grande y tiene cuatro patas, y tú me dijiste que el hombre se parecía al mono.

—Es que el hombre, á veces, tiene cuatro patas ó las merece, replicó el zorro con sorna. —De todas maneras, has de saber que aquel hombre va á caballo.

—¡Pues á él! rugió el león, y avanzó potente y valeroso.

Empezó la lucha.

El hombre á veces huía, á veces disparaba una flecha; y en retiradas y acometidas y evoluciones, atrajo al león hacia unos matorrales

De pronto, al dar el león un salto, le faltó tierra y cayó en un foso profundo.

Quiso salir y sintió que unas fuertes ligaduras le sujetaban manos, y pies y todo el cuerpo.

Había caído en una trampa; estaba perdido. Después de bregar un rato, lo comprendió y murmuró con roncas voces:—Mi padre tenía razón, debí huir del hombre; pero ya es tarde; y se dispuso á morir con dignidad, que es lo que todo el mundo debe hacer cuando se convence de que la muerte llega.

El león se quedó inmóvil y dobló la majestuosa cabeza.

Al borde del hoyo se asomaron con curiosidad el hombre, el perro, el zorro y el mono; el águila se puso á plomo y miró desde arriba.

El hombre le arrojó una piedra al león á ver si podía aplastarle la cabeza.

Pero el león le dijo:

—No me pegues ni me hieras en la cabeza, que la tengo muy dura, y tampoco es ella la culpable. Hiéreme con una de las flechas EN LOS OIDOS; «los culpables son ellos, que no oye«ron el consejo de mi padre; hiéreme EN EL «CORAZÓN, que no le quiso ni respetó como de«bía.»

Y volviéndose el león, presentó el noble pecho.

El hombre, que á veces es compasivo, atendió á su ruego, le disparó una flecha y el león quedó muerto en el fondo de la fosa.

El hombre se inclinó gozoso, pensando:—Hermosa piel; se la arrancaré en cuanto me asegure que ha muerto.

El zorro se deslizó mirando al hombre de reojo y diciendo para sí:—Ahora que estás entretenido, voy á comerme tus gallinas.

El mono saltó sobre el perro, y en él se montó imitando al hombre; caballo perruno y caballero cuadrumano, salieron corriendo por el bosque.

El águila se remontó diciendo:—El hombre mató al león; hay que subir mucho para que no me alcance; ¿quién sabe si algún día me alcanzará?

José Echegaray.

La Agitación Clerical en Francia.

Hemos hablado ya de las causas á que obedece la agitación clerical en Francia, presentándola como uno de tantos incidentes de la vida del gran pueblo, incapaz de acarrearle dificultades invencibles y trastornos sin remedio.

En Bretaña es donde la resistencia á lo mandado por las autoridades se manifiesta más ruda y tenaz: grupos de hombres y mujeres del pueblo se reunieron en calles y plazas para oponerse á la clausura de las escuelas clericales, armando escándalos que la fuerza pública se vió obligada á reprimir.

Los grabados que publicamos son de lo más reciente, y representan las escenas más importantes que se registraron en Bretaña.



Cómo fueron recibidos los gendarmes por los defensores de una escuela.



Abriendo una puerta.

La primera parte del amor es la ilusión; la segunda, es el cariño, y la tercera el olvido. La primera es la puerta por donde Cupido entra; la segunda, la columna que le sostiene; y la tercera el rayo que la destruye......aunque resultan casos en que, cual el ave Fénix, renace de sus cenizas.

La mujer debe tener siempre la suficiente dignidad para despreciar al hombre que no sepa estimar sus méritos.

El amor es una gran verdad que muchos ignoran cuánto vale.

En nuestras acciones, debemos depender de nosotros mismos; y no esclavizarnos á la alabanza ó censura de nuestros semejantes.

EL GALLO.

Firme y erguido en la escamosa pata,
el pescuezo encendido y al desnudo,
lleva por arma el espolón agudo
este rey de corona de escarlata.

Mientras vive, con ímpetu desata
las dos pasiones de su instinto rudo,
y como sino incontrastable y mudo
del animal y el hombre, engendra y mata.

Ama y lucha; su tiempo se reparte
en victorias de Venus y de Marte.
Sultán de su comarca, le es vasallo

el rival que le canta y que le envidia,
y es tenorio fecundo en el serrallo
y gladiador mortífero en la lidia.

MANUEL S. PICHARDO.



Salida de religiosas.

UNA HACIENDA HENEQUENERA.



Hacienda de Subinkancab.

Yucatán, cuya tierra árida se presta bien poco á lograr filones para la riqueza pública, se ha engrandecido prácticamente y con pasos tan rápidos, que en estos momentos es por demás oportuno considerar cuán grandes sacrificios ha costado y seguirá costando á quienes se dedican con ahinco á labrar su prosperidad. De aquel suelo pedregoso, seco, calcinado puede decirse, por los abrasadores rayos del sol, los hacendados y los jornaleros han llevado á la vida un manantial de bienes y procuran empeñosamente conservarlo para que nadie pueda tachar de incuria á los que poseemos con orgullo el nombre de mexicanos.

Este manantial de riqueza, el henequén, tan solicitado en los mercados extranjeros, y cuyos pingües rendimientos parecen fabulosos, es una buena prueba de cuánto pueden realizar el amor al trabajo y la hábil dirección que á la diaria labor se infunda.

No se ocultó al trabajador yucateco esta verdad, y cuando descubrió que en los pedregales mismos con que la naturaleza quiso cubrir la tierra de su Estado, se podía sembrar la planta bienhechora, dedicóse con imponderable tesón á obtener frutos sazonados y ricos. Por esto se ve que en la faena de explotar la fibra henequenera, ha puesto verdadero amor para facilitar la dura tarea, y no se cansa de conceder recompensas á quienes con su inteligencia le ofrecen el medio de conseguir esta facilidad.

Dan testimonio de ello las numerosas máquinas desfibradoras hasta hoy inventadas, los tranvías y ferrocarriles que cruzan los plantíos de henequén, el embellecimiento que, á costa de mil sacrificios, se procura en las fincas de campo. El espíritu del hijo de Yucatán no ha vacilado un instante: sabe que para plantar cada árbol, está obligado á vencer la resistencia que le oponen capas enormes de piedra; que para construir caminos, necesita salvar todas las asperezas que los terrenos incultos ofrecen al trabajo humano; por último, que careciendo de suficiente número de jornaleros, cada dificultad se torna en invencible. Y todo lo ha vencido: la resistencia de los pedregales, la aspereza de sus terrenos; y sufriendo pacientemente los rigores de su clima y substituyendo con máquinas la carencia de brazos, se puede envanecer de que ha llegado, si no al triunfo definitivo, sí á victorias muy estimables sobre la naturaleza misma.



Don Emilio Peón Cisneros, acaudalado henequenero.

Ofrecemos hoy á los lectores de EL MUNDO ILUSTRADO una prueba irrefutable de cuanto dejamos dicho: los dos grabados que se publican en esta página y que representan dos vistas tomadas de la hacienda Subinkancab. de la cual es propietario el distinguido caballero yucateco Don Emilio Peón Cisneros.

El primer grabado representa la casa principal de la hacienda, seguida de una frondosa huerta, y el segundo un plantel de henequén, partido en el centro por un camino, el cual se puede recorrer, como se ve en el grabado, hasta en automóvil. Esto demuestra á qué grado de adelantamiento ha podido llegar el esfuerzo de los hacendados yucatecos: han convertido en amplias y bien pavimentadas calles los caminos que á sus fincas conducen, y ahora disfrutan de una facilidad de comunicaciones poco adquirida en otros Estados de la República.

Carruajes de suyo delicados, hechos para cruzar por las ciudades de las cultísimas capitales del mundo, pueden emplearse, y con el éxito que proporcionan la rapidez y la comodidad, han llegado á facilitar el transporte en los áridos plantíos de henequén; y, de esta manera, han comprobado que la perseverancia en el trabajo lo vence todo y es digna de toda recompensa.



Un plantío de henequén.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.—TOMO II.—NÚM. 12.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

MÉXICO, SEPTIEMBRE 21 DE 1902.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem Idem. en la capital, „ 1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



Á ORILLAS DEL LAGO.

(Cuadro de W. Menzler.)

LA CARTA DE BELLEROPHON.

—Soy fatalista, dijo Rolando Fontaine, lanzando una bocanada de humo del cigarro hacia el techo. Es necesario que la desgracia «me queme» para llegarme á inquietar.........y todavía, á menos que no se trate de un sufrimiento físico ó de la pérdida de un ser amado, mi pena no es muy viva. Ah! era un verdadero sabio el viejo musulmán que acogía todas las malas noticias con aquel flemático: «Sólo Alá sabe si será esto un bien.»

Tal filosofía no ha llegado á mí por sí sola; en cierto modo, la vida me la ha impuesto. Es verdad que me ha causado angustias; pero vegetar sin angustias, ¿no es prueba de un detestable carácter?

* * *

Oye, pues, una de mis mejores aventuras—la primera en orden cronológico, que fué seguida de otras muchas—y después atrévete á hacer burla de mi fatalismo. Perdí á mi padre en el año de 1885. Me dejó de herencia una treintena de escudos de á cinco francos y dos tíos célibes .....y ricos. El mayor, que era mi tutor, después de su juventud y de una edad madura bastante tumultuosas, se convirtió en un infortunado viejo bestia. No tenía ni voluntad, ni memoria y casi ni palabras con que expresarse.

Día por día olvidaba un nuevo vocablo y sucedió que al cabo de poco tiempo se vió reducido á hablar el más primitivo de los lenguajes. El otro tío, que sobrellevaba á su mayor como un fardo, era un hombre taciturno, rencoroso y malo. Había visto siempre á mi padre con cierto odio de Caín burgués y conservaba este odio para mi inocente persona. Al principio trató de ejercitarlo reteniéndome en su casa y alimentándome con pan de avena sin sal. Pero la presencia de los amigos de la familia le inquietaba y resolvió enviarme lejos, á la casa de «un hombre seguro» que debía utilizarme según mis méritos.

Con este fin hizo á su hermano que escribiera una carta de recomendación, y agregando una posdata de su propia cuenta, encerró el pliego bajo triple sello y me mandó á que viese al señor Trela, director de una fábrica de vidrio, en Chateau-Dampierre. El fin deseado era bien claro: quería hacerme tomar como simple aprendiz, seguro de que los pesados trabajos del vidriero arruinarían mi constitución delicada. Contaba yo entonces dieciocho años y era tan inocentón como el ilustre Frise-Poulet. Creí sinceramente que el tío se desembarazaba de una carga y me regocijé de buen grado: todo me parecía preferible á la tiranía de aquel hombre malvado.

* * *

El ferrocarril, primero, y después un carricoche me condujeron á Chateau-Dampierre. Me presenté en la fábrica de vidrio durante un hermoso mediodía de septiembre, y la primer persona que ví fué un hombre anciano con barba militar y una mirada tan viva que me intimidó al grado de vacilar desde el principio de mis explicaciones. Pero me había comprendido:

—El señor Trela, me dijo, salió para un largo viaje; yo lo suplo, soy su socio.

Le alargué la carta sellada. La tomó y durante algunos momentos le dió vuelta entre los dedos; después:

Es una carta de recomendación......... para un empleo en la fábrica? me preguntó.

—Sí, le contesté, es una carta de recomendación.

—En ese caso, repuso, no es personal......

Rompió el sobre, leyó el pliego, me miró con atención y dijo con tono de singular viveza:

—Amiguito, es una carta de Bellérophon.

Guardó silencio. A pesar de mi cándor, comprendía suficientemente que mi digno tío maquinaba alguna infamia.

El anciano se paseaba á lo largo de la pieza con aire agitado y acabó por decirme:

—Nada hay que hacer, pobre muchacho, más que regresar al lado de aquellos que te enviaron......

La idea de volver á ver á mi tío me llenó de terror y exclamé:

—Yo le suplico á usted, señor, que cualquiera que sea el empleo que pueda usted darme...

Pareció dudar, me miraba con ojos compasivos, pero tomando una resolución brusca:

—No! dijo......es evidente que no estás hecho para estos trabajos. Oirte sería una tontera. Todo lo que puedo hacer por ti, si no tienes dinero, es dártelo para que regreses.....

Era un hombre de resoluciones firmes. Sacó dos napoleones de los bolsillos, los puso dentro de un sobre y me lo alargó. No me atreví á rehusar, le dí las gracias inclinándome y salí de la fábrica.

* * *

Cuando me encontré en el campo, sentí desesperación; me parecía imposible volver á la casa de mis tíos. Caminé al acaso, con una exaltación tal de tristeza, que la muerte me hubiera sido preferible; caminé durante mucho tiempo.

Atravesé un bosque y me encontré al borde de un riachuelo que rodaba suavemente entre las riberas de terciopelo verde. Iba llegando el crepúsculo; las sombras lilas se mezclaban á las rosas, después un poniente azufrado apareció entre los sauces. La fatiga me hizo sentar sobre la hierba, y mientras pensaba qué hacer, oí que crepitaban las hojas secas bajo un paso precipitado. Volví la cabeza y ví á una muchachita como de siete á ocho años de edad que avanzaba cojeando. Era un ser exquisito, luminoso, color de luz y de hortensia, con bellos ojos azorados. A mi vista, se detuvo turbada. Pero mi cara pareció inspirarle confianza, y viniendo hasta colocarse cerca de mí, dijo con voz melodiosa y fresca, como la voz del riachuelo:

—Me he perdido en el bosque!

Después, con volubilidad, me contó que, jugando, se había alejado de su cuidadora y que luego no había podido encontrar el camino.

Sus piernitas estaban temblorosas, sus pies heridos.........Seguramente no podría caminar por más tiempo, porque el miedo la agotaba. Le pregunté á dónde sería necesario llevarla, y me indicó que al castillo Noiré. Entonces la levanté entre mis brazos y me puse á caminar al acaso. Nos encontramos, felizmente, con una vieja pordiosera que nos indicó el sendero; más tarde, un carrero nos llevó en su pesado vehículo.

Ya era muy entrada la noche cuando llegamos al castillo. Reinaba allí una agitación extraordinaria. Los dueños habían partido en busca de la niña, y algunos criados viejos recorrían los alrededores con aire asustado. Nuestra llegada fué saludada con gritos entusiastas y, según habían convenido con el castellano, se tocó la campana de la gran torre.

Después de media hora de espera, fué anunciada la llegada de los dueños. Se precipitaron á través del gran patio; yo estaba estupefacto, pero reconocí, en el padre de mi compañerita, al hombre que me había recibido en la fábrica de vidrio.

—Ah! exclamó estrechándome las manos con fervor, no hay que resistirse á la Providencia; ella es quien te vuelve á enviar á mí. Te encontraremos un puesto conveniente y no te separarás de nosotros nunca!.........

* * *

Como en la leyenda antigua, prosiguió Fontaine, la carta de Bellérophon había salvado á quien debía perder. Pero yo no tuve necesidad de cabalgar sobre Pegaso ni de derribar á la Quimera; me bastó encontrar á una muchachilla al borde de las aguas. El viajero triste y desesperado y la niña de los pies heridos, cuando se vieron á la luz del crepúsculo, simbolizaron la felicidad.

Porque desde entonces estaba escrito en el libro de los destinos que Irene, crecida en cuerpo y en belleza, llegara á ser mi esposa é hiciera perfecta nuestra felicidad.

¿Con aventura semejante, querías que no se volviera fatalista el más inquieto de los hombres?

J. H. Rosny.

(Traducción de "El Mundo Ilustrado.")

ANHELOS.

Yo quisiera besar tus dolores,
hundirme en tu alma,
revivir un instante en tus sueños,
temblar en tus ansias,
descender al abismo insondable
do me espera, soberbia y huraña,
con la frente cargada de sombras,
tu vida tan triste, tan negra, tan rara;
descubrir tus heridas ocultas,
medirlas, tocarlas,
y verter mi ternura infinita
como un baño de amor en tus llagas!

Yo quisiera encenderme en tus ojos,
como una mirada,
un instante no más, y que luego
fugaz me apagara;
pero habiendo dejado en tus ojos,
la visión de estas cosas aladas
que sueño contigo
y son tan hermosas, tan tristes, tan pálidas!

Yo quisiera... quisiera en el nido
que piadosa me brinda tu alma,
descansar un instante... y entonces
para siempre morirme en tus lágrimas.

Dulce María Borrero.

OJOS DULCES Y CLAROS....

Ojos dulces y claros, de gracia peregrina,
Más bellos que los ojos cantados por Cetina,
Ojos dulces y claros, de gracia peregrina;

Mano exangüe y sedeña, mano sedeña y breve
Donde duerme la casta blancura de la nieve,
Mano exangüe y sedeña, mano sedeña y breve;

Labios rojos cual pétalos de rosa purpurina,
Labios rojos que un claro resplandor ilumina,
Labios rojos cual pétalos de rosa purpurina;

Ojos que sois fanales en mi noche, ojos claros,
Labios rojos y manos cual mármoles de Paros,
Dejadme de rodillas y en éxtasis besaros.

Ismael Enrique Arciniegas.





El Zócalo.

Jirones de una noche y un día.

NOTAS DE FIESTA NACIONAL

El tañido de la campana histórica provoca el movimiento. La multitud, que había estado quieta, bañada por el reguero de luz que parece brotar de los muros de los palacios ó rodar como una cascada lenta sobre la enorme arquitectura de las torres basiliacas, se agita, se mece como una onda que despierta, azota la arboleda, destroza el mundo de las vegetaciones pigmeas, da muerte á las flores, murmura con un ingente rumor y estalla el primer ¡viva! á la Patria.

Es el momento del paroxismo cívico. Las bandas dan al viento notas marciales y cantos del pueblo; á lo lejos el cañón resuena, los campanarios mueven alegremente su charla de bronce, y el espacio se puebla de luces que vuelan.

La guitarra comienza á rasguear; la fiesta hace eclosión de entusiasmos, y el nombre de los héroes corre de boca en boca, con epítetos cariñosos, con la gloria de la admiración que despierta todo lo que es grande de por sí y el tiempo va tornando en ingente con esa su labor de insensible crecimiento.

El pueblo siente el patriotismo con voluptuosidades de fiera, suele no pensar en el aire de bienes en que respira la Patria, y sí en la atmósfera de horrores en que ha de morir quien la vulnere. Por eso en las fechas de los grandes triunfos entona cantares que le recuerdan el hogar y prorrumpe en gritos que le traen á la memoria los campos de combate....

Y va por esas calles empavesadas con lienzos tricromos y que velan el sueño de la gran noche con miriadas de luces, marchando al horrísono toque de las cornetas callejeras, entre el clamoreo frenético, lanzando gritos, amenazante en su alegría, espléndido en la pobreza de su sensación, atrayendo respetos y provocando burlas......

Allí va como un hilo que se escapa de la corriente mansa y labra un cauce por entre las guijes pulidas de la ciudad festejosa; allí va para vivir el jirón de noche alegre y ver llegar la alborada del día de la libertad.

***

Se forman grupos que son como núcleos del júbilo; si falta en ellos el tañedor rumboso y atareado, el popular organillero ocupa su lugar y mueve el manubrio con la peregrina creencia de una superioridad artística innegable.

Las populares parejas hacen de las callejuelas del parque un salón de baile, «valsan» de la manera más grotesca, con contorsiones y saltos que provocan la ilusión de que aquellas arenillas queman; el compañero va recostado en el hombro de la dama y ésta vuelve la cara y la muestra con cierta expresión del cansancio que provocara una obligada faena. Dan ganas de pedir una tregua en aquella fatiga...

De pronto, sobre el pedestal de un jarrón de ornato se escarama el orador; por lo general es un estudiante entusiasta, dispuesto á hacer derroche de elocuencia y que pide entonación á un sorbo de coñac del país.

La voz impetuosa se escucha un momento; pero ¡ay de ella si no interpreta el sentir de aquellas masas!: surge la protesta, estalla el silbido estridente; sólo se ve que el orador manotea, pero la voz no camina más allá de sus propios oídos.

El derrotado tribuno abandona el pedestal; desciende como estatua de dios pagano que no ha dado gusto á sus devotos.

Y los organillos vuelven á entonar su confusión de cantos, y un momento después las callejuelas del parque parece que tiemblan:...

***

La alborada saluda el campo de la alegría con una risa de luces blancas.

La multitud está demacrada, sobre el asfalto se pisan vidrios rotos......

La cuadrilla del aseo de la ciudad emprende la faena más dura del año; pero poco á poco todo queda en orden.

Las fachadas se cuajan de rosas, ondea una miriada de pabellones, las oriflamas juegan con el viento desde lo alto de los mástiles. Suena en los cuarteles el toque de diana, y al acorde de lo marcial, se ve prender la enseña de la Patria en lo alto de las astabanderas.

A lo lejos resuena el estampido del cañón ....

***

Unas horas después, la ciudad está intransitable. La columna militar se encamina á hacer su fiesta en los campos, que el sol baña con una luz que parece que está aplaudiendo al glorioso triunfo.

Luis Frias Fernández





Plateros y San Francisco en los grandes días.



FACHADA PRINCIPAL.

La nueva Casa de Correos.

COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA.

El último domingo, por la mañana, se verificó la ceremonia de colocación de la primera piedra del edificio de correos, que se levantará en la esquina de las calles de San Andrés y Santa Isabel.

El local en que va á construirse el suntuoso edificio, estaba convertido en un amplio salón primorosamente adornado con guías de flores y lienzos que se enredaban á las columnas de la armazón que substentará la finca, presentando magnífico golpe de vista. En el fondo se improvisó la plataforma de honor: un dosel de terciopelo indicaba el sitio que debía ocupar el señor Presidente de la República. A uno y otro lado se colocaron los asientos para el Cuerpo Diplomático, comisiones de las Cámaras, Poder Judicial, Regidores, Gobernador del Distrito y otros miembros prominentes de la Administración.

A las once en punto, un aplauso unánime anunció la presencia del primer Magistrado en aquel sitio. La concurrencia se puso de pie para saludarlo con demostraciones de simpatía, y las músicas tocaron el Himno Nacional. El señor general Díaz iba acompañado de los señores Secretarios del Despacho y de los miembros de su Estado Mayor.

En seguida dió principio la ceremonia con la ejecución de una obertura por la música de artillería. El señor director general de Correos, D. Manuel Zamacona Inclán, abordó luego la tribuna para pronunciar un discurso que la concurrencia escuchó, no sólo con agrado, por lo correcto del estilo y lo elevado de sus conceptos, sino con positivo interés, por la multitud de datos de importancia que contiene y sus atinadas observaciones.

El orador hizo la historia del Correo en nuestro país, citando el sistema empleado por los aztecas, primero; después, la época en que el ramo, por subasta pública, estuvo reducido á un simple negocio particular, y, por último, su incorporación á la Corona, y la Ordenanza General de 1794, que fué, hasta hace poco, la reguladora del servicio en el país.

Para hacer resaltar más los progresos realizados por la administración pública en este sentido, habló el Sr. Zamacona del empeño con que el Gobierno acude á todas las exigencias del ramo, y ponderó la influencia que la Unión Postal Universal ejerce en el desarrollo y civilización de los pueblos y que tan benéfica ha sido para nosotros.

El discurso terminó con estas palabras:

«El Correo, ejército del trabajo, con millares de operarios en sus filas, guardián celoso de los secretos más íntimos del hombre, arteria vital del comercio, medio eficaz é indispensable para la administración y gobierno de los pueblos, vehículo de la idea, apóstol de la fraternidad humana, necesitaba en nuestro país un cuartel general, un taller, un templo donde desempeñar su elevada misión, y á tal objeto se destina el edificio cuya primera piedra va á colocar el señor Presidente de la República.»

Cerró la parte literaria, con una hermosa poesía, el señor Agustín Alfredo Núñez. Los dos oradores fueron muy aplaudidos.

En tres mesas distintas se firmó entonces el acta relativa, por más de 200 personas de entre los concurrentes al acto.

Ayudado de una grúa, el señor Presidente procedió á colocar la primera piedra, casi en el centro de la que será fachada principal, correspondiente á la calle de San Andrés. Dentro del block fué guardada una caja de hierro conteniendo el acta de la ceremonia, fotografías del proyecto del edificio, números de los periódicos que se publican en la capital, y las distintas piezas que componen nuestro sistema monetario.

***

Acerca del proyecto general del edificio, nos parece oportuno dar á conocer los siguientes datos.

La superficie que ocupará es de 3,735 metros, y todas las oficinas, repartidas en cuatro pisos, miden una superficie total de 13,400 metros cuadrados.

La fachada de San Andrés es de 45.72 metros, y la de Santa Isabel, de 74.22



La concurrencia á la ceremonia.

La construcción quedará completamente aislada, siendo su altura de 28 metros. El sistema de armadura de acero que se ha empleado para la cimentación y las paredes, es de lo mejor que se conoce y pondrá el edificio á cubierto de los más fuertes temblores. Además, la casa estará hecha á prueba de fuego.

***

La arquitectura, tanto interior como exterior, está modelada en la interpretación libre y modernizada de las formas de la arquitectura española, anterior á la época de las conquistas.



DESPUES DE LA CEREMONIA.—Salida del señor Presidente.

No puede decirse que es un verdadero estilo en el rigor de la palabra. Es más bien el hermanamiento de las formas góticas con la influencia árabe y oriental reamoldadas en el espíritu del renacimiento clásico.

***

El interior del edificio reunirá todas las condiciones de comodidad y amplitud que requiere el importante objeto á que se le destina.

CARACOLES

Llegó el salvaje á la orilla del mar al caer la tarde, ya poniéndose el sol detrás de la inmensa llanura líquida, á la hora del crepúsculo, cuando nacen las sombras y toman cuerpo las supersticiones.

La abundante caza de la jornada le tenía alegre y sin hambre, con toda la escasa lucidez del espíritu. El hambriento, civilizado ó salvaje, no puede sentir la belleza, como el miope no puede escrutar sino cuando usa buenos lentes.

La playa, tendida y fresca, rumorosa por el monótono son del mar, cantaba con el terral el dúo del sueño y brindaba, húmeda y movediza por la resaca, blando lecho al descanso. Y el salvaje desnudo sintió por primera vez el voluptuoso contacto de la arena en la piel curtida por las púas y los guijarros.

La recompensada fatiga del día azaroso, el susurro del mar, la soledad, la absoluta soledad como guardia segura, convidábanle al sueño.

Un caracol sonrosado, grande, vuelto hacia arriba, ofreció la almohada, porque el salvaje como el civilizado y por simple cuestión mecánica, necesita, aun en el sueño, alta la cabeza.

¡Espléndida tarde!

La felina oreja aguzada al rugido de la fiera, al canto lejano del pájaro, al leve crujir de las hojas secas en el rastro, percibió por primera vez el misterioso murmullo del caracol. Levantó el salvaje la cabeza: nada, excepto el mar, se movía; la playa estaba desierta.

Al apoyar de nuevo la cabeza en el esqueleto del molusco, vuelve á sentir el mismo raro sonido. Se sienta, examina el caracol y lo ausculta como lo hiciera un mono. Ahí dentro está. Es un animal que canta y que estará enfermo, porque no se mueve. La inmovilidad, como negativa del instinto de conservación, es el signo de la muerte.

A la observación sigue el análisis. Lo hace pedazos contra otro caracol, que cede también al choque. Ambos están muertos por inmóviles y vacíos. No es un animal que canta. El análisis, cuando no resuelve, extravía.

Duerme. Al día siguiente, con caracoles por trofeos, marcha á la cueva y en lenguaje toscamente imitativo explica á la hembra el fenómeno. Y en el silencio y la oscuridad de la vivienda subterránea, donde no corre el viento, el caracol también canta.

El no contestado «porqué», entonces como ahora, engendra el mito, y de almohada en la orilla del mar sube á ídolo en la cueva el pobre pedazo de carbonato de cal, que para el indio es hijo de la mar, que llora su pérdida en el canto igual é interminable; hijo, sin duda alguna, de aquella enorme charca que ya ha visitado cien veces y la ha encontrado hablando siempre, unos días como habla él cuando está descansando y contento, y otras como cuando lucha con el hambre ó con la fiera.

Veinte siglos después, un viejo poeta que estuvo escribiendo versos griegos con la punta de su bastón en la arena de la misma playa, ausculta un caracol.

«Ah! qué hermoso es esto! ¡Qué melodía sin notas y sin ritmo y con cuánta tristeza! Conserva en su seno el canto de las ondas como el cráneo guarda el canto de los recuerdos!»

***

Ayer, en la misma playa, un niño que cursa el último grupo del bachillerato, explicaba á su compañero, mientras sostenía en la mano izquierda un sonrosado caracol, las leyes de la acústica, la teoría de las cajas de resonancia, la hélice, en un discurso que empezó: «Molusco gasterópodo pulmonado......»

***

Y yo, mirando hacia adentro, lloraba al pobre niño heredo-tuberculoso capaz para las ciencias é imposibilitado para atrapar una mariposa, y envidiaba al indio salvaje con su espíritu ancho para alojar todas las supersticiones y todas las quimeras!

MENDO MENDEZ.

Habana, 1902.



El Consejo de Educación Pública.

El 13 del corriente, en el Salón de Actos de la Escuela de Ingenieros, se verificó la solemne apertura del Consejo Superior de Educación Pública.

El acto fué presidido por el Primer Magistrado de la Nación, contándose entre los concurrentes multitud de hombres de letras, altos funcionarios de la Administración Pública y los Directores de las principales escuelas de la capital.

Ocupado por el Sr. Presidente y sus Ministros el lugar de honor, el Sr. Subsecretario de Instrucción, Lic. Justo Sierra, dió lectura á un importantísimo discurso, en que, con mano maestra, trazó el vasto programa que el Gobierno trata de llevar á cabo para favorecer el desarrollo de la cultura entre las masas, por medios eminentemente educativos. La notable pieza oratoria, que publicó integra "El Imparcial", fué escuchada con profundo interés por la concurrencia, que saludó al Sr. Subsecretario con nutridos aplausos.



La apertura del Consejo.

***

El Sr. Gral. Díaz declaró instalado el Consejo, disolviéndose la reunión antes de las cinco de la tarde.



Llegada del señor Presidente á La Vaquita.

Las fiestas de la Patria

EL ACTO OFICIAL EN LA VAQUITA.

CON el entusiasmo que despierta en el pueblo la conmemoración del hecho más glorioso de nuestra historia, se verificaron, en esta vez, las fiestas organizadas por el Ayuntamiento para honrar la memoria de los caudillos de la Independencia.

A los festejos de carácter oficial, se agregaron los que el Círculo de Amigos del Sr. General Díaz dispuso en obsequio del Primer Magistrado, y que consistieron en funciones teatrales, un concierto y una fiesta escolar, principalmente. Esto contribuyó en gran manera á dar á las fiestas mayor lucimiento.

La serenata del 15, organizada también por el Círculo de Amigos, no estuvo tan concurrida como era de esperarse, debido al mal tiempo, que obligó á la comisión á suspenderla. Sin embargo, á la hora del Grito, la multitud se agolpaba frente á Palacio, prorrumpiendo



El General Vélez y su Estado Mayor.



El señor General Díaz y su comitiva en la tribuna central.



Tropas en movimiento.

en vivas á la Patria y á sus héroes. Cuando el Sr. General Díaz apareció en el balcón central, el entusiasmo no tuvo límites: un aplauso unánime saludó al señor Presidente; las músicas tocaron el Himno, y la alegría estalló en todos los corazones. Fué un acto imponente, conmovedor.

* * *

El 16, por la mañana, se verificó en la Vaquita el acto oficial.

Al Poniente del campo se levantaron las tribunas, divididas en tres series: la central, que se destinó á los funcionarios públicos y sus familias, y las laterales, á los invitados.

Cuando las anchas plataformas estaban ya henchidas de concurrentes, un punto de atención marcado por el clarín de órdenes del Colegio Militar, indicó la proximidad del señor Presidente de la República y de su numerosa comitiva.

El señor General Díaz ocupaba un landó abierto, en compañía de los señores Secretarios de Relaciones, Guerra y Gobernación. Los demás carruajes fueron ocupados por los señores Secretarios de Hacienda, Justicia y Fomento, Representantes de las Cámaras, Regidores, etc.

Leída el acta de Independencia por el Secretario del Ayuntamiento, abordaron la tribuna los señores Lic. Manuel Calero y Sierra y Juan B. Delgado, para pronunciar, el primero, un discurso lleno de hermosas imágenes, y para recitar, el segundo, una hermosa composición poética.

Pasados estos números, el señor Presidente impuso á algunos jefes y oficiales del Ejército, las condecoraciones que les fueron últimamente conferidas y entregó sus despachos correspondientes á varios aspirantes á reservistas.

* * *

Mientras el señor Presidente hacía la imposición de condecoraciones, las fuerzas de las distintas armas que componían la División, ejecutaron algunos movimientos verdaderamente notables por su precisión y muy vistosos. Tanto el Colegio Militar y los rurales, como la artillería y la infantería, demostraron su alto grado de instrucción.

El desfile frente á las tribunas, llamó mucho la atención.

La División estuvo al mando del señor Comandante Militar, General D. Francisco A. Vélez.

Al retirarse del campo el señor Presidente de la República, el pueblo le tributó una ruidosa ovación.



Después del desfile.—Salida del señor Presidente

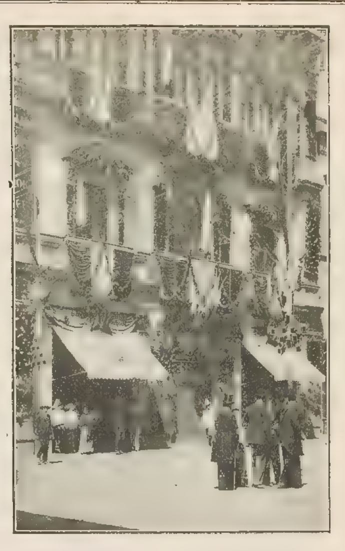


La Droguería de La Profesa.

ADORNO DE EDIFICIOS.

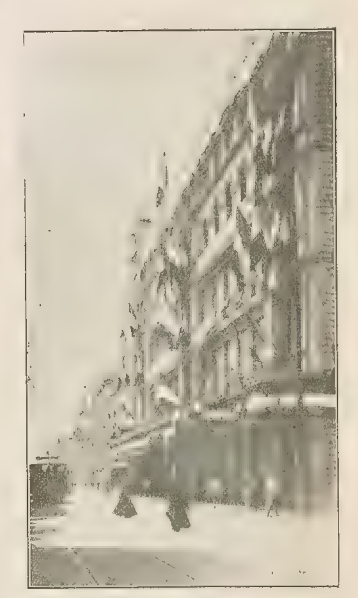
Las calles más céntricas de la ciudad presentaban, el 16, un aspecto verdaderamente hermoso. Casi todos los edificios se veían empavesados con banderas y, muchos de ellos, cubiertos por riquísimos cortinajes y piezas florales de artística composición.

En Plateros el adorno fué espléndido. La Droguería de la Profesa, que tanto se distingue en ocasiones como ésta, estaba decorada con gusto exquisito. Cubriendo la puerta central se veía un cuadro de la Campana de la Independencia, y en el remate de la fachada un gorro frigio, al que formaban resplandor multitud de focos de luz incandescente. Las demás puertas y los balcones lucían primorosas telas de los colores nacionales y franceses, y, completando el adorno, había guirnaldas y paniers de flores. El aspecto de la casa era soberbio.



La casa Mosler.

Otro tanto puede decirse de la Casa Mosler. Estaba decorada con tal arte y riqueza, que llamaba la atención de todos. Los entrepaños de la fachada y los antepechos de los balcones ostentaban primorosas obras de tapicería formando un conjunto encantador. La profusión de flores, escudos y banderas, distribuídas en los marcos de las puertas y en los salientes del edificio, era del mejor efecto.



El Palacio de Hierro.

La suntuosa finca en que están instalados los almacenes del Palacio de Hierro, lució también un adorno vistosísimo. El edificio, bello de por sí, estaba empavesado con multitud de banderas francesas y mexicanas. La marquesina ostentaba una bonita compostura. Esta fué una de las casas comerciales que más se distinguió por su buen gusto en el adorno.



¡NADIE S



SE MUEVA!

EL "QUO VADIS?" EN HIDALGO

Un acontecimiento teatral.

El acontecimiento teatral de las últimas semanas, ha sido la representación en el teatro de la calle de Corchero, del drama tomado de la célebre no-



Sr. Alberto Michel, autor del libreto.

vela de Sienkiewicz por el conocido escritor Alberto Michel, y que lleva el mismo nombre de esa obra tan leída y comentada.

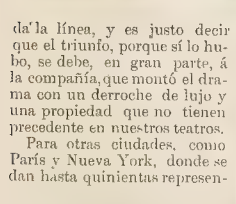
«Quo Vadis?» triunfó en to-



La orgía en el Palatino.



El Transtevere.



da la línea, y es justo decir que el triunfo, porque sí lo hubo, se debe, en gran parte, á la compañía, que montó el drama con un derroche de lujo y una propiedad que no tienen precedente en nuestros teatros.

Para otras ciudades, como París y Nueva York, donde se dan hasta quinientas representaciones de una misma obra, esa propiedad y ese lujo pasarían, como moneda común y corriente, casi inadvertidos; son, aquéllos públicos, acostumbrados á ver la costosa indumenta-



Sr. Juan Menarini, escenógrafo.

ria y el decorado espléndido en la escena, y las empresas tienen, de antemano, asegurada la ganancia.

Entre nosotros no sucede lo mismo: las obras, sobre todo



Sr. Coss, Director de escena



Muerte de Petronio.

si son del género serio, duran poco en los carteles, y el producto de las representaciones que alcanzan no es, en la mayoría de los casos, suficiente para que el empresario se reembolse las cantidades invertidas en montarlas. Apenas una que otra piececilla del género chico realiza en México el milagro de corresponder con pingües utilidades á las Compañías que la llevan á la escena con relativa elegancia.

***

En este punto, la Empresa Fábregas ha demostrado tener fe en el éxito de sus afanes, y la mejor prueba que de ello nos ofrece es el «Quo Vadis?» Las fotografías de los principales cuadros del drama que publicamos hoy, darán á nuestros lectores cabal idea, no sólo de la hermosura de las decoraciones, sino también de la escrupulosa atención que se ha puesto en que los trajes resulten, á la par que ricos, ajustados en todo á la usanza de la época en que se desarrolla el drama. Esta corrección, nada común en los escenarios de México, es digna de elogio, no sólo por la suma de esfuerzos que representa, sino también porque con ella resulta ganancioso el arte en grado sumo.



El Circo.

Creemos que los lectores de «El Mundo Ilustrado» verán con gusto los clichés que aparecen en estas páginas, por tratarse de un acontecimiento teatral de tanta importancia como el que nos ocupa. Publicamos, además, el retrato del Sr. Michel, autor del libreto, el del Director de escena, que ha contribuído en mucho al éxito de Quo Vadis?», y el del pintor escenógrafo D. Juan Menarini, á quien se deben las hermosas decoraciones estrenadas.

LA ONDINA DEL LAGO.

Es el lago transparente y dulce; sus aguas se extienden en ondas caprichosas que, ensanchándose cada vez más y más, van á expirar en la orilla, de la misma manera que mueren las ilusiones concebidas en la edad primera......

Es el lago trasparente y puro; la luna riela en su brillante superficie, dibujando arabescos luminosos.

Trepado en un gigantesco sauce, cuyas frondosas ramas llegan hasta el medio del lago, Pedro el pastor está en acecho.

Es la hora en que la ondina, asomando su cabeza por entre las azuladas aguas, deja ver su faz hermosa, sus cabellos dorados, su cuello blanco, blanco como el de un cisne.

Pedro notó que las aguas del lago se agitaban levemente, produciendo un murmurio apenas perceptible...

La ondina, allí, á dos pasos de él, tendida sobre la superficie, le contemplaba envolviéndole en una mirada de amor y ternura



El pastor sintió algo como un vértigo, y cerró los ojos para no encontrarse con aquellas pupilas fascinadoras, cuyos efluvios magnéticos empezaban á turbar su mente.

La ondina sonreía siempre, enseñando sus pequeños dientecillos, más puros y más blancos que los copos de nieve que caían en las florestas en las tardes invernales.

—Ven á mis brazos ¡oh Pedro! —decía la ondina con voz dulcísima — y serás el rey del lago. No tardes, ven, y juntos recorreremos mis dominios; verás mi palacio compuesto de coralinas y de perlas de ignorados mares...... Ven, no tardes más, serás mi dueño y las aguas te obedecerán como á su único señor......

El pastor, subyugado por el acento de la ondina, desde el árbol se dejó caer al lago.

No bien su cuerpo tocó las aguas, éstas se arremolinaron, precipitándole en el fondo......

En el lago sonoroso y puro, en la dorada arenilla de sus márgenes, los pastores encontraron el cadáver de Pedro con un collar en el cuello, compuesto de perlas y corales, regio presente, sin duda, de su amante de una hora......

LORENZO V. CRESPO.

Escucha, mira, piensa, duda y calla.

Cuando se discuta con una mujer y ella conteste con valor, hay confianza en ganar; pero si se pone á llorar, ha ganado ella.

***

Decía Cicerón que las tres cosas más difíciles en este mundo, son: guardar un secreto, perdonar un insulto y emplear el tiempo cuerdamente.



Grupos de artistas que toman parte en "¿Quo Vadis?"



Desfile y formación frente á Palacio.

LA SEGUNDA RESERVA

DESFILE FRENTE Á PALACIO

Publicamos hoy dos fotografías que representan los grupos de aspirantes á cabos y sargentos de la segunda Reserva del Ejército, que organizados en columna, desfilaron el último domingo frente al Palacio Nacional, y el aspecto que, momentos después de la marcha, ofrecía la Plaza de la Constitución.

La columna se organizó en los campos de La Vaquita bajo la vigilancia del Sr. Gral. José María Pérez; siguió por las calles que conducen desde el terreno hasta el Zócalo, y al llegar á la esquina deFlamencos, hizo, por grupos, una correcta conversión para situarse frente á Palacio. Desde el balcón principal, el Sr. Presidente de la República, acompañado de los Sres. Secretarios de Hacienda y de Guerra, presenció el paso de los reservistas, á quienes el pueblo aplaudía, llenando las aceras y el jardín de la plaza.

Terminado el desfile, se tocó «á dispersión» y en esos momentos los aspirantes desplegaron multitud de banderolas rojas, que agitaban lanzando vivas al Primer Magistrado de la Nación. El pueblo saludó también con aplausos y aclamaciones al Sr. Presidente, repitiéndose la ovación cuando en compañía de sus Secretarios de Estado abandonó Palacio.

Aspecto de la plaza después del desfile.

EL BESO.

Nathán el justo cometió un pecado.
Vanamente sus ojos lo han llorado,
No borra la quietud del monasterio
El recuerdo tenaz de un beso dado
A traición, de la noche en el misterio.

En la huerta, en el coro, de rodillas,
No olvida el cuadro el monje penitente......
Mientras ella dormía, dulcemente
Cantaba un ruiseñor en la ventana,
Y había en su cabello florecillas
De hojas menudas de color de grana.

Los años pasan; pero no el encanto.
Cierta noche, rendido por la lucha,
En la ventana de su celda escucha
Cantar un ruiseñor.

Loco de espanto,
El monasterio inútil abandona,
Y en busca del olvido que ambiciona,
Va cruzando campiñas y ciudades.

Del desierto en las mudas soledades
Dormir tranquilo espera; ¡ilusión vana!:
Al claro alborear de una mañana,
Mientras canta de Dios las maravillas,
Cubierto el prado ve por florecillas
De hojas menudas de color de grana......

Veloz huye del prado, y en profunda
Caverna se guarece:
Un peñascal escueto la circunda;
Ninguna planta en derredor florece.

En un rincón, cercano al lecho duro
Que con ramas tejió, se alza severa
Una cruz de madera,
Y á su pie, reluciendo allá en lo obscuro,
Sonríe una mondada calavera.

Pero no ahuyenta el bendecido leño
La visión importuna
Y no es tranquilo de Nathán el sueño.
....

Esparce por el antro silencioso
Su cenicienta claridad la luna.
Todo allí, menos él, yace en reposo.

De repente, con golpe misterioso
Del altar se desprende y en la roca
La calavera choca:
Hacia Nathán rodando se desliza,
Se acerca sin rumor pausadamente
Y al duro lecho salta...El monje siente
Que sus cabellos el terror eriza.
La sangre de sus venas paraliza
Cierto roce de huesos en su oído. ....
Luego, una voz de timbre conocido
Así le dice con susurro quedo:

—No me recuerdas ya?...Te inspiro miedo?...
Te quería besar, pero dormido.
La carne de mis labios ya no existe;
Mas de Dios por decreto soberano
Vengo á pagarte el beso que me diste......
El me puso al alcance de tu mano
Cuando del santo monasterio huías......

Ya no verás sobre las trenzas mías
Las florecillas de color de grana,
Borrada sea por tu horror de ahora
Aquella imagen sensüal y vana!...

Temblando aún, al despertar la aurora,
El monje, en un rincón de la pradera
Sepulta la adorada calavera
Y una plegaria con su adiós murmura.

Con ella entierra todo su pasado!......
Sin volver la cabeza, se apresura
A regresar á su apartado asilo
Y ante la cruz se postra resignado.
Desde entonces Nathán duerme tranquilo.

RICARDO GIL.

Tanta vida infunde el amor, que en los momentos supremos olvidamos que vivimos.

De la inocencia nace el amor espontáneo y también frágil: pero si lográis inspirar amor á un corazón herido por los desengaños, éste será firme hasta el sacrificio.

EL VIAJERO.



RIA, glacial era la noche. El viento silbaba medroso y airado, la lluvia caía tenaz, ya en ráfagas, ya en fuertes chaparrones; y las dos ó tres veces que Marta se había atrevido á acercarse á su ventana por ver si se aplacaba la tempestad, la deslumbró la cárdena luz de un relámpago y la horrorizó el rimbombar del trueno, tan encima de su cabeza, que parecía echar abajo la casa.

Al punto en que con más furia se desencadenaban los elementos, oyó Marta distintamente que llamaban á su puerta, y percibió un acento plañidero y apremiante que la instaba á abrir. Sin duda que la prudencia aconsejaba á Marta desoírlo, pues en noche tan espantosa, cuando ningún vecino honrado se atreve á echarse á la calle, sólo los malhechores y los perdidos libertinos son capaces de arrostrar viento y lluvia en busca de aventuras y presa. Marta debió haber reflexionado que el que posee un hogar, fuego en él, y á su lado una madre, una hermana, una esposa que le consuele, no sale en el mes de enero y con una tormenta desatada, ni llama á puertas ajenas, ni turba la tranquilidad de las doncelas honestas y recogidas. Mas la reflexión,



persona dignísima y muy señora mía, tiene el maldito vicio de llegar retrasada, por lo cual sólo sirve para amargar gustos y adobar remordimientos. La reflexión de Marta se había quedado zaguera según costumbre, y el impulso de la piedad, el primero que salta en el corazón de la mujer, hizo que la doncella, al través del postigo, preguntase compadecida: «¿Quién llama?» Voz de tenor dulce y vibrante respondió en tono persuasivo: «Un viajero.» Y la bienaventurada de Marta, sin meterse en más averiguaciones, quitó la tranca, descorrió el cerrojo y dió vuelta á la llave, movida por el encanto de aquella voz tan vibrante y tan dulce.

Entró el viajero saludando cortésmente; y quitándose con gentil desembarazo el chambergo, cuyas plumas goteaban, y desembozándose la capa, empapada por la lluvia, agradeció la hospitalidad y tomó asiento cerca de la lumbre, bien encendida por Marta. Esta apenas se atrevía á mirarle, porque en aquel punto la consabida tardía reflexión empezaba á hacer de las suyas, y Marta comprendía que dar asilo al primero que llama, es ligereza notoria. Con todo, aún sin decidirse á levantar los ojos, vió de soslayo que su huésped era mozo y de buen talle, descolorido, rubio, cara linda y triste aire de señor acostumbrado al mando y á ocupar alto puesto. Sintióse Marta encogida y llena de confusión, aunque el viajero se mostraba reconocido y la decía cosa halagüeñas, que por el hechizo de la voz lo parecían más; y á fin de disimular su turbación, se dió prisa á servir la cena y ofrecer al viajero el mejor cuarto de la casa, donde se recogiese á dormir.

Asustada de su propia indiscreta conducta, Marta no pudo conciliar el sueño en toda la noche, esperando con impaciencia que rayase el alba para que se ausentase el huésped. Y sucedió que éste, cuando bajó, ya descansado y sonriente, á tomar el desayuno, nada habló de marcharse, ni tampoco á la hora de comer, ni menos por la tarde; y Marta, entretenida y embelesada con su labia y sus paliques, no tuvo valor para decirle que ella no era mesonera de oficio.

Corrieron semanas, pasaron meses, y en casa de Marta no había más dueño ni más amo que aquel viajero á quien en una noche tempestuosa tuvo la imprevisión de acoger. El mandaba, y Marta obedecía sumisa, muda, veloz como el pensamiento.

No creáis por eso que Marta era propiamente feliz. Al contrario, vivía en continua zozobra y pena. He calificado de amo al viajero, y tirano debí llamarle, pues sus caprichos despóticos y su inconstante humor traían á Marta medio loca. Al principio el viajero parecía obediente, afectuoso, zalamero, humilde; pero fué creciéndose y tomando fueros, hasta no haber quien parase con él. Lo peor de todo era que nunca podía Marta adivinarle el deseo ni precaverle la desazón; sin motivo ni causa, cuando menos debía temerse ó esperarse, estaba frenético ó contentísimo, pasando, en menos que se dice, del enojo al halago y de la risa á la rabia. Padacía arrebatos de furor y berrinches injustos é insensatos, que á los dos minutos se convertían en transportes de cariño y en placideces angelicales; ya se emperraba como un chico, ya se desesperaba como un hombre; ya hartaba á Marta de improperios, ya le prodigaba los nombres más dulces y las ternezas más rendidas.

Sus extravagancias eran á veces tan insufribles, que Marta, con los nervios de punta, el alma de través y el corazón á dos dedos de la boca, maldecía el fatal momento en que dió acogida á su terrible huésped. Lo malo era que cuando justamente Marta, apurada la paciencia, iba á saltar y á sacudir el yugo, no parece sino que él lo adivinaba, y pedía perdón con una sinceridad y una gracia de chiquillo, por lo cual Marta no sólo olvidaba instantáneamente sus agravios, sino que, por el exquisito goce de perdonar, sufriría tres veces las pasadas desazones.

¡Qué en olvido las tenía puestas cuando el huésped, á medias palabras y con precauciones y rodeos, anunció que «ya» había llegado la ocasión de su partida! Marta se quedó de mármol, y las lágrimas lentas que le arrancó la desesperación cayeron sobre las manos del viajero, que sonreía tristemente y murmuraba en voz baja frasecitas consoladoras, promesas de escribir, de volver, de recordar. Y como Marta, en su amargura, balbucía reproches, el huésped, con aquella voz de tenor dulce y vibrante, alegó por vía de disculpa: «Bien te dije, niña, que soy un viajero. Me detengo, pero no me estaciono; me poso, no me fijo.» Y habéis de saber que sólo al oir esta declaración franca, sólo al sentir que se desgarraban las fibras más íntimas de su ser, conoció la inocentona Marta que aquel fatal viajero era el Amor, y que había abierto la puerta, sin pensarlo, al dictador cruelísimo del orbe.

Sin hacer caso del llanto de Marta—¡para atender á lagrimitas está él!—sin cuidarse del rastro de pena inextinguible que dejaba en pos de sí, el Amor se fué, embozado en su capa, ladeado el chambergo—cuyas plumas secas ya, se rizaban y flotaban al viento bizarramente, —en busca de nuevos horizontes, á llamar á otras puertas mejor trancadas y defendidas. Y Marta quedó tranquila, dueña de su hogar, libre de sustos, de temores, de alarmas, y entregada á la compañía de la grave y excelente reflexión, que tan bien aconseja, aunque un poquillo tarde. No sabemos lo que habrán platicado; sólo tenemos noticias ciertas de que las noches de tempestad furiosa, cuando el viento silba y la lluvia se estrella contra los vidrios, Marta, apoyando la mano sobre su corazón, que le duele á fuerza de latir apresurado, no cesa de prestar oído, por si llama á la puerta el huésped.

Emilia Pardo Bazán.

MONUMENTO Á JUÁREZ

La iniciativa particular, en Veracruz, nos ofrece un ejemplo precioso de lo que puede, bien dirigida y mejor orientada, la constancia en la empresa. Nos referimos á los resultados que la junta encargada de colectar fondos para erigir un monumento al Benemérito de América, ha obtenido tras algunos años de lucha constante, de pesquisas para arbitrarse los fondos necesarios.

El monumento que representa nuestro grabado, está en vías de ejecución, y no cabe duda que allí, en Veracruz, cuyos moradores fueron testigos de la grandeza de Juárez, se levantará dentro de poco la primera estatua digna, como obra de arte, de inmortalizar el nombre del apóstol.

La junta, para hacer más significativo el cumplimiento de ese deber del patriotismo mexicano, hizo un llamamiento al pueblo, y desde el comerciante adinerado hasta el humilde obrero, han en Veracruz contribuído con su óbolo para la realización de la idea. Lejos están los organizadores de haber reunido hasta ahora la suma que importa la erección de la estatua; pero sin que la suscripción pierda su carácter de eminentemente popular, continúan poniendo en juego todos sus esfuerzos, á fin de que pronto puedan llevarse á término los trabajos.

Como obra artística, el monumento será, si no el mejor, uno de los más notables de la República, tanto por la hermosura del conjunto, como por lo bien estudiado de sus detalles.



Proyecto de monumento á Juárez.



ESTIO

(Cuadro de Kaemmerer.)

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 13. MÉXICO, SEPTIEMBRE 28 DE 1902.

Subscripción mensual foránea $1 [illegible]
Idem Idem. en la capital, [illegible]

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



LA PESCADORA Y EL PASTOR

(Cuadro de Charpentier-Bosio.)

NEVANDO

Aquí dentro, fuego; ahí afuera, nieve...... Así eres tú, como dijo aquel poeta que tan bien te quiso:

«fuego en el corazón, nieve en el rostro....»

Fuego como éste, calor de hogar, manso, tranquilo, no enervante como el del sol de estío, que ata el ingenio, y pára la fantasía, y entraba al par los movimientos del cuerpo y del pensamiento; fuego tranquilo, del que no hay que temer que suba á incendio, fuego alimentado de excelsas materias, de troncos generosos que un día tuvieron flores y cuando ya no las tienen, privados de alegrarnos con ellas los ojos, se dan en pasto á la llama para volver á ser útiles y prestarnos abrigo y consuelo......

Tal hubiera sido tu amor, estoy seguro. Primero flores, luego luz y calor.

Si la vieras esta noche qué bonita, tú á quien tanto gusta la nieve!

Si pudiera yo verla contigo, yo á quien tanto gustas tú!

Ha caído de repente y durará un momento.

No es la nieve frecuente encanto de estos climas, como en el mundo sois raras las muchachas como tú.

Aparece siempre á nuestros ojos como espectáculo nunca visto y viene á herir nuestra fantasía con la intensidad y la fuerza de un pensamiento nuevo.

Así, á través de uno y otro año, de uno y otro dolor verdadero y de una y otra ficticia ventura, viene, blanca como la nieve, tu memoria á llenar de poético y triste encanto el pensamiento. Baja sobre él mansamente, como bajan sobre el agostado jardín esos copos y le van formando esta blanca vestidura que, con ser tan fría, parece que ha de abrigarle y protegerle.

Como es tan raro que nieve, hasta la luna, esta esquiva de quien apenas conservábamos memoria, se ha dignado salir á verlo.

Yo la he saludado con la misma alegría que á ti cuando pasado un luto apareces en una fiesta, y pensando en ti me he puesto á contemplar el maravilloso espectáculo de sus reflejos sobre la nieve.

Qué luz tan melancólica, tan hermosa! Qué musa!

La nieve, que es triste, parece sonreir ante las caricias del astro, como se sonríe tu rostro pálido al sentir sobre sí la luz de unos ojos.

Si pudieras verlo, tú á quien tanto gusta la nieve!

Durará un momento, pero la impresión de esta blancura, de esta delicada belleza de la nieve, vivirá aún largo rato en mis ojos, como en mi memoria la de tu hermosura, con que me alumbro entre las nieblas y oscuridades de la vida.

A mí me gusta la nieve porque te gusta á ti, y á ti te gusta porque es blanca.

Y repara que quizá no he dicho una simpleza. Blancos son tus pensamientos, y tus sueños, y tu alma y tu rostro, y blanco tiene que ser todo lo que te guste, y por ser blanco es por lo que tiene que gustarte, porque lo blanco es la pureza, lo inmaculado, lo no vulgar, y tú no puedes encontrar bello nada que no sea así.

En el jardín del mundo, del que sois vosotras las flores—y nosotros pudiéramos ser los árboles, quién el fuerte roble, quién el laurel glorioso, quién ¡ay! el ciprés tristísimo,—las hay de todos colores y aspectos. Prefiere uno los claveles, porque son alegres; otro los encuentra vulgares y elige la rosa de té, por lo triste, por lo aristocrática; hay quien escoge los pensamientos, por lo que significan, y no se paga de exteriores encantos......

Pues bien, en ese jardín tú eres la rosa blanca, la que todos admiran, aunque sin atreverse á aspirar á ella, la que no se discute, la que no admite comparaciones ni rivalidades.

El blanco es la suma de todos los colores, de todas las bellezas de la vista, por lo tanto.

La pureza, que es el blanco entre los matices del espíritu, es la suma de todas las virtudes, de todos los afectos tiernos y generosos...

Vistas á través de tu alma la vida y la naturaleza humanas, se transfiguran y embellecen; bajo ella ocultan sus asperezas la una, su flaqueza y miseria la otra. En lo cual eres todavía igual que la nieve, que cubre con una inmaculada alfombra el lodo y sucio aspecto de la calle ó el camino.

Celestemente hermosas sois tú y la nieve!

Parecen estos copos pétalos de rosas blancas que alguien se entretiene en deshojar desde arriba.........

Diríase que ibas tú á pasar por debajo.

Y eso parece tu rostro; no blanco, sino nevado. Pálido, no por falta de color, sino por sobra de blancura...... Hermosas sois tú y la nieve!

¿Por qué va á ti mi pensamiento siempre que veo nevar? También es blanco el sol y no se te parece sin embargo.

¿Será que son tristes la nieve y tu recuerdo?

Ello es que de tal modo os asocio yo en mi mente, que no parece sino que eres tú la que nievas ... . .

E. Menéndez y Pelayo.

BÍBLICA.

......Cuando tú llegas, se van iluminando poco á poco las colinas y los cármenes.

Viendo tus pupilas, se aleja el viejo hastío.

Con todo el oro de tus cabellos, podría forjarse un ánfora.

Anfora es tu seno donde habita la miel de un panal raro.

Anfora es tu nuca donde dormitan lánguidos los besos.

Con las camelias de tus mejillas, podrías asustar á la vendimiadora implacable.

La muerte sentiría tristeza inmensa viendo la púrpura de tus labios y el marfil de tu cuello.

Hay en el triunfo de tus carnes, un beso misterioso de la sangre y de la nieve.

Tus ojos tienen fulgores del misterio; tus ojeras son dos violetas marchitas por la escarcha.

Tus manos son dos lirios largos con franjas violáceas.

Son dos estrellas tus ojos que disipan la negrura de la ruta de los tristes.

Vas marchando hacia la tumba lentamente; sin darte cuenta.. ..

Tu juventud se apaga, va á terminar el clamor de tu apoteosis.

El clamor de la gran multitud que saluda, se esfuma y languidece.

Y todavía, oh estatua, sigues adorándote á ti misma, y vas cerrándole el paso á los que en peregrinación van á tu encuentro.

Afrodita se hace trágica, inclemente y enferma.........

Yo quisiera saber en qué piensas en tus noches de dudas é insomnios.

La gran victoria será de los gusanos y de la podredumbre.

El sepulcro con sus fauces de piedra, se tragará una Venus que tuvo miedo á la infinita sensación de un beso.........

Juan D'Sola

EL HAZ DE CAÑAS.

Había en una aldea un mocetón fornido, bruto como un alcornoque, que no sabía que las fuerzas sirven para trabajar y no para reñir. Su brutalidad nativa inducíale á pelearse de continuo y era el terror de los demás mozos y el escándalo de hombres y mujeres. Un día que el alguacil quiso reprenderle, trabó conocimiento con sus puños de jayán y desde entonces campó por sus respetos.

En el mismo pueblo habitaba un chico muy listo, muy bondadoso, muy querido de sus iguales y de sus superiores.

Quejábanse un día en su presencia de los desafueros del jayán cinco ó seis muchachos á quienes había dado un soberano pie de paliza por un quítame allá esas pajas. Todos convenían en que aquello era intolerable, pero convenían también en que era preciso sufrirlo, bien así como se sufre una epidemia ó una sequía.

—¿Creéis que el mal no tiene remedio?

—Tal creemos.

El chico listo, que era quien había hecho la pregunta, dirigiéndose á los demás y señalando un haz de cañas que había junto á ellos, dijo:

—Coged una de estas cañas y probad á romperla.

Hizo la prueba uno de los oyentes y sin esfuerzo rompió la caña.

—¿Cuál es el más forzudo de vosotros?

—Yo.—contestó uno.

—Bien. Coge seis cañas á la vez y rómpelas.

—Ya está, contestó de allí á un rato el que hiciera la prueba, rojo y jadeante aún, por el esfuerzo que hiciera.

—¿Te atreverías á romper doble número de cañas á la vez?

—No.

—¿Y á romper el haz entero?

—Ni por pienso.

—Pues ahí tenéis el remedio que buscáis. El que os aterroriza y os doma, lo hace porque sabe que puede pelear con vosotros uno á uno. Tomad ejemplo del haz de cañas. Preste cada uno de vosotros á los demás su fuerza; uníos para un fin común y no habrá quien se atreva con vosotros.

Surtió efecto el consejo y, en lo sucesivo, el matamoros se convirtió en mansa oveja.

* * *

De "Alma."

CANTARES.

Vino, sentimiento y poesía
hacen los cantares de la patria mía .
Cantares... ....
Quien dice cantares, dice Andalucía.

A la sombra fresca de la vieja parra
un mozo moreno rasguea la guitarra.
Cantares........
Algo que acaricia y algo que desgarra.

La prima que canta y el bordón que llora...
Y el tiempo callado se va hora tras hora.
Cantares ...
Son dejos fatales de la raza mora.

No importa la vida, que ya está perdida;
y después de todo, ¿qué es eso, la vida? ...
Cantares.........
Cantando la pena, la pena se olvida.

Madre pena, suerte; pena, madre, muerte,
ojos negros, negros, y negra la suerte... .
Cantares.........
En ellos el alma del alma se vierte.

Cantares. Cantares de la patria mía;
cantares son sólo los de Andalucía.
Cantares ....
No tiene más notas la guitarra mía

MADRIGAL.

Y no será una noche
subline de huracán, en que las olas
toquen los cielos... Tu barquilla leve
naufragará de día, un día claro
en que el mar esté alegre.
Te matarán jugando. Es el destino
terrible de los débiles...
Mientras un sol espléndido
sube al cenit hermoso como siempre.

Manuel Machado.

"La Virgen" de Massenet.

UN TRIUNFO ARTÍSTICO.

Siempre nos ha parecido que los técnicos exageran al asegurar que el público debe concurrir á las audiciones musicales armado de las reglas y preceptos del arte para juzgar conforme á ellos las obras que se le presenten.

Es tendencia presuntuosa y ridícula, ésta de los críticos especialistas, de mostrar por todas partes que su superioridad sobre la masa comú, estriba en que ellos analizann, desmontan y desmenuzan la obra de arte, y que por ello se dan cuenta exacta de la función mecánica, en tanto que los otros, la multitud «dilettante», sólo sabe sentirla en su ignorancia y dejarse arrebatar por una emoción en la cual para nada ó para muy poco entran la reflexión y el analisis.

El público hace bien, á eso va, á experimentar la impresión estética pura, sin ápice ni mezcla de estudio; no va á resolver problemas, ni á aplicar conocimientos, ni á discutir teorías; va á una sola cosa grande: á sentir.

En buena hora que los médicos se preocupen ante las Venus de Milo, de observarlas desde el punto de vista de la anatomía de las formas; en buena hora que los dómines añejos noten que los versos de Regnier faltan á la retórica de Blair; pero los que tienen la intuición del arte y visitan la sagrada y pequeña sala del Louvre, ó leen en el silencio de sus meditaciones los «Primeros Poemas», no necesitan para deleitarse sino de la educación del buen gusto y del refinamiento del sentido estético, que suelen encontrarse mejor en la constancia, en la perseverancia de la observación, natural y espontáneamente guiada, que en las profundas filosofías y en las áridas explicaciones de la técnica.

Todo esto no quiere decir que la crítica seria y grave no tenga papel; lo tiene y muy trascendental, sobre todo en la época presente: pero la crítica está fuera de lugar cuando el grupo humano, rompiendo las vallas preceptistas, y poseído de entusiasmo, aplaude sin reserva una obra de arte porque ha sacudido los espíritus con una intensa emoción y les ha hecho entrever el ideal

La crítica podrá decir cuanto quiera de la leyenda de Massenet: si es religiosa, si no lo es; si carece de originalidad ó la posee; si es alta y noble hasta la altura y la nobleza del asunto; nuestro públic), en cambio, que no puede decir nada de eso, no ha experimentado una sensación más honda y más sincera que la que le produjo la inspirada música del maestro francés. Es música hecha con pasión y con lágrimas, amasada con amor y dolor, música que palpita de ternura y brilla de poesía; música que describe el paraíso de Nazaret, la gris y triste calle de la Amargura, y que luego describe y pinta con todos los colores del iris el rompimiento de gloria de la Asunción; música que ora con los labios de María, canta con el coro de los ángeles, llora con los lamentos apostólicos, ríe con el vino en las bodas de Canaan; es lúgubre en la tempestad, épica en las trompetas de los centuriones, voluptuosa en la danza oriental, solemne y santa en el «Magnificat.»



EL MAESTRO MENESES.

Conocíamos á Massenet como un gran sinfonista; nos habíamos deleitado con sus «escenas pintorescas;» sabíamos que maneja la orquesta con una genial habilidad; sabíamos que es un gran poeta, un soñador excelso; ahora nos ha convencido de que es un hombre bueno. Sólo un bueno puede concebir y escribir, en las lejanías de un éxtasis, esa música unciosa y divina, que humedece el corazón como un rocío y lo perfuma como un bálsamo.

***

El público se ha sentido una vez más subyugado por el talento del compositor, y ha agradecido de todas veras al maestro Meneses este rasgo de filantropía artística, este esfuerzo supremo tan desinteresado y tan noble. El nos hizo conocer estas bellezas; justo es el tributo de homenaje que le hemos rendido. Su impulso ha estado á la altura de la obra. Y, digámoslo con beneplácito, los elementos que se ha allegado, también. El señor Malda, que colaboró en la traducción del libreto, merece asimismo un elogio.

La voz pura y suave, y el alma serena y contemplatoria de la eminente cantante Sra. Ochoa, y la garganta privilegiada de la Sra. Galván de Nava, y las excepcionales facultades de la Sra. Cejudo de Gutiérrez, y esa gran esperanza del arte que se llama María Luisa Escobar, y los Sres. Nava, García Abedo, y Marín, han sido factores importantísimos del éxito.

A la altura de estos factores han estado los conjuntos, el orquestal y el vocal, al grado de que podemos afirmar que en México no se habían escuchado masas tan seguras, tan numerosas y tan bien dirigidas.

Las audiciones de «La Virgen» son el augurio de un resurgimiento lírico de gran alcance.

Así lo deseamos para bien del Arte.

Debido á la falta de luz y á lo numeroso del personal que tomó parte en la ejecución de «La Virgen,» no fué posible obtener una buena fotografía del conjunto de artistas. El grabado que publicamos, dará á nuestros lectores, sin embargo, una idea del aspecto que ofrecía el escenario del Arbeu al concluir la audición.



Conjunto de ejecutantes.

IDILIO Y TRAGEDIA



HI va, ahí va, gritó á lo lejos un pelotón de chiquillos, corriendo pecho arriba por uno de los campos del pueblo, detrás de una bandada de perdigones.

En los peñascos de las cuencas y en el fondo de las gargantas del terreno, el eco repite desde cien sitios «¡ahí va, ahí va!», de un modo desvanecido y aéreo, como si otras cacerías se verificaran en diversos sitios del monte.

¡Qué vistosa y qué bizarra partida de cazadores!

El hijo de la «Chirrina,» Andrés, general en jefe del andante escuadrón que escasamente llega á los doce años, reparte órdenes y pedradas en todas direcciones y anima al tropel con su actividad y la dirige con su buen golpe de vista «trapacera.» Le ha prometido una buena su padre, pero sabe el muchacho que el hosco autor de sus días está en el pueblo inmediato, y al verse el rapaz libre, estalla de alegría, como si fuera el graneado de un fuego de artificio. Le siguen pisándole los talones, Periquín, hijo de la Tarasca; Anselmo, nieto de la Cantimplora; Lorencillo, sobrino de la Porcuza; Jusepo, hijo de Trincacopas; Celedonio, ahijado de Matapenas; Robustiano, nieto de Orinaduros; Pantaleón, primo de Piernascombas, y hasta las docenas de desarrapados, que, cuando llegan las postrimerías de agosto, se lanzan á las cacerías de pájaros, y no dejan en todo el contorno árbol sin pedrada, huerto sin avería, lagarto sin ser acosado, culebra sin ser perseguida, y charco ó poza sin que reciba sus cuerpos denegridos.



Congestionados los rostros bajo el potentísimo sol que cae de los cielos, descalzos de pie y pierna, sin montera ni cosa que resguarde el cráneo del calor, y reuniendo entre todos un traje hecho jirones, pues el que lleva un pernil, carece de lo demás, y el que enseña un tirante, no tiene calzones que sujetar, van comunicándose en atropelladísimos diálogos, rendidos ya y asfixiados por la carrera.

—¡Por ayí se han metío, miales! gritaba Andrés, ayí san acurrucao junta la aberca; vamos á eyos.

Y cautelosamente, inclinando los cuerpos para ofrecer menos blancos á las perspicaces miradas de los perdigones, se dirige la partida de chiquillos al boscaje que pone techo de greñas á la superficie del estanque.

¡Qué vaho de frescura al entrar bajo aquella tupida bóveda! El enzarzado pabellón deja dibujarse en el suelo una azulada randa de sombra taladrada de lunares de oro, que se deslizan sobre el agua cuando el viento mueve mansamente el ramaje. Los chiquillos muestran, salpicados de esos lunares de luz, piernas, brazos, rostros, manos y cabezas. A veces, el fantástico encaje sacude su tapiz aéreo, y entonces los millares de pupilas oro corren sobre los cuerpos de los muchachos con precipitación deslumbrante y vertiginosa......

Después de buscar inútilmente los perdigones, se ponen á mirar los rapaces, echados sobre los muros del estanque, la copia de los cielos, de las ramas, del musgo y de todo el bosque, allá en el fondo misterioso del agua. Sobre ésta caen infinitas filtraciones babeando sus hilos sonoros, y cada gota, al caer, parece llevar el canto de una lírica orquesta. Un nutrido repicar de sones armoniosos halaga dulcemente los oídos con efectos de músicas extrañas. Los muchachos callan un momento, seducidos por esta sinfonía, y se ponen á contemplar los círculos, rayas, rizos y ondulaciones que arrugan la «tez» susceptible del agua. ¡Qué misterios! Allá abajo, en el hondo de aquella sima transparente, una violentísima mancha de fuego, un relámpago de vivas tremulaciones, ofusca y pincha los ojos con mil espadas de oro: es la copia del sol.

—¡Mira, y no se apaga! dice uno de los chiquillos al verlo lanzar sus llamas de triunfo.

—Porque está ma abajo del agua y no le yegan laz gota.

—¿Y á cuántas brazas estará de nosotros, tú?

—¡Anda! Lo menos á veinte.

—¿Vamo á cogé una caña pa pincharle?

Los perdigones surgen de pronto, bruscamente, del matorral, y dejan cortado el diálogo de los cazadores.

¡Ayí van, ayí van! repiten de nuevo los chiquillos, lanzándose en polvoroso tropel, como dice Virgilio, y los peñascos de las gargantas y los pedruscos de las cuencas devuelven las sonoridades fantásticas y repiten muy débilmente: «¡Ayí va!......»

Ladera arriba los granujas huyen como demonios; uno tropieza, otro quita la vez al delantero, éste da una voltereta para caer de pie como los gatos. En un recodo, los perdigones se acoclan rimando el color de sus plumas con el de la tierra, y el escuadrón de cazadores pasa de largo.

Entonces los animales se remueven, inspeccionan el terreno alzándose sobre sus patitas, y viendo el campo libre, toman la ruta del monte.

Rendidos de nuevo los chiquillos por el sol y la carrera, dan en tierra bajo unos parrales, rojos los carrillos, las frentes sudorosas, el aliento jadeante y desollados manos y pies.

—¿Sabei que pica bien el sol? clama el revoltoso «jefe» con los ojos encandilados.

—Jaremos sombreros con las pámpanas.

—Bien pensao, miá tú.

Y las guirnaldas flotantes de la vid, los sarmientos vestidos de hojas, caen tronchados al suelo en haces hermosos. Un rapaz traza de un periquete una corona y se la planta; otro combina un círculo de verdura y lo ajusta á sus sienes; el de más allá teje una trenza de pámpanos y la rodea al cráneo hirviente; éste arregla la más graciosa diadema de Baco y engalana su cabeza con ella; todos se adornan como dioses griegos, y son de ver las caras sucias, los carrillos dados de obscuras pinceladas, los torsos de color de bronce empavonados por el sol, bajo aquellas coronas egregias, bajo aquellos adornos clásicos.

Grita uno de los chiquillos «¡Por ayí van!», y las profusas figuras del cuadro, fijas en el suelo, se inclinan hacia un mismo punto; combínase una sucesión de perfiles, revuélvense de modo distinto los cuerpos, adoptan las manos diversas actitudes, y la riente plasticidad y la gracia más pura y fresca, seducen en el lienzo vivo y caprichoso.

El cuadro se descompone cuando se persuaden los chiquillos de que no pasan los perdigones.

—Puez eyo e que hay que buscarlos.

—Eso digo yo.

—Puez yo no. Yo digo que ez mejó ir á arcanzá er nío e cigüeña que hay e no arto e la atalaya.

—Mejó é jezo, clama la mayoría de las voces, y allá va la risueña partida entre las llamas vibrantes del sol, que arranca chispas de las piedras.

La atalaya era una torre en ruina, una altísima edificación de moros, un prodigio de vetustez con su manto de hilos de araña, sus anfractuosidades llenas de germinaderos de reptiles, sus matorrales á media obra, que no se sabe de qué jugo beben, y sus troneras, por las que se veía la lista del mar azul y las arenas.

Una especie de espuerta de broza, un nido colosal hecho á trompicones, dejábase ver en la cima, y cerca de él, sostenida por milagroso equilibrio sobre un pie, una cigüeña castañeteó el largo pico al ver acercarse á la torre el tropel de libres muchachos, y se elevó á grande altura.

Se echó la «china» para ver á quien le tocaba hacer la ascensión al nido; hubo disputas, bulla, gresca, arreglos, desarreglos, y, por fin, Andrés, Andresillo, el más denodado, el más valiente, el más simpático, fué elegido para el caso.

—Bueno, dijo, pero no matamoz los pájaro zi los tiene; ná más que velos, ¿eh?

Se remangó el único jirón de manga que tenía su camisón, lió en un estropeado papel un cigarro de pámpanas secas, describió varios brincos y zapatetas antes de aferrarse á la obra, y por fin se agarró, en actitud de rana, al edificio. Ascendió por aquella escala inverosímil; ganó, trazando culebreos, algunas varas de altura, arañó, sintió el escalofrío del riesgo varias veces, y en un huequecillo mayor que los demás, puso un instante el cigarro para hacer descansar á los pulmones. Fumó de nuevo, tornó á saltar la pajuela, hizo en el aire unos garabatos de alegría con una pierna libre, y apechugó de nuevo con la torre.

Ya estaba cerca del nido, y forcejeaba, cansado de la lucha, á una altura vertiginosa. Aterrados los espectadores, ni proferían palabra siquiera. De pronto sintió Andrés un colosal aletazo en el rostro, á la vez que oyó un graznido feroz de ave furiosa; llevóse el rapaz ambas manos á la cara, perdió con el punto de apoyo el equilibrio, y cayó al espacio; volteó, rebotó, grieteándose el resonante cráneo contra una peña. La punta del cigarro tardó más en bajar, y por un capricho del aire fué á caer, encendida y humeante, en la desportillada boca del muchacho.

El idilio se había trocado pronto en tragedia, en tragedia imponente y horrible.

La primera idea de los chiquillos fué la de salir huyendo; algunos ni volvieron la cara atrás hasta entrar en el pueblo, yendo á refugiarse en el seno de sus madres; otros dieron parte de la desgracia entre espasmos de muerte y castañeteamiento de dientes, y la noticia voló como un río de pólvora por el pueblo. Salieron á recibir el cadáver, que era conducido en hombros, viejos, mujeres, niños y todo el vecindario en masa.

Un plañido fúnebre, compuesto por gritos de cien locos, por exclamaciones de pena de cien labios, y por los retorcimientos de dolor de la madre, llegaba al alma con el trágico aparato de las grandes desgracias.

—¡¡Mira, mira!! —decían las mujeres á sus hijos.—Pa que te sirva de escarmiento, pa que no güervas á andá por ezos campoz.

Los niños veían con agrandamiento de ojos

el cuerpo muerto, y retrocedían espantados. En la humilde casa de Andrés fué colocado el cadáver, y la noche cayó sobre el espíritu de la madre como un océano de sombra. Todos los vecinos del pueblo acudieron al velatorio; en el regazo de las mujeres, los niños; en grupos cabizbajos, los de igual edad á la de Andrés; los viejos, acostumbrados á los dolores, con una tranquila resignación al lado de otros



viejos; las mujeres con el alma en cruz, clavada por la pena.

Cuando el padre de Andrés volvió del pueblo cercano, bien internada la noche, vió el pueblo de luto, gentes á la puerta de su casa, resplandores de cirios que salían de su habitación, y por último, como quien es presa de una pesadilla, á su hijo muerto. Hubo una explosión inmensa de lágrimas, un valiente triunfo del sentimiento.

Se tiró el padre contra el suelo, diciendo que quería morir como su hijo; pensó desgarrarse de pena, estallar.

La tensión del dolor lo redujo al cabo de algunas horas. En el velatorio imperaba un silencio absoluto, roto sólo por algún recrudecimiento de lágrimas.

En las profundidades del silencio, allí donde los seres que asisten á un velatorio oyen terribles músicas «negras,» palpitaciones de cajas destempladas, compases repetidos de duelo, andares de muerte y voces de visiones, el alma humana formula, traza la interrogación eterna, y espera con el oído puesto en la sombra. Todas aquellas músicas extrañas no pueden concretar una frase, no pueden cuajar una palabra.

Las armonías pasan y vuelven; tan pronto preludian marchas lúgubres, tan pronto imitan sollozos y rezos, ya remedan ruidos de mantos que se arrastran; los cirios restallan y dejan una línea de ceroso humo en el aire; las almas sienten inmovilidades de piedra; sólo el gran mecánico, el corazón, añade su música involuntaria á las misteriosas que pasan por el fondo tenebroso del silencio.. ...

Amaneció, y vino una luz de muerte á manchar de palideces los rostros; las miradas parecían despertar de una noche eterna.

Durante el día vinieron los chiquillos compañeros de Andrés, á echar lágrimas y jazmines en su caja. Una niña, como de cinco años, llegó con un brazado de rosas, las echó sobre otras rosas, se arrodilló y movió los labios como vió que hacían las mujeres. ¡Oh divina oración la suya, tan pura como la luz de una aurora de mayo!

Por la tarde, en medio de la quietud excelsa de los campos, se dió principio al entierro. El cura, revestido de negro, llegó con su acompanamiento sagrado á la puerta de los padres del muerto, y les pidió al hijo de su alma. La madre arrojó un inmenso grito de sorpresa que dejó rotas sus entrañas. El canto fúnebre lo pidió con nuevos clamores, escudriñando el corazón para estremecer sus más leves fibras.

Cogieron los que fueron amigos de Andrés la caja, y estalló esa sinfonía terrible, tremenda, de aullidos de almas que se retuercen y despedazan de dolor, de congojas que rompen en lágrimas, de voces profundas que entonan el canto de la muerte, de aroma de las rosas ajadas, de jazmines marchitos, de clamores, de besos, de llantos.

Es la inmensa frase de pena con que se despide al que fué: la tierra cae sobre la gracia segada en flor; las piedras insensibles retumban en la caja dando golpes de cólera; los ojos que quedan bajo tierra, no verán más rayos melancólicos del día, los misteriosos simulacros de luz de la tarde, el ajamiento de tintas de los cielos, el mar azul que no lejos de la tumba canta su estrofa eterna.

Hay que decir adiós al muerto. Pretendió subir donde los pájaros y cayó por falta de alas. Dios se las puso al cuerpo de las aves, y no quiso prenderlas al cuerpo de los niños, que son más bellos que los pájaros.

Salvador Rueda.

AL LAGO DE CHAPALA.

¡Qué serena quietud y qué divina
la paz de tu ribera soñadora
á la luz del crepúsculo que dora
el agua con la lumbre vespertina!
¡Cuánto adoro tu calma peregrina
al fulgor de esta tarde encantadora,
oyendo la cadencia arrulladora
con que canta la onda cristalina!
Aquí está, suspirando bajo el cielo
mi corazón, que triste y sin consuelo,
llegó hasta ti, cansado y dolorido;
la calma de tus ondas es la calma
que anhelan los ensueños de mi alma
en sus profundos éxtasis de olvido!

Francisco Izábal Iriarte.

La Luna.

Leve bruma de plata descendía
del triste ocaso de color de hielo,
cual un sudario de profundo duelo
sobre el cadáver pálido del día.

Vagué en la noche misteriosa y fría,
dejando á mi alma remontar su vuelo
por la serena bóveda del cielo,
colmada de fulgente pedrería.

Tras la curva de un monte, legendaria
surgió la luna, trágica, cubierta
de una intensa blancura funeraria.

La ví errar espectral. Su lumbre incierta
se apagó entre la niebla visionaria......
Y soñé el poema de la luna muerta.

Froilán Turcios

AZUL Y NEGRO.

Azul la blusa, la enagua negra,
Negro el sombrero....Cuán bella está!
Todo lo encanta, todo lo alegra,
Con su sonrisa por donde va.

Su porte regio los ojos turba,
Turba los ojos y el corazón,
Porque en su cuerpo canta la curva
El himno ardiente de la pasión.

Sobre su frente morena y pálida
Es su cabello noche sin luz,
Y hay en sus ojos la lumbre cálida
Del esplendente cielo andaluz.

Su boca es fresa, flor purpurina;
Su talle esbelto, breve su pie,
Y al ver su garbo cuando camina,
Provoca á todos decir: «¡Olé!»

De azul y negro...Mirad cuán bella!
Pasa y se aleja...Y en loco afán
Todos los ojos se van tras ella,
Todas las almas tras ella van!

Ismael Enrique Arciniegas.

***

-No se puede tener mayor señoría que la de sí mismo.



La Noche estaba azul, azul obscuro,
Una amatista enorme y transparente
Eran los cielos, en que el brillo puro
De los engarces de astros dulcemente
Cintilaba; las lámparas de gemas
Tejían mil fulgores, como hielo,
En las ramas y abriéndose las yemas
Crepitaban los árboles tranquilos.

La Noche estaba azul; en la serena
Divagación de la nocturna amante,
De pronto murmuró la cantilena
De un lejano y alegre caminante......
Lentamente, distinto se hizo el canto,
Como un chorro de fuerza y alegría
Que se desborda en ritmos, y al encanto
La Noche con fruición se estremecía:

II.

«Nací con una aurora, soy de Oriente,
Soy gemelo del Sol, llegué á la vida
Con mi robusta carne estremecida
Por un soplo de fuerza armipotente,
Desprecié la canalla envilecida
Que ante cualquier señor dobla la frente,
E, incorruptible, fecundé á la ardiente
Circe inmortal, que me adoró vencida!

«En la paz de la tarde á mi heredero
Hice aprender los himnos de la guerra
Y consagré su espíritu á la gloria......
Llego á ti, Noche augusta, soy guerrero;
Dame tus brazos y mis ojos cierra
Con un beso de amor y de victoria!»

III.

La Noche estaba azul, pero una aurora
De resplandores blancos abrió el cielo
A la Luna, bellísima señora
Del ideal y el infinito anhelo.

Y la Noche fué blanca. El solitario
Fundió su alma en un beso silencioso......
Y la Luna tendió como un sudario
Su blanda claridad sobre el esposo......

R. Gomez Robelo.



LA EMPACADORA DE CHIHUAHUA.

Terrible Incendio.

Los periódicos de información han dado cuenta pormenorizada del terrible incendio ocurrido en la Casa Empacadora de Chihuahua, la noche del 19 del corriente.

La noticia del siniestro causó profunda sensación en los círculos comerciales, no sólo por lo inesperado de ella, sino también por la suma que representa el capital puesto en juego por la negociación. En un principio, las pérdidas se hicieron ascender á una suma crecidísima; pero, rectificados los datos, se supo después que el importe de ellos montaba, aproximadamente, á quinientos mil pesos, cantidad que alcanzan á cubrir las pólizas de seguros que amparan á la compañía.

El incendio se inició en el departamento de refrigeración, y fué sofocado desde luego por la policía; pero como algunos materiales no quedaron bien apagados, las llamas volvieron á invadir el edificio, determinando la destrucción, casi completa, de la Empacadora; pues á pesar de los esfuerzos desplegados para contener el avance del fuego, sólo pudieron salvarse las oficinas, la casa de los empleados y una que otra dependencia de menor importancia.

La casa será reconstruída á la mayor brevedad.

—Grandísima gracia de sombra y de luz se une á ios rostros de aquellos que permanecen en las puertas de las habitaciones que están á obscuras.

Donde hay más sentimiento, allí hay más martirio.

Si estás solo, serás todo tuyo.

De la vida de un Payaso

"SE MURIÓ EL MONITO...."

Sonaba un aplauso estruendoso cuando Tom y su «tití» abandonaban la pista.

El payaso entraba todavía sonriendo, con el animalito sobre el hombro —el animalito que tenía una cara de «puchero»;—después lo aproximaba á la puerta de la jaula, y el «tití» saltaba para ir á acurrucarse en un montón de trapos que le daban calor y arrullo para pasar la noche.

Tom iba luego á quitarse el colorete, los pantalones anchos, la peluca de tres mechones, y después de vestirse de calle, con cierto aliño, salía á donde estaba el público, mostrando un aire de triunfador, algo como la satisfacción del que ha dado gusto con su trabajo.

Tom y su «tití» figuraban en todos los programas; el acto que desempeñaban hacía reir y llevaba al circo á un puñado de rosas de alegría que batían palmas á la manera que una brisa hace chocar los pétales flojos de una flor.

Y Tom, en sus soledades, solía preocuparse. ¿Qué era él?.........

Allá en un tiempo muy lejano tuvo padre y madre; ésta, cariñosa y buena como todas; aquél...... quién sabe cómo sería, él nunca lo vió más que en silueta, á la luz de una lámpara que iluminaba el pecho oropelado de una santa, que conmovía á un culto traducido en flores y en mecha alimentada con aceite. Luego el paso de la vida siguió.

Nunca Tom sufrió de ese hermoso mal de las educaciones; fué un chico que en su campo persiguió chapulines y, antes de tiempo, ilusiones. Jamás se dejó dominar por el ronrón de los regaños maternos, y resultó que un bello día, día bello en verdad, el camino del campo al pueblo se le hizo corto y con tan buen motivo, dió el «adiós» al hogar paterno.

Tom no era «Tom», era «Tomás»; pero alguien comprendió que aquel nombre era largo para los vuelos del mozo y resolvió acortárselo. Por eso como «Tom» llega este héroe á nuestra historia.

Y así es el prólogo.

***

Los amos dejaban morir de hambre, olvidados por completo, aquel pobre «tití». Llegó á pasar los días hecho una rosca, tristísimos los ojos redondos, inmóviles los remos, presa de parásitos. Tom, en un día de humor, lo bañó; le clavó los dientes del peine, á cambio de varios clavares de dientes del «monito», que no estaba acostumbrado á los achaques del aseo.

Pero por esa ley de las superioridades, Tom le perdonó todo y llevó sus buenos instintos hasta conservarle las mondaduras de fruta que dejaban los amos, proporcionándole así un buen festín. Luego, cuando hizo frío, lo llevó á dormir á su cuartucho y...de ahí nació todo.

***

«Tití» saltaba, hacía maromas, maniobraba militarmente; si hubiera hablado, se le hubiese tenido por una persona modelo de correcciones y entendederas.

Esto fué lo que hizo á Tom robar á «Tití» de la casa de los amos y echarse á vagar por las ferias y después por las calles.

«Tití» lucía sus habilidades por algún dinero, y nunca Tom volvió bajo techo sin la bolsa repleta y sin los vicios cumplidos.

En todos los seres que luchan ejerce su poder ese ánimo de progreso que ya hunde como levanta; pero que «mueve», mueve y constituye la era nueva.

Así fué con Tom: no se conformó con la vida de las ferias y de las calles; hizo de «Tití» un prodigio, y la existencia tomó un movimiento diverso.

«Tití» fué un sabio, y no faltó un explotador en grande escala que vaciara mucho dinero en la bolsa del educante afortunado.

La barraca de la feria se tornó en carpa lujosa: Tom vistió de raso para exhibir á «Tití». Y así fué como.. ....

***

......Sonaba un aplauso estruendoso cuando Tom y su «Tití» abandonaban la fiesta.

El payaso entraba todavía sonriendo con el animalito sobre el hombro —el animalito que tenía una cara de «puchero», cuando una pesada barra cayó sobre ellos ¿Quién puso aquel peligro tras de la puerta? «Tití» dió un gritito agudo; Tom hizo un gesto, que acentuó más lo grotesco del colorete.

Aquella noche, el monito saltó con menos agilidad para acurrucarse en el montón de trapos que tenía en la jaula; el payaso aliñó menos su traje, y el percance pasó sin mayores protestas.

Tom llegó muy tarde y casi beodo al cuarto que en la misma tienda del circo le habían señalado; se tendió en la cama, arrojando á los rincones las ropas de payaso que se había puesto en la hora de la fiesta. Después durmió.....

A la mañana siguiente, un mozo del circo fué á despertarlo, diciéndole con cara estúpida: «Se murió el monito.......»

El payaso abrió desmesuradamente los ojos, se puso pálido, muy pálido; y sin contestar palabra, vió con horrible mirada las ropas de raso blanco y los pompones rojos que, estrujados, parecían hacer gestos en los rincones.

Javier de Ulma.



Uno de los departamentos consumidos por el fuego.



Los concurrentes al banquete de los chiapanecos.

La anexión de Chiapas á México.

Con grande entusiasmo celebraron los chiapanecos residentes en la metrópoli el 78 aniversario de la anexión de su Estado natal á la República Mexicana.

El día 12, fecha en que se conmemora la anexión, se verificó en la Cámara de Diputados una velada literaria, á la cual asistieron el Sr. Presidente de la República y sus Secretarios de Estado, así como numerosas familias y caballeros distinguidos.

El banquete organizado como parte del programa, se dió el último domingo en el Elíseo. Entre los invitados se encontraban los Sres. Lics. Emilio Pimentel, representante del Gobierno de Chiapas, Emilio Rabasa, Víctor Manuel Castillo, Fausto Moguel y algunos otros miembros prominentes de la colonia chiapaneca.

LA ESCUELA DE TIRO.

IMPORTANTES PRACTICAS

Ilustramos esta página con algunas fotografías tomadas especialmente para nuestro semanario en la Escuela de Tiro de San Lázaro, establecimiento que regentea el Sr. Teniente Coronel Enrique Mondragón, durante las clases prácticas que se dan á los oficiales del ejército.

Una de ellas representa, en primer término, á los profesores á quienes está encomendada la enseñanza de los oficiales de las distintas zonas, que vienen periódicamente á estudiar en la Escuela todo lo relativo á fabricación de explosivos y construcción de petardos reglamentarios y provisionales. Para que la instrucción sea más sólida, los practicantes, por sí mismos, ensayan sus preparaciones en la destrucción de obstáculos diversos, adiestrándose, además, en el tiro de fusil y de cañón, en el manejo de armas portátiles y en la fabricación de material de artillería.



Los Profesores de la Escuela de Tiro y la oficialidad.

***

En otro de nuestros grabados se ven varios oficiales que, bajo la dirección del Jefe de la Escuela, preparan diversas melinitas y otros explosivos. En hornillos provisionales se efectúan después las pruebas respectivas, para cerciorarse de su buena preparación y estudiar sus propiedades.

Preparación de explosivos.

***

Las velocidades iniciales de los proyectiles del Maüser se toman en instrumentos electrobalísticos, admirables por su precisión y mecanismo. Los oficiales en instrucción concurren también á esta práctica, con el fin de conocer el manejo de los curiosos aparatos.



Tomando velocidades.

PENSAMIENTOS.

Cuanto más pide el místico para sí al elevar sus oraciones, menos propicio se manifiesta para ser generoso con sus semejantes.

Cuanto más adula al poderoso, más mortifica al necesitado.

Muchas veces entramos alegremente en los templos consagrados al culto de una positiva religión; pero siempre entramos en la Necrópolis ó ciudad de los muertos, donde reposan los huesos de aquellas personas que nos fueron muy queridas, con tristeza en el semblante y profundo dolor en el alma.



NAPOLEON



Y LA VIEJA GUARDIA.

(Cuadro de Ernest Crofts.)

La fiesta de los Italianos.

La colonia italiana celebró, el 20 del actual, el aniversario de la ocupación de Roma por Víctor Manuel, uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia contemporánea.

El local señalado para las fiestas organizadas con este motivo, fué el Tívoli del Elíseo, lugar que durante los días 20 y 21 lució un primoroso adorno consistente en piezas florales, escudos y banderas graciosamente distribuídos en las callecillas del jardín y en los amplios salones de la finca.

La kermesse anunciada comenzó á las tres y media de la tarde, hora en que la concurrencia era ya numerosa. En general, los puestos estaban decorados con guías de flores y cintas verdes, rojas y blancas, distinguiéndose, entre todos, el de confetti, que era á cargo de las Sritas. Pedrazzi. El de flores, que simulaba una concha cubierta de gardenias, llamó mucho la atención por el arte con que fué adornado.

La mayor parte de las señoritas encargadas de los puestos, vestían trajes regionales: había grupos de calabresas y napolitanas y de típicos florentinos, notables por la corrección del corte de las ropas y la originalidad de los bordados de éstos. Como una galantería para México, algunas damas de la Colonia se presentaron de «chinas poblanas.»

Por la tarde se dió un baile en el salón mayor del Tívoli.

A estos festejos concurrieron el Sr. Ministro de Italia, los miembros prominentes de la Colonia y multitud de familias de nuestra sociedad. La kermesse se prolongó hasta las primeras horas de la noche.

Flor de Invierno.

Mi espíritu agoniza y desespera
porque ve que el invierno
—huésped de los abrojos—se aproxima,
y que voló fugaz la primavera
y ni un rayo de sol hay en la cima!

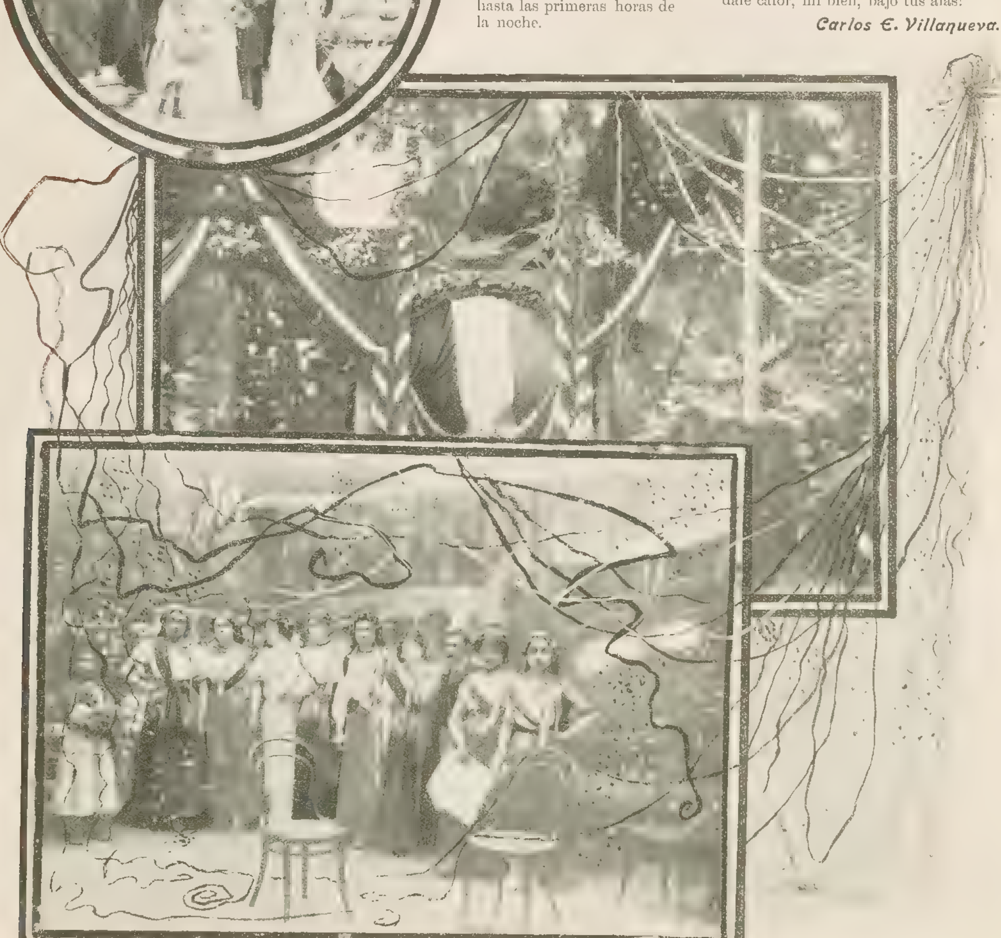
La negra noche empieza
á envolver en sus sombras mis despojos,
retornan los recuerdos á la mente,
lágrimas de dolor brotan mis ojos,
y mi pálida novia, la tristeza,
su ósculo de dolor posa en mi frente.

Mi espíritu agoniza
y, como una ave, acongojado vuela,
á mirar en tus labios la sonrisa
y en tus ojos la luz fascinadora
que ilumina sus noches como aurora,
que calma su dolor y le consuela.

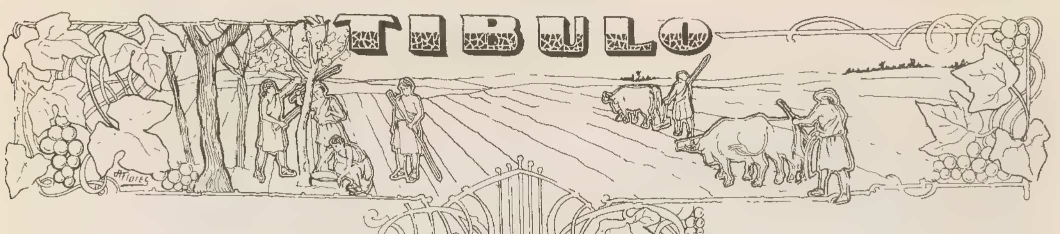
Despierta, Primavera!
retorna con tus dichas y tus flores,
retorna con tus besos, Primavera,
y haz que renazca mi ilusión primera,
que se ausenten de mí tantos dolores!. ....

Vuela á tu nido tierno
mi acongojado espíritu, bien mío;
va huyendo de las garras del invierno,
quiere besar el dorso de tus galas:
acógelo, mi bien, que siente frío!
dale calor, mi bien, bajo tus alas!

Carlos E. Villanueva.



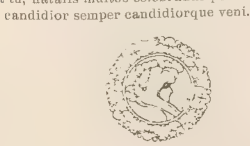
El señor Ministro de Italia en el Tívoli. **La entrada al jardín.—Adorno de las portadas.** **Grupo de "chinas poblanas."**

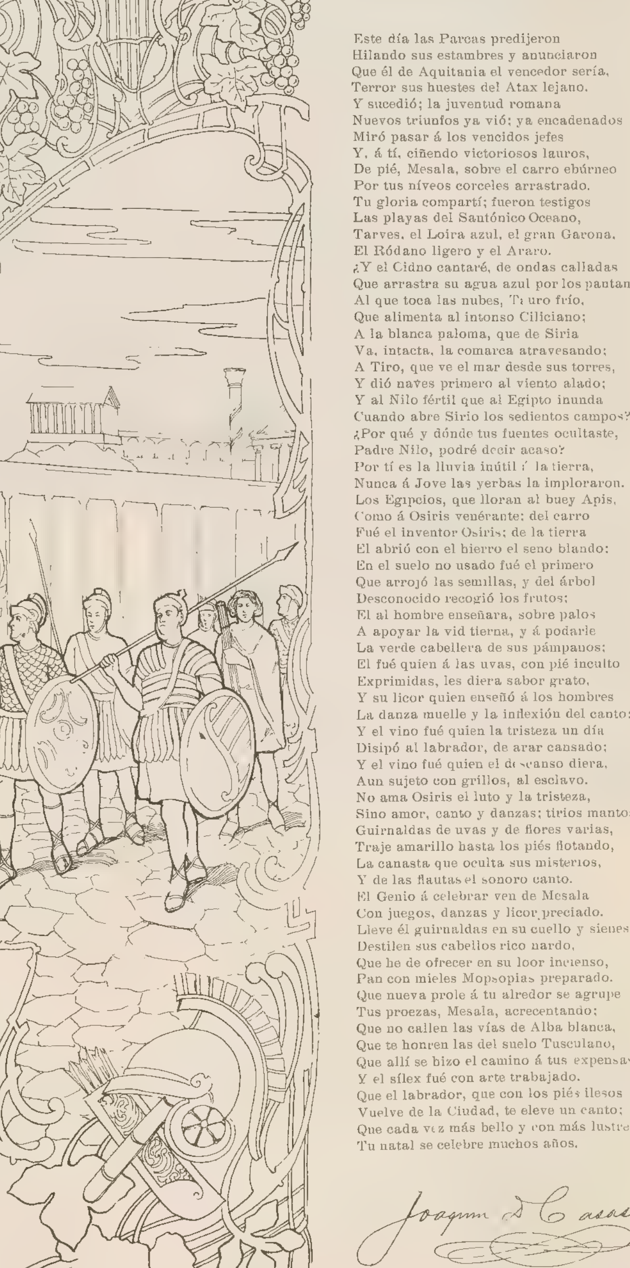


EGLOGA VII

Del libro I.

Hunc cecinere diem Parcae fatalia nentes
stamina, non ulli dissoluenda deo:
hunc fore, Aquitanas posset qui fundere gentes,
quem tremeret forti milite victus Atax.
evenere: novos pubes Romana triumphos
vidit et evinctos bracchia capta duces:
at te victrices lauros, Mesalla, gerentem
portabat niveis currus eburnus equis.
non sine me est tibi partus honos: Tarbella Py-
testis et Oceani litora Santonici, (rene
testis Arar Rhodanusque celer magnusque Garun-
Carnutis et flavi caerula lympha Liger. (na,
an te, Cydne, canam, tacitis qui leniter undis
caeruleus placidis per vada serpis aquis,
quantus et aetherio contingens vertice nubes
frigidus intonsos Taurus alat Cilicas?
quid referam, ut volitet crebras intacta per urbes
alba Palaestino sancta columba Syro,
utque maris vastum prospectet turribus aequor
prima ratem ventis credere docta Tyros,
qualis et, arentes cum findit Sirius agros,
fertilis aestiva Nilus abundet aqua?
Nile pater, quanam possim te dicere causa
aut quibus in terris occuluisse caput?
te ropter nullos tellus tua postulat imbres,
arida nec Pluvio supplicat herba Iovi.
te canit atque suum pubes miratur Osirim
barbara, Memphiten plangere docta bovem.
primus aratra manu sollerti fecit Osiris
et teneram ferro sollicitavit humum,
primus inexpertae commisit semina terrae
pomaque non notis legit ab arboribus.
hic docuit teneram palis adiungere vitem,
hic viridem dura caedere falce comam:
illi iucundos primum matura sapores
expressa incultis uva dedit pedibus.
illi liquor docuit voces inflectere cantu,
movit et ad certos nescia membra modos:
Bacchus et agricolae magno confecta labore
pectora tristitiae dissoluenda dedit:
Bacchus et adflictis requiem mortalibus adfert,
crura licet dura compede pulsa sonent.
non tibi sunt tristes curae nec luctus, Osiri,
sed chorus et cantus et levis aptus amor,
sed varii flores et frons redimita corymbis,
fusa sed ad teneros lutea palla pedes
et Tyriæ vestes et dulcis tibia cantu
et levis occultis conscia cista sacris.
huc ades et Genium ludis Geniumque choreis
concelebra et multo tempora funde mero;
illius et nitido stillent unguenta capillo,
et capite et collo mollia serta gerat.
sic venias hodierne: tibi dem turis honores,
liba et Mopsopio dulcia melle feram.
at tibi succrescat proles, quae facta parentis
augeat et circa stet veneranda senem
nec taceat monumenta viae, quem Tuscula tellus
candidaque antiquo detinet Alba lare.
namque opibus congesta tuis hic glarea dura
sternitur, hic apta iungitur arte silex.
te canit agricola, magna cum venerit urbe
serus, inoffensum rettuleritque pedem.
at tu, natalis multos celebrande per annos,
candidior semper candidiorque veni.





Este día las Parcas predijeron
Hilando sus estambres y anunciaron
Que él de Aquitania el vencedor sería,
Terror sus huestes del Atax lejano.
Y sucedió; la juventud romana
Nuevos triunfos ya vió; ya encadenados
Miró pasar á los vencidos jefes
Y, á tí, ciñendo victoriosos lauros,
De pié, Mesala, sobre el carro ebúrneo
Por tus níveos corceles arrastrado.
Tu gloria compartí; fueron testigos
Las playas del Santónico Oceano,
Tarves, el Loira azul, el gran Garona,
El Ródano ligero y el Araro.
¿Y el Cidno cantaré, de ondas calladas
Que arrastra su agua azul por los pantanos:
Al que toca las nubes, Tauro frío,
Que alimenta al intonso Ciliciano;
A la blanca paloma, que de Siria
Va, intacta, la comarca atravesando;
A Tiro, que ve el mar desde sus torres,
Y dió naves primero al viento alado;
Y al Nilo fértil que al Egipto inunda
Cuando abre Sirio los sedientos campos?
¿Por qué y dónde tus fuentes ocultaste,
Padre Nilo, podré decir acaso?
Por tí es la lluvia inútil á la tierra,
Nunca á Jove las yerbas la imploraron.
Los Egipcios, que lloran al buey Apis,
Como á Osiris venérante: del carro
Fué el inventor Osiris; de la tierra
El abrió con el hierro el seno blando:
En el suelo no usado fué el primero
Que arrojó las semillas, y del árbol
Desconocido recogió los frutos;
El al hombre enseñara, sobre palos
A apoyar la vid tierna, y á podarle
La verde cabellera de sus pámpanos;
El fué quien á las uvas, con pié inculto
Exprimidas, les diera sabor grato,
Y su licor quien enseñó á los hombres
La danza muelle y la inflexión del canto;
Y el vino fué quien la tristeza un día
Disipó al labrador, de arar cansado;
Y el vino fué quien el descanso diera,
Aun sujeto con grillos, al esclavo.
No ama Osiris el luto y la tristeza,
Sino amor, canto y danzas; tirios mantos,
Guirnaldas de uvas y de flores varias,
Traje amarillo hasta los piés flotando,
La canasta que oculta sus misterios,
Y de las flautas el sonoro canto.
El Genio á celebrar ven de Mesala
Con juegos, danzas y licor preciado.
Lleve él guirnaldas en su cuello y sienes,
Destilen sus cabellos rico nardo,
Que he de ofrecer en su loor incienso,
Pan con mieles Mopsopias preparado.
Que nueva prole á tu alrededor se agrupe
Tus proezas, Mesala, acrecentando;
Que no callen las vías de Alba blanca,
Que te honren las del suelo Tusculano,
Que allí se hizo el camino á tus expensas
Y el sílex fué con arte trabajado.
Que el labrador, que con los piés ilesos
Vuelve de la Ciudad, te eleve un canto;
Que cada vez más bello y con más lustre
Tu natal se celebre muchos años.

Joaquín D. Casasús.



LA QUIETUD DEL BOSQUE.

El bosque está solo. No es su hora oficial, no su día de recepción, en que las alegres parvadas de paseantes lo invaden y las sonoras fanfarrias de la banda acallan el gorjeo armónico de las aves. El bosque está solo, entregado á su augusta melancolía......

Arriba, como un sempiterno y gigante guardián de la metrópoli, el alcázar asoma sus alburas por sobre la mancha sombría de las frondas, y el sol parece detenerse al tocarlas, como si en ellas encontrase una resistencia invencible. Pero sus dardos de oro alcanzan siempre á penetrar á través de la arboleda y, como pasados por un tamiz, juegan veleidosos sobre la arena de las calzadas, siempre inconstantes, siempre movedizos, convirtiéndola, por la irregularidad de sus dibujos, en una piel de zebra ó en una reflexión acuática.

El calor asfixiante de fin de estío, que parece recrudecerse como para dejar en los hombres una ardiente remembranza de su paso, cede ante el abanico multifolio de la selva, y á la sombra de los ahuehuetes milenarios se percibe la frescura de las catedrales.

Si el bosque es hermoso cuando lo animan una invasión de vida y un desgrane de risas femeninas y de carcajadas infantiles, es más hermoso aún cuando, envuelto en su quietud, se entrega á su augusta melancolía. Entonces vive el bosque su vida íntima y serena, entonces tiene todo su poder inspirador y evocativo, entonces se le ama «por él mismo y en él mismo», y la urna de la abstracción y de la poesía abre sus tapas rebeldes y, cubriéndolos antes con un velo tejido de ideales y de ensueños, deja escapar bandadas de recuerdos, exúberos racimos de emociones, inmaculados rebaños de esperanzas.. . .

Yo adoro la quietud del bosque. La íntima poesía selvática no puede florecer si los hombres la perturban; ha menester del silencio sólo intensificado por los trinos de una ave; exige la intensa contemplación y el íntimo recogimiento; rechaza todo artificio y choca con todo atavío que no sea el suyo natural y propio.

A lo lejos, se mira por entre un blanco de las frondas, que es como un bostezo del bosque, el blanco caserío de las poblaciones circunstantes, apiñado y estrecho cual conviene á una residencia de hombres. Y al sentirse entonces lejos del caserío y de la turbulencia, el bosque presta la sensación precisa de un gran manto protector, de una enorme encubadora de idilios, de un templo conservador de la emoción romántica, de un vasto asilo de amor y de dulzura......

En estos tiempos ardorosos de fin de estío, id al bosque. Pero id cuando esté solo, cuando podáis sorprender los inefables misterios de su quietud, cuando pueda consolaros y fortaleceros, cuando se entregue mansamente á su augusta melancolía!

HUEMÁN.

EL ARRECIFE DE CORAL.

El sol bajo las aguas del mar, como una aurora
alumbra las florestas de corales ramosos,
que mezcla entre sus grutas y huecos misteriosos
la bestia formidable con la viviente flora.

Todo lo que las sales ó que el yodo colora,
equinos, alga, anémonas y musgos temblorosos,
cubre de obscura púrpura con dibujos suntuosos
el fondo que la pálida madrépora decora.

Con su espléndida escama, que visten de celajes
purpúreos los reflejos, por entre los ramajes
con lánguida indolencia navega un gran pescado;

De pronto hace, en un golpe de su encendida espalda,
por el cristal inmóvil, sombrío y azulado,
correr un temblor de oro, de nácar y esmeralda.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.



La Sortija del Capitán.

Hará como cincuenta años, un navío extranjero naufragó sobre la costa de Bugueles, en Penvenan. Fueron recogidos una docena de cadáveres. Como se ignoraba si eran de cristianos, se les enterró en la arena, en el mismo sitio en que se encontraron. Entre ellos estaba el cuerpo de un hombre hermoso y robusto, vestido más ricamente que sus compañeros, razón por la cual se pensó que sería el del capitán. En el anular de la mano izquierda llevaba aún una sortija de oro sobre la cual estaban grabadas letras de una escritura desconocida.

Bugueles está habitada por gentes honradas. Se le enterró sin despojarlo de su sortija.

Transcurrieron los años. El recuerdo del naufragio se había ido borrando poco á poco. Sin embargo, en la velada, algunas ocasiones, esperando el regreso de los hombres que habían partido al mar, las mujeres solían charlar todavía de aquel á quien llamaban «el capitán extranjero» y de la gruesa sortija que llevaba en el dedo.

La primera vez que Elisa, una costurera de un pueblo cercano, oyó platicar la historia, no hizo más que soñar esta joya, que se decía era tan bella. Al día siguiente pensó todavía en lo mismo, al otro persistió aún y todos los siguientes. Llegó á ser para ella una obsesión. Era pasablemente coqueta, como lo son casi todas las costureras, y pensaba que una joya se había hecho para brillar á la luz del sol bendito, y no para enmohecerse en las tinieblas de la tumba.

Por mucho tiempo, debo confesarlo, rechazó la tentación. Pero su oficio mismo la exponía incesantemente. Cuando iba á coser en las casas de Bugueles, cosa que sucedía casi diariamente, se veía obligada á sentarse sobre el banco, cerca de la ventana, y todas las ventanas en este país miran hacia la playa.

Al fin la desdichada no pudo más.

Una noche, después que hubo terminado su jornada, volvió á su casa; permaneció encerrada algunos momentos, pero cuando estuvo segura de que nadie la veía, se dirigió á paso largo hacia la playa.

El lugar de la sepultura de los náufragos estaba marcado con una gran cruz, hecha toscamente, y estaba colocada en el sitio donde yacían los restos mortales del capitán. Al gran señor, gran honor.

La noche estaba en su plenitud y todos los pescadores habían vuelto á sus chozas. Elisa no tenía por qué temer que alguien viniera á sorprenderla. Se arrodilló y púsose á remover la arena furiosamente con las uñas.

No tardó mucho en llegar á descubrir una de las manos del cadáver, la izquierda. El anillo estaba siempre allí. Trató de hacerlo resbalar sobre el dedo, pero la piel endurecida formaba gruesos pliegues. Ensayó la operación con un pequeño cincel. Trabajo perdido. Entonces, exasperada, cogió el dedo, y empleando toda su fuerza, lo cortó de un solo golpe. Después hizo entrar la mano, niveló la arena y huyó llevándose la sortija.

Al día siguiente volvió á su trabajo ordinario. Solamente que llegó envuelta en un «fichú» de lana; estaba completamente pálida.

—¿Qué tienes, Elisa? le preguntó la señora de la casa.

—Oh! no es nada; un poco mala de la cabeza, pero creo que pasará pronto.

Y sé entregó á su costura.

Pero en lugar de pasar el mal, aumentó al grado de obligarla á abandonar el trabajo.

Apenas desaparecía al voltear el sendero, cuando se levantó un gran tumulto en la aldea. Los muchachos que jugaban en la playa habían venido súbitamente y gritaban á voz en cuello:

—Venid á ver!......venid á ver!

—Lo que hay en el cementerio de los ahogados!

Todo el pueblo, hombres y mujeres, corrieron tras ellos al mar. Al pie de la cruz alquitranada, una manga de saco salía de la arena y de la manga salía una mano, y los dedos de esta mano estaban horriblemente crispados, excepto uno, el anular, que tenía una posición rígida y amenazante. Hubiérase dicho que señalaba á alguno con cólera, hacia un sitio, entre las pequeñas chozas esparcidas de los pescadores. En su base se podía ver una desgarradura profunda que formaba una llaga circular.

Una de las mujeres que estaban allí, habló de esta manera:

—Es el dedo de la sortija: se le ha robado y la reclama.

—Volvamos á enterrar la mano, dijo uno de los hombres.

Y en seguida la cubrió de arena.

La asistencia se dispersó, haciéndose mil comentarios. Cuando por la noche, los que habían ido al mar, volvieron y se les contó la historia, fueron de la opinión común: se había cometido un sacrilegio.

Al salir el alba, los más impacientes corrieron al cementerio de los ahogados. De nuevo, el dedo fatal se levantaba sobre la arena lisa.

—Vamos á probar hasta el extremo, dijeron. Y volvieron á enterrar el dedo de la mano, como se había hecho la víspera. Luego fueron á buscar enormes rocas que echaron encima.

Dos horas más tarde, el dedo reaparecía; las piedras parecían haberse apartado por sí mismas respetuosamente, y formaban círculo á distancia. Entonces hubo de recurrirse á otros medios. El cura del pueblo, acompañado de un chantre y de un niño de coro, vino á conjurar la muerte salpicando en aquel sitio agua bendita.

Pero el guapo capitán no era probablemente cristiano, porque no obedeció al conjuro.

—Quiere su sortija, repetía la mujer que habló la primera vez.

Todo el mundo pensaba como ella. Pero.... ¿dónde encontrarla para devolvérsela?

En ese momento, por un sendero que conduce de las casas al mar, apareció Elisa la costurera. Al menos, varias señoras la reconocieron en su ropa blanca y en sus andares rítmicos y elegantes.

Avanzaba lentamente exhalando una queja sorda á cada paso que daba.

Cuando llegó al sitio que ocupaba el grupo, suplicó, más bien con el gesto que con palabras, que la dejasen pasar. En una de las manos, entre el pulgar y el índice, tenía una gruesa sortija de oro......Fácilmente se adivina el resto......!

Los hombres quisieron jugar una mala partida á Elisa la costurera.

Entonces Elisa deshizo las ligaduras que cubrían su mano. Se aproximaron y pudieron ver que esta mano había crecido considerablemente, casi de una manera desmesurada y horrible: había llegado á ser una mano monstruosa, un dedo sobre todo, el anular, enorme y flaco, parecía el dedo de un cadáver gigante. Todos huyeron de ella como de una leprosa.

La han encontrado más de una vez vagando por los caminos, siempre con la mano envuelta en harapos. No puede hablar, pero gime de una manera lúgubre.

En cuanto al capitán extranjero, duerme otra vez en paz con su bella sortija en el dedo, y yo no puedo dejar de pensar en la novia que se la habría dado.

Anatole le Braz.

[Traducción de "El Mundo Ilustrado"]



LAS ÚLTIMAS FLORES.

(Cuadro de M. Czachorsti.)

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 14. MÉXICO, OCTUBRE 5 DE 1902.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem Idem. en la capital, ,, 1 25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



Emilio Zola.

† en París el 29 del pasado.

DÍAS DE ROMA.(*)

SAN PEDRO

Revelo negativas en el fondo de mi memoria para encontrar mi primera impresión de Roma, y encuentro poco, nada casi; busco en las cartas á mi mujer, que son mi verdadero libro de viaje, y veo que en ellas me cuento á mí mismo en presencia de «la Ciudad Eterna» ¡vieja costumbre de dejar ver mi alma á la que únicamente la conoce y la sabe! Mi primera impresión resulta, pues, una nebulosa; puedo resolverla á fuerza de intensificar mis recuerdos, viéndolos con larga y concentrada atención dentro de mí mismo, en algunas sensaciones parciales que han persistido y acaban por definirse. San Pedro es una de ellas: lenta, grave, inmensa.

Fuimos allí, pasando por encima del metódico Baedeker, en nuestra segunda mañana de Roma. Siento mucho que Napoleón no haya tenido tiempo de deshacer el macizo de casas que está entre el Tíber y la plaza de San Pedro. ¡Qué perspectiva, qué vista habría resultado! ¿Qué no ejecutarán los ediles italianos el proyecto del último César?

Pasamos un puente sobre el Tíber, vimos el Palacio de Justicia, inmensa mole de piedra y granito encajada en su emparrillado de andamios y que será un suntuoso edificio; el Castillo de Santangelo (ex tumba de Hadriano) de cien veces trágica historia; corrimos á lo largo de una calle transteverina descabezando otras callejas infectas en donde la Venus suburbana tiene mugrosos santuarios, y al dar vuelta á una esquina en donde florece una taberna de quinto orden, nos encontramos en la admirable plaza encerrada en su doble columnata circular. Aquí entra el párrafo que puse al principio: siento mucho que Napoleón, etc. Ténganlo por repetido los lectores. Una observación que tuve oportunidad de hacer frecuentemente: todo esto es enorme, es cierto, pero nada se ve deforme, nada desentona, todo es proporcionado; las columnas de este verdadero atrio de la Basílica son formidables; pero en conjunto, en comparación con el obelisco, con las fuentes, con la fachada del templo, se ven regulares, no son mayores ni menores de lo que debían ser. Este Miguel Angel presuntuoso y amanerado que se llama Bernini, lo sabía hacer á veces. ¿Y la cúpula?

La cúpula, la dominadora de la Roma de los Papas-reyes, la tiara de la moderna ciudad pontifical, que, vista desde algún sitio de la campiña romana, parece la colosal campana de sombra de un mundo muerto, la cúpula, está allí; hay necesidad, para verla bien. de tomar en el eje principal de la plaza un punto de vista fuera de ella; entonces se ve surgir en todo su esplendor el triple pensamiento de Bramante, de Miguel-Angelo, de Giácomo della Porta, que tuvo la genial idea de transformar el domo de hemiesférico en elíptico. La linterna, que es otro templo con su magnífico cilindro columnado y la cruz mondial de su remate, la linterna cierra maravillosamente la obra maestra, que, á fuerza de bien distribuída en sus gajos y soberanamente asentada sobre el inmenso anillo decorado de columnas pareadas, pierde en grandeza abrupta lo que gana en artística majestad y en serena firmeza.

Volvimos á la plaza, y á medida que nos acercamos al obelisco central, la fachada trivialmente hermosa agregada, por orden del soberbiazo hombre de mal gusto y enérgico amor al arte que fué Urbano VIII, siglo XVII, en el extremo de la nave prolongada que convertía en cruz latina la cruz griega de Bramante y Miguel Angel, esa fachada se traga la cúpula; ya en el obelisco no se ve ó se ve poco.

Ascendiendo por la dulcísima escalinata, mandada hacer por el arquitecto Maderna ó por quien la hizo para mí, previsión que le agradezco mucho, nos detuvimos antes de entrar al pórtico y volvimos la cara. Para curarme, por momentos siquiera, de mi invencible inconformidad con la vida, me he recetado espectáculos como éste; nada más que la botica en que se despachan estas recetas suele no estar á mi alcance. ¡Pero qué bello! Entre los celajes glaciales de enero, del sol como de un enorme mascarón de oro pálido, bajaba una cascada de luz que llenaba media plaza y colmaba buena parte del círculo de columnas y bañaba la aguja (la «guglia», como los romanos dicen) el elegantísimo obelisco cruzado del centro, y se rompía en írises en los chorros de agua que brotaban, que hacían explosión, mejor dicho, en las dos gruesas fuentes colocadas en el eje mayor del óvalo magnífico de aquella plaza incomparable, y que por lo fuertes y lo augustas parecen hechas por Miguel Angel. La división de la plaza, en cuyo medio preciso el obelisco hace las veces de gnomon, y que terminan en dos galerías que divergen hacia la escalinata y parecen paralelas, todo retiene, absorbe, embarga; sólo los edificios superpuestos, amarillentos, inartísticos á pesar de sus dimensiones y sus galerías vitradas y la horizontalidad sin gracia de sus cornisas larguísimas bajo los tejados casi planos que componen el Vaticano y que surgen por encima de las nobles balaustradas decoradas de estatuas de la columnata de nuestra izquierda, me parecieron una infelicidad. Ya no se pueden tocar; por dentro los defiende el mundo de arte y de historia que yace entre sus muros, pero yo los habría mandado tirar para dejar absolutamente libre la Basílica, si fuese un Julio II, un Urbano VIII; éste era un Barberini y dice el dicho romano: lo que no hicieron los bárbaros, lo hicieron los barbarinos. Bien, pero para que no me tuviesen por un bárbaro completo, habría encargado la demolición á Bramante («il rovinante», como le llamaron en su época) ó á Miguel Angel, y estos caballeros habrían hecho con los escombros alguna maravilla.

Allí tienen ustedes: si Julio II, este hombre colérico que convirtió en clavas de guerra las llaves de San Pedro y machacaba con ellas las cabezas de las ciudades que combatían por su libertad, pero que era un formidable artista, porque casi inventó á Bramante, á Rafael, á Buonarroti (á quien obligó á ser pintor en la Sixtina); si este adorador del arte clásico, con el que forzó á los artistas á crear el arte nuevo, hubiese visto concluir su iglesia, apuesto á que no habría permitido que la cruz griega del plan primitivo de Bramante, prohijado después por Miguel Angel, se hubiese convertido en cruz latina, prolongando las naves hacia la plaza, lo que alejó la cúpula de la fachada y le quitó esa esbeltez en lo enorme, esa gallardía en lo colosal, esa gracia en la fuerza, que gracias al tambor de Miguel Angel y á la curva ovoide de su discípulo, la saca fuera de par entre todas las cúpulas del mundo, como si tuviese la ambición de cubrir con su sombra á toda la cristiandad; «ampla da coprire con sua ombra tutti i populi toscani», como dijo Alberti (apud Klaczko) de la cúpula de la catedral florentina de Brunellesco.

¡Y qué fachada! No, la fachada es muy buena; clásica, regular, grande, grandísima; ¿pero qué hace allí? No es la fachada de San Pedro, es el fondo de la plaza de Bernino, con ella sí que consuena admirablemente, con sus inmensas procesiones de columnas, con su pueblo de estatuas decorativas........ Es muy grande: sus 112 metros de ancho y sus 45 de alto, parecen inventados para dejar en segundo término al domo. Pero como yo no puedo mandarla quitar, porque no soy ni un Rovere, ni un Borghese (éste la mandó poner) ni un Barberini, la veo, más aún, la contemplo y entro en el pórtico.

Nos habíamos tropezado con un guía en el Coliseo que, quieras que no quieras, se constituyó en unas cuantas horas en nuestro cicerone. Para ver rápidamente, ¡ay! rápidamente, lo que debe verse, mejor dicho, palparse, acariciarse con los ojos palmo á palmo, no es verdad que baste Baedeker; la lectura del librillo rojo le quita á uno la vista de parte de los monumentos, como la fachada de San Pedro; se necesita el guía, que ahorra el tiempo y pone al viajero en el sitio que corresponde. Pero en seguida que se calle, que no diga más, que no cuente la historia de Roma, que no cuente la historia de los papas, de los césares, de los cardenales [ésta es muy divertida á veces]; que lo deje á uno solo entrar en contacto íntimo y lento con las cosas. Nuestro guía era lo contrario de todo esto, era un joven charlatanísimo, buen mozo, que chapurraba el inglés, el alemán y el castellano [todos los peregrinos mexicanos acababan de ser sus clientes], y que había inventado una historia romana, las tres Romas, para el uso particular de sus favorecidos, tan fantástica y tan singular y la contaba con tanto aplomo, que al principio daba coraje y acababa por hacer reir; ¡oh! lo que este hombre sabía de Mesalina, de Marozzia, de la papisa Juana, de Paulina Borghese, y de otras muchas pecadoras [eran su flaco las pecadoras], era tanto, las había tratado con tanta familiaridad, que pasmaba. Con este piloto, medio guía y medio rufián, abordamos la nave de San Pedro, después de una estación no poco larga en el pórtico, en que admiramos, por encargo de todos los conocedores, el mosaico de la «navicella» de Giotto, que ya no tiene de Giotto más que el nombre, á fuerza de restauraciones, la puerta del jubileo, que hacía pocos días había cerrado León XIII, y los relieves de la puerta central de bronce. Al explicarnos las mitologías de aquella puerta santa: Europa y el toro, Ganimedes y el águila, Leda y el cisne, nuestro conductor se dió vuelo: impacientes ya, entramos.

—Verá V., me había dicho una inteligente amiga mía, el día anterior; verá V. qué impresión; aquél sí que es el templo de Jesucristo; es materializada, digámoslo así, la iglesia cristiana, la asamblea de los fieles que creen que Cristo es Dios y el Papa su vicario.

—Verá V., me había dicho un diputado italiano, en Génova, verá V. un templo pagano, todo lo más pagano que puede haber.

—No, amiga mía, tan distinguida como piadosa; no, señor diputado, «ni l'una cosa ni l'altra.»

Mi primera impresión fué ésta: una gran claridad.

Había más luz dentro que fuera; una gran claridad, el ampo del mármol, que irradiaba luz blanca, difundida en la atmósfera. Hay un delicioso momento de ánimo embargado y de mundo olvidado cuando se entra en la Basílica por vez primera [y lo mismo en la segunda y en la cuarta] que sólo puede compararse á la impresión que se siente ante una gran ruina yucateca ó ante el Niágara ó en las termas de Caracalla [vayan ustedes riéndose de estas asociaciones]. En fin, poco á poco volví en mí al rumor del monótono relato del guía. «Están ustedes parados en la rueda de pórfido en que se ponían los emperadores medioevales, Juliano el apóstata, Carlo Magno, para ser ungidos»; ¿y Constantino? pregunté indiscretamente al oir aquellas graciosas tergiversaciones. Y mi hombre se lanzó á una disertación sobre Constantino que por poco no acaba. Yo creo que lo confundía vagamente con Luis XIV y con Marino Falier. Y proseguía: «Estos angelones que se ven aquí en la primera pilastra sosteniendo la pila de agua bendita, son de mayor tamaño que vosotros; aquellas palomas que están sobre los zócalos de las pilastras en bajo relieve, están más altas que ustedes.»

---

[*] De mi libro "En la Europa latina."



La Plaza de San Pedro.

Del «baldaquino» al disco rojizo en que estábamos parados y entre la doble línea exterior de las pilastras que sostienen la nave central, estaban encerradas las naves de la Basílica primitiva, la que, según la tradición, Constantino y el papa Silvestre habían construído en el siglo IV. Todo desapareció en un siglo á medida que los artistas del Renacimiento levantaban sobre los escombros de aquel vetusto y suntuoso y como pocos interesante relicario del arte de la Edad Media, el nuevo templo, que parecía, como el templo de Salomón, construído con la secreta ambición de poder concentrar en él el culto católico del mundo, el culto universal. Y comprendí ó creí comprender entonces: aquél no es un templo cristiano [allí se comprende la pluvial de oro y la tiara de pedrería del pontífice, no la burda túnica gris del Nazareno] ni pagano [el templo pagano era un altar en frente de un santuario en que apenas cabía la imagen, el ídolo; fuera, la multitud presenciaba el sacrificio bajo la cúpula del cielo]. No, San Pedro es el templo católico, el templo latino, no el de la religión gótica de las abruptas razas del Norte, religión de penumbra y de crepúsculo, de sollozos comprimidos y de himnos dolorosos, de angustia y misterio; no, aquí la religión es precisa, clara, luminosa y humana; este arte es una maravilla de grandiosidad y de forma, esta cúpula es un milagro de audacia sublimemente bien calculada; pero le falta niebla, y vaguedad y sombra indecisa; le faltan nimbo y ensueño.

¡Pero qué bella es, que música de proporciones en la forma colosal! ¡Y cómo, gracias á ella, á pesar de sentirnos tan pequeños al lado de la masa gigantesca, nos sentimos en relación con ella, en acuerdo con ella! A pesar de los esfuerzos desesperados del guía por detenernos en torno de cada pilastra, decoradas de nichos, de relieves, de medallones, de mosaicos y capaz de abrigar sendas capillas dentro de su mole de mármol y cristal, á pesar de que casi por la fuerza nos detenía, echamos á andar hacia adelante hasta llegar á los arcos de Bramante, al Baldaquino, á colocarnos debajo de la cúpula. Es inefable, no puede decirse el efecto que causa este firmamento de piedra, suspendido sobre nuestras cabezas y cerrado por otra cúpula (la linterna) del tamaño de un templo. Si nos hubiera sido posible, pero no era posible, colocar una de las torres de la catedral de Méjico exactamente debajo del domo, sentados sobre la cruz que la remata, habríamos visto, cerca de cincuenta metros sobre nosotros, el rostro de mosaico del Padre eterno, incrustado en el cielo de la linterna. Todo esto es para aplastar al hombre, es cierto; pero obra es del hombre y esto lo yergue de nuevo; el hombre-individuo aquí es una hormiga, el hombre colectivo es un creador; me diréis: no, el creador no es hombre colectivo, es el genio, es Bramante, es Miguel Angel. Sí, es cierto, pero es también la pirámide humana de que esos hombres fueron el vértice; pero es también la corriente humana que á través de los siglos llegó á ellos. Yo me figuro así á los hombres de genio en el tiempo: he aquí un Nilo, corre del Ecuador y salva el trópico y cae en el valle que lo lleva al Mediterráneo; ¿qué roca, qué accidente de tierra le impidió tomar el camino del Mar Rojo y transformar por este solo fenómeno topográfico toda la civilización humana? Estos accidentes directores de la corriente humana, conocidos ó no, porque la mayor parte han quedado anónimos, cuando son un alma, representan el papel del genio.



La cúpula.

***

Junto de nosotros, delante del altar mayor, del «baldaquino,» dentro de una balaustradade bronce, arden sin cesar ochenta ó cien lamparillas; se abre la balaustrada mediante una lira ó dos, y se baja por una escalinata de mármol, entre cuyas ramas hace su eterna genuflexión la estatua de no recuerdo qué moderno papa, obra exactísima, realísima de Canova, que si no ha dejado su genio ó su

medio genio á los actuales escultores italianos, si les ha legado su «savoir faire;» dígalo la perfecta estatua de Monseñor Labastida en nuestra colegiata guadalupana, que recordábamos viendo la que está de rodillas ante el sepulcro



Interior de la Basílica.

de S. Pedro, la «Confesión», que es su nombre oficial. Delante de una de estas estatuas (y allí cerca estaba una de Canova también, que es una maravilla) dice uno: ¡qué bien hecha está! Delante de la «Pietá» ó del «Apolo,» no se dice nada.

Entramos en la cripta, obscuridad; en un altar el sepulcro del santo. ¿Quieren ustedes ver bien? decía nuestro risueño sacristán. Ecco, y se encendió una lámpara incandescente; Edison tenía la antorcha de la fe. Muy bien, yo no creo que éste sea el sepulcro de S. Pedro, ni que sea su silla aquella que está dentro del sillón de bronce de Bernino, allá en el suntuosísimo altar de bronce que sirve de fondo al ábside. Pero como si lo creyera, porque este sepulcro está hecho con la fe de los siglos y los pueblos allí objetivada. Sí, es ése el sepulcro de S. Pedro, hecho con algo más duradero que la piedra y el metal.

Subimos. Ya os he dicho, y si no, entendedlo bien, lectores míos, que tengo gustos depravados; cierto, el suavísimo é imperceptible doble cono de una columna del Parthenón, que, á la vista, parece derecha, musical y pura como el alma pensante de Platón, es lo más bello que hay, y las columnas corintias del vetusto Panteón que acabamos de ver en nuestra caminata del Quirinal al Vaticano, con sus capiteles destrozados y sus estrías embadurnadas de reflejos cobrizos por mil quinientos años de «pose,» son más bellas que las columnas de Bernino, pero estas enormes son bellas también: salomónicas de bronce dorado, torcidas en robusta espiral, envuelta en guirnaldas de oro, se alzan con indecible majestad y se coronan por encima de capiteles, y cornisas y colgaduras de metal (de donde el nombre de «baldaquino»), con inmensos angelones, á cuyas espaldas los negros soportes de cuatro consolas invertidas parten á unirse en el globo de la cruz del remate. Y aquí intervino el guía:—Estudien ustedes, nos dijo con aire maligno y misterioso, estudien ustedes los escudos de armas esculpidos en el mármol de los zócalos de éstas columnas; son una venganza del arquitecto á quien el papa Farnesio (mentira, era un Barberini), cuya estatua está allí cerca (Paulo III, Alejandro Farnesio), había negado un gran favor.—Veamos, dijimos no sin curiosidad—¿á qué negarlo?—y sin hacer alto en los formidables anacronismos á que nuestro «cicerone» nos tenía habituados—Los escudos son unos óvalos de mármol con las abejas de los Barberini (Urbano VIII, primer tercio del siglo XVII). Bajo la tiara y las llaves que los coronan magníficamente, una deliciosa cabecita ¿de mujer, de niño? cierra la parte superior de la orla, y la convexidad del escudo, enteramente regular en los primeros, se deforma poco á poco, se abulta desde el tercero al octavo, al noveno, y lo singular es que la cabecita de la orla pasa de la fisonomía serena á las contracciones dolorosas, hasta que al fin refleja una viva alegría de liberación.

No he tenido tiempo de averiguar qué capricho ó qué idea simbólica guió al artista en esta historia heráldica, digámoslo así, de una gestación. El guía sí estaba al tanto: aquélla era la historia de Giulia Farnesio.—Pero hombre de Dios, si eso es un anacronismo terrible; si la favorita de Alejandro VI pudo ser abuela del papa que mandó erigir el baldaquino.—Yo sé lo que digo, vengan ustedes. Y fuimos al ábside: allí á la izquierda del famoso altar de Bernino (la cátedra de S. Pedro), á quien no hay que pedir gusto, sino brío y grandiosidad en el manejo de las masas gigantescas de mármol y de bronce, á la izquierda, decimos, estaba la estatua en metal negro de Pablo III coronando su mausoleo. Al pie del pontífice dos mujeres de mármol blanco: una, vieja y fea, es la Prudencia; la otra, que le hace parangón, es la Justicia. Yo no sé, son la juventud y la vejez, y aunque quien las hizo fué Della Porta, un discípulo de Buonarroti, se ve en ellas la mano del maestro.—Esta joven, nos decía el guía, es la Giulia, por eso el papa la mira con ternura. Era un mármol completamente desnudo, pero Pío IX ó Gregorio XVI la hizo vestir de una camisa de latón pintada de blanco, porque era un escándalo. Un inglés se enamoró de ella y se suicidó aquí......—Lo del traje de latón es cierto, estaba á nuestra vista; pero que la estatua representase á Giulia Farnesio, la encantadora favorita de Alejandro VI, que hizo colocar, según dicen, su retrato en su oratorio del Vaticano, en traje y actitud de Madonna, eso sí no lo sé. Sé que Alejandro Farnesio debió ser cardenal á su bella é impura hermana, casada con un aguantador Orsini, y sé......todo lo que ustedes saben. Pero de lo que no tenía idea es del voluptuoso esplendor de hermosura, fina en su magnitud misma, de esta estatua; nunca hizo Miguel Angel mujer así; acaso la Eva de la creación de la mujer en la Sixtina. Las otras son profundamente tristes, inconformes con la vida ó dolorosas...Esta irradia juventud y amor......

Mis jóvenes compañeros no querían abandonar el sitio; como el Papa Paulo, que estaba encima de nosotros, barbudo y solemne, no querían dejar de ver...Y yo pensaba ¿en esta impresión queda, pues, resumida la impresión de S. Pedro; en estas migajas de sensualismo queda deshecho el pan eucarístico de la religión del Renacimiento; esta sublime obra en que el arte pagano amasado con la levadura de la idea católica, se levantó en esa ámpula asombrosa de la cúpula sentada sobre estos cuatro pilares del Bramante que parecen cada uno una catedral, engendrando así un arte nuevo, para servir de relicario á todas las idolatrías, para sentar en su trono, en su cátedra, á esta Afrodita que sirve de tema á las reflexiones estúpidamente pornográficas de los guías? De modo, me decía uno de mis compañeros, que S. Pedro es una basílica cuyo eje mayor tiene por extremos al cisne de



Monumento de Paulo III.



La estatua de San Pedro.

Leda en la puerta y á la Giulia Farnesio en el ábside.—¿Creen ustedes eso? Yo no. Yo volviendo á recorrer la gran nave, única que conocíamos aún, me detuve frente á la arcaica estatua en bronce de S. Pedro; uno de sus pies, mellado por los labios de seis siglos ó diez siglos de multitudes, parece un muñón deforme y feo. Yo lo besé, porque, ya lo he dicho, yo beso donde besa el pueblo, mi soberano abuelo.

Justo Sierra

MASSENET

A PROPOSITO DE «LA VIRGEN»

El sentimiento místico propiamente dicho, es un sentimiento esencialmente subjetivo y arcaico. La idea religiosa de donde procede y que lo informa, ha perdido y pierde cada día su carácter místico, para hacerse cada día más mundana.

Los templos en la Edad Media eran lóbregos, misteriosos, severos y casi terroríficos. En sus vastas naves góticas, olientes más á humedad que á incienso, se respiraba sombra; el espíritu se concentraba en sí mismo y todo al rededor suyo parecía sugerirle el olvido del mundo y de sus pompas. Imágenes demacradas y enflaquecidas; grandes cuadros ennegrecidos por el tiempo; columnatas interminables y sombrías; capillas profundas como antros; cúpulas inaccesibles, todo inspiraba un vago terror y convidaba al recogimiento y al éxtasis. Ceremonias simbólicas venidas de lejos y de remotos tiempos; trajes hieráticos arcaicos; ostentación de lujo anticuado y exótico todo, en el culto y en sus pompas, retrotraía el espíritu al pasado como si quisiera hacerle remontar el curso de la vida y fijar sus anhelos en el origen de las cosas y en los tiempos fabulosos de los milagros, de las apariciones, del contacto íntimo de Dios con sus criaturas.

De este carácter fundamentalmente subjetivo y arcaico del sentimiento místico, resulta necesariamente que: músico que no pueda entrar en sí mismo y discernir lo que sus sentimientos tienen de más hondo y de más misterioso, y músico que no sepa trasportarse en espíritu á épocas remotas y á países lejanos y adivinarlos y describirlos, no es un músico místico ni podrá crear obras religiosas de gran de aliento.

La moderna música religiosa, es antes dramática que mística; pinta más que sentimientos, peripecias, antes escenas que éxtasis, y más el mundo exterior que el mundo interno. Verdi, en su «Réquiem», es profundamente dramático; lo había sido Mendelssohn en sus oratorios; lo es el mismo abate Perosi en los suyos, y Massenet no podía dejar de serlo en «Magdalena», en «Eva» y en «La Virgen».

Pero más aún que dramático, siéndolo tan profundamente, Massenet tenía que ser pintoresco y descriptivo. La índole del talento de Massenet es esencialmente pictórica y educadora. Nadie como él sabe y puede describir países exóticos, épocas remotas, personajes arcaicos, y revestirlos de atributos tales, fijarles lineamientos de tal modo característicos y darles un colorido, un relieve y una vida tan propios y adecuados, que países, épocas y personajes se yerguen vivos, palpitantes, acabados y elocuentes en la imaginación del auditor.

Buen ejemplo son de esa peculiaridad suya y de ese sello personal de su talento, los ballets de «Herodías» y de «El Cid», las «Escenas Pintorescas» y las «Napolitanas», la Introducción de «María Magdalena» y Las Bodas de Canaán y el baile de las Galileas de «La Virgen».

Y esas reconstrucciones, esas evocaciones y esas descripciones no son vagas, abstractas y aproximativas, sino completas, concretas y exactas. Tiene el ilustre maestro una fe tan ciega en sí mismo y en su poder evocador y sugestivo, que acomete con éxito descripciones de pormenor que resultan verdaderas y exquisitas miniaturas. No se conforma, como Bizet, por ejemplo, con hacer música española ó de corte ibérico, sino que en los ballets del «Cid» describe separada y especialmente las diversas provincias y hace música aragonesa, castellana, andaluza.........

Lo mismo en «Herodías,» hace música fenicia, babilonia ¡qué sé yo! Y todos lo creemos, y todos lo aceptamos y llegaríamos á pensar que ha desenterrado y descubierto la música propia y genuina de esos pueblos y de esas épocas.

Agréguese á este género de talento tan precioso, tan estimable y casi único, una intensidad de pasión excepcional y una maestría singular en el manejo de la orquesta, y se comprenderá por qué Massenet es el más popular y uno de los más grandes músicos de la escuela francesa moderna.

No gusto mucho de sus melodías vocales, destinadas á ser cantadas; creo que el maestro maneja la voz humana con menos facilidad y menos brillo que la orquesta; pero como sinfonista, es genial, y como sinfonista evocador, incomparable. No obstante, en «La Virgen» se ha sobrepujado á sí mismo, y María, Gabriel, la joven Galilea, cantan como ángeles.

No hemos agotado, ni con mucho, la enumeración de los talentos de Massenet y de sus méritos. Tiene aún uno excelso: á semejanza de Verdi, sin plagiar á nadie, espiga en todos los campos. Que un hombre de talento encuentre un procedimiento ó un tratamiento nuevo; que el arte se enriquezca con nuevas formas; que surjan en la paleta nuevos colores y nuevas matices, Massenet se asimilará todo eso, lo fundirá y afinará en el crisol de su candente personalidad musical y lo ofrecerá en sus obras aquilatado, depurado, pulimentado y mejorado. Cada genio da su contingente á Massenet, y con los procedimientos de todos, unificados en su propio talento, crea obras maestras.

Massenet, además, es prodigiosamente fecundo y estupendamente laborioso. Nadie en Francia, y podríamos decir en el mundo entero, escribe tanto y tan bueno como él.

Los amantes del arte están de plácemes, y el «Club Lira» y su portaestandarte, el Maestro Meneses, merecen bien del arte por habernos dado la ocasión de escuchar, aplaudir y admirar una sin duda de las producciones más inspiradas del maestro más popular, más fecundo y más aplaudido de la Francia actual.

Dr. M. Flores

Emilio Zola

La muerte del insigne novelista Emilio Zolá, ocurrida de manera trágica en la gran ciudad que fué teatro de sus glorias artísticas y políticas, ha conmovido al mundo entero, porque la obra del magno escritor pasó alumbrando los cerebros de los estéticos y de los vulgares.

Peregrinó con su esplendor de arte, por la vida de los buenos y de los malvados, hasta lograr que se pusiera bajo su nombre la raya roja de la notoriedad. La crítica fué severa para juzgarlo, y acabó por hacerlo una de sus fuentes de luz.

El nombre de Zolá figura en el proceso más célebre que el tribunal de los hombres vió en el siglo XIX, y quizá al desaparecer de la tierra, cuando se le lleva á dormir en el eterno lecho, otra nueva conmoción de pasiones venga á agitar el viento que flote sobre su tumba.

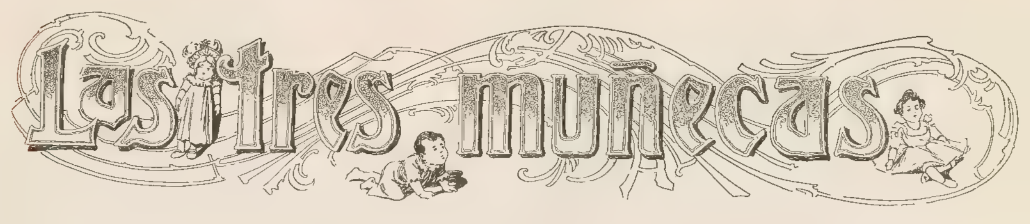
En México fué, relativamente, muy conocida la obra del novelista, y no ha sido poca la sensación que causó el trágico fin del gran escritor.

«El Mundo Ilustrado» rinde tributo á Zola publicando su retrato en lugar preferente.

OASIS.

Sueña el león.
Junto á las tres palmeras
se amansa el Sol. Existe
el agua. Y Dios deja un momento
que los pobres camellos se arrodillen......
Junto á las tres palmeras
el árabe tendido al fin sonríe
y suspira ..... Damasco
lejos aún le aguarda. Los confines
del horizonte brillan encendidos.
Un silencio terrible
llena el aire......en la arena
tiembla la sombra elástica de un tigre.

Manuel Machado.



Nuestras madres eran viudas; la casa de ellas lindaba con nuestro nido familiar del viejo Lorient; nuestros jardines estaban separados nada más por un vallado que un gran terranova—así lo suponíamos—había agujerado precisamente para que nos pudiéramos comunicar.

Ella era morena, y yo rubio; ella tenía cinco años y yo trece cuando nos conocimos. Era natural que fuéramos los mejores amigos del mundo. Cierto que nuestras situaciones no eran muy semejantes: mi padre era gran capitán de fragata cuando lo mató la fiebre amarilla; el marido de Juana Lehennec murió casi en la misma época, pero no era más que un simple timonel, y sólo por una herencia inesperada pudieron, la viuda y la hijita, vivir en situación humilde, pero segura. Bueno es decir que nuestras madres no tenían relaciones estrechas y, por consiguiente, se enteraban poco de nuestros juegos. Alguna vez que se encontraban, se mandaban por sobre el vallado un saludo: respetuoso de parte de la señora Lehennec, amable y gratamente protector, de la de Isabel de Coudic la querida, la adorable criatura que, habiendo perdido todo lo que amaba, se consagraba por entero á mí, renunciando al mundo, á las ventajas envidiables de su situación, de su fortuna y de su belleza.

Cuando le declaré la resolución de seguir la carrera de mi padre, se puso pálida como un cadáver, me abrazó y no me puso objeción alguna. Poco clarividente, como todos los muchachos, me sorprendí de su calma y no supe leer una tristeza, una emoción contenidas por una firme voluntad. Cierto que yo no hubiera cedido á sus ruegos, si hubiese querido disuadirme de ser marinero; pero siempre me causaba desilusión no haber tenido que vencer una resistencia.

Por el contrario, la ruidosa desolación de mi amiguita Guillermina, me satisfizo bastante. El día de mi partida, se me colgó al cuello, me desanudó la corbata, mojó la pechera de mi camisa con lágrimas y amenazó con ahogarse en el estanque del jardín, que no tenía más de cuarenta centímetros de profundidad. No me pude arrancar de ella sino prometiéndole traerle de mis próximos viajes un chango ó una negrita, lo que quisiera.

Cuando las vacaciones, la encontré siempre apasionada, y tanto, que no me sorprendió cuando, con toda seriedad, me ofreció un anillo de cobre que ella llamaba pomposamente sortija, invitándome á jurarle que no me casaría más que con ella. Se lo prometí en un arranque de sincera ternura.

Otra vez que volví á Lorient, para visitar la casa paterna antes de embarcarme con destino á Buenos Aires, Guillermina no estaba en su casa. Mi partida había causado á la muchachita tal desesperación, que, para distraerla, la mandaron á un colegio del campo.

Contaba precisamente diez años la muchacha, cuando en una bella mañana, la «Valerosa» llevó al muelle de Lorient al aspirante, que tal era yo entonces, cargando en sus baúles una encantadora muñeca vestida á la moda brasileña, que causó á Guillermina un delirio de alegría.

Chiquitita, delicada, verdaderamente un ratoncito moreno, la muchacha parecía más joven de lo que era. Su permanencia entre los niños la había distraído; los proyectos matrimoniales estaban á punto de olvidarse y volvimos á comenzar nuestros juegos de otros tiempos, con una inocencia que hubiera sorprendido á mis camaradas de á bordo. Partí nuevamente para un viaje que había de durar tres años en las aguas del Pacífico. Nos separamos sin lágrimas, pero con buenos besos de camaradas. Le prometí otra muñeca.

Y á pesar del tiempo, á pesar de las modificaciones que traen los años en los jóvenes como era yo entonces, no olvidaba á la amiguita, y cuando volví á mi casa, le mostré á mi madre una muñeca javanesa, con el traje original de las bailarinas reales.

Mi madre movió la cabeza con sonrisa enigmática:

—Ah! es para Guillermina?

Al día siguiente bajé al jardín en busca de mi vecinita; lo que encontré fué una figura que caminaba paso á paso, una criatura desmadejada, ni muchacha ni mujer, descolorida, la boca contraída por un pliegue grosero, la nariz imprecisa, los cabellos ingratamente echados hacia atrás, y unos brazos desmesurados en cuyas extremidades pendían las manos rojas. Iba á marcharme, cuando aquella persona me miró fijamente y me dijo con voz ronca:



—Buenos días, señor Cuedic.

Me quedé petrificado; volvió á decirme con impaciencia:

—¿Ya no me conoce usted?

¡Sí, era Guillermina! ¡En qué estado habían puesto los trece años fatales á mi pequeña camarada!.........

Le alargué la muñeca, volviendo la cara para ocultar mis impresiones. Tuve tiempo de ver que hacía un gesto desdeñoso.

—No juego ya á las muñecas, me dijo con sequedad.

Y tomó la que yo le ofrecía, con aire brusco.

Poco tiempo después mi vida de marino volvió á arrebatarme del hogar. Volví á Lorient después de cinco años, durante los cuales se transformó mi vida. En Tolón fuí presentado á la hija de un almirante; nos amamos y me casé con la confianza y la rapidez que presiden á las uniones entre jóvenes que pertenecen á familias de gente de mar, entre las que se sabe el valor del tiempo que se pasa en tierra.

Me separé de mi nuevo hogar dejando á mi esposa—¡pobre Lucía!—cuando iba á ser madre, y.... ...¡no la vi más! La noticia de su muerte y del nacimiento de mi hijo me llegaron al mismo tiempo—era una mañana gris y glacial de invierno,—cuando mi navío cruzaba los mares cercanos á Corea. Quince meses me faltaban aún para volver.

¡Cuántas veces, estando de «cuarto» durante las noches sombrías ó implacablemente puras y heladas, vi erguirse ante mí la imagen de mi pobrecita esposa, arrebujada en un abrigo, llevando en los brazos á su hijo, aquel hijo á quien, probablemente, yo nunca conocería!...

Sin embargo, él vivió. Mi madre me escribía diciendo que el chico estaba á las mil maravillas. Y pasando los tiempos, me aferré á aquella esperanza del porvenir.

El mes de junio nacía cuando, lleno de emoción, traspasé el dintel de nuestra vieja casa de Lorient. Llevaba siempre conmigo algo como una inquietud, por cierto supersticioso horror que me causaba llegar á mi casa como un extraño. Pasé el vestíbulo y llegué al jardín. Me detuve para contemplar un cuadro inesperado.

Bajo los tilos, mi madre, recostada en un sillón, con su labor caída de las manos, sonreía de la carrera vacilante de un hermoso bebé que tenía las piernitas y los brazos desnudos y que abandonaba el banco en que se apoyaba, para ir á donde estaba una mujer arrodillada que le tendía los brazos con semblante dulce, iluminado de tierna alegría. Luego que el niño llegó á ella, lo levantó y lo hizo reír mucho, cubriéndolo de besos.

Era esbelta, de talle mediano y tenía mucha gracia en todos sus gestos. Cuando puso al niño en el suelo, se irguió, y al volverse á mí, pude ver que nada hasta entonces había visto con rasgos más encantadores ni que impresionasen más con todo aquello que adoramos en la mujer.

Nuestros ojos se encontraron. Ella lanzó un grito, al que siguió otro de mi madre. Me precipité á ellas.

Inmediatamente Guillermina—porque no era otra—me llevó á mi hijo. Lo abracé con emoción punzante.

—Dale las gracias—me dijo mi madre señalando á la muchacha:—si el chico vive, es gracias á ella.

Tomé la mano de Guillermina, pero me interrumpió á las primeras palabras.

—No merezco ningunas gracias...... Este pequeño ser es la alegría de mi soledad.

Y, ruborizándose, huyó rumbo á su casa. Mi madre me dijo que Guillermina era ya huérfana, y continuó haciendo elogios calurosos de su bondad, de su abnegación ....

¿Qué más diré? Antes de que transcurrieran tres semanas, puse á mi hijito en brazos de Guillermina, mientras le decía al oído:

—¿Acepta usted esta muñeca?......¿Quiere usted que sea verdaderamente suya?......

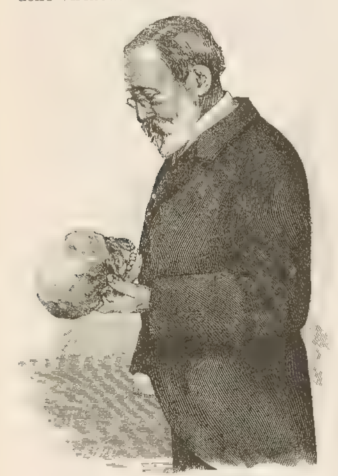
Y nos casamos con los trámites rigurosamente necesarios.

DANIEL HERVEY.

Traducción de "El Mundo Ilustrado."

EL PROFESOR VIRCHOW.

Uno de los hombres de ciencia más ilustres acaba de pagar el obligado tributo á la naturaleza: nos referimos al eminente Profesor de Patología en la Universidad de Berlín, Rodolfo Virchow.



La fama de Virchow como patólogo, está muy por encima de todo elogio, desde el momento en que se le considera como una de las más legítimas y bien fundadas. En ocasiones diversas, el nombre del sabio recorrió el mundo entero y fué recibido con aplauso; pero lo que más enalteció al eminente Profesor fué su teoría sobre el origen de la enfermedad, universalmente aceptada en nuestros tiempos.

Virchow era también antropologista de profundos conocimientos, arqueológo nutrido de vasta y provechosa información, y político de energía y de talento. Su «Patología Celular», traducida á casi todos los idiomas, es uno de sus más claros timbres de orgullo.

En la Cámara Prusiana se distinguió siempre como orador de primer orden.

EL BANQUETE DE LOS ESPAÑOLES.

Siguiendo una costumbre establecida, la Junta de Covadonga organizó en esta vez el banquete que los españoles celebran, año por año, pasadas las fiestas del 8 de Septiembre.

La Junta procuró reunir ese día en un solo grupo el mayor número de iberos posible, y sus esfuerzos no resultaron infructuosos: cerca de mil comensales acudieron al llamamiento que se les hacía, llenando los amplios salones en que debía verificarse el banquete.

El adorno del Tívoli del Elíseo, que fué el local escogido, era del mejor gusto: había festones y banderas en profusión, distribuídos artísticamente en las callecillas del parque y en los pabellones. A la entrada del salón principal se levantó un vistoso arco de flores naturales, colocándose, para cubrir la puerta, un gran biombo japonés. En el fondo del salón se veía, encuadrado en un magnífico marco, el retrato del Rey D. Alfonso XIII.



Aspecto del salón principal.

Antes de las dos de la tarde, se sentaron los invitados á la mesa, ocupando los principales lugares él Representante de España, Sr. Fernández Vallín; el Cónsul, Sr. Escudero, y los Sres. José Sánchez Ramos, Telesforo García, Quintín Gutiérrez, Miguel Llano, Rafael Gay, Modesto Noriega, Salvador de la Fuente, Fernando Dosal, Faustino de la Fuente, Manuel Suárez, Ramón Fernández, José Porrúa, Saturnino Sauto y Luis Fernández Cañedo.

Durante la comida reinó la mayor cordialidad entre el numeroso grupo de iberos allí reunidos, pronunciándose entusiastas brindis por la unión de la Colonia, por la patria y por el Rey. El brindis del señor Encargado de Negocios fué muy aplaudido.

Hay hombres que escudriñan las conciencias ajenas olvidándose de que tal es nuestra pobre naturaleza, que no encontramos en los otros sino los vicios cuyas tendencias tenemos en nuestro propio corazón, haciéndolos conforme á nuestra imagen y semejanza. Por lo cual no debemos tener confianza en los que fácilmente juzgan á su projimo.

El hombre que se descuida de cumplir con sus promesas, cualquiera motivo que alegue, se debe reputar malo ó débil: malo, si engañó á propósito; débil, si no conoció el valor de su acto ó no tuvo bastante energía para realizarlo.

TENTACIÓN.

Calló por fin el mar y así fué el caso:
En un largo suspiro de violeta
Se extenuaba de amor la tarde quieta
Con la ducal decrepitud del raso.

Dios callaba también: una secreta
Inquietud expresábase en tu paso.
La palidez dorada del Ocaso
Recogía tu lánguida silueta.

El campo, en cuyo trebolar maduro
La siembra palpitó como una esposa,
Contemplaba con éxtasis impuro
Tu media negra, y una silenciosa
Golondrina, rayaba el cielo rosa
Como un pequeño pensamiento obscuro.

LEOPOLDO LUGONES.



EL BANQUETE.—Otro salón.

LA LEGACION DE MEXICO EN CUBA.

«El Mundo Ilustrado» publicó, en su oportunidad, el retrato del distinguido caballero D. Gilberto Crespo y Martínez, primer Ministro de México en Cuba, acompañándolo de una breve reseña de la solemne recepción del representante de nuestro país por el Gobierno del Sr. Estrada Palma.



El frente de la Legación.

Este acto dió margen, como se recordará, á que la prensa de la Isla elogiara calurosamente á México y al nuevo Ministro, poniendo de relieve nuestros progresos y el tino desplegado por el Sr. Crespo y Martínez en sus funciones, durante todo el tiempo que fungió como Cónsul General de la República en la Habana.

***

Con ocasión del aniversario de nuestra Independencia, los periódicos más caracterizados de Cuba han vuelto á ocuparse de México, en términos por demás honrosos y halagadores.

Por primera vez—dice «El Hogar» —la joven República de Cuba puede tender cariñosamente los brazos á la República de México, y asociarse á su regocijo en el memorable 16 de Septiembre, que recuerda la fecha de su independencia. Cuba y México son dos hermanas del alma, ligadas en su suerte por muchos lazos. Aquí se halla la llave del Golfo Mexicano. El día infausto que peligrase nuestra independencia—día que no esperamos llegue en la sucesión de los tiempos,—oiría México el primer toque de aviso que amenazase la suya. Un mismo origen tienen estos pueblos; uno es el idioma; las costumbres son idénticas, las aspiraciones iguales. Por eso se muestra regocijada Cuba en el acontecimiento que, en acto íntimo, pero que reviste carácter especial, celebra el primer Ministro de México en Cuba, Sr. Gilberto Crespo y Martínez: el aniversario de la independencia de la República Mexicana.»

Con acopio de datos que revelan la información más vasta con referencia á nuestro actual orden de cosas, «El Hogar» traza en seguida la enorme curva que México ha recorrido para cimentar su crédito, para crearse una situación extraña á todas las turbulencias, y, en una palabra, para entrar de lleno en el carril de la civilización y el adelanto.

El establecimiento de la Legación de México en la Isla, dados los conceptos que antes transcribimos, es, pues, un augurio de que nuestras relaciones con la joven República llegarán á ser tan estrechas como las que felizmente nos ligan á los demás pueblos del Continente.

En cuanto al local en que se encuentran instaladas las oficinas de la Legación, diremos, ya que no es posible hacer de él una descripción detallada, que llena, con mucho, el objeto á que se le destina.

El edificio, de un solo piso, se levanta en medio de un bonito jardín, limitado por una verja. En primer término se ve una escalinata que da acceso al pórtico, y, en el frontis, un escudo de las armas nacionales.

Los departamentos interiores, tales como el despacho del Sr. Ministro, el comedor, etc., etc., están decorados con sencillez y elegancia.

Seguros de que nuestros lectores verán con gusto su publicación, ilustramos estas páginas con algunas fotografías del hermoso edificio.

EN CAMINO.

La vereda es abrupta y en la cuesta
culminan los cantiles como dientes;
no hay aves, ni verdores ni floresta,
sófo eriazas colinas y vertientes.

La cima encaja su orgullosa testa
en el quieto sopor de las silentes
nubes, y los vapores de la siesta
emperlan de sudor las secas frentes.

Sin un miraje alegre la mirada,
la sed sin un oasis, los ribazos
sin una gota, y para el hambre nada!

Pero ofrece la dicha en sus abrazos,
del sendero en la cúspide elevada,
el Cristo abriendo sus orantes brazos.

J. M. Facha.

***

Nada es tan difícil como pagar las deudas de gratitud.



Despacho del señor Ministro.

SOBRE EL AMOR.

La significación clara y exacta de los conceptos no hace apreciar á veces mejor el carácter de las cosas. En el lenguaje usual se confunden muchas veces esas tres cualidades ó defectos, según algunos, del carácter amoroso de un individuo: el escepticismo, el desencanto amatorio y la indiferencia, ó quietismo del alma.

Estos tres estados del ánimo representan siempre «mínimum,» un decrecimiento ó una profunda perturbación en el ser sensible; son graduaciones diversas de una menor intensidad en la vibración de los afectos hacia el otro sexo.

El escepticismo en el amor es un criterio puramente mental de concebir sin certeza ni trascendencia las relaciones amatorias.

El desencanto en el amor no es más que el estado moral de un convaleciente que después de haber sido víctima de algún fracaso ó haber gastado excesivamente sus fuerzas en otras empresas amatorias, evita ó rehuye nuevos lazos de afecto intenso é imperecedero.

La indiferencia, ó el quietismo del alma, es el estado más perfecto del ser, según la concepción religiosa de los místicos. Es el vacío con todas sus frialdades y calmas silenciosas, es la monótona serenidad de lo paralítico, de lo inerte. Es una virgen ideal, esplendente de luz y belleza, pero muerta.

El escepticismo no es más que una convención sofística de los que dudan y se sonríen acerca de la eficacia y del bienestar moral del amor.



Con los escépticos de las mujeres ocurre algo parecido á lo de aquel filósofo que negaba la cualidad sensible de la carne educada estoicamente para desafiar todos los dolores, que al fin después de recia paliza tuvo por lo menos que reconocer la cualidad contundente y dolorosa del garrote.

Con los desencantados del amor pasa lo mismo que á esos enfermos doloridos durante mucho tiempo por una úlcera que les impide el movimiento, y que cuando se curan, luego no hay quien pueda contenerlos en su carrera.

Y con los indiferentes no hay mejor prueba que la tentación de unos ojos negros, una belleza incitante ó el trato de una mujer amable y de talento.

Yo he visto muchos casos prácticos y he presenciado tantas abdicaciones de eso que llaman carácter del individuo, que ya en la única filosofía que creo en asuntos de amor es en la de pasarse con armas y bagajes al enemigo, y salga el sol, ó la luna de miel, por Antequera.

Y es que hay que obedecer ciegamente al instinto del apego cariñoso, que es la fórmula más elevada de la moral de la especie. Pero este instinto puede modificarse por la educación, por la conveniencia, por el hábito, y llegar en su refinamiento y depuración á ser electivo para el bien del individuo y de la especie.

Elegir el ser amado; he aquí la fórmula expresa de la voluntad afectiva; y en esa crítica y decisiva hora de la determinación que habrá de hacernos felices ó desgraciados, ¿quién tiene bastante presencia de ánimo escéptico, desencantado ó indiferente para volver las espaldas á la aurora que asoma, y luego á la espléndida iluminación de los antes obscuros nimbos del ser?

Sólo el egoísta utilitario que ama la vida por las solicitaciones eternas, por el propio cuidado, y tan sólo busca en la compañera la sierva sumisa ó el escabel para encumbrarse.

⁂

Los que se han hecho alguna vez amar por la mujer presentida en los rosados ensueños del ideal dichoso; los que se han confortado al calor de ese rayito de sol que cerca como un nimbo de santidad las almas enamoradas, sos deben sentir todo el poder y el aliento de la vida, deben proseguir viviendo y amando siempre con la hartura y sed insaciable de lo inmenso, de lo eterno y de lo invariable.

Benjamin de Céspedes.



Legación de México en Cuba.—El comedor.

RONDEL.

Locuaz y tentadora y elegante
cruzaste por mis sueños de poeta,
y en vano pedí luz á mi paleta
para copiar la luz de tu semblante.
Fuiste la diosa de mi pecho amante
y en mi delirio de pasión secreta
en vano pedí luz á mi paleta
para copiar la luz de tu semblante.
Y hoy al cruzar, radiosa y elegante,
por mis vagos ensueños de poeta,
Oh blanca virgen de mi pecho amante!
¡En vano pido luz á mi paleta
Para copiar la luz de tu semblante......!

R. M. Rubio.

MEDIA NOCHE.

La noche, con sus fúnebres crespones
Cubre la inmensa bóveda del cielo,
Y sólo yo con mis tristezas, velo
Sumergido en profundas abstracciones.

Qué amargas son ¡oh Dios! mis decepciones,
Cuánto aspiro alcanzar y cuánto anhelo!
Qué acongojada el alma, emprende el vuelo
De lo desconocido á las regiones.

La ausencia, lo imposible, la quimera,
El adiós, y la muerte y el olvido,
Todo me hace sufrir, me desespera

Y me obliga á exclamar enternecido:
¡Oh madre, buena madre, quién pudiera
Dentro de tu sepulcro hallar su nido!

Enrique Torres Torija.



Uno de los salones de la Legación.



CONOCIERONSE aquí ó allá, en cualquier parte; ambos eran albañiles, oficiales ambos, y un incidente cualquiera les había acercado, engendrando á poco la amistad que más tarde les ligara.

Juan era superficial de suyo, jactancioso, ó «echador,» para decirlo en términos vulgares; amigo de aventuras, hablaba mal de los hombres y peor aún de las mujeres; bebedor insaciable, robaba al trabajo las horas para consagrarlas á la taberna, y casi se podría asegurar que no conocía más sitios, después del andamio, que la pulquería, y, un poco menos, la cárcel.

Sin embargo, raras veces demandaba trabajo en vano, pues nadie de los que le conocían ignoraba que, «pegándose» al quehacer, era un oficial que desquitaba como pocos el jornal que recibía, sin necesitar nunca demasiadas explicaciones para hacer bien una cosa.

Antonio era, por el contrario, poco comunicativo; de menos alcances que Juan, compensaba esta falta con su mayor apego al trabajo; raras veces celebraba el «San Lunes» y gustaba poco de frecuentar la compañía de las mujerzuelas con quienes su amigo perdía á menudo el tiempo, y en no pocas ocasiones la



libertad, y á las cuales calificaba Antonio de comprometedoras y ocasionadas. La bebida, que en otros engendra la jovialidad, siquier sea pasajera, aumentaba su reconcentración, envolviéndole en cierto velo de melancolía; pero, aunque no era un vicio arraigado en él, bebía también y casi á diario, ya por no «hacer menos» á algún conocido que se empeñaba en dividir con él el contenido de una «tina»; ya para refrescar las largas y pesadas horas de sol; ya, en fin, por no «echar campaña» con Juan, que en este punto era á veces muy «cargado.» Inclinado más bien á la pasividad, tal vez esto había sido la causa de amistad entre ambos; su serena actitud entibiaba en ocasiones los vivaces impulsos de Juan; en muchos casos, la intervención de Antonio había salvado á aquél de nuevas cuentas con la policía, y, observados atentamente, fácil era advertir que á los dos les ligaba, más que otra cosa, el cariño que él abrigaba para su amigo.

***

Trabajaban los dos en una obra grande, hacía algunos meses; el enorme edificio comercial elevábase rápidamente sobre todos los de las cercanías, destacando su gruesa mole de hierro y mampostería; centenares de obreros pululaban, trepando y descendiendo por los andamios; escuchábase el chirriar de las garruchas que balanceaban en la altura los grandes bloques de piedra tallada ó las pesadas viguetas de acero; el cincel y el martillo cantaban á dúo y por doquiera el himno del trabajo; la voz del sobrestante ahogábase en el silbar de las garlopas ó en el ruido de las láminas arrastradas aquí y allá, sobre los techos, y desde el fondo, la cal, removida en el agua de la presa, dejaba escapar gruesas nubes de blancura deslumbradora, que, al elevarse, desvanecíanse rápidamente en el azul del horizonte.

Por primera vez acaso, Antonio miraba con cierta desconfianza el rápido avance de la construcción; no había pensado hasta entonces, como la mayoría de sus compañeros, en que la lentitud de su trabajo podría traer consigo la prolongación de los días de jornal, y, sin embargo, ahora experimentaba cierta vaga tristeza al pensar que muy pronto tendría que ser despedido, por no ser ya necesarios sus servicios, y se vería obligado á errar, quién sabe hasta dónde, en busca de nuevo acomodo.

En ninguna parte había trabajado tan á gusto como allí, durante los últimos meses; trepado sobre el tendido, teniendo á un lado el «apilo» de tabiques que el peón se encargaba de renovar constantemente, y por el otro el cubo de mezcla, el plomo y la regla, pasaba los días, de sol á sol, lanzando á todos los vientos la nota alegre y vibrante de la cuchara al golpear en el ladrillo previamente apoyado sobre el muslo, y mirando con mirada furtiva los balcones de la casa de enfrente.

Desde que entró al destino, la muchacha había llamado la atención de Antonio, y pocos días después, todos en la obra la conocían ya y saludaban su aparición tosiendo con insistencia ó silbando «tonadas» más ó menos significativas. Y la recamarera, que parecía acostumbrada ya á tales manifestaciones, fingía no advertirlas, consagrada á su labor, extendiendo sobre los hierros de los balcones las tapicerías de la sala, ó subiendo á las azoteas para alinear en el tendedero las piezas de ropa recién lavadas.

Antonio la contemplaba en silencio, desde la altura en que se hallaba, embebecido ante la morbidez de sus brazos desnudos, ante el erguido seno oculto bajo la tela del «caracol,» y el acompasado movimiento de sus caderas; y cuando ella le miraba con todo el fulgor de sus ojos negros, el pobre volvía sus miradas á otro sitio, echábase sobre la frente el «chilapeño,» y empuñando fuertemente la cuchara, golpeaba, golpeaba sin cesar sobre el ladrillo, tal vez creyendo alejar de esta manera los pensamientos que le embargaban.

Dos noches seguidas, animado por una sonrisa de ella, la había detenido en la banqueta, pintándola en torpes rasgos el cariño que por ella sentía, capaz de todos los sacrificios y superior á todas las pruebas; pero la coquetuela había escapado de entre sus manos, riendo alegremente sin dar oído á sus querellas.

—Nadien ha de quererte á la buena—le había dicho Juan;—si no la tratas á golpes, que es como les cuadra, más mejor es que la dejes de ese tamaño.........

Capaz de trastornar el juicio á cualquiera, la muchacha veíase asediada de continuo, más sin lograr nadie conmover su corazón indiferente.

***

Una mañana en que el sol brillaba en todo su esplendor, una calurosa mañana de estío, de cielo transparente, sin una sola nube en el horizonte, Antonio, en lo más alto del andamiaje, después de consumido el frugal almuerzo, trabajaba más animosamente que de ordinario. Sentíase feliz al recordar las palabras de ella, que le había hecho entrever en su «contesta» la posibilidad de una futura correspondencia de afectos. Llegaban aún, corriendo por el medio de la calle, algunos compañeros que no habían logrado presentarse en el momento de la lista; de pronto, Antonio, que miraba distraídamente á lo lejos, la vió dar vuelta á la esquina, echado el rebozo sobre la frente y acompañada de un hombre á quien tendía la mano en señal de despedida. Aquel hombre era Juan, el mejor amigo de Antonio.

Permaneció inmóvil, viéndola acercarse apresuradamente hasta desaparecer detrás del portón; vió á Juan que penetraba á la obra; sintió que algo muy grande escapaba del fondo de su pecho, dejando en él un vacío desconsolador; notó que un desengaño imposible de expresar, caía como una lápida sobre su corazón; vióse solo en lo más alto de aquel andamio; con templó aquel día inspirador de una mentida felicidad; bajo sus miradas extendíase la ciudad erizada de campanarios; más allá las llanuras teñidas de verde esmeralda; más lejos aún, las arboledas del panteón, irguiéndose sobre la desnuda colina y destacándose sobre el obscuro azul de las apartadas montañas.........

***

—Fuera abajo!—se oyó gritar desde lo alto de la obra, y el cuerpo de Antonio, después de rebotar sobre los tendidos, estrellóse en las baldosas de la acera.

La gente agrupóse al momento en torno del cadáver; la policía acudió á dar fe del accidente, y un periodista que pasaba por la acera opuesta, acercóse al grupo, y, después de informarse acerca del suceso, fuése acariciando con cierta fruición el tema de un futuro editorial.

A. Gonzalez Carrasco.



LA VENDEJERA.

Sintiendo la nostalgia de su reja,
en el amplio almacén, de frutos lleno,
se ensancha de la moza el alto seno
al rudo laborar de la vendeja.

Rastro de gracia y de perfumes deja
si ensaya el garbo de su andar sereno;
y aumenta el brillo del tesoro ajeno,
trabajando en prisión, como la abeja.

Ya envasa el fruto del naranjo opimo,
ya envuelve el odorífero racimo
en níveo lecho de doradas franjas.

Mas no se escapa á su mirada astuta,
que ella es la sola codiciada fruta
entre almendras, racimos y naranjas.

RAMÓN A. URBANO.

OBISPO DE SONORA.

Se ha confirmado la noticia de haber sido electo obispo de Sonora, para cubrir la vacante que dejó á su muerte el Ilustrísimo Sr. D. Herculano López, el actual chantre de la catedral de Durango, Presbítero D. Ignacio Valdespino.



El nuevo Obispo, cuya consagración se efectuará el presente mes en Durango, es uno de los miembros más ilustrados del clero de aquella diócesis, y su carrera eclesiástica lo acredita como sacerdote de energías poco comunes.

Su exaltación ha sido recibida con beneplácito, tanto por la sociedad duranguesa, como por sus nuevos diocesanos.

Unión de los pueblos.(*)

Dos clases de lasos unen las colonias á la Metrópoli: los unos, de hierro; los otros, de oro.
GLADSTONE.

I

Con ruda mano logrará el coloso
al fin dejar inermes nuestros brazos,
á su carro triunfal uncirnos luego,
y aun matar la protesta en la garganta;
pero en la entraña noble, la conciencia
eternamente escuchará con ira
la voz de la razón, que nunca enciende
divino incienso ante opresor tirano.
El hierro cruel, el oro que soborna,
no son lazos de amor, dignos y eternos,
que hagan soñar á nobles corazones
con esa dicha de vivir unidos,
ó así morir en la contraria suerte.
El oro, el hierro...... formarán cadenas
que siempre nos degradan y mancillan,
que el tiempo las corroe y las destruye,
ó nuestra propia dignidad las rompe.

II

La libre unión no pudo en el pasado
la norma ser de las incultas gentes,
y la fuerza brutal formó los pueblos
salvando las fronteras naturales
sin respetar las razas ni la Historia,
alzando el pedestal de las naciones
en odios é infidencias que desunen,
no en la unidad del alma colectiva.
¡Cuán efímera unión! Eternamente
el fiero Marte, en su hálito de fuego,
envenena la atmósfera del mundo!
Sobre el hierro y el oro están los lazos
que son la urdimbre de la propia vida:
nuestra índole moral, nuestros instintos,
atavismos y herencias, cuanto forma
el eco inmenso de la edad pasada,
ola que impulsa nuestra edad presente
á la ignota ribera del futuro!

III

La ley de las naciones ha borrado
el antiguo rencor al extranjero,
y se persigue al atentado injusto
contra la vida y libertad del hombre.
¿Cómo aceptar el crimen porque sólo
es un pueblo el autor y otro el que sufre?
El genio de la Historia que reprueba
el torpe abuso de la fuerza innoble,
se yergue al fin, y con su voz de trueno
increpa á las naciones invasoras,
y sus deberes dicta al Continente.
Pronto ha de ser la voluntad y sólo
la libre voluntad, único origen
de íntima unión y perdurable alianza
entre los pueblos que adunarse logren.
Y entonces...... ¡Ah! el atentado injusto,
la tendencia vandálica, agresiva,
en cada continente hallará un dique,
y en la Ley de los pueblos tendrá un nombre
que llene de rubor su altivo rostro!

IV

¿Que la lucha es la ley de la existencia?
¿que el reposo los músculos relaja?
¿que estancados los gérmenes, sucumben,
porque es la tempestad renovadora,
y no se avanza sin continuo cambio,
y la vida se alienta con la vida?
Mas, si todo progresa, ¿por ventura,
puede quedar la lucha estacionaria?
¿No hay una forma de combate incruento?
¿siempre ha de ser la forma primitiva?
Lucha el que emprende disputar el suelo
á las plantas nocivas y á las fieras;
el que obtener de la Natura alcanza
un nuevo agente, en el servicio dócil;
quien el provecho acrecentar consigue,
su propio brazo al aplicar con modo;
el pueblo que más próspera existencia
ofrece al emigrante de otros pueblos;
la raza que engrandece su hermosura
con adecuado régimen de vida;
la misma virgen que insidiosa gracia
derrocha en sus modales y atavíos......
Sí, todos luchan, pero en blanca lucha,
no en la airada y sangrienta de las fieras,
que sombríos espíritus proclaman
cual salvadora válvula de escape
ó convergencia del vigor que sobra......
Es, pues, la guerra imperfección y atraso,
porque lo es siempre el que la fuerza huelgue;
que sólo la ignorancia ó la desidia
no logra darla bienhechor empleo,
ni regular su escape ó condensarla
como ahorro que forma capitales.

V

La unión de pueblos que á la vida vienen
como hermanos gemelos, y se buscan
porque unidos son fuertes y felices,
toca el grado más alto del progreso,
la forma contractual de las naciones
con que ha dos siglos que la Historia sueña;
es hecho que ennoblece y que sublima
la dignidad del hombre en nuestras almas,
y es sagrada la patria en que acontece,
como el día inmortal que lo recuerda,
¡para ejemplo del mundo y alta gloria
de nuestra raza generosa y noble!

ERNESTO SOLÍS.

México, 12 de Septiembre de 1902.

* Leída en la Velada con que se celebró el 78 aniversario de la anexión de Chiapas á México.

EN HUAJUAPAM DE LEON

El 15 del pasado se verificó en Huajuápam, importante población del Estado de Oaxaca, la inauguración del hermoso Kiosco de hierro y mampostería construído últimamente en la Plaza Principal.

Con este motivo se organizó una animada fiesta que se vió concurrida por numerosas familias de la localidad y de otros puntos del Estado. El kiosco lleva el nombre de «Carmen Romero Rubío de Díaz.»

SAUDADES.

[A la manera de Lope.]

¿Dó estays, fieles amigos, novia pura,
Que no habeys contestado á mis clamores,
Vosotros que sabedes mis dolores,
Ella que me premió con su ternura?
Cielo azul de la Patria, la ventura
Perdí de contemplar tus esplendores,
Y sin verte son fúnebres las flores,
El campo triste, la mañana escura.
Venid con vuestra voz arrulladora,
Membranzas de mi cuita compañeras,
A recordarme el bien que me enamora.
Volved, volved, memorias lisonjeras,
Con tan rápido vuelo como agora,
O si quereys, con alas más ligeras.

LA MIRADA DE TUS DULCES OJOS.

En el santo templo de cirios cuajado
Donde vas á misa, yo jamás imploro
Ni murmuro rezos, pero arrodillado,
El perfil celeste de tu faz adoro.
En la calle miro tu ceñida espalda,
Tu sombrilla abierta bajo el sol radiante,
Y tu mano breve que pliega tu falda
El talón mostrando de tu pie elegante.
En tu palco busco tus tiernas miradas,
Aunque tú escondiendo su lumbre tranquila,
Abres tu abanico de plumas nevadas,
Que como una nube vela tu pupila.
Súplica ferviente, recóndito ruego,
Te sigue la llama de mi vista ansiosa,
Te ronda y te cerca, como cerca el fuego
El ala vibrante de la mariposa.
Hasta que movida por lo que te quiero,
Sabiendo mi pena, me ves sin enojos,
Y en mi ánima triste, como en un joyero,
Guardo la mirada de tus dulces ojos.

Efrén Rebolledo.



El kiosco de Huajuápam.

LA ADUANA DE TAMPICO

La importancia del puerto de Tampico, cada día mayor, hizo que el gobierno se decidiera á contratar, ha pocos años, la construcción de un local destinado á las oficinas y almacenes de la aduana marítima allí establecida.

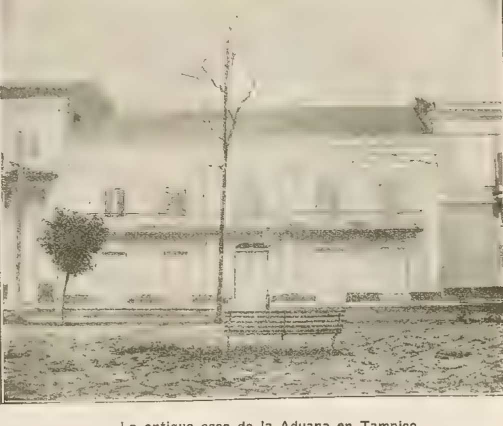
La empresa del Central Mexicano se encargó de la obra, llevándola á cabo tan pronto como fué posible. El edificio es de bonito aspecto y se adapta perfectamente al objeto á que se le dedica. Además de las dependencias necesarias para las oficinas, tiene cuatro almacenes de hierro y cristales, muy amplios y bien ventilados.

Contiguo á la aduana está el edificio especial donde se encuentran la planta eléctrica que abastece de luz las oficinas, y las bombas para los casos de incendio.

La nueva construcción ha sido ya puesta totalmente al servicio.

Nuestros grabados representan la casa que ocupó la antigua aduana y que fué cedida al ramo de correos y telégrafos, una de las fachadas principales, y el interior de uno de los almacenes.

El costo de la construcción fué de cerca de dos millones de pesos.



La antigua casa de la Aduana en Tampico.

La flor de la salud.

—No lo dude usted, declaró el médico, afirmándose las gafas con el pulgar y el anular de la abierta mano izquierda. He realizado una curación sobrenatural, milagrosa, digna de la piscina de Lourdes. He salvado á un hombre que se moría por instantes, sin recetas, ni píldoras, ni directorio, ni método... sin más que ofrecerle una dosis del licor verde que llaman esperanza..... y proponerle un acertijo...

—¿Higiénico?

—¡Botánico!

—¿Y quién era el enfermo?

—El desahuciado, dirá usted; Norberto Quiñones.

—Norberto Quiñones! Ahora sí que admiro su habilidad, doctor, y le tengo más que por médico, por taumaturgo. Ese muchacho, que había nacido robusto y fuerte, al llegar á la juventud se encenagó en vicios y se precipitó á mil enormes disparates, apuestas locas y brutales regodeos: tal se puso, que la última vez que le vi en sociedad no le conocía: creí que me hablaba un espectro, un alma del otro mundo.

—El mismo efecto me produjo á mí, repuso el doctor. Difícilmente se hallará demacración semejante ni ruina fisiológica más total. Ya sabe usted que Norberto, rico y refinado, vivía en un piso coquetón, muy acolchadito y lleno de baratijas; su cama, que era de esas antiguas, salomónicas y con bronces, la revestían paños bordados del Renacimiento, plata y raso carmesí. Pues le juro á usted que en la tal cama, sobre el fondo rojo del brocado, Norberto era la propia imagen de la muerte: un difunto amarillo, con tez de cera y ojos de cristal. Para contraste, á su cabecera estaba la vida, representada por una mujer mórbida, ojinegra, de cutis de raso moreno, de boca de granada partida, de lozanísima frescura y alarmante languidez mimosa—la enfermera que manda el diablo á sus favoritos, para que les disponga según conviene el cuerpo y el alma.

***

Norberto me alargó la mano, un manojo de huesos cubiertos por una piel pegajosa que ardía y trasudaba, y mirándome con ansia infinita, me dijo cavernosamente:

—No me deje usted morir así, doctor. Tengo veintiséis años y me da frío la idea de invernar en el cementerio. Es imposible que haya usted agotado todos los recursos de la ciencia.

El ruego me conmovió, y eso que la práctica nos endurece tanto! Tuve una inspiración; sentí un chispazo parecido al que debe de percibir el creador, el artista......y con los ojos hice seña de que la individua estorbaba.

—Vete, niña, ordenó sin más explicaciones Norberto; y nos quedamos solos.

Le apreté la mano con energía, y sacando el pomo del consabido licor verde, lo derramé en sus labios á oleadas.

—Animo, le dije. Usted va á sanar pronto. Volverá usted á tener vigor en los músculos, hierro en la sangre, oxígeno en el pulmón; las funciones de su organismo serán otra vez normales, plácidas y oportunas; el ritmo de la salud hará precipitarse el torrente vital, rápido y gozoso, de las arterias al corazón, y subiéndolo luego al cerebro despejado, engendrará en él las claras ideas del presente y los dorados sueños del porvenir......Estoy seguro de lo que prometo, seguro, ¿lo oye?, usted sanará. No debo ocultarle á usted que la ciencia, lo que se dice la ciencia, ya no me ofrece recurso alguno nuevo, ni útil. Humanamente hablando, no tiene usted cura; pero donde acaba la naturaleza principia lo sobrenatural y portentoso, que no es sino lo «desconocido» ó «inclasificado».......La casualidad me permite ofrecer á usted el misterioso remedio que le devolverá instantáneamente todo cuanto perdió.

Cualquiera pensaría que al hablarle así á Norberto, iba á mirarme con honda desconfianza, sospechando una piadosa engañifa. ¡Ah, y qué poco conocería el que tal imaginase la condición de nuestro espíritu, en cuyos ocultos repliegues late permanentemente la credulidad, dispuesta á adoptar forma superior y llamarse «fe!»

Los ojos de Norberto se animaban; un tinte rosado se difundía por sus pómulos. Ansioso, incorporado casi, se cogía á mi levita, interrogándome con su actitud.

—Hay, le dije, una flor que devuelve instantáneamente la salud al que tiene la dicha de descubrirla y cortarla por su propia mano. Esta condición ineludible y el no saberse dónde ni cuándo se produce la tal flor, son causa de que por ahora se hayan aprovechado de ella poquísimos enfermos. Digo que no se sabe dónde ni cuándo se produce, porque si bien suele encontrarse en las más altas montañas, también afirman que brota en la orilla del mar, á poca profundidad, entre las peñas; pero á veces, en leguas y leguas de costa ó de monte, no aparece ni rastro de la flor. En cambio tiene la ventaja de que no puede confundirse con ninguna otra: ¡imagínese usted la alegría del que la ve! Es del tamaño de una avellana; su forma imita bastante bien la de un corazón; el color, encarnado vivísimo; el olor, á almendra. No la equivoca usted, no. Pero si va usted acompañado, si es otro el que la coge......



Fachada Norte del nuevo edificio.



Uno de los almacenes.



SRITAS. CONSTANZA, ANA Y EMILIA THOMPSON. Fot. de Chavez.

entonces, amiguito, haga usted cuenta que perdió malamente el tiempo.

No afirmo que Norberto creyese á pies juntillas lo que yo iba diciéndole con imperturbable seriedad y calor persuasivo. Si he de ser franco, supongo que dudó, y hasta me tuvo á ratos por un patrañero, un visionario ó un socarrón importuno. Sin embargo, yo sabía que mis palabras no habían de caer en un saco roto, porque á la larga siempre admitimos lo que nos consuela, y más en la suprema hora en que nos invade la desesperación y quisiéramos agarrarnos aunque fuese á un hilito de araña. La expresión del rostro de Norberto cambió dos ó tres veces; le vi pasar del escepticismo á la confianza loca, y por último, tomándome la mano entre las suyas febriles, exclamó trémulo de afán:

—¿Puede usted jurarme que no se está burlando de un moribundo?

No sé si usted conoce mi modo de pensar en esto del juramento. Le atribuyo escasísimo valor; es una fórmula caballeresca, romántica é idealista, que entraña la afirmación de la inmutabilidad de nuestros sentimientos y convicciones—de que se derivan nuestros actos,—siendo así que la idea y la acción nacen de circunstancias actuales, vivas y urgentes. No dando valor al juramento, mi moral tampoco se lo da al perjurio. Juré en falso, pues, con absoluta frescura, calma y convencimiento de hacer bien; y juré en falso invocando el nombre de Dios, en la seguridad de que Dios, que es benigno, también quería que el milagro se hiciese......

Y empezó á hacerse desde aquel mismo punto. Norberto, electrizado con la certeza de poder vivir, se irguió, se echó de la cama, sin ayuda de nadie fué hasta la puerta, llamó á su ayuda de cámara, y le ordenó preparar, inmediatamente, maletas y mantas de camino...

—¡Solito, eh?—le repetí.—¡No olvidarse!

—¡Solito! Ya lo creo que se fué solito Norberto. Desde su partida, todas las mañanas me desperté con miedo de recibir la esquela orlada de luto. Pasó, sin embargo, año y medio; encontré á los amigos del enfermo; averigüé que nada se sabía de su paradero, pero que vivía. Y al cabo de dieciocho meses, una tarde que me disponía á salir y ya tenía el coche enganchado para la visita diaria, entró como un huracán un fornido mozo, de traje gris, de hongo avellana, de obscura barba, de rostro atezado, que me estrujó con ímpetu entre los brazos musculosos y recios.

—¡Soy yo! repetía en voz sonora y alegre. ¡Norberto! ¿No me conoce usted? No me extraña; debo de estar algo variado...... ¿Qué le parezco? ¡Cuánto se ha reído usted de mí! Y lo peor es que ha hecho muy bien, muy bien. Si no es por usted, no encuentro la flor de la salud. ¿La ve usted? Aquí la traigo.

Abrio un estuche de cuero de Rusia y vi brillar sobre raso blanco un alfiler de corbata de un solo rubí, cercado de brillantes, en forma de corazón, que me entregó entre empujones amistosos y carcajadas.

—La he buscado primero á orillas del mar. Todos los días registraba las peñas. Al principio me cansaba tanto, que me daban síncopes largos en que pensé quedarme. Pero me sostenía la ilusión de descubrir la flor. El aire del mar y el perseverante ejercicio me prestaron alguna fuerza. Ya no me arrastraba; andaba despacio. Registré bien la costa, peñón por peñón: la flor no la vi. Entonces me interné en un valle muy rústico y retirado. Me pasaba todo el día agachadito, busca que te buscarás. Vivía entre aldeanos. Comía pan moreno, bebía leche. A cada paso me encontraba mejor......¡Usted adivina lo demás! De allí subí á las montañas, nevadas y fieras, que en otro tiempo me parecían horribles.... Trepé á los picachos, recorrí los desfiladeros, evité los aludes, cacé, tuve frío, dormí á dos mil metros sobre el nivel del mar......Y un día, embriagado por el ambiente purísimo, sintiendo carnes de acero bajo mi piel de bronce, recuerdo que caí de rodillas en una meseta, y creí ver entre el musgo nuevo, húmedo y escarchado por el deshielo, la roja flor!

—¡Pues ahora—advertí al mozo—que se ha cogido la flor, á cuidarla! ¡Que no se seque!

Norberto volvió la cara.........Al anochecer del día siguiente le vi por casualidad, de lejos; acompañaba á una mujer, y me pareció que se escurría entre callejuelas, para no tropezarme. Entonces (me había dejado sus señas) le escribí este lacónico billetito:

«El santo Doctor*** no repite los milagros.»

Emilia Pardo Bazán.

El Mundo Ilustrado

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 15. MÉXICO, OCTUBRE 12 DE 1902. Subscripción mensual foránea, $1.50 Idem ídem. en la capital, ,, 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



Sangre Española.

(Cuadro de José Masriera)

LOS CRÍMENES DE AMOR

La tragedia de Tacubaya es un caso típico de esa aberración del sentimiento, de ese extravío del espíritu que nos empuja á dar muerte á la mujer cuando no nos ama ó ha dejado de amarnos.

Todo crimen y, por consiguiente, todo sentimiento criminal, mirados desde cierto punto de vista, no son, en suma, sino apariciones y manifestaciones de impulsos arcaicos, de hábitos anticuados, de pasiones primitivas que á duras penas van logrando la civilización y la cultura reprimir, refrenar y proscribir.

Ese hecho que llamamos crimen, anormal ya, aunque frecuente todavía, ha sido, si hoy excepción, antes regla, costumbre y hasta institución. El robo es sistema de vida de las tribus nómadas; el homicidio, acto natural en razas y pueblos salvajes; la servidumbre de la mujer, institución consagrada y sancionada en viejas civilizaciones; el infanticidio, acto tolerado y hasta prescrito en añejas instituciones; el fraude es aún virtud en Oceanía; el canibalismo, acto ritual en muchas agrupaciones humanas.

La inmensa mayoría de estos delitos se comete aún, pero nadie, en general, los sanciona; se comprenden y, se explican, pero nadie los justifica, en principio, y la conciencia y el sentido moral los repudian y anatematizan. El hambriento roba, el crapuloso estafa, el rencoroso mata, y ellos mismos comprenden que hacen mal, que proceden delictuosamente y con mayor razón lo comprende la sociedad que los juzga y los condena.

No pasa, por desgracia, lo mismo con los delitos de amor, en general, y menos aún con aquellos de que es aún víctima la mujer. Abunda todavía quien crea que matar á una mujer infiel es un derecho del marido y que lo es más aún el subyugarla, el tiranizarla, el esclavizarla. Por extensión se aplica también el principio á la querida que nos abandona y hasta á la novia que se cansa de nosotros y nos desdeña, y hay salvajes que hieren ó matan, no sólo á mujeres que han violado los pactos legales ó meramente morales contraídos con ellos, sino también á las mujeres que no los aman y que se permiten el lujo de usar de su libertad amando á otro.

Cuando es el amor el que arma la mano del asesino, cuando son los celos los que empujan al crimen, tenemos una acentuada propensión á la indulgencia, sentimos compasión más fácilmente, razonamos en favor del delincuente; y á poco que la mujer haya dado ocasión ó suministrado pretexto al atentado, ya nos encontramos dispuestos á justificarlo hallándolo fundado en razón y ajustado á derecho, y fácilmente nos constituimos en paladines de criminales á veces más odiosos y repugnantes que todos.

Un marido ha majado á palos y matado de hambre á su mujer, un amante ha tenido en la desnudez y hecho trabajar como bestia de carga á su querida y derrochado en orgías lo que ella ha ganado, un novio tiene devaneos y se prostituye; la mujer abandona el domicilio conyugal, la manceba busca un amante menos oneroso, la novia planta en la calle á quien es indigno de llegar á ser su esposo. Pues bien; si amante, novio ó marido, fingiendo celos que su proceder no justifica, ó sintiendo impulsos que no tienen derecho á experimentar, se arman, se lanzan, hieren ó matan, todavía abundan quienes encuentran eso natural, justificado, debido y puesto en razón; y el jurado, vacilante, desorientado, partícipe de los mismos extravíos del sentido común, y ofuscado por la misma aberración del sentido moral, se sentirá inclinado á la clemencia, absolverá ó atenuará el delito, y á cada paso el criminal saldrá bien librado de un trance en que pudo y acaso debió dejar la vida, la honra y la libertad.

¿Por qué ese modo de pensar del común de las gentes? ¿Por qué tanta severidad contra otros delincuentes y tanta lenidad con los de este jaez? Porque está arraigado en nuestra conciencia y vinculado en nuestros hábitos, en nuestra sangre y en nuestras costumbres un gravísimo error. Porque siendo latinos, tropicales y descendientes de razas que han practicado secularmente la servidumbre de la mujer, la creemos cosa y no ser humano, sierva y no libre, propiedad y no compañera nuestra; porque al unirnos legal ó extralegalmente con ella, creemos haberla adquirido como se adquiere una yegua inglesa ó como se compra un perro galgo; porque para una gran masa de gentes, la mujer no tiene derechos, sino deberes, y porque la sumisión, la obediencia, el trabajo, la esclavitud en suma, son su patrimonio en la vida y su lote en la existencia.

La fidelidad de la mujer es la más preciada de sus virtudes; son los florones más preciados de su diadema su amor, su docilidad, su condescendencia, su consagración al hombre que ama y á los frutos de su amor.

Pero fuera del matrimonio, el hombre no tiene más derecho que el de abandonarla, y dentro de él la mujer tiene deberes, pero legales, que sólo pueden legalmente exigirse y que nadie tiene derecho ni de imponer por la violencia ni, una vez violados, de reclamar puñal en mano.

Esto es lo que solemos olvidar, así como también el indiscutible derecho de la mujer á la reciprocidad del afecto, de la consideración y del sacrificio. De este olvido suele resultar la monstruosidad de que cuando el hombre se ha manejado mal y portado peor y con su conducta se ha hecho acreedor al odio de la mujer, todavía tiene él el descaro de echarle en cara ese odio y sus consecuencias, el desplante de vengar en ella sus propios extravíos y la fortuna de que sobre quien lo disculpe y no falte quien lo aplauda.

Dr. M. Flores.

EL VIÑEDO.

Cuando oyó que la carreta se alejaba llevando á todos los de la casa al puente de Youne, del lado de San Julián, el padre Florent arrojó violentamente la ropa de cama que lo cubría y murmuró con voz temblorosa:

—¡Quiero ver mi viñedo!.........¡quiero ver mi viñedo antes de morir!......

Y como para darse valor, para impulsarse con sus propias palabras, repitió:

—¡Quiero ver mi viñedo!......

Sintió inquietud. Después de quince días que la edad lo tenía postrado en el lecho, con las piernas flojas y sin fuerzas, ¿podría cumplir su proyecto acariciado con tanto ahinco? ......No había dicho una sola palabra, sabiendo muy bien que se le hubiera tratado de viejo loco al intentar levantarse.

Con ansiedad había previsto y esperado la ausencia de sus hijos, que iban aquel domingo, víspera de la vendimia, á buscar fruta á San Julián. En el momento preciso, tenía ante sí algunas horas de soledad y quería intentar un esfuerzo supremo para ir allá, al ribazo, para ver una vez más el buen viñedo, el viñedo preferido, el que plantaron sus propias manos, que le había hecho vivir y que daba un precioso vino claro y alegre como un rayo de sol ......Se deslizó de la cama.

—No podré!...... se dijo con angustia.

Pero el deseo era más fuerte que su debilidad, y pudo arrastrarse, todo engarabitado, hasta una silla donde estaban sus ropas.

Lentamente, con mil esfuerzos, se puso el pantalón y la blusa; creyó desfallecer cuando buscaba los zuecos y el bastón detrás de la puerta; pero vacilando y deslumbrado por la luz que danzaba en la recámara, se mantuvo, á pesar de todo, sobre sus débiles piernas.

Ya afuera, le fué preciso sentarse en los escalones del patio; el sol, que sonreía, le reanimó. Pudo levantarse y caminar, deslizándose más bien por el patio, lleno de barriles y de canastos, entre una multitud de gallinas que cacareaban y suspendían el trabajo de escarbar la basura, como sorprendidas de volver á mirar al viejo.

Dió la vuelta á la casa; no quería encontrarse con alguien; hacia atrás estaba el lugar que buscaba, y no tenía más que seguir un pequeño sendero medio oculto por los setos frondosos y altos.

A cada paso vacilaba y hubiera caído si la fiebre del deseo no hubiera comunicado una energía ficticia á sus músculos impotentes y usados: ver su viñedo, era el aguijón que le obligaba á mantenerse de pie —el fuetazo que endereza á un caballo que va á caer......

Por último, jadeante, con el rocío del sudor en la frente, donde se inflaban las venas, llegó al extremo del sendero y se encontró ante el paisaje.

Los labradores estaban esparcidos en la colina, pero nadie cerca de él; más arriba veía los dos saúcos que señalaban el centro del viñedo. Volvió á tomar aliento y miró lo que tenía á sus pies.

El campo estaba tranquilo, silencioso, como dormido; algunos hilillos de humo azul ascendían por el aire calmado, quieto, donde el sol de otoño vertía la lluvia de sus rayos; la atmósfera era tan clara que el buen hombre veía por entre los jardincillos que rodeaban las casas, los brazos de los molinitos de viento; sólo allá, muy abajo, en un extremo lleno de sombras, por el lado de Joigny y Saint Aubín, ondulaba una bruma tenue sobre un riachuelo sembrado de pajitas de luz...... Todo lo vió rápidamente y luego sus miradas volvieron á subir hacia el viñedo, allá arriba, cerca del sol.

Volvió á caminar, entonces con más viveza. Sus piernas pesaban menos á la tierra, así le parecía, y su corazón de campesino, que nada ni nadie había impresionado jamás, saltábale dentro del pecho con golpes desiguales. Oprimiendo convulsivamente el bastón con la mano derecha, y agitando la otra, abierta como para apoderarse de algo, se lanzaba al fin deseado......

A los pocos pasos cayó pesadamente, respirando con agitación. No intentó volverse á poner en pie; abandonó el bastón, y caminando con las rodillas y las manos, llegó al linde del viñedo y penetró.

Recostado entre dos hileras de cepas, respiró mejor, feliz por haber satisfecho su anhelo. No se recargaba, para descansar, sobre los troncos, por temor de maltratar el viñedo; pero pasaba las manos trémulas sobre las hojas y acariciaba los racimos bermejos. Sus labios machacaban las palabras insaciablemente repetidas: «Mi viñedo!...... mi viñedo!...... es mi viñedo!......»

El sol caía tras la montaña haciendo feerismos: un riachuelo de rubíes bajo las cepas donde yacía el viejo campesino. Las hojas se recortaban en seda purpurada donde corrían las filigranas de oro de las nervaduras; entre los innumerables racimos de granos repletos, jugaban los reflejos del sol, que decían su adiós al día, en tonos de carmín pálido, en fugas sonrosadas sobre el ribazo, que parecía temblar por la proximidad de la noche. Del suelo fecundo, tibio aún por el calor del mediodía, se exhalaba el alma misma del viñedo, su aroma, rico como el perfume del vino dulce chispeando en las cubas.

El viejo viñador se embriagaba; sonriendo le vino el deseo de saborear unas uvas; tentaleando en derredor, atrajo un hermoso racimo...... Se creyó en el otoño de otros tiempos é imaginó oir á su lado el canto de los trabajadores, sus alegres risas y el ruido de los carros desbordantes de racimos, que van rumbo al lagar, donde despide fragancia el vino nuevo, sangre espumosa y fresca de los viñedos saqueados.....

Y de pronto el sol se extinguió; el anciano se irguió bruscamente tan alto como era; un último rayo le puso una aureola, y luego cayó, sin lanzar un gemido, entre las cepas, que se doblegaron.

Cuando se le encontró, frío y rígido, apretaba en las manos unos racimos, y el jugo corría por entre los dedos nudosos; con los labios, sonrientes, oprimía unas uvas; y así, acostado sobre pámpanos, parecía un Sileno dormido al día siguiente de las bacanales antiguas.

Pierre Vernou.



Nupcial.

El lunes último, por la noche, se efectuó en la capital el enlace civil de la Srita. María Teresa Limantour, hija del Sr. Secretario de Hacienda, con el Sr. D. Miguel Iturbe.

La ceremonia revistió un carácter completamente familiar y se verificó en la residencia del Sr. Limantour, en la Avenida Juárez. Fueron testigos del acto, por parte de la novia, los Sres. General D. Porfirio Díaz, Lic. D. Roberto Núñez, D. Eduardo Cañas y D. Julio M. Limantour; y por parte del novio, los Sres. Lic. D. Ignacio Mariscal, D. Félix Cuevas, D. Antonio Sola y D. Francisco Iturbe. Además de los padrinos, asistieron á la ceremonia las personas más allegadas á los contrayentes y algunas damas y caballeros de la mejor sociedad.

***

El matrimonio canónico se efectuó el miércoles por la mañana en el templo de Santa Teresa, dando la bendición nupcial á la distinguida pareja el Sr. Arzobispo Alarcón. El Sr. Lic. D. José Ives Limantour y la Sra. Dolores Barron de Rincón Gallardo, fueron los padrinos de manos; y el Sr. D. Francisco Iturbe Atristáin y la Sra. María Cañas de Limantour, los de velación. Durante la misa, la orquesta ejecutó la obertura de «Freischutz», «La Primavera» de Grieg y la «Sonata Patética» de Beethoven. Después, los novios fueron objeto de calurosas felicitaciones de sus amigos.

La Srita. Limantour ha recibido, tanto de su familia, como de la del Sr. Iturbe, y de muchas otras distinguidas personas, valiosos obsequios.

Indudablemente, éste ha sido uno de los matrimonios más suntuosos que se han celebrado en la capital desde hace años.



PASEOS DEL DOMINGO.

LA ALAMEDA

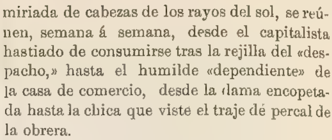
Es todavía uno de nuestros paseos favoritos. Con sus prados cubiertos de menuda hierba, sus callecillas sombreadas por los fresnos, y sus fuentes, que el arte ha embellecido—aquí con una estatua que es como un himno á la línea curva, allá con un grupo de mujeres que vierten en la taza el agua cristalina—la Alameda, como nosotros hemos dado en llamarle, nos parece cada día más hermosa. Allá vamos á disipar la pena, á distraer el fastidio, á dejar un poco de nuestro aburrimiento, cuando este mortal enemigo del alma nos invade y ahoga sin compasión. ¡Cómo, entonces, encontramos allí colores que son encanto de los ojos, notas que nos parecen gritos de aliento, armonías que regalan nuestro oído y aires que refrescan nuestras sienes!

Por las calzadas del parque, tapizadas de arena que brilla á los rayos del sol como un reguero de piedras preciosas, corre la turba infantil dando al viento sus risas argentinas; á la sombra del más frondoso árbol, el estudiante «calienta» la lección del día; y sentado en la maciza banqueta de piedra labrada á golpe de cincel, el extranjero se engolfa en las noticias del terruño ó en las historietas regionales con el libro ó el periódico abierto.

En aquel sitio juguetearon alegres nuestros padres allí corrimos nosotros tras una mariposa por sobre la alfombra del verde musgo .... Todos tenemos en él un recuerdo de nuestros primeros años, que saboreamos hoy como una copa de buen vino, porque lleva en el fondo algo de nuestros juegos infantiles, de nuestra vida color de rosa.........

***

Pero si á través de este prisma el parque tiene atractivo y tiene encanto, visto como uno de nuestros paseos dominicales, nos ofrece, en el día, notas muy bellas.

Allí, bajo la amplia lona que protege una miriada de cabezas de los rayos del sol, se reúnen, semana á semana, desde el capitalista hastiado de consumirse tras la rejilla del «despacho,» hasta el humilde «dependiente» de la casa de comercio, desde la dama encopetada hasta la chica que viste el traje de percal de la obrera.

Cada uno sigue el camino que le acomoda; al pie del kiosco, un grupo de apasionados de la música al aire libre, aplaude «La Tosca» ó «Cavallería,» «Traviata» ó los «Aires Nacionales»......¡no importa!......La batuta da la señal, rompe la banda en un desbordamiento de notas, y la multitud, como impulsada por un resorte, se pone en movimiento, invade las glorietas y sigue por las calzadas con rumores de colmena......

Al borde de la fuente de Venus, un rapaz se estaciona; interroga con los ojitos picarescos á la «mamá» y hunde las manos diminutas en la taza, que hace veces de espejo. Ya está... mira al fondo: la espada del oficial parece romperse en mil pedazos, la cara del rapaz se deforma, los troncos se estiran y se contraen y la estatua se retuerce en una mueca imposible.

Entretanto, la niñera alza en brazos al chiquitín para que nadie lo derribe por el suelo, la banda deja de tocar, y comienza el desfile por Plateros......

Pasó, para el parque, la hora del bullicio; vuelve otra vez á entregarse á su vaga quietud de los días ordinarios. Con sus prados cubiertos de verde «zacatillo,» y con sus calles tapizadas de arena que brilla á los rayos del sol como un reguero de piedras preciosas, espera la vuelta de sus pobladores de una hora......

Hay que dejarlo hasta el domingo siguiente...... Abriendo el desfile hacia Plateros, va una señora con dos chiquitines de la mano: uno de ellos sonríe y se empeña en pisar la mancha que proyecta sobre el asfalto recién lavado por la lluvia su cabecita—un primoroso botón de rosa......



Poema en prosa.

El vaho de las florecillas silvestres, oloroso y tibio como aliento de niño recién nacido, aromatizaba el ambiente.

Por el fondo del horizonte azul, hermosamente azul, cruzaban nubecillas caprichosas y blancas como castos ensueños de vírgenes amantes.

Sobre el césped del valle, sombreado por el murmurante follaje de los samanes, Amor, tendido, en acecho estaba; y allí, sobre el césped del valle, bañado por aires tiernos como suspiros de púdicas doncellas, Amor triunfó.

Envueltos en resplandores de dicha y rebosantes de sonrisas, «él» y «ella» fundieron sus almas en un grandioso beso, sonoro como las notas de la canción del placer.

Saboreada la felicidad en el vaso coralino de sus labios palpitantes, la apasionada pareja emprendió la marcha hacia la blanca casita que á lo lejos parecía esperarla.

Vaho oloroso y tibio, horizonte hermosamente azul, césped del valle, formad el himno deleitoso de las esperanzas realizadas!

Florecillas silvestres, nubecillas caprichosas y blancas, murmurante follaje de los samanes, entonad las harmonías arrobadoras de la alegría!

Amor, proseguid vuestra obra triunfal por entre besos ardientes y fruiciones inebriativas!

PEDRO MEDINA RUIZ.



Una sencilla historieta.

Vivía con sus padres: la madre estaba ciega, y el padre paralítico. Antes de sus desgracias, habían conocido algunos días de desahogo, y Liseta sabía todo aquello que se aprende en los buenos planteles de enseñanza de la mujer.

Pero ahora trabajaba ella para un establecimiento de ropa blanca, pegaba puños á las camisas y dobladillaba sábanas y pañuelos; sin embargo, aun este trabajo faltaba á menudo, porque la ciudad, demasiado pequeña, era de aquellas en que se compra la ropa el día del matrimonio, y dura hasta la muerte.

Liseta acercábase ya á los treinta años; era una criatura pálida y delicada, con dos bandas de cabellos negros alisados sobre la frente siempre inclinada; tocada por un rayo de felicidad, fácilmente habría podido aparecer alegre y expresiva; pero poco quedaba ya de la mujer en aquel ser descolorido y débil, de seno hundido, de ojos empañados por la costura á la deficiente luz de la lámpara, y cuyo traje de lana negro dibujaba la pobreza de las formas que cubría.

Ella cosía sentada cerca de la ventana de una pieza baja que daba á una calle donde el sol no penetraba jamás; sus dedos no abandonaban la aguja si no era para atender al llamado de los dos viejos, que se quejaban agriamente; después, con ademanes de autómata, volvía á sentarse adoptando su eterna actitud de costurera, cerca de aquella ventana que sólo se abría cuando el tiempo era hermoso.

Pasaban el estío y el invierno; volvía la primavera llena de maravillosas floraciones, y pensaba ella á veces, que un poco más lejos, allá en el campo, debía de haber árboles verdes, manzanos cuajados de flores rosadas, y el sol bañando todo este cuadro encantador.

Mas ella no vería jamás nada de esto; una lágrima descendía lentamente sobre su pálida mejilla, y, como compensación de aquella felicidad á la cual no podía aspirar, iba la pobrecilla á besar á la ciega, sobre los ojos sin luz, y acariciaba, con sus dedos en que la aguja había dejado su huella, la desnuda cabeza del paralítico. Gruñían ellos entonces, no queriendo ser importunados; la madre maldecía de la perezosa que aprovechaba cualquier pretexto para abandonar el trabajo, y Liseta volvía á la ventana, un poco más fría, un poco más pálida, reanudando en seguida y silenciosamente su labor.

Una vez, aconteció un incidente que vino á trastornar la vida de Liseta; era un hermoso día de mayo, un gran espacio de tierra transparente esplendía por encima de los techos, y adivinábase un haz de rayos de sol por detrás de los sombríos edificios.

De pronto escuchó un ruido de espuelas á pocos pasos, y, levantando la cabeza, percibió á un oficial que la miraba.

Ella enrojeció, retrocediendo vivamente hacia el interior del cuarto, y el oficial alejóse.

Liseta, pensativa, volvió á emprender su trabajo, un poco avergonzada del movimiento que la había hecho huir.

Al día siguiente, el joven, un teniente de cazadores, volvió á pasar, esta vez saludando á Liseta; roja como el fuego, ella inclinó la cabeza, mas no huyó entonces de la ventana.

Una semana transcurrió así; por fin, una mañana, al abrir las vidrieras, Liseta encontró un gran ramo de flores silvestres sobre el antepecho de la ventana.

Sintióse sofocada por las palpitaciones de su corazón, y, más tarde, cuando él apareció, ella, con un coqueto ademán, mostróle su corpiño adornado de campanillas y margaritas.

Entonces, acercóse él y cambiaron algunas frases; hablaban en voz baja, para no despertar á los viejos, que dormitaban; ella le refirió su triste existencia, sus muertas esperanzas, la enorme pesadumbre de sus días de pobreza; le habló también de los que amaba, de aquellos dos viejos de quienes era el único sostén, y él á su vez la contó la triste orfandad en que había vivido desde su niñez, su vida de guarnición, siempre de aquí para allá y siempre solo, y su contrariedad al saber que apenas hacía tres semanas que había llegado á la población, y ya se hablaba de partir.

Liseta palideció al escucharle; él lo advirtió y la dijo que la amaba; la pobrecilla cerró los ojos, deslumbrada por el fulgor de tamaña felicidad, y se dejó besar sobre los labios, sin oponer resistencia: tanto le amaba ya!

Entonces, las manos unidas, aquellos dos desheredados confiáronse todos los secretos de su vida, con el casto alborozo de dos seres que han sufrido y hallan al cabo el consuelo de todos sus dolores.

***

Una tarde, Liseta, pretextando una orden urgente, dejó á los viejos al cuidado de una vecina y fué á reunirse con él.

Marchaba llena de alegría y de belleza; sus ojos azules iluminábanse de un modo extraño, haciendo aparecer aún más sombríos sus cabellos negros; sus labios estaban húmedos y rojos, y la mujer que acababa de surgir, transfigurada, un poco inquieta de esta metamorfosis, sentía correr por sus venas una sangre joven y ardiente que aceleraba las palpitaciones de su corazón y exaltaba sus sentidos despiertos.

Fueron juntos al campo, allá donde ella dejaba volar antes su imaginación, y del cual ahora pisaba alegremente la fresca yerba, apoyada en el brazo de su amante.

Los pájaros cantaban, revoloteaban las mariposas azules sobre las oxiacantas; era como un festival que la Naturaleza organizaba en honor de aquel bendito día.

Ella vagaba presa de una deliciosa embriaguez, apoyada su cabeza sobre el hombro de él, las manos en sus manos; había olvidado por completo todo su pasado de infortunios, y reía con una risa de chiquilla, al contemplar la felicidad de su vida presente.

—Será preciso casarnos muy pronto, adorada mía, dijo él; mi regimiento va á partir en breve; has hablado ya á tus padres?

—No, contestó ella, y su semblante se tornó sombrío; tú sabes que son un poco celosos de mi cariño, y, por otra parte, temo que sea para ellos demasiado sacrificio el alejarse de esta población en donde han vivido desde hace tanto tiempo.

El joven la miró sorprendido.

—Pero, no sabes tú que no podremos llevarles con nosotros? Creía habértelo dicho ya, Liseta; yo no poseo en este mundo más que mi sueldo, tú no tienes fortuna, y nos es imposible encargarnos de ellos.

—Y qué harán sin mí? dijo ella con una voz sorda, viendo desplomarse todo en su derredor.

—La vecina les cuidará; nosotros procuraremos ayudarles con algo; tú vendrás á verles......

Liseta se había puesto pálida como una muerta.

—No, no puedo abandonarles; morirían sin mis atenciones, á que están tan acostumbrados.

—Eso es imposible, repitió él; sin embargo, podría yo arreglar que entraran en un hospicio.

Ella hizo un gesto doloroso é indignado y no insistió más.

Permanecieron sin hablar durante algún tiempo.

—Regresemos, dijo por fin ella, con una tranquila desesperación, todo ha terminado; es preciso olvidarnos.

***

Algunos días después, el regimiento abandonó la población; ni súplicas ni ruegos lograron doblegar á Liseta; había vuelto á ser la pobre mujer marchita, taciturna y descolorida, que cosía cerca de la ventana, con sus ojos empañados y su rostro de cera amarillenta.

Cuando los clarines resonaron á lo lejos, anunciando la partida del cuerpo, Liseta dejó escapar de su pecho un gemido sordo, y, arrojando lejos de sí la labor, fué á arrodillarse ante la ciega.

—Mamá, exclamó juntando las manos, mamá, dime que me quieres mucho; dime que eres feliz teniéndome á tu lado!

—Déjame tranquila, respondióla vieja arrancada de su sueño; ¿qué significan ahora esas comedias? Mejor harías en traerme mi café.

Levantóse mirando desesperadamente en torno suyo; vió un crucifijo que colgaba del muro, y ante él fué á caer de rodillas, quebrantada por el dolor, ahogada por los sollozos, elevando los brazos hacia la imagen.

Y en la noche, que descendía, agonizaban las claras notas de las trompetas; después el silencio volvió á reinar en torno.

Juana Thilda.

Traducción de «El Mundo Ilustrado.»



CHAPALA

Pocos, relativamente, son los que conocen el lago de «Chapala», los que han pasado á la orilla de la «laguna»— como la llaman con cariño los pueblecillos ribereños días de sana y agradable expansión, y los que pueden formarse, en nuestro país, idea cabal de la importancia que como estación balnearia y como fuente de riqueza tiene aquel hermoso rincón de la República.

Nada tan digno de ser conocido y admirado. En Chapala encuentra el hombre de labor consumido por la fatiga, el descanso; el artista, motivos para dar vuelo á su inspiración; la inmigración, filones casi inexplotados; el viajero, panoramas bellísimos, atractivos que pocos lugares puenen ofrecer. Los lagos de Italia, rumorosos y azules—dicen los que guardan memoria de ellos—no superan en hermosura á nuestro lago. Rodeado de espléndida vegetación, tiene como el mar sus tempestades; pero tiene también sus tardes serenas, sus noches apacibles, sus días de calma......

A Chapala acuden año por año distinguidas familias de Guadalajara; multitud de extranjeros van, huyendo de los rigores del verano, á pasar la «temporada»; y los paseos á este ó el otro pueblecillo de los que se asientan en la playa y viven de la pesca ó de la agricultura, se suceden en medio de la animación más franca. Hay allí, un buen hotel —el «Arzapalo», —tan bien servido como los mejores de la capital y muy módico en sus precios, un bonito templo, y un jardín.



Orillas del lago.—Torres de la parroquia.



"Mar abierto."—Efecto de luna.

Actualmente, el viaje se hace, ó por Ocotlán, á bordo de un pequeño vapor, ó por Atequiza, en diligencia; pero pronto va á establecerce un buen servicio que substituya al primero, y es casi probable que se tienda una vía férrea entre un punto de la línea del Central y Jamay, población de la ribera, notable por lo fértil de sus alrededores.

Un sindicato americano tiene en proyecto ésta y otras grandes mejoras, entre las cuales se cita el establecimiento de una estación balnearia en toda forma, que sin duda será la primera en la República.

***

Como fuente de riqueza, el lago tiene un valor inestimable: basta imaginarse la enorme extensión que se puede regar con sus aguas, para medir su importancia. Una empresa particular está empeñada en este asunto y parece que logrará llevarlo á término, abriendo así ancho cauce á la agricultura y al comercio.

***

A estas notas hay que agregar lo que se relaciona con el crecimiento de la población de Chapala en los últimos años.

No hace mucho, aquel pintoresco pueblecillo era un conjunto de casas antiestéticas y mal acondicionadas, y de chozas hechas para desaparecer al siguiente día.

Ahora es diferente: hay ya construídos lujosos «chalets»—como el del cónsul de Inglaterra—dignos de figurar en nuestras más her-



El Hotel "Arzapalo."

mosas avenidas, y por todas partes se observa el desarrollo y mejoramiento de la pintoresca población, reina del lago.

En estas páginas verán nuestros lectores algunas fotografías de aquella importante región de Jalisco, llamada á figurar, no sólo entre las más hermosas, sino también entre las más ricas del país.

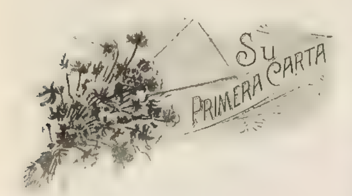
LA ESTROFA.

Como de oro purísimo—en la fragua
del corazón,—magnífica y luciente,
sobre el yunque de todos los dolores,
inquebrantable, la forjó la mente.

Y al vibrar en la diestra del poeta
fulgurante de luz como una estrella,
no sabe, el mismo que forjarla supo,
qué corazones herirá con ella!

DULCE MARIA BORRERO.

Septiembre, 1902.



Se amontonan en mi mesa
Muchas cartas......¡Sólo hiel
Y pesares, menos esa
Dulce gotita de miel!

Esa no! Parece frágil
Festón aéreo de yedra
Enlazando bueno y ágil
Una bastilla de piedra.

Tan pequeñita y tan leve
Como es mi sueño en la gloria,
Parece un copo de nieve
Diademando hirviente escoria.

Es como en la inmunda charca
Del más tétrico barranco,
Un cisne que el cuello enarca
Coqueto, lustral y blanco.........

Pienso que se tiñe en grana
Si con otras se restrega,
Como una virgen cristiana
Frente á una bacante griega.

Fué tan limpia su alba cuna!
Nació en un hogar tan bello!
Si me parece de alguna
Nebulosa fiel destello!

Nació en la celeste alcoba
De una ideal virgencita,
Sobre el buró de caoba,
Y en la soledad fué escrita.

La vió empuñando una pluma
Con larga mano patricia,
Saber mojarla en la suma
Esencia de la delicia.

La vió emocionada y pálida
Confiarle su puro anhelo;
Pudo de aquella crisálida
Sorprender el primer vuelo.

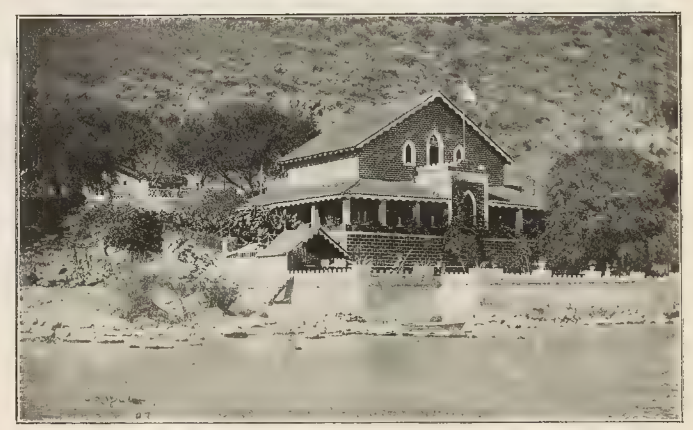
Y observar prístinas ansias
De amor y castos rubores.........
¡Por eso tiene fragancias
De primaverales flores!

Oh mi única y santa esquela
De jazmín hecha con miel......!
Te miro......y no corre, vuela
Mi pluma sobre el papel.

JUAN B. VILLASEÑOR.



Grupo de "botes"



Un chalet.



Plegando la vela.

Una pasión satisfecha, disminuye; un vicio satisfecho, aumenta.

—Muchos hombres, al casarse, dejan de ser hombres, y pasan á ser, simplemente, casados.

—La mujer de talento se rinde á un solo hombre; la tonta á muchos.

— El amor hace más pródigos que avaros.

MAD. DE SCUDERI.

No hay nada más incómodo que el estado de viudez.

MAD. GIRARDIN.





TORRES Y CÚPULAS.

Erguidas, mirando por sobre la plenitud del caserío, las torres y las cúpulas son majestades á cuyos pies rueda el rumor de la ciudad tiembla la onda de las azoteas, se agita la vida de la multitud.

Tiene mucho de imponente un viaje por las torres; se antoja el milagro de vagar por el cerebro de un alto pensador.

Las escaleras son obscuras, torcidas y resbaladizas; así debe de ser el germen de las concepciones superiores. Abruma levantar la vista siguiendo la magnitud de los murales; así debe de suceder al anhelo ante la enormidad del problema.

Conforme se asciende á la torre, se va entrando á un mundo de silencio, se cree en una audacia que ha violado la majestad de un sueño de titán.

Pero se asciende, se asciende con delicia.... De pronto la luz y el espacio hacen irrupción en las pupilas. Se ve cómo se mueve la vida inferior sin producir ruido, cómo se tiende el caserío semejando un mar apenas rizado, y cómo los campos lejanos se recuestan en soledad plácida sobre las faldas de los montes azules.

Los pilares de la torre parecen filigranas cuando las vemos desde el asfalto, y sus moles, que costaron las entrañas á algún monte, están formadas por bloques que pusieron en tensión á multitud de músculos.

Se acaricia el pilar de la torre por el orgullo de sentir su dureza; se sigue con la mirada la curva de los arcos por la fruición de presenciar la armonía de las fuerzas; se permite á la impresión de abismo que entre al cerebro, para engrandecer el peligro que construyó la obra humana.

Y en aquel ambiente de majestad, de silencio y de poder, la imaginación vuela antojándosele encontrar en todas las cosas que existen en las torres y en las cúpulas, la vida de un mundo nuevo.

Las estatuas del reloj, parece que contemplan la ciudad buscando en sus agitaciones un aliento para la piedra de que están hechas. Asombra que se hayan adelantado hasta el límite del cornisamiento, y que no sientan la atracción del abismo.

Las campanas son copas que vertieron un torrente de sonidos y que esperan pacientes á que otra mano las rebose para volverse á derramar sobre la fiesta de la ciudad. Tienen sobre su bronce caracteres que dicen algo de edades muy lejanas, y signos hieráticos que son el emblema del Señor á quien sirven. El badajo, que las azota con golpes formidables, ha dejado ya huella escamosa: es la obediencia que la materia presta al trabajo.

Las campanas del reloj parecen hongos, y el martillo que se levanta para herirlas tiene



la apariencia de un asno que cabecea. Las cintas de las balaustradas convidan á hincar los codos y á poner medio cuerpo sobre el abismo. La vista alcanza una amplitud maravillosa; se ve el mundo exterior de la torre.

Allá están sus hermanas, sus compañeras, dominando también el manto de la ciudad y luciendo sus cascos cruzados; allá las cúpulas magníficas ó humildes: Santa Teresa es una tiara; Santa Inés está avergonzada de tener de vecina á tan soberbia cúpula; el Sagrario esconde el exterior de su bóveda tras las filigranas monumentales de la Basílica, mientras que ésta luce su gran cúpula central, espléndidamente labrada, con detalles que la simple vista no puede descubrir á la distancia que nos es permitido apreciarla.

Allá á lo lejos, tras de la Profesa, arranca fina y erguida la torrecilla de San Felipe de Jesús; es como un dardo que va á partir, no tiene majestad, no alberga armonías de bronce, no es solemne......

Y la imaginación cree que en este mundo de los espacios, las torres y las cúpulas deben de hablarse entre sí y pensar mucho, mucho, sobre lo que dominan.

Pasa la riqueza con toda la esplendidez de sus trenes, y la torre debe de decirse: «Me bastaría derrumbar una de las filigranas que me son inútiles, para que eso desapareciera.»

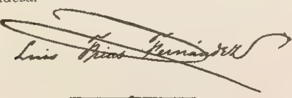
Pasa la mendicidad al pie del enorme muro, y la torre debe de decirse: «Mis bloques harían mil palacios para que eso se acabara.»

El sabio que investiga en los monumentos el paso de la civilización; el estulto que arroja una mirada de asombro y se contenta con medir la línea que cae de la cruz al asfalto, con violenta carrera de ojos; el que busca en un detalle arquitectónico la idea dominante de la época...... todo el oleaje de sabiduría y de ignorancia que llega al pie de la torre y alza un encaje de miradas, como la ola un crespón de espuma, debe de conmover los bloques que engalanó el cincel!

***

Cuando se desciende de la torre, cuando la escalera torcida, resbaladiza y obscura nos produce la impresión de ir creando en nuestro viaje una espiral de sombras, volvemos á la capa de los rumores, nos hundimos en la ciudad bulliciosa......

Instintivamente volvemos los ojos á aquel mundo que hemos abandonado, y la torre, erguida, potentosa, ha de medir entonces nuestra pequeñez, en pago de que ya medimos su grandeza.





Al Rojo-Blanco.

Sopla el fuelle. Parece monstruo jadeante.
Su anhélito levanta llamas rojizas
Y en el carbón, de un negro desesperante,
Toda brasa retuerce su pena humeante
En las desolaciones de las cenizas.

Y ante la fragua padezco. Pienso
Que así ha paseado sobre mi vida
Sus resoplidos dolor inmenso....
Y ante la fragua, sufro, suspenso,
De mi infortunio la sacudida.

—«o»—

Un mocetón moreno, de fuerte brazo,
En un vago suspiro de luna pasa.
Y dobla en la tiniebla su negro trazo.
Y un pedazo de hierro—negro pedazo—
Toma con su tenaza negra tenaza.—

Y al ver el trozo de hierro, adquiero
La certidumbre mortal y loca
De que es mi alma la que el herrero
Lleva á las ascuas!... Y gimo... Y quiero
Que mis gemidos trague mi boca....

—«o»—

Y el herrero sepulta la dura masa
En las desolaciones de las cenizas.
Y toda pena humeante de toda brasa
Le pone al hierro un beso—beso que abrasa...
Y el fuelle sopla y sopla con crueles risas.

Y al ver el trozo de hierro, intento
Salir del antro, y en plena luna
Correr los valles ¡ay! porque siento
Que es mi pobre alma la que el tormento
Del fuego sufre ¡sin palma alguna!

—«o»—

Y del lecho de llamas lecho funesto—
El fuerte brazo saca con la tenaza
El heroico fragmento de metal puesto
Ya al rojo-blanco. Y éste, dúctil y enhiesto,
Ve el yunque sin temores y ve la maza.

Y al ver del yunque la baja inquina
Y de la maza la alta amenaza,
Sacude mi alma por la neblina
De la esperanza su ala divina....
Y á un astro blanco que huye se abraza.

—«o»—

Y caer deja al hierro blando y ardiente
El herrero la maza, con los dos brazos.
Y el hierro adquiere forma, y está imponente
Desgarrando la noche con el torrente
Siniestro y doloroso de sus chispazos.

Y al verlo chispas lanzando, me hundo
En mis tristezas fecundas simas—
Con un consuelo—fanal fecundo
¡Ya mi pobre alma riega en el mundo
Sus rojas chispas, mis rudas rimas!

Roberto Argüelles Bringas.

LA MUJER.

Hay detractores del «sexo débil» que no hallan en la mujer sino lo que pueden rebajar, y no juzgan las diferencias que estableció la misma naturaleza sino para prevalecerse de sus propias ventajas, menospreciando lo que entienden en las mujeres.

Engañados quizás por la «insensata que, según la expresión oriental, derriba la casa con sus propias manos», se olvidan de la mujer sabia que la edifica y la enriquece; agraviados por los dejos amargos del engaño, llegan á negar la virtud de la mujer.

A estos infelices conviene recordar la diferencia que viene expresada en esta sentencia, atribuída á Napoleón: «la mujer hermosa agrada á los ojos; la mujer buena agrada al corazón. La primera es un dije; la segunda es un tesoro.»

La mujer siente, piensa, habla, obra, quiere de otro modo que el hombre. ¡Afortunadamente para nosotros! Si congeniase por completa identidad, ¿de dónde por ejemplo, aprenderíamos la paciencia y la resignación? Pues nosotros luchamos buscando la felicidad y la mujer la «espera», haciéndose así la verdadera consoladora del hombre.

J. Parisot.





Plaza de armas de Cuautla.

Estatua de Morelos.

En honor de Morelos.

Fiestas en Cuautla.

El vecindario de Cuautla celebra, año por año, el aniversario del nacimiento del ilustre caudillo de la Independencia D. José María Morelos, con una serie de festejos á que concurren numerosas personas de la localidad y de otros puntos.

En esta ocasión, las fiestas tuvieron un lucimiento extraordinario. El primer día, por la mañana, las bandas militares y las de los pueblos cercanos que expresamente fueron llevadas á la histórica ciudad, recorrieron las principales calles, se echaron á vuelo las campanas y hubo otras demostraciones de regocijo. Por la noche se dió una velada en el Teatro Carlos Pacheco, que se decoró con flores y banderas, distribuídas artísticamente. En la parte del escenario se puso una hermosa alegoría, en cuyo centro se destacaba la figura de aquel hombre gigante que hizo inmortal el nombre de Cuautla. Un grupo de niñas representaba la Libertad, la América y la Patria, y uno de niños, á Hidalgo, Morelos, y Allende.

***

El 30 se verificó en el mismo Teatro la ceremonia oficial, formándose en seguida una procesión cívica en que tomaron parte los niños de las escuelas. Los carros alegóricos fueron tres: el de la Agricultura, el de la Industria y el de la Junta Patriótica, y llamaron la atención por el buen gusto con que estaban adornados. Al pie del sencillo monumento del héroe se depositaron numerosas coronas, entre las cuales había una que ofreció el Sr. D. Ignacio de la Torre á nombre del Sr. Presidente de la República.

Además de los actos á que nos referimos, hubo un banquete y un baile que resultó muy lucido.

La tragedia de Tacubaya

Honda sensación ha causado en el público la tragedia ocurrida hace poco en Tacubaya y de la cual fué víctima la señorita Victoria Peñasco.

La prensa de información ha publicado acerca del suceso, detalles muy amplios, pormenorizando las circunstancias que hacen de ese crimen uno de los más ruidosos en los anales de la delincuencia. Nosotros nos limitamos á dar á conocer los retratos de la víctima y de su heridor Juan N. Martínez, y una fotografía de la sala en que se desarrolló la terrible tragedia.



La Srita. Victoria Peñasco. Fot. Barreiro. Pne.



Juan N. Martínez. Fot. Barreiro

EL FILTRO.

No me dejes morir: calma el infierno
que encender en mi pecho conseguiste,
ó cual fiero Nerón, al fuego asiste
que tiende á devorar mi ser interno.

Si el filtro tienes del olvido eterno,
dalo á mi corazón, que ardiendo existe;
mas pónmelo en el vaso en que bebiste
los licores de Etruria y de Falerno.

Ya espero con afán, con ansia loca,
que tu crátera acerques á mi boca
y que el filtro en mi pecho se desborde.

Y más crecen mi anhelo y mi impaciencia,
porque quiero aspirar la rica esencia
que han dejado tus labios en el borde...

RAMON A. URBANO.

***

—Una mujer virtuosa tiene en el corazón una fibra menos ó una fibra más que las otras mujeres: es estúpida ó sublime.—H. BALZAC.

--Lo que se ha convenido en llamar «honor», no existe: no es más que la sombra que proyecta uno mismo cuando le alumbra la luz de su propia estimación.—E. SUDERMMAN.

LA REINA.

En galano jardín, embellecido por multitud de flores matizadas de colores vivísimos, resplandecientes de gracia y de vida y que al exhalar sus indefinibles perfumes, embalsamando el ambiente que las envolvía, hacían de aquel recinto un lugar de inefables delicias y doradas ilusiones..... había una, entre todas aquellas flores, empinada sobre una enredadera de tupido junco, que al suave impulso del céfiro movíase con imperiosa majestad ostentando una brillante aureola que circundaba su lozana faz, formada por el reflejo de los rayos de luz al herir las gotas de rocío que la salpicaban graciosamente..... Era la reina del jardín.

Una alegre mañana, cuando todas sus compañeras entonaban un cántico de alabanzas á la aurora del nuevo día, impresionadas contemplaron que la diosa de ayer, la reina de brillante aureola, cerró sus pétalos, dobló su tallo y fué á perderse sobre la verde alfombra de blando césped, al notar que en su mansión, en obscuro rincón, existía una flor más hermosa que ella.

¡Cuántas víctimas hay, así como esta pobre flor, en este mundo de engañosas apariencias, de esa pasión cruel que al fondo del abismo hundió á Caín!

P. J. IZAGUIRRE SOTELO.



BELKIS.

Detén, Belkis, tu tropa de elefantes
Ante el caliente nido de mi tienda,
Y entra, maga gentil de mi leyenda,
Con tu traje de telas deslumbrantes.

Muéstrame tus ungüentos, tus diamantes,
Los cofres y las copas de tu ofrenda,
Y deja reposando ante mi tienda
La tropa de tus blancos elefantes.

Y cuando ya en mis labios tremulantes
No encuetres el fermento que te encienda,
Envuélvete en tus sedas coruscantes,
Y con tu blanca tropa de elefantes,
Huye, Belkis, del nido de mi tienda.

Efrén Rebolledo.



Sala en que fué herida la señorita Peñasco. — Asiento que ocupaba al recibir la primera puñalada.


VIRGINIA FÁBREGAS
EN
QUO VADIS?



(Fot. Valleto.)

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 16. MÉXICO, OCTUBRE 19 DE 1902.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem idem. en la capital, ,, 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



María Enriqueta, Reina de los Belgas

† EN SPA ÚLTIMAMENTE.

CRÓNICAS EUROPEAS

SCHEVENINGEN.

Al atardecer, un domingo iluminado por un sol excepcional, y engalanado por un cielo azul y lustroso, apenas nublado hacia el Poniente, salimos de La Haya Lilly y yo, para el puerto balneario, de «Scheveningen,» en un trenecillo desparramándose de gente alegre. Antes de llegar atravesamos los verdes jardines y bosquecillos. Después, al frente, se presentó la masa café del edificio de Kursaal. Las ventanas, en una larga línea blanca, se extendían con una monotonía desgraciada. Mi compañera no podía contener el deseo de bajar la angosta calle, para desembocar á la playa, sobre el dique. Y cuando llegamos, ante nosotros apareció la llanura espejeante del mar del Norte. Y la playa, en un tortuoso litoral de ligeras colinas, se extendía hasta borrarse. Después vimos un muelle de madera que avanzaba sobre las olas, terminando por un kiosco, rodeado de banderetas y lleno de gente que hormigueaba.

El paseo por la estacada fué delicioso. Bajo el tablado, entre los gruesos troncos que lo sostenían, rugía el mar. Antes de llegar á la extremidad, nos detuvimos para admirar el espectáculo divino: el sol incendiaba las nubes, esfumándose sobre ellas el rojo hasta los gruesos grises, y sobre el azul del mar se proyectaba un estrella de plata que deslumbraba la vista. Una barquilla pescadora, de velas rojas, descansaba, agitada por un balanceo suave, en medio de la regia desnudez de la superficie infinita.

—¡Qué felices son los pescadores! .... ¡Siempre mirando el cielo, el mar, el sol y la luna en las noches! ¡Qué bonito sería vivir así! ¿verdad?—Y la reflexión de mi compañera contrastaba con el horrible fastidio que me causaba pensar en la actitud de los pescadores.

Luego, cuando llegaron hasta nosotros perdidos acordes de la orquesta que tocaba en el kiosco, me dijo sonriendo:

—¡Mira qué poético es esto! ¡Aquí te amo más que en la ciudad!.........

Las olas, precipitadas, llegaban hasta la playa, para rendir el homenaje de su apoteosis de espuma. Y el sol, allá tras de su cortina roja, se acercaba al horizonte, en medio del espléndido derroche de fuego......

***

En el kiosco se consumía cerveza por barriles. La gente toda, en una aclamación de alegría, charlaba casi á gritos, entre las nubes de humo que salían de todas las bocas de hombre. La espuma, en los vasos, se desparramaba envolviendo en una caricia sus bordes.

Y la orquesta, desde un foro pequeño, hacía vibrar los cristales del salón, lanzando un torrente de notas acordes que llevaban cada una la alegría de una carcajada. La música era especialmente americana. Los monótonos pasos dobles y marchas que oímos, me parecían un tributo al dinero yanque, codiciado en todos los países del mundo. Y el patriotismo, siempre dispuesto á encontrar tristezas en el extranjero, hallando un amargo dejo de nacionalidad ofendida en el más insignificante detalle, reclamaba inconscientemente algo suyo.....algún inesperado recuerdo! Cuando leí en el programa el nombre de una «Fantasía cosmopolita», sentí como un presagio de algo que no merece la pena. Y después de una serie de aires semigrotescos, fué surgiendo débilmente la lejana melodía como una memoria de lo remoto. Y conmovido hasta sentir los ojos húmedos, oí el vals de J. Rosas, traducido ya á todas las «músicas.»—Sentí un ataque terrible de sentimentalismo, algo así como un recuerdo de un amor muy viejo y que después de muchos años de muerto, renace en una memoria, en un pensamiento melancólico......Después todo parecía insultarme; las banderetas holandesas, las belgas, la estrellada á rayas rojas y blancas, me incitaban al odio......¡Era una de las impresiones de patria recibida con mayor fuerza en mi vida......!

***

Cuando salimos, sólo quedaba de crepúsculo una ala roja sobre el horizonte. Y las olas, en su agitación continua, me traían un recuerdo de las lejanas costas, besadas con sus labios espumajeantes y húmedos......

Em. Pardo Azpe.

El Haya, septiembre de 1902.



DÍAS DE OTOÑO.

Aún tenía el sol fuerza estival; las hojas verdeaban sobre las ramas de los árboles, las matas sobre los fertilizados cuadros de tierra; apenas si entre las hojas verdes descubríanse algunas amarillas; apenas si entre incontables matas, erguidas con arrogante vitalidad, doblábanse unas pocas con languidez mustia; por la arena de los paseos rodaban á impulsos del aire, hojuelas retorcidas que el sol transformaba en láminas de oro. Eran los heraldos del otoño, las primeras canas, las primeras arrugas que afeaban el hermoso rostro de la naturaleza.

Arrugas imperceptibles, canas fáciles de ocultar; la hembra inagotable, aún podía mostrarse orgullosa, aún la acariciaba el sol con sus besos de lumbre, aún prestaba sombra con la verde madeja de sus extendidos cabellos á grupos de niños y niñas, primaveras de carne que correteaban y reían como pájaros recién escapados del nido.

Todo era alegre todavía; y, sin embargo, de la tierra húmeda escapábanse vahos fríos, y las cumbres de Guadarrama enviaban de raro en raro hasta nosotros, ráfagas de viento nutrido con escarcha: indicios dolorosísimos y breves de la muerte futura.......

En una alameda contemplábamos el bullicioso juguetear de los muchachos un amigo mío y yo, que casualmente había tropezado con él minutos antes.

Hacía que no nos veíamos cerca de medio año. Ciertos amores suyos, pasión avasalladora, insensata, condújole en pos de una mujer á países remotos, de donde regresaba con otra amargura en el corazón y otro recuerdo en el cerebro, en esa caja viva, mitad por mitad urna funeraria y estufa germinadora, porque se dedica á enterrar desengaños y fecundizar ilusiones.

Con esa verbosidad relampagueante que traen á la boca los golpes recién sufridos en el alma, flujo de palabras que representa en las heridas morales lo que los borbotones de sangre en las materiales heridas; pedazos de existencia que huyen con el sincero acento de una gran pena, afanosa por exteriorizarse ante quien sepa consolarla, me refirió el infeliz amante la historia de su desventura, la eterna historia, siempre vieja para quien la oye, siempre nueva para quien la relata.

—No—me dijo,— no. Este sufrimiento es superior á mi voluntad y á mis fuerzas. Ni logro dominarlo ni me es posible resistirlo. Cada recuerdo de aquel pasado, que no volverá nunca, es una puñalada que me dan en el corazón; y los recuerdos son infinitos, como sus primeras caricias y sus desdenes últimos. No; no puede haber nada más terrible que este dolor.

—Algo más terrible hay, le contesté, algo más terrible, y también tendrás que sufrirlo.

—Más terrible?

—Más; mucho más. Ahora esa pena, ese sufrimiento, son tu amor, el amor de antes, el de esa mujer; su amor, que continúa llenando tu alma, sólo que ha cambiado de forma, trocándose en suspiros de angustia, en sollozos de pena, en palpitaciones de agonía y vibraciones de odio; pero es tu amor, entero, absoluto, cubriendo tu ser todo, llenando tus labios de quejas, como antes los llenaba de besos, y tu pensamiento de negruras, como antes lo llenaba de luz; sacudiendo tu cuerpo con espumas dolorosas, como antes lo sacudía con espumas de goce; golpeando tu corazón con golpes crueles, como antes lo golpeara con alegre y entusiasta latir. Sí; es el amor tuyo que se ha hecho dolor, como en otro tiempo se hizo placer.

Para quien vive de un amor, el dolor mismo que su amor le produce es una gran felicidad porque es un certificado de existencia.

Lo terrible, lo brutal, vendrá luego, más en breve acaso de lo que tú propio imaginas. Lo terrible, lo bárbaro, lo verdaderamente siniestro, vendrá cuando te levantes un día y halles que hasta el dolor ha huído de tu alma y que tu amor, tu vida, es un cadáver que llevarás siempre insepulto dentro de ti.

¡Sufrir! ¡Gozar!...... Eso es lo menos. Lo importante en la vida es vivir de algo, de una pena ó de una ventura; vivir para algo, para un placer ó para un dolor. Lo horrible es no vivir para nada, por nada, y continuar, no obstante, viviendo.

Mira esta Naturaleza aún espléndida y encantadora á nuestra vista, aunque algunas hojas amarillas se destaquen entre las hojas verdes, y unas pocas matas se inclinen con languidez mustia entre las incontables matas arrogantes y erguidas, y las menudas hojuelas trocadas por el sol en láminas de oro alfombren los paseos, y la tierra húmeda exhale hálitos fríos, y el viento de Guadarrama traiga á nosotros ráfagas nutridas con escarcha...... Toda esta Naturaleza sufre con tremendo sufrir; los árboles, desde el tronco á las hojas, porque la savia se empereza y entibia; las hierbas, porque la tierra va perdiendo fuerza para mantenerlas en pie; la tierra, porque las caricias del sol van perdiendo la fuerza apasionada que la hace fecunda........ Toda la Naturaleza sufre, pero vive y continúa siendo hermosa, quizás más hermosa que nunca, porque la tristeza, y la melancolía y el sufrimiento embellecen y dignifican.

Lo terrible para ella será cuando se apoderen completamente de ella los fríos invernales, y quede inmóvil, inerte, pasiva, con sus árboles sin hojas, su tierra sin hierbas, sus jardines sin flores y su cielo sin nubes.

Ahí tienes el mayor dolor de la Naturaleza en sus inviernos y para los hombres en su amor.

Sentir sus campos cubiertos por la nieve ó su corazón invadido por la indiferencia.

Joaquín Dicenta.

LA ROSA MARCHITA.

Se enamoró mi corazón un día
De una rosa en botón, que de improviso
Trocóse en flor purpúrea, en cuyos pétalos
Se desposó la luz con el rocío.

Era la reina del jardín! Lleguéme
Para cogerla, y balanceóse esquiva,
Velándose entre el ramaje de esmeralda
E hiriéndome las manos sus espinas!

Está marchita ahora y deshojada
Por el sol, y los vientos y la lluvia,
Y hoy quiere que me acerque y la acaricie
Y que le hable amoroso y con ternura.

De su mustia corola se desprende
Aroma viejo que el amor recuerda,
Y un polvillo sutil, que es como el rastro
De glorias idas y esperanzas muertas!

Para el placer y la ilusión ya es tarde!
Seca la rosa y afligida mi alma,
Tan sólo puedo dar á la flor triste
Un beso de dolor mojado en lágrimas.

Y puede ser que así como en un día
El rocío y la luz se desposaron
De la rosa en los pétalos, celebren
Hoy sus nupcias allí el amor y el llanto ...

R. Mayorga Rivas.



Interior del Templo. La calle de Abajo. El Sr. Gobernador en Marfil. Casas en ruina.

LA INUNDACIÓN DE MARFIL

GRANDES PÉRDIDAS

Suceso verdaderamente lamentable por los trastornos que trajo consigo y las pérdidas que ocasionó, fué el ocurrido el día primero del actual en Marfil, uno de los minerales más importantes del Estado de Guanajuato.

Nos referimos á la terrible inundación que sufrió aquella progresista comarca, á consecuencia del desbordamiento del río que desemboca á la orilla del mineral y cuya corriente, la tarde del día mencionado, tomó proporciones colosales.

A las cuatro y media de la tarde comenzó á desatarse sobre el cerro de la Bufa un fuerte aguacero que envolvió la mayor parte de la ciudad de Guanajuato y los alrededores. Momentos después, el aguacero se convertía en formidable tormenta, y el río, saliendo de madre, derramaba sobre Marfil su corriente, barriendo á su paso sembradíos, casas, hombres y animales.



Casas de la Plaza Principal.

Lo inesperado de la catástrofe hizo que entre los habitantes del mineral se produjera un pánico indescriptible: familias enteras procuraban ponerse á salvo al ver sus casas, de improviso, invadidas por la impetuosa corriente. En una de las escuelas de niños, el agua alcanzó cerca de dos metros de nivel, levantó los pisos y arrastró los muebles con una fuerza increíble. El templo se inundó también por completo: en la fotografía que reproducimos, se ve la señal que dejaron las aguas en los muros, más arriba de los zócalos.

Las casas que habitaban los trabajadores de las minas, quedaron destruídas casi en su totalidad, perdiéndose con ellas cuanto aquellos infelices habían logrado reunir á costa de enormes sacrificios.

Las haciendas de beneficio de «Barrera», «Barrera Grande» y «Barrera de Enmedio», resultaron también perjudicadas á consecuencia de la inundación. En una de éstas, pasada la tormenta, se veían grandes témpanos de hielo, trozos de madera y muebles en desorden.

Los terraplenes de los tranvías que van de Guanajuato al mineral, se deshicieron al desbordarse la corriente, y hubo un instante en que los coches quedaron flotando en el agua. El cochero, después de tentativas sin cuento, logró salvarse, librando á uno de los pasajeros de ser arrollado por las aguas. El puente de hierro de «La Purísima» fué arrastrado por la terrible avenida á cincuenta metros de distancia del punto en que estaba construído. En cuanto al de San Juan, se perdió también totalmente.

No son éstos los únicos perjuicios causados



Parte posterior de las casas de la Plaza



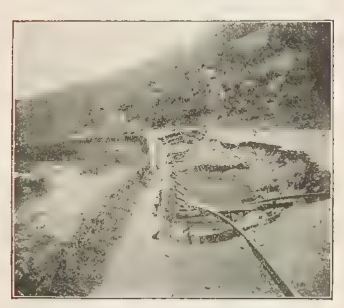
En la Hacienda de "Sacramento de Barrera"



Ruinas de "La Marfileña" Un costado de la Parroquia. Parte posterior de "La Marfileña"



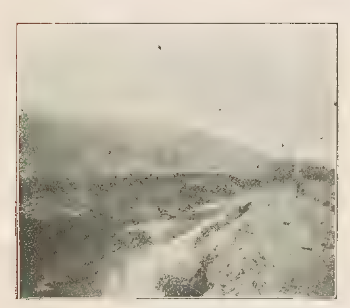
Lugar en que estaba el Puente de S. Juan.



La línea de tranvías, después de la catástrofe.



Carros volcados por la corriente.



Tramo del Ferrocarril de San Gregorio destruído por la inundación.

por el desbordamiento del río, pues todas las fincas que rodeaban la plaza principal y que eran las mejores de Marfil, quedaron reducidas á escombros. Los dueños de «La Marfileña» y «El Porvenir», unos de los establecimientos mercantiles más importantes, perdieron con este motivo sumas considerables. La línea del ferrocarril de San Gregorio sufrió asimismo grandes desperfectos.

En cuanto á desgracias personales, se recogieron nueve cadáveres, en el trayecto de Marfil á Santa Teresa únicamente; pero es indudable que el número de los que perecieron fué mucho mayor.



Locomotora aislada en un tramo de vía que destruyó la corriente.

El Sr. gobernador de Guanajuato, Lic. Joaquín Obregón González, estuvo en Marfil el mismo día en que se registró la catástrofe, para imponerse de los daños causados por la inundación y dictar las medidas conducentes á remediar los males sufridos por el vecindario.

Se ha abierto ya una subscripción para auxiliar á las víctimas del lamentable suceso, y es seguro que la filantropía acuda en esta, como en otras ocasiones, al alivio de los que, en un momento, han quedado sumidos en la desgracia.

Fiestas Religiosas en León.

LA VIRGEN DE LA LUZ.

La imagen de la Virgen de la Luz que existe en la catedral de León, acaba de ser solemnemente coronada, con asistencia de catorce prelados de las distintas diócesis del país, que fueron invitados á la ceremonia, de otros dignatarios eclesiásticos y de un número incontable de fieles de aquella ciudad y de otros puntos.

***

La función religiosa fué notable por todos conceptos. En el interior del templo se levantaron amplias tribunas para mayor comodidad de los invitados, adornándoseles sencilla, pero elegantemente, con vistosos cortinajes. Más de doscientas luces ardían en el altar mayor, lleno de candelabros cincelados y de otros objetos decorativos del mejor gusto.

Después de la procesión de la Corona, en la que formaron todos los prelados asistentes vistiendo capa pluvial, mitra y báculo, los canónigos de la catedral y las asociaciones religiosas, se entonaron algunos coros y dió principio la misa, en la que ofició el obispo diocesano. Esta fué la de Palestrina y se cantó por sopranos, contraltos, tenores y bajos.



La ceremonia de coronación de la imagen se verificó en medio de un profundo silencio. El señor Obispo Ruiz tomó la corona y la colocó en los tres puntos de apoyo que forman las manos de los ángeles que la sostienen sobre el marco. Esta joya es valiosísima, fué hecha en Nueva York y se empleó en el trabajo más de un año. La banda baja contiene 20 diamantes, 10 rubíes y 10 zafiros; la parte mayor, que consiste en diez paños anchos y otros angostos, tiene 20 diamantes y varios adornos artísticos, como cabezas de ángeles y flores de lis. Estos paños lucen brillantes y zafiros, y el centro de la roseta un rubí valiosísimo rodeado de ricas piedras.

Las demás partes de la corona están, asimismo, adornadas con piedras preciosas y son de magnífica hechura.

Al terminar la coronación, se escuchó en el templo un prolongado aplauso. El acta que se levantó con motivo de la ceremonia, está firmada por los Sres. Arzobispos Gillow, Silva, Garza Zambrano, Zubiría, y Ortiz, y por los Sres. Obispos Camacho, Ibarra, Mora, Plancarte, Fierro, Anaya, Fernández, Orozco, Reinoso, el Metropolitano y Granjon, de Tucson [Arizona].

En el Seminario Conciliar se sirvió á medio día un banquete que ofreció el Sr. Obispo de León con frases sentidas.

***

La coronación de la Virgen de la Luz ha sido, sin duda, una de las ceremonias religiosas más notables de los últimos años, pues raras veces se ha desplegado, en festejos de esta naturaleza, el lujo y el esplendor que revistieron las solemnidades á que nos referimos. Por otra parte, la asistencia de catorce prelados al acto de la Coronación, y de otras muchas personalidades del clero mexicano, contribuye á hacerlo más notable revistiéndolo de la más alta importancia para los católicos.

(Fotografías del "Semanario Literario Ilustrado")

El sueño de Venecia.

Alma mía:—dulce y triste criatura de boca florida y grandes ojos del color de la obsidiana;— forma leve que envuelta en un tul argentado, vi una noche en un claro de luna: — tú tienes la blancura diáfana de los lirios acuáticos y el perfume de los cálices de las rosas; tú que amas el silencio sobre todas las banales melodías del mundo.....el hondo silencio que habla un lenguaje recóndito y tiene la elocuencia sobrehumana del misterio!... —Alma de amor, ven conmigo, en esta solemne hora nocturna, al país perfumado de los sueños....

Bajo la ardiente cúpula del cielo vaguemos en una góndola blanca por los canales inmóviles de Venecia dormida. Gocemos del supremo encanto de la ciudad única; de la contemplación de su hermosura legendaria é inolvidable. Yo impulsaré suavemente el esquife con un remo de marfil, y surcaremos las aguas azules como si nos guiara el cisne de Lohengrin. Siéntate junto á mí, tan cerca que mi corazón oiga el latido del tuyo y acaricie mi rostro el hálito de tus labios bermejos......

Vaguemos como dos sombras, frente á los palacios de arquitecturas fabulosas; frente á la gloria estupenda del mármol, multiplicada en los arabescos, en las columnatas y en los magníficos rosetones de las torres. Mil sueños fúlgidos incendiarán mi fantasía y mi alma se poblará de perfumes y de imágenes inefables. Evocaré la memoria de mis lejanos anhelos y sentiré florecer de una manera divina mis tristezas en el sereno ambiente de inmortal poesía. Evocaré los recuerdos de las leyendas amorosas; y no veremos revolar sobre nuestras cabezas las sagradas palomas de San Marcos en las claras mañanas de septiembre, ni pasar junto á nosotros bellas vírgenes vendiendo cestillas de violetas. No veremos el esplendor de las fiestas fastuosas en los palacios de oro y de mármol, ni en la obscura noche pasar las góndolas fugitivas, consteladas de luces de colores, comovisiones ilusorias......

No. Apenas oiremos, en las altas horas, surgir del hondo silencio del cielo y de las aguas el rumor de una góndola que se desliza tenuemente, como una flor impulsada por el céfiro sobre la superficie de un estanque......

Después llegará á nuestras almas una musica léjana y sutil como su milagroso encaje de armonía; una música honda y ligera que parece aletear en el espíritu y que recibe el tímpano como una caricia embriagadora. Melodía aérea, cercana y distante, que tiene la dulzura de los besos y la amargura de las lágrimas; que es tristísima, y habla, sin embargo, de alegrías inmortales...: melodía que ríe y que llora, que es mundana y mortuoria, y dice á las almas profundas cosas misteriosas que no son de la tierra.

Es la antigua serenata veneciana, llena de palabras ardientes sollozadas al ritmo lento del bandolín polífono; la canción amorosa del Adriático, llevada sobre las olas azules por los vientos nocturnos; la voz del espíritu y del deseo, prodigiosa y dulce en esa hora en que la luna borda fugaces flores de plata sobre los muros de piedra.

De pronto, en lo alto de un palacio se abre una ventana gótica coronada de tréboles, ceñida de jaspes. Y aparece una blanca beldad—visión de nieve y de luz— que se inclina hacia la góndola inmóvil, sobre la que deja caer una escala de seda...El amante sube por ella;—la ventana se cierra; todo queda en silencio...

Todo queda en silencio, Alma mía. Solamente oigo la voz de tu corazón. Acércate más y tiende sobre mí el manto de tu cabellera castaña... Continuemos nuestro viaje por los canales callados, bajo la luna fantástica.... Y con las manos unidas y los labios juntos, guardemos silencio y soñemos un sueño milagroso de dolor y de amor, del que sólo debemos despertar en un país de sombras, fríos y pálidos, en los brazos de la Muerte......

FROILAN TURCIOS.



La coronación de la Virgen de la Luz.—Aspecto de una calle.

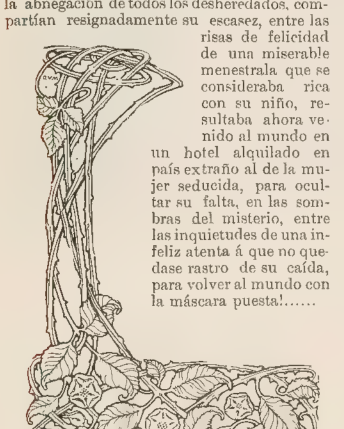


Grupo de Arzobispos y Obispos que concurrieron á las fiestas de León.

Los de la Guardilla.

I

La noticia de que aquel honrado y vulgar apellido de Rodríguez que había llevado siempre, no era el suyo, y de que le correspondía nada menos que el muy ilustre de Guevara de Silva, le produjo al pobre pintor de puertas el efecto de un mazazo descargado sobre el cráneo de improviso. La nueva era tan estupenda, que le anonadó, y necesitó ver en su casa el notario para convencerse de que no padecía una pesadilla terrible. Cómo! El, que se creía nacido allí, en la humilde guardilla, á la luz del día, de los amores castos de dos artesanos que, con la abnegación de todos los desheredados, compartían resignadamente su escasez, entre las risas de felicidad de una miserable menestrala que se consideraba rica con su niño, resultaba ahora venido al mundo en un hotel alquilado en país extraño al de la mujer seducida, para ocultar su falta, en las sombras del misterio, entre las inquietudes de una infeliz atenta á que no quedase rastro de su caída, para volver al mundo con la máscara puesta!......



Pasado su estupor, con un sollozo en el pecho, que se hinchaba y crecía como una ola próxima á romperse, sintiendo en el alma el escozor de una herida que manaba sangre, habló con sus padres adoptivos y les exigió la verdad desnuda por cruel que fuera. El desgraciado matrimonio, otro pobre pintor de brocha gorda, al que él debía las enseñanzas del oficio, y una sencilla é ingenua planchadora, resistiéronse cuanto les fué posible á la confidencia, no queriendo ser ellos mismos los que descorrieran el velo que cubría la triste infancia del muchacho.

—Yo les agradezco á ustedes esa piedad, les dijo el joven; pero es inútil. ¿No sé ya la verdad? Pues quiero conocerla con todos sus detalles.

No se convencieron ni el marido ni la mujer; escucharon con la cabeza baja, él dándole vueltas confuso á la gorra, y ella llorando hilo á hilo. Representaban ambos en aquel sombrío drama de familia la parte generosa y noble, y parecían, por el contrario, los culpables, en fuerza de compasión por la criatura á quien habían criado en su hogar. Al cabo, pregunta por pregunta, acosando á sus padres adoptivos, pudo reconstruir el pasado y supo que, realizado su nacimiento clandestino, quizás sin tiempo para recibir un solo beso de su madre, fué depositado en el torno de la Inclusa; que dado á criar fuera del establecimiento á la planchadora, que acababa de perder un hijo, cobróle ésta tanto cariño, que no quiso devolverlo á la casa y se quedó con él, prohijándolo en debida regla el matrimonio y acordando ocultarle la verdad de su origen, para evitarle la tristeza y el rubor de su desgracia cuando llegara á grande y se hiciera un hombre; una hermosa historia de abnegación, en suma, llevada á cabo con ese santo heroísmo del pobre que acomete los mayores sacrificios por enjugar unas lágrimas que nada le importan y que no ha contribuído á verter.

¡Gastos, hambres, angustias, toda una serie de dolores sufridos con paciencia, viendo al niño desarrollarse, colorado y rollizo como un rollo de manteca, y cuando recogían el fruto de sus desvelos, le perdían! El pobre pintor no pudo despegar la lengua, y de que sus padres concluyeron su confesión, les abrió sus brazos, en los que ellos se precipitaron, balbuceando:

—¡Quién había de decirnos que nos quedaríamos sin ti!

II

Resultó una escena imponente. Reconocido el hijo, el padre quería verle, y le llamó á su palacio. El pintor acudió indiferente y sereno, sin odios, pero sin amor al hombre á quien debía la vida. Este nombre de padre, cayendo de pronto sobre él desde la opulencia, no le decía nada al alma; le sonaba á hueco. El cariño filial no se injerta, se siembra. Una mañana fuése, pues, allá el pobre muchacho, acompañado de los artesanos, que no quisieron dejarle solo.

El únicamente llegó hasta la alcoba de su padre.

Los artesanos se quedaron con el mayordomo del señor en una pieza cualquiera, encogidos, sin atreverse á respirar fuerte, dispuestos á andar de puntillas, aturdidos por aquellas alfombras en que se hundían sus pies, por aquellos espejos en que se veían, por aquel lujo. El pintor entró en el dormitorio de su verdadero padre, latiéndole con fuerza el corazón. ¡Al fin la naturaleza hablaba, aunque con voz débil! Un hombre en la madurez de su vida, que debió de ser apuesto y guapo, pero que era ya una ruina, aguardábale medio levantándose en un sillón, en el que permanecía clavado por la gota.

El pintor contempló á su padre con profunda lástima, y adivinó él en seguida al calavera impenitente, envejecido antes de tiempo, al Don Juan eterno, arrollado á la postre por su mismo libertinaje, viendo la muerte próxima y queriendo á última hora, ante el precipicio á que voluntariamente había corrido, reconciliarse con Dios, ponerse bien con su conciencia. La postrer esperanza del muchacho, de ser al menos fruto de un amor contrariado, se desvaneció en el acto. Resultaba doblemente hijo de la sensualidad.

El pobre enfermo abrió los brazos, con los ojos llenos de lágrimas. Sentía, ya tarde, despertarse el único amor puro de su vida.

—¡Hijo mío! exclamó.

El pintor se dejó abrazar y abrazó, pero á su pesar resultó frío, y un supremo desaliento se asomó al rostro de su padre; vinieron después las explicaciones, las historias, los secretos revelados, todo un mundo de lágrimas y de miserias, de otras miserias hediondas y en nada parecidas á las trasparentes de la guardilla. La sociedad, el respeto debido á blasones y apellidos ilustres siempre limpios, una porción de disculpas del nefando delito perpetrado en la sombra y continuado en la sombra, para salvar el honor de una mujer que ya no existía, que se hundió en la tumba, inmaculada en la apariencia, porque las manchas de la conciencia no las ven los demás...... El muchacho oyó en silencio, agradeció el reconocimiento, más impuesto quizás por la muerte, por el miedo al castigo eterno, por las mordeduras del arrepentimiento, que por el amor; agradeció el nombre y la fortuna, pero manifestó su propósito inquebrantable de continuar lo mismo que hasta entonces. Fueron vanas las súplicas del enfermo, sus lágrimas. El vendría á verle, estaría siempre á su disposición...le querría, y afirmó esto con gran trabajo, haciendose una violencia horrible, por caridad. Su padre comprendió que todas sus instancias se estrellarían ante aquella voluntad de acero, y dejándose caer en la butaca, murmuró con desesperada amargura:

—Es justo!...... Es mi castigo!

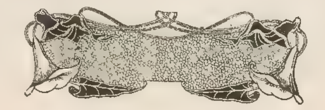
Había concluído la entrevista. Despidióse el pintor del aristócrata y salió de la alcoba, reuniéndose con los artesanos, que, llorando en silencio, con disimulo le preguntaron anhelantes:

—¿Qué?

El pintor no les contestó nada al pronto. Les hizo salir del palacio, y ya en la calle, les dijo con infinita ternura:

—¿Qué?...... ¡Pues que no lloren ustedes más, que yo no me separaré nunca de su lado!......¡Que yo no tengo más padres que los de la guardilla!

Alfonso Pérez Nieva.



LA CORONACION DE LA VIRGEN DE LA LUZ.—Aspecto del Presbiterio de la Catedral al leerse el acta de la ceremonia.

MINIATURA.

Entre la alegre turba del festín, sorprendí la mirada de unas pupilas azules que se clavaban en las mías.

Luego, suspirando con tristeza, la vi llevarse el dorso de su mano hacia los ojos y limpiarse una lágrima.

Palpitante de emoción, pensé entonces que era el amor que llegaba. ¡Cómo desfallecía mi alma en aquellos momentos! Mi pobre alma abandonada!

—Oh mi dicha! la dije dulcemente, lleno de rubor. ¿Por qué me miras así?

—¿Sabes por qué? me contestó. Porque tus ojos negros y pensativos me recuerdan los de mi pobre Juan. Oh! los ojos siempre tristes de mi amado......

Rafael Angel TROYO.



EL CONVENTO.

El Desierto de los Leones.

POCOS lugares, en nuestro país, ofrecen panoramas tan bellos y variados y reliquias históricas tan interesantes, como el Desierto de los Leones, punto hermosísimo de las cercanías de México visitado con relativa frecuencia por las familias y por los turistas.

Nada hay, en efecto, comparable á ese derroche de galas de la Naturaleza, en todo el Valle, quizás en toda la República: poblado de árboles gigantescos que dan sombra y frescura á aquel recodo de la sierra maravillosamente fecundo, atrae desde luego y se impone al espíritu despertando la idea de lo grandioso, con sus arcadas de verdura espléndida y su suelo cubierto de flores y de musgos.......

***

De una quiebra del camino surge, imponente, el viejo convento de carmelitas descalzos, edificado en aquel delicioso retiro en los primeros tiempos del gobierno colonial. A la entrada, ruinosa y ennegrecida por el tiempo, se conserva en pie todavía la capilla que para los profanos construyeron los religiosos: sus paredes, cubiertas de heno y de hierbas, denotan el abandono en que yacen las ruinas, cobijadas piadosamente por uno que otro arbolillo que se antoja el guardián de un sepulcro......

La entrada al convento, á la que se llega por una amplia escalera, nada tiene de notable: un arco sólidamente construído, esto es todo. Después, un zaguán, y una pieza á la derecha; en seguida, el patio, cuadrilátero, en que probablemente estaba plantado un jardín.

El interior...... es un laberinto; un laberinto en el cual, el que por primera vez visita



Grupo de excursionistas.

aquellos lugares, se pierde: puertas, arcos, ventanas, celdas, bóvedas, patios; todo parece igual á lo que antes se ha visto; nada hay que sirva de punto de mira para orientarse allí...

De boca de algunos montañeses hemos recogido una tradición que consignamos, no á título de verdad histórica, sino como página arrancada al libro de anécdotas que guardan los sencillos moradores de aquel punto.

En aquel tiempo—los primeros tiempos de la Colonia—salió de la capital de Nueva España un religioso que se dirigió, en busca de un campo fértil y apartado del bullicio de la Metrópoli, hasta aquellos lugares. Subió las primeras montañas, llegó á la altiplanicie desde donde México se ve tendida como en un lecho de esmeralda, y no encontró en su camino alma viviente que le brindara abrigo en su choza, ni agua que beber, ni lumbre á que sentarse por las noches...... Las montañas más inmediatas á la capital eran muy áridas; un poco más allá, eran fértiles.

Un día, al caer la tarde—sigue la tradición, —el religioso se encontró en el «Desierto», descendió hasta el sitio en que se ven las ruinas, y allí halló el agua en abundancia, hierbas alimenticias y árboles cargados de frutos, y dió gracias á Dios por haber encontrado aquel asilo y refugio contra todos los males y las asechanzas del mundo.

Bien pronto llevó á otros religiosos, y se formó una comunidad; un ejército de indios comenzó á levantar el convento, colocándose solemnemente la primera piedra del edificio á principios del siglo XVII, según reza una lápida que á duras penas puede hoy descifrarse. Se ve en ella el apellido «Mendoza» y la fecha 23 de enero de 1606. Las abreviaturas hacen más difícil la lectura de esa curiosísima inscripción. Probablemente, el Virrey Don Juan de

Mendoza y Luna fué el que colocó la primera piedra.

***

Entre las dependencias notables del vetusto convento se encuentran, por lo demás, el subterráneo, que es un segundo edificio y que se halla, en parte, derrumbado; y la «Capilla de los Secretos,» en que se observa un curioso fenómeno de acústica: de una extremidad á la otra se percibe el más ligero sonido.

Las bóvedas son una positiva curiosidad y al mismo tiempo una obra maestra de arquitectura; su construcción es muy atrevida, están «voladas.» Las cúpulas son majestuosas y se conservan perfectamente, llenas por dentro y por fuera, de innumerables inscripciones.

Hace algún tiempo se establecieron en el interior del edificio unos hornos para vidrio, y esto contribuyó á que las capillas y las celdas sufrieran un deterioro lamentable.



La Capilla de los Secretos.

Volveremos á ocuparnos del «Desierto de los Leones» al dar á conocer algunas otras fotografías del pintoresco lugar, tomadas expresamente para «El Mundo Ilustrado.»

LA CANCIÓN

DEL GITANO

Mientras la niña
borda el pañuelo,
desde las ramas
del árbol seco
que tristemente
se mece al viento,
dos pajarillos
ven en silencio
de la doncella
los rizos negros,
la falda blanca,
el albo cuello,
las manos suaves,
los finos dedos,
que van y vienen
sobre el pañuelo......

Como las aves,
ha mucho tiempo
que cuando paso
lo mismo veo......
Tendrá la niña
los ojos negros?
sus dulces labios
¿serán tan bellos
como las flores
color de fuego
de los granados
y los mastuerzos
que tras la tapia
ó entre los setos
tal asemejan
soles pequeños? ....

¿Será su frente
como el reflejo
que á veces vaga
sobre el sendero
cuando la nieve
tendió su velo
y á media noche,
como en los sueños,
mientras la luna
se alza en silencio,
sus rayos bajan
buscando el suelo
y entre la nieve
dejan un beso?......

Su rostro amado
es un misterio......
tanto se inclina
sobre el pañuelo,
que sólo he visto
sus rizos negros
cayendo en ondas
sobre sus dedos......

En vano agito
y alzo el pandero;
en vano el oso
gasta su ingenio......

—Aquí, Nelusko!
venga el sombrero!
baile una jota!
¡hágase el muerto!...

Y el oso, grave,
que toma en serio
cuantos papeles
para él invento,
hace piruetas,
baila un bolero,
pide la mano,
toca en un cuerno,
y en un platillo
junta el dinero,
mientras las risas
de los chicuelos
que en ondas suben
al firmamento,
muy pronto apagan
los roncos ecos
que por los aires
dejó el pandero......

Mas todo en vano;
en vano vengo,
en vano el oso
gasta su ingenio......

Como las aves,
ha mucho tiempo
que cuando paso,
tan sólo veo,
cual mariposas
que junta el viento,
sus manos blancas
de finos dedos
que van y vienen
sobre el pañuelo......

María Enriqueta.



Un ángulo de la capilla principal.



SONETO

El Presidente de la Real Academia Española ha escrito con motivo de los Juegos Florales de Segovia el siguiente soneto:

¡Oh! los que osáis, modernos trovadores,
Disputarme la flor tan deseada,
Que si pasa á las manos de mi amada,
La ensalzaréis por Reina de las flores.

Sabed que ella me inspira; en mis amores,
Fantástico amador, la vi creada
Para ser por el mundo coronada,
No por sólo el Eresma y sus pastores.

Obra humana no fué la hermosa mía;
La sacó un ángel, que bajó del cielo,
De un mármol que labró su fantasía.

Mas por que otro ejemplar no viera el suelo,
Al volverse al Señor, de quien venía,
El divino escultor rompió el modelo.



Vista exterior.—Las bóvedas del Convento.

EN EL CONSERVATORIO.

Publicamos hoy una fotografía del grupo coral de alumnos que forman el Orfeón del Conservatorio Nacional de Música, con motivo de los lucidos exámenes que sustentaron días pasados.



El Orfeón del Conservatorio.

Los ejercicios de prueba constituyeron una verdadera audición, altamente ovacionada por el numeroso público que llenaba el salón de actos.

El Orfeón cantó once números del hermosísimo oratorio de Méndelssohn «Paulus,» de factura exquisita y sentimentalismo admirable. La señorita Julia Zepeda y el alumno M. Bech, como solistas, obtuvieron nutridos aplausos.

EN EL COLEGIO MILITAR

EJERCICIOS HÍPICOS.

En poquísimos establecimientos de instrucción se aprovechan las horas de trabajo como en nuestro Colegio Militar, y de ello dan prueba los magníficos resultados que, año por año, ofrecen los exámenes de este plantel.

En el programa de sus estudios ocupa naturalmente y desde hace mucho tiempo un lugar principalísimo la cultura corporal, sin que por esto la intelectual se vea desatendida en lo más pequeño.

Pasaron ya los tiempos en que los mejores soldados eran los más vigorosos, los que mayor número de enemigos podían abatir al empuje de su lanza, los más astutos y enérgicos en el cuerpo á cuerpo, y al cultivo de estas virtudes reducíase casi la educación del guerrero.

Hoy, como es natural, los tiempos han cambiado; las famosísimas «cargas» de Hoche ó de Murat, que tantos éxitos conquistaron, no tuvieron enfrente el Maüser ó el Lébel de nuestros contemporáneos, y el general Murat pudo, de este modo, llegar mil veces á las filas de sus enemigos, á la cabeza de sus dragones, sin que un proyectil certero le detuviese en su triunfante ataque.

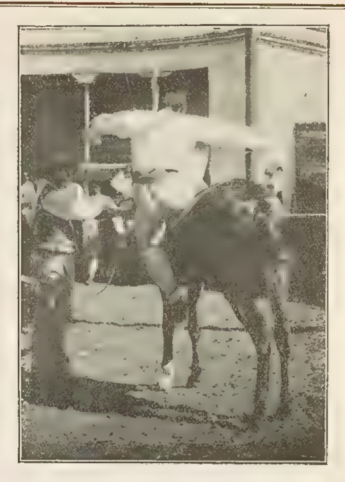


Sin embargo de las actuales condiciones, la energía física del soldado es aún un elemento indispensable en él, y así lo estiman todas las naciones adelantadas. El soldado debe manejar con maestría el fusil; debe estar al tanto de la Topografía y de la Fortificación, de la construcción de puentes y de la Telegrafía; pero al mismo tiempo debe ser sano, robusto, ágil,



acostumbrado á las fatigas y animoso para intentar los mayores esfuerzos. La vida al aire libre y siempre en acción, le instruye y vigoriza; los ejercicios atléticos perfeccionan su vista, afinan su oído, educan su tacto y desarrollan, en fin, sus facultades todas.

Por tal razón, la clase de Hipología forma parte del sistema de educación seguido en el Colegio Militar. No basta que el soldado sea sobrio y sufrido, cualidades que, por fortuna, son peculiares de nuestro Ejército; es preciso, además, que desde el general en jefe hasta el último individuo de tropa, puedan en un momento dado luchar contra obstáculos para los cuales sólo se requiere vigor y habilidad físicos.



Las «instantáneas» que reproduce hoy esta plana de nuestro semanario, darán idea á los lectores, de la práctica de Hipología, obligatoria para todos los alumnos del Colegio Militar.

En los primeros días de la semana que acaba de transcurrir, tuvieron lugar los exámenes de esta materia.



Los cadetes, en general, demostraron notables adelantos.

EN HONOR DEL GOBERNADOR DE OAXACA

Con motivo del día onomástico del Sr. Lic. Miguel Bolaños Cacho, Gobernador interino de Oaxaca, muy querido en aquel Estado, se celebró en el Palacio de Gobierno un suntuoso baile, al cual concurrieron numerosas familias de la mejor sociedad. Las señoritas vistieron lujosos trajes, de fantasía.

En uno de los sitios más pintorescos de los alrededores se verificó, además, un día de campo en que reinó la más franca animación.

Publicamos un pequeño grupo de señoritas concurrentes al baile, y otro, más numeroso, de las familias y caballeros que asistieron al día de campo.





EL BAILE EN OAXACA.—Un grupo de señoritas.



Los concurrentes al día de campo.



LA SILENCIOSA

Castillo de la Serraz. 14 de mayo de 1857



QUINCE días hace ya que las autoridades federales nos recluyen en este viejo rincón perdido.

Todo un pequeño mundo de republicanos y de revolucionarios: franceses, austriacos, venecianos, polacos, rusos, acuartelados con nosotros en los antiguos salones en que antaño florecieron los señores de la Serraz y sus respetables soldados. No se sabría, en verdad, idear una tiranía más encantadora. Nuestros guardianes llevan hasta el extremo su cuidado para los «cautivos.» Estas buenas gentes están orgullosas de tenernos, y la población vecina nos saluda respetuosamente, con el sombrero en la mano, cuando nos ve salir; pues nosotros salimos cuando nos place, y nuestra palabra basta para garantizar todas las licencias. Yo mismo, días pasados, llegué mucho después de la hora de la cena, y he encontrado al viejo guardián Mermoz en actitud melancólica.

—Vuestro guisado estará frío ya, señor Durville......y mi esposa se había esmerado......

Compartí con él su pena, prometiéndome no volver á entrar después de las siete.

El país es un encanto. Un lago fresco, claro, impresionable á los cambios del cielo, igual á una criatura viviente; parajes en donde pasta el ganado y se hace oír la soñadora vibración del cencerro, y cien montañas en el horizonte, verdes, violáceas, cubiertas de nieve, en donde cada aurora y cada crepúsculo renuevan sus vastas, sutiles y divinas decoraciones de luz. Además de esto, un tiempo á la medida del deseo, propicio á los ensueños y á las divagaciones; una dulce sonrisa de primavera, de cuyo seno surgen las primeras florecillas, á los bordes del agua temblorosa.

En cuanto á mis compañeros de destierro, casi todos son personas agradables. Salvo dos ó tres fanáticos. de aquellos que engendran las enfermedades del hígado y el estómago, son en su mayoría hombres alegres, ruidosos, bastante habladores, buenos teorizantes, que sólo se vuelven fastidiosos cuando las discusiones políticas se prolongan demasiado.

Casi todos, como vulgarmente se dice, dispuestos á «estrangular al último cura con las entrañas del último rey»—en teoría. Hay, sobre todo, un gigante ruso, con cabeza de león, gran melena, ojos fulgurantes, voz furibunda que entona canciones terribles......«Los empalaremos......los ahorcaremos......los degollaremos......», á la manera de aquellos guerreros australianos que juran durante tres días y tres noches «romperse los brazos, romperse las piernas, romperse la cabeza, romperse el espinazo, etc., etc.,» y acaban por romper juntos el lazo de la amistad. En espera de la sangrienta matanza, el buen Retchnikoff devora cada día diez libras de carne, dos docenas de huevos, un pan de cuatro libras, seis kilos de frutas y legumbres, y bebe diez litros de vino y cerveza, pasmando de admiración y asombro á los dos guardianes, á los gendarmes y á las esposas de éstos, á quienes llena de propinas, pues su familia posee cien leguas de bosques, de trigales y de ríos repletos de pesca en Rusia.

27 de mayo.

Dos nuevos prisioneros han llegado á La Serraz. El primero, el doctor Ojetti, un veneciano afiliado al carbonarismo y varias veces sumergido en los calabozos de Austria, es un hermoso viejo al estilo de su país: vivo, seco, ojos entenebrecidos, gesto encantador, palabra fácil, salpicada de metáforas y superlativos, inteligencia clara y penetrante, nutrido al mismo tiempo de ciencia, de arte y de literaturas antiguas; entusiasta asimismo, lleno de ilusión respecto á la unidad italiana y siempre dispuesto á sacrificar la vida ó la libertad en aras de sus creencias. El otro cautivo—una cautiva—es la misma hija del doctor, admitida en La Serraz por favor especial, á condición de vivir con las hijas del guardián Mermoz.

Francesca Ojetti es, por todos conceptos, deslumbradora.

El día y la noche se escapan á la vez de sus hermosos ojos color de ametista, su tez supera en transparencia y suavidad á los pétalos de la rosas alpinas; cada uno de sus gestos y sus ademanes acusa al momento el exquisito cuidado que la naturaleza ha tenido en perfeccionarla. Peculiaridad suya también es la de permanecer casi siempre silenciosa; rara vez se escucha su voz, en que se mezclan las vibraciones del oro y el flexible acento del agua que corre. Es triste, pero no con esa tristeza que oculta casi siempre un mal físico; por el contrario, surge de ella una saludable harmonía, una gracia divina y fuerte. No evita la presencia ni la conversación de las gentes; pero en su actitud desconcierta las almas superficiales, á pesar suyo. Siempre acompañando á su padre en todas sus salidas, sea en los corredores y jardines del palacio, sea á través de las praderas y de los bosques, deja adivinar que abriga hacia el autor de sus días un amor que es más bien una religión.

Naturalmente, toda la banda de prisioneros se halla en éxtasis ante esta admirable veneciana; el mismo Retchnikoff ha olvidado sus sanguinarios refranes y sus propósitos aterradores; los jóvenes adoptan la actitud de Romeos, y los viejos no descuidan la menor apariencia. El doctor ha venido á ser el soberano absoluto de La Serraz; con la particularidad de que, acostumbrado á estos cumplidos de carambola, no les concede gran importancia. E ignoro por qué soy el preferido de este buen viejo, que me ha hecho acompañante suyo en



todos sus paseos, por qué me estrecha la mano como á ningún otro y aun logro algunas de las raras sonrisas de la joven.

Salimos los tres, cuando declina la tarde, cuando el sol finge mil cambiantes en el horizonte, y las montañas, coronadas de hayas y abetos, alargan sus sombras sobre las planicies.

Ojetti charla sin descanso; su alma es un vivero de anécdotas y un almacén inagotable de recuerdos; su conversación bulle, se agita, reluce, y hace ver en un instante mil siluetas de seres, mil acontecimientos, mil aspectos de alma. Este hombre es un maravilloso educador; no sabría lanzar una idea sin darle la agudeza, la forma, el gusto que la hacen penetrar como una obra de arte y saborearla como una golosina.

Y Francesca, silenciosa, escucha. Nunca

habla más que para contestar; jamás expresa el deseo de manifestar el gozo, la melancolía ó el enternecimiento que se reflejan en sus bellos ojos, donde se encierran las harmonías de la luz entre las sombras tremulantes. Su alma me llena de una dulce inquietud; quisiera conocerla, y, sin embargo, encuentro en su misterio un adorable encanto; acaso, ó sin duda alguna, rehusaría yo á aquel que me ofreciese la facultad de penetrar el secreto de esta deliciosa mujer. Es muy inteligente; sus contestaciones, justas, de una elegante concisión, encierran en sí una mezcla de timidez y atrevimiento.

Y yo no pienso más que en ella; mi corazón se ha tornado realmente insoportable; el universo ha crecido para mí; me parece escuchar interiormente el rumor de todos los siglos, de todas las dolorosas y magnas generaciones que vivieron y murieron para que el amor fuese más hermoso, para que la historia del esposo y la esposa fuese tan vasta, tan bella, tan harmoniosa como los abismos constelados de estrellas.

18 de junio.

Sin embargo, es verdad! El misterio me ha hecho objeto de su preferencia; los profundos ojos de ametista se iluminan al mirarme; la sonrisa es confiada; sobre el rostro fulgurante mi llegada hace asomar algo como una dulce bienvenida. Cuando la veo de lejos, mi corazón se llena de espanto; pero de cerca, me recobro por completo, como al borde de un precipicio sembrado de trepadoras en flor. Y Francesca no hace ningún esfuerzo para disimular su alegría: la más ligera sombra de coquetería está ausente de todos y cada uno de sus ademanes. Vive en su belleza como un rey poderoso en su imperio; ignora ó quiere ignorar toda seducción reflexiva, que, por otra parte, sería bien inútil, pues que posee, para ganarse á todas las almas, su dignidad y la fuerza invencible de su silencio.

25 de junio.

He gustado por vez primera, como un favor divino, aquella dulce acogida que asomara en los labios de Francesca. Mas la angustia me ha penetrado también; la misma franqueza de la joven se ha vuelto un suplicio para mí; temo que llegue algo que es lo peor para aquellos que aman: la falsa separación—esa cruel familiaridad que la amistad engendra y que, al prolongarse, excluye toda esperanza de un afecto más vivo y consolador. Aún podría yo



resignarme, pues concibo como «demasiado hermoso» un porvenir en que se mezclara el amor de esta maravillosa criatura, y, por lo demás, siento, sé que Francesca no se casará nunca por pura amistad: que antes permanecerá siendo la feliz y devota compañera de su padre.

II

1o. de julio.

Hemos subido hoy hasta la aldea de la Meseta; la montaña reviste su gran túnica deslumbradora, sembrada de todas esas flores silvestres que se mecen en los débiles tallos, de todos esos fragmentos de luz, de todos esos pequeños breñales que hallan su instante de gloria sobre el agrio flanco de la roca, en los minúsculos jardines colgantes hechos del polvo de las piedras pulverizadas átomo por átomo á través de los siglos. Las hayas se yerguen como un ejército en batalla; los abetos se estremecen, todos en un mismo movimiento, al paso de la brisa estival. Nos hemos detenido al borde de un torrente, contemplando las agitadas ondas, y Francesca ha franqueado el puente y se ha puesto á tomar un boceto al carbón.

Ojetti, interrumpiéndose en medio de su jardín de anécdotas, me ha dicho:

—Estáis pálido y triste. No creéis que acaso os sería fácil confesaros conmigo?

Yo le miré. Sentíame sin aliento, paralizada la sangre en mis arterias, abrumado al peso de mi angustia, y le respondí:

—No podéis adivinarlo?

—No «debo» adivinarlo. Vuestro dolor no aumentará por haber sido confiado. No estáis seguro de mi simpatía hacia vos?

Entonces le hablé muy bajo, casi al oído, y él me replicó tiernamente:

—Soy todo vuestro, y, por otra parte, abrigo una gran esperanza. Sin embargo, no quisiera yo pesar un solo escrúpulo en el destino de Francesca, ya que tengo demasiada autoridad sobre ella. Queréis hablarla vos mismo?

—La hablaré.

Hallábame presa de profundo terror. El misterio era más profundo; sentía el abismo ahondarse bajo mis pies. En el momento en que me acercaba á la joven, parecióme escuchar cerca de mí las palabras del Gran Maestro: «Lasciati ogni speranza,» y fué en verdad á la puerta del Infierno á donde llamaba, cuando hube llegado al otro extremo de la pradera.

Al acercarme, Francesca cesó de dibujar. Levantó hacia mí el rostro, y en sus ojos en que aún se advertía la abstracción de su trabajo, vi que ella no tenía ninguna idea, ningún pensamiento de lo que iba á decirla, y sentíme turbado de pronto. Ella advirtió mi turbación, y una sombra de inquietud se extendió sobre su frente.

La hablé, trémulo en un principio, más tarde, hallando algún calor para ofrecerla mi vida; y á medida que yo hablaba, ella palidecía más y más. Cuando terminé, estaba ella ante mí, inclinada la cabeza, las manos trémulas, su divina boca contraída por un gesto de terror. Guardaba silencio; parecía no querer ni poder formular una respuesta.

Y yo añadí:

—Os he ofendido?

Ella respondió al cabo, á costa de un esfuerzo:

—No, no me habéis ofendido.

—Puedo concebir alguna esperanza?

—No puedo responderos; lo ignoro tanto cuanto ignoro todo mi porvenir.

Yo repuse, desalentado y humilde:

—No es más que la ignorancia? No sentís más bien que yo no puedo haceros feliz?

—En este momento yo no siento nada, ni en contra ni á favor de vuestra persona......

—Estáis mortalmenle pálida, cual si os hallaseis dominada por el horror.......

Ella bajó sus ojos llenos de sombra.

—Os equivocáis: no es el horror; es el espanto.—(CONCLUIRÁ.)

J. H. Rosuy.

[Traducción de "El Mundo Ilustrado."]



Muy tarde, en las noches
Del invierno tétricas,
Cuando el viento gime
Y gimiendo besa
Los desiertos nidos
En las ramas secas,
Cuando todo calla
Y se oculta y tiembla
Y la nieve cae
Silenciosa y lenta,
De la mar emerge
En las olas trémulas,
La barca fatídica,
La góndola negra.

Los niños que mueren
Y sus cunas dejan
Y por miedo al frío
Se van de la tierra,
Sus alitas puras
Agitando, sueltan
Esas plumas diáfanas
Que caen cuando nieva.
Abajo las gentes
De pavor se hielan,
Entran en sus casas
Y cierran las puertas;
Luego junto al fuego
De las chimeneas,
Se agrupan los chicos
Y el abuelo cuenta
Un cuento que llama:
La «Góndola Negra.»

«En invierno—dice
Con turbada lengua—
En invierno, triste
Cada vez que nieva,
Cruzan en silencio
Las calles desiertas
Procesiones largas
De ánimas en pena.
Salen de poblado
Y van á la selva
De árboles desnudos
Y altos, que semejan
Turbas de esqueletos
En macabra fiesta.
Después á la playa
Las ánimas llegan
Y allí se arrodillan
Y lloran y rezan......
¡Pobres! Son las ánimas
De los que en la tierra
Se hurtaron infames
Las cosas ajenas;
De los que marcaron
Con sangre sus huellas,
De los que perjuros
Llenaron de afrenta
A la virgen cándida
O á la esposa tierna!
....

Llorando y rezando
En la playa esperan,
Hasta que en silencio
Viene y se las lleva,
La barca fatídica,
La góndola negra.»

Usted que es dichosa,
Usted, Luisa bella,
Que en su hogar tranquilo
Amorosa reina,
No sabe esas cosas
(Ni nunca las sepa!)
Que llenan de luto
La faz de la tierra.
....
Cuando del invierno
Las veladas vengan
Y caiga la nieve
Silenciosa y lenta,
Haga usted que cierren,
Que cierren las puertas,
Encienda la lumbre
De la chimenea,
Y con su marido
Acuda contenta
A cuidar el sueño
De la prole bella.
....
Y afuera..... que pasen
Las almas en pena,
Que alcancen llorando
La playa desierta
Y llenen medrosas
La góndola negra......!

JAVIER SANTA MARÍA.



EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 17. MÉXICO, OCTUBRE 26 DE 1902. Subscripción mensual foránea, $1.50 Idem Idem. en la capital, ,, 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



Edificio de la Exposición Nacional en Toluca.

LA BELLEZA DEL PIE

El pie, como la mano, como la oreja, como la boca, tiene no sólo su género de belleza peculiar y propio, sino que, contra lo que era de esperarse, es susceptible de expresión y de sentimiento. El pie no sólo es capaz de hablar á los ojos, de halagar la vista con sus proporciones y sus contornos, de despertar ideas de belleza meramente plástica, sino que entraña ó puede entrañar conceptos superiores de belleza, pormenores estéticos que pasando más allá de las pupilas, van al encuentro del espíritu y del corazón.

Hay, pues, pies clásicos, románticos y decadentistas; los hay realistas, modernistas y simbolistas; místicos y prerrafaelistas; los hay líricos, épicos é idílicos; melodistas y armonistas, Gluckistas y Piccinistas.

Hay el pie fino, esbelto, elegante, de talón sonrosado y uñas nacaradas, de proporciones armoniosas, de curvas suaves y prolongadas que recuerdan la estatuaria griega y las formas ágiles y graciosas de Diana. Lo hay también vigoroso, poderoso, majestuoso, firme y sólido que recuerda la olímpica serenidad y el poder soberano de Minerva. Hay la variedad «mignonne,» el piececito menudo, ágil, juguetón, con el que las jóvenes juegan como juegan con el abanico. El pie lánguido, soñador, evaporado, se desliza sobre la alfombra sin tocarla casi, vive en el escarpín como en un retiro, lejos de las miserias y de la prosa del mundo; el pie andaluz es descocado, encorva su empeine como para salirse de la zapatilla y espiar lo que pasa fuera; pisa fuerte, camina firme y no está jamás en reposo.

Gretchen ostenta un pie linfático, lento y reposado; pie doméstico, consagrado al hogar y á la familia; abnegado, laborioso y fiel. El pie italiano es trágico, ardiente y apasionado; ama hasta el delirio ú odia hasta la locura, sin matices ni términos medios; es moreno, sanguíneo, impetuoso y poderoso. El pie parisiense es como la fisonomía parisiense, «chiffoné,» asimétrico, irregular; carece de lineamientos clásicos, de proporciones armoniosas; pero es todo gracia y todo expresión, chispeante, espiritual, epigramático y suele hacer muecas alarmantes de gracia y de malicia, tener mohines de cólera felina y refinadas coqueterías mundanas.

El pie inglés es práctico y utilitario; más que pie es calzado; éste lo protege como las corazas á sus buques de guerra, lo oculta y disimula como la diplomacia de Londres los designios británicos; en el pie británico no se ve más que la bota, como en la fisonomía inglesa la impavidez. Puede decirse que es un pie enmascarado; nunca se sabe lo que el calzado tiene dentro.

El pie yankee es, sobre todo, una base de sustentación, un punto de apoyo y un órgano de movimiento. Nada dice, funciona; nada expresa, trabaja; no habla al alma, sino al raciocinio. A ese pie no se le admira; se le calcula, como la resistencia de materiales; es un armazón de huesos revestido de un paquete de músculos y de tendones que funciona con la regularidad de un motón y la energía de un polipasto.

El pie mexicano es un injerto de andaluz y de azteca. En su calidad de andaluz es pequeño, combado y armonioso; en su calidad de azteca es resignado y taciturno. A veces predomina el tipo paterno y resulta juguetón, picaresco y charlatán; á veces el tipo materno se sobrepone y el pie se hace melancólico como un «alabado.» El pie indígena suele ostentar el apocamiento y el abatimiento de la raza y ofrecer las huellas del trabajo rudo, de la desnudez casi absoluta y de la debilidad orgánica.

Salvo este último caso y los de deformidad, todas esas variedades son compatibles con la belleza del pie. Se engaña quien crea que sólo es bello el pie pequeño ó el regordete ó el larguirucho. Todo pie puede ser bello si es armonioso, proporcionado, sano y gracioso, y, sobre todo, si tiene expresión y si traduce fielmente las virtudes ó las capacidades de su dueño; la índole de una raza, las aspiraciones de un pueblo, su historia, su porvenir. El pie puede y debe expresar todo eso si quiere ser bello, y el calzado puede secundarlo en esa tarea sugestiva y casi psicológica. Toda la antigüedad clásica está imbíbita en el coturno, toda la Edad Media en el borceguí; el Renacimiento en la chinela; la monarquía en el tacón alto y rojo, la hebilla y el moño.

Miradas por los pies, España es una alpargata; Norteamérica, una bota; Turquía, una babucha; Francia, un botín. El tacón chueco es miseria; el calzado sin betún, desidia. El juanete voluminoso revela inferioridad de espíritu; los dedos chatos y el pie cuadrado, sangre bastardeada; el empeine plano, actividad; el empeine combado, orgullo. Pies que pisan con el borde interno, indican pereza y lentitud física y mental.

En resumen, el pie es un poema, tiene elocuencia, habla y convence, explica y demuestra. Parodiando una frase célebre, puede decirse: «Dime con qué andas y te diré quién eres,» y suele el pie revelar más misterios que los ojos ó que la misma fisonomía. Para conocer el fondo del corazón ó de la inteligencia de un hombre, véasele la cara, y si no basta, estúdiesele el pie. Aquélla suele encubrir, éste jamás engaña.

LA TOSCA.

Impresiones.

Es un tópico que todo el mundo ha repetido hasta el fastidio: Sardou no maneja hombres, sino maniquíes. Sus personajes se mueven, no por la fuerza del espíritu, sino por los ocultos resortes, por los hilos invisibles que, á manera de marionetas, los sostienen.

Pero si Sardou no crea almas, crea, en cambio, situaciones. No será un psicólogo ni un pensador; pero es indudablemente un dramaturgo. No puede, no lo desea quizá, ser un filósofo; se contenta con ser un teatral. Dumás era un apóstol que dramatizaba sus prédicas: Sardou es un ingenioso telonero que conoce los secretos de la escena y los aprovecha con extraordinario talento.

No se necesita más para un libreto de ópera. Eso es precisamente lo que buscan los músicos: efectos y situaciones, y en las obras del comediógrafo francés no hay otra cosa.

De aquí que Sardóu haya resultado un gran libretista moderno, el cual no requiere para acomodarse á las situaciones líricas, graves alteraciones, dislocamientos, variación de caracteres ó mutilación de la trama escénica. Antaño, «papá» Hugo sufrió horriblemente cuando á sus románticos poemas, que animaba un inmenso soplo de poesía sublime y profética, los musicaba «papá» Verdi. El verso huguiano era música por sí mismo; no pedía acompañamiento de orquesta, no pedía que lo cantasen; se cantaba solo. Y luego, dentro de aquellas estrofas, un pensamiento, y dentro de aquellas ficciones, un alma, monstruosa si se quiere, desproporcionada, gigantesca, pero alma al fin, rebosante de emoción y de vida. Y Hugo, poeta enorme, encajonado en un libreto, resulta falseado, contrahecho, empequeñecido.

Sardou, libretista, resulta amplificado, elevado, bello. Le falta espíritu. La música con el suyo, sutil y conmovedor, vivifica aquellos «fantoches,» los anima con su aliento divino, les infunde una alta y noble existencia, y ante nuestras atónitas miradas, los presenta como ante la fantasía loca de Don Quijote desfilan los toscos títeres de la barraca de maese Pedro.

El milagro está hecho. Ya tienen alma los personajes de Sardou. Giordano hizo vivir á «Fedora;» Puccini á «Tosca.» Sobre la muerta letra, y las frases de relumbrón, y la inverosimilitud y la irrealidad, pasó una ráfaga sonora cargada de polen y floreció la vida en las ficciones. El cartón se transformó en carne. Las muñecas se volvieron mujeres. Antes «Tosca» hablaba mal; ahora canta deliciosamente. Ya es lo que debía ser: una cantante.

***

Porque la música de Puccini le ha dado verdad y fuerza. El flamante genio italiano halló en el enredo tremendo y lúgubre de Sardou, una escena dramática á que afianzar sus inspiraciones líricas. Cada situación le ofrecía campo para describir las cosas más disímbolas y los opuestos sentimientos.

Tres pasiones juegan en la obra, en infernal y terrible lucha: amor, celos y odio; el amor engendra los celos, y los celos el odio. Estas tres pasiones, enredadas como tres víboras, se retuercen enfurecidas. El amor vence á los celos; pero el odio vence al amor.

El bíblico combate del ángel negro y el blanco, sobre el puente del abismo, ése es el combate entre Tosca y Scarpia. Tosca es el Bien celoso; Scarpia es el Mal enamorado.

Puccini canta y pinta esta trágica batalla. Y, admirable psicólogo dionisíaco, encuentra en cada nota, en cada frase musical, en cada comcombinación sinfónica, un precioso estado de conciencia que le difunde en ondas sonoras y penetra en los corazones haciéndolos salir por un solo impulso de amor, de dolor ó de terror.

En el primer acto dominan la ternura y la unción. Es un idilio, un poco nervioso, con sus pasajes tristes, pero sobre el cual se levanta, imponiéndose al «Te Deum» y á los cañonazos, á modo de rumor de ala, el eco de las palabras amorosas y el ruido de los besos.

El acto segundo es cruel, es torturante. Hay en él risas de Satán en brama. Pero Luzbel cae herido por la mano armada del amor.

Puccini nos dice esto con los más desgarradores acentos de angustia, con las más crispadoras disonancias, con los más inauditos y medrosos temas. Su música evoca, como un conjuro, recuerdos fúnebres y dolientes memorias. Es música que hiere, música que sangra, aguda y luciente como un puñal, pavorosa como un antro, negra como el crimen y roja como la venganza; como en la balada de Ulhand, suena á lo lejo el tambor de la muerte. El angel blanco parece que ha vencido; el amor cree que se ha salvado......

Y no; en el tercer acto se ve: todo ha sido un engaño del Mal, una mentira de la Esperanza. El amor parece aniquilado por el odio. Y la elegía de Puccini, patética, desesperada, llorosa, con sus rápidos instantes de alegría funesta, en las horas del sufrimiento, como chispas de luz efímera en un fondo de sombra, se deslíe en infinitas tristezas, en sollozantes melancolías, y estalla al fin en imprecaciones blasfematorias, en colosales derrumbamientos de fe, en terribles gemidos de desengaño.

¡Oh, gran obra, que tiene para cada cólera su grito, para cada pena su suspiro, para cada ternura su canto, su sollozo para cada sufrimiento!

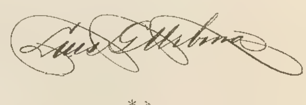
***

A nadie mejor que á Puccini puede aplicarse el gastado «cliché»: El estilo es el hombre. Manón, Bohemia, Tosca, son tres óperas hermanas. Manón, coqueta y apasionada; Mimí, dulce y sensible; Floria, vehemente y fogosa. Como las hijas del Rey Lear, se han dividido el reino de su padre. Se parecen mucho entre sí: son tres gotas de un mismo nectario, tres celajes de un mismo cielo. Manón es azul; Mimí, blanca; Tosca, roja. Pero estos tres colores se funden en una sola tonalidad irisada; estas tres óperas, á manera de tres cuentas, están unidas por el hilo de oro de la misma inspiración. Procedimientos artísticos y efectos orquestales semejantes, nos obligan, oyendo la Tosca, á recordar á las ausentes. Decimos: por aquí pasó la Bohemia, por allá se asoma Manón, como de una mujer hermosa solemos decir: tiene la belleza de la familia.

Sin embargo, por encima de estas óperas soplo divino, aliento eterno—flota Verdi. Verdi es toda la Italia lírica, todo el sonoro espíritu de un pueblo.

Puccini sigue su ascensión; primero lo frívolo, en seguida lo tierno, ahora lo dramático. La tentativa ha resultado genial.

El joven compositor, no sólo es ya espontáneamente inspirado, sino sabio. La Tosca tiene primores de frases musicales, de melodías flamantes, de nobles motivos; pero encima de ellos caen las áureas bordaduras de una instrumentación colorida, rica, luminosa y eminentemente descriptiva. Hay pasajes sinfónicos elocuentísimos que hablan con el verbo ideal y vago del sonido, más expresivo y penetrante, en ocasiones, que el de la palabra......



***

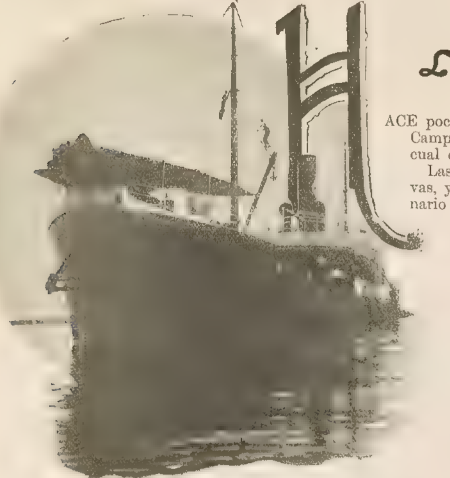
La epopeya de la historia universal, es como la de Homero: un bajo relieve que no tiene fin.

***

El furor y la crueldad de un pueblo que combate por ser libre, demuestran la situación de que quiere desprenderse, y no la que quiere adoptar.

COMUNICACIONES.

La inmersión del cable en el Golfo.



EL "Idum."

HACE pocos días se puso al servicio el cable tendido entre Veracruz, Frontera y Campeche, conforme al contrato celebrado con una compañía extranjera, y del cual es propietario exclusivo el Gobierno Federal.

Las maniobras de inmersión de un cable son, no sólo laboriosas, sino instructivas, y bien merecen que nos ocupemos de ellas, para que los lectores de este semanario tengan noticia de la importante operación llevada á término en aguas del Golfo. El ciclón que sopló en los primeros días de septiembre hizo mucho más difíciles los trabajos y, por lo mismo, más interesantes.

El punto escogido en la playa de Veracruz para establecer la caseta de conexión con el cable subterráneo, está situado á kilómetro y medio del malecón noroeste de las obras del puerto y antes de la caseta del cable de Gálveston.

El cable que se acaba de tender se divide en dos clases: cable costero y cable de mar profunda; el costero es el de mayor diámetro; y el de mar profundo, el más reducido. El conductor está formado por nueve hilos de cobre de gran conductibilidad, enrollados en uno central.

La inmersión se empezó en Veracruz, haciéndose la del cable costero, en sus primeros tramos, por medio de lanchas y embarcaciones menores, porque había que atravesar el arrecife ó bajo de «La Caleta», donde el vapor no podía entrar.

El «Idum», vapor destinado para instalar el cable, se situó á 12 millas de la playa, hasta donde, como dijimos antes, las lanchas hicieron la inmersión. A bordo del vapor estaba instalada una oficina cablegráfica, que se conectó con una de las extremidades del cable aún enrollado en el tambor; la otra extremidad estaba en comunicación con la caseta de tierra, donde había una dotación semejante de aparatos.

Desde que el vapor empezó á soltar el cable, la comunicación entre el buque y tierra fué constante, y cada media hora se estuvieron haciendo observaciones y mediciones eléctricas con objeto de cerciorarse de que el cable no sufría deterioro en el momento de caer al agua.

El vapor iba soltando el cable por la proa, por medio de una gran polea, y á bordo, un ingeniero anotaba en la carta marina el derrotero del cable; otro hacía las observaciones y mediciones eléctricas, y los operadores se utilizaban para la transmisión.

El buque lleva un dinamómetro, para determinar la tensión del cable y para buscarlo cuando se interrumpe y está perdido.

***

Al llegar á Frontera el vapor «Idum», se desató un terrible ciclón que lo puso en peligro. El capitán hizo notar esta circunstancia y entonces se mandó cortar el cable, se le puso una boya y se echó al agua. Hecho así, el buque, forzando su máquina, se hizo mar adentro y tuvo que luchar tres días consecutivos con las olas para regresar al punto donde había dejado la boya.

Este accidente dió lugar á una de las operaciones más curiosas: «la busca de un cable perdido». Para esto se hizo indispensable el dinamómetro. Su péndulo quedó unido á una cadena y ésta á un gancho, que se lanzó al agua.

El buque, por los datos que proporciona la carta de navegación, tomó una dirección contraria á la del cable y empezó á navegar; en el momento en que el gancho agarró el cable, el dinamómetro empezó á marcar tensión; fué recogido el cable entonces, se hizo el empalme con el cable costero para comunicar á Frontera y salió el buque para Campeche haciendo sondeos, para, á su regreso, continuar la operación.

En Campeche se instaló la caseta de empalme, que se ve en la fotografía que publicamos; se tuvo cuidado de instalarla á cubierto del viento. Las casetas de Veracruz y Frontera son iguales á la de Campeche.

El vapor salió de Campeche para Frontera haciendo la inmersión de los cables costero y de mar profundo; el empalme se hizo frente á Frontera, quedando desde luego en perfecta comunicación las tres ciudades referidas. La Dirección de Telégrafos envió varios empleados para que prácticamente conocieran la interesante operación á que nos referimos.

La inmersión la dirigió el Dr. Kennelly, ingeniero electricista, presenciándola el vicepresidente de la compañía constructora, Sr. Henry.



La maquinaria.



Caseta de empalme en Campeche.

Historias de piedra

LA PROFESA



ENTRE los templos más notables levantados por el arte cristiano durante los tres siglos de la dominación española, en México, ocupa lugar preferente el conocido hasta el día con el nombre de La Profesa.

Data su fundación del año de 1592, en que los padres de la Compañía de Jesús dieron principio á la obra, con el auxilio de algunos particulares que contribuyeron á ella con donativos más ó menos valiosos. Desde el año de 1585, los jesuítas habían adquirido en propiedad el terreno necesario para la fundación del templo, obteniendo del Arzobispo D. Pedro Moya de Contreras licencia para establecer allí lo que después se llamó Casa Profesa; pero, cuando menos lo esperaban, los religiosos de San Francisco, San Agustín y Santo Domingo, apoyados por el Ayuntamiento, arrastraron á la Compañía á un pleito dilatado y ruidoso, oponiéndose abiertamente á la fundación de la referida casa. Los jesuítas, entonces, ocurrieron á los tribunales y al Papa Clemente XIV, en demanda de sus derechos, y el Pontífice falló en sentido favorable á la solicitud en 26 de junio de 1595.

Esto vino, como era natural, á poner fin á las disidencias, y los trabajos de construcción pudieron proseguirse sin tropiezo, dedicándose el edificio con toda solemnidad el 28 de agosto de 1720.

El templo consta de tres naves sostenidas por ocho columnas; la nave de en medio es más ancha y más alta que las laterales, y en cuanto á su arquitectura, se echa de ver en ella el mismo estilo dominante en los primeros templos construídos en México. En las columnas, sobre todo, hay mucho de gótico.

***

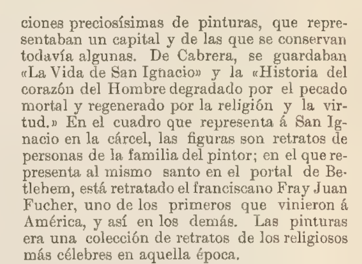
Expulsados de la Nueva España los jesuítas en 1767, se estableció en la Casa Profesa el Colegio de San Ildefonso, permaneciendo allí hasta el 25 de marzo de 1771, en que los Padres del Oratorio de San Felipe Neri compraron la finca y les fué adjudicada por el marqués de Croix, en el reinado de Carlos III. En el segundo altar de la nave sur estuvo establecida la congregación del Salvador, fundada á fines del siglo XVI por el Dr. D. Pedro Sánchez, y en el primero de la nave norte, la de la Buena Muerte. La primera realizó obras meritorias de beneficencia, dando al culto, con la organización de solemnísimas funciones religiosas, un lucimiento extraordinario.

Volviendo á los Padres del Oratorio mencionado, es de consignarse que la primera población de Nueva España en que se establecieron fué Puebla, y que, en México, ocuparon durante algunos años la casa número 15 de la calle de San Felipe Neri, que les debe indudadablemente su nombre. El fundador del Oratorio en la capital de la colonia, fué el Dr. D. Juan de Pedroza.

Tal fué el ensanche adquirido en pocos años por la congregación de religiosos mencionada y tal su influencia y preponderancia, que en 1799, salvando dificultades casi insuperables, según asienta un cronista, lograron adquirir algunas casas pertenecientes al convento de la Concepción, reuniendo en un santiamén la suma de cien mil pesos, con la mira de fabricar una casa para ejercicios espirituales, anexa al templo. Encomendóse la dirección de la obra al célebre arquitecto y escultor D. Manuel Tolsa, colocándose la primera piedra el 31 de julio del año citado, en honor de San Ignacio de Loyola.

La magnífica casa de ejercicios era de tres pisos y estaba dividida en sesenta y ocho aposentos. En el piso medio se encontraba la capilla principal, decorada con magníficos cuadros y esculturas. Cuatro grandes patios que comunicaban suficiente luz á las habitaciones, hacían más bella la construcción. En mayo de 1802 se bendijo la casa, y permaneció en aquel sitio hasta el año de 1861, en que el gobierno de Juárez mandó abrir una calle á través del edificio, destruyéndose parte de la finca y del Oratorio. El cronista á quien seguimos en esta narración, hace observar que en 61 se comenzaron á construir en la nueva calle algunas fincas de particulares, y que á fines del año siguiente se inauguró la nueva avenida con el nombre del «Cinco de Mayo».

Esto no fué obstáculo para que en 1863 volvieran los Padres del Oratorio de San Felipe á ocupar los departamentos del edificio que no habían sido derribados. Como nota curiosa, agregaremos que según noticias de Alfaro y Piña, antes del 61 la Profesa poseía riquísimas alhajas y paramentos y administraba en provecho suyo treinta y cinco casas cuyo valor no bajaba de $272,000. Había también en el Oratorio y en la Casa de Ejercicios colec-



ciones preciosísimas de pinturas, que representaban un capital y de las que se conservan todavía algunas. De Cabrera, se guardaban «La Vida de San Ignacio» y la «Historia del corazón del Hombre degradado por el pecado mortal y regenerado por la religión y la virtud.» En el cuadro que representa á San Ignacio en la cárcel, las figuras son retratos de personas de la familia del pintor; en el que representa al mismo santo en el portal de Betlehem, está retratado el franciscano Fray Juan Fucher, uno de los primeros que vinieron á América, y así en los demás. Las pinturas era una colección de retratos de los religiosos más célebres en aquella época.



La relación anterior quedaría trunca si no agregáramos á lo que llevamos dicho con respecto á la Profesa, algunas otras noticias históricas que revisten, hasta cierto punto, capital importancia.

Para nadie es un misterio que la relajación del clero, tanto regular como secular, en la Nueva España, llegó con el transcurso del tiempo á un grado tal que ni los virreyes con todo su poder, ni los prelados con todas sus facultades, pudieron reprimirla. No eran aquellos hombres—á partir de fines del siglo XVI—ni semejanza de lo que habían sido en los pri-

Exterior del templo.

meros tiempos de la conquista. Empeñados, con señaladas excepciones, en intrigas y trabacuentas que más de una vez degeneraron en escándalos, los hechos censurables se sucedían, minando el prestigio de la autoridad católica en estas tierras, que tan alto habían sostenido varones tan justos y tan sabios como Jiménez y Las Casas.

Uno de estos escándalos fué el ocurrido en la Profesa el 7 de marzo de 1743. Los historiadores de aquel tiempo son demasiado parcos en detalles, y si alguno da cuenta del suceso, es tan por encima, que no parece sino que pasa por sobre ascuas. Es un hecho fuera de duda que la mañana de ese día amaneció ahorcado en su cama del convento el Provincial de los jesuítas en la Nueva España, D. Nicolás de Segura, sin que se supiera de pronto quién fué el autor del asesinato. La tradición señala como tal á un padre de la misma Compañía de Jesús que fué remitido ocultamente á Europa—dice el Dr. D. Agustín Rivera en una de sus obras—para dejar el crimen envuelto en la sombra y á salvo á los cómplices. La muerte del padre Segura causó hondísima impresión en México, y poco después el padre Vázquez de Puga se puso á escribir una relación circunstanciada del suceso. La dicha relación no llegó á imprimirse, porque no convenía probablemente que se hiciera la luz en el asunto, y el manuscrito se perdió, perdiéndose al parecer los pormenores de tan terrible acontecimiento.

Sin embargo, el punto ha venido á esclarecerse, pues según refiere el erudito escritor D. Luis González Obregón, cinco días después de consumado el crimen, la noche del 11 de marzo, se perpetró en la Profesa otro asesinato que produjo en la ciudad verdadera consternación. Esta vez la víctima fué el hermano portero, Juan Ramos, quien al practicarse las primeras diligencias judiciales para descubrir al autor de la muerte del padre Segura, dijo á los jueces: «en el monte está quien el monte quema».

Como el provincial Segura, el hermano portero murió ahorcado en su mismo aposento. Las indagaciones encaminadas con ese motivo á poner en claro el suceso, fueron fructuosas, pues que al siguiente día era remitido con grillos al colegio máximo de San Pedro y San Pablo, el coadjutor D. José Villaseñor, como presunto responsable de los crímenes mencionados.

En el proceso seguido contra Villaseñor fungió como juez eclesiástico D. Cristóbal Escobar, prepósito provincial, y como asesor D. José Messía de la Cerda y Vargas, del Consejo de Su Majestad y Alcalde decano de la Real Sala del Crimen.



Interior del templo.

Como resultado de las diligencias, se averiguó que Villaseñor y el hermano portero profesaban enemistad al padre Segura y que aquél, frecuentemente visitado por los seculares, era «de genio osado, ánimo doble, «sixoso» con los hermanos, irreverente con los sacerdotes», y que se expresaba mal de la Compañía, después de dilapidar los fondos que como despensero se le encomendaban.

Es, más que probable, seguro, que Ramos fué su cómplice en el crimen del 7 de marzo, porque—reza la causa seguida en el asunto—«el mesmo día de la muerte del padre, la llavecita de la muestra del relox» se encontró en el aposento del provincial. Villaseñor, temiendo que el hermano portero lo denunciara, lo ahorcó.

Durante la substanciación del proceso, declararon como testigos quince religiosos de la Profesa, otros padres y algunos otros seculares. El reo nombró defensor al padre Francisco Javier Lozano, y no llegó á confesar jamás el delito que había cometido. El juez eclesiástico, no obstante, consideró suficientes para condenar al acusado las declaraciones de los testigos, y pronunció sentencia contra Villaseñor el 27 de agosto de 1744. Por esta sentencia el criminal fué condenado á «servir de galaote por diez años en las galeras de Su Santidad,» á ser separado y apartado de la Compañía de Jesús y á otras penas.

El defensor apeló, pidiendo se diera por compurgado al reo; pero nadie sabe si fué Villaseñor trasladado á Roma ó si los jueces lo pusieron en libertad andande el tiempo.

En 1850 se encontró en la capilla de San Sebastián, de la Profesa, la momia del padre Segura, que aun se conserva como un recuerdo del crimen de que fué víctima.

***

Es también sabido que en el aposento del Dr. D. Matías Monteagudo, en la Profesa, se reunieron en noviembre de 1820 varias personas influyentes interesadas en que no llegara á promulgarse en México la Constitución que sancionaron las Cortes de Cádiz, por cuanto en ella había—según sus dichos y temores—ideas manifiestamente contrarias á la religión. Todos conocen el plan fraguado en la Profesa, y decir aquí qué era lo que aquellos hombres se proponían, sería por demás.

***

Por último, agregaremos que en el templo de la Profesa se celebró en junio de 1855, con tres días de fiesta, el dogma de la Concepción. Cantó la misa Monseñor Clementi, delegado del Papa en México, y la función fué tan sonada como no se había celebrado allí otra.

Como un dato curioso, cuentan los cronistas, además, que á principios del siglo pasado, encontrándose el templo lleno de personas que concurrían á ejercicios espirituales, penetró un rayo por la linternilla de la rotonda, que hizo pedazos gran parte del muro y se dirigió al primer altar de la nave derecha, incendiando el traje de San Ignacio de Loyola.

***

En la actualidad el templo es uno de los más concurridos por las familias más encumbradas de la metrópoli, tanto por el sitio en que está ubicado, como por la esplendidez de su servicio religioso.

Nos ocuparemos en los siguientes números de «El Mundo Ilustrado» de algunos otros edificios nacionales que, como la Profesa, encierran gran importancia, ya sea desde el punto de vista histórico, por haber sido teatro de acontecimientos notables, ó bien desde aquel en que la tradición popular se coloca para concederles un interés de que, en la mayoría de los casos, no carecen.





"El Veracruz" entrando en el agua.

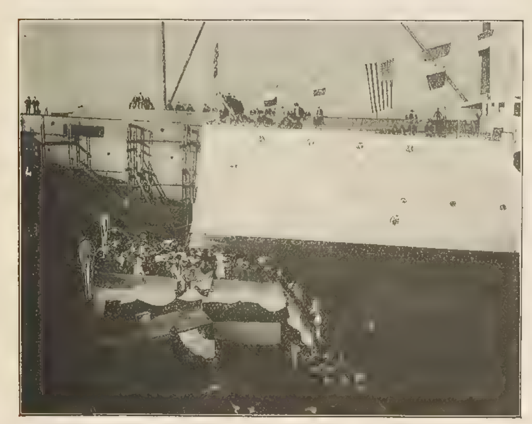
LOS NUEVOS CAÑONEROS MEXICANOS.

BOTADURA DE "EL VERACRUZ" Y "EL TAMPICO."

Como saben nuestros lectores, el mes pasado fueron botados en Elízabeth port, Estados Unidos, los dos cañoneros que por cuenta del Gobierno mexicano y bajo la vigilancia de una comisión especial, se construyeron en uno de los principales astilleros de la República del Norte, para el servicio de la Marina nacional.

El aspecto que presentaba el arsenal de Elízabeth port el día en que se efectuó la botadura, era—al decir de la prensa americana—de lo más hermoso. Millares de banderas de los colores nacionales y de la República hermana decoraban los edificios y los buques. Los cañoneros, colocados el uno al lado del otro, se veían pintados de rojo y blanco, y desde la proa hasta la popa, empavesados artísticamente. En la proa de los cañoneros se levantó una plataforma, decorándose con exquisito gusto.

El primero de los buques botado al agua, fué el «Tampico.» La plataforma estaba llena de una concurrencia distinguida, encontrándose allí los miembros de la Comisión mexicana. En los momentos en que el cañonero comenzó á entrar en el agua, la señora Lewis Nixen, esposa del Presidente que fué de la casa constructora, se adelantó, y rompiendo una botella de champaña en la proa del barco, dijo: «Te bautizo, Tampico.» La bandera mexicana se izó en la proa del «Tampico» y fué saludada, en esos momentos por una salva de ventiún cañonazos, entre los «¡vivas!» de los espectadores y los ecos de las músicas.



Antes de la botadura del "Veracruz."



La muchedumbre durante la botadura.



"El Tampico" después de la botadura.

El «Veracruz» entró en el agua poco después, bautizándolo la señorita Mercedes Godoy, hija del primer Secretario de la Embajada de México en Wáshington. Tanto la señorita Godoy como la señora Nixon, fueron obsequiadas con primorosos ramos de flores.



Antes del bautizo de "El Tampico."

En cuanto á la capacidad, armamento, etc., etc., de los nuevos cañoneros, damos los siguientes datos: tanto el «Veracruz» como el «Tampico,» tienen diez pies de calado, un desplazamiento de 980 toneladas y una velocidad de 16 nudos. Su maquinaria consta de dos máquinas de vapor de triple expansión, y para el servicio de alumbrado cuentan con una magnífica instalación (duplicada) de luz eléctrica. Los cañoneros están provistos también de engranaje de vapor y de mano para gobernarlos, grúa y cabrestantes de vapor de cubierta, y caseta de piloto, acorazada con acero níquel.

Además, los barcos tienen lanchas rápidas de vapor, una canoa y bote de remo, y están dotados con la instalación necesaria para fabricar hielo. Su capacidad para la conducción de tropas es de 250 hombres, y su armamento consiste en cuatro cañones de cuatro pulgadas, de tiro rápido, cuatro de seis y tubo para torpedos. A bordo hay camarotes cómodos para los oficiales y una cámara especial para el Presidente de la República y su Estado Mayor.



Es probable que para el año entrante puedan ponerse al servicio los nuevos barcos. La Comisión mexicana encargada de vigilar la construcción, está presidida por el Capitán Manuel Asueta.

Con motivo de la botadura, la Comisión ofreció á los constructores y á los invitados á la ceremonia, un banquete que se verificó el 15 de septiembre por la noche.

Grabados del «Modern Mexico.» de New York.



"El Tampico" entrando en el agua.



Zola en su lecho mortuorio.

La muerte de Emilio Zolá.

Los últimos periódicos recibidos de París, traen minuciosos detalles acerca de la muerte del gran novelista Emilio Zolá, que tan honda impresión causó en el mundo literario.

Zolá, acompañado de su esposa, se recogió temprano, para levantarse al día siguiente á buena hora. A la medianoche, la señora se sintió de improviso indispuesta; tocó el botón que movía la veladora eléctrica y saltó



La señora Zola.

del lecho para ir á uno de los departamentos interiores. No tenía fuerzas, pero haciendo un supremo esfuerzo, según sus mismas palabras, logró llegar hasta el gabinete de toilette. Pasados algunos momentos se repuso, y al volver á la alcoba, vió que Zolá dormía profundamente.

Le preguntó, despertándolo, si se sentía mal y si quería que se llamase á los criados; pero como le respondiera que no era «nada» y que la presencia allí de los sirvientes no tenía objeto, Mme. Zolá intentó conciliar el sueño.

«Traté de dormir—dice.—¿Qué pasó después? No lo sé. Vi á Emilio que se enderezaba bruscamente, como si tuviera una necesidad que satisfacer. Pero no lo vi levantarse.»

«Quise gritar: ¡Emilio!... ¡Emilio!... Intenté pedir socorro, tocar el timbre. Quedé inmóvil. No pude pronunciar una palabra... Sentí desvanecerme...... luego, no recuerdo nada más»......

Cuando la Señora Zolá volvió en sí, el cadáver de su esposo había sido trasladado á otra habitación.

En concepto de los médicos, la esposa del insigne novelista salvó su vida gracias al aire que pudo respirar oportunamente y que penetraba por la ventana entreabierta, al gabinete de «toilette.» En cuanto á Zolá, el óxido de carbón producido por la chimenea encendida, causó su muerte.

En una de nuestras ilustraciones puede verse el cadáver del gran novelista sobre el lecho mortuorio: su fisonomía está completamente desfigurada.

FELIPE IV.

Nadie más cortesano ni pulido
que nuestro rey Felipe, que Dios guarde,
siempre de negro hasta los pies vestido.

Es pálida su tez como la tarde,
cansado el oro de su pelo undoso
y de sus ojos, el azul, cobarde.

Sobre su augusto pecho generoso
ni joyeles perturban ni cadenas
el negro terciopelo silencioso.

Y, en vez de cetro real, sostiene apenas,
con desmayo galán, un guante de ante
la blanca mano de azuladas venas.

Manuel Machado



Casa de campo de Zola en Medan.

La Exposición Nacional en Toluca.

SOLEMNE APERTURA.



LA EPOCA de paz por que atravesamos, tan fecunda en bienes para el país, nos ofrece en estos días una prueba preciosa del ensanche que, al amparo de una Administración sabiamente orientada y dirigida, adquieren en nuestro suelo el comercio y la industria, factores indispensables de progreso en todos los pueblos civilizados de la tierra.

Nos referimos á la Exposición Nacional promovida y llevada á cabo por el Gobierno del Estado de México, y abierta al público solemnemente el 15 del mes en curso. A grandes rasgos, y para que nuestros lectores se formen una idea de la importancia del certamen, vamos á referirnos á los principales departamentos de que consta y al acto solemne de apertura.

***

En representación del señor Presidente de la República, asistió al acto el señor Secretario de Fomento, Ingeniero D. Leandro Fernández. Al llegar á Toluca el tren que conducía á los invitados, el Sr. Gobernador, Gral. José Vicente Villada, dió la bienvenida al Sr. Fernández y á sus acompañantes, mientras la banda del Estado tocaba el Himno Nacional. Tanto la estación como las calles cercanas, estaban completamente llenas de gente.

Pasando bajo dos artísticos arcos triunfales, uno de estilo azteca y otro morisco, la comitiva se dirigió después al edificio de la Exposición, primorosamente adornado con multitud de gallardetes, festones y banderas. La ceremonia oficial consistió en un discurso pronunciado por el Sr. Gobernador Villada, y en números de canto y música ejecutados por algunas señoritas y caballeros y por las bandas.

El discurso del Sr. Villada, aplaudido con justísima razón por la importancia de sus datos y por la galanura del estilo, terminó con estas palabras, que impresionaron vivamente á la concurrencia:

«¡Bendito trabajo! Si tú eres la maldición divina, ¿qué sería si hubieses sido la bendición de Dios?»

***

Pasado el acto de apertura, el Sr. Secretario de Fomento y los demás asistentes á la ceremonia, recorrieron los distintos departamentos de la Exposición.



El Sr. Ministro de Fomento en la Estación del ferrocarril.

El contingente de las Escuelas Oficiales del Estado se encuentra en departamentos especiales y constituye una de las notas más salientes del certamen.

Algunos de estos establecimientos presentan una colección de figuras geométricas y distintos útiles de enseñanza objetiva, y los de Zumpango y Temaxcaltepec, una colección de bordados, deshilados y calados en seda y lino.

Los de Sultepec, iguales labores manuales, así como los de Texcoco y Tlalnepantla.

Las escuelas primarias anexas á las normales, enviaron al certamen juguetes de papel y cuadros propios para la enseñanza objetiva, y los de Valle de Bravo, implementos agrícolas y otros trabajos escolares.

En cuanto á las otras escuelas oficiales, presentan trabajos manuales muy artísticos, que forman una variada y hermosa colección.

La escuela primaria de señoritas expone trabajos en seda verdaderamente notables por lo bien acabado de su hechura; siendo también muy dignos de llamar la atención los de la escuela de párvulos de Toluca y los remitidos por los establecimientos de instrucción de Lerma, Otumba, Tenancingo y Tenango.

Las escuelas «Josefa Ortiz,» «Sor Juana Inés,» «Progreso» y «Luisa Maldonado;» las de Teotitlán, Ixtlahuaca y Jilotepec, y la Escuela Correccional, se distinguen principalmente por la variedad y finura de los objetos que exhiben tanto las de niñas como las de varones. Estas han enviado obras de capintería, enseres de escuela, calzado, ropa hecha, muebles, etc.

No menos importante que el departamento destinado al contingente escolar, es el de la industria. En él se ven variados ejemplares de alfarería, presentados por el Sr. Calderón, y otros muchos productos del ramo.

La Escuela de Artes y Oficios presenta hermosos trabajos de fotografía, figuras en yeso, barro, y muebles tallados.

En cuanto al contingente minero, lo más valioso son las muestras enviadas de Ixtlahuaca, Temaxcaltepec, Valle de Bravo, y de los Estados de Aguascalientes y San Luis Potosí.

La Escuela Normal y la de Artes y Oficios exhiben modas y confecciones y objetos de arte, bordados, calados y de plata.

En el departamento central hay un artístico cenador, cubierto de flores artificiales, y dentro de él un busto del señor General Díaz, así como una colección de coronas y litografías hechas en la Escuela de Artes y Oficios para señoritas.

En el departamento contiguo se puede admirar una colección de mármoles, canteras y materiales de construcción, pertenecientes al Distrito de Tenancingo.



EL CONTINGENTE ESCOLAR.—Salón de labores manuales.



Detalles de los salones correspondientes á las Escuelas de Artes y Oficios.

La agricultura está representada por colecciones de cereales que se exhiben en dos departamentos y que son de lo más completo que puede verse.

Además, se ven en la Exposición una serie de cartas del Distrito Federal remitida por la Escuela Normal de Señoritas de México, y algunos trabajos de carpintería y «labores» exhibidos por la Escuela Nacional de Ciegos. En los corredores del edificio hay una magnífica colección de plantas finas pertenecientes al Sr. Gral. Villada, en gran parte, y en uno de los salones una valiosa serie de pinturas exhibidas por el mismo funcionario y por su Secretario particular.



Grupo de alumnas de la escuela de Artes.

Es también digno de mencionarse el contingente de los ganaderos, entre el cual se ven hermosos ejemplares de ganado vacuno de raza suiza y criolla, borregos merinos, caballos cruzados é ingleses, etc., etc., así como aves de distintas especies, y animales pertenecientes al jardín zoológico.

Los Estados de Aguascalientes, Oaxaca, Coahuila, Durango, Colima, Tabasco, Veracruz é Hidalgo figuran también en el Certamen con exhibiciones muy interesantes de productos agrícolas é industriales.

En resumen, la Exposición de Toluca encierra, en sus distintos departamentos, todos aquellos trabajos y productos que son suficientes para formarse juicio del grado de adelanto que alcanza el país y de la importancia de sus múltiples fuentes de riqueza.

El éxito del certamen, por lo demás, se debe indudablemente al Sr. Gral. Villada, que, como funcionario, ha dedicado todas sus energías al progreso de la Entidad que gobierna, colocándose por sus propios méritos entre los gobernadores más progresistas de la República.

INTIMA.

Cuando ya estés cerca
del reposo eterno
y tengas los ojos
velados y quietos
en un punto, en la esfera vacía,
mirando espantada
¡esas cosas que miran los muertos!;
Cuando brote el labio
los quejidos lentos,
y la sangre apenas
circule en tu cuerpo
y penetre la luz en tu alma,
al par que los cirios
alumbren tu pálido cuerpo,
Allí iré á buscarte
¡con amores nuevos!
¡como te esperaba,
vergonzoso y trémulo,
tantas horas al pie de la reja.
....
¡Iré, por si aspiro
tu ceniza mezclada en el viento!

Manuel Paso.

El himno de la Segunda Reserva.

AUTOR PREMIADO.

Como saben nuestros lectores, el Comité Central Obrero «Patriotas Mexicanos,» abrió hace poco un certamen para poner música al himno patriótico de la 2ª Reserva del Ejército.

Se presentaron al certamen 78 composiciones, y examinadas éstas por el jurado calificador que integraron los Sres. Melesio Morales, Gustavo E. Campa y Capitán Ricardo Pacheco, se acordó otorgar el primer premio al autor de la composición que tenía por lema este pensamiento de Gutiérrez Nájera:



LUIS G. JORDA.

«El artista no llora lo que deja en el mundo, sino lo que se lleva.»

En vista de la decisión del jurado, el Comité Central, en sesión extraordinaria, procedió

á abrir el sobre señalado con el lema respectivo, resultando que el autor de la obra premiada era el notable compositor D. Luis G. Jordá.

Hay una circunstancia que no debe pasar inadvertida: entre las setenta y ocho composiciones presentadas, el jurado escogió las tres que le parecieron mejores, para adjudicar á una de ellas el premio. Las tres habían sido presentadas por el Sr. Jordá.

El triunfo no podía ser más completo.

EL JUGADOR HONRADO.

—Escucha—dijo Marión,—vamos á entretenernos con un juego que he inventado.

—Se puede saber cuál es?—preguntó él con timidez.

—Sí, oíd; yo os digo una cosa, no importa cuál, la primera que se me ocurra; si os hace llorar, perdéis y yo gano; si os hace reír, ganáis y yo pierdo.

—Bueno—respondió con melancolía,—puesto que tal es vuestro deseo, empezad.

—Al punto—y acercándose á su oído,—os aborrezco—dijo.

—Ja, ja, ja.

—Hola—dijo Marión—me engañáis. Os reís para hacerme perder. Estoy segura de que en el fondo lloráis á la sola idea de que no os ame. Pero bueno, esta vez no se cuenta; volvamos á empezar, sólo que ahora, si lloráis, yo gano, y si no, pierdo.

—Como queráis—suspiró tristemente.

—Oíd—dijo ella,—os amo con toda mi alma. El sollozó con desesperación.

—Tampoco!—exclamó ella enojada—¿cómo se entiende?—ahora debierais reíros con la más franca alegría, por haberos confesado mi amor.



NUESTRO PAIS.—Río de la Canoa. (E. de Oaxaca.)

Creedme, Marión—replicó él, lo que acabáis de decirme no puede alegrarme de ningún modo. Pensaréis como os dé gana; pero permitidme que os diga que, tanto llorando como riendo, sois el más leal de los jugadores; pero advertido yo de la mentira que siempre dicta vuestras palabras, nada puede igualar al gozo de oíros decir que no me amáis, como la desesperación que me produce oíros afirmar que me adoráis con toda vuestra alma.

CATULLE MENDES.

Un pedestal es una pequeña altura á la que rodean cuatro precipicios.

***

El corazón guía hacia las sublimes imprudencias; la razón es la única que gobierna.

***

Las palabras son como el dinero: por el sonido se conoce si son falsas.

***

La revolución es una lucha entre un mundo que quiere nacer y otro que no quiere morir.

LA INDUSTRIA CIGARRERA

"El Buen Tono"

Nota verdaderamente interesante de la Exposición Nacional en Toluca, ha sido la concurrencia de la fábrica de cigarros «El Buen Tono,»

Salón principal de la elaboración.

tan acreditada, no sólo en el país, sino también en los mercados extranjeros.

«El Buen Tono,» fundado por D. Ernesto Pugibet, y que fué convertido en 1894 en Sociedad Anónima con $1.000,000. según los datos que tenemos á la vista, elevó su capital social en 1899 á $2.500,000, cangeándose cada acción de $100 por dos un medio acciones de la nueva sociedad.

Sin importar recargo alguno para los accionistas, resultó, en consecuencia, que el accionista primitivo de 1894, después de haber cobrado en dividendos 72 por ciento por cada acción de $100, cangeó ésta por nuevas acciones de un valor representativo de $250, es decir, en los cinco años de existencia de la primera sociedad, cada $100 habían producido $322.

La Sociedad, que desde 1899 venía girando con capital de.......... $.2.500,000, pagó en los tres ejercicios de existencia, 28 por ciento al nuevo capital, lo que representa 70 por ciento al primitivo capital de $1.000,000.

Así, pues, en nueve años el primitivo subscriptor le ha sacado á su capital $392 por cada $100.

Para dar á la negociación todo el impulso de que es susceptible, acaba de elevarse el capital á $4.000,000 por la emisión de $1.500,000 de acciones preferentes con interés mínimum garantizado de 7 por ciento.

La producción diaria de «El Buen Tono,» es de cuatro millones de cigarros, en cuya fabricación se emplean los mejores tabacos, y las máquinas engargoladoras llegan á 125.

Esta notable fábrica es actualmente proveedora del Gobierno francés y del Gran Duque Wladimiro de Rusia. En la Exposición de París obtuvo el «Grand Prix,» ó sea la recompensa más alta.



Detalle de la exhibición en Toluca.

LA CERVECERÍA DE TOLUCA.

Notables Progresos.

Uno de los departamentos que más llaman la atención de los que visitan los salones del Certamen á que nos referimos en las páginas anteriores, es el arreglado por la Cervecería de Toluca para exhibir en él sus magníficos productos. Pocas empresas, seguramente, están allí tan bien representadas como aquella poderosa Compañía industrial: dispuestas en forma de pirámide, se ven todas las colecciones de las distintas clases de cerveza que fabrica y que tan estimadas son en el comercio, por sus sobresalientes condicionas de pureza, envase, etc., etc. El lote, indudablemente, es una buena muestra de lo que pueden, en la actualidad, la constancia en el trabajo, el capital sabiamente manejado, y el deseo más legítimo de atraer á los marchantes y complacerlos.

***

Había en los salones de la Exposición, al abrirse al público, multitud de visitantes que elogiaron la exhibición hecha por la Companía, y que, después, recorrieron los distintos departamentos de la Fábrica, establecida en la misma ciudad de Toluca, para conocer sus magníficas instalaciones.

La Fábrica está montada en grande escala: la maquinaria es de lo más moderno, y tanto por la importancia de su producción, como por la fama que gozan entre los consumidores sus productos, puede considerarse como una de las primeras en América. En la actualidad, la Cervecería proporciona trabajo á más de mil operarios, contribuyendo así al bienestar de la clase obrera del Estado de México.

***

Como Gerente de la Negociación, figura el Sr. D. Santiago Graf, caballero que cuenta con muchas simpatías y que ha dado gran impulso á la Negociación.

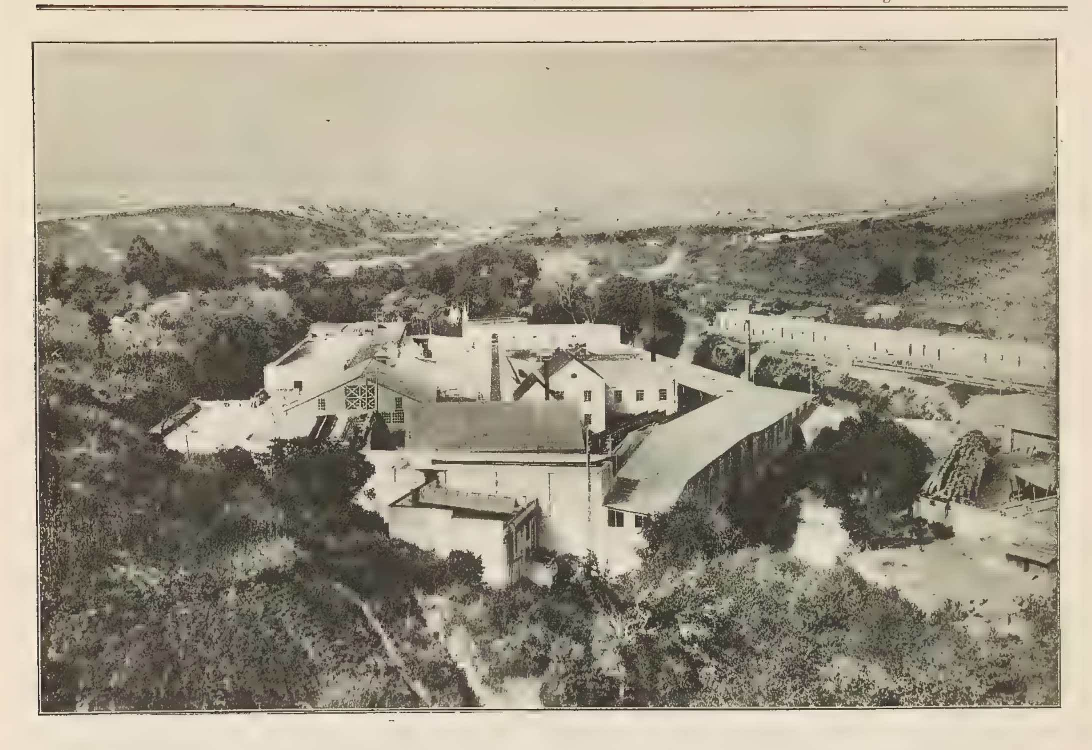
Por lo demás, la Compañía Cervecera ha sido premiada en distintas exposiciones nacionales y extranjeras, otorgándosele las más altas recompensas. En la Capital tiene establecida una sucursal desde hace algunos años.



El contingente de la Cervecería en la Exposición.



Vista exterior de la Cervecería.



LA FÁBRICA DE SAN ILDEFONSO.

En el movimiento industrial iniciado en México hace algunos anos, desempeña un papel importantísimo, sin duda, La Fábrica de San Ildefonso, negociación que ha logrado en un período de tiempo relativamente corto, elevarse á una altura envidiable y adquirir un prestigio que la coloca entre las empresas más importantes establecidas en nuestro país.

La Fábrica á que nos referimos, situada en la Municipalidad de Atzcapozaltongo, Distrito de Tlalnepantla, Estado de México, fué fundada por Don Archibaldo Hope en el año de 1847. En 1874 pasó á poder de los Sres. Portilla, constituyéndose en Sociedad Anónima, por iniciativa del Sr. D. Ernesto Pugibet, en el año de 1895.

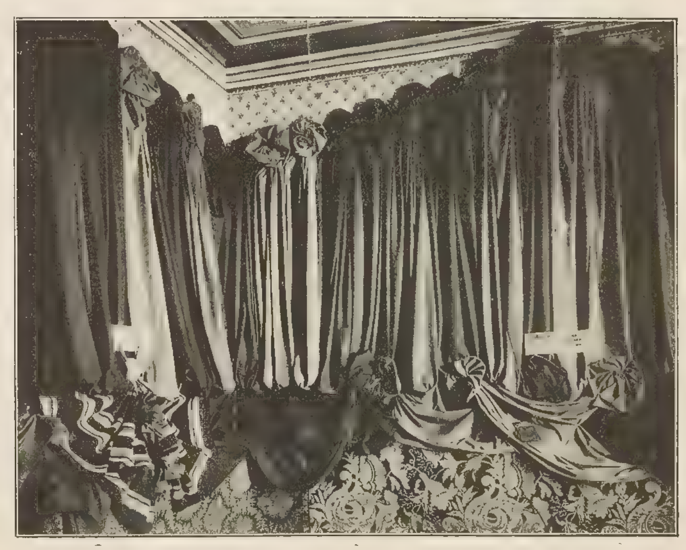
Reformada toda su maquinaria, puede fabricar hoy artículos de clase superior, semejantes en todo á los europeos, tanto en la clase de casimires «Draperies», novedades para hombres, ya sean de lana peinada ó cardada, como en la de cobertores de diversos estilos, mantas de viaje y alfombras de tripé ó «Moquette», llamadas de alta lana.

El actual Consejo de Administración lo forman los Sres. Th. Brániff, H. Tron, D. Signoret, A. Michel y J. B. Bellón, figurando como Director General el Sr. D. Daniel Ituarte, y como Director Técnicó, el Sr. D. León Hupín.

La Compañía de San Ildefonso es propietaria del F. C. de Monte Alto, que partiendo de Tlalnepantla, llega á San Pedro Atzcapozaltongo, y de las grandes Instalaciones Hidro-Eléctricas que tiene arrendadas á la «Compañía Explotadora de las Fuerzas Hidroeléctricas de San Ildefonso, S. A.,» que aprovecha las energías para la producción de fuerza y luz en la ciudad de México.

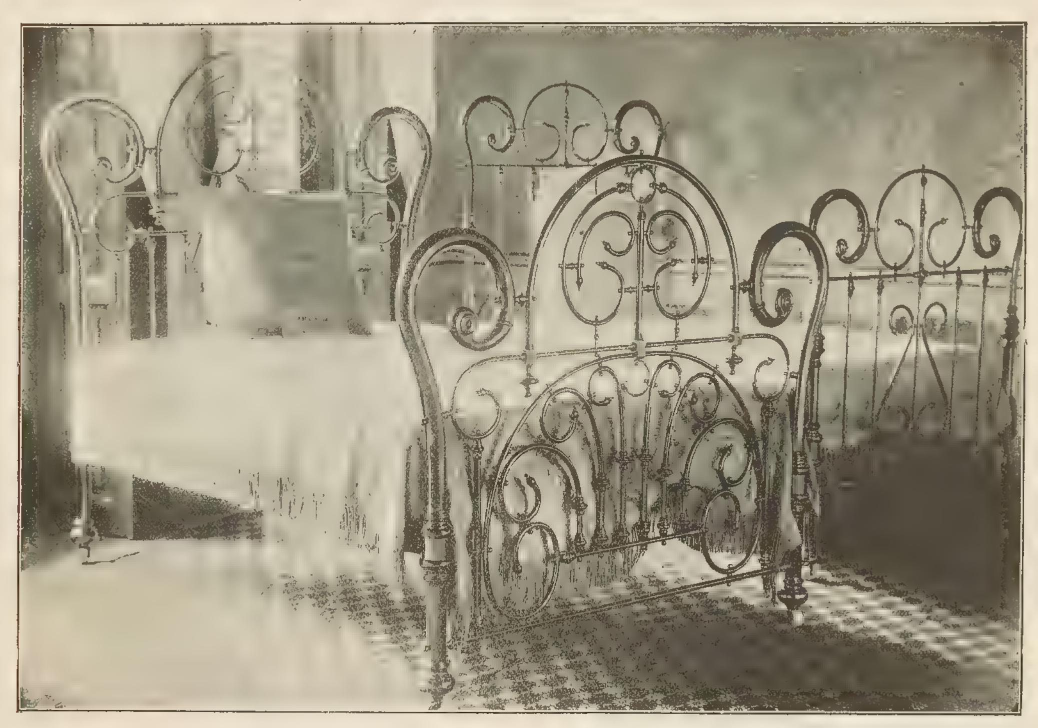
En la Exposición de Toluca, la Fábrica de San Ildefonso exhibe actualmente sus productos en un lote especial, que ha despertado, con justicia, el interés de los visitantes. Los casimires salidos de sus grandes talleres llaman desde luego la atención por la finura de su tejido y sus dibujos. Las alfombras que presenta la Fábrica son también de la mejor hechura y revelan el grado de adelanto que alcanza en la actualidad este importante ramo de la industria.

Ofrecemos en esta página una vista general de la Fábrica y una fotografía del lote arreglado por la Compañía explotadora para el certamen abierto últimamente.



Detalle del lote de la Compañía en el Certamen de Toluca.

"La Nueva Industria"



Camas exhibidas por los Sres. A. Mestas y Comp.

UNA GRAN FABRICA.

En la crónica que de los departamentos de la Exposición Nacional de Toluca, nos envió nuestro corresponsal en aquella ciudad, daba cuenta de un local anexo al oficial; local que se distinguía por su elegancia y por los finísimos objetos allí expuestos. Al fondo del hermoso corredor que estaba cubierto con plantas varias, colección del señor General Villada, se destacaba entre un departamento amplio, trasparentado por lujosas vitrinas, el de «La Nueva Industria», de los señores Mestas y Comp., de la ciudad de México. Los concurrentes al certamen, atraídos por el hermoso aspecto que presentaba el salón referido, acudían en masa para admirar la soberbia colección de camas de latón que, con su brillo y finísimo pulido imitando oro, formaban uno de los mejores contingentes.

Las camas, cuya fotografía publicamos, estaban provistas de sus colchones, sobrecamas de raso y calados de lino.

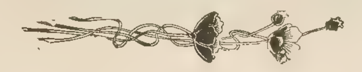
La fama que tiene «La Nueva Industria» por sus ricos trabajos, en toda la República, se ha ensanchado en todo el Estado de México con el contingente que envió á la Exposición.

En la capital, los que conocen la fábrica y almacenes de «La Nueva Industria», han admirado siempre la rica y variada colección de sus productos. Hace poco que los señores Mestas, infatigables y honrados industriales que han elevado á una gran altura en la República el ramo de fabricación de camas de diversas clases, muebles y útiles de casa, abrieron un almacén en la esquina 2ª de la Monterilla y San Agustín.

Sin exageración alguna, «La Nueva Industria» es la primera en la República y una de las principales en la América latina, en opinión de los conocedores y del público de buen gusto.

Por lo demás, esta notable fábrica ha tomado parte en varias Exposiciones extranjeras y nacionales, y con justicia se ha hecho acreedora á los más altos premios.

Seguramente que en la Exposición Nacional de Toluca, en donde, repetimos, ha llamado la atención, obtendrá una de las mejores recompensas, pues aunque hay otros productos del mismo género, pasan inadvertidos junto á los de «La Nueva Industria».





Almacenes en la Esquina de San Agustín y Monterilla.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.—TOMO II.—NÚM. 18. MÉXICO, NOVIEMBRE 2 DE 1902. Subscripción mensual foránea, $1.50 Idem Idem. en la capital, „ 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.

RUINAS DE PALENQUE.



CORREDOR DE LA CASA DE LAS LEYES. (Fot. de Waite.)

CONFIDENCIAS.

—Perdóneme que lo venga á molestar y á quitarle un poco el tiempo. Veo que está usted muy ocupado y me apena distraerlo de sus muchas y graves ocupaciones; pero estoy pasando las de Caín y necesito contarle todo lo que me pasa y pedirle consejo. Para eso son los amigos.

—¿.........................?

—¡Qué ha de ser! Lo de siempre...... ya se acuerda!...... el negocio aquel!......

—¿..................... .....?

—Sí, hombre! no se haga!...... Pues mire lo que sucede:

Todo marchaba á pedir de boca. Yo había puesto de mi parte cuanto me había sido posible para que no hubiera dificultades, y al principio creí haberlo conseguido. Con el carácter que usted me conoce, convendrá en que mi actitud fué siempre la que debía ser, y en que procuré que nada hubiera de raro ni de anómalo en el asunto. Mientras llevaba este «ten con ten», no dejaba de estar en observación; y haciéndome el zorro, todo lo veía y de todo estaba al tanto, sin que nadie se las espantara, especialmente el viejo.

A poco empecé á notar cierto no sé qué, algo de raro que, francamente, no me esperaba, pero que me hizo parar las orejas y estar más en guardia, aunque tragando camote y sin dar mi brazo á torcer. Aquello continuó varios días y, aunque no subió de punto, acabó por importunarme y forzarme la mano.

Tanteé el terreno, me fuí con pies de plomo, me hice el zorro y...... nada! Por más redes que les tendí y por más planes que les puse, al otro principalmente, ellos seguían haciéndose patos y nunca daban color. Comprendí que me estaban tanteando, y siempre prudente y tratando de aclarar el punto, aproveché una coyuntura para interpelar á la vieja y le dije categóricamente: «¿En qué quedamos?» Ella se me quedó mirando con un modito! y en vez de responderme, me dijo: «¿En qué quedamos de qué?»

Sentí que el demonio me llevaba; pero me dije á mí mismo: «¡Cepos quedos! no comprometamos la literatura!» y me despedí en el acto.

Mi situación no podía ser peor. Si aflojaba, ya me las podía componer; si apretaba, todo podía comprometerse. Era necesario encontrar un «modus vivendi» y buscar una componenda que conciliara todo, y resolví aguantar para salir del mal paso.

No era fácil darle á la bola, y por más que me rascaba la cabeza, no encontraba modo de emplantillar.

El caso era claro como la luz del día. De un lado, gentes como ellas; y del otro, un carácter como el mío. Ellos siempre esquivando el lance; yo haciéndome el tonto y viéndolos venir.

En éstas y en las otras pasaba el tiempo, y las cosas en su ser. Muy amables, muy corteses! Fulanito por aquí ó Fulanito por allá! Pase, siéntese!; pero de lo otro ni agua! Lo que más me ardía, era que sólo respondían cuando les preguntaba, y que si no se les llamaba al terreño, no hablaban sino de cosas indiferentes.

Yo quería dejar sentado este principio: al pan, pan, y al vino, vino, para que después no hicieran el fo ni se llamaran á engaño; pero á pesar de que soy claro y categórico y no hay manera de ignorar lo que quiero decir, ellos siempre en sus trece y jesuiteando de lo lindo. La cosa se ponía de color de hormiga, y tomando al toro por los cuernos, me presenté un día resuelto á todo, ó poner los puntos sobre las «íes» y á no dejar títere con cabeza.

Me apersoné con todos y del pe al pa les canté el credo:

"Ya hace tiempo—les dije—que ustedes saben á qué atenerse y ya no pueden alegar ignorancia. Bastante claro les he dicho mis propósitos y bien manifiestas han sido mis intenciones; tanto que una vez en el tren me dijeron ustedes: «No se haga guaje! ya sabemos de qué pie cojea!» Después de eso yo esperaba una resolución definitiva; y todavía estamos en veremos! Yo no he omitido esfuerzo para que todo termine satisfactoriamente, y la prueba es que no he dicho esta boca es mía y que apenas me he permitido algunas ligeras alusiones y esto porque su conducta me ha obligado á ello.

«Como caballero y como amigo, me creo con derecho á que se me diga de una vez á cómo corre, para que cada cual quede en el puesto que le corresponde y no se diga luego: que te fué y que te vino! Ningún trabajo les cuesta decir sí ó no, y cuento acabado! Yo por mí les aseguro que con sí ó con no, me lavo las manos, y el que venga atrás, que arree.»

Pasa usted á creer que ni por ésas! El viejo pelaba tamaños ojos, el hermano estaba como tonto en vísperas, la vieja se hacía la dormida; y yo, para no forzarles la mano ni agarrarlos con el dedo tras de la puerta, cogí y me fuí para que no festinaran el asunto y obraran con conocimiento de causa.

Ahora me encuentro en otro aprieto: ¿qué hago si me resuelven por la afirmativa, y qué me conviene si se cierran á la banda y dicen nones? Usted que es frío y reflexivo, aconséjeme, se lo suplico; la cuestión, como ha podido ver, es para mí de capital interés; yo estoy tal vez ofuscado y no le doy á la bola; ahora que sabe usted á qué atenerse y conoce todos los pormenores del asunto, dígame qué debo hacer.

—Tal como usted me pinta la situación, no creo que haya más que un consejo que darle.

—¿Cuál?

—Haga usted lo que le parezca.

—Gracias! Mil gracias! me salva usted la honra y acaso la vida!.....

Dr. M. Flores.

DON JUAN.

Había asistido el jovencito á la representación del Tenorio en un teatro de la corte, y desde aquel momento había sentido hervir en su corazón ardientes ambiciones y en su cerebro deslumbradores planes.

Era un mozo de dieciocho años, recién llegado á Madrid para estudiar Farmacia, hijo de un boticario de un pueblo anticuado y humilde. Las impresiones de la gran capital traíanle trastornado. Hasta entonces no había salido de la vulgaridad del villorrio. Predispuesto su espíritu á las cosas extraordinarias, estaba en ese momento y en esa ocasión en que el alma va á dar un estirón definitivo ó se queda encogida é inútil para siempre, como el enano que llega á viejo sin dejar de ser físicamente niño. Es el período decisivo en que el hombre clasifica entre los seres que buscan las alturas ó entre los que se quedan adheridos á la corteza térrea: ó le nacen las grandes alas de la vida intelectual ó le nacen raíces.

Aquella representación del Tenorio fué el golpe mágico. Habíase desgarrado el telón que le ocultaba el mundo de la fantasía, y hallábase de improviso trasportado á una ciudad misteriosa, de tortuosas callejuelas, en cuyo desigual empedrado sonaban los cascos de un caballo castizo, y sobre el inquieto lomo de éste marchaba gentil personaje de la aventura. La luna recortaba sobre el azul profundamente obscuro del cielo, la silueta del antiguo caserón almenado, y de su principal balcón de marmóreo balaústre y ancho como mediana plazoleta, colgaba la escala de seda, tendida por la sobornada dueña para abrir camino á las audacias del galán. Detrás de los vidrios verdosos y emplomados, se adivinaba más que se veía la figura esbelta y blanca de la doncella por quien vibraba con ritmo de pecho agitado toda la máquina retórica y sentimental levantada en el alma del farmacéutico; blanco el rostro, blanco el traje, negras las trenzas que colgaban sobre la espalda, las pupilas de dilatado campo luminoso, en cuya córnea alabastrina el resplandor interno velado por los párpados, tenía relámpagos de pasión y adormecimientos de melancolía.

Ya se contemplaba el soñador en medio de una lluvia de estocadas, blandiendo una tizona y defendiendo su vida contra los campeones, huyendo en su caballo, en la medrosa noche, de la caterva de corchetes y alguaciles.

Para todos los atrevimientos había impulsos en su alma, y para todas las bizarrías vigor en su puño.

El ensueño se apoderó del mozo y andaba por ahí hecho un papanatas, sin tropezar con la realidad, todo encerrado en su fantasía, como el testáceo en sus valvas, feliz al creerse excepción de la humanidad ramplona, despreciando los formularios oficiales y mandando al diablo los ungüentos y las píldoras.

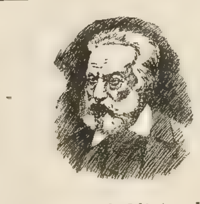
Eso de estarse horas y horas ante la retorta puesta al fuego, espiando la destilación de indecente brebaje que iba á envenenar al cándido y desesperado enfermo, parecíale la más vil ocupación del mundo. Pues no digamos nada de cómo juzgaría el emplear su tiempo en aprender las envenenadoras fórmulas químicas en que andan revueltas las letras del abecedario con los números en jeroglífica mezcolanza. ¡Cuánto mejor era renovar las aventuras del amor y las guapezas y lances de aquel grandísimo perdido sevillano, que tenía para toda dificultad la solución en su espada!

Acabado que fué ese curso, cuando volvió a su lugarejo familiar el estudiante, había perdido el curso y las carnes é iba flacucho y descolorido.

Había intentado la parodia de Don Juan dentro de los medios de su escueta bolsa y de la prosa imperante, y dió con la salud en manos de los médicos. Con sus arrestos y gallardías aprendió que Don Juan hubiera hoy acabado su primer calaverada en una delegación de policía.

De la resurrección de las víctimas que había soñado que mataba, sólo tuvo vislumbres en los muertos que le levantaron en alguna leonera adonde fué á probar fortuna, imaginándose que iba á encontrar la talega de onzas con que el burlador audaz apedreaba á sus enemigos y premiaba á sus servidores.

En cuanto á Doña Inés, una sola conoció y más le valiera no haberla conocido, porque



La cabeza de Víctor Hugo.

Acorazad nuestra grandiosa esfera
Con un blindaje de oro rutilante,
Ponedle un torvo monte por semblante
Y un turbulento mar por cabellera.

Al fondo dad de la mirada austera
Un temblor de relámpagos brillante,
Y en los labios poned amor bastante
Para inundar la humanidad entera.

Brindadle por enorme fantasía
Todo el espacio en que despeña el día
Los ríos de color de su paleta.

Dadle por voz el rayo omnipotente,
Ponedle mil Vesubios en la frente,
¡¡Y ése es el cráneo inmenso del Poeta!!

SALVADOR RUEDA.



Sr. Gral. D. Carlos Garcia Velez.



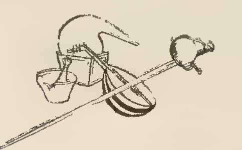
Sra. Amalia Martinez Ibor de Garcia Vélez.

resultó ser una zafia costurera que, después de no muy limpias andanzas, vino á dar con sus huesos en una casa que no tenía nada de convento, dejando al confuso mancebo en la más triste de las desilusiones.

El deslumbrado lugareño no sirvió ya para cosa alguna, ni para moler alcanfor en el mortero de la botica, y fué parásito de su familia y eterno descontento de la vida.

—Lo cual significa—decía el cura del pueblo sobre el caso con el médico— que todas esas creaciones de la poesía que tanto encumbran los sandios, no son sino causa de males infinitos.

—Nada de eso, amigo—replicó el doctor.—Lo que sucede es que la poesía es como los



vinos jerezanos: bebida de caballeros que trastornan al vulgacho. El que se acerca al tabernáculo del arte con alma prosaica, perecerá como el israelita de la tradición bíblica.

J. Ortega Munilla.

OLIVERETTO DE FERMO.

Fué valiente, fué hermoso, fué artista;
Inspiró amor, terror y respeto.
En pintarle gladiando desnudo,
ilustró su pincel Pintoretto.
Machiavelli nos narra su historia
de asesino elegante y discreto.
César Borgia lo ahorcó en Sinigaglia.
......Dejó un cuadro, un puñal y un soneto.

Manuel Machado.

El Primer Ministro de Cuba en México.

A bordo del vapor «León XIII» arribó á Veracruz, días pasados, el Sr. Gral D. Carlos García Vélez, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de la República de Cuba en México. Después de una corta permanencia en aquel puerto y en Orizaba, siguió su viaje rumbo á la capital, llegando aquí el 25 del pasado por la noche.

A la estación del Mexicano estuvieron á recibirlo los miembros más distinguidos de la colonia cubana y algunos caballeros mexicanos, que saludaron su llegada con aplausos.

***

El Sr. Gral. García Vélez, hijo del prestigiado insurgente Calixto García, nació en Santiago de Cuba por los años de 1863 á 1864. Durante la sangrienta guerra conocida por «de diez años», fué hecha prisionera la Sra. Isabel Vélez, madre del señor General, y llevada á la Habana, la acompañó en su cautiverio hasta que obtuvo su libertad y pudo él dirigirse á los Estados Unidos, donde comenzó su educación. Al fin de la guerra, su padre fué también hecho prisionero y deportado á España.

Al estallar la última insurrección, se dirigió nuevamente á los Estados Unidos, y en compañía de su padre organizó una expedición á la Isla, á bordo del vapor «Jokin», que naufragó. El Sr. García Vélez, por último, sirvió en el Estado Mayor del General García, y al frente de una brigada cuyo mando se le encomendó poco después, asistió á muchos combates prestando valiosos servicios á la causa revolucionaria.

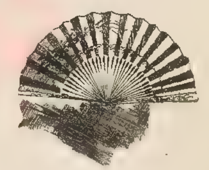
***

El Señor Ministro de Cuba viene acompañado de su esposa, la Sra. Amalia Martínez Ibor, hija de uno de los cosecheros principales de la Isla, y de un pequeño niño que lleva el nombre del patriota Calixto García. Lo acompañan también el Sr. Dr. D. Francisco de Paula Coronado, con el carácter de Primer Secretario de la Legación, y el Capitán Aníbal Escalante, como «attaché» militar.

El Sr. Gral. García Vélez fué recibido por el señor Presidente de la República, con el ceremonial acostumbrado, el jueves de la semana pasada.

EL PASADOR DEL ABANICO.

(EL ACTOR)



De un abanico la gentil figura
De un teatro en la forma se revela!
Componen la magnífica vitela
Los palcos donde brilla la hermosura.

La gente alborotada de la altura
Es el encaje que en su torno vuela;
Y la que al patio oprime y encarcela,
Tiene del varillaje la finura.

Como rayos de luz son las miradas
Que vuelan todas á morir atadas
En el actor que el sentimiento expresa.

¡Feliz el genio de decir sonoro,
Que como rico pasador de oro
El varillaje de almas atraviesa!





GUATEMALA.—EDIFICIOS Y PASEOS PRINCIPALES.

Los últimos Temblores

LLUVIA DE CENIZAS.

HONDA sensación han producido en el país las noticias que hace algunos días circularon con relación á los temblores registrados últimamente en distintos puntos de la costa del Pacífico y del Estado de Chiapas, y á la lluvia de cenizas observada en una extensa zona de nuestro territorio.

Las primeras noticias se recibieron en la Capital el 24 del pasado, día en que por telegramas oficiales y privados se supo que tanto en San Cristóbal Las Casas y en Juchitán, como en Tuxtla Gutiérrez y San Bartolo, se habían sentido movimientos seísmicos, acompañados de fuertes ruidos subterráneos. En algunas comarcas del istmo de Tehuantepec se observó el mismo fenómeno.

***

En San Cristóbal se presentó el día despejado; pero de repente el sol se obscureció, comenzando á caer sobre la ciudad y sus alrededores una espesísima lluvia de cenizas. Lo inesperado del fenómeno hizo que entre los habitantes cundiera un pánico indescriptible: las familias abandonaron sus casas, temerosas de una catástrofe, y el sol se nubló á tal grado, que en los establecimientos mercantiles y en las oficinas, fué preciso hacer uso de la luz artificial. Los ruidos subterráneos eran cada vez más fuertes, y cuando el temblor se dejó sentir, la alarma no tuvo límites: las mujeres rezaban en voz alta por las calles; el tráfico quedó interrumpido en toda la ciudad, y las casas se vieron en un momento desiertas. En los templos se tocaron las campanas para congregar á los fieles, celebrándose algunas ceremonias religiosas.

La lluvia de cenizas cayó también en Comitán, en Motozintla, en Tuxtla Gutiérrez y otros puntos, causando, como en San Cristóbal, un pavor inmenso. Los ruidos—decía un telegrama—son tan fuertes, que en Tuxtla Gutiérrez se oyen los de Comitán. Las familias comenzaron á emigrar el mismo día á los Estados de Tabasco y Oaxaca.

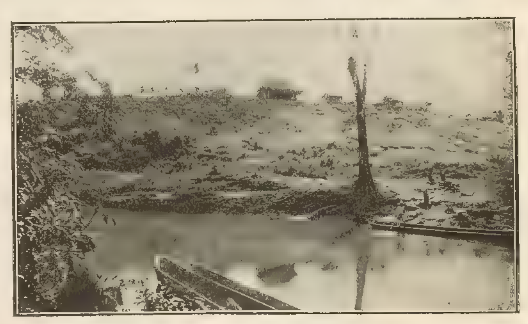
***

A hacer más crítica la situación de los aterrorizados vecinos de aquellas poblaciones, contribuyó principalmente el dicho de un grupo de indios que aseguraron que una montaña poco distante de San Cristóbal arrojaba humo y cenizas. Esta versión fué desmentida más tarde, dándose por seguro que el cerro que se encontraba en erupción era el de «Don Juan», que está inmediato á Palenque. Los informes de las autoridades políticas, transcritos al Observatorio Meteorológico Central, así lo afirmaron, aunque, como ahora se sabe, estos informes carecían de fundamento.

Por lo que toca al Estado de Tabasco, el fenómeno se observó en Tenozique, Montecristo, Macuspana, Tacotalpa y otros pueblos, que fueron presas de un pánico terrible.



VISTA DE TEHUANTEPEC.



CHIAPAS. EMBARCADERO DEL RIO EN PALENQUE.



CHIAPAS. TRABAJADORES DE UN PLANTÍO EN SAN LEANDRO.

Fots. de Waite.

Todo el día 26, puede decirse, persistió la lluvia de cenizas en los Estados de Chiapas y Tabasco y en una gran zona de Oaxaca que comprende los distritos de Tehuantepec, Pochutla, Juquila, Miahuatlán, Ocotlán y Tlacolula; las cenizas llegaron hasta la capital del Estado, donde el fenómeno produjo una verdadera sorpresa. De San Juan Bautista se tuvieron informes de que, desde las nueve de la noche del día anterior, no había cesado un momento; la ciudad amaneció envuelta en una capa blanca, que brillaba á los rayos del sol, como la nieve. Los ruidos subterráneos se estuvieron observando casi sin interrupción.

En Tuxtla Gutiérrez y en Comitán (Chiapas), el fenómeno revistió caracteres excepcionales, pues en la primera de estas poblaciones la lluvia arreció á las doce de la noche de una manera alarmante, y en la segunda llegó á cubrir el suelo con una capa de veinte milímetros.

***

El 27 cesó la lluvia en la mayoría de los puntos en que durante tres días y con ligeras interrupciones, se estuvo observando; pero esto no fué suficiente para calmar la excitación por completo, debido á la creencia, muy generalizada, de que en Chiapas había, como antes decimos, aparecido un volcán.

Para desvanecer esta versión, el señor ingeniero Pastrana, director del Observatorio Meteorológico Central, dirigió un telegrama á los jefes políticos de los distritos de Chiapas y Tabasco, afirmando su opinión de que los fenómenos observados provenían de un centro volcánico correspondiente á Guatemala. Esta opinión ha quedado plenamente confirmada, y el pánico ha ido, poco á poco, desvaneciéndose.

La localización del foco volcánico, por lo demás, basta para que nuestros lectores se den cuenta de la intensidad del fenómeno, intensidad verdaderamente asombrosa, toda vez que el volcán de Santa María, situado en las cercanías de Quezaltenango, dista de Tehuantepec más de cuatrocientos kilómetros y más de setecientos de Oaxaca, ciudad en que se observó la lluvia de cenizas.

Acerca del volcán de Santa María, tenemos los siguientes datos, que transcribimos por ser, en estos momentos, de la mayor importancia:

El Santa María se encuentra situado en la región occidental de la República de Guatemala, á 68 kilómetros de la línea que divide á México de ese país.

El volcán es uno de los primeros del sistema orográfico centroamericano que forma en las Repúblicas de Guatemala y de El Salvador una cadena de picos á lo largo de las costas del Pacífico.



Palenque.—El rio Michol.



Chiapas.—Plantio de hule.



Tabasco.—Una calle de Frontera.

Fots. de Waite.

Antes que él se encuentran los volcanes de Tecaná y Tajumulco.

La cordillera de los Andes, que forma en la América Central una red muy intrincada, va descendiendo lentamente hacia el Pacífico y divide la región fría ó templada, de la costa, constituyendo una especie de muralla, cuyos picos principales se divisan completamente desde el mar.

El volcán de Santa María es perfectamente visible desde el puerto de Champerico y tiene una forma cónica. Al Norte se extiende la planicie en cuyo centro está situada la ciudad de Quezaltenango, destruída por los terremotos de abril último, y vuelta á destruir apenas empezada á reedificarse, por los temblores de septiembre.

Los flancos del volcán, septentrional y meridional, son completamente distintos, pues mientras al Sur se nota un descenso muy notable en el terreno, al Norte el descenso es poco sensible. A un lado están las poblaciones de San Felipe y Retalhuleu y otras de menor importancia. Quezaltenango queda á dos ó tres leguas del foco volcánico y es, por lo mismo, una de las ciudades expuestas continuamente á ser destruídas por las erupciones.

La altura del Santa María es de unos mil trescientos metros sobre el nivel del mar, y en la estación de invierno se encuentra nieve en su cúspide. Se creía generalmente que estaba extinguido; pero hace algunos años, un geólogo alemán anunció su actividad, que ha venido á comprobarse plenamente. Es casi probable que la actual erupción haya causado grandes perjuicios en una de las zonas más ricas de la República vecina, como es la de «Costa Grande», que comprende el terreno que más fácilmente puede ser invadido por las lavas.

***

En cuanto á las ciudades del Sur de nuestro país en donde se sintieron los temblores y hubo lluvia de cenizas, parece que no se registraron desgracias personales. Los plantíos, en cambio, sufrieron algunos perjuicios.

Es de mencionarse, por lo demás, el empeño con que tanto las autoridades de Chiapas como las de Tabasco, procuraron restablecer la calma en aquellos puntos donde la alarma de los moradores llegó á su más alto grado. Las oportunas medidas dictadas en este sentido impidieron, sin duda, que ocurrieran accidentes lamentables, no obstante la consternación que dominaba en las masas y la intensidad de los temblores registrados, sobre todo en San Cristóbal, donde se sintieron cua-



Chiapas.—El rio Tulijà

renta y cinco. En el puerto de Acapulco el movimiento fué trepidatorio y duró algunos segundos.

Publicamos en estas páginas fotografías de diversos puntos de Chiapas y Tabasco y de Tehuantepec, así como de Salina Cruz, donde sopló un norte furioso hace pocos días.



MERCADO DE TEHUANTEPEC.



RIO DE TEHUANTEPEC.



VISTA DE FRONTERA.

La Ascensión.

Así marchando, llegamos á lo alto del monte, donde una palmera se desgreñaba sobre un abismo lleno de mudez y de nieblas. Frente á nosotros, muy lejos, el cielo se desbordaba como un inmenso paño amarillo, y sobre ese fondo vivo, color yema de huevo, se destacaba un negrísimo otero, que tenía clavadas en la cima tres cruces en línea, finas y de un solo trozo. El Diablo, después de esgarrar, murmuró cogiéndome del brazo:

«La del medio es la de Jesús, hijo de José, á quien también llaman Cristo. Llegamos á tiempo para saborear la Ascensión.»

En efecto, la cruz del medio, la de Cristo, desarraigada del otero, como un arbusto que el tiempo arranca, comenzó á elevarse lentamente engrosando, ocupando el cielo. Luego, de todo el espacio volaron ángeles á sostenerla, apurados como palomas cuando acuden al grano. Unos tiraban desde arriba, después de haber amarrado al madero largas cuerdas de seda; otros la empujaban desde abajo, y nosotros notábamos los esfuerzos de sus brazos azulados. A veces de la cruz se desprendía, como de una cereza muy madura, una gruesa gota de sangre; un serafín la recogía en las manos y marchaba á colocarla en la parte más alta del cielo, donde quedaba suspensa y brillaba con el resplandor de una estrella. Un anciano enorme, con túnica blanca, á quien distinguíamos poco las facciones entre la abundancia de su cabellera revuelta y los flecos de sus barbas nevadas, mandaba, recostado entre nubes, estas maniobras de la Ascensión, en una lengua semejante al latín, y fuerte como el rodar de cien carros de guerra. Súbitamente todo desapareció. El Diablo, mirando para mí, exclamó pensativo: «¡CONSUMMÁTUM EST, amigo!....... ¡Pero otro Dios!....... ¡Pero otra religión! Esta va á extender en tierra y cielo un tedio inenarrable.»

Y luego, llevándome por la colina abajo, el Diablo comenzó á contarme animadamente los cultos, las fiestas, las religiones que florecían en su juventud. Toda esta costa del «gran verde,» desde Biblos hasta Cartago, desde Eleusis á Menfis, estaba poblada de dioses. Unos deslumbraban por la perfección de su belleza, otros por la complicación de su ferocidad; pero todos se mezclaban en la vida humana, divinizándola. Viajaban en carros triunfales, respiraban las flores, bebían vinos, desfloraban las vírgenes adormecidas. Por eso eran amados con un amor que no volverá más. Los pueblos, emigrando, podían abandonar sus ganados ú olvidar los ríos donde habían bebido, pero llevaban consigo sus dioses.

—¿El amigo, me preguntó, no estuvo nunca en Babilonia?

Allí todas las mujeres, matronas ó doncellas, iban un día á prostituirse á los bosques sagrados, en honor de Milita. Las más ricas llegaban en carros de plata, pujados por búfalos y escoltados por esclavas; las más pobres llevaban una cuerda al cuello. Unas extendiendo un tapiz en la yerba se agachaban como reses pacientes; otras, erguidas, desnudas, blancas, con la cabeza oculta en un velo negro, parecían espléndidos mármoles entre los troncos de los álamos. Y todas así, esperaban que cualquiera, arrojándoles una moneda de plata, les dijese: «En nombre de Venus.» Lo seguían entonces, fuese un príncipe llegado de Susa con tiara de perlas, ó un mercader que corriera el Eufrates en su barco de cuero. Y toda la noche rugía en la obscuridad de los ramajes el delirio de la lujuria ritual.

Después, el Diablo me contó las hogueras humanas de Molok, los Misterios de la Buena Diosa, donde los lirios se regaban con sangre, y los ardientes funerales de Adonis.

Parándose, me preguntó familiarmente:

—¿No estuvo el amigo en Egipto?

Le contesté que sí, y que había conocido á Maruja.

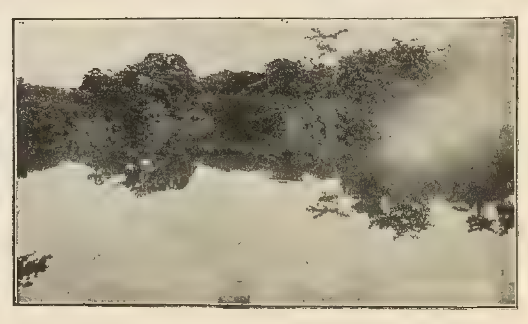
El Diablo, muy cortés, me dijo:

—No era Maruja, ¡era Isis! Cuando la inundación llegaba hasta Menfis, las aguas se cubrían de barcas sagradas. Una alegría heroica, subiendo hacia el Sol, hacía á los hombres iguales á los dioses. Osiris, con sus cuernos de buey, cubría á Isis, y entre el vibrar de las arpas de bronce, se oía por todo el Nilo el rugido amoroso de la Vaca divina.

Después el Diablo me contó cómo brillaban dulces y bellas en Grecia las religiones de la Naturaleza. Allí todo era claro, puro, luminoso y sereno. La harmonía salía de las formas de los mármoles, de la cons-



SALINA CRUZ.



RIBERA DE UN RIO EN TABASCO (Fots. de Waite).

titución de las ciudades, de la elocuencia de las academias y de la destreza de los atletas. Entre las islas de Jonia, flotando en la molicie del mar mudo, como cestas de flores, las Nereidas se encaramaban á la borda de los navíos para oir las historias de los viajeros; las Musas cantaban en los valles y la belleza de Venus era como una condensación de la belleza de «Hellenia.»

Pero ¡ay!, había aparecido este carpintero de Galilea, y todo acabó. La faz humana tornábase para siempre pálida y llena de misticismo. Una cruz sombría, cubriendo la tierra, apagaba el esplendor de las rosas y quitaba el sabor á los besos: ¡y era grato al dios nuevo la fealdad de las formas!

Juzgando á Lucifer entristecido, yo trataba de consolarle:

—No se apure; aun ha de haber en el mundo mucho orgullo, mucho furor. No lamente las hogueras de Molok; ha de presenciar hogueras de judíos.

—¿Yo? me contestó admirado. Unos y otros no me importan. Ellos pasan, yo quedo.

EÇA DE QUEIROZ.

MUERTE DE UN MEDICO NOTABLE

Víctima de una dolorosa enfermedad, falleció hace pocos días el Sr. Dr. D. Manuel Carmona y Valle, Jefe de la Escuela de Medicina de México, y uno de los hombres de ciencia á quien más debe la juventud estudiosa.

El Sr. Dr. Carmona y Valle era el decano de los profesores de la Escuela, pues comenzó á servir la clase de Clínica Externa el año de 1866. En 1890 presidió el primer Congreso de Higiene reunido en México, y el segundo Congreso panamericano. Fué, además, presidente de la Academia de Medicina y delegado de México en uno de los congresos médicos reunidos en los Estados Unidos.

Su labor como maestro fué muy meritoria. Entre otras obras que dejó escritas, se cuentan una sobre la fiebre amarilla y otra que trata de la enfermedad conocida con el nombre de «infarto pulmonar».

A sus funerales concurrieron los profesores y alumnos de la Escuela y multitud de amigos y admiradores del Maestro.



SR. DR. D. MANUEL CARMONA Y VALLE.



SR. DR. D. AMADOR VELASCO, ELECTO OBISPO DE COLIMA.

OBISPO DE COLIMA.

Para cubrir el puesto que dejó, como tercer obispo de Colima, el Sr. Dr. D. Atenógenes Silva, actual arzobispo de Morelia, ha sido preconizado en Roma el Sr. Dr. Amador Velasco, uno de los miembros más ilustrados del clero colimense.

El obispo electo nació en la villa de Purificación [Jalisco] y muy joven aún ingresó como alumno al Seminario Conciliar de Colima, distinguiéndose entre sus compañeros de estudio por su claro talento y sus aptitudes poco comunes. Después de recibir las órdenes sacerdotales, desempeñó el cargo de catedrático del plantel y, más tarde, el de rector, que sirvió algunos años.

Borlado ya doctor en Teología, el Sr. Silva lo nombró vicario y gobernador de la Mitra de la diócesis que estuvo á su gobierno.

La elección del Sr. Velasco ha sido recibida en Colima con verdadero agrado.

MUSA INFIMA.

Vedla allí, con su cántiga impudente
que de sueños tranquilos nos despierta;
desgarrada la túnica, y cubierta
de laurel y de pámpanos la frente.

Semidiosa de un arte decadente,
ducha en el tirso, y en la lira incierta,
sólo constriñe su facundia muerta
para medir la estrofa lubriscente.

No es el numen de Plauto y de Terencio
que impone con sus cánticos silencio
al duelo en que el espíritu naufraga;

es la musa falaz de nuestros días,
que ofende cuando entona sus poesías
y que á pueblos incultos embriaga.

RAMÓN A. URBANO.

EL 2 DE ABRIL

Un cuadro valioso.

El Sr. Ministro de la Guerra, General D. Bernardo Reyes, ha obsequiado al señor Presidente de la República con un cuadro mural que representa la entrada del ilustre jefe del Ejército de Oriente á la plaza de Puebla, al consumarse el glorioso asalto del 2 de Abril de 1867.

El cuadro á que nos referimos, fué pintado por el Sr. Francisco de P. Mendoza y mide dos metros veinticinco centímetros de largo, por uno cincuenta de ancho. Como obra de arte, se echa de ver desde luego la verdad con que están tratados los principales detalles y lo bien estudiado de la composición. En el centro se ve la fuente que en aquella época existía en la plaza principal, y á la izquierda la catedral, cuyas esbeltas torres dora la primera luz de la mañana. El héroe de aquella gloriosa jornada está representado á caballo, seguido de su Estado Mayor y con la espada desnuda, saludando al Batallón de Oaxaca, que forma á la derecha en línea desplegada.

En la composición del cuadro entran cañones despedazados por la metralla, y grupos de soldados que hacen la impresión más completa. El colorido es del mejor efecto, pues á la luz auroral que ilumina la población, se mezcla el rojo fulgor de los disparos con que las tropas victoriosas saludaban al Sr. General Díaz.

***

En cuanto al autor del cuadro, diremos que, pensionado por el gobierno de Coahuila, su Estado natal, ingresó á la Academia de Bellas Artes, donde hizo sus primeros estudios. Poco después, disfrutando también una pensión, pasó á Europa, y recorrió Italia, Inglaterra, Alemania, Francia, Bélgica, Holanda y España, donde recibió en 1891, de la reina María Cristina, el premio que la «Unión Iberoamericana» concede á los artistas de reconocido valer.

Ofrecemos hoy una copia del cuadro mencionado, á fin de que sea conocido de nuestros lectores.



SR. FRANCISCO DE P. MENDOZA.



EL 2 de ABRIL DE 1867.

[El Sr. Gral Díaz es saludado, con salvas por sus tropas victoriosas, al entrar á la Plaza Principal de Puebla.]

[Cuadro de Francisco de P. Mendoza.]

TUMBAS OLVIDADAS.

A la multitud de tumbas olvidadas de la muchedumbre que en este día invade los panteones, pertenecen las que da á conocer hoy «El Mundo Ilustrado.»



Tumba del Padre Nájera.

Una de ellas, es la del ilustre demócrata Don Valentín Gómez Farías, que fué Presidente de la República: se encuentra en una casa particular de Mixcoac y es tan humilde, que parece hecha para representar la sencillez republicana del grande hombre.

Otra, es la del célebre Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera, prior del convento del Carmen de Guadalajara y uno de los primeros—si no el primero—hombres de letras que han florecido en el país. El Padre Nájera, como se le llama en el mundo literario, fué un conocedor profundo de la historia de México y un filólogo eminente. Sus obras literarias son notables, tanto por la belleza de la forma como por la vasta erudición de su autor. Nadie, en concepto de la crítica imparcial, ha trazado con tanta exactitud el cuadro de la Dominación Española en México, como él lo hizo en una de sus más hermosas piezas oratorias: el sermón predicado en la catedral de Guadalajara el 12 de diciembre de 1839. El sepulcro del padre Nájera se encuentra en el templo de Jesús.



Restos de Don Lucas Alamán.



Tumba de Don Manuel Villar.

En el mismo templo se guarda la urna que encierra las cenizas de otro hombre de talento clarísimo: Don Lucas Alamán. Fué éste, como se sabe, historiador muy adicto al gobierno español en México y uno de sus más entusiastas panegiristas. Enemigo irreconciliable de Hidalgo y de su causa, sembró en el país, realizada la Independencia, la semilla de la monarquía, que tan amargos frutos había de producir andando el tiempo. Sus apreciaciones sobre la revolución de 1810, han sido victoriosamente combatidas, y sólo quedan de su obra la amenidad de las narraciones y la suma de datos históricos en que abunda.

Por último, en Jesús está la tumba de Don Manuel Villar, fundador de la nueva escuela de escultura en la Academia N. de Bellas Artes.

———o———

FRAGMENTO.

...Todos nos formamos una ilusión del mundo, ilusión poética, sentimental, risueña, melancólica, desagradable ó triste, según el propio temperamento. Y el escritor no tiene otra misión sino reproducir fielmente esta ilusión con todos los procedimientos de arte que ha aprendido y de los que puede disponer.

Ilusión de lo hermoso, que es una convención humana! Ilusión de lo feo, que es una opinión que se modifica! Ilusión de lo verdadero, que jamás es inmutable! Ilusión de lo innoble, que atrae á tantos seres! Los grandes artistas son los que imponen á la humanidad su ilusión particular.

Guy de Maupassant.



Tumba de Don Valentin Gomez Farias.

La estrella dichosa.

Muy lejos, muy alto, en el azul purísimo del firmamento, una preciosa estrella se afligía, pensativa, semejante á los ojos de una doncella próxima á verter lágrimas.

Un ángel que por allí pasaba, dijo á la entristecida estrella:

—¿Por qué te afliges tan dolorosamente, querido astro?

A lo que respondió;

—Es que he visto por la noche, cuando arrojo mi dulce claridad sobre la tierra, á una de mis hermanas, que brilla en uno de los riachuelos de París, y tengo envidia de ella. Quisiera estar en su lugar, unir al suyo mi reflejo y temblar en el agua obscura, cerca de la acera por donde circula la gente.

El ángel se quedó mudo de sorpresa.

—¡Cómo! dijo al cabo de un instante, tú que contemplas los horizontes milagrosos del azul nocturno; tú que eres la reina del paraíso y abres sus puertas, sus puertas de ópalo y lapislázuli; tú que estás en lo infinito como una de las más preciosas perlas de un collar de luz; tú que admiras al declinar de la tarde la rosada palidez del crepúsculo, ¿estás celosa, joya celeste, de un astro caído en el fango como una flor marchita?

—Sí, estoy celosa, dijo la estrella, y por lucir tan lejos de la tierra, me siento próxima á llorar lágrimas de oro pálido, porque aquella de mis hermanas que está en el riachuelo puede admirar los menudos y ligeros piececitos de las parisienses que por allí pasan.—Catulle Mendes.

El Trebbia.

Siniestra aurora esparce sus lívidos fulgores.
Despierta el campo. El río sus ondas rueda fiero,
y bebe de Numidas el escuadrón ligero.
Se escucha el toque claro de los bocinadores.

Pues contrariando á todos, augures impostores,
al desbordado Trebbia, y hasta Escipión Severo,
Sempronio, el nuevo Cónsul, audaz como altanero,
ordena al punto mismo que marchen los lictores.

Con lúgubres reflejos el cielo enrojecían
las aldeas Insubres que al horizonte ardían;
oíanse lejanos berridos de elefante.

Y allá, de pie, adosado contra un arco del puente,
de las legiones que huyen, la marcha sordamente
Aníbal escuchaba, pensativo y triunfante.

José María de Heredia.

LA COMISIÓN NAVAL MEXICANA.

En nuestro número anterior dimos á conocer algunas fotografías referentes á la botadura de los nuevos cañoneros mexicanos «Tampico» y «Veracruz», que se construyen en Elízabeth port por cuenta del Gobierno Federal, bajo la vigilancia de una comisión nombrada expresamente para el objeto por la Secretaría de Guerra.

Hoy publicamos el grupo de oficiales de la marina que forman la comisión mencionada y son los siguientes:

Capitán Manuel Azueta, jefe de la comisión; primer teniente Guilebaldo Miranda; segundo teniente Rómulo L. Alcívar; segundo teniente Nicolás Varela R.; cadetes Arturo Medina, Francisco Amado, Luis G. Izaguirre, Manuel Escudero, Luis P. Florencia, Gonzalo Sierra, Rafael Izaguirre, Guillermo Acosta; ingeniero de construcción naval Carlos F. Varela; inspector de maquinaria George E. Cóward; primer maquinista Teófilo E. Remes; segundos maquinistas Leopoldo G. Correa, Manuel A. Silva, Carlos Peralta, Miguel Avila, Oscar Arenas, Julián Tiburcio, Sotero Rodríguez; capataces Luis Antiga y Tomás Salas.

La Cacería de San Huberto.

En las lomas del Molino del Rey se verificó el domingo último la cacería de San Huberto organizada por el Club Hípico alemán, y á la que fueron invitados, para que tomaran parte en ella, los miembros del Club Hípico Militar.

Los cazadores se reunieron en el sitio mencionado, á las cuatro de la tarde, vistiendo algunos, vistosos trajes de rojo, negro y blanco. Los jefes y oficiales del Ejército portaban el uniforme de gala. La carrera comenzó momentos después, yendo al frente del grupo el Sr. Julsreed, quien llevaba en la mano la cola de zorra que debían disputarle los cazadores.



La cacería de San Huberto.

Lo quebrado del terreno y las nubes de polvo que levantaban los caballos, hizo que la «cacería» fuera muy difícil y que algunos militares cayeran al suelo. ¡Ninguno de los jinetes logró dar alcance al Sr. Julsreed, quien resultó, por lo mismo, triunfante.

Entre los espectadores se encontraban los señores Ministro de la Guerra, Encargado de Negocios de Rusia, Secretario de la Legación de Alemania y otras personas distinguidas. A las 6 y media de la tarde regresaron los invitados y los jinetes al centro de la ciudad.

Por la noche se efectuó una cena íntima en el edificio del Club Alemán; á la que asistieron los miembros del Club Hípico Militar.

MINIATURAS

Para vivir en deliciosa calma
y gozar del amor de los amores,
un alma pura necesita un alma
que comparta con ella sus dolores.

***

Que no hay dicha mayor que la ilusoria,
comprobado lo vi desde chiquillo;
en el banquete del amor sencillo,
el plato más insulso sabe á gloria.

***

Tal vez cuando te callas y suspiras......
dices con menos frases más mentiras.

***

Una mujer instruída
y de conciencia elevada,
prefiere no ser amada
á verse comprometida.

R. A. Ubago.



Playa Vicente.

—

POBLACIÓN QUE PROGRESA.

Existe en el Estado de Veracruz una pequeña población cuyos progresos, en los últimos años, han sido verdaderamente notables. Nos referimos á Playa Vicente, uno de los puntos de aquella rica entidad de la República más beneficiados por el esfuerzo unido de sus laboriosos habitantes y por el celo de las autoridades.

Muchas y muy importantes son las mejoras que allí se han llevado á cabo; pero, para hablar sólo de la más reciente, nos concretamos á describir, á grandes rasgos, el hermoso palacio municipal que se inauguró durante las fiestas patrias de septiembre.

El edificio consta de una sola planta, en cuya construcción se emplearon la mampostería y el tabique, y obedece, en general, á una distribución completamente adecuada al objeto á que está destinado. El palacio está dividido en tres amplios departamentos, de los cuales el del ala derecha está dedicado á la escuela de niños. En la central se encuentran las oficinas municipales, como salón de cabildos y tesorería, y los juzgados de primera instancia; en el lado sur está el departamento de la escuela de niñas.



Palacio municipal de Playa Vicente

Es de consignarse también una nota que directamente se relaciona con el desarrollo del comercio en Playa Vicente. Sabido es que el río de este nombre ofrece serias dificultades para la navegación con vapores de cierto calado, y que nadie había podido vencerlas. El Sr. D. José López, comerciante muy acreditado de aquella plaza, se sobrepuso á todos los obstáculos y fletó el primer vapor que hace la travesía en el río, con el nombre de «Catemaco», el 15 de septiembre de 1897. A bordo del vapor se ve, en el grabado que publicamos, á la familia del Sr. López, que se embarcó en Tlacotálpam y un grupo de sus amigos.

Playa Vicente cuenta en la actualidad con buenas construcciones; la agricultura ha progresado allí de manera notable y la industria comienza á ensancharse.

En las fiestas de septiembre hubo una nota saliente: el baile con que se celebró la inauguración del palacio. Las principales familias de la población y algunas de los puntos cercanos, asistieron á la simpática fiesta.



El «Catemaco» en el rio de Playa Vicente.

Escuela de Ingenieros y Maquinistas EN ORIZABA.

Tiempo hace que los Sres. Lic. Eliezer Espinosa y Carlos Herrera, secretario general de gobierno de Veracruz, y jefe político de Orizaba, respectivamente, pensaban establecer en esa ciudad una escuela de ingenieros y maquinistas, semejante á las de Europa y Estados Unidos.

Aprobado el plan general de la escuela, fué sometido á la aprobación del señor gobernador Dehesa, quien lo acogió con verdadero entusiasmo, por la necesidad que del plantel se hacía sentir en el Estado, dada la importancia industrial que ha adquirido en los últimos años. Con tan favorable acogida, los iniciadores eligieron el lugar conveniente para la construcción de la escuela, y presentaron al señor gobernador el proyecto respectivo, con su presupuesto.

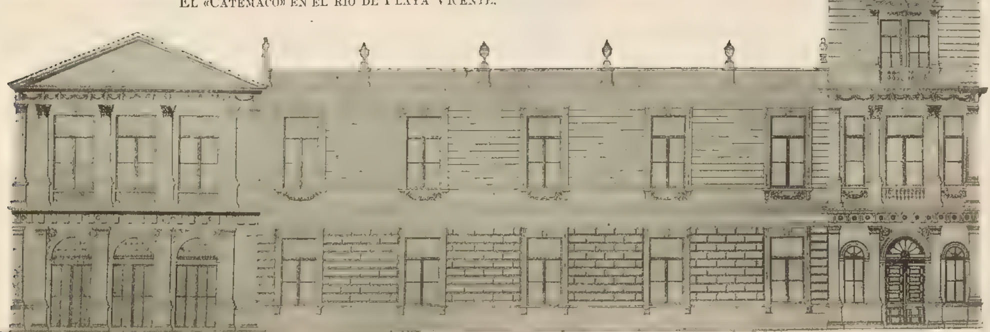
La escuela ocupará un cuadro de ochenta metros de frente por sesenta de fondo; y será construída de fierro y cemento, como principales elementos.

***

La carrera de ingeniero durará ocho años y cuatro la de maquinista; la instrucción será técnica y práctica para los primeros, y esencialmente práctica para los maquinistas y maestros de obras.

A Francia y á Alemania se han mandado construir los modelos de los diversos tipos de calderas, dinamos y motores.

El costo de la obra será de doscientos mil pesos, y los Sres. Espinosa y Herrera tienen verdadero empeño en que esté terminada en dos años.



Proyecto para Escuela de Ingenieros y Maquinistas en Orizaba.



(CONCLUYE)

III

12 de julio.

Cada vez que me presento ante Francesca, veo pasar por sus ojos el mismo sobrecogimiento. Una rápida palidez sube á sus mejillas y desaparece; la mano que me tiende se halla fría y temblorosa. Después, ella se rehace, y siento que su «amistad» vuelve y que mi compañía no es desagradable, por lo menos cuando somos tres, ó, lo que es lo mismo, cuando el doctor se halla entre nosotros. Si estamos solos, Francesca se vuelve y mira á lo lejos. Su malestar es tal, que me siento penetrado de él como de una atmósfera; sufro su mismo sufrimiento; rompo la mala influencia alejándome, y experimento un verdadero desahogo cuando por fin llega Ojetti hasta nosotros y hace reaparecer la claridad en el rostro de su hija.

Mi pena es mortal; roe mis noches, me hunde en el pálido insomnio, en los largos ensueños siniestros de la sombra. Solamente el opio me defiende contra el exceso de angustia. Y, no obstante, no experimento hacia Francesca la menor cólera ni el más pequeño rencor. La prueba á que estoy sujeto, tiene algo de divino: es un sacrificio y lo acepto. Por ella estoy pronto á todas las inmolaciones. Mi amor crece con mi sufrimiento, no por la contradicción y el instinto de lucha, que es la base de tales sentimientos, sino porque mi sufrimiento es como una forma más elevada de la adoración.

Yo también he querido evitar mi presencia á la joven, pero Ojetti ha hecho imposible esta resolución. Está verdaderamente ligado á mí y no ha habido sitio á donde no haya ido á buscarme. Días pasados había partido yo solo á través de la montaña; desvariaba tristemente al costado de un bosque de hayas, cuando he visto venir al doctor y á Francesca. El buen carbonario hallábase profundamente triste y lleno de quejas hacia mí. En la animación de su discurso, se ha olvidado de todo, hasta el grado de decir á su hija:

—Dile, Francesca, que él es nuestro único consuelo en el destierro; dile que su presencia es nuestra mayor alegría!

Francesca, pálida como los lejanos ventisqueros, murmuró con voz doliente:

—Yo os lo ruego; por mi padre! ....

17 de julio.

Ha llegado á nuestro destierro un joven carbonario milanés. Es vivo y gentil como un Arlequín, con hermosos ojos, siempre móviles, que brillan en su fisonomía como juguetones diamantes negros; su sonrisa le hace agradable á todo el mundo, su conversación entretiene fácilmente nuestras veladas, y posee el don de los idiomas, que le permite hablar el francés tan corrientemente como el italiano. Posee, además, una buena alma entusiasta, el amor frenético de la Italia Unida, de la lealtad, el espíritu arrojado y peligroso de los Lovelace, nutrido de ardor y de ternuras fugitivas. Ha agradado mucho al doctor, que conoce á su familia, y somos ahora cuatro que trepan por los senderos, á la hora en que las sombras de los árboles se alargan sobre las planicies. Luigino marcha á la cabeza, en compañía de Francesca; el doctor y yo los seguimos á pocos pasos de distancia.

Busco en el fondo de mi ser el celo. Está ausente; no puede nacer; siento que él daría muerte á mi amor por la Silenciosa, y en el exceso de mi angustia, me acontece el desear que tal sentimiento surja de mi interior. Observo entonces á la encantadora pareja, los ademanes elegantes del milanés, sus miradas que se vuelven con admiración hacia Francesca. Pero Luigino me parece más lejos de ella que el Monte Rosa, y su galantería tan frágil como las hojas arrebatadas por la tempestad. Y yo comprendo que nada, excepto la ausencia y el tiempo, podría ayudarme contra Francesca.



En esto mismo pensaba ayer, sentado sobre el tronco de un árbol caído. Cien especies de plantas florecían en mi derredor; la tierra transformaba en pequeñas ráfagas de color y de perfume los fulgores del gran astro; un ambiente de fuerza envolvía las cosas y los seres; la vida luchaba por doquiera; cada átomo de musgo, cada hilo de yerba encerraba una energía tal, que me sentí hondamente desalentado. Adivinaba sobre mí la sombra de la mala suerte que pierde los destinos de los hombres. Y las voces del milanés y el doctor, que subían del barranco, llegaron á mis oídos como una ironía.

En tanto que yo me abismaba en mi tristeza, Francesca se puso á trepar sobre las rocas, seguida de Luigino. Detúvose un momento sobre la arista de un gran pedrusco; el sol la envolvía en un fulgor de gloria; asemejábase así á una virgen de Léonard que fijó en mí, desde mi infancia, una de esas impresiones que jamás se borran. Bajé la cabeza, y, cuando los dos hubieron desaparecido, un irrefrenable sollozo escapó de mi pecho, y mis ojos se llenaron de lágrimas........

Largo rato permanecí de esta manera, hasta que un paso ligero me hizo estremecer, y vi, al extremo del barranco, á Francesca, que se aproximaba. Ella vió mis lágrimas y pareció conmoverse, pero inmediatamente yo no sé qué gesto de firmeza apareció en su boca, y ella, que jamás interrogaba, preguntóme:

—Estáis celoso de Luigino?

La sorpresa hízome enmudecer de pronto; en seguida contesté con una especie de cólera:

—Ojalá fuese así! Si yo pudiese estar celoso, bien podría esperar el curarme de este amor imposible!

Ella se puso tan pálida como el día en que por primera vez la hablé de mi cariño, dominada por aquella misma impresión de espanto; después, echó á andar otra vez, silenciosa, á reunirse con su padre, que nos llamaba.

IV

26 de julio.

Estoy libre. Las autoridades han hallado ligeros mis pecadillos; puedo volver, si me place, á conspirar contra las potencias amigas y hacer méritos para que me pongan otra vez el bocado, cosa de que no tengo ningún deseo. Mi fe, que ya antes era tibia, ha venido á menos, pues no creo que el «tirano» pueda ser derribado mediante recursos tan débiles como los nuestros. Más vastos acontecimientos restablecerán el equilibrio entre el derecho y la fuerza. Dos ó tres camaradas franceses disfrutan de la clemencia federal; pero nuestros amigos venecianos, poloneses, milaneses, permanecen aún bajo cerrojo. Y yo vago como un alma en pena alrededor de mi prisión. Los guardianes desde luego han pretendido ejecutar la consigna y desterrarme con las gentes libres, pero han acabado por permitirme algunas horas de visita, de manera que no estoy enteramente privado del placer de oír á Retchnikoff jurar «guillotinarlos, ahorcarlos, bañarlos» en agua fuerte.

Mas he aquí que mi tristeza es cada día más profunda. Francesca permanece envuelta en su misterio. ¡Y qué me importa ese misterio, puesto que no hay en él ninguna esperanza para mí!........

5 de agosto.

Nada ha cambiado. Es preciso partir; no creo más que en el tiempo y en la ausencia, únicas medicinas para el alma. He manifestado mi resolución á Ojetti, y éste, presa de honda consternación y lleno de queja hacia mí, me ha dicho:

—El todo por el todo! Vuestro mal no será más difícil de curar, si esperáis aún algunas semanas más.

—Pero yo no puedo soportar «algunas semanas más»......... Me queda un poco de voluntad y es preciso aprovecharlo........... Vos no podéis darme ninguna esperanza.

Ojetti no es un diplomático, como la mayoría de sus compatriotas. Guardó silencio, y después, en tanto que yo le miraba tristemente:

—Yo hubiera jurado que ella os amaría.... Aun creía haber descubierto en ella una inclinación naciente......... »Ma»......

—Ya veis, sin embargo, que mi presencia la inspira una especie de terror!

—Sí...... No me lo explico....... No he podido obtener una confidencia......... Es preciso hablarla otra vez......

—Y de qué queréis que la hable?

—Poco importa. De lo mismo......... Pero sed elocuente, y haced que ella os responda!

Habíamas pasado ese gran Calvario siniestro que se extiende más allá de la Meseta. Se diría un cementerio de titanes. Las lápidas, las cruces, las enigmáticas piedras labradas alternan allí con los fosos profundos; el eco se multiplica como las vibraciones de viejos lamentos de agonía. Al salir del Calvario, el camino sube entre abetos, procedentes también de lejanas edades. El doctor se ha llevado á Luigino, rogándonos esperarle, y hemos quedado solos Francesca y yo, en la viviente catedral. La inmovilidad y el silencio parecían fundirse con la luz; yo oía palpitar mi corazón...... y el suyo. Bruscamente la dije con una voz ronca:

—He llegado al término de mi sufrimiento. Voy á partir, y he resuelto hablaros por última vez. El suplicio que he soportado por el solo hecho de vuestra existencia, es demasiado grande para que vos dudéis de que os ofrezco toda mi vida, seguro de no amar nunca á otra mujer. Hablo sin esperanza y casi por cumplir un deber—pues tenemos también deberes para nosotros mismos,—deber que consiste en buscar una felicidad que no ha sido de nadie y que deberá hacernos mejores. Yo sé, Francesca, que habría sido más noble, más caritativo, más dulce, si hubiese alcanzado la infinita alegría de ser vuestro compañero; sé qué una felicidad semejante me habría llenado de resignación en las peores pruebas, y de bondad para mis enemigos. Mas no alcanzaré nunca esta suprema gracia! Tampoco tendré queja alguna para vos, Francesca; no sois responsable de las ternuras que puede despertar vuestra persona: sería lo mismo que haceros responsable de vuestro nacimiento. Os ruego solamente tener una mirada de piedad hacia mí, y perdonarme si mis palabras os han ofendido.

Permaneció algún tiempo sin responder, hermosa como una Afrodita del Silencio, inclinada la cabeza bajo los largos y sombríos cabellos. En seguida contestóme:

—No soy yo quien debe perdonar, sino vos. Los remordimientos me abruman; tengo la culpa de vuestra pena, y daría algunos años de mi vida por que esto no hubiese sido. No dudéis ni por un momento de que, en cualquiera circunstancia, estoy pronta para con vos á un gran acto de reparación.

Me tendió la mano, que yo no osé llevar hasta mis labios.

—Adiós, Francesca, balbucí. Partiré mañana al amanecer!

Se apoyó contra un árbol y murmuró como si hablara consigo:

—No debo detenerle.

V

7 de agosto.

No he procurado siquiera dormir: me hubiera sido preciso tomar el opio en dosis peligrosa.



He permanecido en el balcón del chalet, contemplando la noche, en cuyo manto de estrellas se destacaban las sombrías torres de La Serraz. La sombra, el estío y la montaña no me han ofrecido noche más bella. Mis sentidos, sutilizados y despiertos, han gustado hasta el extremo la amarga mezcla de la belleza y el sufrimiento. La muerte descendía á mi pecho angustiado; las cimas confusas, las aguas palpitantes, los bosques, los astros, todo parecía formar un sepulcro en torno mío. Sentía como una contracción del Universo, como una asfixia del Infinito.

Sin embargo, la rebelión no asomaba en mí. Resignábame á sufrir uno de esos grandes amores que hacen el amor más grande entre los hombres; parecíame que este dolor no era un dolor solitario ni egoísta, y que yo practicaba en silencio un sacrificio en aras de otros seres.

Y, en un momento de suprema amargura, grité al espacio:

—«Páter, in manus tuas commendo spíritum meum!»

El alba plateada ha iluminado los ventisqueros, y la brisa del lago ha despertado al beso de la aurora; un carretero ha tomado mi equipaje, y he emprendido la marcha hacia la población cercana. Pero antes de alejarme para siempre, he querido pasar por el Calvario. Detenido cerca de los árboles bajo los cuales había hablado el día anterior á Francesca, fuí presa de un enorme desfallecimiento; apoyéme en donde ella se había apoyado; cerré los ojos, y así permanecí largo tiempo.

Un estremecimiento de la maleza arrancóme de mi sueño, y el milagro se hizo! Francesca había venido, estaba allí, á dos pasos, mirándome con dulzura, presa de cierta turbación, mas sin revelar el espanto en su fisonomía. Una lasitud encantadora daba á sus párpados un ligero tono azulado. Y yo exclamé:

—Por qué venís á hacer más terrible el dolor de mi partida?

Ella sonrió; por la primera vez vi la malicia en su semblante. Contestóme:

—Es que yo no puedo vivir lejos de vos...!

La vida, la gloria, el poder, penetraron en mí, como la luz en la tinieblas!

Y Francesca añadió:

—La culpa no ha sido mía. Mi espanto era verdadero y más fuerte que mi alma. Vanamente he ensayado sobreponerme á él. No hay tal vez en el mundo otra criatura á quien el amor haya inspirado mayor espanto.

Tomé dulcemente su mano; la pequeña mano era tierna, sumisa, confiada.

—Y por qué el amor os inspira tal espanto?

El hermoso semblante se volvió hacia la selva:

—Porque sabía muy bien que ya no sería una criatura distinta de aquél á quien amara; porque tendría que abdicar por completo y, para eso, estar segura de mi esposo como de mí misma; porque, en fin, desde este momento en que os hablo, he dejado de ser, no existo ya! Mi libertad ha muerto; no soy ya más que vuestra esclava; en adelante, no será hecha mi voluntad, sino la vuestra!

Y en tanto que descendíamos de la colina, murmuraba yo en voz muy baja:

—Ah! ciertamente, en la breve historia de nuestra vida, es maravillosamente dulce el ver que nuestro mayor premio no sea la gloria, ni el poder ni la riqueza, sino una débil criatura semejante á nosotros, un poco de luz viviente, un rasgo, un contorno, un ademán, y el ritmo de un andar cadencioso!

J. H. Rosny.

Traducción de "El Mundo Ilustrado."

HERMANA DE LA CARIDAD.

Con tu traje que muestra la nieve pura
Y el azul inviolado de las montañas,
Caminas con los óleos de tu dulzura
Y el rosario pendiente de tu cintura
Aliviando en el mundo cuitas extrañas.

Te has desexuado para ser más divina:
Con la cofia ocultaste tus ojos bellos
Como el sol tras los velos de la neblina,
Aplastaste tus senos de punta fina
E hiciste el sacrificio de tus cabellos.

Pero no aprisionada por las cadenas
De votos infrangibles, calmas tus penas
Con éxtasis ociosos y ruegos vanos,
Abdicando del mundo, donde tus manos
Deben regar las flores de que están llenas.

Tú mitigas las fiebres con tus desvelos,
Abres tus brazos tiernos y hospitalarios
A los que tienen hambre de tus consuelos,
Y allí donde aparecen todos los duelos
Te presentas con todos los electuarios.

No serás para el novio la prometida,
Para el placer tu carne no será yedra
Que enlace sus miembros desfallecida,
Ni alumbrará tu seno, fuente de vida,
Porque lo has vuelto estéril como la piedra;

Pero mojas los labios de los sedientos,
Pero secas las llagas con tus ungüentos,
Y destapas tu pecho, donde hay raudales
De bondad, como un vaso de aguas lustrales
Endulzando pesares y sufrimientos.

Y para que mermaras la pena humana,
Para que en los combates fueras concordia
Y en los lechos dolientes fueras tisana,
Para que como el Cristo, marches, Hermana,
Difundiendo á tu paso misericordia,

Ningún laurel terreno te ha seducido:
Ni anhelos de riqueza ni ansias de gloria,
Pues es tan extremado tu afán de olvido,
Que por dejar tu celo desconocido,
Has borrado tu nombre de tu memoria.

Efrén Rebolledo.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 19. MÉXICO, NOVIEMBRE 9 DE 1902. Subscripción mensual foránea, $1.50 Idem Idem. en la capital, ,, 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



NOTAS POPULARES.--EN EL PANTEÓN.

UN DRAMA ESCOLAR.

La vida de la escuela deja en la memoria una inmensa acumulación de recuerdos gratos y risueños. Cuando evocamos los sucesos de ese gratísimo é inolvidable período de la vida, acuden en tropel al espíritu los episodios tiernos, las escenas cómicas, las deliciosas nostalgias, las festivas recreaciones, los miedos pueriles y las fútiles esperanzas, las fatigas y los goces que constituyen esa época, la mejor de la vida. Pero alguna vez una nube negra empaña ese cielo de zafiro, y un suceso dramático interrumpe la monotonía deliciosa de esa vida ficticia y encantadora y deja como recuerdo el calosfrío del horror y como huella en el corazón el espanto trágico.

Una tarde nos encontrábamos en el anfiteatro de la Escuela de Medicina recibiendo cátedra de medicina operatoria. Oscurecía. Agrupados alrededor de la plancha, tratábamos de seguir las hábiles manipulaciones de nuestro maestro, que, casi á oscuras, practicaba una delicada operación en el cadáver.

Cerca de la plancha, un alumno llamado Montenegro «daba los instrumentos,» como se dice en el argot quirúrgico, y tenía empuñadas con ambas manos las ramas de una formidable tijera llamada «cisalla de Liston» y destinada á cortar huesos. Detrás de él un grupo de compañeros que no alcanzaban á ver, se entretenían en «encantarlo» tirándole de los cabellos ó de las orejas. Montenegro, que era el mejor y más sufrido de los hombres, no lo tomaba á mal y se conformaba con distribuir á sus agresores tal cual codazo ó talonazo.

Sea que quisiera asustar á quienes lo importunaban ó sorprender á los autores de la jugarreta, volvióse de pronto con la inmensa tijera entreabierta, é instintivamente, sin darse de ello cuenta, la cerró bruscamente. En el amontonamiento de los alumnos el terrible instrumento hizo presa. Oyéronse á la vez un chasquido como el de un látigo y un grito angustioso: «¡Me muero!», y un alumno, Alvarez, cayó desplomado en tierra.

La tijera le había rebanado hasta el hueso la raíz del muslo y cortado la enorme arteria crural. La sangre brotó á grande altura, como de un surtidor, bañándonos á todos. Montenegro, aterrado, espantoso, los cabellos erizados, los ojos salidos de las órbitas, se hallaba como petrificado. El pánico se apoderó de algunos alumnos, que se precipitaron en tropel y dando de gritos por las escaleras. Los alumnos Ignacio Torres y Alberto Correa, con un golpe de vista y una intuición maravillosas, se arrojaron sobre el herido, y metiendo literalmente los puños en aquella bocaza horrible, lograron comprimir la arteria y conjurar el peligro inmediato de muerte; pero la situación no podía ser más crítica.

En la semiobscuridad que reinaba en el anfiteatro, todo era vago, indistinto y trágico. En la plancha, el cadáver rígido é impasible; en el salón, gentes que corrían en todos sentidos, gritaban, lloraban y atraían con sus voces á todo el personal de la Escuela; entre la plancha y la gradería, un amontonamiento con el que todo el mundo tropezaba. Alvarez moribundo; Torres y Correa, de rodillas, sudorosos de angustia y de fatiga, tapando con sus manos la arteria, comprimiendo y obstruyendo á tientas aquella «vía de agua,» por donde en un instante podría escaparse la vida; y Montenegro, en pleno delirio, gritando, clamando, arrojándose sobre el cuerpo de su víctima, bañándose en su sangre, bañándola con sus lágrimas y pidiéndole perdón.

Aquello duró un instante; pero nos pareció un siglo. La voz y la autoridad del maestro, Eduardo Licéaga, restablecieron el orden. Hizo salir á todo el mundo; llamó á los Doctores Montes de Oca y D. Francisco Ortega, que se encontraban en la Escuela, y se deliberó rápidamente sobre la situación.

No podía ser más grave. La herida, á lo que podía juzgarse, debía de ser enorme y profunda, é indudablemente la arteria estaba cortada. Era imposible trasladar al herido; era peligrosísimo levantarlo del suelo y subirlo á una mesa de operaciones, y no lo era menos intentar siquiera desnudarlo, cosa indispensable para poder operar. La vida de aquel hombre estaba en las manos que comprimían la arteria, y aquellas manos no tenían ya fuerza para comprimir.

Además, todo era hostil. En medio de un arsenal completo, pero inficionado, no había una pinza, ni un escalpelo ni una aguja utilizables. No podía usarse ni del agua del anfiteatro para lavar, ni de los lienzos para enjugar, ni de los hilos para ligar ó suturar, y hasta el ambiente mismo estaba enponzoñado y era mortífero para un herido y para un operado. Aquello era el polo opuesto, la rotunda negación de la antisepsia, de la asepsia, del simple aseo; era la desnudez en medio de la abundancia, el naufragio en pleno puerto, y el cadáver, tendido en la plancha, parecía esperar tranquilo que aquel inesperado compañero de viaje estuviera listo para la gran partida.

Yo no sé si cirujano alguno se ha encontrado ante un problema más formidable. Pero aquellos maestros eran cirujanos de pies á cabeza; todo lo previeron, á todo proveyeron; y media hora después, la arteria ligada, la herida suturada y vendada; Alvarez, en brazos de sus amigos, podía abandonar aquel lugar maldito.

Para los dos protagonistas, el drama tuvo un desenlace funesto. Alvarez padeció más de dos años; acabó por perder la pierna y murió á poco. Montenegro, procesado, fué absuelto; pero nadie pudo curarle la profunda melancolía ni el cruel remordimiento que lo minaron y lo llevaron á poco á la tumba.

Y he aquí cómo un juego de niños, una maldad inocente, puede costar la felicidad y la vida á dos hombres excelentes y llamados quizá á grandes destinos.

Dr. M. Flores

Las Zapatillas Turcas.

Vivia en Bagdad un comerciante llamado Abu Karen; y aunque era muy rico, andaba siempre muy mal vestido, porque era muy avaricioso. Su túnica parecía la de un mendigo, y en cuanto al turbante que llevaba, nadie hubiera sido capaz de decir cuál había sido su primitivo color. Pero lo más notable de todo eran las zapatillas, compuestas de andrajos y trapos sujetos á la suelas con grandes clavos.

Diez años habían pasado desde la primera vez que Abu Karen entregó aquellas zapatillas á un zapatero del pueblo para que las compusiera, y desde entonces habían ido recorriendo todos los remendones uno por uno, hasta que, más que zapatillas, parecían un montón de andrajos. Tanta fama adquirieron que cuando una persona quería despreciar algo, solía decir: Es tan feo como las zapatillas de Abu Karen.

Este, que era muy listo, se desvivía por hacer gangas, y una mañana salió muy temprano á la plaza y compró por poco dinero gran número de perlas de diversos colores. Pocos días después supo que un perfumista que se encontraba necesitado deseaba vender un frasco de esencia de rosas, y creyendo hacer un buen negocio, y aprovechando la necesidad del pobre hombre, compró el frasco por la mitad de lo que valía.

Es costumbre allá en la Arabia que cuando un comerciante hace un buen negocio, convide á sus amigos á un banquete; pero Abu Karen, aunque estaba muy satisfecho de la ganga que acababa de hacer, no soñó siquiera en malgastar el dinero con los amigos.

—Mejor es emplearlo en un baño, se dijo, que buena falta me hace.

Y decidió ir al establecimiento y permitirse aquel lujo.

Al salir de su casa se encontró con un amigo, el cual, al ver cómo iba cojeando por el daño que le hacían las zapatillas se atrevió á decirle que debería comprarse otras.

—Hace tiempo que lo vengo pensando, contestó Abu Kuren; pero al fin me he convencido de que éstas se hallan buenas todavía y pueden durar mucho.

Cuando el comerciante acabó de tomar el baño, se puso los mismos andrajos de que se había despojado y se envolvió la cabeza en el mismo asqueroso turbante; pero al ir á calzarse las zapatillas, en el sitio donde las había dejado encontró otras muy nuevecitas y elegantemente bordadas. Creyendo que sería un regalo del amigo con quien estuvo hablando al salir de casa, metió los pies en ellas sin pedir permiso á nadie y regresó á su casa muy satisfecho de verse calzado con tan bonitas zapatillas sin haber gastado nada.

Mas por desgracia para Abu Karen resultó que las zapatillas eran del cadí, quien había estado con su gente en el establecimiento de baños al mismo tiempo que el comerciante.

La sorpresa de los esclavos fué muy grande cuando, al buscar las zapatillas de su amo, no encontrarón más que las de Abu Karen.

El cadí se incomodó muchísimo y dió órdenes para que inmediatamente le detuvieran.

Poco menos que á empellones llevaron al comerciante á presencia del cadí, y aunque procuró defenderse, nadie le escuchaba. Fué encerrado en la cárcel y no pudo salir de ella hasta que accedió á pagar una fuerte multa. Cuando volvío á su casa, cogió sus viejas zapatillas, y enfurecido al considerar que habían sido causa del castigo que se le había impuesto, las arrojó al río Tigris, que pasaba precisamente por debajo de sus balcones.

Algunos días después, varios pescadores que pescaban en el río sintieron un gran peso en la red, y creyendo que habían cogido una buena redada, la levantaron con la mayor alegría. ¡Cuál no sería su disgusto cuando en lugar de los peces que pensaron coger, se encontraron con las famosas zapatillas! Los grandes clavos se habían enganchado en la red y la rompieron. Con no poco trabajo consiguieron desenredarlas, y furiosos por el daño que les habían causado, las arrojaron con rabia hacia los balcones de la casa de Abu Karen, en cuya habitación cayeron, rompiendo el frasco de esencia de rosas y las bonitas perlas que había comprado, y de las cuales se proponía sacar mucho provecho.

—¡Oh terribles y detestables zapatillas! exclamó su dueño cuando entró en la habitación y vió el destrozo que le habían ocasionado. No me volveréis á molestar más, os lo aseguro.

Cogió una pala, fué al jardín, abrió un hoyo muy hondo y las enterró. Pero un vecino que era muy enemigo suyo, vió lo que hacía y se presentó en seguida al cadí diciendo que Abu Karen tenía enterrado en su jardín un tesoro. El gobernador, que era tan avaricioso como el mismo comerciante, le mandó llamar inmediatamente y le dijo que tenía que repartir el tesoro con él.

Abu Karen negó que tuviese tesoro alguno, y para probarlo así, mandó desenterrar las zapatillas. Todas sus protestas fueron inútiles, pues nadie quiso dar crédito á sus palabras. Entonces el gobernador le hizo pagar una fuerte multa en castigo de haberse negado á darle una parte del tesoro.

Abu Karen salió de la casa del implacable cadí llevando las zapatillas en la mano, llorando de rabia y de pena.

—¡No quiero verlas más! exclamaba.

No sabiendo qué partido tomar con ellas, para deshacerse de una vez y para siempre de aquel aborrecible calzado, las echó en un depósito de agua del jardín. Allí fueron á parar á una tubería en comunicación con el depósito, en el cual quedaron atascadas, impidiendo que pasara la corriente.

Los criados del gobernador, muy apurados

al ver que no tenían agua en casa, avisaron al ingeniero para que averiguara la causa, y con no poca sorpresa se encontraron con las zapatillas de Abu Karen. No queriendo que supiese el gobernador que por abandono suyo (de los criados) se hallaba la tubería algo atascada de antes, pues así era en efecto, le echaron toda la culpa al comerciante, declarando que Abu Karen había indudablemente arrojado las zapatillas al depósito con el exclusivo objeto de destrozar la tubería para vengarse del gobernador. Otra vez fué detenido y tuvo que pagar una multa más fuerte que las anteriores, además de obligarle á cargar como siempre con las terribles zapatillas.

—¡Oh grande Alá! exclamó el comerciante muy desesperado, ¿qué haré con estas desventuradas zapatillas? Las he confiado primero al cuidado del agua, y en ambos casos el resultado ha sido desastroso. Sólo una cosa me resta ya que hacer, entregarlas al fuego. Pero como están muy mojadas y llenas de barro, será necesario secarlas antes.

Al efecto las llevó á la terraza de su casa y las dejo allí para que se secaran al sol.

Como la cadena de su desgracia no había tocado al último eslabón, un perro que estaba jugando en la terraza de la casa contigua saltó á la de Abu Karen y se puso á enredar con las malhadadas zapatillas, arrastró una hasta el borde de la terraza y la dejó caer sobre la cabeza de una mujer que á la sazón pasaba por allí con una criatura en los brazos.

El marido de aquella mujer citó á juicio al comerciante, el cual por cuarta vez fué castigado y multado con mayor dureza que anteriormente, pues según el juez, faltó muy poco para que las zapatillas matasen á una madre y su hijo.

Dictada la sentencia, Abu Karen, dirigiéndose al juez, le dijo con la cara muy triste:

—Muy excelente y poderoso señor juez, humildemente me someto á la sentencia que habéis tenido á bien dictar. Reconozco la justicia del castigo y pagaré la multa, pero de rodillas os pido de todo corazón un favor: que os dignéis protegerme contra mis terribles zapatillas. Por ellas he sido preso y humillado y me veo arruinado para siempre. ¡Quién sabe á qué peligros me arrastrarán todavía! Sed justo y compasivo y mandad ¡por misericordia! que sean destruídas, á ver si sois más afortunado que yo.

El juez accedió á la súplica y prometió encargarse desde aquel momento de las zapatillas fatales.

Al mismo tiempo hizo entender al avaricioso Abu Karen que la verdadera economía no consiste en estar continuamente acumulando riquezas, sino en administrar los bienes con prudencia y gastar lo justamente necesario.

***

Nupcial.



SR. LIC. D. EMILIO PIMENTEL. SRA. AMPARO JORDAN DE PIMENTEL.

HAY vidas que parecen tener siempre una característica: la Felicidad. ¿Será cierto que esta vaga cosa que se anhela, que este sueño impreciso con que se delira, puede cristalizarse algún día en realidad, y adquirir forma y venírsenos á los brazos y al alma en una palpable epifanía? Ah, sí! No es delirio de poeta éste, no es fantasmagoría de iluso, no es fantasma de insania, no es alucinación de fascinado. Es verdad, verdad pura y sana, que poco á poco, por obra de nuestro esfuerzo, baja de la brumosa cumbre del ideal hasta convertirse en un espíritu compañero del nuestro.

Sólo que para que el milagro se realice, es preciso que nuestra existencia haya tenido perpetuamente una aspiración: el Bien, y que nuestros pies hayan hollado un solo sendero: el del Deber. El Amor viene entonces y es una recompensa, es un premio. Viene de lo alto, como la luz y como el rocío.

Y he aquí que la ley divina se ha cumplido en uno de nuestros amigos, en uno de los buenos, de los persistentes del Bien, de los enamorados del Deber. Emilio Pimentel, que no torció nunca la ruta, ni vaciló en el camino, ni desfalleció en la aspiración, encontró por fin una compañera y un nido. Un ángel ha plegado junto á él las alas, y todo radiante, como el bíblico, le ha dicho: el sendero es triste, te consolaré, lo seguiremos juntos.

Esto era lo que faltaba á la existencia de Emilio, consagrada por entero al trabajo, al estudio y á la piedad. Aquí está, pues, una vida útil, digna y noblemente coronada. Ya tiene hecha la conquista del porvenir.

El, que es poseedor de un talento tan penetrante y de una sensibilidad tan exquisita; él, que no sólo en las luchas parlamentarias y políticas, no sólo en el foro y en el estrado, sino también en el Arte, del que es un sacerdote ferviente, alcanzó triunfos y levantó admiraciones, lleva ahora de la mano, rumbo al futuro glorioso, su mejor y más amada recompensa: una tierna y amable Virtud que lo acompañará en su victoria.

Los amigos que tanto lo queremos, lo dejamos en la puerta del hogar, y, estrechándole la mano, le diremos en coro: Sé dichoso; has luchado por esta felicidad; la mereces.



HOJA DE ALBUM.

Adoro la tristeza, ¡oh soñadora!,
y mi dolor juntando con tus lágrimas
voy á manchar con pensamientos negros
el casto albor de tus camelias blancas!
....

Contempla mi verjel; mira las flores
que ayer lucieron sus mejores galas
y que formaron imperial diadema
en la serena frente de mi amada.

Hallarás mi pensil ya sin aromas,
las flores sin color y abandonadas
sobre la arena del jardín en donde
sorprendió sus amores la alborada.

La madreselva que escalaba el muro
y que su aroma al viento le brindaba;
el «no me olvides» del color del cielo;
el albeante azahar y la nevada
azucena de cándido perfume;
la margarita, la sibila mágica
que del amor predice la ventura
ó la ilusión del pensamiento arranca;
los pálidos jazmines cuya esencia
las ondas del ambiente perfumaba,
y las violetas tímidas, que, ocultas,
esquivan en el prado las miradas.

Todas, todas mis flores se han secado
al soplo del invierno, que su escarcha
dejó caer en los fragantes pétalos
que hoy tapizan la senda abandonada!
....

Verdad que mi verjel está muy triste?
No escuchaste ni un trino en la enramada,
porque al morir en mi jardín las flores,
huyeron las alondras azoradas!......

Pasó mi Primavera, ¡oh soñadora!;
Perdón si en los delirios de mi alma
vine á manchar con pensamientos negros
el casto albor de tus camelias blancas!

FRANCISCO IZÁBAL IRIARTE.

LUCÍA Y ALFREDO.

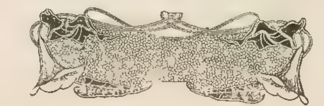
Tu mano cruel sobre el marfil del piano
Agil volaba, ¡oh cándida Lucía!,
Y á tu lado, romántico y ufano,
Musset, el dulce poeta, sonreía.

Entraba por la abierta celosía
El suave efluvio del jardín cercano.
Y, viendo él que tu faz de amor ardía,
Cogió tu mano y la estrechó en su mano...

Y tres meses después (¡oh suerte acerba!)
Yacías sin vivir bajo la yerba,
Como rosal que al ábrego sucumba.

Y el pálido poeta, henchido en llanto.
Alzaba á tu memoria un tierno canto
Y pedía un ciprés para tu tumba!

FRANCISCO M. A. CONTRERAS V.



El Cristo de Zollern.

Tradición feudal alemana.



L águila anida en la cima de las montañas, allí donde la tranquilidad de sus polluelos no sea turbada ni por la mano codiciosa del hombre, ni por el hambre de las bestias. Los señores de la Edad Media imitaban al águila: edificaban sus burgos feudales en lo alto de las rocas, entre las escabrosidades de las peñas. Querían poner á seguro sus tesoros y sus proles, porque temían á sus súbditos.

El águila es la reina de los aires, las aves la temen y la odian porque las explota y vive á costa de ellas; aquellos varones eran los reyes absolutos de sus tierras, sus vasallos los temían y los odiaban porque vivían de ellos y eran poderosos sólo por ellos; los señores feudales tenían razón en guardarse en lo alto de los montes, entre las escabrosidades de las rocas.

***

Alemania está llena de esos castillos ó de sus ruinas; bajando el Rin, por ejemplo, de uno y otro lado cada roca está coronada por un torreón deshecho ó por un arco derruído, en donde bullen las golondrinas y los murciélagos. Esas piedras son lo único que perdura y da fe de toda la potencia del feudalismo, de toda una edad cubierta por el polvo de los siglos, en que los hombres olían á sangre y no á tabaco, se batían con la espada y no con el puño. A cada roca se relaciona una tradición: historias, unas veces románticas y sentimentales, casi siempre vagas y misteriosas.

***

En el Sur de Alemania y en el corazón del principado de su nombre, se levanta altivo el castillo de Hohenzollern. No es una ruina: el águila, cuando está fuerte, no olvida el nido en que creció, y del castillo de Hohenzollern surgió la real estirpe que hoy se ciñe la corona del Imperio. Guillermo II ha hecho restaurar el castillo, construído hace siglos, cuando la feudal familia sólo llevaba el título de condes de Zollern.

Entonces estaban en el poder los Hohenstauffen, heroicos y abnegados, altivos, pero justos, como Barbarroja, el gran emperador. Los condes de Zollern jamás aceptaron de los Hohenstauffen altas mercedes ni dignidades, cual si supieran ya que algún día serían ellos los señores del Imperio y que el germano pueblo honraría la blanca patilla de Guillermo de Hohenzollern á la par que la roja y flotante barba de Federico de Hohenstauffen. Este para la Edad Media, y aquél para nuestros días, personifican la grandeza y el brillo de Alemania.

El castillo de Hohenzollern asoma sus pesadas torres por sobre las coronas de los pinos que cubren el montículo en que reposa. Es bastante fuerte la subida y quien, partiendo de la pequeña ciudad de Hechingen, sita al pie del castillo, emprenda la marcha para visitarlo, comprenderá luego que para los antiguos guerreros, esa fortaleza debió de ser inexpugnable. Los caballos fatíganse para dominar la abrupta rampa y, una vez en la cima, el castillo, rodeado de fosos, con su levadizo puente recogido, tenía que burlar todos los esfuerzos de los asaltantes, porque los dardos y las flechas de éstos y aun las débiles balas de los mosquetes, en vano hubieran chocado contra los muros, y porque los hachones encendidos y arrojados, no hubieran podido salvar las anchuras de los fosos. Hoy bastaría una batería Krupp para echar abajo el castillo: el hombre, á través del tiempo, ha modificado todo. El camino de Hechingen al castillo es corto; pero el sol molesta al viajero, que no encuentra en los adyacentes campos, sembrados de trigo, ni una choza donde reposarse.

En medio de ese camino, abandonada y solitaria, se levanta una capilla. Su campana está muda, y su torre, de un gris sucio, amenaza derrumbarse. Está árida, desierta; antiguos y semiborrados frescos cubren las paredes que se descascaran, pero no hay un cuadro, ni un cirio ni una cruz: parece la «capilla horrible y desolada» con que François Coppée simboliza la conciencia intranquila.

Allá, en el fondo, apenas visible por la escasa luz que logra penetrar por los empañados vidrios de la única ventana, distínguese un altar sucio y desmantelado, su única imagen es un escueto Cristo de madera y de tamaño natural. Todos los Cristos muestran la señal del lanzazo que el esbirro diera al Nazareno, pero éste, además de la llaga, tiene la madera astillada en medio del pecho, y un dardo de fierro, hundido hasta la mitad, parece decirnos que los hombres quisieron perpetrar nuevo ultraje en el paciente judío, porque no les bastaban sus sufrimientos.

La curiosidad del viajero se despierta y pregunta al amilanado guía por la significación del dardo. Todos, todos en la comarca conocen esa triste historia, y mientras el caminante prosigue su marcha hacia el castillo, cuéntala el guía tal cual la ha escuchado de sus mayores.

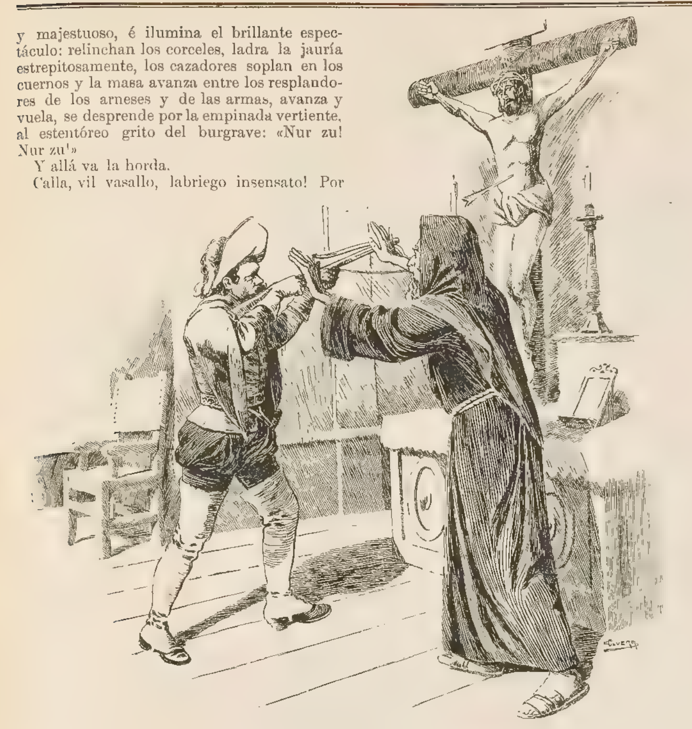
***

Apenas bañan los primeros fulgores del Oriente la torrecilla que domina al castillo, cuando las densas brumas, suavemente mecidas por la brisa matinal, empiezan á despejarse y reflejan en opalinos tonos las caricias del sol, que las entibia y las destruye. La gran campana deja oír su cansada, pero sonora voz: es que el burgrave, el potentísimo Conde de Zollern, va á divertirse; porque el Conde ama la caza con verdadera pasión y dedica la mayor parte de sus ocios, que son muchos, al placer de San Huberto. Cae el puente levadizo; los lebreles se escapan de las vigorosas manos que los detienen, y con alegres saltos se precipitan en vertiginosa carrera por la rampa, seguidos de los mozos, pajes, lacayos y picadores con sus trompetas venatorias, y de la brillante cabalgata de nobles, entre los que se destaca el burgrave, jinete en albo palafrén, en la mano la ballesta mortífera, coloreado el rostro por la matutina frescura y ondeando al aire la blonda y rizada cabellera, que de su gorro de pieles se escapa cual la cascada de un lecho de rocas. El sol se ha asomado ya, lento

y majestuoso, é ilumina el brillante espectáculo: relinchan los corceles, ladra la jauría estrepitosamente, los cazadores soplan en los cuernos y la masa avanza entre los resplandores de los arneses y de las armas, avanza y vuela, se desprende por la empinada vertiente, al estentóreo grito del burgrave: «Nur zu! Nur zu!»

Y allá va la horda.

Calla, vil vasallo, labriego insensato! Por



qué gimes y levantas los brazos al cielo? Porque los cazadores del Conde han destruído tu trabajo, han pisoteado tus campos y te han arrojado al hambre y á la miseria? Calla, esclavo, y no turbes el contentamiento de tu señor! No ves que es tu amo, que todo es suyo? Calla, vasallo, calla y sírvele!

En la persecución del siervo y del jabalí, los cortesanos han sido llevados muy lejos del castillo, atravesando bosques y llanuras. Los caballos, jadeantes y cubiertos de espuma, apenas pueden soportar el peso de sus dueños, y éstos apetecen alimento y reposo. El Conde da la señal y los cazadores se reúnen para apreciar el resultado de la jornada. Muchos ciervos y muchos jabalíes han sido muertos: el burgrave está contento.

Pasea su mirada en torno suyo, buscando un asilo contra los rayos del sol, y sólo descubre, allá en lontananza, una casucha blanca que turba la monotonía de los campos verdeantes.

Y la brillante cabalgata se dirige hacia ella.

Es una capilla, y un buen fraile la cuida. Apéase el burgrave, penetra y ordena que se preparen los alimentos.

Entonces el fraile, con el capuchón cubriendo su inclinada testa, se acerca al Conde y le habla.

—Sois grande y poderoso—dice; —pero no olvidéis que Dios es vuestro rey y que á Jesucristo debéis adorar, y no profanar su templo, cual lo estáis haciendo.»

Lanza una carcajada el frívolo Zollern, y señalando al Cristo que está sobre el altar: «Ahora veréis» exclama,—«ahora veréis el caso que hago yo de vuestro Dios!»

Y empuña la ballesta.

—«¡El os perdone!»—prorrumpe el fraile y arrójase sobre el burgrave.

Pero es demasiado tarde: el Conde ha apuntado y la flecha parte alígera para clavarse en el pecho del icono.

Y fué el portento: da una vuelta Zollern sobre sí mismo y cae pesadamente, golpeando las vigas del pavimento. Se acerca el fraile y acuden los cortesanos, palpan al burgrave y le encuentran bien muerto, sin herida, sin sangre.........

Cuenta la crónica que el ermitaño alabó á Dios y luego, hondamente impresionado, perdió el juicio. En cuanto á la capilla, quedó desde entonces abandonada y ha ido destruyéndose poco á poco, pues parece que el tiempo la ha respetado para que los hombres conozcan el castigo del sacrílego Zollern.

Por eso es que los campesinos, al pasar frente á la puerta, santíguansefervorosamente y no se atreven á penetrar.........

JUAN SÁNCHEZ-AZCONA.

La Capilla Arzobispal.

Damos en esta página una fotografía de la nueva capilla del señor Arzobispo, que acaba de inaugurarse.

El altar es de estilo gótico y está trabajado, en todos sus detalles, con verdadero arte.

En el fondo se ha colocado una magnífica pintura al óleo que representa á Cristo en la cruz, y al pie una imagen de San Dionisio mártir, hecha en cera, y traída de Roma por el abad Plancarte.

El decorado general de la capilla es de muy buen gusto.

Para los valientes no hay más que un modo de rendirse, esto es, como Francisco I, y el Rey Juan, en medio del combate y entre culatazos.—NAPOLEÓN.

SILENCIO.

No te inquiete saber que no te escriba
cuando de ti me aparte;
siempre tú vivirás donde yo viva,
pues lo eres todo en mí: cariño y arte.

Cuanto más lejos, más en recordarte
latirá el corazón, y mientras menos
sepa de ti, por inflexible suerte,
más ardientes y llenos
han de ser mis afanes para verte.

Las aves amadoras en sus viajes
se van de donde anidan,
y al través del espacio no se olvidan,
¡y no se cruzan cartas ni mensajes!

MANUEL S. PICHARDO.

NIEVES ETERNAS.

No ves, al borde del camino, un árbol
que en su manto la nieve amortajó?
Tal vez le dió la primavera última
las hojas que este invierno le quitó!

En el estéril campo de la vida
así sucede al pobre corazón!.........
La Fe lo viste con las mismas flores
que le arranca después la Decepción!

Hay una diferencia entre esos restos
que el invierno igualó:
Para uno volverá la primavera,
ay!......para el otro no!

DULCE MARÍA BORRERO.



Interior de la capilla arzobispal.

EL CENTRO MILITAR

Con asistencia del señor Ministro de la Guerra, General D. Bernardo Reyes, se verificó días pasados la inauguración del Centro Militar establecido en el cuartel de San José de Gracia.

El adorno del local fué muy sencillo, pero de buen efecto, y consistió principalmente en atributos de guerra, flores y escudos de armas artísticamente distribuídos en los diversos salones y en los corredores. En el descanso de la escalera que conduce al local que ocupa



Salón de Biblioteca.

el «Centro», se veía un cuadro al óleo representando un rural mexicano, y en la puerta de entrada un «trofeo» arreglado con el mejor gusto.

El acto se efectuó en el salón destinado á biblioteca, que es uno de los más elegantes. En el fondo se instaló la mesa de la presidencia, colocándose en el muro correspondiente



Adorno de la entrada.

al lugar de honor, un gran retrato del Sr. General D. Porfirio Díaz, pintado al óleo.

Tanto los números literarios como los musicales de que se componía el programa, fueron muy aplaudidos. El señor Teniente Coronel Julián Pacheco, leyó un interesante informe acerca de los trabajos llevados á cabo por la Junta Directiva, y del cual se desprende que el número de socios fundadores de la agrupación es de 32, elevándose el de los de número á 127. El señor Teniente Coronel Pacheco tuvo frases de elogio, tanto para el Sr. General Díaz como para los señores Secretarios de Hacienda y de Guerra, dándoles gracias por los valiosos obsequios que han hecho á la naciente sociedad.

Los Sres. J. B. Fuentes y Lic. Antonio Ramos Pedrueza cerraron la parte literaria, el primero con una poesía que gustó mucho y le fué muy elogiada, y el segundo con un discurso que interesó á la concurrencia, no sólo por la corrección y galanura de su estilo, sino también por lo elevado de sus conceptos.

El Sr. General Reyes declaró inaugurado el «Centro», pasando en seguida al salón de armas, donde se sirvió un «lunch champagne». En un entusiasta brindis, el señor Ministro de la Guerra manifestó la satisfacción con que el Sr. Presidente de la República veía el establecimiento del «Centro Militar», y terminó



Salón de armas.

haciendo votos por que el lema de la agrupación fuera: «Unión, Patriotismo y Progreso.» En el salón de actos se tocó después el himno patriótico de la 2ª Reserva, cantándose por el Sr. Rafael López y un coro de niñas.

COMUNICACIONES.

EL FERROCARRIL PANAMERICANO.

El 15 de septiembre último se verificó la inauguración de los 50 primeros kilómetros del ferrocarril Panamericano, cuya importancia es tan grande, no sólo para la rica zona que atraviesa, pues nadie desconoce la variedad de productos, tanto agrícolas como mineros del Estado de Chiapas, sino también para el país en general, porque podremos fácilmente comunicarnos, desde nuestra frontera con los Estados Unidos del Norte, hasta el punto extremo al sur de la República.

El tramo inaugurado empieza en Puerto Arista, pasa por Tonalá y termina en la Anrora, siguiendo rumbo á San Jerónimo, punto en que entroncará con el ferrocarril Nacional del itsmo de Tehuantepec.

Al acto de inauguración concurrieron el Sr. José Mora, procurador general de la compañía, los altes empleados de la empresa y numerosas personas que fueron obsequiadas con un lunch á bordo del tren, el que estaba engalanado con banderas mexicanas y americanas.

***

La actividad con que han comenzado los trabajos, hace creer que se llevarán á término á la mayor brevedad, pues en los seis campamentos establecidos en el trayecto de la línea hay más de 1200 trabajadores, y en opinión del presidente Sr. Nillands, antes de un año estará terminado é inaugurado todo el ferrocarril hasta Tapachula.

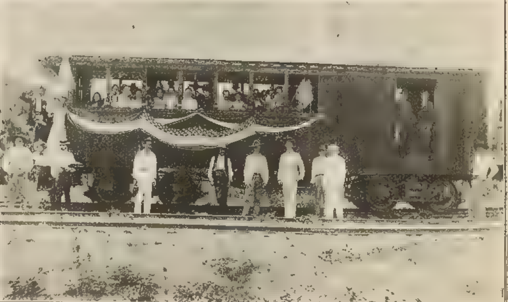
Probablemente para entonces, cualquiera de las dos líneas que parten del Estado de Veracruz rumbo al Pacífico, habrán ya entroncado con el ferrocarril de Tehuantepec, quedando establecida de esta manera la vía de comunicación que unirá la frontera norte de nuestra República con las más apartadas regiones del Sur, constituyendo uno de los más importantes eslabones del proyectado ferrocarril panamericano.

Grupo de empleados y trabajadores de la Empresa.

Una República prudente, no debe aventurarse á nada que la exponga á la buena ó la mala fortuna. El único bien á que debe aspirar es á la perpetuidad de su estado.—Montesquieu.



Salida del primer tren.



Al llegar á Tonalá.—Uno de los carros.

El Ministro de México en Bélgica

Ofrecemos hoy el retrato del distinguido caballero Lic. D. Emilio Pardo, jr., que desempeña en la actualidad el puesto de Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de México en Bélgica y los Países Bajos.

El Sr. Lic. Pardo es demasiado conocido en nuestro país como abogado eminente, para que pretendamos hacer su elogio en estas líneas.



SR. LIC. D. EMILIO PARDO
Ministro de México en Bélgica y los Países Bajos.

El funeral de un Mongol.

Desde los tiempos más atrasados de la historia, los pueblos salvajes de la Mongolia han sido célebres por sus cualidades de ecuestres. Las hordas que en los primeros siglos del cristianismo, al mando de Gengis-Kan y de sus secuaces, invadieron la Europa, venían á caballo y así devastaban las naciones en embrión que á su paso se interponían.

El recuerdo que han dejado perdura á través de los siglos, tanto por su barbaridad, cuanto por haber invadido el viejo continente en los momentos en que se empezaban á formar las nuevas nacionalidades que deberían ser después las grandes potencias de Europa.

Viviendo como viven estas tribus, que hasta la fecha conservan las costumbres que en los primeros siglos de la era las caracterizaron, en vastas llanuras, en partes secas por el invierno riguroso, y viviendo extendidas en amplias zonas, forzadas por la escasez de pastos y la necesidad de cambiar violentamente de sitio, los mongoles han adquirido una maravillosa destreza en la equitación, que conservan y conservarán, á pesar de la terminación del ferrocarril transiberiano.

Nunca construyen ciudades. Se conforman con amontonar algunas tiendas de piel, en las cuales viven de la manera primitiva que este género de vida requiere. Sus caballos son pequeños, pero de maravillosa pujanza; y como durante los inviernos escasean los pastos, los alimentan de substancias animales, que mayor fuerza les hacen adquirir.

***

Estas costumbres primitivas de los mongoles se traducen por prácticas curiosas en todos los grandes episodios de la vida. Los casamientos y los bautizos se celebran en grandes cabalgatas, puesto que son las mujeres tan buenos jinetes como los hombres.

Nunca entierran á sus muertos, sino que los queman y depositan las cenizas en las colinas que primero encuentran en las cercanías de sus campamentos. Una vez que los brujos han visitado el cadáver y le han hecho las aspersiones de líquidos sagrados que deberán servirle para evitar el encuentro con los malos espíritus, cuatro amigos del muerto toman una manta de piel de camello, cada uno por una de las puntas, y colocan en medio el cadáver. En seguida corren á galope tendido por la inmensa estepa, hasta encontrar un cerrillo, donde encienden una pira.

Las cabalgatas de este género, en invierno principalmente, como se efectúan de noche, atraen gran número de lobos, que siguen á los cuatro portadores, escoltando fantásticamente al muerto.

La zona habitada por los mongoles está llena de pequeños montículos en los cuales ha sido quemado un mongol y sus cenizas esparcidas al viento.

—

Toda nación tiene su honor, que resume los sentimientos, las nobles acciones de su vida política con el carácter propio de los individuos que la componen, á esto es á lo que se llama el honor nacional.—. Morin.

***

La opinión es la reina del mundo, y la fuerza su tirano.—Pascal.



El cadáver de un mongol.

A LA POESÍA.

Vengo á rendirte pleito homenaje,
Oh Gran Señora de ígnea corona.
Serte fiel juro por el plumaje
Que orna mi yelmo, por mi linaje,
Por la cruz férrea de mi tizona.

Vivo en el viejo castillo negro
De la desgracia, que en soledades
Aridas se alza. Jamás alegro
Mi alma en festines. Mi brío integro
Entre fulgores de tempestades.

Es mi castillo fiero y desnudo
El que se erige sobre el baluarte
Más intrincado de un monte agudo.
En los umbrales está mi escudo,
Y en él mi lema: «Verdad y Arte.»

Y en el más alto torreón precario,
Como bandera de amor, levanta,
Un mástil frágil y solitario,
Un jirón blanco que del sudario
De Cristo traje de Tierra Santa.

Yo mismo, en lo hondo del subterráneo
De mis tristezas, forjé el acero
De mi armadura con espontáneo
Tesón, y un casco para mi cráneo,
Un casco en garras de un buitre fiero.

De mis rudezas mi mano tosca
Una loriga brillante ha hecho.
Y una serpiente siniestra y hosca
En la loriga su saña enrosca,
Como queriendo morder mi pecho.

Pues son mis llantos gélido riego
Y mis dolores siniestra fragua,
Templé mi espada, con cruel sosiego,
De mis dolores en el gran fuego
Y de mis llantos en la fría agua.

Solo en mi duelo, soy absoluto
En la soberbia de mi castillo.
Justo á mí mismo, ya obtuve el fruto;
Sembré en mis odios estrago y luto
Con mi derecho de horca y cuchillo.

Oh Gran Señora, formando vallà,
Mis sentimientos nobles y rudos
Esperan la hora de la batalla,
Con sus flamantes cotas de malla,
Y sus lanzones y sus escudos.

Son los que guardan mi solitario
Castillo negro.... La hueste canta
Un himno heroico de ritmo vario
Bajo el guiñapo que del sudario
De Cristo traje de Tierra Santa.

Reina y Señora, que el brillo baje,
El brillo excelso de tu corona,
A mi montaña yerma y salvaje.
Serte fiel juro por mi linaje,
Por la cruz férrea de mi tizona.

México, octubre de 1902.

Roberto Argüelles Bringas.

***

Un pueblo debe obrar con los demás pueblos como desee que obren con él.—El Abate Fregoire.

Día de Muertos



UN RESPONSO

LA "SEXTA CLASE"

Llegando a "Dolores"

Fuera del Panteón

LA "SEXTA CLASE"



LLEGA el tradicional «día de muertos», y la curiosidad, aliada á la carencia de objeto á que consagrar el tiempo, encamina los pasos al sitio en que la Capital vierte, durante un buen número de horas, año por año, un enorme torrente de la vida que á diario palpita en sus arterias.

La mañana es tranquila, una mañana que no parece ser precursora del invierno; el sol asciende á través de un cielo lleno de brumas, un cielo que se ha dado polvo, como una dama que no olvida el afeite, y las lejanías, afectadas también por esta coquetería del azul, dibújanse apenas en los límites del extenso valle.

No ha llegado aún el sol al tercio de su carrera, y ya los caminos y veredas que conducen al necrópolo aparecen poblados de viandantes que acúden á rendir homenaje á la muerte, llenando de vida el fúnebre refugio.

Sobre la colina en cuya cumbre se yergue la arboleda que señala el panteón, ascienden los tranvías atestados, las carretas con sus toldos multicolores, dando tumbos de hoyanco en hoyanco y zangoloteando su carga humana, y pie á tierra, por carreteras y veredas ó á través de los campos en que la hoz dejó los tallos secos como los pelos de una barba mal afeitada, los humildes avanzan, la cruz á cuestas, el símbolo redentor que fijarán sobre la fosa en que se pudren los restos del que fué.

Dentro ya del recinto, contiguo al parque fastuoso de enarenadas avenidas, sombreado por la arboleda, y en donde el mármol y el bronce ostentan mil creaciones del cincel, extiéndese el asilo de los desheredados, la sexta clase, á donde van todos aquellos para quienes la muerte fué tan poco piadosa como la vida.

En aquella gran parte de la colina, no hay arboledas que brinden su sombra, ni flores que esparzan su perfume, ni esculturas en bronce ó mármol que perpetúen una memoria; la maleza crece raquítica sobre las sepulturas y en derredor de las negras y humildes cruces que hacen aparecer la loma como un enorme alfiletero. Se busca allí el sepulcro del ausente, á veces de manera infructuosa, deletreando las placas de hojalata enmohecidas y por las cuales el difunto pasó á la categoría de número; un azadón devoto remueve la tierra y arranca la yerba, las cruces ó las coronas reemplazan á aquélla, las ceras empiezan á arder, y los deudos, fatigados, toman asiento en torno de la sepultura.

Después de algunos momentos de soportar en las espaldas los dardos del sol, viendo á las mujeres que llevan el rebozo á los ojos y á la nariz; después de pronunciar cuatro palabras acerca del «dijunto» ó la «dijunta», los dolientes, que no han dejado de escuchar el rumor que crece en las afueras del panteón, estiman que los blandones han ardido lo suficiente para el descanso del alma del muerto, soplan sobre ellos, se arroja la última mirada al lugar, y el grupo se pone en marcha. A los pocos pasos la tranquilidad reaparece; á la vista de los ajenos pesares se olvida el propio, y la contemplación de los seres y las cosas despierta nuevas reflexiones.

Sobre una sepultura, como única señal, se yergue un amontonamiento de piedras ó bien un kiosco cuya verja asegura un candado, y que, al no encerrar más que coronas marchitas, parece significar el temor de una viuda joven, al pensar que el muerto podría alguna vez salir de su tumba. Más allá, el símbolo es un maguey, plantado allí por los deudos y que hace meditar sobre las aficiones que en vida cultivó el difunto; más lejos es el nopal, en cuyos frutos los dolientes saborearán algún día al miembro de la familia allí enterrado.

Y de aquí para allá, apresurado en su empeño de salvador de almas, el señor cura, con una botella de agua bendita en la diestra, cubierta la cabeza con un «boleado» y seguido por el sacristán, se detiene un momento cerca de la tumba, pronuncia el nombre del que descansa bajo tierra, dos palabras en latín, á las que contesta su acompañante, rocía el lugar con el contenido de la botella, y el sacristán, antes de emprender la marcha, alarga la mano á los deudos, que dejan caer en ella lo que su piedad les dicta.

Se sale del panteón, y el último resquicio de tristeza huye ante el bullicio, ante las frases persuasivas de los vendedores:

«Naranjas de Gualajara;
lleve á centavo la vara!»

«Pase á probar el tlachique;
pase y no se mortifique!»

«Aquí se olvidan las penas.
A centavo las doy llenas!»

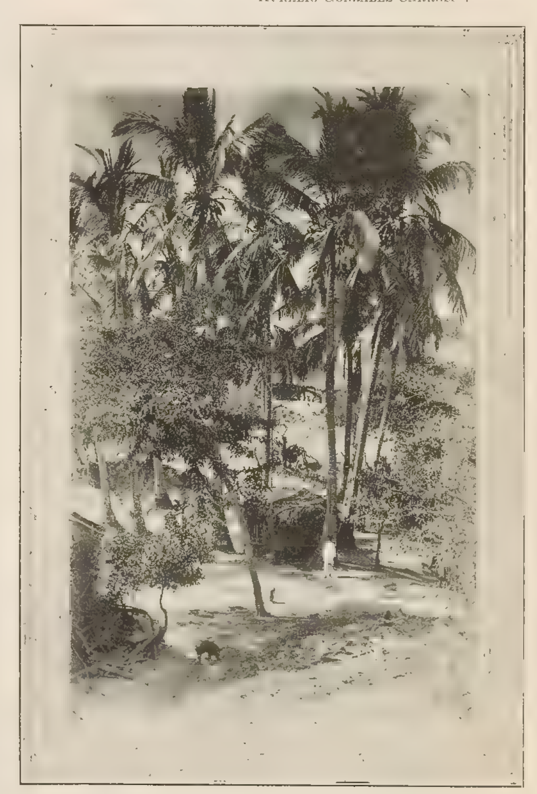
Se conviene en que el calor aumenta, en que la misión se ha cumplido, en que el apetito asoma; se improvisa un toldo con el sarape prendido en las púas de dos agaves cercanos, y el cántaro que sirvió para ir á regar las siemprevivas ó los «tzempoalxochitls» del sepulcro, llena su vientre con algunos litros del elíxir de Xóchitl y se procede á su consumo en unión de la barbacoa salpimentada con salsa borracha, de las cabezas de horno, de las enchiladas ó de los frijoles con totopo.

Y se advierte entonces que en aquella verbena, la más concurrida y popular, hacen falta la música, los fuegos, el torito, todos aquellos elementos indispensables de una fiesta semejante.

Y á medida que el sol declina, la sed tórnase más y más insaciable; se contempla desde la loma la Capital, que yergue sus chimeneas y sus campanarios; aparece bastante lejos y se hace acopio de fuerza para emprender el regreso, besando sin cesar, en un beso prolongado, la boca del jarro, que ha hecho ya cien viajes á la barraca más próxima; las provisiones terminan, termina el dinero, no queda más que el cántaro vacío, y se piensa entonces en romperlo sobre la cabeza de alguien, que á veces es de la familia, á veces un desconocido que con una mirada ó una sonrisa se ganó el peor de los obsequios.

Y, como epílogo, una morada obscura en que meditar, obsequio del municipio, ó un lecho cubierto de lona, custodiado por dos jinetes, que hace á menudo pensar en lo efímero de los goces mundanos.

AURELIO GONZÁLEZ CARRASCO.



HUAXOLOTITLAN (OAXACA.)—Un sitio pintoresco.

FLORES.

Antonio, en los acentos de Cleopatra encantado,
la copa de oro olvida que está de néctar llena.
Y, creyente en los sueños que evoca la sirena,
toda en los ojos tiene su alma de soldado.

La Reina, hoja tras hoja, deshojando sus flores,
en la copa de Antonio las deja dulcemente......
Y prosigue su cuento de batallas y amores,
aprendido en las magas tradiciones de Oriente.

Detiénese......Y Antonio ve su copa olvidada......
Mas pone ella la mano sobre el borde de oro,
y, sonriendo, lenta hacia sí la retira.

Después, siempre á los ojos del guerrero asomada,
sella sus gruesos labios con un beso sonoro... ..
y da la copa á un siervo, que la bebe y expira......

MANUEL MACHADO.



EL AUTOMOVILISMO MODERNO.

La última palabra en materia de automovilismo ha sido dada por los grandes magnates y millonarios europeos y americanos, que han decidido suprimir el «chaffeur» y guiar por sí mismos sus vehículos.

La moda se presta á muchas emociones, tanto de parte de los «chaffeurs» aristócratas, cuanto de los paseantes, cuyas vidas están continuamente amenazadas, cuando menos por la falta de fuerzas suficientes en los improvisados conductores.

Las damas han encontrado hermosas estas impresiones y han tomado por su cuenta la dirección de pequeños automóviles, en los cuales emprenden excursiones bien largas. La manía del kilómetro, como se ha llamado á esta tendencia, es una locura universal en estos momentos.

Todo el que puede darse el lujo de comprar uno de estos costosos carruajes, quiere desde los primeros días de su aprendizaje vencer el récord de velocidad. Quiere en su primera excursión ser citado por la enorme y peligrosa velocidad á que ha llevado el automóvil.

Ya han muerto algunos á consecuencia de la desenfrenada manía de correr, y las autoridades se han visto precisadas, en Londres por ejemplo, á crear nuevos cuerpos de policía especialmente encargados de vigilar el que no se corra demasiado aprisa por los lugares habitados ó concurridos, para evitar en lo posible las desgracias.

El traje que han tomado los «chaffeurs» en vista de que el polvo del camino estropea sus delicadas epidermis, será muy elegante; pero es muy feo. Consta de una especie de abrigo de pieles, una cachucha de piel también, una especie de máscara, con dos perforaciones en las cuales se colocan los anteojos. Habilitado todo este equipaje, el «chaffeur» tiene algo de diabólico, lo mismo que su máquina. El asombro de los campesinos ante estos equipos, es muy justificado.

LA COQUETA

D. José Robero poseía un cuantioso capital hecho á fuerza de constancia, trabajo y ahorro; habitaba una magnífica casa y era padre de una hermosa joven llamada Sara; la mamá de ésta murió al darla á luz, así es que no tuvo quien formara su corazón ni dirigiera su carácter, encontrándose desde que nació confiada á gentes extrañas y mercenarias. ¡Pobre niña, vióse cual nave que en proceloso y agitado mar no tiene piloto que la dirija! Desde su más tierna edad acostumbráronse sus oídos á escuchar palabras de adulación, pues todos los que la rodeaban prodigábanselas á porfía, haciendo que en ella se desarrollara la vanidad, pasión nefanda que nace entre arrullos y muere entre lágrimas.

Don José adoraba á su única hija, dábale gusto en cuanto quería, adivinándole su pensamiento; en fin, era su diosa. Así, tornóse bien pronto de niña en joven, entre los mimos de su padre, á quien dominaba, y las adulaciones de los que la rodeaban, y á medida que pasaba el tiempo, en ella se desarrollaba más y más la vanidad. Los placeres, el lujo inusitado y la lectura de novelas perniciosas, de esas que deben desterrarse de la literatura porque envenenan el alma, la deleitaban, formaban su único encanto é iban envenenando poco á poco su alma, sin que ella lo sospechara; otras veces se pasaba largas horas contemplándose en el espejo y así vivía sin preocuparse de su espíritu.

Siendo hermosa y rica, y sin tener quien la cuidara ó dirigiera tuvo sus adoradores; á todos engañó mintiéndoles un amor que no sentía ni podía sentir por nadie, pues creíase superior á todos; la vanidad había producido sus terribles efectos. Sara era coqueta.



***

Julio era un joven de aspecto simpático, de finas maneras y de un talento nada vulgar; estudiaba en la Escuela de Medicina, se había hecho querer de sus profesores y era muy estimado por sus compañeros.

Todos los días pasaba por la calle donde vivía Sara y habíase fijado en ella, pero como quien ve una hermosa estatua y nada más. Comprendía la distancia que los separaba: él era pobre y ella rica; existía un abismo entre los dos, abierto por los convencionalismos sociales; sin embargo, una fuerza misteriosa le llevaba á esa calle; por ella pasaba cuatro veces al día.

Una mañana, Julio se detuvo. Sara estaba en el balcón; qué bella la vió!...... vestía una magnífica y vaporosa bata de finísima tela que dejaba ver su terso cutis al través de los encajes de Bruselas; su negra y rizada cabellera caía dulcemente sobre su espalda; sus grandes, negros y rasgados ojos no cesaban de mirarlo. Julio creyó que soñaba, estaba fascinado. Ese día no concurrió á clase, apenas comió y estuvo muy triste. Declinaba la tarde; ella estaba en el balcón y él en la acera de enfrente. Julio, después de mucho pensar y contemplarla, se acercó tímidamente y le habló, pin-

tándole su amor con frases elocuentes y apasionadas; fué correspondido, y después de una hora el joven se retiró lleno de amor y feliz, llevando una flor que desprendiendo Sara de su peinado, le dió como prueba de amor. Ella también retiróse del balcón enviando á Julio una sonrisa de despedida; pero cuando se encontró en su alcoba, soltó una carcajada y dijo: por fin cayó, ¡pobre cándido!

***

Julio adoraba á Sara y ésta no le quería, acostumbrada, como estaba, á engañar á todos.

La lista de los cándidos aumentaba cada día más y más. En toda reunión, baile ó paseo á que concurría Sara, encontraba, no uno, sino varios adoradores; á todos fascinaba y engañaba. Naturalmente éstos, así que se veían burlados y comprendían que era una coqueta, retirábanse, convirtiéndose en enemigos, y divulgaban por todas partes el inicuo proceder de la coqueta y bella Sara. Habiéndola dotado la naturaleza de una belleza poco común, y siendo rica, poseía una arma de doble filo, de que se valía para sacrificar á sus víctimas: no era, por lo mismo, una coqueta vulgar, y sí de las peligrosas que, en aras de su vicio, sacrifican hasta la existencia de sus adoradores, sin preocuparse, con frío estoicismo; son esas mujeres, fragantes flores que atraen por su hermosura, pero que producen la muerte de los incautos que se acercan á ellas.

Julio era pobre, y, por lo mismo, no frecuentaba reuniones aristocráticas, y nada sabía acerca del comportamiento de Sara, ignoraba por completo que fuese una coqueta; llamábale sí la atención que siendo hermosa se pintara, que en su manera de vestir tuviera cierto descuido, que se rizara las pestañas y pintara ojeras; en fin, él, que poseía buen talento, analizaba uno por uno los defectos de su amada, sin encontrar en ella cualidad alguna.

Sara sostuvo algún tiempo con Julio relaciones, no por amor y sí por vanidad, por mostrarles á sus amigas las cartas que éste le escribía, superiores á las de los otros, que no tenían más gracia que lucir el trabajo de sus sastres y derrochar el dinero heredado de sus padres ó parientes.

Pero llegó un día en que Sara vió pobre á Julio, se avergonzó de amarlo y lo borró de la lista de los cándidos—como ella los llamaba;—no volvió á salir al balcón, y Julio pasaba días horribles, no sabiendo por qué causa; creíala enferma, suponíase mil cosas, pero jamás creyó que fuese por despreciarlo; le escribió tres cartas, y de ninguna de ellas obtuvo contestación; por fin, comprendió la verdad de lo que pasaba, y sin embargo, él la amaba más que nunca; pero triunfó la razón, armóse de valor y le escribió una carta de despedida. Entregóse con más ardor que nunca al estudio: quería tener un nombre ilustre y formarse un porvenir. ¡Dichoso, ¡oh tú Julio!, que en lugar de conducirte el dolor y las pasiones al suicidio, buscaste en el estudio la calma y fortaleciste tu espíritu! ¡ojalá y todos aquellos que por una coqueta ú otra causa buscan la muerte, te imitaran!

La carta decía así:

«Sara:

«De tu singular belleza surgió como hermosa consecuencia mi cariño; pero por tu veleidoso y coqueto carácter, como niebla al sol se ha desvanecido. Hoy mi pensamiento sólo estrecha tu recuerdo, más querido mientras más ingrato y cruel.

«Quiero retenerte en mi memoria porque no creo en tus envenenados sentimientos; pero triste realidad es tener que apurar un cáliz de amargura que extingue para siempre la vehemencia de mi amor.

«La resignación que á mi alma llegue, cubrirá con sus glaciales besos mi pobre corazón, donde se abrían los lirios de mi ternura y cariño hacia ti. A los claros matices que abrillantaban mi pasión, hoy se suceden las lágrimas del más grande dolor.

«Y tú, mi idolatrada Sara, fugitiva sombra que me abandonas, concierto ideal de notas que enmudecen, esperanza de mi afecto que te disipas. Yo deshojaré todas mis siemprevivas sobre la tumba de nuestro amor. Yo he dicho al ciprés que te susurre palabras de amor para traerme á tu memoria. Yo te amaré siempre......... Y tú, aunque el corazón no te lo permita, de mí te acordarás......

Julio.»

Sara, cuando recibió esta postrera carta, algo se conmovió; pero pudo más la vanidad y jamás volvió á acordarse de Julio.

¡Pobre coqueta! aún era tiempo de que fueras feliz; jamás encontrarás otro hombre igual á Julio, pues tu oro y tu hermosura te proporcionarán placeres, amantes, lujo, pero ignoras que el verdadero amor no se compra con nada y que es el único que puede hacer feliz.

***

Han pasado diez años. D. José Robero murió, habiendo dejado casi en la pobreza á su idolatrada hija, pues un terrible incendio redujo á cenizas su cuantioso capital.

Sara, la hermosa, la coqueta, así que la vieron pobre, la despreciaron; así es la sociedad, así es el mundo, y tuvo que casarse con un viejo achacoso, de esos que han pasado su vida entre placeres y orgías y que buscan en el matrimonio descanso, haciendo de sus hijos, si los tienen, seres infelices, tanto física como moralmente.

Sara asióse al caduco viejo como el náufrago á la tabla salvadora; mas bien pronto fastidióle la vida que llevaba en su nuevo y forzoso estado, y tuvo un amante y luego otro, y así fué descendiendo por la pendiente que conduce al vicio, á la prostitución; su esposo llegó á saber su comportamiento y sin vacilar se presentó á un juzgado solicitando su divorcio.

Los periódicos dieron la noticia poniendo tan sólo las iniciales de los divorciados, comentándose el hecho en los círculos sociales, y poco tiempo después nadie volvió á acordarse del suceso.

Primero por gusto y después por necesidad, se fué hundiendo más y más en el fango del vicio y la prostitución la bella y coqueta Sara. ¡Pobre flor arrojada al lodazal, qué mísera y breve existencia tuviste!

***

Julio era ya un médico afamado, tenía bastante clientela y hacía dos años que daba una clase en la Escuela de Medicina, puesto que había obtenido por oposición. Vivía con su anciana madre, no se había casado, pues desde que amó á Sara y ésta lo despreció, volvióse escéptico, no queriendo más que á la autora de sus días, al estudio y á los pobres. A veces veíasele taciturno, se conocía que sufría, no podía olvidar á la coqueta, aún la amaba, había sido su primer amor y tal vez el último.

Un día, al penetrar al local donde daba sus clases, quedóse como petrificado al ver que el cadáver que estaba en la plancha era el de la hermosa Sara, que apenas se podía reconocer, pues no era ni su sombra; él sí la reconoció luego. Mil pensamientos se agolparon en su mente; no la había vuelto á ver, y ahora ¡en qué estado y en qué condiciones! Sus alumnos estaban esperando que les diera la clase el maestro; éste tuvo que hacer un esfuerzo inaudito y les habló de las funciones del corazón; estuvo elocuente y sombrío; al terminar la clase, los alumnos despejaron el salón, el único que quedó fué Julio y el rígido y mutilado cadáver de Sara; ya no pudo más fingir y lloró......



Después, con paso lento, se acercó á ella, la contempló un momento, y como si aún le pudiera oir, le dijo: «duerme mejor ese sueño y no olvides que debes despertar para siempre á la vida real del verdadero amor; yo deseo, bien mío, que en otra existencia que no sea tan fugaz como ésta que acabas de pasar, aniden en tu pecho los sentinientos nobles y delicados que encontraron tan prematura muerte en la breve mañana de tu castidad.»

Gonzalo Peña y Troncoso.



EMILIO ZOLA

(PAGINAS DEL «DIARIO DE LOS GONCOURT»)

Sábado 27 agosto 1870.—Zolá viene á almorzar conmigo. Me habla de una serie de novelas que quiere hacer, una epopeya en diez volúmenes, de la historia natural y social de una familia, de una obra que tiene ambición de intentar, con la exposición de los temperamentos, de los caracteres, de los vicios, de las virtudes, desarrollados según el medio ambiente y diferenciados como las partes de un jardín «donde hay sombra aquí, sol allá.»

Me dice: Después del análisis de lo infinitesimal en el sentimiento, tal y como lo ha ejecutado Flaubert en «Madame Bovary;» después del análisis de las cosas artísticas, plásticas y nerviosas, tal y como ustedes lo han hecho; después de esas «obras joyas,» de esos volúmenes cincelados, no hay lugar para los jóvenes; no queda nada por hacer, nada por constituir, ni un personaje ni una figura por construir; únicamente se puede ya hablar al público por la cantidad de los volúmenes, por la potencia de la creación.

***

Lunes 3 junio 1872.—Hoy Zolá almuerza en mi casa. Le veo coger á dos manos su vaso de Burdeos y le oigo decir: «¡Vea usted cómo me tiemblan los dedos!»

Y me habla de una enfermedad cardíaca en germen, de un principio de enfermedad en la vejiga, de una amenaza de reumatismo articular.

Nunca los literatos parecen haber nacido tan muertos como ahora, y sin embargo, nunca el trabajo ha sido tan activo, tan incesante. Enclenque y neurosténico como lo es, Zolá trabaja todos los días de nueve á doce y media y de tres á ocho. Todo esto necesita en la actualidad, con talento y casi un nombre, para ganar su vida. «Es preciso—repite,—y no crea usted que tengo voluntad; soy por naturaleza un ser débil é incapaz de todo trabajo largo é intenso. La voluntad, en mí, se halla reemplazada por la «idea fija», que me haría enfermar si no obedeciese á su obsesión.»

Mientras recorta una obrita dramática de «Teresa Raquín», se dedica, por el momento, á buscar una novela en los mercados, tentado de pintar este mundo.

Y parte del día la paso hablando con este amable enfermo, cuya conversación se pasea, de una manera casi infantil, de la esperanza á la desesperanza: «El periodismo, en el fondo—dice,—me ha hecho un servicio: me ha hecho fácil el trabajo que en otro tiempo me era muy difícil. Era una especie de flujo de ideas y de fórmulas, obstruyéndose unas á otras hasta tal punto, que me veía en ocasiones obligado á dejar la pluma. Hoy es un flujo regular, una corriente menos abundante, pero que corre sin estorbos.»

***

Lunes 25 enero 1875.—Las cenas de Flaubert no tienen suerte. A la salida de la primera, cogí mi fluxión al pecho. Hoy Flaubert, enfermo, falta; está en la cama. No somos más que Turgueneff, Zolá, Daudet y yo. Se habla primero de Taine. Cada uno busca la manera de definir las cualidades y las imperfecciones de su talento; Turgueneff nos interrumpe, diciéndonos con la originalidad de su pensamiento y el dulce murmullo de su palabra: «La comparación no es noble, señores, pero permitidme comparar á Taine con un perro de caza que yo he tenido: venteaba, hacía la muestra, realizaba todo el manejo de un perro de caza á las mil maravillas; pero, ¡ahí tienen ustedes!, carecía de olfato y tuve que venderle.»

Zolá es completamente feliz, está entusiasmado con la excelente cocina, y como yo le dijese: —Zolá, ¿es usted por ventura «gourmand»?

—Sí—me respondió;—es mi único vicio, y en mi casa, cuando no hay algo bueno de comer, me siento desdichado...... No hay más que esto... las demás cosas no existen para mí. ..... ¡Ah! ¿ustedes no saben la vida que llevo?»

Y helo aquí ensartando con una faz sombría el capítulo de sus miserias. Es curioso cómo las expansiones del joven novelista vienen á dar en seguida en palabras melancólicas.

Zolá ha comenzado uno de los cuadros más negros de su juventud, de las amarguras de su vida de todos los días, de las injurias que se le han dirigido, de la suspición en que se le tiene, de la especie de cuarentena que se hace en derredor de sus obras.

Turgueneff dice á media voz: «Es particular: un ruso amigo mío, hombre de gran ingenio, afirmaba que el tipo de J. J. Rousseau era un tipo francés, y que sólo se hallaba en Francia.» Zolá, que no ha oído, continúa gimiendo, y al decírsele que no tiene por qué quejarse, que ha hecho un camino brillante para un hombre que no cuenta aún treinta y cinco años:

«¡Pues bien! ¿Quieren ustedes que les hable desde el fondo de mi corazón?—exclama. Me mirarán ustedes como un niño, pero tanto peor... Yo no seré jamás condecorado, yo no seré jamás de la Academia, yo no tendré jamás una de esas distinciones que afirman mi talento. Para el público seré siempre un paria, sí, un paria.» Y repite cuatro ó cinco veces «un paria.»

....

Zolá está de vena y continúa hablándonos de su trabajo, de la «puesta» cotidiana de cien líneas que se arranca todos los días, de su vida interior sin distracciones; tan sólo por la noche algunas partidas de dominó con su mujer ó la visita de algún paisano. En medio de todo esto, escápasele el confesarnos que en el fondo, su gran satisfacción, su gran placer es sentir la acción, la dominación que desde su humilde agujero ejerce sobre París, y lo dice con el acento de un hombre de talento que ha brujuleado largo tiempo en la miseria.

Durante la confesión acerba del novelador realista, Daudet se recita á sí mismo versos provenzales, y parece gargarizarse con la dulce sonoridad musical de la poesía del cielo azul.

***

Viernes 7 enero 1876.—En casa de Daudet, alegre y encantadora cena alrededor de una sopera de «bonillabaisse» y de un asado de zorzales de Córcega. Todo el mundo se sienta codo con codo entre nerviosidades simpáticas y se come mejor entre talentos que se estiman.

La satisfacción de Flaubert estalla en violencias de palabra, ante las cuales la gentil señora de Daudet parece achicarse perezosamente; la satisfacción de Zolá se expansiona en la dicha, muy natural, de ver la fortuna y el dinero tomar el camino de su hogar.



Emilio Zolá, en su estudio.

Lunes 19 febrero 1877.—... Entonces Flaubert se pone á atacar—siempre con grandes sombrerazos al talento del autor,—se pone á atacar los prefacios, las doctrinas, las profesiones de fe naturalistas de Zolá.

Zola responde poco más ó menos esto:

«... Tiene usted una pequeña fortuna que ha podido usted defender de muchas cosas..... Yo, mi vida me he visto obligado á ganarla absolutamente con mi pluma; me he visto obligado á pasar por todo género de labores, sí, de las más «despreciables»... ¡Ah Dios mío!, me burlo como usted de esa palabra «naturalismo», y sin embargo, yo la repetiré, porque las cosas necesitan un bautismo para que el público las crea nuevas... Vea usted, hago dos partes de lo que escribo: de un lado mis obras, por las cuales se me juzga y por las cuales deseo ser juzgado; de otro lado mi folletín del «Bien Public,» mis artículos de Rusia, mi correspondencia de Marsella, que no representan nada para mí, que desecho y que sólo me sirven para hacer espuma á mis libros.

«Primeramente he puesto un clavo y de un martillazo le he hecho entrar un centímetro en el cerebro del público; después, de un segundo golpe, le he hecho entrar otros dos centímetros... Pues bien, mi martillo es el periodismo, el ruido que hago yo mismo alrededor de mis obras.»

***

Lunes 30 junio 1881.—La casa de Zolá en Medán... Una propiedad que le ha costado ya 200,000 francos y cuyo primitivo precio de adquisición creo que fué 2,000 francos. Un gabinete de trabajo amplio y alto de techo; sobre la chimenea se lee: «Nulla dies sine línnea»; en un rincón se percibe un órgano «melódium», con voces angélicas, del que el autor naturalista hace saltar acordes á la caída de la tarde.

***

Martes 10 abril 1883.—La nariz de Zolá es una nariz particular, es una nariz que interroga, que aprueba, una nariz que está alegre, una nariz que está triste, una nariz en la cual reside la fisonomía de su dueño; una verdadera nariz de perro de caza; las impresiones, las sensaciones, los apetitos, dividen su punta en dos pequeños lóbulos que, en ocasiones, parecen inquietos. Hoy no está inquieta esa punta de nariz y repite lo que la voz contristada del novelista formula, en el tono de un «Hermano, morir habemos,» a propósito de la venta de nuestros libros futuros: «Las grandes ventas... nuestras grandes ventas han concluído.»

***

Sábado 2 mayo 1885.—Esta tarde hablábamos de supersticiones. Zolá está realmente curioso hablando en voz baja de estas cosas, misteriosamente, como si tuviese miedo de una oreja temiole que le escuchase en la sombra de la habitación. No cree en la virtud del número 3; el número 7 es el que, por el momento, constituye su «porte-bonneur.»

Y deja oír que la noche en Medán cierra sus puertas por medio de combinaciones diabólicas.

***

Martes 23 enero 1889.—Hablo un momento con Zolá de nuestra vida entregada á las letras, entregada como no ha sido entregada por nadie en ninguna época, y nos confesamos que hemos sido verdaderos mártires literarios, tal vez unos «bestias.» Y Zolá me confiesa que este año, en que frisa casi en los cincuenta, se ha visto cogido de nuevo por un retoñar de vida, por un deseo de goces materiales, é interrumpiéndose de pronto: ¡Sí, no veo pasar una mujer joven, como esa, sin decirme!: ¿Y no vale esto más que un libro?

***

Miércoles 12 marzo 1890.—«¿Qué hace usted ahora?»—dije al autor de la «Bestia humana,» que vino á sentarse junto á mí.

«—Nada..... decididamente no puedo comenzar.... Además, el «Dinero» es de tal manera extenso, que no sé por dónde cogerlo.... y los documentos de este libro, para hallarlos, para saber dónde hay que dar........ estoy rodeado de dificultades como nunca.... ¡Ah! quisiera haber concluído esos tres libros.... Después de el «Dinero», sí, vendrá la «Guerra», pero no será una novela; más bien será el paseo de un francés a través del Sitio y de la Commune.... En el fondo, el libro que me habla, que tiene para mí un encanto especialísimo, es el último en donde pondré en escena á un sabio.... Este sabio... estoy tentado de hacerlo como un Claudio Bernard, con la comunicación de sus papeles, de sus cartas.... Será entretenido.... haré un sabio casado con una mujer retrógada, beata, que destruirá sus obras á medida que él trabaje.»

—¿Y después, qué hará usted?

—Después, lo más prudente sería no hacer más libros.... irse de la literatura..... pasar á una nueva vida, mirando la otra como acabada....,

—Pero... no se tiene nunca ese valor,

—¡Es muy posible!


Alrededores de México.
Tizapán
Una calzada

Invitación para participar á la próxima

Gran Lotería Alemana de Dinero

La lotería de dinero bien importante, autorizada por el Gobierno de Hamburgo y garantizada por la hacienda pública del Estado, contiene 118,000 billetes, de los cuales, 59,010 deben ser premiados. Resulta, pues, que cada premio se reparte entre dos números.

Todo el capital importa:

MARCOS 11.618,400, ó sean
PESOS 6.115,000 MONEDA MEXICANA

Los sorteos se hacen PUBLICAMENTE bajo inspección del Gobierno, y el pago puntual de los premios está garantizado por el Estado.

500,000 MARCOS, ó sean aproximadamente PESOS 270,000 MONEDA MEXICANA como premio mayor pueden ganarse en caso más feliz, especialmente 1 (un) PREMIO de 300,000 MARCOS, 1 de 200,000 MARCOS, 1 de 100,000 MARCOS, 1 de 75,000 MARCOS, 2 de 70,000, 1 de 65,000 MARCOS, 1 de 60,000 MARCOS, 1 de 55,000 MARCOS, 2 de 50,000, 1 de 40,000 MARCOS, 1 de 30,000 MARCOS, 1 de 20,000 MARCOS, 16 de 10,000 MARCOS, 56 de 5,000 MARCOS, 102 de 3,000 MARCOS, 156 de 2,000, 4 de 1,500 MARCOS, 612 de 1,000, 1,030 de 300 MARCOS, 36,053 de 169 MARCOS, 20,968 de 250. 200, 150, 148, 115, 78, 45 y 21 MARCOS.

El sorteo de estos 59,010 premios sobre dichos se hace en siete clases sucesivas, que se siguen en breves intervalos.

Al recibir el valor de los billetes, sea en cheques sobre bancos ó casas de comercio europeas, ó sea en billetes de banco mexicano ó por medio de un giro postal enviaré LOS BILLETES ORIGINALES en carta certificada para los primeros tres sorteos, acompañando un prospecto oficial que contiene todas las explicaciónes que se necesitan.

Además se adjuntará á cada comprador la traducción de los billetes originales en lengua española.

EL VALOR de los billetes PARA LAS TRES primeras clases, SEGUN EL PROSPECTO OFICIAL, es como sigue: (—1 MARCO vale aproximadamente 55 centavos Moneda Mexicana).

MARCOS 9.50 por un cuarto Billete Original para la 1a., 2a. y 3a. clase.

MARCOS 19.—por un medio billete Original para la 1a., 2a. y 3a. clase.

MARCOS 38.—por un entero billete Original para la 1a., 2a. y 3a. clase.

A su debido tiempo se avisará á los dueños de billetes en qué épocas tendrán que hacer las remesas para la 4a., 5a. y 6a. y 7a. clase; esto en caso de que el billete no hubiere recibido en el intermedio un premio. Pero es muy probable que el billete sea premiado. PORQUE, como ya es á dicho, GANA CADA SEGUNDO BILLETE, y las probabilidades de ganar aumentan de clase en clase. DESPUES DE CADA EXTRACCION, SE ENVIARA A TODO INTERESADO LA LISTA OFICIAL.

Los interesados harán bien de mandar sus pedidos POR EL PRIMER CORREO, para que se pueda efectuarlos puntualmente.

PRINCIPIO DE LOS SORTEOS: el 11 de Diciembre de 1902.

Pedidos que no llegan en tiempo para la 1a. clase, serán ejecutados para la 2a clase, por consiguiente, cada uno PUEDE CONTAR POSITIVAMENTE CON QUE TENDRE CUIDADO DE QUE DE CUALQUIER MODO PODRA TOMAR PARTE EN ESTA INTERESANTE LOTERIA.

Lo mejor es hacer las remesas por carta certificada en Billetes de Banco Mexicanos ó en giros postales: pero, en caso que sea más conveniente á los clientes hacer los pagos en ese país, participo que el Banco Alemán Transatlántico de México, Calle de San Agustín, 7, está autorizado por mí, de recibir por mi cuenta cualquier importe. Al hacerlo así, suplico enviarme directamente la carta orden bien clara á Hamburgo, avisándome á la vez, del importe remitido á este Banco. Además, se debe avisar al Banco Alemán Transatlántico que tiene que abonar el importe á mi cuenta de la orden del respectivo pagador.

Todo se reune en esta gran lotería, para dar seguridad y beneficio al que participa de ella, como es el ARREGLO VENTAJOSO, INTERVENCION DEL GOBIERNO, SOLIDEZ, y ante todo, la GARANTIA DEL ESTADO PARA EL PAGO DE LOS PREMIOS. Teniendo relaciones con las mayores plazas del mundo, PUEDO PAGAR LAS CANTIDADES GANADAS TAMBIEN EN EL DOMICILIO DE LOS DUENOS.

¡¡POCO DINERO PUEDE DAR MUCHO!
¡TENDED LA MANO A LA FORTUNA!

POR PEDIDOS DIRIGIRSE A

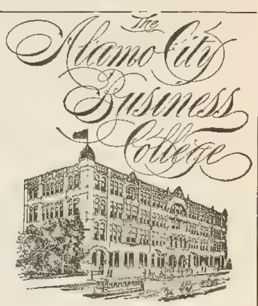
Pincus Moeller, Hamburgo

(ALEMANIA) Casa fundada en 1855.
OFICINA CENTRAL DE LOTERIA ENCARGADA POR EL GOBIERNO PARA LA VENTA DE LOS BILLETES.

Esta casa ha sido siempre favorecida por la fortuna, y varias veces tuvo que pagar premios de mayor consideración, especialmente á clientes en México.

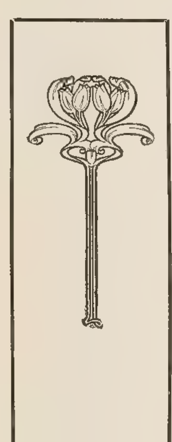
Desconfíese de cualquiera otra oferta, pues NADIE está autorizado á ello.

Se envía gratis y franco el prospecto oficial á quien lo pida. Correspondencia en todas lenguas.



ELEGANTEMENTE AMUEBLADO Y EQUIPADO

Los padres de familia que deseen poner á sus hijos é hijas en un colegio absolutamente completo y bajo los estudios americanos más refinados, deben escribir pidiendo un hermoso prospecto que contiene detalles completos, dirigiéndose al Director: C. H. Clark. San Antonio Texas. U. S. A.



PETROL

DEL DR. TORREL DE PARÍS.

Unica preparación que evita la caída prematura del pelo, lo aumenta, suaviza y hermosea, á la vez que le comunica un aroma agradable.

Su acción antiparasitaria y antiséptica, unida á un notable poder excitante del folículo piloso, hace nacer el pelo en las afecciones decalvantes del cuero cabelludo y evita la caspa.

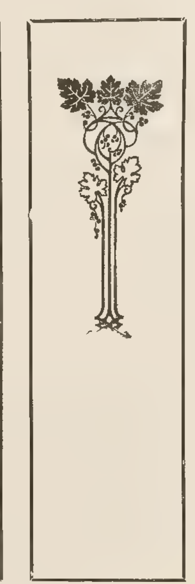
Una cabellera abundante y bien cuidada, es, sin duda alguna, el ornato mejor de la mujer; el PETROL proporciona el medio más eficaz para conservar este bellísimo atributo.

El uso del

PETROL DEL Dr. TORREL, DE PARIS,

evita la calvicie prematura que tanto afea y comunica al hombre el repulsivo aspecto de un joven viejo y gastado

DE VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS.



Las enfermedades del aparato digestivo,

SON LAS QUE CAUSAN MÁS ENFERMEDADES.

USENSE LAS PILDORAS DEL DOCTOR HUCHARD.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 20. MÉXICO, NOVIEMBRE 16 DE 1902. Subscripción mensual foránea, $1.50 Idem Idem. en la capital, ,, 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



Sr. Lic. Miguel Bolaños Cacho,

GOBERNADOR INTERINO DE OAXACA.



II

VOLVI, volví y........ volví. ¿Volveré? Chi lo sà? Arrojé devotamente cinco ó seis monedas en la fuente de Trevi, porque quien esto hace, vuelve......Todo es bello en Italia, hasta lo feo tiene un alma de belleza; al menos así lo quise ver y lo vi así; pero Roma, Roma, agrega un trozo de mundo ideal al mundo del espíritu, se siente uno dueño de más......... Ya Goethe lo había dicho: Roma agranda las almas de quienes la comprenden. ¡Ay! ¿la comprendí yo? La pude apenas comenzar á deletrear........ Pero supe amarla; me queda en el fondo del corazón la deliciosa amargura de haber sabido amarla, de amarla todavía. Con razón dicen los eruditos que el nombre sagrado y esotérico de Roma, es su anagrama «Amor.»

Volví á San Pedro. Torné á pararme junto de las toscas, soberbias fuentes, negras y estallando en agua empenachada de irises [reincido en este pluralillo antiacadémico]; torné á contemplar sobre el cimborrio de Miguel Angel la curva soberana de la cúpula, reentré en el inmenso pórtico, reví la estatuaza de Carlomagno, resonreí ante los temas de los relieves en bronce del portón de Filarete, y por una de las puertas de la derecha nos colamos en la Iglesia.

Rompiendo brumas y nublados invernales, había salido por fin á cara descubierta el sol [lo ministro maggior della natura [Dante]; había barrido con su gran brocha de oro el cielo, dejando amontonadas en las montañas sabélicas los copos de nubes y de nieves; había dado á la sombra húmeda de las calles su marco bruñido, y multiplicado en las ventanas, balcones y cornisas altas, los pintorescos abigarramientos de ropas tendidas á secar, lo que mis compañeros encontraban indigno de la cacareada cultura europea, y á mí me parecía encantador. No sabemos en mi tierra el oro que tenemos con tener el sol tan barato; aquí, aun en Italia, el país del sol, tiene una demanda incalculable, supera terriblemente á la oferta, y en sólo un turno de dos horas, secan su ropa por dos semanas treinta ó cincuenta mil «almas», como dicen los estadísticos, para quienes las almas gastan zapatos y pantalones.

Bajo el sol que la iluminaba y la penetraba como si fuese un bloque de cristal de roca, la claridad «sui géneris» de San Pedro parecía mayor, más nítido el ampo de los mármoles, más clara y pura la soflama misteriosa que irradiaban los pilares, las estatuas, los sepulcros; todas las penumbras daban relieve á las formas y matizaban con vagas azulosidades las crudezas blancas de las piedras; todos los mosaicos parecían hechos de gemas, vivían, no había sombra.

***

Por supuesto habíamos suprimido al guía; la última vez Araluce y yo fuimos solos y la iglesia estaba sola casi: dos ó trescientas personas: era todo, era nada. Bedeker dice: á la derecha; nosotros tomamos á la izquierda. Ya sabía de memoria mi itinerario, es un desfile de maravillas de segundo y hasta de tercer orden ¿puede decirse esto? La tapa de pórfido del sepulcro del emperador Hadriano, convertida en fuente bautismal; si el delicadísimo escéptico que se llamó Hadriano se hubiese imaginado el destino de su mausoleo (Santangelo), el de su sarcófago (fuente bautismal), el de su Pantheón (Santa María la rotonda—el Pantheón actual), se habría encantado de antemano, le divertían mucho las sorpresas del destino, para él Zeus debió haber sido un supremo titiritero. Luego la «sagrestia»; las sacristías debimos decir, dentro de ellas caben varias iglesias; también aquí hay columnas de la «villa» de Hadriano: y cuadros de Giotto, que estaban en la antigua basílica: ¡qué cuadros! todo se ve venir allí en esos cuerpos rígidos, en esos coloridos marchitos y sin jugo, en esos San Pedros y San Pablos horriblemente torturados, en aquella «madonna» tristísima y dulce que canta un poema sordo con la luz velada de los ojos; todo se ve venir, la forma, el color, el arte: Giotto no es un primitivo todavía, es un ancestro, un precursor. Y, sin embargo, ya la poesía italiana hablaba en aquella aurora del siglo XIV su lenguaje eterno: Dante Alighieri había escrito la «Commedia», que nosotros llamamos divina y de la cual puede educirse toda la poesía romance, aun la nuestra, aun la de hoy.....

Dejemos estas disertaciones para otro día en que mis lectores estén prevenidos y no se embarquen; y dirán y con razón, para leer estas cosas, allí están los diccionarios, los Larouses y los enciclopédicos...... Perdón, pues, y salgamos de la sacristía. ¿No quieren ustedes que nos detengamos ante esta dalmática de Carlomagno, ante estas primorosas miniaturas de Giotto (todos los «primitivos» eran miniaturistas que sabían dar á sus miniaturas proporciones enormes), que en un libro vetustísimo del «Archivo de San Pedro» nos muestra un risueño cleriguillo?

Fuera, pues, de la sacristía, hay cosas allí para admiradas en veinte ó treinta visitas y volvamos á nuestra nave izquierda. Siga el desfile, es decir, sigamos desfilando; para meternos en la sacristía, habíamos dejado atrás una buena parte de la nave: desandamos paso á paso el camino andado, no para ver suntuosos sarcófagos de pontífices, por Tenerani, ó Thorvaldsen, ó Carlo Maratta ó los viejos Pollajuoli, por interesantes que sean, ni los mosaicos reproduciendo en triples ó cuádruples proporciones, pero con fidelidad notable, algunos originales célebres como la «Transfiguración» de Rafael, sino para hacer nueva estación delante de los últimos vástagos directos de María Stuardo y de su nieto Carlos (entrambos degollados), vástagos sin savia que se extinguieron, ó tristes, ó alcohólicos ó impotentes. ¡Qué bien lloran sin lágrimas el fin de esta raza «de los dolientes destinos» ese par de figuras en relieve que se apoyan sobre sus antorchas muertas y en las que Canova, genial esta vez á fuerza de simple sinceridad, ha esculpido un acorde de infinita, de incurable melancolía! Enfrente, sobre una puerta, la tumba de la madre de estos pobres degenerados, una Sobieska, un nombre glorioso que es como el epitafio de un pueblo muerto, de Polonia, cuya suerte hemos llorado los hombres de mi generación con lágrimas materiales, como que nos parecía que llorábamos á nuestra pobre Patria, también en agonía entonces! Y yo que decía que no había sombras en S. Pedro; todo es muerte aquí, todo es sombra.

***

Unos grandes tablados forrados de paños rojos, á entrambos lados de la sección superior del crucero entre el baldaquino y el ábside, nos descomponían la bellísima perspectiva de conjunto que se abre ante la vista desde la puerta de la sacristía y que abraza todo el fondo y toda la altura del inmenso santuario. Seguimos, pues, «detallando» sepulcros: los que más dicen por los recuerdos, son los de San Gregorio Magno, el verdadero fundador del pontificado universal, y de Palestrina, cuya alma es todavía de este mundo, pues que la resucitan perennemente los órganos y los orfeones que dan alas á sus divinas notas, y por cierto que toda la evolución de la música religiosa está encerrada entre esos dos nombres: San Gregorio Magno y Palestrina, el organizador del canto-llano y el que hace brotar la música religiosa de su capullo litúrgico como una mariposa de oro y de luz; toda la edad media, toda la edad mística está encerrada entre ese papa y ese inspirado; falta un nombre para completar esa trinidad de creadores de la música cristiana, el del monje renegado que puso en música sublime y sencilla la letra bíblica de la protesta y la revolución religiosa: Martín Lutero.

Sepulcros y mosaicos: en San Pedro triunfa el mosaico, el mosaico absorbe y domina; tapiza la cúpula entera, las pilastras, los altares; sólo aquí cerca de nosotros había un cuadro al óleo, pintado en una pizarra: no me dice nada; en cuanto á las copias amplificadas de Rafael, del Dominiquino, de Güido Reni, «e tutti quanti», son espléndidas y maravillosas; á la primera visita subyugan; después hacen el efecto que una sinfonía de Beethoven tocada por un piano mecánico de primer orden. ¡Y Bernini! Mi obsesión; me empeño en admirarlo; aquí tenemos el sepulcro de Alejandro VII: ¡qué lujo de enormes paños imitados profusamente en mármoles y pórfidos de colores monumentales! Si este hombre hubiese tenido gusto, es decir, el don de la proporción harmónica, el de la sobriedad en la exuberancia que Miguel Angel tiene! Entonces no sería Bernini. No le hace, esta pompa me seduce, aunque no me persuade.

Saltamos por encima de los palitroques; sacristanes benévolos ante nuestro aspecto exótico nos abren las barreras, hacemos nueva estación larga en el ábside, la estatua de la Julia Farnesio (la llamamos así en honor de nuestro guía) agarra bien á mi compañero y por fin seguimos y hacemos otro alto largo, pero bien largo, frente al mausoleo de Clemente XIII, de Canova; no he visto cosa igual, por el realismo y exactitud del detalle, á la estatua arrodillada que corona el monumento; desde un ángulo de la pilastra vecina, se la ve mover los labios en un rezo perpetuo. ¡Y los leones! Estos son populares, están copiados en todas partes; el que duerme, sobre todo, es magnífico.

Apresuramos el paso, vemos de prisa, vamos de prisa. Quiero llevar á mi amigo á la Sixtina; es formidable esto de ver la Sixtina después de recorrer S. Pedro, es una ascensión al Popocatepetl (moralmente hablando, se entiende). Pero sin broma, queda el espíritu fatigado por días enteros; y no hay tiempo que perder, mañana saldremos para Nápoles.

***

Siguen los mosaicos y los monumentos sepulcrales. En esta capilla nos detenemos, después de ver, no de admirar, los mausoleos en que yacen dos mujeres, una grande por su firmeza, por su prudencia, por su fe, la condesa Matilde, la amiga del inmenso hombrecillo de bronce que fué Hildebrando, el fundador del pontificado teocrático en la Edad Media que no pasó de un boceto gigantesco y trágico, y la reina Cristina de Suecia, la hija del apóstol armado de acero y de gloria que salvó para siempre la suerte del protestantismo en la Europa central, la versátil, melancólica y siniestra Cristina que se convirtió en Roma al catolicismo y cuya grandeza teatral está en perfecta consonancia con su pomposo sepulcro..... Decía yo que nos detuvimos frente á la reja de hierro de una capilla, para ver otros sepulcros: uno muy bajo, un lecho de muerte, hecho á maravilla, con su paño fúnebre tendido sobre la estatua yacente, plegado y arrugado hasta hacerlo parecer flexible como un lienzo, es la tumba de Sixto IV; al pie del lecho mortuorio hay una lápida de bronce, es el sepulcro de un sobrino de Sixto, de otro Rovere, ¡de Julio II! Singular, singular.... .

***

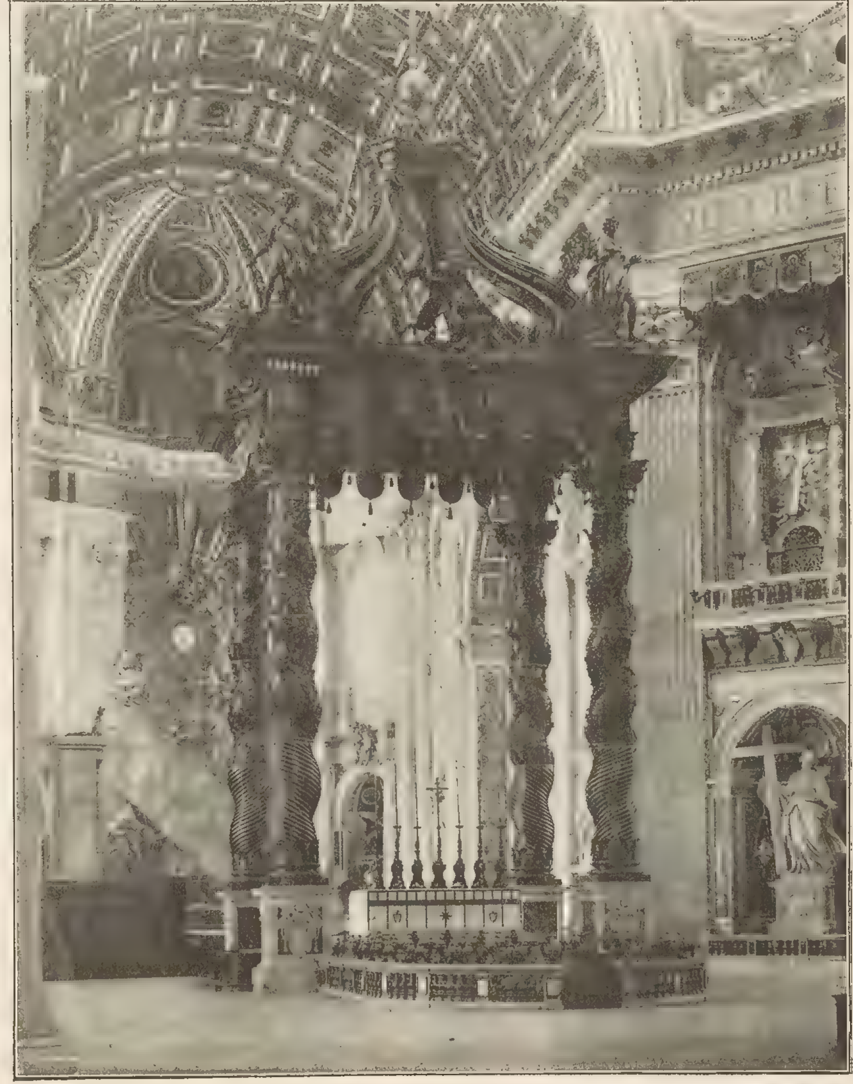
En la capilla de Miguel Angel, cerca de la puerta, recién cerrada, del jubileo, nos encontramos á un peregrino rezagado, á Alberto Bianchi, nombre no sé si conocido hoy, pero muy popular en mis tiempos de político, cuando el Sr. Lerdo, sin convicción y sin ganas hacía ensayos de despotismo. El Sr. Lerdo, muy severamente autoritario, pero impregnado, como todos los abogados lo estamos, de superstición legal, á pesar de su profundo escepticismo, había nacido para ser un gran ministro; pero no pudo ser un gran ministro de sí mismo, porque le faltó...... Renuncio á dar á mis lectores una lección de historia política, que tras de ser probablemente errónea como todas las de los contemporáneos, habría de fastidiarles tanto, por lo menos, como á mí.

Entramos en el antro del monstruo: á un lado, en una especie de jaula dorada, una columna del templo de Salomón, bastante raquítica por cierto, y bastante poco salomónica, de seguro, que fué el patrón amplificado por Bernini en el «baldaquino» y copiado después en los retablos barrocos, platerescos y churriguerescos de que están inundados Italia y España y sus antiguas posesiones ultramarinas.

En el fondo, sobre un altar (cuando su autor la supuso al ras del suelo), el grupo divino de «la Pietá:» una Nuestra Señora de las Angustias, como dirían en mi tierra. El Cristo es un Apolo (el Apolo del Belvedere había sido ya descubierto y Buonarroti lo conocía), es un Apolo herido, exangüe y sin músculos casi, que descansa, en el regazo de una mujer, del dolor de vivir, y que se ha dormido ó ha muerto; no es fácil precisarlo. La Virgen, dulcemente joven, mira sin ver aquel largo cuerpo esbelto, que sostiene en sus brazos, y el bellísimo rostro ligeramente barbado que cae exánime y que se adivina pálido bajo la nítida transparencia del mármol. Ella (¡qué maravillosa mano esa que comprime y se imprime en el costado del cuerpo desnudo!), ella, sin lágrimas, parece presa de mortal angustia intelectual y moral, ¡parece que una sombra pasa por su alma: ¿resucitará? ¿es Dios? ¿no es más que mi hijo? El artista que esculpió este admirable grupo, era ya un filósofo por el espíritu, apenas era un cristiano. ¡Oh! sí, conozco la interpretación auténtica dada por Miguel-Angel: «he querido que expresara la inmaculada pureza de la Virgen, por eso el rostro es tan joven.» A pesar de ello, la angustia aquí no es la expresión de un profundo dolor de madre impregnado de horror por la ciega injusticia de los hombres; es una honda tragedia psicológica lo que esa fisonomía austera y pura me dice. Y no digo que eso mismo os dirá á vosotros, ¡oh lectores!, pero de vosotros no respondo; de mí, con mucho trabajo.......

***

Para resumir la impresión de San Pedro, ¿qué hay que hacer? ¿Volver á pararse en la



BASILICA DE SAN PEDRO.—"La Confesión."

rueda de pórfido de los emperadores y recoger en el foco visual aquellas inmensidades arquitectónicas de la nave principal, los arcos asentados sobre altísimas simetrías de relieves y mosaicos, desplegando bajo triunfales esculturas sus impecables curvas, los perfectos medios cilindros de las bóvedas decoradas hasta lo infinito de tableros ornamentales, y más allá del baldaquino, soberbio y solo bajo la claridad celeste de la invisible cúpula, la gloria de oro de la «cátedra» de San Pedro en el fondo del ábside, que se ve como por el otro extremo de un anteojo, muy lejana, muy grande, muy precisa...? No, éste sería un fragmento de impresión material; el monumento es más aún que una maravillosa perspectiva, es un ser moral.

Precisa verlo llenando su función, sirviendo de albergue á la iglesia católica, á la asamblea de los fieles, y de marco apoteótico al vicario de Cristo. Tres ó cuatro millares de peregrinos gritando sus cánticos religiosos bajo las naves, en todos los idiomas, agitando sus banderas de todos los colores, prosternándose en todas las adoraciones, encrespándose y calmándose rítmicamente como un nuevo mar Rojo, surcado por una procesión sin fin de centellantes alabardas, de mitras coruscantes, de tisús de oro, de sedas, de púrpuras, de encajes, y en medio de las azulosidades embalsamantes de los incensarios y de los vaivenes lentos de los ventalles de plumas blancas, alzado en andas como una divinidad de Oriente, un hombre blanco, surgiendo de su manto rígido á fuerza de oro y de gemas, bajo la cúpula simbólica de la tiara, tendiendo á la multitud que fija en él las delirantes miradas azules, los apasionados ojos negros, la mano trémula y bendecidora, mientras pliega sus labios una perenne sonrisa de ternura y de absolución. Así, en esas horas en que la iglesia militante se tiende como un puente visible de esplendor hasta tocar los bordes de la iglesia triunfante, es cuando el templo católico «es,» en toda la fuerza de la palabra, entonces se explica á sí mismo, entonces vive, entonces sí que su cúpula parece un firmamento reducido á las proporciones de la frente de un pueblo...

***

Es evidente; no para mí, no es en la «sedia gestatoria» en donde está la clave de esta obra estupenda. Sino aquí, en esta capilla sepulcral de los La Rovere, aquí en esta tumba casi oculta al pie de la de Sixto IV; en el sepulcro de Julio II. Del fondo del alma del hombre extraordinario y duro, que aquí humildemente yace, nació San Pedro; pero por grados: primero quiso, como los faraones, tener un mausoleo inmenso y verlo. Llamó á Miguel Angel, el artista le proyectó una montaña de mármol prodigiosamente animada por todas las grandes figuras de la Iglesia anterior y posterior al Cristo. El Papa aceptó. ¿Y dónde alojar aquel milagro escultural? En San Pedro mismo. Pero la vieja basílica de Constantino y San Silvestre, en la que cada agonía y cada triunfo de la Iglesia habían dejado una reliquia, en donde cada siglo había puesto un monumento, en donde las huellas de las profanaciones, de los sacrilegios, de los asaltos, de los incendios, habían sido cubiertas con las argenterías, y los relicarios y los mosaicos de los donativos imperiales y populares, en donde no había un objeto sin historia, ni un ara sin recuerdo, ni una obra sin la firma de una época, la catedral de los Carolingios y de los Otónidas, de Gregorio Magno, de Hildebrando, de Inocencio III, este templo resumen del arte cristiano en los siglos precursores, no bastaba para contener el sepulcro de Julio II, era pequeño, y, además, amenazaba ruina. Entonces, mientras Miguel Angel iba á vaciar las canteras de Carrara de sus bloques de mármol inmaculado, apareció Bramante «il rovinatore;» y, efectivamente, estos divinos artistas del Renacimiento, en su horror á lo que no era el arte helénico, eran á un tiempo sublimes constructores y destructores vandálicos; el pasado les era odioso de Alejandría hacia acá.

Y Bramante proyectó su incomparable templo, coronado por la cúpula del Panteón de Agripa extraída de su concha y erigida á la plena luz del cielo. Y entonces el Papa olvidó su sepulcro y enfureció á Miguel-Angel y empezó á extraer dinero al mundo católico para aquel edificio que aplastó y deshizo á la vieja basílica llena de historia y de unción bajo



Sepulcro de Clemente XIII.



El Moisés de Miguel Angel.

sus pies de mármol (apenas quedan de ella fragmentos enterrados en las criptas de San Pedro, en las «sagre grotte»). Murió el arquitecto, murió bebiendo oro líquido (sic) el Papa Julio, y sus sucesores continuaron su obra gigantesca y extrayendo de todas partes el oro sólido, sobre todo de la fe y el temor de las almas; de aquí la venta de las indulgencias en Alemania, y la lava de la protesta germánica entrando en ebullición espantosa, y el cráter abierto en la boca de Lutero, y la erupción y el cisma. Todo ello pudo nacer de mil otras cosas; pero nació de la idea de construir una tumba á Julio II. ¿En dónde está esa tumba? En fragmentos ciclópeos, aquí y allí esparcidos. En «S. Pietro in Vincoli» está uno de esos fragmentos, el Moisés de Miguel-Angel. Pero la verdadera tumba está aquí, aquí están los huesos, aquí está el singular monumento que los rodea, el templo católico por excelencia. Julio II quería una pirámide y tuvo por sepulcro una basílica; su basílica es su espíritu inmortalizado en mármol; su paño fúnebre está en otra parte, está enclavado en la bóveda de la Sixtina. ¡Qué siglo, y qué hombre y qué hombres! Y cuán fastidiados estarán mis lectores.

Justo Sierra.

EL ACTUAL GOBERNADOR DE OAXACA.

Publicamos en nuestra primera plana el retrato del Sr. Lic. Miguel Bolaños Cacho, actual gobernador interino de Oaxaca, que ha substituído al Sr. Gral. D. Martín González, que es el gobernador constitucional.

El Sr. Bolaños Cacho es el gobernador más joven en toda la República; le tocó ocupar ese alto puesto en condiciones políticas muy difíciles para él, y lo ha desempeñado, á decir verdad, con toda cordura y prudencia, dejando satisfechos á todos, aun á los más exigentes. Esta es una prueba de que tiene dotes especiales que seguramente serán aprovechadas en alguna otra ocasión.

Una de las notas más sobresalientes en su gestión, ha sido la lealtad para todos, especialmente para quienes debía tenerla.

Enviamos un afectuoso saludo al joven gobernante, deseando para su carrera política grandes y merecidos triunfos.

LA VISIÓN.

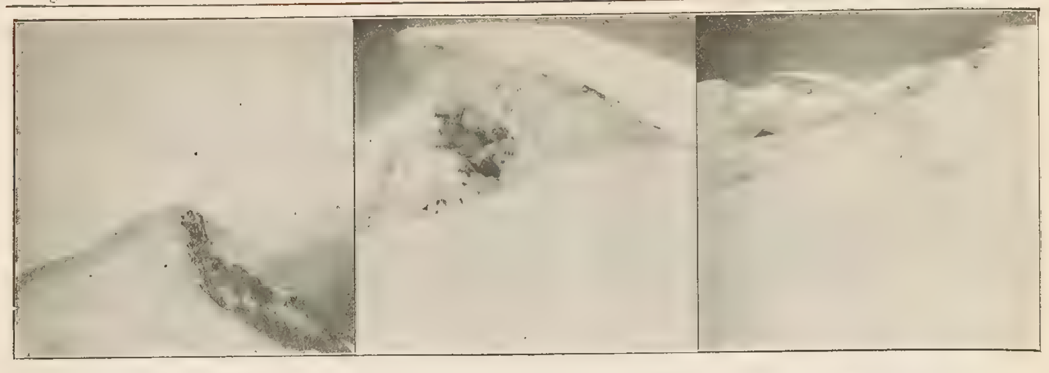
Un fantasma va pasando
Por el perfil de la sierra,
Un fantasma que parece
Ave y hombre, monstruo y fiera.
¿Es un manto vaporoso
Lo que tras él se despliega,
O es un jaique lo que lleva?
De «tanto mirar» su forma,
Toma figuras diversas,
Y andar simula unas veces,
Y otras que inmóvil se queda,
Y días, semanas, años,
Está la visión perpetua,
Si se pierde ó no se pierde
Tras del perfil de la sierra.
Parece, al venir el día,
Guerrero de extraña tierra
Con dalmática vistosa
Y rutilante cimera.
Si se mira en los instantes
En que la cálida siesta
Como en dorada neblina
A la montaña rodea,
El guerrero se transforma
En ave enorme que lleva
Sobre las alas gigantes
Un dios, en alto la diestra.
Entre el crepúsculo rojo
Manchado en tintas bermejas
Con bordados de oro y plata
Y cortinajes de estrellas,
Sobre la cima del monte
El raro monstruo semeja
La apocalíptica forma
De evangélico poema.
Finge de noche el fantasma
Desmesurada silueta,
Cuya frente da en la luna
Que le sirve de diadema.
Esta visión multiforme
Nunca pasa, nunca trepa,
Aunque parece que anda
Y aunque parece que vuela.
Cuando niño, ella ha formado
Mis visiones de poeta,
Y quise mirar un día
Su horrible cuerpo de cerca.
Andando, andando y andando,
Subí trabajosas cuestas,
Y al compás que más andaba
La visión era más bella.
Llegué hasta su pie gigante,
El alma en miedo deshecha,
Y al ver la visión sublime,
Lancé un grito de sorpresa:
Era un árbol milenario
Todo bíblica grandeza,
¡Con una ciudad de nidos
En la enorme cabellera!

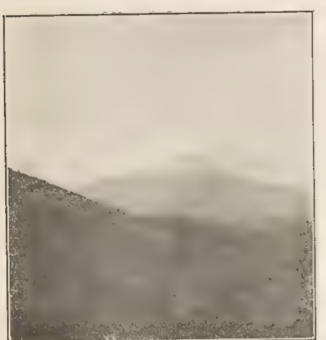
SALVADOR RUEDA.

Los Juegos Florales de Puebla.

La circunstancia de haber logrado reunir, ya muy tarde, las fotografías de las damas y caballeros que tomaron parte en los Juegos Florales de Puebla, nos impide ofrecer á nuestros lectores, en el presente número, la información ilustrada relativa al torneo mencionado.

En nuestra próxima edición la daremos tan completa como pudimos obtenerla, y con el esmero con que ahora, por la premura del tiempo, no nos hubiera sido posible hacerlo.





El Popocatepetl visto desde el Ixtaccihuatl.

UNA ASCENSIÓN al Ixtaccihuatl

Un grupo de extranjeros entusiastas, miembros del Club de Alpinistas de Suiza, emprendió hace pocos días una atrevida ascensión al Ixtaccihuatl, gigantesco compañero del Popocatepetl, cuyas rápidas pendientes y profundos precipicios han sido siempre obstáculos, casi insuperables, para la realización de esta clase de ascensiones.

Provistos de cables, zapapicos y demás instrumentos necesarios para el caso, los «turistas» comenzaron su viaje por la montaña, poco antes de medio día, acompañados de algunos indígenas de Amecameca, en calidad de guías.

Durante las primeras horas del viaje no se registraron peripecias de ningún género, pues el Ixtaccihuatl presenta en su parte baja amplios caminos por donde puede fácilmente escalarse. Sólo las fatigas naturales y propias de una expedición de esa naturaleza, fueron las que experimentaron los «alpinistas», hasta llegar á la «cueva».

La «cueva» es una inmensa oquedad formada entre las rocas y situada precisamente en los límites de la nieve. La temperatura en ese lugar era de dos grados bajo cero. Allí pernoctaron los excursionistas, aunque sin conciliar el sueño, pues el frío exagerado que se hacía sentir á aquella altura, entumeció sus cuerpos, poniéndolos en condiciones nada propicias para entregarse al descanso.

«Con ansia esperamos nos dijo el Sr. Dedí, uno de los excursionistas—á que el sol bañara con sus rayos los inmensos bloques de hielo para disfrutar de un panorama apenas imaginado por nosotros. Minutos después de las



Orillas de Amecameca.



Los "alpinistas."



Otra vista de Amecameca.



Los "guías."



Amecameca.



El Ixtaccihuatl.

cinco de la mañana, las inciertas luces del Oriente comenzaron á infiltrarse á través de las espesas sombras que nos envolvían. La voz de uno de nuestros compañeros nos hizo abando-



Sobre los hielos.

nar el estado de sopor en que nos encontrábamos, y con el más grande de los entusiasmos nos dispusimos á reanudar el viaje.

«Si el día anterior—continuó nuestro informante—experimentamos fatigas meramente corporales, no fué lo mismo el día de nuestro viaje por las nieves; pues aparte del cansancio, llegamos hasta sentir el temor de la muerte, á causa de habernos extraviado entre los blancos témpanos. El caso fué como sigue: Entregados mis compañeros y yo á merced de los «guías,» fiamos en ellos y ningún recelo nos asaltó al emprender la ascensión. Poco después de caminar por la nieve, uno de nuestros compañeros no tuvo fuerza para continuar el viaje, pues se vió atacado del terrible «mal



Después de la ascensión.

de montaña:» vómitos de sangre, vértigos, desprendimiento de la epidermis, ojos inyectados, etc., fueron las manifestaciones de la enfermedad. Alarmados todos, pretendimos emprender el descenso; pero nuestra aflicción no tuvo límites al ver que los guías desconocían por completo aquellas regiones, y que no acertaban á indicarnos cuál era la vereda que debíamos seguir. Fácil es comprender, dice el Sr. Dedí, los trabajos que pasamos para salir del dominio de las nieves. Al fin lo conseguimos, y llevando á nuestro camarada á cuestas, lo dejamos en la «cueva» acompañado de dos indígenas.

«La tentación de subir hasta la cúspide del Ixtaccihuatl fué invencible para nosotros, y de nuevo emprendimos la caminata. Más afortunados que en la vez primera, no tuvimos ya otro accidente desgraciado que lamentar, y con miles de penalidades llegamos á la cumbre casi inhollada del Ixtaccihuatl.»

La narración hecha por el Sr. Dedí está llena de detalles interesantes, y nos da á conocer las causas por las que esta montaña no ha sido escalada tan á menudo como el Popocatepetl. Nuestro interlocutor nos informó, en efecto, que las enormes grietas y los desfiladeros del Ixtaccihuatl constituyen una serie de obstáculos para la ascensión.

***

Las fotografías con que ilustramos estas páginas, dan idea de los hermosos panoramas que se presentaron á la vista de los atrevidos extranjeros.



Un "barranco."

Una vez en las altas planicies del Ixtaccihuatl, los «turistas» descorcharon una botella de champagne, y habiendo apurado su contenido, pusieron en el casco sus tarjetas. La botella quedó sepultada en una «tumba» de nieve, abierta por ellos con ese único objeto.

Sólo diez minutos permanecieron los «alpinistas» en la cúspide, pues los rayos solares, que caían á plomo sobre la inmensa mole de nieve, y la falta de oxígeno hacían insoportable su permanencia en aquel punto.

El vértigo de las alturas comenzaba á invadirlos y emprendieron el regreso provistos del cable que se usa en este género de excursiones. En el descenso, por más precauciones que se tomaron, no pudieron evitarse las caídas



La bajada.

que sufrían continuamente los expedicionarios. Indudablemente que el cable libertó de la muerte á varios de ellos. Atados con él, de la cintura, lograron más de una vez ponerse á salvo del peligro. Dos horas duró el descenso hasta la «cueva,» en donde los esperaban las cabalgaduras que debían conducirlos á Amecameca.

Según nuestras noticias, ésta es la quinta ó sexta ascensión al Ixtaccihuatl.

Las fotografías que pueblicamos fueron tomadas por uno de los miembros del «Club de Alpinistas,» quien bondadosamente nos las facilitó.

PÁGINA DE ALBUM.

En la primavera vi una mariposa saliendo de su crisálida como del estuche de un abanico.

Primero aturdida, como deslumbrada por la luz solar, se arrastró torpemente por el suelo, estirando sus alas gomosas, aglutinadas, pegadas al cuerpo como un vestido de seda estrujado; pero el sol bien pronto le secó las alas, y como una flecha desapareció en la mañana cálida.

Después de su partida, el interior de la crisálida conservó por mucho tiempo sus colores: bandas de púrpura, estrías de azul y puntos de oro.

Pensando en esta crisálida y en las hermo-



En la cima.

sas huellas que había dejado ese espléndido peregrino del cielo, me acordé de los corazones por donde el amor ha pasado.

José E. Compiani.

Buenos Aires.

En amor se perdonan las ofensas recibidas, pero un doloroso recuerdo no se borra jamás del corazón.

***

En el amor valen más las pruebas que los juramentos: las primeras son la seguridad, y los segundos la duda.

***

El amor es sordo á los consejos y ciego al precipicio, porque no reconoce ante el mundo otra ley que la libertad, ni más dominio que la locura.



De regreso á Amecameca.



Aspecto de Tehuantepec después de la lluvia de cenizas.

La lluvia de Cenizas.

Completamos nuestra información relativa á la lluvia de cenizas observada el mes pasado en una extensa zona de la República, con las fotografías de Tehuantepec y Tuxtla Gutiérrez, que aparecen en estas páginas y consideramos de importancia.

La vista general de Tehuantepec, tomada por el señor F. Rabiella, muestra el aspecto que después de la lluvia presentaba la ciudad. Los tejados y los árboles se ven materialmente cubiertos de cenizas. Fuera del pánico que, como era natural, produjo el fenómeno entre los vecinos de aquella comarca, el espectáculo debió de ser grandioso.

En cuanto á Tuxtla Gutiérrez, una de las poblaciones de Chiapas donde los movimientos seísmicos y la lluvia fueron más notables, pueden verse en nuestros grabados un grupo de casas entre las cuales se cuenta la del Sr. Gobernador del Estado y la que ocupa la Escuela Normal de Profesoras; otro en el que están comprendidos el Palacio Municipal, que destruyó el templor de Septiembre, y uno de los principales establecimientos mercantiles. Los edificios ofrecían un aspecto bellísimo, á los rayos del sol.



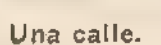
Un grupo de casas de Tuxtla Gutiérrez.

***

Publicamos también otra fotografía en que se ven: el portal derrumbado en parte por el último temblor, en la Plaza Principal de Tuxtla, la Parroquia y la Alameda. Una de las torres del templo se mandó derribar, en vista de que por las grandes averías que sufrió, era una amenaza para los transeuntes.

Las fotografías de Tuxtla nos fueron bondadosamente remitidas por el señor José F. Camacho, aficionado á cuya galantería las debemos.





Una calle.



El portal destruído por los temblores.

Nuevas estatuas en la Reforma.

HOY serán descubiertas en el Paseo de la Reforma las estatuas de los Generales D. Juan José de la Garza y D. Pedro José Méndez, fundidas por cuenta del gobierno de Tamaulipas.

Los importantísimos servicios prestados por estos Generales á la causa nacional en las épocas aciagas de nuestras luchas por las instituciones democráticas, y por el afianzamiento definitivo de la segunda Independencia, justifican, sin duda, el honor dispensado á la memoria de los dos ilustres liberales. Méndez comenzó su carrera militar á las órdenes del general de la Garza, y obtuvo siempre sus ascensos como recompensa á su brillante conducta militar y á su extremado valor. A los veintinueve años de edad, poco después de recibir su despacho de General, murió combatiendo contra los franceses.

En cuanto al General de la Garza, es una de las figuras más grandes en la historia de Tamaulipas. Fué un soldado valiente y un patriota que puso al servicio de la Nación todas sus energías cuando el país necesitaba, para salvarse, el esfuerzo y el sacrificio de los buenos mexicanos.

Estatua del General Méndez.



Estatua del General de la Garza.

El valor en el sexo bello está sostenido por la dignidad: así, pues, la joven coqueta, la esposa ligera, la viuda verde y pretenciosa, no pueden poseerlo; pero la mujer cristiana, suave y fuerte á la vez, como la de la Escritura, puede dar ejemplo de valor al más esforzado guerrero.

—Las ideas tienen tres grandes órganos para hacer su aparición en el mundo: la prensa, la cátedra y la tribuna.



La Alameda y la Parroquia en Tuxtla Gutiérrez.

En unos Juegos Florales.

¡Oh reina!, ante tu solio me postro reverente,
pues tú eres la belleza, la gracia y el amor;
Apolo te designa lugar tan eminente,
las musas amontonan coronas en tu frente
y en medio de su triunfo te aclama un trovador.

Mujer mil veces reina, mujer cien veces diosa
y siempre para el hombre su claro luminar,
de ti surgió la madre, de ti nació la esposa
y de un trozo de mármol de tu cantera hermosa
la Virgen sacrosanta que hoy brilla en el altar.

Tú animas y diriges el brazo del guerrero
que en la hórrida batalla termina por vencer,
tú guías al marino que va sin derrotero,
tú alientas al artista que asombra al mundo entero
y todo lo que es grande proviene de tu ser.

Permite que un saludo te envíe mi garganta,
ya ronca en el sonido, ya flaca en la expresión,
y sufre, reina mía, la voz del que te canta;
su espíritu á tu impulso del polvo se levanta
y en Lázaro se trueca su pobre corazón.

Los dos representamos, por modo diferente,
el alma en esta fiesta de «Patria, Amor y Fe»:
yo evoco lo pasado, tú encarnas lo presente;
yo me hundo en el Ocaso, tú luces en Oriente;
tú empiezas la jornada...... ¡yo presto acabaré!

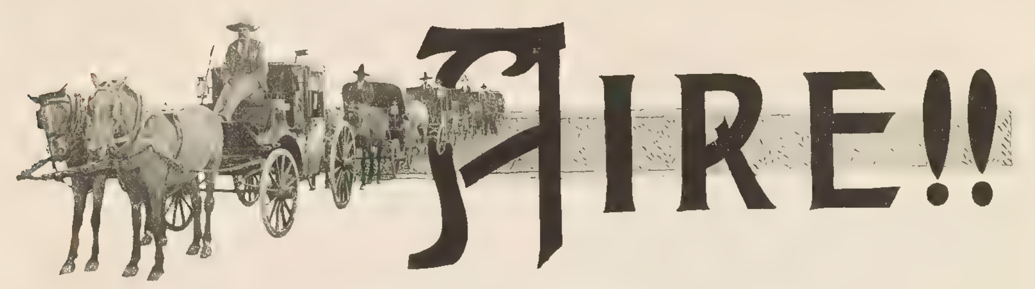
Yo soy la lira rota y tú la poesía;
yo brújula de acero y tú la piedra imán;
idólatra ferviente, te sigo noche y día;
te di mi sentimiento, te di mi fantasía,
mis últimas endechas también por ti serán.

Permite, pues, ¡oh reina!, que traiga á la memoria
estudiantiles tiempos que alegran mi vejez,
permita el auditorio que cuente aquí la historia
de cómo un Don Quijote salió en busca de gloria
y hoy vuelve á Zaragoza más loco cada vez.

Marcos Zapata.



Una tehuana en traje de baile. (Fot. Babiella).



¡AIRE!!



ERAMOS cuatro dentro la caja de un viejo simón que nos molía los huesos so pretexto de conducirnos, ya en las últimas horas de la noche, á la población en que habitábamos, no muy distante de la Capital.

Habíamos entretenido el tiempo en diversiones propias de individuos como nosotros, jóvenes y dispuestos á aprovechar debidamente los mejores instantes de la vida, y regresábamos al hogar cuando la última peseta había huído de nuestros bolsillos, y la idea de una marcha pie á tierra por la amplia calzada hacía vacilar nuestro ánimo.

Afortunadamente, René, uno de los cuatro, era un muchacho previsor, capaz de morigerarse si era necesario, y á su precaución debíamos el no tener que cambiar el buen rato precedente por la fastidiosa hora de caminata, sin más espectáculo que las estrellas suspendidas en el obscuro azul del cielo.

Sumidos los cuatro, como cuatro uvas de un racimo, dentro el estrecho simón, envueltos en la atmósfera cargada de humo del cigarro de Julián [quien así procuraba vengarse de nosotros por no haber aceptado su idea de bebernos también el último peso conservado por René], acompañados por el chirrido molesto del alquilón, que amenazaba desarmarse por momentos, apoyábamos las cabezas en los rincones, adoptando la mejor postura para dejar transcurrir el tiempo, y con muy pocos deseos de entablar conversación.

El vehículo avanzaba lentamente, arrastrado con dificultad por una pareja de rocines agonizantes. La impaciencia de Julián, que era un charlador nervioso y divertido y á quien el movimiento del simón impedía dormitar siquiera, manifestóse á poco en palabras.

***

—Casi siempre que me aventuro en una de estas «góndolas» amenazadas de naufragio, recuerdo una historia triste que me impresionó vivamente.

Voy á referirla, ya que el insoportable rodar de esta carreta alarga nuestro camino, y así, la relación del suceso entretendrá al insomne como yo y servirá de arrullo al soñoliento.

—Conformes—respondió Ernesto;—á condición de que suprimas el humo de tu chimenea, que es lo único que nos impide conciliar por completo el sueño.

—Es uno de esos casos—añadió Julián apagando el cigarro—que acontecen en cualquier nivel social, pero de los que nadie se cuida cuando los personajes sólo visten el chaquetón ó la humilde blusa del jornalero.......

Nació el muchacho en el fondo de una obscura covacha, en un barrio de la Capital. La madre «molía» y el padre era remendón, ambos poco apegados al trabajo, mas en cambio, fieles devotos de todos los vicios.

Cuando el niño vino al mundo, la comadrona dijo á los padres: «Se me figura que el niño ha de vivir pocos años, si es que vive»; pero á pesar de este augurio fatal y á pesar también del medio en que había nacido, el muchacho triunfó de la muerte, no sin llevar en el cuerpo la marca indeleble del vicio de que era producto. Nacido prematuramente, viciada su sangre desde antes que abriera los ojos á la luz, desarrollóse de manera lenta y trabajosa, contribuyendo á esta dificultad la miserable existencia al lado de los padres: de la madre, que miraba como verdadero estorbo al pequeño, sucio y defectuoso, que se aferraba ávidamente á sus senos, siempre hambriento; del padre, que adivinaba en aquella nueva boca la obligación de consagrar al trabajo mayor tiempo.

Desde la edad de ocho meses, el pequeño conocía la vecindad del uno al otro extremo. En tanto que la madre cuidaba el «comal» ó se



refrescaba en «El Cantón de los Amigos», el vástago arrastraba sus rodillas desnudas sobre las baldosas del patio, almacenaba en su estómago todos los desechos con que tropezaba en sus correrías, alternaba con los canes del vecindario y conocía los efectos del aguardiente y la bebida nacional, que los padres hacíanle gustar «pa que se juera enseñando á hombre.»

Creció de la misma manera, probando la bebida y los golpes, estos últimos en mayor cantidad que aquélla. Como era de repulsivo semblante, las caricias habían sido un manjar ignorado para él; el hijo de la «Cucha», como llamaban á la madre, á causa de la profunda cicatriz que dividía en dos su labio superior, no conocía más afecto que el del «Selín», un perro lanudo, sucio como él, con quien compartía sus horas de sol, y los insectos que amadrigaban en sus andrajos.

A los siete años tuvo una amiga: una pequeñuela algo mayor que él, de grandes ojos negros, de pelo ensortijado y grata voz de chicuela cariñosa. Fué la única que, á diferencia de los otros muchachos, no tuvo para él el reproche de la deformidad.

Pero esta amistad fué de una fugaz duración. Peregrinos de todas las vecindades, arrojados los padres continuamente por los caseros, el muchacho vióse privado de aquel afecto, que había sido en su miserable existencia como una flor abierta entre el ramaje de un árbol agostado.

Moribunda la madre en el hospital, y preso el padre por lo de siempre: á consecuencia de una riña de taberna, el muchacho, casi un hombre ya, encontró destino de caballerango en una «pensión» en donde aseaba los carruajes, «ayateaba» á los caballos, tendía pasturas, barría los pesebres y descansaba por la noche en un tapanco, encima de las caballerizas, arrullado por el rumor de los caballos que masticaban el grano.

Fué, por fin, cochero; le habilitó de tal el patrón, un día en que «el propietario» tuvo que ir á rendir ciertas cuentas ante la justicia, y «El Espanto,» como le habían apodado sus compañeros, trocó el ayate por las riendas y fuése al «sitio» á esperar la «carga,» á dormitar sobre el pescante, calcinada la espalda por los rayos del sol, echado el sombrero á la cara y las riendas entre las rodillas, ó á recorrer las calles á diestra y siniestra, azorando, al grito de «Aire!,» á las bestias flacas y soñolientas que tiraban del vehículo.

Desalentado y solo, llevando á cuestas su fealdad, cual un madero de ignominia, sentíase proscripto de la fortuna, de la amistad sincera, del amor que todo lo ilumina y embellece, y experimentaba furiosos arranques de cólera y de despecho, que desahogaba al grito de «¡Aire!, descargando en los lomos de las acémilas los latigazos que silbaban dolorosamente.

Y por no contemplar tan á menudo la belleza inalcanzable, la vida de los demás, tan diferente de la suya; por no mostrar á la luz del sol su semblante defectuoso, «El Espanto» prefería sacar uno «de velada» y pasar la existencia lejos del bullicio del día, aun cuando para ello tuviese que tiritar bajo el rigor del invierno, que entorpecía sus miembros, ó soportar la llovizna tenaz que le azotaba el rostro y le calaba las ropas.

Una noche en que la tristeza del tiempo corría parejas con la de su espíritu, vagaba al azar por las calles solitarias, al paso lento de los jamelgos, aguardando una «carga» que parecía no llegar nunca. Los espectáculos habían terminado ya, y tan sólo una que otra taberna anunciaba la vida nocturna de la capital; por las puertas escapaban al exterior los rumores del placer, las palmadas, las risas de las noctívagas, las declamaciones de los bebedores excitados; afuera, una llovizna tenaz y molesta hacía reverberar el asfalto, penetraba hasta la piel del cochero, y resbalaba sobre los rocines, que inclinaban mustios la cabeza.

De un restaurante surgió un hombre cubierto con un sobretodo, levantado el cuello hasta las orejas, y llamó al cochero. Apareció en seguida una mujer, oculto á medias el rostro por un abrigo de estambres y un paraguas abierto, y ambos penetraron apresuradamente en el simón, después de haber pronunciado el individuo del sobretodo el nombre de una calle.

El vehículo se puso en marcha. Al llegar á una esquina, un policía detuvo al cochero, para ordenarle que encendiese uno de los faroles, y «El Espanto» descendió de su asiento. A la luz del cerillo miró el semblante de la mujer, y experimentó una conmoción extraña; en seguida, un recuerdo lejano, pero imborrable, llamó á su memoria.

Trepó al pescante y los caballos reanudaron la marcha. Mas «El Espanto» había olvidado ya hacia dónde debía dirigirse. En su memoria se irguió rápidamente su pasado; volvió á mirarse niño, aherrojado á la voluntad paterna, soportando las blasfemias y rehuyendo los golpes que á diario caían sobre él. Y después, la dulce amistad, tan dulce como efímera, que le había ligado con aquella chiquilla, compadecida acaso de su fealdad y de su abandono; única vislumbre de felicidad cuyo recuerdo había aparecido mil veces an-

te él, y que ahora surgía más conmovedor que nunca, más grato, más inalcanzable.

Por qué cruzó en aquel entonces ante su camino? Sin conocerla, acaso él, más tarde, no habría sospechado la existencia de una dicha fugitiva, apenas contemplada á distancia; mas el recuerdo llamaba á su puerta como el pregonero de goces infinitamente dulces y tan dulces como imposibles, y pensaba que, si el Destino hubiese sido siquiera misericordioso para con él, no habría permitido que se desvaneciera en el obscuro horizonte aquella ave mensajera tal vez de un bienestar futuro.



Y aquel semblante de mujer era la evolución del de la rapaza de otro tiempo; era ella, sin duda, embellecida por la felicidad, iluminada por el amor, vivificada por las caricias del ser amado. También ella amaba, también ella había logrado tocar ese cielo menos mentiroso que el de todas las religiones y cuyo dios habla á los hombres con la divina voz del beso.........

Una de las acémilas tropezó en el pavimento, «El Espanto» sintióse arrebatado por la expresión de un furor indomable, y al grito de «¡Aire!,» el látigo silbó sobre el lomo de las bestias, que aceleraron el paso al instante. Los latigazos se redoblaron, crujió el simón cual si protestara contra una velocidad jamás conocida hasta entonces, y el látigo seguía cayendo sin descanso, rabioso, terrible, sobre los azorados rocines, que emprendieron vertiginoso escape á lo largo de las calles solitarias.

Cuando el carruaje fué detenido, el cochero había desaparecido de su asiento; pero más tarde, al despuntar el alba, un gendarme que volvía del relevo, presentó en la Inspección el cadáver de un hombre, cochero á juzgar por la fusta que aún conservaba en la diestra. El practicante de guardia, soñoliento y mal humorado, diagnosticó atribuyendo la muerte á una congestión alcohólica; pero después, ya en el Hospital, los facultativos aseguraron que el individuo había fallecido víctima de la ruptura de un aneurisma.

Unica vez en que la opinión le fué favorable.

Aurelio González Carrasco.

Tacubaya.

Á MI MADRE,

la Sra. Doña María del Pilar Contreras de Peón.

De niño, al asomar en el Oriente
El sol esplendoroso de este día,
Me acercaba á tu lecho, madre mía,
Para posar mis labios en tu frente.
Después, con mis hermanos juntamente,
Qué risas, qué placer, qué algarabía......
¡Y de todo me acuerdo todavía,
Como si fuera entonces el presente!
Hoy, cuán distinto todo y qué cambiado:
Dispersos en las tumbas los despojos;
De otro dueño el hogar idolatrado;
A trueque de las flores, los abrojos......
¡Y ese sol, que es el mismo del pasado,
Alumbrando una lágrima en mis ojos!

Jose Peón y Contreras

12 de Octubre.

Poemas de Color.

CANCION DE LAS NUBES.

Larvas de un hondo semillar qne encierra
la terrestre salud germinadora,
flameamos en las pampas de la Aurora
como el blasón de una fecunda guerra.

Nacidas en el llano ó en la sierra,
es nuestra vida siempre bienhechora;
puesto que á una misión encantadora
nos lanzan las matrices de la tierra.

Hadas vestidas con flotantes tules,
del vacío en las páginas azules
trazamos luminosos pensamientos;

y al morir, en diamantes tembladores,
formamos la corona de las flores
y el vigor de los frutos opulentos!

CANCION DE LOS PAJAROS

La caprichosa randa del plumaje
nos sirve de fantástico vestido,
colgamos en los árboles el nido
y somos los bohemios del ramaje.

La virgen selva de opulento encaje,
donde trabaja el leñador curtido,
de nuestras rimas al triunfal sonido
se alza con menos expresión salvaje.

Vivimos para amar. Nuestros amores
dan envidia á las auras y á las flores,
dan entusiasmo á la Creación entera.

Somos del mundo la preciosa gala,
de los colores la luciente escala
y el canto de la rubia Primavera.

López de Maturana.



UNA OBRA DE ARTE

El Dr. José Peón Contreras, uno de los más ilustres literatos yucatecos, ha conseguido en vida, como una elocuente manifestación de cariño de sus compatriotas, lo que pocos consiguen ya muertos: que el mejor teatro de Mérida lleve su nombre, y que en él se cultive el arte sano, el arte bueno, al que Peón Contreras ha dedicado todas sus devociones de poeta.

Coronará el frontispicio del teatro «Peón Contreras» el busto del Maestro, busto del que presentamos hoy á nuestros lectores una magnífica fotografía.

El escultor Sr. Alciatti, profesor de la Academia de Bellas Artes, firma esta obra, hecha con verdadero amor de artista, y que con la vida del mármol perpetuará el nombre de José Peón Contreras.



DOS RICOS

Cuando ante mí se celebra al millonario Rothschild, quien con sus inmensas riquezas, consagra sumas cuantiosas á educar niños, curar enfermos y fundar asilos para los ancianos, también yo le elogio y le admiro.

Pero, al alabarle y admirarle por eso, no puedo dejar de acordarme de una pobre familia de labriegos que había recogido á una huérfana en su miserable choza.

—Si nos hacemos cargo de Katia—decía la campesina,—nos dejará sin nuestros últimos céntimos, y ni siquiera tendremos para comprar sal con que sazonar la sopa.

—Pues bien, la comeremos sin sal—contestó el marido.

Cuán lejos está todavía Rothschild de ese labriego!

Ivan Turguenef.

La caridad es un deber para todos; pero este deber se convierte en una satisfacción muy dulce para la mujer, porque es innegable que la mujer ha nacido con un caudal más rico de sentimiento que el que ha sido otorgado al hombre.



EL DR. PEON CONTRERAS.—Busto en mármol.

Los dos Labrax.



CREO que faltaría una medalla, y no la menos rara y la menos bella, á mi collar de recuerdos gladiatorios, si no contase aquí cómo murieron los dos Lábrax, ambos ilustres en los fastos del anfiteatro; el hijo por haber sido el fundador de la escuela llamada «La Fulgurante,» y el padre por haber sido el último y el más admirable representante de la antigua, llamada «La Tourbillonnante.»

Como los libros, los juegos tienen sus destinos, y la nueva escuela prevaleció definitivamente, puesto que es la que está en uso ahora; mas sin duda me será permitido afirmar—á mí que soy partidario de la antigua que los destinos no han sido justos condenando al olvido una escuela cuyo último representante murió al fin invencible y en el triunfo y la apoteosis de su arte.

Para ser imparcial, como conviene en tan graves materias, debo confesar que el método de Lábrax hijo se adapta mejor á los gustos de la época presente, inclinados hacia lo simple y lo lógico, y no pondré más embages para reconocer que con ella se «fabrica» más de prisa y fácilmente gladiadores correctos; mas espero que en recompensa se me conceda este voto irrefutable: que no ha producido todavía un gladiador comparable en belleza á Lábrax padre.

Todo lo que podría objetárseme es que Lábrax padre debió menos á su escuela que á



la naturaleza. A lo cual responderé triunfalmente que entonces los dioses mismos parecen preferir la segunda escuela, puesto que favorecen los parangones de una manera tan manifiesta, y con esto tendré más autoridad para defender una escuela, dando por garantes á los inmortales, y en particular á Marte y á Venus. Pero son ya muchas disertaciones, y éstas, sin duda, no serán gratas sino á aquellas personas que lleven su pasión por el arte gladiatorio, como yo, hasta la filosofía. Volvamos á la narración prometida y no nos expongamos por más tiempo al reproche que se pudiera hacer de preferir en literatura, lo mismo que en esgrima, el método «tourbillonnante» al «fulgurante.»

***

Desde que Lábrax padre se hubo retirado, después de quince años de victorias no interrumpidas, con el pecho cargado de medallas y el puño ornado con el pequeño cetro blanco que lo designaba como gladiador emérito; desde el día memorable en que había sido proclamado emperador de la gladiatura, su hijo lo había sucedido en la admiración de todos, y debo confesar que con justicia. Gracias á las lecciones de su padre—esto no me lo negarán, —gracias también—lo declaro muy alto—á sus famosos golpes derechos, rápidos como el relámpago, y gracias además—convenid en ello—á la debilidad de los representantes sobrevivientes de la antigua escuela, Lábrax hijo triunfaba. Y con él, esto se comprende, triunfaba su método, adoptado hasta por sus hermanos, que llegaron á ser sus discípulos é imitadores. Tanto y tan bien, que el hijo llegó á olvidar las lecciones del padre y toda la veneración que le debía; á tal extremo llegó la fatuidad de sí mismo, que un día se atrevió á decir:

«Es de sentir que el primer Lábrax esté próximo á cumplir los cincuenta; porque si esto no fuera, el segundo Lábrax combatiría con él para probar que no hay más que un solo Lábrax.»

Refirieron la bravata al padre. Este sonrió, y se limitó á responder que, durante quince años, había servido á Marte y á Venus juntamente, y que entretanto, le bastaba servir á Venus, cosa que el segundo Lábrax no podría hacer jamás.

Fuerza es saber, para comprender esta chuscada, que Lábrax padre, como todos los gladiadores de la antigua escuela, se había dado la gloria de llevar de frente las luchas de la arena y las del amor, en tanto que Lábrax hijo, entre sus reformas había introducido la de las costumbres gladiatorias, pretendiendo que el gladiador debe permanecer casto.

Irritado por la burla sobre su castidad, Lábrax hijo se deshizo en injurias contra su padre, hasta osar decir que el emperador de la gladiatura había sido siempre el favorito del azar, y que él, Lábrax hijo, sentía vergüenza de tener por padre «probable» (tuvo la audacia de este sacrilegio) á un gladiador tan mediocre.

Lábrax padre recibió la injuria y dijo:

«Doy mi cetro de emérito y estoy pronto á ir al anfiteatro para darle la última lección.»

***

Piénsese cuál sería la afluencia de gente que llevó el cartel pintado con bermellón, sobre el cual se anunciaba el asalto entre los dos Lábrax. El anfiteatro presentaba un lleno á reventar. César en persona llegó con un cuarto de hora de anticipación, cosa desconocida en los anales de los juegos. Ningún otro combate sirvió de preludio al combate único y supremo que bastaba para tener impacientes á más de cien mil espectadores. Lábrax hijo fué el que primero entró en la arena. Estaba armado de hoplómaco. Embrazaba adarga, y su cuerpo estaba tan cubierto de hierro como lo permitían las leyes de la gladiatura. Se le aplaudió por la elegancia de su porte, por la rectitud estricta de sus movimientos, de los



cuales ni uno solo era inútil; por su actitud fría, fiera y amenazante. Pero sus partidarios mismos hubieron de reconocer que tenía más bien el aspecto de una máquina de guerra que de estatua en marcha; y nadie entre los espectadores pudo sentirse encantado con la belleza de su rostro, que ocultaba la careta de su casco.

Muy distinta fué la impresión producida á la entrada de Lábrax padre.

Armado como un samnita, con sola una pierna protegida con la placa de bronce y los flancos con un simple cinturón de cuero blanco con escamas de plata, desnudo el dorso, llevando por única coraza sus medallas, el rostro descubierto bajo un ligero casco, en el que montaba un hermoso penacho rojo, se parecía á Marte, pero Marte saliendo del lecho de Venus. Porque su cuerpo esbelto y gracioso, que el tiempo no había deformado, estaba lo mismo hecho para el amor que para la guerra; bajo sus mejillas, semejantes á un mármol dorado por el sol, se hubiese dicho que las huellas de los yugulares se habían borrado y pulido con las caricias; y su boca con dientes de lobo, era una flor escarlata que llamaba á los besos; y sus ojos claros y luminosos, color de mar primaveral, evocaban la imagen de las olas voluptuosas, de donde había salido ya Anadiomene.

Y bien pronto todas las mujeres, aun las Vestales, levantaron el pulgar al aire, para pedir que el combate no se efectuara. A lo cual respondió con un gesto de gratitud y de amor, significando que tomaba los pulgares al aire, no como piedad hacia él, sino como un emblema de su virilidad siempre joven. Se le comprendió, se le aclamó con entusiasmo y él, sonriendo, se puso en guardia.

Desde el primer paso todo el mundo sintió que Lábrax hijo estaba perdido. Ciertamente, sus golpes rectos, su rapidez certera, la na-

turalidad de sus ataques y de sus arrestos, eran dignos de elogio. Pero qué decir del juego de Lábrax el grande, con sus vueltas de danza, con sus saltos de felino, que arreglaba según la euritmia? Jamás estuvo más admirable. Se sobrepasaba. Aquellos que no han asistido nunca á este espectáculo, no sabrán jamás cuánta superioridad tiene la «tourbillonnante» sobre la «fulgurante.»

Repentinamente, con un flamígero golpe de revés, Lábrax hijo fué herido á despecho de la coraza y desarmado.

Todos los pulgares se volvieron hacia la arena. Era su condena á muerte.

—Levántate, gritó Lábrax padre. Yo no mataré á mi hijo.

—Es porque tú eres mal gladiador, respondió el vencido.

—Di lo contrario, exclamó el padre.

—Digo, replicó el hijo, que eres un mal gladiador.

Sin embargo, la multitud aullaba pidiendo la muerte del vencido, y á César mismo se le veía gesticular furiosamente en su asiento. Se adivinaba entre el tumulto, por la mueca de su boca, que gritaba con la multitud:

«¡Hiere! ..... ¡¡Hiere!!»

Y Lábrax hijo, de rodillas, con su casco deshecho, presentando la garganta, no cesaba de repetir:

—Si no me hieres, eres un mal gladiador.

—Soy el emperador de la gladiatura, dijo Lábrax el grande, con un sollozo que levantó todas sus medallas sobre su pecho.



Y blandiendo su espada y después dirigiendo la punta hacia su hijo, la hundió de un golpe hasta el puño en la garganta del vencido, gritando con una voz estentórea:

«¡Por la gladiatura!»

Después de lo cual, sacándola del cuerpo y apoyando el puño contra la arena, se arrojó sobre la punta, gritando con voz más fuerte:

«¡Por los manes de mi hijo!»

Así murió Lábrax padre, matador de su hijo y matador de sí mismo, habiendo sido y querido ser, no solamente un perfecto gladiador, sino también un hombre, y en esto superior á aquellos que no pueden ser más que lo uno ó lo otro.

JEAN RICHEPIN.

LA IGLESIA DE SHIPKA.

El año de 1877, durante la guerra ruso-turca, en el paso de Shipka, los rusos efectuaron una defensa heroica contra las fuerzas turcas que iban al mando de Suleiman-Pashá.

Al cumplirse el aniversario vigésimo quinto de esta acción, el gobierno de Bulgaria, en cuyo territorio queda ahora el paso de Shipka, determinó construir en el sitio una iglesia, del rito oriental ortodoxo, cuya dedicación se verificó precisamente en la fecha de este aniversario.

Invitados los miembros de la familia imperial de Rusia para que asistieran á la ceremonia de la inauguración, concurrieron, en el nombre y con la representación oficial del Czar, el gran duque Nicolás y los miembros de su estado mayor.

El príncipe Fernando de Bulgaria se encontraba presente con toda su corte en la ceremonia, que consistió, fuera de los cánticos de rigor, en una procesion que recorrió bajo palio los sitios más importantes y de mayor interés en el campo de batalla.

***

La importancia de este hecho se calculará por el rumor que corre de haberse firmado con este motivo una alianza entre Bulgaria y Rusia, en contra del imperio del Sultán.

—El amor siempre se inclina á perdonar las traiciones del dueño amado, á menos que se le relegue al olvido.

—Los enamorados á veces se fingen engañados para gustar de los encantos, que hasta en sus mentiras tiene el amor.

—Siendo el amor el más seductor de los sentimientos, es incomprensible que de él nazcan horribles fenómenos por su hechura y modo de ser.



EN SU ELOGIO

Tienes el nombre ilustre de las emperatrices,
Y tus hombros, en donde resplandecen las gemas,
Y tu frente, que pueblan remembranzas felices,
Añoran los suntuosos mantos y las diademas.

El oriente impecable de tu mórbido cuello
Opaca los albores de la perla exquisita
Sepultada en los hondos mares, y tu cabello
Es tan dorado porque te llamas Margarita.

A tu paso relucen y coruscan las sedas,
Y al trote cadencioso de tus raudos corceles,
En tu muelle carruaje vas por las alamedas
Con tus ojos dormidos cautivando donceles.

En tu mano hay destellos de blancuras liliales,
París te dió la clave de su excelsa elegancia,
Y adornarán tu mano con sortijas nupciales
O Príncipes de Gales ó Delfines de Francia.

En los bailes te sigue respetuoso cortejo,
En la calle te asedian amorosas miradas,
Y como en la tranquila claridad de tu espejo
Ríen en mi memoria tus líneas adoradas.

Yo alabo tu hermosura, princesa Margarita,
Yo persigo la huella de tu sandalia breve,
Y pensando en tu nombre, blasono mi levita
Con una estrella de oro de fulgores de nieve.

EFRÉN REBOLLEDO.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 21. MÉXICO, NOVIEMBRE 23 DE 1902.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem Idem. en la capital, ,, 1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



SAN LUCAS ESCRIBE SU EVANGELIO.

CUADRO DE GONZALO ARGÜELLES.---PRIMER PREMIO EN EL CONCURSO DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES.

La mala índole de la lengua inglesa.

Las lenguas, como las personas, tienen su índole y de ella nos hablan á cada paso y á ella se refieren sin cesar gramáticos y retóricos en sus disquisiciones.

Admitido que las lenguas tienen índole, huelga probar que ésta ha de ser buena ó mala, y huelga aún más demostrar que no hay peor índole que la de la lengua inglesa. La vieja más gruñona, el coronel más atrabiliario, el solterón más misántropo son miel, dulzura, expansión, accesibilidad, en comparación de esa sucesión de graznidos y de esa mezcolanza de signos disparatados que constituyen el habla y la escritura inglesas.

A las pruebas me remito: Es sabido que no hay reglas de pronunciación inglesa. Escrita una palabra, no hay manera racional de presumir cómo ha de leerse, cómo ha de sonar. Y la razón es obvia: cada vocal puede sonar como todas las vocales y aun como muchas consonantes, y éstas, á su vez, suenan las unas como las otras indiferentemente. La «a,» que entre paréntesis se llama «ei» ó cosa parecida, tiene personalmente catorce maneras diferentes, abiertas, cerradas, entrecerradas y «á piedra y lodo,» de sonar. Un inglés ilustrado y, de más á más, amigo mío, me confesaba ingenuamente y con cierto rubor, que de esos catorce sonidos posibles, su oído no lograba discernir más de diez ni su boca imitar más de siete, y ya me parecen muchos. Si á esto se agrega que la ya citada «a» puede sonar como «e,» como «i,» como «o» y como «u» y tomar tantos matices como cada una de estas últimas, matices tan numerosos y variados como los de la misma «a» más aún si cabe, se comprenderán sin esfuerzo las dulzuras y las facilidades de la lectura, pronunciación y escritura inglesas. Téngase en cuenta que nada, ni por asomo, en la letra escrita, ni un acento, ni un asterisco, ni un apóstrofo indica cuál es el tono, cuál el sonido que conviene darle en cada caso.

Algunos filántropos, que por tales los reputo, deseosos de facilitar la lectura y la pronunciación, han inquirido con desvelos sin cuento, si acaso sería posible, dentro de ciertas condiciones y mediante las precauciones indispensables, llegar, aun cuando fuera por casualidad, á establecer siquiera algunas, vaya dos, pongamos una regla aproximativa que de lejos y aunque con poca seguridad, pudiera en casos dados guiar al neófito en el laberinto de la pronunciación y de la ortografía. En vano; todos los hilos de Ariadna se han roto, y cuando se ha llegado á algo, el remedio ha resultado peor que la enfermedad. Para figurar los innumerables sonidos de las letras, se ha recurrido á la «j» y á la «g» francesas; á la «sch» y á la «ch» alemanas; á la «v» y á la «w» rusas; á la «z» persa; á la «x» asiria; á la «m» y la «ñ» chinas; á la «R» y á la «t» groenlandesas; se ha recurrido igualmente á las lenguas muertas: á la omega griega, á todo el alfabeto hebreo, á la notación sánscrita, y han quedado aún algunos centenares de sonidos sin representación asignable. La invención del fonógrafo dió grandes esperanzas de poder trasmitir al que aprende y á la posteridad los incontables y musicales zumbidos, chirridos, graznidos, resoplidos, ronquidos de que consta tan armoniosa lengua; pero el fonógrafo es aún muy tosco y muy impreciso, y el ochenta por ciento de lo que recibe se le queda en la bocina.

De manera que en punto á sonidos fundamentales, estamos atenidos al sistema prehistórico de la «viva voz» del maestro, voz viva que, en lo general, parece muerta, tanto así es lúgubre, siniestra, sepulcral é impenetrable.

Otros, no menos filántropos que los anteriores, se han extraviado por distinto camino. Han creído que se podría encontrar algún vago bosquejo de regla ortográfica, buscando el sonido probable ó posible de cada letra, no en ella misma, que era lo que parecía natural, sino en el cortejo de las que le preceden y de las que la siguen. Este ingenioso procedimiento dió muchas esperanzas durante muchos años, y también y en cierto modo tal cual resultado. Se llegó, en efecto, á una que otra regla, tres ó cuatro todo lo más, de este corte sencillo y elegante: «La «a» se pronuncia como la «g» moldo-válaca cuando va seguida de «z» y precedida de «th»; si la «z» va á su vez seguida de una letra labial ó de «r», la «a» sonará como la «e» persa abierta, á menos de que la «th» no esté precedida de diptongo, en cuyo caso la supradicha «a» se pronuncia como «k» lapona.»

El Eureka se imponía; pero pronto se pudo percibir que había que tener en cuenta, no sólo el orden y distribución de las letras en la palabra para pronunciar una de ellas, sino que las letras de las palabras próximas ó remotas ejercían decisiva influencia recíproca y se entremodificaban unas á otras en las formas más pintorescas y variadas. En estas condiciones, para pronunciar el rubro había que leer todo el capítulo, y no se podía articular el principio de una obra sino hasta haber llegado al fin. Por eso tal vez nadie ha leído en inglés ni creo que nadie haya traducido á esa lengua las obras de El Tostado.

Esta mala índole de la lengua inglesa explica ciertos chascarrillos y malas apreciaciones de que ha sido objeto y de que tal vez no es merecedora. Una señora decía: «¡Estos ingleses!....... Escriben «bread» y pronuncian «bred»; ¿no sería más sencillo decir «pan»? Víctor Hugo daba este sano consejo: para bien pronunciar una palabra inglesa, lo mejor es abstenerse de pronunciarla; y mi maestro de inglés me decía hace años: «En inglés, amiguito, cuando vea usted escrito «Salomón», lea «Nabucodonosor», y estamos al otro lado.» Y es probado.

Próximamente insistiremos sobre las dificultades ideológicas que ofrece al neófito la lengua de Shakespeare y que no son menores que las de orden fonológico y ortográfico.

Dr. M. Flores.

Sopas de Ajo.

DEBE hacer veinticinco ó treinta años que asistí á una montería en el término de Hornachuelos, provincia de Córdoba.

Parábamos en la hermosa finca «La Mezquitilla,» perteneciente hoy al excelente amigo Sebastián Rejano.

Era el anfitrión D. Cristóbal de Pina, hombre anciano, rico, alegre, gran cazador y muy relacionado con magnates y hombres políticos de la corte. De los ocho convidados, cuatro pertenecían á los que dejan su nombre en la historia, y los restantes, entre los cuales me cuento, no pasábamos de granujas ó soldados rasos.

La comida era siempre abundante y sabrosa, pero sin refinamientos gastronómicos. Huevos fritos, migas y chocolate para almorzar; sopa, buena olla y dos principios para comer; vinos de Jerez y de Montilla, coñac, café, cigarros habanos en abundancia, camas limpísimas y criados diligentes, completaban el alojamiento de D. Cristóbal.

Como la categoría de los cazadores no se mide por sus títulos y honores mundanos, sino por su pericia, nadie le disputaba la cabecera á Curro «Perdigones;» seguíale un General, Grande de España; luego otro señor de color bilioso, y bajo de cuerpo, á quien el anfitrión llamaba Juanito; después yo, y luego los cuatro compañeros restantes.

En el primer ojeo, la misma tarde de la llegada á la finca, se cobraron seis piezas mayores. Al regresar á la casa traíamos barruntos de hambre, y se nos alegró el paladar con el rico olor y vaho de una hermosa sartén de «sopas de ajo.» Estaban riquísimas. Todos repetimos y las celebramos, menos Juanito, que no permitió ni aun probarlas, por más elogios que del plato se le hicieron y por más instancias con que lo afligió el bueno de D. Cristóbal.

—¡Vaya por Dios!......—exclamaba éste con verdadera pena.—Si hubiera sabido que no te gustaban, no se hubiesen puesto. ¡Quién diría que un mozo de tu temple no come «sopas de ajo!» ¡En fin, vivir para ver!

—No se apure Vm., D. Cristóbal: tomaré de otra cosa; no me moriré de hambre. Ya contaré el justificado motivo de mi aborrecimiento á las sopas.

Se comió, se charló y se comentaron, con la minuciosidad propia de cazadores, los lances de aquella tarde. Cuando tomábamos el café, curioso yo del asunto de las sopas, del que quizá nadie se acordaba, me atreví á decir:

—Si no es tema reservado, ¿querrá contarnos Juanito la causa de su aversión al primer plato de nuestra comida?

Mi vecino de mesa me dió un rodillazo de los que anuncian que se ha cometido alguna inoportunidad. No pude comprender cuál fuese; y al mismo tiempo que me tranquilizaba con sus ojos, Juanito, en medio del mayor silencio, y haciéndome un saludo ó signo afirmativo con la cabeza, dijo lo que sigue:

—Tendría yo unos dieciocho años cuando salí á cazar en el término de la Musará. Había matado un par de perdices, y me hallaba loco de placer. Fatigado y hambriento, después de cinco horas de ejercicio, divisé una masía y me encaminé á ella para descansar. Cuando llegué, se hallaban apurando la sartén de sopas de ajo un hombre como de cincuenta años, acompañado de su mujer é hijo.

Después de los mutuos saludos, dijo el hombre:

—¿Quiere comer el señorito?

El buen tufo del manjar, que en aquella ocasión me olió á gloria, duplicó mi hambre.

—Sí, señor—respondí;—quiero comer y pagar unas sopas como esas que se hallan ustedes agotando.

—Esto no es posada ni bodegón—contestó el hombre con rusticidad catalana;—aquí comerá, pero sin pagar.

—Muchas gracias—repliqué.

La mujer y el hijo se marcharon á la Musará. El hombre limpió la sartén, arregló el fuego y comenzó á migar pan.

—¿Habrá suficiente?—me preguntó.

—Eche Vm. más.

Siguió mi hombre migando, y dijo:

—¿Bastará ya?

—Ponga Vm. un poco más.

—Pero...... ¿va el señorito á comer tanta sopa?......

—Sí, señor, y doble; Vm. no sabe el hambre que yo traigo.

—Bien, bien; no hablo por miseria, sino para que no sobren y haya que tirarlas.

—Descuide Vm., que no sobrarán.

Mientras se preparaba el banquete, me refirió el tío Jaime algo de su vida y milagros: había andado al contrabando en sus mocedades, y por heridas ó muerte, ó cosa semejante, fué huésped del presidio de Ceuta. En fin, el tal Jaime, según revelaba en su conversación con orgullosa ingenuidad, era una buena prenda.

Cuando vi la mesa con un jarro de vino del Priorato, medio queso y la sartén rebosando de olorosa y humeante sopa, me entregué en ella con el mismo gusto que Sancho Panza en aquel salpicón y aquellas manos de ternera que, si mal no recuerdo, le sirvieron en la ínsula.

Consumida la cuarta parte de la sartén, quedé satisfecho.

—¿Qué es eso—dijo el Tío Jaime,—no le saben bien?......

—Están muy ricas, pero no tengo más gana.

—Pues yo no he migado dos veces pan contra mi voluntad para que las sopas se tiren: el señorito me obligó á migar y yo le obligo á comer.

Y cogiendo mi escopeta, que dejé en la puerta de la masía, me apuntaba á cuatro pasos de distancia.

Seguí comiendo, pero á las pocas cucharadas me fué imposible continuar.

—Tío Jaime, no puedo más.......

—Pues de rodillas, y encomiéndese á Dios si es cristiano...... Pero, en fin—añadió,—voy á tener misericordia...... Dos cucharadas solamente...... y quedamos en paz.



SAN LUCAS ESCRIBE SU EVANGELIO
(Cuadro de Ignacio A. Rosas).

Tragué, sabe Dios cómo, aquellas terribles cucharadas que me indultaban de la muerte, y en seguida el Tío Jaime me advirtió, con toda la dulzura posible en un rústico catalán, lo que sigue:

—Creo que el señorito no olvidará que el pan crece mucho en las sopas; pero el consejo que yo deseo fijar en su memoria, y por cuyo motivo le he amenazado, es el de que nunca abandone la escopeta en las puertas de casas desconocidas. Tome su arma y pregunte en la Musará por el Tío Jaime Montagut. Deseo quedar amigo del señorito, y que sepa por otros que ni soy mal hombre ni he sido presidiario.

Mohino y cariacontecido me despedí del Tío Jaime, del cual supe en la Musará que era hombre bondadoso, excelente é incapaz de matar ni á una paloma. Quiso, y consiguió el muy taimado, que yo lo considerase un perverso para mejor intimidarme con su estupenda broma.

Vean ustedes por qué aborrezco las «sopas de ajo,» por qué sé que el pan empleado en ellas crece mucho, y por qué no abandono las armas cuando me hallo entre gentes desconocidas.

....

Con esto terminó el cuento de Juanito.

Luego se refirieron otros varios de más ó menos subido color, hasta que D. Cristóbal dijo:

—Senores, cada mochuelo á su olivo, que hay que madrugar.

....

Al separarnos de la mesa, mi vecino (el del rodillazo) me dijo que su aviso era por «Juanito;» que el dueño de la casa. D. Cristóbal, no estaba muy en los trotes de la finura; que debió haberme presentado, porque.....

—Pero... .. ¿quién es «Juanito»?

—¡Hombre!...... ¡D. Juan Prim!...... ¡El Conde de Reus!......

Sorprendido yo con semejante revelación, me dirigí á él rogándole que me excusase y perdonase.

—¿Perdón de qué?......—dijo el general.

—Señor Conde, de la familiaridad con que he tratado á Vm.; de llamarle «Juanito» en vez de «Conde» ó «General.»

—Pues perdonado; pero con su penitencia.

—Márquela Vm., señor Conde, y se cumplirá con exactitud militar.

Y echándome su brazo por la cintura y apretando cariñosamente, añadió:

—Pues la penitencia es que siempre me digas «Juanito» y que siempre me hables de tú por tú.

....

Después de aquellos días de caza no se presentó ocasión de seguir cumpliendo el pacto, porque nunca más volví á ver al desventurado y valiente General. Transcurridos muchos años (en el pasado de 1890), estuve otra vez en «La Mezquitilla,» donde el generoso Sebastián Rejano obsequia y agasaja tan espléndidamente á sus amigos, y recordé allí sobre el terreno el origen de mi conocimiento y relaciones con el célebre Marqués de los Castillejos, que fué de la manera y con las circunstancias que acabo de contar.

El doctor Thebussem.

CONCURSO DE PINTURA.

CUADROS PREMIADOS.

Cumpliendo con las disposiciones reglamentarias de la Escuela Nacional de Bellas Artes, se efectuaron hace pocos días los concursos de pintura, en los que sólo tomaron parte los alumnos que han terminado sus estudios artísticos. Tres fueron los concurrentes, de los cuales dos se distinguieron notablemente, habiendo merecido la aprobación de todo el profesorado de la Escuela.

El joven Gonzalo Argüelles fué quien obtuvo el premio, é Ignacio A. Rosas el «accésit.» Los cuadros de los dos artistas aparecen hoy en nuestro semanario, y nuestros lectores podrán formarse exacto juicio acerca del mérito y belleza de las composiciones.

El asunto que se dió á los alumnos para el desarrollo en la tela, fué el siguiente: «San Lucas escribe su evangelio asistido por la virgen María, madre de Jesús, de quien, según la tradición, hizo el retrato.» Como se comprende, el asunto se presta á una buena composición en que puede darse mucha animación y vida á las figuras. Así lo entendieron los jóvenes artistas, quienes, con buena inspiración y gran celo, interpretaron perfectamente el tema á que nos referimos.

Una vez presentadas las obras y conocido el fallo de los sinodales, el Sr. Lic. D. Justo Sierra, Subsecretario de Instrucción Pública, visitó la Escuela de Bellas Artes con el único fin de examinar las obras que se presentaron á este concurso. El Sr. Sierra, después de un atento examen de los cuadros, manifestó su complacencia y felicitó cariñosamente á los autores.

El mismo funcionario indicó la conveniencia que habría en que los alumnos premiados fueran á Europa á continuar y perfeccionar sus estudios artísticos, pues indudablemente que allá, en el Viejo Continente, y al lado de los buenos maestros, se desarrollarán mejor sus facultades.

EL SR. MAGISTRADO DON EDUARDO RUIZ.

Con verdadera pena se recibió en la Capital la noticia del fallecimiento del Sr. Magistrado á la Suprema Corte de Justicia de la Nación, D. Eduardo Ruiz, acaecido en Uruapan hace pocos días.

El Sr. Magistrado Ruiz nació en Uruapan en 1830, y tras una brillante carrera literaria en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, obtuvo el título de abogado en 1862. La efervescencia política en que se agitaba entonces el país, lo empujó á la revolución, y al lado del inolvidable General Riva Palacio, luchó en defensa de la causa nacional.

Fué, más tarde, sucesivamente, Diputado á la Legislatura de Michoacán, al Congreso de la Unión, y Procurador General de la Suprema Corte hasta el año de 1898, en que se reorganizó este Alto Cuerpo, suprimiéndose la Procuraduría para establecer el Ministerio Público Federal. Poco después, el Sr. Ruiz fué electo Magistrado, cargo honrosísimo que desempeñaba últimamente. En la Escuela Nacional de Jurisprudencia servía la clase de Derecho Constitucional, en la que se tiene hasta hoy como texto una obra escrita por él, y muy elogiada.



Sr. Magistrado D. Eduardo Ruiz.

Por lo demás, el Sr. Magistrado Ruiz fué un liberal de convicción y un literato que enriqueció las letras nacionales con leyendas y trabajos históricos muy importantes. Nuestro semanario lo contó siempre entre sus colaboradores más distinguidos.





LA REINA ALEJANDRA DE INGLATERRA

Ultimo retrato.



Los dos Ladrones

La puerta giró lentamente sobre sus goznes.

Por una de las ventanas de la cúpula, que estaba entreabierta, penetraba un rayo de luna y se deslizaba entre las naves iluminando con su pálido reflejo los gruesos pilares, que se perdían en la sombra de las bóvedas; y en el fondo, detrás de las rejas cerradas, un poco elevado, blanquísimo, se veía el altar deslumbrante y tranquilo, con sus dos grandes candelabros de plata.

En la iglesia adormecida, el aire dulce estaba impregnado de un aroma de incienso y de rosas; un infinito silencio vagaba en este divino reposo, y los dos hombres se detuvieron.

En tanto que el más pequeño cerraba la puerta sin ruido, el mayor tomó su fieltro entre los dedos, extendió la mano como para buscar la pila de agua bendita, pero su brazo permaneció inmóvil. Por un instante olvidó que había entrado allí para robar, y el perfume de las cosas santas acababa de despertar en su alma los recuerdos lejanos del tiempo en que, siendo un adolescente, ayudaba en la misa al cura de la aldea, é hincaba la rodilla delante de las imágenes sagradas.

Arriba de su cabeza sonó el martillo de un reloj, dejando caer de lo alto de las bóvedas sus notas graves y como dolientes. En ondas solemnes, flotó el ruido algunos instantes, después se extinguió......... y volvió á reinar el silencio. El ladrón sintió que lo asaltaba una inquietud, un pavor que no tenía razón de ser; dióse á sí mismo un poco de valor, se encasquetó su fieltro y abrió su enorme navaja, esperando.

Pardiez! dijo el otro en tono de mofa, has terminado tu oración?......... Vamos!...... vienes ó no?

Bajo las vitrinas pálidas, el resplandor de la luna hacía chispear el oro de los relieves y de los frisos.

Por fin, el mayor sacudió su estupor, y marcharon los dos entre los oratorios y los púlpitos, deteniéndose algunos segundos detrás de los pilares y los confesionarios, fijos los ojos en el altar, que cintilaba con sus joyas. En sus cabezas criminales, la visión de todas estas riquezas pasaba rápida, alentadora.

Ya cerca de una capilla lateral, el grande se puso á temblar.

—Por dónde comenzamos? dijo el menor... Primero la arquilla; veremos el resto si hay tiempo. Tú está en acecho, mientras que yo tuerzo la cerradura.

Volvieron hacia la izquierda y entraron en la nave de en medio.

Bruscamente pasó una nube en el cielo. La obscuridad envolvió todas aquellas cosas, ahogando en una sombra compacta las esculturas y el altar........ Solamente una veladora que pendía de una cadenilla sutil, hería las tinieblas con su flama, pero era tan fina la cadenilla y venía de tan alto, que este resplandor tenía el aspecto de una estrella empañada en la bruma melancólica.

El mayor tembló y dijo á su compañero:

—Has visto?

—Qué hay!

—La luna se ha ocultado......

—Y eso qué?... encenderemos cerillos. No has traído?

-No.

Tanto peor!; pero, en fin, eso no vale nada. Ya he visto dónde está...... Tú espera.

Dió dos ó tres pasos y se detuvo. Un ruido metálico interrumpió el silencio, y la voz burlona exclamó:

—Aquí está la caja. Tú, alerta!

Pasó un minuto durante el cual se oía un sonido metálico.

—No hay medio de abrir esto con las llaves. Pásame el cincel y el martillo.

Al oír golpear el fierro, el mayor se sintió de nuevo presa de un gran terror. Inútilmente, para apartar su obsesión, evocaba sus rapiñas á la orilla del bosque, los transeuntes que había medio estrangulado en la noche, en el extremo de las calles solitarias: la iglesia, fría é inmensa, le helaba de espanto. Su mirada, hundida en las tinieblas, distinguía formas extrañas, el silencio se poblaba de voces, y repentinamente, al levantar sus ojos, miró al resplandor de la veladora crepitante, vió un rostro descolorido, flaco, inclinado hacia él, y que lo contemplaba fijamente, con una expresión infinitamente dolorosa y triste. Pasó el revés de su mano por su frente sudorosa, cerró los párpados y dijo con voz casi ahogada á su cómplice:

—Acaba pronto.

—Espera, contestó el otro; tú tienes mucha prisa?

Abrió los ojos esperando que la pesadilla se hubiese desvanecido; el rostro descolorido seguía en el mismo sitio.

Entonces pensó para sí:—Esto no es posible.... yo estoy loco!

Pero la aparición se dibujaba más netamente. Veía su cuerpo blanco, las costillas que sobresalían bajo las carnes enflaquecidas, y sus largos brazos extendidos que parecían llamarlo.

Recordó entonces que, siendo muy niño, cuando tenía miedo por la noche, para ahuyentar á los espíritus malignos, recitaba alguna oración. Pero desde cuánto tiempo hacía que las frases santas habían escapado de su memoria? Además, no era el demonio el que surgía delante de él; era el Otro, con su semblante de sufrimiento; el Otro, que llora lo mismo por los malos que por los buenos; Aquel cuyas lágrimas de sangre habían corrido por los mártires y por los ladrones crucificados!...

Y la aparición se puso á hablar suplicante:

—Vete...... Vete...... Yo te perdono.........

Con acento de rabia, el menor murmuró entre dientes:

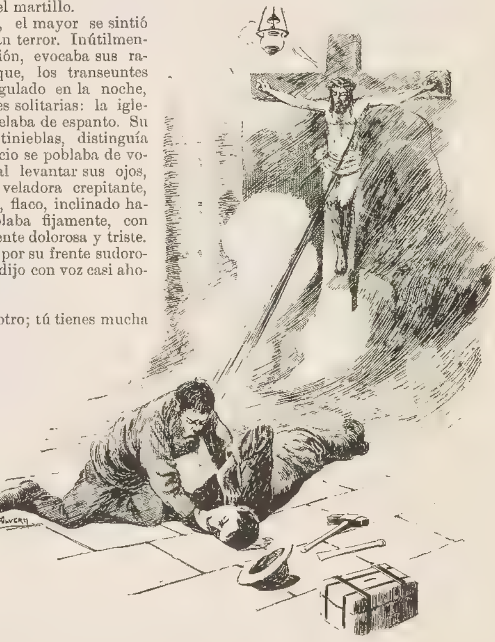
—Tanto peor! Tomaré el martillo!

Entonces quiso gritar: «No!....... No!....... No hagas eso!» Pero su voz se ahogaba en su garganta.

Sonó un ruido profundo, como un ataúd que se cierra. Con todas sus fuerzas el ladrón palanqueaba sobre las cerraduras......

La aparición palideció todavía más, se inclinó, y sobre el pecho descarnado, que parecía elevarse por las sacudidas, se entreabrió una llaga sangrienta.

El hombre juntó las manos implorando:



—Dios mío, perdón!.. .. .. Piedad, Dios mío!........

El otro dejó su martillo, tomó la arquilla y se puso á sacudirla furiosamente, tratando de arrancarla.

Entonces la divina cara se inclinó, dejó caer los brazos descoloridos haciendo ver en las manos las anchas cicatrices. Todo su cuerpo se plegó y la herida del costado izquierdo pareció ponerse más roja....

—Detente! Ahí está, delante de mí, mirándome!...... ..

El otro seguía forcejeando. Movida por un brazo invisible, la veladora oscilaba, paseando sobre las bóvedas fantásticas sombras, y, súbitamente, el mayor sintió caer sobre su frente una substancia viscosa y tibia y oyó el ruido sordo de un objeto seco que se rompió.

Anonadado, gritó:

—Sangre! Ha caído su sangre sobre mí!

En ese mismo momento se arrojó sobre su cómplice, arrancándolo de la arquilla á la cual se aferraba; lo tomó por el cuello con sus dos manos y golpeó su cabeza contra el suelo hasta dejarlo exánime, llamándolo:

«Asesino! Asesino!...... Judas!......»

Al día siguiente, las personas que primero entraron en la iglesia, se encontraron dos hombres sobre las baldosas: uno muerto, con el rostro hinchado; el otro, de rodillas, golpeándose el pecho y murmurando ininteligibles oraciones.

Sus cabellos estaban pegados á su frente por un barniz espeso y grasoso, que escurría por su barba enmarañada.

La grán cruz de madera ennegrecida de la arquilla, estaba casi arrancada del suelo; y el crucifijo, con los brazos abiertos y la cabeza baja, parecía, entre sus párpados medio cerrados, mirar tristemente á los dos ladrones que estaban á sus pies.

MAURICE LEVEL.

POEMAS DE COLOR.

CANCION DE LA MISERIA.

Soy carne fuerte por el sol tostada,
carne de pueblo en el taller vencida;
si por todos los yugos oprimida,
de todos los cansancios fatigada.

Llevo ante el mundo la cerviz doblada
por un negro atavismo de la vida,
cual pobre bestia con sudor ungida
sobre el árido campo maltratada.

Yo soy la rebelión, soy la Miseria,
soy la fecunda y vigorosa arteria
que huye de las sociales podredumbres.

Yo soy la apocalíptica campana
que pregona las misas del Mañana
colgada como un Sol entre dos cumbres!

CANCIÓN DEL BRONCE.

Como el carbón-diamante, que reclama
primoroso cincel para el bruñido
y que luego, en brillante convertido,
sus estelas de prismas desparrama,

Así, noble en estirpe, mi oriflama,
de dos metales á la unión surgido,
glorioso y fuerte, destinado ha sido
para el sonante yunque de la fama.

Soy simbólico heraldo en los torneos,
corona en los sombríos mausoleos
y esquilón en el templo de los fieles.

Soy la memoria de las grandes vidas,
el canto de las razas extinguidas,
la petrificación de los laureles.

LOPEZ DE MATURANA.

CLARO DE LUNA.

Con rumor cadencioso la floresta
arrulla el sueño de la vega en calma;
quiebra sus hojas el banano; enhiesta
su penacho real yergue la palma.

Sobre la línea undosa de la sierra
su arco de rosicler alza la luna;
recorren chispas súbitas la tierra,
y pliegues luminosos la laguna.

Entre la espesa hierba verdeoscura
se ve á trechos brillar agua tranquila;
y sobre un mar inmóvil de verdura
blanco velo de luz pende y oscila.

ENRIQUE JOSÉ VARONA



Los Juegos Florales de Puebla.

Nota saliente de la crónica de las últimas semanas fué, sin duda, la celebración de los Juegos Florales organizados por los alumnos del Colegio del Estado de Puebla, para conmemorar el aniversario de la Independencia de México.

De los cinco temas sacados á concurso, sólo uno, el segundo, se declaró desierto: en el primero, premiado con la flor natural, obtuvo el triunfo el Sr. Lic. Miguel Bolaños Cacho, actual Gobernador de Oaxaca; en el tercero, el Sr. Lic. Victoriano Salado Alvarez; en el cuarto, el Lic. D. Leonardo S. Viramontes, y en el quinto el Lic. D. Atenedoro Monroy. El Jurado Calificador, compuesto por los Sres. Lic. Felipe T. Contreras, J. Manuel Lobato y Dr. Rafael Serrano, otorgó, además, «accésits» y menciones á otros escritores concurrentes á los Juegos.



4o. tema.—Medalla ofrecida por la Colonia Española.



5o. tema.—Premio ofrecido por la Colonia Francesa.

La fiesta se verificó en el Teatro Guerrero, ante una selecta y numerosísima concurrencia, eligiéndose por el Presidente del Jurado reina del Torneo, á la distinguida señorita Carmen Blumenkron. La Corte de Amor fué formada por las señoritas Jacoba Olea, Josefina Bretón, Josefina Gómez Daza, Josefina Alatriste, Ana María Isunza, Josefina Traslosheros, Ana Ortiz Borbolla, Julia Revilla, Carmen Haro, Sara Díaz Cevallos, Amalia Hevia, Concepción Sánchez Gavito, Elisa Rivera, Enriqueta Contreras, Delfina Pérez Salazar, Dolores Ibarra, Gertrudis Diego y Guadalupe Almendaro.



Reverso de la medalla ofrecida por la Colonia Española.

El mantenedor de los Juegos, Sr. Lic. Ernesto Solís, pronunció un bellísimo discurso, que fué aplaudido con entusiasmo por la concurrencia.

En el presente número publicamos fotografías de la Reina y de las señoritas que formaron la Corte de Amor, así como de los principales autores premiados, del Mantenedor de los Juegos y de los miembros del Jurado Calificador. La medalla ofrecida por la Colonia Española residente en Puebla, para el vencedor en el cuarto tema del Concurso, es una valiosa obra de arte.


JUEGOS FLORALES DE PUEBLA
SRTA CARMEN HARO
SRTA JOSEFINA GÓMEZ DAZA
SRTA CARMEN BLUMENKRON
REINA DEL TORNEO
SRTA JACOBA OLEA
SRTA DELFINA PÉREZ SALAZAR
SRTA SARA DIAZ CEBALLOS
SRTA ANA MARIA ISUNZA


Srta ENRIQUETA CONTRERAS
Srta AMALIA HEVIA
Srta CONCEPCION SANCHEZ GAVITO
Srta JOSEFINA ALATRISTE


Srta ANA ORTIZ BORBOLLA
Srta JULIA REVILLA
Srta GUADALUPE ALMENDARO
Srta JOSEFINA BRETON
Srta ELISA RIVERA



El Sueño

COMPOSICIÓN PREMIADA CON LA FLOR NATURAL EN LOS JUEGOS FLORALES.

Por mansiones reales y palacios
Ronda Morfeo, transformado en hombre;
Icelón, hecho ave ó fiera sierpe,
Vuela ó se arrastra. Mientras cauteloso,
Tornado en árbol ó en oculta roca,
Vela Fantaso el sueño de los grandes,
Los otros dioses de los sueños viven
En torno de las míseras cabañas......

***

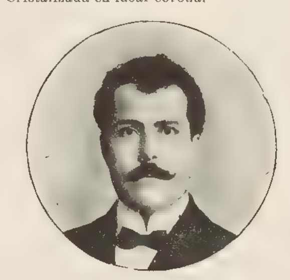
¿De dónde vienen? ¿Hacia dónde huyen
En innúmera serie cual arbustos
De prolíficos campos, como el polen
De gigantescos bosques seculares,
O como arenas de la playa Egea?
Vienen de las cavernas invisibles
Que cerca de Cimerios y en la falda
De un monte sin verdor, abren sus fauces.
¡Templo y mansión del sueño!:
Allí es la vida sempiterna noche;
Jamás el sol con su mirada ardiente
Pudo allí penetrar, ni el gallo altivo
Con sus arpegios de tenor anuncia
Que abre el Oriente la divina Eos
Y Helios viene en su cuádriga de oro;
Ni el vigilante can dió alebrestado
Como toque de alarma su ladrido;
Ni el ánsar pudo, con oído grácil,
Un clamor escuchar. Todo reposa
La vida de la sombra y de la inercia;
Y si en el fondo el agua del Leteo
Corre sobre su lecho de guijarros,
Tan sólo aduerme con rumor monótono.
En el soberbio lecho se reclina
El alto dios, entre mullidas plumas
Y sobre el terso ébano que opaca
Una sombría clámide,
Mientras en impensadas actitudes
De estáticos placeres,
Cien inmóviles dioses le rodean.
¡Triste y dulce mansión!....sólo en los huecos
De la erizada crátera,
Crecen adormideras, y amapolas
Y plantas cabalísticas de donde
La noche toma, en el silencio augusto,
Los jugos misteriosos y letárgicos
Que esparce luego por la tierra inerte,
Y da el placer universal: el sueño......

***

Duerme sobre el regazo
De la madre feliz el bello infante,
Y su blancura virginal imita
No lavado vellón ni fresco lino,
Sino animada nieve
Como capelo de encendida lámpara;
Su corazón ignora lo que esconde
Tras el amor la juventud voluble;
No ha sentido el ardor del pensamiento
Ni puede conocer, desde la cuna,
Lo que habrán de ignorar sabios y estultos;
Es amado, no ama, vive y crece
A expensas de otro ser—único santo.—
¡Ah, no le despertéis!.... si despertara
Del sueño de su edad, sólo os daría
Su justa maldición! ¡Dejad que duerma
En el regazo tibio
De la madre feliz, el bello infante!......

***

Duerme el ardiente joven
El sueño de sus veinte primaveras;
¡Todo es color de sol: las esperanzas,
La fe, el amor, la dignidad, la gloria!
Allá divisa en la extensión sin término
Las lides del valor, la gritería
Tumultüosa al diapasón del triunfo:
El verbo humano derramando ingente
Fulgor en las compactas multitudes,
Y tras su luz—matrona incorruptible
De sombra hospedadora—la Justicia.
Allá mira el amor llevado al colmo
Del silente y eterno sacrificio;
La mujer como lágrima celeste
Cristalizada en ideal corona.



Lic. Miguel Bolaños Cacho.

Límpida fuente de inmortal consuelo:
Ya es la blanca Eloísa, ya Julieta
Colgando ansiosa la flotante escala;
Ya, prodigando cánticos y flores,
Ofelia en nimbo de perenne angustia....
No conoce el dolor, ni la falsía
De un amor que hacen perecer bien pronto
En sus ondas letales, el olvido,
Y el crimen, en sus redes invisibles....
¡Oh! dejadle que duerma
Joven feliz su primavera ardiente....!

***

Duerme poco el anciano, mas el sueño
Reparador de su organismo, calma
La pálida visión de sus memorias.
No ve surgir—como antes
en su potente juventud solía—
La mujer hecha fuente de placeres:
La amistad vuelta misterioso halago
De personal provecho;
La Religión, sibila aparatosa
De contorsiones místicas, y ocultas
Garras para sangrar; la virtud frágil,
O esclavizada al formidable vínculo
De apetitos sin término; la Patria,
Objeto y blanco de profanos ímpetus
De medro y de poder, no cual debiera
La santa patria, culto de sus hijos;
La gloria coronando
No la causa mejor ni el mejor triunfo,
Sino el éxito audaz, que preconizan
Con cruces y medallas,
Pechos cobardes, corazones débiles,
Ajenos al valor y al heroísmo;
El pueblo, pobre carne de cañones,
Viviente combustible de tabernas,
Hecho á mirar el suelo bajo el fardo
De su propio dolor y vilipendio
O de la ajena perversión bursátil;
Y en honda tempestad.... las ilusiones:
Parvada de palomas que no tiene
En alta mar donde plegar las alas....!
¡Ah! dejadle que sueñe
Al través del cerebro empobrecido,
Un «más allá» de vida perdurable
Tal como le soñó la fantasía:
Brindando goces ó infligiendo penas!
¡Dejad que el sueño borre del anciano
La pálida visión de sus memorias....!

***

Duerme sólo el cadáver
El sueño perdurable de la tierra;
En el crisol del cráneo obscurecido
En donde un tiempo germinó la vida
En santa floración de pensamientos,
Un enjambre viviente de gusanos,
Como un pueblo de ilotas,
En hervidero pútrido se mueve;
De las cuencas vacías
Surge, como mirada del abismo,
Una expresión sin luz y sin idea;
Del frontal descubierto
Un mechón de cabellos se desprende
Como vegetación de los sepulcros;
El corazón, que palpitó gozoso
O doliente tal vez, pero con alma,
Hoy es infecta víscera
Como un embrión de hiel y podredumbre;
La boca humana que alentara el verbo,
Ríe enseñando un maxilar deforme
Con una horrible mueca de vestiglo......
Y así duerme el cadáver
—Con la insensible muerte de la vida—
La vida fecundante de los otros:
Desde el microbio vil de sus entrañas,
Hasta la flor que en el altar perfuma;
Desde la mariposa—flor viviente—
Hasta el hombre ¡la humana mariposa!
¡Dejadle, pues, dormir!.. ¡qué grito horrendo
De espantosa verdad no lanzaría
Al despertar y verse carcomido
Como despojo de irrisoria bestia!
Al ver su cuerpo, antro de gusanos,
Y su divino espíritu,
Inconsútil esencia evaporada
Como una gota de éter impalpable!
¡Y qué pena infernal, visión horrible,
Si el cadáver, viviente levantándose
Con su corte de larvas y de harapos,
Llegara hasta el lugar donde los suyos
Quizás en el delirio de la fiesta,
O del olvido en la egoísta calma,
Morirían de espanto al contemplarle!
¡Triste resurrección.... dejad que viva
El cadáver tranquilo,
El sueño perdurable de la tierra....!

EL JURADO CALIFICADOR.



Dr. Rafael Serrano.



Lic. Felipe T. Contreras, Presidente.



Sr. J. Manuel Lobato.



Lic. Ernesto Solís, Mantenedor.



Sr. Agustín Cruz Celis, Presidente de la Junta Organizadora.

El cielo como un ojo de los orbes
Cierra su inmenso párpado y oculta
Su pupila de oro: el sol de ocaso;
Sólo el fulgor fosfórico
Del cocuyo que corta las tinieblas
Como una chispa vívida
De intermitente luz; sólo el chirrido
Del grillo bajo el hueco de los surcos,
Suelen romper la obscuridad y el hondo
Silencio de la noche taciturna.
Al beso de las sombras
La flor se aduerme recogida y quieta
Para morir acaso con el día;
El arroyuelo cristalino gime
Con su murmullo triste y sempiterno,
sin que la luz alumbre
Los invisibles genios de las aguas
Que en el silencio de la noche moran;
El aire fresco mueve resonante
Los maizales tupidos, de hojas verdes,
Con sus mazorcas de rizadas crenchas;
Y en el ramaje oculto
El ruiseñor—el músico sonámbulo—
Como un eco de Pan lanza sus notas;
La potente metrópoli descansa
De su diurna y loca algarabía;
No resuenan sus calles
Al fogoso trotar de los corceles,
Ni al sonoro rodar de los carruajes
Ni al grito clamoroso de las máquinas......
Todo es silencio y paz; Natura duerme
El sueño de los seres y las cosas,
El sueño universal.... Duerme Natura....

MIGUEL BOLAÑOS CACHO.



BAJO EL CIELO INMUTABLE.

En la tarde amarillenta, bajo el cielo inmutable, sintieron caer sobre sus espíritus fraternales una sombra mortuoria.

—¡Cuán lentos pasan los años! —exclamó él. ¡Cómo han envejecido nuestros sueños!.. ..... Siento mi alma llena de remotas memorias de antiguas imágenes. Una dulce nostalgia desciende sobre mí, haciéndome sentir la angustia de las cosas lejanas, de las cosas perdidas para siempre. A veces el recuerdo se clava como un áspid sobre mi corazón y prende una nueva tiniebla en la noche de mi tedio profundo.

—Sí—dijo ella con melancolía;—los años pasan lentamente. Nuestros sueños son perfumes, que, una vez extinguidos, no pueden renacer. Todo es triste y amargo sobre la tierra; toda sonrisa encierra una lágrima; y entre los lirios marmóreos y las rosas escarlatas crecen los asfodelos de la muerte. Lo mejor es morir joven, llevando de la vida una idea ilusoria, algo así como una melodía.

Sin embargo, nosotros somos jóvenes y ya sentimos sobre nuestros espíritus el peso de una lápida fúnebre...... No sé cuándo debiéramos haber muerto.

Ella guardó silencio.

Y se quedó mirando, con una tristeza que no era de este mundo, la línea gris del horizonte...... las nubes que pasaban á lo lejos....

FROILÁN TURCIOS.



Lic. Victoriano Salado Alvarez.



Lic. Leonardo S. Viramontes.

Escuela de enfermeras.

Las deficiencias que se observaban en los hospitales con respecto al servicio de enfermeras aptas, hicieron concebir la idea de fundar una Escuela práctica en que puedan recibir la competente instrucción las señoras y señoritas que se dediquen á la asistencia de los pacientes.

Con este objeto se trajo de los Estados Unidos una hábil maestra, y la Escuela quedó establecida en el Hospital de Maternidad.

Las alumnas visten de uniforme, de acuerdo con los mejores modelos que han sido presentados á las Convenciones sanitarias, y han alcanzado ya, como se vió en los últimos exámenes, notables progresos en la enseñanza. Además, y para que las señoras pobres puedan dedicarse á la enfermería, las alumnas reciben una gratificación mensual.

Las futuras enfermeras irán á servir, concluído su aprendizaje, al Hospital General que se está construyendo.



Grupo de enfermeras.

Si uno se contentase con ser feliz, pronto lo sería: pero uno quiere ser más dichoso que los demás; y esto es casi siempre difícil, porque nosotros creemos á los demás más dichosos de lo que son en realidad.

—Todo el mundo se queja de la memoria y nadie se queja de su raciocinio.

—La «burla» es, entre todas las injurias, la que menos se perdona.

Es de almas grandes rechazar las «injurias» con beneficios.

—Las «injurias» son las razones de los que carecen de ellas.

—La «injuria» que se desprecia se desvanece por sí misma; si uno la recibe, le da valor.

—No contéis vuestras dichas á un hombre que sea desgraciado ó menos dichoso que vos.

—Cuando uno sueña y calla, existe más profundamente que cuando habla y obra.

—La palabra es grande y bella, pero más grande aún y más bello es el Silencio, rey del ensueño.

—Dios también ensayó el hacer dos obras de distinto género; su prosa, el hombre; su poesía, la mujer.

—El libro del tiempo es tan sumamente grande, que no nos cabe más que una página de él en la cabeza.

—Cuando el corazón experimenta sinceramente un amor profundo, siente al mismo tiempo una languidez, una fatiga que le hacen apetecer la muerte.





DE LA TIERRA TAPATIA
Srita. Josefina Martínez

Los temblores en Quezaltenango

La prensa de información ha hablado ya de los terribles temblores que de un año á esta parte se han registrado en Quezaltenango, una de las ciudades más importantes de la República de Guatemala, y de los perjuicios causados por ellos, tanto en la población como en sus contornos.

En abril, Quezaltenango fué casi destruído por los terremotos: las fincas principales que no se derrumbaron, sufrieron averías muy considerables, y hubo familias que perdieron con la destrucción inesperada de sus edificios, toda su fortuna. Confiados, sin duda, los moradores de la población, en que no se registraría otra catástrofe semejante, comenzaron á reedificar sus casas; pero los temblores no tardaron en repetirse, y en el mes de septiembre la ciudad fué víctima de nuevos sacudimientos, que produjeron un pánico indescriptible. Las pérdidas nuevamente registradas fueron muy grandes.

* * *

Con estos antecedentes, fácil es suponer la alarma que con motivo de las recientes rupciones del Santa María reina en el país vecino, y el riesgo que de ser totalmente destruído corre Quezaltenango.



Edificio del Banco de Guatemala en Quezaltenango.

Por ser de oportunidad, damos á conocer en estas páginas unas vistas de los principales edificios destruídos por los temblores de abril.

Pensamientos.

La perseverancia ha alcanzado triunfos increíbles. Una persona de muy pocos alcances puede llegar con la constancia adonde no llega el más luminoso y elevado talento; y es que, por lo regular, al gran talento va unida la carencia de perseverancia y de fe.

No hay nada más perjudicial á una verdad nueva, que un error viejo.

Es imposible llevar nada en la vida con un rigor extremado, porque es imposible que los que nos rodean lleguen á la perfección que nosotros mismos no podemos alcanzar.

Nadie nace perfecto: el carácter tiene sus alternativas, como las tiene el corazón, como el mar tiene sus mareas, como el cielo sus nubes; toda persona que siente mucho, es desigual, porque la variedad de sus impresiones se refleja en el exterior, si no tiene gran dominio sobre sí misma.



Interior de una casa destruída por los temblores.



El edificio consular de los Estados Unidos.



Quezaltenango.—Una finca en ruinas.

UN AHOGADO

Yo lo vi: le arrastraban despacio
Del río las ondas,
Manchado de cieno,
Vestido de ovas.
La mansa corriente
Arrojóle á la orilla arenosa,
Y allí quedó solo, como algo perdido,
Como algo que sobra.

Yo vi, desde el puente,
Dibujarse allí abajo su forma,
Blanquear los ojos cuajados y abiertos
Entre lo amarillo de la cara tosca;
Asomar la hilera de dientes feroces
Por entre las fauces; las greñas cerdosas
Y la inculta barba encuadrando el rostro
En un marco de tétrica sombra;
Estirados los brazos nervudos,
Rígidas y abiertas las piernas vellosas,
Y el blancuzco vientre
Mostrando su horrible redondez hidrópica.

El sol en la arena
Con crueldad acusaba la forma,
Dando á los contornos del yerto cadáver
Proporciones tan raras é insólitas,
Que á la fantasía,
Llena de zozobra,
Se le figuraba
Contemplar absorta
Del genio del río
La imponente figura ciclópea.

Llegaron dos hombres
Que el cadáver vieron,
Y otros dos y otros muchos, y pronto
Mujeres, y chicos, y mozos y viejos
Formaban un corro
Trabado y espeso,
Que absorbía con sus mil bocazas,
El tufo del muerto,
Y, por ver de cerca
El hinchado cuerpo,
Sin piedad se estrujaba y gruñía,
Los ojos bestiales en redondo abriendo
Y mezclando, en impía salmodia,
Comentarios y dichos obscenos
Con cien carcajadas
Y mil juramentos.

De súbito se hizo,
En el corro apretado, el silencio,
Al llegar un grupo
De hombres graves, obscuros y tétricos,
Que, acercándose al pobre anegado,
Le miraron, palparon, volvieron
Y, con mucha pausa
Y ademán reposado y severo,
Que desde allí arriba
Parecía risible y grotesco,
En pocos instantes,
De borrones llenaron un pliego.

Pensando, pensando,
Al mirar aquello,
Inundaba el alma
Un torrente de sano desprecio,
Que envolvía las cien figurillas
De los vivos que en torno del muerto
Se agrupaban, unos por la imbécil
Y brutal seducción de lo horrendo,
Y los otros, «los hombres obscuros,»
Por ganar cuatro viles dineros...

Y lo único grande,
Lo único serio
Que inspiraba en aquel cuadro vivo
Piedad y respeto,
Era la terrosa
Figura del muerto,
Arrojado en mitad de la arena,
Vestido de ovas,
Manchado de cieno.

F. Navarro y Ledesma.

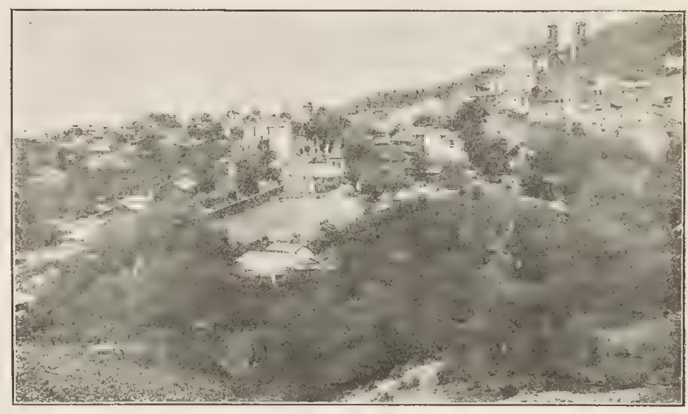
El amor, como la oración y la poesía, es el imán que atrae al sentimiento.

***

El temor del ser que ama, es el de perder á su ídolo.

***

La avaricia del amor es el constante afán de retener al dueño amado.



NUESTRO PAIS.—Panorama de Taxco (Gue.).



Una calle de Taxco.



UN CAMPESINO FELIZ.

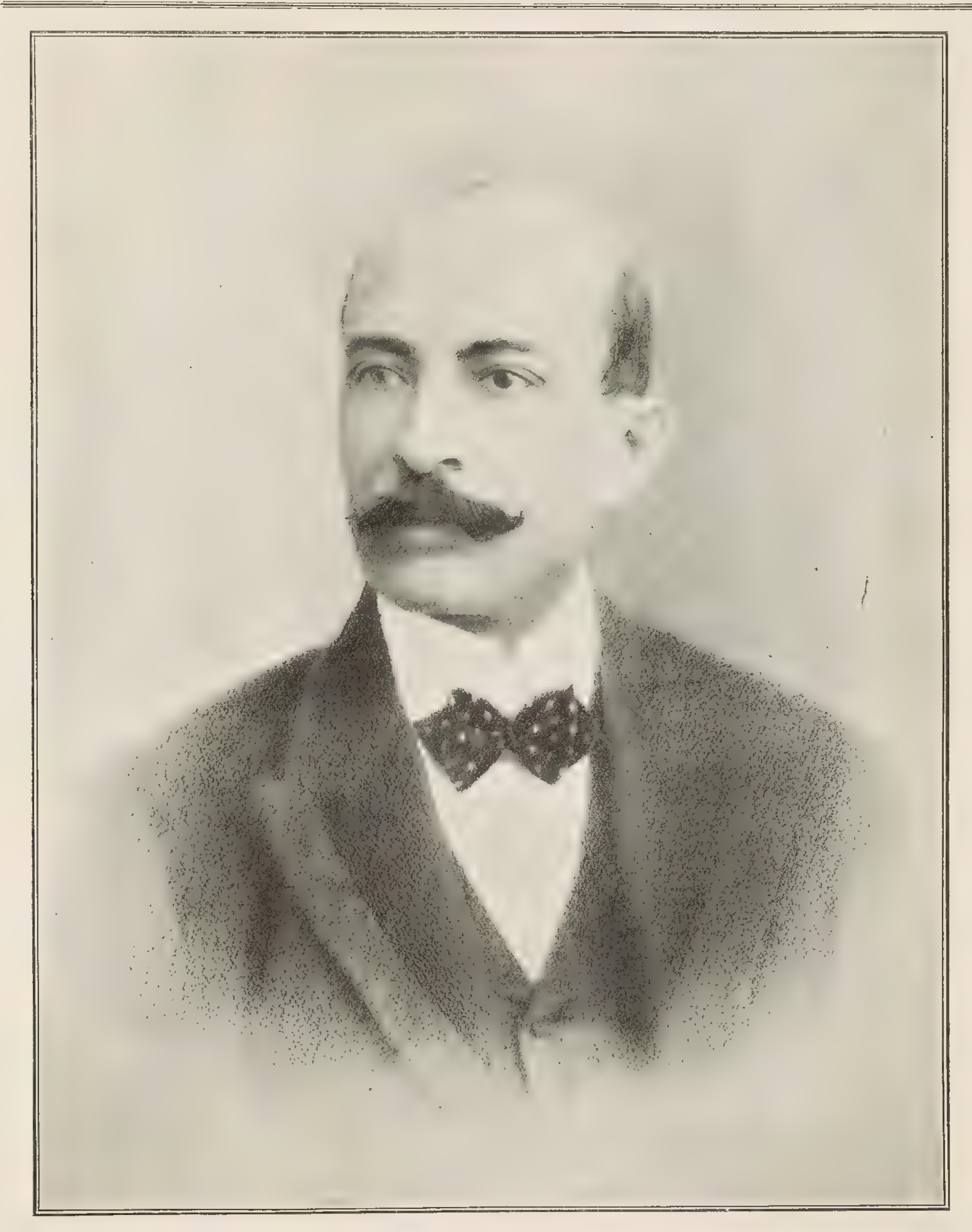
EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 22. MÉXICO, NOVIEMBRE 30 DE 1902.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Subscripción mensual foránea, $1.50
Idem Idem. en la capital, „ 1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



Sr. Lic. D. Emilio Pimentel,

GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE OAXACA

(Tomará posesión de su alto puesto el día de mañana).

La mala índole de la lengua Inglesa

(CONCLUYE.)

En comprobación de todo lo anterior, damos para muestra, no un solo botón, sino toda una botonadura. Extractamos el pintoresco ejemplo de un periódico de Nueva York que lo pone en forma de diálogo entre un francés y su maestro de inglés. Trátase de establecer las diversas pronunciaciones de la sílaba «ough», y la lista siguiente da á la izquierda la ortografía de las voces en que figura, y á la derecha el sonido que en cada una le corresponde:

Hough	Jok
Cough	Kóff
Dough	Dó
Tough	Teff
Plough	Plau
Rough	Réf
Bough	Bau

Y así sucesivamente; de donde se infiere esta regla general: «Las palabras que terminan en «ough» se pronuncian, las unas, al gusto del consumidor, y las otras según el sentido que tienen». Y como á su vez el sentido depende de la pronunciación que se les asigne, á la consideración del lector dejo los encantos que tiene y las facilidades que ofrece tan sonora y lógica lengua.

Pero ya es tiempo de pasar á las peculiaridades ideológicas que la distinguen y que no son menos amenas y entretenidas que las otras.

Una de las más notables es ésta: de cualquier palabra se puede hacer un verbo, y á ello se prestan de toda preferencia los nombres patronímicos. La significación del verbo así formado, se infiere de las inclinaciones, hábitos, costumbres, posición social, papel histórico y demás de la persona correspondiente. Algunos ejemplos harán perceptible el procedimiento y patentes sus ventajas:

De «Morgan» se hace «Morganize», «morganizar» que diríamos nosotros, y como quiera que Morgan tiene por costumbre organizar «trusts» y monopolios y esto lo caracteriza, «morganize» quiere decir «monopolizar, crear monopolios.»

Desde aquí y desde cualquier parte se percibe lo que de genial, de ventajoso y de llano tiene este procedimiento, y la fácil inteligencia del contexto de la oración que de emplearlo resulta. Las frases en que estos verbos figuran, hablan al espíritu de quien las escucha sin más requisito que el que conozca á fondo la vida y milagros de todos los personajes antiguos, medioevales, modernos y contemporáneos, y todas y cada una de las peripecias de su vida pública y privada.

Nada más claro, en efecto, que una frase como ésta, formada con entera sujeción al sistema indicado: «Nuestros panaderos están Morganizando activamente; pero si no Mazarinizan un poco, se verán orillados á Beringgnizar, porque no pueden estar Napoleonizando todo el tiempo.»

Fácil es comprender que lo que quiere decirse es que «los panaderos están organizando activamente el monopolio del artículo; pero que para no exponerse á una quiebra ruidosa, deben proceder con astucia y economía, pues no es posible que la fortuna les sea siempre propicia.

Como quiera que los patronímicos de que se sirven para formar sus verbos son de toda preferencia nombres de eminencias anglosajonas, el deseo de enriquecer la lengua inglesa y el sentimiento de la más estricta equidad nos sugieren ofrecer á los pueblos de habla inglesa una colección de verbos nuevos con sus respectivas traducciones:

1. Juarezize. Expedir leyes de Reforma y salvar á la Patria.
2. Morelosize.—Pelear por la Independencia y romper el sitio de Cuautla.
3. Porfiriodiazize.—Pacificar y gobernar hábilmente.
4. Limantourize.—Equilibrar y hacer florecer finanzas.
5. Iturbideize.—Hacerse fusilar en Padilla.
6. Parraoize.—Hacerse coger por un toro.

Como se ve, el «truck» es muy sencillo, consiste tan sólo en agregar la terminación «ize» al nombre, gracias á lo cual se transforma en verbo y adquiere una significación trascendente de que carecía. El crimen de «Las Coronas» impone la creación de un verbo nuevo, que podía ser:

«Rodriguezgomezsanchezvelasquezavilezize,» y que querría decir:

«Asaltar la finca de «Las Coronas» y dar muerte á Mr. Remmet y á sus dos criados y maltratar á la señora.»

Los alemanes tienen algo semejante; pero en escala muy mezquina y raquítica. Después de haberse anexado Alsacia y Lorena y cinco mil millones de francos de indemnización de guerra, han comenzado por anexarse sucesivamente todos los verbos franceses: de «promener» hacen «promeniren;» de «manger,» mangiren;» de «coucher,» couchiren;» de «anexer,» «anexiren.» Por este último manifiestan cierta predilección.

Otra peculiaridad ideológica es la tendencia á que los nombres de las cosas den de ellas una idea vaga, general y abstracta, y si es posible, falsa. Así «Sastrería» se dice, traduciendo literalmente: «Sastreando de caballeros y señoras;» una tienda de abarrotes se anuncia pomposamente con dos palabras que al oído dicen claramente: «Buenos secos» ó «Secos buenos,» á elección; el «Base ball» puede traducirse exactamente por «Baile de bases,» lo que da clara idea de que se trata de una forma del juego de pelota; «¿Está usted contento?» suele decirse: «¿Tiene usted buen tiempo?» La claridad es meridiana en otros casos; hay almacenes de comercio que anuncian lacónicamente «Implementos,» y cualquiera sabe lo que allí se vende. En otros casos una vaga poesía desnaturaliza el sentido de las palabras: «el otoño» se puede decir «the fall,» «la caída,» de las hojas tal vez; pero es facultativo traducir «la catarata» ó «el salto,» lo que sugiere desde luego la idea de la poética estación de las tísicas y de los decepcionados.

Nadie raya á la altura de los ingleses en punto á abreviaturas, como no sean los norteamericanos. Estamos familiarizados con el «Co» que quiere decir «compañía;» hay otra que omito por decoro y que quiere decir «Agua encerrada;» pero desafío á mis lectores á que lean «Visto bueno» donde está escrito «O K,» y les someto como ejercicio recreativo esta fuga de vocales: «L'm't'd,» que quiere decir «Limitada.»

En cambio de los nombres que se vuelven verbos hay un verbo «To do» que, en condiciones dadas, los reemplaza á todos. A preguntas como ¿Come usted? ¿Bebe usted? ¿Duerme usted? ¿Juega usted?, etc., etc., se puede contestar: «Como» «Bebo» «Duermo» «Juego» con sólo responder: I do.

Basta ya. Creo haber probado hasta la saciedad que la lengua inglesa es la más clara, la más lógica, la más fácil y la más fluida, rica y elegante de todas, y no agregaré en comprobación de mi aserto más que lo que ya comprobaba El Tío Canillitas, á saber: En Inglaterra hasta los niños más pequeños hablan inglés. Lo cual prueba cuán fácil debe de ser aprenderlo.

DR. M. FLORES.

El Sr. Lic. Emilio Pimentel,

GOBERNADOR DE OAXACA.

En lugar preferente publicamos hoy el retrato del Sr. Lic. D. Emilio Pimentel, electo Gobernador Constitucional del Estado de Oaxaca, para el período de 1902 á 1906.

La personalidad del Sr. Lic. Pimentel es muy conocida para que pretendamos hacer en estas líneas el elogio detallado de sus virtudes cívicas. Honrado á carta cabal, hombre de experiencia, y animado de las mejores intenciones en pro de la importante Entidad federativa que va á gobernar, llega á Oaxaca en pleno desarrollo de sus energías, aclamado por el pueblo.

Si para ser un buen gobernante son prendas preciosas la honradez, el talento y la prudencia, los oaxaqueños pueden estar seguros de que tendrán en el Sr. Lic. Pimentel un buen gobernante. Los antecedentes que lo abonan y su amor á aquella tierra, de la cual es uno de los hijos más distinguidos, así lo prometen, y así lo esperan sus compatriotas.

Nota de Arte

Con el propósito de estimular á un grupo de discípulas suyas, dando á conocer al público sus trabajos, el Sr. Profesor Luis Moctezuma organizó una audición de piano que se verificó en el teatro del Conservatorio hace pocos días.

El éxito alcanzado en esta audición superó, con largueza, á lo que era de esperarse, y constituye por sí solo un triunfo artístico. Parecía increíble que niñas que no frisan aún en los quince años, interpretaran las creaciones de los grandes maestros, con la delicadeza exquisita, con el hondo sentimiento con que sólo es dable interpretarlas á los que aman y comprenden la belleza.

Y sin embargo, así fué. María Hermosillo y Luz Aristi, risueñas esperanzas del arte, diciendo la primera con una discreción pasmosa la sonata en sol mayor de Beethoven, y ejecutando la segunda el Rondó de Clementi y el «Promenade» de Thome, con una limpieza admirable, deleitaron al público que llenaba el salón. El primer tiempo del concierto de Moschles, tocado con elegancia y seguridad por Dolores Aceves, y la Sonatina en sol menor de Beethoven, que ejecutó Josefina Villanueva, fueron también notas salientes de la primera parte del programa. Concepción Eguiluz, Señorita de raro talento, se distinguió sobremanera en el «Impromptu» de Chopin.

La segunda parte estaba reservada, para darse á conocer como pianistas de envidiables facultades, á las señoritas Acacia Villanueva, Carlota Lerdo de Tejada, Elvira Moguel, Matilde Muñoz y Marquet y Ana María Sánchez. Elvira Moguel, gran promesa de artista, no sólo por sus conocimientos en la técnica, sino por su manera de interpretar, ejecutó á maravilla tres deliciosas obras de Chopin; y Ana María Sánchez, dos exquisitas composiciones de Gustavo E. Campa, que produjeron en la concurrencia la más grata impresión; el primer tiempo de concierto en lá menor de Humel y un vals de Chopin. Esto bastó para que el público la ovacionara: posee una comprensión muy fácil y se ciñe á todos los estilos. En el vals estuvo inimitable.

Cuando ésta llegue á los veinte años, será en piano una leona ó una alondra, según quiera impresionar á sus oyentes.

En cuanto á las demás señoritas que tomaron parte en la audición, tanto Carlota Lerdo de Tejada como Acacia Villanueva y Matilde de Muñoz, lucieron facultades y aptitudes dignas del más entusiasta elogio.

La concurrencia, que fué muy escogida, quedó altamente satisfecha, y el Sr. Profesor Moctezuma fué objeto de calurosas felicitaciones.

En otro lugar publicamos los retratos del Sr. Moctezuma y de sus discípulas, así como la gavota del maestro Campa, correspondiente á la serie de cuatro composiciones «Para la muñeca,» que ha escrito con derroche de talento y ternura.

Muy especial aplauso merece el maestro Campa por su lindísima gavota, y por la inspiración con que fué ejecutada.



EL MUNDO ILUSTRADO Domingo 30 de Noviembre de 1902.

El Teatro Dehesa de Veracruz.

El día 15 del actual se inauguró en Veracruz el teatro «Dehesa, que fué construído en el mismo lugar donde existió el antiguo Teatro Principal, que destruyó completamente un incendio hace pocos años.

La Junta Directiva del teatro tomó decidido empeño en que el nuevo coliseo se apartara en su construcción de lo vulgar, y en que correspondiera en todo á la cultura é importancia del puerto.

Como el terreno de que se dispuso para levantar el edificio era muy reducido, se procuró ganar en altura lo que no podía ganarse en superficie. El «foyer» del teatro queda en la planta baja y precisamente debajo de las lunetas; en el mismo lugar quedó instalada la cantina.

El teatro tiene 300 lunetas, primeros, segundos y galería.

El foro queda un poco más abajo que el piso de los palcos primeros, y suficientemente alto de las lunetas para que todos los concurrentes puedan ver el espectáculo sin molestias.

Tiene un telón de asbesto para casos de incendio; las decoraciones se mueven de abajo hacia arriba, lo contrario precisamente de lo que se observa en los demás teatros, y las bambalinas corren sobre rieles, facilitándose de esta manera el cambio en los momentos precisos.

El Teatro es de estilo Renacimiento y está construído con los mejores materiales de mampostería y fierro.

A la función inaugural concurrió lo más granado y distinguido de la sociedad veracruzana.

SENSACIONES DE AUTOMOVIL.

No hay que contar las primeras salidas bajo la dirección del maestro: entonces no se comuca todavía con la maravillosa bestia, y se experimenta algo de lo que debe de experimentar el aprendiz de domador cuando se arriesga entre las garras de la fiera, bajo la protección del padre, cuya mirada mantiene esclavizada la fiera. Se tiene miedo de estar solo, en presencia del espacio, con el animal desconocido, y se arde en deseos de saber lo que es en sí, lo que quiere, lo que rehusa, cómo obedece á su nuevo amo.

Ayer me condujo el maesto de París á Ruan, y esta mañana me dejó solo por primera vez fuera de las puertas de la capital de Normandía, en plena llanura, sobre el camino desierto, lejos de estaciones y caminos de socorro. La primera sensación es cierta inquietud no exenta de atractivos. Soy dueño de la fuerza misteriosa, y conozco los secretos del monstruo. Su alma es la chispa eléctrica que hace dar á sus arterias de siete á ochocientas vueltas por minuto; su terrible corazón es su carburador, y el alma obedece al cuerpo, y el cuerpo obedece al alma en ingeniosa armonía.

El monstruo, bajo mi mano conmovida, es dócil y lleno de buena voluntad. A los dos lados de la carretera, los campos de trigo corren plácidamente como verdes arroyuelos. Ya es tiempo de poner á prueba el poder de los gestos esotéricos. Tocó las llaves encantadas, y el caballo hechizado se para bruscamente; toda su vida se extingue en breve gemido, y se convierte en enorme é inerte aparato de metal.

Ahora se trata de resucitarle. Me desmonto y me agito en torno del cadáver. La ciencia está segura de su triunfo: el hipogrifo revive, bufa un instante y se lanza de nuevo cantando victoria. Abro un poquito, lentamente, la famosa manivela de anticipo de la ascensión, y regulo como puedo la admisión de la esencia: la marcha se acelera, y el roce, cada vez más agudo, de las ruedas, revela creciente embriaguez. Al principio, la carretera viene á mi encuentro con movimiento cadencioso; luego, poco á poco, se anima, se precipita sobre mí, corre bajo el coche como torrente embravecido que me ahoga con su espuma, me inunda con sus oleadas, me ciega con su aliento.

¡Oh, qué caricia tan deliciosa! Se diría que alas, miles de alas que no se ven, alas transparentes de gigantescos pájaros sobrenaturales, habitantes de las excelsitudes batidas por los vientos eternos, me envuelven en su vasta frescura las sienes y los ojos. Ahora la calzada desciende á pico en el abismo, y el mágico aparato la precede; los árboles que de tantos años la flanquean plácidamente, parecen juntarse, agrupar sus verdes cabezas y conjurarse ante el fenómeno que surge para cerrarle el paso; pero como ven que no se detiene, se retiran, se alejan, se contorsionan, vuelven á encorvarse sobre mí, y con voz sumisa y arcana, sus miles de hojas murmuran á mi oído los cánticos volubles del espacio, que admira y exalta á su viejo enemigo, finalmente vencedor, la velocidad.

En los trenes, el espacio devorado pasa ante nuestros ojos, pero pasa lejos de nosotros; no lo tocamos, no lo podemos gozar; pero aquí, en este carrito de fuego, dócil, ligero, milagrosamente infatigable, entre las alas replegadas de este pájaro de llama, que vuela desflorando la tierra para admirar sus flores, que acaricia los campos de grano, que aspira los arroyos, que conoce la sombra de los árboles y entra en las aldeas, aquí el espacio se hace verdaderamente hermoso, se hace proporcionado á nuestros ojos, á los deseos de nuestra alma, insaciable y meticulosa.

Ahora no se espera ya la llegada que reabre los ojos é invita á la alegría del mirar; todo el camino es una llegada continuada, y los goces que pregustan, al alcanzar la meta se multiplican, porque todo toma la adorable forma de la meta.

MAURICIO MAETERLINK.



TEATRO DEHESA.—La fachada. (Fot, Macías.—Ver.)

El talento no impide tener manías, él solamente las hace más notables.—Mme. Stabl—Delaunay.

Lo que las mujeres quieren es solamente ser preferidas.—Mme. de Lespinasse.

Todo ser viviente tiene mucho que soportar; la diferencia está en la manera de soportarlo. —Mme. Caryle.



TEATRO DEHESA.—El escenario y los palcos. (Fot. Macías.—Ver.)

El Concurso de Bellas Artes.

En nuestra edición anterior dimos á conocer las pinturas premiadas en el Concurso abierto en la Escuela de Bellas Artes y de las cuales son autores los alumnos Gonzalo Argüelles é Ignacio A. Rosas.

Completando nuestra información relativa á este Concurso, ofrecemos hoy una fotografía del bajo relieve en yeso hecho por el alumno Arnulfo Domínguez y premiado también por el Jurado calificador.

El asunto es muy hermoso, y el joven escultor ha sacado de él todo el partido posible. El bajo relieve representa los momentos en que Nerón pretende huir de la orgía, asaltado por el recuerdo de sus crímenes, y en vano pugna por abandonar aquellos lugares, pues lo aprisionan los brazos de una bacante.

Domínguez ha terminado ya su carrera, y por su dedicación y talento, está llamado á ocupar un lugar distinguido entre nuestros artistas.

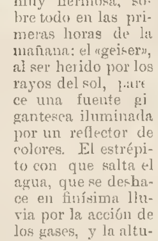


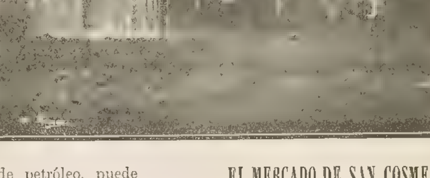
NERON.—Bajo-relieve de Arnulfo Domínguez.

EL MUNDO ILUSTRADO Domingo 30 de Noviembre de 1902









UN POZO NOTABLE

Hace pocos meses que el Sr. Ingeniero D. Luis de la Barra, con el objeto de encontrar yacimientos de petróleo, comenzó á abrir un pozo en la hacienda de Aragón, situada á inmediaciones de la Villa de Guadalupe.

Los trabajos de perforación llegaban ya á 170 metros, cuando sobrevino un derrumbe que azolvó el pozo y que hizo indispensable la limpia inmediata para la continuación de la obra. Terminado el desazolve, y cuando los operarios introducían á golpes un tubo de hierro, se levantó con estrépito una columna de agua de 30 metros de altura por 8 pulgadas de diámetro, aproximadamente. El olor del líquido es muy penetrante por los gases que despide, y su aspecto acusa la presencia del petróleo en el manantial. Además, el agua trae consigo pequeños trozos de parafina, arena y guijarros, y es tal la fuerza con que brota, que podrían utilizarse, por medio de una turbina ó por compresión de los gases, cerrando el tubo, hasta sesenta caballos de fuerza.

La vista que ofrece el chorro, quebrándose en el armazón puesto para la maquinaria, es muy hermosa, sobre todo en las primeras horas de la mañana: el «geiser», al ser herido por los rayos del sol, parece una fuente gigantesca iluminada por un reflector de colores. El estrépito con que salta el agua, que se deshace en finísima lluvia por la acción de los gases, y la altura del chorro, atraen la atención del público que transita por la calzada de Guadalupe.

***

En cuanto al hallazgo de petróleo, puede decirse que si ha sido hasta hoy en cantidad muy pequeña, el Sr. de la Barra cree encontrar, profundizando más la perforación, un yacimiento que rinda productos más considerables.

Como dato curioso, agregaremos que debido á la absorción de arenas, se han formado en el subsuelo algunas cavidades que han hecho que el terreno se suma en algunos puntos. El antiguo pozo de Aragón, que levantaba una columna de nueve metros, dejó repentinamente de derramar sus aguas, tan luego como brotaron las del nuevo.

Publicamos hoy tres fotografías distintas de este notable pozo.



MERCADO DE SAN COSME.—La fachada.

EL MERCADO DE SAN COSME.

Con asistencia del Sr. Gobernador del Distrito, D. Ramón Corral, de los miembros del Ayuntamiento y de un gran número de particulares, se verificó el último miércoles la inauguración del nuevo mercado de San Cosme.

El mercado es amplio y en su distribución interior obedece en todo á las exigencias de la comodidad y de la higiene. La superficie total que ocupa es de 3,560 metros cuadrados, y el costo de la obra se eleva á $38,000.

El Sr. Regidor D. Miguel A. de Quevedo, que proyectó la construcción, vigilando los trabajos desde sus comienzos, hizo entrega del edificio, y el Sr. Gobernador del Distrito lo declaró en seguida inaugurado, abriéndose las puertas al público. Los padrinos de la inauguración, Sres. José Calleja, Manuel García, Domingo Campoyo y Adolfo Durán, obsequiaron á los concurrentes con un lunch, y algunos comerciantes repartieron entre los consumidores tarjetas de fantasía y ramos de flores. La banda del Estado Mayor amenizó el acto con piezas escogidas.


NOTA DE ARTE
Srta. Ana María Sánchez
Señor Luis Moctezuma
Srta. ELVIRA Moguel
Niña María Hermosillo
Niña Luz Aristi
Niña Dolores Aceves
Niña Josefina Villanueva
Srta. Acacia Villanueva
Srta. Matilde Muñoz y Marquet
Srta. Carlota Lerdo de Tejada
Srta. Concepción Eguiluz

Cuentos Funambulescos

¡VIVA MEXICO!

A la luz intermitente de las lámparas de gasolina — arañas igniscentes que despedían, vueltas hacia arriba, luces rojizas ó azulosas por las patas ramificadas—distinguíanse dificultosamente las casas de los artistas del circo, «único que recorre toda la República y presenta diversidad de variedades que son constantemente cambiadas.»

En palcos, esos palcos que forman seis sillas, tres frente á tres, en esa ocasión recién pintadas, para mal de los espectadores, de amarillo chillante, y en las lunetas enrojecidas, avergonzadas por el pintor que les había puesto la brocha aquella misma tarde, para quitarles el aspecto de viejo, muy justamente adquirido, se contaban con relativa facilidad los bultos que acusaban la presencia de las personas: veinte en total.

Allá, en las gradas, sumidas en la penumbra, apenas se distinguían medias caras que se destacaban del rojo de un sarape, ó del plomo de un rebozo. Frente por frente de la puerta de salida de los artistas roncaban dos gendarmes, y un perro echado sobre una silla.

En aquel intermedio del acto sexto al séptimo, sólo se oía en el corral improvisado en circo, el zumbar de las flamas de las lámparas, el afinar de los músicos y las palabras ininteligibles para el público, porque las pronunciaban en voz baja, de los artistas que dirigían á los mozos para que prepararan convenientemente el trapecio y la red para «la pequeña voladora».

Al fondo, cerca de la puerta de entrada para el público, se oyó la voz del sargento: «uno, dos, tres», para que salieran á la soledad de la calle los que ya habían visto seis actos, y diesen lugar á los que hasta entonces sólo habían visto los rostros plácidos de los que entraban satisfechos, como quien ha cenado y va luego á divertirse; las flamas de los farolillos que alumbraban las mesas con guisotes y carnes frías; y á las tristes vendedoras acurrucadas ante las mesas, encogidas sobre las pequeñas sillas.

Sonaron, uno tras otro, varios golpes rápidos de timbre, y salió «la pequeña artista» hasta el centro del redondel, desde donde dirigió á la concurrencia su habitual saludo, más bien la promesa de agresión de un felino doméstico irritado.

Aplaudió el público de gradas, y el ebrio que allá en la penumbra dejaba ver su antiestetica figura la cara pálida, contraído el gesto, la camisa desabotonada, y el sombrero en bamboleos—repitió una vez más su destemplado grito: «Diana, Diana. Viva México.»

Se prendieron al cable las manecitas negras y ascendió la niña, subió aquel cuerpo raro, forrado con lienzos color de carne—carne rosada, carne de blanco—hasta llegar á la barra del trapecio.

Abajo, los artistas de heterogéneos trajes — uno llevaba frac y pantalón negros, otro casaca azul y calzón amarillo, imbricados de lentejuelas cobrizas—sostenían la red, distraídos, mientras pasaban rápida revista á la concurrencia, y acaso sumaban mentalmente el producto de la entrada. En verdad, de nada había servido dedicar «la función inaugural de la temporada á la culta sociedad de aquella simpática villa.»

Alternaba uno que otro aplauso frío—era noche de invierno—con un ofrecimiento en las gradas, «los pasteles,» ó con el grito que habría crispado los nervios de los más tranquilos: «¡viva México!,» y las miradas convergían en el hombre de camisa desabotonada, cara pálida, gesto contraído y sombrero en bamboleos.

La niña de brazos negros y saludo promesa de agresión de un felino doméstico irritado, se sostenía en el trapecio pendiente de las puntas de los pies; se colgaba apoyada sobre la nuca; se columpiaba sentada sobre una silla, cuyos pies traseros apoyados sobre la barra, creeríanse soldados á ella; y después, prendida de las corvas, y en amplias oscilaciones el trapecio, se resbalaba con rapidez para quedar suspendida con las puntas de los pies; volvía á sentarse sobre la barra, y enviaba con las puntas de los dedos besos de agradecimiento á la concurrencia, por los aplausos que escasamente recibía.

De entre la banda color rosa separó un pequeño gancho que prendió al trapecio; se descolgó sosteniéndose con una mano, y con la otra colocó el cajoncillo de caucho entre los dientes; quedó suspendida con la cara vuelta hacia el cielo, las piernas dobladas, como si estuviese de rodillas, y las manos juntas, elevadas en actitud de oración.

Aplaudió el público suavemente.

Un artista tomó la cuerda que pendía del trapecio é imprimió un fuerte impulso á la niña, que empezó, siempre en la misma actitud, á columpiarse aceleradamente hacia adelante y hacia atrás.

El público no aplaudió, pero se oyó un rumor de aprobación.

De repente, nadie supo cómo—¿sufrió un calambre, una inesperada contracción, ó fué una ruptura de la cuerda que la sostenía?—soltóse y cayó contra la tierra del corral improvisado en circo.

Los artistas estaban seguros de esa última suerte, después de la cual la pequeña descendía, en posturas académicas, por la cuerda sujeta al trapecio, y habían retirado ya la red.

Un grito de espanto salió de cada boca.

El ebrio despertó y entonó su destemplado grito: «Viva México.»

—Shit! shit! fuera! fuera!

Los artistas corrieron para recoger el cuerpo de la niña.

Entre las cortinas de la puerta de salida de los artistas, apareció la cabeza de una mujer fea, vieja, ridícula.

—Dios mío, Dios mío! ¿qué le pasó?

Los que conducían el cuerpecito, silbaron muy por lo bajo: Shit, shit.

El «director de los trabajos» ordenó á los músicos, asustados, que habían suspendido su trabajo y se habían puesto de pie, que tocaran «la diana.»

Sonó el timbre anunciador de un nuevo acto, y se oyó á lo lejos la sacramental jácara del payaso.

El «Director ecuestre» salió limpiándose con la mano el polvo de su negro traje de etiqueta y arreglándose los hirsutos bigotes.

Rió el público por el ruido que producía el «chispeante clown mexicano» y sonó el latigazo con que invariablemente recibía al «Popular Toni» el enlutado director.

—Buenas noches, señor Gutiérrez, ¿cómo está usted?

—¡Eh! «Toni»— y nuevo latigazo.

Entonces se dejó oír un grito doloroso que venía del vestuario de aquella gente.

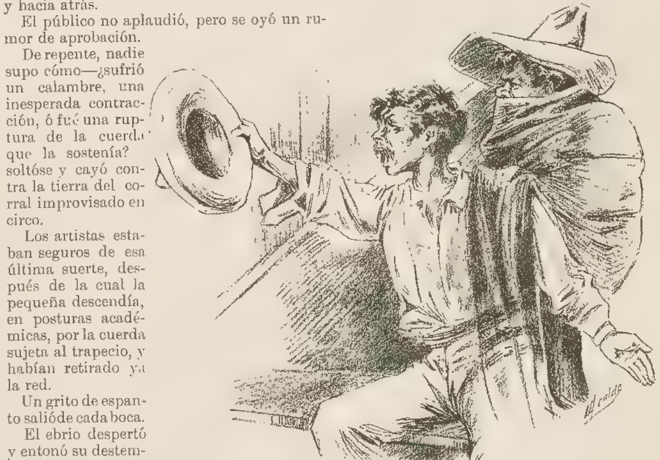
—Juan, Juan, se ha muerto Luisa por el golpe, se ha muerto Luisa.

Y la mujer vieja, fea, ridícula, salió gritando al enlutado director: Juan, Juan, se ha muerto Luisa!

Llegó hasta la puerta del redondel.

El director le lanzó una mirada furiosa, é hizo chasquear el látigo al mismo tiempo que gritaba muy alto: ¡Toni, pero ¿no oye usted que lo llama esa señora?

—Amarillo sí, amarillo no —contestó el payaso.



Los artistas se llevaron á la vieja, que se desmayaba.

—¡Qué escandalosa es Doña Antonia!—dijo «El Príncipe Rojo.»

Hubo un rumor extraño entre la concurrencia, y el ebrio de camisa desabotonada, cara pálida, gesto contraído y sombrero en bamboleos, se levantó sobre la grada en el paroxismo de su entusiasmo, y palmoteando con fuerza, gritaba locamente: «¡Diana, Diaaana! ¡Viva México!»

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.



COMITAN.—Cenizas volcánicas amontonadas en las calles.



COMITAN.—Una calle de los suburbios.

LA LLUVIA DE CENIZAS

La falta de vías rápidas de comunicación con el Estado de Chiapas, ha sido obstáculo para que, con la debida oportunidad, se conozcan en el resto del país los detalles relativos á la lluvia de cenizas observada el mes pasado, y á los perjuicios causados por ella en los distintos puntos de aquella comarca que abarcó el fenómeno.

Hemos publicado, sin embargo, algunas fotografías de Tuxtla Gutiérrez, tomadas durante la mayor intensidad del fenómeno, y una de Tehuantepec. Hoy ofrecemos dos vistas de Comitán: una del centro de la población, y otra de los suburbios. En la primera puede verse, amontonada, la ceniza que se juntó en algunas calles, y en la segunda, la capa que cubría el suelo, haciendo desaparecer los empedrados.

Comitán es una de las ciudades chiapanecas más prósperas, tanto por el desarrollo de su industria, como por lo activo de su comercio, y las pérdidas sufridas á causa del fenómeno, fueron relativamente considerables.



ESCENAS DE LA VIDA DE CUARTEL.—El aseo.

COMO UNA SOÑADA...!

¿De qué risueño y grato país viniste, bella;
de qué ribera dulce zarpó tu barca azul;
sobre qué vagos lagos te reflejaste, estrella,
que traes tantos sueños, que traes tanta luz?

Con tu presencia vienen las visiones de una
lejanía poblada de un perfume sutil;
cuando pasas envuelta en un rayo de luna,
por la senda florida de mi bello jardín.

¿Qué visión encantada pasó por tus pupilas;
qué ala blanca ha rozado tu frente; qué pensar
melancólico enciende tus miradas tranquilas,
que parece que buscas un ignoto ideal?

Abres enormemente tus ojos milagrosos
y ves á mi quimera con indomable amor.
Acaso eres su hermana.....! También de misteriosos
países ella vino hasta mi corazón.

También ella ha vivido en las brumas lejanas
que ocultan el encanto ideal de Thulé
y ha escuchado las voces del amor soberanas
que por la noche vienen tu cuerpo á estremecer.

....¿Quieres ir?....Vamos juntos á los vagos destellos
del Amor. En tu barca de misterio y de luz,
iré envuelto en la noche de tus luengos cabellos
á la playa de donde zarpó tu barca azul.

México, 1902.

MANUEL DE LA PARRA.

EL ORTO.

Es el amanecer, y cuando ufana
Salta la aurora iluminando al mundo,
Se oye un himno magnífico y profundo,
Como el eco triunfal de alegre diana.

Por la vaga extensión, una campana
Deja oír su lamento gemebundo,
Y por el campo ubérrimo y fecundo
Se dilata la luz de la mañana.

Todo saluda al sol, y dan al día
Las flores el matiz; el viento, aromas;
El arroyo, confusa parlería;

Un canto de verdor las altas lomas;
Su pincelada azul la serranía,
Y su erótico arrullo las palomas.

ENRIQUE GONZALEZ Y MARTINEZ.

PROYECTO DE ESCUELA DE BELLAS ARTES

Algunos datos acerca de la historia de las Escuelas de Bellas Artes, tomados de la tesis presentada en su examen de recepción por el señor Arquitecto ENRIQUE FERNANDEZ CASTELLO.

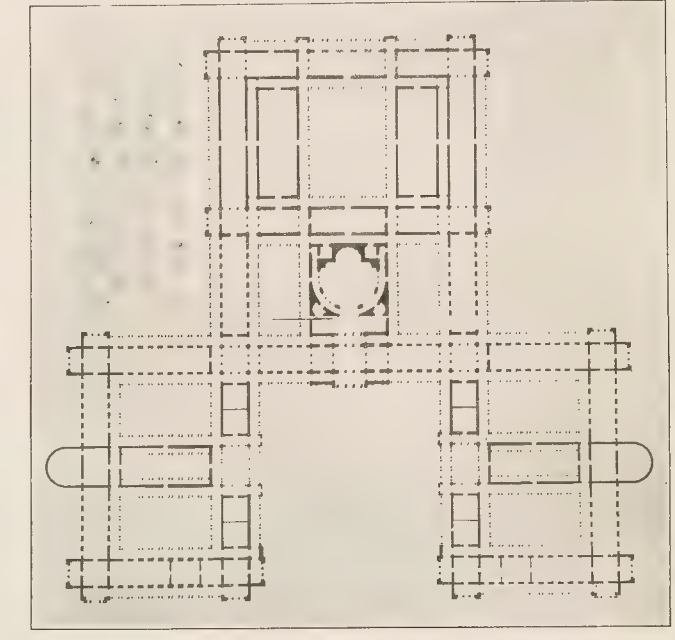
Hasta hace poco tiempo se confundía bajo el término genérico «Renacimiento» (palabra empleada por la primera vez por Vasari hacia mediados del Siglo XVI) las diversas manifestaciones del arte desde el Siglo XIV hasta el Siglo XVI. Recientemente, bajo el esfuerzo de la evidencia, ha sido necesario reconocer que han existido dos formas distintas de este gran movimiento: el Proto-Renacimiento, ó primer Renacimiento, y el segundo Renacimiento, es decir, el que en los Siglos XV y XVI llevó el arte á su perfección. Algunos especialistas establecen una tercera división: el período de la decadencia. Esta es, en el fondo, la división establecida por Taine en el siguiente párrafo: «La gloriosa época que los hombres están de acuerdo en considerar como la más bella de la invención italiana, comprende con el último cuarto del Siglo XV los treinta ó cuarenta primeros años del Siglo XVI. En este corto período florecen Leonardo de Vinci, Rafael, Miguel Angel, Andrea de Sarto, Frá Bartolomeo, Georgione, Ticiano, Sebastián de Piombo, Corregio, etc.; si pasáis hacia atrás ó hacia adelante, encontraréis hacia atrás un arte incompleto, hacia adelante un arte degenerado; hacia atrás, los investigadores secos, fríos: Paolo Ucello, Antonio Pollaiolo, Frá Filippo Lippi, Domenico Ghirlandajo, Andrea, Verrocchio, Mantegna, el Perrugino, Juan Bellini; hacia adelante, los discípulos exagerados, ó restauradores ó insuficientes, Julio Romano, el Rosso, Primatcio, Palma el joven; antes, el arte germina; después el arte se marchita; la floración está entre estos dos períodos y dura más de cincuenta años.»



Fachada principal.



Sr. Arquitecto Enrique Fernández Castelló.



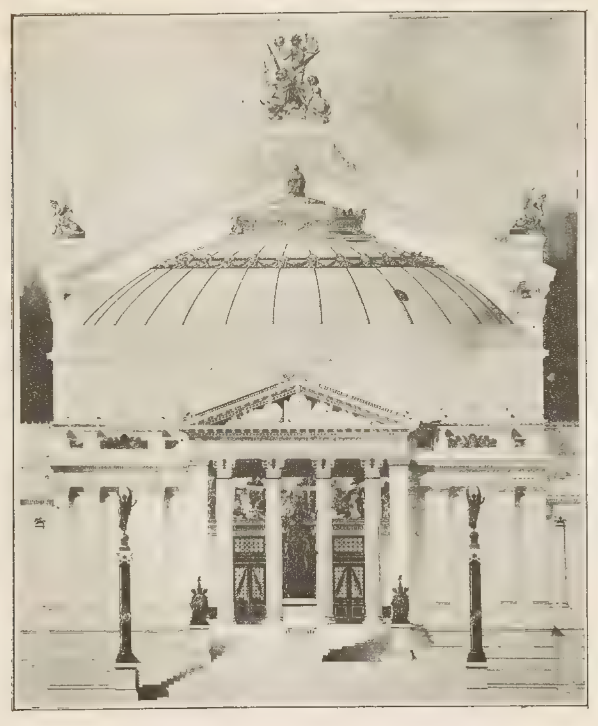
Planta general.

Lo que se afirma en esta época, es la diversidad individual de cada artista, y como consecuencia, una especie de empirismo del todo opuesto á los sistemas rigurosos de las grandes escuelas nacionales de la antigua y de la Edad Media.

Las corporaciones, tan florecientes en los Siglos XIII y XIV, declinan en el Siglo XV, para ceder el lugar, en el XVI, á las academias propiamente dichas. Florencia, Siena, etc., tenían corporaciones de pintores fundadas en los Siglos XIV y XV. Existía, además, la Academia de S. Lucas, fundada en el Siglo XIV.



Fachada posterior.

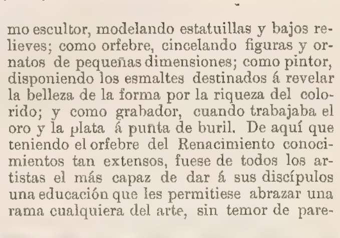


Detalle de la fachada principal.

Detalle de un pabellón.

En lo que toca á la educación de los artistas italianos en la época del Renacimiento, el joven que deseaba ser arquitecto, pintor ó escultor (como ahora se diría, «tener una carrera artística»), debía entrar casi niño, á los diez años, á veces á los ocho, al taller de un maestro y permanecer allí el mayor tiempo posible. La enseñanza que allí recibía era profesional. Los cursos públicos análogos á los de las universidades, eran enteramente conocidos en esta época.

Tres etapas bien caracterizadas, el aprendizaje, el compañerismo y el magisterio, marcan en el siglo XV los términos de la carrera de todo artista. La duración de las dos primeras pruebas, sobre todo de la segunda era bastante variable. En el taller del pintor florentino Neri de Bicci (1491), que era muy frecuentado, los aprendices se comprometían por un período de dos ó tres años. Algunos permanecían más tiempo, seis, siete ú ocho años, pero muchos se escapaban clandestinamente al cabo de pocos meses.



Uno de los rasgos más característicos de la enseñanza de las bellas artes en esta época, es que por el taller de los orfebres pasaron los artistas más notables: Brunelesco, Donatello, Gilberti, Ghirlandajo y otros tantos. Este hecho se explica por que el orfebre del Renacimiento, lo mismo que el de la Edad Media, estaba obligado á la teoría y práctica de todas las artes, pues le era necesario aplicarlas una á una en pequeña escala al hacer los cálices, candelabros, vajillas, etc. Trabajaba como arquitecto, haciendo nichos, columnas, pilastras, frontones y ventanas; como escultor, modelando estatuillas y bajos relieves; como orfebre, cincelando figuras y ornatos de pequeñas dimensiones; como pintor, disponiendo los esmaltes destinados á revelar la belleza de la forma por la riqueza del colorido; y como grabador, cuando trabajaba el oro y la plata á punta de buril. De aquí que teniendo el orfebre del Renacimiento conocimientos tan extensos, fuese de todos los artistas el más capaz de dar á sus discípulos una educación que les permitiese abrazar una rama cualquiera del arte, sin temor de parecer en ella insuficientes. Se le consideraba como el maestro por excelencia, puesto que los mejores arquitectos, pintores y escultores de entonces, salían de sus talleres.

Cuando nacieron la crítica, la historia del arte y la estética, que fueron el resultado de un soplo creador, comenzó la era de la reflexión, de la discusión y de las academias. El primer Renacimiento puede llamarse la edad de la orfebrería, puesto que ella había suministrado arquitectos, pintores y escultores. Esta práctica se perdió poco á poco; con cada generación, el número de orfebres capaces de brillar en la estatuaria, en la pintura ó en el arte de construir, disminuyó. Hacia el fin del Siglo XV y principio del XVI, se pueden aún citar Vitti, Peruzzi, Andrea del Sarto y Bandinelli. El período siguiente no cuenta más que Salvati, Benvenuto Cellini, Pompeo Leoni, Danti; y en fin, en las cercanías del Siglo XVII, un solo artista de nota representa estas tradiciones: Anníbal Arrache.



Plantas del Anfiteatro.

Leonardo de Vinci dice en uno de sus manuscritos: «Si quieres llegar á lo alto de un edificio, necesitarás subir escalón por escalón; de igual manera, si quisieres tener el verdadero conocimiento de las formas de las cosas, comenzarás por sus partes, y no irás á la segunda si no tienes bastante práctica, y en la memoria la primera. De otro modo perderás el tiempo, ó al menos, alargarás tu estudio. Aprende la exactitud antes que la rapidez.»

He aquí como el arte italiano se sostenía por la fuerte educación y la energía de los

hombres de ese pueblo, en su ascensión al ideal.

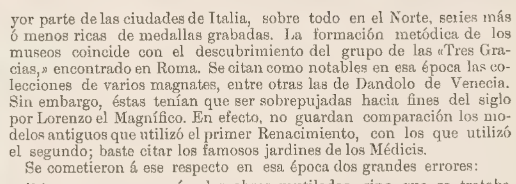
El mismo carácter enciclopédico, la misma omnisciencia que caracterizaba á los artistas del primer Renacimiento, se detuvo y aun desarrolló en los maestros de la Edad de Oro: Leonardo Vinci, Miguel Angel y Rafael. Reconociendo esto las mismas causas: estudio de la antigüedad, la incomparable gimnástica intelectual y el grado de cultura del medio en que se educaba el artista.

Así como en el período precedente los poetas y sabios ocupan el primer lugar, en este período los artistas, á quienes se les había visto confundidos con los obreros, se les ve súbitamente llenos de riqueza y de gloria: visten como caballeros, se les conceden títulos, etc., etc. Aun los reglamentos de las corporaciones se hacen más severos, prohibiendo á menudo la práctica del arte, no sólo á los aficionados, sino también á los extranjeros.

Desde el primer tercio del siglo XV se encuentran en la ma-



Detalle del Museo.—Fachada posterior.



yor parte de las ciudades de Italia, sobre todo en el Norte, series más ó menos ricas de medallas grabadas. La formación metódica de los museos coincide con el descubrimiento del grupo de las «Tres Gracias,» encontrado en Roma. Se citan como notables en esa época las colecciones de varios magnates, entre otras las de Dandolo de Venecia. Sin embargo, éstas tenían que ser sobrepujadas hacia fines del siglo por Lorenzo el Magnífico. En efecto, no guardan comparación los modelos antiguos que utilizó el primer Renacimiento, con los que utilizó el segundo; baste citar los famosos jardines de los Médicis.

Se cometieron á ese respecto en esa época dos grandes errores:

Primero, no se exponían las obras mutiladas, sino que se trataba de completarlas; y, en segundo, las tendencias literarias hicieron que se obstinaran en dar un nombre especial á cada una de las numerosas figuras antiguas.



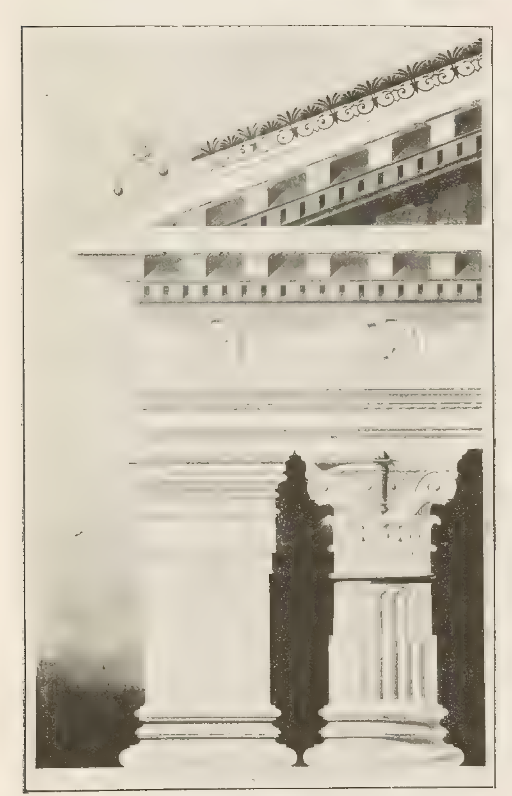
Dada esta incompleta idea acerca de la formación de lo que hoy se entiende por una Escuela de Bellas Artes, paso á la segunda parte de mi trabajo.

DESCRIPCION DEL PROYECTO.

Analizado el programa que se me dió, pude distinguir desde luego en el edificio cuyo proyecto tenía que desarrollar, dos grandes partes: la escuela propiamente dicha, y el museo anexo á ella.

Como la escuela era el asunto dominante, juzgué conveniente colocarla ocupando en su totalidad la fachada principal, de manera que su eje mayor quedase en esta misma dirección. La dividí en dos grandes alas, separadas por un gran patio de honor, colocado en el centro de esta misma fachada principal y limitado hacia el frente por una reja, que no dibujé en los planos para que no impidiera ver claramente la parte posterior de ese gran patio de honor, cuyo centro ocupa la gran sala de actos, que, por su importancia, debía estar en el lugar principal del edificio.

El ala de la izquierda está constituída, como tenía que ser, dado que se trataba de un edificio público y no de habitación, por crujías sencillas de igual importancia, en número de cuatro, y por otra transversal, las que á su vez limitan dos patios que por sus dimensiones bastan para dar la luz y ventilación necesarias á los diferentes departamentos. Tanto estos patios como el patio de honor, están rodeados de pórticos que facilitan la circulación en el edificio. La crujía anterior, ó sea la que da á la fachada principal, está ocupada por la Dirección y Secretaría de la Escuela. La que da á la fachada lateral, así como la crujía posterior, están destinadas á los estudios, «logias» y talleres. La crujía que da al patio de honor está ocupada por cuatro pequeños anfi-



Detalle del orden de la fachada principal.



Fachada lateral.

teatros para clases. Y por último, la crujía trasversal, ocupada en su totalidad por el salón de la biblioteca, y que corresponde al eje trasversal del ala, presenta en los extremos de este eje, hacia la fachada lateral, el anfiteatro de anatomía, y hacia el patio de honor, las escaleras que dan acceso á todo este departamento. Las intersecciones de las cuatro crujías exteriores determinan tres pequeños pabellones, y la cuarta intersección sirve para unir el ala con el resto del edificio.

El ala derecha, que es del todo simétrica á la anterior, tiene una distribución análoga, estando sólo reemplazados los servicios de Dirección y Secretaría por el de la mayordomía y tesorería, la biblioteca por un salón de juntas, y el anfiteatro de anatomía por uno destinado á la copia del desnudo.

En la fachada posterior, y con su eje principal orientado en el sentido de la longitud, esto es, perpendicularmente al eje principal de la Escuela, está colocado el edificio del Museo, constituído por cuatro crujías exteriores de igual importancia que las de la Escuela y que están destinadas á la exposición de pinturas, cuyas intersecciones motivan en los cuatro ángulos cuatro pabellones iguales á los ya descritos al hablar de la Escuela y que están destinados á la exhibición de medallas, acuarelas pequeñas, etc.; en una palabra, de objetos que por sus dimensiones necesiten verse á corta distancia.

Formando doble crujía con las salas de exposición ya descritas y separados de ellas por pasillos, están dos grandes salones, destinados á las obras de escultura.

En el centro del Museo, y por lo mismo en el eje longitudinal del edificio, se encuentra un gran patio, cubierto con una gran bóveda de cristales, y que sirve para la exposición de obras arqueológicas.

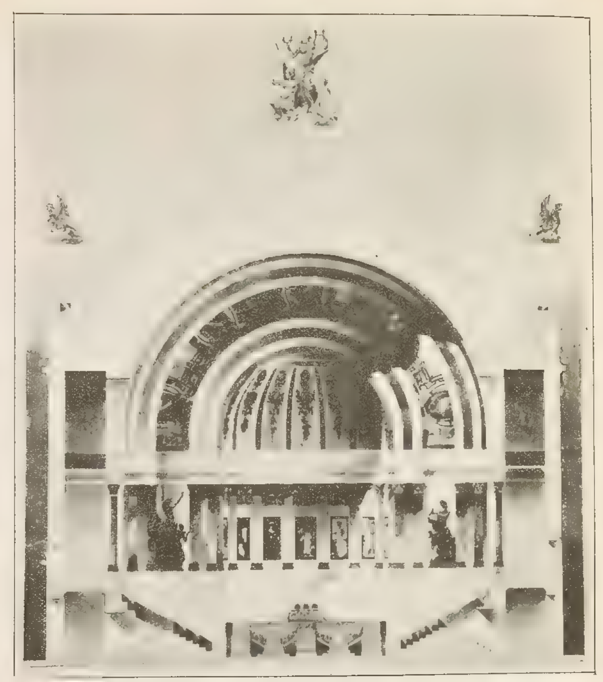
Uniendo el edificio de la Escuela con el Museo, y ocupando, como ya dije, el centro del edificio, se encuentra el gran salón de actos, colocado entre dos patios que, si se deseare, se podrían utilizar como galerías de escultura, cubriéndose con cristales, como lo está el patio de arqueología.

En la prolongación de las galerías de escultura y limitando estos patios, se encuentran dos departamentos destinados á talleres.

Por último, la crujía que une las dos alas que constituyen la Escuela y que está colocada al frente de la gran sala de actos, está destinada al gran vestíbulo colocado en el centro de ella y que precede á la mencionada sala, y á dos departamentos en los que están colocados los gabinetes de trabajo de los profesores.

El estilo general del edificio se podría considerar en el espíritu moderno francés, dada la predominancia del claro sobre el macizo, así como la forma de las techumbres, sobre todo las de los pequeños pabellones formados por la intersección de las crujías, que son unas pequebas cúpulas á la Mansard.

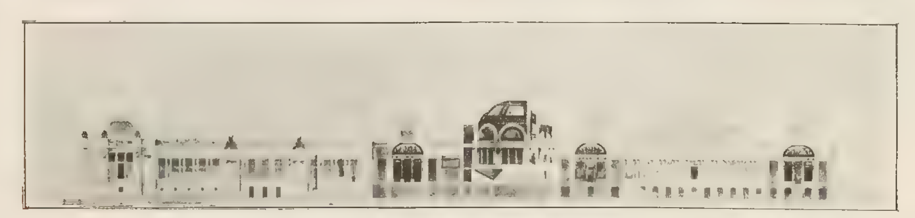
No creo necesario hacer las explicaciones relativas á las diversas fachadas, que sólo harían fatigosa mi descripción, y que serían inútiles, dadas las escalas á que presento esas fachadas, así como los detalles principales de las mismas y de la gran sala de actos.



Corte transversal del Anfiteatro.



Corte transversal.



Corte longitudinal.

El Mundo Ilustrado

AÑO IX.—TOMO II.—NÚM. 23. MÉXICO, DICIEMBRE 7 DE 1902.

Subscripción mensual foránea. $. 50
Idem Idem. en la capital, „ 1 25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



La Fiesta Escolar.—Parejas del Minué.

El despilfarro de la energía.

La perfección de una máquina, como la de un aparato, no consiste tan sólo en que dé productos acabados y bien acondicionados, sino también en que esté dispuesta en forma y modo de economizar la fuerza que consume y en acrecentar su rendimiento, en que el resultado se obtenga con el menor esfuerzo posible y sea el mayor posible.

Si para moler una carga de trigo se ha de necesitar el soplo del huracán en las aspas del molino, si para arrastrar una carreta ha de emplearse el empuje de una locomotora, si para levantar un fardo ha de exigirse la palanca de Arquímedes manejada por Encelado, y si es Hércules el que ha de hacer silbar la honda y lanzar la piedra de David, molino, carreta, palanca y honda, resultan imperfectas, defectuosas, torpes en su función y mezquinas en sus resultados.

Lo que pasa en los organismos inertes que llamamos máquinas, se verifica igualmente en las máquinas vivientes que llamamos organismos vegetales, animales y sociales. Emplear robustas encinas para producir raquíticas bellotas, organizar y amontonar esqueletos monstruosos, musculaturas desmesuradas para llegar á la inerte somnolencia del hipopótamo, serían faltas imperdonables en un mecanismo, faltas en que la naturaleza incurre con tanta frecuencia. Por el contrario, la espiga cuyos granos pesan más y son más nutritivos que la caña en que maduran, el insecto que pesa miligramos y despliega fuerza y agilidad sorprendentes, son modelos acabados de la economía en la materia y en la fuerza con el máximo rendimiento del aparato.

En el orden mental y moral ocurre lo mismo. Hay inteligencias que trabajan con exceso y se fatigan con extremo para llegar á concepciones insignificantes ó vulgares, y en ocasiones, pasiones volcánicas, con hervores de calderas, y resoplidos de fragua y conmociones de volcán, se disipan en inconsistentes humaredas, en llamaradas de petate y en histéricas convulsiones de terremoto.

En este orden de ideas, á cada paso tropezamos con mecanismos y maquinarias de una horripilante ó de una desoladora imperfección. Hay erudito que consume su actividad y su vida en el estudio y en la investigación, que amontona en volúmenes inacabables sus ideas y sus meditaciones, y que no llega jamás á descubrir un hecho nuevo, ni á sentar una ley natural, ni á explicar un fenómeno, ni á prever un suceso, ni á plantear una regla ni á encontrar una solución. Dialécticos conocemos que pasan su vida razonando, polemizando, debatiendo, que ensartan deducciones como chaquiras, que hacen ramilletes vistosos de inducciones y que nada logran resolver, ni dirimir ni probar. La historia de la filosofía y de la vieja ciencia, abundan en ejemplos de esta clase de inteligencias que, como las máquinas primitivas, son enormes y desproporcionadas y meten un ruido y traen un traqueteo infernales para nada producir ni nada rendir.

En el orden moral hay seres también imperfectos que gastan dosis formidables de ambición, de pasiones, de emociones, para no salir jamás de la medianía y, en ocasiones, para sólo labrar su ruina y sembrarla alrededor suyo.

En lo que se llama el mundo de los negocios, abundan esta clase de tipos: financieros volcánicos, atestada la cabeza de proyectos colosales, de empresas estupendas, creadores de combinaciones que costarán uno y producirán mil, explotadores de negocios nuevos, de cultivos exóticos, de industrias translunares, condenados á la camisa sórdida, al zapato destalonado y á la miseria negra.

Hay poetas que arden solos, que se incendian espontáneamente, que estallan al menor choque y que, después de muchos paraísos artificiales y muchos infiernos naturales, dejan en calidad de obras completas una cuarteta de álbum ó un soneto patriótico.

En punto á despilfarro de energía y á pobreza y mala calidad de productos, nada es comparable á los malhechores, como no sean los viciosos. ¡Cuánto afán, cuánta labor, cuánta lucha, cuánto sufrimiento y cuánta humillación hay que pasar en la vida cuando se quiere vivir en el ocio y los placeres, y cuánto se tiene que padecer en la existencia para darse la satisfacción de morir en el patíbulo!

Una anécdota á este propósito: Junto á un labrador cubierto aún del fecundo sudor del trabajo, pasa un anacoreta.—Padre, le pregunta el campesino, ¿es verdad que ustedes van siempre descalzos? —Sí, hijo mío.—¿Que no usan camisa?—Sí, hijo mío.—¿Que duermen en el suelo?— Sí, hijo mío.—¿Que comen tan sólo yerbas?—Sí, hijo mío.—¿Que viven de limosna?—Sí, hijo mío.—¿Que sufren toda clase de humillaciones? Sí, hijo mío.—¿Que se condenan á no tener mujer ni hijos?—Sí, hijo mío.—¡Cuántas penas y cuántos dolores —agregó el labrador—sufren los hombres con tal de no trabajar!

A los viciosos, á los ladrones y á los bandoleros les viene admirablemente el saco y puede decírseles lo que Juan Valjean á Montparnasse:—«Ah! quieres holgar? pues prepárate para trabajar.—Ah! quieres gozar? pues prepárate para sufrir».

Toda la moral humana está condensada en esas frases.

Dr. M. Flores



AUREA.

Son color de oro viejo tus cabellos,
Y como en tus dos ojos se reflejan,
De tus pupilas en el fondo, dejan
De oro viejo el color que tienen ellos.

Y áureos por eso son tus ojos bellos,
Y por su luz y su color semejan
Dos soles en ocaso, que se alejan
Circundados de fúlgidos destellos.

Por eso áurea eres tú, y á tu cabeza,
Color de hoja otoñal, esplendoroso
Nimbo, como un encaje, la circunda.

Aurea se mira así Naturaleza
Cuando del sol un rayo luminoso
De grana y oro el horizonte inunda.



La boca de Cloris.

La boca que á besar Cloris me ofrece,
Fruto es de estío de dulzura lleno.
Que oculta entre su miel letal veneno.
Quien la llega á besar muerte padece.

Y es una tentación; roja, parece
Temprana flor cuando desvuelve el seno;
Y mientras más el apetito enfreno,
Más el deseo de besarla crece.

Mas ¿qué mucho morir, si siempre vela
La Muerte tras nosotros en acecho
Y por llevarnos á su reino anhela?

Nadie á vida inmortal tuvo derecho.
Pues dame un beso, Cloris; de esta suerte
Como él tan dulce me será la muerte.

Joaquín D. Casasús.

Importantes Prácticas Militares

VOLADURA DE UN PUENTE

UNA experiencia de verdadera importancia se efectuó el domingo pasado en los llanos de Anzures. Nos referimos á la voladura de un puente militar de caballetes, por medio de cargas de dinamita.

Los alumnos del Colegio Militar, bajo la dirección del capitán segundo de la Plana Mayor Facultativa de Artillería, Gabriel Terrés, construyeron el puente, que medía 30 metros de longitud, 2 y medio de anchura y 3 y medio de elevación. Los trabajos duraron cuatro días, y tanto la forma de los caballetes como la del puente, se ajustaron en todo á las reglamentarias del equipaje de puentes militares del ejército francés.

En esta obra hicieron su práctica los alumnos del Colegio Militar que en el presente año cursaron la clase de Puentes y Aerostación; y á fin de demostrar la solidez de la construcción y los servicios que ésta pudiera prestar á un ejército en campaña, la Secretaría de Guerra dispuso que sobre ella pasaran cuatro secciones de caballería y una batería mínima.

Estas maniobras se efectuaron por la tarde, en presencia del Sr. General D. Bernardo Reyes, Secretario de Guerra y Marina, quien se presentó en Anzures acompañado de su Estado Mayor y de los Generales Huerta y Villegas.

Así que hubo examinado el puente y dictado algunas disposiciones, el señor Ministro ordenó que pasara sobre aquél la artillería de campaña y después las cuatro secciones de caballería. Regresaron los dragones y, durante el paso de éstos y de las bocas de fuego, se vió que el puente permanecía innamovible, con lo cual quedó demostrada su buena construcción y las facilidades que podría prestar.

El puente se construyó en la confluencia de los ríos San Joaquín y de los Morales, cerca de la calzada de la Verónica.

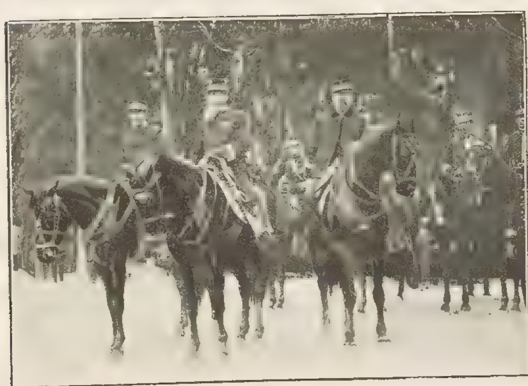
Terminadas las maniobras militares, se procedió á la voladura de la obra, por medio de petardos provisionales. El Sr. Teniente Coronel D. Enrique Mondragón, Director de la Escuela Nacional de Tiro, con el personal necesario de sus alumnos, fué el comisionado por la Secretaría de Guerra para llevar á cabo la voladura mencionada.

El señor Ministro y sus acompañantes, así como el numeroso público que asistió á las importantes experiencias, se alejaron á una respetable distancia del puente, á fin de evitar un accidente desgraciado durante la voladura.

En seguida se procedió á la preparación de petardos con pólvora Borlinete, é inmediatamente se colocaron las cargas en los caballetes del puente. La expectación pública era muy grande, pues todas las personas allí presentes aguardaban con ansia el momento de la explosión. Generalmente se creía que al inflamarse los petardos no quedarían ni restos del puente, pero tales suposiciones eran exageradas, pues sólo se trataba de inutilizarlo para el paso de la artillería.


El puente, antes de la voladura.


Después de la voladura. —Restos del puente.


El señor Ministro de la Guerra presenciando el paso de la artillería.


La preparación de petardos.



La voladura del puente.

Por fin se vió que del suelo se levantaba una gran columna de humo y tierra, é instantes después se escuchó una fortísima detonación. Una serie de explosiones sucedió á la anterior; y así que todos los petardos produjeron sus efectos, el señor Ministro se dirigió al lugar donde se levantó el puente para ver el estado en que éste se encontraba.

Los resultados de la experiencia fueron satisfactorios, pues la construcción quedó inutilizada por completo, en pocos minutos.

Las experiencias se repitieron el jueves.



Felícitas

«......Todos, como te he dicho, estamos bien; sólo la pobre Felícitas parece encontrarse peor que otras veces, y el doctor teme que, con la llegada del invierno, no pueda vivir muchos días. Creo que, viéndote, la infeliz sentiría un gran consuelo.»

Este era el párrafo final de la carta que una de mis hermanas me dirigía, para informarme de las nuevas de casa, durante mi pasajera ausencia. Y Felícitas, de quien aquellas líneas hablaban tan poco satisfactoriamente, era la buena, la servicial, la siempre adicta criada que años tras años había servido incondicionalmente á la familia.

Mis hermanos y yo casi habíamos perdido la noción exacta del tiempo de sus servicios. Al abrir yo los ojos á la vida, la había encontrado ya en la casa; su recuerdo estaba ligado á todos los de mi niñez. Mis hermanos mayores sí guardaban memoria de su ingreso: una vez en que faltaba una sirvienta, presentóse cierta mujer ya entrada en edad, en compañía de una joven, casi una niña, demandando trabajo para esta última, de quien era tía y única parienta. Y en la casa fué recibida la muchacha, no sin algunas vacilaciones previas de parte de mis ascendientes, que atados aún á viejas preocupaciones, preferían para su servidumbre personas de madura edad y cuya conducta no exigiese la vigilancia y el continuo sobresalto en que viven las buenas madres de familia que tienen mujeres jóvenes á su servicio.

Admitida al cabo la joven, retiróse la tía, no olvidándose de hacer todo género de recomendaciones respecto á su sobrina. Desde su acomodo, la fámula había obtenido permiso para salir dos veces al mes, por la tarde, y de esta licencia aprovechábase siempre que la tía viniese por ella; pues entre las recomendaciones más importantes de la vieja, se contaba la de no permitir á la muchacha pisar la calle sin la compañía de su «única» parienta. Sin embargo, muchas ocasiones se daban en que la recamarera no hacía uso del permiso durante dos quincenas, por ausencia de su tía; pero al término de este plazo, que coincidía con el pago del «mes,» la vieja tía lograba robar un momento á sus quehaceres, para acudir en busca de su sobrina y proporcionarla algunas horas de libertad. Mas á la quincena siguiente, fácil era asegurar que la buena Felícitas se quedaría sentada en la azotehuela, inútilmente entretejido en la trenza el lazo de listón azul, inútilmente sacados del baúl el rebozo «coyote» y la enagua de holanes, inútilmente en espera de la tía, á quien sus quehaceres impedían presentarse á menudo.

Y el carácter de la criada era incapaz de rebelarse ante estas contrariedades. Cuando la tarde del domingo, esperada con tanto anhelo, agonizaba antes de que la única parienta hubiese aparecido, la recamarera, un poco más triste tal vez, pero sin proferir una queja, volvía á doblar cuidadosamente el rebozo «coyote», cambiaba la enagua recién planchada por la de trabajo, y penetraba á las habitaciones á reanudar la diaria tarea, á encender las lámparas, á preparar las camas ó entrecerrar las maderas de los balcones.

Su espíritu era de una completa pasividad, producto tal vez de algunas generaciones de antepasados nacidos y muertos en la esclavitud del trabajo miserablemente remunerado, en la existencia del pobre indígena de los campos, sometido á todas las brutalidades del amo y sin recibir de él más que el puñado de maíz para su sustento y el pedazo de burda tela para su abrigo.

Llegó vez en que la tía no apareció por la casa durante mucho tiempo, y, alarmada la sirvienta, manifestó sus zozobras á los amos. Mi padre escribió á la primera autoridad del pueblo en que moraba la vieja, pidiendo informes acerca de ella, pero éstos no fueron nada satisfactorios: se ignoraba también allí su paradero.

Desde entonces se conceptuó á Felícitas como privada en absoluto de allegados, y, con el tiempo, fué vista por todos como una hija adoptiva de la familia. La muchacha lloró sinceramente la desaparición de aquella mujer, que había sido, á pesar de todo, su más vivo afecto; pero resignóse al cabo y terminó por hallar el lenitivo de su pena en el calor de aquel hogar al cual sentíase ya ligada por fuertes vínculos de cariñoso reconocimiento. Su situación mejoró un tanto; á repetidas instancias de mi padre, que amaba la libertad de todos, permitíase á Felícitas salir en compañía de las demás sirvientas, cuya conducta nada hacía sospechar, y algunas veces también encargábasela de acompañar en su paseo á mis hermanos mayores, niños aún.

Pero después de cierto tiempo, aconteció algo que vino á desconcertar la pacífica existencia de aquella infortunada criatura. Una noche en que mi padre entraba al comedor, después de haber pasado la mayor parte del día en su bufete, instalado en uno de los edi-

ficios más importantes de la ciudad, fué recibido fríamente por mi madre, que había acabado de cenar, hacía ya buen rato. Estas situaciones de espíritu no eran raras en ella, que tomaba á pechos, muy á menudo, verdaderas nimiedades, cosa que mi padre no ignoraba. Sentóse, pues, á la mesa, dando principio á las viandas que diligentemente había traído Felícitas, esperando en calma á que mi madre se desahogara de la agitación que la poseía.

Cuando el último plato estuvo en la mesa, Felícitas fué despedida con un «vete á cenar; ya te llamaré,» pronunciado secamente por mi madre, y quedaron en el comedor mi padre, mi madre y mis dos hermanos mayores.

—Harías bien—prorrumpió al fin mi madre—en no volver á enviarnos á Julián, bajo ningún pretexto.

Julián era el criado del bufete de mi padre; un mocetón de veinte años, con cierto aire de bestia, brusco en palabras y movimientos y con algo de taimado en su actitud.

—Por qué?—preguntó mi padre—Ha cometido alguna falta? Rompió algo?

En pocas palabras fué explicado el motivo: había llegado por la mañana, conduciendo ciertos objetos de que mi padre le hiciera encargo; todo estaba perfectamente, y se le había despedido en seguida; pero aquel idiota, en vez de alejarse, se había detenido en un rincón del patio, detrás de la escalera, en donde platicaba sigilosamente con Felícitas cuando mi madre les sorprendió. No cabía la menor duda; el criado y la recamarera se entendían; dijéralo si no aquella turbación con que la muchacha subió á reanudar sus labores del día.

Mi padre tuvo una sonrisa de benevolencia.

Y eso qué? Si se querían, podrían casarse. Ella era una magnífica mujer, digna de buena suerte; él, aunque no de lo mejor, pues tenía el defecto de rehuír el trabajo á la menor ocasión, no había dado motivos para que se le expulsara. En fin, acaso podrían ser felices...

Pero mi madre no opinaba del mismo modo. Feliz la muchacha uniéndose con aquel taimado que á la mejor la plantaría en la calle? Qué mayor felicidad podría ambicionar que la de vivir siempre en aquella casa en donde era objeto de consideraciones que acaso no había soñado siquiera? Iba á sacrificar sus



comodidades para seguir á un hombre que la engañaría desde el día siguiente, que la engañaba ya, abusando de la inocencia de sus pocos años? No, y cien veces no!

Protestaba ciegamente contra el atentado, celosa tal vez de aquel que venía á arrebatarle algo que ya mi madre conceptuaba como suyo, dominada por cierto prejuicio contra el hombre vulgar é inculto, el hombre del pueblo, seductor de infelices obreras, ebrio consuetudinario, incapaz del menor sentimiento de nobleza. Olvidaba, en su arrebato de mujer decorosa y un tanto cuanto rígida, creyendo obrar con la mayor justicia, olvidaba el imperio absoluto de esa necesidad de afecto que ella misma había experimentado en su juventud, antes de conocer á aquel á quien había rendido el alma; ese llamado inolvidable del amor que golpea en nuestro corazón anunciando un mundo nuevo, lleno de deleites y de ternuras infinitas, generador de alientos, fuente de energías para recorrer hasta el fin el agrio sendero de la vida, y manantial sagrado de plegarias á la buena, á la fuerte, á la bendita y omnipotente madre Naturaleza.

Accedió al cabo mi padre, el criado no volvió á la casa, y mi madre extremó su vigilancia sobre la infortunada recamarera.

Felícitas, por su parte, no tuvo una sola queja para quienes así la privaban de un afecto en que ella había tal vez empeñado el alma entera; sometióse á la voluntad de aquellos que seguramente tendrían razones de gran peso para obrar así, y ahogó en su corazón aquel amor naciente á través del cual creyó haber adivinado infinitos espacios llenos de luz y de maravillosas concepciones.

Por aquel tiempo vine yo al mundo. Difícil hubiera sido asegurar si los brazos de mi madre mecían mi sueño más amorosamente que los de Felícitas. Desde los primeros días de mi existencia, jamás escasearon para mí las atenciones y los desvelos. Cuando mi madre abandonó el lecho, y, aprovechando los momentos en que el sueño me hacía suyo, íbase á vigilar las labores de la casa, repetidas veces, á su regreso, sorprendía á Felícitas cerca de mi cuna, meciéndome suavemente, contemplándome en éxtasis: una viva turbación se apoderaba de ella, balbucía alguna frase ininteligible y se alejaba en seguida á reanudar su trabajo abandonado por un momento.

Insensiblemente llegó á ser ella la encargada de mi cuidado. Por la mañana, apenas despertaba yo, Felícitas venía á buscarme, abrigábame con la mayor solicitud, levantábame de la cuna en que había pasado la noche, y, cubriéndome de caricias, estrechábame contra su corazón, con un amor muy vivo que no pudo pasar mucho tiempo ignorado para mis padres. Horas y horas pasaba contemplándome con una mirada vaga en que palpitaban todos los ensueños de su ser. Tal vez mi presencia había despertado en ella el sagrado instinto que es la vida de la humanidad, y ausente del afecto que florece y esparce su polen para fecundar incesantemente los campos de la existencia, soñaba en que yo era el fruto de aquel amor que había cruzado un día cerca de ella, acariciándola fugitivamente con la dorada punta de sus alas; acaso experimentaba la dolorosa angustia de no ser ella quien acercaría á mis labios el almíbar de la vida, haciéndome sangre de su sangre, floración de todas sus energías, forma palpable de todos sus ensueños.

Después de mí, otros hermanos vinieron, pero ninguno logró alcanzar aquel cariño tan grande, tan vehemente, tan desinteresado, que Felícitas abrigara hacia mí. Y yo también llegué á nutrir mi alma de niño con aquel afecto; á ella, más que á mi madre, acudía en todas mis querellas, seguro de encontrar mayor benevolencia en su acogida; cuando era objeto de castigo de parte de mis mayores, corría en pos de Felícitas, las lágrimas en los ojos, repleta de sollozos la garganta, y á la voz de mis quejas también el llanto asomaba á sus párpados, y me estrechaba nerviosamente contra su pecho, en un transporte sentimental de aquella alma cándida, de aquella alma ingenua y transparente como el agua que corre sobre lecho de rocas, retratando en sus cristales la infantil angustia que me oprimía.

....

Y ahora, aquella carta me anunciaba lacónicamente el probable fin cercano de la mujer que más me había querido en el mundo, á través de treinta años de prueba. El sentimiento de un deber, asociado al amor que abrigaba para aquella mártir silenciosa de un error involuntario, impulsóme á acelerar mi



regreso, y en tanto que éste se realizaba, contesté la carta en cuestión, manifestando que pronto estaría de vuelta en el paterno hogar.

Aguardé, pues, impacientemente, los tres días que aún debía permanecer alejado de la familia; tenía yo algunos pequeños asuntos por ultimar, y además, la víspera del día fijado para mi partida, fuí invitado por uno de mis buenos amigos de la localidad, para asistir á una cena de confianza con que deseaba obsequiarme antes de despedirse de mí.

Más de la media noche sería cuando abandoné la casa de mi amigo, en donde la buena mesa, la música y la conversación de las mujeres hermosas me habían proporcionado deliciosos momentos. Llegué al hotel en que me hallaba alojado, mi equipaje estaba casi hecho; dejé para el día siguiente su terminación y me metí en el lecho, acariciado aún por el recuerdo de las breves horas precedentes.

Pero cuando volví á abrir los ojos, asombróme el ver que mi cuarto se encontraba lleno de luz, y salté apresuradamente. El reloj persuadióme de que, por desgracia, la hora de partida había pasado ya. Me había dormido como un podenco.

Tuve, pues, que resignarme á esperar un día aún; pensé que sería oportuno aprovecharlo correspondiendo al obsequio de que era deudor, y dirigí una esquela á mi amigo, invitándole, en unión de su familia, á aceptar el almuerzo con que deseaba manifestar mi reconocimiento. Elegí el almuerzo, temeroso tal vez de que pudiera acontecerme nuevamente lo que no cesaba de lamentar, y en las primeras horas de la noche regresé al hotel, dirigiéndome á la administración en busca de un criado á quien recomendar la hora fija en que debía despertarme.

Y al día siguiente, cuando el criado llamó á mi puerta, puso en mis manos un mensaje recibido la noche anterior. El mensaje decía: «Esperábamos tu llegada hoy, según aviso. Felícitas acaba de morir; expiró pronunciando tu nombre.»

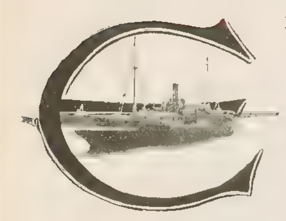
La noticia me dejó helado. Lo sentí mucho, verdaderamente.

A. González Carrasco.

Tacubaya.

Obras en los Puertos.

El nuevo Muelle de Tampico.



El ensanche cada día más rápido de nuestras redes ferrocarrileras, y el desarrollo que al amparo de un gobierno estable y previsor adquieren las relaciones comerciales de nuestro país con las naciones extranjeras, hacía indispensable la implantación en los puertos de las costas mexicanas, de todas aquellas mejoras directamente encaminadas, tanto á proporcionar á los buques las facilidades necesarias para la carga y descarga, protegiéndoles contra las fuertes avenidas y los vientos, como á lograr hacer de aquellos puntos insalubres y mortíferos, en su mayor parte, lugares perfectamente saneados y habitables.

Así, vimos inaugurar, con grandes demostraciones de regocijo, las colosales obras de Veracruz, que tan elogiadas han sido, no sólo en México, sino en el extranjero; y vemos que en Manzanillo se llevan á cabo en la actualidad trabajos muy importantes. En Salina Cruz y Coatzacoalcos se han emprendido también obras de cuya utilidad se espera, con razón, una suma de bienes incalculables.



El muelle visto por el lado Este.

Por lo que toca al puerto de Tampico, uno de los más notables en el día por lo activo de su comercio, tenemos que agregar á las notas que con relación á sus progresos ha dado ya nuestro semanario, lo referente al magnífico muelle de acero construído para reemplazar al de madera que allí existía y que fué, no hace mucho, destruído por un terrible incendio.

La inauguración del muelle mencionado se efectuó el veinte de noviembre último, sin pompa alguna, debido á que las exigencias del tráfico no permitían que se retardara por más tiempo. El vapor «Cromarty,» de la «Cuban S. S. Line,» fué el primero en atracar, siguiéndole el «Copella,» de la «Hárrison,» y el «Syria,» de la «Hamburg American Line.»

No obstante que, como decimos, la inauguración no tuvo el carácter de una fiesta, el muelle se vió muy concurrido. A las siete de la mañana, hora en que atracó el «Cromarty,» había en la playa muchas personas que esperaban el arribo del barco.



Vista desde el Río Pánuco.

El aspecto que presentaba el muelle con los tres grandes vapores efectuando sus maniobras de descarga, fué de lo más sugestivo. En una de las fotografías que publicamos, puede verse con qué facilidad se llevan á cabo esas maniobras. Dentro del «tinglado» están los carros del Central Mexicano, correspondiendo el piso de los furgones al nivel de la parte del muelle destinada á la línea ferrocarrilera. A un lado queda el soberbio edificio aduanal, recientemente inaugurado, con sus espaciosos almacenes y oficinas, que alumbra una dotación, propia, de luz eléctrica.

La construcción del muelle es de lo mejor que se conoce, y los materiales de que se compone lo ponen á cubierto, tanto de la acción destructora de las olas, como de los incendios En cuanto á su capacidad, se considera más que suficiente para el tráfico ordinario.

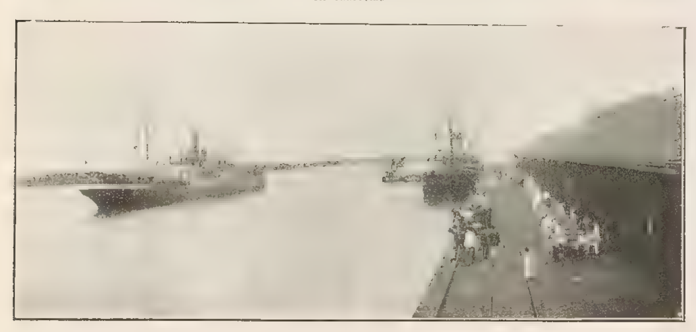
Por demás está decir que con esta mejora



Los vapores en el muelle.



El cobertizo



El "Syria" y el "Cromarty."

el comercio resulta altamente beneficiado, y que Tampico alcanzará muy pronto el más alto grado de prosperidad, pues terminados los trabajos de la nueva línea que el Central ha comenzado á construir entre México y aquel punto, su comunicación con el centro del país será más fácil y más rápida.

***

Las fotografías del muelle que aparecen en nuestras columnas, nos fueron galantemente facilitadas por el señor J. Ibáñez Delhom, fotógrafo muy aventajado de Tampico.

HOJA DE ÁLBUM.

Grabar debieran el Amor y el Arte
en pentélico mármol tu hermosura;
el Arte, cual espléndida escultura,
y Amor, cual Pigmalión, para adorarte.

Y yo quisiera el pedestal labrarte
donde serena, y arrogante y pura,
prodigio de estatuaria, tu figura
se irguiera, como helénico estandarte.

¡Quimérica ilusión! Hechos pedazos
del cruel destino por los férreos brazos,
rodaron entre el polvo mis cinceles,

y dejo que cantando sus amores
se acerquen á tu altar los trovadores
á conquistar olímpicos laureles!

Francisco Izábal Iriarte.

PENSAMIENTOS.

Cuando se corre tras del talento, se atrapa la tontería.—Mme. Deshoulieres.

***

Las desgracias no comprendidas son las más terribles.—Mme. E. Girardín.

***

La astucia no puede durar largo tiempo contra la sinceridad.—Mme. Montmarsón.

***

El más grande arte de un hombre hábil consiste en ocultar su habilidad.—Mlle. de Lespinasse.

PÓRTICO.

Quiero labrar un cáliz peregrino
para enterrar mis sueños de belleza,
cuando de mí se aleje la tristeza
asperjando de flores el camino.

Hoy que comprendo que en mi ser empieza
la noche del amor, quiera el destino
que tallar pueda un cáliz peregrino
para enterrar mis sueños de belleza.

Y al ver la imagen de Yolanda impresa
en mi espíritu, imploro del destino
(cuando de mí se aleje la tristeza)
que tallar pueda un cáliz peregrino
para enterrar mis sueños de belleza! ....

R. M. Rubio.

COPO DE NIEVE.

Colombina llora,
Colombina ríe,
Colombina quiere
morir y no sabe
por qué...

Pierrot, todo blanco,
de hinojos la implora,
la besa y le pide
perdón, y no sabe
de qué...

La luna sonríe,
la señora luna...
Y nadie ha sabido,
ni sabrá ni sabe
por qué...

Manuel Machado.

VIDA NUEVA.

Rindan otros insano vasallaje
al prócer que en el auge resplandece,
y extremen la lisonja que envilece
y consientan la befa y el ultraje.

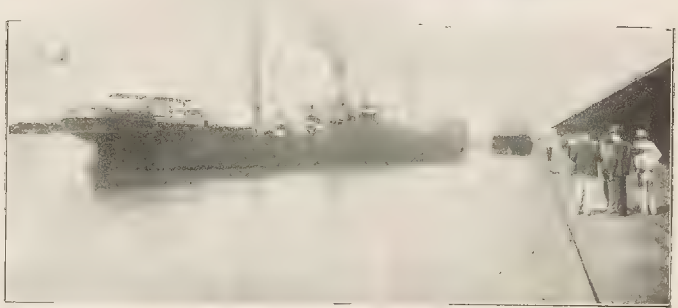
Bridón sin ligaduras ni rendaje
que en los vírgenes bosques aparece
quiere ser mi opinión, que se envanece
de su impulso libérrimo y salvaje.

Con mezcla de Cirano y de Quijote
anhelo conseguir que nunca brote
la servil alabanza de mis labios;

y he de cambiar desprecios por desprecios,
y he de odiar el elogio de los necios
y he de amar la censura de los sabios.

Ramón A. Urbano.





El "Capella" atracando en el muelle.

La Fiesta Escolar

BRILLANTE ÉXITO.

Pocas veces, sin duda, se habrá efectuado en México una fiesta tan simpática y conmovedora como la que el martes por la tarde se verificó en el teatro Arbeu, con asistencia del Sr. Presidente de la República, de altos funcionarios de la administración y de numerosas familias de la mejor sociedad.

Nos referimos al festival organizado por el Sr. Director de Instrucción Primaria, Ing. Miguel F. Martínez, y en el cual tomaron parte los niños de las escuelas oficiales.

La celebración de un acto de esta naturaleza es más significativa de lo que á primera vista parece: es la confirmación plena, la prueba concluyente de lo mucho que ha hecho el Gobierno en beneficio de la educación del pueblo, esforzándose por implantar en el país los modernos sistemas de enseñanza.



Almonte y dos jefes insurgentes dando órdenes antes de la defensa del fuerte de San Diego.

La fiesta escolar confirma nuestra opinión: el simulacro de defensa de San Diego por los insurgentes (19 de febrero de 1812), durante el sitio de Cuautla que hizo inmortal el nombre de Morelos, es, al par que una lección de historia patria, que no olvidarán nunca los niños, una bella lección de civismo, que deja en sus almas recuerdos imborrables y muy gratos.

El Juego de la Cosmografía, otra hermosa lección aprendida «de bulto,» si cabe la frase, fué de lo más llamativo: las niñas que en él tomaron parte hicieron derroche de gracia. Se supone que al salir de la clase las pequeñuelas, tratan de divertirse: Julia Mons, que fué la que dirigió el juego, escoge entre sus compañeras, para que represente el sol, á la más guapa, y separa á las otras en grupos que representan las constelaciones del Zodíaco, designando á cada una de las niñas como una estrella.

Una vez que pueden distinguirse las «estrellas» por sus nombres impresos sobre bandas que les coloca sobre el pecho, designa á las que, con los ojos vendados, deben adivinar los. Recorren entonces las niñas el foro, y á una indicación de su directora de juego, se detienen para pronunciar el nombre de una de las constelaciones. La que acierta, pasará á desempeñar el papel de la Tierra, y el Sol le designa á la Luna como su inseparable satélite. La Luna gira después al derredor del planeta, siguiéndola en un vals que baila con desenvoltura y corrección.

No fueron éstos los únicos números del programa que despertaron el interés de la concurrencia; el «Homenaje á la Ciencia» fué un cuadro verdaderamente hermoso, y que nos abstenemos de describir, tanto porque «El Imparcial» lo hizo ya pormenorizadamente, como por la falta de espacio. La recitación del poema de Rafael Obligado, «Santos Vega, el Payador,» hecha por los alumnos de la Escuela número 4, y el «Himno á la Escuela,» cantado por ciento diez niños é igual número de niñas, merecieron asimismo de parte de la concurrencia muchos aplausos.

Debemos también hacer mención de los ejercicios militares, que resultaron muy vistosos, ejecutados por un grupo de 60 niños, y de la «gimnasia estética,» en que demostraron sus habilidades niñas vestidas de negro y rojo. En cuanto al «minué,» el escenario pre-



Sagarra y Rul frente al parapeto de los [illegible]

El Sol, la Tierra y la Luna, en el juego de la Cosmografía.

sentaba un magnífico aspecto: las pequeñuelas que lo bailaron, luciendo la empolvada cabellera, el justillo y la falda corta, se veían hermosísimas.

***

En suma, el festival constituye un verdadero triunfo, tanto para su infatigable organizador, como para los niños que en él tomaron



Morelos, los hermanos Galeana y el abanderado en el cuadro dramático, "Asalto de Calleja á la plaza de Cuautla."

parte. Deseosos nosotros de consignar esta nota altamente simpática, publicamos en este número algunas fotografías que nuestros lectores, estamos seguros, verán con gusto.

***

En nuestro próximo número completaremos la información relativa al festival con grabados muy interesantes.



MINIATURAS.

Haga la mujer todo el bien que le sea posible; ame y socorra á los menesterosos, y por desgraciada que sea su vida, siempre tendrá en sus recuerdos un pedazo de cielo azul, un horizonte sereno, adonde volver sus fatigados ojos.



Las tres principales figuras en los ejercicios de Gimnasia Estética.

***

El mundo, es verdad, rinde vasallaje á la opulencia; pero sólo rinde culto á la virtud: aplaude los talentos brillantes, el fausto, todo aquello, en fin, que deslumbra; pero al mismo tiempo trata de empañar esos talentos con los tiros de la envidia.

Unicamente ama y estima verdaderamente á la modestia, porque la modestia es la base de muchas virtudes; y, semejante á una perfumada diadema que adorna una cabeza herida, recrea con su celestial aroma á la sociedad, encubriendo los defectos de quien la posee.

—

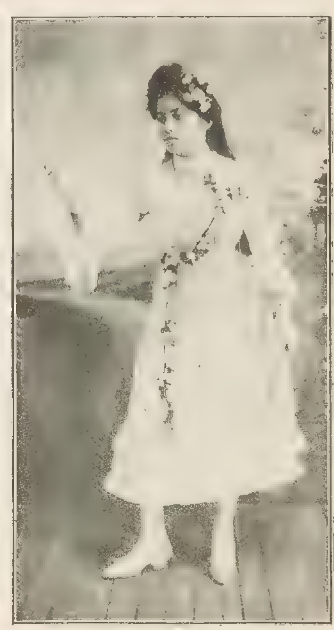
El egoísmo y el orgullo son casi inevitables en el ser que no ha consagrado su vida á un objeto superior á él.—Mme. Nécker.

***

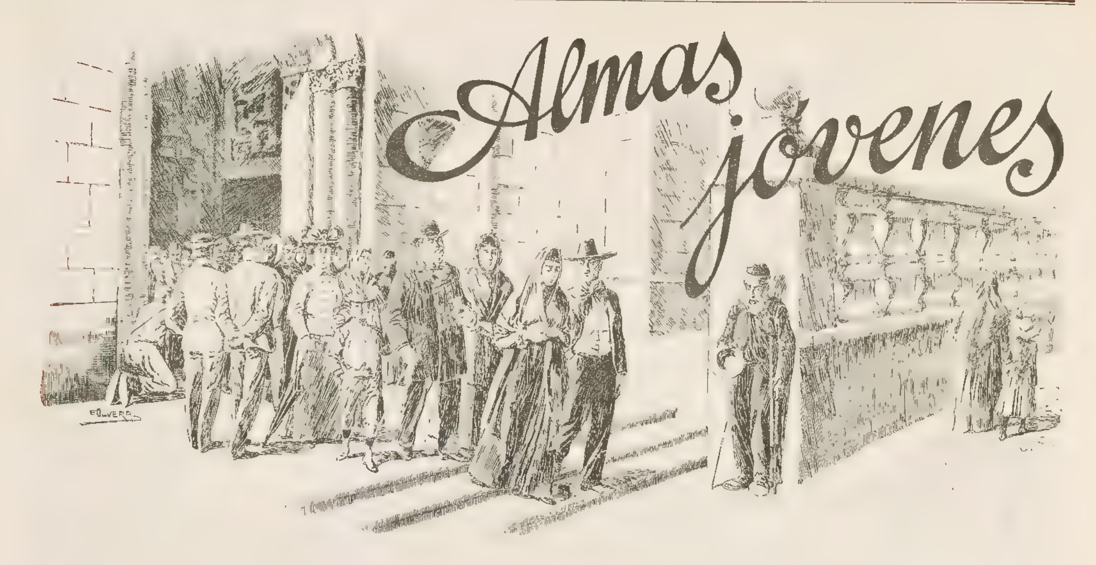
La soledad tiene sobre el alma una poderosa influencia; ella la empequeñece ó agranda. —Mme. Couriard



Dos parejas del minué.



María Luz Moreno, en e[illegible] la Ciencia."



Almas jóvenes

DEL turíbulo ardiente subía el incienso, tremolando y extendiendo sus níveas muselinas; resonaba la bacina al golpe repetido de las monedas de cobre: las pequeñas flamas aleteantes de las lámparas votivas parecían mariposas de luz que se ahogaban, y entre el abigarrado tropel de gente devota, salimos del templo apretujados, juntos, muy juntos y alegres, quizá porque fuimos á rogar por nuestro amor, que presentía metamorfosis en la ausencia. Cerca de la última hornacina nerviosamente me santiguó, y tembloroso y mudo, ¡con qué unción besé la cruz que formaba su manecita blanca como un lirio, como una ala pequeña de paloma, ó como una marmórea benditera. En el ábside sonoro los postreros cantares resonaban aún!

¡Oh, cuán cierto es que los recuerdos son las rugosidades del alma, que semejantes á las de los peñascos, necesitan, para borrarse, años de estar en pugna con las aguas del tiempo!

Ya en la calle, seguimos la calzada que conduce á las afueras de la ciudad. Por el cielo escampado pasó un vuelo fugaz de golondrinas. ¿A dónde irán, me preguntó dulcemente, mientras yo contemplaba sus diminutas orejas como conchuelas de nácar; su boca, que me recordaba las fresas que la madurez empurpuró, y su rostro, tatuado por el sol resplandeciente, que dibujaba sobre él las móviles ramas de los sauces, tatuaje fantástico en forma de plumas, palmas é insectos.

Sin responder á su pregunta, susurré á su oído esta estrofa de una antigua canción: «En silencio se mezclaban cual perfumes, —y en silencio se mezclaban como soplos,—y en silencio se fundían como lágrimas—nuestras almas en un beso silencioso.»

El arroyo gorgoriteaba en el hueco labrado por sus ímpetus, semejante á un enorme hocico que hacía gárgaras imposibles. Un hombre canoso sonrió al vernos, y con voz hiposa é intermitente, consecuencia del paso torpe de su cabalgadura, nos dió los buenos días.

—Oye, dijo Taide, mi corazón ha sido tuyo, pero temo que este año al terminar tus estudios de pintor, el triunfo, la lisonja, la frecuencia de círculos elegantes, todo haga que te olvides de mí... ¡recuerda he crecido á tu sombra para ti!...

Su voz se fué extinguiendo como el trino del ave que se interna en un bosque; cubrióse el rostro con las manos, y sus lágrimas corrían como cristalinas arañas á esconderse entre los encajes de su gola.

El arroyo seguía locamente carcajeándose; hervía, salpicaba las flores de la orilla, y en sus pequeñas caídas agitaba su espuma como una enmarañada madeja de hilo; algunas raíces redondas, como miembros anquilosados, fingían lavarse en la corriente pura, en tanto que á nuestro paso los álamos de corteza manchada cual si estuvieran envueltos en pieles de peces pintos, movían sus hojas como monedas de plata.

—Calla, dije á Taide; si obtengo triunfos, será por tu amor. Inocular en mi espíritu un cariño y poder sentir sus fiebres, sus dolores íntimos, sus estremecimientos, sus dudas; tener mi pensamiento clavado en otra alma, como la mariposa en el cáliz de la flor; eso quería: ¿no se han cumplido mis deseos? Guardaba ternuras infinitas, multiplicándose apiñadas, esperando como la mazorca de maíz heredad fecunda para desgranarse y florecer. ¿No he aumentado mis sinsabores con el único fin de que seas mía? Tonta!....

Anduvimos en silencio. Nuestros corazones, al hablar así, se consolaban momentáneamente, pero temblaban por algo lejano, vago é impreciso que llegaría; temblaban como las alondras en sus nidos, adivinando que á la madrugada el rocío de la aurora bordaría con chaquiras su plumaje esponjado. Teníamos la seguridad de que el porvenir ¡si nos hubiéramos equivocado! —escondía para nosotros un precipicio, un obstáculo á cuyos bordes áridos tendríamos que despedirnos.

Y era verdad lo que decía á Taide. Antes de conocerla me atarazaba el fastidio, y en mis fugaces momentos de nerviosidad, ansiaba, no un amor sosegado, sino impetuoso, turbulento, que rasgara el velo de mi tristeza, que me cubría como polvorosa telaraña; que luchara por quebrantar mi voluntad, me hiciera caer de capricho en capricho, y ser, en fin, igual á la flor que el torrente hunde, sostiene á flote, y despedaza besándola siempre. Me sentía capaz de amar con la vehemencia de un león, y podía también pasar horas enteras junto á mi amada, con la delicadeza y curiosidad de un niño que observa sucederse con rapidez los colores fugitivos en las burbujas de jabón. En ella encontré todo.

La única familia de Taide se componía de una vieja tía, propietaria de una finca contigua á la de mi madre. La tía Paz, así la decíamos, á pesar de su rostro marchito, trascendía á elegancia y hermosura, tal cual las flores guardadas durante mucho tiempo en un libro exhalan un aroma muy leve. Ingenuamente devota, empleaba sus ocios en la confección de afiligranados sobrepellices, que regalaba á los curas humildes de las parroquias cercanas, y en devanar con sus maravillosas manos débiles, seda para síngulos que tenían el mismo destino. Para estas dos mujeres buenas, mi madre y la tía Paz, la alegría estaba en nosotros y la tomaban de nuestros semblantes. Bajo su custodia y á su calor, nació nuestro cariño, sencillo como las tapicerías que el musgo tiende en las cañadas, arrolla á los árboles y teje en las cicatrices de las rocas.

—Dentro de una hora irás muy lejos, dijo Taide apoyando en mi hombro su cabeza. ¿Pensarás en mí? De pronto, deteniéndose, exclamó con su sonrisa luminosa: ¡Qué tontas somos nosotras! ¿Sabes en qué venía pensando? ¡Figúrate, una bobería! Pensaba: «Rubén no debe irse, me quedo sola, puedo morirme quizá y no le volveré á ver!»....

Se calló bruscamente, como si su pensamiento hubiera hallado en su camino un obstáculo, como las tórtolas que refrenan el vuelo cuando el azor apenas se dibuja en el horizonte.

¿En qué más pensabas? insistí yo.

—En muchas cosas que no quiero ni debo decirte, me contestó llorando; ¡soy una loca!....

Sus palabras llegaban á mi oído vagas y confusas como el susurro de una selva. Su vestido ondulaba movido por el aire; oprimía su busto un corpiño ligero, y entre las vaporosas blondas negras de las mangas, sus manos semejaban copos de nieve pendientes de ramas de ciprés.

No llores! exclamé con los ojos empañados también por el llanto; óyeme. ¡Ah, no sabré nunca qué angustias desfloraron en ese momento los cristales de su alma! Sabes, continúe, que nunca he sido celoso, y no lo he sido, porque tengo absoluta fe y confianza absoluta en tu bondad. Así, no atribuyas á celos lo que voy á suplicarte: estás obligada á asistir al paseo que anualmen hacen en honor de la tía Paz, y el cual tendrá verificativo dentro de dos días en la falda d puente que dista de aquí seis leguas. Asistir Gustavo, lo sé por él mismo, y no extrañes qu siendo mi mejor amigo, te ruegue sea la última vez que lo trates.

¿Fué que una nube opacó instantáneamente la luz del día ensombreciendo todo, ó, en efecto, veló su semblante un torvo presentimiento? ¡No lo supe entonces! ...

Anduvimos largo trecho distraídos. En las brumas de mi memoria aparecía Gustavo, cuya estúpida sensualidad, propia de su temperamento, ardía en sus frases aliñadas y flexibles como víboras; en sus miradas lánguidas é intensas, perdidas en una vaga lontananza donde el ensueño, la febricitante abstinencia y la lujuria, desbandan sus visiones frescas de vida, que sobre muelles edredones revuelcan sus fastidios ó adormecen voluptuosamente sus cansancios. Sus lecturas, su exquisita sensibilidad y fervoroso culto á la belleza, afinaron su lujuria, que plegaba, sin que él se diera cuenta, sus labios húmedos y carnosos. En sus ojos claros se adivinaban á ratos profundidades atrayentes; se me antojaban límpidos remansos en los que el sol, filtrándose á través del follaje de un sauce, comunica transparencias á la masa de agua sin iluminar el fondo.

¡Oh Dios, qué inmensamente dolorosos son los recuerdos de mi juventud!

Repentinamente, como invisibles tórtolas arrulladoras, salieron escapados de la torre de la aldea los sonidos de la campana.

—¡Las nueve, exclamé apesadumbrado, es preciso volvernos! Deben de esperarme ya con los caballos que han de conducirme á la estación.

Agregué en tono muy bajo: Sé fuerte al despedirme; nos ahorrarás un sufrimiento.

Sollozaba y no pudo responderme.

—¿Por qué te afliges? le pregunté. Cuando vuelva, serás mía, no nos separaremos, te contaré los encantos y amarguras de estudiante, te mostraré mi vida día por día como las hojas de álbum; tú, en cambio, me arrullarás con tu charla armoniosa, en la que brillarán como curiosidades sacadas de un cofre perfumado, tus travesuras inocentes, tus sueños, en los que viviré escondido, y tal vez algunos dolores leves colados de rondón en tu espíritu.

La hice apresurar el paso. El sol bañaba los arbustos de la avenida, que al dibujar sus frondas en el suelo, fingían charcos caprichosos de tinta; en la plaza principal una turba de vendedores ambulantes voceaba sus mercancías, y la pequeña esquila de la iglesia, poseída de un gran regocijo, seguía pirueteando.

En el portón encontramos á la tía Paz, á mi madre y á un criado. Por sus encargos, y súplicas y consejos, sentía mi corazón desfallecido. Apresuré la despedida; besé á Taide, y en ese beso no sé por qué creí que nuestras almas se desprendían para siempre.

Rápidamente desanudé el cabresto de la escarpia; el caballo, al sentir el peso de mi cuerpo, partió al galope.

El aire del campo quién sabe qué cosas susurró á mi oído, refrescó mi frente, agitó mis cabellos ¡ay!, pero no pudo evaporar mis lágrimas!

El panorama que se desarrollaba ante mí, adormiló mi punzante melancolía. Los montes verdinegros de ocotes desflecados y silbantes, cuya solemne majestad acrecentaban los gorjeos incompletos de los pájaros; las nubes rozando los

árboles, como si éstos humearan incendiados; el río que culebreaba en el profundísimo barranco, negro como un hilillo de betún; el sol chorreando fuego y abrasando la campiña, por cuyo calor la tierra, en varias partes cubierta de musgo verdoso, con reflejos metálicos color de hiel, parecía que sudaba; las cenizas nopaleras como muestrarios de extraños fetos; cada color, cada paisaje dejaba su gota de miel sobre mis dolores.

Anochecía cuando distinguí las luces de la estación ferroviaria. El silencio aguzaba mi oído, y claramente oía el roce de una hoja seca de maíz que el viento nocturno venía empujando. A pocos minutos dormitaba en el tren, arrullado por su jadeo, y á la mañana siguiente instalado en mi cuarto de estudiante, recordaba los rosales florecidos de las casas de mi pueblo, las cercas de piedra donde se posan al mediodía los lagartos verdiobscuros como puñales pavonados, la hacienda de mi madre, silenciosa y blanca, y sobre mis recuerdos todos, Taide pura y bella.

Mis estudios y trabajos diarios hicieron recobrar su buen humor á mi espíritu. El quinto día de mi estancia en la Capital, á mi vuelta de la Academia de Bellas Artes, encontré sobre mi mesita de trabajo la anhelada carta de mi hogar. Nadie trazará á rasgos finísimos la urdimbre de impresiones que sacuden el ser á la vista de una carta amada. Cuando rompí el sobre, sentía apretada la garganta por una alegría ó angustia que no sabré explicar.

Me decía mi madre que en el paseo verificado en honor de la tía Paz, Taide había caído del caballo y había muerto.

¡Ah! morir cuando en nuestros corazones rayaba el día; morir cuando ella sintetizaba mis anhelos y esperanzas! ¡Ah! morir cuando el primer amor salpicaba las conciencias de perfume; morir cuando todas las ideas, todos los pensamientos, todas las bondades, convergían en un punto; morir cuando....! ¡Oh Dios mío, tú que eres eternamente bueno, que regaste la semilla del consuelo en las almas inconsolables, que abriste los veneros del amor en los pechos sin arrullos, y regaste tus resplandores en los corazones que eran noches....! ¿por qué me quitaste á ella, que era mi porvenir, que era mi juventud, que era mi vida?.. ...

***

Ignoro el tiempo que estuve enfermo, pero cuando comencé á pasear mi convalecencia por los jardines y arboledas, tenía en los labios y en la mirada una amarga dulzura de un bien perdido y lejano, muy lejano.

Un año hacía que había cambiado mi domicilio á una alegre barriada del poniente de la ciudad. Allí soñaba pensando en Taide, al cansado fulgor mortecino de los crepúsculos dolientes. Frente á mi habitación estaba un balcón cerrado siempre, y festonado caprichosamente por yedras y madreselvas frondosas. De tarde en tarde llegaba á mis oídos, conmoviéndome profundamente por los recuerdos que despertaba en mi memoria, una voz trémula, dulce y sollozante que cantaba con infinita vaguedad y tristeza:

«Volverá mi recuerdo cuando muera,
A traerte, mi bien, melancolía:
Como vuelve, alejándose el invierno,
A su nido de ayer la golondrina.
No me olvides, yo te amo, está seguro
Que volveré á tus brazos algún día.
Como vuelve, alejándose el invierno,
A su nido de ayer la golondrina.»

¡Cuántas ternezas despertaba en mí la vocecita de mi desconocida cantadora!

Así las risas de los címbalos lejanos encuentran en algún polvoso piano un eco que les responda, y que acurrucado dormitaba como un niño abandonado por sus padres.

Sentía á veces el imperioso deseo de ir á su deparmento, preguntar quién era, hablarle, decirle que le estaba infinitamente agradecido, porque su voz y sus canciones me hacían pensar en otra voz y otras canciones que había oído de unos labios amados que callaban entonces porque estaban aprendiendo nuevos ritmos en un país de misterio y de silencio donde las almas se convierten en cantos inefables.

¡En cada lágrima que me arrancaban esas estrofas, rodaba una bendición!

Una tarde de crepúsculo sangriento, esperaba la llegada de mi madre y la visita de la tía Paz: ¿qué conversación nuestra no tendría por trama la bondad de la inolvidable muerta?

Mientras llegaban, distraje mi impaciencia observando el desbandamiento de nubes escarlata, anaranjadas y violetas; oyendo los vagos susurros de los árboles poseídos de súbitos estremecimientos, la bulliciosa algazara de parlanchines gorriones empeñados en melifiua contienda por lograr un camarín en la enramada, y viendo al gato, sobre la silla esparrancada, en quieta somnolencia, con su eterno hervor en el cogote.

Todos los detalles de aquella época de mi vida, dolorosos y alegres, los conservo de tal manera grabados en mi mente, que creo que ningún sacudimiento trágico vivirá en mí con mayor intensidad de precisión.

Había dejado de ver á la tía Paz mucho tiempo; y cuando la vi en el dintel de la puerta tendiéndome los brazos, con el rostro cruelmente ajado y los cabellos canos, débil y encorvada, parecía que mi pasado estaba frente á mi porvenir.

Respetuosamente besé sus manos y la senté en mi lecho.

¡Qué viejo estás! me dijo en tono simpático y burlón. Dentro de dos años se te verá la cabeza como si la tuvieras envuelta en un pañuelo blanco.

—No es difícil, contesté sonriendo.

Agregó: Tengo que decirte algo muy grave antes que llegue tu madre, que supongo no tarda. La vida te ha vuelto reflexivo, prudente y sobre todo razonable. Eres ya un hombre capaz de soportar con calma cualquier hecho, cualquier acontecimiento, por intensamente abrumador que sea. Eres algo más que un hombre; como te dije al principio, eres un viejo á quien yo quiero como á un niño, y para el que todas las alegrías me parecen pequeñas si por un momento se las pudiera dar todas. ¿Me entiendes? agregó conmovida. Ahora escúchame, y sé fuerte.

Tal solemnidad había en la tía Paz al expresarse, que instintivamente incliné el cuerpo como cuando se espera un golpe rudo.

Taide no ha muerto, exclamó más blanca que la cera y con los ojos fijos y brillantes.

¿No ha muerto? dije con voz ronca abandonando mi asiento y tomándole con brusquedad las manos.

No ha muerto, contestó ásperamente, y aun cuando comprendo que serás capaz de estrangularme por saberlo todo de un golpe, es preciso que me oigas portándote como un hombre y no como un niño: siéntate.

Precipitadamente continuó: —En el paseo del año pasado, que debes recordar, iba como invitado de una de mis amigas Gustavo Hartmann.

—Gustavo Hartmann, grité desesperado.

—Calla, contestó jadeante, escúchame.

Todos íbamos á caballo, y á la entrada del monte, en el lugar preciso en que el boscaje se espesa, el animal que Taide montaba se encabritó por el ruido de alguna hoja seca y emprendió la carrera. Nos paralizó el espanto y el pensamiento de que en la falda resbaladiza el golpe era seguro y la caída mortal. Todos quisieron marchar tras ella, pero Gustavo, como un relámpago, se tendió sobre el caballo, que azuzado, brincaba como un gamo, perdiéndose bien pronto entre la obscura maleza y las quebradas de la montaña. Inútilmente esperamos su regreso, y entonces nos diseminamos en el bosque con el fin de encontrarla. Todos teníamos el alma cuajada de presentimientos.

Nuestro primer hallazgo fué espantoso. En el fondo de un barranco estaba Gustavo con el cráneo despedazado. ¡Ay! en ese momento comprendí que en una hora se puede envejecer. Más adelante encontramos desmayada á Taide, pero viva aún.

Ahora escúchame y sé más fuerte aún. Voy á concluir.

Cuando Gustavo corrió en busca de Taide, ¿sabes lo que hizo? No detuvo el caballo; por el contrario, lo fustigó brutalmente para que se desbocara y cayera. ¡Oh Dios! ¿por qué los árboles no volvieron hacia él sus brazos y lo desmenuzaron en el aire! Cuando la vió tendida sobre la yerba.. ¡ah Rubén, Rubén, todas las azucenas deben de haber cerrado á esa hora sus cálices!

¡Maldito! exclamé como un loco. No haz muerto y debes morir despedazado por mis dientes, magullado por mis manos, pisoteado por mis plantas! ¡Taide, Taide! sollozaba. Como á un conjuro, abrióse la puerta y apareció ella vestida de negro y con una palidez ultraterreste.

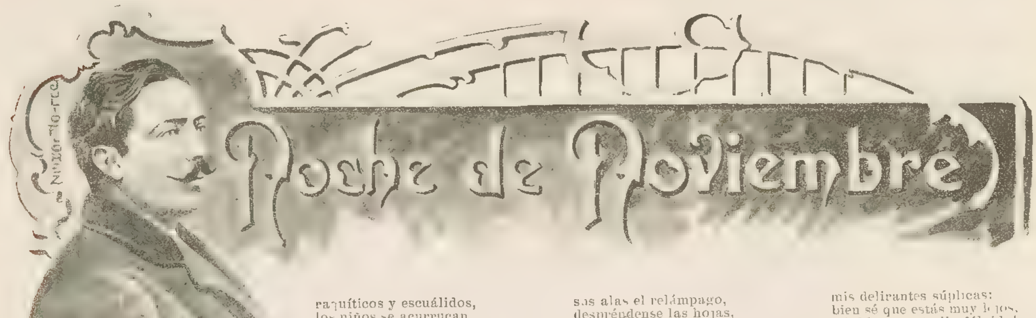
—Gustavo ha muerto, dijo, yo soy la desconocida cantadora; te amo, y he vivido con mi amargura incomparable sólo por ti.

—Retírate, exclamé con voz abogada.

—Calla, gritó mi madre, entrando en ese momento; nadie sabe nada, y yo, que soy tu madre y que para ti querría lo más santo, te ruego que la quieras: quiérela, dijo juntando nuestras cabezas, que bañaba con su llanto.

Abel C. Salazar.





Ya llega el rudo invierno
con sus mordientes ráfagas,
con sus tupidas nieblas
como flotantes sábanas;
ya ruedan de los troncos
enfermas las parásitas ..
y están las flores mustias
y las mujeres pálidas!

La densa lluvia cae
con espantoso estrépito;
sus membranosas alas
agitan los murciélagos,
y en las inmensas playas
el mar undoso y pérfido
quebrántase en las rocas
con ímpetu colérico.

En las pajizas chozas,
raquíticos y escuálidos,
los niños se acurrucan
ante el rescoldo cárdeno;
y allí tiritan.... lloran
al escuchar los ásperos
y lúgubres chillidos
de los siniestros cárabos.

Por las obscuras grietas
de las mortuorias lápidas,
las gotas de la lluvia
descienden frías, lánguidas;
¡oh trágico destino! ....
Tal vez únicas lágrimas
que en su mansión de sombras
reciben los cadáveres!

Doliente y ojerosa
la luna avanza tímida,
y escóndese en las nubes,
ya inmóviles, ya undívagas;
en las desiertas calles,
sobre las losas frígidas,
medio desnudas tosen
las pordioseras tísicas!

Allá lejos sacude
sus alas el relámpago,
despréndense las hojas,
despiértanse los pájaros,
azota las vidrieras
con recio impulso el ábrego
y el rayo cruza y hiere
como celeste látigo!

Refúgiate en mis brazos
en esta noche tétrica
y esconde entre mis manos
tus manecitas trémulas!
Calor y luz ansío
de tu mirada angélica,
mientras la brisa charla
con la llovizna gélida.

Resuene en nuestras bocas
el beso como un cántico;
y en tanto que apuremos
nuestra ventura extáticos,
que azote las vidrieras
con recio impulso el ábrego
y el rayo cruce y hiera
como celeste látigo!

Mas ¡ay! bien sé que no oyes
mis delirantes súplicas:
bien sé que estás muy lejos,
¡oh blanca estrella fúlgida!
Por eso, de mis labios
se disipó la púrpura. . ..
y están mis ojos tristes
y mis pestañas húmedas!

Tal vez mañana mismo,
cuando estos melancólicos
cantares á ti vuelen
con su vibrar monótono,
yo duerma solitario
bajo el sepulcro lóbrego,
soñando que me estrechas
contra tu seno mórbido!

Pues yo sé que este invierno,
con lento paso rítmico,
se irá con sus tristezas
y su ropaje lívido!
pero este que yo guardo .....
tal vez el más fatídico
de todos los inviernos......
eterno es en mi espíritu!

JULIO FLÓREZ

LA FLAUTA ENCANTADA.

En otro tiempo habitaban la Tracia animales salvajes y algunos hombres amedrentados.

Los animales eran muy hermosos: había leones rojos como el sol, tigres rayados como la tarde, y osos negros como la noche.

Los hombres, enanos y chatos, mal cubiertos de viejas pieles, armados de lanzas toscas y arcos groseros, se encerraban en las cavidades de las montañas tras monstruosos bloques que ellos rodaban trabajosamente. Pasaban la vida cazando, y corría la sangre en los bosques.

Era tan lúgubre el país, que los dioses lo habían abandonado. Cuando salía Artemisa del Olimpo, al clarear la mañana, jamás seguía camino que llevara al norte. Las guerras de allí no inquietaban á Ares; la falta de flautas y de cítaras alejaba á Apolo, y solamente brillaba la triple Hécate como una cara de medusa sobre un paisaje petrificado.

Entonces fué á habitar allí un hombre de una raza más feliz, quien no vestía pieles como los salvajes de la montaña.

Usaba larga túnica blanca que le arrastraba un poco. Gustábale errar de noche á la luz de la luna por los mullidos claros de los bosques, llevando en la mano un pequeño carapacho de tortuga, en el que había clavados dos cuernos de uro, entre los que se tendían tres cuerdas de plata.

Cuando tocaba con sus dedos las cuerdas, música deliciosa las recorría, mucho más dulce que el murmullo de las fuentes, que las frases del viento entre los árboles ó que la modulación de las aves. La primera vez que tocó, despertaron tres tigres, tan prodigiosamente encantados, que lejos de causarle ningún mal, se le aproximaron lo más que les fué posible, y se retiraron cuando cesó. Fueron más los que acudieron al día siguiente, así como lobos, hienas y serpientes que se paraban sobre la cola.

Y tanto fué así, que muy poco después iban los animales mismos á suplicarle que les tocase, sucediéndole con frecuencia que un oso llegara solo junto á él, y con tres acordes maravillosos se marchara contento. En cambio de sus complacencias, las fieras le proporcionaban alimento y le protegían de los hombres.

Pero le fatigó su fastidiosa vida. Tan convencido llegó á estar de su genio y del placer que daba á las bestias, que ya no se esforzó en tocar bien, y las fieras, con tal que él lo hiciera, quedaban siempre satisfechas. No tardó en negarse aun á concederles este gusto, y dejó de tocar por indolencia. Toda la selva quedó triste, mas no por ello escasearon á la puerta del músico los trozos de carne ni las frutas sabrosas. Continuaron alimentándole y le amaron más, porque el corazón de los animales es así.

Un día, sin embargo, en que, apoyado en su puerta, miraba cómo descendía el sol tras de los árboles inmóviles, pasó cerca una leona. Dió él muestras de entrar, cual si temiese molestas solicitudes; pero la leona, sin cuidarse de él, pasó tranquilamente.

Entonces le preguntó sorprendido:

-Por qué no me ruegas que toque?

Ella le contestó que no lo deseaba.

Díjole él:

—No me conoces?

Y ella le respondió:

Tú eres Orfeo.

Agregó éste.

—Y no quieres oírme?

—No quiero—repuso ella.

—Oh! exclamó el músico—cuán digno soy de lástima! Tú eres por quien yo hubiera tocado. Eres mucho más bella que las demás y debes de comprender mejor. Por que me escuches una hora solamente, yo te daré cuanto soñares.

Ella le respondió:



Nuestro país. Una calle de Tecalpulco (Gue).

—Te pido que robes las carnes frescas que tienen los hombres de la llanura. Te pido que asesines al primero que encuentres. Te pido que te apoderes de las víctimas ofrecidas á tus dioses y que todo lo deposites á mis pies.

El le agradeció que no pidiera más, é hizo lo que le había exigido.

Durante una hora tocó delante de ella; pero después rompió su lira y vivió como si estuviera muerto.—PIERRE LOUYS.

La Muerte de las Murallas.

En medio de un universal encogimiento de hombros, único comentario hecho á su memoria, sola y muda oración fúnebre pronunciada sobre sus escombros, van cayendo las murallas terrón á terrón—dijérase más bien que van derramando gota á gota sus lágrimas de piedra.



Nuestro país. Parroquia de Taxco (Gue) (Fot. Waite.)

Lloran acaso los viejos murallones, doblegándose y desapareciendo bajo la piqueta indiferente é impasible del «progreso,» la poesía del pasado que con ellos muere; todo lo que queda de un mundo cruel y hérpico desaparecido para siempre, impulsado por un mundo nuevo, más justo, pero más prosaico.

Yo las miro caer, entre la indiferencia estulta ó ciega de la multitud, y siento sobrecogida el alma; porque veo en su caída y la indiferencia de hielo con que la miramos, un símbolo de esta época desprovista del Arte consolador y sagrado, que embellece y perfuma la vida como una flor del cielo.



Nuestro país. Suburbios de Córdoba. (Fot. Waite.)

Con las murallas rugosas y venerables como un abuelo, se va quizás el último vestigio de la exquisita poesía del recuerdo. De la era que ellas representaban, pasó por suerte, para no volver, todo lo negro y trágico; quedaba únicamente lo hermoso, lo inofensivo: los monumentos, la tradición, la leyenda bizarra y hermosa nimbada y consagrada por el beso amoroso del Tiempo.

Y la prisa febril y loca por destruir esos restos menospreciados y entregados al olvido, habla con voz doliente de nuestra desnudez de espíritu, con la voz misma con que hablan, en derredor de las murallas que se vienen abajo, los rostros atormentados por el afán insaciable de «l'argent,» y los antiestéticos trajes modernos de los transeuntes.

Muy cerca también, los carros eléctricos pasan apresuradamente lanzando al aire la canción triunfal del repiqueteo de sus timbres. Edificios utilitarios y feos, ceñudos, sin alegría como nuestra época, muestran sus frentes grises de piedra en los alrededores.

El progreso triunfa. ¿Pero somos más felices? Siempre apresurados, sin parar jamás, Judíos Errantes de un ideal sin grandeza, hostigados por la neurosis del oro que nos ciega la vista con áureo velo, y sin tiempo para admirar, ni para comprender ni para realizar la belleza, vamos perdiendo á la carrera la alegría, la salud del espíritu y del cuerpo, la serenidad, la risa juvenil que un tiempo tonificara y confortara y llenara de gozo con su argentino tintineo los orbes.

Acaso esté destinada á concluir la civilización contemporánea apoplética de riquezas, de comodidades, de lujo burgués y chabacano, pero consumida por inmensa é irremediable murria, sintiendo al cabo el tedio infinito de lo vulgar, y aplastada por la perfección suprema y mecánica del «comfort» moderno, por la uniformidad estúpida del sombrero de copa y de los absurdos pantalones de la mesocracia.



ESTUDIO FOTOGRAFICO.—(M. Torres.—Profesa, 2

La vulgaridad triunfa. Triunfa Sancho. Don Quijote sigue siendo apaleado y silbado á cada arranque heroico de su brava y generosa alma.

Todo el mundo llegará á tener, según ansiaba Enrique IV, una gallina en su puchero. Y cuando haga un alto el hombre en esta furiosa carrera en pos de la satisfacción del cuerpo tirano, y el alma tienda los brazos en busca de lo suyo......tal vez lo busque en vano, angustiada y mortalmente ansiosa.

Hallará un mundo de gentes rollizas, uniformadas, viajando en ferrocarriles, viviendo en hoteles lujosos, leyendo periódicos exclusivamente, embrutecidas por el trabajo y las comodidades.

Y el alma se encontrará, estupefacta, con que ya, á aquellos hombres gordos y sibaritas, no les puede ella servir más que de estorbo......

Novbre., 1902.

LUIS RODRIGUEZ EMBIL.



El orgullo de la mujer. Es su cabello. Y por qué no? Aun una cara hermosa pierde su atractivo si el cabello es claro, corto, basto y descolorido.

Un cabello hermoso, rico, un cabello sedoso siempre atrae. Puede usted poseer ese cabello con sólo emplear el *Vigor del Cabello del Dr. Ayer.* Quedará usted encantada con él. Cura la caspa, hace crecer el cabello é impide que se caiga.

Si el cabello ha perdido su brillo ó se vuelve gris, el Vigor del Cabello del Dr. Ayer le restaurará con seguridad su color natural.

Preparado por el DR. J. C. AYER & CO., Lowell, Mass., E. U. A.

Lo venden las farmacias y los tratantes en perfumería ó artículos del tocador.

SAINT-RAPHAEL

Vino fortificante, digestivo, tónico, reconstituyente, de sabor excelente, mas eficaz para las personas debilitadas que los ferruginosos y las quinas. Conservado por el método de M. Pasteur. Prescríbese en las molestias del estómago, la clorosis, la anemia y las convalecencias; este vino se recomienda á las personas de edad, á las mujeres, jóvenes y á los niños.

AVISO MUY IMPORTANTE. — *El único VINO auténtico de S. RAPHAEL, el solo que tiene el derecho de llamarse así, el solo que es legítimo y de que se hace mención en el formulario del Profesor BOUCHARDAT es el de Mr CLEMENT y Cia, de Valence (Drôme, Francia). — Cada Botella lleva la marca de la Unión de los Fabricantes y en el pescuezo un medallón anunciando el "CLETEAS".*

Los demas son groseras y peligrosas falsificaciones.

LA LUCHA POR LA VIDA

El exceso de trabajo mental produce el agotamiento de fuerzas y desgaste del sistema nervioso, creando una debilidad tal que acaba con las energías vitales: en una palabra, la

NEURASTENIA

LA KOLA FOSFATADA BOTTA & BALTÁ

obrando como alimento de primer orden, da vigor a la célula nerviosa, normaliza las secreciones del jugo gástrico regularizando las funciones digestivas.

Breve: DEVUELVE LAS FUERZAS, DEVUELVE LA VIDA

De venta en las principales farmacias.—Representante en México. D. L. Pigout, Ortega. 27

TÓNICO — RECONSTITUYENTE
FEBRÍFUGO



EL MISMO **FERRUGINOSO:**	**SIETE MEDALLAS de ORO**	EL MISMO **FOSFATADO:**
Anemia, Clorosis, Convalecencias, etc.	PARÍS 20, Rue des Fossés-St-Jacques *y en las Farmacias.*	Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc

846

H. DEVERDUN SUCRS

PUENTE DEL ESPÍRITU SANTO NÚM. 2

Telefono núnero 254.

PASTELERÍA, DULCERÍA Y HELADOS

COCINA DE PRIMER ORDEN SOBRE PEDIDO. ARTICULOS DE LUJO PARA REGALOS. VINOS, LICORES y CONSERVAS ALIMENTICIAS DE LAS PRIMERAS MARCAS DE EUROPA.

Chocolate Deverdun

Unico fabricado en México al estilo francés, con los cacaos de superior calidad de Caracas (Venezuela).

ESPECIALIDADES de DOCTOR FONTAINE

A. DUVAL, *46, Faubourg Montmartre, PARIS*

BAÑO JEANNE D'ARC á las Sales aromáticas. Este baño muy higiénico, refresca y suaviza la piel, la limpia perfectamente, dejándole un agradable perfume. Está particularmente recomendado como locion cotidiana para los niños. Durante los grandes calores es un tónico excelente de la piel y los músculos.

"LA REMPLAÇANTE" Agua para hermosear la cara, á las plantas misteriosas de Oriente, conserva el tinte, evita las arrugas, y refuerza los tegidos de la cara fatigada.

Depósito General: **B. y G. GŒTSCHEL,** *MEXICO,* apartado 468

DISPEPSIA
GASTRALGIA
CATARRO
INTESTINAL

Y todas las enfermedades del Estómago é Intestinos por crónicas y rebeldes que sean, las cura radicalmente el famoso

ELIXIR ESTOMACAL DE SAIZ DE CARLOS

Los principales médicos de México y de las naciones más civilizadas lo recetan ya como el mejor medicamento para el

ESTOMAGO E INTESTINOS

La fama adquirida por este Elixir en todo el mundo lo ha hecho tan popular, que hacen inútiles los elogios.

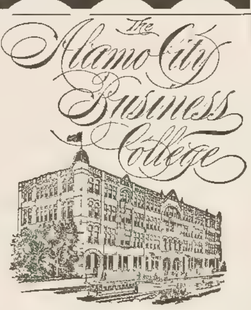
☛ No dejen de tomar el **Elixir Estomacal de Sáiz de Carlos.**

De venta en Droguerías y Boticas

SEÑORA, SI TIENE VD.

entre los individuos de su familia ó de sus amigos un enfermo que tosa y este expuesto á ponerse tuberculoso ó que ya lo está, aconséjele Vd. que tome **JARABE BOUTY** *con* **PULMONINA,** *4 grandes cucharadas al dia. — Es el único remedio que puede aliviarle y á menudo curarle.* — LABORATORIOS BOUTY, 1, RUE DE CHATEAUDUN, PARIS.

Se halla en todas las Farmacias y Droguerías.



ELEGANTEMENTE AMUEBLADO Y EQUIPADO

Los padres de familia que deseen poner á sus hijos é hijas en un colegio absolutamente completo y bajo los estudios americanos más refinados, deben escribir pidiendo un hermoso prospecto que contiene detalles completos, dirigiéndose al Director: C. H. Clark. San Antonio Texas. U. S. A.



MEDALLA DE ORO, Exposicion Universal **PARIS 1900**

VELOUTINE CH. FAY

Perfumista, **9, Rue de la Paix — PARIS**

Polvo de Arroz especial **preparado** con **Bismuto**

HIGIÉNICO — ADHERENTE — INVISIBLE

(Guardarse de las Imitaciones y Falsificaciones. — Sentencia del 8 de Mayo de 1875).

FÁBRICA ESPECIAL de AFEITES de TOCADOR para PASEO y TEATRO

Crema Veloutine, nuevo Coldcream. ***Crema Camelia, Crema Emperatriz.*** ***Rojo y Blanco*** en chapetas.

Lápices especiales para ennegrecer pestañas y cejas. ***Blanco de Perla*** en polvo, blanco, róseo, **Rachel.** ***Pomada Roja*** para los labios, en botes y en rollos.

Los Productos de **CH. FAY** se encuentran en el Mundo entero, en casa de los Principales Perfumistas y Droguistas.

DÉPOSÉ

Se obtiene un

HERMOSO PECHO

por medio de las **Pilules Orientales** que en 2 meses **desarrollan y endurecen** á los **senos,** hacen desaparecer las salidas huesosas de los hombros y dan al Busto una graciosa gallardía. Aprobadas por las eminencias médicas, *son benéficas para la salud* y convienen á los más delicados temperamentos. — Tratamiento fácil. Resultado duradero. — El frasco con noticia fr. 6.35. J. **RATIÉ,** Phien, 5, Pass. Verdeau, Paris, 9e.

En *Mexico* : J. LABADIE Sucres y Ca.

ASMA
OPRESION
CATARRO

CURACION pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS GAMBIER

COQUELUCHE

Tratamiento racional é infalible por Fumigaciones con los

POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER

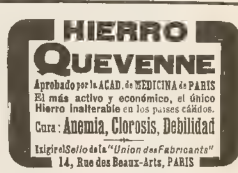
PARIS - 208 bis, Fg St-Denis

***México:* J. LABADIE, Suc^es y Cia; - J. BIBLEIN.**

Dr. Augusto Barido Winter.

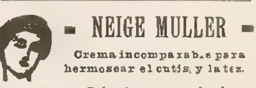
Especialista en las enfermedades crónicas por el Método Físico-Dietético. Se dan consultas por correspondencia, los prospectos se mandan gratis á las personas que los pidan. Teléfono número 1772. Apartado número 723. Horas de consultas, 2 á 5 p. m. Calle Santa Clara 15. México

---



SE AGENCIA LA VENTA

de haciendas, propiedades y minas en todo su valor ó parte. Remítanse pliegos de condiciones y precios, y se enviarán las fórmulas ó condiciones de las ventas. Diríjanse á la Agencia White, 505 Electrical Exchange Building, New York City.



Duret-Neige. Polvo de arroz que da al cutis una delicadeza y finura ideales. Blanco. Rosa. Rachel, perfume suave.

AGUA de "Hebé," que devuelve al cabello blanco cano su color primitivo.

GRAN PERFUMERIA EDOU. Medalla de oro, 3a. Calle Saint Benoit. Paris

---

Enfermedades Secretas

CÁPSULAS
RAQUIN

al COPAIBATO de SOSA

Curan sin excepción **los Flujos** agudos ó crónicos.

Exíjanse la Firma de **Raquin** *y el Sello oficial del Gobierno francés.*

FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris

Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

El Mundo Ilustrado

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 24. MÉXICO, DICIEMBRE 14 DE 1902. Subscripción mensual foránea, $1.50 Idem Idem. en la capital, ,, 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



La Fiesta Escolar.---Homenaje á la Ciencia.

MARGARITA.

LLAMÁBASE Margarita y se la esperaba en el Paraíso, pues Dios había dicho de ella: «Es una alma excelente; y como puede ser víctima de las desgracias terrenales, pienso llamarla hacia mí uno de estos días.» Era una humilde y tierna joven: la llamaban el ángel del lugar.

Madrugadora y fresca como el alba, todas las mañanas, al despertarse, murmuraba la plegaria que de los labios de su madre aprendiera; luego se vestía en su alcoba, y como no poseía ricos adornos, ni siquiera se miraba al espejo.

Después, como lo había hecho la víspera, y como lo haría al día siguiente, se consagraba al trabajo para vivir con decoro.

Y, cigarra al par que abeja, cantando trabajaba.

Cantando una vieja canción, canción de gloria y de amor, canción pecaminosa, cuyos versos, empero, podían atravesar un alma inocente sin empañar su limpidez.

***

Una tarde de estío, sentada delante de su casa, hilaba para el hogar.

Era la hora en que, una á una, las estrellas despiertan en el cielo y sirven de guía á los amantes, quienes, con sus ímpetus juveniles, corren presurosos á la cita, anticipándose siempre, pues siempre el corazón se adelanta al cuadrante.

Margarita cantaba su canción girando la rueca, cuando pasó delante de ella una de sus vecinas que se dirigía á la fiesta de la próxima aldea. Vestía un traje nuevo y corría al llamado de los tamboriles, cuyo ruido traía el viento de los alrededores.

Pero se detuvo un momento delante de Margarita para que la viese con su traje nuevo, su collar y sus pendientes. Y le presentó su mano para que pudiera admirar el anillo de oro que brillaba en uno de sus dedos. Después se marchó riendo, y Margarita la siguió con una mirada que inquietó á su ángel tutelar.

Corrió entonces menos rápido el hilo entre los dedos de Margarita; cesó el rumor monótono de la rueca, y el huso se le cayó de las manos. El golpe del huso la despertó de su arrobamiento, y al levantar los ojos, vió en pie delante de ella — en la diestra el sombrero, donde ondulaba una pluma con vívida llama—á un caballero magníficamente vestido, quien le dirige un saludo respetuoso, y con voz dulce y galante le pregunta por el camino que conduce á la ciudad.

Margarita le contestó extendiendo la mano para indicarle mejor la ruta que debía seguir.

Entonces el desconocido se inclinó; y, en recompensa del servicio que acababa de recibir, se despojó de su anillo de oro, donde fulgía un brillante como una estrella, y adornó con él la mano de Margarita, quien encontró el brillante más bello que el de su compañera, mientras el rostro del desconocido se iluminaba con una sonrisa intensamente extraña.

Presentóse á poco, inesperadamente, un mendigo cubierto de harapos. Detúvose delante de Margarita, y con voz entrecortada le pidió una limosna.

Margarita se quitó el anillo y se lo dió al pobre.

Lanzó al instante un grito de rabia el desconocido y extendió la mano hacia la joven.

Pero el pobre, que no era otro sino el ángel guardián de Margarita, la cubrió con sus alas.

Y Satán, que había venido para tentarla, retrocedió ante el espíritu celeste.

***

Esa misma tarde el ángel guardián refirió lo acontecido al buen Dios y le dijo:

—Señor, sería bueno que la llamaseis.

Y Dios respondió:

— En efecto, pienso en ello.

Pero, al día siguiente, ya no pensó más en ello. Y un año después, saliendo de la iglesia, Margarita advirtió á un joven que le ofreció el agua bendita.

Su corazón era de niño; su espíritu, secular.

Y se llamaba Fausto.

ENRIQUE MÜRGUER.



LLANTO

Tus veleidades han cavado en lo hondo
De las frialdades en que yo me escondo
Una cruel tumba de implacable fondo.

Y el amor santo, santo como un culto,
Que ante tus gracias siempre tuve oculto,
En la cruel tumba con dolor sepulto.

Y para siempre......! Y era, cual los míos,
Ese amor, grande.... Mas de los desvíos
Tú le clavaste los puñales fríos.

Y quedó muerto.... Charca ensangrentada
Son mis ensueños.... Negra es tu mirada...
Sobre mí es negra noche desplomada....!

....

Y lloro á solas....! Oh salobres gotas
De las cortezas por las hachas rotas,
En los sabinos de arrugadas cotas!

¡Oh luengos llantos de torrentes furos
En precipicios trágicos y obscuros
De enormes pasmos de agrietados muros!

¡Oh dolorosas lágrimas de brillos
Los más siniestros, rojos y amarillos,
De las canteras bajo los martillos!

Lloros de rocas silenciosas, tiernas,
Vertidos dentro de hórridas cavernas
En formas raras, múltiples y eternas!

¡Oh llantos todos.... Fieras cataratas!
Turbios rocíos sobre flores gratas!
Chispas purpúreas bajo férreas patas!

Entre los cierzos miel de las corolas!
Bajo las quillas copos de las olas!
Hoy os comprendo....! Tanto lloré á solas!...

....

Y á los despojos de mis esperanzas,
Ante la sombra que sobre ellos lanzas
Ven, como torvos cuervos, las venganzas.

Pero es en vano... Mi desgracia ahuyenta
Todo vil vuelo de pasión violenta....
Y el pie en mis celos un placer asienta.

Como el que tuvo tal vez el desierto
Cuando sacara del peñasco abierto
Vara increíble manantial incierto.

Como el que tiene la hora desolada
De la victoria.... Negra es tu mirada....
Sobre mí es negra noche desplomada....!

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS.

México, noviembre de 1902.

El progreso es, por decirlo así, lo que se llama el abandono sucesivo de las tradiciones.

***

El que duda y no busca, es á la vez muy injusto y muy desgraciado.

***

Para perdonar es menester haber sufrido.



La Respuesta de la Tierra.

EL Hijo del Cielo trabaja una vez en el año. Un día, para llenar este deber en la fecha ordenada, Khan-Hi, el sabio emperador, doblaba su cuerpo sobre la reja de un arado, del cual tiraban blancos bueyes del Tibet. Sin ver la muchedumbre que desde lejos acudía, el ilustre Khan-Hi guiaba su arado y miraba pensativo abrirse delante de sus pasos la tierra húmeda y fecunda. Y, ahondando el surco, murmuraba: —«Oh tierra! la vida es un enigma, y la muerte es un misterio; pero tú, que la espiga abonas con cadáveres para nutrir á los vivos; tú, madre del cedro y de la grama, tú debes de conocer el secreto de nuestro destino. Acerca de este problema, sobre el cual he reflexionado en vano, respóndeme pues. Yo soy Khan-Hi, hijo de Chun-Tchi; mi brazo venció al Tibet y á la Formosa; soy grande entre los más grandes; nadie se atreve á elevar su voz ante mí, sin antes haber tocado nueve veces el suelo con la frente; soy el señor, á quien todo es permitido; sin embargo, mi corazón es humilde, mi alma es sumisa y carezco del orgullo que mis antepasados tuvieron. Para crecer en sabiduría y en virtud, hice grabar en los muros de mi palacio, rindiendo culto á la tradición, las sentencias de los sabios, tal como un joven sigue los consejos de un viejo.

Odio á los cortesanos, y si fuera menos bueno, ordenaría que se les cortase la lengua. Soy tierno: prohibo con la pena de la argolla la extinción de la prole femenina. Toco varios instrumentos de música, leo correctamente y hago versos de amor. Soy valiente, no como el horrible Tunur, por vano deseo de gloria y sanguinario instinto, sino para caer como el rayo sobre el chato mongol y el ruso sin Dios, si osaran atacar el Imperio del Centro. Soy sabio: conozco los ritos y los códigos. Soy piadoso: rindo homenaje en sus pagodas á los bonzos de Ken-Tsen como á los sacerdotes de Fo, y protejo también á Jesús, el Dios nuevo, que nació de una virgen y predica el amor. Soy justo, y aspiro á que sea del labrador, al llegar la siega, todo el trigo por él sembrado. Soy en fin, un soberano bueno, sabio y grande, y mi nombre es bendecido por cuantos viven, del levante al poniente, en el Celeste Imperio. Háblame, pues, ¡oh tú cuya fecundidad nos concede el arroz, el trigo y el té! ¡Oh Tierra maternal, donde cada criatura busca su vida y encuentra finalmente su tumba, tú que de todo en el mundo eres la causa y el efecto, di ¿qué restará de mi obra? Respóndeme. ¡Para ello sería necesario un milagro!»

Su arado tropezó con un obstáculo. Y al hundir entonces con más fuerza la aguda reja para ahondar el surco, saltó una calavera de la tierra.

FRANCISCO COPÉE.



EL MANANTIAL

Bajo el dosel de musgo de la roca
Un chorro bullidor, desde la alta
Piedra agrietada, se desprende y salta
Y en un lecho de guijas hierve y choca....

Cuanto el agua, al caer, salpica y toca,
De césped blando y florecido esmalta;
Es un sitio de amor y nada falta:
¡Todo al deleite embriagador provoca!

Encantada en las glorias del paisaje,
Llega la moza; al recoger el traje,
Descubre á trechos desnudez divina,

Y cuando al agua su hermosura ofrece,
Toda su carne tiembla y se estremece
Al beso de la onda cristalina.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

Los Premios en el Colegio Militar



CON la solemnidad acostumbrada, se verificó el domingo pasado la distribución de premios á los alumnos del Colegio Militar que más se distinguieron por su conducta y aprovechamiento en los cursos de 902.

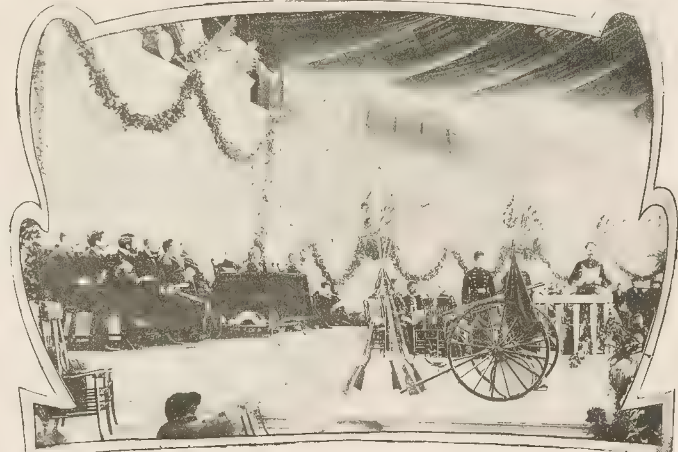
El acto, que resultó en extremo lucido, no sólo por lo bien combinado del programa á que estuvo sujeto, sino también por la numerosa concurrencia que llenaba el local, se efectuó en la hermosa tribuna de piedra mandada construir en el Bosque por la asociación del Colegio, y fué presidido por el Primer Magistrado de la Nación. Acompañaban al Sr. Gral. Díaz, que se presentó en Chapultepec á las diez y media de la mañana, los señores Secretarios de Hacienda, de Fomento y de Guerra. En el lugar de honor tomaron asiento, además: los señores Ministro de Cuba, General D. Carlos García Vélez; Conde Stadricke; el Encargado de Negocios de Chile, y los Generales D. Alejandro Pezo y D. Agustín Pradillo.

Pasado el primer número del programa, que cubrió la banda de Zapadores con una fantasía de «Tosca,» el señor Director del Colegio, Coronel Joaquín Beltrán, leyó un importante informe en que se detalla, con suma escrupulosidad y método, la historia del plantel correspondiente al año escolar que finalizaba. De los datos que contiene ese informe, todos muy importantes, tomamos sólo el que se refiere á los últimos exámenes: se efectuaron, en junto, dos mil, perdiéndose únicamente dos cuatro décimos por ciento. Los resultados no podían ser más satisfactorios.

En seguida, el señor Teniente Coronel y Lic. Enrique Beltrán pronunció un entusiasta discurso, que la concurrencia escuchó con interés. Tuvo, para el plantel del cual es hijo, sentidas frases de agradecimiento, y en forma galana y amena analizó, punto por punto, los progresos realizados durante los últimos años por la Escuela Militar. Para concluir, puso de relieve la solicitud con que el Gobierno acude á todo lo que directamente se relaciona con el adelanto del Colegio.

El Sr. Presidente de la República entregó después á los alumnos los premios con que el Gobierno recompensa su amor al estudio y su buena conducta. Los primeros premios fueron los siguientes: Primer año, Abel Dávila; Segundo año, Vidal Enríquez; Tercer año, Luis Robles Gil; Cuarto año, Eduardo Prieto y Sausa; Sexto año, Jesús Tavera; Séptimo año, Carlos Rojas.

Para terminar, el Sr. Lic. Rafael de Zayas Enríquez ocupó la tribuna, pronunciando una hermosa pieza oratoria que fué muy elogiada.



El Sr Gral. Díaz presidiendo el acto.

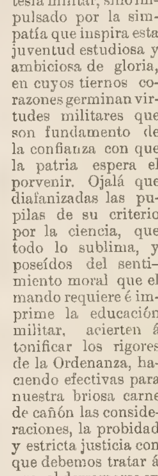
***

Siguiendo la costumbre establecida, terminado el acto de distribución de premios, el Sr. Presidente de la República y sus honorables acompañantes se dirigieron al comedor del Colegio, donde debía celebrarse el banquete.

El amplio salón estaba primorosamente adornado con haces de banderas, guías de laurel y trofeos. En el centro se colocó la mesa de honor, y á lo largo las destinadas á los profesores y á los alumnos. El Sr. Gral. Díaz ocupó el lugar preferente, tomando asiento á su derecha los Sres. Secretario de Hacienda, Ministro de Cuba y Gral. Pradillo. A la izquierda se sentaron el Secretario de la Legación de Austria, los Sres. Ministro de la Guerra y de Fomento y el Gral. D. Juan Villegas.

Del brindis que a la hora de los postres pronunció el Sr. Presidente de la República, impresionando á todos sus oyentes por la elevación de los conceptos que lo informan y la sobriedad del estilo, tomamos los párrafos que siguen:

«A mis nuevos compañeros que han merecido el ascenso á caballeros oficiales del Ejército y de la Armada, les doy mi cordial bienvenida, no para cumplir un deber de cortesía militar, sino impulsado por la simpatía que inspira esta juventud estudiosa y ambiciosa de gloria, en cuyos tiernos corazones germinan virtudes militares que son fundamento de la confianza con que la patria espera el porvenir. Ojalá que diafanizadas las pupilas de su criterio por la ciencia, que todo lo sublima, y poseídos del sentimiento moral que el mando requiere é imprime la educación militar, acierten á tonificar los rigores de la Ordenanza, haciendo efectivas para nuestra briosa carne de cañón las consideraciones, la probidad y estricta justicia con que debemos tratar á héroes anónimos, cuya sangre, al derramarse en servicio de la patria, sirve también para fundar nuestras reputaciones y magnificar nuestro mérito y honra militar; consideraciones que caben en la más estrecha severidad disciplinaria, y sin relajarle la dulcifican, porque engendran en el corazón del soldado agradecido y bien educado, el generoso anhelo de corresponderlas con diligente, rápida é inteligente subordinación; anhelo que fanatizándole en el tema de su deber, le induce por hip-





La concurrencia.



La Carpintería. El departamento de maquinaria.

notismo á desdeñar todo peligro por la gloria de su bandera, por la honra de la patria y por la de sus Jefes, que en su heroica abnegación estima como propia.

»El Ejército que mejor llegue á nutrir y á densificar la trama que tejen esos generosos sentimientos recíprocos, único factor de la verdadera fuerza, será sin duda el más poderoso si sus oficiales perciben con claridad y determinan con exactitud el límite de tan humanitario tratamiento, y aprenden á dispensarlo con alteza de dignidad jerárquica, para que no degenere en tolerancia, que es la gangrena de los Ejércitos.

»Si vosotros, mis jóvenes compañeros, cultiváis en vuestras filas este sistema bien entendido y prudentemente aplicado, yo os aseguro que contaréis con soldados inmejorables, que acostumbrados bien pronto á vencer, os conducirán á las más elevadas cimas de la jerarquía militar por la vía más honrosa, con el aplauso de vuestras propias conciencias y aclamados por la gratitud nacional.»

***

Una aclamación tan espontánea como ruidosa, saludó el importantísimo brindis del Sr. Presidente. Al abandonar el salón el Gral. Díaz, fué ovacionado.

UN INCENDIO FORMIDABLE

NOTA sensacional de la última semana, ha sido el incendio registrado el domingo por la noche en la fábrica de muebles que los señores Ambrosius y Blacke tenían establecida en Nonoalco.

Toda la noche de ese día estuvo ardiendo el edificio, sin que los bomberos se dieran punto de reposo en sus trabajos. El fuego invadió con una rapidez extraordinaria los distintos departamentos de la fábrica, consumiendo casi en su totalidad las existencias que había en los almacenes y la magnífica instalación con que contaba el establecimiento.

Cerca de dos mil pupitres fueron destruídos por las llamas, perdiéndose, además, una estufa para secar madera, que importaba una fuerte suma, y las máquinas de labrar, pulir y aserrar.

Según todas las probabilidades, el incendio se inició en el departamento de calderas, comunicándose después á las otras dependencias de la negociación. Las pérdidas, según lo declarado por los señores Ambrosius y Blacke, montan, aproximadamente, á $80,000 00.

El trabajo de los bomberos se prolongó hasta las diez de la mañana del lunes, hora en que la fábrica había quedado reducida á montones de escombros. Los techos de lámina y las columnas que sostenían los cobertizos, se derrumbaron sepultando las máquinas y las herramientas.

Los talleres que se encontraban establecidos en la fábrica, eran: carpintería, ebanistería, tallado, y de duelas y molduras. La negociación daba allí trabajo á multitud de operarios.





Los dueños de la Fábrica y el personal de policía

Catástrofe Ferrocarrilera.

HONDA impresión ha causado la terrible catástrofe ferrocarrilera ocurrida el martes por la tarde, en la estación de Tepa, del ferrocarril de Hidalgo y del Nordeste.

Cerca de mil peregrinos que habían venido en romería á la Basílica de Guadalupe, regresaban ese día á las poblaciones de su residencia, ocupando once carros entre de segunda y tercera clase. El viaje se hizo sin ningún contratiempo hasta llegar á la estación mencionada, donde, para dejar el paso á un tren de pulques, entró el de pasajeros á la «Y,» ocupando uno de los escapes. Libre ya la línea, el convoy volvió á ponerse en marcha, y en ese momento uno de los carros se volcó sobre



Exterior de la Fábrica, después del siniestro. Departamento de estufas y calderas.

el lado derecho, y arrastró á los demás, que cayeron por tierra haciéndose pedazos. Los pasajeros que resultaron ilesos ó levemente heridos, presas de un pánico terrible, procuraban abrirse paso entre el hacinamiento de tablas, fierros y cristales rotos que cubría el campo en aquel punto.

Tan luego como la Empresa tuvo noticia del suceso, se dispuso el envío de un tren de auxilio llevando á bordo á un médico, algunos ayudantes y dos ingenieros. Cuando el tren llegó, los heridos habían sido transladados ya en camillas improvisadas, á Zempoala, población poco distante de Tepa. Dos mujeres resultaron muertas, y entre los numerosos heridos que se levantaron del campo, había algunos q .e presentaban lesiones muy graves. Tanto los cadáveres como los heridos, fueron llevados después á Pachuca, dándose parte del accidente al Juez de Distrito del Estado de Hidalgo.

Parece que la causa del accidente fué la imprudencia de un empleado de la Empresa, que ordenó entrara el tren en uno de los brazos de la «Y,» que por su excesiva inclinación no permite el movimiento de grandes trenes. Además, y como el brazo no tiene la extensión suficiente, el último carro quedó sobre el vértice de la «Y,» haciendo invertir el cambio de tal manera, que el descarrilamiento fué inevitable.

El número total de pasajeros heridos pasa de treinta.



La Estación de Tepa.

SAN CRISTÓBAL LAS CASAS.

DAMOS en este número una vista panorámica de la ciudad de San Cristóbal Las Casas, una de las más perjudicadas con motivo de la lluvia de cenizas ocasionada por el volcán de Santa María, de la República de Guatemala.

San Cristóbal es una de las poblaciones más antiguas del país. En 1º de marzo de 1528, el capitán D. Diego de Mazariegos salió del pueblo de Chiapa en busca de un lugar conveniente para fundar una villa que fuera como el centro de operaciones de las autoridades españolas, para reprimir los alzamientos de los indios en aquellos rumbos. Se construyeron á corta distancia del pueblo referido algunas casas, y púsosele por nombre á la naciente población Villarreal.

Poco después se escogió otro sitio para la fundación, por carecer el que antes se había elegido de algunas condiciones indispensables á su objeto, y se trazaron calles, templos, etc., etc., nombrándose los regidores correspondientes. La iglesia se dedicó á la Anunciación, primero, y á San Cristóbal después, y tal era el celo que por el embellecimiento de la nueva villa desplegaron sus autoridades, que se ordenó, entre otras cosas, que el que trajera yeguas ó potros por las calles, los perdiese ó pagase un peso de oro para la fabricación de la iglesia, lo mismo que el que dejara salir los puercos de los corrales.

La primera Audiencia de México ordenó que Villarreal se llamara en lo sucesivo Villaviciosa, penando con una multa de cincuenta castellanos de oro al que la llamara como desde su fundación se había llamado. Andando el tiempo, se olvidó el nombre de Villaviciosa, y se le designó con el de San Cristóbal de los Llanos, hasta que la Reina Gobernadora, en 1536, le puso el de Ciudad Real. En 1535 se le concedieron armas, consistentes en «dos sierras por medio de las cuales pasa un río, y encima de una de ellas un castillo de oro y un león arrimado á él, y en la otra una palma y un león, todo en campo rojo.»

El obispado de Chiapas fué erigido en 1538, y el primer obispo que se nombró para gobernar la diócesis fué D. Juan de Arteaga. Este no llegó á ejercer sus funciones, pues murió antes de hacerse cargo del obispado, y entonces se designó para cubrir la vacante á Fray Bartolomé de Las Casas, enemigo acérrimo de los conquistadores y defensor insigne de los indios. Fray Bartolomé sufrió penas y contrariedades indecibles, captándose por su elevado espíritu evangélico y su caridad inagotable el amor de todos los vejados y de los oprimidos. San Cristóbal lleva ahora su ilustre nombre.

* * *

Los edificios de San Cristóbal, en su mayoría, tienen los techos de teja, con aleros volados, debido á que las constantes lluvias destruyen las azoteas en término de unos cuantos meses.

Entre sus fincas notables se cuenta el templo de Santo Domingo, uno de los más antiguos de América. En cuanto al comercio, en su mayor parte es con las poblaciones de Guatemala.

Por último, San Cristóbal fué por mucho tiempo la residencia del Poder Ejecutivo de Chiapas.

PENSAMIENTOS.

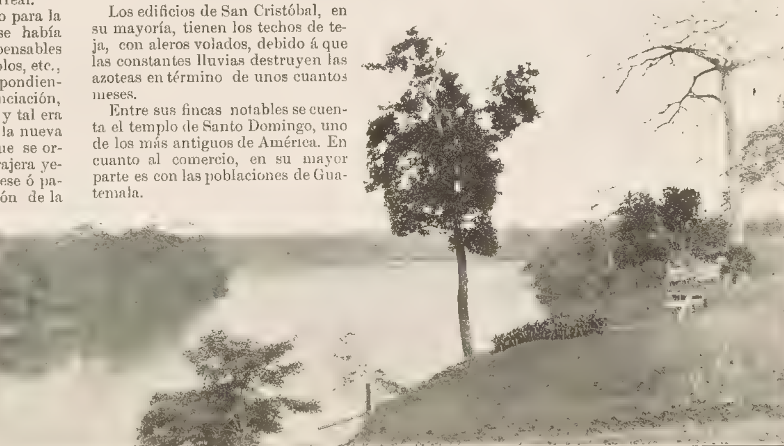
No hay nada tan fácil como lo que se ha descubierto la víspera, y nada tan difícil como lo que se debe descubrir al día siguiente.

* * *

Se persuade mejor muchas veces por las razones que ha hallado uno mismo, que por las que proceden del entendimiento de otros.

* * *

Sin las pasiones nada hay sublime ni en las costumbres ni en las obras; las bellas artes vuelven á su infancia y la virtud se vuelve minuciosa.



NUESTRO PAIS. Rio de Coatzacoalcos (Fot. Waite)

Vista panorámica de San Cristóbal las Casas. -(Tomada dos días después de la lluvia de cenizas).

EL BIENHECHOR.

Era ya de noche. El estaba solo.

Vió á lo lejos los muros de una ciudad circular, y marchó hacia la ciudad.

Como se aproximase á la ciudad, oyó rumor de fiesta, risas de alegría y harmoniosos sones de laúd. Golpeó la puerta, que abrió uno de los guardas.

Detúvose ante una casa de mármol, con bellos pilares en la fachada. Colgaban guirnaldas en ellos, y adentro y fuera había antorchas de cedro. Entró en la casa.

Cuando hubo atravesado la sala de calcedonia y la sala de jaspe, llegó á la de festines. Extendido sobre un lecho de púrpura, vió á un joven coronado de rosas rojas y cuyos labios estaban rojos de vino.

Y El, tocándole en la espalda, díjole:

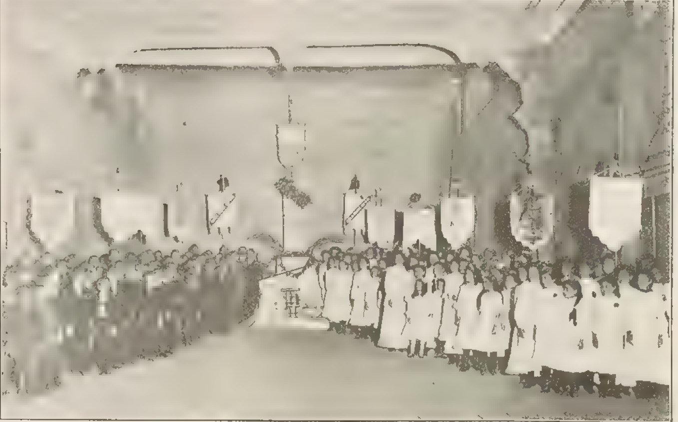
—¿Por qué vives de este modo?

El joven se volvió y, reconociéndole, respondió:

—Era leproso antes y Tú me has curado. ¿Cómo podría vivir de otra manera?

El salió de la casa y de nuevo fuése por las calles.

A poco vió á una mujer cuyo rostro y vestidos estaban pintados y cuyos pies estaban calzados de perlas. Y detrás de ella venía lentamente, como alguien que persigue, un joven que llevaba un traje de dos colores. Y el rostro de la mujer era tan bello como la faz de un ídolo, y en los ojos del joven brillaba el deseo.



LA FIESTA ESCOLAR.—Himno á la Escuela

El los siguió rápidamente, tocó la mano del joven y le dijo:

—¿Por qué miras de tal modo á esa mujer?

El joven se volvió y, reconociéndole entre risas, respondió:

—Era ciego antes y Tú me has devuelto la vista: ¿de qué otra manera podría yo mirarla?

La mujer se volvió y, reconociéndole, se sonrió y le dijo:

—Tú me has perdonado, y la vía por donde ando es una vía encantadora.

El salió fuera de la ciudad.

Y cuando hubo salido fuera de la ciudad, vió sentado en la orilla del camino á un joven que lloraba.

Y El se acercó al joven y, tocándole los bucles de sus cabellos, le dijo:

—¿Por qué lloras?

El joven alzó los ojos y, reconociéndole, respondió:

—Estuve muerto y Tú me hiciste levantar de entre los muertos. ¿Qué podría hacer yo sino llorar?

Oscar WILDE.

Nada puede matar el amor propio y todo lo hiere.—Mme. de Ségur.

Vengarse de aquellos que nos han hecho mal, obligándolos al reconocimiento, es un placer de los dioses.

La fuerza y el valor nunca mienten.—Reina Cristina.

Aquel que hace un servicio debe olvidarlo; el que lo recibe debe acordarse.—Mme. Aissé.

LA FIESTA ESCOLAR.

Como lo ofrecimos en nuestra edición anterior, publicamos en estas páginas algunas fotografías relativas á la gran fiesta escolar efectuada hace poco en Arbeu.

Damos también á conocer el retrato del señor Director de Instrucción Primaria, Ing. D. Miguel F. Martínez, á quien se debe principalmente el éxito logrado, y los grupos de las profesoras y profesores que con él intervinieron en la organización del festival.

El bien deja de ser útil cuando la opinión pública lo rechaza.

* * *

Frecuentemente las pretensiones de la libertad se asocian con las costumbres de la esclavitud.

* * *

Es inhumano reprochar á las gentes los defectos y flaquezas, cuando son las primeras en percibirlas y las primeras en sufrir las consecuencias.



Sr. Ingeniero Miguel F. Martínez, Director de Instrucción Primaria.

Á UNA ARTISTA.

Te admiro por tu genio, ¡oh soberana!
intérprete fiel de las pasiones
que dentro, en los arcanos corazones,
han conmovido á la existencia humana.

Que te cante la lira americana,
Uniendo su canción á las canciones
con que las liras próceres tus dones
allá cantaron en tu tierra hispana.

Augusta emperatriz del sentimiento:
yo rindo mi homenaje á tu talento,
que es el regio y magnífico estandarte

con que pasas en triunfo por la escena,
encendiendo en las almas la serena
y misteriosa lámpara del arte!

FRANCISCO IZÁBAL IRIARTE.

Jamás se han visto amantes que marchen tan unidos, como son en el mundo la ausencia y el olvido.





Grupos de Profesoras y Profesores que tomaron parte en la organización de la Fiesta Escolar


LA FIESTA ESCOLAR
LA GIMNASIA ESTÉTICA
JULIA MONS DIRECTORA
DEL JUEGO DE LA COMOGRAFIA
EL MINUÉ



El "Homenaje a la Ciencia"

El Juego de la Cosmografía

La recitación del Payador

La primera Nube



AMAS se hubiera imaginado Jorge que la dicha completa, transitoria tal vez, pero completa, estuviese tan al alcance de una mano mortal. Nunca hubiera creído, después de largos años de correr en pos del placer y del contento, que la felicidad había de venir hacia él precisamente cuando él ya desesperaba de alcanzarla nunca, á pesar de sus locas carreras y de sus tenaces persecuciones. Pero hubo al fin de convencerse: la felicidad estaba ahí, transitoria tal vez, pero completa.

Si Jorge hubiera leído alguna vez al poeta alemán que dijo que en la mayor parte de los casos no encontramos la felicidad, sólo porque tendemos la mano demasiado lejos para aprebenderla, tal vez no se hubiera maravillado mucho de que al retirar el brazo fatigado y desfalleciente, tras de titánicos, pero inútiles esfuerzos, y al doblar desencantado y furioso los dedos de su mano, casi inertes por la tensión, hubiese encontrado en su diestra á la felicidad, aprisionada como una mosca.

Pero Jorge no había leído al poeta alemán; en general, no había leído á ningún poeta: que no es leer á poetas el pasar la vista ociosa, en la biblioteca del club, por sobre las líneas equidistantes y equimedidas de alguna revista dominical! Las lecturas de Jorge, las únicas que lograban apasionarlo, eran las crónicas del «turf» y las crónicas de bastidores; en unas y otras encontraba revelaciones interesantes para sus gustos hípicos y cortesanos, que informaban la médula de su ser y que le hacían pasar la vida oscilando entre las pantorrillas de las tiples de sangre mezclada y los lomos de los corceles de sangre pura. Y de tal vida y de tales aficiones llevaba ya doce buenos años, pues contaba de edad treinta y dos, y desde los veinte había disfrutado de la libertad y del poder que prestan una doble orfandad y una pingüe hacienda. Aparte de dos paréntesis, de á quince meses cada uno, que había abierto en su vida mexicana para ir á ponerse inyecciones de «parisina» en los corredores del Folies-Bergère y á darse barnices de cosmopolitismo en las deliciosas explanadas de Niza, para él todos los días de esos doce años habíanse asemejado los unos á los otros como se asemejan entre sí las cuentas iguales de una camándula, y apenas podía designar como acontecimientos turbadores de esa monotonía á los cambios de nombre de la suripanta preferida ó del caballo favorito. En suma, Jorge había llevado la vida que estrictamente corresponde á nuestros aristócratas de nacimiento.

Pero un día, mejor dicho una noche, vino á él la felicidad; una noche en que malhumorado, herido por la inexplicable virtud que para él quiso desplegar y desplegó una tiple que no era virtuosa, tuvo la ocurrencia, rara para un caballerete de su alcurnia, de buscar con tesón hasta por los sitios más escabrosos y de peor aroma moral á cierto gañancillo andaluz, bajo de cuerpo y alto de lengua, de quien habíanle dicho que era el íntimo favorecido de la desdeñosa y la causa, tal vez, de los desdenes que lo torturaban. Y le halló en breve, engastado en una corona de toreros que ceñía á una mesa cargada de «cañas» y de botellas; le halló, trabó pendencia, y tras de un sopor que no se explicaba y de una singular pesadilla durante la cual desfilaron ante su retina faroles de gendarme y actas de comisaría, volvió en sí de sus furores y se encontró acostado en su propio lecho y con un navajazo en el vientre....

Ese gran acontecimiento de su vida, provocado con instrumento punzocortante, obligándole á guardar cama y soledad durante treinta ó cuarenta días, facilitó á Jorge la ocasión de pensar un poco con pensamientos serios, cosa que jamás se le había ocurrido y que le produjo esa extraña y atrayente sensación que algo muy nuevo y nunca sospechado nos produce. Y por el hilo de sus reverdecidos pensamientos fué llegando hasta el ovillo de su informulado anhelo, y con asombro advirtió que el ovillo no encerraba otra cosa más que el trilladísimo incidente del matrimonio, llamado por algunos ilusión y esperanza, mientras que otros recurso y epílogo lo apellidan.

Jorge no hubiera podido decir á ciencia cierta si la primera intención de aquel acto tan discutido por los demás se le apareció á él en forma de remedio inevitable ó de cúspide apetecida; pero sí podía jurar sin el menor peligro para su alma de pecador creyente y arrepentido á medias, que al pensar en el matrimonio, simultáneamente pensó en Amelia.

Más tarde, efectuada la boda, solía decirle á su dulce mujercita, para demostrarle su fidelidad y su ternura:

Mira, hijita, para divertirme pensé en muchas mujeres, cortejé á muchas, amé á muchas, pero nunca para casarme.... Para esto, tú fuiste la primera......

Y no mentía.

Pensó, pues, luego en Amelia, una chiquilla llena de encantos y de seducciones, elegante, hermosa é instruída hasta donde lo permitía también su calidad de aristócrata educada en el Sagrado Corazón: es decir, que tenía todas las cualidades de una perfecta cultura exterior aun cuando en las intimidades de su intelecto predominara más el talento natural que la escolar cultura. Pero esto no importaba á Jorge, ni lo advertía siquiera; Amelia había sido la única muchacha de su clase que en tal ó cual ocasión le atrajera un poco; la única á cuyo lado había sido capaz de sacrificar una velada de teatro y de club sin grandes sacrificios, y aun recordaba que en cierta ocasión había olvidado por completo una cita erótica, trabajosamente obtenida, por encontrarse con Amelia en pláticas amenas acerca de las últimas carreras de caballos en el hipódromo de Peralvillo.

Luego que, pasada su convalecencia, el elegante Jorge trocó por uno más interesado el tono hasta entonces inocente de sus entrevistas con Amelia y la requirió de amores, entró la chica franca y lealmente á las primeras de capa, y el noviazgo fué tema favorito de los comentarios metropolitanos y se desarrolló en medio de una atmósfera de simpatía, pues todos encontraban que los contrayentes eran como mandados hacer el uno para el otro, ambos bien criados, ambos ricos, ambos jóvenes, constituyendo, en fin, una pareja de lo más brillante y adecuado, cepa segura de futuras elegancias para el esplendor de la metrópoli.

Los parientes de Amelia fácilmente echaron al olvido los ligeros pecadillos y la mala fama que á Jorge se le reconocían, porque, tratándose de un buen mozo nacido entre talegas de duros, es claro que esas cosas no son dignas de ser tomadas en severa cuenta, ni mucho menos pueden ser motivo de estorbo para futura paz y concordia en el hogar. En último resultado—y esto lo sabían quizá experimentalmente los parientes de Amelia, —si el garzón no sentaba la cabeza bajo la dulce coyunda matrimonial. sobraríanle la buena crianza y los dineros necesarios para envolver su empecatado libertinaje en un cendal decoroso que defendiese á la niña de lesiones envenenadas y detuviese las hablillas sociales dentro de la órbita de esa admirativa murmuración que no menoscaba las reputaciones exteriores de las gentes, ni empece los goces exteriores de la vida; pues parece convicción arraigada en sujetos mecidos en cunas de marfil y de oro, la de que los descarríos realizados con buen modo y paliados con dinero, no alcanzan á mayores, de la propia suerte que los duelos con pan son menos

De ese modo, muy en breve vióse adornada de azahares y de blancas rosas la capilla de Nuestra Señora de Lourdes— de turno temporal para los enlaces aristocráticos, —y Amelia y Jorge, arrodillados ante el ara sagrada y á la vista del «todo México» selecto, juráronse amor eterno ambos con una sinceridad conmovedora y con el firmísimo propósito de constituir un hogar de cristiano ejemplo y mundana felicidad.

Sólo turbaron la unánime aprobación de aquel enlace algunas tímidas insinuaciones de antiguos camaradas de Jorge, que pretendían que mucho habría de arrepentirse éste del sacramento, en cuanto se sintiese coyundado. Mas esos malévolos augurios se ahogaron en las armonías del órgano que, con sonoridades de día de fiesta, entonaba la marcha de Méndelssohn.....

***

Y cátate casado á Jorge y con la felicidad en la mano. Porque era feliz, real y positivamente feliz: Amelia le adoraba con una gracia llena de encantos, y cuando en las tardes otoñales que siguieron á la época del matrimonio, recorrían la calzada de la Reforma y se internaban en las sombreadas avenidas del Bosque, hubiérase dicho que el automóvil que los conducía fuera una renovación eléctrica del mitológico carro de la Dicha.

Jorge dividía todas sus atenciones y sus cuidados todos entre su mujer y sus caballos: las suripantas de afeitados rostros y de cascadas voces habían caído en los más profundos antros de su olvido, y la regia mansión de los azulejos apenas si le arrancaba un saludo casi furtivo, dirigido á los aburridos elegantes que en el soportal se estacionan á la hora vespertina, rememorando resignados la famosa terraza de la plaza de la Concordia...

Una tarde, al regresar del Bosque, como encontraran en su camino á dos gallardas amazonas que, al trote corto de sendos palafrenes y seguidas de un lacayo de muy pulcra apariencia, asimismo tornaban á la ciudad, vínose á las mientes de Jorge un propósito que lo emocionó de manera tal, que por un instante alteróse la

tranquila marcha del autómovil, merced á un jubiloso estremecimiento que Jorge transmitió á la manija directora del vehículo.

-¿Qué te pasa? dijo Amelia al advertir el singular fenómeno.

-Nada, amor mío, no me pasa nada... Es sólo que me ha venido una idea, ¡ah!, una idea extraordinaria! Voy á prepararte una sorpresa colosal....

Y la miraba con aire regocijado y riéndose con toda su alma, como quien previene un acontecimiento de inusitada satisfacción. No pudo arrancar Amelia ninguna revelación acerca de la sorpresa proyectada; únicamente advirtió que apenas llegados á la casa, Jorge entregóse á la escritura de una larguísima epístola, y que ordenó fuese certificada esa misma noche en la estafeta postal. El sobrescrito de la carta contenía el nombre de Arturo Ancira, viejo compañero de los desórdenes de Jorge y residente á la sazón en Londres. Fué cuanto Amelia pudo sorprender de los preparativos de la sorpresa.

Pasó el tiempo y aquélla no venía. Mejor dicho, ¡valiente sorpresa fué la que Amelia tuvo en el transcurso de ese tiempo! La sorpresa de ver preocupado á Jorge, pero tan precupado, que con frecuencia desoía sus conversaciones y las dejaba sin respuesta alguna; hasta que enfadada Amelia, dejóse llevar de su irritación y llegó á abandonar el comedor y á encerrarse en su alcoba por toda una noche, la pr mera que pasaron separados desde la fecha de su matrimonio.

Al día siguiente, cuando ella esperaba que su esposo, arrepentido de sus distracciones y malos modos, buscase la reconciliación conyugal que, según dicen los sabios en la materia, recuerda las delicias del primer beso, Jorge preguntó simplemente:

¿No han traído un cablegrama para mí?

Desde ese día, por mañana, tarde y noche repetía Jorge la misma pregunta, por modo tan insistente, que en el espíritu de Amelia brotó un vigoroso germen de curiosidad con respecto al misterioso cablegrama, germen que en el bien preparado terreno femenino se desarrolló con impetuosa vitalidad y fructificó en la firme resolución de violar la cablegráfica misiva tan luego como llegase, para satisfacer prontamente tamaña expectación.

Y así lo hizo. Una mañana -Jorge había salido á efectuar su cuotidiano paseo hípico—Amelia tuvo en sus manos la azulosa y codiciada cubierta, y haciendo un poderoso llamamiento á toda la fuerza de su voluntad, que flaqueaba ante el seguro enojo de Jorge, rompió la débil envoltura del secreto y de ella extrajo un papel que decía:

«Encontrada. Saldrá pronto. Espera carta.—Arturo.»

¿Encontrada.... qué? ¿Qué había encontrado Arturo y qué debía salir pronto? En vano se devanaba los sesos la encantadora curiosa, pero no acertaba á colegir lo que Arturo había encontrado. Porque en materia de hallazgos, llano es el campo y vasto como el cielo, y á fe que en el celoso cerebrillo de una recién casada pueden tomar muchos aspectos sospechosos las cosas susceptibles de ser halladas. Luego que pudo Amelia quebrantar el embargo á que la sujetara su nueva curiosidad y se dió cuenta del momento en que se encontraba, de la violación que había cometido y del muy próximo regreso de Jorge al domicilio, asustose de su acto y decidió no mostrar á Jorge el cablegrama violado sino hasta que su caletre, aguzado por el descanso y la tranquilidad, le revelase algunas razones más ó menos aceptables para disculpar su falta. A la hora de comer miraba á Jorge, que, como de sólito, había preguntado por el esperado cablegrama recibiendo respuesta negativa; le miraba y hubiera deseado taladrar el hueso de su frente para espiar en su pensamiento y descubrir la incógnita que la torturaba. De pronto, siempre aguijoneada por la curiosidad, ocurrióse le un expediente azás fácil y aparentemente eficaz, sin saber que es empleado con mucha frecuencia por los jueces del crimen para arrancar una confesión, y de repente, en el tono más natural del mundo y á quema ropa, preguntó á su marido:

—Dime, Jorge, ¿qué es lo que te va á mandar de Londres Arturo Ancira?

Si algún bicho dañoso y mal intencionado hubiese hundido su órgano ofensivo en las carnes de Jorge, de seguro que éste no hubiera brincado de su asiento con tanta precipitación, ni mostrado en sus mejillas con tanto vigor de tono la riqueza de su sangre, ni puesto en su rostro mueca reveladora de tanta extrañeza, como lo hizo al escuchar la tranquila pregunta de su mujer. Y como quien no ha entendido bien ó no quiere haber entendido, con voz vibrante por la emoción y por el asombro, pudo apenas preguntar á su vez:

—¿Qué dices......?

—Te preguutaba qué es lo que va á enviarte de Londres Arturo Ancira......

Repuesto Jorge de su estupor, había tenido tiempo de adivinar lo sucedido, y estallando en cólera hirviente é impetuosa, por vez primera usó del grito —del grito franco y completo, —para increpar á Amelia, que, asustada por la expresión de su marido, perdió luego su fingida tranquilidad y empezó á comprender las trascendencias de su indiscreción.

—Has abierto un cablegrama que ha llegado para mí... ¿no es cierto? ¿Sabes que eso es una indignidad, una infamia, un delito? ¿Eso te enseñaron tus padres y tus monjas?....

Y como ella presentase humillada y llorosa el malaventurado cuerpo del delito, mientras trataba de encontrar una frase de disculpa, el frenético consorte se lo arrebató de las manos y se puso á leerlo ávidamente.

Muy luego pareció calmarse su ira, y la atribulada Amelia le vió abandonar el comedor y encerrarse en su alcoba. Mas, desde el siguiente día, dió principio un período de enojoso silencio en aquel hogar, y desde la siguiente noche, dentro de la casaca de sus buenos tiempos de célibe, volvió Jorge á marcharse al club, regresando solo á las altas horas nocturnas.

Amelia entretanto, cavilaba; y el airado demonio de la sospecha, ofreciéndole las más descabelladas suposiciones y las deducciones más temerariamente colegidas, no cesaba de verter nuevas y constantes gotas de aceite en la inextinguible hornaza de su curiosidad....

***

Días después del enojoso suceso, vemos á Amelia con una carta en la mano, luchando nuevamente contra la tentación. Mejor dicho, no luchaba; retardaba únicamente el momento de una nueva violación, sobrecogida por los temores de irritar otra vez el ánimo de Jorge, pero con la resolución ya en pecho tomada de perpetrar un nuevo desahogo de sus ansias de saber. Hízolo al fin y se encontró con una epístola á vuela pluma, que decía:

«Dear» Jorge: No sin gran trabajo he podido cumplir tu delicadísimo encargo, pero doy por bien empleados mis afanes en vista del éxito obtenido. En el próximo vapor saldrá Elsa -ése es su nombre, y estoy seguro de que habrás de enamorarte de ella, por exigente que seas. No sé cuánto podrá costarte en total el caprichillo; pero, chico, todo lo bueno cuesta y tú no te arruinarás despegándote de un puñadito de miles. Elsa irá acompañada de Tom Bowen, ¿te acuerdas? individuo de confianza y muy idóneo para estos encargos, quien estoy seguro te entregará á Elsa sana y salva. Es tan hermosa, que si no hubiera tenido en cuenta tu desbordada impaciencia, de buena gana hubiera retardado el envío para disfrutarla durante algunos días y pavonearme con ella por estas calles de Londres. Se ha retratado y por este mismo correo recibirás el retrato; he recomendado al fotógrafo te lo dirija al Club, pues supongo tendrás gran satifacción en enseñarlo á los amigos, quienes sin duda habrán de envidiarte. ¡Figúrate: hasta el príncipe de Gales había perdido los sesos por Elsa! Gózala en paz y no olvides á tu viejo amigo—ARTURO ANCIRA.»

Amelia quedó inmóvil y sintióse helada, cual si su joven carne hubiérase trocado en pentélico mármol. ¡Qué desvergüenza, qué cinismo! ¡Oh, ella sabía ya que el libertinaje actual de los hombres alcanza puntos inauditos; pero nunca hubiérase imaginado que entre caballeros del linaje de Jorge y de Arturo, se diesen y recibiesen encargos de naturaleza tan baja y rufianesca! Pero bien castigado iba á verse Jorge, ah, eso sí!....le despreciaría ella, volvería al lado de sus padres y le dejaría que se solazase en el fango con esa Elsa de todos los demonios que, por hermosa que fuese, no pasaría de ser una de esas inglesas rígidas como un leño, rubias como un haz de paja y frías como un sorbete de limón! ¡Qué gustos tan singulares tienen los hombres!

Aquella noche, al regresar del club un poco más tarde que de costumbre, sorprendióse Jorge al encontrar en la antesala cara á cara con su amada esposa, que, erguida y arrogante entre los amplios pliegues de su «deshabillé,» le esperaba en la actitud de una furia humanizada. Antes que pudiera interrogarla, ella, frunciendo el ceño como un manojo de encantos, dominó el convulsivo temblor de sus purpurinos labios, para increparle duramente:

-¡Infame, cínico, miserable, lo sé todo; sé que indigno de que yo te quiera; sé que me engañas; sé que nunca serás un hombre honrado; sé que tú y los de tu calaña, como Arturo Ancira y todos ésos, no sois más que unos canallas, sé que......

—Pero, hija, ¡yo ignoraba que fueses tal portento de sabiduría!—la interrumpió Jorge con muy sincera calma.—Sosiégate y dime quién te ha traído chismes y cuentos, y verás cómo todo resulta un embuste de marca mayor.......

—¿Serás capaz de negarlo todavía? ¡Hipócrita! A ver, dime quién es esa Elsa cuyo retrato debes de traer en el bolsillo .....

Por el asombrado rostro de Jorge pasó un relámpago, de risa primero, que se deshizo en una lluvia de ira después.

—¿Has vuelto á violar mi correspondencia? Pues bien, sí, aquí traigo el retrato de Elsa y voy á enseñártelo para que veas lo tonta que eres, para que tu curiosidad se satisfaga, para que no me tortures ya con tus sospechas y tus extravíos......Míralo......

Y extrajo Jorge de los bolsillos de la casaca una cubierta sellada con azules y exóticas estampillas de correo, y de ella un retrato. Amelia se acercó á verlo con una precipitación que tanto tenía de coraje cuanto de curiosidad, y su delicioso entrecejo fué desarrugándose, hasta que sus hermosos ojos negros miraron á Jorge con una mirada de interrogación, de duda y de extrañeza......¡¡La fotografía era el retrato de un caballo!

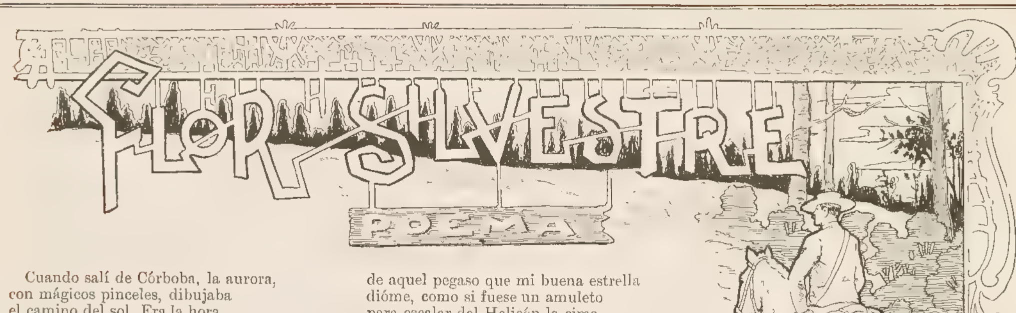
Jorge, con voz temblorosa aún por el desagrado, explicó que Elsa era una yegua, una magnífica yegua que para su Amelia había encargado á todo costo, porque quería ver en un solo cuerpo lo que más amaba en el mundo: su mujer y un caballo perfecto.

Entonces se oyó un beso, dos besos, tres besos y......

Víctor Hugo ha dicho que, en la noche de bodas y en los umbrales de la nupcial alcoba, se yergue un ángel, con un dedo puesto sobre los labios, que ordena el silencio y la discreción; yo creo que ese ángel permanece oculto en algún recodo del hogar para cumplir nuevamente su cometido en las reconciliaciones conyugales, y....con devoción acato su mandamiento.

JUAN SÁNCHEZ-AZCONA.





Cuando salí de Córboba, la aurora,
con mágicos pinceles, dibujaba
el camino del sol. Era la hora
en que la vida universal empieza
y en que la sombra de la noche acaba.
La inspiradora fuente de belleza,
radiante de esplendor, me sonreía
desplegando sus galas en un canto
de luces y gorjeos. Parecía
que la diosa, rendida á mi cariño,
me revelaba el misterioso encanto
con que soñó mi espíritu de niño.
La fiebre del amor, las ilusiones,
la dulce fantasía
que inspira las canciones
allá, en la primavera de los años
—primavera fugaz como la espuma,—
alentaban mi fe con la harmonía
de su raudal sonoro,
cuyos giros extraños
internan el espíritu en la bruma
de los ensueños de oro.

***

Tras larga ausencia, contemplar quería
sus gracias seductoras, y el arrullo
de su voz encantaba mis oídos
como flauta sonora que gemía,
levantando mi orgullo
hasta el excelso trono de la gloria,
porque labré los nidos
donde nació su amor......
De mi memoria
no se ha borrado aún aquella escena,
que os contaré otro día, si la vena
fuente de inspiración, no se agotara.
Dócil el noble hovero á mi albedrío,
secundaba mis ansias con su brío
como si fuerza oculta le animara;
en su veloz carrera,
dejaba atrás los valles y colinas
que, como banda de florido encaje
tejido por lozana primavera,
donde van á jugar las golondrinas,
circunda la ciudad.
Aquel paisaje,
grabado para siempre en el obscuro
rincón de la memoria,
disipa la amargura del presente
y los tristes presagios del futuro.
Sentía el dulce beso de la gloria
acariciar mi frente,
y, entusiasmado, sobre el lomo inquieto
de aquel pegaso que mi buena estrella
dióme, como si fuese un amuleto
para escalar del Helicón la cima
donde, amorosa, me aguardaba ëlla
—la solitaria musa que hoy anima
y engalana mi hogar......
—tan abstraído
iba, rimando estrofas, que el hovero,
libre á su voluntad, por un sendero
extraño me llevó. Desconocido
era el camino aquel, y mi alegría
trocóse en amargura
al ver el horizonte,
donde quebraba el sol que se escondía
sus últimos reflejos,
limitando la plácida llanura;
sin divisar un monte
á que subir para mirar más lejos .....
y en el aire flotando esa tristeza
que inspira la agonía de la tarde
á la naturaleza......

***

Me detuve. Mi espíritu cobarde,
en tan amarga hora,
alejóse, dejándome abatido;
implorando algún alma protectora
para llegar, con su feliz ayuda,
al templo de mi amor; algún sonido
que me brindara el eco para guía......
¡Oh, qué miedo sentí! La pampa muda,
muy perezosamente se envolvía
entre los tenues velos del ocaso
que desplegaba el sol en su carrera;
y mi pobre pegaso,
con la pupila agónica, miraba
la inmensa soledad, cual si temiera
el deber de llegar al horizonte
que tan lejos estaba......

***

Juventud, que, en la vida,
buscando vais el monte,
palacio de esa diosa fementida
que llamáis Ilusión, os aconsejo
que no dobléis la frente si el camino
os interrumpe la canción ingrata
de un dolor juvenil. Como aquel viejo
de la leyenda, eterno peregrino,
no vaciléis, porque la duda mata
los entusiasmos de la fe más ciega.
El dolor engrandece
al que vive con él y con él juega;
él concede del genio el atributo,
y en sus grandes dominios brota y crece
el árbol de la gloria.
Y si del árbol os incita el fruto,
emprended el camino
y perseguid, tenaces, la victoria,
que si es tortuoso el mágico sendero,
para esquivar los golpes del destino
debéis tener un corazón de acero.

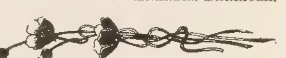
***

Llegué...... como se llega
á conquistar la cumbre apetecida
cuando no se doblega
el corazón al miedo; cuando el alma,
vibrando en la cadencia de la vida,
va navegando, con la mar en calma,
en el bajel del sueño, viento en popa
con rumbo al ideal; cuando la copa,
que alzamos de la vida en el banquete
no tiembla al acercarse á nuestros labios
porque no se prejuzga el contenido.....
Edad feliz que pasa como ariete,
dejándonos recuerdos y resabios,
y que despierta el corazón dormido
trayendo á la memoria
las valientes proezas
y las maravillosas aventuras
que cubrieron de gloria
los pechos juveniles. ¡Oh grandezas
que os trocáis amarguras!..... .
Bajo el cielo estrellado,
ante la «flor silvestre,» condolida,
caí, cual ave con el ala herida,
doblemente postrado
de fatiga y amor.........

E. Menéndez Barriola.



VIAS DE COMUNICACION.—Puente de hierro cerca de Cuautla



EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA
Adelina Alvarez de Calderón.

Joven como lo es siempre la esperanza,
Tierna como el ensueño de un poeta,
Dulce como las almas de los niños,
Bella cual flor sobre la rama abierta,
Así te vi yo un día
Cuando por vez primera
A México llegaste
Para ser el encanto de esta tierra;
Tan tierna como joven,
Tan dulce como bella.

***

Triste como las noches invernales,
Llorosa cual las ánimas en pena,
Y sola cual la tumba de los muertos
Que un amor siempre vivo no calienta,
Así quedó mi patria



ESCUELA N. DE BELLAS ARTES.—El Buen Samaritano (Cuadro de I. A. Rosas.)

Cuando partir te viera
Para ser el encanto
De otro sol, de otro cielo y de otras tierras,
Tan triste como sola
Lloró tu eterna ausencia.

***

Mas, no -me dice mi amoroso anhelo,
Tu ausencia no ha de ser, no será eterna;
Tú has de volver; tras el invierno rudo
Torna siempre otra vez la Primavera.
Y así te veré entonces,
Así como lo es ella;
Dando luz á las almas
Y flores y perfumes á la tierra;
Eternamente joven,
Eternamente bella.

México, marzo 15 de 1902.

JOAQUÍN D. CASASUS.

EL SECRETO DE LA VIOLETA.

LIDIA la blonda, la niña de ojos tan azules como un cielo de verano, sale muy temprano al campo con el objeto de llenar de flores un cestillo que quiere ofrecer á la Virgen María, á quien ama y venera profundamente, porque es el emblema santo del candor y la modestia.

Lidia está triste algunas veces, sin que ella misma pueda comprender la razón de su tristeza; pero en esa mañana, cantando alegremente, recorre los prados y las colinas; hace descender de su verde trono á la rosa, altiva emperatriz de los valles; seduce con dulces besos á las tiernas azucenas, y convierte en cautivas á las margaritas, que se rinden humildes á la presión de su mano, y cuando ha conseguido ya el rico botín que desea para la Virgen, recuerda que existe una flor encantadora, muy difícil de encontrar, y que ha de ser el mejor adorno de su cestillo. Penetra en un bosque perfumado, y después de registrarlo por todas partes, descubre al fin entre el musgo una violeta cuyos pétalos, del más hermoso azul, sólo pueden compararse con el matiz de sus ojos ó el manto del firmamento. Mas la dulce florecita parece tan triste que Lidia, conmovida, la contempla con afectuosa compasión.

—Querida florecita, le dice, ¿por qué estás tan triste? ¿Tienes algún pesar secreto? Dímelo, te lo ruego.

Pero la flor, temblando, responde: —No, no tengo nada.

Lidia pregunta á la rosa: ¿Qué tiene tu hermana?

—No lo sé.

Se vuelve hacia la azucena: ¿Conoces tú el secreto de la violeta?

—Tampoco á mí ha querido comunicármelo.

—¿Y á ti, margarita?

—En vano le he preguntado; la violeta es la más reservada de todas nosotras.

Lidia se aleja suspirando, porque no se atreve á aumentar el dolor de la violeta separándola de su retiro, y admirando su discreción, sin pensar que ella es también discreta con sus amigas.

Al penetrar en el sendero, se encuentra repentinamente con Frank, el gallardo cazador, á quien ama ocultamente hace mucho tiempo, pero á quien su pudor le ha impedido siempre manifestar su sentimiento.

¿Qué haces por el campo tan de mañana, querida mía? —le pregunta él.

—He venido á buscar flores; por cierto que he encontrado en el bosquecillo una violeta tan dulce y tan triste!, parece que tiene algún secreto que la atormenta, pero no ha querido decírmelo.

—¿Quieres que yo te ayude á descubrirlo?

—Oh! me alegraría mucho.

Frank, sonriendo, fija sus ojos llenos de amor en los de Lidia, que por primera vez se atreve, aunque sólo un momento, á devolverle la tierna mirada; pero en seguida baja los suyos tímidamente, mientras un rubor precioso y una suave melancolía se extienden por su semblante encantador. Entonces Frank se arrodilla ante ella y besando su linda mano, exclama transportado de gozo: — Ah querida mía! yo soy más afortunado, porque he descubierto en tus pupilas azules el secreto de la violeta......!

M. MATAMOROS.

Gerineldos, el Paje.

Del color del lirio tiene Gerineldos
dos grandes ojeras;
del color del lirio, que dicen locuras
de amor de la Reina.

Al llegar la tarde,
pobre pajecillo,
con labios de rosa,
con ojos de idilio;
al llegar la noche,
junto á los macizos
de arrayanes vaga
cerca del castillo.

Cerca del castillo
vagar vagamente
la Reina lo ha visto.
De sedas cubierto,
sin armas al cinto,
con alma de nardo,
con talle de lirio......

MANUEL MACHADO.

Más pueden adelantar los que lentamente caminan, si siempre siguen el camino recto, que los que corriendo velozmente se alejan de él.

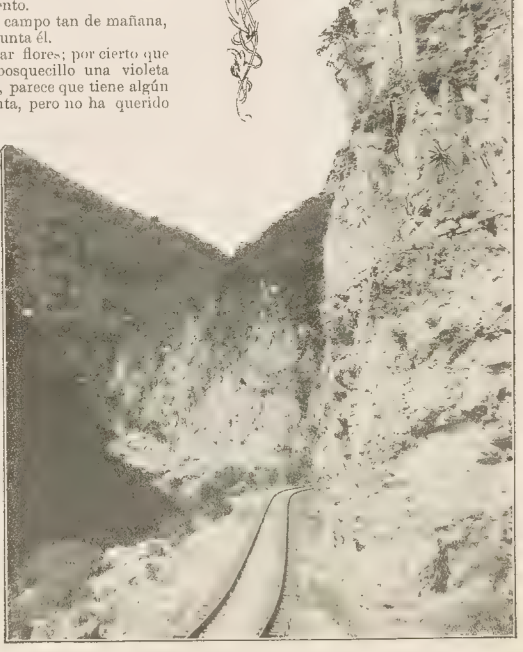
***

La costumbre y el ejemplo pueden más en nosotros que ningún conocimiento exacto.

El ocio es más temible que la muerte física, porque mata el alma á la vez que el cuerpo.

***

Entre hacer el mal y ser injusto, no hay diferencia alguna.



NUESTRO PAIS. Cañón de la Mano en Iguala. (Fot. Waite.)

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO II.--NÚM. 25. MÉXICO, DICIEMBRE 21 DE 1902. Subscripción mensual foránea, $1.50 Idem Idem. en la capital, „ 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



El Conflicto Europeo-Venezolano.

Crucero alemán que tomó parte en el bombardeo de Puerto Cabello el 14 del corriente.

Colores y Colorines.

Cuando en una exhibición de cuadros el público se encuentra con una tela en la que imperan el rojo vivo, el verde perico, el amarillo canario, todo lo que de chillante y de abigarrado ha contenido la paleta del autor; cuando para admirar la obra hay que calarse lentes ahumados ó gafas azules; cuando los paños brillan como esmaltes y las lontananzas relucen como azulejos, cuando el cuadro parece hecho con los vidrios policromos de un calidoscopio, inmediatamente los espectadores dan al pintor el calificativo de colorista, y aun de gran colorista, en proporción de los colores que emplea y del deslumbramiento que producen.

Para la generalidad de las gentes, tal parece que para ser pintor colorista, basta y sobra pintar con pulque de apio, sangre de toro y salsa mayonesa. Si así fuera, no habría mejores coloristas que esas niñas que bordan en canevá con los colores nacionales y que hacen guacamayas «y las dedican á sus amados padres.»

A esta clase de personas y aun á muchas otras menos vulgares, les sorprenderá saber, y así es la verdad, que se puede ser colorista sin usar de relumbrones y que coloristas hay, y de primera magnitud, que pintan con colores obscuros, y otros que suelen en sus telas no usar más que matices de un solo color.

Muchas personas han podido admirar en la galería de pinturas de D. Ciro de Acevedo, ministro que fué del Brasil en México, un monje de Velásquez, verdadera maravilla y obra magistral de pintura colorista. El monje, sentado en un escabel y junto á una mesa, contemplaba, en mística y profunda abstracción, un cráneo, símbolo de la muerte. Ahora bien, todo el cuadro estaba pintado con simples matices de color café, desde el hábito del monje hasta las carnes del asceta y los amarillentos huesos de la calavera.

Al análisis, aquello era una sepia que iba del café negruzco en los pliegues del hábito, hasta el café claro y amarillento en las carnes; pero á la vista, jugaban, aunque en tonos graves y severos, todas las coloraciones.

Los pintores flamencos, grandes coloristas, pintan admirables paisajes en los que jamás se ve azul el cielo, que en Flandes se ve poco y nunca azul; el follaje de sus árboles es generalmente verdeoscuro y profundo, sus nubes grises, sus aguas turbias, sus montañas violadas, y hacen con esas tintas opacas prodigios de verdad y de colorido.

Los venecianos y los españoles suelen usar las tintas vivas y brillantes; pero no son coloristas porque de ellas se sirven, sino por la manera magistral é inagotablemente rica con que saben matizarlas.

El colorista, en suma, no es quien posee colores vivos, ni menos aún muchos colores, sino el que percibe, interpreta y domina los matices variados de cada color. Estos son innumerables, casi diríamos infinitos. Una tela plegada, violada, roja, azul, de cualquier color, según la acaricia la luz ó la mancha la sombra, ofrece á la vista una gama inagotable de matices diversos, todos del mismo origen, pero todos diferentes. Lo mismo las nubes, las montañas, la naturaleza toda. Para interpretarla con el pincel, hay que percibir todos los tonos, todas las intensidades, todos los esfumamientos, todos los resaltos del color fundamental.

Ahora bien, la gama musical es limitada, en tanto que es indefinida é inagotable la del colorido. En S. Pedro de Roma hay, copiado en mosaico, entre otros muchos, un cuadro de la escuela española que representa el martirio de una santa. Para poder reproducirlo en color, hubo que fundir en vidrio ocho mil matices diferentes de los colores de la pintura, y cuenta que en el mosaico más perfecto se salta siempre de un tono á otro, omitiendo algunos intermedios; cosa imperdonable en pintura.

En ver toda esa gradación, en percibir todas las tonalidades y en interpretarlas con maestría, estriba el talento del colorista. Fabrés, el gran pintor que hoy contamos entre nosotros, entre muchas obras maestras, tiene una que pronto podremos admirar, un cuadro que se llama «¡Centinela, alerta!» y que está pintado todo con matices del blanco.

Este modo de considerar á los coloristas, se corrobora con el hecho de que todos ó casi todos los más renombrados viven en países húmedos, cerca de mares, lagos ó pantanos, en climas lluviosos ó impregnados de vapores. La humedad, según su grado, según la densidad de las nieblas que produce ó de las brumas que forma, según se acumula ó se disipa, interpone entre las cosas y el observador, ya gasas tenues, ya velos densos, de penetrabilidad ú opacidad infinitamente variables; bajo su influencia los colores se matizan, se esfuman, se ensombrecen ó, por el contrario, brillan ó chispean, y ésta es la escuela y ésta la inagotable colección de modelos en que se forman los grandes coloristas.

En los países secos, por el contrario, la atmósfera es transparente y límpida; los colores destacan y se sobreponen bruscamente sin casi matizarse; los contornos de las casas resaltan, el lineamiento predomina sobre la mancha, y en estas condiciones surgen los mejores dibujantes, pero muy débiles coloristas.

Por eso nuestros pintores, especialmente en la Mesa Central, dejan tanto que desear como coloristas. Si les fuera dable visitar Holanda, Inglaterra, ó estudiar un poco en ciertos lugares de nuestras costas, no tardarían en dominar el color, tanto ó mejor de lo que dominan la línea.

Dr. M. Flores

La Fiesta de Navidad.

La ruidosa fiesta de la «Noche Buena», que conmueve y regocija á toda la humanidad cristiana, tiene orígenes que se pierden en los tiempos primeros de la religión que la motiva y, á punto fijo, no ha sido posible á los historiadores precisar la época exacta en que dicha fiesta empezó á celebrarse.

Lo único que puede asegurarse de una manera positiva, es que la fiesta de Navidad es una de las más antiguas del Cristianismo, como acabamos de decir, y que ya se encuentran vestigios de ella en las prácticas de la primitiva Iglesia de Occidente, que fué la que empezó á dar liturgia propiamente dicha al culto nazareno y á fijar las costumbres cristianas.

El primer prelado de quien á ciencia cierta se sabe que celebraba ya la fiesta de Navidad, es el obispo Telesforo, que vivió en el segundo siglo de la era cristiana; pero en esos tiempos la fiesta de referencia no era una conmemoración que correspondiese á un día fijo, sino que celebraba en abstracto el nacimiento de Cristo una vez al año, cuando el obispo lo disponía, siendo en consecuencia una fiesta movible que, al decir de los cronistas, celebrábase de preferencia en el mes de enero ó en el de mayo.

La costumbre de la celebración y la movilidad de la misma, indujo al obispo Cirilo de Jerusalén, en el siglo IV de la era cristiana, á solicitar del Papa Julio II el ordenamiento de una investigación minuciosa para precisar el día del año en que Cristo había nacido; y el pontífice romano acogió las indicaciones del obispo y ordenó esa investigación, encomendándola á los doctores más eminentes de Oriente y de Occidente, quienes después de muchas labores y de largas discusiones, convinieron por mayoría en que la fecha más probable del nacimiento de Jesús era la de 25 de diciembre. Esa decisión fué impugnada durante largo tiempo por teólogos y doctores, y es un hecho que en los evangelios no se encuentra ningún indicio que á ella se refiera; pero con el transcurso del tiempo llegaron á agotarse las discusiones, y toda la cristiandad ha venido reconociendo el 25 de diciembre como la fecha del nacimiento de Jesús.

Según parece, las celebraciones primitivas de la fiesta de Navidad, tenían un carácter exclusivamente religioso y no ha llegado hasta nosotros el ritual de ellas. Pero ya en la Edad Media, la iglesia de Occidente empezó á dar á la festividad cierta amplitud, consistente en celebrarla por medio de juegos escénicos, en los cuales aparecía el niño Jesús en el humilde pesebre de Bethlem, rodeado de San José, de la Virgen y de los pastores, representados todos por individuos de carne y hueso. Recitábanse composiciones y entonábanse cantos en loor del divino infante, y ése fué probablemente el origen de los «nacimientos,» que aún se conservan en nuestros días. Con el tiempo, merced á los disfraces y á los cantos, esa clase de fiestas degeneró de tal manera, que fueron prohibidas en los dominios de la iglesia de Occidente.

Sin embargo, como en todos tiempos y en todo lugar, las prohibiciones han encontrado desobediencias, dícese que en algunos lugares persistió la costumbre de la representación viva del nacimiento de Jesús, señaladamente en Valladolid de España, cuya fiesta de Navidad tenía fama extensa y asumía un carácter verdaderamente popular. Empezaba al caer la tarde del 24 de diciembre y concluía al despuntar la aurora del 25; y como en el transcurso de más de doce horas no pudiesen los asistentes mantenerse sin refrigerio y alimento para sus cuerpos, adoptóse la costumbre de llevar consigo colaciones á la iglesia y de consumirlas allí mismo, siendo éste el origen de nuestras cenas de Navidad y del «réveillon» francés. Si la fiesta caía en viernes, los obispos permitían quebrantar el precepto de la abstinencia y consentían el consumo de carne, fundándose en que en tal fecha el Verbo Divino se había hecho carne, al tomar apariencia humana, y por ende no podía prohibirse el consumo de viandas.

Es un hecho que en las primitivas celebraciones de la Navidad de Jesucristo, se verificaban ceremonias que todavía recordaban en mucho los usos de la idolatría y que, modificadas en el transcurso de los tiempos, todavía suelen haberse conservado hasta nuestros días. Así, por ejemplo, el legendario árbol de la Navidad tiene su origen en la costumbre de los primeros celebrantes de la fiesta—costumbre que sin duda arranca de la idolatría—de bendecir durante la festividad una rama de árbol, que simbolizaba á la Naturaleza, para implorar del cielo que los productos de la tierra no faltasen en el año nuevo, pues hay que advertir que en la época de Carlomagno el año empezaba en Navidad. La bendición de la rama se verificaba rociando ésta de vino y diciendo: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!»

* * *

En los tiempos actuales, las ceremonias con que se celebra la fiesta de la Navidad varían en sus detalles en diversas partes del globo, según las modificaciones que en cada lugar ha venido sufriendo la celebración primitiva.

En donde más ha conservado todavía ese carácter idólatra á que hemos hecho referencia, es en el mediodía de Francia, en donde se bendice el fuego nuevo en la noche de Navidad y se le consagran poéticas cantilenas, rogándole que en lo sucesivo siga, como hasta ahora, calentando y alegrando los hogares y prestando vida á los niños y á los viejos.

En las otras regiones de Francia, la fiesta de Navidad tiene carácter ruidoso y pierde mucho de su distintivo religioso. En París el «réveillon» consiste en magníficos saraos que se interrumpen para ir á oír la misa de medianoche, y que en seguida se reanudan.

En los barrios alegres de la capital de Francia, como lo son el latino y el de Nuestra Señora de Loreto, el «réveillon» se convierte en fiesta callejera de índole carnavalesca, y los

estudiantes y las grisetas recorren alegremente los cafés y las cervecerías, en grupos numerosos y entonando canciones báquicas.

Algo parecido sucede con el «Natale» italiano, aun cuando éste tiene muchas ceremonias religiosas especiales, como el sermón de Nochebuena en Roma, en que la cátedra sagrada es ocupada por niños vestidos de sacerdotes.

En Inglaterra es el «Christmas» la fiesta íntima de la familia, del hogar, de los niños. En el «Christmas» hasta las familias más humildes tienen en su mesa el nacional «pudding» y el gráfico ganso asado.

Pero quizás en ninguna otra parte del mundo se celebra la noche de Navidad con tanto entusiasmo ni con tan íntima veneración como en Alemania. Allí el «Weihnacht» es una fiesta universal; toda tarea se suspende, las calles cobran un aspecto especial de fiesta, único en esa noche; y lo mismo en el palacio del prócer que en la humilde estancia del proletario, centellea y resplandece el adornado árbol de Navidad, en cuyo torno se reúnen todos los miembros de la familia y á cuyo pie se encuentran los regalos que se hacen mutuamente amigos y deudos. En esa noche y solemnemente, debajo de las extendidas ramas del simbólico pino luminoso, se verifica la publicación de casi todas las promesas de matrimonio.

En España, en fin, la celebración de la fiesta tiene muchos puntos de contacto con la que en México se celebra, y el episodio capital de ella es la iluminación del clásico é ingenuo «nacimiento,» tan admirablemente descrito por el P. Coloma en «La almohadita del niño Jesús.»

Sería prolijo enumerar las incontables pequeñas industrias á que por doquiera da vida la celebración de la Navidad; la fabricación de golosinas y de juguetes acrece notablemente sus rendimientos en ese día.

Y en el Norte y en el Sur, en Oriente y en Poniente, las sonoras campanas de los templos ensalzan la gran fiesta cristiana......

SARDÍN.



«Y eran una sola sombra larga .. »

JOSÉ A. SILVA.

I

...Recuerdo... Es un recuerdo triste...Sentado
en áspera roca, muy cerca del agua,
veía las olas hervir con reflejos
de limpias escamas.
Las nubes espesas
en lo alto y compactas,
sus copos cuajados de tul y de armiño
del mar el movible cristal reflejaba.

***

Llegaban las ondas tranquilas y lentas
besando la arena sutil de la playa......
La luz de la luna
la espuma irisaba;
y trajo en sus alas la brisa apacible
lejanos murmullos y suaves fragancias.
¡Qué noche tan bella,
tan suave, tan fresca, tan linda, tan blanca!

***

Hendían el aire veloces gaviotas
en rondas lejanas,
así como flechas
por arco invisible lanzadas;
y también á lo lejos, borrando la línea
brumosa y opaca
del vago horizonte, con ritmo batía
su vela una barca.

***

Hermosos recuerdos de viejos amores,
de dichas pasadas,
en rondas volubles, cual humo de incienso,
llenaron mi alma.
¡Cuán dulces las horas de vagos ensueños!
¡Cuán dulces las horas de tristes nostalgias!
Aquel prestigioso paisaje de sombras
inciertas y diáfanas,
hirió mi cerebro cual hiere la lumbre
tan plácida y triste del astro de nácar;
soñaba despierto gozando en mi sueño,
profunda tristeza mi pecho llenaba,
y sentí la caricia de un ósculo ignoto
y lluvia de lágrimas.

II

Veían mis ojos
—los ojos del alma—
un misterioso desfile de espectros,
de blancos fantasmas,
envueltos en tules,
cubiertos de escarchas,
y una sombra inmensa,
una sombra taciturna, extensa y vaga,
sus mudas siluetas
en la arena de la playa proyectaban.

***

Pasaron tan cerca,
que vi reflejarse á la lumbre fantástica
los pálidos rostros
de bellas mujeres un tiempo adoradas.
Una en la frente
marmórea llevaba
las huellas de un beso,
de un beso arrancado del fondo del alma.
Aquélla lucía
como un manto de oro en la mórbida espalda,
los rubios cabellos que en horas remotas
me dieron sus suaves fragancias.
Y un poco más cerca,
muda y triste, estaba
la que tanto he amado en la vida,
la imagen que nunca de mi alma se aparta,
aquella que ha escrito en mi libro
la más dulce página
de amores, de dichas, de sueños, de anhelos,
de olvido y de lágrimas.

***

Aquellas visiones,
con voces confusas—un tiempo escuchadas,—
con voces distintas—que ya no recuerdo,—
me hablaban......
me hablaban de cosas que tengo en olvido,
de dichas lejanas,
de viejos ensueños,
de mis esperanzas,
ya mustias y secas cual hojas caídas
de las muertas ramas.

....

Pasó el misterioso desfile de espectros
y blancos fantasmas
de aquella noche triste,
de aquella noche trágica,
tan suave, tan fresca,
tan linda, tan blanca.

***

Mas ay! que de pronto
en la húmeda arena sutil de la playa,
alzóse una sombra
envuelta en crespones y fúnebres sábanas.
¡Cuán lívida era!
A mí se acercaba
con paso angustioso
la muerte, la Pálida,
trayendo en los hombros su signo de espanto,
su negra guadaña.

***

......La luna entre tanto
la espuma irisaba......
y lentas, tranquilas, llegaban las ondas
besando la arena sutil de la playa......

FERNANDO E. BAENA.

Barranquilla-Colombia.



DÓNDE?.... ...

Frentes cubiertas de albas tocas.
por las vigilias aureoladas;
marfiles tersos de las bocas
de las vírgenes supliciadas.

Frágiles manos que los rudos
rosarios llenan de dolores,
y finos pies casi desnudos
que se marchitan como flores.

Rubios cabellos olvidados
que en las recónditas gavetas,
soñáis con líricos tocados
y con románticas peinetas.

Novia doliente del suicida,
que cuando triste profesaste,
como un recuerdo de la vida,
sólo el anillo te llevaste.

Decidme, en dónde hallaré el fino
verso que diga vuestro duelo,
de albura cándida de lino
y suavidad de terciopelo?

ALEJANDRO CARIAS.

La "Caza de la Zorra"

LA simpática «entente» á que han llegado los clubs Hípico Militar é Hípico Alemán, originaron ya un vivo entusiasmo de parte de todos los miembros de estas dos agrupaciones, entusiasmo manifestado en ocasiones diversas y con plausibles resultados.

Entre nosotros, la afición á los ejercicios hípicos supera á la de cualquier otro «sport», y el



Subteniente Manuel Carrillo.—(La "La Zorra."

atractivo de aquéllos no aminora la gran parte útil y educativa que entrañan. Para una importante mayoría, el ejercicio á caballo es, y con mucho, beneficioso, ora corporal, ora espiritualmente; pues, cabe decirlo, el individuo que aprende á dominar un brioso alazán, ad-



Sr. Manuel Chavaud, vencedor.

quiere insensiblemente mayores energías que oponer ante los peligros; en el cuerpo la sangre se apresura, edúcase la vista, y la facilidad de recorrer las distancias y renovar los paisajes, contribuye al buen humor y al esparcimiento del ánimo. Si al simple acto de montar á caballo, se añaden todas las peripecias y variaciones á que se presta en sus diferentes ejercicios, el atractivo se acrecienta; y la certeza de su bondad es indiscutible cuando á ellos se entregan los miembros de nuestro ejército, llamados, como nadie, á semejantes prácticas.

El pasatiempo que tuvo lugar el domingo último en los llanos de Anzures, y que dió margen á las instantáneas que hoy publicamos, fué ofrecido por el Club Hípico Militar al Club Hípico Alemán, en correspondencia al que éste tuvo la atención de ofrecerle hace dos meses, y preparado en sus detalles por el señor capitán Gustavo A. Salas, uno de los miembros más entusiastas de aquel círculo.

La «caza de la zorra» ofrece á los aficionados á la equitación una grata oportunidad de poner en juego las facultades de que son poseedores. En México, el relacionado «sport» ha sufrido, á su «importación», algunas modificaciones. De los ingleses, para quienes la caza verdadera ofrecía mil dificultades, bien por la distancia, bien por la carencia de piezas importantes, nació la invención de este juego, que consiste en que el jinete designado como «zorra» tome la delantera de los «cazadores», llevando consigo una bolsa de «confetti,» cuyo contenido deberá ir dejando caer sobre el camino que recorra. A continuación los «perros», vistiendo casaca verde, parten en seguimiento del «rastro», y, en pos de ellos los «cazadores», dirigidos por el «master», emprenden la marcha. Transcurrido el tiempo fijado de antemano, el «master» da la voz de «caza libre!», y los «cazadores» entréganse á la persecución de la «pieza», obligados, sin embargo, á pasar por todos los obstáculos que la «zorra»



Un salto de altura.

haya salvado. En los últimos ejercicios de este género realizados en México, debido á las condiciones del terreno en que han tenido lugar, se optó por la supresión de los «perros», cuyo objeto era nulo.

El juego, en sí, no es nuevo entre nosotros. En algunos Estados del interior, la «caza de la zorra» tiene su similar en la «carrera del gallo», con la diferencia de que, para este último



Teniente Coronel Rafael Eguía Lis, "Master."

«sport», se requiere, además de la ligereza del caballo, la vivacidad en sus movimientos; pues si en el primero de estos pasatiempos, al «cazador» le basta acercarse á la «zorra» para desprender de su hombro la cola que lleva ligeramente prendida, no pasa lo mismo al tratarse de la «carrera del gallo», en la cual el jinete, que lleva en alto un gallo auténtico, se defiende con energía, y la lucha se entabla hasta que, pasado el tiempo, el vencedor puede de orgulloso ostentar el disputado gallo, que no siempre queda dueño de todos sus miembros.

Otro juego hay que se denomina el «enterrado», en el cual el gallo es también la víctima; pero en este caso el animal es colocado en el suelo, en un agujero de donde no asoma más que la cabeza; el jinete, pasando á escape, deberá «balonearse» hasta el suelo, para apoderarse del animal; y éste, á su vez, se defiende moviendo de uno á otro lado la cabeza, ó recogiéndola cuanto le es posible.

En estas dos diversiones netamente nacionales, la agilidad, la fuerza, el tino, la maestría en el manejo del caballo, pónense á prueba á un tiempo mismo, y, excusado es decirlo, los peligros son infinitamente superiores á los de la primera; pero no por tal motivo deja de ofrecer ésta un gran atractivo, tanto para el público espectador cuanto para las personas que en ella toman parte.

A la última fiesta verificada en Anzures, concurrieron activamente veintisiete súbditos alemanes y más de cuarenta oficiales de nuestro ejército; por ser imposible asistir á ella al señor teniente Bartels, fungió como «master» el señor teniente coronel Rafael Eguía Lis, y fué la «zorra» el señor subteniente de caballería Manuel Carrillo, á quien logró vencer el señor D. Manuel Chavaud, uno de los «cazadores» pertenecientes al grupo alemán.

A los llanos de Anzures concurrió oportunamente el Sr. Secretario de Guerra, invitado por los organizadores de la diversión, y ésta terminó con un banquete con que el Club Hípico Militar obsequió al Alemán, y asistieron casi todos los que en los ejercicios hípicos tomaron parte.



El Conflicto Venezolano.

NUESTROS lectores conocen ya, por la abundante información cablegráfica que acerca del asunto ha dado á conocer «El Imparcial», el giro verdaderamente lamentable que han tomado las cuestiones surgidas entre Inglaterra y Alemania por una parte, y la República de Venezuela por la otra.

El conflicto embarga en estos momentos la atención de todo el continente y ha parecido alejarse cada día más del terreno de las negociaciones pacíficas. Algunos buques venezolanos fueron capturados por la acción combinada de la flota anglogermana, y otros echados á pique, precisamente cuando el Gral. Castro había ordenado la prisión de los súbditos de ambas naciones, que residían en Caracas, y el Ministro de los Estados Unidos, Mr. Bowen, se disponía á negociar la liberación de los prisioneros. El buque insignia de los venezolanos—el «Bolívar»—fué también apresado, sin que presentara resistencia alguna al enemigo.

Posteriormente, el cable transmitió la noticia de que una división del ejército venezolano compuesta de 2,100 hombres y al mando del Ministro de la Guerra, había llegado á la Guayra—punto bloqueado por la flota extranjera,—y de que una partida de marinos ingleses y alemanes desembarcó allí para llevar á bordo de sus buques á algunos súbditos de las dos potencias aliadas.

Los buques «Charybdis», «Vineta» y «Schloss» entraron á la Guayra el día 13, tomando posiciones para dominar el fuerte y la costa, y al día siguiente se presentaron los dos primeros en Puerto Cabello rompiendo sobre la aduana y las fortalezas un nutrido cañoneo que apagó las baterías enemigas en cuarenta y cinco minutos. El gobernador del fuerte fué hecho prisionero y los marinos se apoderaron de las trincheras.

Fuera de otros incidentes que se han presentado en el curso del conflicto, éste es hasta hoy el más notable y el que más ha contribuído á recrudecer los ánimos y á levantar, tanto de una como de otra parte, protestas y recriminaciones. La prensa sudamericana, que se había abstenido, dentro de una prudente reserva, de aventurar opiniones y comentarios, comienza ya á ocuparse del asunto en términos en que se echan de ver, muy á las claras, la importancia que se concede á la actual contienda en las repúblicas del Sur, y sus simpatías hacia Venezuela.



LA CAZA DE LA ZORRA.—Los cazadores.

Parecía, por lo demás—esto no es más que una información cablegráfica,—que tanto en la Argentina como en Chile, la opinión de los gobiernos estaba del lado del presidente Castro. «Argentina ha instruído á su representante en Caracas -dijo un despacho para que le informe de lo que cuentan hacer los Estados Unidos, y de la manera como traten de aplicar la doctrina Monroe ante la actitud agresiva de Inglaterra y de Alemania. Si los Esta-



LA CAZA DE LA ZORRA.—Un salto á lo largo.



CAPITOLIO DE CARACAS.—Edificio en que celebra sus sesiones el Congreso de Venezuela.



Palacio Federal de Caracas.



EL GRAL. CASTRO,
Presidente de la República de Venezuela.

dos Unidos permanecen impasibles, Argentina, considerando que la autonomía de las repúblicas americanas está violada, asumirá una actitud simpática hacia Venezuela, y ofrecerá su apoyo al presidente Castro. Chile abriga intenciones parecidas á las de Argentina.»

A hacer mas grave aún la dificilísima situación en que está colocada Venezuela, han venido, por último, las reclamaciones que al Gobierno de Castro hace el de Italia, y las que presentaron, según las noticias más recientes, al mismo Gobierno España y Bélgica. No obstante la tirantez del conflicto, prevalece la opinión de que llegará á resolverse de una manera satisfactoria.

***

«El Mundo Ilustrado» da hoy á conocer fotografías del «Vineta», buque que, como antes decimos, tomó parte en el bombardeo de Puerto Cabello, así como las vistas de la Guayra y del Capitolio y el Palacio Federal de Caracas.

Publicamos, ademas, los retratos del presidente Castro y de Mr. Bowen, ministro de los Estados Unidos en Venezuela.



MR. BOWEN,
Ministro de Estados Unidos en Caracas.

La Fiesta Escolar en Tacubaya.

Muy lucida resultó la fiesta con que las escuelas oficiales primarias de Tacubaya clausuraron sus clases en días pasados. Los distintos números de que se componía el programa, dejaron agradablemente impresionado al

numeroso público que concurrió al festival, no sólo por lo bien escogido de ellos, sino principalmente por el derroche de gracia con que, tanto las niñas como los niños, desempeñaron la parte que les correspondía.

El coro de los Organilleros y «La Cafetera,» juguete, este último, en que tanto se luce Frégoli, fueron muy aplaudidos, distinguiéndose en el desempeño, entre otras, las niñas Leonor, Carlota, Margarita y Elena Murphy. La primera, caracterizando al notable transformista, estuvo graciosísima.

En cuanto á los demás números del programa, llamaron mucho la atención «El Asalto á Chapultepec,» cuadro histórico en que tomó parte un grupo de niños, y el coro «Gatos y Ratones,» cantado por veinticuatro niñas.

Tanto el Sr. Ministro de Justicia, como el Subsecretario de Instrucción Pública, concurrieron á la simpática fiesta.





Carlota, Leonor, Margarita y Elena Murphy.

Leonor Murphy, en "La Cafetera.

—El hombre mismo es un problema, y un ser de mediana inteligencia, tiene en sí mismo un volumen cuyas páginas nunca acabará de leer.

—El mayor de los tormentos y el último de los crímenes que se perdonan es el de anunciar las verdades nuevas.

—El hombre de genio es siempre despreciado cuando avanza más que su siglo en cualquier cuestión.





Vista de la Guayra (Venezuela.)

Juegos Atléticos en el Club "Reforma."



Carreras de jóvenes menores de quince años.

HACE pocos días se verificaron en el hipódromo que el Club «Reforma» tiene establecido en la Capital, los juegos atléticos que año por año organiza la agrupación como una fiesta dedicada á las familias pertenecientes á las colonias extranjeras y á algunas de la sociedad mexicana.

Los juegos, como era de esperarse del entusiasmo reinante entre los miembros del Club, resultaron verdaderamente lucidos. Multitud de personas se dieron cita en el hipódromo, ansiosas de presenciar, tanto las carreras á pie y á caballo, como los saltos de altura y con garrocha ajustados para los ejercicios de ese día.

En el primer salto «handicap» triunfaron los señores M. S. Turner, H. H. Branch y H. J. Holt, jugándose después una carrera á pie por jóvenes menores de 15 años y á cien yardas, que ganaron James Perkins, Donald Allison y Fred. Paterson. La carrera «handicap» fué también á cien yardas y tan reñida, que se repitió dos veces. Los señores Turner y C. M. Butlen, contra O. M. Bennett y G. D. Gibon, la hicieron en once segundos dos quintos; y los señores R. J. Blackindre y W. J. Honey, en once únicamente. En la última partida triunfaron Turner y Honey.



El "lunch."

La carrera de «ponies» mexicanos fué de 400 yardas, corriéndose los caballos «Melado», «Sileno» y «Bean» por los señores Honey, Escudero y Dr. Gaines, que la ganaron en el orden citado.

Hubo, además, otras carreras á pie y de «ponies» y saltos con garrocha, suspendiéndose los juegos para reanudarlos en la tarde.

Los socios del Club invitaron á las damas y caballeros concurrentes á la fiesta á un «lunch» que se sirvió al medio día en el pabellón del hipódromo. Entre los juegos más notables de la tarde, son de mencionarse una carrera á 880 yardas, ajustada entre los del Club Americano y los del «Reforma», uno de «cricket» con 18 entradas, y el de carreras de animales dirigidos por señoritas. Borregos, guajolotes, gallos, conejos, palomas y un gato se «disputaron» el triunfo, resultando victoriosos un borrego y un conejo. Los saltos á lo largo estuvieron, asimismo, muy lucidos.

***

Los vencedores en la simpática fiesta recibieron sus premios de manos de la Sra. F. R. Philips, disolviéndose la reunión al caer la tarde.



Saltos "handicap," con garrocha.

A MI MUSA

Divino panorama, hermosa mía,
Ante mis ojos en el sueño extiende
mientras tu amor mi corazón enciende
al desmayar en el ocaso el día.

En tus carmíneos labios la ambrosía
le brindas á mi afán. En tanto prende
su luz el firmamento, y veloz tiende
su vuelo por el mar mi fantasía.

Así los dos, con nuestro amor sin penas,
iremos juntos al Edén del Arte,
uniendo, mientras cantan las sirenas

el misterio del lago, al adorarte,
tu frente, coronada de azucenas,
á mis labios, ansiosos de besarte!

FRANCISCO IZÁBAL IRIARTE.

Frente al lago de Chapala, octubre 1902.



Carreras de "ponies" mexicanos á 440 yardas.

Paisaje de Crepúsculo.

ATARDECIA...... El mago sol encantó las cosas: la silenciosa barranca, las cercanas peñas y los azules montes. Todo lo cubrió de colores suaves, tiernos y calientes, y de la tierra se alzaba una infinita dulzura. Las quietas aguas dormían; me acerqué á ellas, las agité, y un color tras otro color iban surgiendo como si vinieran presurosos desde países ignorados con avidez de ver el mundo exterior, y luego se hundían para no volver jamás. El verde obscuro fingía un profundo pensador que meditaba tenaz en la palabra «Mudez.» El color de vino tinto era un triste viajero que iba rápido al país de la muerte. El violeta, medroso, se envolvía en su alargado manto y pensaba aterrado en el no ser de las cosas. El ámbar era un taciturnó poeta oriental que sabía adormecer con el poema del esplendor. Volví el rostro y le dije á la dulce amada mía: Así son tus hermosos ojos .. .. .. Cuando las manos de la impresión los agitan, surgen en ellos los sentimientos de nosé dónde.

El Amor, con sus alas abiertas y su sonrisa luminosa y buena, se inclina cándidamente y llena de unción las desesperaciones de mi alma. El Deseo, atado de pies, devora con sus febricientes ojos el camino que conduce á la Tierra Prometida. La ciega Tristeza llega silenciosa, se sienta inmóvil y empieza á contarte el hondo desconsuelo de la vida y de las cosas, llena tu corazón de amargura y del asco de vivir. Mira cómo me reflejo en estas aguas; así también me retrato en el fondo de tu alma sincera. Ella sonrió, llena de una vida interior exquisita y vaga, y me besó......... Así quedamos...... Así quedamos......... Después enlazamos tiernamente nuestras manos, y sentad os sobre las peñas, empezamos á desgranar la silenciosa cadena de oro de las horas dulces.

Y la hora del misterio llegaba... .....!

CRISÓFORO IBAÑEZ.

México, noviembre 24 de 1902.



El sacrificio, alegría de las grandes almas, jamás ha sido, ni será, la alegría de las sociedades.

***

Lo que jamás se ha puesto en duda, nunca se ha probado. El escepticismo es, pues, el primer paso hacia la verdad.

***

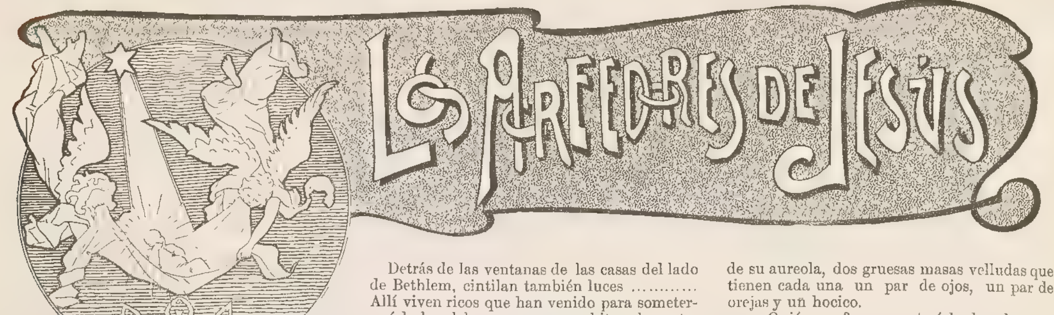
Las democracias comprenden dos especies de grandes hombres: aquellos que las fundan y aquellos que las renuevan.



Un buen salto del Sr. Branch.



CHAPULTEPEC.—La fuente.



FRAGIL y delicado, yace el niño en su cuna, cuna de pobres, cuna de paria, hecha en un pesebre relleno de paja.

Para otros el lino, para otros los vellones y las finas lanas de Sidón. Envueltos en malas ropas, sus miembros se estremecen; su carne, apenas nacida, conoce el sufrimiento, y los frágiles pies y las manitas delicadas, se lastiman con las agudas aristas.

¡Qué mal acostado y qué mal vestido está el pobre niño!

Para otros, también, la suave luz de las lámparas cuyas flamas están perfumadas; para otros las claridades ardientes y cromáticas que se escapan de la chimenea, cuando sobre las brasas chispeantes se arroja un puñado de granos de enebro.

Aquí todo está helado, aquí todo está negro. Ningún fuego en este triste establo, ninguna claridad en estas tinieblas; sólo—mirad ¡oh milagro! —la luz rubia que circuye la frente del recién nacido, que nimba la cabecita de ese hijo de pobre, como si fuera el hijo de un monarca; pero si irradia, no calienta. ¡Oh cuánto frío tiene ese niño! A través de las desgarraduras de los andrajos que le envuelven, se ve su cuerpo de querubín, enrojecido por el cierzo, que entra por todas las hendiduras del techo, de la puerta y de las paredes; por todas las heridas de aquel edificio desmantelado. Afuera, la nieve alfombra el suelo; una sola estrella brilla en el zenit, precisamente arriba del establo, como si la almita de aquel niño, al caer en tierra, hubiera agujereado el firmamento, desgarrado el velo de terciopelo azul que oculta á los ojos humanos los esplendores celestes.

Detrás de las ventanas de las casas del lado de Bethlem, cintilan también luces .... Allí viven ricos que han venido para someterse á la ley del censo y que se ahitan de pasteles de miel y beben, con las bailarinas y con los mimos traídos por los romanos, vino de higos. Son opulentos mercaderes, jueces, sacerdotes, soldados. Sus túnicas, teñidas de púrpura, son de un tejido más ligero que la ondulación de las serpientes, y más blando y más tibio que el pelaje de las cabras del Tibet. Lucen las antorchas en los anillos de las paredes, arden los braseros, y ráfagas de música pasan volando á través de la campiña entenebrecida.

No hay fuego, ni abrigo ni salvaguardia. Ese niño morirá, seguramente, de frío y de miseria. ¿Nadie vendrá á socorrerle?

***

En la mano derecha, en la mano izquierda, una sensación de calor, de buen calor penetrante que descrispa los dedos; como un beso tierno y humilde, como una caricia llena de adoración y de piedad.

¿Qué es eso?

Sube hasta el surco sonrosado del codo, llega al hombro, se extiende por sobre el pecho, el vientre y las rodillas.

El niño renace, y aun sonríe, porque aquel soplo tibio le cosquillea. Toma sus pies entre las manos, con el movimiento familiar á todo niño; se inclina, ve moverse en la penumbra altas siluetas fantásticas, y como es muy valiente, puesto que nada sabe, extiende sus puños al azar y trae á sí, para mirarlas á la luz de su aureola, dos gruesas masas velludas que tienen cada una un par de ojos, un par de orejas y un hocico.

—¿Quién eres?—pregunta á la derecha.

—Soy el asno.

—¿Quién eres?—pregunta á la izquierda.

—Soy el buey.

El niño Jesús les besa y se duerme, en tanto que el asno, con su lengua rugosa, le mantiene calientes los pies, y el buey le envuelve con su hálito humeante.

Y conversan, conversan á su manera; pero conversan.

El asno dice:

—¿Crees que hemos hecho bien en acercarnos de puntillas á mirar si necesitaba algo?

—Sí; pero pon más cuidado, que vas á ensuciar las ropas de la Virgen. Además, no olvides esas orejas tan grandes que nunca acaban, y que por poco le metes una en un ojo.

El asno, mortificado, se calla.

—Mejor cuéntame—prosigue el buey—¿cómo llegaron aquí, por qué entraron juntos?

—Te lo diré. José es carpintero y venía á hacer algunas composturas en la casa de mi amo, que es pretor en Nazareth. José y su esposa son gentes sencillas, nada felices, pero que siempre tenían para mí, al paso, una caricia ó un repollo de verdura. Oí á María llorar la víspera de su partida. Se quejaba: «Se acerca el momento del parto, y nunca, por más fuerzas que Dios me preste, podré llegar á pie hasta Bethlem.» Y José contestó: «¡Ay! ¡qué hacer! El empleado de Cyrinus vendrá á decomisar mis cepillos y mis garlopas. ¡Qué sería entonces de nosotros!»

—¿Y tú qué hiciste?



—Pues yo, pobre cuadrúpedo que sólo posee en el mundo estas patas ya bastante gastadas, pensé en este niño que está aquí y que iba á padecer. Con mis viejos dientes rompí la cuerda que me ataba y corrí muy lejos por el camino de Bethlem.

—¿Por qué muy lejos?

—Porque, como tú comprendes, si me hubiera quedado cerca, no habrían querido aceptarme, les parecería un robo y José me hubiera devuelto; mientras que muy lejos era casi un deber conservarme, á fin de restituirme después á mi propietario. «¡Toma! El asno de maese Propitius corriendo por el campo y expuesto á que cualquiera se lo robe. Es preferible que lo cuidemos.»



—Veo que eres juicioso.

—Eso dicen. Sea como fuere, logré mi intento. Si hubieras visto á María, ¡qué lástima daba! Apenas podía arrastrarse, y mi corazón saltó de alegría cuando sentí que se sentó sobre mí cómodamente, aliviada, consolada.

—Sí, ¡pero qué paliza te aguarda cuando regreses!

—Me lo tengo sabido; pero ya está hecho. Desde luego comenzó José, que me atizó dos buenos palos, para que aprenda á no huir. ¡Ah! Si no hubiera sido por María, y sobre tado por este inocente......

—¿No sabes quién es? Es el Mesías.

—Sí, lo sé, y por eso doblado sobre mis rodillas estoy ante El.

—Yo—dijo el buey—lo esperaba. Los corderos, al volver, contaban que un astro nuevo brillaba en el horizonte. Los pastores saben... Cuando hablan de sus penas, aquí, por la noche, les oigo decir siempre: «¡Ah! Cuando venga el Mesías......!» Ya vino, ya no habrá desgraciados.

—¿Lo crees?

—¿Por qué no? Si nuestra pobre existencia pudiera ser menos dura......... si pudiera haber más justicia para nosotros, hermanos menores del hombre, y por él tan cruelmente explotados, torturados, mutilados......

—Mira, antes de pensar en nosotros, sería bueno que los hombres fuesen menos malvados, que la fraternidad reinara......

—Sí, pero ya está aquí el Redentor, el que viene á salvar á todos, á rescatar á todos....

—¿Si le pidiéramos que pensara en nosotros......?

***

Y la noche transcurre lenta y serena; nada aparta la vigilancia de aquellos buenos animales, nada interrumpe su piadosa labor. Jesús duerme como en un nido, como durmió antes que él el niño San Juan.

Al día siguiente, las recepciones. La víspera fueron los pastores, ahora son los magos, los hermosos monarcas del Oriente, deslumbrantes como el arca de David. Traen perfumes, joyas, ricas telas. El niño Jesús no volverá á tener frío. Llegada la noche, se va. En el momento en que María va á montar en el asno, cuya flaca grupa está cubierta ahora con un albornoz constelado, presente de un rey negro, el buey, muy triste, se acerca á su camarada y le dice:

—Tú eres más feliz que yo, puesto que le acompañas. Procura que no olvide á los de nuestra raza.

Jesús, que ha escuchado, hace una señal de promesa, y el bueno del buey, contento, se arrodilla, le lame la mano, le mira alejarse..... y vuelve al pesebre á rumiar su esperanza.

En Nazareth, frente á la puerta del taller, el asno se detiene.

—Gracias, buen asno—dice María, acariciándole el cuello.

Y el asno, arrodillado, lame el pie desnudo del niño Jesús.

—Salvador del mundo, no desprecies nuestros sufrimientos......¡Acuérdate de nosotros!

—Sí—responde Jesús.

***

En el Calvario, en la cima del Gólgota, Cristo agoniza. Todo lo que hizo en la tierra, desfila lentamente ante El.........

Con todos llenó su misión; con todos fué misericordioso, abnegado, justo. La viuda, el huérfano, el esclavo; aquel á quien el impuesto agobia; aquel á quien la carne excita; la adúltera, el ladrón arrepentido y hasta la cortesana, todos hallaron gracia en el tribunal de su infinita clemencia.

Siente El con embriaguez correr la savia roja que de sus venas cae, gota á gota, para rescate del mundo. ¡Que no pueda sufrir más suplicios para aligerar el fardo de la humanidad!

Pero......¿quién canta en el camino que sale de Jerusalén? quién viene á injuriar su agonía?......Sus ojos enturbiados, velados por las lágrimas, ensangrentados, apenas pueden mirar á través de las indecisiones del crepúsculo.

La voz es juvenil, fresca, como si la acompañara un tintinear de medallas.

Un grito de mujer:

—¡Oh! ¡El Nazareno!

En seguida, la que habla se acerca á la cruz, y de pie en la silla de su cabalgadura, besa las heridas de Jesús, las rocía con lágrimas amargas y se hiere los dedos con las espinas de la corona.

El la reconoce. Es una muchacha á quien días antes maltrataba la multitud y á quien El libertó con una parábola y una bendición. Con triste sonrisa le da las gracias.

Mas abajo, su mirada tropieza con otra mirada llena de reproche y de dolor. ¿Dónde vió El esas cándidas pupilas, tan ardientemente fijas en las suyas?

¡Ah, recuerda......... ¡el asno de Bethlem! Aquel murió desde hace mucho tiempo; pero éste, su hijo acaso, tiene en los ojos el mismo reflejo de tristeza y de bondad.

A lo lejos ladra un perro, muge un buey... Y de los cuatro rumbos del horizonte, en alas del viento, llegan voces que suben de los surcos, caen de las cimas, brotan de entre las aguas.

Dicen esas voces:

—Niño Jesús, niño Jesús, ¡olvidaste tu promesa! Nos dejaste víctimas de la barbarie, de la iniquidad; nada hiciste por nosotros; no has pagado tu deuda. Somos tus acreedores, ¡oh Cristo!

Y Jesús siente que un gran remordimiento le oprime el corazón.

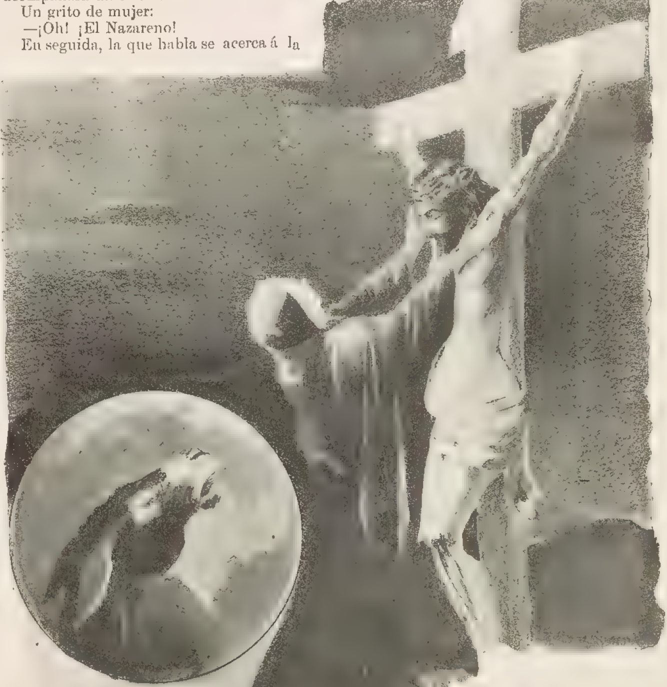
....

Desde entonces, en el campo, es costumbre llevar á los animales á la misa de Noche Buena. Ellos, que todavía esperan á su Mesías, van á recordarle al niño Jesús el compromiso que contrajo y que no cumplió.

Alguien, que pertenece á la Iglesia y que sabe que yo creo tanto en el alma animal como en el alma humana, me ha asegurado que tendrán su recompensa......en el Paraíso.

SEVERINE.

Traducción de «El Mundo Ilustrado»

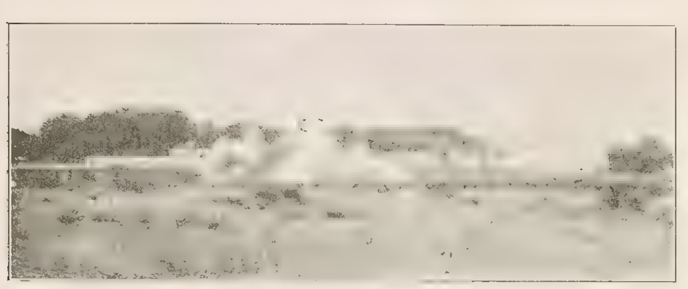




El puente antes de la voladura.

PRUEBAS DE PETARDOS.

Dimos á conocer, días pasados, algunas fotografías relativas á la voladura de un puente—construído en Anzures por los cadetes del Colegio Militar—con petardos provisionales preparados por los alumnos de la Escuela de Tiro de San Lázaro.



LA VOLADURA.—(De fotografía instantánea).

En Chihuahua se efectuaron últimamente unas pruebas análogas, que resultaron interesantes en extremo. El puente, que representa uno de nuestros grabados, afectaba la forma de una fortaleza y fué construído con materiales de mampostería.

A uno y otro lado de la construcción se ve formado el 18 Batallón, que concurrió á las experiencias. Los oficiales del Cuerpo referi-



DESPUES DE LA VOLADURA.—Restos del puente.

do fueron los que prepararon los petardos, obteniendo en las pruebas un éxito completo.

PENSAMIENTOS

De todos los teatros, el alma es uno en donde se ponen en escena los únicos dramas cuyo interés jamás se debilita.

***

Cada pueblo debe tener el culto de su historia, porque el patriotismo está hecho de todos los duelos y todas las glorias de los antepasados.

La crítica, para combatir á los vivos, gusta de resucitar á los muertos, que son poco morosos para ir á cualquier parte sin tomar el lugar de nadie.

***

El dinero es vapor de la inmensa máquina de la vida.

FAVORITA.

TODAS las tardes, al salir de la escuela, antes de volver á la casa de mis padres, me iba derechamente á la solariega mansión de Doña Antonia de Cárdenas, en busca de tres cosas que tenía la seguridad completa de encontrar.

La primera y—¿por qué negarlo?—la más importante, era la merienda, compuesta, según la estación, de naranjas, peras, uvas, melocotones, granadas, queso, miel ó almíbares, amén de tal cual trozo de embuchado de lomo ó de chorizo curado al humo, acompañado todo ello de un blanco y sabroso «minguito,» cocido en el horno de la casona al mismo tiempo que las enormes hogazas destinadas á los gañanes del cortijo y á los guardas del lagar y de los olivares.

La segunda, no menos apetecida, aunque menos suculenta que la merienda, era la conseja fantástica, el cuento peregrino con que me obsequiaba mi buena parienta mientras hacía su interminable calceta, al amor de la lumbre en el invierno, y á la sombra de un romero del jardín en los meses estivales. El cuento no hay para qué decir que era manjar predilecto de mi imaginación apenas despierta. Oyendo á la señora de Cárdenas, el blanco potro de mis sueños galopaba desbridado por los jardines deslumbrantes que mostraba «Aladino,» merced á su lámpara maravillosa; paseaba por los estériles campos que rodean el castillo de «Irás y no volverás;» corría por la umbrosa selva con «Caperucita encarnada;» saltaba llevando á la grupa á la triste «Cenicienta,» y se detenía á escuchar las quejumbres de «Pulgarcito» y el espantable fragoroso resuello de «Soplín Soplón, hijo del buen Soplador.»

Y, en fin, la tercera de las cosas que iba yo á buscar en el recinto del vetusto palacio, que blasonaban dos lobos cárdenos en campo rojo, era...... ocasión para hacer alguna diablura con la mansurrona gata, siempre tendida á los pies de mi tía.

Odiaba yo al inofensivo animalejo del mismo modo que Nerón odiaba al pueblo romano; con la diferencia de que el feroz Enobarbo deseaba que su Imperio tuviese una sola cabeza para poderla cortar de un solo golpe, en tanto que yo hubiera querido que «Favorita» tuviese cien colas, para tener cincuenta sitios de que colgar pedazos de hoja de lata, y cincuenta agarraderas de que asirme con fuerza brutal.

Sin razón alguna y sin causa que lo explicase, yo guardaba para el noblote «Canelo» las sobras de mi merienda, y reservaba para «Favorita» los pellizcos y las punteras.

Del blanquirrubio lebrel me gustaba todo: desde su adhesión muda, hasta las manchas de oro que lucían sobre la nieve de sus lomos.

De la inocente gata todo me era antipático: su piel negrísima, con negrura azuleante, me recordaba el traje del preceptor, más amigo de darme palmetazos que de concederme premios; sus uñas me hablaban, con dolorosa elocuencia, de arañazos aún frescos en mis manos, y hasta su nombre de «Favorita» se me antojaba un insulto para mis indiscutibles é indiscutidos derechos á la predilección y al cariño de Doña Antonia.

Lo que más me desesperaba era que tan pronto como rompía las hostilidades contra el maullador animalucho, su señora ama se ponía resueltamente al lado de mi enemiga y me conminaba con la supresión del cuento ó con la privación de la merienda si no deponía mi actitud belicosa.

Tales conminaciones resultaban siempre eficacísimas.

La idea de perder mi refacción vespertina ó de no disfrutar del relato de las estupendas aventuras de «Tragabuches» ó de «Mediopollito,» era llave que sin tardanza cerraba las puertas del templo de Jano; templo edificado en el reino de mis sentimientos antipáticos hacia la raza felina en general, y muy señaladamente hacia el ejemplar aborrecido que osa-

ba bufar rencores ante mí y alargar la garra pronta al daño.

En vano mi tía procuró que hiciese en definitiva las amistades con la negra gata.

Jamás pudo lograr la realización de su empeño.

Su predicación de paz se perdía en el desierto de mis odios, como se perdieron en los campos del Transvaal y del Orange las predicaciones de fraternidad y de concordia que espetó el Emperador de Rusia á las potencias del mundo.

La víspera de ausentarme de mi ciudad nativa, para emprender estudios superiores, quise despedirme dignamente de mi adversaria. A dicho objeto, até del rabo de aquel animal tan bueno según mi tía—una carretilla de pólvora, previamente encendida.

El susto de «Favorita» y sus lamentos desesperados al sentir la chamusquina, me regocijaron tanto que apenas si me impresionó ver á mi anciana parienta enjugarse las lágrimas que mi crueldad hizo subir á sus cansadas pupilas.

***

Al cabo de algunos años de ausencia—cuando ya había penetrado todos los secretos de la carambola por tabla, del «picado» y del recodo, y cuando, mal que bien, había obtenido la aprobación en aquellas ramas de la ciencia ennoblecidas por Berthelot, por Amo y Mora, por Henry Buignet, por Orio y otros perspicuos varones—regresé á mi hogar, en el que la presencia del futuro próximo «pucherólogo» fué festejada con arroz y gallo muerto.

Pocas horas después de mi llegada me dirigí á la casa solariega de los Cárdenas, con el objeto de dar un apretado abrazo á la septuagenaria heredera de las glorias de aquella casi extinta estirpe.

Al poner el pie en el amplio zaguán de la casona, saltó «Canelo» ladrando alegremente y vino presuroso á frotarse contra mis piernas, á lamer mis manos y á imprimir sobre mi ropa las huellas de sus manazas sucias.

Mi excelente tía me dispensó un recibimiento más efusivo y más limpio que el lebrel. La anciana señora lloraba de puro gozo y no se hartaba de mirarme, encontrándome más alto, más paliducho y más hombre. ¡Cómo no, si hasta en mi labio superior había ya asomos de bigote!

Doña Antonia, rindiendo culto á la tradicional costumbre de otros tiempos, me hizo sentar á su lado, y de la alacena del comedor fué sacando, y poniendo ante mí, un medio jamón, unos bizcochos de canela y una botellita de oloroso Montilla.

—¡Buena merienda! —exclamé.

—Pues á despacharla, y veamos si aún conservas el apetito de la niñez—me contestó la amable señora.

—Ahora veremos—repliqué;—pero, para ser fieles cumplidores del antiguo ritual, es preciso que empiece usted á referirme uno de aquellos deliciosos cuentos, más sabrosos para mí que este jamón de Trévelez y más dulces que estos bizcochos, que, ó mucho me engaño, ó proceden por línea recta de la cocina de las monjas de Santa Ana.

Sonrió melancólicamente la dama, inclinó la cabeza, llena de pensamientos generosos y de ideas cristianas, y en fin, como respondiendo á invisible llamamiento, me preguntó:

—¿Tan flaco de memoria andas, que no me pides noticias de tu aborrecida é irreconciliable enemiga?...... ¿No te acuerdas ya de «Favorita?»......

Callé, avergonzado por la vergüenza de la jugarreta que á modo de despedida hice á la mansurrona gata.

—Pues ya tenemos el cuento —prosiguió mi tía,—que, por esta vez, no es cuento y sí verídico «sucedido.»

Un año después de salir tú para la Facultad de Farmacia, tu rival nos sorprendió dándonos un huésped: un gatito negro con una mancha en la frente; un animalejo tan gracioso y tan mono, que al poco tiempo de nacer era objeto de nuestros mimos y de nuestras más exquisitas predilecciones.

«Favorita» no se apartaba un punto de «Lucero.» Madre amante, velaba día y noche por su hijo. Se hizo revoltosa, porque el gatito era revoltoso; jugaba por que «Lucero» jugase, y, para no cansarte, su celo maternal y sus cuidados confirmaron plenamente la opinión de que tu adversaria era, como siempre creí, un modelo de bondad.

Ahora bien: cuando llegó la época del esquileo, ya sabes, la casa se llenó de gente; con las ovejas vinieron rabadanes, zagales y pastores, y con los pastores los mastines encargados de la guardería del rebaño.

¿Fué un mal intencionado el que hurtó á «Lucero?»......

¿Fué un mastín el que dió cuenta, á dentellada limpia, del lindísimo gato?.........

No he conseguido averiguarlo. Cuando notamos la falta del hijo, notamos el cambio que se operaba en la madre. «Favorita» se olvidaba de comer y de dormir; corría desesperadamente por las salas; llenaba de maullidos lastimeros el patio; husmeaba en los alfolíes; exploraba los tejados, y no dejaba mueble en la casa ni espesura en el huerto sin registro minucioso. Su dolor nos conmovía. Era enternecedora la angustia de la gata, no queriendo resignarse con la pérdida de su hijo.

Por último, «Favorita» se convenció de que su mal no tenía remedio. A partir de esa fecha, no volvió á quejarse, ni á recorrer los graneros ni á buscar bajo los muebles.

Don Francisco, tomando chocolate una mañana después de celebrar la Misa, observó que la gata —ya recordarás que era negra—principiaba á encanecer.

Ocho días después de la observación, la gata estaba casi blanca.

Ahora, ahora...... juzga tú —dijo señalando á un rincón.

Volví la vista, y, sin rubor lo declaro, una lágrima tembló en mis pestañas al contemplar un gato flaco, espeluznado, ceniciento, que, lanzando un maullido tristísimo, arqueaba el espinazo y se dejaba caer en el rincón más sombrío de la estancia.

Un rincón negro, como la primitiva piel de «Favorita.» Un rincón negro, como la pena de una madre amorosa......

M. R. BLANCO-BELMONTE.



PANTEISTA

No bien el aire trajo de la huerta
La primera canción—ave canora;
No bien por las rendijas de la puerta,
Como cinta de luz, brilló la aurora;
No bien se iluminaron los cristales
Y en la fronda tan verde como espesa
Resonaron los himnos matinales,
Sacudí de mi mente la tristeza.
Después de aquella noche larga y muda
Cuyas horas conté desde mi lecho,
Después del negro insomnio en que la duda
Clavaba sus arpones en el pecho,
Me dijo aquella voz tranquila y buena:
«Id á buscar el alma de las cosas,
Las cosas tienen alma que las llena:
¡El perfume es el alma de las rosas!
«El alma de la tarde, los colores;
La dureza es el alma del granito;
El alma de la estrella, los fulgores;
Y el alma del espacio, lo infinito!»
El eco de la vida provinciana
Llegaba como un don, como una ofrenda;
Abrí de par en par la gran ventana,
La rústica ventana de la hacienda.
Vi doblarse las ramas bajo el peso
De los frutos jugosos, y en un nido
Parece que vibraba como un beso,
En los troncos y yemas, un latido,
Y un renuevo triunfal en cada tallo,
Y la raíz, rompiendo los terruños,
Como al esfuerzo germinal de mayo,
Levantaba sus brazos y sus puños.
Prodigaban su olor los azahares,
Aliento virginal de los pensiles;
La sierra, coronada de palmares,
Recortaba en el cielo sus perfiles.
Por encima del bosque y de la loma,
Por encima del triste caserío,
Como plumas albeantes de paloma
Se cuajaban la lluvia y el rocío.
Del borde de los cerros y las cumbres
—Espalda de monstruoso dromedario—
El humo se elevaba de las lumbres,
Y la cansada voz, del campanario.
Arrugaban sus pliegues las alturas
Sobre el mar ondulante de las cañas,
Dislocaban sus pétreas coyunturas
Y sus miembros robustos las montañas.
Cual desfile de gruesos batallones
Bajaban á través de las laderas
Los sembrados, en alto los pendones
De sus hojas flotantes cual banderas
Y á lo lejos los árboles del clima
Bordaban de relieves la sabana,
Y en el dorso quebrado de la cima
Reventaba la flor de la mañana!
Y me dijo la voz de los jardines,
Y me dijo la voz de la enramada,
Y me dijo la voz de los confines
Y me dijo la voz de la alborada:
«¡Lejos la angustia y el pesar que abate!
¡Lejos la pena que en la mente anida!
¡Lejos los odios! ¡Lejos el combate
Y el inmenso cansancio de la vida!
«Si el alma de los seres os aflige,
Id á buscar el alma de las cosas,
Las cosas tienen alma que las rige:
¡El perfume es el alma de las rosas!
«¡El alma de la tarde, los colores;
La dureza es el alma del granito;
El alma de la estrella, los fulgores;
Y el alma del espacio, lo infinito!»

EDUARDO COLÍN.



ALREDEDORES DE MEXICO.—EL CONTADERO

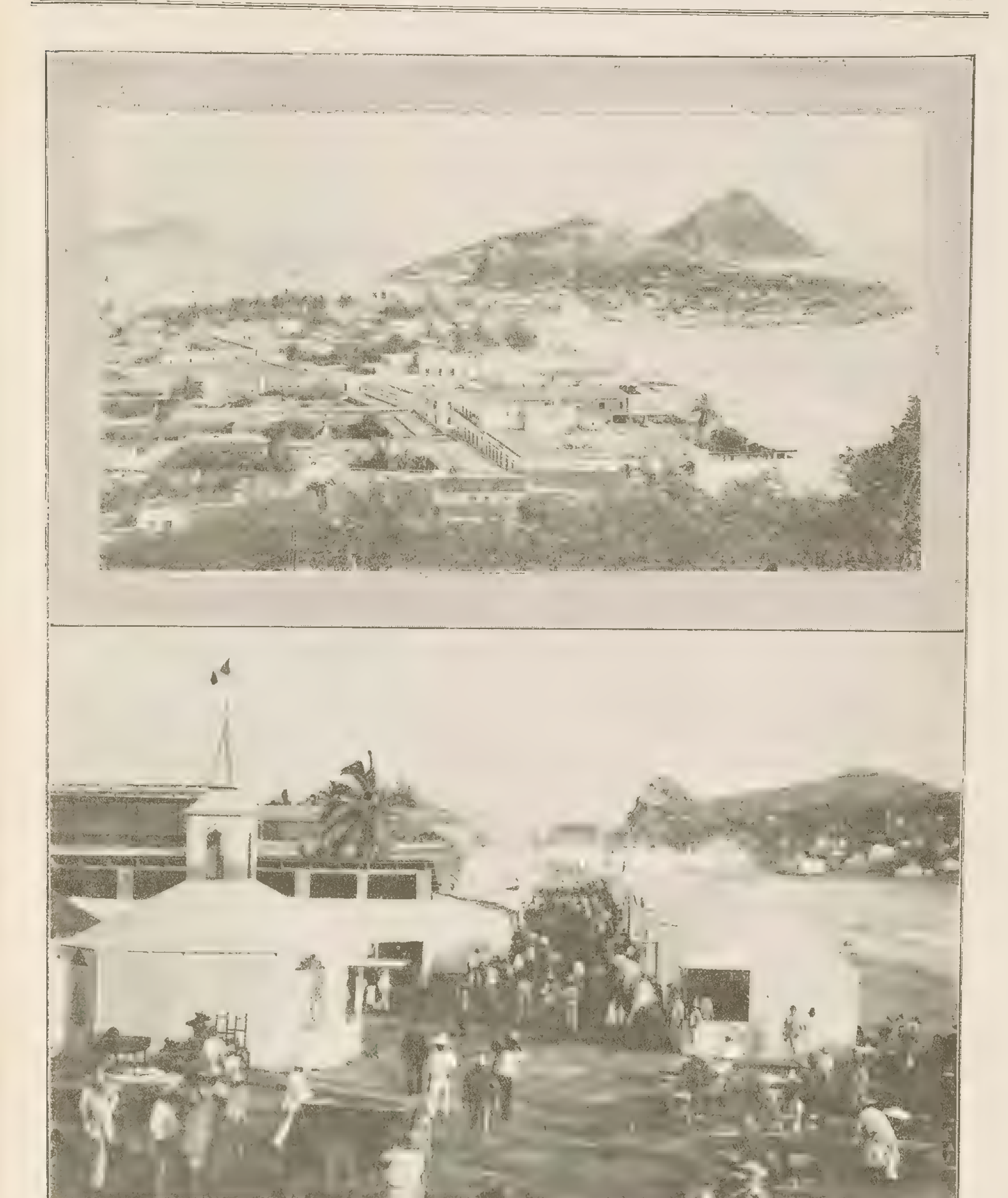
EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.—TOMO II.—NÚM. 26. MÉXICO, DICIEMBRE 28 DE 1902.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Subscripción mensual foránea, $1 50
Idem Idem. en la capital, ,, 1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



MAZATLAN.

VISTA GENERAL DEL PUERTO.—EL PASEO DE LAS "OLAS ALTAS."

LOS SENTIMENTEROS

No hay que confundirlos con los sentimentales.

Los sentimentales son harpas eólicas, de cuerdas de oro y de dobles pedales, que vibran al menor contacto, que resuenan al menor soplo, y que repercuten los más fugitivos ecos. Placas de gelatinobromuro, los sentimentales, todo lo reproducen y todo lo reflejan; en su espíritu dejan huellas, aunque fugitivas, todos los sucesos y todas las emociones.

Ven llorar y lloran, oyen reír y ríen, la indignación los contagia, la cólera los contamina. Son patriotas, filántropos, apóstoles, justicieros, verdugos y redentores, según las circunstancias del momento y la variedad de los sucesos. Son capaces de apedrear obispos en Veracruz y de llorar la exclaustración de las monjas. El día del crimen fulminan al asesino, y el día de la expiación lo lloran y piden su indulto. No pueden soportar el espectáculo de la iniquidad, de la injusticia, de la miseria; pero si se ofrece, son capaces de saquear el Parián. El tres de Octubre odian á Maximiliano, y el diecinueve de Junio se arrojan á los pies de Juárez ó imploran para él su misericordia.

En suma, son camaleones, buenos chicos y locos de atar; ateos cuando pierden un hijo, y creyentes cuando se sacan la lotería.

El sentimentero es otra cosa y mucho cuento. Este tipo parece creer que su personalidad es el centro de todo y la convergencia necesaria del resto. No puede concebir que se le olvide ó que se le posponga; reclama con imperio ó lamenta con amargura que se le haga esperar, que no se le salude, que no se le dé la acera ó no se le ceda el paso. Ay de aquel que olvida felicitarlo el año nuevo, enviarle tarjeta el día de su santo, festejar sus triunfos ó participar de sus dolores!

El protocolo, sobre todo, le preocupa terriblemente. En la mesa ha de ocupar la cabecera, ha de apadrinar el conyungo, presidir el duelo, y como decía Cánovas de Castelar, en el entierro quisiera ser el muerto y en el casamiento la novia.

Si cae en cama, no nos perdona que lo hayamos ignorado, como tampoco que no lo hayamos invitado á velarnos en nuestras enfermedades. Suele descuidar el pago de sus visitas; pero exige se le paguen las suyas. Llega á la hidrofobia ó á la postración melancólica, cuando sabe que, urgidos de dinero, hemos recurrido á otro que á él, sin perjuicio de estar siempre exhausto de fondos cuando á él recurrimos.

Quiere ser siempre él quien nos presente á los magnates y nos recomiende á los potentados, y suele padecer, á la vez que el delirio de las grandezas, la manía de la persecución.

Cuando viene á menos, es cosa de echar á correr. Le parece que todo el mundo lo esquiva, le huye, lo menosprecia ó le escarnece. Con la espuma en los labios ó las lágrimas en los ojos, según su temperamento, ya desafiando con la vista, ya sonriendo á la vez irónica y melancólicamente, distribuye á todas sus amistades y conocimientos impertinencias, saetas, reproches amargos, jesuíticas reconvenciones.

—Adiós, tú; ¿qué ya no me saludas desde que dejé el avalúo de empeños?

—¡Qué quieres, hermano! ya ni amigos tengo desde que salí de la Comisaría del 5º Menor. Los que comían en mi mesa, se hacen disimulados; los que se disputaban las invitaciones á mis posadas, se hacen patos y me dejan con el saludo. ¿Y tú por qué no has vuelto por allá? ¿Nos has echado tierra porque nos ves de capa caída? Ya volveremos á subir y entonces contaremos contigo; no es verdad?....

¡Hombre! ni una palabra me has dicho de mis versos. Está bueno... así son los amigos. Mientras más se vive, más se ve.

Y así por ese orden.

Si en vez de ser él quien va á menos, somos nosotros los que vamos á más, es peor todavía. Todo se vuelve chifletas, sátiras y reproches

—Cuando éramos capenses en San Juan de Letrán, no me dabas antesalas; y ahora que eres ministro, me pegas cada plantón .....!

—Oye: procura que conmigo no se te suba lo coronel; yo te conocí ciruelo. ¡A otro perro con ese hueso!

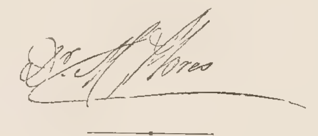
—Nunca esperé de ti que porque me ves sucio y arrancado y después de lo de la supuesta estafa, ya no me lleves á tu casa ni me quieras recomendar en el Banco Hipotecario. Bien dicen que en la cárcel y en la cama se conoce á los amigos! y tú ni fuiste para irme á ver á Belén, y cuando lo del navajazo, ni preguntaste por mi salud.

A veces, de pronto y sin saber por qué, un antiguo amigo nos niega el saludo, nos pone mala cara y nos barre con los ojos.

¿Qué mosca le ha picado á Antonio, que ya ni me saluda?

—Pues dice que eres un ingrato, un cochino y un indecente. Que el día del temblor echaste á correr y le dejaste con la palabra en la boca; que una vez que subió al tren, hiciste como que leías, para no saludarle; que no le diste parte de casa, y que un día que esté de mal humor, te ha de romper el alma.

Y luego hay quien se sorprenda de que en México no haya vida social posible!



ROMANZA DE ULTRATUMBA.

I

Cuando ella vivía sobre la tierra, nuestras almas unidas soñaron en este fúnebre aniversario muchos sueños profundos.

Tras los cristales opacos cae la lluvia, tenuemente. Grises neblinas cubren las montañas, en el horizonte; y todas las cosas, en el pálido crepúsculo, parecen quejarse de su dolor inconsolable.

Cuando ella vivía sobre la tierra, nuestras almas unidas soñaron en este fúnebre aniversario muchos sueños profundos.

II

El año último vagamos por la necrópolis desierta, como dos sombras errantes.

—Héctor me dijo la amiga inolvidable, ¿crees en la vida futura? ¿A dónde van los sueños del espíritu y el amor de las almas cuando la losa del sepulcro se cierra sobre los cuerpos inanimados? Yo no temo la muerte; más bien la considero como una piadosa libertadora; pero á veces me conturba su terrible misterio.

Yo le expuse mis dudas y meditaciones sobre el «más allá;» y mis extrañas teorías la dejaron pensativa.

—La vida material se extingue—concluí.—Pero en la forma fría, en el cerebro inmóvil, y después en los huesos amarillos, queda aún una fuerza prodigiosa. El recuerdo persiste y hace ver, como en la alucinación de un sueño, todo lo que pasa en el mundo. Una clarividencia singular, una sutilidad en los detalles, nos muestran los actos y los sentimientos de las personas á quienes estuvimos unidos. La expiación de nuestros crímenes ó errores está en esa trágica persistencia del recuerdo. Desde el instante en que concluye el vigor vital, todas las muertas energías se resumen poderosamente en esa única fuerza de visión. Ya en la tumba, nosotros «vemos, oímos,» todo lo que hacen ó dicen y aun piensan, los seres que en la tierra estuvieron ligados á nosotros por la sangre ó por el afecto. Escuchamos sus voces, sentimos su presencia; y sufrimos horriblemente al ver cómo, pasadas las primeras horas de duelo, nos van olvidando. Apenas el dolor empieza á atenuarse, cuando ya no somos, en el espíritu de todos los que amamos y que nos amaron, sino una vaga sombra melancólica, que la banal indiferencia del mundo no tardará en borrar. A medida que nuestra memoria se extingue en su corazón, surgen en él otras ternuras, y otras imágenes ocupan nuestro lugar. El amante ó esposo muerto ve cómo otro hombre llena luego el alma de su amada; ve cómo la acaricia y la hace suya, mientras él sufre un tormento satánico en el fondo del sepulcro. El hijo, el hermano ó el amigo, aherrojados en la tremenda cárcel, se estremecen continuamente de dolor, heridos por la fragilidad de los sentimientos humanos. Y esa espantosa pena se alarga indefinidamente, según la magnitud de las faltas cometidas en la tierra; hasta que al fin, terminado el negro castigo, nos envuelven las plácidas sombras del nirvana.

—Pero ¿no crees que pueda existir un ser superior que haga de su corazón el santuario religioso de un recuerdo? Yo sé amar hasta la muerte, hasta más allá de la muerte. Mañana mismo, si tú murieses, querido Héctor, mi boca dejaría de sonreír y ninguna alegría humana hallaría eco en mi espíritu. Por lo demás, yo creo en la vida eterna. Si yo muero antes que tú, mi alma se manifestará á la tuya de una manera profunda.

III

Hace ya muchos años que la dulce criatura reposa bajo la tierra, que «vive» bajo la tierra: y he aquí de qué modo su espíritu vino á besar mi espíritu·

...Ella amaba la música honda é intensa, que hace soñar nobles cosas y embriaga el alma con un vino de ilusión. Sabía hacer llorar al piano, de amor ó de pena. Era su favorita una romanza impregnada de lágrimas; una romanza deliciosa y pura, cristalina y triste. Gustábale tocarla en la hora del crepúsculo, cuando el sol agoniza, cuando el sol se llena de sombras surcadas por fugaces resplandores de oro. Hundido en un sofá en un ángulo obscuro, yo recogía, en lo más recóndito de mi ser, las notas dolorosas.

Hallábame al anochecer de un día de otoño en una tierra extraña, muy lejos del lugar en que ella duerme. Era en el campo y reinaba el silencio. La luna se alzaba, en la misteriosa lejanía, como un enorme pájaro de plata. Pensaba, como siempre, en la muerta adorada, viva como nunca en mi espíritu.

De improviso llega á mí, del brumoso horizonte, de no sé qué ámbito lejano, una melodía sobrehumanamente triste, que me habla de cosas profundas y me hace sufrir una pena mortal...... Cerré los ojos, estremecidos de dolor; y sentí durante un segundo, mientras se extinguía la romanza de ultratumba en el aire inmóvil, sobre mi boca ó sobre mi corazón, el sabor, sólo por mí conocido, de sus besos ..... de sus besos deliciosos y crueles, que enseñaron á mi alma una nueva tristeza y dejaron mis labios pálidos, pálidos hasta la muerte.

Froilán Turcios.

Noviembre de 1902.



"EL MUNDO ILUSTRADO"

Participamos á nuestros lectores que en el curso del año entrante implantaremos en "El Mundo Ilustrado" mejoras de gran importancia.



Ministro de México en Guatemala.

Para cubrir el puesto de Ministro Plenipotenciario de México en Centro-América ha sido nombrado últimamente por el Ejecutivo el Sr. Lic. D. José F. Godoy.

Nació el Sr. Godoy en 1851; fué por algún tiempo Oficial 2º de la Secretaría de Relaciones Exteriores y, después, Vicecónsul de México en San Francisco California. En 1893 pasó á Centro América á desempeñar el puesto de Primer Secretario de la Legación que, en calidad de Encargado de Negocios «ad ínterim» tuvo á su cargo durante un período de tres años.

Más tarde fué removido á la Legación de México en Wáshington, con el mismo carácter de Primer Secretario; en dos ocasiones distintas estuvo encomendada á su tacto y laboriosidad, por falta del Ministro, la Legación. Por último, al reunirse en México la 2ª Conferencia Internacional Americana, el Sr. Lic. Godoy recibió el nombramiento de Secretario de la Delegación de México, prestando al Congreso importantes servicios.

El nuevo Ministro Plenipotenciario es muy estimado en los círculos diplomáticos y su nombramiento se ha recibido con aplauso.



SR. LIC. D. JOSE F. GODOY

LA MESTIZA.

Es de la tierra yucateca, gala,
y hermosa flor de nítida blancura.
Radiante de belleza y donosura,
con el perfume que su cuerpo exhala,
con su terno tan blanco como el ala
de vaporoso cisne, y con la pura
y clásica esbeltez de su escultura,
nada en donaire y juventud le iguala.
En sus jugosos labios encendidos
la palabra es arrullo dulce y tierno
que despierta amorosas sensaciones;
por eso cuando pasa, van prendidos
á los bordados de su limpio terno
muchos enamorados corazones!

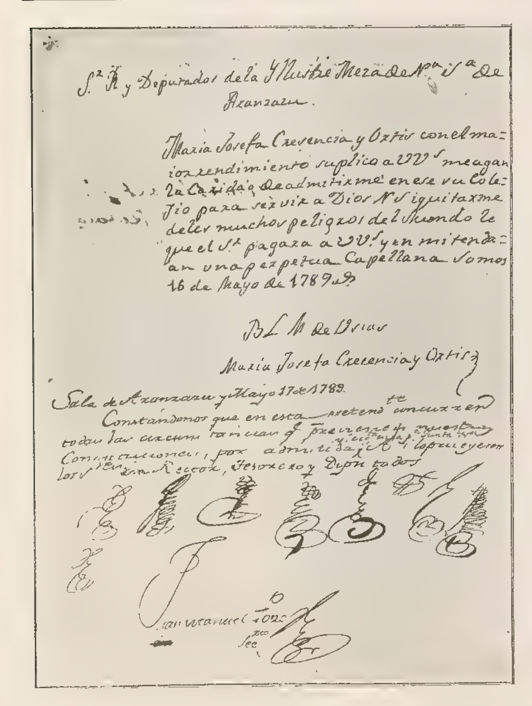
***

Vedla; de su cabello, que es tesoro
de gracia y opulencia, baja el leve
rebozo, en tanto que el fustán de nieve
el raso besa del chapín sonoro.
Con la dulce esbeltez del sicomoro
su talle cimbrador airoso mueve,
y en su garganta escultural y breve
cuelga el rosario de corales y oro.



En el baile es manojo de primores;
y es más bella, y gentil y deslumbrante
si al compás del rimado taconeo,
dando al aire los brazos seductores,
se desliza, gallarda y ondulante,
girando en el rumboso zapateo!

LUIS ROSADO VEGA.



Sr. R. y Diputados de la Ylustre Meza de Nra. Sra. de Aranzazu.

Maria Josefa Crecencia y Ortis con el mayor rendimiento suplico a VV.s me agan la caridad de admitirme en ese su Colegio para servir a Dios N. S. i quitarme de los muchos peligros del Mundo le que el Sr. pagara a VV.s y en mi tendran una perpetua Capellana Somos 16 de Mayo de 1789 as.

B. L. M. de VS.as

Maria Josefa Crecencia y Ortis

Sala de Aranzazu y Mayo 17 de 1789.

Constandonos que en esta pretend.te concurren todas las circunstancias q. prevenen nuestras Constituciones, por admitida [illegible] lo proveyeron los Sres. [illegible] Rector, Tesorero y Diputados

[illegible signatures]

Juan Manuel Gonz. [illegible] Pro Sec.

Solicitud presentada por Doña Josefa Ortiz, á la Junta Directiva del Colegio de las Vizcaínas.

ARTEMIS.

Un acre olor de bosques surgiendo en todas partes,
¡oh Cazadora!, en ondas ardientes envolvía
tu castidad de virgen, tu indómita energía;
y hacia la espalda echando tu cabellera, partes.

De los leopardos roncos los ásperos gruñidos
se escuchan en la calma de las nocturnas horas,
y quedan, en la senda que rápida devoras,
tus perros, sobre el rojo tapiz del bosque, heridos.

Así te place, ¡oh diosa!, que la espina te hiera,
que en tus gloriosos brazos las garras de la fiera,
dejen los anchos surcos de su furor marcados;

Y gozar con la bárbara dulzura sin igual
de unir, en tus combates, la púrpura inmortal
con la sangre que vierten los monstruos degollados.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.



UN DOCUMENTO CURIOSO.

En los archivos del Colegio de las Vizcaínas se guarda, como positivamente curioso, el pliego que contiene la solicitud que, para ingresar al Establecimiento como alumna, presentó á la Junta Directiva Doña María Josefa Crescencia Ortiz, después esposa del Corregidor de Querétaro y heroína de nuestra Independencia.

El pliego á que nos referimos y del cual damos copia fotográfica, aparece fechado en 1789 y se conserva perfectamente.

El amor á la vida no es en el fondo más que el temor á la muerte; así el instinto social no descansa sobre el amor á la sociedad, sino sobre el temor á la soledad.



MAZATLAN.—Edificio de la Aduana Marítima.

La epidemia de Mazatlán.

LAS desconsoladoras noticias que se han recibido con relación á la epidemia declarada últimamente en Mazatlán, embargan, con justicia, la atención de todo el país. Diariamente se tienen nuevos informes de los estragos que ha causado el mal en aquel puerto, y aunque no llega á definirse todavía si se trata ó no de la peste bubónica, sí se reconoce, en el caso, la existencia de una enfermedad que por sus caracteres especiales se considera sumamente grave.

Como sucede en Mazatlán, sobre todo durante las epidemias de fiebre amarilla, la enfermedad reinante ha invadido la parte de la población que se encuentra en peores condiciones higiénicas y que comprende desde el punto llamado «La Colorada» hasta el Astillero. Las casas, en ese barrio, son de madera y muy bajas en su mayoría, y están habitadas por la gente pobre del puerto y por gran número de chinos que viven en el más completo abandono. Además, por todo el trayecto de «La Colorada» al Astillero, pasa el caño, en un largo tramo descubierto, que conduce los desechos de la población hasta la playa donde desemboca. Hay también allí una curtiduría que arroja sus desperdicios á la orilla del mar y que constituye una amenaza constante para la higiene.

***

Digna de encomio, por lo demás, es la actitud que, tanto el Consejo Superior de Salubridad como las autoridades de Sinaloa, han asumido en esta ocasión para evitar el contagio y prevenir mayores males. El ayuntamiento de Mazatlán prohibió que los habitantes de la ciudad salieran huyendo de la epidemia, rumbo á otras poblaciones, sin el correspondiente certificado sanitario, y las casas infestadas serán destruídas por el fuego. Cabe aquí consignar un rasgo de filantropía: los principales comerciantes se han reunido para arbitrarse fondos con que indemnizar á las familias cuyas habitaciones sean quemadas.

Por su parte, el Consejo ha librado las órdenes necesarias para que el aislamiento de los enfermos sea riguroso, sin distinción de edades, nacionalidad y condición social, y para que únicamente se permita la salida del puerto á las personas sanas. En los caminos que conducen de Durango, Sonora y Tepic á Mazatlán, van á establecerse estaciones sanitarias con el objeto de que la epidemia no se propague por la vía terrestre

Las defunciones causadas por la epidemia en un solo día, fueron 12.



Imagen que se conserva en el Colegio de la Paz.

Una imagen valiosa.

EN el coro alto de la iglesia del colegio de la Paz, se conservaba—expuesta al culto — una imagen de la Virgen que, modestamente vestida y colocada en un escaparate de madera y cristales, dejaba únicamente al descubierto el rostro y las manos.

Las celadoras de la enfermería del establecimiento solicitaron, no hace mucho, se les permitiera cambiar las vestiduras de la imagen con otras nuevas, y, con este motivo, se abrió el escaparate, descubriéndose entonces que lo que se creía una escultura común y corriente, era una hermosa obra de arte y un hallazgo, por todos conceptos, valiosísimo.

Según el informe rendido por el Sr. D. Enrique de Olavarría y Ferrari á la Junta Directiva del Colegio, la imagen mencionada está revestida de plata y se asienta sobre una peana cubierta con una lámina del mismo metal, en que se ven primorosas labores doradas á fuego. La peana consta de dos cuerpos; tiene en su mayor base 72 por 64 centímetros, su altura es de medio metro, y está sostenida por cinco serafines, también de plata, macizos.

La imagen, que mide un metro y quince centímetros, apoya los pies sobre un grupo de cabezas de ángeles, que en un tiempo fueron siete, ahora se reducen á cuatro. Una de las cabezas aparece cortada, con sierra, á la altura de los ojos, y una media luna, fraccionada en dos partes, está clavada sobre dos de las otras. Posible es que, andando el tiempo, se haya agregado á la escultura la media luna, y se haya mutilado el grupo de ángeles, queriendo transformar la escultura en Virgen de la Concepción.

Sobre la talla de la imagen, notable por la corrección de sus detalles, se extiende la lámina de plata sujeta á la madera con clavos del mismo metal en su mayoría. El pecho de la Virgen luce un anagrama formado con cientoonce esmeraldas engarzadas en oro, y la túnica cuatro medallones y una mariposa del mismo metal y con las mismas piedras. Un collar de 42 perlas adorna el cuello de la Virgen, y una cadena de filigrana de oro, limitada por dos hilos, también de perlas, forma el cinturón, del cual pende un bejuco de oro primorosamente trabajado. Las pulseras, los aretes y los anillos, son joyas valiosísimas, así como también el manto y la corona.

Para dar, en suma, y ya que no nos es posible hacer una descripción completa de la imagen, una idea de su riqueza, diremos que los adornos se componen de

192 diamantes, 342 esmeraldas, 26 rubíes, 4 jacintos y 1947 perlas. Parece, por otra parte, que la Virgen fué despojada alguna vez de varias de sus joyas.

México en San Louis Missouri.

Desde que nuestro Gobierno aceptó la invitación oficial del de Estados Unidos para concurrir al próximo certamen de San Luis Missouri, se han hecho todos los preparativos necesarios encaminados al mayor lucimiento y distinción del contingente mexicano.

En nuestros diarios nos hemos ocupado frecuentemente de las disposiciones dictadas por la Secretaría de Fomento, y hemos dado cuenta de los nombramientos de comisiones, etc. En este semanario publicamos hoy la fotografía que representa el proyecto conforme al cual se construirá el Pabellón de México en el Certamen, y otra de uno de los detalles interiores. El autor de este proyecto es el señor Ingeniero Bonet.

El edificio, cuyo estilo es renacimiento español, medirá 60 pies de longitud por 50 de anchura. Estará construído de madera y «staff,» y en sus alrededores se plantarán numerosos ejemplares ornamentales de la flora mexicana.

La planta baja se dedica para recepciones y banquetes. Habrá también en ella dos oficinas destinadas para el público y en las cuales podrán encontrar los mexicanos toda clase de publicaciones periódicas que vean la luz en nuestra República. En la planta baja se instalará una oficina de correos, teléfonos, telégrafos, tocadores para señora, etc.

De la parte superior se destinarán dos corredores, con mesas, asientos y útiles de escritorio, á los periodistas mexicanos, y en esta planta se encontrarán las oficinas del Jefe y del Secretario de la Comisión. El Jefe es el señor don Albino R. Nuncio.

También habrá en ella dos bodegas destinadas á guardar las numerosas publicaciones que, impresas en inglés, piensa nuestro Gobierno repartir, para dar á conocer los adelantos que México ha obtenido en los últimos años respecto á comercio é industria.

El edificio comenzará á construirse en los primeros días del entrante enero y deberá quedar terminado el día 30 de junio del mismo año. Además de este edificio, en terrenos de la Exposición se ha destinado un lote para la música y tropa mexicanas que concurrirán al certamen.

Proyecto de Edificio Mexicano en el certamen de S. Luis Missouri.



Un ángulo interior del Edificio.

EL SINAÍ.

La montaña era negra,
porque Dios y su cohorte de querubes
se velaban tremendos en la cima
con los pliegues flotantes de las nubes.
La montaña era negra; pero encima,
nimbada de la blanca
luz del rayo potente, que al espacio
sus serpientes flamígeras fulmina,
la montaña siniestra sustentaba
una hoguera divina.
Sólo Moisés, que legisló á la tierra,
pudo, inspirado y rudo,
al mismo tiempo que con vasto anhelo
grababa sus dos piedras, sólo él pudo
estar ahí en medio del contacto
de la Tierra y el Cielo.
Y pasmados de horror, mientras oían
truenos, voces ingentes,
de pie ante el sacro Sinaí, veían
de las nubes salir los israelitas
los clarines como ascuas refulgentes.

FRANCISCO GAVIDIA.

EL ADIOS DE "SAFO."

Pues bien, no te acompaño, más no puedo:
dejo rota por siempre la jornada;
mi senda está de abrojos erizada
y seguir adelante me da miedo.

Pasión espiritual ó tentadora,
dudo al dejarte solo en la partida,
si la que sufre es mi alma convertida
ó es acaso mi carne pecadora.

Que llevo por igual, con sangre impresos,
absorbiendo de un todo mi existencia,
tu cariño ideal en la conciencia
y tu amor voluptuoso hasta en los huesos.

Ausente, no estoy sola: viva llama
á mi pasión enardecida presta
tu incitante recuerdo.... ¡Aún me resta
el olor de tus rizos en tu cama!

¡El rayo de tus ojos centellea
en mi pupila azul, y siento el goce
que dejaba en mi ser tu ardiente roce,
que aún por mis venas filtrase y serpea!

Y cuando el lecho mi cabeza toca,
dulce rumor se fingen mis deseos,
rumores semejantes á gorjeos
que brotaran del nido de tu boca!

No acuses de traidor á mi cariño
si cuanto más vehemente, más se aleja....
¿No ves que ya me voy poniendo vieja
y tú eres, mi adorado, casi un niño?

Me rebelo á pasar por la amargura,
más que la muerte, despiadada y fría,
de ver que, no muy lejos, vendrá el día
que no te brinde nada mi hermosura.

Tu persistente afán es mi consuelo;
aún viviré algún tiempo en tu memoria:
cuando en amor se trunca alguna historia,
se avivan los rescoldos del anhelo.

Jamás olvides cuando en grata riña,
en tus locas caricias desmayada,
á la gris claridad de la alborada
rodábamos los dos por la campiña.

Y eternamente tu memoria guarde
aquellas horas íntimas, secretas,
en que rubor sentían las violetas
al vernos tan unidos por la tarde.

Y no te desespere mi desvío,
nuestro amor no conviertas en tragedia;
aguarda tu final en la comedia,
como yo espero, resignada, el mío.

Por ti he sufrido mucho; al fin, me canso;
es la escalera fatigosa y larga,
y quiero relevarte de la carga
antes que llegue el último descanso.

Al pensar que te dejo, desvarío
y corro hacia tus brazos, lo confieso...
pero ya es imposible..¡Adiós!...un beso!....
«¡El último, en el cuello, dueño mío!»

MANUEL S. PICHARDO.





EL fondo de la selva elevóse ungran ruido;un clamor esparcióse desde los olmos musgosos hasta los altivos robles; una voz grave, profunda, misteriosa, surgió de las cavernas en que dormían los gamos y los siervos; los arroyos tornáronse murmuradores, los prados florecieron, y los pájaros dejaron escapar el torrente de sus trinos, celebrando así el lento despertar de las poderosas hadas del valle de Orfont.

Sobre el fino plumón robado á los polluelos por los céfiros juguetones; entre las flores recién abiertas; bajo la sombra ligera de los sauces llorones y los abedules, Na, Men y To, las tres hadas, elevábanse extendiendo caprichosamente sus cuerpos propicios á todas las metamorfosis. Na era blonda y de ojos negros; la segunda, morena y de ojos verdes; To era á la vez, y según su capricho, semejante á sus dos hermanas. Un rayo de sol, entibiado por las frondas, descendía furtivamente sobre las hadas, y, en el agua de una fuente cercana, al capricho del viento que besaba las hojas, la luz mostraba sus cambiantes reflejos policromos.

En medio de esta deliciosa calma, las tres misteriosas compañeras sentíanse profundamente tristes. De pronto, el cuerpo de To se agitó nerviosamente y el sol ocultóse por un momento. To había desaparecido; mas en los ojos redondos y fijos de un buho aferrado á las ramas de un roble del bosque, Men y Na reconocieron bien pronto al hada fugitiva. Entonces ellas también desaparecieron, y el bosque volvió á hundirse en su misteriosa calma: las aves emprendieron el vuelo, los riachuelos ocultáronse bajo la tierra, se agostaron las flores, y los erguidos árboles extendieron sus ramas como muertos brazos. Poco á poco, el invierno descendió sobre el silvestre palacio de las hadas. Llegó la noche, y, á la luz de la luna, ante los vallados de boj, los robles del valle de Orfont vieron detenerse á uno de esos seres insignificantes que no tienen ningún poder sobre las cosas, uno de esos cuerpos siempre esclavos de la tierra y á los cuales puede destruir el menor choque. Era un joven; llevaba sobre los hombros una corta capa cuyo capuchón le cubría la cabeza, y por debajo de la capa, bordeada de anchas franjas cortadas en forma de trébol, brillaba al rayo de la luna la limpia cubierta de un estoque que golpeaba sobre las calzas de cuero.

La minúscula silueta de este paseante solitario, se detuvo de improviso ante las inmensas sombras que proyectaban en el suelo los gigantescos árboles. Aquellos mil amplificados arabescos, aquellas curvas agrandadas, aquellos troncos cuyo tamaño exageraba la mirada de Diana, intimidaron al joven. Un estremecimiento le agitó como á los árboles; pero, después de haber mirado de arriba abajo el roble más alto del valle de Orfont, el joven arrojó su capa y ensayó trepar por el enorme tronco. El espesor del tronco era tal que no podía alcanzarlo con los brazos, y las ramas más altas del roble se perdían lejos de sus miradas.

Sin embargo, á medida que crecía su deseo y sus esfuerzos se repetían, ascendía el joven, como si dos brazos le sostuvieran por el talle. Miraba á veces detrás de sí. Nadie; estaba solo con su sombra, entre la de las ramas. Extenuado, logró llegar á la primera corona nudosa del roble. Aseguróse allí y cerró los ojos; pero el susurro de alas de un pájaro nocturno le despertó: en la copa del árbol, To, el hada, bajo la apariencia de un buho, le miraba fijamente. El miedo se apoderó de él; miró hacia el pie del roble, y no distinguió más que una bruma, una nube que se elevaba y le envolvía rápidamente. De ella surgió un hombrecillo cubierto por un jubón verde y amarillo, tocada la cabeza por un bonete blanco de pierrot, ornada de cascabeles.

—Yo soy—pronunció el hijo de la nube —Oberón, el enano verde; y tú, quién eres tú, hermoso viajero?

—Soy—dijo el paseante solitario— Roger de Vignemont, paje del rey.

A estas palabras, elevóse de la selva un gran ruido confuso, la luz de Diana reapareció, iluminando la cima del roble, y el buho, después de cantar tres veces, alejóse volando á la izquierda.

—Por qué te encuentro aquí, verde enano de que hablan los libros de magia?—interrogó, después de un instante de miedo, el paje del rey.

—Yo amaba las flores—dijo el enano;- he cortado las más hermosas, cuyos cálices encerraban el alma de las hadas de estos lugares, y más tarde fuí condenado á vivir entre nubes, es decir, á marchar sobre las flores, á hollar con mis pies esas sonrisas de las plantas, que yo amaba: los tímidos narcisos, las resedas olorosas, las primaveras y las margaritas, siendo así la burla de las hadas de Orfont. Y tú, que paseas en este bosque, te trae aquí la pena ó la alegría?

—La una y la otra—dijo Roger, —pues que no es el amor de las flores, sino el de una mujer, el que me arrastra á estos sitios encantados.

—Cuéntame tu pena, amigo mío, y si puedo, te consolaré, te ayudaré, te prestaré mi nube para que desciendas del árbol.

—He venido para subir á él..... para cortar ese muérdago que, allá arriba, en la cumbre del roble, florece cada año desde que desapareció el último druida de la selva, no teniendo como visitantes más que los pájaros nocturnos.

—Y qué harás tú de ese muérdago? Morgana reposa á la orilla del océano, en su tumba de granito; los druidas se han transformado en menhires, dolmens y cromlechs, y el poder del parásito acabó, murió con los sacerdotes de Teutaës.

—No, yo deseo ese ramo de flores.

—Para qué? Dímelo, y te llevaré en mi nube hasta él.

—Oberón, querido enano, hermano mío por el infortunio, me inspiras confianza y puedo decirte que amo, he aquí todo......

—Todos los hombres lo dicen.

—Amo á una mujer de alcurnia, joven y hermosa.

—La ves á menudo?

—Todos los días. Yo soy quien va por la mañana á buscar en el cofre de ébano sus pequeñas zapatillas; yo soy quien aparta, desde que la aurora aparece, las cortinas de su vasto lecho; mis manos son las que colocan el lino en su rueca; son mis ojos, mis ojos los que....

—No hablemos tan alto, que hay alguien que puede escucharnos. Oigo como un aliento, como una respiración anhelante, contenida, y algo como el latido de un corazón.

—También oigo yo el suyo, por la noche, cuando encorvado junto á su puerta, beso la huella de sus pasos en la tierra removida sobre la cual ha puesto sus pequeños pies. También oigo el suyo cuando......

—Pero, hermoso paje, si tanto la amas, ¿por qué no decírselo?

—Decírselo? El rayo descendería al instante sobre mi cabeza; las murallas más altas me sepultarían bajo su peso. Decírselo, no; tan sólo pensar, soñar, sufrir, y......

—Puesto que, hace un instante, hablabas de magia, por qué no ensayar......?

—Sí, he visto á Georgina, la célebre hechicera.

—Y bien?

—Y bien, ha practicado el sortilegio contra aquel que la ama; ha buscado entre las piedras simpáticas la que podría atraerla hacia mí; ha compuesto brebajes, recitado conmigo las letanías del Gran Alberto, y trazado sobre un muro blanco, con un tizón á medias apagado, el cuadrado mágico:

S A T O R
A R E P O
T E N E T
O P E R A
R O T A S

—Y bien?

—Y jamás la dama que adoro ha vuelto siquiera los ojos á mí.

—Quién es, pues, esa mujer.

—Es...... la amante del...... Rey Carlos; la hermosa mujer del blanco cuello de cisne.

—Ah! Ah! Oh! Pero no has vuelto á casa de Georgina?

—Sí.

—Y?

—Y me ha dicho: «No tengo más que un último, pero diabólico consejo que darte: roba del cofrecillo de oro macizo en que se conserva el tesoro de Saint Ours, el cinturón de la Santa Virgen, y ve á cortar al valle de Orfont el muérdago sagrado, en la copa del más alto roble. Pero para que triunfes, para que mi encanto sea eficaz, en tanto que cumples estos dos actos, deberán tus miradas no detenerse sobre el semblante de mujer alguna.»



—Y tienes el cinturón?

—Profané el santo lugar, he robado el cofrecillo, pero el muérdago...

—Lo tendrás. Y el enano, envolviéndole en su nube, elevó á Roger. Pero antes de alcanzar la copa del árbol, la nube iluminóse de pronto, tiñéndose de rosa, y el enano desapareció. Na, Men y To, las tres hadas de brillantes ojos, sueltos los largos cabellos sobre las espaldas, sin más que un cinturón de iris tejido de rosas, sonriéronle y le dijeron:

—Ven, hermoso paje, bello doncel, ven á nosotras. Te conocemos, tú eres Roger, el bello Roger de Vignemont.

Na dijo: «Ayer estaba yo sobre la almohada de Agnés, cuando el Rey la besó sobre la dulce frente.»

Men añadió: «Yo estaba ayer cerca de su blanco cuello, cuando el Rey Carlos posó en él su mano temblorosa.»

To dijo á su vez: «Yo estaba allí cuando los bucles de marfil y oro cayeron sobre la cintura de Agnés.»

Y las tres agregaron: «Ven con nosotras, ven, ven con nosotras. ....» Roger sintióse arrebatado muy alto, muy alto; deshojó entre sus dedos la parásita, sus ojos contemplaban á las hadas, y posó sus labios en los labios de ellas, candentes y pérfidos.

Aquel beso fué una mordida más terrible que la del áspid, más dolorosa que la de las salvajes fieras; pues al siguiente día, cuando algunos hombres de armas enviados por el Rey, para recobrar el tesoro robado, llegaron al pie del roble, hallaron el pequeño cofre de oro, y, cerca de él, sobre una rama del árbol, recientemente arrancada, como si acusara un supremo esfuerzo, el cuerpo mutilado, sangriento, inerte, de Roger de Vignemont.

Oh! Vosotros á quienes seduce Cupido y Venus atrae, jóvenes, pajes y donceles, guerreros ó clérigos, jamás adoréis á una dama de alcurnia; pues iréis, sí, iréis á perderos en el valle de Orfont, cerca de los riachuelos ignorados, en el misterio de los bosques, á la sombra de los robles en donde se hallan Na, Men y To, las tres hadas mentirosas.

JACOBO ROUGÉ.

La Canción del último Fauno.

Soy el fauno de vida cansada
que de la selva umbría al través
rapto ninfas de carne rosada
hollando la hierba con trémulos pies,
el que apura en el cáliz de un lirio
el purpúreo elíxir del placer,
aún sintiendo el ardor del delirio
por entre sus venas exhaustas correr.

El que tiene un palacio á la orilla,
tapizada de eterno verdor,
de un rayo de plata que brilla
con ampos de nieve de senos en flor;
y mira en marmórea terraza
una regia caída de sol,
y girar columnillas de brasa
de las glaucas ondas en el caracol.

El que viene en las noches de luna
con el dulce misterio á soñar,
la extensión de dormida laguna
en su negro esquife cruzando al azar;
y ve, ¡oh raro capricho de amores!,
reflejarse en el mismo cristal,
con las sombras de todas las flores,
las estrellas todas de un cielo estival.

El que aspira divino perfume
en el beso impalpable de luz,
cuando el sol del ideal desentume
sus prístinas alas abiertas en cruz;
y escuchando la etérea armonía
que preludia invisible laúd,
siente á su alma volver la alegría
dichosa y sencilla de la juventud.

El que sufre de triste neurosis
difundida en la bóveda gris,
y en el cuerpo minar la clorosis
que fuera nostalgia de un vago país;
y mirando caer las deidades
abrumadas del mal de vivir,
como sola verdad de verdades
abriga el consuelo de joven morir.

JOSÉ FIANSÓN.

ELOGIO.

Mis versos no dirán la aristocracia
Que en tu belleza pálida culmina,
Ni tu armónica voz, ni la divina
Sonrisa de tu boca ebria de gracia.

Yo quisiera los pétalos de acacia
Para zahumar tu cabellera fina;
Del insigne Leonardo la retina
Para pintar tu lánguida eficacia.

Para ofrendarte milagrosos lirios,
Yo apagaré los dolorosos cirios
Que conocen mi grande desventura,

Y diré cuál es bella tu mirada,
¡Oh extraña flor de América, adorada
Por el que vió su lírica blancura!

EUGENIO DÍAZ ROMERO.



La Fiesta de las Piñatas

El parque está triste; no llegan, en nuestros climas, á despojarse los árboles de todo su ropaje de verdura, porque nuestro invierno, cruel con una crueldad dantesca, parece que se reserva el placer de conservar en torno de las ramas heladas algunas hojas negras y mustias para estar torturándolas con sus besos de muerte y conservarse una diversión durante su reinado fugaz.



Y el parque está triste porque sus obscuros y escuálidos ramajes, destinados al martirio temporal, no albergan ya nidos ni son pentagramas que marcan las notas aladas del buen Dios, y cuando el aquilón los atraviesa y los hace estremecerse, no se escucha ese murmullo selvático que en tiempos de primavera es el deleite supremo de la umbría, mas se oye un crujir de ramazones moribundas que es parecido al tétrico crujir de huesos con que los cuentos fantásticos atemorizan la imaginación de los niños-niños y los niños-hombres.....

Entonces, en el costado más triste del parque, brota una pululación de hongos enormes, de barracas de lona blanca, que encierran golosinas y juguetes, pinos mutilados y cargamentos de heno, y en cuyos extremos se bambolean tristemente las «piñatas» de vientres enormes, ya coquetas y multicolores en la representación de alguna flor apolíptica enorme é imposible, ya cómicas y pintarrajeadas cuando fingen el cuerpo deforme de un payaso ó la caricatura de algún tipo social.

Otras, llevadas en hombros de los vendedores ambulantes, recorren el costado del parque, van y vienen colgantes de altos palos, y con oscilaciones de ahorcado, muestran á la crítica mercantil de los paseantes sus bellezas y sus fealdades, engendrando por aquí una sonrisa y acullá un gran deseo infantil, uno de esos grandes deseos infantiles, tan grandes y tan intensos como quizá no vuelvan á tenerse ya en la vida, aun cuando el objeto de ellos sea tan multicolor como una piñata......

Es alegre y es triste, al propio tiempo, la fiesta anual de las piñatas. Es alegre porque la muchedumbre que va á mirarlas ó á adquirirlas, discurre compacta por el sombrío costado del viejo parque, y con sus risas, sus gritos y sus comentarios, anima esa calzada otras veces callada y triste.

En esa muchedumbre domina, además, el elemento infantil ó, cuando menos, la idea de la infancia, pues para ésta es la fiesta de las piñatas; y dondequiera que por los labios purpurinos de un niño se escapa una de esas risas sonoras, más cristalinas que el cristal y más estremecidas que un derrumbe de campanillas, la alegría halla su sitio, y hasta los recodos más sombríos del alma adulta penetra un gayo toque de luz para alumbrar dormidos recuerdos ó aletargadas esperanzas.

Si la fiesta de las piñatas es para los niños, es también para los padres. Y he ahí por qué la fiesta de las piñatas es un acontecimiento; he ahí por qué apenas habrá un metropolitano que deje de ir en estos días, siquiera sea en cortos minutos, al costado del viejo parque en que se yergue actualmente ese pequeño mundo de barracas, como una extraña pululación de hongos enormes.

La fiesta de las piñatas es también triste, porque rememora los tiempos idos para siempre, porque se celebra cuando el año muere y el frío impera; porque, en fin, la piñata es un símbolo de lo que son las glorias humanas es una representación objetiva del «vánitas vanitátum»...... pues vedla allí, llena de dorados y de colorines, alta, erguida, flamante, codiciada, disputada, adquirida, llevada á domicilio con infinitos cuidados, alimentada con las más exquisitas golosinas...... ¿y todo para qué?...... Para que la mano delicada de un chicuelo, armada de un garrote por previsión paterna, desgarre los oropeles, aje los brillantes encarrujados, desmenuce el vientre y se regale con la muerte de la piñata!

Al día siguiente, en el carro de la basura,



irán al cementerio de las cosas que no se pudren, que es la «viña,» los guiñapos marchitos, los cacharros desmenuzados, todo lo que queda de la almibarada piñata, de la gloria de ayer, del despojo de ahora.

Y las piñatas, al regocijar á los niños, dan de comer á los pobres. Muchas manos proletarias se ocupan en confeccionar esas glorias de un día y tal vez se encuentre uno de esos polichinelas ridículos que se bambolean junto á alguna de las barracas, que escondaen su ridiculez el ignorado heroísmo de haber salvado del hambre á una familia. ¡Así pasa también en la vida!

* * *

Hoy en día, la piñata va perdiendo terreno. Hay ya muchas «posadas» de las que se la ha proscrito por completo. Ha perdido también en significación actual, pues antaño las piñatas eran casi siempre una caricatura: caricatura de una agrupación, de un acontecimiento ó de un personaje. Esto se ha perdido y nosotros agregaremos que...... afortunadamente.

En otros puntos la piñata ha sido conservadora. Así, por ejemplos, las hermanas de la caridad y los monjes ya hoy sólo se ven en piñata, y según parece, no tienen ya la demanda de antaño.

Hoy privan los toreros, las «mariposas del amor» y otros personajes anónimos de actualidad.

Cuando llega la última noche de posadas, las postreras piñatas son objeto de grandes preocupaciones para sus autores. Una piñata que «se queda», es como una solterona: no encontró aplicación en su vida......

Y cuando el servicio de limpia recoge las basuras del mundo de barracas que ha desaparecido, suelen encontrarse en esos despojos fragmentos de papel dorado, pedazos de piñata, confites y frutas perdidas, restos, en fin, de toda una vida, de todo un momento que pasó.

Mientras tanto, las piñatas siguen bamboleándose y el viejo parque disimula por unos días su honda tristeza invernal.

Sardín.



PENSAMIENTOS.

La casualidad no existe; todo es prueba ó castigo, recompensa ó previsión.

* * *

Las pasiones son las velas del barco; algunas veces le sumergen, pero sin ellas no podría bogar.

La bilis hace al hombre colérico y enfermo, pero sin la bilis no podría vivir.

* * *

La razón y las leyes naturales, son más antiguas que las leyes humanas que ha consagrado el tiempo.

* * *

El individuo que sólo teme el juicio de los demás sin temer el suyo propio, ni se aprecia ni se respeta á sí mismo.

* * *

Si queremos establecer algo duradero, no soñemos en hacerlo eterno.



Siempre que oigo la voz de las campanas
ya cuando el sol en el ocaso arde,
y se extinguen sus notas cristalinas
en el hondo silencio de la tarde,
memorias dolorosas y lejanas
—cual bandadas de errantes golondrinas
cansadas de llevar el ala rota
y de vivir en las desiertas ruinas—
llegan á mi alma de una tierra ignota.

«Memorias dolorosas y lejanas
despierta en mí la voz de las campanas.»

Ese débil acento plañidero
se extingue sollozando en el obscuro
confín del horizonte. Y su gemido
me habla de los secretos del futuro
y de seres amados que se han ido
á dormir á la sombra del misterio
el sueño sin ensueños, junto al muro
del triste y olvidado cementerio.

«Memorias dolorosas y lejanas
despierta en mí la voz de las campanas.»

El trágico silencio de las cosas,
cuando sus alas tiende la tiniebla,
canta en mi alma canciones angustiosas
de hondo misterio y fúnebre harmonía;
y creo ver entonces en la niebla
que surge en la borrosa lejanía
ó en las nubes que pasan, los inciertos
contornos de los seres ya perdidos
en la sima profunda; y semejantes
la luz de las luciérnagas errantes
y el alma misteriosa de los muertos.

«Memorias dolorosas y lejanas
despierta en mí la voz de las campanas.»

Froilán Turcios.



Hay veces en que sumadas todas las excepciones, producen una regla.

* * *

Las buenas leyes hacen otras mejores; las malas las hacen peores.



En Honor de Morelos.

LA PRIMERA PIEDRA DE UN MONUMENTO

CON el entusiasmo de siempre, se efectuó en San Cristóbal Ecatepec la ceremonia que año por año organizan el Ayuntamiento de aquella población y algunas sociedades mutualistas de la capital, para rendir justo homenaje á la memoria del Cura D. José María Morelos y Pavón, héroe de la Independencia de México, sacrificado allí por los realistas el 22 de diciembre de 1815.

La fiesta cívica, en esta ocasión, tuvo un lucimiento extraordinario, debido, por una parte, al empeño que tanto el cabildo como las agrupaciones mencionadas, desplegaron en la organización, y por otra, á la circunstancia de haberse colocado, ese día, la primera piedra del monumento que se erigirá en honor del héroe, en el sitio mismo donde recibió sepultura su cadáver, después de la ejecución. La iniciativa de perpetuar el recuerdo del grande hombre, levantando un monumento conmemorativo, partió del señor Cura de Ecatepec, Presb. Francisco Escartín, y ha sido recibida con general aplauso. Tanto el señor Jefe Político de Tlalnepantla, como el señor



Desfile de la Brigada frente á la "Casa de Morelos."



Sr. Cura Francisco Escartín.

Gobernador del Estado de México, han ayudado al iniciador con cuantos elementos les ha sido posible, para el mejor logro de tan patriótico pensamiento.

***

El tren que condujo á los invitados á San Cristóbal, salió de Peralvillo á las 8 a. m., llevando á bordo á los representantes de las sociedades «Unión y Concordia,» «Obreros Libres,» «Xicoténcatl,» «Fe, Esperanza y Caridad» y algunas otras, á varias familias, y la Banda de Artillería.

La ceremonia dió principio á las diez y consistió, principalmente, en un discurso pronunciado por el Sr. Heriberto Frías y en una composición en verso recitada por el Sr. Fernando Luna y Drusina. En los intermedios, la música de Artillería y la del 3er. Batallón tocaron piezas escogidas, desfilando después frente á la «Casa de Morelos» la brigada que envió á Ecatepec, para dar mayor realce al acto, la Secretaría de Guerra.

Los invitados se dirigieron en seguida al punto donde va á erigirse el monumento, para asistir á la colocación de la primera piedra. A la entrada de la capilla se levantó un arco triunfal, con inscripciones alusivas y vistosamente adornado. La urna depositada en los cimientos, contiene el acta firmada por los señores General Díaz y Gobernador del Estado de México, una colección de monedas mexicanas y periódicos del día. El señor General Huerta, en representación del Ministro de la Guerra, colocó la losa que cubrió la urna. En esos momentos se escuchó una salva de veintiún cañonazos.

***

Como documento curioso, reproducimos en seguida el acta de defunción de Morelos que se conserva en el curato de Ecatepec.

«En esta Santa Iglesia Parroquial de San Cristóbal Ecatepec, el día 22 de Diciembre de 1815, se le dió sepultura eclesiástica al cuerpo del Bachiller Don José María Morelos, Presbítero domiciliario y excura que fué del pueblo de Carácuaro, del Obispado de Valladolid. Recibió los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía; y para constancia de todo, lo firmo. Bachiller José Miguel de Ayala, interino.

La vida se nos da á conocer por la poesía antes de revelarse por la realidad.

De los sentidos que se atribuyen al hombre, el más escaso, sin duda alguna, es el sentido común.

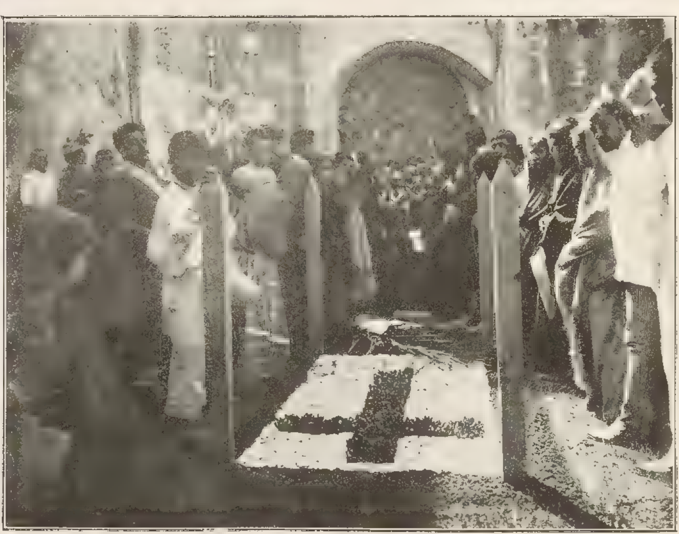
***

Todo nuestro mal viene de no poder estar solos.

MELANCOLÍA.

Me siento á veces triste
como una tarde del Otoño viejo,
de saudades sin nombre,
de penas melancólicas tan lleno......
Mi pensamiento entonces
vaga junto á las tumbas de los muertos
y en torno á los cipreses, y á los sauces
que abatidos se inclinan.... Y me acuerdo
de historias tristes sin poesía..... Historias
que tienen casi blancos mis cabellos.

M. M



Sitio en que se erigirá el monumento á Morelos.



Vista del muelle de Progreso.

PROGRESO.

Damos en esta plana una fotografía del muelle de Progreso, y otra que representa «un día de carga» en el puerto mencionado.

Como se sabe, Progreso es en la actualidad un centro mercantil de suma importancia, debido á las grandes partidas de henequén que de allí se exportan á los mercados extranjeros, y que provienen de las fincas yucatecas que explotan esa fuente de riqueza nacional. El puerto está unido á los principales centros productores de la preciada fibra por ferrocarril, y es uno de los que, en un período de tiempo relativamente corto, han logrado elevarse á grande altura.

Antes de que los ojos puedan ver, es necesario que se hayan vuelto incapaces de llorar.

El loco corre tras los placeres de la vida y halla una decepción; el prudente evita los males.

***

En la soledad toda compañía es buena, aun la mala.

***

Perdonar y olvidar, significa arrojar por la ventana experiencias caramente adquiridas.

FIGULINAS.

¡Qué bonita es la princesa!
¡qué traviesa!
¡qué bonita
la princesa pequeñita
de los cuadros de Watteau!
Yo la miro, ¡yo la admiro,
yo la adoro!
Si suspira, yo suspiro;
si ella llora, también lloro;
si ella ríe, río yo!
Cuando alegre la contemplo,
como ahora, me sonríe,
...y otras veces su mirada
en los aires se deslíe
pensativa......
¡Si parece que está viva
la princesa de Watteau!
Al pasar la vista hiere,
elegante,
y ha de amarla quien la viere.
...Yo adivino en su semblante
que ella goza, goza y quiere,
vive y ama, sufre y muere......
¡como yo!

MANUEL MACHADO.



Un "día de carga" en Progreso.

LA NOCHE BUENA DEL CAPITÁN

CUANDO el alférez Zúñiga fué alta en el regimiento, no maliciaba de seguro, ni remotamente, el noviciado que le aguardaba allí. El día en que se presentó al cuartel, vistiendo flamante uniforme de caballería y seguido por una criada que llevaba un saco de viaje, cuyo contenido era las prendas de Zúñiga, dirigióse atentamente al oficial de guardia preguntando por el jefe del regimiento, á quien debía presentarse á su ingreso al cuerpo.

El coronel, que tenía ya noticias del nuevo oficial, recibió á éste sin grandes muestras de amabilidad, aunque sin descortesía, diciéndole:

—Preséntese usted al capitán Gordillo, del segundo escuadrón, al cual pertenece usted desde hoy.

El capitán Don Sabino Gordillo hacía un verdadero contraste con el subteniente que iba á ser alta y á quedar bajo sus órdenes. Rudo en el físico y en las maneras, de hablar estentóreo, cultivado en las voces de mando, imperioso en sus gestos y en su mirar, que trataba de hacer inquisidor, distinguíase enormemente y á primera vista del oficial Zúñiga, un joven de bigote incipiente, un tanto cuanto tímido, cuidadoso en el vestir y en cada uno de sus palabras y movimientos.

El capitán hallábase en el patio de macheros, ocupado en la instrucción de los reclutas, cuando Zúñiga se presentó á cumplir las órdenes recibidas. Gordillo miróle acercarse, y en seguida, cual si no se hubiera dado cuenta de la presencia del recién llegado, prosiguió dirigiendo la palabra á los neófitos:

—El caballo se considera dividido en tres partes, á saber: cuarto delantero, cuarto de en medio y cuarto trasero. El cuarto delantero se compone......... (dirigiéndose á un recluta) De qué se compone el cuarto delantero?

El recluta. - La cabeza comprende: las orejas, la frente, los ojos, la quijada, los ollares ....

El capitán. Señale usted los ollares.

El recluta (señalando los labios del caballo).—Estos, mi capitán.

El capitán.—Esos? Animal! Parece increíble que no conozcas á tus semejantes!

Mientras tanto, el subteniente le miraba á respetuosa distancia, sin atreverse á interrumpirle, aguardando á que el capitán terminase, hasta que éste, volviéndose de pronto al recién llegado, miróle con ademán del que interroga.

Zúñiga acercóse, seguido de la criada que llevaba el equipaje y no exento de cierta emoción:

—El señor coronel me ha dicho que debo venir á ponerme á las órdenes de usted.

—Amiguito, no se dice «el señor coronel», cuando uno habla de sus jefes, sino «mi coronel». No lo eche usté al olvido.

—Está bien, mi capitán.

—Con que usté viene á cubrir la vacante?

Sí, mi capitán.

—Y esa mujer, qué hace ahí? No querrá usté que sea su asistente.....

—No, mi capitán, sino que......

—Retírela usté. Vivo y á la vez! Ah! Y no olvide usté tampoco (señalando los zapatos de charol del subteniente) que un cuartel no es un salón de baile. Quítese eso antes de que lo den á usté á reconocer. Vivo y á la vez!

Bajo tales auspicios, la permanencia del pobre oficial, durante algún tiempo, no podía tener nada de grato. Para el capitán Gordillo, el buen soldado era aquel que jamás se preocupaba por la buena forma del calzado ó por el buen corte de las diferentes piezas del uniforme. Un hombre de voz ronca y de movimientos bruscos; un individuo de bigote y cabello «alebrestados», con la «visera» caída hasta ocultar casi uno de los ojos, de piernas en paréntesis y de pesado andar, siempre afectando un reconcentrado mal humor al hablar con los inferiores, era el tipo ideal para aquel hombre ya de edad madura, «tajado á punta de hacha», según frase propia, y que adoraba al regimiento antes que todo, y, después del regimiento, á las mujeres.

A su rudimentaria educación había suplido su constancia en la carrera, en la cual alcanzara el grado de capitán á fuerza de inquebrantable tenacidad. Había cruzado el territorio en todas direcciones, sufrido el rigor de todos los climas, tomado parte en algunas acciones, y, cuando el buen humor rebosaba en él, las anécdotas y los episodios borbotaban en sus labios, mezclados con la realidad los chispazos de la imaginación:

—Hoy hace veintinueve años—decía en su lenguaje desaliñado.—Cómo me acuerdo de mi general Hernández y de aquella noche que nos sorprendieron los traidores. Serían como estas horas......

O bien, despiertos sus recuerdos ante una mujer que cruzaba la calle, hallábala parecida á alguna de sus viejas conquistas, y delineaba á su víctima con dos ó tres frases que él estimaba de intenso colorido:

—De esa misma alzada era, al poco más ó menos; bien amarrada, ojo de venado y con una fibra......!

Y proclamaba en seguida sus teorías, muy suyas, acerca de la mujer, de su carácter y de los procedimientos que él conceptuaba infalibles en toda empresa amorosa.

Sin embargo, alguien del regimiento, que se decía bien enterado, aseguraba que las conquistas del capitán Gordillo no valían la pena.

Conocido, pues, el carácter de aquel viejo soldadón, fácil nos fué prever que nuestro nuevo compañero de armas no iba á pasar muy bien el noviciado, y así sucedió. Desde los primeros días, el nombre del alférez Zúñiga llegó á ser una especie de obsesión para el capitán:

«Subteniente Zúñiga, cuántos hombres tenemos en el hospital?» «Subteniente Zúñiga, vigíleme usté muy perfectamente bien ese forraje». «Subteniente Zúñiga, ese parte de novedades. Vivo y á la vez!»

Y si por la noche entraba á las cuadras de tropa y percibía el olor de la marihuana, ó si



un dragón extraviaba alguna correa de su montura, ó si un caballo resultaba «picado de asoleo,» el subteniente Zúñiga tenía que soportar la andanada de interjecciones en que el capitán estallaba á cada momento.

De pronto, su conducta cambió de un modo casi radical. El pobre subteniente, que abrigaba un vivo temor á la disciplina, concibió cierta vez una idea que le pareció acertada, y al instante la puso en ejecución:

—Mi capitán.

—¿Qué novedades?

—Mañana estamos francos, y quisiera yo que usted comiese en nuestra compañía.

—En compañía de quiénes?

—De mi esposa y mía. Es día de su santo, y... .. ..

—¿Hombre, es usté casado? La primera noticia...... Pues, sí, señor, con mucho gusto.

Al día siguiente, después del toque de llamada, el capitán y el alférez abandonaron el cuartel y dirigiéronse á la casa del segundo. Algunas personas amigas encontrábanse ya en la sala, y Zúñiga dijo al entrar, dirigiéndose á su esposa:

—Conchita, tengo el gusto de presentarte á mi capitán Gordillo, el jefe de mi escuadrón.

El capitán ensayó una de sus muecas más expresivas para con aquella morenita de veintiséis años, bajita de cuerpo y de pupilas intensamente negras y brillantes.

Durante el almuerzo, la amabilidad de Conchita, esa atractiva amabilidad que es tan peculiar y sugestiva en la mujer mexicana, rayó á gran altura tratándose del capitán Gordillo. Sentada cerca de éste, la joven colmábale de atenciones, mirándole á menudo con todo el fulgor de sus hermosos ojos; y el capitán, á su vez, sentíase gratamente halagado en lo más vivo de su amor propio, y quizá, quizá, soñaba ya en una nueva víctima que añadir á la interminable serie que formaba su mejor timbre de gloria.

Se charló animadamente de mil asuntos; concedióse la palabra al capitán, para que relatase algunos de sus más interesantes episodios, y cuando una de las hembras allí reunidas habló de la proximidad de las «posadas,» Gordillo suspiró expresivamente.

—¿Le agradan á usted?—preguntó la esposa de Zúñiga.

—Ya lo creo, ya lo creo, tengo tantos recuerdos ....

—Pues vamos á organizarlas, ¿verdad, Zúñiga? y queda usted invitado á ellas desde hoy.

El capitán dió las gracias. La cosa marchaba perfectamente.

A la salida de la casa, juntos el capitán y el alférez, marchaban el uno al lado del otro, pensativos de muy distinta manera. El subalterno soñaba en que los días de rigor acaso vendrían á menos, en tanto que el superior se abstraía en la preparación del asedio, pronunciando casi en voz alta su exclamación favorita: «¡Vivo y á la vez!»

Y, llegada la oportunidad, el capitán Gordillo no faltó una sola noche á la casa del alférez. Había que entrar «con fibra,» como él decía también habitualmente. Para colmo de su fortuna, el mismo día de Noche Buena el alférez lamentóse con el capitán de no poder acompañarle á casa, como las noches anteriores: el oficial de guardia había sufrido un accidente que, aunque ligero, le impediría durante quién sabe cuánto tiempo llenar su cometido, y Zúñiga era el llamado á «sostenerlo.»

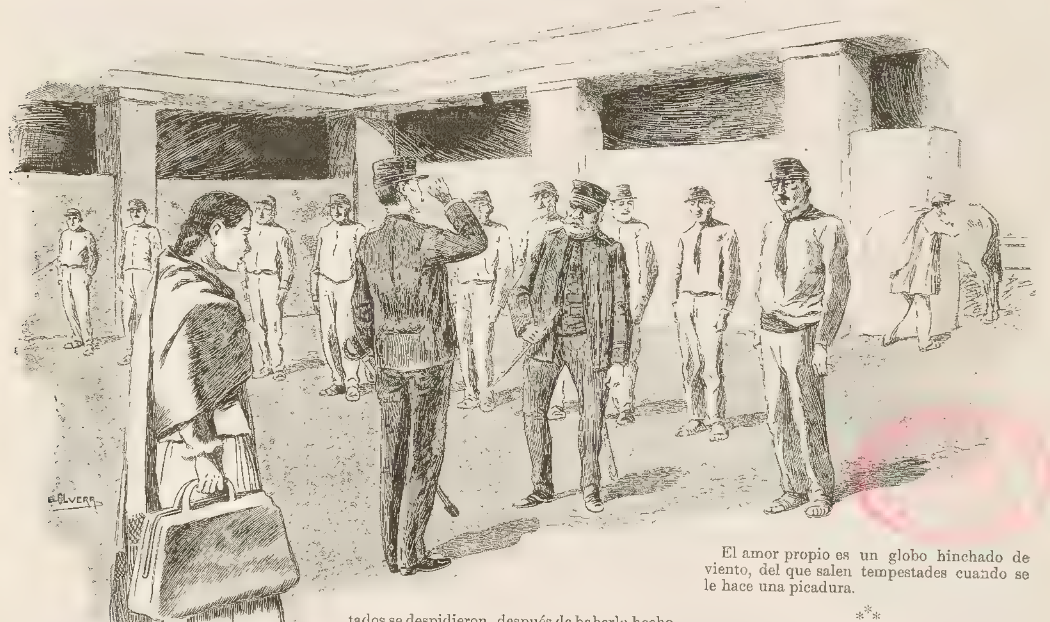
El corazón de Gordillo latió apresuradamente.

—Hombre, lo siento, lo siento mucho.

—Pero usted irá, mi capitán.

—Sin usté.. ... En fin, iré á dar la mala noticia.

En la casa del alférez, la cena de Noche Buena fué de lo más animado y cordial, y pasados los brindis de la medianoche, los invitados se despidieron, después de haberlo hecho el capitán, uno de los primeros en salir.



Cuando el último abandonó la sala, Conchita quedó algunos instantes meditabunda, sentada en una mecedora. De pronto sus miradas tropezaron con una espada de puño negro, apoyada en uno de los rincones, una espada que no era la de Zúñiga.

—Es mía—dijo una voz á espaldas de Conchita;—vengo por ella......... y por usté.

El capitán avanzaba hacia ella, cegado por los impulsos más vehementes; y Conchita había retrocedido hasta la puerta que comunicaba con la alcoba, rehuyendo los brazos de él, ansiosos de apresarla. Sin arredrarse ante los obstáculos, el capitán Gordillo penetró en la alcoba, en pos de Conchita; pero, de improviso, el ruido de unos pies que arrastraban acicates, hízose oír en el corredor, y hasta la habitación llegó la voz de Zúñiga, que llamaba á su esposa.

Conchita tuvo un momento de estupor; mas, en seguida, como quien adopta una resolución suprema, corrió hasta el guardarropa, lo abrió violentamente, y empujó á su interior al capitán, que había permanecido indeciso también, de pie en el centro de la pieza.

—Creí llegar todavía á tiempo -dijo el alférez.

—Pues sí que llegas—respondió Conchita, apagando las luces de la sala y estrechándose efusivamente á su marido;—siempre llegas á tiempo para que yo pueda repetirte cuánto te amo ....

Y el capitán, desde su escondrijo, pudo aquella noche asegurarse del cariño sin límites que Conchita abrigaba hacia su esposo.

***

Pasado el tiempo, y cuando preguntaban al capitán Gordillo: «¿Cómo pasó usted la Noche Buena?», respondía en una explosión de su carácter:

—¡Canario! ¿Pues cómo había de pasarla? ¡Divertidísimo!.........

Y giraba en seguida sobre sus talones.

Tacubaya.

AURELIO GONZÁLEZ CARRASCO.

Es más fácil conquistar que reinar.

***

Los pueblos, como los hombres, sólo son dóciles en su juventud.

El amor propio es un globo hinchado de viento, del que salen tempestades cuando se le hace una picadura.

***

Nada se hace sin causa, así bajo la ley de la razón como de la naturaleza.

***

El acuerdo de todos los intereses se forma con la oposición del de cada uno.



Cuando el carro de Dios se bambolea
Y el látigo del viento al bosque azota;
Cuando en la entraña de la nube brota
El rayo, todo luz como la idea;

Cuando el trueno iracundo tabletea
Y el ronco mar se encrespa y alborota,
Sobre la tempestad vibra la nota
Que lanza un ave ansiosa de pelea.

El paladín alado lucha y sube,
Toca en las cimas de la negra nube
Y canta sin temor y sin desmayo.

Que es el alción, en su triunfante vuelo,
Como el genio creador que halla en el cielo
Trono en la tempestad, cetro en el rayo!

M. R. BLANCO-BELMONTE.

VINO

DE

SAN GERMAN

St. GERMAIN

Del Dr. LATOUR BAUMETS. París.

TONICO RECONSTITUYENTE

Con extracto de aceite de bacalao "Morrhuol"-Ictiol-kola y estricnina.

Cura Anemia, Clorosis, Escrofula, Raquitismo, Reumatismo, Enfermedades de la piel, etc.

Tónico Poderoso Para Convalescientes. Tuberculosos y Enfermos del Corazon.

Tonificar el sistema nervioso y reconstituir la sangre es volver á la vida y recuperar el uso de todas sus facultades. EL VINO DE SAN GERMAN por sus atractivos y poderosos componentes, por sus asombrosas curaciones, es el Vino Tónico reconstituyente más recomendado por todas las celebridades médicas del mundo; lo certifican los profesores de la Universidad de París y de la Escuela Nacional de Medicina de México.

Dr. Rafael Lavista.

"Habiendo experimentado en algunos enfermos el VINO DE SAN GERMAN, lo recomiendo como un buen tónico y reconstituyente."

DR. RAFAEL LAVISTA,

Subdirector y Profesor de Clínica Externa en la Escuela Nacional de México.

Dr. Bandera.

"He usado con excelentes resultados el VINO DE SAN GERMAN en casos de tisis pulmonar, de anemia y de enfermedades crónicas de la piel."

DR. BANDERA.

Profesor de Fisiología de la Escuela Nacional de Medicina de México.

Dr. Roque Macouzet.

EL VINO DE SAN GERMAN, es una buena preparación, tónico y reconstituyente, lo he empleado siempre con buen éxito.

DR. ROQUE MACOUZET.

Catedrádico de la Escuela Nacional de Medicina de México.

Dr. Carlos Tejeda.

Recomiendo el VINO DE SAN GERMAN, como útil y eficaz en las enfermedades que causan profunda debilidad en la economía; así como en las anemias, tuberculosis, atrepsias, etc.

DR. CARLOS TEJEDA.

Profesor de Clínica infantil en la Escuela N. de Medicina de México.

Dr. Manuel Gutiérez

La especial composición del VINO DE SAN GERMAN en el que se adunan los reconstituyentes, los tónicos neuros ténicos y cardiacos, al icthyol, hacen de esta preparación una de las más adecuadas al tratamiento de las enfermedades, en las que predomina la pobreza de sangre y el debilitamiento del individuo.

DR. MANUEL GUTIERREZ.

Profesor de Obstetricia en la Escuela N. de Medicina de México, Miembro de la Academia de Medicina, Médico del Hospital de San Andrés.

Dr. R. Macias.

"La composición del VINO DE SAN GERMAN, garantiza sus buenos efectos y aquí, donde tanto abundan las enfermedades por debilidad en la nutrición, espero que será de pos.*iva utilidad para el público."

DR. R. MACIAS.

Profesor adjunto de Clínica externa de la Escuela Nacional de Medicina de México.

Dr. R. N. de Arellano.

EL VINO DE SAINT GERMAIN es una feliz combinación aceptable por su gusto á todos los enfermos y tiene propiedades curativas excelentes para los diversos estados patológicos.

R. N. DE ARELLANO.

Profesor de Medicina legal en la Escuela N. de Medicina de México Miembro del Consejo Superior de Salubridad.

Dr. A. de Garay.

He usado en varios de mis enfermos el VINODE SAN GERMAN y lo considero una medicina excelente; es un tónico poderoso, de sabor agradable y muy eficaz para los anémicos, linfáticos, tuberculosos, convalescientes y enfermos del corazón en general.

A. DE GARAY.

Profesor de Anatomía en la Escuela Nacional de Medicina. Cirujano de los Hospitales Juárez y Español, Presidente de la Sociedad Médica "Pedro Escobedo," etc.



Colección de trajes para Señoritas

PROPIOS PARA CARRERAS
O PARA ASISTIR A GRANDES MANIOBRAS
MILITARES.



Dos trajes de calle, para señoras jóvenes.

PRIMAVERAL.

I

¿No me permites, niña, decirte una palabra, no sé si de amor, de cariño ó de amistad, ya que tanto tiempo hace que callado y dormitando está mi corazón? Me juzgaba á la orilla de la tumba, en el extremo de la decrepitud, declinando en un ocaso de arrugas, de canas y temblores; pero tú, joven, bulliciosa, loquilla, has infiltrado en mis nervios la vida de la flor que se desabrocha, del ramo que germina, del monte que reverdece á las primeras lluvias y envía al cielo vagidos de neblinas, incensaciones de aromas, coros de armonía.

II

Quiero ser hombre. En toda la creación no se encuentra un solo ser aislado de los demás: la roca gravita sobre su asiento de montañas; el árbol arraiga en el "humus" fecundo, que le da pomitas y botoncitos para engalanar sus ramas; el ave tiene en su nido el puerto al que arriba, porque allí está su prole, después de bogar sobre el mar azul del aire. ¿Por qué mi corazón ha de llamar continuamente á la cabaña solitaria de mi pecho, sin que nadie le responda? Es un niño expósito que siempre se mece en su cuna, sin que nadie lo despierte de su soñolencia. ¡Cómo quisiera levantarse y correr por el jardín para coger ramitos de flores y ofrecértelos!

III

¿Quieres jugar todavía? Pues ve á las ramitas de aquel jazmín y teje con sus flores una guirnalda; los claveles rojos te esperan parados de puntitas sobre sus tallos, córtalos y forma un ramillete; ¡cuántas mariposas vuelan por los prados, doradas unas, gayas las otras, blancas aquéllas! cázalas y tiñe las puntas rosadas de tus dedos con los polvos de sus alas; pero no juegues con ningún corazón, porque, á tu pesar, deslustrarás estrellas en el cielo de un alma que podría cortar de su vía láctea un velo de esposa, y formar de sus nubes cunas para los angelitos que nacieran de castos amores.

IV

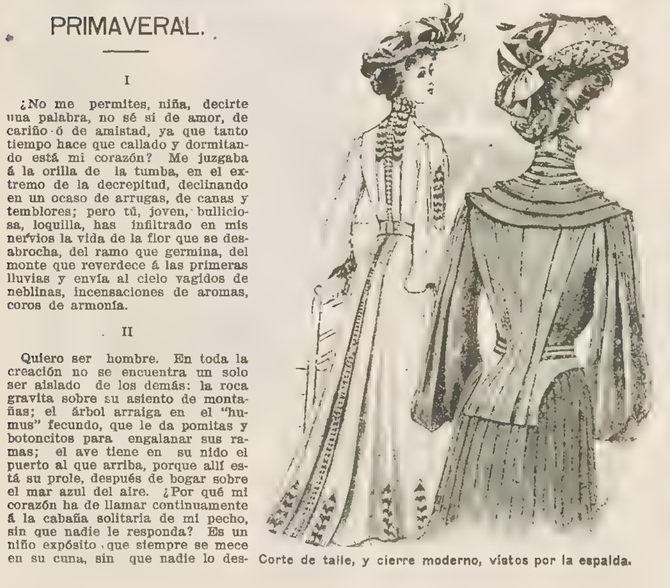
¡Cuán ignorante estás todavía de los sentimientos que inspiras en los corazones alumbrados por tus ojos, de los sueños que pintas en las almas enloquecidas con la sonrisa de tu boca, de los delirios que despiertas en los cerebros conmovidos por tus irradiaciones embriagadoras de mujer! La niebla ha borrado con sus crespones los filetes del horizonte, y allá, en su seno, quizás el polen de las flores vaya sostenido en alas del amor á buscar las flores hembras. Los rayos de tus ojos han ido á despertar la alondra de un corazón, y al ver alumbrado rido, cantó: tú eres el astro que su himno celebra, eres la flor que la niebla cobija...

V

Te invito, niña, á la sombra del platanar que bebe el agua cristalina de aquella fuente, á la hora de la siesta, cuando el sol aquieta con su vaho de horno el alegre pueblo habitador del bosque y sólo el monótono chirrido de la cigarra vibra en los oídos, como las reverberaciones del sol tiemblan ante los ojos, cuando el insecto verde, la libélula azul y la mariposa amarilla, vuelan ebrios del vapor caliente; entonces, recostado sobre tu falda, te contaré las leyendas de las Mil y Una Noches; pero entre ellas te referiré la de un joven que, enamorado de tí, volvió á la vida...

VI

¿Ves cómo el gran párpado del horizonte se cierra sobre la brillante pupila del sol? Es el dormir



Corte de talle, y cierre moderno, vistos por la espalda.



Trajes propios para soirée campestre.

del día; en la noche soñará fantásticas figuras de estrellas tendidas en el vacío; vapores astrales en espiras, penachos y cabelleras de diosas; nebulosas tan tenues como el polvo perfumado que esfuma las mejillas de mi niña al pasar por ellas el plumón de cisne... Ven, nosotros también soñaremos en el amor: pláticas, compenetraciones de pensamientos, reciprocidad de sentimientos, todo un porvenir de placer columbrado en las pupilas de tus ojos...

PEDRO LAZCANO.

NUNCA.

En un árbol la frente apoyada,
En el fondo del bosque sombrío,
El poeta soñaba en el Cielo,
Evocando pasados delirios,
De dichas fugaces,
De amores ardientes, de ensueños (perdidos.
En el cielo tan sólo, decía,
La mansión se hallará del cariño;
¿Quién pudiera cruzar los espacios
A la vez que un arcángel alígero,
Cual Dante Alighieri
Cruzó los infiernos, siguiendo á Virgilio?...
—Tú lo puedes-exclama de pronto
Una voz celestial, cuyo ritmo
Traspasó el corazón del poeta
Despertando recuerdos muy íntimos,
De acentos de amores
Que sólo acarician el alma del niño.
El arcángel entonce aparece,
Va con rayos de luna vestido,
Y su carro desciende, su carro
Que forma la nívea corola de un lirio;
Por hondo misterio,
Feliz el poeta encuentra su sitio.
—¿Por qué, arcángel, al cielo no (elevas
Cual dijiste, tu carro de armiño?
—¡Oh mortal, porque en él pesan (mucho
Esos mil intereses mezquinos
De nombre y riqueza,
De nunca apagado, vulgar apetito!
Los arroja al instante y asciende
Más veloz al espacio infinito,
Y camina orgulloso, y camina
A la par que el arcángel divino;
El carro de pronto,
El éter de nuevo miró suspendido..
—Es preciso que arrojes de gloria,
Oh mortal, esos sueños queridos
Que alimentan del hombre la in- (fancia
Y son humo no más del espíritu.
—No quiero la gloria,
Renuncio por siempre de sus goces (malditos.
—Sube, pues; de las puertas del (cielo
Ya se mira el fulgor diamantino;
Ya se ve la mansión de los justos,
La mansión del eterno deliquio.
Pero antes desprende
El lazo postrero que al mundo te (ha unido.
Aun recuerdas la niña del bosque
De los ojos azules y límpidos,
Manantial de tu eterno recuerdo...
Baja, arcángel, que yo no la olvido,
Renuncio á los cielos.
Y prefiero mis hondos martirios.

LUZ Y SOMBRA.

Flor que nacida á la aurora
Ya en la tarde se marchita,
Perfume que el ala agita
Y que luego se evapora,
Fugitiva onda sonora
Que en el silencio se hunde,
Relámpago que difunde
Su luz en la sombra inmensa
Y que se apaga en la densa
Noche que en el cielo cunde;
Eso es la ilusión que exalta
Y que la fe robustece
Y que el valor enardece
A la conquista más alta;
Eso es el iris que esmalta
El campo de la existencia
La sublime refulgencia
Que nuestro ser ilumina,
¡La primera que extermina
Nuestra primera dolencia!

Noche sin astros, obscura,
De torva monotonía
Después de un brillante día
De deleites y ventura;
Soledad cuya pavura
En nuestras almas se enrosca,
Esfinge brutal y tosca
Impidiéndonos la marcha,
Perpetua lluvia de escarcha
Que nos entume y embosca;
Eso, eso es el desencanto
Cuando á las almas desciende
Y en sus rosales extiende
Su negro y pesado manto,
Eso es la causa del llanto
Que no cesa en lo interior;
Eso, eso es lo que á la flor
En un instante consume,
Lo que evapora el perfume
Y hunde en la sombra el fulgor.

JOSE P. PADILLA.

De "azahares y abrojos"

Un alegre día de Septiembre, de cielo azul, limpio y despejado.

La fecha de la boda se acercaba ya, y sólo una vez se había atrevido Violeta á hablar de su próximo enlace, á la fría y áspera mujer cuyo corazón había sido destrozado en su juventud.

Se aventuró á decirla: cuando las jóvenes se casan, les hacen vestidos muy bonitos, ¿verdad, tía?

—A algunas sí, pero á otras no; lá respondió fríamente.

—Ya sabes, tía, que no tengo más que dos vestidos.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo; apenas he conseguido dinero para alimentarte y darte educación, y no trataré de cubrir los gastos que ocasione tu matrimonio.

Los ojos de Violeta se inundaron de lágrimas.—¿Así es que me iré de aquí sin un traje decente, para casarme?

—Lo temo—dijo Miss Atherton; —si te fueras á casar á mi gusto, me sacrificaría por tí, pero de esa manera, no haré ni el menor esfuerzo por ayudarte.

Esa misma tarde, le dijo Violeta á su prometido:—Randolfo, una vez me dijiste que mi vestido azul te gustaba más que todos los que habías visto, ¿no es cierto?

—Sí, mil veces más que los riquísimos trajes de una reina ó los de corte, de una duquesa.

Qué bueno, dijo ella, y luego viéndolo con ojos lastimeros, murmuró á su oído:—Randolfo, tengo que hablarte de algo muy importante.

—¿Y qué es ello querida mía? ¡me haces tan feliz manifestándome tus deseos! Quisiera saberlo, le dijo, tomándole un brazo entre sus blancas manos; la caricia más expresiva que le había hecho.—Levantó luego los ojos, dejando ver en ellos tal inquietud, que él creyó que debía ser un favor muy grande el que le iba á pedir

—Violeta, no querrás que tu tía Alicia viva con nosotros.

Rió ella con tantas ganas, que hizo huir de su rostro todas las zozobras.—No es una cosa tan terrible: ¡qué idea, Randolfo! Ella jamás viviría con alguien que aborreciera. Pero ¡ay! no se trata de ella.. me da tanta vergüenza decírtelo.

—Puedes, con toda seguridad de agradarme, decirme cuánto quieras; anda, anímate y dímelo.

Randolfo, es de mi vestido de boda de lo que quiero hablarte; y luego tratando de leer sus pensamientos en sus ojos, añadió: dime, en verdad, Randolfo, ¿te haría fuerza si me casase llevando mi vestido azul, por estar ya viejo?

—Todo lo contrario, puesto que, según creo, ningún traje puede quedarte tan bien.

—Me parece muy triste casarme con un vestido tan viejo; pero yo no tengo dinero, y mi tía está tan disgustada conmigo, que temo no volver á tener otro hasta...

—Que yo te lo compre. ¡Qué dicha!

Creyó Violeta descargarse de un gran peso, y se consideró más feliz que nunca, con haberle dicho aquello á su amante.

El siguiente día fué muy triste para ella: Randolfo la dijo que tenía unos negocios que arreglar y estaría fuera uno ó dos días. A Vio-



Trajes para campo, y sombreros últimos modelos.



Elegantes batas para interior.

Trajes para paseo vespertino.

Traje para calle, de corte sencillo.

leta le disgustó mucho que se fuese. —Estaré tristísima —dijo; —está enojada mi tía, y si tú te vas, ¿qué voy á hacer?

Aunque sólo por tres días, se despidieron con sollozos y lágrimas.

Era la primera vez que por él lloraba, y eso le causaba orgullo.

Al cabo de dos días, volvió Randolfo más feliz que nunca, por la aproximación de su enlace

Una mañana, tía y sobrina estaban en la ventana, que perfumaban las flores; Miss Atherton un poco más alegre que de ordinario: el Express viene hacia aquí, ¿qué traerá? dijo alarmada; pues era un acontecimiento que llegara hasta la Casa de las Acacias.

—Ha de traer la despensa del tendero, decía Violeta.

—Pero si viene hacia aquí, y trae dos enormes cajas; ve lo que contienen y si hay algo que pagar.

No había que pagar nada, y las introdujeron al comedor.

¡Son de Londres! exclamaba Miss Atherton; date prisa á ver qué contienen; pero no cortes las cuerdas, que pueden servir. Y arrodillándose, desenvolvía con mano trémula un paquete que contenía esta inscripción: "A mi novia". Con indescriptible ansiedad, esperaban ver el contenido. Lo primero que se vió, fué un vestido de boda, azul pálido, de seda, precisamente del color del que Violeta tenía; estaba adornado de finísimas blondas blancas y con ramos de azahares Había, además, un velo blanco primoroso por su elegancia y sencillez, y una corona, también de azahares. Y cuando Miss Atherton la tomó para verla más de cerca, inconscientemente derramó lágrimas sobre ella.

Tía Alicia, ve que vas á manchar mis azahares con tus lágrimas, exclamó Violeta.

Y miss Atherton, dirigiéndole una mirada compasiva, la dijo: ¡Ay! querida mía, créeme, no hay nada tan triste y desgarrador en la vida, como las agudas y crueles espinas que ocultan los azahares.

Aurora Pérez-Verdía.

MISTICA.

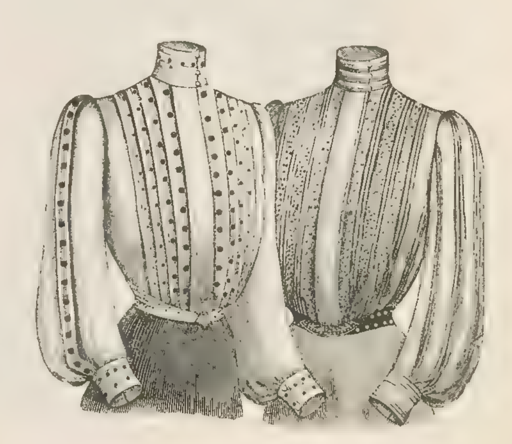
¡Oh mi sol esplendente que yo (adoro!
Para tí, el perfume y la ambrosía,
El salmo inmenso que precede al día,
La flor de lis y la diadema de oro.
¡Oh mi sol esplendente que yo (adoro!

¡Oh mi vida y mi luz, Pallas (triunfante!
Para tí, el laurel de la victoria,
El olímpico carro de la gloria
Y el escudo invencible y deslum- (brante.
¡Oh mi vida y mi luz, Pallas (triunfante!

¡Oh mi reina gentil, de ojos de (fuego!
Para tí, los palacios orientales
Y en ellos, los jardines ideales
De la mansión olímpica del griego.
¡Oh mi reina gentil, de ojos de (fuego!

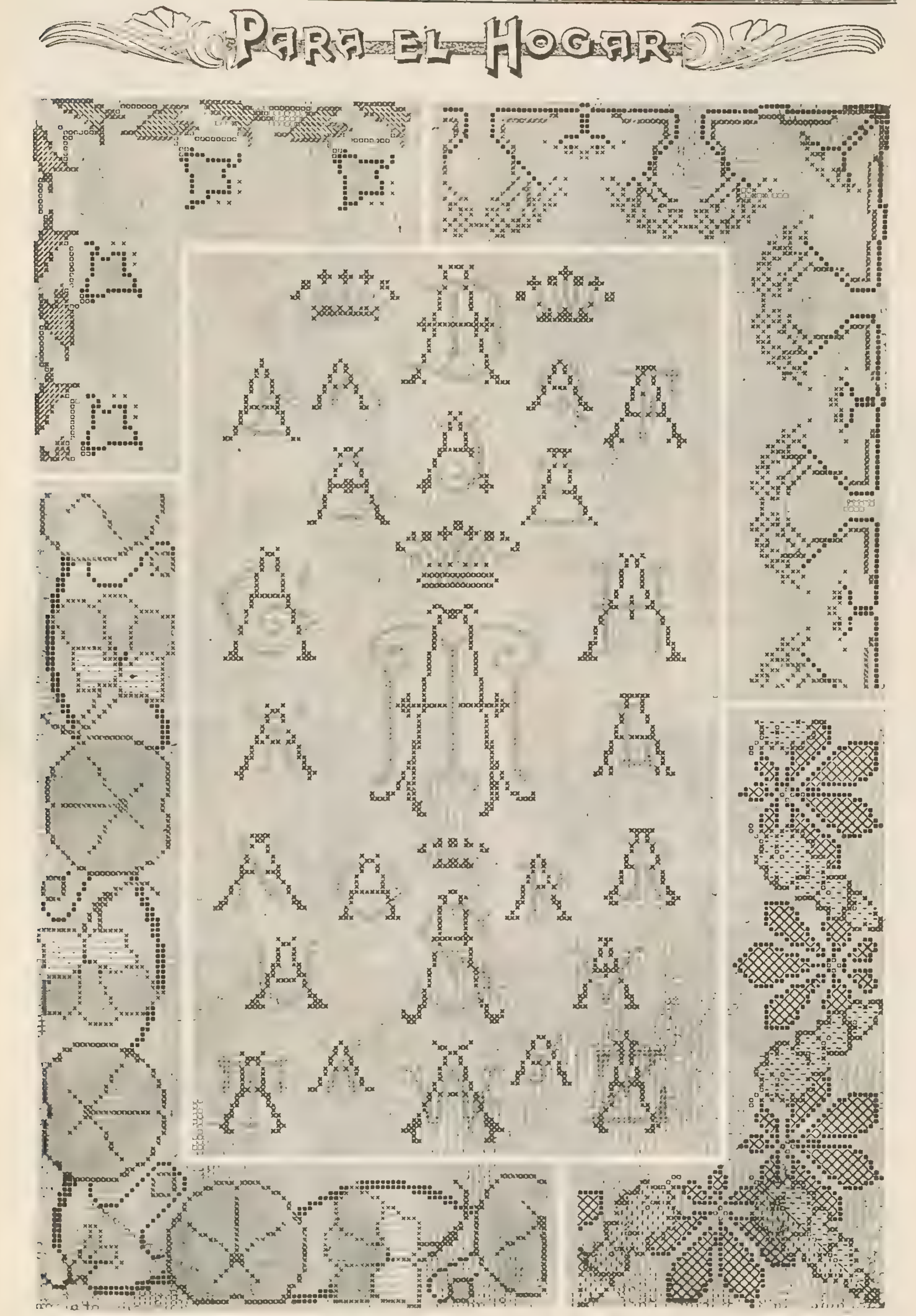
¡Oh mi sílfide azul, aun más qui- (siera
Para tí, quien delirante te ama!
Mi vida es toda amor, es una llama
Que alumbrando tu altar, morir es- (pera!

SIXTO OSUNA.



Talles "Renaissence", para señoritas.

Para el Hogar



MODELO PARA BORDADOS EN CANEVA Y NIDO DE ABEJA.



Boa de gasa y encaje.

La buena Sociedad Parisiense

POR LA

BARONESA DE ORVAL.

EL MATRIMONIO.

CONTINUA.

A QUIEN SE DEBE VISITAR

Si hubiésemos de nombrar á todos aquellos á quienes se deben visitas, necesitaríamos repetir toda la serie ya mencionada: á los superiores, abuelos, amigos, en fin, á todos aquellos á quienes les es uno deudor de alguna cortesía ó á quienes agobian el infortunio y la aflicción.

Débese una visita á todas las personas que personalmente ó mediante un enviado, estuvieron tomando informes de nuestro estado, durante una enfermedad.

Cuando, después de una presentación, se invitan recíprocamente dos señoras con el deseo de entrar en relaciones, la invitada primero por la otra, es quien debe hacer la primera visita.

Si una persona ha hecho á otra un servicio, se le debe una visita, más bien que una tarjeta de agradecimiento.

Cuando se va á visita y, por hallarse ausente la persona, se la deja una tarjeta doblada, hay que aguardar la devolución de esta visita para hacer otra.

DEBERES DE LOS VISITANTES

El hombre que hace una visita, tiene obligación de presentarse con un traje decente, de levita y con pantalón claro: entra en el salón con su sombrero en la mano, y no debe dejarlo mientras dure la visita, á menos que ésta se prolongue y que alguna circunstancia lo obligue á tener libres las manos, ya para recibir algún objeto, un libro, un álbum, una pieza de música; entonces, si la señora de la casa no le invita á que deje el sombrero sobre algún mueble, lo pondrá debajo de su asiento.

Cuando un hombre tiene en la mano el sombrero, debe tomarlo de modo que no se vea nunca el interior.

En visita, pueden los caballeros desplegar cierta gracia, tener amables cumplidos, que serán siempre bien acogidos. Si la señora de casa no tiene quien la ayude á hacer los cumplimientos y son numerosas las visitas que reclaman su atención, podrán muy bien levantarse de sus asientos al retirarse alguna de las visitantes, y, aun cuando no sean conocidos de ella, acudir solícitamente á abrirle la puerta del salón.

Acto muy incorrecto, ejecutado por muchos hombres sin parar mientes en él, es el de situarse en invierno frente á la chimenea, con la espalda vuelta al fuego, interceptando el fuego, en provecho propio.

Los caballeros deben también evitar el mirarse demasiado, como con deleite, en algún espejo á su alcance, y entregarse á operaciones de tocado.

Tienen algunos visitantes una costumbre que pone en tortura á la señora de la casa: no pueden platicar sin estar estrujando algo con la mano; cogen lo que hallan á su alcance, y cuando por desdicha cae en su poder algún objeto costoso, es de advertirse la angustia de la propietaria, la cual no se atreve á decir nada, es cierto, pero se aflige al ver el riesgo que corre aquel objeto.

Si llega una señorita caundo no hay muchas visitas, podrá sentarse al lado de la señora de la casa, cerca de la chimenea; pero, al arribo de una dama de edad, debe ponerse en pie y ocupar, sin ruido, otro asiento, pues es de etiqueta que los sitios de honor sean los cercanos al fuego.

Deben saber, tanto las señoritas como los jóvenes, que los sillones no son para ellos, y no han de ocupar nunca un asiento más cercano al fuego que los de las personas mayores.

Conviene no llevar niños á visita sino muy rara vez, por más juiciosos que sean; no pueden los chicos estar inmóviles mucho tiempo, y es de temerse cualquiera travesura.

Hay excepciones cuando se visita á parientes ó á familias donde hay niños; entonces se les permite jugar juntos en una pieza apartada, ó en el jardín, bajo la vigilancia de un criado de confianza.

SALUDO A LA SENORA DE LA CASA

Al entrar en un salón, el primer deber de un visitante es saludar á la señora de la casa. Desde la entrada, debe la mirada buscarla; prescindiendo de todos los demás, á nadie debe uno dirigirse antes que á ella.

Un caballero debe informarse de la salud de la señora, permaneciendo inclinado ante ella por unos instantes, y pedirle noticia del esposo antes de tomar asiento.

Es semejante el saludo de una dama, sólo que la señora de la casa la invita á sentarse inmediatamente después de la primera salutación.

DIFERENTES MODOS DE SALUDAR

Mucho de su gracia y majestad ha perdido el saludo en nuestros días: los usos modernos casi no nos ayudan en ese acto; con todo, puede mostrarse en él cierto gracioso donaire de excelente efecto, característico del caballero y de la dama.

En el gran siglo y bajo los reinados de Luis XV y de Luis XVI, se había elevado el saludo á la categoría de una institución; quitado airosamente de la cabeza el tricornio, se bajaba, en tanto que se inclinaba el busto sobre la pierna derecha, y la mano izquierda apartaba el faldón de la amplia casaca; el enderezamiento del cuerpo era pausado; y para terminar, se colocaba el sombrero bajo el brazo izquierdo, luego que el talón derecho iba á unirse con el otro, siempre inmóvil. Elegante era en los caballeros el conjunto de estos movimientos, y requería largo estudio para llegar á la perfección y destreza necesarias al volver á tomar el sombrero.



Tarjetero.

Tiende más y más á entrar de nuevo en uso la graciosa reverencia de las damas de aquella época. Primero fueron las niñas quienes aprendieron á saludar haciendo la reverencia y besando la mano á las señoras; extendióse luego la moda á las señoritas, suprimiendo el beso; por último, la cultivan las jóvenes, sobre todo, las casadas.

Hacen una reverencia esmeradamente estudiada, al saludar á una abuela, á una embajadora, á un miembro del alto clero.

Para permitirse esta vuelta á las ceremoniosas etiquetas de otros tiempos, restituídas de improviso á la moda por algunos elegidos, es preciso que se ejecuten perfectamente, y no emplearlas si no forma uno parte de la clase social de que son propias, porque, de lo contrario, se daría lugar á la crítica.

Algunos caballeros de viso, vuelven á poner en uso la costumbre del "besamano", acto galante cuya moda se inspiró en Richelieu.

Al entrar en un salón, el caballero se inclina respetuosamente ante la señora de la casa, y deposita un beso discreto en la mano. Este acto implica un respeto tierno, y sólo debe emplearse para con una dama cuya condición y edad justifiquen tal afecto. Sólo se ha de practicar una vez en el transcurso de un sarao ó de una visita.

Los ancianos se permiten esta galantería para con las jovencitas á quienes han visto nacer y desarrollarse, y á quienes tienen un cariño casi paternal.

Sería inconveniente el "besamano" entre dos jóvenes.

Placentera costumbre es la que se ha tomado de poco acá, de habituar á los niños á besar la mano á las visitas que encuentran en el salón de su madre.

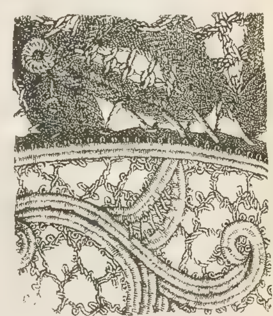
En la calle no hablará un caballero á una dama sino con el sombrero en la mano; pero, pasados unos instantes, debe ella suplicarle que se cubra; sobre todo, si su interlocutor es un anciano, está obligada á pedirle inmediatamente que se cubra.

Para saludar, debe comenzar el caballero, si fuma, por retirarse de la boca el cigarro, levantar el sombrero encima de la cabeza, con el brazo á medio doblar, inclinando ligeramente el cuerpo; ¡cuánto más correcta y fina es esta manera de saludar, que el movimiento arrebatado, automático, que emplean hoy ciertos jóvenes, á quienes parece va á quebrárseles el cuello al saludar, y tienen por muy ceremonioso semejante saludo! Después de unos cuantos días de relaciones, se contentan con saludar á una señora, sonriendo, y guiñando el ojo. Tal costumbre, incorrecta si las hay, y enteramente indigna de la reputación de galantería de que han gozado en todo tiempo los franceses, no es de uso corriente—es preciso decirlo—entre las personas bien educadas.

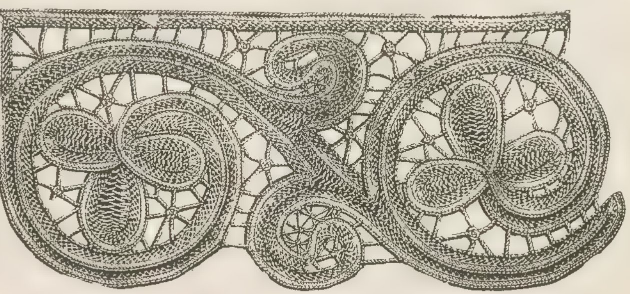
Es necesario que en el saludo de un caballero haya toda la elegancia de que es capaz, acompañada de señales de respeto.

Ciertamente, el día en que todos los hombres saluden así á las señoras, comprenderán mejor cómo deben ser tratadas, y ellas mismas se habituarán á contestar menos secamente los saludos que se les dirigen.

Es una grosería en la que á diario incurren algunas jóvenes, no dignarse contestar el saludo atento que les dirigen los caballeros al entrar en un lugar donde se hallan ellas, ó cuando el saludo es particular y se inclina ante alguna. El modo de contestar que en este caso acostumbran, consiste en mantenerse enteramente erguidas y en mover apenas la cabeza con visible desdén. ¿Por qué no inclinar la cabeza con un movimiento suave y delicado, acompañado de una graciosa ondulación del cuerpo? Así lo hacen las damas bien educadas, que serán siempre las más distinguidas, por-



Modelo de encaje "Richelieu".



Modelo de bordado para tapiz.



Cuello bordado.

que saben asociar la gracia con la etiqueta, y han aprendido que las buenas maneras no consisten en una afectada y ridícula rigidez.

Deben inclinarse respetuosamente al saludar á una señora de edad; y si no anticipan su saludo al de un anciano, procurarán saludarlo al mismo tiempo que él.

Un verdadero caballero que se encuentra con una anciana ó anciano, para mostrarles la consideración debida, se quitará completamente el sombrero antes de cruzarse con ellos, y no volverá á ponérselo sino cuando hayan pasado. Si dan señales de detenerse, inclinará el busto, con el sombrero á la altura de la frente, aguardando á que se le permita cubrirse, según se ha dicho antes.

Cuando, en la calle, se encuentra por primera vez una dama con un caballero que le ha sido presentado, debe ella, con una ligera inclinación de cabeza, hacer comprender que lo ha reconocido, y que acogerá bien su saludo; otorgada esta especie de permiso, toca al caballero iniciar el saludo.

Es de buena crianza no saludar á una dama cuando vaya en traje de mañana, salvo que ella manifieste deseo de ser reconocida. Puede suponerse que se entregará á prácticas de caridad ó religiosas, y que deben mantenerse secretas estas salidas matinales, aun cuando tengan un fin honroso.

En pleno campo, cuando un caballero se cruza con una ó varias damas solas, puede permitirse saludarlas, como para ofrecerles su protección en caso de necesidad.

Cuando varios caballeros están reunidos en la calle con una sola dama y es saludado uno del grupo, deben contestar todos, excepto la señora.

En el paseo, el lugar de honor está en medio de la banqueta; tratándose de dos personas, estará del lado de las casas.

Cuando se encuentra á un oficial de servicio, con la espada ó el sable en la mano, y tiene él el deber de saludar—lo cual no existe para un militar sino en su carácter de tal, pues un soldado sobre las armas no debe saludar, en principio, y contraviene, al hacerlo, á las reglas de su profesión,—saluda con la espada ó el sable; pero cuando va solo y con su uniforme de todos los días, queda sujeto á los usos civiles.

El simple soldado saludará siempre, aun á una señora, empleando el saludo militar.

COMO HA DE DARSE LA MANO

El delicado y agradable acto de dar la mano, ha variado absolutamente desde que el frívolo apretón de manos ha venido á darle una apariencia tosca, caracterizada con la sequedad británica.

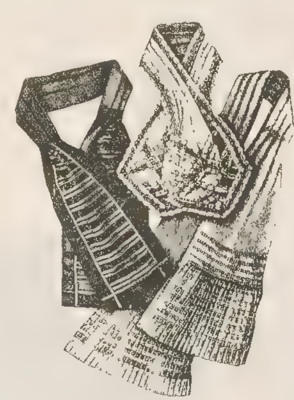
De todos modos, un apretón de manos es testimonio de afecto ó de lealtad, y no se practica de igual modo con todos. Personas reservadas, ni aun prodigan esta muestra de estima ni consienten en convertirla en acto de salutación sin valor.

Ha existido la moda de estrecharse la mano á la altura de los ojos, con el puño vuelto en ángulo recto; al presente, el último estilo consiste en dar la mano con la palma ampliamente abierta, y un apretón franco, firme, de arriba abajo. Se retiene dos ó tres segundos la mano de la persona á quien se saluda, y se la deja caer de golpe.

En la manera con que se tiende ó se retiene la mano, hay infinidad de estilos para significar cortesía amabilidad, afabilidad, benévola protección, etc.

Entre hombres de la misma edad, de condición igual, si las relaciones se fundan en un trato frecuente ó se hace la presentación por un amigo, se tienden las manos y se estrechan cortesmente por espacio de dos ó tres segundos. Pero ha de evitarse emplear toda la fuerza, como la gente de mala educación, que queriendo manifestar viva simpatía, estruja los dedos, apretándolos tan vigorosamente, que causa la presión verdadero dolor. Con mayor razón deberá ser suave la presión cuando se da la mano á una dama.

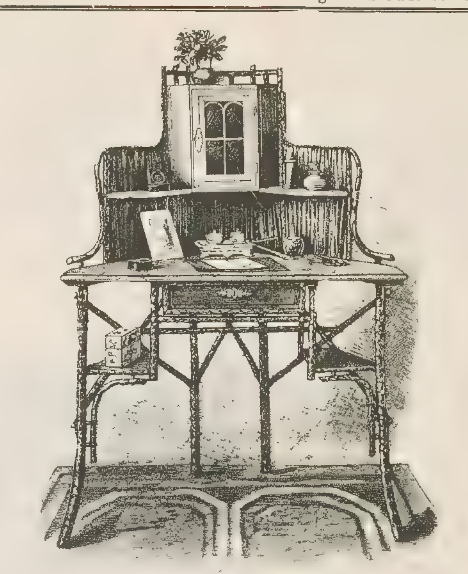
Tampoco se ha de retener por mucho tiempo la mano de la persona á quien se saluda. Sólo en un caso se considera esto como muestra de cordialidad placentera: cuando se trata de un anciano, de un personaje ilustre en la política, las artes, las letras ó las ciencias, cuando acoge á un principiante en la vida ó en la carrera en que es para él maestro; debe mirarse este acto como una señal de singular y benévo-



Colección de corbatas.

la protección, llena de promesas para las relaciones venideras.

Hay un preclaro artista que, en la estatuaria y en las letras, ha llegado al pináculo de las dignidades á que puede aspirar el hombre en su carrera, y, sin embargo, aunque muy frío y reservado, tiene un modo particular de recibir á los jóvenes; nada más dulce, nada más paternalmente afectuoso que el modo



Mesita de bambú, para rincón.

con que retiene entre las suyas las manos de aquéllos; y como para hacer más cordial y lisonjera su manifestación, encierra completamente entre sus dos manos la que le tiende el joven.

¡Cuántos, al separarse del maestro, después de un saludo así, con sólo éste han podido consolarse de lo pasado y cobrar esperanzas para lo porvenir!

Cuando se da la mano, hay que hacerlo francamente, no tendiendo únicamente dos ó tres dedos, lo cual es impolítico.

¿Se quiere saber si es franca una persona? Désele la mano: si no hace más que tocarla con la suya, inerte, sin ninguna presión, bien puede asegurarse que es de carácter falso y muy desconfiada.

Como se puede comprender, dar la mano, estrecharla, ofrece para el observador una interesante materia de estudio, pues permite—dicen—juzgar del carácter de las gentes.

No conviene dar la mano á quienes no se conoce ó se ve en una primera entrevista; bueno es aguardar á saber si deberán establecerse relaciones sociales con ellos. Sin embargo, si se siente que á primera vista brota una simpatía recíproca, puede uno dar la mano en un movimiento irresistible, hijo del corazón, con la seguridad de no recibir un desaire.

Se puede también dar la mano con ademán benévolo, cuando se recibe por primera vez á una persona enviada por un amigo; este apretón de manos es como una protesta de amistad, hecha al amigo ausente.

En las relaciones sociales, se considera á la mujer superior al hom-

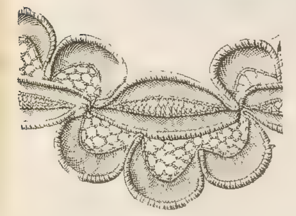


Cuello de encajes.

bre; ella tiene la primacía en todo; á ella toca ser la primera en otorgar al hombre la merced de darle la mano.

Nunca se permitirá á un caballero semejante familiaridad, á menos que se le autorice para ello; así, pues, hasta que tenga sesenta años, no debe un hombre tender la mano á una dama.

Las jóvenes siguen en esto el



Ondas imitación guipure.



Bordado para tapiz.



Cuello de encaje, visto por la espalda.

ejemplo de la madre, y darán la mano á quienes vean se concede este favor.

Las señoritas y las niñas aguardarán á que sus superiores en edad les den la mano.

Un hombre que da trabajo á una mujer, á una jovencita, como superior suyo en la vida social, puede darle la mano como muestra de afable benevolencia.

De igual modo, una hermana mayor tenderá airosamente la mano, aun en ausencia de su madre, al profesor de sus hermanos menores; es de muy buena crianza esta atención.

GESTOS, ADEMANES Y MOVIMIENTOS

Los exagerados movimientos en la conversación; el hábito de agitar los brazos ó las manos; la falta de costumbre de mantenerse quietas sobre los dos pies, al hablar; la propensión á cruzar las piernas y hacerlas saltar constantemente, y otros movimientos inútiles, que no hay necesidad de enumerar, son manías impropias de personas bien educadas.

Fuerza es saber contener sus impresiones; muy bien pueden manifestarse el dolor y la alegría, sin ridícula exageración en los ademanes y el gesto. La primera educación da este dominio sobre sí, y deben



Canastilla para bombones.

las madres cuidar con esmero de inculcarlo á sus hijos.

Mucho más importante de lo que muchas personas suponen, es la incesante amonestación que brota de los labios maternos: "Manténte derecho".

El niño que negligentemente pasa de una silla á un sillón, que se encorva al andar ó al escribir, ó que, al estar comiendo, se planta de codos en la mesa, si no se le corrige, tendrá que ser persona poltrona, indolente, y acabará por ser víctima de la pereza. Por el contrario, si se le va á la mano constantemente, se habituará á corregirse por sí mismo cuando el cuerpo quiera entregarse al abandono.

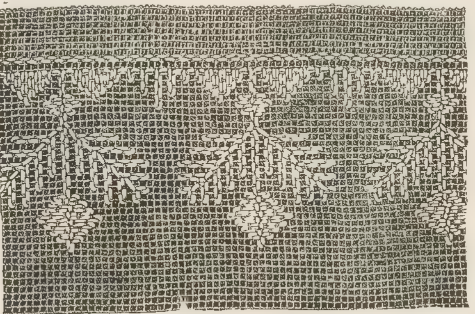
Al reprimir los ademanes y movimientos inútiles, se cuidará de evitar que adquiera el cuerpo una rigidez automática y carezca de los movimientos que le agracian. Conviene que se muevan la cabeza, el busto, las manos, lo suficiente para acompañar la conversación con ademanes graciosos que, por sí mismos, parezcan apoyar la expresión del afecto manifestado; lo reprensible es la exageración.

Mujeres hay que elevan los ojos al cielo, parecen pasmarse á la menor palabra, ponen cara de lástima, y todo esto es altamente ridículo y fastidioso.

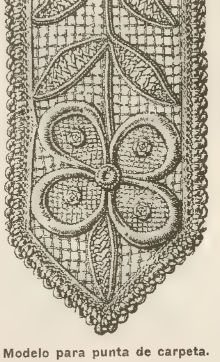
Por otra parte, siquiera por presunción, téngase presente que mientras menos gestos se hacen, menos pronto se forman en la cara esas arrugas que siempre acusamos de prematuras; las manifestaciones de los afectos cuya exteriorización ocasiona, por la movilidad de la fisonomía, surcos que no desaparecen nunca, tienen un efecto que resiente el rostro: se modifica su expresión, endureciéndose casi siempre, y añadiéndole al individuo muchos años.

Será, pues, naturalmente dulce la sonrisa; sólo reflejará el semblante los afectos buenos y generosos que puedan experimentarse; estas son las únicas expresiones permitidas á la fisonomía, si se quiere que el tiempo no realice su obra con demasiada anticipación.

Como ejemplo de la importancia que atribuyen los americanos á los gestos, en orden á la gracia y buen parecer, podrían citarse sus "cursos de ademanes", en los cuales se enseña el arte de ponerse los guantes, de acercar la mano á la cara, de coger graciosamente el vestido para levantarlo con donaire, de llevar la sombrilla, paraguas ó bastón, de servirse del abanico, y, para concluir, un curso especial enseña la manera de cerrar y abrir los ojos y la boca agraciadamente, y, por último, á dormir, haciendo gestos agraciados.



Modelo para bordado encañonado.



Modelo para punta de carpeta.

Para que el cuerpo y la cara descansen de todos esos gestos convencionales ó naturales, debe uno tenderse sin hacer un solo movimiento, en una inmovilidad completa, con los ojos cerrados y sin pensar en nada, á fin de que los músculos, relajándose completamente, recobren su elasticidad. Nada contribuye mejor, según parece, á conservar una apariencia de juventud.

Como no todas las mujeres son capaces de sujetarse a estas... exageraciones, se dirá, por ser cultas, deberá saberse que para que los gestos sean agraciados y naturales, es preciso que constituyan un hábito desde la infancia.

Las mujeres, al andar, deben no dejar caer los brazos á uno y otro lado del cuerpo; los doblarán á la altura de la cintura. Puede llevarse siempre en la mano un objeto que ayude al efecto, si llega á hacerse necesario, como una sombrilla, un manguito, etc.

(Continuará).



EL ODIO.

Juan estaba desesperado. El amo acababa de despedirle porque había llegado tarde al trabajo. Ysi tardó en llegar, es que su hija, una pequeñuela de seis años, está enferma, tanto, que el médico municipal ha dicho brutalmente que se moría. Ha cobrado dos días de jornal, y con las cinco pesetas vuelve á su casa. Hay pan y medicina para un día. ¿Y después? Juan masculla entre dientes amenazas é imprecaciones. Pero más que el latigazo del odio, siente el aplanamiento del que advierte que tiene todas las puertas cerradas, todos los caminos obstruídos. No piensa en hundir las puertas ni en aterrar los obstáculos. ¿Para qué? Su vida entera agotaríase sin conseguir allanar los caminos, abrir las puertas.

Juan camina con la cabeza baja. Sus ojos parecen no reflejar la luz y son opacos y obscuros, como el barro que pisan sus pies mal calzados. Anda maquinalmente, sin fijarse en nada ni en nadie. Se aparta si le empujan, empuja si no le evitan. Para pasar del arrabal en que trabajaba al arrabal en que vive, ha de atravesar el gran paseo central de la ciudad.

¡Cuán preciosas las tiendas de las casas que limitan el paseo! Brillan los barnices, deslumbran las joyas. Los árboles pomposos, exuberantes de savia, forman una bóveda de verdura, que aquí y allá atraviesan los rayos del sol, manchando de luz el suelo. El aire, fresco y puro, saturado como de un perfume tiernísimo, que llega de los bosques y de los montes, anuncia el reinado de la primavera. Bajo la verde fronda pasan centenares de carruajes, jinetes que rigen con garbo y elegancia potros y caballos. Y en los paseos laterales, una multitud de hombres y mujeres con trajes limpios y lujosos, hechos de telas suaves y flexibles, discurren perezosamente, aspirando con delicia aquel primer soplo de la edad florida. En todas las caras resplandece la alegría. Unos á otros se saludan aquellos paseantes; unos á otros se sonríen. Los peatones se inclinan y se descubren á veces, en tanto que los que van en los carruajes, contestan con exquisita finura á su inclinación, y sonríen con benevolencia al saludar á su vez.

Juan atraviesa uno de los paseos laterales, tropezando con los que no se apartan, y que hacen una mueca de disgusto al ver la facha del que ha tocado sus flamantes ropas. El miserable no se fija en nada, nada le importa de toda aquella gente. ¿Son, acaso, criaturas de su casta? Atraviesa, también cabizbajo, el paseo de los coches. De repente, un cuerpo duro y flexible azota su cuerpo, oye una voz ruda que le manda apartarse, una masa movible roza su cuerpo con tanta fuerza, que Juan se tambalea. Dentro del coche, tirado por un soberbio tronco, reclinadas contra el fondo de seda obscura, van dos mujeres. Una lleva traje claro con adornos de encajes; cuenta, á lo sumo, veinticinco años, y sus ojos tienen un azul más puro que los zafiros que brillan en sus orejas diminutas. La boca tiene una expresión alegre. Si en vez de un paseo, fuera un bosque ó una floresta el sitio por donde pasa su carruaje, las abejas se pararían en sus labios. A su lado, sonriente, alegre, con traje blanco

Elegante traje para paseo campestre, confeccionado con muselina de seda sobre fondo de seda cruda ó raso de algodón. Adornos de pasamanería y encajes.

Colección de trajes, corte imitación estilo sastre, para paseos campestres.

de seda sin adorno alguno, está una niña de seis ó siete años. Se parece mucho á su madre; pero su belleza tiene el inmaculado sello de la flor nacida en el bosque, aun no profanada por ojos humanos. Su carita, blanca y sonrosada, se vuelve para mirar á Juan.

El miserable mira, á su vez, aquella obra maestra de la naturaleza, sana, pura, sin tacha. Recuerda que su hija agoniza sobre un camastro infecto, en una habitación sin luz y sin aire. Y los ojos de Juan lanzan una luz vivísima, contráese su entrecejo, se crispa su boca en una mueca horrible, y sus labios murmuran unas palabras tremendas. Es la formidable maldición del odio, que se formula una vez más.



Sombrero de paja gruesa, con adornos de gasa.

La nieve alterna con la lluvia, y el piso de las calles está cubierto de un barro helado, que mancha los zapatos, é introduciéndose por las costuras, produce una impresión de frío inaguantable. Cuanto más se anda, más frío se tiene.

Son las doce de la noche. Todas las puertas de las casas de las tiendas están cerradas. De cuando en cuando, un hombre bien arropado, cubierto con un chubasquero ó amparado por un paraguas, pasa rápidamente. Con más frecuencia, pasan al trote largo de sus caballos, coches de lujo ó de alquiler. La noche es de perros: ¡pobres de aquellos que no tienen un techo que les cobije! ¡Desdichados de los que en tal noche sienten la mordedura del hambre!

Pálido, sin abrigo, calado por la lluvia y por la nieve implacables, con paso lento, se acerca Juan á una puerta de cristales, de la que se escapa una claridad vivísima. Juan no ha cenado aquella noche; no sabe cómo comerá al día siguiente. Ave nocturna, que en las tinieblas esconde su miseria disputando á los perros callejeros las piltrafas, aquella luz le atrae.

Se acerca á la puerta y mira á través de los cristales. Advierte detrás de ella una cancela, formada también por tres cristales enormes, pulidos y biselados. Y más allá de la cancela ve un gran salón pintado de blanco, con adornos de metal blanco, con cientos de lámparas que engendran una lluvia de blanca luz, que cae sobre unas mesas cubiertas de cándidos manteles, cuajadas de flores y de cristalería, que refleja y descompone la luz, produciendo un centelleo que deslumbra. Y junto á las mesas, ve á unos hombres vestidos de negro, que sirven á unas mujeres que llevan trajes claros, de blanca tez, de animados ojos. Y los criados se deslizan sin ruido por la alfombra, sirven manjares exquisitos, vierten vinos de color de cereza, de color de topacio, rojos, verdosos. Y los comensales sonríen y tragan, y tragan y beben, y sonríen de nuevo, y en sus rostros se refleja la alegría del estómago ahito, y á veces brilla en las miradas de ellos y de ellas—de ellas sobre todo—una luz de amor que Juan no ha visto jamás reflejada en los ojos de su mujer—cuando la tenía.

Una de las mujeres que comían, mira por casualidad hacia la puerta, y queda pálida y temblorosa como si hubiese visto la máscara de la Gorgona que hiela de espanto al que la contempla.

Es que ha visto el rostro trágico de Juan, pegado á los cristales; es que su mirada ha tropezado con los ojos obscuros del miserable, que en aquel instante despiden una luz más poderosa que la que brota de las lámparas.

La visión se desvanece. Entre la lluvia y la nieve Juan continúa su ronda desesperada, disputando las piltrafas á los perros, en el corazón de aquella ciudad sin misericordia, cuyas puertas son de hierro, como las de las fortalezas, para el miserable.

AUGUSTO RIERA.

EL DECÁLOGO ESPAÑOL.

El primero, amar á España
sobre todas las regiones,
y hacer ver á las naciones
que la unión nos acompaña.
El segundo, no gritar
¡Viva España! sin por qué.
Cuando ese grito se dé,
que alguien tenga que temblar.
El tercero, convivir
con las fechas redentoras,
y anhelar á todas horas
que vuelvan á resurgir.
El cuarto, honrar nuestra historia,
amar las instituciones,
y odiar las revoluciones
que eclipsaron nuestra gloria.



Sombrero de ala tendida, forma de paja y adorno sencillo, para diario.

El quinto, no destruir
el progreso conquistado,
y no desandar lo andado
renegando al porvenir.

El sexto, no adulterar
la virtud del patriotismo,
y hacer guerra al egoísmo
donde se quiera encumbrar.

El séptimo, conceder
lo que es justo á la nación,
y apoyar toda gestión
legítima del poder.

El octavo, no restar
fuerza moral al Estado,
y no imputarle atentado
que no se pueda probar.

El noveno, que no sean
blanco de luchas insanas
nuestras provincias hermanas,
que florecientes se vean.

El décimo, no envidiar
las naciones poderosas,
y hacer obras provechosas
que las puedan superar.

Una sola aspiración
este decálogo encierra:
en la paz como en la guerra
engrandecer la nación.

José Manuel Contreras.

El ciego de la esquina.

Había aparecido allí, podía decirse, casi de improviso. Su presencia anuncióse una mañana por los dulces sonidos de un violín admirablemente tocado.

La gente hizo círculo en derredor suyo los primeros días; á la curiosidad siguió la indiferencia, y al poco tiempo ya nadie se acordaba de detenerse un instante ante el pobre violinista.

Su figura era, á pesar de sus harapos, severa, rígida, elegante; emanaba de él algo noble, algo grande.

Tanto en invierno como en verano, llegaba conducido por una anciana á la esquina achaflanada que formaba suntuoso palacio, propiedad del Marqués R...

En cuanto desaparecía su vieja acompañante, el ciego colocaba el sombrero á sus pies, como en demanda de muda limosna, y sacudiendo con cierta fiereza su rizada melena, desenfundaba un pequeño violín, en el que un inteligente hubiese reconocido al famoso constructor "Stradivarius," y comenzaba su diaria tarea de "scherzos," "andantes" y "gavotas," de "Beetoven," "Mozart," "Chopin" ú otros autores clásicos.

La generalidad del público pasaba sin fijarse apenas en la esbelta silueta del joven músico.

De vez en cuando, algún artista, quizá músico también, deteníase un momento ante la interesante figura del ciego, y dejaba caer algunas monedas en su sombrero.

Este jamás daba las gracias ni formulaba peticiones; solamente cuando percibía que alguien había depositado su óbolo compadeciéndose de él, las cuerdas de su violín producían un sonido más dulce, más delicado; hablaban, por decirlo así. El divino instrumento agradecía la limosna.

Los vecinos del barrio y los transeuntes que, á diario, pasaban por aquel sitio, habían concluído por creer que el ciego de la esquina reunía también á su desgracia la de ser mudo.

Inmensa agitación notábase en el hasta entonces tranquilo y cerrado palacio del Marqués de R...

Una legión de albañiles, pintores, estucadores y doradores, habían invadido la vieja y antigua mansión señorial, restaurando techos y escalera, pintando paredes y lienzos, decorando la fachada, y pulimentando balaustradas, balcones y remates.

A la quietud y al reposo había sucedido la algazara y el ruido. Trabajábase sin descanso bajo la dirección de reputados maestros, y á su influjo el viejo palacio se rejuvenecía y cobraba nueva vida.

Dorados trenes ocuparon bien pronto las cocheras, y fogosos caballos piafaban impacientes en las caballerizas.

Lujosos y elegantes muebles, procedentes de las mejores fábricas del extranjero, llenaron salas y gabinetes, y los cortinajes, de pesado terciopelo y vaporoso encaje, decoraron puertas, balcones y galerías.

Formábanse animados corrillos entre los vecinos del palacio, que murmuraban á su placer y comentaban sabrosamente las inopinadas y fastuosas innovaciones introducidas en el suntuoso edificio.

Hablábase de que el viejo Marqués de R... deseoso de apartar á su hija de un amor funesto y desigual, contraído hacía algunos años por un pobre músico, habíala conducido á un convento y casa de educación en París, de donde volvía, al parecer, curada y dispuesta á dar su mano á un opulento aristócrata.

Algunas viejas comadres de la vecindad, guiñando maliciosamente los ojos



**Tres trajes para calle,
últimos modelos de la moda berlinesa.**

aseguraban, sin embargo, que era imposible que la encantadora Luisa hubiese olvidado tan pronto aquel primer amor por el que tanto había sufrido, y al que aún rendía culto. A todas estas murmuraciones y habladurías permanecía impasible el joven ciego de la esquina, el cual continuaba como una estatua de piedra, sacando cada vez melodías más dulces de su pequeño violín.

Una mañana creció la animación en el palacio.

Luisa, la elegante Marquesita de R... había llegado la noche anterior, acompañada de su padre.

Avanzó la tarde y el crepúsculo invadió la tierra.

Los preludios de magnífico piano percibíanse al través de un entreabierto balcón correspondiente al gabinete de Luisa, y que precisamente se abría en la esquina donde se encontraba el ciego.

Este, por primera vez desde que estaba en aquel sitio, cesó de tocar, y sus ojos sin vista alzáronse como afanosos de descubrir la imagen de algún ser querido.

Aquellas notas perdidas fueron acentuándose, tomando forma, cobrando vida, y pronto desarrolláronse en dulce y prodigiosa armonía.

La pianista ejecutaba esa inimitable creación que roba el alma y produce delicioso éxtasis: "El Ave María de Gounod."

Muy pronto al piano unióse en prodigioso concierto el violín.

El joven ciego pasaba dulcemente el arco sobre las cuerdas, y el Stradivarius gemía, sollozaba y entonaba la divina plegaria. Las notas se entremezclaban, se confundían y completábanse en un torrente de armonía delicioso, indescriptible.

La gente comenzó á detenerse: aquello era un concierto improvisado, con el que nadie contaba; era la transfiguración del divino arte; la idealización de aquella sublime plegaria.

El joven músico doblóse sobre las rodillas tocando sin cesar; ya el piano había callado y el Stradivarius seguía, sin embargo, produciendo lamentos, quejidos, ruido de lágrimas..

De pronto, todo esto cesó bruscamente; el ciego de la esquina dejó caer el divino instrumento, exhaló un débil gemido y cayó sobre la acera, muriendo con la última nota de la sublime plegaria que inmortalizó al gran "Gounod."

MIGUEL ALDERETE GONZALEZ.

EL TRIUNFO DE LA MUERTE.

Cuando su madre y su hermano le hubieron dejado solo, aun permaneció algunos instantes en su lecho, por una repugnancia física á hacer no importa qué. Parecíale que para levantarse tendría necesidad de un esfuerzo enorme; parecíale demasiado fatigoso dejar la posición horizontal donde, en una hora quizás, iba á encontrar el eterno reposo. Y pensó nuevamente en el narcótico... "¡cerrar los ojos y esperar el sueño!" La virgen claridad de esa mañana de Mayo, el azul reflejado en las vidrieras, la cinta de sol alargándose sobre el pavimento, las voces y rumores que llegaban de la calle, todas las vivientes apariencias que parecían asaltar el balcón para penetrar hasta él y conquistarlo, le inspiraban una especie de horror mezclado de odio. Volvía á ver en espíritu la imagen de su madre en ademán de abrir la ventana; tornaba á ver á Camilo al pie del lecho, y nuevamente oía las palabras del uno y de la otra, relativas al mismo asunto: "¡Si fuera cierto! ¡Plegue al cielo que fuera verdad!"

Tuvo un brusco movimiento de energía; levantóse del lecho resuelto á obrar definitivamente. "Antes de la noche estará hecho. ¿Dónde lo haré?" ¡Probablemente en los cuartos cerrados de Demetrio! No observaba plan fijo todavía; pero en el fondo de sí mismo tenía la certidumbre de que, durante las horas que aun le esperaban, el medio se ofrecería espontáneamente, por una súbita sugestión, á la cual estaría obligado á obedecer.

Mientras que procedía á los cuidados de su tocado, seguíale la obsesión de preparar su cuerpo para la tumba, surgía en él esa á manera de vanidad funeraria que se nota en ciertos condenados y determinados suicidas: tal sentimiento hacíase más intenso mirándolo dentro de sí. Le venía la pena de morir en una villa obscura, en el fondo de la provincia salvaje, lejos de sus amigos, que quizás ignorarían por mucho tiempo su muerte; mas, si por el contrario, el acto se hubiese cumplido en Roma, en la gran ciudad donde era tan conocido, sus amigos le habrían llorado, habrían dado, sin duda, al trágico misterio una aureola de poesía. Y de nuevo ensayaba representar lo que sucedería á su muerte: su actitud sobre el lecho, en la alcoba de sus amores; la emoción profunda de las almas juveniles, de las almas fraternales, ante el aspecto del cadáver reposando en una paz austera; los diálogos de la fúnebre velada á la luz de los cirios; el féretro cubierto de coronas, acompañado por una muchedumbre de jóvenes silenciosos; las palabras de amor pronunciadas por un poeta, por Estéfano Gondi: "Ha querido morir, porque no ha podido encontrar su vida conforme á su sueño"; y luego el dolor, la desesperación, la locura de Hipólita...

¡Hipólita!... ¿Dónde está ella? ¿Qué siente? ¿Qué hace?

"¡No—pensó,—mi presentimiento no me engaña!" Y reviste en la imaginación el ademán de la amante que baja el negro velo por sobre el último beso; recorre en espíritu los hechos más sutiles. No obstante, una cosa que no llegaba á explicarse era la aquiescencia casi absoluta de su alma á la renuncia necesaria y definitiva que lo desposeía de esta mujer, exclusivo objeto de tantos sueños y adoraciones. ¿Por qué, tras las fiebres y angustias de los primeros días, la esperanza lo había abandonado poco á poco? ¿Por qué había caído en la desoladora seguridad de que todo esfuerzo sería inútil para resucitar esa gran cosa muerta é increíblemente lejana: "su amor"? ¿Por qué todo ese pasado se había deslindado perfectamente de él, que en los últimos días, bajo el golpe de recientes torturas, apenas si sentía repercutir claramente algunas vibraciones en su conciencia?

¡Hipólita!... ¿Dónde está ella? ¿Qué siente? ¿Qué hace? ¿A qué espectáculos se abrirán sus ojos? ¿De qué palabras, de qué contactos no sufrirá en familia? ¿Dónde podrá estar que, hace dos semanas, no he hallado medio de enviarle nuevas menos vagas y menos breves que cuatro ó cinco telegramas expedidos con direcciones diversas?

"Tal vez sucumba al deseo de otro hombre, de ese hermano del cual me habla á cada paso..." Y el espantoso pensamiento suscitado por la añeja costumbre de sospechar y acusar, se apoderó pronto de él, trastornándolo como en las sombrías horas de otras épocas. Un tumulto de amargos recuerdos vinieron de improviso: la tarde en que, inclinado sobre el mismo balcón, entre el perfume de las cidras, en la angustia del primer llanto, había invocado el nombre de la amada, despertando en un segundo sus miserias de dos años, pareciéndole que el esplendor de esa mañana de Mayo, era de felicidad reciente para el rival, que se dilataba y comunicaba hasta él.

GABRIEL D'ANNUNZIO.



Traje de casa, para señora joven.



Talles con adorno de pasamanería y encajes gruesos, estilo "Richelieu".

PARA EL HOGAR

La buena Sociedad Parisiense

POR LA

BARONESA DE ORVAL.

CONTINUA.

GESTOS, ADEMANES Y MOVIMIENTOS.

Se anda con pasos iguales; ni demasiado aprisa ni demasiado lentamente: sin dar saltitos ni arrastrar los pies; sin hacer sonar los tacones, lo cual es enteramente vulgar



Bolsa tejida con seda torzal, para cazadores.

Una mujer distinguida, cuando anda en la calle, parece no tocar el suelo; muy delicadamente posa las plantas, y en un salón se desliza con movimiento lento y ondulante.

El hombre que es ágil, vivo, camina manteniéndose siempre erguido, y ciertamente está siempre más dispuesto al trabajo que quien por su apatía, ha hecho que el busto tome una posición encorvada.

Naturalmente, se exceptuarán de esta observación las personas que, por su edad, enfermedad ó trabajo constante, andan con el cuerpo inclinado hacia adelante.



Modelo para camisón.



Corbatas para talle, de corte inglés.

VISITAS.

PRESENTACIONES

Hablando en general, han sido las colonias extranjeras quienes han introducido entre nosotros el uso de las presentaciones, respecto de las cuales no somos tan rigoristas como los ingleses; sin escrúpulo nos ponemos á conversar en una casa amiga con personas que no nos han sido presentadas, suponiendo que si las reciben los dueños de la casa, es porque merecen respeto.

En un baile, en una reunión muy numerosa, no es posible presentar entre sí á todos los invitados; un caballero se hace algunas veces presentar ante la joven con quien desea bailar, ó ante la persona que la acompaña, por el jefe ó por el hijo del jefe de la casa, ó por un amigo de la familia.

La persona presentada es la primera nombrada. Cúmplese con esta formalidad en unas cuantas palabras; por ejemplo, al presentar al señor X ante una dama, se dirá. "Tengo el honor de presentar á usted al señor X"; ó mejor aún: "Presento á usted al señor X", sin más añadidura.

Entre caballeros, basta decir los nombres propios; se da á cada persona el nombre de la otra, y nada más.

No se presenta á una dama ante un caballero, ni á un anciano ante un joven; lo contrario es lo correcto.

Cuando se presenta á alguien ante una señorita, debe ésta limitarse á hacer una inclinación.

Si al presentar á una persona, se añade: "... el señor X, que solicita el honor de ser presentado ante usted", entonces la persona á quien tal se dice, debe decir algunas palabras de cortesía.

Puede una señorita presentar ante una amiga á su hermano, primo, etc., diciendo simplemente: "Mi hermano Enrique, mi primo Pablo".

Una señora no podrá hacer otro tanto; como ya no lleva el mismo apellido que su hermano, debe dar su nombre completo.

No debe olvidarse que los extranjeros son muy estrictos en punto de presentaciones, y, aun en un salón, aguardarán, para conversar con sus vecinos, á que les sean presentados.

A veces se debe, en una presentación casi general, presentar á ciertos personajes desde el instante de su entrada, pues con esa precaución se evitarán involuntarios inconvenientes.

TRAJES DE VISITA

Cambia más ó menos el atavío de una dama, según el género de visita, y merecen apuntarse esas diferencias.

Para una visita de cortesía ceremoniosa, se lleva un elegante vestido de calle, de corrección esmerada.

Traje de seda ó de paño con rica guarnición; elegante sombrero, guantes de Suecia, claros; en estío, valiosa y compuesta sombrilla; en invierno, manguito adecuado al traje.

Para visitas de matrimonio, igual atavío, con más elegancia, de modo que se eche de ver que han salido de una gran casa el vestido nuevo, el adornado sombrero y los claros guantes. En invierno, traje de rica piel; en estío, vestido coqueto y elegante.

En cuanto á alhajas, se llevarán pocas.

Se comprenderá que para una visita de pésame, el traje no ha de ser chillante: vestido obscuro, gris, ciruela ó negro; nada de fantasía, sombrero serio, guantes oscuros.

También para la visita á un enfermo, deberá ser sencillo el vestido: un traje estilo sastre, coqueto, sombrero sencillo, sin adornos exagerados. Nada de perfumes ni de flores naturales fragantes.

Para una recepción de Academia, vestido muy adornado, pero muy serio sin embargo, de elegante y perfecta corrección, con sombrero, capota ó toquet claro; guantes blancos y abanico.

Los hombres, para una visita, se ponen levita, pantalón gris, azul, de dibujos pequeños; no son de buen gusto los cuadros ó rayas muy visibles.



Saco para niño.

LLEGADA A LA VISITA.—SALIDA DE ELLA

Para una persona tímida, la llegada á la visita es, quizá, menos difícil que la salida.

Cuando el recién venido se halla en la antesala, abre el criado la puerta del salón de par en par, y, según la costumbre de la casa, lo anuncia, ó, sin decir palabra, se hace á un lado para dejarlo entrar.

Cama de madera, con dosel bordado, para niña.

Generalmente, ya no se anuncia; en algunas casas subsiste aún este uso: en las de los funcionarios antiguos, de las esposas de oficiales retirados, es donde la costumbre de los usos oficiales ha conservado esa moda. En las casas donde se recibe á muchas personas y donde los visitantes comunmente no se conocen, se evitan así muchos inconvenientes.

A la salida, es mayor el embarazo, porque uno mismo toma la iniciativa para ponerse en pie. Se aprovecha, para despedirse, el movimiento provocado por la llegada de un nuevo visitante.

PRENDAS QUE DEBEN DEJARSE EN LA ANTESALA

El día de recepción, para que abra la puerta sin que el visitante aguarde, se sitúa en la antesala un lacayo, un ayuda de cámara, ó, más modestamente, una camarera.

Por lo regular, el menaje estricto de una antesala, consta de un diván, sillas, una mesa, una percha, una lámpara colgada y un espejo grande, indispensable para que las



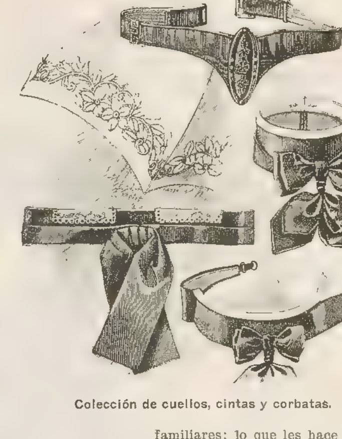
Carpeta para mesa de centro.



Lazo de encajes.



Sombrero "Princesa", para paseo.



Colección de cuellos, cintas y corbatas.

señoras se den en él una mirada antes de penetrar en el salón.

En las casas elegantes hay cerca de la antesala una especie de guardarropa, donde se ponen ciertas prendas, que quedan al cuidado del lacayo, quien las entrega al salir las visitas.

En general, no deben hacerse visitas cuando llueve, á menos que se vaya en coche; mas si por especial motivo se va á pie, hay que quitarse en la antesala el abrigo, los zapatos de hule y anexos análogos.

En tiempo ordinario, debe una dama dejar en la antesala el paraguas, y el abrigo, si es demasiado caliente y voluminoso; pero no dejará el cuello de pieles ó de muselina de seda, ni los "jaquettes" elegantes

La sombrilla ó el manguito se

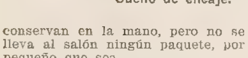


Cuello de encaje.



Bolsa de mano, para viaje.

Punto tejido al "crochet".



conservan en la mano, pero no se lleva al salón ningún paquete, por pequeño que sea.

Al entrar de visita, dejan los caballeros el sombrero y el paraguas en la antesala; pero conservan el bastón y el sombrero en la mano al penetrar en el salón.

Cuando se trate de una invitación á la mesa, dejarán los hombres el bastón y el sombrero en la antesala.

Sigue el lacayo á su amo hasta la antesala, donde queda á sus órdenes, cuidándole su abrigo. Hay, sin embargo, una especie de finura en dejar al lacayo en el pescante cuando se visita á personas de modesta posición.

ARTE DE DIRIGIR LA CONVERSACION

El arte de dirigir la conversación es, para una dama, uno de sus principales deberes sociales.

Recibiendo á muchas personas, necesariamente ve, á más de sus amigas íntimas, á muchas otras damas, para quienes está obligada á una amabilidad constante

Debe saber platicar, hacer platicar convenientemente, y, sobre todo, saber escuchar. Su principal papel, consiste en eclipsarse, para que brillen quienes están de visita.

Conversar con talento, no es de muchos; se trata de derramar en todo el salón la alegría y el buen humor; de ostentar cierto abandono que permita hablar sin trabas, desflorar un asunto, pasar á otro, haciendo con las palabras una especie de fuego artificial; se cruzan ligeras, chispeantes, vivas, sin malignidad; se tocan, aunque de paso, todas las materias: la literatura, la música, la pintura; se pasa revista á los acontecimientos del día; ¡pero nada de murmuraciones, por Dios!

El amor á la murmuración, es la plaga de los salones de la época. ¿Qué necesidad hay de añadir siempre un nombre propio á una historia algo escandalosa? Debe evitarse semejante incorrección. En esto, la señora de la casa dará pruebas de su finura; debe estar atenta para evitar la manifiesta indiscreción en que alguno vaya á incurrir.

Es difícil interrumpir una anécdota ya empezada; mas una palabra diestramente intercalada, basta á veces para dar á la conversación diverso giro.

La interrupción puede parecer torpe, intempestiva en ocasiones; pero ¿qué importa? Menos malo es eso, que consentir se mezclen en la conversación la malignidad ó la calumnia.

Igualmente, si la señora de casa mira encenderse entre dos interlocutores una discusión que puede degenerar en disgusto, debe interponerse á tiempo, tomar la palabra y enderezarla á un asunto de interés general.

Sucede, á veces, que se toma un tema de conversación inconveniente, ó que se sueltan chistes de mal género: pues austero silencio es entonces lo más á propósito para significar su reprobación.

La dama que conoce bien su papel de señora de casa, fácilmente echará de ver la timidez de algunas visitas; debe, en tal caso, obligarlas de agradable modo á que hablen, dirigiéndoles la palabra, volviéndose hacia ellas, y como si les pidiera su opinión. Esa mirada bastará, en ocasiones, para hacerlas salir de su reserva, ofreciéndoles coyuntura para que demuestren que no nace su timidez de falta de inteligencia.

No se debe juzgar de las personas por su falta de facilidad para expresarse, pues asombran por su locuacidad cuando se les promueve conversación sobre materias á ellas familiares; lo que les hace falta, es un tema apropiado, y se debe procurar presentárselo. Sin embargo, cuando se recibe á personas reservadas en su conversación, se necesitan muchos esfuerzos para que no decaiga la plática.

Quien abre sus salones, necesita estar un poco al corriente de todo, á fin de poder hablar con sus visitas de un modo interesante. A un escritor, se le hablará de las últimas novedades literarias; á un músico, pintor ó escultor, se le conversará de arte; se podrá platicar con un sabio sobre asuntos científicos, descubrimientos, viajes, etc.

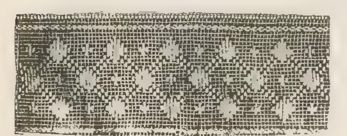
Para poseer la instrucción puramente superficial con cuya ayuda puede toda señora entablar conversación sobre las novedades del día, no necesita ser profesora en cada ramo, sino que lea inteligentemente los diarios, las revistas literarias ó especiales, publicaciones en que se adquieren ciertos pormenores fáciles de retener y á propósito para iniciar una conversación; diestramente aprovechados, proporcionarán oportunidades para cada especialista, quien podrá entonces hablar con grandísimo contento de los oyentes.



URBANIDAD EN LA CONVERSACION

La urbanidad en la conversación, es la afabilidad y la gracia en palabras y maneras.

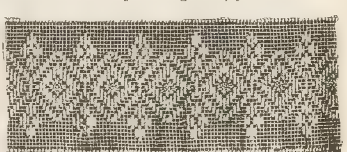
La mujer distinguida, es amable, indulgente y buena en sus conversaciones; no habla de sus amigos sino para elogiarlos, y si los censura



Entredós, bordado sobre tul.



Ondas bordadas sobre tul.



Entredós, bordado sobre tul.



Traje liso, para interior.

Talle y falda, adornados con aplicaciones de encaje.

alguien, al punto sale á su defensa. Puede hacerla con mucha suavidad, pero sin tratar de ocultar la pena que le causa oir cosas desagradables en contra de personas á quienes distingue con su cariño.

Si alguna vez fuesen las críticas demasiado injustas para merecer rectificación, puede entonces, con una frase suelta, sin tomar abiertamente la defensa de sus amigos, lo cual provocaría una discusión tal vez larga, hacer comprender cuán placentera le es la sociedad de aquéllos, gracias á las pruebas manifiestas de segura y buena amistad que le han dado en muchas ocasiones. La educación más elemental aconseja el cambio de conversación, y por una táctica hábil, se pasará á otro orden de ideas.

Regla de general observación, es que nunca se ha de lastimar á nadie en sus afectos; fácilmente se puede retener una palabra pronta á escapársenos con ofensa ó aflicción de alguno de los circunstantes.

De un modo atento, hay que mostrar interés por recibir noticias de las familias de las personas que uno recibe; pero sin hacerse pesado con su insistencia respecto á la salud de los niños, y sin entrar en explicaciones menudas muy inoportunas.

Si hablan á un tiempo dos personas, debe callarse inmediatamente la más joven, para ceder la palabra á la mayor; y si es ésta última de las que saben expresarse bien y de modo interesante, guardan silencio todos para escucharla, y se debería dejar correr el tiempo de la visita sin decir nada, soltando nada más tal ó cual palabra de aprobación con mucho tino, pues eso es mejor que platicar simplezas, obligando al auditorio á escuchar cosas sin interés.

No debe combatirse abiertamente una opinión obstinada sobre asunto reconocidamente falso; se prescinde de la discusión en el acto, ó con mucha finura se dicen frases como éstas: ¿No le engaña á usted la memoria? Dispénseme usted le pregunte si no se equivoca. Quizá sean erróneos sus recuerdos.

No tienen que aprenderse estos puntos menudos de la urbanidad; los dicta el corazón.

Es más severa la sociedad para una falta de tino que para una falta de corazón; es de notarse, por otra parte, que las dos cosas se tocan muy de cerca, y que rara vez carecerá de tino una persona, desde el instante en que entre en juego el corazón.

ATRACTIVO DE LA PALABRA

Son innatos, en algunas damas, el atractivo de la palabra, la facilidad de locución, la exactitud de las expresiones, vibrantes de agudeza y realidad, y lo armonioso de la voz; todo lo cual sirve mucho para suplir con la gracia de la forma lo que puede faltar de substancia. "La salsa hace apetecible el pescado", dice un adagio vulgar, y nada más cierto en punto de conversación, por lo que muchas veces, una instrucción que bien pudiera compararse con un vistoso barniz, triunfa, en esas condiciones, aun de los estudios más profundos. El ama de casa que posee tan ventajosas cualidades, es doblemente seductora, si el conocimiento completo de los usos y costumbres de los hombres de letras, artistas, militares, magistrados y nobles, le permite lucirse á toda su satisfacción en el ceremonial de tratamientos y de títulos.

TRATAMIENTOS Y TITULOS

Se comprenderá que no digamos gran cosa sobre los diferentes tratamientos, pues todos saben que un uso consagrado siglos ha, á lo menos en nuestra patria, quiere se le dé á cada uno el título que posee, por vía de herencia para la nobleza, ó que ha sabido conquistar con relevantes prendas, como magistrado, diplomático ó militar.

Inútil es, sin embargo, repetir tales tratamientos. Para los títulos nobiliarios, se suprime "señor" y "señora", cuando se dirige la palabra á los interpelados; debe decirse: "Duque, marqués, ó conde, favor de darme el brazo"; ó bien: "Princesa, marquesa, condesa, ¿otra taza de té?" Se emplea, entonces, el título solo sin el apellido.

En cuanto á los vizcondes ó vizcondesas, se les llama condes ó condesas, cuando no están presentes los primogénitos con derecho á los títulos.

Los jóvenes usan los tratamientos "señor" y "señora" para con personas de más edad y para con jóvenes también; en general, se hará otro tanto con personas poco conocidas.

Si ha pertenecido uno al ejército, puede decir "mi general", "mi coronel"; los grados menos elevados no se mencionan sino en relaciones íntimas, sin lo cual, se limita uno á decir "señor", y no se menciona el grado más que en caso de presentación.

FUNCIONARIOS JUDICIALES

Se emplea para los magistrados, la palabra "señor", "señor procurador", "señor presidente"; estos tratamientos no se usan en sociedad, y se dan sólo en el ejercicio de las funciones, ó de parte de los jóvenes.

Hay muchas casas, y de las más distinguidas, donde se recibe frecuentemente á eclesiásticos entre los invitados: se les guardarán las mayores consideraciones. Dejar de hacerlo, sería una falta de respeto entre buena sociedad.

ECLESIASTICOS

Los tratamientos usados, son: para el Papa, "Santísimo Padre", "Vuestra Santidad"; para un cardenal, "vuestra eminencia"; de igual modo, hablando en su presencia de un eclesiástico ausente que tiene la misma jerarquía, se debía decir: "Su eminencia el cardenal H".

A un obispo se le dirá: "vuestra grandeza", y hablando de uno de éstos delante de él, se empleará la fórmula: "su excelencia, Monseñor, el obispo ó arzobispo de..."

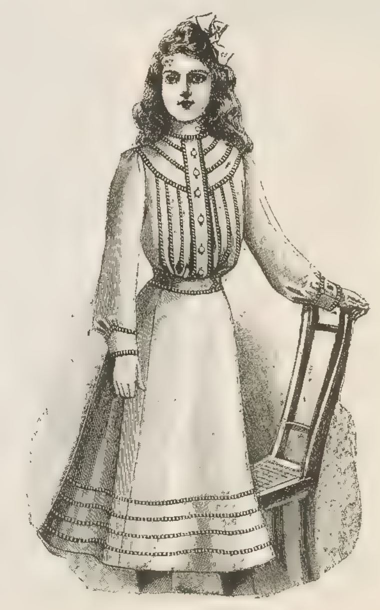
El título de "monseñor", se da á los protonotarios apostólicos ó á otros eclesiásticos con elevadas funciones en las nunciaturas ó en la corte romana.

"Señor cura", se dice al sacerdote jefe de una parroquia; "señor abate", á los vicarios de las parroquias y á todos los sacerdotes.

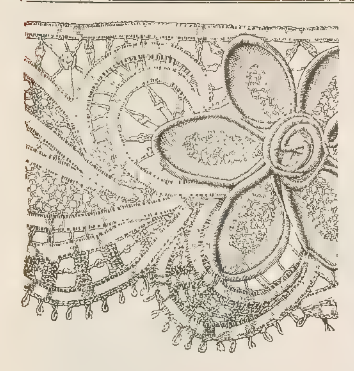
(Continuará).

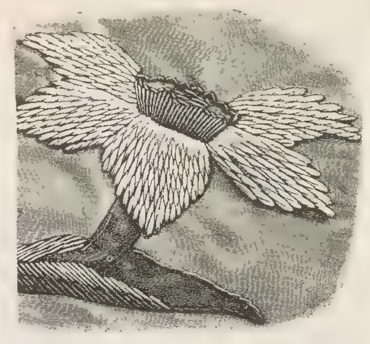


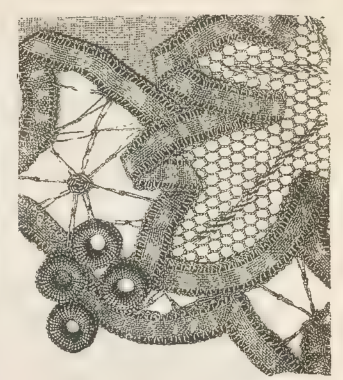
Traje de mañana, y pelerina de gasa, para señorita.



Traje para niña de 12 años.







Modelos para labores manuales.

MEDICINA DOMESTICA

PARA LOS CASOS DE ENVENENAMIENTO

Contra el "fósforo" (cerillas fosfóricas ó pasta fosforada) se dara emético en alta dosis, 10 á 12 centí-



Falda con orla bordada.

gramos por medio cuartillo de agua; 2o., agua albuminosa con magnesia en suspensión; y 3o., leche en abundancia. "No se administre nunca aceite."

Contra los "ácidos" (sulfúrico, nítrico, etc.), mucha magnesia desleída en agua, y si no se tiene á mano, **agua de jabón,** constituída por 15 gramos de jabón blanco en dos cuartillos de agua tibia. Solución muy dilatada (es decir con mucha agua) de carbonato de potasa ó de sosa. Combatido el primer efecto, dénse bebidas emolientes, leche, baños y cataplasmas. "Evítese el agua de cal."

Contra la "potasa," la "sosa," el "amoniaco" y el "agua de cloro," dése agua con vinagre en abundancia (100 gramos por cada litro ó cuartillo de agua), limonada y agua albuminosa tibia, leche, baños y emplastos emolientes.

Contra el "arsénico," empiécese por favorecer los vómitos, si los hay. En el caso contrario, provocarlos mediante la administración de emético, en dosis de 10 á 20 centígramos. Hágase absorber al enfermo gran cantidad de hidrato de peróxido de hierro, y, si no lo hay, magnesia desleída en gran cantidad de agua tibia; adminístrense bebidas emolientes en garn cantidad (pero no agua de altea), lo mismo que la siguiente mezcla: vino blanco, medio litro; agua carbónica (de Seltz), idéntica cantidad; sal de nitro, 4 gramos; cataplasmas y medicación que indicará el facultativo.

Contra "el emético" que suelen tomarse por inadvertencia algunos niños, hay que facilitar los vómitos cuando aquella substancia los provoca por la administración de gran cantidad de agua albuminosa, y después se administrará un cocimiento de nuez de agalla, de corteza de quina ó de roble, en mucha abundancia. Si no se producen vómitos, provocarlos tocando el velo del paladar. Después bebidas á propósito para hacer orinar.

Contra las "sales de mercurio" (calomelano y sublimado corrosivo), procúrese favorecer ó provocar los vómitos; agua albuminosa en abundancia, **bebidas y gargarismos emolientes;** poción con clorato de potasa para combatir la inflamación de las encías.

Contra el "cardenillo," facilítense los vómitos: agua albuminosa en abundancia, bebidas emolientes, lavativas con cocimiento de adormideras, baños, sanguijuelas, etc.

Contra los "pedazos de vidrio, alfileres ó espinas," de pescado, se administrarán en abundancia alimentos feculentos, como las papas ralladas y después se provoca el vomitivo por medio de emético, en la dosis de 5 centígramos por un vaso de agua tibia; luego, leche y bebidas emolientes.

Alvarado, Ver., Febrero 26.

Me es grato manifestar—escribe el Dr. Angel J. Hermida—que hace muchos años que en mi práctica médica, con predilección he venido haciendo uso de la Emulsión de Scott en las enfermedades pulmonares y bronquiales, y como desde el principio de su aplicación obtuve magníficos resultados, esto me ha obligado á seguirla prescribiendo á mis enfermos, porque he visto patentemente la eficacia del medicamento, no sólo en las enfermedades mencionadas, sino que también he obtenido idénticos resultados en la anemia, escrófulas, raquitismo y debilidad general.

De esto se deduce que la Emulsión de Scott es un medicamento tónico, muy nutritivo y reconstituyente, y en obsequio de la justicia, felicito á los Sres. Scott & Bowne por el bien que han proporcionado á la humanidad y á la ciencia.

Orizaba, Jurio 26 de 1901.

Sr. Donato Chapeaurouge, Director General de "La Mutua."—México.

Muy señor mío:—Acuso á usted recibo de la Póliza Dotal número 1,054, la que por conducto de su Agente General en la Sucursal de Puebla, solicité por la cantidad de 10,000 libras esterlinas (más de $100,000, plata mexicana), y cuya póliza ha tenido á bien extender á mi favor la Compañía de "La Mutua," de Nueva York, que usted tan dignamente representa, y la he revisado y encontrado de entera conformidad como debía ser, siendo emitida por una Compañía tan conocida y recomendada como "La Mutua."

Al solicitar este seguro, mi idea fué invertir mi dinero en un negocio bueno, teniendo la seguridad de sacar con el tiempo, si vivo, un capital regular con el solo hecho de haber pagado interés, y si muriera antes del período de distribución ó de la fecha del vencimiento del contrato, dejar fondos disponibles con que activar mis negocios que tengo ahora entre manos.

Elegí "La Mutua," porque tengo conocimiento de los inmensos recursos con que cuenta para cubrir sus obligaciones, sus métodos de organización y los planes tan activos de seguros que ofrece, y que á mi parecer son tan justos y buenos, que no admiten competencia.

Este seguro lo he tomado por lo pronto; pero con la determinación de aumentarlo dentro de poco, y tan pronto como mis demás negocios me lo permitan, pues creo haber hecho la operación más segura de mi vida, al tomar esta póliza con "La Mutua.

A. KINNEL.



MODA PARISIEN.—Trajes de paseo.

LA MONEDA DE ORO

I

, La señora Legrand movió la cabeza, se llevó la mano á la frente con ademán meditabundo á la vez que reflexivo, mientras una lágrima resbalaba silenciosa por sus mejillas.

No obstante la certeza que tenía de que en el cajón de la cómoda no quedaba ni siquiera un céntimo, buscó en él, hasta que allá, sucia, cubierta de telaraña y polvo, vió relucir una moneda de oro.

El náufrago no contempla con más alegría la tabla salvadora que le conducirá á seguro puerto, como la señora Legrand contempló y tomó entre sus trémulas manos la moneda nuevecita y reluciente, admirada del hallazgo, como si no creyera en la realidad de lo que sus ojos veían.

En una cuna, cubierto con andrajos haraposos, pero blancos como la nieve, dormía un niño de tres años, blanco y sonrosado, de cabellos rubios y rizosos, y que tenían el dorado matiz de las mieses en sazón.

La señora Legrand depositó un beso en la frente de su hijo, en cuyos labios brillaba una sonrisa que tenía todo el encanto de una gota de rocío resbalando trémula de los pétalos rojizos de una flor, y que era todo un poema de candor, de inocencia y de pureza.

II

Era una fresca y deliciosa mañana de Diciembre; el sol doraba con sus rayos las blancas torres de los campanarios, cuando la señora Legrand, con paso precipitado, penetró en una casa de cambio, á fin de que le cambiasen su moneda. El judío tomó ésta en sus manos, la miró, y después de pesarla, exclamó fríamente:

—¡Es falsa! y por consiguiente, su dueña ha de ser un monedero falso, y como á tal haré que la arresten.

La pobre mujer palideció espantosamente, y tendió sus manos suplicantes al judío, diciéndole con voz balbuciente:

—¡Oh! por piedad... señor!...

El judío sonrió con satírica sonrisa; y sus ojillos verdosos, malévolos y suspicaces, se animaron, brillando con intenso gozo.

La señora Legrand fué conducida ante el juez, y éste, que era un magistrado ilustre, una verdadera lumbrera en la ciencia jurídica, conocía á fondo el corazón humano, y le bastó una sola mirada para adivinar y leer el terrible y sangriento drama de la miseria, del hambre y de la desesperación, que la infeliz llevaba escrito en su frente ya marchita, más que por los años, por los sacrificios, las vigilias y las privaciones.

—Señor juez, dijo el judío, esta mujer que veis ahí, ha pretendido



Trajes de primavera, para señora, niña y niño.



Falda y busto con encajes (delantero y espalda).



Falda y abrigo, media estación.

robarme, queriendo que le cambiara...

Y el miserable calló, helándose la palabra en sus labios, al ser devorado por el fuego de la mirada del magistrado.

—Veamos la moneda que consideráis falsa, dijo el juez extendiendo la mano para tomarla.

El israelita metió la mano en el bolsillo de su hopalanda, y era tanta su turbación, que en vez de sacar una moneda, sacó tres, siendo dos falsas, mientras que la última, según el mismo juez pudo comprobar, tenía todo el peso de la ley.

El magistrado se levantó grave y solemne, y con un gesto imperioso extendió el brazo, exclamando:

—Oíd mi sentencia, escuchad mi fallo: tú, judío, has mentido, calumniando vilmente á esta pobre mujer, y justo es que le pagues con creces el daño que le has ocasionado, entregándole, por vía de indemnización, cien monedas de oro que en el acto le darás.

—Y vos, señora, no olvidéis jamás que la virtud y la abnegación tienen siempre su premio, aun cuando se vean á veces desconocidas y atropelladas por el vicio y el egoísmo.

La señora Legrand, llevando en la mano un bolsillo lleno de las monedas de oro del judío, se encaminó á su casa, y transportada de gozo, besó en la frente al lindo bebé, cuyos rubios cabellos relucían como el brillar de las mieses en sazón.

LORENZO B. CRESPO

CONVALECIENTE.

I

Aquella mañana, segunda vez que ponía los pies fuera del lecho, y primera que salía de las habitaciones, Elisa, con su amplia bata, apoyándose en los muros, y pasa á paso, llegó al sillón que le habían puesto en el patio, y se detuvo al sentir la caricia del sol.

Sentóse, y en su laxitud permaneció inmóvil, extasiada en el goce de esos momentos que le daban sensación de vida. ¡Había sentido por tantos días en la penumbra de la alcoba un hálito de muerte que rodea al retoño querido!

Dejaban sus miembros el mutismo á medida que febrero acentuaba la caricia.

Cerró los ojos deslumbrada. Era una mañana soberbia en que sueltos jirones de albura esparcidos vagaban con lentitud solemne y pausada por el azul mate y desleído de un cielo donde el sol, que ponía brilo cegador en la humedad de las hojas, brotaba un desbordamiento de luz.

Abrió los ojos y pudo fijarlos en torno suyo. Las flores que había visto en botón, estaban desmayadas y secas, aún pendientes de sus ramas, pero había nuevos botones en unas y en otras flores, en el auge de perfume y color.

Y pudo ver un tiesto de crisántemos blancos que yacía arrinconado, con las flores lánguidas y ajadas y las hojas amarillas.



Toilette de visita, para señorita.



Traje de mañana, para señora.

II

Sintió como una decepción... Y vinieron á su mente con nitidez dolorosa, los episodios dolorosos de que el tiesto era un símbolo. Volvió á vivir la tarde aquella en que allí mismo. Fernando le había insinuado que la plantica naciente era su predilecta; ella le prodigó el esmero, el mismo que negó desde entonces á sus favoritas, las orquídeas y las rosas-té.

Al influjo de su cultivo cariñoso, crecieron el amor y la planta.

Luego venía lo amargo: á la caricia sensual y refinada de la luna de miel, siguieron las frases dulzonas, los obsequios de un comedimiento frío, y por fin, á ella, á quien el pensamiento de que la paternidad pudiese fundir aquel hielo, había sostenido en sus dolores de madre, se le iba, al par que el primogénito, esa última esperanza.

Arrinconado yacía el crisántemo, casi moribundo....

III

No sin trabajo se puso en pie y tomó una flor. Inconscientemente fué arrancando uno á uno los pétalos mustios, cuando se fijó en su mano, tan huesosa y descarnada, de un blanco tan amarillento.

Tuvo un sobresalto. Corrió á su gabinete y se puso al espejo.

¡Ah, el día anterior, á plena luz, la había visto su Fernando!

Cuando volvió al sillón, sus ojos húmedos se fijaron en el crisántemo, que yacía arrinconado, casi moribundo....

GIL ROSALES.

A UNA PALOMA

Paloma mensajera,
que sales de tu nido
y rauda te diriges
hacia el lugar vecino:
detén, detén el vuelo
y acerca á mí tu pico,
que quiero acariciarte
en pago de un servicio.
Y en tu precioso cuello,
atando lista un hilo,
colgar quiero una esquela
que á Fabio le dirijo.
No pierdas un momento
ni cambies el camino;
¡Cuida, que va tratando
de amores el escrito!

Carolina de Soto y Corro

Madrid.

* * *

La sociedad se envilece deprimiendo y envileciendo á la mujer; la sociedad se eleva honrándola y enalteciéndola.

L. C.



Traje de seda, encajes y cordones.

Traje sencillo, para paseo.

LOS PÁJAROS.

Tengo yo un pajarillo
que el día pasa
cantando entre las flores
de mi ventana;
y un canto alegre
á todo pasajero
dedica siempre.

Tiene mi pajarillo
siempre armonías
para alegrar el alma
del que camina....
¡Oh cielo santo!
¿por qué no harán los hombres
lo que los pájaros?

Cuando mi pajarillo
cantos entona,
pasajeros ingratos
cantos arrojan:
mas no por eso
niega sus armonías
al pasajero.

Tiende las leves alas,
cruza las nubes
y canta junto al cielo
con voz más dulce:
"Paz á los hombres
y gloria al que en la altura
rige los orbes."

Y yo sigo el ejemplo
del ave mansa
que canta entre las flores
de mi ventana,
porque es sabido
que poetas y pájaros
somos lo mismo.

ANTONIO DE TRUEBA

ACUARELA.

Muy bellos son los destellos
que al éter dan arrebol;
mas, comparados con ellos,
son más bellos tus cabellos
que los destellos del sol.
En tu boca, que es de fresa
y finísimo carmín,
quien te besa, deja impresa
una oración, porque besa
los labios de un querubín.
Y lánguida en su ternura
tu mirada angelical,
la mente se la figura
que es la Gloria que fulgura
tras un mágico cristal.
Breve ilusión de tu cara
que se rebela al pincel,
tu sonrisa bosquejara
si un relámpago cruzara
por el cáliz de un clavel.
Granates en porcelana
que trasluce hebras de azur,
forman tu seno, que emana
tus perfumes de sultana
de rosas de Pompadour.
Alma casta y luminosa
de apocalíptico don,
metamorfosis preciosa
que diera forma de diosa
á tu humana concepción.
Tú pasas, y sus rumores
saben las fuentes lucir,
las estrellas más fulgores,
y hasta suspiran las flores
por no poderte seguir.
Y si en la noche sombría
vas el bosque á visitar,
los pájaros su alegría
cantan, creyendo que el día
ha empezado á despuntar.
Cuerpo de Venus, fecundo
por Cupido en el Edén,
tienes el poder profundo
de dar tus leyes al mundo,
y al cielo darlas también.
Que desde el mísero lodo
hasta el cielo á donde irás,
si Dios está sobre todo,
tú estás, de idéntico modo,
sobre todo lo demás.

Manuel María Mustelier.

Gran sombrero para teatro.

¡SURSUM!

Dulce perfume que en silencio surges
del cáliz virginal del lirio blanco
y en invisibles ondas transparentes
por la atmósfera azul cruzas callado.
Tierno gorjeo de paloma blanca
que entre las sombras clareadas tiemblas,
y en un eterno idilio transformado
te fundes en la luz de las estrellas.
Canto de amor que mis recuerdos alzan
entre la bruma rósea de mis sueños,
y tienen en tus notas argentinas
cantos azules y delirios tiernos.
¡Ah! ¡surgid! ¡despertad! Hacia los astros
tended vuestras alitas aperladas;
seréis mundos de luz, si sois recuerdos,
y si ilusiones, estrellitas blancas!..

Rafael Martínez Rubio.

AMOROSA

Liba la miel la abeja rumorosa
Que guardan en sus pétalos las flores,
Y del suave matiz de sus colores
Enamorada vive mariposa.
Cuando ve que ya brilla esplendorosa
La aurora con sus nácares fulgores,
Canta el ave la paz de sus amores
Allá en el seno de la selva umbrosa.
Yo libo de tu amor dulce ternura,
Néctar divino con que el pecho calma
La sed de su pasión inextinguible;
Y un himno entono lleno de ventura
Cuando alumbran el fondo de mi alma
Tus ojos, con su luz indefinible.

LUIS VILLA GORDOA.

GOLONDRINAS.

¡Oh pertua peregrina,
enamorada viajera
que buscas la primavera,
la primavera divina!
De antiguo templo en la ruina
tu dulce nido te espera,
flores te da la pradera,
luz el cielo, golondrina.
Si yo á mi nativo suelo
volviera huyendo del frío,
buscando paz y consuelo,
Nada hallaría el pecho mío
sino en un nido de hielo
el fantasma del hastío

Andrés Arroyo de Anda, (jr).

El Mendigo

Cuando doblaba la esquina,
vi al mendigo recostado
triste, inmóvil y embozado
en su raída esclavina.

Al tiempo que me tendía
su mano sucia y callosa:
—¡Señor, con voz temblorosa,
una limosna! decía.

Detuve el paso y eché
mano á mi bolsa menguada:
busqué con afán, y ¡nada!
ni una moneda encontré.

Mi faz el rubor cubría,
y él, mi afán adivinando,
fué poco á poco apartando
su mirada de la mía.

Envolvióse en su esclavina;
de su pecho desde el fondo,
lanzó un suspiro muy hondo
y se echó contra la esquina.

Quise el camino emprender
mohino y avergonzado,
cuando otro suspiro ahogado
me hizo el paso detener.

Díjele entonces:—Hermano,
bien ves que quiero auxiliarte...
no tengo nada que darte...
nada...—y le alargué la mano.

El pobre se estremeció;
abrió sus párpados rojos,
y clavando en mí sus ojos
mientras mi mano estrechó:

—Mucho agradezco este bien
de tu corazón humano,
me dijo: ¡gracias, hermano!
¡Esto... es limosna también!

PARA EL HOGAR

La buena Sociedad Parisiense

POR LA

BARONESA DE ORVAL.

CONTINUA.

TRATAMIENTOS.

A un religioso regular se le dirá: "padre ó reverendo padre"; á la superiora de un convento, "madre ó reverenda madre". En cuanto á los ministros de otras religiones, á un pastor protestante se le dirá: "señor pastor", ó "señor rabino" ó "señor gran rabino".

DIPLOMATICOS

Pero hay personas para quienes no se prescinde ni aun de las menores circunstancias establecidas por el uso de los tratamientos: nos referimos á los diplomáticos. Cualquiera otra persona oirá distraídamente un tratamiento erróneo ó una leve infracción á la etiqueta, y aun cuando la note, hará poco caso de ella y la excusará fácilmente; la menor falta, por el contrario, hará una viva impresión en los ánimos de las personas consagradas á la diplomacia.

En verdad no tiene exagerada tendencia á la reprobación, ni especial propensión á la severidad: mas el hábito constante del formulario, las obliga á una existencia toda de formalidad, y los menores actos de su vida parecen un sello de corrección convencional, que exigen, sin echarlo de ver, de cuantos las tratan. Es, pues, preferible mantenerse siempre en gran reserva y cumplir fielmente con todas las leyes y usos de la etiqueta.

Se dice á un embajador, "señor embajador"; al enviado de una Potencia que sólo tiene ministros plenipotenciarios, se le dice también "señor embajador". Se usa así del título más elevado, como se hace con un teniente coronel, á quien es usado decirle "coronel".

A los consejeros de embajada, se les dice sencillamente "señor", al hablar con ellos; y en caso de presentación, "el señor X, consejero de la embajada de tal parte".

Es lo mismo para los secretarios de embajada; pero es mal visto que se especifique su categoría con un "segundo ó tercer secretario", fijando así su grado en la carrera.



Cinturón, última novedad.

FUNCIONARIOS CIVILES

También la administración civil tiene su código de términos consagrados, y hay que someterse á esos tratamientos, so pena de cometer serias infracciones de cortesía.

Si ha de hablarse al jefe del Estado, en Francia, se dice "señor presidente", y no "señor presidente de la República."

Al contrario, en otras naciones es de rúbrica hablar á los soberanos en tercera persona, diciendo: "su majestad", á un rey; á un emperador ó al czar, "sire". A una reina se le dirá: "señora, yo suplico á vuestra majestad". No se dirá "su alteza" sino á los príncipes y á los grandes duques ó á los archiduques.

Al presidente de la Cámara ó del Senado, se le trata también de "señor presidente".

A un ministro se le dice. "señor ministro"; á un diputado, "señor diputado"; á un senador, "señor senador", siempre en funciones de su cargo, y no en recepción privada.

No se emplea la fórmula "señor consejero municipal", sino que se dice sólo "señor", y no se da el calificativo más que en caso de presentación, á fin de poner al tanto acerca de la personalidad, á los demás invitados; pero también se requiere sea de importancia la ciudad; por ejemplo, enunciar: "el señor consejero municipal de "Bagnolet", sería dar importancia á un cargo sin valor, que tal vez haría sonreir.

TRATAMIENTO A LOS SUPERIORES

Los funcionarios están igualmente obligados á cierta ley en los tratamientos á sus superiores. No podrían emplearse fuera de las presentaciones los títulos de "director del gabinete, del ministerio, señor Jefe de Departamento".

"Señor Inspector, señor Ingeniero, señor arquitecto, señor perito", son expresiones que se deben dejar á los subordinados que hablan á sus superiores, en el curso de los negocios administrativos.

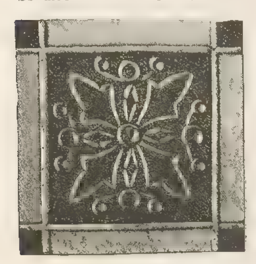
A un doctor, se le llama "señor"; si enseña en una escuela, "querido maestro", ó "señor profesor", en los casos de gran ceremonia. Naturalmente, á su médico le dirá uno siempre "doctor ó "querido doctor".

Las personas bien educadas deben, así mismo, observar ciertos usos de marido á mujer y de mujer á marido; y también se rigen por leyes de etiqueta las relaciones de los padres con sus hijos, y viceversa.

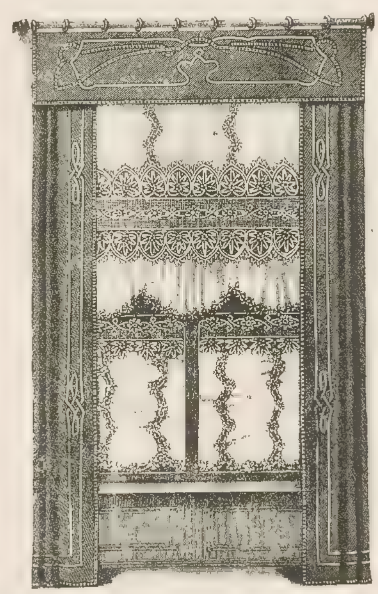
El marido, al hablar de su mujer, dirá mi esposa; en público, al dirigirla la palabra, la llamará con su nombre: Juana, Luisa; pero prescindirá del tuteo.

La mujer, al hablar de su marido, aun en una reunión ceremoniosa, lo mismo que en la intimidad, dice: "mi marido". Cuando le dirige la palabra, usa el nombre de pila y le habla de "vos".

El tuteo está fuera de uso en sociedad. No obstante el perfume de ternura que respira, es natural que los extraños no estén al corriente de la intimidad; aun convendría, si se adopta la costumbre de no tutearse en público, observarla en presencia de los criados.



Tapetito para veladora.



Portier para balcón.



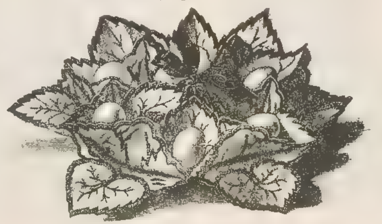
Cesto adornado con encajes.



Caja bordada, para dijes y joyas.



Sachet tejido.



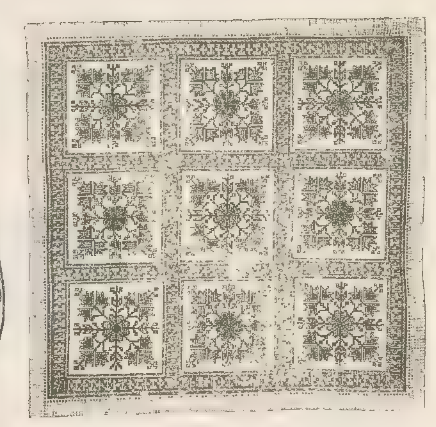
Pie de lámpara, de alambre y encajes.



Tapete para centro de mesa.



Portahorquillas bordado.



Tapete para buró.

COMO SE HABLA A LOS CRIADOS

Ya que se habla de los criados, diremos que el amo ó ama de casa, al interrogarlos ó al darles una orden, dirán, el uno respecto del otro: "¿Ha regresado la señora marquesa?" "Lleve usted esto al señor conde". "Pídale sus órdenes á la señora", ó bien: "¿Ha dado sus órdenes á los lacayos el señor duque?"

Por lo que hace á los hijos, al hablar de ellos á los criados, se dirá: "la señorita"; si hay varias hijas, seguirá á esta palabra el nombre de bautismo. Otro tanto se hará al tratar de los hijos.

En las familias de títulos, se dará á los jóvenes, hablando de ellos á los criados, el título que les corresponda.

Los padres llamarán á sus hijos: "Juan", "Octavio", "Héctor", "Horacio", etc.; pero usarán "mi hijo Alfonso", "mi hija María Teresa", cuando hablen de ellos á los extraños.

Los hijos tratarán á sus padres sencillamente de "papá", "mamá". Estas palabras, aprendidas en la infancia, conservarán todo el sello de tierno afecto, aun cuando sean ya adultos.

Nada más conmovedor que oir á un hijo ya hombre, á las veces con distinguido uniforme, decir tiernamente "mamá", al dirigirse á una señora de edad madura, acaso anciana, cuyo rostro irradia felicidad al contemplar al ser amado, que para su corazón es siempre el bebé á quien con sin igual ternura sentaba en sus rodillas, acariciando con besos, ardientes de amor, la frente pura, las mejillas de rosa, los bucles de seda del querubín.

Nada de ridículo tienen, ni entre aristócratas, ni entre burgueses, estos cariñosos tratamientos, recuerdos de la infancia.

Hablando del padre, madre ó hermanos, se dirá: "mi padre", "mi madre", "mi hermano", "mi hermana".

Huelen á melodrama antiguo: "mi señora madre la duquesa", "mi madre la marquesa", "mi señora madre".

"Mi hermano el general", "mi hermano el procurador", "mi hermano el primer presidente", son términos dignos de las "Preciosas Ridículas"; dejemos tales expresiones para las provincias, y seamos sencillos; la sencillez no pondrá nunca en ridículo.

Hablando á los criados, se seguirá el uso de los padres y se dirá: "el señor duque, la señora marquesa, ¿ha vuelto el señor?"

LOS MAESTROS

Las institutrices ó los preceptores, llamarán simplemente á los niños, niñas ó jóvenes, por sus nombres de pila; y éstos mostrarán el mayor respeto á aquéllos, diciendo señorita á su institutriz, y señor á su preceptor.

Entre parientes poco se usa decir los nombres correspondientes á los grados de parentesco, excepto para los tíos ó tías y para los primos mucho mayores que nosotros; pero no se dirá "primo mío", "ni prima mía".

Si desde la niñez se tiene mucha intimidad, se emplean los nombres de pila, ó muy sencillamente "señor" ó "señora".

Se tolera sólo en la niñez el tuteo entre primos; inútil es sostenerlo en la edad adulta, pues el matrimonio viene á cambiar la manera de vivir, y en ocasiones no permite intimidad.

HOMBRES NOTABLES

Cuando se habla de héroes, hombres políticos, artistas célebres, no se dice "el señor de Morny", "el señor Thiers", sino simplemente "Thiers", "Morny", ó bien, refiriéndose á artistas, "Corot", "Delacroix", "Alfonso Daudet", "Maupassant", etc.

Tratándose de mujeres, se dirá Vigée Lebrún, Rosalba, Rosa Bonheur; pero si viven aún las actrices, se empleará la palabra "señora" ó simplemente sus nombres.

En cuanto á artistas extranjeros, se dirá muy bien: "la Duse", y también se tolera de artistas muertos ó en decadencia: "La Clairón", "la Dugazón", "la Champmeslel", "la Krauss"; pero decir "la Calvé", "la Rejane", "la Bartet", es contrario á las reglas sociales, y hay que dejarlo para los concurrentes á establecimientos públicos, para la gente de teatro y para los periodistas.

Respecto de artistas, literatos ó sabios, cuando han adquirido una celebridad, hay la costumbre de llamarlos "maestros"; "querido maestro", es generalmente la fórmula empleada para dirigirles la palabra.

Maestro" se dice también cuando se habla de un abogado célebre ó al hablar con él; se hace seguir entonces esta denominación del apellido.

LA CONVERSACIÓN.

LOS TEMAS

El tino del jefe y del ama de casa se manifiesta, sobre todo, en la elección de los temas de conversación; los invitados deben prestarse á ello de buena gana y seguirlos en esta vía, pues como frecuentemente no se conocen los visitantes, se podría alguna vez lastimar delicadezas imprevistas.

La conversación, para ser agradable y conservar su interés, debe limitarse las más veces á puntos generales, sin profundizar ninguna materia, salvo particular insinuación del jefe ó ama de la casa.

Los asuntos políticos ó religiosos son, con especialidad, causas frecuentes de disputas imprevistas; es, por lo tanto, conveniente evitarlos.

ELEGANCIA DEL LENGUAJE

En la conversación íntima que permiten las reuniones privadas, el mejor medio de brillar es usar un estilo claro, sencillo, sin ninguna pedantería. Las anécdotas son muy á propósito para hermosear la plática; pero se requiere la sobriedad, y no se han de referir más que aquéllas de singular interés por su íntima relación con el asunto principal de la conversación.

CONVERSADORES BRILLANTES

Al tertuliano de brillante conversación se le busca con empeño, como que su gracia en el hablar es verdaderamente una de las prendas más estimadas en sociedad; sabe hacerse escuchar, se atrae la atención de los circunstantes, á quienes cautiva con el hechizo de su palabra fácil é interesante.

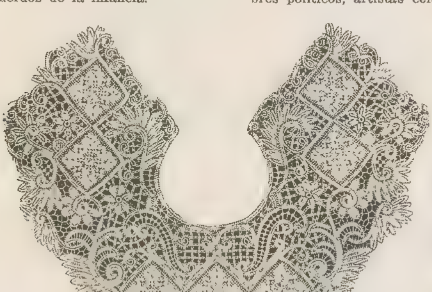
Para obtener el título de conversador brillante, deben poseerse necesariamente las cualidades de naturalidad, agudeza y oportunidad; es preciso saber narrar sin usar frases incoloras, obscuras; que se mantenga vivo el interés, que pueda exponerse el asunto sin lastimar á ninguno de los circunstantes, y dar á las mil naderías de la vida un valor especial, por la manera picante de presentar la anécdota.

En nuestros días, son rarísimos los salones donde se conversa; se charla, no se platica ya, y los que podían aspirar al título de conversadores brillantes, se ven reducidos frecuentemente á escuchar despropósitos, sin poder intercalar una palabra, por no descender al terreno de la murmuración frívola y sin ilación. Por otra parte, la poca duración de las visitas, el vaivén de los que llegan y los que se van, no permiten escuchar las cosas interesantes, ni aun siquiera las divertidas y dichas con ingenio.

No puede pretender el título de conversador brillante quien sólo sabe causar fastidio.

CHISTES Y JUEGOS DE PALABRAS

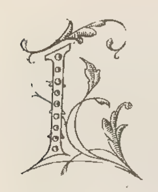
Por medio de chistes y juegos de palabras, puede una persona lista alcanzar un triunfo brillante en una con-

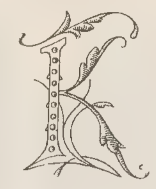


Delantero y espalda de encajes para blusa calada.



Detalle para bordado de seda.





conversación; pero deben usarse con precaución y tino esta especie de chispas, que son como cohetes, como fuegos artificiales del discurso.

El juego de palabras, basado en el equívoco y en la semejanza de los sonidos, debe tomarse al vuelo y lanzarse con prontitud, pues brilla así como chispa en medio de una frase, provocando la risa ó un murmullo lisonjero.

Esta muestra de ingenio, que tiene su valor apreciable ciertamente, debe emplearse con parsimonia; es necesario, ante todo, que sea de buen gusto, claro y comprensible, pues no podría ser gracioso siendo maligno. Consiéntese algo de malicia de buen linaje; pero sería una falta grave formar un juego de palabras con el nombre propio de alguno de los asistentes; ejercitar su ingenio de este modo, sería seguramente el medio de frustrar el efecto entre personas de buena educación.

Sin embargo, los nombres propios de hombres públicos ó de personas de viso ausentes, pueden aprovecharse, y aun está permitido servirse de ellos para juegos de palabras muy incisivos que merecen censuras. Se debe, no obstante, evitar esos juegos cuando se sabe son amigas de la casa tales personas, ó hay motivo para creer que se lastiman las ideas ó convicciones de los presentes.

Tampoco conviene hacer alarde de esa facilidad; no diremos, con el poeta latino, el famoso "non bis in idem", que sería excesivo rigor; pero muchos juegos de palabras lanzados consecutivamente, granjearían al agudo interruptor, pues es casi inevitable la interrupción, el título de "calamburista", no muy agradable por cierto.

Para resumir, he aquí las leyes á que deben sujetarse los juegos de palabras: sobriedad en su empleo, buen gusto, claridad y ausencia de toda idea maligna, proscripción de materias graves y serias.

LAS COMIDAS

INVITACIONES

Las invitaciones para una comida de ceremonia se envían, generalmente, con anticipación de ocho á diez días, y se hacen de viva voz ó por escrito.

Son más ceremoniosas las invitaciones por escrito. Deben contestarse, á más tardar, dentro de los dos días siguientes, diciendo si se



acepta ó no. En este último caso, se agregarán algunas palabras de pesar, dando un motivo plausible para excusarse de asistir, lo cual no dispensa de la visita debida dentro de los ocho días siguientes.

No se aceptará una invitación con el propósito de desecharla á última hora; es muy desagradable, cuando una circunstancia fortuita obliga á hacerlo realmente, causar al anfitrión el cruel apuro de llenar el lugar vacío.

A última hora, hay que acudir á algún amigo íntimo ó á un pariente, á quien se expone francamente la situación, excusándose de no haberlo invitado por ser limitados los asientos de los comensales.

Si acaso, después de haber remitido las invitaciones, se ve uno obligado á no dar la comida, se debe avisar por medio de tarjeta á los convidados que no puede verificarse la reunión. Cuando el incidente ocurre á última hora, son indispensables mensajes telefónicos ó telegramas.

Cuando sólo uno de los señores de la casa se ve impedido por razón de salud, sin que su enfermedad sea contagiosa, hay, sin embargo, que recibir á los invitados. Si el jefe está enfermo, hará los honores la señora sola; y si ella está impedida, el jefe deberá substituirla por una parienta ó una amiga, elegida entre las más íntimas y aptas para el papel de ama de casa.

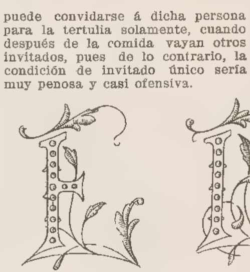
En cuanto sea posible, no se distribuirán invitaciones para una comida en viernes; pero si es preciso, se tomarán disposiciones para que la comida esté compuesta de tantos platillos de vigilia como de carne, y se ofrecerán también dos sopas á los invitados.

Cuando entre los invitados haya un personaje importante, no se contentará uno con mandarle la simple invitación; se le visitará personalmente para invitarle.

Ya que una tonta superstición considera fatal el número 13, convendrá evitar este número de convidados.

Algunas veces es forzozo hablar de persona á quien no se quiere invitar y cuyos parientes son convidados.

Difícil por demás es en tal caso la situación, y se saldrá de ella con una excusa, pretextando lo reducido del comedor, la presencia de personas poco simpáticas á aquella de que se trate, y, por último, se la invita para otra comida. También puede convidarse á dicha persona para la tertulia solamente, cuando después de la comida vayan otros invitados, pues de lo contrario, la condición de invitado único sería muy penosa y casi ofensiva.



Se procurará, en lo posible, número igual de convidados de uno y otro sexo; pero, en rigor, mejor sería tener más caballeros que damas, pues sería desagradable que tuviese alguna de las señoras que pasar sola del salón al comedor.

Se procura que los convidados del mismo sexo, colocados juntos, tengan un carácter cordial, para que inmediatamente tome interés la conversación.

No se invitará á amigos disgustados, so pretexto de conciliación; si no hay previo acuerdo, hay peligro de disgustar á entrambos.

Quien se halla en condición pecuniaria modesta y recibe una invitación de persona de posición muy superior, por ningún concepto está obligado á corresponder la invitación.

Hácense generalmente de señora á señora las invitaciones entre matrimonios; ellas reciben en su casa, y el marido sólo es el primer invitado. Así sucede—entiéndase bien—en la semiintimidad; es más escrupuloso el gran ceremonial.

En la intimidad, podrá el marido encargarse de invitar á nombre de su esposa.

Una viuda, joven aún, luego que sus invitaciones se extiendan fuera del círculo de sus relaciones habituales, debe procurar tener aquel día, á la hora de la mesa, algún pariente respetable de su propia familia ó de la de su finado marido.

Muy bien puede un soltero invitar á su mesa á señoras con sus maridos; cuidará de advertir en la invitación que una parienta muy respetable lo ayudará en su laboriosa tarea de anfitrión. Dicha parienta hará en la mesa las veces de señora de casa, y así se la tratará.

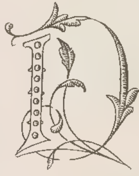


-ETIQUETAS DE LA MESA

Nada más hermoso que la vista de una mesa bien servida, brillantemente alumbrada, lujosamente engalanada de flores y rodeada de un enjambre de mujeres hermosas.

Si la vista se deleita, se deleita también el espíritu cuando se compone la reunión de personas satisfechas de estar juntas y cuya recíproca simpatía forme una como atmósfera de contento.

Necesitan los anfitriones desplegar gran tacto para reunir esos elementos y lograr una homogeneidad perfecta. Con estas condiciones, será completo el éxito.

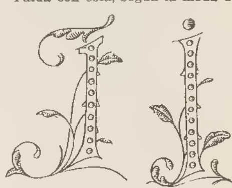




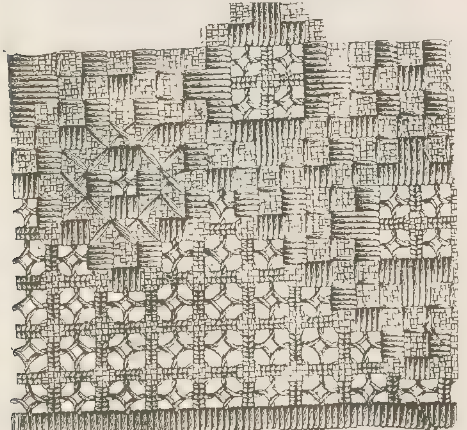
TRAJES

La manera de vestir es la misma para los señores de la casa y para los invitados; las señoras se presentarán francamente escotadas.

Falda con cola, según la moda del



día, y, según la etiqueta de los vestidos clásicos de banquete, de una elegancia más sobria, más discreta que un vestido de ópera por ejemplo. Muy de cerca y por mucho tiempo se ve el vestido de banquete, por lo cual se requiere que pueda resistir el serio examen de las



LABOR PARA COJIN



CUELLO DE ENCAJE



Bordado de hilo sobre pañuelo de mano.

Cubreburó de felpa y raso bordado.

buenas amigas. Aun cuando se lleven joyas, no deben ser tantas como para un baile.

Los hombres van de frac y pantalón negro, chaleco negro ó blanco, corbata blanca, camisa de plieguecitos flexibles, guantes blancos ó "mastic" y zapatos de charol.

La señora de la casa, aun cuando se vista perfectamente, debe abstenerse de un traje demasiado ostentoso, para no eclipsar á sus invitadas con la riqueza de su atavío.

Huelga decir que no toman parte los niños en estas comidas de ceremonia.

ANTES DEL BANQUETE

Poco antes de la comida, podrá el ama de casa, sirviéndose de frases escogidas, hacer que los invitados se conozcan; al hacer las presentaciones, añadirá á los nombres un calificativo que indique la condición social de las personas, bien sea artística, literaria ó de otra especie.

Ahora que hay tanta diversidad de opiniones, no será ociosa una palabra para indicar que el señor H no es de la misma religión que el señor Z, y aun podrá evitar alguna alusión, siempre lamentable.

En general, debe procurarse, en lo posible, no reunir á su mesa sino personas de ideas, de opiniones semejantes, para evitar todo conflicto.

RUMBO AL COMEDOR

A la hora fijada para la comida, abre el criado la puerta del comedor, de par en par y anuncia: "Está servida la señora".

Inmediatamente, se pone en pie la señora de la casa, y va á tomar el brazo de la persona que debe sentarse á su derecha, ó sea en el sitio de honor.

Por su parte, el jefe de la casa le ofrece el brazo á la dama de mayor distinción y se dirige al comedor; él por delante, y en último término la señora, después de todos los convidados, si no hay niños ni hombres solos, pues en caso contrario, éstos le forman cortejo.

A pesar de las pasajeras discusiones que se han suscitado últimamente, los hombres deben ofrecer el brazo izquierdo, para pasar del salón al comedor.

Si el ama de la casa se hallase sola entre hombres, debe ser la primera en pasar al comedor, y cierra la marcha su marido.

Cuando se da una comida en honor de una persona, ocupará el primer lugar, á la derecha del jefe ó del ama de la casa.

Es de inmediata categoría el costado izquierdo de los anfitriones. El lado derecho tiene siempre preferencia respecto del lado izquierdo.

En conclusión, se han de tomar en cuenta, al colocar á los convidados, su edad y su jerarquía social; los casados son preferidos á los solteros.

Los marinos tienen preeminencia sobre los militares, y, entre estos últimos, la caballería y la artillería ocupan lugar más distinguido que la infantería.

Cuando haya á la mesa ministros de religiones diferentes, tendrá la primacía aquél en cuya religión se eduquen los niños de la casa; y si no hay niños, la religión de la mujer dominará.

Otro caso respecto á religión: el día de la primera comunión de una niña, se considera á ésta como el personaje más importante de la fiesta, y, por lo mismo, se le dará el sitio de honor.

Muy espinosa es la etiqueta en la mesa, en familia, sobre todo cuando concurren dos suegras; una está en casa de su hijo, y la derecha del jefe de la casa pertenece á la madre de la joven, al paso que el padre del marido estará á la derecha del ama de la casa; pero como podría codiciar este sitio de honor la otra suegra, sería conveniente, en la otra comida, darlo á la madre del marido, y así sucesivamente, cambiando el orden en cada ocasión. Veríase, pues, obligada el ama de la casa á llevarles cuenta rigurosa á las suegras y haría muy bien en escribirla.

Si invita á sus hijos una viuda y es soltero el primogénito, á él corresponde el puesto de jefe de casa, frente á su madre; por amabilidad solamente, podrá ceder en ocasiones ese sitio al marido de su hermana.

La etiqueta pide que cuando se trata de dos hermanos casados, la esposa del hermano mayor sea primero que la otra, aun cuando tenga menos edad. Puede añadirse que está en libertad la más joven para ceder su puesto.

(Continuará.)

Orizaba, Junio 26 de 1901.

Sr. D. Donato Chapeaurouge, Director General de "La Mutua." México.

Muy señor mío:—Acuso á usted recibo de la Póliza Dotal número 1.054731, que por conducto de su Agente General en la Sucursal de Puebla, solicité por la cantidad de 10,000 libras esterlinas (más de... $100,000 plata mexicana,) y cuya póliza ha tenido á bien extender á mi favor la Compañía de "La Mutua," de Nueva York, que usted tan dignamente representa, y la he revisado y encontrado de entera conformidad como debía ser, siendo emitida por una Compañía tan conocida y recomendada como "La Mutua."

Al solicitar este seguro, mi idea fué invertir mi dinero en un negocio bueno, teniendo la seguridad de sacar con el tiempo, si vivo, un capital regular con el solo hecho de haber pagado interés, y si muriera antes del período de distribución ó de la fecha del vencimiento del contrato, dejar fondos disponibles con que activar mis negocios que tengo ahora entre manos.

Elegí "La Mutua," porque tengo conocimiento de los inmensos recursos con que cuenta para cubrir sus obligaciones, sus métodos de organización y los planes tan activos de seguros que ofrece, y que á mi parecer son tan justos y buenos, que no admiten competencia.

Este seguro lo he tomado por lo pronto ;pero con la determinación de aumentarlo dentro de poco, y tan pronto como mis demás negocios me lo permitan, pues creo haber hecho la operación más segura de mi vda, al tomar esta póliza con "La Mutua."

A. KINNEL.

Córdoba, V. C., Marzo 1º. En el número 4 de «El Correo de América,» interesante publicación que ve la luz en New York, aparece el suelto siguiente, debido á la pluma del Dr. Enrique Herrera M. Las palabras del Doctor son tanto más oportunas cuanto que se refieren á cierta absurda pretensión con que algunos traficantes quieren embaucar al público. Fíjese el lector:

«Con gusto manifiesto que hace muchos años que uso la Emulsión de Scott preparada por Scott & Bowne, y que lo hago con la conciencia de que es una excelente medicina en los casos en que está indicada. Como lo han hecho observar varios terapeutistas, no es posible obtener los efectos que produce el aceite de hígado de bacalao con preparaciones en que sólo se aprovechan una á una todas las materias extractivas del aceite, menos la grasa; la emulsión de Scott aprovecha todo el aceite, obteniéndose por consiguiente su acción, más los efectos medicinales de los hipofosfitos que contiene. Su sabor, no desagradable, contribuye á que sea formulada con frecuencia, como yo lo hago con mis clientes.»





Traje de interior, para señorita.



Traje de calle con adornos de terciopelo.

EL CANTO DEL HALCON.

El mar dormita.

Inmenso, suspirando perezosamente á lo largo de la playa, se ha dormido, apacible en su vasta extensión bañada por los rayos azules de la luna.

Suave y negro como el terciopelo, se confunde con el cielo azul del sur, y duerme profundamente, reflejando el tejido transparente de las nubes inmóviles, donde se incrusta el dibujo dorado de las estrellas.

Parece que el cielo se inclina siempre más bajo sobre el nivel del mar, como si deseara comprender lo que murmuran entre ellas las olas infatigables, que como adormecidas, trepan una tras otra sobre la orilla.

Las montañas, cubiertas de árboles inclinados fantásticamente por el viento del Nordeste, elevan majestuosas sus cimas en el desierto azul que las rodea, y sus contornos secos y severos se redondean, envueltos por las tinieblas de la noche del sur.

Las montañas están graves y pensativas. Sobre las olas espléndidas, de reflejo verdoso, dejan caer las sombras negras que las cubren, como si quisieran detener ese movimiento uniforme, ahogar el chapoteo incesante del agua y los supiros de la espuma, todos esos ruídos que turban el silencio misterioso esparcido en el paisaje, donde sube el disco de plata azul de la luna, oculta todavía tras de las cimas.

—A.... ala-ack-a-akbar....! suspira dulcemente Nadier-Raghim-Oggli, viejo schaban de Crimea. Es un viejo alto, seco y prudente, blanco, tostado por el sol meridional y siempre con un humor endemoniado.

Estamos acostados sobre la arena, cerca de una imensa roca desprendida, un día, de la montaña, y él se yergue, triste, sombrío, cubierto de musgo.

Sobre la parte de la roca que ve al mar, las olas han arrojado algas y fango, y la piedra así tapizada, parece suspendida sobre la estrecha banda arenosa que separa el mar de las montañas.

La llama de nuestra fogata, al iluminarla, tiembla, y las sombras corren por la vieja roca, cortada por una red de profundas hendeduras. Parece que esta roca tiene el poder de sentir y de pensar.



Traje "alpino", para sport.

Raghim y yo hacemos una sopa con los peces que acabamos de pescar; ambos nos encontramos en ese estado del alma en el que todo parece ideal, en el que el corazón está puro, en el que sólo se quisiera vivir para soñar y para pensar.

El mar acaricia la playa y las olas suenan tan dulce, tan melancólicamente, que parecen pedir permiso para venir á calentarse a la fogata.

Alguna vez, en la harmonía general del chapoteo, se escucha una nota más alta, como una nota traviesa y bribona..... es una ola que, atrevida, se arrastra hasta nosotros.

Raghim compara ya las olas á mujeres y les sospechaba deseos de abrazarnos. Está echado de bruces sobre la arena, con la cara vuelta hacia el mar; pensativo, contempla la lejanía turbia, apoyándose sobre sus codos y descansando su cabeza en la palma de su mano.

La gorra velluda de piel de carnero cae sobre la nuca, y, del mar, le frescura le acaricia su alta frente surcada de finísimas arrugas.

Filosofa, sin inquietarse por saber si le escucho, no presta ninguna atención á lo que digo, y parece encontrarse solo y hablar á solas con el mar.

—El hombre que es fiel á Dios va al paraíso. Y ¿el que no sirve á Dios ni al profeta? Quizá cae en la espuma.....! Esa mancha plateada sobre el agua... ¿será él...? Puede ser.... quién sabe.

El mar sombrío, amplio, poderoso, se ilumina; acá y acullá arrástranse rayos de luna como arrojados al descuido; el satélite salió ya de entre las cimas boscosas, y pensativo deja caer ahora su luz sobre la mar, que suspira suavemente y se adelanta á su encuentro.

—Raghim.....! Cuéntame una historia, digo al viejo.

—¿Para qué?, contesta Raghim sin moverse.

—Porque sí; me gustan las historias.

—Te conté ya todas.... no sé más.

Quiere hacerse rogar. Repito mi súplica.

—Si quieres, te contaré una canción, dice por fin Raghim.

—Sí, sí quiero.

Y me cuenta la canción con tono de recitado triste, intentando conservar la singular melancolía del ritmo y destrozando horriblemente las palabras rusas.



Dos trajes para casa, vistos por la espalda.

Trajes para caza y ascensiones ó largos paseos campestres.

I

"Allá, muy arriba, en las montañas, se arrastraba la culebra, dormía en el fondo de húmeda garganta, y se enrollaba en círculo, para contemplar el mar.

Allá, muy arriba, brillaba el sol; las montañas respiraban su aliento cálido y abajo las olas se arrastraban contra la roca.

En el fondo de la garganta, en lo obscuro, el torrente que saltaba en cascadas por encima de las piedras, se precipitaba al encuentro del mar.

Potente, todo en espuma blanca y gris, parece dividir en dos partes la montaña y cae en el mar bramando con furor.

De repente cayó del cielo á la garganta donde se enrollaba la culebra un halcón, abierto el pecho y ensangrentadas las plumas.

Con ronco grito cayó en la tierra, y en su impotente rabia, se golpeó el pecho sobre la dura piedra.

La culebra, espantada, se alejó arrastrándose; pero comprendió que el ave sólo tenía dos minutos de vida.

Se acercó, pues, cerca del halcón herido, y le silbó directamente á las miradas:

—¿Cómo? ¿Tú mueres?

—Sí, yo muero, contestó el halcón lanzando profundo suspiro. Viví gloriosamente....! Conocí la felicidad....! Combatí con bravura....! He visto el cielo....! Tú nunca lo verás tan cerca, miserable criatura!

—Pero ¿qué es el cielo? Un lugar vacío. ¿Cómo podría arrastrarme hasta allí? Estoy bien aquí!

Hace calor y está húmedo

Así hablaba la culebra al pájaro libre y en su interior se burlaba de él.

Ella pensaba: que vueles ó que te arrastres, esto acaba lo mismo para todos, todos vamos á dar debajo de la tierra, todos nos reducimos á polvo.

Pero el halcón atrevido, sacudió bruscamente las alas, se levantó un poco y dejó vagar sus miradas en derredor de su garganta.

A través de la roca gris, corría el agua, y en la garganta obscura sofocaba el calor.

Reuniendo todas sus fuerzas, exclamó tristemente:

—Oh! si pudiera elevarme una vez más al cielo!... Habría ahogado á mi enemigo... sobre las heridas de mi pecho; le habría ahogado con mi sangre... Oh! la felicidad de la batalla.

Y la culebra pensaba: Sin duda la vida en el cielo es muy agradable, puesto que gime así!

E hizo este ofrecimiento al pájaro libre:

—Acércate al borde de la garganta y arrójate hacia abajo. Quizá tus alas te levanten y vivirás todavía un poco en tu elemento.

El halcón se estremeció, y lanzando un débil grito, se arrastró hasta la orilla, deteniéndose con sus uñas á la tierra floja que cubría la piedra.

Cuando llegó allí, extendió sus alas, suspiró con todas sus fuerzas; sus ojos brillaron y se precipitó al abismo.

Como una piedra rodando sobre las rocas, cayó, destrozándose las alas y perdiendo sus plumas....

El oleaje del torrente se apoderó de él, lavó su sangre, le cubrió de espuma y le arrebató hasta el mar. Y las olas, con mugido triste, golpearon la roca...... En la inmensidad, se perdió el cadáver del ave libre.

II

Enrollada en la garganta, la culebra pensó largamente en la muerte del ave y en su pasión por el cielo.

Contemplaba esa lejanía eterna que acaricia los ojos con la visión de la felicidad.

—¿Pero qué habrá visto el halcón en ese desierto sin fondo y sin límites? ¿Por qué otros, muertos como él, turban sus almas con la pasión de volar hasta el cielo.

Y como lo dijo lo hizo; enrollándose en círculo, dió un salto, y como delgado disco, su cuerpo brilló al sol

Traje de visita para señora de edad, y traje de calle para señorita.



Talles "plissé" y sombreros de última forma.

luna, se distiguen manchas plateadas numerosas.... La marmita comienza á hervir.

Una de las olas se lanza alegre sobre la playa, y provocadora se arrastra hasta la cabeza de Raghim.

—¿Qué vienes á hacer aquí? Vete.

Raghim agita su mano, y dócilmente la ola vuelve al mar.

Para mí, la opinión de Raghim, que diviniza las olas, no es ni cómica ni incomprensible. En derredor nuestro, el espectáculo aparece tan singularmente vivo, tan dulce, tan acariciador! El mar está majestuoso y tranquilo; se siente que, en cada respiración, lanza á las montañas que aun no se han enfriado, el calor del día, acumulando una fuerza poderosa y concentrada.

Sobre el azul sombrío del cielo, entre los dibujos de oro de las estrellas, se lee algo solemne que encanta el alma é inquieta el espíritu: es algo como la dulce espera de una revelación.

Todo dormita, parece que, dentro de un instante, todo va á salir de la inmovilidad y á resonar en harmoniosos acordes de sonidos indescriptiblemente suaves. Es la música que dirá los misterios del mundo y los revelará á nuestro espíritu; después se extinguirá como fogata imaginaria, y arrebatará el alma hasta muy arriba, al abismo sombrío y azul, y á su encuentro, los dibujos palpitantes de las estrellas vendrán resplandecientes á enseñarle la maravillosa harmonía de la revelación.

MAXIMO GORKI.

PENSAMIENTOS

La mujer que vale, siempre es calumniada por mujeres envidiosas; que si algún mérito moral hay que concederles es el de saberse hacer secreta justicia, reconociéndose inferiores á aquellas. También es calumniada por hombres que despechados por haber sido despreciados en sus deseos, pretenden circundarla de deshonrosa atmósfera; tan despreciables criaturas, son como los gusanos roedores de las preciadas flores.

* * *

La mujer que se respeta á sí misma, sabrá sobreponerse á las debilidades de su sexo.

* * *

¡Cuán desgraciada ancianidad le espera á la mujer que envanecida por su belleza, no tiene cerebro más que para pensar en frivolidades mundanas!

Pero ay!, el que nació para arrastrarse no puede volar..... Y habiendo olvidado eso la culebra, cayó sobre las piedras, no se causó daño alguno y se echó á reir.

—He ahí de qué está hecho el encanto de volar al cielo, es una caída, he ahí todo.... Pájaros ridículos! No conocen la tierra, se fastidian en ella y aspiran á volar muy alto en el cielo y buscan la vida á través de ese desierto ardiente.... Aquello es el vacío. Hay mucha luz; pero no hay alimentos ni sostén para los cuerpos vivientes.

¿Por qué, pues, tanto orgullo? ¿Por qué tantos reproches? Es para ocultar la locura de sus deseos y su incapacidad por todo lo que concierne á la vida?

Ridículos pájaros....! Sus discursos no me engañarán más...... Conozco todo por mí misma. He visto el cielo, he volado, lo he medido, he conocido la caída; pero no me he destrozado: por el contrario, creo firmemente en mí misma



Sombreros de adorno sencillo, para campo.

Que los que no puedan amar la tierra, vivan de ilusiones..... yo conozco la verdad...... Yo no creo más en sus llamamientos.... Yo vivo para la tierra, nada más que para la tierra.

El mar brillaba con toda su claridad espléndida y las olas amenazadoras chocaban contra la orilla.

En sus rugidos, semejantes á los del león, resonaba la canción del pájaro orgulloso, las rocas temblaban al choque y el cielo se cargaba de tempestad á los acordes de tan salvaje concierto.

Nosotros cantamos: ¡gloria á la locura de los bravos! La locura de los valientes es la sabiduría de la vida! Oh! atrevido halcón....! Perdiste tu sangre luchando con enemigos.... Pero llegará un tiempo en que las gotas de tu sangre, calientes como chispas, se inflamarán en las tinieblas de la vida y encenderán muchos corazones sedientos de sed insensata de libertad y de luz.

Muere....! En el canto de los valientes y de los fuertes, tú serás triunfal á la libertad y á la luz.

Gloria á la locura de los valientes!"

....La lejanía de ópalo del mar está tranquila, las olas se arrastran melancólicamente sobre la arena, y yo callé, mirando á Raghim, que acabó de contar al mar la canción del halcón.

Sobre el agua, entre la luz de la



Bata de encajes.

COMO MI ALMA

Era una noche tranquila y pura;
bella lucía
pálida luna con tenue luz:
y era tan rica su vestidura,
que parecía
manto bordado de oro y azul.

Era la brisa dulce y suave
como el suspiro
que un labio puro dirige á Dios;
era el silencio místico y grave,
y en leve giro
iba el aroma de cada flor.

Aquella noche de hermosa calma
yo contemplé,
y en tierno canto ¡ay! á mi alma
la comparé.

Era una noche triste y sombría;
recio silbaba
contra los muros el vendaval;
voz temblorosa, mas parecía
que ya anunciaba
con sus quejidos la tempestad.

Rasgó las nubes con poderío
mudo y temible
rápido fuego, rojo esplendor.
y entre los aires rugió con brío
ronco y terrible
hórrido acento que retumbó

Aquella noche llena de espanto
yo contemplé
y á mi alma herida por el quebranto
la comparé.

Carolina de Soto y Corro.



Traje de mañana y sombrero "aldeana".



Traje de "sport", para niño de 12 años.

El amor y la mujer.

Mujer que reúne la virtud y la bondad á la belleza, es una criatura casi divina. Pero la belleza sin virtud es una desgracia, y sin la bondad, un frívolo adorno.

La mujer, si lleva su hermosura como un don que ha recibido con modestia, es encantadora; si lo lleva como una desgracia, es un ángel del cielo. Que una joven se esmere en adornarse, se comprende bien; es una vanidad, pero, en fin, la primavera se corona de flores. Pero el verano debe brindarnos frutos sazonados, y agrada la austeridad del invierno.

A todas las mujeres les pido virtud; pero á las que tienen veinte años les pido, además de virtud, juicio.

No comprendo mujer altiva y presumida: la triste se engalana; sus adornos dicen á todos con mudas voces: admiradme ó amadme. Pide, pues, algo la pobre mujer: ¿y si no le dan ni amor ni admiración? Qué desairado papel representa la mujer altiva.

Tal como es, preséntese cada uno. Así no caerá uno en ridículo. El que aparenta ser lo que no es ó pretende lo que no puede, ese es ridículo.

La sencillez es el más bello de los adornos, como el candor la más bella de las virtudes.

Mujer que se desfigura con adornos, miente al mundo. Nadie generalmente gusta de ella, y es gran lástima que se martirice por parecer mal á todos.

Mujer que une la gracia al juicio y lo pone todo al amparo de la virtud, qué mujer tan deliciosa! Reúne lo mejor de la mujer, del hombre y del ángel.

Mujer coqueta, dulce...... como el pecado; pero, como éste deja remordimiento, deja aquella en el corazón de quien la amó, la amargura de haberla amado, amargura mezclada de vergüenza.

Amor es el suyo breve é infausto, pero ardiente y borrascoso.

La amáis más porque siempre se os está escapando. El orgullo y el corazón luchan desesperadamente para alcanzar á la mujer que siempre huye, tentando y sonriendo.

La coqueta mancha sus miradas, sus sonrisas; halaga, desespera y mata.

Valle de flores con aguas frescas y yerbas viciosas es la mujer coqueta; la austera es montaña con plantas saludables. En aquél se embelesa el sentido, se arruina el cuerpo, se gasta el alma: en ésta, se recobra la salud y el espíritu se vigoriza.

La mujer buena es el regocijo de la casa: la mujer laboriosa tiene alteza en sus ideas, prudencia en sus actos, delicadeza en sus sentimientos: es la bendición de Dios, el encanto de su marido, la Providencia de su casa.

Los que son hombres, cuando se les pregunta por la mujer objeto de su amor legítimo, no dirán que es hermosa, sino que es prudente, hacendosa, buena, y si la pierden, recuerdan con lágrimas, no su belleza, sino su virtud.

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

Talle estilo "sastre", y pelerina-boa de encajes.

Abrigo suelto, corte "sastre".

PARA EL HOGAR

Esquina para aplicación sobre cojín.

EL ARREGLO DE LA MESA.

El precioso efecto de una mesa elegante, consiste principalmente en su alumbrado. Nuestros antepasados tenían verdadero lujo en su iluminación: arañas y candelabros con profusión de bujías, cuya discreta y fina luz armonizaban con las costumbres y con las conversaciones de aquellos tiempos. A ellos debemos esos candeleros generalmente de tan bonita forma, vestigios artísticos de la época de Luis XV, Luis XVI y del imperio, que encontramos en las herencias de familia y que son nuevamente tan apreciados. Pero hoy ya no nos conformamos con esa luz, un poco opaca y sin brillantez; el progreso nos proporcionó primero el aceite de colza, que se abandonó por el gas, las lamparitas de espíritu ó de petróleo, y por fin, la reina de las luces: ¡la electricidad!

Si la mesa es un poco grande, no basta la araña del centro, es preciso alumbrar los extremos; pero la fantasía ha creado preciosas invenciones á este efecto. Si tenéis candelabros antiguos y artísticos de varios brazos, no despreciéis este clásico adorno, como ya os he dicho anteriormente; es muy bonito enlazar á ellos guirnaldas de flores, que continúan después en arabescos sobre la mesa. Si no poseéis este tesoro ó preferís desde luego el gusto moderno, colocad de trecho en trecho esbeltas lamparitas de plata, muy bajas, para que no desluzcan el golpe de vista ni destruyan el armonioso conjunto, y debéis poner en ellas pantallitas de colores suaves en distintos tonos ó haciendo juego con los de las flores escogidas para el adorno de la mesa. No son de gran precio, resultan mo-



Adorno para marco de espejo.

nísimas, y además, vuestra habilidad y buen gusto permiten que las confeccionéis vosotras mismas.

También hay unas lamparitas de noche, en forma de tulipán, de varios colores, que son muy bonitas y dan una luz muy discreta, invitando á la intimidad y al encanto de las confidencias...

En las casas elegantes y modernas, donde todo es electricidad, se inventan cosas sorprendentes para el alumbrado de la mesa. Un hilo eléctrico sujeto al pie de la mesa, pasa bajo el mantel ó bajo el camino de mesa bordado y viene á iluminar un precioso canastillo de flores eléctricas ó lamparitas con las flores perfectamente imitadas que pueden entremeterse entre las flores naturales; muchas veces no se disponen en canastilla, y se esparcen entre las guirnaldas de flores naturales á lo largo de la mesa. Nuestros candela-



Modelo para bordado.

bros antiguos pueden modificarse adaptándoles las bujías terminadas por un pequeño arco incandescente. De día en día se va adelantando tanto en estas bonitísimas é ingeniosas fantasías, que el alumbrado de la mesa es un verdadero lujo.

Pero no basta que vuestra mesa resulte preciosa por presidir el mejor gusto en su ornamentación. Dar á vuestros invitados el placer de la vista, no es bastante. Cuidad de que vuestra comida sea fina y escogida; no sacrifiquéis nada á la cantidad de los platos ni á su "calidad:" además de ser buenos, encargad á la cocinera que estén muy en su punto; esto nada cuesta y vuestras comidas serán más apreciadas. No sigáis el mal gusto de los ricos nuevos, que se figuran que no lucen su fortuna si no presentan muchas cosas: frutas verdes, legumbres sin sabor, sin otro mérito que su elevado precio. Cada estación tiene sus productos naturales, y sabiendo sacar partido de ellos, siempre son mejores que las frutas tempranas, que las legumbres duras y sin sustancia que las estufas nos ofrecen en pleno invierno, que la caza demasiado joven ó demasiado vieja, con la carne blanda ó dura como cuero. Tampoco soy muy aficionada á muchas conservas; sin embargo, conozco que alguna vez haya que recurrir á ellas, sobre todo durante el invierno ó en el campo; pero os aconsejo que las saquéis de sus latas, siempre peligrosas, y las conservéis bien cerradas en cacharros de barro ó de porcelana.

Dejemos la digresión y volvamos á nuestra exquisita comida. Haced que el servicio sea rápido, bien presentados los platos, sin estar fríos ni excesivamente calientes, entreteniendo de uno á otro agradablemente á vuestros invitados; una señora de su casa debe estar en todo y cuidando de que no falte ningún detalle. Su marido es el que suele encargarse de la elección de los vinos; pero yo creo que no debéis descuidar este punto, queridas lectoras, y no os importe reemplazarle en esta ocasión. En la mesa alternan las botellas de vino blanco y tinto, y nos conformamos con una copa, durante la comida, de un buen Bordeaux, excelente Bourgogne y el indispensable Champagne.

Una vez terminada la comida pasaréis al salón, habiendo antes dado las órdenes oportunas para que esté á una buena temperatura; nada es tan desagradable para la digestión como la sensación del frío que embarga á los convidados después de una comida confortable. Que vuestro café tenga buen aroma, que vuestros licores sean exquisitos, y si autorizáis á los caballeros para que fumen, que los cigarros sean finos y escogidos; vuestros invitados estarán muy complacidos y sabrán agradeceros todos estos detalles, que les han proporcionado comodidad y bienestar. No olvidéis, sobre todo, que el mayor lujo de una mesa es que todo lo que hay en ella reluzca de limpio; no quiero decir con esto que estéis siempre pendientes de esa ocupación, pero sí, mis queridas amigas, que alguna vez presenciéis vosotras mismas esta delicada operación.

En mi juventud se me decía que una lámpara no lucía bien si no la arreglaba el ama de la casa.

Os digo lo mismo al tratarse del cuidado de cierta plata artística, de preciosa porcelana de la China ó del Japón y de vuestra fina cristalería.



Cesto estilo japonés.

Causa pena dejar esos tesoros en manos de criados que no conociendo su valor, la limpian sin ningún cuidado.

Dad, pues, la orden de que después de la comida se pongan todos esos delicados objetos en un armario destinado al efecto, sin limpiarlos, y á la mañana siguiente poneos vuestro delantal y haced vosotras mismas ese minucioso trabajo.

La buena Sociedad Parisiense

POR LA

BARONESA DE ORVAL.

LAS COMIDAS.

CONTINUA.

En cualquiera otro caso, basta la edad mayor para tener derecho al sitio de honor; de esta prerrogativa frecuentemente prescinden con gusto las damas, cuando se comete alguna inadvertencia ó error á este respecto.

Antes de ofrecer el brazo á las damas que deben conducir á la mesa, dejan los caballeros los som-



Mesa-necessaire, para costurero.

breros sobre algún mueble y siguen al jefe de la casa.

AL LLEGAR A LA MESA

Llegado al lugar marcado en el planito distribuído, el caballero retira de la mesa la silla destinada á su compañera, para que pueda sentarse fácilmente, y él se sienta después.

Cuando hay criados suficientes, ellos se encargan de retirar las sillas.

Debe el caballero colmar de atenciones á su compañera durante toda la comida, cuidar de que no le falte nada y prevenir sus menores deseos, para que no tenga que pedir agua ó alguna otra cosa.

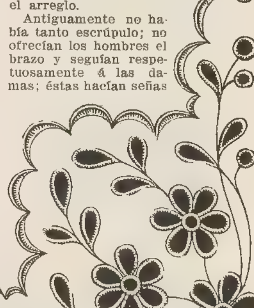
Su conversación debe ser interesante, atractiva; la compañera, por su parte, corresponderá amablemente á las finezas y sostendrá con agrado la plática.

Los guantes se quitan cuando se ha tomado asiento y se guardan en el bolsillo; si no se puede, se ponen en la cintura ó en la entreabertura del talle, ó bien, si son muy largos, se desabrochan solamente y las manos de los guantes se deslizan sobre las muñecas.

DESIGNACION DE LUGARES

Asunto importante para quien da una comida es la designación de lugares en la mesa; en ocasiones es muy difícil el arreglo.

Antiguamente no había tanto escrúpulo; no ofrecían los hombres el brazo y seguían respetuosamente á las damas; éstas hacían señas



Esquina para aplicación sobre cojín.



Fondo para charola.

á quienes elegían como vecinos de mesa y se allanaban así todas las dificultades.

Unicamente el ama de casa tenía el deber de distinguir al invitado más respetable, designándole lugar á su derecha, uso mantenido en vigor en nuestros días.

Muy difícil es seguir estrictamente el formulario para la colocación de los invitados. Habilísimo sería quien se creyese incapaz de incurrir en infracción alguna. Muy involuntariamente se puede herir la delicadeza de algún convidado: tantas son las menudencias que deben observarse, y hay que tener en cuenta el orgullo innato de algunos que no querrían por nada de este mundo perder alguna de sus prerrogativas.

Es éste tal vez uno de los raros casos en que se disputan las señoras el derecho de mayor edad.

Sólo las personas verdaderamente urbanas perdonan todas las leves faltas de etiqueta que podrían cometerse involuntariamente

Debe comprenderse que quienes nos invitan hacen lo posible por quedar bien, y si no lo logran, no son culpables, pues su mayor anhelo está en ser agradables.

A la llegada de los invitados se hacen las presentaciones

El jefe de la casa designa á los caballeros presentes las damas á quienes tendrán el honor de ofrecer el brazo para pasar á la mesa.

Este uso es muy complicado cuando hay numerosos invitados; puede flaquear la memoria, y por esto se ha discurrido otra cosa: se hacen tarjetas muy diminutas que llevan escritos por un lado los nombres de las damas, y en el otro hay un plano de la mesa con los lugares señalados. Dichas tarjetas se ponen en sobres donde se apuntan los nombres de las personas que deben servir de caballeros.



Cuello de encaje.

Colócanse todos estos sobres en una bandeja para que un criado los dé á los convidados.

Toca á los destinatarios de las tarjetas, después de penetrar en el salón, hacerse presentar por el jefe de la casa á las personas respectivamente designadas en las tarjetas en caso que les sean desconocidas; si no, hay que procurar entrar en conversación con ellas, ó por lo menos no hallarse muy lejos de las mismas en el momento en que se anuncia la comida para no tener que atravesar todo el salón para acudir á donde estén, con riesgo de hacerlas aguardar.

Algunas veces el jefe mismo de la casa se pone en el bolsillo los sobres para entregarlos á los que llegan; pero hay un inconveniente, aunque no grave: es imposible arreglar todos los sobres como se debiera por ignorarse el orden de llegada de los convidados, y se necesita un instante para buscar el nombre correspondiente al recién venido, y esto no deja de ser un poquillo incorrecto. Es preferible poner los sobres en el salón.

LOS BANQUETES.

EL MENU

Hay mil variedades de menús; en nuestros días han adelantado mucho en dibujo las niñas y las señoritas, y pueden adornar y embellecer á la acuarela menús deliciosísimos. Ha venido á hacerles competencia la fotografía por afición, y es bonito ofrecer en el menú á los invitados algunas vistas de la propia cosecha.

Entre los menús más elegantes se puede ver en un ángulo de la tarjeta una florecita cualquiera, detenida por una joya, broche, alfiler de corbata, etc., ó bien pasa por una sortija el tallo de la flor y queda fijada por un listón. La idea es agradable; pero el obsequio resultaría ostentoso; bastaría con la flor.

Junto al cubierto de cada invitado se pone un ramillete á propósito para el ojal; los tallos de las flores deberán estar envueltos en papel de estaño y llevar alfileres de seguridad para que puedan prenderse fácilmente.

COMPOSICION DEL MENU

No es muy fácil la composición de un menú; es amplia y depende del número de convidados y del carácter ceremonioso del banquete.

En general, debe ser variado, delicado, más bien que abundante.

Se ha prescindido del número exagerado de platillos, y salvo caso de gran ceremonia, un menú sencillo se compondrá de una sopa, de uno ó dos principios (más bien uno solo), á veces dos asados, uno caliente y otro frío, pero más generalmente se prefiere uno solo, un platillo de legumbres, un entremés y fruta, pasteles y cremas.

Las señoras que tienen á su servicio jefes de cocina, no tropiezan con dificultades para disponer un menú, pues se les presenta ya formado para su aprobación.

EL SERVICIO

Los entremeses deben ser abundantes en la mesa; puede un criado servirlos en un plato de cristal, dividido en múltiples compartimientos para mantequilla, anchoa, cavial, langosta, etc.; es apetitosa la vista de ese platón.

En algunas casas á la rusa, sirven por la noche entremeses de pescado, ostras, caviar, y se les hace circular entre los comensales antes de la sopa; después vienen los entremeses ordinarios.

En los almuerzos se comienza por los entremeses.

El melón se sirve clásicamente después de la sopa, con tenedor y cuchillo de plata. La paleta para melón, un poco más cóncava que la de helados.

Algunas personas prefieren el melón con azúcar á los postres.

Si hay dos sopas, no se lleva á la mesa la sopera; el criado sirve la que el convidado haya elegido.

Es contrario á la etiqueta servir la sopa antes que entren los comensales, y se requiere para excusarlo, una razón esencial de servicio.

Cada convidado tiene enfrente el menú con su nombre puesto al reverso de la tarjeta, y así se evita la tarjeta especial, que sólo se pone con los menús muy adornados.

Después de la sopa se sirve el pescado y en seguida los platos fuertes, compuestos de caza ó de carne. Luego los principios, los cuales se componen de carnes aderezadas con salsas que las distinguen de los asados.

Después de los principios, la mitad de una comida opípara se señala con un sorbete helado.

Los asados se hacen de aves ó de caza.

En seguida la ensalada. Las legumbres se sirven á la inglesa después de la ensalada. Vienen luego los entremeses confitados; luego los helados acompañados de pasteles ligeros.

Abrense los postres con el queso y se pasa á las frutas, pastelillos, cremas, etc.

Va generalizándose la costumbre de disponer sobre bandejas de plata todas las compoteras de pastelería que adornan la mesa.

Circula en torno de la mesa el jefe de los criados con la bandeja de plata, y se simplifica y abrevia el servicio de los postres.

LOS VINOS

No siempre se indica en el menú el orden de los vinos; se ofrecen de la manera siguiente:

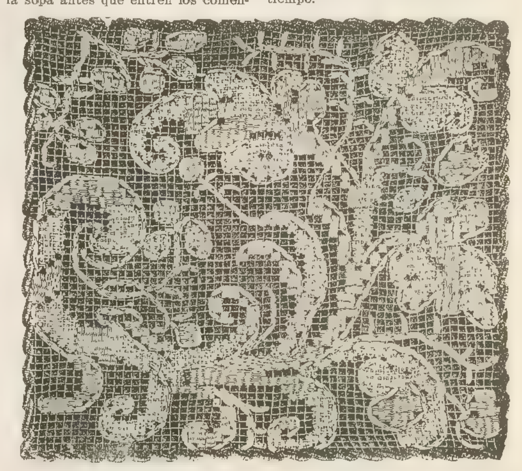
Después de la sopa, en los entremeses, vino del Cabo, de Sicilia, de Madera; con el pescado, vino blanco seco; para los principios, macón; burdeos ó borgoña para los asados. Con los "foe-gras" y el segundo servicio, vino del Rin, de Chipre, Chateau Iquen; champaña para los postres.



Cesto estilo japonés.

A los postres pueden ofrecerse vinos generosos, Alicante, Malvasía, Tokay, Oporto, etc.; pero son más estimados como vino de regalo, de refresco.

En ocasiones para toda una comida se sirve champaña, helada ó al tiempo.



Modelo para bordado en malla.

En más sencillos términos se servirá el vino ordinario á toda hora, para el asado ese vino será de mejor calidad, y á los postres se servirá vino de Grenache ó de Bagnols.

ADORNOS DE LA MESA

Es excesivo en nuestros días el lujo del "cubierto", pues constituye un derroche de cristal, porcelana, vajilla de plata y flores, que producen magnífico efecto.

Algunos años ha se alumbraba la mesa con una lámpara de colgar; hoy se ha vuelto á los candelabros de antaño, cuyas luces más cercanas á los convidados están veladas por preciosas pantallas de color que armonicen con la decoración floral, lo que es una muestra de elegante refinamiento.

Esto es para las comidas de ceremonia; en la intimidad, en familia, tiene sus atractivos la lámpara de colgar y se fabrican algunas muy artísticas.



Cesto estilo japonés.

Hasta hoy se habían puesto sobre la mesa verdaderos tapices de flores, pero va decayendo un poco esta moda; se conservan los canastillos muy bajos para que no impidan á los convidados el verse unos á otros.

Elegantísimos son los centros de mesa Luis XV, de porcelana de Sajonia, colocados sobre un cristal, donde se ven entre flores estatuitas alegóricas, alternando con bellos ejemplares de orfebrería antigua.

Han vuelto á gozar de auge los antiguos canastillos de frutas, de porcelana blanca, dorada, en medio de una bandeja de cristal.

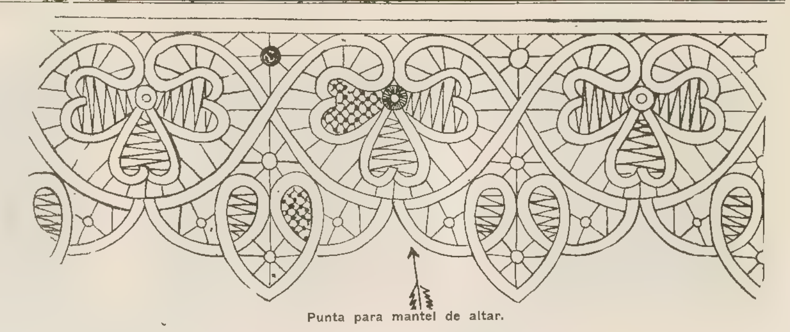
Innovación de mucho gusto: reemplázase el canastillo de flores por uno de frutas raras; se mezclan con arte, formando un primoroso conjunto, frutas en sazón con otras exóticas. Partiendo del canastillo central, van á unirse á los candelabros algunas guías de flores.

Enteramente caprichosa es la decoración floral de una comida. Se hacen "paniers" de rosas, violetas, lilas, crisántemos.

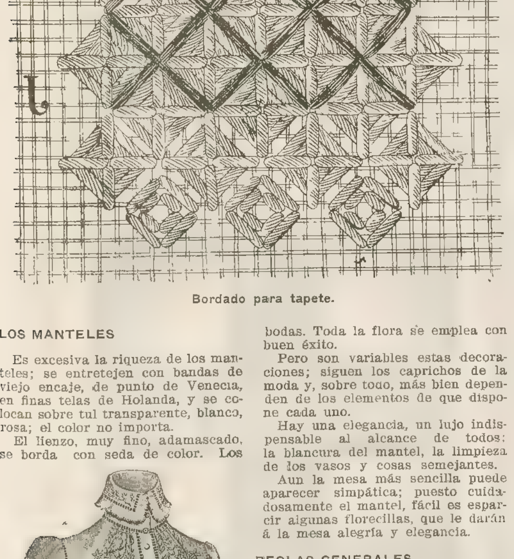
De varias cornetillas de cristal brotan altos haces de orquídeas, ó lilas y claveles mezclados con follajes ligeros.

En las esquinas de una mesa se fijan con lazos de listón haces de rosas; y dilatándose el listón en ondulaciones suaves, se enlaza á todos los ramilletes.

Anúdase á veces un listón á los cuellos de las garrafas.



Punta para mantel de altar.



Bordado para tapete.

LOS MANTELES

Es excesiva la riqueza de los manteles; se entretejen con bandas de viejo encaje, de punto de Venecia, en finas telas de Holanda, y se colocan sobre tul transparente, blanco, rosa; el color no importa.

El lienzo, muy fino, adamascado, se borda con seda de color. Los manteles de Hungría, los bordados moldavos, todos los bordados extranjeros están muy en boga como adornos de mesa.

Mas para una gran comida de ceremonia, la única elegancia admitida es el hermoso lienzo blanco adamascado, finísimo, cifrado.

Cada estación ofrece por sí misma la decoración floral; ora serán flores de primavera, ora de estío, ya lindos follajes de otoño; con la vid virgen se hacen adornos primorosos. El muérdago, el acebo, las rosas de Navidad, en el invierno. Los azahares de naranjo para los festines de bodas. Toda la flora se emplea con buen éxito.

Pero son variables estas decoraciones; siguen los caprichos de la moda y, sobre todo, más bien dependen de los elementos de que dispone cada uno.

Hay una elegancia, un lujo indispensable al alcance de todos: la blancura del mantel, la limpieza de los vasos y cosas semejantes.

Aun la mesa más sencilla puede aparecer simpática; puesto cuidadosamente el mantel, fácil es esparcir algunas florecillas, que le darán á la mesa alegría y elegancia.



Modelo para blusa.

REGLAS GENERALES

Cada convidado debe tener suficiente espacio para que sus movimientos puedan ser libres, y bastante espaciosa será la mesa para que todo esté en buen orden, sin confusión; por regla general, se calculan de cincuenta á sesenta centímetros por convidado.

A la derecha del plato, el cuchillo y la cuchara; el tenedor á la izquierda.

La servilleta, doblada en dos, sobre el plato; se ha prescindido de todos los dobleces ingeniosos. Sobre la servilleta, la pieza de pan.

Los vasos, tres, cuatro ó cinco, uno grande para mezclar en él el vino ordinario con el agua, uno mediano para el vino de Madera, el tercero para el de Borgoña, el cuarto para burdeos, y, en fin, el quinto, copa ó flauta, para champaña.

Cuando se sirve vino del Rin, se suprime el vaso para Madera y se pone uno de color verde.

Los vinos de Sicilia, de Grecia y el Chateau-Iquem se beben en un vasito de cristal labrado.

Los vasos se colocan en ramillete ó como tubos de órgano.

Entre cada uno de los convidados se pone un salerito minúsculo de plata ó de cristal, con una paletilla.

Los botellones de vino se ponen siempre al alcance de los caballeros para que sirvan á las damas. Algunos pretenden que no se ofrezca agua, pero es un error, porque una dama no debe rehusarla jamás, pues no bebe puros sino los vinos finos.

UTENSILIOS DIVERSOS

Cada día se fabrican muchos utensilios pequeños para la mesa; la mayor parte viene de Inglaterra, donde casi degenera en estorbo el exceso de comodidad.

He aquí en pocas líneas los más útiles de estos utensilios y su objeto:

Para las frutas está prohibido el acero; los cubiertitos para postres comprenden dos cuchillos, uno de plata, de plata dorada, ó de "bronce de aluminio".

Usase mucho para el pan un "cuchillo especial" que lo corta sin hacer migajas.

Las "tijeras para uvas" son de formas caprichosas; ya representan cigüeñas, ya dos serpientes enlazadas, etc.

El "cascanueces" sólo se emplea en la intimidad.

El "prensalimón" se adapta sobre el vaso, se da vuelta á un tornillo y sale todo el jugo del fruto.

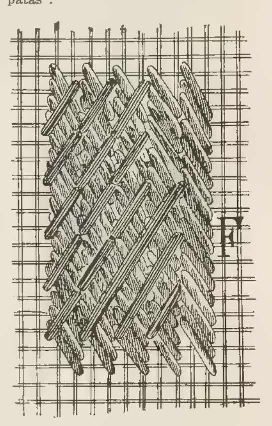
De diferentes maneras se usa el indispensable tirabuzón.

Para los entremeses hay variedad de utensilios, que son: la "espátula" para la mantequilla; la "cuchara-criba" para las aceitunas; el "tenedor" para el salchichón; una horquilla larga y delgada, de dos dientes, para los encurtidos; flecha para el mismo uso; "paleta" para el caviar; "cuchillo-escofina" para trufas blancas de Piamonte; un molinito de pimienta; un "molinito de sal gris", la única en uso; para los huevos pasados por agua, las cucharas de forma especial; para las ostras, el "tridente".



Charola con aza, para dulces ó flores.

Como no se usa tomar con los dedos los langostines, las patas de cangrejo ni los cangrejos, se han inventado el "curapatas" y el "rompepatas".



Bordado para tapete.

El trinche del cubierto para pescado es más corto, y en estos últimos tiempos se ha ensanchado un poco la lámina de plata.

Se tienen también la "trulla" para pescado, las "pinzas" para espárragos, el "tenedor para melón", la "cuchara-paleta" para helados, etc.

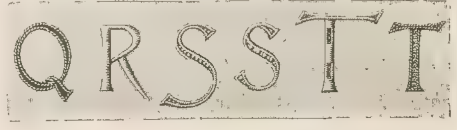
En fin, hay otros muchos utensilios que el capricho de la moda inventa á diario y que se juzgan indispensables en una mesa elegante.

Los portacuchillos se suprimen en las comidas de alguna ceremonia.

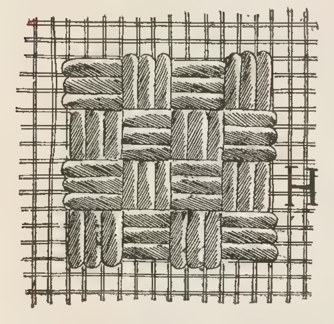
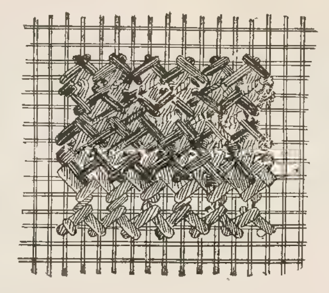
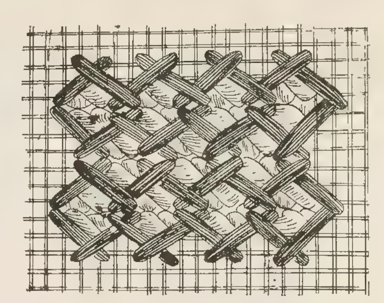
* * *

Una palabra sobre el "rince-bouche", también ahora en desuso. Se ha conservado el bol; se da á la mitad de la comida, á lo menos si se han comido langostines ó cangrejos, y se humedecen las puntas de los dedos; se le acompaña de una servilleta especial, á veces con encajes riquísimos. Es casi reproducción de la Edad Media, en que gentiles pajecitos hacían circular en torno de la mesa una palangana y un jarro para agua.

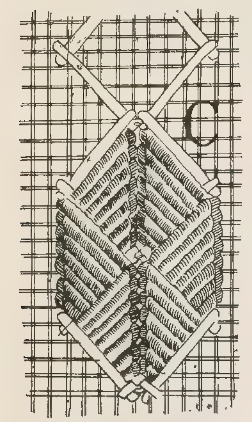
Cuando no, se pasa un lavabo pequeño al fin de la comida; sobre el agua se echarán algunas flores, violetas ú otras, y una ramita de alianthun hace veces de esponja para limpiar las puntas de los dedos.



Modelo para marcas.

Modelos para tapetes.



A la derecha de cada invitado se pone un mondadientes de pluma.

CUBIERTOS, VASOS Y BOTELLAS

Los cubiertos ordinarios son de estilo Luis XIV ó Luis XV, con la cifra y las armas en relieve. En cuanto á los cuchillos, se ha vuelto á los usos antiguos y se emplean hojas con punta.

Para las grandes comidas el servicio de vasos será de cristal fino; los vasos de forma de cálices montados sobre pies finos; las garrafas y garrafones, de forma Renacimiento, de vientre redondo; cada pieza está ornada, en esmalte rojo y oro ó verde y oro, con la cifra ó con la corona, con la divisa escrita en una tira de esmalte: novedad elegantísima y decorativa.

Bien sabido es cuánto respetan los aficionados el polvo depositado por el tiempo en las botellas de vinos finos; á fin de conservar ese certificado, se hace una especie de armadura de plata de mallas muy finas para encerrar la botella; así se la puede pasar de mano en mano, religiosamente, sin ensuciarse los dedos.

Esta redecilla armoniza bien con el lujo de la mesa. Se hace igual modelo para las botellas de champaña.

Consérvanse para los buffets, las noches de baile, los antiguos de plata maciza y centros de mesa.

Recientemente se han inventado los cubos para hielo, de cristal y niquel plateado; se ha adoptado el uso del hielo en verano y en invierno.

EL SERVICIO

A dos grandes principios ha quedado reducido hoy el servicio de mesa: se sirve á la francesa ó á la rusa.

Estos principios sólo comprenden la manera de poner el cubierto, pues ni la trinchadura ni la presentación de los platos cambian de estilo, son idénticos para los dos.

Casi se ha prescindido del servicio á la francesa, porque requiere demasiada ostentación de orfebrería; una pieza principal montada está rodeada de cuatro ó seis escalfadores, ó bien un gran escalfador oval forma centro de mesa. Este servicio perjudica la calidad de los manjares, que se conservan en los escalfadores.

En Inglaterra se conserva el servicio á la francesa.

De allí nos vienen todos los refinamientos nuevos.

Mucho más alegre y elegante es el servicio á la rusa. En éste no aparece en la mesa ninguna fuente; sólo se admiten los postres, confituras, golosinas y pastelillos sobre platos con pies, las frutas en compoteras, arreglado todo con gusto en torno de un canastillo de flores. Luces, muchas luces brotan de los candelabros colocados en las cabeceras de la mesa, ó de bombillas eléctricas colgadas.

Debe hacerse sin ningún ruido el servicio de mesa; los criados parecen deslizarse en torno de los convidados, procurando que no choquen nunca los vaso y los platos.

Un sirviente enseñado sabe, según los puestos de los comensales, el orden en que debe servir.

La primera persona servida es la señora sentada á la derecha del jefe de la casa; en seguida la de la izquierda, y así sucesivamente, alternando á derecha é izquierda.

En cuanto á los hombres, se sigue el mismo orden.

Las niñas son generalmente servidas antes que el ama de la casa; pero si ésta es de cierta edad y de muy pocos años las niñas, tiene ella la preferencia.

Si entre los convidados hay algún anciano, la señora hará una seña al criado para que le sirva antes que á ella; pero si rehusa el anciano, no se debe insistir. No son inmutables las leyes de la etiqueta; podrá atenuar su rigor una persona educada.

(Continuará).



Vistoso traje de campo

ASÍ ERES TÚ.

En el rostro de Camila había resplandores de aurora; de sus ojos, que yo conocí con mirada santa, saltaban rayos de desprecio; el gesto de sus labios estaba cincelado en un bloque de mármol: eterna sonrisa los plegaba; nadie se atrevía á besarlos, porque la sangre movida por la pasión amorosa, no los haría temblorosos ni un instante: eran el santuario de la sonrisa, y en vano se pediría compasión. amor ó admiración á esos labios; ante la miseria, ante el tormento inquisitorial, ante la muerte, se les vería sonrientes: eran terribles por aquel gesto. ¿Quién momificaría aquella boca en tal actitud? Al Gwimplyne de Víctor Hugo los hombres le habían labrado la risa en la cara; pero á Camila, no sé qué dios ó qué demonio le estamparía su sonrisa sin fin. Si esta mujer hubiera pasado á ser inmortal, como en el tiempo en que el Olimpo se poblaba de hijos de dioses habidos en mujeres mortales, allí hubiera permanecido en su sempiterna sonrisa. Apenas la imperturbable Esfinge del Desierto, que no altera su gesto, aun cuando la envuelvan los remolinos de arena levantados por el simoun, podría asemejársele. No os acerquéis al cielo gentílico, porque volveréis disgustados por tanto crimen divinizado; mirad mejor sus dioses desde la tierra, en las constelaciones estelares. Camila era adorable; pero al entregarle el corazón, lo magullaba; el mío conserva todavía las manchas verdosas de la hiel con que lo roció. Hay flores venenosas que agradan por sus colores y aroma, y sus efectos son, ó el delirio, ó las convulsiones, ó el sueño ó la muerte: la mujer de quien hablo atraía, fascinaba; pero ¡pobre del amante engañado!, corría la suerte del incauto pajarillo embaucado por el magnetismo morbífico de la boa. Las Lucrecias todavía viven; mas esta Lucrecia asesinaba corazones, tenía gusto en ser cruel con sus amantes. ¡Qué pequeña parecía esta sirenita bastarda y contrahecha ante la gran criminal Borgia! Los crímenes, como las virtudes. rayan á veces en lo sublime; pero hay crímenes y virtudes aparentes tan feas, que causan asco. El león degollando en las estepas al potro salvaje, causa horror; mas la inmunda araña engrillando con sus hebras al mosquito, es repulsiva, y una araña vestida con plumas de colibrí, ¡qué repugnante!

Ella dejó ya las muñecas y la falda de mamá; la orla de su bata azul besa el borde del ajustado botín. y al menor vientecillo descubre traidoramente la bien torneada pierna, recubierta con la blanca media; comienza á hinchársele el seno y se ruboriza ó palidece á la vista del adolescente Víctor, que ha dejado el caballo de caña y los fusiles de hojalata, porque la niña de la bata azul lo tiene melancólico. y juegan á los novios y se aman. ¿Se casarán? No, que de un día para otro ella no le ama, y el pobre Víctor, apenas joven, experimenta por primera vez cuán ingrata es la mujer.

Las serenatas se repetían con frecuencia en casa de Camila; Jacobo su amante punteaba la melancólica guitarra á la luz de la luna, cabe la ventana de su adorada, entonando esas canciones nacionales que parecen lamentos perdidos, de [illegible] que van á enredarse en los aba[illegible] de las palmas para arrullar á los mirlos que allí anidan; y la virgen salía á la ventana, hermosa. blanca. como la luna llena cuando desabrocha la túnica de celajes con que se vistiera por un momento, como magnolia que oculta entre la fronda, al más ligero céfiro asoma su blanca frente por entre los pámpanos; y allí de las palabras hermosas. de los billetes bien escritos y perfumados, de los mutuos regalos de flores. ¡Qué pareja tan bien ave-

Sombrero último modelo, para señorita — Saco de abrigo con adorno de pasamanería — Talle "María Antonieta."

nida! Ya iban á casarse: el velo blanco, el vestido de boda, los azahares y "abierta allá á lo lejos la puerta del hogar," todo estaba preparado; pero "¡cuánta mudanza en un día!" Da un vuelco el corazón de la bella prometida, y ¡adiós para siempre, caricias del himeneo, ilusiones encerradas en la copa del placer, que al irlas á gustar, un demonio quiebra contra los dientes del pobre Tántalo el cristal del vaso....! ¡La viudez antes del matrimonio! ¡El infierno por haber resbalado en la puerta del paraíso! ¡Qué adiós tan espantoso! Es el "farewell tristísimo de Satanás al cielo do fué creado.....!

Y cuando yo, con la candidez del niño, le ofrecí mi corazón, me acuerdo que las campanas del templo de mi pueblo llamaban alegremente á misa, y entrábamos los dos á orar Yo dejaba estampadas mis rodillas en el pavimento de la iglesia, como los pies de Jesús sobre la roca del monte Olivete el día de su ascensión, porque adoraba á Dios profun-



Colección de talles y sombreros.



Modelo de batas sueltas para señorasjóvenes.

damente, agradeciéndole la felicidad que me hacía gustar; entonces pasaban por mi frente todas las inspiraciones: ya era la oda recitada en armoniosa melopeya al son de la lira, ora el aria cuya música interpretaría el ritmo precipitado del corazón al recibir el primer beso, lo vago, luminoso y perfumado que pasa en las noches de cita amorosa, los rubores de la primera subida al lecho nupcial. ¡Ah! era tanta mi felicidad, que repartida entre todos los que sufren en la tierra, se mitigarían sus penas; era mi amor tan universal, que en el más pequeño grano de polvo sentía palpitar un corazón; y mientras yo adoraba á Dios, me parecía que la orquesta que ayudaba á oficiar la misa dejaba oír algún acorde del arpa del salmista, ó las trompetas de Josué que resonaron alrededor de las murallas de Jericó, ó el canto de María la profetisa después del paso del Mar Rojo; pero siempre en son de epitalamio, no sé cómo y allá, más cerca del altar, envuelta en el humo del incienso y alumbrada por los rayos de un sol primaveral que entraban por las ventanas del templo, veía á la virgen blanca enlutada, orando de rodillas ante el ara santa.... No era la hermosa prometida que pedía al Dios bueno de los cristianos la felicidad para su novio, sino el verdugo que pedía no sé á qué ídolo, hacer más certero el corte sobre el cuello de la víctima, pues á poco de salir del templo destruyó todas mis ilusiones con la mayor crueldad....

Al poco tiempo, una campanita cascada llamaba pausadamente á misa: "el templo estaba solo y obscuro," cubierto de telarañas, empolvado; los cirios, de llama mortecina, apenas alumbraban el tétrico recinto..... ¡En esa misa se desposaba la mujer que yo adoré!

PEDRO LAZCANO.

MATINAL.

Estalla el iris al romper la au- (rora,
Los átomos palpitan incendiados,
Despierta la esmeralda de los prados
Y todo el Universo se colora.
Cesa el rocío que la brisa llora,
Ondulan los vapores esfumados
Y se lanzan al aire los alados
Cantores de la selva. En esa hora
Hace explosión de pétalos el broche,
Vuela en ondas sutiles el perfume
Y el bosque se estremece de ale- (gría;
Recoge su crespón la negra noche,
La matinal estrella se consume,
Ríe la eternidad... ¡y se hace el (día!

JOSE P. PADILLA.

NOSTALGIA.

En las afueras de la ciudad, sentado en un banco de piedra, lejos de todo bullicio, sintiendo la necesidad del aislamiento para entregarme á esa tristeza tranquila y dulce que se llama nostalgia, me veo sorprendido y divagado por el magnífico cuadro que á mi vista se presenta. La luz extinguiéndose, envía sus últimos reflejos á la naturaleza adormida; el ambiente perfumado por las rosas acaricia mi frente; las aguas transparentes retratan los inimitables cambiantes del crepúsculo; es la hora de la poesía, es la hora en que el sol abandona la tierra, dejándola lánguida, entregada á esa voluptuosidad que produce la penumbra, á ese bienestar que se experimenta á la caída de la tarde; es el momento de la despedida de dos astros que se aman, y como la de todos los amantes, se prolonga debilitándose á medida que se alejan.... principian por abrazarse con un beso ardiente, luego se enlazan las manos, después se miran y por último, al perderse de vista, suspiran. Así el sol con la tierra: primero la abraza con sus calurosos rayos, luego la acaricia con los luminosos, la mira triste al hundirse en el lejano monte y por último, le envía amorosos suspiros con las postreras claridades del crepúsculo.

Hasta mí llega confuso y apenas percibido el toque del "Angelus" con esos rumores vagos que produce toda población; miro frente á mí ese desordenado conjunto que ofrece la ciudad desde este sitio, los remates de sus altos edificios, sus cúpulas, sus torres, todo un ejército de salientes y elevadas moles que parecen empeñadas en desprenderse de la tierra y buscan como un apoyo en el resto del edificio, para empinarse y poder así respirar el ambiente puro de las alturas, pues están enfermas, dañadas con el aire viciado de la ciudad, de esta ciudad hermosa de la Andalucía mexicana, como con justa razón la llaman, porque sus bellísimas mujeres poseen ese "chic," esa gracia especial, ese "no sé qué" enloquecedor que embriaga ,que fascina, capaz de mover al más esforzado sibarita.

Yo, colocado en esta atmósfera agradable, dejándome llevar por los impulsos de mi joven corazón, halagado por un porvenir de ventura que forja la loca imaginación, influenciada por el fulgor de unos lindos ojos en los que creo mirarme, teniendo á mi lado un amigo franco y sincero, confidente de mis pensamientos, me siento dichoso, y sin embargo, siento un vacío, un algo que me falta: ese algo, ese vacío, es la nostalgia que experimento lejos de mi país natal, donde dejé mi familia, mi madre, donde están mis afecciones de niño, en donde cada calle, cada plaza, es una página de la historia de mi niñez; sitios que al recordarlos, evoco recuerdos gratos como son los de mis primeras ilusiones, tristes, pues veo que aquellas afecciones puras, inocentes, castas, ya pasaron y como las golondrinas de Becquer: "Esas.... ¡no volverán!

JUAN B. ARRIAGA.

DOLORA.

Dijo la poma dorada
Al nido de chupaflor:
—Quita, que me das horror,
Cuna de cerdas formada.
Más tarde, marchita, helada,
Cayó la poma hasta el suelo;
La pollada tendió el vuelo,
Flores aladas y hermosas....
Y suspiraron las rosas:
—Id en paz, hijas del cielo!

RUPERTO J. ALDAMA.



Sombrero-toca para señorita.



Talle "plissé" con manga de último estilo


MANUFACTURES ROYALES
CORSETS
P.D
ULTIMOS MODELOS
VARILLA RECTA
LOS MEJORES DEL MUNDO
GRAND PRIX
PARIS
1900
BIEN FAIRE ET LAISSER DIRE
P.D.

PARA EL HOGAR

La buena Sociedad Parisiense

POR LA
BARONESA DE ORVAL.

LOS BANQUETES.

CONTINUA.

No se presentan ya las "piezas"; ha parecido superflua esta formalidad. En una casa particular, las piezas están enteras antes de ser trinchadas; además, se trincha sobre el aparador del comedor, si el manjar no está dispuesto para el objeto.

El criado presenta el plato á la izquierda, para que los comensales se sirvan cómodamente; si el manjar lleva salsa, presenta la salsera otro criado ó la lleva el primero en la otra mano. Lo mismo se hace para los entremeses con crema.

En las grandes ceremonias, cuando se emplea á los lacayos para el servicio de la mesa, pueden presentarse de librea; pero más generalmente de frac á la francesa y guantes de algodón. Los jefes de criados van siempre de frac y sin guantes.

LAS GRANDES COMIDAS

Nada se asemeja más á una mesa de hotel de primer orden, que esas grandes comidas, á menudo oficiales, donde domina á veces una monotonía fastidiosa.

Salvo una instalación excesivamente grandiosa, el número de convidados obliga á la señora de la casa á tomar sirvientes extra y á mandar hacer platillos fuera de casa; frecuentemente se añade á la instalación de la casa un material suplementario que le quita su atractivo, su sello personal.

Hay casas especiales que se encargan de proporcionar para una comida: vajilla, alumbrado, criados, etc.: toman la iniciativa de todo, responden del buen servicio y del éxito del menú.

En estos últimos años, algunos elegantes han puesto en práctica un uso que en ocasiones exime de toda molestia en casa. Alquílase un local destinado á este uso, construído con este objeto, y se trasladan á él algunos muebles de la propia morada. Se envía á los criados para que se pongan á las órdenes de los jefes de sirvientes extraños.

Este género "mixto" es un poco menos vulgar que la simple fonda.

Volviendo á la gran comida que se debe dar en la propia casa, es preciso, si se tienen más de treinta convidados, organizar una mesa de honor, con mesas pequeñas.

No se habla de mesas en forma de herradura ó de T; se asemejan demasiado á un vulgar banquete municipal.

La mesa de honor será de dieciséis cubiertos por lo menos, hasta veinticuatro, y en ella se observará rigurosamente la etiqueta de los lugares.

En las mesas pequeñas será menor tal etiqueta, y se hará en globo la asignación de los lugares, las más veces por medio de una flor ó de un listón que se entrega á los convidados á su arribo, y se les designa el sitio que deben ocupar.

Pelerina-boa de encajes y gasa.

Sucede á menudo que no hay lugar para esa mesas en el comedor; en tal caso se las dispone en las piezas vecinas: sala, saloncito, biblioteca; pero nunca en el salón de recepción ni en el de fumar, porque se reservan para después de la comida.

Este género de servicio se usa, sobre todo, para comidas de gran ceremonia, y principalmente para las cenas las noches de bailes.

Para una comida de ceremonia, la hora comunmente adoptada es las ocho de la noche. En las invitaciones se indica casi siempre la hora; si no, se puede llegar á las siete y tres cuartos, seguro de estar casi á la hora probable.



Cuellos, corbatas y cintas de moda

COMIDAS DE MEDIA CEREMONIA

Las comidas de media ceremonia son las que reúnen semanaria ó quincenalmente á cierto número de personas de diversas clases; comidas donde reina cierta sencillez que quita á la reunión toda apariencia de grande aparato.

El traje para las señoras será menos elegante: un vestido de tertulia medio escotado; los hombres siempre de frac, prenda habitual á partir de las siete de la noche.

COMIDAS INTIMAS

Difícil es para una señora de casa disponer el menú cotidiano, más complicado que el de gala, aunque mucho más sencillo. No hay reglas: cada cual se acomoda á su gusto y ocupaciones.



Manga para traje de teatro ó de recepción.

Las horas de almuerzo son á veces diferentes para las varias personas de una familia. Por tanto, es motivo de vacilaciones tener que recibir huéspedes inesperados, llegados á menudo con el marido en la mañana: difícil conservar en la memoria la composición del menú que reunió la última vez á los amigos á quienes invita de nuevo.

Se requiere, pues, que el menú sea abundante y permita añadir uno ó dos cubiertos.

Debe la mujer pensar en todos los detalles que se renuevan diariamente, acordarse de los gustos de cada uno; tener en cuenta las preferencias de éste y las antipatías de aquél.

No será el mismo el menú para personas de edad que para jóvenes cuyos estómagos pueden digerirlo todo.

Deben notarse aun los pormenores más pequeños: éste come pan sin miga; el otro prefiere la miga; el de más allá necesita agua gaseosa.

Hoy, en casi todas las casas, en el menú ordinario se sirve vino blanco, tinto, cerveza y aun leche: es la moda.

Entiéndase bien que estas menudencias no pueden practicarse sino en familia, en la intimidad; á medida que se asciende en la escala social, desaparecen estas muestras de afectuosa solicitud y son más clásicos los menús.

Por regla general, ni aun en comida de media ceremonia se harán figurar jamás huevos, biftecs, chuletas (excepto de corzo) ó carnes recalentadas: estos platos se guardan para la intimidad, y toca al ama de casa cuidar de estas cosas á fin de que nada se pierda.

LA ESTETICA DE LA MESA

La estética es una ciencia que requiere demostraciones y enseñanzas, y que, hasta la fecha, se ha conservado un tanto en el misterio para los que no han recibido una educación artística con la cual puedan admirar las bellezas de la naturaleza y las que el arte ha creado, inspirándose en los modelos más hermosas que aquélla les ofrece.

No confundamos el "esnobismo" con el gusto artístico. En nuestros días todo es "esnobismo"; por él cuelga uno en su aposento tapicerías antiguas; por "esnobismo" se admiran ciertos cuadros modernos totalmente desprovistos de idea artística; por "esnobismo" también se eriza nuestro lenguaje de palabras, de frases tomadas de tragedias, comedias y poemas antiguos, frases y palabras que, usadas en la conversación corriente, pierden toda su hermosura, á pesar de sus pretensiones estéticas.



Colección de delanteros, cuellos y corbatas.



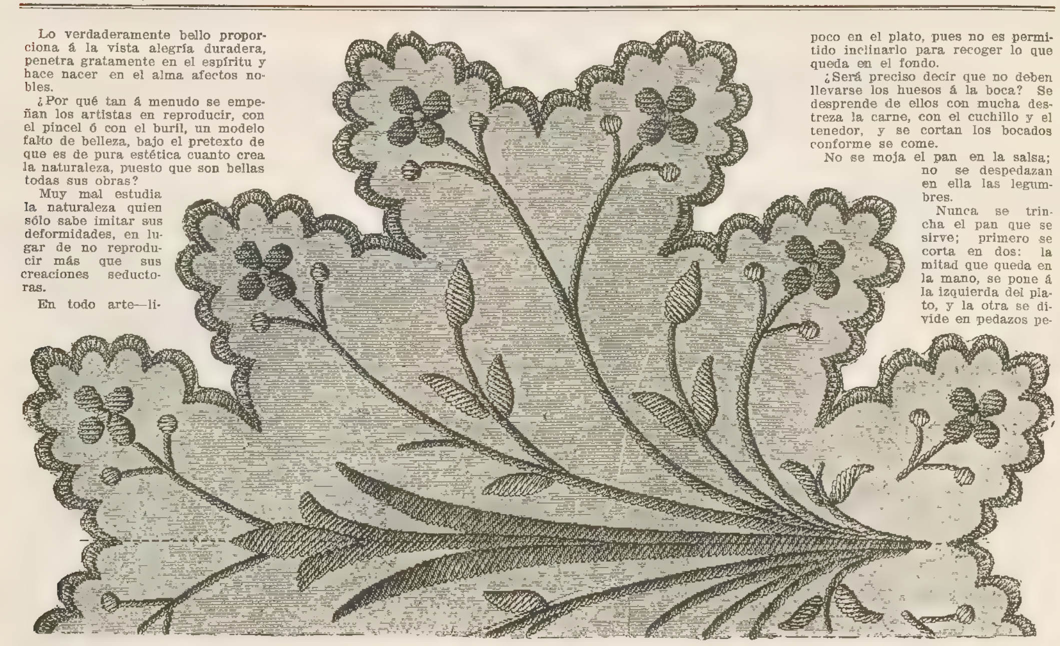
Manga para traje de teatro

Lo verdaderamente bello proporciona á la vista alegría duradera, penetra gratamente en el espíritu y hace nacer en el alma afectos nobles.

¿Por qué tan á menudo se empeñan los artistas en reproducir, con el pincel ó con el buril, un modelo falto de belleza, bajo el pretexto de que es de pura estética cuanto crea la naturaleza, puesto que son bellas todas sus obras?

Muy mal estudia la naturaleza quien sólo sabe imitar sus deformidades, en lugar de no reproducir más que sus creaciones seductoras.

En todo arte—literatura, música, escultura, pintura—precisa conocer lo verdaderamente bello, y no, por "esnobismo," seguir el procedimiento de ciertos modernistas que quieren hacer una regla general de opiniones basadas en juicios falsos.



Modelo para bordado

En la indumentaria misma hay una estética; puede reputarse bello lo que nos sienta, lo que armoniza con nuestro color, pelo, talla, aspecto en general. A una señorita le caerá á las mil maravillas cierto vestido, porque es alta y delgada, pero se verá ridículo en otra que es gorda y bajita.

Mientras más armonice un sombrero con una cabellera negra, menos bien sentará con cabellos rubios y ligeros.

En la mesa consistirá la estética en apropiar tal adorno de flores á tal servicio de cristal, de porcelana, etc. Sería de muy mal gusto un gran lujo de servicio con un mantel fantasía de color rojo ó azul; al paso que vendría muy á propósito con un servicio de porcelana ordinario, de género bretón ú otro.

Se comprende que no habría estética en poner pan de especias, dulces de familia, en una mesa servida á la rusa.

En fin, el gusto es y debe ser asunto muy personal, y si reconoce uno que carece de él, más valdría pedir consejo á personas competentes, que no exponerse á cometer una falta de estética.

COMO SE DEBE COMER

Si hay un lugar donde se reconoce á las personas bien nacidas, es sin duda en la mesa; en ella no se engaña uno jamás. Cuando desde la infancia se ha acostumbrado uno á observar ciertos modales pulcros, no hay que ocuparse en ellos más tarde, porque nos son naturales; y por más desdichada y miserable que llegue á ser nuestra vida, sabremos dar á nuestra mesa un aspecto decente, y no se desdeñarían de sentarse á ella ni las personas más delicadas.

Quienes saben comer, pueden á veces tomarse ciertas libertades que no parecerán nunca groserías, por la manera delicada de usarlas. Así, por ejemplo, la Emperatriz Eugenia comía la ensalada de un modo seductor, aunque tomaba las hojas con los dedos.

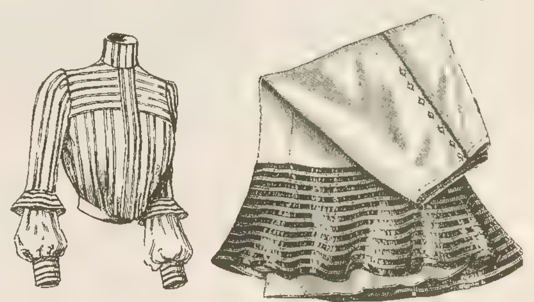
Roía muy bien los huesos de perdiz la Reina de Inglaterra, la soberana del país donde impera la etiqueta por excelencia.

Los modales sin artificio alguno, son prueba de buenos hábitos sociales.

Todos comen, es la verdad; pero todos deben comer con toda la finura posible.

REGLAS GENERALES

Se extiende la servilleta sobre las rodillas, sin desplegarla enteramente.



Talle para traje de interior

Modelo para enagua de fondo.

No se pedirá nunca dos veces sopa, y siempre se ha de dejar un poco en el plato, pues no es permitido inclinarlo para recoger lo que queda en el fondo.

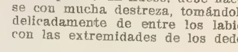
¿Será preciso decir que no deben llevarse los huesos á la boca? Se desprende de ellos con mucha destreza la carne, con el cuchillo y el tenedor, y se cortan los bocados conforme se come.

No se moja el pan en la salsa; no se despedazan en ella las legumbres.

Nunca se trincha el pan que se sirve; primero se corta en dos: la mitad que queda en la mano, se pone á la izquierda del plato, y la otra se divide en pedazos pequeños á medida que se necesitan.

La servilleta sirve para limpiarse los labios, nunca con las esquinas, sino con los bordes, antes de beber y cada vez que se ha bebido.

Cuando hay que dejar en el plato una espina ó un hueso, debe hacerse con mucha destreza, tomándolos delicadamente de entre los labios con las extremidades de los dedos.



LOS CRIADOS

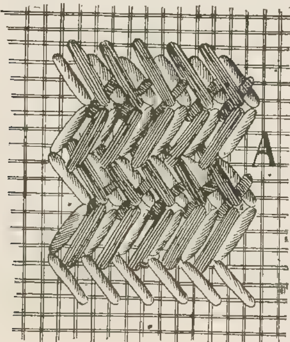
Los criados pasan los platos por la izquierda; sirven los vinos y levantan el servicio de mesa por la derecha. Al servirse, no debe uno tardarse en escoger el trozo preferido, sino tomarlo con prontitud.

No es correcto decir gracias á los criados que sirven; no se debe levantar el vaso para aceptar ó indicar que se está satisfecho. Un ademán, un movimiento sencillo, bastan para un criado entendido.

PESCADOS Y MARISCOS

Para comer el pescado hay un cubierto especial de plata; si faltan esos utensilios, hay que usar el tenedor común y tomar, con la mano izquierda, un pedacito de pan para quitar las espinas.

Para los cangrejos, langostines, etc., se usa hoy el mondapatas, rompepatas, que evitan grandes faltas; todo está en saber usar estos utensilios; lo más conveniente es ver cómo los emplean los demás, antes



Modelos para tapetes



Bata suelta.



Talle para traje de interior.

de hacerlo uno mismo; si se duda de la propia destreza, se puede salir de apuros rehusando lo que se teme no saber comer según las reglas establecidas. Puede aplicarse esto á todos los platillos nuevos ó utensilios desconocidos, cuando se ignoran ciertos refinamientos.

LEGUMBRES

No se ha inventado aún un instrumento para desprender las hojas de las alcachofas, y generalmente sólo se sirve el corazón de esta legumbre. No se ponen enteras las alcachofas sino en las mesas de familia.

El uso de comer los espárragos con tenedor, no viene de Inglaterra como se ha creído, sino de Francia, desde el siglo XVIII. Las marquesas mismas cortaban la punta del espárrago con el cuchillo y se la comían con el tenedor. Esta manera de comer espárragos debe llamarse "á la francesa"; además, se acaba de inventar, para modificar este uso, unas pincitas de espárragos.



Toca para señora joven.

Se ofrecen estas pinzas con un plato cuya forma permite poner salsa en una especie de salserilla.

PURES Y ENSALADAS

En algunas casas sirven, á la inglesa, purés con la carne; más vale, para comerlos, no prescindir del tenedor, que se tiene en la mano izquierda, y el cuchillo en la derecha. Después de cortar un pedacito de carne, se toma con el tenedor, se le agregan con el cuchillo unas pocas legumbres y se lleva á la boca con la mano izquierda.

La ensalada se sirve con un cubierto especial, á veces muy incómodo; hay que tener mucho cuidado de no dejar caer las hojas en el trayecto de la ensaladera al plato. La ensalada debe estar cortada muy menudita, para que no tenga que hacerlo cada uno; pero si no, se parten las hojas con el tenedor ladeado, y no con el cuchillo.



Toca vista por detrás.

Casi todas las legumbres se toman con tenedor usado como cuchara: se las amontona y se las lleva delicadamente á la boca, sin dejarlas caer en el trayecto.

HUEVOS POSTRES

Difíciles de tomar parecen los huevos pasados por agua; se sostienen con la mano izquierda y se les dan golpes secos con el tenedor. Rota la cáscara, se introducen los dientes del tenedor, é inclinando la huevera, un leve movimiento de la mano derecha basta para desprenderla. Se toma con cuchara, con la cual se rompe la cáscara en el plato.

Hay para los postres cubiertos especiales, cuchillos de plata, ó de plata sobredorada, etc. Como nunca debe llevarse el cuchillo á la boca, no se tomará el queso con cuchillo. Se cortan pedacitos que se colocan con el cuchillo en una rebanada de pan, sostenida en la mano izquierda, para llevarla así á la boca.

FRUTAS Y POSTRES

Todas las frutas se mondan con cuchillo y tenedor. Se divide la fruta en cuartos, se trincha cada pedazo y se sostiene encima del plato; se quita la cáscara con el cuchillo; luego se pone el pedazo en el plato, allí se le acaba de mondar y se desprende la parte comestible de la fruta, en rebanadas.

A los duraznos se les pone en ocasiones azúcar en polvo.

Las grosellas se sirven en racimos: se toma delicadamente uno con la mano izquierda; con la derecha se hinca el tenedor en la parte superior y se quita el tallito; después se toman los granos con el tenedor invertido.

Las cerezas y demás frutas de hueso pequeño se llevan á la boca con la mano izquierda y se arrojan delicadamente los huesos en la cuchara de postres, que se aproxima á la boca.

BEBIDAS

Los pasteles y tortas se toman con tenedor, excepto las que no se pueden trinchar; como algunas veces van envueltas en papel, es más fácil tomarlas con la mano.

Cuando se bebe, debe levantarse el brazo con prontitud y gracia. Los vasos grandes se toman más fuertemente que los de Madera y Borgoña, que á veces no se tienen más que por el pie.

La copa del champaña se sostiene con un dedo por debajo, simulando no tener sino el pie.

Urge repetir que es indispensable limpiarse siempre la boca antes de beber, para que el borde del vaso no aparezca empañado.

Jamás se vaciará completamente un vaso; el vino se toma poco á poco.

ADVERTENCIAS

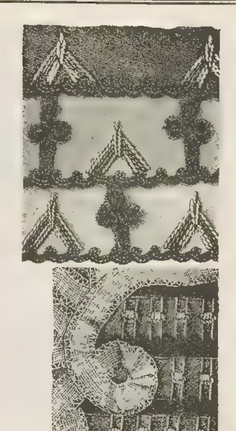
En una comida se deben cambiar platos á cada servicio; cuando no se haga, hay que disimularlo y poner el tenedor cerca del plato antes de los manjares confitados; entonces se pone el cubierto sobre el plato, sin que los mangos salgan mucho del borde.

No debe uno creerse obligado á tomar de todos los platillos del menú; el jefe ó el ama de casa, en una comida sencilla, pueden invitar á tomar algún platillo, sin insistir; se acepta ó se rehusa sin dar motivo.



Sombrero "Federico."

Cuando un criado anda sirviendo, un simple movimiento de cabeza negativo basta para que pase á la persona siguiente.



Modelos de labores para tapicería

ULTIMAS RECOMENDACIONES

He aquí las últimas recomendaciones sobre la urbanidad en la mesa:

Debe uno mantenerse derecho, sin rigidez, sin inclinarse á uno ú otro lado. Al hablar, se vuelve el rostro á derecha ó izquierda, sin dar la espalda á ninguno de los vecinos.



Fichú de gasa

No se extiende enteramente la servilleta, y por eso no se la fija al talle ni se sujetará al cuello. Después de la comida, se pone sobre la mesa, no doblada, pero tampoco formando un enorme montón.

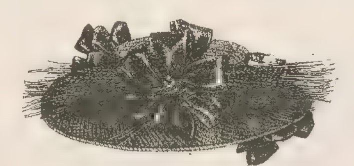
Si se le cae á uno el cuchillo ó el tenedor, los levantará vivamente y los limpiará con miga de pan, si se teme que no haya suficiente servicio; si no, el criado advierte el incidente y ofrece otro cubierto.

En general, debe uno sonarse muy discretamente; pero en la mesa esta operación se hará con el mayor disimulo; no es preciso volverse como lo hacen las gentes poco cultas. Se suena uno con toda sencillez, sin ruido, pronta y francamente.

Las señoras se ven á menudo muy estorbadas con el abanico; si el cubierto lo permite, se pone junto al plato; si no, se coloca con los guantes, sobre las rodillas, debajo de la servilleta; pero no deben olvidarse al levantarse de la mesa.

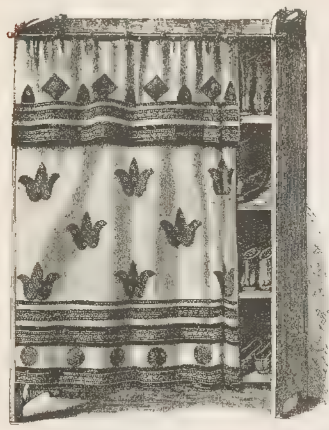
(Continuará).







Colección de sombreros.



Cortina para librero.

Corbatas y cuellos bordados.

RECETAS DE COCINA

SALSA DE PEBRE

Se emplean para hacer esta salsa perejil en rama, unos cebollinos, una hoja de laurel, una rebanada de cebolla, medio vaso de buen vinagre, pimienta y sal; se reúne to-



Guardapolvo para viaje.

do en una cacerola y se pone al fuego hasta que el vinagre quede reducido; entonces se moja con un poco de "coulis;" se hace hervir algunos minutos; se desengrasa y se pasa por un tamiz.

SALSA HOLANDESA.

Echese en una cacerola veluté con un poco de vinagre blanco; añádase un poquito de perejil sancochado en agua hirviendo; luego machäquese y pásese por un tamiz, y cuando se desee servirla, échese en la salsa hirviendo un pedazo de manteca de vacas del tamaño de una nuez.

SALSA DE TOMATES

Extiéndase en el fondo de una cacerola una rebanada de jamón, desperdicios de carne ó menudillos, dos ruedas de cebolla, un pedazo de zanahoria, un poco de apio y un clavo de comer; después de quitarles todas las semillas á los tomates, póngase en la misma cacerola á fuego lento; cuando estén casi cocidos, menéense de cuando en cuando con una cuchara de palo, para impedir que se peguen; cuando estén enteramente cocidos, mójense con veluté ó con "coulis," y háganse hervir con un poco de fuego; un momento después quítense todos los desperdicios de carne y pásese por el tamiz, apretando con la cuchara.

Observación.

En las cocinas modestas, donde no se tiene siempre "coulis," se le puede suplir con un polvito de harina y un poco de caldo, añadido un momento después; se pasa igualmente esta salsa por el tamiz.

SALSA GINEBRINA

Hágase sancochar un puñado de espinacas en agua hirviendo, y píquense después; pónganse al fuego con un pedazo de manteca de vacas; añádanse unas escaluñas ó cebollas, una anchoa, perejil, una cucharada de alcaparras y otra de pepinillos, todo esto bien picado; machäquense con las espinacas; échese un pedazo de manteca de vacas del tamaño de un huevo; agréguense cuatro yemas de huevos duros; después de machacar todo junto, póngase esta mezcla en una cacerola y sazónese; añádase después una cucharada de vinagre de estragón, y cuando se desee emplearla, mójese con caldo de pescado ó igual cantidad de salsa española ó de veluté; menéese un momento con una cuchara, al fuego; pásese por el tamiz, caliéntese y viértase inmediatamente sobre el objeto que debe acompañar.

MANTECA NEGRA.

Póngase manteca de vacas en una cacerola al fuego; cuando la manteca esté negra, échese en ella medio vaso de vinagre, sal y pimienta; espúmese, pásese por el tamiz haciéndola caer en otra cacerola y sírvase caliente, después de añadirle unas alcaparras.



Traje para baile campestre.





Colección de trajes para señoritas.

MARGARITA.

Todas las mañanas pasaba á la misma hora, con la falda recogida graciosamente, apresurada como si fuera á misa y temiera llegar tarde, fija la mirada de sus grandes ojos nostálgicos en un punto vago del espacio, esbelta sin afectación, provocando á tocarlas las vellazones sedosas que sombreaban ligeramente sus mejillas, coqueta en su pobreza y altanera en su modestia. Era una modistilla del taller de ahí cerca de la vuelta, donde cosiendo ganaba el pan y el vestido, que eran las únicas necesidades de su vida sencilla de burguesa humilde.

Y ahí en el taller, en las horas de trabajo, cuando la intensidad de la labor hace enmudecer aquellas boquitas de muchachas bulliciosas, siempre con una chanza en los labios y un epigrama picaresco en los ojos, Margarita, sepultada entre el oleaje de las telas y las espumas de los encajes, con la cabeza inclinada y siguiendo con la vista la punta acerada de la aguja, se entrega á sus pensamientos íntimos, á sus sueños de juventud, á sus ansias de muchacha que vive en la edad de las ilusiones locas y de los anhelos imposibles.

¡Oh! ¡si fuera rica! Un espejo—que no ha de ser mentiroso, porque es terso y limpio como una conciencia pura—que compró allá por Navidad, le ha platicado mu-

cho de los contornos irreprochables de su cabeza de Lucrecia, y alguna vez que ha ido al baño se ha visto bella y ha sonreído contemplando dibujada en el cristal ondulante del agua que agita el chorro del alimentador, la comba artística de su cintura, flexible como la de Diana: es ya bastante bella para que ambicione ser más.

¡Si fuera rica! Con esas sedas costosas, que al llevarse parece que entonan un himno al Oro en magníficos exámetros rimados por Píndaro, habían de lucir más la curva correcta de su cadera y la turgencia bien modelada de su pecho, que con percales y algodones de poco precio que hoy viste. Rica, sería feliz porque viviría con esos refinamientos delicados del lujo, con esa muelle comodidad de la elegancia, que ha de traer tanta dicha. Ha pasado muchos días, sentada á la máquina de coser, en esas casas ricas en cuyos balcones se ven desde la calle sólo los pliegues espesos de las cortinas, y se respira ahí una atmósfera tan grata, tan voluptuosa, que no puede menos que ser el ambiente de la felicidad. Ahí la luz es discreta y se anuncia para entrar; el orden y la quietud pasean por los salones; la elegancia arregla los muebles, los adornos, las chucherías, y hasta el desorden de los trebejos es artístico; la sombra, obediente, se está silenciosa donde se la manda; en la mañana, cuando se abren las ventanas, se oye como el bostezo perezoso de criadas que pasaron la noche entre las hojas de las flores que están pintadas en las alfombras, ó el aletazo de un duende que se escapa, después de haber estado escondido en la sombra, tirando de los bigotes del imperturbable japonés del biombo...; nunca fué molestada por esos rayos tercos de sol que atraviesan burlones el ojo de un arco de corredor ó por la racha grosera que se entra insolente por una rendija de la ventana; jamás oyó el grito de una necesidad ni vió el hueco de un deseo no cumplido. ¡Si fuera rica!

¡Pobre Margarita! el mundo—Mefistófeles—la ha seducido con esa caja de joyas falsas que tanto ansía y que prefiere á las flores de virtudes que la pobreza—Siebel—pone en el alféizar humilde de cantera de su ventana. Cuando ha ido á algún jardín, ha cortado una de esas florecitas blancas que llevan su nombre, y la ha preguntado al deshojarla, no si la ama algún hombre, sino si tendrá premio el billete de lotería que guarda allá en su casa, entre los dobleces de un periódico que compró porque traía la crónica de un baile.

¡Si fuera rica! Y piensa en un esposo, que la ame con delirio porque su vanidad se lo pide, á quien enloquecerá con zalamerías y monadas que ya sabrá hacer, algo como un sacerdote de su hermosura y un siervo de sus caprichos, que tenga, si es posible, los cabellos rubios, pero no con el rubio ácido del limón, sino el rubio bronceado del trigo, para que al jugarlos con sus manos en las veladas largas del invierno, le parezcan hilos de oro. No concibe una mujer rica y hermosa sin esposo al brazo del cual exhibirse en los paseos y en los salones y de quien decir, para disculpar sus extravagancias: ¡capricho de mi marido! No ama á ningún hombre ni siquiera le ha ocurrido que pudiera apasionarse de alguno, pero ya rica, feliz, está segura que sabrá amar: el afecto que hoy dedica á las joyas que no posee, lo dará todo al esposo cuyo nombre lleve. ¡Le parece tan fácil poder amar! Y en el hogar moy mono, muy cuco, siempre hacendosa, mandando á los sirvientes con garbo, porque cuando se paga, así se debe ordenar; y con su marido, muy tierna, muy cariñosa, estudiando siempre un mimo nuevo para cuando llegue, y ejercitando la sonrisa con que ha de contestar á su saludo, todas esas nonadas del amor, porque ha visto que los esposos ricos como que se tienen más cariño que los pobres. Y en el paseo, en el coche elegante, siempre hermosa, esplendente, vencedora en ese torneo de la elegancia en que justan las mujeres con armas que les hacen las modistas y los joyeros, dejando á su paso una estela de admiración y sintiendo desvanecérsele la cabeza en el vértigo del triunfo. Y en los salones, admirada, con cortejos que paga en una frase, oyendo esas murmuraciones guturales de las que la envidian, satisfecha de sus victorias y sofocándose de orgullo.

¡Si fuera rica! Y surge en su delirio la carita risueña de un niño. La maternidad le parece una exigencia de buena sociedad; un hijo á quien acariciar, un detalle de buen tono. ¡Con cuánto gusto irá al jardín por las tardes, al lado de la niñera de delantal blanco, que empuje el cochecito de mimbres en que va recostado el bebé con un polichinela con cascabeles en la manecita! Y los festejos á sus gracias, la alegría cuando diga "papá", los regalos de Noche Buena, la cunita de sándalo, el barullo alegre de sus juegos...

¡Pobre Margarita! ha terminado su labor y surge del oleaje de telas y de las espumas de los encajes, como Venus, con un destello de dulzura apacible en la mirada nostálgica de sus grandes ojos.

Y allá, en el barrio silencioso, cuando se ha desnudado somnolienta, y acurrucada en el lecho humilde de tablas, se cubre con el jergón grosero que toca con lascivia sus carnes jóvenes, reanuda sus sueños, mientras la luz agonizante de una mala bujía que se consume, hace bailar los zancajos de muebles miserables que adornan su buhardilla ..

* * *

Hay en el mundo muchas mujeres que han realizado en su vida el sueño de Margarita. Sólo que han sido ricas, pero no felices, porque nunca supieron amar á sus esposos ni á sus hijos: siguieron amando las piedras y los trapos: el Amor era el que daba ese colorido de dicha á sus quimeras.

Id al bosque, en esa hora en que las ricas van á calentarse con rayos aristocráticos de sol, y las veréis, con una fulguración de descontento en la mirada, repantigadas indolentemente en el fondo de sus cupés, tirados por caballos alazanes, que se les antojan piezas enormes de oro, ó tordos, como te[illegible] vasos de plata. Id al teatro, y ahí están, ataviadas, lujosas, con un dejo de amargura en los labios y con la mano blanca colocada intencionalmente en el antepecho rojo del palco, para que caigan al salón las titilaciones de los diamantes de sus anillos!...

IGNACIO PADILLA.

VENUS.

De las azules ondas Afrodita
Surge nítida espuma deificada;
El Olimpo sonríe á su mirada,
La tierra toda de placer se agita.
Es que en sus labios el amor palpita,
De vida universal fuente sagrada,
A cuya influencia cede subyugada
La escala de los seres infinita
Mas quiso Jove que el mortal tuviera
Con los goces unido siempre el daño,
Y fué Venus, del amor vivo reflejo;
Porque tiene el amor, falaz quimera,
De las ondas salobres el engaño,
La lucha eterna y el amargo dejo.

MARIANO CORONADO.

• • •

Los hombres consumen sus días en adquirir un talento que las mujeres poseen sin buscar.

LA DEVOTA.

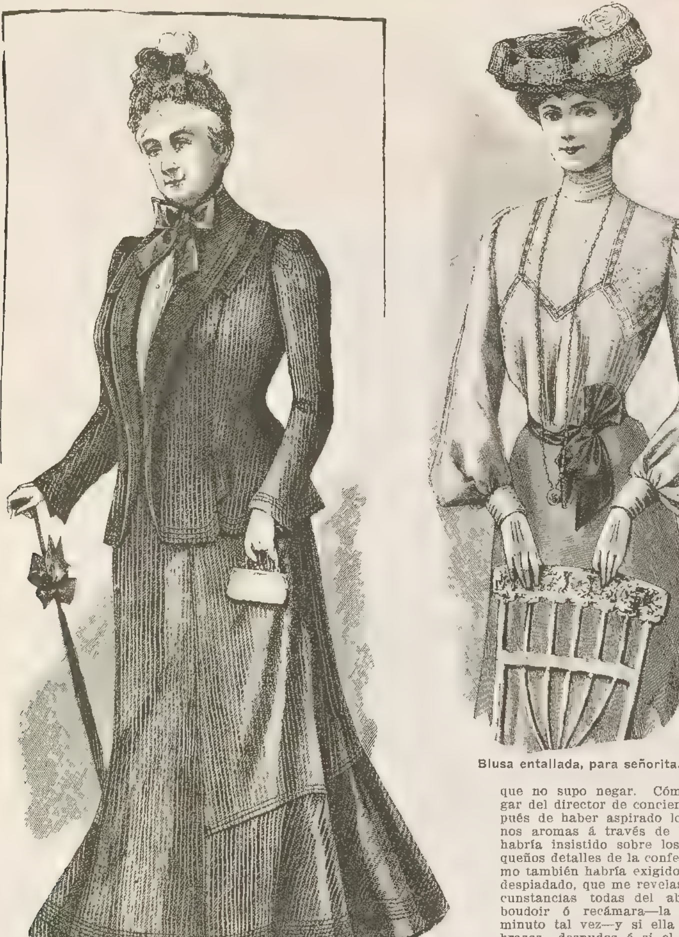
El tupido velo que la cubría la cara me impidió reconocerla. Era la señora de Belvélize seguramente, porque ¿quién otra podía tener esa hermosa sonrisa y esos lindos ojos azules que parecían bajo el manto una rosa y dos chispas fulgurantes? Además, sobre las portezuelas del cupé estaban grabadas las armas de su linajuda familia.

Ella bajó de un salto, y recogiéndose la falda para abrirse paso, dijo al lacayo: "Que el coche espere"; y desapareció, casi corriendo, por los peldaños de la escalera que conduce al templo de San Roque, con un vivo y delicioso ruido producido por sus menudísimos talones al chocar sobre la piedra.

Yo estaba edificado. Esa mundana endiablada, penetrando á una iglesia, era sencillamente admirable: ¡levantarse á las nueve de la mañana, al día siguiente de algún baile, para venir á prima hora á cumplir sus devociones! Sin duda alguna ella no era de las que imaginan que, para salvarse basta con haber amado mucho. El amor—dirá de fijo—es una de las formas mejores de la caridad y no tiene nada de reprensible en sí; pero conviene añadirle un poco de oración. Después del flirteo, el confesionario; después que se ha sido clemente, implorar

Traje de luto, para señora joven.

Sombrero alta novedad, adornado con gasa y flores.



Traje corte estilo sastre, para señora de edad.

Blusa entallada, para señorita.



Mangas y falda corte de moda, vistas por la espalda.

la clemencia... y entonces el buen Dios se guardará bien de rehusar nada á quien no ha rehusado gran cosa.

Obsesionado en tales ideas, iba y venía por frente de la iglesia sin la menor gana de continuar mi camino; reteníame la esperanza de volver á ver á la señora de Belvélize en el momento mismo de subir al vehículo. ¡Es tan agradable mirarla! ¡Y luego que un poco de su perfume, como flor invisible, vendría á mi nariz; perfume sutil, casi culpable, santificado por el incienso!

Así corrió una media hora, es decir, el tiempo que dura una misa rezada, y yo seguía de más en más edificado; la señora de Belvélize no tenía nada de común con esas devotas aturdidas que despachan cuanto antes mejor los negocios de la religión y piensan, con la pequeña y alabastrina frente apoyada en las páginas del breviario, que si el capellán no se da prisa, ellas faltarán á la cita prometida en el costurero. ¡No; la señora de Belvélize practicaba austeramente, enteramente, y puesto que ella dilataba, es porque no se había limitado á oir la misa y ahora se confesaba, no hay que dudarlo!

¡Ah! Hubiera querido ser por algunos instantes el feliz sacerdote á quien ella refería, con las manos enlazadas, los insignificantes pecados de sus flirtaciones y la grave, pero encantadora falta, de los besos que no supo negar. Cómo, en lugar del director de conciencias, después de haber aspirado los más finos aromas á través de la rejilla, habría insistido sobre los más pequeños detalles de la confesión. Cómo también habría exigido, casuista despiadado, que me revelase las circunstancias todas del abandono—boudoir ó recámara—la hora—el minuto tal vez—y si ella tenía los brazos desnudos ó si el peinador, por un acaso sensible, no estaba unas migajas escotado...

Al fin rechacé tan espantables pensamientos; había caído por abandonarme en imaginaciones indiscretas, mientras la señora de Belvélize cumplía sus deberes de cristiana y era, en verdad, faltarla al respeto... ¡Más de una hora pasó! Yo estaba confundido de admiración por un fervor tan perfecto; y en tanto que seguía paseando por frente de la iglesia, ella se humillaba quizás ante el sacerdote, lloraba sus errores, demandaba penitencias, no se juzgaba nunca debidamente castigada y encontraba el cielo demasiado misericordioso. ¡Santa alma! ¿Quién hubiera creído eso? Yo me prometía no dejar ignorar á nadie lo que ella, solícita, trataba de ocultar; se conocería su virtud y aquellos que estuvieran animados de propósitos ruines, veríanse obligados á enmudecer.

Dos horas enteras habían transcurrido cuando la señora de Belvélize apareció. Verdaderamente yo no podía engañarme; ella debió arrodillarse y llorar al confesar sus culpas, porque su falda de seda adornada de abalorios, estaba ajada, y las lágrimas recién enjugadas habían coloreado, como dos botones de rosa, el borde de sus ojos. En el exceso legítimo de mi veneración y mientras la penitente descendía por los peldaños de la escalinata de piedra, iba á aproximarme y daría mis parabienes por su sagrado celo, cuando me vino al espíritu—¡oh mal pensamiento!—que hay más de una puerta en el templo de San Roque!

CATULLE MENDES.

ESCEPTICISMO.

¡Pobre mujer! desamparada y sola
Llora en las sombras sus amargas (penas;
El mundano desprecio la persigue
Arrojando sobre ella el anatema.
Vuelve en redor sus ojos condoli- (dos;
Piedad y compasión sus labios cla- (man,
Mas siempre, sólo por respuesta ob- (tiene
El eco triste de la voz de su alma.
Calla por fin; levántase de nuevo
Y restaña ella misma sus heridas:
Su paso es vacilante y aun implora:
May ¡ay! se siente con la fe perdida.

LUIS VILLA GORDOA.

DE WATTEAU.

¡Oh casta aparición de mis amo (res!
Gloriosa apareciste
en el umbral, entre fragantes flores,
y me sedujo tu mirada triste
húmeda de nostalgias y dolores.
Me acuerdo todavía:
fué en una tarde cuando el sol caía
lenta, muy lentamente,
y en la cortina del balcón prendía
su último lampo de oro débilmente.
Traía el viento la cadencia vaga
de un vals—tiempo de allegro—
como la esfumación de luz que apa- (ga
el golpe brusco de brochazo negro.
Incendiaba el cristal de la vidriera
el postrimer destello
de un crepúsculo azul, de primavera,
formando un áureo nimbo á su ca- (bello,
y semejaba ¡oh Dante,
á tu Beatriz! —¡una visión celeste
con la alba palidez de su semblante
y la pálida albura de su veste!
Aérea, espiritual cual virgen pura
que en sus sueños de mística se (arroba,
gentil se destacaba su figura
sobre el fondo de niebla de la alcoba.
¡Clavaba la mirada en el topacio
de un celaje perdido en lontananza,
en el vuelo de un ave, en el espa- (cio...
una de esas miradas que no miran
si mil tristezas en la mente giran
y se piensa en lo vago, en la espe- (ranza!
¡Oh crepúsculo aquel en oro rico!
¡Oh casta aparición de mis amores!
—Vuelca en mi corazón todas tus (flores
¡oh admirable pintura de abanico!

EDUARDO J. CORREA.

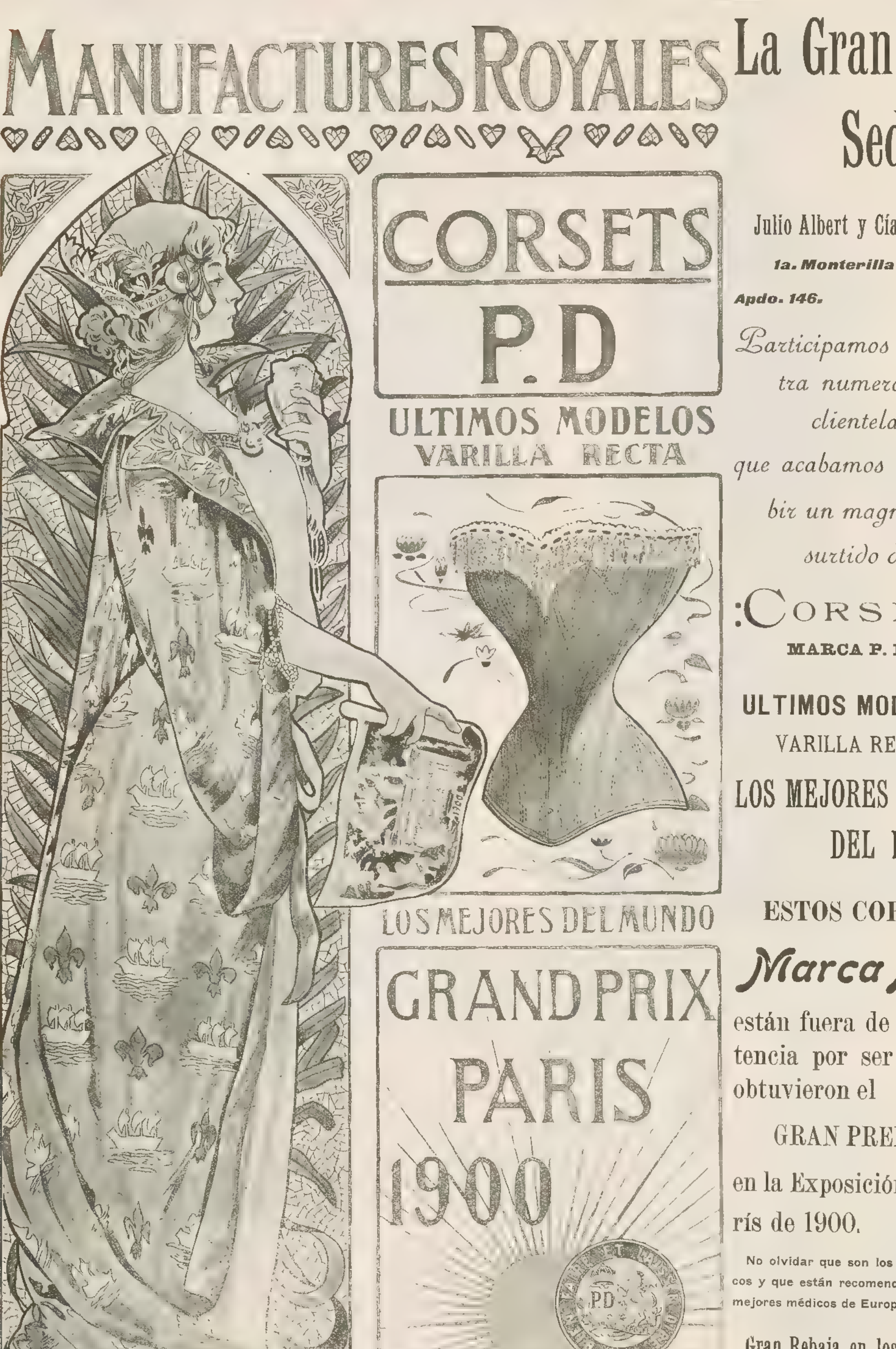
Muchas ideas que han alcanzado renombre, han sido concebidas por el cerebro de las mujeres y desarrolladas por el estudio del hombre en el amplio campo que á éstos las costumbres sociales les han concedido

* *

El amor sólo es monótono cuando son tontos los que se aman



Matinée, con sobrecuello bordado.



La Gran Sedería

Julio Albert y Cía. Sucs.

1a. Monterilla 3 y 4.

Apdo. 146. México.

Participamos á nuestra numerosa clientela que acabamos de recibir un magnífico surtido de

:CORSES:

MARCA P. D.

ULTIMOS MODELOS.

VARILLA RECTA.

LOS MEJORES DEL MUMDO.

ESTOS CORSES

Marca P.D.

están fuera de competencia por ser los que obtuvieron el

GRAN PREMIO

en la Exposición de París de 1900.

No olvidar que son los más higiénicos y que están recomendados por los mejores médicos de Europa y América.

Gran Rebaja en los Precios.

MANDAMOS POR EXPRESS C. O. D. TODO CORSE QUE SE NOS PIDA INDICANDONOS EL TAMANO.

PARA EL HOGAR



Modelo de armario para ropa interior.

SUS LABIOS.

—Sus cabellos?, le pregunté.

Sus cabellos!, contestó Valentín, no se parecen ni á los reflejos del oro, ni á los rayos del sol, porque el oro es frío, porque el sol es opaco, porque ardientes y cálidos, queman los dedos é incendian los ojos; aquí rubios como el sauterne, allá amarillos como los cognacs añejos, acullá transformados en culebras de brasas, confundidos, formando un enorme incendio, y de ellos emana, imperiosa, una embriaguez tan perversa, que el Diablo ha debido, ciertamente, hacer esa cabellera—el Diablo, modisto de cortesanas y peinador de hermosas muchachas para la mas carada humana—con las llamas de su más infernal hoguera, donde están castigadas las Lujurias.

—Su frente?—le pregunté.

—Su frente! contestó Valentín.—Es pálida y estrecha, como ceñida por una diadema de nieve puesta por encima de las cejas para apagar la llama ascendente de los deseos.

—Sus ojos?, le pregunté.

Si se pusiese en el corazón de topacios ardientes una gota de diamante donde durmiese, quintaesenciado, todo el deslumbramiento de todas las estrellas, quizás los topacios se parecieran á sus ojos.

—Sus mejillas?, le pregunté.

—Sus mejillas!—contestó Valentín.—Como es muchacha y parisiense, une á los candores de su piel las mentiras de los perfumes. Ingenua é hipócrita, es á la vez natural y fingida. El que la roza una mejilla cree respirar una flor de los bosques que tuviese pintada.

—Sus labios?

Valentín vaciló.

—Sus labios? dice—apenas! los he visto

—Apenas los has visto?

Eh!, sin duda—exclamó—puesto que los beso siempre.

ANTONIO PEREZ VERDIA F.

VARIEDADES.

Gedeón, que va por la calle con un amigo, se detiene de pronto y lanza un grito de terror.

Alarmado el amigo, le pregunta éste:

—¿Qué te pasa, hombre?

—Nada. Que tengo hipo y he querido simular que he recibido un susto.

* * *

Entre amigos:

—¿Por qué estás tan indignado contra Ricardo?

—Porque me ha llamado viejo imbécil.

—Pues en lo de viejo no tiene razón, porque todavía eres joven.

* * *

Un inglés entra en un restaurant, y sin querer da un pisotón al dueño del establecimiento.

—¡Ah!—exclama el perjudicado.—¡Me ha destrozado usted un pie!

—¡No importa!—contesta el inglés con gran flema.—Ahora voy á almorzar. Póngamelo usted en la cuenta.

EN LAS TINIEBLAS.

Recorriendo el recinto inexplorado
del lugar en que muere la esperanza,
con lento paso el Gibelino avanza
por las eternas sombras rodeado.

Las dulces frases del cantor sublime
que le guía, descienden á su alma;
mas no logran tocar en dulce calma
la fiera angustia que su pecho oprime.

Sólo se extingue su infinito anhelo
cuando, al dejar los antros infernales,
percibe los destellos inmortales
de los astros que brillan en el cielo.

Como el viejo poeta florentino
la pobre humanidad, siempre ofuscada
marcha á tientas, confusa y lacerada,
buscando entre la bruma su camino.

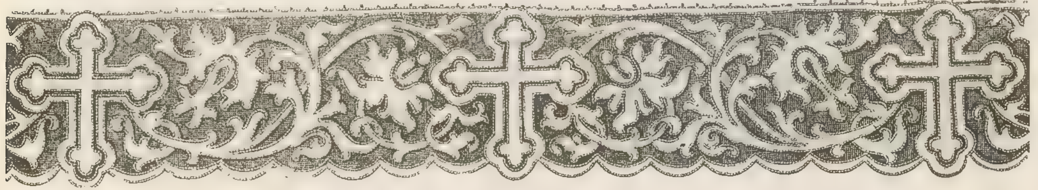
¿Cuándo podrá gravar sus firmes huellas
en sendero que al triunfo la levante?
¿Cuándo verá, por fin, con luz radiante
brillar sobre su frente las estrellas?

ENRIQUE DIEZ CANEDO.

INTIMA.

Ya no tiene el viejo bardo
tesoros de fantasía,
ni dulces notas de amores
en las cuerdas de su lira.
Ya, cuando enmudece llora
y cuando canta suspira,
ya, tan sólo con recuerdos
reviven sus alegrías.
Pero en el fondo del pecho
caudales de amor abriga
y sueña como soñaba
en su juventud perdida.

Narciso Díaz de Escovar.



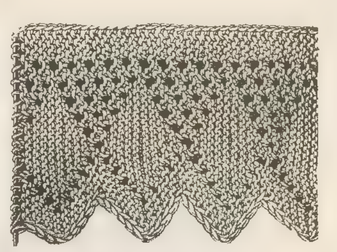
Punta bordada sobre tul, para mantel de altar.



Entredós tejido de agujas.



Modelo para tapete.



Punta tejida de agujas.

La buena Sociedad Parisiense

POR LA

BARONESA DE ORVAL.

LOS BANQUETES.

CONTINUA.

MODO DE TRINCHAR Y DE SERVIR

Cuando se tiene un número de sirvientes con su jefe, no hay por qué preocuparse con el trinchado,



Talle con peto abierto hasta el cinto.

pues puede darse por arreglado. Las reglas siguientes sólo serán, pues, útiles para los jefes de casa que sirven los platos por sí mismos

Saber trinchar bien es una gracia digna de aprecio; no es exagerado decir que es un verdadero "arte". Este se adquiere con la práctica sobre todo, y después de haber visto á persona experimentada en esta labor.

Al trinchar, se requieren destreza, cuidado, limpieza y aun elegancia.

Es indudable que además de ofrecer muy buen aspecto una pieza bien servida y aderezada, lucirán mucho más un trozo de carne, un pescado, una ave bien destazados, si se cortan en tajadas numerosas, finamente desprendidas.

El primer requisito para esta operación es un buen cuchillo; después se buscarán hábilmente las coyunturas en las piezas de volatería ó de caza.

Para trinchar las carnes de volatería, vamos á tomar de Chatillon-Plesis las explicaciones sobre la materia:

"Por regla general, todas las carnes mechadas se deben trinchar de manera que el adorno se halle de través.

"Se corta en rebanadas transversales toda carne de vaca, pierna, cuadril, etc. Cada tajada debe llevar en lo posible un poco de gordo.

"El filete se trinchará dejando en el platón las partes secas y grasosas de la parte inferior; para eso se pasará el cuchillo horizontalmente á lo largo de la pieza

"En cuanto á la ternera, se trincha el lomo en tajadas delgadas; el filete en tajadas transversales.

"Del carnero lo que más frecuentemente se sirve, son la pierna y las costillas.

"La pierna se corta de dos maneras: á la inglesa, cortando la pulpa horizontalmente en rebanadas muy delgadas; ó á la francesa, cortán lo la perpendicularmente en rebanadas más gruesas.

"El lomo de carnero se corta en tajadas delgadas, á lo largo.

"El cabrito y el cordero se sirven en cuartos.

"El corzo, servido en pernil ó en cuarto, debe trincharse al sesgo.

"De diversas maneras se corta el jamón; debe presentarse solo; la salsa se sirve por separado. El jamón frío se trinchará en rebanadas muy delgadas, aderezado con gelatina.

"De igual modo se trincha el pavo asado; se separan las piernas, sin desprenderlas completamente; se levanta la pechuga y se divide en tajadas transversales. Es raro que se sirvan las piernas; mas en ese caso sólo se trincha la parte gorda cortando en la dirección del hueso. Procúrese que no sean demasiado grandes los trozos.

"A la gallina asada se le quitan primero las piernas y luego se cortan las alas. La pechuga se parte en dos. El cuadril se divide tomando el muslo aparte.

"El pollo se trincha desprendiendo con el cuchillo la piel entre la pierna y el ala. Después con el tenedor se desprende el cuadril, que se divide en dos ó tres pedazos, según el tamaño del pollo. Después se quitan las dos alas, que quedan enteras".

Lo mismo se hace con los faisanes y perdices; las partes más delicadas del faisán son las blancas.

Cuando es grande un pichón, se trincha como pollo; si es pequeño, se parte en dos por el lomo.

La parte preferida en la liebre y el conejo es el filete y el lomo. Se parte éste comenzando por el cuello, á lo largo del lomo, y en seguida se le corta en rebanadas. El resto del animal se fracciona al gusto.

La cabeza de jabalí ó de puerco



Modelo para bordado.

se corta de las carrilladas á las orejas. El cerviguillo se parte en rebanadas finas. El filete y el lomo se cortan en tajadas delgadas.

El lechoncito se sirve hacia Navidad y es ciertamente un plato sabrosísimo. Se decapita al animal, se desprenden las orejas y se divide en dos partes la cabeza. En seguida se cortan la espaldilla y la pierna derecha, y se hace luego igual operación al otro lado. Se levanta después la piel y se sirve.

El lechoncito se lleva en un platón de plata ó de estaño, guarnecido de madera en los bordes.

Los pescados grandes se sirven en una tablita ó en un plato cubierto con una servilleta adornada con flores.

Al servir una pierna de carnero, colóquese siempre el mango del lado izquierdo de la persona que trincha.

Como útiles de trinchar, se tiene un cuchillo grande de larga punta afilada, para los jamones; un cuchillo corto y delgado para la caza y la volatería, y para el pescado, un servicio especial.

El "paté de foie gras" se sirve con una cuchara ligeramente pasada por agua hirviendo.

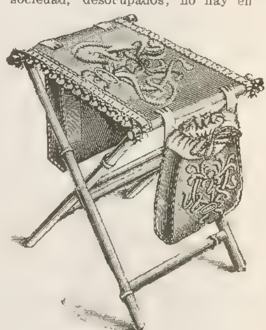


Trajecitos para niños.

CONSEJOS A LOS INVITADOS

Los convidados deben llegar cosa de diez minutos, no más, antes de la hora fijada para la comida; generalmente se dispensan algunos minutos á las personas que por sus atenciones no pueden tener exactitud escrupulosa, como los doctores, académicos, sacerdotes, diputados á quienes detiene el Parlamento. Estos tienen derecho de hacer aguardar un poco.

Deben ser exactos los hombres de sociedad, desocupados; no hay en



Mesita de tijera, con carpeta bordada.

ellos excusa que valga, y fuerza es que se sometan á esta regla de etiqueta.

Si la comida no fuese muy buena, cumple á los convidados hacerse desentendidos, come uno lo que le ofrecen, como si todo estuviese excelente, á fin de no aumentar la mortificación de los anfitriones.

Cuando un platillo es bueno, aunque de modesta apariencia, se evitará comerlo desdeñosamente, con la "punta" de los labios, como indigno de un estómago delicado.

Cosa contraria á la educación y que muchas personas ignoran, es que cuando el jefe ó el ama de casa sirven personalmente y le ofrecen á alguno algo, es preciso conservarlo y no pasarlo á otra persona, pues queriendo ser corteses con el vecino, se desaira al anfitrión, que acaso ha escogido especialmente el pedazo que ofrece.

Todos saben que no se recoge jamás la última salsa del plato con un pedazo de pan, ni se vacía completamente el vaso sin dejar una gota.

Evítese hablar con los vecinos en voz baja ó muy recio, para no atraer la atención general.



Modelo para bordado.



Esquina para colcha.





Talle de tela transparente sobre fondo claro.

BRINDIS

Es el brindis un antiguo uso de que se había perscindido un tanto y que parece renacer. Tiene á veces carácter oficial y sirve generalmente de pretexto para decir ciertas cosas esenciales

Se puede improvisar un brindis, aprenderlo de memoria ó leerlo; cuando no se confía uno en la memoria, lo último será lo mejor.

En una reunión de familia con motivo de un casamiento, una fiesta, un bautizo, los brindis son sencillos, breves y casi conmovedores. Se siente que una simpatía común reúne de improviso todos los corazones en una misma aspiración de ventura, formulada por el más caracterizado de los convidados.

No debe uno permitirse decir un brindis sino cuando á ello lo autoriza la posición, la edad ó algún motivo particular.

En una comida de bodas, el padre del novio ó el de la novia se encargan de contestar los brindis.

En un festín de bautismo responderá el padre del niño.

No hay fórmula consagrada para un brindis.

Pónese en pie quien dice el brindis, levanta el vaso y se inclina hacia aquel por cuya salud va á beber.

Los convidados se levantan y van á chocar sus vasos, repitiendo: "A la salud del señor X", ó "A la salud de la señora L", según el caso.

Las señoras se contentan con levantar su vaso, sonriéndole á aquel en cuyo honor se ha dicho el brindis.

Este responde siempre poniéndose en pie.

En ciertos países, sobre todo en Inglaterra, se usan mucho los brindis.

DESPUES DE COMER

Luego que termina la comida, se levanta el ama de la casa y pasan todos al salón en el orden en que llegaron á la mesa; excepto la señora, que va á la cabeza del cortejo.

Al entrar en el salón, debe haber una temperatura suave y luces por todos lados, alegrando el recinto en el mayor grado posible.

Entre tanto se ha servido el café y se dirigen al salón de fumar la mayor parte de los varones. Infórmase con finura el ama de la casa de si algunas señoras desean pasar al tocador para arreglarse tal ó cual desperfecto de su tocado.

En ocasiones se invita para la tertulia de después de la comida á algunos amigos íntimos; son muy útiles para el ama de la casa, pues ayudan con su ingenio á reanimar la conversación de los convidados.

A menudo son los invitados de la comida precedente quienes van á hacer la visita de digestión.

Efectúase entonces un concierto musical corto y aun un baile; ó bien, en el seno de la intimidad, se juega á las cartas.



Bolsa para dulces.

Se puede arreglar también una recitación con música; el orador recita versos ó un poema, en tanto que otra persona lo acompaña, á la sordina, en el piano ó en el arpa.

En fin, los dueños de la casa procurarán que la velada sea á sus invitados lo más grata posible.

Si la reunión es enteramente íntima, hacia las diez ó las diez y media se sirve el té con pastelillos secos. Pero cuando han asistido invitados después de la comida, se ofrece hacia la media noche un "lunch" formal.

EL CAFE

Dos maneras hay de servir el café: en la intimidad, sin ceremonia, cuando se engolfan los convidados en interesante plática y permanecen en el comedor, se sirve en la mesa.

Cuando no, lleva el criado una ó dos bandejas con cafetera, tazas, coñac, azúcar, etc., al salón de recepciones, al de fumar, al jardín, y el ama de la casa se encarga generalmente de servir el café, ayudada de su hija ó una amiga. Algunas veces es permitido que lo haga un criado.

Además de coñac, debe haber licores menos fuertes para las señoras: anicete, crema de cacao, etc.

Solamente en la intimidad se sirven licores fabricados en casa.

La taza de café, servido muy caliente, se presenta primero á la persona más respetable. Se cuida que no esté llena la taza, para que no se derrame al servir la azúcar.

Con la mano derecha se toma la taza que se ofrece, y con la izquierda la azucarera.

EL SALON DE FUMAR

Después de conversar un instante en el salón y de tomar el café, siguen los caballeros al jefe de la casa, quien les indica el salón de fumar. Si la reunión es muy numerosa, el servicio de café se divide entre el salón de fumar y la sala. En aquél se disponen los puros, cigarros y tabacos. Preferible á los cerillos es una lamparita de alcohol.

Gustan los hombres de estarse en este salón por cierto tiempo.

El jefe de la casa hace más particularmente ciertas presentaciones; cuando advierte simpatías recíprocas, pone en contacto á personas que quieren conocerse; así nacen en ocasiones amistades de veras interesantes.

Se puede permanecer cuanto se quiera, sin olvidar totalmente que están solas en la sala las señoras. Con una frase al descuido puede el anfitrión recordar á los invitados sus deberes de galantería.

Se tendrá cuidado de mandar poner en la pieza, sobre una bandeja, algunos vasos con una garrafa de agua y un botellón de agua de menta y pastillas, para que los fumadores puedan atenuar el olor á tabaco.

Labor para tapete.



Sombrero para campo.

LA TERTULIA

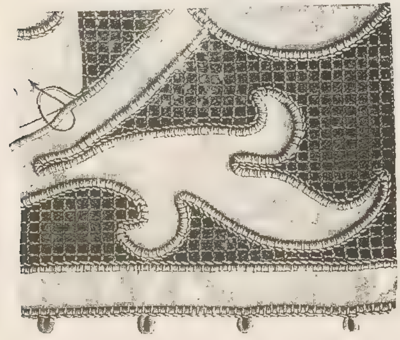
Poco resta que decir acerca de la tertulia después de la comida; ya se habló del caso en que asistiendo algunos nuevos invitados, se toma como distracción la música.

En algunas casas se conservan todavía los inocentes juegos de prendas; pero sólo se usan entre personas muy jóvenes.

Se necesitaría un volumen para nombrarlos y explicarlos menudamente; con facilidad se pueden conseguir tratados especiales sobre la materia.

En ciertas casas están admitidos también la prestidigitación y el magnetismo como distracciones, y alcanzan siempre éxito sobresaliente los que los practican.

(Continuará.)



Modelo para bordado.

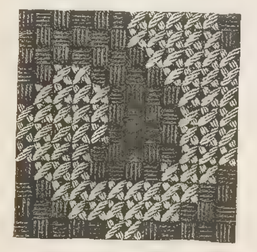


Modelo para sobrecama.

RECETAS DE COCINA

SALSA A LA MAITRE D'HOTEL

Píquense un poco de perejil y una escaluña, añádase un pedazo de manteca fresca de vaca del tamaño de un huevo; sazónese con sal, pimienta y el zumo de un li-



Labor para tapete.

món; mézclese todo bien con una cuchara, y en el momento de servirla, póngase la salsa en un plato y la carne ó el objeto cualquiera por encima.

SALSA DE RESTAURANT.

Póngase en una cacerola una poca gelatina de fricandó y mójese con salsa española; hágase hervir un instante en el extremo del fogón, espúmese y pásese por el tamiz.

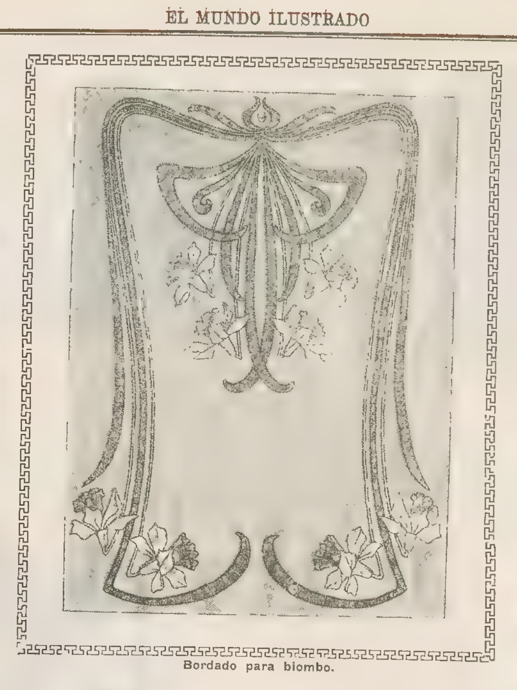
SALSA CLARA.

Noy hay que hacer siño calentar aspic en una cacerola y verterlo caliente sobre el objeto.

SALSA ITALIANA.

Píquense muy delgado en una cacerola una poca de escaluña, perejil y algunas trufas; añádanse media cucharada de aceite, una rebanada de limón, un ajo y la cuarta parte de una hoja de laurel, con un clavo de comer.

Póngase sobre el fuego, y, diez minutos después, échese la cuarta



Bordado para biombo.

parte de un vaso de vino blanco seco; después de reducirlo, mójese con salsa española; hágase hervir un instante en el extremo del fogón; después desengrásese; quítense el limón y el ajo y sírvase cuando se necesite.

Sombrero para la estación.

PENSAMIENTOS.

Los destinos del mundo y de la humanidad ¡ah mujeres! están en vuestras manos: decid una palabra, y vivirán los hombres; pronunciad otra, y la humanidad dejará de existir.

LANDA.

En verdad os lo digo· el mundo no sabe todavía lo que es la mujer; porque desde su nacimiento hasta su muerte, la sociedad le cierra la boca y el corazón; la enseña á fingir y á disimular; deja su inteligencia viciosa, enerva su naturaleza para hacer de ella un instrumento de placer.......; Ah! ¡cuándo recibirá la mujer una educación franca y liberal! ¡Cuándo se dará desarrollo á su inteligencia bajo la sola garantía de su corazón!

Cuando esto suceda, se sabrá por qué durante tantos siglos ha sido el mundo tan desgraciado.

EL ABATE CONSTANT.



Marco labrado á fierro al rojo 21.



[illegible] Bata japonesa (capricho ultima novedad) y traje para interior.

El Paraguas de la abuela.

—Escucha, escucha, Josefina, escucha la historia de ese paraguas viejo, que en tu afán de hacer elegante el gabinete de trabajo de tu padre, encuentras indigno del sitio que ocupa, y condenas acaso al desván. Está ajado, sí, muy ajado; sus ballenas torcidas semejan pa- [illegible] ano y desu [illegible] tos estéticos; pero escucha, sí, escucha un momento su historia, que es la historia de mi madre, la historia de tu abuela, hija mía....

¡Ah! ¡Qué prodigios de resignación, de abnegación, de sacrificio, tuvo que realizar; qué privaciones y qué trabajos que sufrir, hasta que yo llegué al término de mis estudios [illegible]

[illegible] á los veinticinco años, no tenía para vivir y educarme, otros [illegible] producto de algunas, [illegible] porque aun cuando muy [illegible] a, no poseía título —y el precio de [illegible] labores que hacía por la noche, á la luz de nuestra pequeña lámpara, que ardía de ordinario hasta una hora muy avanzada.

Había disfrutado, en otros tiempos, un bienestar próximo á la fortuna, y esto la hacía sufrir á veces; pero el amor maternal la sostenía en esa lucha diaria, terrible, contra la indigencia, y venciendo su repugnancia, concluído el trabajo, salía al anochecer, dulce y resignada como siempre, á entregarlo, disimulándose á sí misma que trabajaba para no morir. ¡Ah! creo que no se sabe bien todo lo que tiene de es-

pantosa esa miseria que se oculta, sino cuando se ha visto llorar por ella á su madre....

A pesar de nuestra pobreza, el cuartito de un último piso de la calle de San Honorato en que vivíamos, estaba aseado, elegante casi; el suelo brillaba, los pocos muebles que teníamos parecían no usarse, las cortinillas de muselina de la ventana deslumbraban con su blancura.

Todo era obra de mi madre, que después de haberme acostado cómodamente en mi pequeño lecho, y besado mi frente con sus labios pálidos, se ponía á trabajar apagando primeramente el carbón de la estufa con el pretexto de que el calor le hacía daño á la cabeza....

A los diez años yo no comprendía bien todo esto: yo no veía que el sombrero de mi madre estaba ya completamente desformado, inservible; que su traje negro, su traje único, tenía reflejos rojizos; que sus zapatos, fatigados por el tiempo, dejaban entrar el agua por todas partes; yo no veía que el dolor y el trabajo rudo, constante, excesivo, minaban su salud; que su semblante era cada día más pálido, que sus manos adelgazadas tomaban á veces el color de la cera.

Una sola cosa hería mis ojos y me hacía daño: era el paraguas de mi madre, ese pobre paraguas que llevaba siempre consigo porque le servía también de sombrilla—cuando recorría la ciudad dejándome al cuidado de los buenos Hermanos, cuando iba á dar sus lecciones á las casas de los ricos y á oir alguna vez del portero, si por olvido ó por ganar un poco de tiempo se atrevía á subir por la escalera principal, la advertencia despreciativa de: "Los profesores suben por la escalera de servicio......"

Sí, yo veía el paraguas de mi madre hasta en mis sueños, y me parecía que mis camaradas de colegio, que todos cuantos pasaban por nuestro lado, se burlaban del viejo paraguas, de su tela deslucida, que no conservaba sino algún vestigio de su primitivo color, de su puño de cobre amarillo y abollado, de sus ballenas retorcidas que á cada aguacero amenazaban desgarrar más y más la tela.....

—Yo te lo suplico, mamá—dije al fin un día á mi pobre madre,—cómprate un paraguas nuevo. Y al decirle esto, me faltaba muy poco para llorar..... Mi madre me miró con tristeza y no dijo nada.

Pero al día siguiente, antes de salir de casa no tomó, como era su costumbre, la taza de leche que le costaba diez céntimos, y á la cual añadía siempre mucha agua.

—Mamá -le pregunté,—¿por qué tomas hoy solo ese pedazo de pan seco para almorzar....?

Como la víspera, mi madre no me contestó. Yo no comprendía aquello, como no comprendí tampoco después, por qué sus veladas se prolongaban cada día más y su palidez iba en aumento.

Así continuó durante más de tres meses, hasta concluir el año, y el día primero del siguiente, el viejo paraguas fué metido en el rincón de una alacena: uno nuevo, con puño de metal blanco, de plata acaso, lo reemplazó, y mi madre pareció feliz al salir conmigo llevando su paraguas nuevo, del que yo no separaba un momento los ojos. No, yo no veía ya ni el vestido ajado, zurcido, ni el abrigo más ajado aún, ni el sombrero descolorido y sin forma; en mi inconsciencia de niño, no veía sino el paraguas con su puño brillante de metal, que deslumbraba.

¡Pobre mamá! ¡Las privaciones la mataron! Gastó por mí su tiempo, su salud, su vida y murió joven, muy joven aún; cuando yo comenzaba á ganar alguna cosa con mi trabajo; como si no hubiera esperado más que esto para morir; como si Dios hubiese prolongado sus días sólo hasta el momento preciso en que, acabada su tarea, podía ir á recibir en el cielo la recompensa de toda una vida de sufrimiento, de abnegación y de sacrificio... !

—¿Ves tú, Josefina, por qué deseo conservar siempre en su puesto de honor, ese viejo paraguas?...

Déjalo, déjalo en él, hija mía. ¡Ah, si supieras!... Cuando cobro mi pequeño sueldo, cuando me pagan el importe de algún trabajo, muchas, muchas veces, me siento tentado de procurarme alguna distracción, alguna dulzura superflua, un paseo en coche, una visita al café de la Prefectura, donde juegan su partida de dominó mis amigos; y entonces miro unos instantes ese paraguas, que es para mí una reliquia, como un objeto sagrado, ese paraguas al que debo tantos momentos de íntima y triste satisfacción, tantas lágrimas dulces..... Y sigo trabajando, no salgo á paseo, no voy á reunirme en el café con mis amigos, y guardo en mi cajón unos francos

Traje de mañana para campo



Traje de muselina "pointé", sobre fondo claro.



Traje bolero, liso, con corte de bata entallada.

Impermeable elegante.

más, que van á aumentar la libreta de la Caja de Ahorros de mi pequeño Josefina.

¿Querrás aún apartarlo de mi vista, desterrarlo al desván, hija mía? . . .

BALADA

Buscaba mi alma
la pálida virgen
que en sueños mirara
—pentélica esfinge—
muy rubia, muy blanca,
muy pura y muy triste.
¿En dónde su vida
guardaba el misterio?
—¡Tan sólo en la fría
región del Ensueño!—
En tanto, el artista
lloraba en silencio.
Mi anhelo perdido,
busquéle sepulcro
bañando en un libro
mi tedio profundo.
¡Era Ella, no un mito!...
Quedéme convulso...
Y el libro, era un libro
del loco D'Annunzio.

JUAN SANCHEZ AZCONA.

Páginas de Album.

Un cielo siempre azul ante tus ojos
—señal de inacabable primavera—
y una alfombra de musgo ante tus (plantas,
espléndida bordó Naturaleza.

Pero algo más te dió: fulgores de as- (tro





Talle abierto, con chaleco figurado.



Abrigo para traje de luto.

hizo brotar de tus pupilas negras,
que brillan en la noche de tus ojos,
como en el cielo brillan las estrellas.

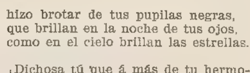
¡Dichosa tú que á más de tu hermo- (sura,
que esclaviza al mortal que te con- (templa,
llena de claridad tienes el alma
y la imaginación de sueños llena!

Tú sabes por qué gimen los arroyos
que cruzan escondidos la floresta,
tú sabes dónde tienen sus moradas
los silfos y los gnomos de la selva.

Tú comprendes la lengua misteriosa
en que les habla el genio á los poetas,
porque tienes en tu alma soñadora
la suprema intuición de la belleza.

Quédate á Dios, amor de los cantores
que componen tu corte de princesa:
yo me vuelvo á la sombra en donde (vivo,
pero permíteme antes que te ofrezca
—símbolo de tu mérito y virtudes—
la más modesta flor: una violeta.

JOSE DE LA VEGA SERRANO.



PENSAMIENTOS

La mujer castiga y perdona al hombre por el amor, mientras que él la juzga y la disculpa por lo mismo.

* * *

En la mujer predomina la astucia y en el hombre la fuerza.

* * *

La mujer sufre al hacer feliz al hombre que no ama y es dichosa al sufrir por el que adora: el hombre suele ser dichoso en someter á su capricho avasallando ó halagando á la mujer que le place, intervenga ó no en ello el amor.

* * *

Las cualidades que atraen al hombre hacia la mujer, si llega á poseerla, es lo primero que se afana en ocultar, por el egoísmo de evitar que otros la codicien por las mismas razones que él la codició: lo contrario resulta en la mujer; pues cuantos méritos reconoce en su compañero, le agrada exhibirlos ante el mundo, ya por amor, bien por vanidad.

CORALIA.



La Gran Sedería

Julio Albert y Cía. Sucs.

1a. Monterilla 3 y 4.

Apdo. 146. *México.*

Participamos á nuestra numerosa clientela que acabamos de recibir un magnifico surtido de

:CORSES:

MARCA P. D.

ULTIMOS MODELOS.

VARILLA RECTA.

LOS MEJORES DEL MUNDO.

ESTOS CORSES

Marca P.D.

están fuera de competencia por ser los que obtuvieron el

GRAN PREMIO

en la Exposición de París de 1900.

No olvidar que son los más higiénicos y que están recomendados por los mejores médicos de Europa y América.

Gran Rebaja en los Precios.

MANDAMOS POR EXPRESS C. O. D. TODO CORSE QUE SE NOS PIDA INDICANDONOS EL TAMANO.

PARA EL HOGAR



Cubrecorsé y fondo con encajes

SOR CLAUDIA.

A dos leguas de mi pueblo natal, en pleno bosque, hubo en otro tiempo un monasterio, en el que vivían consagradas al rezo y á la meditación varias monjas de la orden de las Clarisas.

De aquel convento, cuyos campanarios surgían por encima del follaje, no quedan hoy más que una fuente y algunas ruinas.

El monasterio en cuestión era en el siglo XV un santuario que gozaba de extraordinario renombre en veinte leguas á la redonda.

Las oraciones de las religiosas ascendían al Cielo como dorados enjambres de melodiosas abejas, y el Cielo, en cambio, prodigaba á la congregación los bienes terrenales y las gracias espirituales.

Todos los años citábanse los milagros obrados en el convento, en la Capilla consagrada á la Virgen.

Por tanto, continuamente numerosas procesiones de peregrinos aportaban al monasterio riquísimas ofrendas de dinero, que se invertían en buenas obras, toda vez que las monjas no se limitaban á elevar sus plegarias al Cielo.

Daban abundantes limosnas; proporcionaban trabajo á los obreros de la comarca; cuidaban á los enfermos, y, en los perturbados tiempos en que el duque de Lorena y el rey de Francia se hostilizaban con frecuencia, recogían y curaban á los heridos de uno y otro bando.

Entre las religiosas figuraba una hermana llamada Claudia, la cual había entrado en el convento á la edad de quince años, y hacía cinco que desempeñaba el cargo de sacristana en la milagrosa capilla de la Virgen.

Gracias á su celo, el santuario estaba lleno de flores y primorosamente limpio. La devoción de sor Claudia á la Virgen edificaba todos los corazones. Una vez terminado su trabajo, se arrodillaba ante el altar, y, con su rosario en la mano, se absorbía en éxtasis y en meditaciones.

Pero sor Claudia no era únicamente un modelo de virtudes; el Cielo le había otorgado también los dones de una admirable belleza corporal.

Hacia el año de 1430 ocurrió que una partida de malhechores, mandada por un capitán llamado Perrín de Mondoné, se atrevió á llegar hasta las puertas de Bar-le-Duc.

Con tal motivo, hubo un encuentro entre los bandidos y las tropas ducales, en el bosque de Bussy. La lucha fué sangrienta y muchos de los oficiales de su alteza quedaron en el campo. Algunos de ellos, sin embargo, no estaban más que heridos. Trasladóseles al convento, y las monjas, que poseían un secreto para curar las heridas, los albergaron en una enfermería especial y les prodigaron cristianamente todo género de cuidados. Entre los que ofrecían mayor peligro, hallábase un tal Juan des Armoises, oficial del regimiento de Ligniville y joven de agraciado rostro y de seductora mirada. Dada la gravedad de su situación, fué confiado á sor Claudia, puesto que sólo un milagro podía salvar al moribundo. A fuerza de novenas y de esmeradas atenciones, la hermana acabó por triunfar de la dolencia. Desapareció la fiebre, cerráronse las heridas, y Juan des Armoises entró en el período de la convalecencia. Pero, á medida que se restablecía la salud del enfermo, renacía en él su apasionado carácter.



Trajecito para niño.



Modelo para bordado.

Cuando notó que su caritativo celo se convertía en un amor culpable, se refugió en la capilla de la Virgen y suplicó á ésta que la librase de las tentaciones del enemigo malo. Pero sus rezos nada consiguieron. Por más que sor Claudia ayunase y macerase su cuerpo, la llama de su afecto siguió abrasando su corazón; y llegó á ser tan intenso su amor, que la religiosa, cayendo nuevamente de rodillas, exclamó desesperada:



Modelo para bordado.

—Santísima Virgen, durante cinco años he tenido en mi poder las llaves de tu santuario, y he permanecido noche y día consagrada á tu servicio. Véome ahora atormentada por una lucha singular, y no puedo ya defenderme. A pesar de mis súplicas, no acudes en mi ayuda, y me considero indigna de desempeñar mis funciones de sacristana.

Cuando Juan des Armoises, completamente restablecido, trató de agregarse á su regimiento y la inducía á que le siguiera, sor Claudia dejó las llaves en el altar de la Virgen y se fugó con su seductor.

Los dos amantes se adoraron por espacio de algún tiempo; pero como des Armoises era muy voluble, abandonó al fin á Claudia, la cual se convirtió en la cortesana de moda, solicitada por los magnates, con gran escándalo de toda la Lorena.

Por espacio de quince años vivió así la antigua religiosa. Un día que, en unión de varios caballeros, paseaba á caballo por el camino que va desde Toul á Reims, al subir la cuesta de Varney vió surgir á lo lejos la aguda flecha de la iglesia del convento de Hermanas Clarisas. El recuerdo del monasterio la emocionó profundamente. Abandonó por un momento á sus compañeros, y corriendo á través del bosque, llegó á las inmediaciones del sagrado recinto. Vió Claudia la fuente milagrosa, los cristales de la Capilla y el pórtico ojival, y brotaron de sus ojos abundantes lágrimas. Acercóse al pórtico y preguntó á la hermana tornera:

—¿Ha conocido usted á una monja llamada Claudia, sacristana años atrás, de este convento?

—En él sigue—contestó la tornera y es, como siempre, un modelo de virtudes. Desde su adolescencia hasta hoy ha vivido aquí santamente, sirviendo de ejemplo á toda la Comunidad.

Asombrada y sin comprender el sentido de aquellas palabras, la pecadora permaneció inmóvil ante la puerta del convento.



Delantal para nodriza.

Brillaron de pronto con una luz sobrenatural los arbustos inmediatos y la Virgen se presentó en el umbral:

—Claudia murmuró,—desde hace quince años que abandonaste este monasterio, he desempeñado tu cargo con tu hábito y tu rostro. Nadie conoce aquí tus pecados, porque he tenido piedad de ti y he querido servirte como tú me has servido. Vuelve á tu celda y arrepiéntete de tus errores. Encontrarás las llaves en el mismo sitio donde las dejaste.

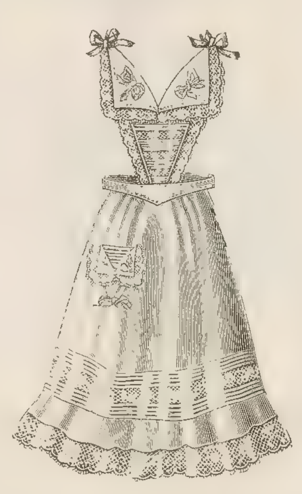
Desvanecióse la aparición y Claudia se deslizó silenciosamente por el corredor que conducía á la capilla. Allí lo encontró todo tal como lo había dejado. Púsose su hábito, ejerció de nuevo sus funciones de sacristana y se arrepintió de sus pecados, que como losa de plomo pesaban sobre su conciencia.

Sor Claudia vivió entregada á la penitencia y murió en olor de santidad.

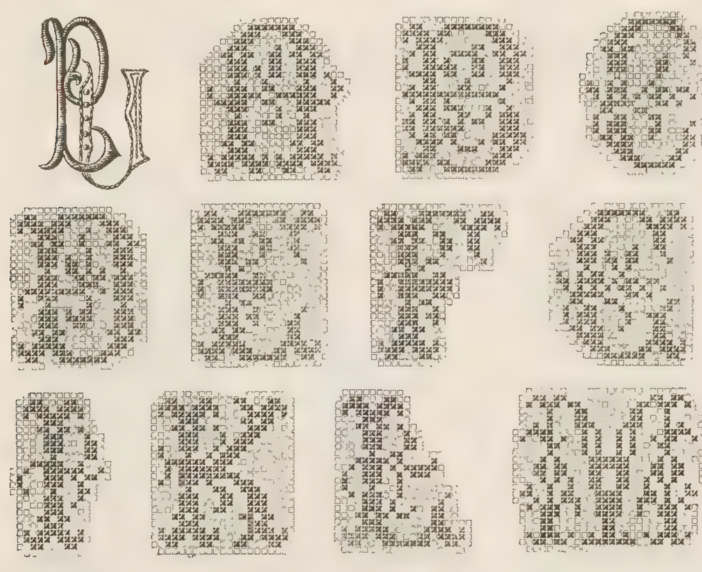
ANDRES THEURIET.

* * *

¡Que sea la mujer reina nuestra, como es reina de la belleza!



Delantal para traje de kermesse.



Modelos para marcas.

EN HORAS DE LUCHA.

En vano, llorosa y mustia
Del dolor bajo el azote,
Se queja al cielo la angustia;
Aunque la sangre se agote,
Sobre la cruz de la angustia
Del alma á torrentes brote!
El germen rompe la entraña
Cuando, buscando salida,
Por oculta ley extraña
Del dolor nace la vida...
La dicha, por suerte extraña,
Del llanto en la fuente anida
Bellas son las cruentas palmas
Que en la contienda sombría
Alcanzan mártires almas;
Tras la noche de agonía,
Despunta para las almas
La luz del eterno día!



Boina, estilo marinero.

Si la redentora luz
Brotó del peñón sangriento
Do el Justo gimió en la cruz,
Preciso es que el sufrimiento
Muera enclavado en la cruz...
De paz y de amor sediento!
La espina hiera la planta
Del inmortal peregrino
Que á la tumba se adelanta
Y en el áspero camino
Su infortunio llora ó canta...
Ay del triste peregrino!
Pero—camino del cielo—
Aunque en la tumba vecina
Cae el hombre entre hondo duelo
Lastimado por la espina,
El alma remonta el vuelo
Desde la tumba vecina!
Bendito el bálsamo santo,
Que del alma que desmaya
Desciende en perlas de llanto
Sobre el corazón que estalla...
¡Cuál dulcifica el quebranto
Del alma, cuando desmaya!
Alma que nunca al dolor
Dió de lágrimas tributo,
En su yermo aterrador
Vestido de eterno luto,
Donde cosecha el dolor
Su amargo y estéril fruto.
Corazón, que devorado
Vives por acerbos duelos,
Espíritu atribulado
Que suspiras por los cielos,
Valor, oh triste expatriado!
No son eternos tus duelos...

RUPERTO J. ALDANA.

EL ANGEL DE LA GUARDA.

I

¡Qué placer tan infinito,
qué alegría tan suprema
siente Carmen, si á la cuna
de su hijo adorado llega!
Al ver que tranquilo duerme
el sueño de la inocencia,
sobre la cuna se inclina
y al niño en la frente besa:
pero tan quedo, tan quedo,
por ver si así no despierta,
que apenas sus rojos labios
á la blanca frente llegan.
Absorta después, al niño
la dulce madre contempla,
bendice al Señor, y luego
vuelve á su lecho contenta.
Así, de la noche pasa
las horas, la madre tierna,
y es feliz como ninguna,
y es tan pura como bella.

II

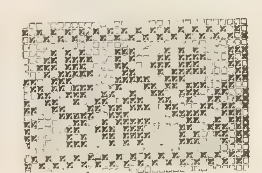
¡Madre! ¡Madre! clama el niño,
y Carmen veloce vuela
á la cuna, y le pregunta
al niño qué mal le aqueja.
Y con palabras cortadas
que sólo una madre acierta
á comprender, él le dice
que ya solo no se queda.
—¿Por qué, la luz de mis ojos?—
le pregunta de ansia llena.
—Yo tengo miedo—responde
el niño.—Cuando me duerma
vendrá un alma de otro mundo
á robarme, madre bella.
Sentí su labio en mi frente,
y su labio, madre, quema.
—No, niño mío; al que es bueno,
y, cual tú, al dormir reza,
puro el Angel de la Guarda
en las altas horas llega.
Fué su beso el que sentiste
sobre tu frente hechicera;
que vuelva á dormir el niño
y sueños malos no tenga.

III

¡Ay! ¡Cuántas noches pasaron,
y Carmen, que tanto anhela
besar en la frente á su hijo,
con mirarle se contenta!
Temerosa de asustarle,
Carmen suspira y no llega
sus labios puros y bellos
á aquella frente tan tersa.
Mas una noche, intranquila,
en su hijo adorado sueña,
y se levanta del lecho
y á la cuna ansiosa vuela.
Ella dormía, y el niño
estaba despierto; al verla,
hacia ella tendió los brazos,
pero no le miraba ella.
Carmen, dulce y amorosa,
al niño en la frente besa
y al besarle, de su sueño
la tierna madre despierta.
—¿Es el Angel de la Guarda
quien me besa, madre bella?—
Pregunta el niño, y en tanto
la risa en su labio juega.

IV

No volvió á soñar el niño
en esas almas que llegan
del otro mundo, en la noche,
y á sus regiones nos llevan.
Mas desde entonces no quiso
fe prestar á la leyenda
de que el Angel de la Guarda
de noche á los niños vela.
En cambio sabe que nunca
le olvida Carmen ni deja,
que con tierno amor le adora
y que es ella quien le besa.
¡Ella es feliz! ¡Cuán felices
son las madres que conservan

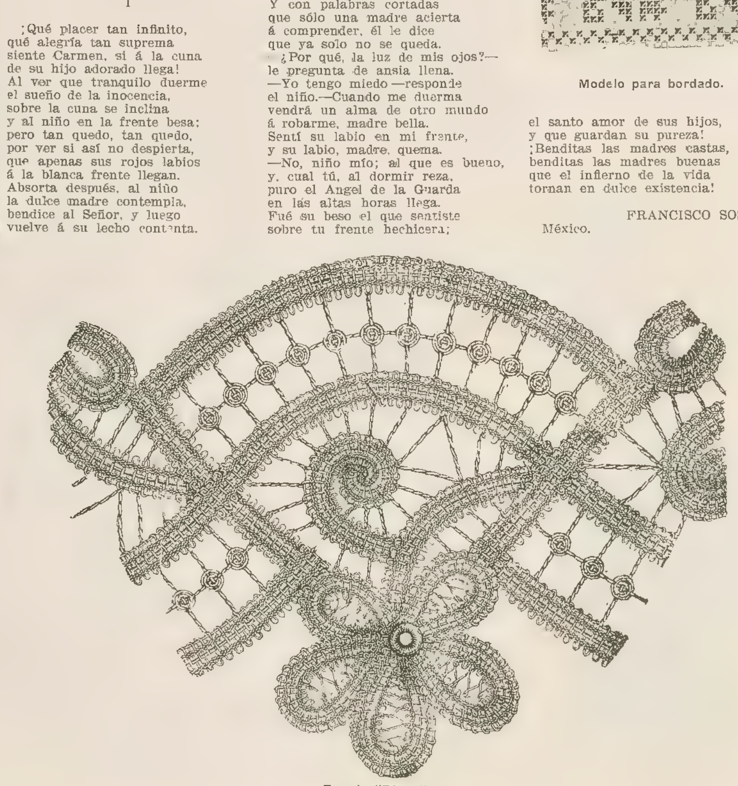


Modelo para bordado.

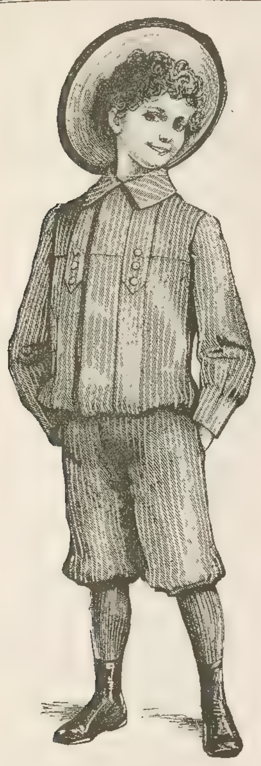
el santo amor de sus hijos,
y que guardan su pureza!
¡Benditas las madres castas,
benditas las madres buenas
que el infierno de la vida
tornan en dulce existencia!

FRANCISCO SOSA.

México.



Encaje "Richelieu".



Trajecito para niño de 8 años.



Sombreros para señoritas, últimos modelos.

La buena Sociedad Parisiense

POR LA

BARONESA DE ORVAL.

LOS BANQUETES.

CONTINUA.

ALMUERZOS

Fuera de los almuerzos de ceremonia y de gala, en la intimidad están de moda los "lonches", y nada facilita tanto la conversación como una de esas elegantes reuniones donde una docena de convidados selectos se colocan en torno de una mesa servida con elegancia y adornada con esmero, con un sello artístico original y de buen gusto. Las damas conservan sus sombreros, lo que da á estas comidas cierto aire de fonda no poco curioso.

El menú de un "lunch" debe ser poco complicado, muy fino, y comprenderá un platillo especial preparado por el ama de la casa. En otros términos, el "lunch" es una comida íntima que se hace más bien en familia.

Con todo, puede suceder que un marido lleve á su casa uno ó dos amigos; es, pues, preciso que la señora esté siempre dispuesta para recibir de un modo conveniente. Si se le avisa de antemano, le será fácil preparar el menú debidamente.

Pueden disponerse en una mesa de "lunch" carnes frías, ensaladas, etc., y la mesa dispuesta á la rusa, estará graciosamente adornada de flores sencillas que el ama misma de la casa habrá colocado en un canastillo.

Nunca será motivo de queja para nadie que en un "lonche" haya muchos entremeses; por el contrario, más ó menos sazonados con especias, abren el apetito. Se reúnen en una gran bandeja puestos en sus respectivos platitos de diferentes formas ó en una especie de platón especial dividido en numerosas casillas.

Pueden los invitados servirse á un tiempo en sus respectivos platos tres ó cuatro entremeses de su agrado.

En el "lonche" pueden tomarse huevos, chuletas, biftecs á la parrilla, pescados fríos ó calientes, carnes aderezadas con un asado de la víspera.

Para las ostras se tendrán platos de que se hablará adelante.

Por la mañana no se olvidará el queso, que es casi obligatorio.

Al fin del "lonche" se servirá té, café ó chocolate, al gusto de cada uno, y el ama misma se encargará de este servicio.

En muchas casas se hace el café por la mañana en la mesa misma; hay tantos modos de prepararlo que no se puede recomendar uno con preferencia á otro.

También en la mesa se ofrecen licores.

El invitado á almorzar no debe eternizarse en la casa de los anfitriones para no hacerles perder la tarde.

Otra cosa es en el campo, donde se concurre para pasar el día. Después del almuerzo se emprende una excursión por los contornos ó se pone uno á charlar en el jardín ó en el parque.



Cojín para rodapie.

ALMUERZOS SUNTUOSOS

Hace años habían caído en desuso estos almuerzos, pero hoy van entrando muy en boga; efectúanse entre una y dos de la tarde.

Con menos ceremonia que para una comida, se dispone el menú, corto por lo regular; así, los entremeses que se suprimen en la noche, son, por el contrario, admitidos de igual modo que las ostras.

Los criados visten librea de mañana, á la inglesa; nunca la librea oficial.

Se dejan el sombrero las señoras, quienes concurren con elegante traje de calle. Los hombres, de levita.

CENAS

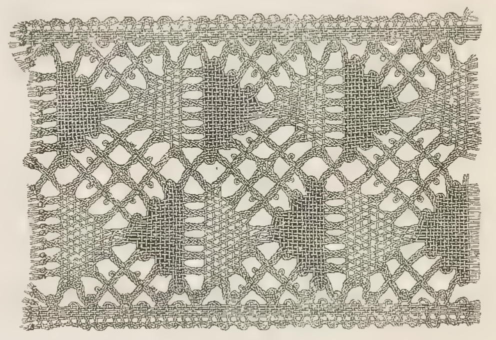
En "Bailes y Saraos" se hallará un circunstanciado capítulo sobre cenas. Sólo resta hablar de la cena que se toma después del teatro en una fonda.

Es muy de moda que dos parejas de jóvenes casados vayan juntas, formando un simpático grupo, á tomar una exquisita cena. En ese caso el menú se compone sobre todo de platillos apetitosos, más que nutritivos, de gusto, rociados con excelentes vinos.

Caprichos son éstos á que por higiene no debe uno entregarse con mucha frecuencia.

"FIVE O'CLOCK TEA"

Hoy todas las damas tienen su día y ofrecen á sus visitas una taza de té ó cualquiera otra cosa á la hora de la visita.



Entredós para funda de almohada.

Cuando el ama de casa recibe, se dispone una mesita en un ángulo del salón, con pastelillos, "sandwichs", vinos, dulces, etc. A las cuatro se lleva el té, que deberá conservarse caliente hasta las seis y media



Cojín para respaldo.

Para ello se usa la cubretetera, de maravillosas sedas antiguas ó con primorosos bordados.

Sobre la mesa de té, de forma moderna, de dos ó tres pisos, ornados con unas finas servilletas de encaje, se ponen tazas de porcelana del Japón, vasos de cristal, copas para vinos finos, una chocolatera y un "samooar". Este útil trasto permi-





Talles y sombreros, última novedad.

te dar la bebida perfumada al gusto de cada cual.

El té que dura mucho en la tetera, se pone acre y hay que corregir con agua esa acritud.

El ama de la casa, ayudada de sus hijas ó de amigas jóvenes, se encarga de este servicio, más complicado y fatigoso de lo que se piensa.

Hace los honores la hija más joven, que se sitúa cerca de la mesa, ofrece á cada recién venido una taza de té ó de chocolate, ó una copa de vino generoso y ella misma lo lleva á la visitante. Si se trata de un hombre, se acerca éste hasta la mesa para disminuir la molestia de la señorita que se digna hacerlo objeto de sus atenciones.

A falta de señoritas, puede la señora hacerse ayudar por un hijo, un hermano, un joven capaz de desempeñar su cometido. En algunas casas un criado circula una gran bandeja con "sandiwchs", galletas, castañas heladas, etc., pero es raro, pues se necesitaría el criado constantemente, porque las visitas se renuevan sin cesar.

CENA DE NAVIDAD

Data de los tiempos más remotos la costumbre de celebrar la Navidad. En casi todos los países de Europa se usan los árboles de Navidad, cuajados de luces y regalos de todas clases; á pesar de la afluencia de invitados, conserva esta fiesta un carácter de intimidad patriarcal.

En Alemania, en Alsacia, el niño Jesús les da muchos juguetes á los pequeñuelos obedientes. En Rusia hay muchedumbres en las iglesias y calles.

En Inglaterra todas las casas se adornan con muérdago y guirnaldas de acebo; las mesas de Navidad lucen los budines adornados con acebo.

Se cuelga muérdago del cielo raso, de las jambas de las puertas, y los novios procuran llevarlo á sus novias para adquirir el derecho de darles un beso.

En Francia también, la flor á la moda para Navidad, es el muérdago; esta plantita de hojas agudas, tan querida de los galos, se pone por todas partes, en los canastillos de mesa, en los floreros; se cuelga en grandes haces, afianzados con listones de seda roja, de la lámpara del comedor, de la araña de la sala, de los copetes de los espejos, de las chimeneas. Se le atribuye la virtud de acarrear felicidad.

Esta moda ha engendrado á los vendedores de muérdago, que en el mes de Diciembre recorren las calles de París con un largo palo sobre la espalda, cargado de inmensos manojos de muérdago

Otra añeja costumbre piadosamente conservada en Francia, es la de asistir la Noche Buena á la misa de Gallo. Inúndanse las iglesias de París, tanto de humilde pueblo como de gente elegante, anhelosos de concurrir á la solemnidad.

Después de la misa se reunen en las fondas ó en sus propias casas, preferentemente en estas últimas, porque se reconoce, no sin razón, que para las damas elegantes y de buena sociedad es poco atractivo asistir á sitios donde se exponen á ciertas promiscuidades y donde el penetrante olor del tabaco las puede molestar.

Al regresar al hogar, se halla elegantemente dispuesta la mesa; mézclanse con las ramas de acebo las luces, las flores, las rosas de Noche Buena; ramas de muérdago alegran la frutera; puede reinar también el mayor capricho así en el servicio como en el menú. Se compone de consomé ó la sopa tradicional, ostras, carnes frías, "paté de foie gras"



UN ENTIERRO EN ALTA MAR.

Seis años hace y no se borra, ni creo que jamás se borrará de mi imaginación, el recuerdo del doloroso espectáculo que presencié aquella noche á bordo del trasatlántico "Antonio López.

Hacíamos la travesía de Cádiz á la Habana; el vapor conducía al bizarro batallón "Voluntarios de Madrid" y quince ó veinte pasajeros de primera y segunda, que participaban de la alegría tan peculiar al ejército español.

Entre los de segunda venía Don Sebastián, comerciante de Puerto Rico, persona muy afable, y su bella hija Anita, á quien su buen padre llevó como nuevo paseo á Barcelona, volviéndose satisfechos, felices, al país en que nacieron.

El trato de la encantadora joven había cautivado á todos, y puede decirse que era la niña mimada, hasta por la distinguida oficialidad del barco, razón por la cual reflejaba la dicha en el semblante del bueno de Don Sebastián, que no sabía ni con qué pagar aquellas sinceras y espontáneas manifestaciones de cariño.

A los siete días de navegación se declaró la viruela en dos soldados, y por desgracia se propagó la epidemia, contándose bastantes casos, unos benignos, otros mortales, entre éstos el de la Angelical Anita.

Sólo dos días duró la enfermedad de la desgraciada niña, que en lucha titánica con la muerte, "sucumbió el 9 de Agosto de 1896, á los 18 grados de latitud, á causa de enfermedad contagiosa: viruela hemorrá[illegible]" según la copia del parte que conservo, extendido por el médico de á bordo

El desventurado padre, loco, desolado, intentó tirarse por la borda, y gracias á la constante vigilancia de dos individuos de la tripulación, puestos de antemano por el capitán, que preveía un fin desastroso, no fué una nueva víctima del mar.

Faltaban tres días para llegar á San Juan, y el cadáver no podía tenerse en el vapor más de veinticuatro horas, razón por la cual se le daría sepultura en alta mar.

Don Sebastián, anegado en lágrimas, se arrodilló ante el capitán, le suplicó por lo que más quisiera que [illegible] llevar hasta San Juan el [illegible] cadáver, ofreciendo distribuir diez mil pesos entre los pobres de la capital si a cedía á su ruego; mas todo fué inútil, era un asunto de responsabilidad suma, grav[illegible]mo, y el digno oficial, con el corazón lacerado, tuvo que dar la orden de que el cuerpo de Anita fuese arrojado al mar á las once de la noche de aquel aciago día.

. . .

Un silencio profundo reinaba sobre cubierta, y al dar las once, salieron de la cámara de primera el padre de almas, vestido de túnica talar, el sobrecargo, el segundo oficial, el médico, dos marineros y el que estas líneas escribe, en concepto de auxiliar del buen sacerdote.

De uno de los camarotes sacaron los dos marineros un bulto informe, cubierto por completo por sábanas y atado fuertemente á dos gruesos barrotes de hierro; todos nos arrodillamos, y tras de un breve y sentido responso, se procedió al terrible acto de aquel lúgubre entierro, dándole aún más sombrío aspecto la obscuridad de la noche.

Aproximaron el extraño féretro á una compuerta, dió la orden el segundo, lo empujaron, oyéndose el golpe seco del objeto al caer en el agua, y quedando los testigos de la escena como petrificados.


Dos trajes de mañana, para calle.

Traje de tul drapeado, sobre fondo obscuro.

El barco siguió su marcha, y el cuerpo de Anita desapareció para siempre en lo más profundo del mar, pero vive su recuerdo en mi memoria, el recuerdo de aquella noche en que una virgen, días antes llena de vida y hermosura, convertida en una masa informe, iba quizá á ser pasto de los tiburones.

ANGEL PECHE.

Dos Páginas de mi Cartera.

Además, profundo sentimiento me causaba la indeferencia de Arturo; pero ya no soy tan inocente niña para que quiera cuitarme por las originalidades y sandeces de un muchacho rancio. Sé que el amor existe en el corazón, y que es un sentimiento tan conforme con la naturaleza del ser humano, que hasta ahora no se ha encontrado un solo individuo de la especie que viendo unos ojos como los míos, haya dejado de sentir que su corazón tomaba grandes proporciones.

Por otra parte, bien comprendo que la razón, esa vieja insípida y hosca, está reñida con el amor; pero ¿con quién no están reñidos los viejos? En cambio, el amor es joven, es alegre, llena las almas grandes y fogosas; y de aquí resulta que los genios, esas almas forjadas en el fuego sagrado, rinden siempre fanático culto al sentimiento.

Arturo es joven, es de gallardo y hermoso aspecto, tiene talento y no carece de "esprit;' pero, en cambio, ¿querré yo con toda el alma á alguno de esos hombres que se encantan, se extasían contemplando una grosa piedra ó alguna patuda tarántula, que apenas pueden ver con ayuda de microscopio?

Los hombres como Arturo no tienen sana la cabeza. El cerebro en ellos es como urdimbre de cierta trama que no concluye de llevar y traer ideas y más ideas, extrañas y referentes á sus malaventuradas sabidurías.

Arturo no sabe amar, ó lo hace á su modo; que según creo será como pudieran amarse los [illegible]iles allá en las frías y tétricas petrificaciones. Quizás él encuentra mayor encanto en sus apergaminados librotes ó en sus mapas geológicos, llenos de intrincados garabatos, que en una mujer hermosa, toda ternura, toda vida, toda sentimiento.

Me ha dicho alguna vez: "Yo te amo, Eloísa; hay amor en mí. Conozco que estudiando el sentimiento que establece en mí su posesión, deberé creer que soy otro, puesto que me ocupo de alguna niñería, como saber si un rizo de tu pelo cae con mayor ó menor gracia sobre tu cara". ¿Y nada más? ¡Ah! añade algo. Habla de las capas de los terrenos de sedimento, cuenta de las formaciones plutónicas, del calor central y de la forma y movimiento de nuestro esferoide...

Seguiría con su incomprensible palabreo, si no me oyera decir muchas veces: "¡Qué noche incomparable, llena de atractivo y seductoras galas! Los que aman, los que [illegible]timos la chispa de ese fuego [illegible] que se llama amor, en noches de luna como ésta nos levantamos á las regiones misteriosas de la idea, y encontramos un poema de encanto en cada sombra, en cada luz en cada flor".

Me parecen mejor las noches obscuras—dirá Arturo,—esas noches en que la luz descolorida de la luna carona no viene á menguar á nuestra vista la luz de los infinitos [illegible] que gravitan en el espacio. En noches obscuras podemos hacer importantes y útiles estudios. Podemos notar lo regularizado de los movimientos planetarios y descubrir, allá muy lejos, las cuajadas nebulosas, ó los bólidos ígneos que caminan en vertiginosa carrera por entre innumerables mundos".

¡Oh! admirable inteligencia del hombre, ¡cuánto me sorprende!

Ya que él puede dar claridad tanta á una noche sin luna con el ful-

Trajes de casa estilo sastre.



.aje para calle, falda plissé, última novedad.

POR ELLA.

No he caído del todo; si mi [illegible]
rodó en pedazos ante el golpe [illegible]

sin una herida, vigoroso y terso,
quedó mi pecho en el combate crudo.
Tu amor me llama y á la lid acudo,
sin traiciones ni intrigas de perverso;
nimbado por tu fe, brotará el verso
con fibra santa y con empuje rudo.
El corazón que dejo en holocausto
en la ara de tu amor, vive y palpita;
más si estuviera de ilusión exhausto,
¡oh Mefisto! tuyo es, si en infinita
alianza unes mi ilusión de Fausto
con su casta ilusión de Margarita.

EDUARDO J. CORREA.

gor de su inteligencia, comunicando esa claridad por medio del cai[illegible] su telescopio, ¿qué viene á bus[illegible] este pequeño mundo de mi corazón?

Estas noches de hermosa luna fueron hechas para el encanto de los jóvenes corazones; para oir en éxtasis incomparable esa apacible sinfonía que se levanta de los campos, como envuelta en la azulada luz de las estrellas; las noches de obscuridad y de pavura fueron hechas para las aves siniestras de estridente graznido y de ojos fosforescentes .. Así son nuestros pensamientos: el mío, esa tenuidad apacible de las noches de luna; el suyo, esa magnificencia pavorosa de la obscuridad, que oculta tantos misterios

El es la sombra y yo la luz .. ¿Acaso llegaremos á formar algún día un claro obscuro, en que el am[illegible] esfume en sus pinceles un porvenir de venturanza?

DAVID F. GOMEZ.

LA BAÑADORA.

No temas, rubia virgen, que indiscretos
Los sátiros copripedes ansíen
Arrebatar tus íntimos secretos;
Sólo del fresco manantial sonoro
Tiemblan los juncos y en la luz deslíen
Las claras ondas sus arenas de oro.
En el azul. la estrella matutina
Arropada en su manto de fulgores
Vierte su tenue claridad divina;
Y en el puro cristal del manso río,
Riega polvo de iris que en las flores
Es perfume y matiz, miel y rocío.
Deja tu veste diamantina y pura,
Y en la gloria del alba resplandece
Vestida de tu helénica hermosura;
Por besarte y cantar gime la onda
Y esmeralda lumínica parece
Al presentir tu cabellera blonda.
Te ceñirá la aurora grácil velo
Tejido con las alas de las brisas
Que ledas cruzan la extensión del cielo,
Y entre tus labios de luciente grana
Anidarán las mágicas sonrisas,
Mariposas de luz de la mañana.
¡No temas, virgen! ¡El cristal sereno
Del aire romperán las mariposas
Para besar la nieve de tu seno;
Contempla, el día se estremece y canta
Y cómo deshojando nuevas rosas,
El fondo de las aguas abrillanta!...
Hunde tu cuerpo en las sonantes linfas
Del limpio y fresco manantial sonoro
Cual las hermosas, virgilianas ninfas;
¡De su belleza triunfarás! y ellas
Han de prender á tus cabellos de oro
¡Una ideal constelación de estrellas!...

Rafael Martínez Rubio.

Dos trajes para calle, corte sastre y blusa ajustada, con mangas estilo berlinés.

PRIMAVERAL.

Qué azul el cielo de primavera,
Qué verde el campo lleno de flores;
Cuántos perfumes en la pradera,
Y estrofas dulces el Universo;
En los saúces, cuántos dumores.
Es un poema de notas suaves
Tremen los nidos, vuelan las aves,
Se abren las flores y surge el verso.

El terciopelo de toques de oro
Entre las ramas las pomas cubre,
Mal ocultando tanto tesoro,
Como temiendo que llegue octubre.

Lira es el árbol de brazos rectos,
Lira el picacho de negra roca,
Liras las alas de los insectos
Que buscan flores como tu boca.

Mientras las rosas vierten perfumes,
Mientras las ondas vierten rumores,
Sólo tú lloras y te consumes,
Oh alma, nido de los dolores!...

¿Por qué no vienes, musa gallarda,
Con tus perfumes de primavera?
Ven, que mi alma, triste te aguarda
Como la alondra de luz primera.

Musa, mi musa blanca y nerviosa,
La de los ojos obscuros, bellos:
Hunde tus dedos color de rosa
Entre la bruma de mis cabellos.

Yo necesito que me embeleces
Que me acaricies, que me estimules,
Que me sorprendas y que me bes[illegible]
Para que broten cantos azules!

HONORATO BARRER[illegible]

* * *

Un socarrón mesonero
Dijo á un jibado al revés:
—No me neguéis esta vez
Que cargasteis delantero.

El jibado á estas razones
Replicó:—Es muy importante
Lleve la carga adelante
Quien se halla entre ladrones.



Traje para casa, y traje de vista.

PARA EL HOGAR

ÉGLOGA.

¿Dónde está la falange de dioses que añadían cada cual con su aureola de inmortales un rayo más á los resplandores del sol naciente? Los fogosos caballos del auriga Faetón, no tiran ya del luciente carro del sol; las flores no enjugan las lágrimas de la Aurora, amante

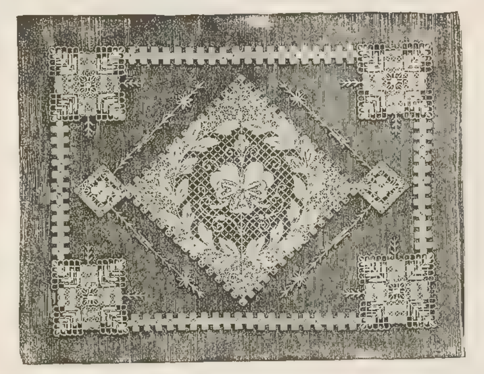


Modelo para bordado

lacrimosa; los céfiros perecieron, y su querida Flora no entorna los ojos adormilados de placer al recibir sus frescos besos; los coros de las Napeas no resuenan bajo la verde bóveda de los bosques. ¿Qué Náyade gime en las fuentes?

Naturaleza, dí tú lo que eres, entona tú misma en coros de aguas de sollozos sin fin, en orquestrales charloteos de pájaros, en susurrantes conversaciones de pinos, con el melancólico chasquido de la hoja seca, con el mugido amoroso de la vaca y el chirrido del grillo de las gramas, el verso que mereces.

La mañana alumbra el lago: el cielo con su luna pálida, semejante á un trozo de cristal hundido en el agua; el cielo con su azul diluído primero en blanco, después en gualda, oro y grana hacia el horizonte y recortado por la silueta de la lejana cordillera de montañas: el cielo con un celaje amarillo, cual jirón de túnica del emperador del Catay, blanco el otro semejando ínfula de sacerdotisa, rojo aquél cual chispazo de sangre fría en la vestidura de un héroe aquivo; el cielo todo se refleja en el lago, su espejo retrata los tulares verdes de la orilla, las garzas paradas en un pie que esperan la salida del sol, el monte vecino con sus árboles emboscados! Hasta la falda del monte opuesto al lago, bajan en tropel muchos pinos



Cojín deshilado para rodapié.

hinchados de savia de olor resinoso, y entre ellos, los robles de hojas anchas y lustrosas, mecen con el viento sus ramos haciendo el ruido de águilas que luchan en el espacio: se desnuda el monte de su ropa de neblinas, para mostrar á la luz de la mañana sus vigorosos vegetales...

Por bajo de los frondosos árboles, frente al lago, Timbreo, joven soñador, decía así:

Los vientos invernales desprendían las hojas etioladas de los árboles, huían en parvadas dejando desnudas las ramas donde nacieron y descubiertos los nidos abandonados á que dieron sombra: unas caían muy lejos, otras al pie del árbol efímera vida; el reptil las removía en su marcha rastrera y dejaba oir seco y largo murmullo. ¡Cuán amarillas estaban entonces las gramas! Las cañas fofas y pajizas de los maizales estaban quebradas formando largas filas, semejantes á escuadrones derrotados. Entre los pastos sin jugo, vagaban varios bueyes, con la frente sangrando todavía por el yugo: aquellos animales habían conducido el arado por el llano donde sabaneaban.

Muchos tordos seguían á los mansos bueyes recogiendo los granitos de las espigas que trituraban al pacer, y cuando la pacífica res se echaba al suelo para rumiar, los pájaros cantaban posados sobre las astas y el lomo del buey... Desde entonces, una virgen morena se contorneaba en mis ensueños del alba, sus ojos grandes y negros habían clavado sus dardos de fuego en los míos.

Llega el tiempo de los soles rojos y calientes, de los horizontes borrados por las humaredas que producen los incendios de las breñas, de las siestas cálidas, silenciosas y adormecedoras... Entonces el sol nace y muere tan rojo como escudo recién sacado de la fragua; entonces los montes lejanos están velados por la bruma de las fogatas: la neblina es fresca y blanca, el sol la desvanece: la nevada es cristalina, sus hebras heladas quiebran los rayos del sol dibujando con ellos figuras cabalísticas en la inmensidad; pero el humo amarillea el rayo del sol, sofoca, borra perspectivas.

Ya cayeron las primeras lluvias; los campos se visten de verde yerba y los rojos zarcillos, las blancas flores de San Juan y las rosadas tempranillas, brotan por entre la llanura: los nevados lirios de Salomón se arriman sedientos á los arroyitos: los violados quiebraplatos enhebran sus guías entre los jarales; las verdes cetonías zumban por el viento ó se agarran á los aterciopelados melocotones y á los lanudos membrillos; los labradores forman tropas en los barbechos obscuros encuadrados en fondo verde: la tierra mojada humea al ser removida por la lustrosa reja; los arados rechinan, los bueyes rumian, los labradores cantan canciones de aire melancólico, los sembradores arrojan los granos de maíz á distancias medidas por acompasados pasos: todo renace, vegeta, vive.. mas la virgen morena, de mejillas semejantes al obscuro jacinto y de labios de granada, vuelve á mis sueños y no se aparta de mi memoria... pero ella no me ama...

En aquel momento el sol salía y dirigió Timbreo sus pasos á su aldea...

PEDRO LAZCANO.



Cojín para respaldo.

PENSAMIENTOS

Hay hombre tan ridículo que sólo ha logrado inspirar amor á mujeres inocentes ó tontas; pero cuando alguna de ellas ha adquirido el talento que dan los estudios ó la experiencia, le ha despreciado, pareciéndole imposible hiciera de ese hombre el ídolo de su corazón.

* * *

Si queréis saber la opinión de una mujer, procurad enteraros de cuál es la del hombre que ama.

* * *

El hombre que fuese sometido en el tribunal del amor á ser juzgado por un consejo de mujeres, sería condenado por unanimidad de votos; pero ¡cuántas de ellas irían gustosas á compartir la cadena con el reo!

CORALIA.

LOS GORRIONES

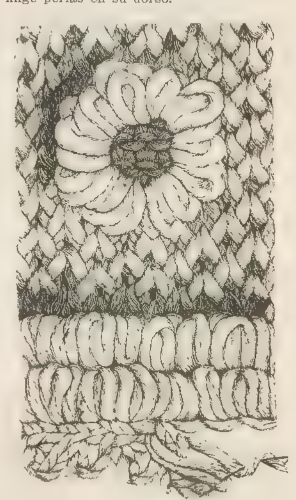
En las mañanitas de cielo azul y viento suave y luz de oro, frente á mi ventana, en un alero tiene un gorrión de pico negro, colgado su caliente nido: despierta alegre, hincha su pintado cuello para cantar sus amores con su gorriona esbelta, que duerme arrullada por los besos de su gentil amado. Cuando murmura el



Tapete para pasillo.

céfiro sobre el tejado, el gorrión estalla en cascadas de notas dulces, y á sus melodiosas endechas despierta la gorriona y juntos los dos levantan su himno de amor al Dios que enciende los soles y da su veste de plumas á las aves.

En las mañanitas de cielo gris, y relente húmedo y aurora envuelta en capuz de obscuros celajes, en sus cantos los gorriones ríen de alegría y saltan por el tejado, mientras la menuda lluvia baña su plumaje y finge perlas en su dorso.



Labor para tapete.

En las mañanitas en que la muriente luna prende crespones de luz en las añosas melenas de los fresnos y el "madrugador" arrulla con sus trinos á la virgen que duerme en su inviolable alcoba, los gorriones se mecen en su colgante nido al impulso del manso bóreas, y llaman á la rosada aurora con sus cánticos juveniles.

Pero en una mañanita obscura en que la tempestad rugía, pasó un halcón con silencioso vuelo y el gorrión, que saludaba á la nueva aurora, saltó del nido gritando, gritando; mas




Barrendero para enaguas interiores.

Saquitos de abrigo.



Pelerina-boa de gasa, para traje de mañana.

la gorriona, que dormía, fué atrapada por el rapaz, y allí donde fué santuario de unos amores, crujían los huesos y volaban las plumas de la gorriona muerta.

Y en las mañanitas, frente á mi ventana ya no brotan del colgante nido las confidencias amorosas en el canto de los gorriones.

Después el nido frío, sin amores; mas en las cavidades del alero los grillos cantan cric-cric y los viejos murciélagos levantan sus hossanas á la deidad de las nocturnas sombras, en tanto que el gorrión errante, triste, repite por el bosque sus lamentos.

Así el destino, como el carnicero halcón, roba las dichas de las almas, dejando el corazón frío y sin amores.

JOSE M. R. GALAVIZ

MINIATURAS.

Oh niña, por diverso
modo, tú mi fe burlas y mantienes:
¿quién dijera mirándote, que tienes
un corazón indómito y perverso?
De tí misma segura,
ante mis ojos tu hermosura ostentas
porque sabes que olvido las afrentas,
esclavo de mi amor y tu hermosura.
En las almas impones
tu voluntad, y en múltiples aspectos,
riendo pasas, despertando afectos
en todos los sensibles corazones.
Con singular audacia
mi esperanza destruyes y renuevas
y te adoro y admiro porque llevas
tu careta de hipócrita con gracia.
Con gentil travesura,
das á tu frente cándida armonía,
luz á tus ojos de mirada fría,
á tus ensueños virginal blancura.
Extraña y misteriosa
en tí existe una influencia que me (atrae;
tú mi ánimo levantas si decae
y en mi espíritu reinas como diosa.
Mas por diverso modo,
en sustraerme á tu influencia sueño
y te busco otra vez con triste empeño
y si me faltas tú, me falta todo.
Y pienso que en la vida—
puesto que igual destino nos recla- (ma—
ha menester mi corazón que te ama
el amor de tu alma pervertida.

BENJAMIN RETES (jr.)

PRIMAVERAL.

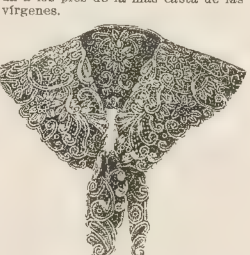
Llegó Mayo, el poético mes de las ninas blancas y las flores tiernas: el mes en que brotan los retoños y se abren los botones, y revientan los capullos. Y llegó—Rey de la Primavera—escoltado por el magnífico séquito que acompaña siempre á las Altezas: cortesanos colibríes libando—¡ebrios!—el dulce néctar de las entreabiertas corolas; coquetas y volubles mariposas, apenas salidas del capullo y volando, ya inquietas, como si aun no fijaran su elección, ya amantes de un momento, posando sus tornasoles cuerpecitos en los pétalos y dejando caer el polvo de oro de sus tenues alas; la música de los alados vagabundos trovadores de los bosques, inundando el aire con sus inimitables armonías, y toda la corte del Rey Mayo apercibiéndose á llegar al espléndido palacio de la Reina Madre, Naturaleza, que tiene por alfombra césped florido y suave, por entre el cual y como huyendo de sí mismos, corren traviesos y murmuradores arroyuelos, girando por todas partes y á semejanza de cintas de plata, atando naturales ramilletes; que tiene por muros las verdes frondas ó los horizontes de oro, y por techumbre la inmensidad azul, cuando llega la corte, brilla, iluminada por su dorada y refulgente lámpara, el Sol; los músicos del bosque entonan sus cantares más sonoros, las palomas ocultas arrullan quedo y con dulzura, la esencia de las flores aroma el ambiente y todo revienta en inmensa explosión de vida, de colores y luz, de perfumes y armonías.

Este hermoso mes, símbolo de la juventud y el esplendor de la vida, el cristianismo, en sus poéticas lucubraciones, ha querido dedicarlo á la más bella de sus creaciones, á la más dulce de sus figuras, á esa virgen que tiene por nombre María y por apellido... ¡Madre!

¡Mayo y María! He aquí dos nombres que encierran poesía inmensa. Y cómo no, si María es la madre de todos los seres, y Mayo engendra todas las flores!

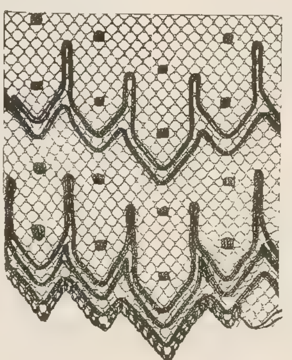
Oid lo que de ellos dice el poeta: Mayo y María son dos nombres que se hermanan, que suavizan la palabra; dos sonrisas que se reconocen y se aman. No sé qué hilo de la Virgen une á los dos. Uno es como el eco del otro. Mayo es el pomo y María es la esencia.

Por eso sin duda, Mayo, mes de las flores, está dedicado á María, madre de la humanidad. Por eso las madres colocan sobre las frentes puras de sus hijas blancos azahares; sobre sus inocentes rostros, cándidos velos transparentes, y cubren sus ligeros cuerpos con blancas vestiduras, emblemas del candor y la inocencia, y llenándoles las manos de húmedos ramilletes, las llevan al templo á depositar la casta ofrenda á los pies de la más casta de las vírgenes.



Sobrecuello de encajes.

La iglesia, tapizada de flores, huele á primavera y juventud. El altar parece inmenso ramillete blanco, sembrado de estrellas de oro. No suena el órgano majestuoso y grave: lanza á los ámbitos cascadas de cristalinas y alegres notas, y el himno de la niñez se levanta, puro, argentino, y no hay duda, llega hasta la mansión misteriosa de María, la que ha de sonreir á ese acento con la dulzura con que sonríe la madre al escuchar los primeros balbuceos de su hijo.



Bordado sobre tul.

Después, á la hora del crepúsculo, á esa hora, la más bella del día, en que la noche comienza á desplegar su negro pabellón de sombras, y el horizonte parece arder en inmensa llamarada, sale la turba bulliciosa de la capilla, alegre, traviesa, oliendo á rosas húmedas, con la felicidad pintada en semblantes, orgullosa de sus níveos trajes, y se pierde al fin á lo lejos, antojándose pequeño escuadrón de diminutas novias.

Luego, la noche acaba de extender su negro velo: el horizonte se apaga y se encienden las estrellas, lámparas misteriosas con que se alumbró la noche prendiéndolas en su obscuro manto, mientras se levanta del suelo el grato olor de la tierra refrescada por las primeras lluvias.



Bordado para tapiz.

El templo se cierra; se apagan las luces; cede el bullicio su lugar al silencio, y solo, perdido entre las sombras de aquella noche tibia y perfumada, el soñador contempla el esplendor del firmamento, aspira con fruición el ambiente, luego cierra los ojos y entonces le parece ver aún flotantes velos, cree recibir el olor fresco de la inocencia, que en alba radiación pasó á su lado ha poco, y cuando vuelve en sí de aquel ensueño, lanza hondo suspiro de dulce languidez, porque siente penetrar hasta lo más profundo de su alma la inmensa poesía y la soberana magnificencia de aquella tibia noche de primavera.

JOSE DE LA VEGA SERRANO.

***

Para que el amor sea sólido y duradero, debe tener por base la mutua estimación de los amantes.



Bolsa de mano para viaje.

La buena Sociedad Parisiense

POR LA
BARONESA DE ORVAL.

LOS BANQUETES.

CONTINUA.

Manera exquisita de comer las ostras en una cena es sirviéndolas á la holandesa: se desprende la ostra, se limpia y se presenta sobre la concha plana, en un plato á propósito dividido en seis casillas; en el centro se reserva un lugar para el limón. Se toma la ostra con una rebanada de pan tostado con mantequilla y se rocía con vino de Moselle.

El pollo ó la carne fría se preparan con anticipación, en tajadas, entre hojas de lechuga fresca con salsa mayonesa, aceitunas y huevos desmenuzados.

Del mismo modo se puede presentar el "foie gras".

Como vinos para estos manjares se servirán borgoña añejo y champaña.

El café y los licores se sirven en la mesa después de la cena.

En ocasiones, si ha precedido á la cena un sarao, todavía después se bailan algunas piezas.

El vestido para este caso será el de tertulia ordinario; para el primero se llevará un elegante vestido de calle, pues se ha de asistir á la misa de Gallo.



Traje de mañana para niño de 7 años y niña de 12 á 14.

TORTA DE REYES

La Epifanía, la legendaria fiesta de los Reyes,, es una de las que se celebran más en todas las esferas sociales, aun las más aristocráticas.

Para algunas personas es un gran placer gritar ¡viva el rey! ¡viva la reina! y se sienten felices cuando ven llegar la Epifanía.

Antaño se comía ese día la famosa torta de campaña ó de plomo; era una especie de pan de harina, huevos y mantequilla, cocido en el horno.

Del Oriente trajeron los cruzados la receta de la torta hojaldrada, y no falta quien diga que es de los cocineros otomanos venidos á Francia en tiempo de Luis XIII y Luis XIV.

La famosa torta del Gimnasio, traída después bajo Luis XV y vendida por el padre Coupe-Toujours, destronó á las anteriores. Aquel hombre se hizo millonario lucrando con su mercancía.

Se han sucedido en la torta el haba tradicional y el diminuto bebé de porcelana; hoy sirve de haba un zapatito de porcelana labrada.

Según parece, el bebe había reemplazado al haba, porque su poseedor, á fin de evitar el pago de champaña para los concurrentes, se tragaba sin peligro el haba; con un muñeco de porcelana no es tan fácil la cosa.

En cuanto al zapatito de hoy, para ponerlo en boga, bastó que un aristócrata cuyas decisiones son autoritarias en materia de moda, anunciase un día que del otro lado de la Mancha éste es el uso.

Respecto al punto de que el rey debe ofrecer á la reina un regalo, depende de las circunstancias: limítase aquél las más veces á una corona de rosas enviada al siguiente día á la majestad de la víspera.

En ocasiones, algunos señores de casa, para evitar todo apuro, preparan un regalito que ponen á disposición del rey para que se lo ofrezca á la reina.

Se encarga de servir la torta la persona de menos edad entre los concurrentes. Se pone sobre la torta un velo de encaje; la persona elegida mete la mano por debajo del velo y saca un pedazo, que da al concurrente nombrado al acaso.

Quien se encuentra el haba, la envía en un plato á la reina ó al rey de su elección, y entonces resuenan los gritos de "¡viva el rey! ¡viva la reina!"

Se aguarda el brindis del rey á la reina, para gritar: "¡el rey bebe!" y cuando la reina á su vez levanta el vaso, se escuchan los gritos de "¡la reina bebe!"

No hay que olvidar, al partir la torta, la parte "de los pobres" ó de "Dios." Sin que sea obligatorio, puede el rey poner sobre esa parte un presente en dinero para obsequio del primer pobre á quien se vea.

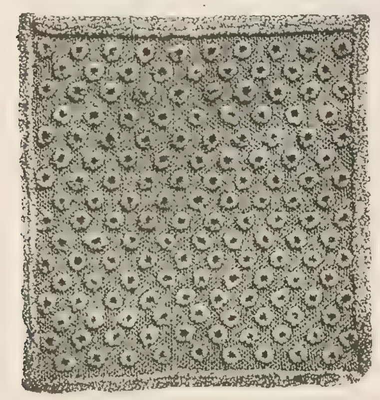


Esquina para sobrecama.

SURPRISES PARTIES

Ultima novedad; género de diversión puesto en auge por algunos tipos sociales empeñados en buscar, á capricho suyo, sensaciones nuevas, imprevistas, que vengan á distraerlos de la vida rutinaria.

Antes de avenirse á este género nuevo, que trastorna todos los usos sociales, suprimiendo las leyes de la etiqueta, algunas damas de principios severos gritan contra el desparpajo, contra el americanismo; otras se ríen, toman la cosa por el lado divertido, y son éstas quienes la aciertan, porque, en realidad, una surprise-party es sencillamente una broma que, bajo la apariencia de una burla, se desenlaza en un placentero día de campo.



Cojín para respaldo.



Delantal para nodriza.



Impermeables para niños de 12 á 8 años.



Trajecitos para niñas de 3 y 6 años.

RECETAS ÚTILES.

Ampollas.

Cuando por consecuencia de una marcha prolongada se forman ampollas, es preciso picarlas para dar salida al líquido, hacer una cortadura y luego envolver la parte dañada con una ó dos vueltas de tripa de buey.

Abscesos.

Contra los abscesos en las encías ó en el cielo de la boca, las cataplasmas son inútiles ó poco eficaces. Es más sencillo mantener constantemente en la boca y del lado enfermo un higo violeta, que es el mejor madurativo.

Anginas.

Los males de garganta desaparecen rápidamente si se emplea esta receta:

Miel rosada.	40 gramos.
Agua destilada. . . .	200 —
Acido fénico.	10 —
Vinagre puro de vino.	15 —

Mézclese, agítese y háganse gargarismos tres ó cuatro veces por día.

Ataques de nervios.

Se coloca á la enferma sobre una cama, para evitar que se lastime, y se le hace tomar algunas cucharadas de agua de flores de naranjo.

Si hay señales de congestión, se le pondrán sinapismos en las piernas.

Aftas.

Para que desaparezcan instantáneamente estos pequeños abscesos que se forman en el cielo de la boca ó en las encías, no hay mejor remedio que el agua salada.



SOBRETODO COLOR DE AVELLANA.

No sólo eran amigos de infancia Mauricio y Pablo; no sólo habían hecho juntos los mismos estudios y se habían asociado en la misma oficina; no sólo se habían casado el año anterior, con algunos días de diferencia, tomando por esposas á dos primas, dos jóvenes seductoras, Marta y Valentina, sino que también Mauricio y Pablo tenían sobretodos color de avellana idénticos.

Ese día, después de despedirse de Marta, Mauricio se dirigía á su oficina, cuando al volver la primera esquina, un emisario que sin duda lo espiaba, le entregó violentamente una carta y desapareció. Sorprendido Mauricio, sacó de su cubierta la misteriosa misiva: en élla se habían trazado con mala letra estas cuantas palabras:

"Mi antiguo camarada:

Esta noche habrá cena en mi casa; asistirán muchos de tus viejos amigos; si el corazón te dice algo.... conoces mi domicilio.

Tu siempre afma.

Rosa."

Durante uno ó dos minutos, el joven permaneció absorto, repitiendo ese nombre que nada le recordaba; después, la luz se hizo repentinamente.

¡Rosa!

Bien se acordaba ya de una joven muy bonita á quien encontraba en otro tiempo en las giras de placer hechas con amigos suyos.

Había perdido el talento esa Rosa, puesto que se atrevía á imaginar que él, hombre serio, hombre casado, y casado con una mujer encantadora, iría aún á cenas galantes?

Y alzando los hombros, prosiguió su camino.

¡Rosa!

Este nombre, por sí solo, evocaba toda su loca juventud, y ante ciertos recuerdos alegres que acudían á su memoria, no podía menos de sonreir.

Cuando llegó por fin á su oficina, ya Pablo se encontraba en ella; pero muy ocupados y rodeados, además, de todo el personal de empleados, los dos amigos no tuvieron tiempo sino para convenir de prisa en ir en la noche al teatro, á donde los acompañarían sus esposas.

Pablo marchó primero y Mauricio, concluída su tarea cuotidiana, pensó en la invitación que acababa de recibir.

Bien comprendió que no podía, que no debía aceptarla, y, sin embargo, á pesar suyo, una curiosidad ávida lo impulsaba, lo atraía.

Pero, con todo, ¿sería esto tan criminal? ¿qué mal causaría á Marta concurriendo á la cena? ¿Sería el primer marido que después de haber acompañado á su mujer á su casa, encontrara un pretexto plausible para ausentarse durante algunas horas? Y qué, ¿amaría menos á Marta porque fuera un instante á reír con antiguos compañeros?

Y vacilando entre su conciencia y la tentación del fruto prohibido que de pronto lo asaltara, Mauricio estaba perplejo.

Mas de súbito, moviendo la cabeza: ¡Bah!—dijo,—¡no pensemos ya en ello, obraré en el momento oportuno según la inspiración!

Y levantándose tomó su sombrero y su abrigo, pero al ponerse el sobretodo color de avellana, sintió cierta molestia en las sisas de las mangas.

¡Vaya!—pensó Pablo,—se habrá equivocado y puéstose el mío: esta noche, terminada la función del teatro, desharemos el cambio.



Traje de calle estilo sastre. Traje de casa para señora joven.

Algunas horas después, las dos parejas de jóvenes se encontraban en un palco primero del Vaudeville.

La obra, muy bien desempeñada, era de interés cautivador, y sentado detrás de Marta, que nunca había estado más bella que esa noche, Mauricio había casi olvidado la invitación de la señorita Rosa.

El y Pablo iban á ver durante los entreactos á su amigos que se hallaban en el salón ó los recibían en su palco, y se pasó la velada de un modo encantador.

Acababan de subir al coche Mauricio y Marta, y la portezuela se había apenas cerrado, cuando la joven, volviéndose hacia su marido:

—Mira esto, ¿no es indigno?, exclamó con brío tendiéndole con su mano trémula el papelito de la señorita Rosa.

Mauricio sintió que su corazón cesaba de latir. Quiso lanzar un grito y no tuvo aliento para éllo: quedó abismado, anonadado, embrutecido, sin hallar una palabra que decir.

Había podido, al recibir esa invitación inesperada, ser presa de un vértigo de locura y admitir por un instante la posibilidad de obsequiarla, pero ahora comprendía lo horroroso de conducta semejante.

Marta, en verdad, tenía derecho de aborrecerlo ó de despreciarlo; y en una visión rápida y atroz, vió el amor de esa criatura adorable perdido para él.

¡Es espantoso!—repitió Marta con energía.

El no tuvo siquiera la idea de disculparse, de justificarse.

Reinó todavía un instante de silencio. Después la joven, dejándose caer en el fondo del carruaje:

—¡Pobre Valentina!—suspiró.

Mauricio se estremeció.

—¡Valentina!, ¿por qué?

Marta se irguió de repente.

—¿Por qué? Así sois vosotros los hombres. Su marido sostiene relaciones con la señorita Rosa, y preguntáis ¿por qué?

Mauricio, más y más confundido, se preguntaba si estaba volviéndose loco.

—¿Pablo?—exclamó á pesar suyo.

—Sí, Pablo, tu amigo Pablo. ¿Te



Traje de mañana para niña de 14 años

Bata de interior y traje para bebé.

sorprende, eh? En el último entreacto hicimos este descubrimiento.

Y, bajando un poco la voz:

—Fué mientras ustedes salieron. Valentina, que quería prender el broche de su escote, se rasguñó el dedo con el alfiler, y como sangraba, temiendo manchar su pañuelo de encajes, me pidió el de su marido, que debía de estar en su sobretodo. Quise, naturalmente, hacer lo que me decía; me levanto, voy hacia el clavijero en que Pablo había colgado su abrigo con la capelina de su mujer, introduzco la mano en la bolsa del sobretodo, y en lugar del pañuelo, saco este pedazo de papel.

A mi pesar estas líneas gruesas atraen mi mirada y no puedo contener una exclamación. Entonces se acerca Valentina. ¿Qué es? ¿qué pasa? Ve á su vez el papel. Era horrible para la pobrecita, ¿verdad? De pronto felizmente me vino una idea, una inspiración sublime..... pero.... júrame que no vas á reñirme, que me perdonarás.

—Pues bien: comprendí que sólo una mentira podía salvar á Valentina y á Pablo, y mentí.

—¿Cómo?

—Recordé en ese instante que los dos tenían sobretodo color de avellana, iguales, y exclamé: Esto es de Mauricio, es el abrigo de Mauricio.

—¿Y entonces? -preguntó el joven, que ya no respiraba.

—Entonces, lo más extraordinario fué que ella ol creyó al momento, sin sombra de dificultad. Es inverosímil, sin embargo. Porque era el sobretodo de Pablo, no había lugar á duda. Pero las mujeres son candorosas (añadió con cierto aire de superioridad) y se imaginan siempre que esas cosas pueden acontecerles á otras más bien que á ellas mismas.

Mauricio disimuló una sonrisa. Entonces Marta se aproximó á él y con un acento tierno:



Elegante traje, adornado con encajes "Richelieu."

Paletó impermeable.

—Oye—le dijo—¿no me quieres menos por haber mentido?

—¡Oh!, no, querida. Haz hecho bien. Además, no era una mentira tan grande.

—¿Crees tú que el pícaro de Pablo irá á esa cena?

—No, hijita, tranquilízate, no irá: te lo juro. Que haya pensado por un momento hacerlo, es posible, pero al fin un hombre debe comprender toda la indignidad de semejante proyecto, y no es ni bastante loco ni bastante cobarde para ejecutarlo.

Había hablado con tanto fuego y convicción, que la joven, tranquilizada, exhaló un suspiro de alivio.

Entonces, obré como debía y todo se da por bien empleado. Sólo la fe salva y es bueno tener una venda ante los ojos. Sin embargo, ¡si esta pobre Valentina lo supiera!

—Pues.... tal vez perdonaría.

Marta saltó

—¡Perdonar! ¡ah, no; eso no se perdona!

—Es decir que.... si en lugar de haber sido tu amiga.... supongamos que hubieses sido tú: ¿no habrías perdonado?—preguntó Mauricio con vacilación.

—¡Jamás!—respondió ella con una sinceridad y una energía que hicieron palidecer al joven.

Después, con un gracioso movimiento y acurrucándose junto á él:

—Pero sé—dijo—que eso no sucederá, y mira, aunque lo hubiera visto con mis propios ojos, me figuro que no lo habría creído.

Muy emocionado Mauricio, había rodeado el talle de ella con un brazo, é inclinándose sobre el bello rostro que se alzaba hacia él, apoyó sus labios en la frente de la joven. Cuando el carruaje se detuvo al fin ante la puerta de la casa, aquel beso duraba todavía.

Poco después, cubierta con una elegante bata de seda rosa, Marta, sentada frente á su espejo, destrenzaba su larga cabellera.

—Mira, Mauricio—dijo riendo alegremente, pues es una fortuna que los dos tengáis sobretodos color de avellana iguales.

—¡Oh, sí, una gran fortuna! contestó el joven con un acento que venía del corazón.

JORGE DELORME Y CAMPOS.



Trajes de visita para señora de edad y para niña de 12 años.



Ultimos modelos de capa y capota "Federico."

Las Almas ardiendo

En la noche de Difuntos,
Medio transidos de miedo,
Mi hermana niña y yo niño
Rezábamos en silencio.
La taza donde lucían
Las mariposas de fuego,
A nuestras fijas miradas
Recordaban el infierno.
Cada luz era un espíritu
En la roja llama preso,
Que, al apagarse, subía
Libre de culpas al cielo.
Echamos llamas flotantes
Por nuestros idos abuelos,
Por nuestros idos hermanos,
Por nuestro padre, ya muerto;
Y poco á poco plegaba
Alguna luz sus reflejos,
Para en otra vida abrirlos
Más deslumbrantes y bellos.
Echaré por nuestras almas,
Dijo la niña riendo;
La que se apague más pronto
Será la del que es más bueno.
Ella echó dos mariposas,
La suya en cartón bermejo,
La mía en color de cera,
El color de los enfermos.
De las medrosos campanas
Al doble tardío y lento,
Abrazados nos dormimos
Como pájaros pequeños.
Cuando venía la aurora
Miles fantasmas barriendo,
Sacábamos aturdidos
Nuestras cabezas del sueño;
Y al mirar casi vacía
La taza, que era el infierno,
"¡Ya están libres de pecados!"
Los dos dijimos á un tiempo.
Sólo una luz moribunda
Daba alaridos siniestros,
Y terrible despedía
Trágico chisporroteo.
Nos acercamos á verla,
Y era del color de muerto,
Era mi espíritu triste,
Presa de atroz sufrimiento.
Al conocerlo la niña,
Un punto quedó en suspenso,
Y lanzó un golpe de llanto
Que aun estremece mi pecho.
Después, temblorosa, pálida,
Cogió la luz en sus dedos,
Y abrasándose la mano,
La libró de aquel tormento.
Luego enredó suspirante
Sus dos brazos á mi cuello,
Y tras un dúo de llanto
Nos adormimos de nuevo.
Cuando en este infierno horrible
En el que vamos ardiendo,
La luz de mi hermana grita
Dando alaridos tremendos,
Por aquella acción sublime
Que va fija en mi cerebro,
Siempre, siempre la levanto,
Siempre, siempre la suspendo,
Aunque mi mano se abrase
Y estalle en chispas mi cuerpo.

SALVADOR RUEDA



Talle estilo sastre con sobrecuello de encajes.

CANTARES.

Yo no sé cómo pagarte
tu querer, niña querida;
me parece poco darte
por él el alma y la vida.

Soñé que no me querías
y me desperté de pronto,
lleno el corazón de angustias
y de lágrimas los ojos.

No me digas, no me digas
que ya no me quieres ver;
coge mejor un cuchillo,
serranilla, y matamé.

Que no llore tu deshonra,
¡en vano olvidarla trato!
¡Da pena ver por los suelos
lo que se creyó más alto!

No sé de fijo si adoro
á la niña de mi vida
ó á las niñas de sus ojos.

¡Que dichosos deben ser
los pájaros en sus nidos,
sin celos y sin envidias,
siempre queriendo y queridos!

JOSE DOZ DE LA ROSA.



Dos trajes de cachemira pesada, propios para la estación.

Escena conyugal·
El marido.—Permíteme que te diga que vas por muy mal camino.
La mujer. No es á mí á quien debes decir eso.
—¿Pues á quién?
A mi cochero. Ya sabes que nunca salgo á pie

***

En una tertulia:
—¿Es cierto que ese pobre Ricardo se casa con una mujer horriblemente fea?
Sí; pero los padres de la muchacha le dan cien mil duros de daños y perjuicios.



CORSETS

P.D

ULTIMOS MODELOS
VARILLA RECTA

LOS MEJORES DEL MUNDO

GRAND PRIX
PARIS
1900

La Gran Sedería

Julio Albert y Cía. Sucs.

1a. Monterilla 3 y 4.

Apdo. 146. México.

Participamos á nuestra numerosa clientela que acabamos de recibir un magnífico surtido de

:CORSES:

MARCA P. D.

ULTIMOS MODELOS.

VARILLA RECTA.

LOS MEJORES DEL MUNDO.

ESTOS CORSES

Marca P.D.

están fuera de competencia por ser los que obtuvieron el

GRAN PREMIO

en la Exposición de París de 1900.

No olvidar que son los más higiénicos y que están recomendados por los mejores médicos de Europa y América.

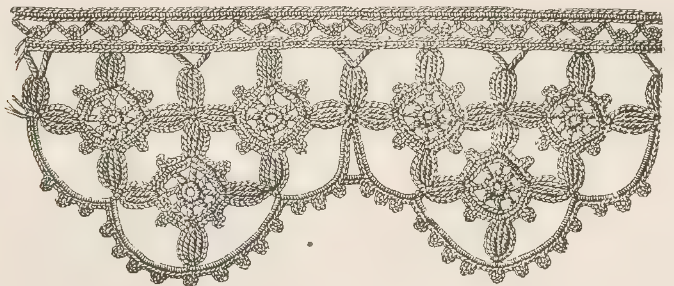
Gran Rebaja en los Precios.

MANDAMOS POR EXPRESS C. O. D. TODO CORSE QUE SE NOS PIDA INDICANDONOS EL TAMANO.

PARA EL HOGAR



Modelos para labores manuales.


Punta al crochet.

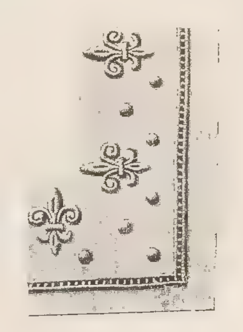
AZULINO.

Mi novelita tiene algo de las acuarelas pintadas en el fondo de una crátera, con un solecito del tamaño de una cabeza de alfiler y tan brillante cual perla de rocío colgada en la fibra verde de un pino; con el cielo muy azul, vestido de día de fiesta, no faltan en esos diminutos cuadros las montañas lavándose la frente con la luz matutina, y grandes, grandes, capaces de ser anegadas en un sorbo de ajenjo escanciado en la copa; se ven también árboles con renuevos, comparado con los cuales el miosotis parecería un baorbab: y, por fin, casitas, vacas, zagalas, todo más pequeño que los juguetes del último día de aguinaldos... Mas la crátera se quiebra y queda destruído el paisaje.

Es parecida mi leyenda á los cuentecitos que dan de premio á los niños, con viñetas y láminas á muchos colores, y donde hay reyes de provincias que no se conocen en ninguna Geografía y cuyo reinado es más próspero que el de los patriarcales reyes toltecas; hay asimismo una maga que tiene á su servicio genios buenos de alas azules y que regala varitas de virtud y palacios de concha nácar á una niña que muere de nostalgia del cielo ó se casa con un príncipe que gasta carrozas talladas en un diamante y tiradas por un par de chupamirtos; su esposo se la lleva á celebrar las bodas por un mar de miel, embarcada en un navío hecho de una cáscara de avellana con velamen de pompas de jabón, á una isla encantada donde hay avecitas de gorgeos tan dulces como los del pajarito de la gloria, referido en las consejas de antaño... Pero los niños suelen manchar de tinta el librito, y quedan enlutadas sus páginas.

Mi cuentecito le da cierto aire á esa música tradicional de la cual se ignora el autor y que se toca no más en la Noche Buena, llamada "La caminata de los pastores," y parecida al himno de la escarcha al caer sobre los nidos abandonados, al gemido de la grama seca agitada por el relente, al timbre de la campanita del convento que llama á las monjas á Maitines, á las doce de la noche de Navidad; quizás sea música tomada de aquella parvada de ángeles que cantaron una balada nocturna agitando sus alas sobre el techo del portal de Bethlem; es un aire pastoril, una égloga sin palabras, un vagido del Niño Dios...Mas, como dice Víctor Hugo, la sierra desdentada viene á herir las cuerdas de la lira y pone silencio á la música.

La casa de Julia esperaba todos los días la salida del sol para dejar entrar por el corredor, hasta la alcoba de la niña, un rayo de luz que iba á despertarla; en el patio había varios naranjos, los cuales, en tiempo de flor, sacaban su pañuelo perfumado para saludar á la niña al levantarse, con una fumigación trasparente de aromas; una cabra con cabritillos mellizos y traviesos, tan domesticados, que cuando se cansaban de saltar, iban á dormir un momento sobre las piernas de la niña, mientras no los llamaba la madre para abrevarlos á la ubre; algunas palomas cortejando todo el día á la hembra, ó llevando en el pico la arista de yerba ó el vellón de lana para tejer el nido. Desde la puerta de la casa se veían los jarales de un arroyo; y en tiempo de cosechas, rimeros de rubias mazorcas obstruían la entrada de la casa hasta que los transportaban al granero; y en la calle de aquella mansión de una virgencita, rondaban las mansas vacas respondiendo con mugidos al berreo bien conocido del hijuelo recluído en el solar de la casa.


Esquina bordada para tapicería.

¿En dónde encontraré unos ojos como los de Julia? Eran dos gotas gruesas del gris obscuro de las noches estrelladas, grandes, capaces de abarcar con una mirada los horizontes que se abren en el éxtasis. ¿La llama de qué fragua templó el color de su piel, ó qué lluvia de pétalos de rosa refrescó y coloreó sus mejillas? Su boca era una oda de Safo: el ángel Cedar de Lamartine habría pospuesto otros diez cielos, si los hubiera, por besarla. En su cuello había el surco clásico llamado collar de Venus, y ya hacia el busto, la mirada se detenía... y otras bellezas comenzaban: nadie había visto cómo su rosada piel retemblaba á los choques pausados del corazón. Creía yo que á cada paso remontaría el vuelo, hasta se me figuró alguna vez que desdoblaba seis alas blancas para volar: así era de airosa. Julia era de carácter tan infantil, que si no le permitía su mamá abrigarse el chal azul por el lila, iba luego lloriqueando á ponerse con la frente apoyada sobre el brazo arrimada á la pared, como lo hacen los niños cuando se caen y no hay quien los mime; mas esto le pasaba luego, pues la mamá era á poco víctima de una tormenta de besos. ¡Ah! dicha con tal música, que en vano se trataría de trasportarla al pentagrama...


Cojín para sofá.

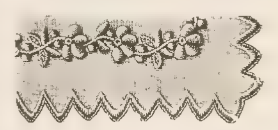
No me acuerdo cómo Luis se enamoró de Julia: creo que comenzó á sentir cierta melancolía por ella, una vez que la vió en los exámenes de la escuela de niñas, con vestido negro, y tan roja de vergüenza como capsulita de granada; pero no estoy cierto, me parece que después de haber vuelto Julia de un largo paseo: el hecho es que los niños se pusieron una ocasión en contacto, y desde luego comenzaron á jugar, como si se hubieran conocido de años atrás, cual si hubieran dormido en una misma cuna! De parte de Julia venía el ramito de violetas interpoladas con botones de canaria, que tanto agradaban á Luis, el moñito de listón azul desprendido de las negras trenzas, ó el cadejito de pelo, y Luis correspondía estos regalos con un dulcecito, una hermosa naranja y con billetes amorosos escritos con la literatura usada por la hija de Peza. Ellos se querían; y "allá van Luis y Julia, decían las vecinas, parece que mamaron á la vez de los pechos de una misma madre, ó que han nacido bajo un mismo signo zodiacal; todas prevemos su horóscopo: ellos han de ser esposos."

¡Eh! Julia siente fatigosa la respiración si corre por largo rato; hacia el lado izquierdo del cuello se le engruesa, transparentándose muy azul, la vena yugular. ¡Quién sabe qué tinte amarilloso, sobre fondo rosa, van tomando sus mejillas! Se le desvanece la cabeza si la inclina; parece que su corazoncito cabalga á galope precipitado, como palpita. ¡No, no ha de ser nada! ¡Los niños sufren tantas cosas!

—¿Te sientes mala, hijita? le preguntaba Genoveva, madre de Julia.

—No sé, mamacita; de lo que tengo ganas es de irme al cielo.

¿Y te animas á dejar á tu amiguito Luis y á tu mamá?


Punta bordada para cojín ó carpeta.

—¡Cuán buena eres, mamá! no hagas que me ruborice ni me entristezca con esas reflexiones.

Y luego de un brinquito se iba á jugar con los cabritos.....

Olvidaba decir que Julia tenía una amiga, la cual lo era también de Luis, y á quien todo el pueblo conocía con el nombre despectivo de Chona: era una mujer cuyos pasos parecían de coreico, por la afición tan marcada que tenía á los bailes; alardeaba de saber cantar, pero jamás nadie pudo acompañarle sus canciones por el tono desafinado que les daba; altiva y débil, lo mismo regañaba á una infeliz sirvienta, que se rendía á las bufonadas de un afeminado amigo suyo; sonámbula de una pasión desenfrenada á los amoríos, lo mismo perdía un novio que se entregaba á otro, como gorila domesticado á un saltimbanqui; pérfida y leal, era capaz de traicionar á cien amigos por no disgustar á una amiga. Por su frente jamás cruzó ni una arruga de tristeza, ni una distensión de alegría, ni una contracción de dolor ni una carminación de rubor: estaba cincelada en un cuerno de ciervo, como los ensayos de talla de los primitivos argos. Aquellas cejas de pelos ondulados, como la espada de fuego del arcángel Uriel, parecían dos cordones de hormiguillas negras, y daban sombra á unos ojos semejantes á los de aquella mujer demonio de Becquer que sumergió á Fernando en el remanso de un río; la nariz era escabrosa: con una línea más de cartílago, habría parecido deforme; sus manos podían haber servido de modelo en el taller de un estatuario. ¿Y por qué agradaba aquella mujer? Es-


Carpeta bordada.



Trajecitos para niños.



Labor para tapete.

te es un misterio de la fealdad, como Chona también era un arcano: era una mañana hermosa que anuncia tempestad á los marineros: los toques bellos que tenía, luchaban como exorcismo por arrojar de sus formas lo endemoniado que las caracterizaba. En la mañana se veía á Chona de color trigueño, y con el sol se enrojecían sus labios y sus mejillas; en la noche deslumbraba por su blancura: tenía la piel del camaleón. Yo nunca la ví un día igual á otro día; en aquel cuerpo estaban hacinadas voluptuosidades de Mesalina y fuerzas de atleta. Ya no seguiré hablando de esta mujer, porque mientras más quiero explicarla, más me embrollo.

Hace algunos días que los niños no juegan ni se les ve juntos: ¿qué ha sucedido? Las gentes han notado en el semblante de Julia el cariz de la tristeza y Luis no está decidor ni expansivo. ¿Algún disturbio tuvieron entre ambos? ¿reñirían por este ó aquel juguete? ¿no le daría Julia á Luis la sopita de chocolate que acostumbraba darle siempre que éste iba á visitarla al caer la tarde, ó no diría Julia el no, no, no ¡si vieras! tan del agrado de Luis? Nada de esto pasó· Chona le dijo al niño que su novia había hablado mal de él, y como ya pasaban muchos días sin platicarse y sin jugar, ¿qué recurso pensáis que tomó Julia para contentar á Luis? Esto sólo los niños lo entienden: pasó un día por la escuela del niño y le tiró con una esferita de cristal lanzándose luego en fuga y dando sonoras risotadas. No fué necesario más; ya en la tarde fueron los dos al mercado á comprar dulces sin recordar lo pasado.

No se dió por vencido Satanás, tentando por la primera vez á Jesús en el desierto; también Chona siguió el sino que había traído respecto á Julia y Luis, pues cuando ya le entristecía mucho la amistad de los niños, proyectó separarlos de nuevo.

¿Por qué no salió ahora Julia á la ventana, Chona? No sé, Luis, ayer la ví fijarse mucho en el vecinito de la esquina, y éste no pierde ocasión de avistarse con ella......

(Mentira, Julia estaba en cama). El soplo de los siglos, momificador de los cadáveres, demudó las facciones del pobre Luis al escuchar tan infausta noticia. Y pasaron días sin verse los niños, hasta que por casualidad Genoveva hizo un día de campo al que invitó á Luis, y en él Julia ¡admirad la candidez de los niños! para contentar á su novio, desnudó de la película un gajo de naranja y ofreció al niño los cristales para que los comiera.....Esto bastó para que no dejaran un musgo, una espiga, un helecho en el campo, de los que no hicieran ramillete para regalárselos mutuamente....Tomados de la mano saltaban el arroyito, bebían agua el uno en el hueco de la mano del otro, sombreaban bajo los arbustos, se escondían tras los matorrales para celebrar el hallazgo: aquello fué un remedo del versículo de los bosques que canta los amores de Pablo y Virginia; una mirada retrospectiva al paraíso perdido.

Mueble estilo japonés

Luis hablaba frecuentemente con Chona, y ésta lo asediaba con artificiosos halagos; lo perseguía, como murciélago, pretendiendo agradarle con el batir de sus alas membranosas y frías; lo miraba intensamente. Luis vió fosforecer una noche los ojos verdosos de Chona y tuvo miedo.....la muchacha amaba á Luis.

Era la hora del crepúsculo vespertino: por el occidente había tres grupos de celajes dorados, muy dorados; la luna en el primer octante, lucía su diadema de luz cenicienta, y más arriba Véspero esperaba la sombra para irradiar en toda su pompa.

Chona fué á visitar á Julia; las dos hablaban en el portal de la casa de la última.

—¿Sabes, Julia, que Luis hace el amor á Lucía Mendoza y ha declarado que te despreciaría por ella?—dijo Chona con fingida compasión.

No fué necesario más. A la virgencita le pareció que le robaban el aire....Ocho días después la llevaban al campo santo en un féretro azul........

PEDRO LAZCANO.

SEMEJANZAS.

Brisa que en medio de la selva
(canta,
Apacible rumor del oleaje,
Es el susurro de su blanco traje
Al deslizarse su ligera planta.
Luz de la estrella que al caer la
(tarde
De moribunda palidez se viste,
Es el reflejo cariñoso y triste
Que en los cristales de sus ojos arde.
Luna del seno de la mar naciente
Que va escalando en silencioso due-
(lo
Y con tranquila majestad, el cielo,
Es el relieve de su tersa frente.
Plácido arrullo que ocultar no
(sabe
De la paloma la ignorada pena
Y en el silencio de los bosques sue-
(na,
Es la armonía de su voz süave!
Cielo sin nubes que á la tierra en-
(vía
La luz y el fuego de su sol fecundo,
Cielo sin nubes de un azul profundo,
Es el cariño de la amada mía.



Servilletas para fondo de charola.

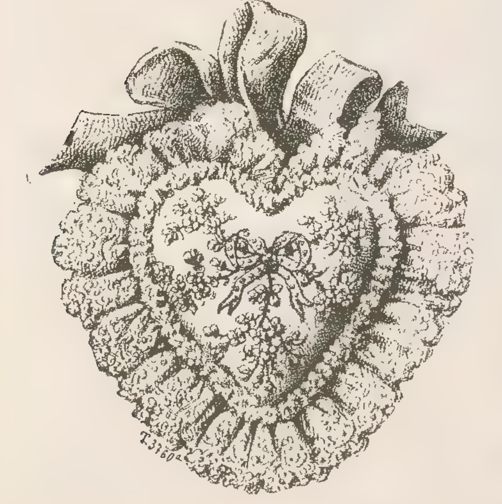
A ELLA

Semejas esculpida en el más fino
hielo de cumbre, sonrojado el beso
del Sol, y tienes ánimo travieso
y eres embriagadora como el vino!

Y mientes: no imitaste al peregrino
que cruza un monte de penoso acceso
y párase á escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino.

Obrando tú como rapaz avieso,
correspondiste con la trampa el trino,
por ver mi pluma y torturarme preso!
No así el viandante que se vuelve
(á un pino
y párase á escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino.

SALVADOR DIAZ MIRON.



Relojera para colgar.



Bordado para tapicería mural.



Trajecitos para niños de 2 y de 5 años.

RECETAS ÚTILES.

Contra el mal aliento.

Para hacer inodoro el aliento más fétido se hacen estas pastillas:

Café en polvo . . 45 gramos.
Carbón vegetal . . 15 —
Azúcar en polvo . . 15 —
Vainilla. . . . . 10 —
Cantidad suficiente de goma arábiga.

Cólicos.

Cuando no se conoce la causa del cólico, se puede siempre aliviar si se aplican toallas calientes sobre el vientre, si se dan fricciones con un cepillo suave, un pedazo de franela ó con la mano misma, y si se hace tomar una infusión muy caliente de tilo, de menta piperita ó de hojas de naranjo.

Si el vientre se halla un poco adolorido, se aplican cataplasmas de harina de linaza.

Quemaduras.

Un excelente medio de calmar el dolor y disminuir la inflamación, es dejar caer éter gota á gota sobre la quemadura. Cuando el dolor se ha calmado, se envuelve la parte dañada en compresas de agua fría y extracto de Saturno ó de fenol, con la mitad de agua.

El agua destilada de laurel cereza, mezclada en la proporción de 8 por 100 con agua de goma, cura rápidamente las quemaduras.

También se puede aplicar una cantidad espesa de colodión, de manera de de producir una piel ficticia que permita la formación de la verdadera por debajo, é impida al mismo tiempo la acción dolorosa y perjudicial del aire.

Otro remedio de una eficacia comprobada y bien sencillo, es el siguiente:

Al momento que se ha recibido la quemadura, se vierte alcohol en una vasija y se sumerge en él la parte dañada. Bien pronto se notará cómo el dolor va desapareciendo, y al cabo de una hora hasta la misma ampolla no sólo se hace insensible, sino que disminuye de volumen.



Trajecitos para niña de 6 años.

Pesadillas.

Es un estado que proviene siempre de la mala digestión, lo cual determina la acumulación de sangre en el corazón.

Las pesadillas se evitan haciendo el primer sueño en un sillón y con las piernas extendidas sobre un taburete. En seguida entrar en el lecho, teniendo cuidado de que la cabeza se halle suficientemente elevada.

Si las pesadillas persisten, debe llamarse un facultativo.

Eczemas ligeros.

En Inglaterra se usa mucho contra este mal un preparado que se llama "loción de Gowland," á saber:

Almendras amargas. . . . . 90 gramos.
Agua filtrada. . . 500 —
Sublimado corrosivo. . . . . . 8 centigramos.
Sal de amoniaco.. 8 gramos.
Alcohol. . . . . 16 —
Agua de laurel cereza. . . . . 15 —

Se machacan las almendras en el agua y se pasan. Por otro lado se disuelven las sales en el agua de laurel cereza y en el alcohol, y por último, se mezcla el todo y se agita en la botella, mojándose, para usarlo, un lienzo, que se aplica sobre la parte afectada.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes valuados en $125,000
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue.

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean . . . . $50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas 9,829 oro
Otra póliza de Seguro. . 14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos. . . . . 37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000, oro de una de las pólizas de seguro; ; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10.000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



DOS ELEGANTES TRAJES.—El descotado para recepción es notable por los bordados que adornan el talle, y la manga larga de tela transparente y sujeta un poco arriba del codo. El traje de cuello alto puede lucirlo una señora joven en visita por la tarde, y aun en una recepción si no es de rigurosa etiqueta.

UN RECUERDO

Los contornos de la sombra se fueron acentuando poco á poco, como se abrillantan paulatinamente en la memoria las esfumaciones de un recuerdo lejano; y desde el fondo del barranco, ví, con pasmosa curiosidad, cómo allá, en el borde, se destacaban los arbustos y las rocas, que diríanse fantasmas de la noche asomándose al abismo.

La corriente pura se arrastraba en cauce de guijarros negros, murmurando yo no sé qué salmos cautivadores, y aquellas hondas cadencias de notas de cristal, eran como un aleteo de estrofas soberanas, como las vibraciones de un himno, ni pensado ni sentido, pero gigante y brutalmente bello.

¡Cuántas ilusiones adormidas, cuántos recuerdos entumecidos, cuántas esperanzas entenebrecidas esperezaron sus alas de luz en mi cerebro!

¡Oh sombra, cuántas claridades esplenden en el alma de los tristes bajo el imperio de tu misterioso velo....!

Y cuando escalé las tupidas breñas para ascender al borde del barranco, era de oir con qué dulce tristeza simulaba su despedida el eterno rumor de la corriente, allá, abajo, entre los guijarros negros; y me detuve un momento á despedirme de aquel poema salvaje de la Naturaleza.

El perfume de las flores silvestres embriagaba, y el ambiente tibio y enervante lo envolvía en sus ondas invisibles para ir á esparcirlo en toda la comarca.

Llegué á la cumbre; y á la pálida claridad de la luna surgente, pude contemplar, como una esfumación de claro-obscuro, el bohío, y más allá, por entre un recorte de la montaña un jirón del hermoso lago que medio dormido parecía una sabana cubierta de amapolas blancas.

El débil gemido de la corriente, apenas llegaba hasta mí; el bohío lanzaba tristemente sus espirales de humo que se perdían en la opaca claridad del espacio; y la luna, casta como la mirada de una virgen, se destacaba sobre el haz de la tierra, en la negra lejanía del horizonte, cual una lágrima del cielo, blanca y luminosa.....

Y yo, extasiado en la contemplación de cuadros tan soberbios, ante los extraños arabescos de aquella media luz, pensé en mi amada....

La de los ojos negros....
la de la frente pálida....

HONORATO BARRERA.

FULGORES.

Alborada de amor que iluminas
El nacer de las flores del alma,
¡Qué sublimes cadencias despiertas
Y qué suaves perfumes exhalas!

Todo es ayes, y flores y ritmos;
Todo es luz y deleite y fragancia....
¡No hay tristezas que pálidas giman
Ni hay sollozos, ni penas ni lágrimas!

Acaricia con ebria ternura
Al feliz corazón la esperanza,
Y en la atmósfera azul del espíritu
Flotan mil ilusiones rosadas.

¿Qué se hicieron de ayer los temores?
¿Dónde está el pavoroso fantasma
Que en la lóbrega noche del mundo
Nuestra sangre en las venas helaba?

En la luz disolvióse la sombra,
Los espectros huyeron al alba....
Brilla el sol esplendente en el cielo,
Y el amor ilumina nuestra alma!

. . . .

¡Oh la dulce mujer que adoramos.....!
¡La gentil virgencita que embriaga
Cuando arrulla su voz de paloma
Y acaricia su tierna mirada!

La que nunca ha tenido en su pecho
Ni otro amor ni otra fe ni otras ansias;
La que es toda cariño y ternura
Y es á un tiempo la reina y la esclava;

La que sabe, con sólo reírnos,
A la luz de su ardiente mirada,
En Edén convertir la existencia
Y en un sueño de amor perpetuarla.

¡Cuán hermoso es amar!... ¡Oh, cuán dulce
La tristeza infinita del alma!
Nuestro lánguido ser se evapora
En la luz de ilusiones muy blancas,

Y la dulce mujer que adoramos,
La gentil virgencita que embriaga
Cuando arrulla su voz de paloma
Y acaricia su tierna mirada.

De la vida en el cielo aparece
Como estrella radiosa que encanta,
Porque allí su fulgor simbo"
Cual la estrella polar, la esperanza....

. . . .

Alborada de amor, ya no hay flores,
Ni perfumes ni ritmos en mi alma:
No iluminan tus tibios efluvios
Más que escombros cubiertos de escarcha.

JOSE P. PADILLA.



TRAJES DE DIARIO PARA LA ESTACION.—El saco de abrigo es el último modelo de la moda inglesa.

En un baile:

—¡Esa señora que está ahí sentada parece una pintura!...

—Caballero, esa señora es mi mujer.

—Déjeme usted concluir la frase: Quiero decir que parece una pintura desprendida de su cuadro.

LA CASA DE LA VIUDA.

Entre Chambery y Lyon el tren bordea durante cinco minutos la falda de una montaña pintoresca; de repente el horizonte cambia y la mirada del viajero descansa á la vista de un lago cuyas aguas azules están cortadas por el verdor de una preciosa isla donde se yergue una humilde choza y una capilla dedicada á la Virgen. Es el lago de Aiguebelette, que duerme allí á cuatrocientos metros de altura con una superficie de más de quinientas hectáreas.

La historia nada sabe acerca de los orígenes de este gran lago; la ciencia no ha podido averiguar cuáles son las fuentes misteriosas que le alimentan; pero las tradiciones populares han suplido la ignorancia de los sabios.

Cuentan los ancianos del valle de Aiguebelette que hace mucho tiempo, en una tarde de otoño, la tempestad rugía amenazando á las aldeas que había en el lugar que hoy ocupa el lago. Bien pronto las nubes comenzaron á verter sobre los humildes techos las aguas de un verdadero diluvio; nadie se atrevía á apartarse del seguro hogar: todas las puertas y todas las ventanas estaban cerradas como las de una nueva arca de Noé.

Por un triste sendero caminaba lentamente un pobre hombre con los pies desnudos, los vestidos desgarrados, el semblante pálido y medroso y la venerable cabeza cubierta por la nieve de la ancianidad. Cuando llegó á la primera casa del pueblo, llamó á su puerta.

—¡Abridme, por Dios! —dijo,—traigo los pies ensangrentados y apenas me puedo sostener; permitidme entrar, aunque sea en la cuadra entre las bestias. Dios os pagará la buena acción.

—Sigue tu camino y déjanos en paz—gritaron desde adentro.

Al oír estas brutales palabras, el pobre anciano levanta los ojos al cielo como en busca de valor, y sigue su triste peregrinación de puerta en puerta.

Pero en todas partes es rechazado por corazones insensibles: las súplicas del anciano se pierden entre los mugidos del viento y entre el fragor de la tormenta.

Continúa, sin embargo, su camino con la mirada triste y el cuerpo tronzado por el hambre y la fatiga.

—¡Ah!—exclama,—infelices los que rechazan al pobre anciano: la justicia de Dios se ejercerá terrible sobre ellos!

Llega, por fin, á la última casa del pueblo y llama á su puerta, esperando recibir los mismos ultrajes que en las otras. Pero la puerta se abre y tras de ella aparece una mujer, una pobre viuda que recibe con bondad á aquel infeliz y le proporciona alimento, abrigo y consuelo. El mendigo agradece aquella caridad y bendice á Dios por haber encontrado un corazón misericordioso.

En aquel momento el huracán se desencadenó con espantable violencia, arrancando los robles seculares y haciendo estremecer la humilde casita en que el viejo se albergaba.

—Dios te protegerá—dijo el anciano á la mujer,—no temas; pero roguemos por esos desgraciados que rechazan al pobre peregrino.

Y los dos de rodillas, cubriéndose los ojos para no cegar con la luz de los relámpagos, elevan al cielo sus oraciones. Al punto el valle queda en calma, pero oculto por una densa niebla. Cuando el sol de la mañana disipó aquélla, halló el valle cubierto de una extensa capa de agua; nada se veía allí, ni casas, ni árboles, ni hombres.

Sólo la choza de la viuda permanecía enhiesta en medio de un islote, donde hoy se levanta la esbelta capilla de la Virgen para recordar al viajero que el que da á los pobres presta á Dios.



Traje de mañana con adornos de guipure



Talle con cierre de moda, corte sastre

Un indio se presenta á la puerta del Paraíso:

—¿Has sido casado?—le pregunta Brahma.

—Cuatro veces—le contesta el indio.

Entonces Brahma, cerrando bruscamente la puerta, exclama:

—¡Yo admito á los desgraciados, pero no á los imbéciles!

DIOS LO QUIERE.

Digo: "¡Lo quiere Dios!", con fe robusta,
Cual los Cruzados de inmortal creencia;
No busco del protervo la opulencia,
Ni el odio vil de la maldad me asusta.

Más á mi pecho dolorido gusta,
En la lidia cruel de la existencia,
El aplauso leal de la conciencia
Que el parabién de la victoria injusta.

El alma sola que placer no halla
Siente, al sufrir la pena y el trabajo,
La dicha muerta, la esperanza viva.
La vida es un gran campo de batalla,
Con horrendos abismos por debajo
Y cielos fulgurantes por arriba.

AMOR ETERNO.

En las horas de dicha y de bonanza
Cuán puro el sol del existir lucía;
Siempre, en tierna y dichosa compañía,
Lleno viví de dulce confianza.
Y para acrecentar mi bienandanza,
Amor, eterno amor, me sonreía;
Iluminaban la existencia mía
Grato el recuerdo, bella la esperanza.
Después, las horas del dolor llegaron;
Con sus flores pasó la primavera
Y vino con sus nieves el invierno.
Los amigos, prudentes, me dejaron,
Y ella, al verme sufrir, fué la primera
En alejarse, con su amor eterno.

ANTONIO ZARAGOZA.

Una señora cuyo marido ha entablado demanda de divorcio, dice á una de sus amigas:

—Mi esposo me echa en cara mi mal carácter, cuando nadie ignora que estoy siempre en buenas relaciones con todo el mundo.

—¡Pues precisamente por eso!...



Traje para señorita de 15 años, talle estilo torero



CORSETS
P.D
ULTIMOS MODELOS
VARILLA RECTA

LOS MEJORES DEL MUNDO

GRAND PRIX
PARIS
1900

La Gran Sedería

Julio Albert y Cía. Sucs.

1a. Monterilla 3 y 4.

Apdo. 146. *México.*

Participamos á nuestra numerosa clientela que acabamos de recibir un magnifico surtido de

:CORSES:

MARCA P. D.

ULTIMOS MODELOS.

VARILLA RECTA.

LOS MEJORES DEL MUNDO.

ESTOS CORSES

Marca P.D.

están fuera de competencia por ser los que obtuvieron el

GRAN PREMIO

en la Exposición de París de 1900.

No olvidar que son los más higiénicos y que están recomendados por los mejores médicos de Europa y América.

Gran Rebaja en los Precios:

MANDAMOS POR EXPRESS C. O. D. TODO CORSE QUE SE NOS PIDA INDICANDONOS EL TAMAÑO.

PARA EL HOGAR

La muerte del Delfín.

El Delfín está enfermo, el pequeño Delfín va á morir. En todas las iglesias del reino ,el Santísimo Sacramento permanece expuesto día y noche y arden varios cirios por la curación del regio infante. Las calles contiguas á la residencia real están tristes y silenciosas, las campanas no suenan, los carruajes no ruedan. En las cercanías del palacio, los burgueses curiosos contemplan, á través de los enverjados, á los suizos, á los hinchados suizos con sus trajes dorados, que dándose gran importancia, charlan en los patios.

Todo el palacio está en movimiento .Los chambelanes y mayordomos suben y bajan corriendo por las escaleras de mármol. Las galerías están llenas de pajes y de cortesanos vestidos de seda, que van de un grupo á otro pidiendo noticias y hablando en voz baja.

En las anchas graderías, las damas de honor, desoladas, se hacen grandes reverencias, enjugando sus ojos con hermosos pañuelos bordados. Más arriba, hay una numerosa asamblea de médicos á quienes se ve, á través de las vidrieras, agitar sus amplias mangas negras é inclinar doctoralmente sus empolvadas pelucas....El ayo y el escudero del Delfín se pasean delante de la puerta, esperando las decisiones de los facultativos. Algunos galopines de la cocina real pasan delante de aquellos sin saludarlos. El escudero jura como un pagano ,el ayo recita versos de Horacio.....Y durante todo este tiempo, allá abajo, por la parte de las caballerizas, se oye un relincho gemidor y prolongado. Es el alazán del Delfín que, olvidado de los palafreneros, gime tristemente ante su pesebre vacío.

¿Y el rey? ¿En dónde esta el rey?... El rey se ha encerrado ,enteramente solo, en un cámara que está en uno de los más apartados rincones del castillo.....Su majestad no quiere que se le vea llorar. En cuanto á la reina, se halla sentada á la cabecera del Delfín; tiene su hermoso rostro bañado en lágrimas, y solloza delante de todos, sin poder contenerse.

En su lecho cubierto de encajes, el Delfín, más blanco que los cojines sobre que se apoya, descansa con cierto abandono y con los ojos cerrados. Creeríase que duerme....Pero no: el Delfín no duerme. Llega un momento en que, volviéndose hacia su madre, y viéndola llorar, le dice:

—¿Por qué lloráis, reina mía?.... Es que creéis buenamente que voy á morir?

La reina quiere responder. Los sollozos le impiden hablar.

No lloréis, señora; olvidáis que soy el Delfín, y que los Delfines no pueden morir así como quiera....

La reina solloza más fuerte aún, y el Delfín comienza á sobresaltarse.

—Hola!—exclamó él entonces,— no quiero que la muerte venga á sorprenderme, y yo sabré impedir que pueda legar hasta aquí........¡Que vengan inmediatamente cuarenta "lansquenetes," á hacer la guardia al rededor de mi lecho!....¡Que cien cañones velen de noche y día, con la mecha encendida, bajo mis ventanas! Y......¡desdichada de la muerte, si se atreve á aproximarse á mí!...

Por complacer al príncipe, la reina hace una señal. Inmediatamente se oyen rodar los cañones sobre las lozas del patio; y cuarenta "lansquenetes" de los más fuertes, con partesana en mano, van á colocarse al rededor de la cámara: son viejos soldados de canosos mostachos. El Delfín aplaude al verlos, y reconociendo á uno, le llama:

—¡Lorrain! ¡Lorrain!

El soldado avanza hacia el lecho.

—Mi viejo Lorrain, yo te quiero mucho.....Ven; déjame ver tu sable.....Si la muerte quiere llevarme de aquí, será preciso matarla, ¿no es verdad?

Lorrain responde:

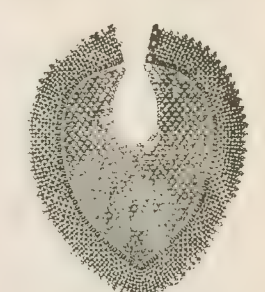
—Sí, monseñor .. .

Y dos gruesas lágrimas corren por sus curtidas mejillas.

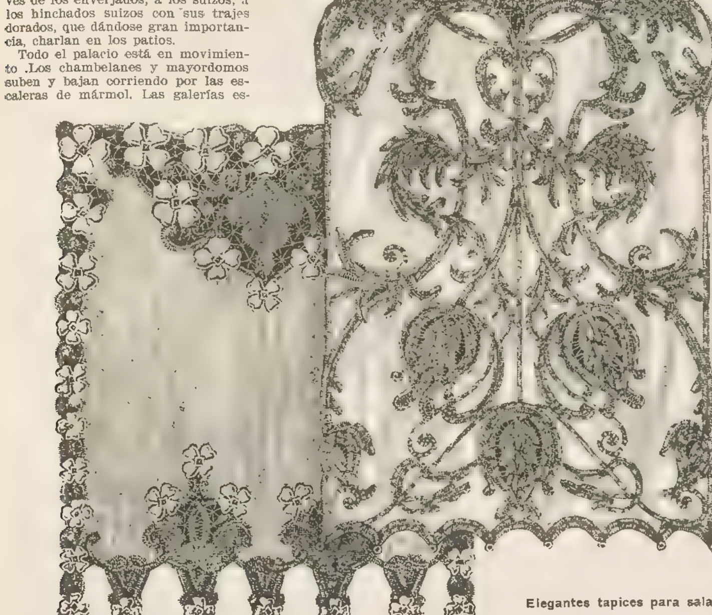
En este momento el capellán limosnero se acerca al Delfín y le habla largo rato en voz baja, mostrándole un crucifijo. El Delfín le escucha con aire asombrado y bruscamente le interrumpe:

—Bien comprendo lo que me decís, señor abate; pero en fin, ¿no podría morir en lugar mío mi amiguito Beppo, dándole mucho dinero?....

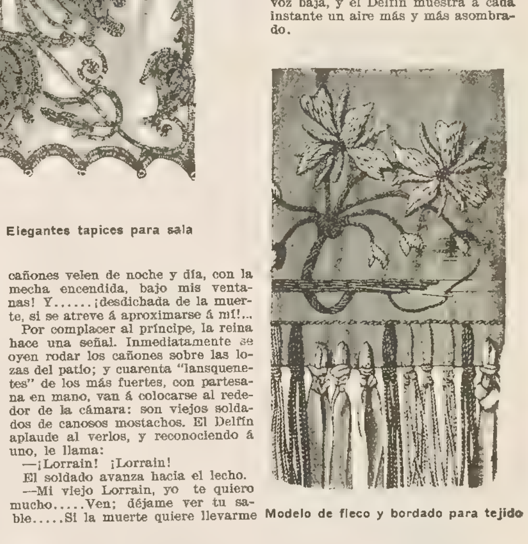
El capellán prosigue hablándole en voz baja, y el Delfín muestra á cada instante un aire más y más asombrado.



Babero tejido



Elegantes tapices para sala



Modelo de fleco y bordado para tejido







Peinados de última moda

Cuando el sacerdote ha terminado, el Delfín, lanzando un hondo suspiro, exclama:

—Es muy triste todo lo que acabáis de decirme, señor abate; pero una cosa me consuela, y es que allá arriba, en el paraíso de las estrellas, seguiré siendo aún el Delfín.....Yo sé que el buen Dios es mi primo, y que no puede menos que tratarme como lo requiere mi rango.



Cojines para sofá

Después, volviéndose hacia su madre, añadió:

—Que me traigan mis más lindos vestidos, mi blanco jubón de armiño y mis escarpines de terciopelo. Quiero competir con los ángeles y entrar al paraíso en traje de Delfín.

Por tercera vez el capellán limosnero se inclina al oído del Delfín y le habla largamente en voz baja.....En medio de su discurso, el real infante le interrumpe, gritando lleno de cólera:

—¡Entonces, el ser Delfín no sirve absolutamente para nada!...

FEDERICO E. ALATORRE.

Á MI MADRE.

Cuando en la noche lóbrega y ca- (llada
contemplo el cielo límpido y sereno,
y miro el prado próvido y ameno
y la alta luna pálida y plateada,

cuando mi alma, de sufrir cansada,
y mi ser todo, de cansancio lleno,
de la creación reposan en el seno,
baja hacia mí tu imagen adorada;

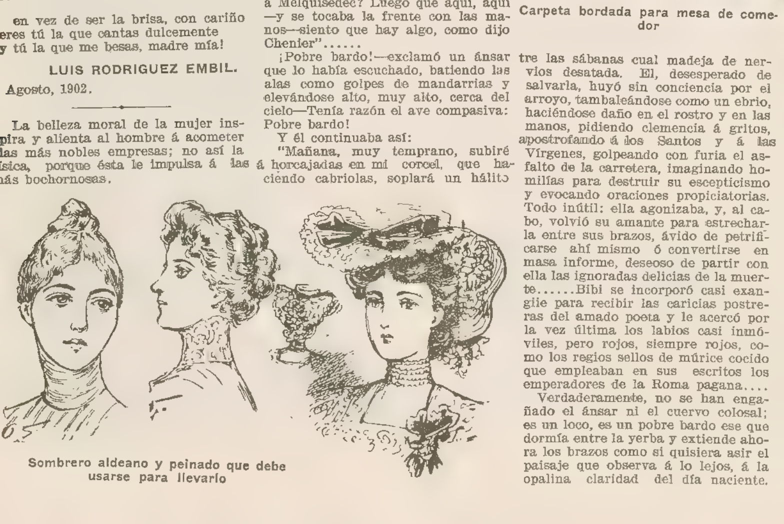
estar pienso en tus brazos cual de (niño,
sentir tu aliento en mi abrasada fren- (te,
y, como si vivieras todavía,

en vez de ser la brisa, con cariño
eres tú la que cantas dulcemente
y tú la que me besas, madre mía!

LUIS RODRIGUEZ EMBIL.

Agosto, 1902.

La belleza moral de la mujer inspira y alienta al hombre á acometer las más nobles empresas; no así la física, porque ésta le impulsa á las más bochornosas.



Sombrero aldeano y peinado que debe usarse para llevarlo

LA MUSA DEL POETA.

El poeta, perdido, derrotado, dió un último trago de moka excelente para apagar el acceso de tos que le ponía la cara roja como llama de incendio. Recordó luego los triunfos que antaño conquistara en el Ateneo, produciendo versos rotundos de una belleza plástica é hizo reminiscencias y atinadas comparaciones con sus endechas de ahora, sus rondeles enfermizos y "lieders" caprichosos. Gustaba del Arte en toda su desnudez y había—"d'aprés nature"—escrito mil nonadas de pronunciado saber arcaico, mientras que ahora abandonado por la Musa de sus días luminosos y matutinos, era no más que un nostálgico, un desequilibrado, un amador inconsciente de la forma....Leyó sus rimas por undécima vez y se quedó dormido entre la yerba!

Pensaba el poeta:

"Mañana, aun es tiempo, seguiré por la vera del camino, encontraré á mi Musa, la diré mis sufrimientos, mis tristezas, mis muertas esperanzas; estará sola y no la vendrán mal palabras de amor, promesas de fidelidad y protestas de cariño. Sí, sí, necesito encontrar el bien perdido, reconquistarlo si es preciso, robarlo en último extremo. ¡Oh, no se negará á acompañarme! En todo caso ¿no sé yo más que Merlín y soy superior á Melquisedec? Luego que aquí, aquí —y se tocaba la frente con las manos—siento que hay algo, como dijo Chenier"......

¡Pobre bardo!—exclamó un ánsar que lo había escuchado, batiendo las alas como golpes de mandarrias y elevándose alto, muy alto, cerca del cielo—Tenía razón el ave compasiva: Pobre bardo!

Y él continuaba así:

"Mañana, muy temprano, subiré á horcajadas en mi corcel, que haciendo cabriolas, soplará un hálito denso que se difunda por la atmósfera en espirales de nítida blancura. Ellas serán las que me envuelvan como en nube de incienso; ellas las que me anuncien en las campiñas áridas y los bosques sombríos. Tendré, no el aire de un caballero ecuestre, pasmo y admiración de los tiempos medioevales, sino el que guardaban para sí los historiadores célebres"....

¡Es un loco!—prorrumpió con sorna un cuervo negro, colosal, y se cernió en el éter desplegando el abanico de sus alas con la violencia de un obús que se escapa.—Tenía razón el temido jefe de rapiña: ¡Es un loco!

¡Vaya si lo era!—Una noche, fría, tristísima con su cielo plomizo y sus languidecientes claros de luna, él, el poeta, el loco, lloraba sin consuelo frente al ábside de un templo á su adorada Bibí, la princesita que le mesaba los cabellos para fin de inspirarlo y á la que había dejado en el lecho moribunda, en medio de supremas convulsiones, agitándose entre las sábanas cual madeja de nervios desatada. El, desesperado de salvarla, huyó sin conciencia por el arroyo, tambaleándose como un ebrio, haciéndose daño en el rostro y en las manos, pidiendo clemencia á gritos, apostrofando á los Santos y á las Vírgenes, golpeando con furia el asfalto de la carretera, imaginando homilías para destruir su escepticismo y evocando oraciones propiciatorias. Todo inútil: ella agonizaba, y, al cabo, volvió su amante para estrecharla entre sus brazos, ávido de petrificarse ahí mismo ó convertirse en masa informe, deseoso de partir con ella las ignoradas delicias de la muerte......Bibí se incorporó casi exangüe para recibir las caricias postreras del amado poeta y le acercó por la vez última los labios casi inmóviles, pero rojos, siempre rojos, como los regios sellos de múrice cocido que empleaban en sus escritos los emperadores de la Roma pagana....

Verdaderamente, no se han engañado el ánsar ni el cuervo colosal; es un loco, es un pobre bardo ese que dormía entre la yerba y extiende ahora los brazos como si quisiera asir el paisaje que observa á lo lejos, á la opalina claridad del día naciente.

Ved cómo, deslumbrado por el exceso de poesía que lo rodea, llora riendo á un tiempo mismo; y creyendo encontrar á su perdida Musa, mira, con toda la fuerza de sus ojos, siguiendo la línea purísima del cielo donde el sol aparece desgarrando la bruma matinal, donde los pájaros cantores de obrizos picos y plumones matizados modulan salmos, donde el buey cruza la húmeda tierra uncido al ominoso dentejón, por entre aquel cotarro donde el labriego espera la colación diurna, en la sabana de agua que riela aquí y allá con luminosidades de fundida plata; las gallaretas, que furiosas, alocadas, se sumergen hasta el fondo á beber agua á tutiplén y los patos que huyen en bandadas, á guarecerse entre los tules color verde puerro, chorreando las gotas últimas del líquido suspendidas á las piernas, flacas y escurridizas como aceite en pañizuela.....

JOSE ALBERTO ZULOAGA

Lilly del Portillo.

Es más suave el azul de su mirada
que el de las mansas olas del Danubio
y hay copia fiel en su cabello rubio
de mies madura por el sol dorada.

La gracia en su belleza aprisionada
es de una flor el tempranero efluvio
y es, como la paloma del diluvio,
nuncio de paz su risa embalsamada.

Hay en su fresca tez, tonos de rosa,
en su actitud gentil, dulce y graciosa,
todo el donaire de la joven palma,

y en su frente, más tersa que nin- (guna,
se quiebra, como un rayo de la luna,
puro reflejo de su virgen alma.

FERNANDO DE ZAYAS.

Agosto, 1902.

Carpeta bordada para mesa de comedor

RIMA.

Yo sé de una mujer enamorada
más bella que una hurí,
que vió en una mañana deshojada
la dicha que le dí.

Trémula, su pupila luminosa
sin brillo y sin fulgor,
es eterna su noche tormentosa,
su noche de dolor;

con el semblante demacrado y yer- (mo,
y su amarilla tez,
semeja de otro clima un lirio enfermo
de mortal palidez;

y, cuando alguna mano compasiva
la estrecha con pasión,
ella inclina la frente pensativa,
pálida de emoción.

Y yo que sé de esa mujer que me (ama
no la puedo querer,
¡en qué copa la hiel del desengaño
habré yo de beber!....

JOSE M. CARBONELL.



Esquina de carpeta bordada



Veladora estilo japonés

AYER.

—¿Qué haces en esa esquina?

—Estoy capturando rubias jóvenes hasta que gane las cinco mil pesetas que ofrecen al que entregue á Cecilia, la criada de Pastor.

—Cavia cree que se habrá teñido y debe ser ahora pelinegra.

—Va habiendo tan pocas, que está más segura confundida entre el número infinito de las rubias.

—Acaso tengas razón, y te acompaño. Alquilemos un ómnibus y detengamos á todas las rubias que hallemos en la calle, hasta que demuestren su inocencia.

—No querrán seguirnos.

—¿Para qué sirven los lazos?

Si las jóvenes hubieran presentido el peligro de ser rubias, no se hubieran coloreado las negras cabelleras. Quizás es tiempo aún. Rubias de tocador, estáis vigiladas; sois sospechosas; os han tasado en mil duros. ¡A desteñirse! ¡A desteñirse!



Modelo de bordado

Un amigo nuestro ha encerrado bajo llave á su señora, y nos decía:

—Lo hago por su bien: es rubia y la gente muy brutal; no quiero que me la linchen.

HOY.

—Las señas oficiales de Cecilia desmienten la rubicundez: sólo es castaño clara.

—Todo es relativo en los matices del color, y no hay color que resista al teñido.

—La justicia sabe más: sabe el color de su traje.

—Y Cecilia el vestido que no debe ponerse, el nombre que no debe usar y el color del cabello que la pierde.

—¿Se habrá puesto á servir en casa de otro solterón? ¿Estará encargada de la plancha?

MAÑANA.

Un funcionario de policía, pensando en la captura, pide que le echen las cartas.

Bruja.—Corte usted con la mano izquierda.

Funcionario.—Le advierto que soy zurdo.

Bruja.—Pues corte usted con la derecha. Aquí veo una mujer de buen color y muchos hombres y un viaje...

Funcionario (con interés).—¿Muy largo?

Bruja.—Por agua: lo mismo puede ser el mar que un charco.

Funcionario.—Siga usted.

Bruja.—Es extraño: ya no veo la mujer de buen color, pero en cambio aparece una morena... y dinero y más agua.

Funcionario.—¿Dinero dijo usted?

Bruja.—Que acaso puede aguarse. Recibirá usted una carta: hay también una enfermedad.

Funcionario.—Esto es lo positivo, señora, porque me está usted volviendo loco y no es usted la única.

José Fernández Bremón.

FRAGMENTO.

A cambio del sudario en que envol-(viste
aquella noche negra mis amores,
esta manta de amor, mísera y triste,
te doy para que cubras tus dolores.

Cuando estemos muy lejos....y es-(ta historia
hayan borrado el tiempo y el olvido,
á tu frente querida mi memoria
hará volver, cual pájaro á su nido.

Y siempre la verás en tu infinita
mágica noche de tristeza y duelo,
solitaria flotar, dulce y bendita,
como enseña de paz y de consuelo.

No temas; que si en horas de em-(belesos
recordando tus labios lo he besado,
no ha quedado el veneno de mis besos
á su perfume embriagador mezclado!

Mis lágrimas ardientes lo lavaron
y suave y blanco está como el armi-(ño;
y sobre el corazón lo perfumaron
los dulces azahares del coriño.

DULCE MARIA BORRERO.

La buena Sociedad Parisiense

POR LA
BARONESA DE ORVAL.

LOS BANQUETES.

CONTINUA.

Reúnense unas veinte personas ó más, pues no importa, ya en cochecorreo, ya en automóvil, ó bien en bicicleta, seguidas, en este caso, á distancia por un vehículo cualquiera —después veremos el por qué de este vehículo—y caen como una bomba en casa de amigos, en pleno campo, desprevenidos enteramente; y nada hay tan divertido como ver las compungidas caras de los pobres anfitriones por fuerza, que confiesan su imposibilidad de alimentar á tanto convidado caído del cielo.

Ahí tienen ustedes dónde principia la sorpresa; todos los invitados vuelven á su vehículo y traen de allí triunfalmente las provisiones de que venían apercibidos.

Desaparece entonces de la cara del ama de la casa toda muestra de apuro respecto de vituallas; se pone contentísima de tener á sus amigos en casa, y no tiene otra cosa que hacer más que disponer una amplia mesa en el comedor, ó en el parque si el tiempo lo permite.

Como se comprenderá fácilmente, este género de diversión no puede tener cabida sino entre cierta clase social para quien la desahogada condición permite ó parece autorizar estos caprichos, inadmisibles entre la clase media, inficionada de añejas preocupaciones.

LUNCH GARDEN-PARTY.—PARTIE DE CAMPAGNE.

¿Quién no ha asistido á un lonche después de un casamiento? La única diferencia con otro lonche es la decoración floral, que en lugar de tomarle prestados á la naturaleza sus colores más vivos, no se compone sino de liliáceas.

Según se ha dicho ya al tratar del "lunch" de bodas, se sirve de todo en esta especie de "buffet" permanente, desde el "consomé" hasta el champaña, pasando por los vinos de Burdeos, de Borgoña, la leche, y aun la cerveza, introducida últimamente en nuestras listas gastronómicas.

En ocasión así, se pueden utilizar las grandes fuentes de plata: su lugar está perfectamente indicado en el centro de la mesa, acompañadas de altos candelabros.

Puede ser muchísima la riqueza de la lencería, bordada, de guipur, con adornos de lazos de listón ó coles de tul.

Un garden-party se da, como lo indica su nombre, fuera, en un parque ó un jardín, y puede tener una apariencia singular si los concurrentes van con traje especial, de lo cual se dará noticia en la invitación. Conviértese entonces en un "pardon" bretón, en una "kermesse" flamenca, en una "foire" rusa, en un "marché" normando, etc., y todos los invitados deben presentarse con el traje especificado.

Las simples reuniones sociales son mucho más frecuentes; las mujeres van á ellas con elegantísimos vestidos de calle y sombrero, y los hombres siempre de levita. Por otra parte, y es esto una regla absoluta: dondequiera que las mujeres se presentan de sombrero, van de levita los varones.

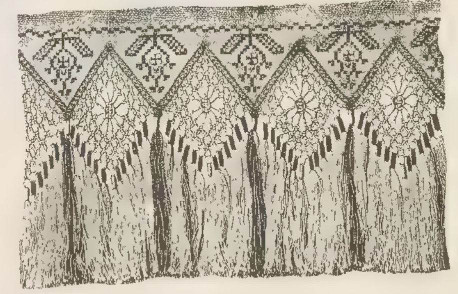
Se comerá con toda la delicadeza posible para no tener necesidad de servilleta. Comer como si no se tocasen los alimentos, es una de las mejores pruebas de buena educación, y una de las gracias particulares de la mujer parisiense.



Licorera de bacarat

Muchas son las distracciones que se pueden ofrecer durante un "garden-party, desde la simple partida de "tennis," de "cricket," hasta darle la apariencia exótica, con juego de tornel, tiro de arco, tiro al blanco, trompo holandés, guindaleta, caballos de madera y representación de teatro al aire libre, si se dispone de espacio suficiente.

Alegrísimo es también un baile campestre donde todos bailan al compás de una orquesta que nada tiene de campestre y se compone de "tziganes," ó de músicos de primer orden.



Fleco trenzado



Traje de desposada



Trajecitos para bebés

Sombrero de adorno sencillo para niña de 10 años

RECETAS ÚTILES.

Cajitas de barquillos á la Chantilly.

Háganse y cuézanse como los precedentes; córtense en seguida con un cortapastas fondos de 5 centímetros y medio de diámetro y bandas de 16 centímetros de longitud, por 16 de alto; únanse las dos extremidades y colóquense entonces sobre el fondo de modo que formen un cubilete; péguense con caramelo y, cuando se quieran servir, llénense las cajitas con crema de Chantilly dispuesta en forma de pirámide.

Barquillos á la reina.

Córtense en filetes muy finos 500 gramos de almendras que se secarán al horno sin que tomen color, pónganse en un plato hondo 350 gramos de azúcar tamizada ó cernida con un tamiz de seda, 60 gramos de harina y cinco huevos enteros; si son pequeños, agréguese otro; échese en esta mezcla ralladura de limón; incorpórense luego las almendras, y, después de haberlo batido todo un momento, muévase bien con la cuchara; colóquese en seguida esta pasta en hojas untadas con aceite, igualándola bien con el cuchillo, y cuézanse en el horno como las precedentes, después de haberles rociado encima filetes de pistacho.

Tómense 250 gramos de pasta de brioche.

Agréguese medio vaso de aguardiente, 60 gramos de azúcar fina, otro tanto de almendras amargas ó igual cantidad de flores de azahar garapiñadas; aplástese todo con el rodillo; agréguense en seguida 64 gramos de pasas de Corinto, mézclese todo juntamente y échese en una placa untada con manteca; extiéndase dándole un espesor de 15 milímetros, y póngase luego á cocer en el horno; después de la cochura, córtese por fragmentos de 54 milímetros cuadrados y fórmense los barquillos, á los que se dará lustre con azúcar rociándolos ligeramente por encima con pistachos picados.

Carlota al minuto

Córtense pedazos de pan blanco en forma triangular y de una longitud de cinco centímetros; fríanse en manteca procurando que no estén muy secos, pero que tomen buen color; colóquense entonces en una fuente, échenseles algunas gotas de agua de azahar y espolvoréense con azúcar cernida en un tamiz de seda.

Cúbrase con este pan una cacerola, hágase una mermelada de manzanas algo espesa, con la que se mezcla un poco de mermelada de albaricoques; échese en la cacerola, sométase al horno para darle tiempo de que se caliente, y, cuando se quiera servir, vuélquese la cacerola en una fuente, pasando por encima un poco de jalea de manzanas.

La carlota se hace igualmente con torrijas doradas que se hacen del modo siguiente:

Se remoja el pan ya cortado en leche endulzada y enfriada; después se rebozan las torrijas en huevo batido y se fríen.

Carlota á la italiana.

Hágase primero una mezcla de mermelada de albaricoques y de manzanas, y échese en una fuente, igualando bien la superficie y levantando el centro un poco; en seguida se baten bien tres claras de huevo, mezclando con ellas 120 gramos de azúcar cernida; agréguesele también un poco de limón rayado: hecho esto, colóquense las claras batidas encima de la mermelada, dándoles forma de rajas de melón, espolvoréense con azúcar fina y pónganse en el horno muy suave para que cuezan las claras y tomen buen color.

EL TESTAMENTO,
Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de Seguro. .	14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000, oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Colección de trajes para paseos campestres

LA RISA.

Tiene la risa diferentes modos de producirse, pues reímos por motivos muy variados: hay una risa franca y alegre—la que producen las situaciones absurdas y extravagantes de las piezas cómicas, y nada hay tan saludable;—hay una risa falsa y comprimida; hay una risa ofensiva y cruel, y además, otras muchas

Hay una risa normal—la que provoca la vista de un espectáculo cómico;—pero hay también una risa que se acerca al estado patológico—como la risa loca, irreprensible y contagiosa, la risa que engendran las cosquillas,—y una risa incontestablemente enfermiza, síntoma mórbido que en ciertas ocasiones puede ser causa de muerte.

La risa no es invariablemente signo de alegría, y muchas veces reemplaza á otras cosas.

Mán aún: se nos presenta como resultado de una equivocación en la estación fisiológica, como consecuencia de una falsa maniobra.

Esto es lo que sucede en los casos que M. Toulzac llama contraste emocional.

No son raros estos casos; muchos de ellos se pueden ver citados á menudo en las columnas de los p[illegible] dicos, y todos podemos haber obse[illegible] vado en nosotros mismos este fenómeno. en caso de recibir una emoción muy fuerte.

Como ejemplo clásico, hay el de Apponio, que estalló en carcajadas al notificarle la sentencia de muerte. como también les ha sucedido á otros condenados.

Otro caso es el de un guarda que al volver á su casa, encontró á su mujer y á sus hijos muertos; los indios los habían degollado.

Rompió á reir, exclamando: "Es la aventura más extravagante que he presenciado en mi vida"; no pudo refrenar su hilaridad, y ésta le mató por ruptura de un vaso.

Los histéricos ríen fácilmente, y de ahí el nombre de "afección risífica de las muchachas", que Ambrosio Paré daba á la enfermedad de que se trata.

En grado leve, "las enfermas se sienten alegres y tienen ganas de reir sin motivos", dice **M. Pitres.**

Crassus murió de risa por haber visto un hombre que comía cardos; Margute, un gigante, entregó el alma de risa, al ver un mono que pretendía ponerse unas botas; File-

món murió á fuerza de reir, al ver un asno que se comía los higos destinados al propio Filemón; Zeuxis falleció de risa desordenada al contemplar una caricatura que acababa de hacer.

Pero ¿por qué no se puede morir de risa, puesto que el reir ocasiona aumento de presión vascular evidente y nuestras arterias no son siempre de solidez superior? No solamente se conocen casos de muerte de risa en la antigüedad—en que tantos fenómenos se han presentado y que actualmente se esquivan con lamentable tenacidad á la observación de los sabios.—sino también en época más reciente y hasta en nuestros días

Las Efemérides nos revelan dos: Roy Swinger y Camerarius observaron uno cada uno. Parece también que en cierta secta—pero ¿quién lo ha visto?—los hermanos culpables eran muertos por cosquilleo, para obedecer al mandato que prohibe el derramamiento de sangre. La risa, en este caso, debe matar por extenuación nerviosa.

Prescindiendo de la circunstancia especial de que acaba de hacerse mención, se comprende muy bien que la risa puede determinar la muerte. Altera las funciones respiratorias, como todos sabemos, y, como la tos espasmódica, puede engendrar un estado de asfixia.

Por otra parte, produce congestiones y aumento de presión local; y si las arterias están enfermas, si se ha desarrollado algún aneurisma, se necesita muy poca cosa para causar una ruptura vascular. La muerte se produce entonces por el mismo mecanismo que en un esfuerzo excesivo; la risa es una sucesión de esfuerzos espasmódicos.

Por otra parte, muy recientemente un médico, Mr. Feilchenfeld, ha podido observar un caso, no de muerte, pero de enfermedad grave, causada por la risa. Se trata de una muchacha de trece años que, después de una risa inmoderada, se vió atacada de una enfermedad cardiaca. Hasta entonces había estado buena; pero después de un exceso de hilaridad, que había durado cerca de una hora, junto con otras niñas de su edad, la una excitaba á la otra, y la risa de una daba nuevas fuerzas á la risa de las demás, sintió dolores lancinantes en la región del corazón, y fué víctima de un ataque de tos, seguido de disnea cardiaca; después de tres horas, los síntomas se calmaron; pero se repitieron varias veces, y la enferma se encontraba en un estado inquietante, con cianosis intensa y pulso filiforme, que atestiguan claramente una lesión del corazón, una dilatación muy marcada. Se necesitaron algunas semanas para que se disipara la enfermedad. Mr. Feilchenfeld cree que era debida á una parálisis del neumogástrico, resultante de los movimientos del diafragma



Elegante traje de desposada, para asistencia á la ceremonia en la iglesia, y para el baile de boda.

En suma, no hay que poner en duda la posibilidad de la muerte de risa, y hay individuos á quienes una hilaridad algo prolongada ó violenta puede serles perjudicial.

Pero hay muchos á quienes la hilaridad puede serles provechosa. Ya Hipócrates alababa los beneficios de la alegría durante la comida, y el padre de la Medicina es también el padrino de buen número de proverbios relativos á las condiciones en que es sano é higiénico satisfacer el apetito. Tampoco ignora nadie que el bazo es un órgano que necesita alegría—también según la

tradición.—Es preciso "despabilarlo," pues si no se despabila, elabora humores negros y perversos que se inoculan en el cuerpo, invaden la inteligencia, anublan el entendimiento y corrompen el humor. Nada más sencillo, nada más claro, nada más cierto. Así, pues, despabilemos el bazo.

Es necesario á toda costa. Tissot lo conseguía haciendo cosquillas á los niños escrofulosos confiados á sus cuidados. Reían y curaban. Un enfermo, víctima de fiebres intermitentes, lo hizo de otro modo: fué á ver el "Mariage de Figaro", rió abundantemente y salió curado. Por otra parte, los médicos dirán que la risa obra de modo favorable en otros muchos casos: en el cólico nefrítico—y en el sencillo también, —en la pleuresía, en el catarro, en el resfriado y en otros.

Efectivamente, ¿por qué no? La risa moderada, no extravagante, hace efectuar una gimnasia á la mayor parte del organismo, en particular al aparato respiratorio, y de ahí mayor ventilación, más rápida y más profunda. Mientras que el diafragma aspira por un lado, comprime por el otro los intestinos, hace saltar el hígado, alegra un poco ese centro propenso al entorpecimiento y todas sus sacudidas son favorables

E. V.

PENSAMIENTO.

Amo las flores que no han sido tocadas; y me parece que su perfume es más vivo que cuando no están arrancadas del tallo que las vió nacer. Dejad las rosas al rosal, dejad los pajarillos en sus nidos.... dejad la paz á los corazones.

¿Habéis tenido por espejo alguna ocasión una fuente profunda y límpida, sombreada por la selva apacible? ¿Vuestra imagen se ha reflejado alguna vez en la celeste pupila de una joven virgen que viva en el hogar? Si vuestra alma se ha enternecido por lo que es casto y puro, habrá gozado inefablemente, por no haber turbado la paz de la fuente abrigada en la sombría selva ni el corazón de la joven que habita en el hogar paterno.

EMILE DE VOS.

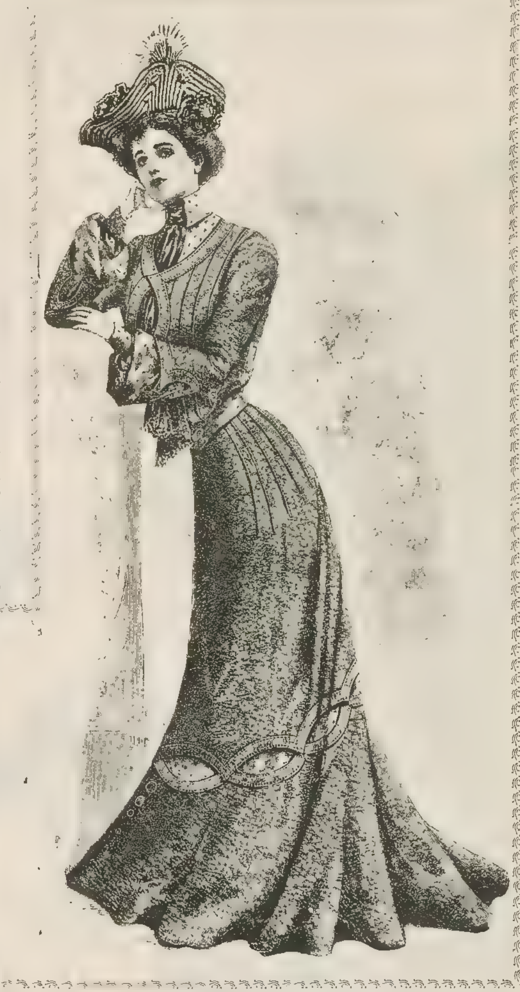
EN UN ALBUM.

No alienta á la Musa ni el verde (laurel!
La Musa está triste y ahogada en (su hiel
Y el Tedio le hunde su acero cruel..!

. . . . . .

Bajo la tristeza de umbrío dosel
Contempla la luna tras de un ca- (pitel
Alzar en el cielo su claro broquel;
Tendido á sus plantas, junto al es- (cabel,
Luciendo el brillante negro de su (piel,
Heráldica sombra reposa el lebrel
Y el paje dormita, y el bufón con él.
Sin una sonrisa, sin un cascabel....
Qué remo de oro daré á tu bajel,
Con qué floripondios ornar tu din- (tel,
Qué raro diamante pondré en tu (joyel?
Princesa, no tiene color el pincel,
El mármol se alza rebelde al cincel
Y sobre la piedra tombal del papel
Yacentes reposan balada y rondel....
Oh! hermosa, en tu escudo brisado (y lambel
Prodigan esmaltes en áureo cuartel,
Y si á tu hermosura mi verso es fiel
Y si los cantares en raudo tropel
Por ti no resurgen del mudo rabel,
Mi rima es abeja que vuela á un (clavel
Y torna gloriosa del gayo verjel
Y deja en tu Album su gota de miel!

JOSE JUAN TABLADA.



Traje de calle, corte americano



Traje de luto riguroso para viuda.

No hay nada más poético ni más grandioso que el amor de dos personas que nunca han hablado de amor.

Y es que como las palabras son el perfume de la flor del cariño, no quieren ni aun perder ese perfume. ¿Qué importan los sonidos de los labios si se establece el sonido simpático de los corazones?

El amor puro tiene el raro privilegio de fundir dos almas en una. Y nadie habla á voces consigo mismo.

Desde los tiempos de Homero hasta hoy, viene escribiéndose del amor, y la cuestión está intacta.

Los poetas son los únicos que pueden acercarse al conocimiento de esta ciencia, que si es pura, produce á Santa Teresa escribiendo que Satán no sería Satán si fuese capaz de amar; que si es impura, produce á Safo precipitándose desde Léucade porque un hombre la abandona.

SEVERO CATALINA.

OCEANO DE ORO.

Soñé que hacia tus labios navegaba
Sobre un mar portentoso y sin orilla.
¡Qué serena la noche se encontraba.

Tu cabello, que al oro maravilla,
Era un mar, cuyas ondas embriagan- (tes
Balanceaban mi cuerpo cual barqui- (lla.

¡Qué caricias tan rudas y enervan- (tes!
En mi carne convulsa, se implanta- (ban
Como dagas de acero penetrantes.

¡Qué placer tan inmenso! Me cer- (caban
Las rubias ondas que mi pecho adora'
Y mis ojos atónitos miraban
Que iba hacia tus besos en la aurora.

EMILE MICHELET.



La Gran Sedería

Julio Albert y Cía. Sucs.

1a. Monterilla 3 y 4.

Apdo. 146. México.

Participamos á nuestra numerosa clientela que acabamos de recibir un magnífico surtido de

:CORSES:

MARCA P. D.

ULTIMOS MODELOS.

VARILLA RECTA.

LOS MEJORES DEL MUNDO.

ESTOS CORSES

Marca P.D.

están fuera de competencia por ser los que obtuvieron el

GRAN PREMIO

en la Exposición de París de 1900.

No olvidar que son los más higiénicos y que están recomendados por los mejores médicos de Europa y América.

Gran Rebaja en los Precios:

MANDAMOS POR EXPRESS C. O. D. TODO CORSE QUE SE NOS PIDA INDICANDONOS EL TAMANO.

PARA EL HOGAR



Cojín deshilado para rodapié.

LA PRIMERA PENA

Mimí era el nombre de aquel angelito rubio que llenaba la casa de gritos musicales y de risas sonoras que remedaban los trinos de un canario, prisionero en una jaula dorada, medio escondida entre los gajos verdes de una enredadera.

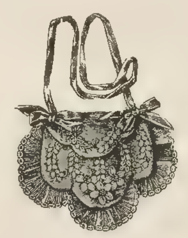
En aquella mansión, nido fabricado por una pareja de almas enamoradas, era Mimí la encarnación de la alegría, y sus autores se dedicaban á cuidar de ella como de una joya preciosa y delicada.

En la tranquilidad que distingue los hogares felices y donde aun brilla en el zenit el sol del amor de los primeros días, sonaban como algo ideal las explosiones musicales del canario y los gritos y risas de Mimí.

Su madre repartía sus cuidados entre ella y la avecita, que había llegado á casa junto con la cuna que debía recibir aquel primer fruto de la floración de un amor intenso y hondo!

Era de ver aquel embrión del sexo cuando con la cabecita de un color rubio pálido desordenado y fingiendo rayos de luna ensortijados, saltaba del seno de su madre, con la frente llena de caricias, á las rodillas de su padre, que escuchaba y recogía con los labios, entre los rizos de aquella frente, el perfume conocido de los besos de la esposa modelo y santa!

Después el angelito travieso tomaba la muñeca y por último su juguete predilecto: el canario, cuyas plumas despeluzaba con sus deditos blancos y delgados como los pétalos de una margarita.



Relojera para colgar.

El canario sufría resignado las caricias de aquellas manos diminutas; pero se desesperaba cuando su cautivadora le tomaba el pico entre sus dientes, que brillaban á través de la primavera de sus labios, cómo finos retoños de nácar, y lo apretaba hasta hacerlo prorrumpir en alaridos angustiosos.

La madre siempre intervenía y castigaba aquella crueldad colocando la cabecita llorosa entre la jaula y tomando la niña, que reía como una loca, entre sus brazos, donde la hacía blanco de todas sus caricias.

Un día, "de luto para aquel hogar", amaneció el canario muerto entre la jaula, con los ojos medio entornados y el pico entreabierto como por una postrera sonrisa.

Fué un día de lágrimas y de tristeza. Mimí también lloraba, y sin comprender el motivo de por qué su juguete predilecto no se movía ni cantaba al compás de sus gritos, lo tomó entre sus manos y con los ojos llorosos lo llevó hasta sus labios queriendo con sus ósculos darle calor y movimiento.

Sobre las plumas de la avecita muerta caían, como líquidos besos, las lágrimas de aquellos ojos azules como una lejanía marina.

Ya cansada de sus esfuerzos inútiles, tomó entre sus dientes el pico de aquel diminuto cadáver y lo apretó furiosamente sin comprender por qué no protestaba, como antes, de aquellas dolorosas caricias.

Y al fin, rendida por esa primera pena, se quedó dormida sobre la alfombra con el pico del canario prisionero entre los dientes, que brillaban á través de la primavera de sus labios como finos retoños de nácar.

. . . .

Cuando su madre la encontró, un rayo de sol vagaba silencioso sobre la faz de raso del angelito dormido, enredando, como una araña, sus hilos de oro entre la enmarañada cabecita blonda.

CESAR SAAVEDRA.



Lazo de crespón.

TARDE DE OTOÑO.

Tarde serena en que la luz desmaya
cuál mirada de amor, dulce, apacible,
en tu bruma dorada é intangible,
¡cómo se engolfa el alma y siente y calla!

Cómo al mirarte sin querer estalla
el anhelo tenaz de lo imposible;
honda melancolía indefinible
en tu cielo de ópalo se halla.

¡Hora de inmensa paz que reverencio,
cómo es dulce tu calma y tu silencio!
Surgen en mi alma con tu luz dudosa,
el recuerdo fugaz, las ilusiones
de mi infancia inocente, sin pasiones,
tranquila como tú, como tú hermosa.

Andrés Arroyo de Anda, (jr.)



LA CUERDA.

Sí, este vino es excelente; pero el otro es mucho mejor. Lo probarás cuando hayamos bajado la pipa á la cueva.



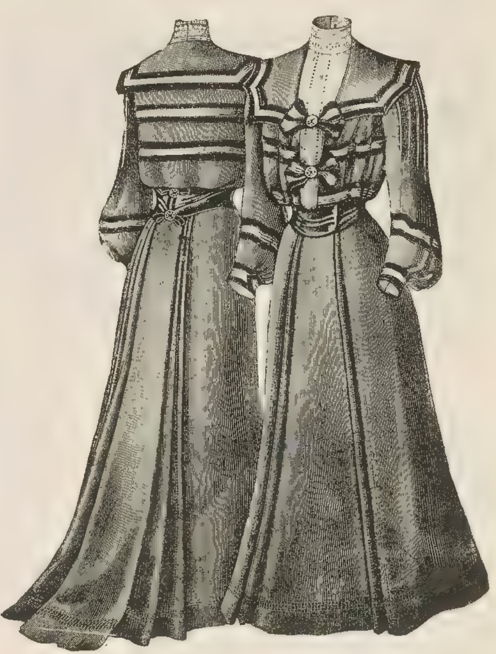
Delantal para señorita.

Y el marido se reía satisfecho, mientras Gertrudis, su mujer, y su primo Gervasio guardaban silencio, deseosos de que terminara pronto el almuerzo.

Era el marido de Gertrudis hombre entrado ya en años, en extremo laborioso en su oficio y cuya vida estaba consagrada á labrar la felicidad de la bellísima criatura que había consentido en ser su esposa.

La amaba con delirio y le era más indispensable que el sol y que la vida.

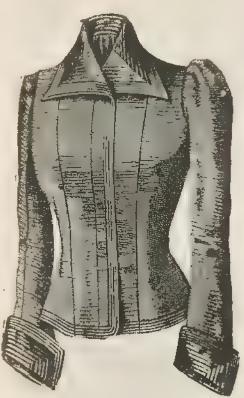
El primo Gervasio era un mal sujeto, hermoso como un dios y fuerte como un turco. Tenía una casa de la-



Blusas "marineras," última novedad.

branza cerca de la aldea y era el terror de la comarca. Deteníase á conversar ante todas las puertas, frecuentaba las tabernas y gozaba de gran fama como cazador de mérito extraordinario. Pero su ocupación principal, su verdadera vocación, consistía en cortejar á las muchachas.

Los maridos y los padres desconfiaban de él cuando se presentaba en el pueblo; y si bien le apreciaban por su carácter alegre y decidor, temían sus estratagemas de "D. Juan" y sus

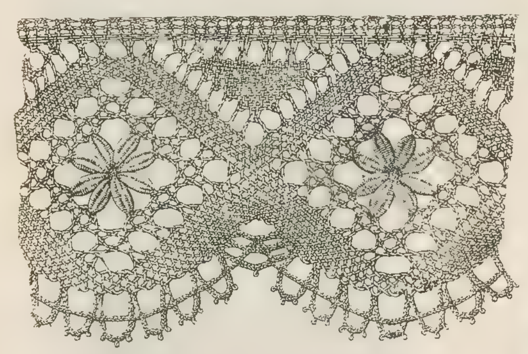


Traje-saco de abrigo, entallado

aires de triunfador. Pero todo era inútil ante la habilidad y la fortuna de Gervasio.

Por el momento, dedicaba éste toda su atención á su prima Gertrudis. Sus rubios cabellos, su juventud y su belleza le habían cautivado, y aquel hombre, que antes visitaba muy de tarde en tarde al anciano artífice, acabó por concurrir diariamente á casa de su primo. No tardó Gervasio en interesar á Gertrudis, la cual le concedió más de una cita durante las ausencias del marido.

Aquel día Gervasio había aceptado la invitación de su primo. Tratábase de almorzar opíparamente y de bajar á la cueva una pipa de vino de la última cosecha.



Punta tejida al crochet

Terminaba el almuerzo en medio de una animada conversación y entre el humo de las pipas.

—Ya verás, ya verás—decía el marido—qué delicioso es ese vino. Mañana cuando esté reposado, lo probaremos.

Dieron las dos en el reloj de la vecina torre, y el marido se alejó en busca de la sólida cuerda que servía para bajar las pipas á la cueva.

Durante su ausencia, los dos tortolillos se habían acercado el uno al otro y se devoraban con la vista, teniendo entrelazadas las manos y riéndose al oir los lejanos pasos del marido. Envalentonados por la tardanza del obrero, unieron sus labios y apenas tuvieron tiempo de separarse, cuando entró de pronto el anciano por una puerta lateral.

Gertrudis procuró disimular, poniéndose á retirar los platos de la mesa, y Gervasio, más acostumbrado á esta clase de sorpresas, supo conservar toda su sangre fría.

Por lo demás el marido nada había visto, pues era el hombre más confiado y más cándido del mundo. Pensaba demasiado en su vino, en su cuerda y en su pipa para espiar en aquel momento á su mujer.

—Vamos—dijo al presentarse el obrero, dirigiéndose á Gertrudis vamos. Gertrudis nos alumbrará.

Salieron los tres al jardín y se dirigieron hacia la entrada de la cueva, que se destacaba entre las parduscas piedras de una pared.

Aquella cueva era una antigua cripta muy honda, resto de una abadía que había desaparecido desde hacía muchísimo tiempo.

La obra se internaba en la tierra por medio de una escalera sumamente estrecha y obscura, y cuando se abría la puerta, subía de aquel abismo algo así como un soplo de frescura helada semejante á un aliento sepulcral.

Tú, Gervasio, guiarás la pipa bajando hacia atrás; mientras tanto, yo la sostendré con la cuerda y Gertrudis levantará la linterna para alumbrarnos.

De la bóveda pendía una enorme abrazadera por la que pasaba la cuerda, y que desde tiempo inmemorial debió ser utilizada para bajar gran número de pipas y algunos ataúdes.

Tendióse la cuerda bajo el peso de la pipa y Gervasio comenzó á bajar lentamente, conteniendo con todas sus fuerzas el tonel, mientras la cuerda circulaba por la abrazadera y, sujetada por el obrero, se iba alargando á cada paso que daba Gervasio.

Gertrudis sostenía la linterna con la cabeza inclinada, procurando ver á Gervasio. Pero no divisaba más que la masa obscura de la pipa y el rostro de su amante como un punto claro que se iba sepultando entre las sombras de la noche.

—¿Cómo va eso, Gervasio?—gritó el anciano.

—Bien; pero esto parece como que se desliza—contestó Gervasio con voz fatigosa.—Hay que procurar no dar un mal paso.

El marido detuvo de pronto la cuerda, y después, con un acento en él desconocido que resonó lúgubremente en la sonora cueva, exclamó:

—¿Qué dirías si soltara de pronto la cuerda?

Reinó un silencio de muerte.

Gervasio tenía tras de sí el vertiginoso abismo de la cripta y veía subir la cuerda sostenida siempre por su primo.

La barrica, que se había desprendido de sus manos, pendía sobre su cabeza.

La linterna brillaba arriba temblorosa, en manos de Gertrudis, como una lágrima de oro, y á mayor altura, la ojiva de la puerta rasgaba un trozo de cielo, sobre el cual se destacaba la diabólica silueta del ofendido esposo.

Gervasio veía todo aquello como si fuera víctima de una horrible pesadilla. Comprendió desde luego que el anciano conocía su traición, que les había sorprendido y que había combinado aquella celada qué inevitablemente debía costarle la vida.

Quiso gritar; pero le faltaron las fuerzas para ello. Además, todo habría sido inútil, pues nadie hubiera podido acudir en su socorro.

Duró aquello diez segundos, que fueron diez siglos para los culpables.

—Mira, Gertrudis, mira á tu amante—dijo con voz entrecortada el marido.

La mujer lanzó un siniestro rugido; pero un estrépito formidable sofocó sus gritos y llenó la bóveda de un tableteo de truenos, de un ruido de madera y de huesos rotos, que terminó en una explosión á lo lejos, allá en el fondo del terrible y espantoso abismo.

ALAIM MORSANG.



Un traje de luto y otro para la estación. Ambos para señoras jóvenes



La historia del amor encierra en sus páginas flores, sangre, luz y tinieblas. Es el resumen de lo que ha sido, es y será la vida.

El amor, para muchos, es una debilidad que solamente confiesan los tontos.

El amor es más firme que los juramentos, pues sus actos solo obedecen al corazón.

CORALIA.

Sobrecuello de blondas.

Dios no da inútiles dones: en todas sus obras hay una razón, hay un fin; si la compañera del hombre es una criatura razonable, si, como el hombre, ha sido creada á imagen y semejanza de Dios, si ha recibido como él del Criador la sublime inteligencia, es para utilizarla.



Cojín para confidente



Cojines para sofá y sillones

La buena Sociedad Parisiense

POR LA

BARONESA DE ORVAL.

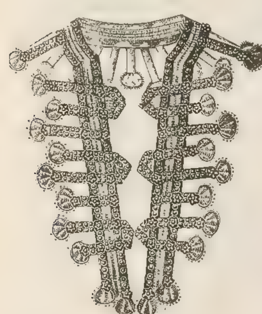
LOS BANQUETES.

CONTINUA.

En cuanto á las fiestas campestres, las hay de todas clases, comenzando por la que se hace con el producto de un "cagnotte", o [illegible] escote, hasta la partida organizada por gente de rumbo que va en mails coaches, breacks ó automóviles á almorzar en el campo.

De todas clases de pretextos se aprovechan quienes gustan de divertirse al aire libre: de ir á visitar un sitio desconocido, unas ruinas, etc., de una cita dada á los cazadores, de un rally-paper.

Pueden llevarse provisiones frías y comerse en una quinta ó en una venta, de antemano indicadas, donde el material de servicio sería insuficiente desde el momento en que la lista de mesa se compusiese de provisiones transportadas.



Alamares de aplicación para adorno de talle

Van también uno ó dos criados con todo lo necesario: vajilla, cristalería, escalfador de alcohol para el café; todo es preparado por ellos, y de esa suerte resulta perfecto el festín.

Si la fiesta es verdaderamente de buen gusto, se arman tiendas de campaña y se sirve la comida junto á verdaderas cocinas, instaladas por toda la servidumbre mandada de antemano.

Mas son ésas recreaciones de gente opulenta, y cuando se llega á tal grado de elegancia, ciertamente huelgan los consejos.

Adóptase no poco, en reuniones de esta especie, la moda inglesa que permite á un hombre ocuparse especialmente en prodigar sus atenciones á una sola mujer, en hacer que se le sirva, en ayudarla en cuanto pueda él serle útil mientras duran el paseo y la comida. Alíviase así un poco la fatiga de los anfitriones, sobre quienes pesa el cargo de cuidar de los numerosos detalles relativos á la instalación.

Como estas excursiones campestres entrañan siempre cierta libertad de acción, exigen mucha intimidad entre las personas que en ellas toman parte, y, sobre todo, una educación esmerada.

PICNICK-CAGNOTTS

De poco favor gozan entre la sociedad elegante los Picnicks y las "cagnottes," sobre todo estas últimas, no obstante que Labiche hizo inmortal el nombre de ellas. ¿Quién no conoce la pieza legendaria donde se ven desarrollarse todos los incidentes, los embrollos, las consecuencias de la famosa " Cagnotte?"

En algunos lugarejos de provincia donde son raras las distracciones, todavía se reúne la gente por la noche, so pretexto de una "cagnotte," para jugar, y el dinero ganado se pone en una alcancía cuyo contenido servirá para hacer un día de campo en el verano.

Los proyectos que se elaboran con el producto de dicha "cagnotte," son quizás los resultados más alegres que con ella se obtienen.

En cuanto al Picnick, es sencillamente un día de campo para el cual proporciona cada quien su plato; mejor es ponerse de acuerdo para lograr diversidad de platillos en el menú.

Este género de distracciones á escote, da lugar frecuentemente á una libertad de acción no exenta de cierta finura, á condición, sin embargo, de que á ellas no concurran sino personas verdaderamente bien educadas.

COLGAR LOS LLARES

(LLARES: cadena de hierro, pendiente en el cañón de la chimenea, con un garabato en el extremo inferior para poner la caldera, y á poca distancia otro para subirla ó bajarla.)

Cuando se inaugura una nueva morada, se acostumbra reunir á los parientes y amigos para organizar una fiesta llamada "pendre la cremaillére," es decir, "colgar los llares." Se da una comida, una tertulia, un baile para tomar posesión de la nueva casa y se pretende que de ese modo se alcanza felicidad: de todos modos, es un pretexto para reunirse con los amigos, asociándoseles en la alegría que se experimenta de haber sabido edificar su casa con sujeción á sus deseos. A tanto llega á veces la alegría de la posesión, que se conduce á los invitados hasta los últimos rincones para hacerles admirar los pormenores más sencillos en que ha puesto uno todos sus cuidados, á fin de obtener una vida cómoda y si se quiere artística.

Especialmente brillantes son las "pendaisons de cremaillére" (suspensiones de llares) cuando se trata de casas de pintores, literatos, poetas, músicos ó artistas dramáticos: los elementos artísticos propios de las esferas en que se manifiesta el arte bajo todas las formas, dan á estas fiestas un carácter originalísimo, pues impera en ellas como señora soberana la fantasía en todo su vigor, y produce improvisaciones interesantes. Exclúyese de ellas todo lo vulgar, así como lo trillado: no se obedece á determinada regla social en la elección, y es pintoresco, recreativo, el adorno. A la chuchería más insignificante se le da valor presentándola rodeada de objetos que podrían causar asombro por su promiscuidad, humillados á las veces, acusando la ingratitud humana que los hace deslucir en esa mezcla especial en que el arte se sobrepone á la sociedad y á sus exigencias.

Las suspensiones de llares son verdaderamente divertidas, llenas de encanto y de alegaría; chispea el champaña, la risa y el gracejo se desbordan á raudales; hay vida, movimientos, color; todo se agita bajo las luces, todo cintila, todo despide claridad no entristecida por la inflexible etiqueta.



Abrigo con capuchón

Casi siempre en el gran salón ó en el gabinete de trabajo, de una chimenea monumental, con altos caballetes de hierro forjado, descienden los famosos llares á los cuales conduce el dueño de la casa á la dama que quiere honrar, y le entrega

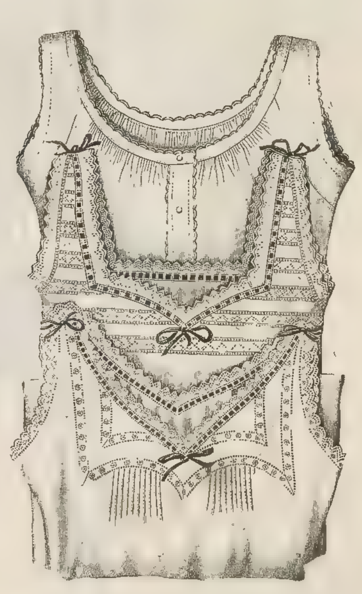


Modelo de pintura para pasta de album

un caldero de cobre antiguo que ella engancha con su blanca mano: he aquí lo que se llama en francés "pendre la cremailliere."

(Continuará).





Modelos para ropa interior

EL AMANECER.

Blando céfiro mueve sus alas,
empapadas de fresco rocío:
de la noche el silencio sombrío
algún ave se atreve á turbar.
Las estrellas, cual sueños, se borran....
Sólo brilla magnífica una.....
¡Es el astro del alba! La luna
ya desciende, durmiéndose, al mar.

Amanece: en la raya del cielo
tenue brilla una cinta de plata,
que, deshecha en flotante escarlata,
esclarece la bóveda azul:
y montañas y selvas y ríos,
y del campo la espléndida alfombra,
roto el negro capuz de la sombra,
lucen nieblas de cándido tul.

¡Es, es el día..! Los pájaros todos
lo saludan con harpa sonora,
y arboledas y cúspides dora
el intenso lejano arrebol.
El Oriente se incendia en colores.....
los colores en vívida lumbre.....
y por cima del áspera cumbre
sale el disco inflamado del sol!

P. A. DE ALARCON.

RECETAS DE COCINA.

Juanitas

Póngase en el fondo de unos moldecitos llanos una capa delgada de hojaldre; póngase en ellos mermelada de manzanas y cuézanse en el horno caliente como para hojaldre; después de la cochura saquense del horno, y una hora después bátanse bien tres claras de huevo, á las que se incorporarán 120 gramos de azúcar cernida; póngase un poco de esta clara encima de la mermelada; igualese con el cuchillo y hágase encima de cada juanita siete merenguitos del tamaño de una avellana. Espolvoréense con azúcar fina, vuélvanse á poner en el horno para que tomen buen color y sáquense.

Carlota ordinaria

Córtense en rebanadas muy finas manzanas mondadas, pónganse en una tortera con azúcar en polvo y algunas gotas de agua de azahar; córtese la miga de pan en triángulos algo prolngados y procédase como para la carlota ordinaria, con la única diferncia de que el pan, en vez de ser frito, está sólo pasado por manteca derretida, y que en lugar de mezclar las dos mermeladas, se colocan ambas en capas alternadas. Se cuecen en el horno caliente.

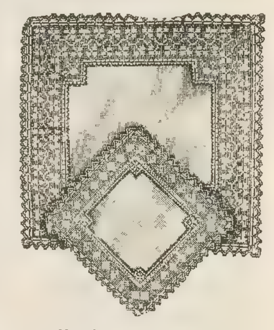
Carlota rusa

Córtense 130 gramos de bizcochos llamados de lengua de gato, siempre en forma triangular, de modo que resulte un bizcocho para cada dos; hágase lustre real; tómese la mitad y coloréense con un poco de verde de espinacas; coloréese la otra con carmín ó se deja en blanco; cada uno de los dos pedazos de bizcocho coloréese con un color, séquense al horno y cúbrase con ellos el fondo de una cacerola.



Trajes de sport para niñas de 11 años

Póngase en el fondo de una fuente crema casera en una cantidad igual á las tres cuartas partes de lo que puede contener la carlota; agréguense 400 gramos de glatina agréguense 400 gramos de gelatina na varía según la temperatura y la facilidad de obtener hielo; mézclese bien y hágase enfriar con hielo, en cuanto sea posible, meneando siempre con la cuchara; cuando la crema empiece á congelarse, mézclese con crema batida endulzada como de ordinario; échese en la carlota, cúbrase con bizcochos y acábese de hacer congelar al fresco ó con hielo; en seguida se volcará sobre una fuente.



Modelos para servilletas

Observación

Puede hacerse toda clase de carlotas rusas, con manjar blanco mezclado con crema batida ó con cualquiera otra; también pueden formarse moldes con diversas pastas mezclando siempre con ellas 26 ó 28 gramos de gelatina clarificada.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr: Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean . . . . $50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas 9,829 oro
Otra póliza de Seguro. . 14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos. . . . . . . 37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000, oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



La estatua justiciera.

Massa, pueblecito situado entre Génova y Spezia, es el puerto donde se embarcan los bloques de mármol extraídos de las montañas de Carrara.

Los turistas no se detienen en Massa, porque carece de monumentos y de antigüedades.

Su puerto sólo se ve frecuentado por buques mercantes ó transportes, y por los propietarios de las canteras.

En Massa todo el mundo se levanta temprano, al medio día ya tienen arreglados los asuntos; se duerme la siesta en butaca, de doce á tres de la tarde; se cena á la puesta del sol y se duerme á la hora de las gallinas.

En ocasión en que Lucrecia terminaba de mascullar su tercer rosario, á las once de una noche tempestuosa, por cierto, oyó con extrañeza golpear rudamente en el portalón de la posada.

Antes de abrir, tuvo la prudencia de hablar por el ventanillo al huésped.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea?

Una voz imperiosa respondió:

—Soy viajero y cristiano y deseo una habitación por lo que cueste.

Al oir hablar de pago, Lucrecia se confió é hizo entrar al viajero, cuya cara no le agradó del todo.

—Ilustrísimo señor, todas las habitaciones están ocupadas, salvo la sala de abajo. Es una pieza magnífica, amueblada recientemente con gran lujo; en ella han descansado príncipes, obispos, y últimamente el capitán de carabineros reales.

El huésped estuvo indeciso; quedóse un momento pensativo, y después dijo con tono áspero:

—Condúzcame usted á esa hermosa habitaoción, aunque el precio sea elevado. ¿Qué me dan unas monedas más que menos?

La "gran sala" era verdaderamente la mejor alhajada de las habitaciones con que contaba el "Noble Hotel del Gran Almirante.' Tenía construído sobre bóveda el pavimento de mosaico de mármol, lo cual en Massa no supone una suntuosidad excesiva.

El papel de las paredes, recién puesto, tenía dibujos figurando chinos entre árboles rojos cerca de unas fuentes amarillas.

Mientras la doncella hacía la cama, el huésped dirigió su mirada escrutadora sobre el pavimento y las paredes. De pronto gritó enfurecido, señalando una especie de fantasma blanco colocado en un rincón:

—Por Barrabás, ¿qué ha colocado usted ahí?

—La estatua, señor. Dicen que representa la justicia y que es notable como obra de arte.

—¿Y para qué colocarla aquí? ¿Para qué?

—Abulta tanto, señor, que no hay sitio más á propósito.

Esta respuesta parecía satisfacer al viajero. Cogió una bujía y se puso á examinar con atención "á la efigie de Temis," y á poco dijo con extrañas inflexiones de voz:

—¿Por qué está el mármol manchado por diferentes sitios? Concibo que tengan vetas grisáceas los bloques de Carrara, pero no estos tizones rojos.

—Señor, la historia es lúgubre.

—A ver, cuénteme usted.

—Hace más de treinta años, antes que conociésemos el camino de hierro, vino un artista de Moscou. El hecho lo sé por boca de don Próspero Pericoli, que tuvo el hotel antes que yo. Pues bien, ese artista, joven todavía, tenía un gran talento. Le había encargado el conde de Odessa unas obras destinadas al Palacio de justicia. El escultor deseaba bloques muy blancos de buena calidad, y se estableció en Massa, con el fin de elegir el mármol en la montaña y de velar por él al conducirlo. Como entonces no se aserraban los bloques en la cantera á máquina, era muy penosa su extracción. Además, el camino desde la cima hasta el embarcadero no estaba concluído: así que costaba gran trabajo transportar esas enormes masas hasta el muelle del puerto.

Debo añadir además, que en la época á que me refiero no estaban dispuestos todos los capitanes de barcos á aceptar fletes para el Mar Negro. En fin, señor, esta habitación, en lugar de estar amueblada con este gusto, era un almacén. El moscovita permaneció unos seis meses en Massa, y como era muy laborioso, transformó el almacén en taller, donde hizo la estatua que usted ve. Cuando todo estaba concluído y el flete firmado, el ruso anunció que iba á Lucca á tomar en casa de su banquero una fuerte suma que necesitaba para saldar sus compras

Hay que advertir que el ruso tenía á su servicio á un muchacho de Albano, hijo, como se supo después, de un célebre bandido de Sabino.

El escultor se ausentó por dos días. A su vuelta, en ocasión en que se traía sus sacos llenos de oro, fué asesinado aquí mismo por el hijo de ese bandido. La sangre de la víctima salpicó la estatua.

—¿Y el asesino?

—Huyó llevándose el dinero. Se cree que se fué á Córcega, y de Córcega se fué á América. De todos modos, ha sido imposible encontrarle, á pesar de las activas pesquisas de la policía italiana y de la gendarmería francesa.

Es de suponer que haya sufrido ya su justo castigo.



Trajes de diario, para niñas de 13 á 14 años.



Trajes para carreras.

Bata suelta para señora recién casada.

—Vaya, que ya estoy rendido de sueño.

—¡Hasta mañana!

La posadera desapareció después de hacer una profunda reverencia.

Al quedarse solo el viajero, se puso á pasear febrilmente por la habitación. Miró á la estatua con angustia y la estatua le miró fijamente. Él murmuró:

—¿Por qué me perturba ese ojo?

El escultor, imitando ciertas estatuas antiguas, había colocado bajo aquellos párpados glaciales, unas sombrías pupilas de amatista.

En cualquier punto donde se colocara el huésped, veía siempre la mirada de la estatua dirigida hacia él, sin que pudiera explicarse el fenómeno.

¿Quién no ha sufrido en un museo la emoción que produce la fijeza con que sigue al espectador la mirada de un retrato?

Parece establecerse cierta misteriosa simpatía entre la obra y nosotros y que ha dado la vida á aquella testa.

Esta mirada que parece móvil, tan frecuente en muchos cuadros, es bastante rara en las esculturas, aunque no imposible; porque las estatuas genralmente no tienen indicadas las pupilas, que casi siempre están formadas por trazos ligeros difíciles de producir esa ilusión óptica.

El extranjero que se había alojado en el hotel del Almirante, ignoraba sin duda ciertas leyes físicas y hallábase, además, su ánimo en estado de sufrir impresiones sin poder analizarlas.

Aterido de frío como estaba, se quitó su capote y lo echó sobre la cabeza de mármol

—¡Maldita, á ver si así tapada no me amedrentas!

La pesada prenda rodó sobre la superficie pulimentada, cayendo á tierra y descubriendo de nuevo aquel ojo, siempre abierto, inmóvil, terrible.

—Pues extinguiré con mi puñal la llama de esa mirada.

El recién llegado dió un salto y á puñaladas trató de vaciar aquel ojo.

La mano del miserable, debilitada por el terror, producía insignificantes escoriaciones. Le parecía que el ojo se dilataba más amenazador que nunca.

En su frenesí, el desgraciado no advirtió que la estatua temblaba, vacilando su pedestal.

Creía sentir los duros abrazos del mármol, aprisionarle y oprimirle. Estaba sofocado bajo su invencible opresión. Hacía esfuerzos sobrehumanos para desembarazarse de ella. ¡Todo era inútil! Suplicó, pataleó, rugió, blasfemó, puso en tensión sus músculos y la estatua se desplomó.

El hombre quedó prensado entre el mármol del piso y el de la estatua.

Aplastado bajo el peso enorme de ésta, comenzó á gritar desaforadamente.

Los vecinos acudieron; la hostelera se precipitó en el cuarto.

El desconocido agonizaba, resbalando por sus labios una espuma sanguinolenta.

—¡Voy á morir!.... ¡Tengo deshechas las costillas!... ¡Yo soy el asesino del escultor ruso!... ¡La víctima se venga después de treinta años!.... ¡No hay prescripción ante la justicia de Dios!.... ¡Qué demonio me habrá arrastrado hasta aquí! ¿Por qué el criminal tiene deseos irresistibles de ver de nuevo el sitio donde cometió su infamia?.... ¡Agua!.... ¡Un sacerdote!

El cura llegó demasiado tarde. El asesino había ya muerto.

Cogidos los fragmentos, se puso en pie la base, en la que se leía: "Pede poena claudo."

El malogrado escultor había grabado esta inscripción, sin duda aludiendo á las prudentes demoras de la justicia humana.

Cerca del cadáver, la marmórea cabeza permanecía erguida.

El ojo sombrío de la blanca estatua se fijaba tenaz, duro, implacable, sobre el cuerpo desfigurado del bandido.

A. DE ANGIONTO.

Si pudiéramos formarnos una idea de la influencia que tiene una "palabra de elogio y aprobación", caída sencillamente de la boca del superior, después de algún trabajo un poco mejor concluído, ó de una fatiga que revela en el súbdito buena voluntad, ¡cómo buscaríamos con avidez la ocasión de decir aquella "palabra al hijo, al criado, al amigo!"

Mad. SWETCHINE.



Traje de visita para niña.

INVERNAL.

Era una noche lóbrega y obscura,
Y el cielo, presentando sus crespones,
Ocultaba la límpida hermosura
De dos tiernos y amantes corazones.

Y lluvia de diamantes anegaba
Las calles cercas á la estancia mía,
Mientras mi novia, triste, me aguardaba
En el umbral de su morada fría.

Ni siquiera una estrella en albo cielo,
Ni una sonrisa de las auras leve;
Todo era negro, sin tener consuelo
En este mundo de la negra nieve.

Yo anheloso de verla y confundirme
Con su existencia llena de armonías;
Ella quizá deseosa de sentirme
Y contarme sus hondas agonías.

. . . .

Las nubes continuaban con su llanto
Y con sus quejas hondas, gemidoras;
Dieron las diez, y envuelto en negro manto,
Preguntóme un espectro, ¿por qué lloras?

Llamóme por mi nombre, dióme un beso
En mis húmedos labios, que temblaban,
Y en un momento de inmortal exceso
Ví sus negras pupilas que lloraban.

Descubríla al instante y por sus ojos
La conocí: la misma, ¡mi adorada!
Cesó mi llanto, y con amor, de hinojos,
Supliquéle una olímpica mirada.

Miróme sonriente, ebria de calma,
Y el cielo dió sus lumbres primorosas;
La lluvia se acabó, dentro de mi alma
Vino el verano con sus áureas rosas.

JOSÉ MARÍA GUERRERO P.



Abrigo, última moda, y elegante traje de casa.



Paletó para niña de 12 años.

¿VUELVEN LOS MUERTOS?

—Sí, decía Eduvigis; era un horrible sueño. Yo la veía pálida, fría, y á Ernesto con el cabello descompuesto, hundida la frente entre los blancos pliegues del sudario, llorando desesperado.

—Eso, hija, dijo Mercedes atrayéndola con mimoso cariño, no es más que un sueño provocado por la noticia de su enfermedad. Tranquilízate, hjia mía, y no pienses más en eso.

Y decía esto cuando ella también, nerviosa y preocupada, sentía el presentimiento de una desgracia. A veces creía oir la voz de la hija ausente que la llamaba angustiada; se la figuraba agonizante tendiéndola los brazos, deseosa de las caricias de su madre, y sentía sobre el corazón un enorme peso que la oprimía.

Habían quedado meditabundas y entristecidas, cuando de súbito, como movidas por un resorte, se alzaron pálidas y demudadas.

—¿Oyes?

De la pieza vecina, donde estaba el piano, que había permanecido cerrado desde que María se había ido á su viaje de bodas, salía un acorde seguido de notas vagas, sueltas, confusas, notas que luego se fueron uniendo hasta formar una melodía conmovedora, triste como un lamento. Melodía demasiado conocida por ellas, puesto que era la que con más frecuencia tocaba María.

Las notas se alzaban en un cresendo desgarrador, sollozantes, gemidoras, ondulaban vivificantes llenando la estancia de ayes, de suspiros, de gritos de desesperado dolor, que en aquel momento psicológico, para las dos mujeres eran como la revelación de algo sobrenatural é incomprensible que las llenaba de terror y las transportaba al mundo de los misterios.

¿Qué había sucedido? ¿Había muerto María y su espíritu vagaba alrededor de ellas en aquella tristísima melodía, como para darles el supremo adiós?

Demudadas, inmóviles hasta parecer estatuas, atadas por la fuerza de la impresión, habían enmudecido; pero sentían, sentían hondamente la agonía de lo que creían eterno é irremediable.

Sentían la evidencia del hecho.

—Sí; ¡María había muerto!... Lo sobrenatural, lo imposible se había realizado por un esfuerzo supremo de cariño; el alma de María había venido hasta ellas antes de desaparecer para siempre!

En la otra habitación, el piano, herido por manos para ellas invisibles, desmayaba en sonidos de una dulzura incomparable; era como una voz de consuelo que hablara de cosas celestiales, de divinas esperanzas, de promesas de felicidad en otro mundo mejor.

Y ellas lo sentían así, como si fuesen palabras claras, perfectamente comprensibles, y doblaron la rodilla para rezar por la muerta y también por ellas, que quedaban sumidas en profundo desconsuelo.

—Dios te salve, María...

Una carcajada fresca, sonora, carcajada de una mujer feliz y traviesa, interrumpió la oración.

—¿Creen ustedes de veras que los muertos vuelven?

. . . .

Era María, María, feliz y contenta, que llegaba de sorpresa y se había entretenido en anunciarse por medio del piano.

MARIA FAITH.

¿QUE ES POESÍA?

¡La poesía!, pugna sagrada;
radioso arcángel de ardiente espada,
tres heroísmos en conjunción:
el heroísmo del pensamiento,
el heroísmo del sentimiento
y el heroísmo de la expansión!

Flor que en la cumbre brilla y perfuma,
copo de nieve, gasa de espuma;
zarza encendida do el cielo está;
nube de oro, vistosa rauda;
fugaz cometa de inmensa cauda;
onda de gloria que viene y va!

Nébula vaga de que gotea,
como una perla de luz, la idea,
espiga herida por la segur;
brasa de incienso, vapor de plata;
fulgor de aurora que se dilata
de Oriente á Ocaso, de Norte á Sur!

Verdad, ternura, virtud, belleza,
sueño, entusiasmo, placer, tristeza;
lengua de fuego; vivaz crisol;
abismo de éter que el genio salva;
alondra humilde que canta el alba;
águila altiva que vuela al sol!

Humo que brota de la montaña;
nostalgia obscura; pasión extraña;
sed insaciable; tedio inmortal;
anhelo eterno é indefinible;
ansia infinita de lo imposible,
amor sublime de lo ideal!

Salvador Díaz Mirón.

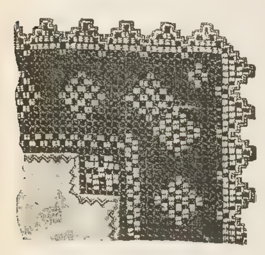
PARA EL HOGAR.

LILIA.

I

Atardecía. Los tintes suaves del crepúsculo coloreaban ligeramente la inmensidad azul del cielo sereno y diáfano.

En la lejanía los montes se esfumaban lentamente, mientras los árboles del jardín se mecían al beso de la brisa vespertina, que murmurante, entre las ramas se deslizaba entonando su canción. El agua del manantial cantaba también dulcemente y también cantaban, cantaban los pajaritos en sus nidos.



Esquina de punta para colcha.

Era la hora de las nostalgias infinitas, de los anhelos indefinidos, de los ensueños ignotos, era la hora del amor!

A su reja me llegué temblando. Ella estaba allí; nimbaba su cabecita adorable la aureola de oro de sus cabellos, y destacábase del fondo verde del jardín, que salpicaban como lágrimas de nieve las rosas blancas, su imagen, tiernamente esculpida en mi alma.

—Lilia—Luis—murmuró como un suspiro, luego sus manos buscaron á mis manos para estrecharse dulcemente. Nuestros labios permanecieron mudos, nuestras almas entablaron un diálogo ideal...

En tanto el arroyo cantaba endechas de ternura á las flores, que se inclinaban para oirlo, y rizaba la plateada superficie de sus aguas el aura perfumada, mientras allá la tarde muriente recogía su velo azul, prendiéndolo con el broche del lucero vespertino.

—Luis mío, dime ¿tu cariño nunca me faltará? ¿me querrás siempre lo mismo? sí, ¿verdad? porque para ser feliz necesito de un cariño muy intenso, sí, muy intenso; pero también duradero. Me miró con indecible ternura, estrechó mi mano contra su corazón y reclinó en mi seno su rubia cabecita.

La madreselva que escalaba el muro nos envolvía en suspiros de aroma, en ondas de armonía el agua y la brisa, en suaves claridades los tintes del crepúsculo y la estrella que desde el cielo parecía sonreirnos.

—¡Oye—me dijo sonriendo.

—¿Qué?

—El corazón.

—¿Qué dice?

—Lilia... mía... Lilia... mía...

—¿Y el tuyo?

—Pues, mi... Luis... mi...

Una tos seca ahogó su voz... Una gota de sangre apareció en sus labios.

II

En la alcoba azul, junto á la ventana del jardín, Lilia, recostada en un sillón, dejaba perder su vista, como si contemplara algo más allá del infinito, con esa mirada indefinible de los seres que se alejan, que se van.

En el jardín, las flores cerraban sus pétalos para entregarse á sus ensueños de perfumes y de amor, buscaban anhelantes las aves el nido, y la tarde se adormía al susurro de la brisa, al murmullo de la fuente del rosal

—Elena, hermana mía, acércate. Oye, te voy á pedir un favor que no quiero Luis sepa... para no afligirlo—murmuró Lilia, al tiempo que llegué á la puerta de su alcoba y me detuve en el dintel. Un momento de silencio reinó, momento de indescriptible angustia para mí, en que contemplé aquel ideal de mi vida que pronto ya no vería, aquella cabecita rubia que tantas veces en mi pecho reposó, aquella encarnación bendita de mis ensueños de amor y de ilusión

—Mira—añadió Lilia,—yo presiento que esto será pronto... me siento muy enferma... sí, mucho..., pues bien, entonces.... cortarás mis... trenzas... una para papacito... la otra para mi Luis, junta.. con el relicario... donde guardo... su pelo... Y ¿sus cartas...? ¡Ah! sus cartas... conmigo... ¿eh...? También le dirás que á mi sepulcro lleve muchas azucenas... muchas ¿Y mi papacito...? pobrecito... cuídalo por las... dos... quiérelo por... las dos... Pero no... llores, Elena...

No pude contenerme más; en mi garganta sentí un nudo, en mis ojos muchas lágrimas, en mi corazón el presentimiento de la soledad. Llegué hasta ella, y ocultando mi frente en su seno, exclamé entre sollozos:

¡Lilia, Lilia mía, no, tú no te vas! ¿Qué hago sin tí...?

Me estrechó con infinita ternura, extendió su manecita para enjugar mis lágrimas y para acariciar mi cabello como lo hacía en días ya idos de ventura y de ilusión. Luego murmuró:

—Tontito... no llores ¿no ves que... así me afliges...? Mira: sí yo no... te dejo... estaré contigo en... el perfume de las flores... en el... canto de los pajaritos... en las alas... de las mariposas... y en la noche... te dejo por... amigo al Buen... Dios... á El platícа... le de nuestro... amor... verás cómo... te oye... y me dice... lo que tú... le cuen... tes... Vamos que... no... llo... res ¿eh...? —añadió sonriendo. Su respiración se hacía por momentos más difícil.

Ya... brilla allá... la es .. trella de la... tarde... la estrella . de nues... tro amor...

Allá... te espero... allá... nos... reuniremos para.... ser eter... namente... felices. Luis... tu Lilia... te quie... re... mucho.... ¡Ay....! ¡Hasta.... el cie... lo... mi Luis...!

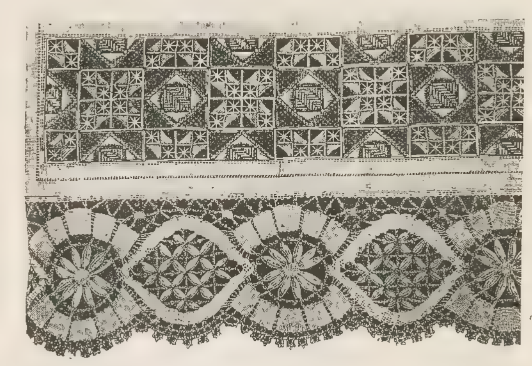
Un rayo de luna, indeciso, penetró por la ventana del jardín.

III

En la alcoba azul hay muchas flores. ¡Dios mío, cuántas flores hay en la alcoba azul!

El blanco lecho casi desaparece ocultado por una sábana de lirios blancos, de blancas rosas, de azucenas nevadas.

¡El lecho virginal! En él reposa Lilia vestida de purezas, vestida de blanco... Parece que duerme soñando en nuestros amores; pero no, Lilia, mi Lilia, la virgencita ideal de frente pálida y mirar de ensueño, la niña rubia que tanto me quería, ya no despertará.



Punta y entredós para colcha.

¡Me acerco hasta ella...! Su rostro está blanco, ¡qué blanco está su rostro, Dios mío! De rodillas junto á su lecho tomo su manecita, esa manecita que enjugaba mis lágrimas y que acariciaba mis cabellos en días ya idos de ventura y de ilusión... está yerta. ¡Buen Dios, y yo no puedo entre las mías darle calor...!

Pero no, Lilia, tú no has muerto, vives, me oyes, sí, ¿verdad? Mira, aquí estoy, cerca de tí, soy tu Luis, ¿no me conoces? ¡Despierta, mi bien... Lilia, Lilia, ¿no me oyes..? ¡Ah, ya no, ya no!

. . . .

—Luis—me dijo Elena, mira á papá, está llorando, ve con él. Me tomó de una mano. Inconsciente me dejé conducir al ángulo de la alcoba donde un anciano lloraba.

Unidos los dos en estrecho abrazo, las lágrimas del padre de mi Lilia se confundieron con mis lágrimas.

Cuando volví en mí, Lilia ya no estaba en su lecho, descansaba en una caja blanca, muy blanca..

Lilia ya no tenía sus trenzas, Lilia parecía sonreir.

Elena entró llevando un paquete.

—Dámelo—le dije, y acercándome á la caja, coloqué en su pecho, juntito á ese corazón que ya no latía, mis cartas, atadas con el listón azul que el último de sus días llevó en el cuello... ¿mis cartas? No, ¡mi alma! Sobre ellas uní sus manecitas, me incliné para depositar en su frente el último de mis besos... Cerré la caja...

¡Salí de allí...!

IV

Atardecía. Los tintes suaves del crepúsculo coloreaban ligeramente la inmensidad azul del cielo sereno y diáfano.

En la lejanía, los montes se esfumaban lentamente, mientras los árboles del cementerio se estremecían al soplo de la brisa, que sollozante, entre las ramas se deslizaba gimiendo. El agua del manantial gemía también tristemente y también gemían, gemían los pajaritos en sus nidos.

Era la hora de las nostalgias infinitas, de los recuerdos intensos, era la hora del dolor.

Con un ramo de azucenas á su sepulcro me llegué llorando. Regué las flores del día anterior y coloqué las frescas en su cabecera; luego me senté junto á ella.

Lilia me esperaba; era la hora de nuestras citas. Cambió la reja por el mármol blanco de su sepulcro, la madreselva que escalaba el muro, por las azucenas que acariciaban el pie de la blanca cruz.

Le hablé de mis tristezas, de mis recuerdos, de la casita azul que juntos soñamos...

Como respondiendo á mi voz, una fuerza invisible me hizo levantar mi vista hacia el cielo, que empezaban á ennegrecer las sombras de la noche; en él brillaba, como un sueño, la estrella de la tarde, la estrella de nuestro amor.



Cojín para respaldo.

"Allá... te espero.... allá... nos.... reuniremos para... ser eter... namente... felices".

—Lilia, Lilia mía...

... Abracé la cruz, besé la tierra que cubría su cuerpecito y me alejé de allí.

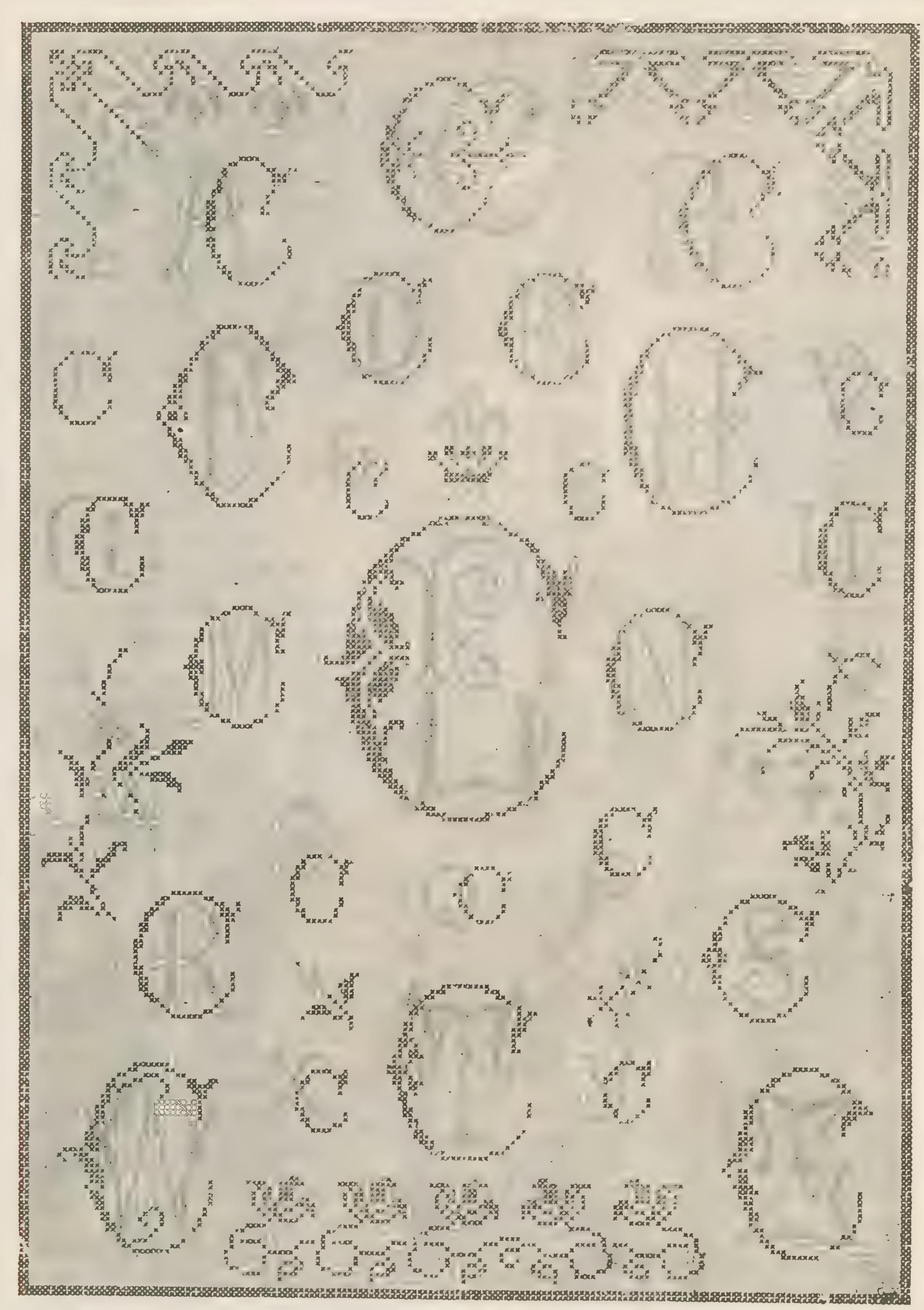
Al dar vuelta á la calleja de álamos, volví mi vista hacia el sepulcro. Un beso de la brisa, perfumada de azucenas, acarició mi rostro. Era el alma de mi Lilia, que vive conmigo en el perfume de las flores, en el canto de los pajaritos, en las alas de las mariposas...

Pedro Berruecos Martínez.





Modelos para tejidos.



Modelos para marcas.

Tortilla á la Celestina.

Rómpanse los huevos, guárdese la mitad de las claras, y échese un polvillo de sal en lo que queda; bátanse bien las claras; endúlcense ligeramente los huevos, y añádase cáscara de limón enconfitada; bátanse y mézclense con las claras batidas.

Póngase un pedazo de manteca en un cazo puesto sobre el fuego, y hágase la tortilla, endulzándola antes de enrollarla, y, después de enrollarla, póngase en su fuente y désele lustre con una paleta hecha ascua ó con broquetas; píquense entonces en la superficie pedazos de limón enconfitado.

A B C D E F G H J K L M N O P Q R S T U V W X Y Z

Dos trajes de calle para señoritas.

Pastel de arroz.

Lávense con varias aguas 200 gramos de arroz, hágase hervir durante tres minutos, con poca agua, en una cacerola; déjese escurrir después en un colador; vuélvase á poner el arroz en la cacerola con un poco de sal, corteza de limón, cuatro hojas de laurel, y mójese con tres cuartos de litro de leche; cuézase á fuego lento agregándole 250 gramos de azúcar.

Cuando esté cocido y algo espeso, póngase en una fuente honda; quítese la cáscara de limón y el laurel y échensele 60 gramos de almendrados aplastados, otro tanto de tuétano de buey picado, un poco de crema de pastelero ó de crema batida y una cuharada de agua de azahar; agréguense por último cuatro yemas de huevo, y mézclese bien todo con una cuchara de palo.

Cuando se vaya á poner al fuego, bátanse bien cuatro claras de huevo y mézclense igualmente con el arroz; úntese con manteca de vacas un molde ó cacerola, y háganse caer en ella bizcochos desmigajados y cernidos ó miga de pan; échese el arroz en el molde y póngase en el horno media nora después del calor primitivo.

Se puede tambien, para hacer este pastel, poner en el fondo de una cacerola una capa de pasta de hojaldre.



Dos sacos sueltos.

Modelo para bordado

Arroz soufflé.

Háganse cocer en agua 300 gramos de arroz; al cabo de algunos momentos de ebullición, escurrase por un tamiz, y póngase en seguida en una cacerola con cinco vasos de leche hirviendo; añádase una cáscara de limón, tres ó cuatro hojas de laurel y un grano de sal; cuézase á fuego lento para que se cueza bien, póngase encima una cobertera con un poco de fuego encima; después de tres cuartos de hora de cocción échense 250 gramos de azúcar molida y 125 de manteca fresca de vacas; menéese bien todo con una cuchara de palo, y hágase todavía cocer á fuego lento durante media hora; al cabo de este tiempo el arroz debe estar bien cocido; pásese por el tamiz como los "purées" y póngase en unas brasas.

Entretanto bátanse bien ocho claras de huevo; quítese el arroz del fuego y échensele las ocho yemas; debe tener el arroz la consistencia de una crema de pasteleros; añádanse luego las ocho claras y échese todo en otra cacerola (de plata, si se puede); póngase con poco fuego y déjese cocer durante hora y media.

Se puede perfumar este arroz con naranja, vainilla, etc.

Tortilla soufflée al minuto.

Prepárense en una tartera cuatro yemas de huevo, 125 gramos de azúcar cernida, cuatro almendrados amargos, un poco de flores de azahar garapiñadas, todo ello bien aplastado; agréguesele un polvito de sal y trabájese de cinco á seis minutos.

Bátanse las cuatro yemas de los huevos; cuando estén bien batidas, mézclense con lo demás y échese todo en una sartén donde se hayan derretido 50 gramos de manteca de vacas; cuando la tortilla empiece á calentarse, saltéese para darle vuelta, y tan pronto como tome calor, dóblese en dos y échese en una fuente, teniendo cuidado de replegar sus dos extremidades para abajo para redondearlas.

Póngase en seguida en el horno no muy caliente; tan pronto como tome un color amarillento, espolvoréese con azúcar para darle lustre á la llama; también se puede poner en unas trébedes con brasas sobre la cobertera con fuego encima; puédese también cocer bajo el hornillo cubriéndola con una hoja de papel.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue: Dos pólizas de "La Mutua,"

Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de Seguro. .	14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



LUZ Y SOMBRA.

La viejecita, hermosa bajo la aureola blanca y brillante de sus cabellos, hundida casi en los rojos almohadones de un ancho sillón, pasaba entre sus delgados y [illegible] diáfanos dedos las lustrosas y obscuras cuentas de su rosario.

De sus pálidos y consumidos labios salía un monótono y dulce murmullo, y sus pupilas, empañadas por el hálito del tiempo, se fijaban con extraña y persistente obstinación en un anillo de oro liso y pulido que brillaba en su mano, como brilla un hermoso rayo de sol sobre un manojo de flores secas.

Evocaba quizá, al verlo, á través de la bruma del tiempo, la vieja y santa historia de sus amores, y una lágrima de dolor corría lenta hasta perderse en las menudas arrugas de sus enflaquecidas mejillas.

Seguían cayendo las cuentas; seguían cayendo cada vez más despacio. Una plácida y tranquila expresión borraba la antes cansada y dolorida, y su hermosa y blanca cabeza principió á balancearse con ritmo suavísimo, doblándose poco á poco como una cándida flor agobiada, hasta quedar descansada en el escaso seno

Los dedos inertes se abrieron, dejando escapar el rosario, y un ronquido nada armonioso se escapó de su entreabierta boca.

La viejecita se había dormido.

En aquel momento, la obscura y espesa cortina que ocultaba la puerta de entrada se agitó, entreabriéndose lo justo solamente para dejar ver entre sus rojos pliegues el más lindo rostro de mujer que la mente puede imaginar.

Trajes de estación para señora y señorita.

Dos trajes estilo sastre, último modelo.

La linda y azorada carita fijó sus negros y rasgados ojos en el rostro de la anciana, remirándola con inquietud; y su dueña penetró después en la estancia, silenciosa y emocionada.

Era delgada, flexible, tenía esa belleza ideal que es el reflejo de una alma bella. Presa en aquel momento de extraña agitación, la niña parecía más bella aún.

Llevaba en las manos un ramo de rosas blancas, como blancas estaban sus mejillas y como blancos estaban sus labios en ese instante.

Vacilaba, se defendía contra un sentimiento más fuerte y poderoso que su voluntad; miró las rosas y un vivo rubor cubrió su frente, su respiración se hizo afanosa, sufría de una manera intensa y había en ella á la vez deseo y temor; se acercó á la ventana y retrocedió asustada para volver luego con mayor anhelo; ya tímida, ya resuelta, avanzaba con paso firme y callado y retrocedía temblando.

Brillaban sus ojos con luz esplendorosa y le latía el corazón hasta hacerle mal. Por un momento pareció querer huir de la estancia, se recogió la elegante falda y fué caminando con la punta de los pies hacia la puerta. En el dintel ya, se detuvo y volvió presurosa á la ventana.

Temblaba como una mariposa presa en un alfiler; en sus ojos brillaba el fuego de una verdadera pasión y su belleza parecía aumentada hasta un grado sobrenatural y divino. Era niña y se había transformado en mujer.

Meditaba mirando el ramo de rosas, lo alzó lentamente hasta sus descoloridos labios y luego, apresurada, nerviosa, roja como una amapola, lo arrojó por la ventana, huyendo de ella tan loca y aturdida que fué á dar con el sillón donde dormía la abuelita.

—¿Desde cuándo estás ahí?, dijo aquélla con voz cascada y temblona

Se había incorporado y miraba á la niña con mirada inquisitorial.

—Acabo de llegar, abuelita...

Y se inclinó con el doble objeto de ocultar su confusión y de recoger el rosario.

Tranquilizada la viejecita, siguió rodando cuentas, murmurando su dulce y monótona oración, mientras la joven se escapaba á la otra estancia para continuar allí su sueño de amor.

MARY FAITH.

LOS TRES CAJONES.

Con ademán resuelto—como una persona que no cambiará jamás de voluntad—la condesa Magdalena designó el mueble japonés, de tres cajones, en el que la luz de las lámparas hacía temblar la laca rosa y oro, y dijo gravemente:

—Abrid uno de esos tres cajones y guardaos bien de elegir, Valentín, porque en cada uno de ellos he colocado una respuesta á la pregunta que no cesáis de dirigirme hace seis meses. Si ponéis la mano sobre la contestación más dulce—sobre la que dice ¡Sí!—será necesario que yo consienta en desposarme con vos; pero cuidad de encontrar una mala respuesta...vos no volveríais más.

—¡Ah!—dijo—llevo una probabilidad contra dos. ¿Por qué os ha venido tan cruel pensamiento?

—¡Vamos!—contestó—yo tendría el consuelo, si debo complaceros, de poder acusar al acaso de mi falta.....

Entre los tres cajones vaciló largo tiempo; su mano, trémula, iba del uno al otro, no osando tirar de las asas doradas. ¡Sentía que su corazón se estrechaba ante el miedo de una mala elección! Al fin decidió cerrar los ojos y contar con la divina misericordia de las providencias...¡Oh gozo, oh infinita delicia! la respuesta—una hoja de papel rosa—contenía la adorable palabra: Sí!

* * *

Valentín no estaba del todo satisfecho: después de los éxtasis, le vino yo no sé qué tristeza en la frente y en los ojos.

—¡Cómo!—exclamó ella asombrada—¿qué te hace falta y de qué te quejas, querido ingrato?

—Tengo una pena—repuso Valentín.

—¡Tú, cerca de mí! ¿cuál es?

—Os he debido al acaso y no á mí mismo.

Y continuó pensativo; pero ella, entonces, estallando en sonoras risas, le gritó:

—¡Bestia!...si era la misma respuesta la que había colocado en los tres cajones!

CATULLE MENDES.

No hay más que dos futuros que el hombre pueda aplicarse con certeza: Yo sufriré; yo moriré.



Fondo para charola.

¡YA NO!

I

¡No más llorar, y del amor perdido
Ni un recuerdo traer á la memoria
Y que se hunda en las brumas del (olvido
El destello de luz de aquella historia!
No contaré con mano temblorosa
Las hojas de las blancas margaritas,
Ni en alas de la brisa quejumbrosa
Le enviaré le querella de mis cuitas;
Ni á la luz del lucero que fulgura
De la alta noche entre la sombra (triste,
Iré á llorar á solas la ventura
De un bien que sólo en mi memoria (existe.
¡Basta ya de gemir, séquese el (llanto
Que roba á mi semblante la alegría!
Vuelva á mis labios de placer el canto
Y vuelva el bienestar al alma mía.

II

No volveré á llamarle tiernamente
Cuando abra mi balcón,
Ni á recoger iré de sus canciones
El eco vibrador:
Y si el recuerdo del pasado viene
llamando al corazón,
Le arrojaré de mí firme y altiva
y al bien perdido le daré mi adiós!..
No entonaré las trovas que otro (tiempo
á mi oído cantó
Ni buscaré la luz de sus miradas
en los rayos del sol;
¡Que vengan las tormentas de la (vida,
resistir sabré yo,
Que tengo mi altivez como un escudo
para guardar tranquilo el corazón!

GUADALUPE RUBALCABA.

IDILIO

Una tarde serena, una aura pura
Soplando en derredor;
Una alondra, posada en su ramaje,
Trinando su canción.
Una torre que se alza allá á lo lejos,
En ella un esquilón,
Y entre nubes de oro y de escarlata,
Tras la montaña, el sol...
Un tímido arroyuelo reflejando
Los cielos de zafir,
Y cercado de mirtos y violetas,
De rosas y jazmín,
Y entre los verdes sauces del follaje,
Una glorieta azul,
Y tú, sentada allí, para cantarte
Al son de mi laúd.

Enrique C. Olivera.



Traje de casa para señora joven.



Traje de paño de damas á cuadros, corte de moda.

* * *

Cosas de los maridos.—Un caballero entró en una sastrería y ordenó una levita. Al tomarle las medidas, le preguntó el industrial:

—¿Es usted casado ó soltero?
—Casado.
—Bien, añadió el sastre, volviéndose hacia el que apuntaba las medidas, ponga usted: bolsillo escondido en el forro."

—¿Y para qué?, preguntó el cliente.
—Para esconder de noche sus papeles y dinero, replicó el sastre. También yo soy casado.



Trajecito para muñeca.



Sacos de mañana.

AL AMOR.

Dime, Amor, si es más grande la (amargura
que el gozo que al amar experimentó,
que á la vez que el placer, en mi al- (ma siento)
dolor terrible y honda desventura.

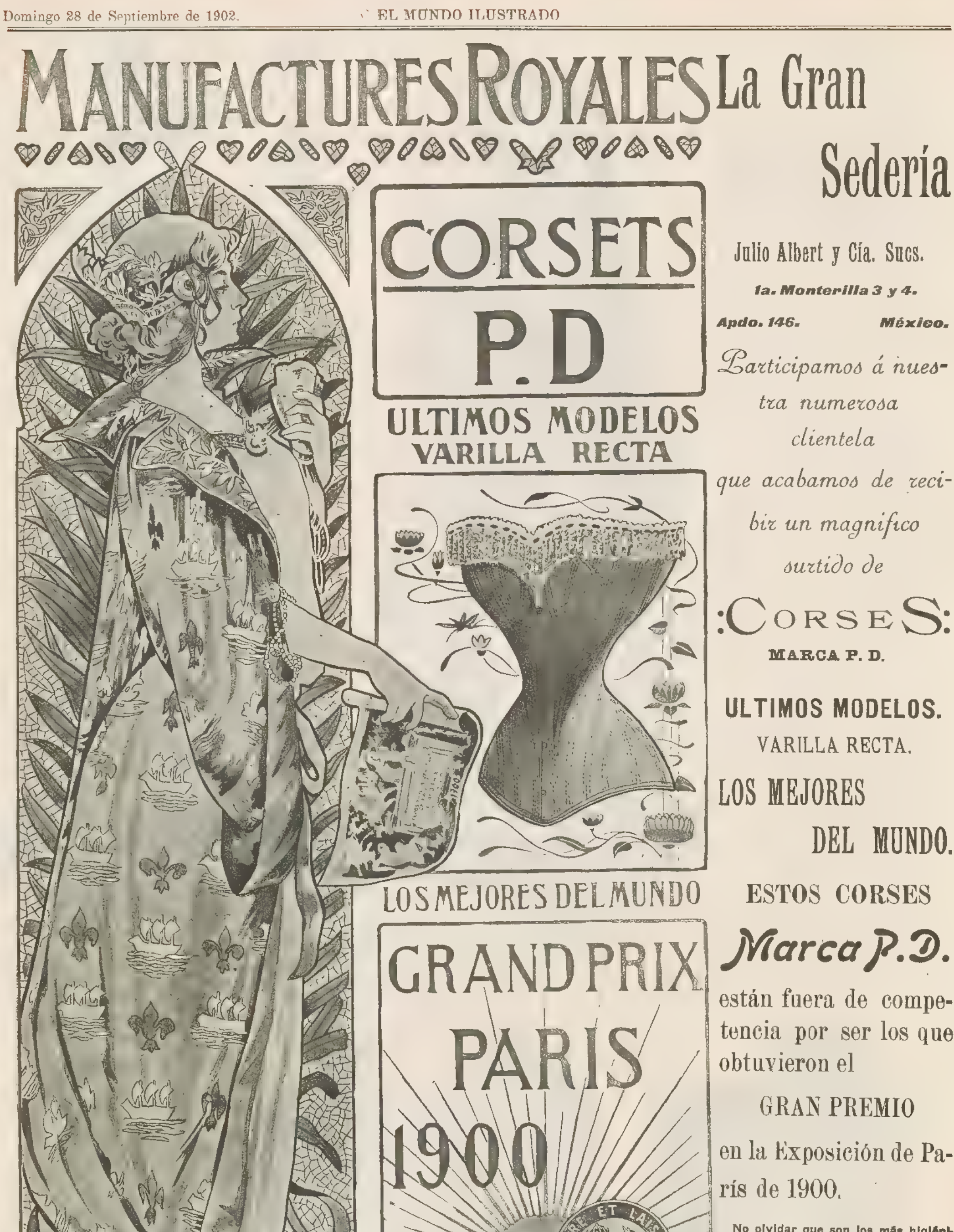
A veces estoy lleno de ventura
y otras sujeto estoy á cruel tormento,
y si acaso se aumenta mi contento
auméntase el afán que me tortura.

Nunca, tirano, la ilusión querida
cumples, ni el solo bien que se ape- (tece,
pues siempre tu egoísmo nos ofrece

con el dolor la dicha confundida,
y de este modo, al que por tí padece
le das la muerte al tiempo que la vi- (da.

JULIO SERRATOS.





La Gran Sedería

Julio Albert y Cía. Sucs.

1a. Monterilla 3 y 4.

Apdo. 146. México.

Participamos á nuestra numerosa clientela que acabamos de recibir un magnifico surtido de

:CORSES:

MARCA P. D.

ULTIMOS MODELOS.

VARILLA RECTA.

LOS MEJORES DEL MUNDO.

ESTOS CORSES

Marca P. D.

están fuera de competencia por ser los que obtuvieron el

GRAN PREMIO

en la Exposición de París de 1900.

No olvidar que son los más higiénicos y que están recomendados por los mejores médicos de Europa y América.

Gran Rebaja en los Precios.

MANDAMOS POR EXPRESS C. O. D. TODO CORSE QUE SE NOS PIDA INDICANDONOS EL TAMANO.

PARA EL HOGAR

Memorias de un Flauta

I

Me llamo Nicasio Pérez.

Cincuenta años hace que defiendo los garbanzos de mi modestísima puchera tocando la flauta, instrumento cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, si hemos de creer á los musicógrafos, los cuales aseguran, bajo su palabra honrada, que el dios Pan y el propio Apolo fueron los primeros flautistas habidos en el planeta.

Es cosa de enorgullecerse con tan olímpico abolengo.

En mi juventud—¡ya ha caído agua desde entonces!—me sentía yo genio: el divino arte me subyugaba: Mozart, Beethoven, Haydn, la trinidad sublime del pentagrama eran mis ídolos.

¡A solas con mi flauta, los solos que yo habré ejecutado! Dios y los pobres vecinos, mártires de mi melomanía, no me lo tengan en cuenta.

Soñaba yo con emular á los grandes maestros: en mi cerebro bullían las notas capaces de glorificarme.

Reducíase todo á que yo compusiera una ópera, una sinfonía, una misa, algo, en fin, grandioso, inspirado, genial, que despertara el público entusiasmo, que sacase del anónimo mi insignificante persona.

Pero, amigos, todo iba bien mientras rayaba la partitura, hundía la pluma en el tintero, escribía la clave, y.... después... ¡nada! La musa se burlaba de mi osada aspiración... No se me ocurría ni una frase, ni una nota: las cinco líneas del pentagrama perdían su paralelismo, se entrecruzaban, se agrandaban, se convertían en cinco mil garabatos que hacían del papel pautado una tela de araña negruzca, en la que agonizaba mi inspiración como mosca cazada traidoramente.

Y esto una vez y otra, muchísimas: aquella ansia mía de glorificar en el arte mi anodino apellido, era fantasía de pobre diablo que, como Icaro, quiere volar con alas de cera.

El sol tristón de la realidad derritió las que yo quise fabricarme. Sería sólo un flautista.

¡Pero no me declaré vencido del todo!... Si el cielo me negó el genio inspirador, podía aplicarme á ser glorioso intérprete de las obras de los colosos de la Música.

...¡Ni lo uno ni lo otro: más claro, yo era un sempiterno soñador: como ejecutante, resulté un Pérez en toda la extensión del apellido, es decir, un don nadie, un pobrecito musiquín que jamás valdría arriba de cinco pesetas por noche.

¡Me valga Apolo! Yo, que traía metidas en el caletre las páginas geniales de la Música, tuve que desalojarlas como si se tratara de cachivaches incómodos é inservibles, y llenar mi cabeza de polcas, tangos y habaneras: lo que se tocaba, gustaba y aplaudía en los teatros á que podía aspirar un flauta fracasado... No había otro remedio: aquello era pan, era vida, era prosa, y lo otro era el arte, lo ideal, lo bello, mas... no daba un céntimo.

Sucumbí: los que nacemos con sólo lo puesto, sucumbimos siempre, y como mariposas en poder de chicos revoltosos, dejamos entre las manos de la vida el dorado polvillo de nuestras ilusiones.

II

Padecemos los que estamos tocados de enfermedad artística de otra no menos rebelde y dañina: la amorosa.

La primera mujer que por cualquier circunstancia nos llama la atención, nos enamora, nos seduce, nos enloquece, y acabamos siempre por cometer las mayores tonterías. Yo me casé.

Luisa era una "suripanta" (en aquel entonces figuraba yo como primer flauta de la compañía del importador del género bufo en España, el simpático Arderíus.)

Yo, abajo en la orquesta, y "ella" arriba en el escenario, una noche y otra noche; "ella" guapa, joven, siempre envuelta en gasas; yo inocente, sin experiencia, y solo como un hongo, ¿qué había de suceder?...

En un solo de flauta que yo ejecutaba con gran limpieza, en no recuerdo qué obra, logré interesar el corazón de mi adorada.

En el crítico momento en que un servidor aplicaba sus labios á la boquilla de la flauta, el silencio en el teatro era imponente: el coro de mujeres, sentado en unas rocas, semejaba dormir: el director de orquesta me daba la entrada, yo rompía bravamente... Entonces era yo el héroe: me sentía orgulloso, henchíase mi pecho, me transfiguraba; desaparecía el teatro para mí, y sólo veía dos puntitos luminosos que se destacaban de unos ojos: los de Luisa.

Así empezó el idilio que acabó en la Vicaría.

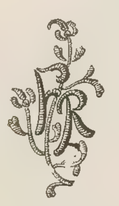


Colección de trajes para niños.

En nuestro matrimonio juntáronse el hambre con las ganas de comer; por eso tuve que resignarme á que Luisa continuara de suripanta: tres pesetas de ella y cuatro mías sumaban á diario lo suficiente para sostenernos con algún decoro.

Fuí padre, y lloré por ello la pérdida de Luisa: Isabel, nuestra hija, era un vivo retrato de su infortunada madre.

Como Dios me dió á entender, logré criarla y educarla, no queriendo por nada de este mundo que pisara las tablas de un escenario.



Monograma.

Me salí con mi empeño, y pude considerarme dichoso el día en que la entregué á un hombre honrado y trabajador que la quería con delirio.

Y he aquí, lector, al pobre flauta convertido un año más tarde en abuelo de una primorosa y encantadora chiquilla.

Angelina duplicó mi felicidad, no encontraba yo mejor goce que cuidar de aquella muñequita que me besuqueaba mimosona para mandarme con la tiranía de un déspota...

Y era ayo, niñero, Mentor, caballo, borriquito, ¡qué sé yo lo que con mi Angelina era!... Los abuelos dicen que somos dos veces padres, y es certísimo; queremos á los nietos como á hijos y como camaradas; por algo, en la vejez, nos retrotraemos á la edad infantil.



Tarjetero bordado.

III

Un acontecimiento inesperado y terrible acrecentó aún más mi cariño por la muñequita: en una semana quedóse la infeliz sumida en la orfandad más desconsoladora; una mortífera epidemia tronchó en la flor de la vida á aquellos seres tan queridos para nosotros.

Angelina no tenía ya otro amparo que el mío, ni yo otro afecto que el suyo.

Con mi amorosa solicitud hice por suplir en parte aquella otra insustituíble de la madre.

Como no podía permitirme el lujo de pagar á una persona que cuidara en mis ausencias de la chiquilla, ni quería entregarla á manos mercenarias, me ví obligado á llevarla conmigo á los ensayos y á las funciones.

Hízose la nena grande amiga de un compañero mío de orquesta llamado Trifón—el hombre más bueazo que ha aporreado con la maza un bombo; por las noches colocaba á mi Angelina en un taburetito, al lado suyo, y pasábase la noche contándole cuentos en voz baja; al ir á tocar la decía señalándole el bombo:

—¡Nena, prevenida!

Así las cosas, transcurrieron unos cuantos años, los más venturosos en mi obscura é insignificante existencia.



Lazo "Mignon."

IV

La vejez se presenta siempre como el crepúsculo vespertino de un día muy largo. Para los afortunados y los venturosos, el día lo fué de primavera, espléndido, alegre, sonriente; el ocaso no es más que el melancólico desaparecer de un sol que brilló casi de continuo en un cielo rosado. Para los pobres y los infelices, el día fué de invierno, tristón y grisiento; el sol lució pocas veces sin nubarrones que lo ocultaran, y acababa por hundirse en una noche muy lóbrega y muy fría.

Para un pobre diablo de flautista como yo, la vejez era fantasma terrorífico.

Cierta noche ví turbias las notas de mi "particella;" me refregué los ojos en la creencia de que se trataba de un accidente pasajero. ¡Ay! pronto adquirí la certidumbre de que era víctima de un achaque senil incurable.

Temblé horrorizado.

Me compré unos lentes, pero no me sirvieron gran cosa; para no desbarrar tenía que ir con las narices casi pegadas al papel... Y, no obstante, desbarraba; algunas veces salían de mi flauta algunos gallos escandalosos que alborotaban al respetable público y me valían furibundas miradas del director de orquesta, un buen señor que, siempre al final del acto, se me acercaba y me decía sonriéndose:

—Pérez, ¡nos hemos distraído un poquitín! ¡Hay que poner más cuidado!...

Mis cinco sentidos ponía yo para ir acorde con mis notas; pero, á pesar de las buenas intenciones, desafinaba de un modo lamentable; vivía en perpetuo azoramiento: como no veía la batuta, tenía que estar pendiente de un flautín, no menos viejo que yo, el cual me decía:

—¡Ahora!

Mi siniestra volvía torpemente las hojas, y nervioso buscaba, sin encontrarla, la parte que me correspondía: unas veces no entraba á tiempo, otras me iba con mi flauta por los cerros de Ubeda, y yo temblaba como un azogado, y poníase mi rostro del color de las berenjenas... ¡Qué sudores, qué ahogos, qué renegar en voz baja de mi pícara vista!...

Afortunadamente excusaban mi torpeza el cariño de mis compañeros y las gracias de mi Angelina.... Por ella creo que no me echaron á la calle en varias ocasiones en que me porté lo más inicuamente posible en el cumplimiento de mi deber.

Aunque musiquín de tres al cuarto, he tenido—condición innata en los músicos—un amor propio excesivo; la noche en que desafinaba—y eran casi todas las de la temporada—me atacaba un humor de mil diablos; todo me era hostil y antipático, y todo lo veía de un modo espantoso; que no hay ahogo más angustioso que considerarse viejo é inútil, sin tener en perpectiva cosa mejor que la cama de un hospital ó la celda de un asilo...

V

Yo no sé si presidirá ó no al nacimiento de las criaturas algún espíritu burlón que durante la vida se encarga de contrariar las más caras ilusiones del individuo. Digo esto, porque yo, que soñé para mi Angelina la vida apacible del hogar doméstico, tuve que llevarla por fuerza de las circunstancias, á convivir conmigo teatralmente; y por más que la existencia entre bastidores no sea tan dañosa é inmoral como supone el vulgo, hay que reconocer que no es, ni con mucho, escuela apropiada para educar jóvenes.

A los quince años, la nena sabía más de teatro que su abuelo. Como tenía imaginación viva, bonita voz, y, según el romancero,

Ojos robadores,
En arco las cejas,
Morena y graciosa,
Graciosa y morena,

no es de extrañar que despierta la natural vanidad de la mujer, sobre todo en el ambiente escénico, quisiera romper con el vivir obscuro y ramplón de la nieta de un flautista mediocre, y soñara con los halagos, aplausos y esplendores de los favoritos del arte.



Peto para talle.

A vuelta de sinnúmero de súplicas y mimoserías, la muñequita de mi alma logró arrancarme el consentimiento para dedicarse á la escena. Yo, lo confieso con ingenuidad, nunca he tenido carácter para imponerme á los que amaba: he protestado siempre débilmente y he concluído por aplaudir lo mismo que protestaba.

La nena entró como tercera ó cuarta tiple en el mismo coliseo en que ya agonizaba mi vida artística.

Y desde el punto y hora en que la ví sobre las tablas, empecé á sentir tales desasosiegos é inquietudes, que yo no vivía: era como novio celoso que temiera perder á ojos vistas á su ídolo.

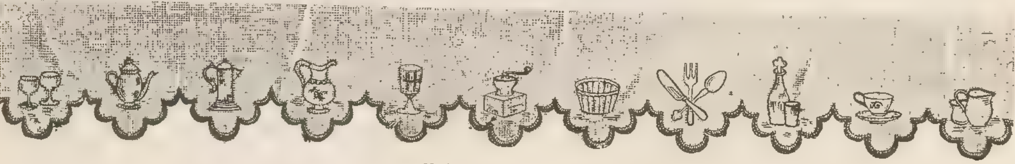
Mi Angelina era inocente paloma



Monograma.

rodeada de gavilanes, mochuelos y otros avechuchos como merodean por los escenarios: yo era el guarda, el que debía defender á la paloma... Y convertido en Rodrigón, la acompañaba á los ensayos, á casa, á paseo, á todas partes; por las noches, durante los entreactos, rondaba su cuarto como vigía, atento siempre á rechazar á un enemigo que, por lo mismo que era imaginario, me imponía mayores zozobras y angustias.

Abajo, en la orquesta, más estaban mis cansados ojos en la escena que á mi obligación, así es que to-



Modelo para tira bordada.

caba atropelladamente. Gracias á que el público no se preocupaba poco ni mucho de nosotros, ni merecían grandes primores las folías que aderezaban el menguado manjar artístico que se servía por raciones: además, mis gallos caían en gracia: eran cosas de Pérez, y sabido es que el hombre de quien se dice esto, goza de envidiable inmunidad.

VI

El último que se entera siempre de lo que ocurre, es el que más cerca se halla y más obligado está á ser el primero en saberlo: el cariño nos acorta la vista.

Una noche, no sé cuál, sorprendí en los pasillos interiores del teatro un diálogo que me dejó sumido en hondas meditaciones.

Mi Angelina, según se desprendía del palique, aceptaba los galanteos de un marquesito, asiduo concurrente al palco abonado por un aristócratico Casino.

Interrogué á la nena, y la nena, riéndose, sin duda para evitar mis recriminaciones, me replicó:

—Abuelo, no hagas caso de nada ni de nadie... Son habladurías del teatro. ¡Al único á quien yo quiero es á tí, viejito mío!...

Y tendiéndome los brazos, me besuqueó apasionadamente: sus besos me devolvieron la tranquilidad.

Redoblé mi vigilancia, y no hallé nada sospechoso.

Así transcurrieron unos cuantos días.

Llegó el estreno de una obra de gran espectáculo, en la cual tenía la Empresa puestas todas sus esperanzas.

Antes de empezar, me llamó el maestro aparte y me recomendó no me distrajese.

—¡Sobre todo esta noche!... En las demás, no importa, amigo Pérez... Ya sabe usted que el más ligero contratiempo puede comprometer el éxito que esperamos...

Prometí maravillas: lo que es por mí no había de ocurrir ningún percance. Interesábame aún más la obra porque en ella mi Angelina interpretaba un primoroso papel de Cupido.

Empezó el estreno, y todo marchaba como sobre ruedas: lealmente aseguro que estuve como en mis mejores tiempos: de reojo miraba al escenario, anhelando ver á mi nena.

Llegó el momento: rodeado de ninfas, salió el Amor...

No pude por menos de ahogar una exclamación de sorpresa.

Aquel Cupido no era mi Angelina.

Presumí que la cortedad de mi vista era la causa de no reconocerla.



Modelos para bordados.



Esquina para colcha.

—Trifón—supliqué en voz baja al del bombo,—¿ha salido mi nieta?...

Movió la cabeza en sentido negativo, y un tanto admirado replicó:

—Pero ¿está en el teatro la niña?...

—Sí, hombre; si hace el papel del hijo de Venus... Yo mismo la he dejado en su cuarto.

—Pues me extraña: acabo de estar en el escenario, y el traspunte andaba loco buscando al Amor... He oído decir que la Gómez se ha encargado del papel.

Una puñalada no me hubiera destrozado el corazón tan cruelmente como aquellas palabras: me quedé anonadado.

El flautín, mi compañero más próximo, dándome un codazo, me advirtió, entre sorprendido y colérico:

—Pérez, hombre, que te retrasas diez compases!

Azorado, sin darme cuenta de lo que hacía, muerto de congoja, apliqué mis labios á la boquilla de la flauta y desafiné de un modo horroroso.

Qué tal sería la cosa, que el público en masa me tributó una ovación de silbidos y bastoneos: el director de orquesta, iracundo y barboteando una brutalidad, rompió la batuta contra la concha; y mis queridos compañeros zumbaron su protesta diciéndome no sé qué de viejo chiflado é inútil; el barítono, acercándose á la batería, hacía muecas como un condenado; el coro me miraba riéndose; la cabeza del empresario, cual la fatídica de Medusa, asomó por una de las cajas, y los autores, pegados á un bastidor, crispados los puños, me amenazaban...

Confuso, atolondrado, no supe hacer otra cosa mejor que deslizarme por entre mis compañeros, ganar la puertecilla del foso, y en aquellas soledades dar rienda suelta á mi dolor y á mi vergüenza, llorando como un niño.

Impulsado por la indignación, reaccioné, refregueme los ojos con la manga de mi chaquet y subí al escenario.

Me recibieron con un murmullo hostil: los coristas arremolináronse en torno mío; el empresario acercóse á mí hecho un basilisco, y, como estrambote de una interjección brutal, barboteó rabiosamente:

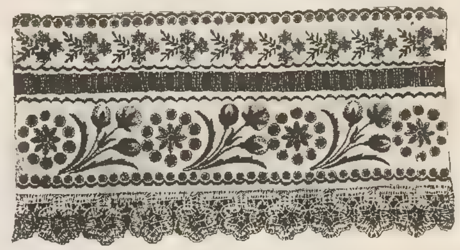
—¡Después de lo que ha hecho, no tiene usted vergüenza de presentarse aquí?... ¡Viejo imbécil!... ¡Váyase usted á la calle!......

Sorbiéndome las lágrimas, repliqué.

—¿Y Angelina?... ¿Han visto ustedes á mi Angelina?—suplicaba á todos los que me rodeaban, sin que nadie me contestase.

Los autores de la obra estrenada vinieron sobre mí trémulos de ira voceándome no sé qué frases, porque yo no oía nada; mi espíritu, como la pobre máquina de mi cuerpo, iba en busca de mi Angelina.

El portero del escenario se acercó á mí y me entregó un sobre cerrado.



Entredós y punta para carpeta.

Dentro había una carta escrita por mi nieta.

Reducíase su contenido á pedirme perdón por el mal rato que me proporcionaba y á asegurarme que sería completamente feliz al lado del marquesito...

. . . .

Sólo, pobre, lleno de achaques y de tristezas, aguardo impaciente la visita de aquélla que todo lo sume en el olvido.

Mientras, hago mi penosa caminata tocando aires alegres y populacheros, como cornetín de un desdichado cuarteto de murguistas.

En cuanto á mi Angelina...

En el santuario de mi alma su recuerdo es para mí luz inextinguible...

Sin su resplandor, daría este pobre viejo sus últimos pasos por el mundo envuelto en tinieblas

Por la copia,

ALEJANDRO LARRUBIERA.

EL ARROYUELO.

En murmurante desvelo
Se desliza el arroyuelo
Por un prado de colores,
Siendo un espejo del cielo,
Siendo amante de las flores.

Corre al pie de la montaña
Su estrecho cauce besando
Con solicitud extraña,
Y con su corriente baña
Las flores que va encontrando.

Lleva sonoro murmullo
Su corriente cristalina,
Y no es más dulce el arrullo
Del ave que con orgullo
Canta en la selva vecina.

Ora altivo se levanta
Entre cenicienta bruma,
Ora sus amores canta,
Y donde fija su planta
Brotan raudales de espuma.

En su pintada ribera
Gallardas flores acrecen,
Y la corriente ligera
Llevarlas tras sí quisiera
Cuando en sus ondas se mecen.

Sigue tu curso, arroyuelo,
Sigue murmurando amores;
Que bien paga tu desvelo
Ser un espejo del cielo
Y un amante de las flores.



Repisa para sala.



Traje de paseo para niño. Boa de gasa. Trajecito de campo para niña.

RECETAS DE COCINA.

Flan.

Pónganse en la cacerola 50 gramos de azúcar, 16 de harina y un huevo entero; menéese esta mezcla agregando seis yemas de huevo, 200 gramos de azúcar, 160 de sobras de repostería machacadas, un huevo entero, un poco de agua de azahar, ralladura de cáscara de limón y un vaso de leche.

Prepárese el fondo de un molde con pasta de hojaldre; échese en él el flan, y métase en el horno media hora después de su calor primitivo, después lústrese.

Mirlitones.

Después de haber puesto en una tartera cuatro huevos enteros y cuatro yemas, se echan poco á poco en ella 250 gramos de azúcar y 200 de sobras de repostería ó de almendrados con 32 gramos de flores de azahar garapiñadas, todo bien aplastado; mézclese durante cinco minutos y agréguense 125 gramos de manteca clarificada; menéese aún durante diez minutos y bátanse entonces muy bien las cuatro claras que se incorporarán á la pasta. Fórmese el fondo de unos moldecitos llanos de 7 centímetros de diametro con pasta semihojaldrada; échese en ellos la preparación, y cuando los mirlitones estén dispuestos de esta suerte, espolvoréense con azúcar fina y métanse en el horno una hora después de su calor primitivo.

Téngase una clara de huevo á medio batir y unos anillitos de pasta de almendra ó de repostería que se habrá cuidado de poner á secar; mójense en clara de huevo y colóquense en medio de los mirlitones; déjense en el horno diez minutos y retírense; cuando estén fríos, póngase en el centro del anillo un poco de jalea de grosellas ó de cualquier otra confitura.

EL TESTAMENTO
Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de Seguro. .	14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Trajes de paseo para niñas de 11 á 14 años.

DOS CENAS

Hoy es un día muy señalado y una noche en que no se debe cenar solo, dijo Rosalbez el banquero á su amigo el joven conde de Planellos, á quien encontró "casualmente" en su misma calle, casi frente á su suntuoso palacio. Usted es soltero, no tendrá quizá comprometida la cena... Si quiere hacernos el obsequio de aceptar... A las ocho en punto... Yo apenas cenaré, me siento malucho del estómago; usted despachará mi parte...

—Mil gracias y aceptado, respondió cordialmente el conde. Pensaba cenar en el nuevo club con unos cuantos . Les aviso y en paz... Aunque casi no era necesario avisarles: al no verme allí...

—¡Perfectamente! Hasta luego, murmuró Rosalbez saltando á su berlinita, que le aguardaba para llevarle, como todos los días, á una plazuela desde la cual se dirigía á pie á cierta casa, hasta la cual no le convenía que llegase el coche. Era el secreto de Polichinela, como dicen nuestros vecinos los franceses; nadie ignoraba en Madrid que Rosalbez protegía á aquella rasgada moza, Lucía "la Cordobesa," de tanta gracia y garabato, y que el entretenimiento le salía carísimo—el que lo tiene lo gasta.

Ha de saberse que Rosalbez, el opulento, había llegado á los cincuenta y seis años y empezaba á cambiar sensiblemente de genio y de gusto En otro tiempo no necesítaba la nota afectuosa en sus relaciones con mujeres: sólo exigía que le divirtiesen un instante. Ahora, sin duda el desgaste físico de la edad reblandecía sus entrañas, y lo que buscaba era agrado tranquilo, el halago suave de un mimo filial. Su hija verdadera, Fanny, le demostraba un respeto helado, una obediencia pasiva y mecánica, y Rosalbez aspiraba á encontrar en "la Cordobesa" espontaneidad, calor amoroso, algo distinto, algo que removiese cenizas y alzase suaves llamas. Con esta esperanza y este deseo llamaba á su puerta el día de Navidad

Lucía estaba en su tocador. Vestía una bata de franela rosa. La doncella, que le recogía con ancho peine la magnífica mata de pelo ondulado, de un negro de azabache, al ver entrar al protector retiróse discretamente.

"La Cordobesa" sonrió; Rosalbez le tomó una mano, y acariciando con reiterados pases la piel de raso moreno y los torneados dedos, interpeló así:

—¿Conque cenamos juntos esta noche, nena? ¿Conque tú misma irás á la cocina y dirigirás la sopa de almendra y la compotita con rajas, al uso de tu país?

Lucía entornó un instante los párpados pesados y sedosos, y su boca pálida, en la cual refulgían los dientes como trozos de cuajado vidrio frío y blanco, hizo un gesto de mal humor.

—¡Ay hijo! ¡Pero qué caprichos gastas, vaya por San "Rafael!" ¿Te lo he de decir cantando, ó "resando?" Ya sabes que está en Madrid mi prima la de Ecija, y quiere que la acompañe á la Misa "el" Gallo,

á media noche. Si te conformas con cenar á las ocho y largarte á las once en punto..., santo y bueno; después... tengo compromiso.

Rosalbez se soliviantó; se inyectó de sangre su cráneo calvo.

—¡Compromiso! ¡Me gusta! ¿Y qué compromiso es más que yo para tí? A las ocho se cena en mi casa, y la noche como hoy no he de dejar á mi hija sola; cuanto más teniendo convidados.

—¡Hola! ¡Convidados! ¿Quién?

—Gente que no conoces. Los Ruidencinas, Mario Lirio, el conde de Planellos...

Lucía se echó á reír. Su carcajada era vulgar (nada como el eco de la risa delata la extracción, la educación y la calidad del alma.)

—¿De qué te ríes? exclamó el banquero impaciente.

—De tí, respondió ella con cinismo. ¡Mira tú que "empeñate" en que no conozco á esos! Conozco yo á "to" el mundo.

Aquella risa insolente y mofadora, que continuaba, le hacía daño á Rosalbez. Hubiese pagado á buen precio una luz de melancolía en los grandes ojos árabes de "la Cordobesa," un aire de mansedumbre en su morena faz.

—¿Me das de cenar ó no? insistió secamente, sintiendo en las manos como unas cosquillas, impulso de tratar con brutalidad á la reidora.

—A las "dose..." ni que te lo imagines, criatura, declaró ella con la misma inflexibilidad desdeñosa.

—Bien, hija, exclamó Rosalbez con laconismo levantándose y encaminándose hacia la puerta.

A medio pasillo sintió detrás de sí las pisadas y la voz de Lucía, que lo llamaba bromeando; pero en vez de volverse apretó el paso, tiró vivamente del resbalón de la puerta y bajó las escaleras á escape. Al verse en la plazuela, recordó que había despedido su coche, y echó á andar á pie para calmar su agitación nerviosa. Claridad repentina alumbraba su mente: comprendía lo que estaba sucediendo. Era, sin ambages, que se encontraba enamorado de Lucía, de "la Cordobesa" agitanada é indómita. Hasta entonces la había mirado como un mueble ó un objeto de lujo: indiferencia absoluta. Pero la crisis de su madurez,



Detalle de sombrero última moda.

ablandándole el corazón, hacía germinar en él un sentimiento desconocido. Al acercarse la Noche inmortal, consagrada al amor puro, en que se desea reclinar la frente sobre el pecho de un ser amado, Rosalbez soñaba que ese pecho sería el de "la Cordobesa," y las proporciones de su pena ante el desengaño le daban la medida exacta de su ilusión.

—¡Después de lo que hice por ella! pensaba el banquero. La he sacado de la abyección y de la miseria: me debe hasta el aire que respira. La he tratado mejor que á "nadie:" la he rodeado de bienestar y de lujo; la he guardado incluso consideraciones... La quiero, la idolatro.... ¡Ingrata!

La idea de la ingratitud de Lucía causó á Rosalbez una especie de enternecimiento: sintió lástima de sí mismo; se tuvo por muy desventurado. A aquella hora de su vida, ante la vejez amenazadora, con la caja bien repleta y el alma completamente árida y obscura, Rosalbez lo que echaba de menos, para tapar el negro agujero, era "cariño." Su mujer fué una vascongada dura, una rígida ama de llaves, una recatona administradora, que no pensaba sino en cooperar dentro de casa por medio de una economía estricta á las brillantes especulaciones del marido. Y Fanny, la única hija, algo inclinada á la devoción, seria y callada por naturaleza, tampoco tenía para su padre halagos. Hasta se diría que le miraba como á un amo que manda, un superior con quien no existe comunicación afectiva. Y actualmente, la absorbían del todo sus amoríos con el conde de Planellos, no formalizados aún. Rosalbez lo sabía; y en el súbito acceso de bondad que le había acometido, en el deseo de ver algún rostro que le sonriese, al volver á casa se apresuró á entrar en el saloncito de Fanny y darle la noticia de que estaba invitado Planellos á cenar. Equivalía á decir: "Autorizo tus relaciones; ya tienes oficialmente novio."

Fanny, al recibir la nueva, se puso roja como una cereza, tembló, pero sólo respondió:

—Está bien....

Rosalbez fantaseaba otra cosa; que le saltasen al cuello, que le abrazasen estrechamente. Acababa de traslucir una solución para su vida: unirse á su hija, crearse un hogar en el suyo, adorar y mimar á los nietos que enviase Dios. Ya veía una larga serie de Navidades futuras, de gozosas cenas de familia, con Arbol cargado de juguetes, con sorpresitas retozonas y babosas del abuelo. Creía sentir sobre sus rodillas el peso del "mayorcito," y en las barbas la sobadura de las manos tibias y blandas de "la pequeñita." ¡Ah, sí; aquello era lo bueno, lo honrado, lo digno, lo que debía hacerse! Y conmovido, se acercó á Fanny y besó su frente marmórea, bebiendo ansioso la nitidez virginal de la fresca piel.

Espléndida fué la cena, servida á las ocho en punto. En nada se pareció á la que pretendía Rosalbez organizar en casa de "la Cordobesa:" ni hubo sopa de almendra, ni besugo con ruedas de limón, ni compotija con rajas de canela.—Esos platos clásicos, familiares, no suelen dignarse presentarlos los cocineros de miles de pesetas de sueldo. Son clase media culinaria.—En cambio, desfilaron por la mesa del banquero los peces y mariscos más suculentos, aderezados al más genuino estilo francés y regados con los vinos más añejos, preciosos y raros. El triunfo del cocinero fué un fingido jamón en dulce hecho de pescado prensado (no se podía infringir el precepto de la vigilia), que engañaba, no sólo á la vista, sino al paladar. Fanny, sentada á la derecha del que ya consideraba su prometido, en la penumbra del centro de mesa formado de lilas blancas forzadas en estufa y tallitos de combalaria alternando con camelias rojas, le hablaba bajito. Rosalbez, que los miraba á hurtadillas, no pudo menos de exclamar:

—Pero Planellos, ¡qué poco come usted!

A lo cual contestó el conde:

—Es que me siento malucho del estómago...

Tan sencilla frase hizo estremecer al banquero. Era exactamente la misma que él había pronunciado por la mañana al invitar á Planellos, cuando proyectaba reservarse para la otra cena, íntima, en casa de

Traje de paseo con aplicaciones de seda.

Lucía, á las doce. Aquella singular coincidencia, no descifrada todavía, heríale, sin embargo, como chispa lumínica el pensamiento. ¿Quién averiguará por qué inmateriales hilos es conducida la leve sospecha que precede á la entera revelación de la verdad? No fué el protector apasionado de "la Cordobesa," sino el padre de Fanny, quien calculó, fijando los ojos en los del futuro yerno:

"¿A mí con ésas? Tú ayunas para guardar apetito. ¡Ah! Yo te vigilaré. ¿Buscas en mi hija el oro ó el amor? ¡Cuidado conmigo!"

La impresión adquirió fuerza cuando, á pesar de que Fanny anunció que á media noche justa, al dar las doce, serviría á los invitados una copa de Champagne para celebrar el Nacimiento, el conde manifestó que se retiraba.

Un cuarto de hora después que el conde, bajaba el banquero la escalera de mármol blanco, y saltaba en el primer coche de punto parado en la esquina. El simón destartalado se paró á la puerta de "la Cordobesa." No acudió el sereno á abrir: Rosalbez le daba muy generosas propinas por que le dejase servirse de su llavín, sin oficiosidades importunas. Cruzó el tenebroso portal, y girando á la izquierda y encendiendo un fósforo, encontró la cerradura de la puerta del cuarto bajo.

Sufría una agitación honda cuando introdujo en ella el otro extremo del llavín. ¡Aún dudaba! ¿Quién sabe? Tal vez, como buena andaluza apegada á la tradición y creyente, no había querido pasar la noche del 24 de Diciembre sin asistir á la Misa del Gallo, la más alegre y tierna de todas las misas.—¡Qué dicha esperarla en el cuartito forrado de felpa azul, y cuando regresase á la una, depositar en su regazo el estuche con las calabazas de perlas, el último capricho!—Giró la llave sordamente; el banquero sintió bajo sus pies la alfombra de la antesala. Dió luz al tulipán, y al mismo tiempo oyó que salía del comedor algazara y risa. De puntillas se coló en el ropero, que estaba á la derecha del pasillo; quería saber á qué atenerse: iba á ver, á saber, á cerciorarse de la infamia. Del ropero se pasaba á un gabinete, y ya en éste, al través de una puerta vidriera, era fácil distinguir cuanto en el comedor sucedía. Rosalbez se agachó, entreabrió las cortinas... Enfrente tenía á "la Cordobesa", con mantón de Manila y flores en el moño; á su lado, Planellos alzaba la copa.

El banquero retrocedió; reclinóse en un sofá, y creyó que una mano le apretaba la nuez hasta asfixiarle. Era el desastre completo; era no solamente la burla para él, sino el desprecio de su pobre Fanny, de su hija. Las risas, las coplas, venidas del comedor, le azotaban como látigos. Se levantó, á tientas buscó la salida, y se encontró de nuevo en la antesala. Dejó la puerta abierta; en la calle tiró la llave en el primer agujero de alcantarilla; y subiendo á otro coche, dió las señas de su palacio. Todavía estaban iluminados los salones; Fanny en la antesala despedía á los convidados. Cuando desaparecieron, Rosalbez se acercó á su hija, y cogiéndola de la mano, tartamudeó:

—¡Valor! ¡No te sobresaltes...! Acabo de adquirir la prueba de que el conde de Planellos no te merece; de que es un miserable, que te engaña con la última de las mujerzuelas. Te lo juro: tu padre te lo jura, acaba de cerciorarse de ello, positivamente.... Jamás consentiré que vuelva á poner los pies aquí.

Y Fanny, sin replicar, blanca como su traje, balbuceó:

Entraré en las Reparadoras.

Rosalbez vió, mirando al porvenir, una larga serie de Navidades frías y solitarias, inmenso agujero tétrico en su existencia...

Emilia Pardo Bazán.

Traje de paseo, para señorita.

INTIMA

Rosas de un mismo rosal
idéntico olor exhalan,
la misma brisa las mueve,
igual luz sus hojas baña,
el mismo huracán las troncha,
las deshace y las arrastra.
Así á los dos nos sucede:
así á tu alma y mi alma,
del rosal de nuestro amor
las dos flores más preciadas,
acarician con dulzura
idénticas esperanzas,
la misma ilusión las mueve
y las impulsa igual ansia.
Y como á las bellas flores
que á las brisas embalsaman,
el mismo fiero huracán
las destroza y las arrastra,
idénticas amarguras
desgarrarán nuestras almas...

José Quesada Martínez.

LA GLORIA Y EL ORO.

No hay resplandor más brillante que el de la gloria: el oro, que tanto deslumbra y fascina á las almas vulgares, no irradia el vívido fulgor que la gloria esparce.

La llama de la gloria es tan refulgente, que puede iluminar siglos, generaciones y mundos.

El oro es á la gloria lo que el cuarzo al diamante, lo que los fuegos fatuos al resplandor de un incendio, lo que la luz eléctrica al sol, lo que los colores al iris, lo que las tintas crepusculares á los arreboles de la aurora.

El tiempo, que deslustra y enmohece el oro, hace más radiante el resplandor de la gloria. El brillo del oro palidece ante el de la gloria, como palidece el fulgor de una estrella ante los rayos del astro rey. El resplandor del oro es efímero; el de la gloria, inmortal.

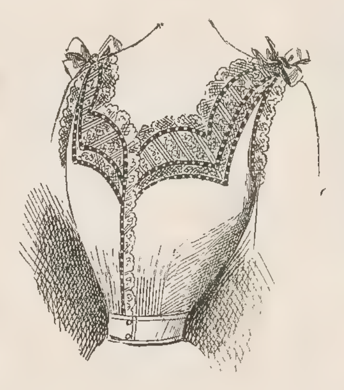
El amor á la gloria es nuestra más pura, más delicada aspiración, es el triunfo del espíritu sobre la materia.

La gloria es la hermosura del alma, como la belleza física es la hermosura del cuerpo. Todos los esplendores mundanales necesitan contemplarse de cerca; sólo la gloria resplandece á gran distancia. Es astro más rutilante que el oro y la hermosura.

La belleza es una y suele tener la misma fase; la gloria tiene múltiples formas y produce felices transfiguraciones. El más feo de los hombres deja de serlo si reverbera en su frente un rayo de gloria: el que obtiene una corona de gloria es un ser respetable que todos debieran acatar, porque la aureola



Sombrero fieltro, última novedad.



Peto de encaje inglés para baile.



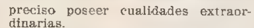
Trajecito para niña de 8 á 9 años.

de la gloria oculta siempre una corona de espinas.

Beranger nos ha demostrado esta verdad exclamando:

"De tout laurier, un poison est l'essence."

Por lo mismo que la gloria es tan difícil de adquirir, debe considerarse como un dón superior á todos los dones. Cualquiera puede ostentar una corona de brillantes; pero para ceñir una corona de gloria es



preciso poseer cualidades extraordinarias.

Tanto prestigio han tenido el amaranto, los laureles, el mirto y la encina, homenajes ofrecidos al genio, que los antiguos llegaron á creer que una corona de laurel preservaba del rayo.

El talento puede erigir más portentosas obras que el oro; un hombre inteligente es superior á un millonario, porque, como decía un filósofo griego, más vale hombre sin dinero, que dinero sin hombre.

Las mujeres que anhelan ardientemente poseer tesoros orientales, esas mujeres que querrían encontrar un Buckingham que les sembrase de perlas su camino, esas modernas argonautas que posponen al oro todo lo más noble, son unas insensatas que sufren siempre el castigo de la codicia.

Léase la historia de la ambiciosa Cleopatra, sacrificando el corazón de Arbaces á cambio de la corona de César, y la historia de la infame Catalina Howard, que enterró vivo á su marido, el Conde de Essex, por le desmedida ambición de ser esposa de Enrique VIII de Inglaterra.

¡Desdichadas! Ambas fueron víctimas de su amor á las pompas mundanales.

Las desgracias que ocasiona el desordenado amor al oro, las describe admirablemente Balzac, el gran conocedor del corazón humano

Entre los notables consejos de Salustio á César se encuentra el siguiente: "Haz que el dinero caiga en descrédito. El mayor beneficio que puedes reportar á los ciudadanos y á tus hijos, es sofocar la pasión á las riquezas en cuanto lo permitan las circunstancias."

El desordenado amor al oro ha sido causa de mil desventuras.

La pasión por la gloria será santa mientras no pierda su carácter espiritual y busque la meta de sus afanes en etéreas regiones; mas si se bastardea con la vanidad, se profana; el amor al oro extravía nuestra conciencia.

Al amor á la gloria, despertado por una mujer, debemos grandes inventos y grandes heroísmos. Por ofrecer á una mujer trofeos, laureles y palmas, se han convertido en conquistadores los hombres más apáticos, y en héroes los más débiles. La banda bordada por Isabel de Segura fué el talismán que defendió la vida de Diego Marcilla en cien batallas.

Los hombres menos valientes han combatido denodadamente por ofrecer á su dama un nombre glorioso; el amor de una mujer es más inspirador que la fuente Castalia y el río Permeso.



Colección de trajes para paseo y casa propios para el fin de estación.

La gloria nos seducirá siempre, por ser el más fúlgido de todos los resplandores. Temístocles decía que los trofeos de Milciades le quitaban el sueño.

¿Puede encontrarse expresión más alta del amor á la gloria?

El amor á la gloria es la más noble de las ambiciones.

Concepción Gimeno de Flaquer.

Un caballero enseña un quinto piso á un individuo que busca casa.

—Me gusta la habitación—dice el visitante.—Pero esto me parece muy alto.

—Hay ascensor—contesta el portero.

—Eso no sirve más que para hacer subir los alquileres.

* * *

Entre amigos:

—¿Pero qué te ha hecho Mariano que no lo saludas?

—¡Lo que me ha hecho! ¡Un horror! Debía casarse con mi mujer y sin embargo, ha dejado que yo me casara con ella. ¡No se lo perdonaré en mi vida!

* * *

Consigue por fin un caballero, con una nariz descomunal, entablar conversación en un baile con una tapada misteriosa.

El.—Es tal vez un poco largo lo que tengo que decir á usted

Ella.—Va usted á hablarme de su nariz?



MI AMOR.

El "sí" que en nota lastimera y (vaga
Me dió tu fiel intérprete el piano,
Fué el aye postrimer del que nau- (fraga
Y aprisiona en sus senos el océano.
¡Tuviste que ceder! nunca la daga
Demole al bronce que se yergue ufa- (no,
No con su soplo la torcaz apaga
El fuego ardiente que devora al lla- (no.
Mi amor sin los anhelos celestiales
Del alma al rudo padecer sumisa,
No aspira á los deleites inmortales.
Mi amor lleva el orgullo por divisa;
Es él, como los héroes medioevales,
Conquistador del beso y la sonrisa.

¡SÁBELO!

No soy el que buscabas: no la eró- (tica
Canción oirás al pie de tu palacio,
Ni humillado podré, mujer despótica,
Besar de tus chapines el topacio
Juzga si quieres mi pasión exótica;
Busco como las aves el espacio,
Y amo á la niña pálida y clorótica
De cuerpo endeble y de cabello lacio.
¡Mañana morirá! La transparen- (cia
De sus ojos, celeste, indefinible,
Revela lo fugaz de su existencia.
Condenado á sufrir la ineludible
Ley del Ideal, soporto la sentencia:
¡Eternamente amar un imposible!

QUIRINO ORDAZ.

RENACIMIENTO.

No sé lo que me pasa,
yo ni aun sé lo que creo;
de todo mi pasado
sólo un débil recuerdo
ilumina mi mente
con pálido reflejo.

Como un mundo que nace
del caos de los sueños,
y de repente luce
á la voz del Supremo,
así tu bella imagen
surge en mi pensamiento,
dando vida á mi alma
y calor á mi cuerpo.

Por tí todo se borra,
se hunde en olvido eterno,
y la creación entera
daría por un—"Sí quiero",
y mil mundos que hubiera,
y un millón de universos,
y la luz de los soles,
y el fuego del infierno.

JOSE PEREZ GUERRERO.

PARA EL HOGAR

LA HIJA DEL ALMA.

Invariablemente todas las mañanas, al sonar las ocho en el reloj del comedor, sonaba en la puerta de la alcoba de Don Juan Rebollo una vocecita aflautada que, con inflexión acariciadora, decía:

—"Meno" días, papá... ¿entro?...

A la pregunta contestaba, también invariablemente, una voz ronca y fatigada que, entre toses y carraspeos, murmuraba:

—Adentro, hija mía.

Concedida la autorización, se inundaba la alcoba de alegría infantil y se escuchaban besos ruidosos, carcajadas locas, exclamaciones de júbilo y todas las notas vibrantes y apasionadas del himno que rima el amor paterno acariciado por el cascabel de oro de la risa santa de la niñez.

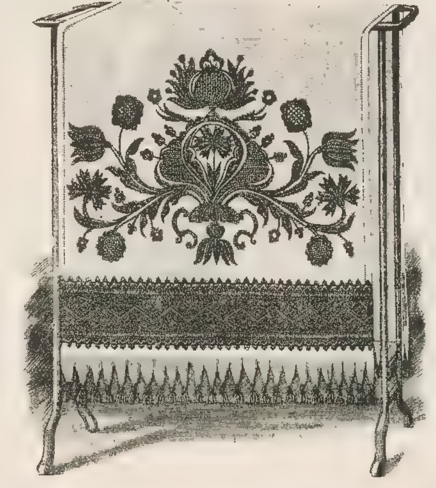
Aquel diablejo angelical, con sus benditas ingenuidades y sus agudezas encantadoras, poseía el secreto de hacer reír y llorar á un tiempo á su excelente padre.

Había que ver á aquella primavera, formada por los pétalos de seis abriles, entrar con los piececitos desnudos en la alcoba, trepar á la cama de D. Juan, pasar sus manitas por la blanca barba del más envejecido que viejo enfermo, y colmarle de mimos, de caricias y de lisonjas.

Al bonísimo padre se le caía la baba escuchando los gorjeos de Charito, que, con aturdimientos seductores, revolvía las ropas del lecho, rodeaba con sus bracitos el cuello de su "chacho," y descargaba sobre él un chaparrón de halagos, de piropos y de interrogaciones.

—Mi papaíto es guapo, guapo, y lo "tero muncho, muncho"... y él me "tere," y es mi papaíto mío... ¿verdad que sí?.... —exclamaba Charito con dulce acento. Y luego, sin aguardar contestación, añadía: —Si me das una muñeca bonita, bonita, te "tero," y si no me la das, también te "tero"...., y ya me "sabo" el "pade nesto" y "sabo presiname" solita... verás, verás...

Y era digno de ver el cuadro que ofrecía la hermosa chicuela arrodillándose junto á las almohadas, trazando con mano temblona la señal de la cruz y tartajeando las palabras del Padre nuestro en ese ternísimo idioma que hablan los niños y los pájaros, y que sólo entienden los ángeles y las almas buenas.



Toallero y toalla bordados.

Próximamente á la misma hora en que el valetudinario Sr. Rebollo se embebecía con la charla de su muy amada hija, pared por medio, en otra alcoba ocupada por Doña Valentina, esposa de D. Juan, se desarrollaba una escena muy semejante en apariencia, pero muy distinta en el fondo.

Allí era Marianito, el hijo segundo del matrimonio, el que recibía de su madre besos apretados, tan apretados que, en ocasiones, el nene se quejaba de la violencia impetuosa de los cariños maternales.

Las caricias de Doña Valentina eran mudas ó poco menos. A lo sumo, al estrechar contra su corazón á Marianito, una oleada de sangre invadía su rostro, un brillo extraño animaba sus pupilas, y de su pecho, hinchado por los sollozos, subía una imprecación que se ahogaba antes de asomar á los labios. Eran las burbujas de un odio inmenso, profundo, sañudo, que fermentaba en el pecho. Eran los relampagueos de una tempestad siempre pronta á descargar.

A nadie de la casa se ocultaba el aborrecimiento fiero, el encono sañudo de Doña Valentina hacia su hija Charito. Odio tan grande como el amor idólatra que consagraba á Marianín; odio tan grande que á las veces rayaba en brutal demencia.



Puntita de gancho.

Las relaciones entre ambos esposos eran corteses sin tocar en la tiesura, y amables sin acercarse á la amistad.

Entre aquellas dos almas mediaba un abismo que inútilmente intentaban salvar los hijuelos.

Marianín estaba celoso de la predilección marcadísima que su padre demostraba á toda hora por Charito; y Charito, ante los desdenes y persecuciones maternos, se había refugiado, como ruiseñor en tronco carcomido, en el noble cariño del paralítico.

Junto á él pasaba la mayor parte del día; con él paseaba en carruaje; sentada á sus pies oía con atención religiosa los fantásticos cuentos que D. Juan le relataba, y en él veía al maestro que le enseñaba á rezar, al consolador de sus penitas de niña y al escudo que la amparaba contra su mayor enemiga.

Muchas, muchas veces, reflexionando, con reflexión precoz, en que su mayor enemiga era.... ¡su madre!, Charito rompía á llorar el llanto tristísimo de una orfandad inmerecidamente abrumadora.

* * *

Jamás el Sr. Rebollo se había permitido reconvenir á su consorte por su desvío para con la infortunada pequeñuela.

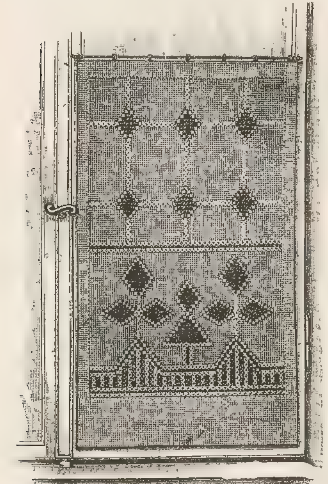
Nunca el nombre de la nena figuró en los cada vez menos frecuentes diálogos de los esposos.

Por ello fué mayor la sorpresa que recibió el Sr. Rebollo cuando, al terminar el almuerzo, se encontró con que Doña Valentina deseaba hablarle de esa... muchacha.

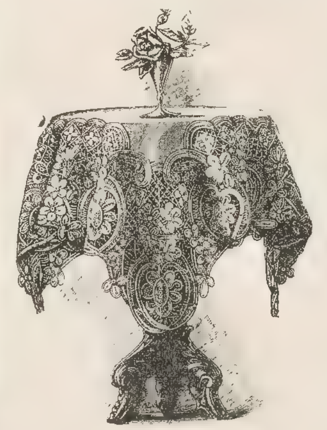
El paralítico indicó con el gesto que estaba pronto á escuchar, y sin que un solo músculo de su rostro se alterase, sin una exclamación de asombro, impávido con impavidez aterradora, oyó la tremenda confesión; confesión hecha atropellada y rabiosamente, con la rabia con que un malvado sacia su cólera apuñalando el pecho de un ser indefenso.

Todo lo dijo Doña Valentina. Su sed de riqueza; su desesperación al sentir que la fortuna aportada por el marido se escapaba de sus manos, cuando D. Juan, desahuciado por la ciencia de los hombres, llegó á los umbrales de la muerte; sus horas de fiebre y de insomnio; sus ambiciosos pensamientos, y, al fin, su resolución de asegurar los millones con el nacimiento de un hijo.

—Fué por entonces—rugía la dama—cuando convaleciente fuiste á buscar alivio en más templados climas. Yo no te acompañé, á pretexto de encontrarme ya "en estado de buenas esperanzas;" mentí entonces, como mentí después al anunciarte por telégrafo que teníamos una hija. Esa á quien tú adoras como hija nuestra es una expósita, una pobre abandonada que tuvo la



Cortinilla para ventana.



Mesa de centro con cubierta bordada.



Modelos de Cachets.

dicha de nacer en el preciso instante en que yo buscaba una criatura para adoptarla en secreto y hacerla pasar, á los ojos del mundo, por hija nuestra. Tu credulidad fué más allá de mis cálculos. Gozoso, sin recelo, aceptaste la paternidad que te ofrecía. Cuando el triunfo con sus embriagueces había amortiguado mis remordimientos, sentí una noche que se acercaba mi expiación... ¡Expiación tan horrenda como mi culpa! Para mi dicha y mi castigo, el cielo me mandó un hijo, Marianín.

Mi angustia igualó á mi alegría. ¡Ya era madre real y efectivamente! Pero mi único hijo había de sufrir las consecuencias de mi culpable superchería. La fortuna que ilícitamente quise asegurarme, tendría que ser dividida entre la intrusa y el legítimo heredero.

Calló Doña Valentina, ahogada por la emoción. Luego prosiguió:

—Ya lo sabes todo. Sólo tienes un hijo, y para él pido todo tu cariño, toda tu riqueza, aun cuando caiga sobre mí la responsabilidad del delito que en mal hora realicé. Rompe tu testamento y acaba tu predilección por esa expósita.... Porque, no lo dudes, ¡Rosario no es tu hija! ...

Un gemido largo, doloroso como estertor de un corazón que agoniza, llegó á oídos del valetudinario.

En un rincón de la estancia, Charito lloraba desconsoladamente. La pobre niña había escuchado sin ser vista, la confesión de Doña Valentina y había oído el relato, sin entender más que la negación final.

Iracunda vibró la voz de D. Juan.

¡No es cierto, no es cierto lo que dices!—gritó. Charito es mi hija, es tu hija, es nuestra hija. Para disipar las negruras de las malas acciones, el cielo envía ángeles á la tierra. Hijos son los que el alama adopta, los que el sentimiento educa, los que la abnegación arranca á la desgracia. Hace cinco años, cuando Marianito nació, supe lo que hoy me cuentas, y al saberlo, aumentó mi amor hacia la inocente víctima. Ven—concluyó abriendo los brazos y dirigiéndose á la afligida Charito;—¡ven, que tú eres la hija de mi alma!....

Un rayo de sol nimbó, con nimbo de oro, la noble frente del paralítico.

Sobre su pecho, agitado por generosos latidos, se estrechaban Marianín y su hermana.

De rodillas imploraba perdón la delincuente.

Y una vocecita aflautada, con inflexión acariciadora, cascabeleó en la estancia, balbuciendo:

¿Verdad que eres mi papaíto mío y me "teres muncho, mun cho?"....

M. R. Blanco-Belmonte.

COPLAS.

¡Siempre lucha de ilusiones
con la horrible realidad!
¡siempre al ídolo de barro
queriendo divinizar!

No te puedo maldecir,
que cuando aprendí á quererte,
fué cuando aprendí á vivir.

Mi corazón tan leal
tu traición la presentía,
y mi razón tan obscura
en tu traición no creía.

Cuando estaba en la agonía,
me decía el confesor:
-Perdónale ó se condena--
¡y mi alma no perdonó!

No sé qué enturbia mi dicha;
hay penas que no se dicen
y celos que no se explican.

Te vi cual rayo de luz,
como imagen de mi ensueño,
como encarnación de un alma
esperada mucho tiempo.

¡Qué triste sobre mi tumba
mi espíritu llorará
si tú no vas algún día
á mi sepulcro á rezar!

Carmen de Burgos Seguí.


Cuello de encaje inglés.


Punta bordada con cordoncillo.


Bordado sobre malla.


Zapatito para niño.

La buena Sociedad Parisiense

POR LA

BARONESA DE ORVAL.

CONTINUA.

GOBIERNO DE UN SALON

Al ama de casa le toca por derecho el gobierno del salón: es á ella á quien incumbe el cuidado de todos los preparativos concernientes al adorno, para dar más brillo á la fiesta proyectada; los menores detalles necesitarán de su parte un examen minucioso, á fin de que nada se deje al acaso.

En torno de ella gravita la pléyade de invitados: si tiene la fatiga de la organización, de la dirección del sarao, tiene en cambio la primacía en punto de homenajes. Atendiendo á todos sin mostrar preferencias enojosas, sabe emplear expresiones amables para cada uno de sus invitados; si no se conocen ya, los presenta usando de una amabilidad exquisita. En su carácter de soberana de la fiesta, exige que haya alegría, prescindiendo de toda rigidez.

Si el ama ó el jefe de la casa tienen aún padres y asisten éstos al sarao, les concederán el puesto de honor, por una deferencia digna de alabanza, eclipsándose así ante aquellos á quienes deben respeto y afecto; y si hay invitados desconocidos de los padres, serán presentados antes que cualquiera otra persona.

Los jefes de la casa deben dar sus órdenes á los criados en el día; y si en el curso del sarao sobreviene un incidente por el cual alguno de aquéllos se hiciere acreedor á una observación, se le dirigirá en voz baja, y el criado se mantendrá respetuosamente inclinado, prestando toda su atención, de modo que, por su rapidez, pase el incidente inadvertido para los convidados.

DISPOSICIONES GENERALES

Es muy difícil la organización hábil é inteligente de un baile; por tal motivo, las más veces las personas de alto quirio se fían de un comisionado especial á quien dan el encargo de disponer todos los salones destinados á la recepción, seguras de que ellas mismas no lo harían con el mismo acierto.

Tal cosa es fácil en París; pero hay que tomar en cuenta que no todas las mujeres viven en la capital, y serán provechosas algunas indicaciones generales.

Salvo que se disponga de una espaciosa galería que transformar en salón de baile, es raro no verse en la necesidad de mudar los muebles grandes de algunas piezas para dejar más lugar.

Se colocarán, en derredor de esas piezas, sillas á lo largo de los muros; pero son preferibles banquetas cuando el espacio es reducido, pues éstas son menos estorbosas, porque no pueden moverse con tanta facilidad como las sillas sueltas, y pueden proporcionar asiento para mayor número de personas.

Se enrollan y quitan las alfombras, á menos que el sarao se efectúe con poca concurrencia y que se extienda encima una tela verde preparada al efecto, que basta para los bailadores.

Se levanta un tablado para los músicos en uno de los rincones de la pieza más amplia, y se disimula el efecto mediante plantas verdes que forman una especie de bosquecillo.

Para un baile se ha menester una orquesta completa; mas para una tertulia modesta, bastan un piano, un violín y un pistón.

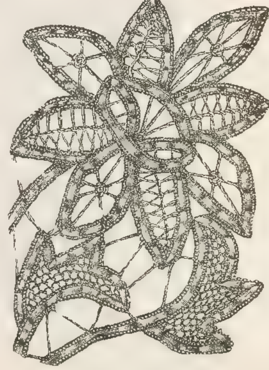
El más bello adorno de un salón de baile, lo constituyen los ramos de flores puestos aun en los más escondidos rincones, en medio de numerosas plantas verdes. Se hacen de antemano guirnaldas de flores, con las cuales se adornan las puertas, ventanas y candiles, así como los muros.

A menudo depende del alumbrado la animación brillante, la alegría de una fiesta; es, pues, aquél muy importante hoy en día: se ponen por todas partes bombillas eléctricas; y flores luminosas, mezcladas con las flores naturales del adorno mural, producen una iluminación deslumbradora y feérica.

¡TE QUIERO!

Te quiero como quieren, reina mía,
á las fuentes los lindos ruiseñores;
como el rocío á las tempranas flores;
cual ama el bengalí la luz del día.
Como quieren los sauces á la ría;
cual las nubes al iris de colores;
como al objeto que es de sus amores
adora el pecho ardiente y se extasía.
Como la mar á las bullentes ondas;
como el bosque al halago de la brisa;
como la noche á su estrellado manto;
Como al aura gentil las verdes frondas;
como Abelardo quiso á su Eloísa...;
¡así te adora el alma, dulce encanto!

Maximiliano Hardisson Espou.


Detalle de encaje inglés.

LA SORTIJA

I

El tren de Burdeos á París acababa de entrar en la estación de Angulema. La parada no era más que de cinco minutos y había gran movimiento en el andén.

Entre la multitud destacábase un grupo que, acompañado del jefe de estación, buscaba sitio en uno de los coches.

Media docena de niños, uno de ellos mayorcito, y una mujer, rodeaban á un anciano de luenga barba blanca.

—¡Por aquí, por aquí! ¡Ahí estará usted muy bien.

—¡No, más allá!

—¡En ese coche no hay más que una señora! —gritó uno de los niños.

—¡Suba usted ahí, señor Davenel! dijo el jefe de estación.

Los empleados cerraban las portezuelas, y el anciano, que ya había subido al coche, se despedía de sus acompañantes, asomado á la ventanilla.

—¡Hasta el año que viene!

—¡Sí, sí...! ¡Con tal que me cuente entre los vivos! ¡Soy ya tan viejo...!

—No, no; es usted joven todavía; es usted eterno...

El silbido estridente de la locomotora sofocó el rumor de la multitud y el tren partió precipitadamente.

Cuello bordado en malla.



Cubiertas para piano bordadas con estambre.

II

Davenel miró á la señora que le acompañaba y que, al parecer, dormía, con un libro entre las manos. Un velo le ocultaba el rostro, lo cual no fué obstáculo para que el anciano notara que, como él, tenía la cabeza completamente cana.

levantó para alzar por completo el cristal de una de las ventanillas.

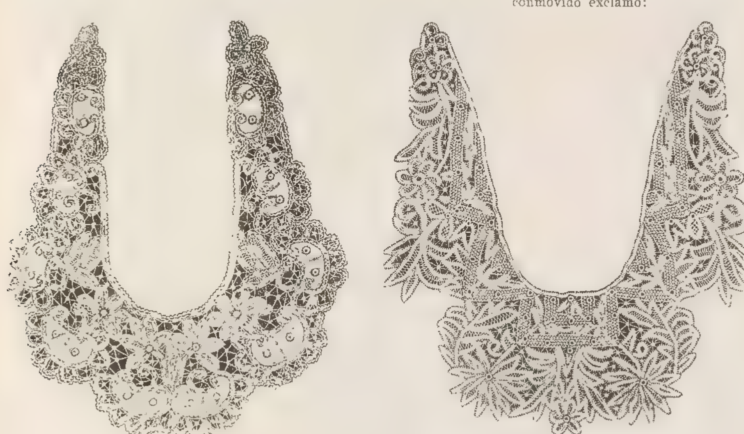
Una voz suave y armoniosa murmuró:

—¡Gracias, caballero...!

Davenel se volvió bruscamente.

De pronto, sin decir una palabra, la desconocida se quitó el velo y descubrió su arrugado rostro, en el cual se reflejaban todavía vagamente los rasgos de su antigua belleza.

Davenel se levantó, y con acento conmovido exclamó:



Cuellos de encaje inglés.

Davenel cerró los ojos y se puso á meditar.

¿Volvería al año siguiente á pasar una temporada en la población de donde acababa de partir?

A los setenta y ocho años, hay motivos sobrados para temer á la muerte.

Davenel había recorrido el mundo entero y residido muchos años en América, donde había emprendido inmensos trabajos de canalización y de construcción de ferrocarriles.

Todo el mundo conocía á aquel célebre ingeniero, hijo de sus obras, que á fuerza de trabajo había llegado á ser uno de los primeros constructores contemporáneos.

Davenel no tenía hogar, ni hijos, ni esposa; su familia consistía en sus sobrinos, con los cuales iba á pasar todos los años una larga temporada.

III

El anciano notó que su compañera de viaje tosía, é instintivamente se

Aquella voz no le era desconocida.

—Dispénseme usted, señora—dijo, —por no haber alzado antes el cristal.

La viajera no pudo ocultar un movimiento de sorpresa y, un tanto emocionada, guardó el más absoluto silencio.

A pesar de la obscuridad que comenzaba á reinar en el coche, puesto que la noche se venía encima á toda prisa, los dos viajeros se observaban mutuamente.

—¡Luisa...!

—¡Sí, soy yo!

IV

En lejanos tiempos, aquellos dos seres se habían amado con delirio. Cuestiones de familia impidieron su matrimonio, con grandísimo pesar de los dos amantes.

Luisa sufrió una gravísima enfermedad, mientras que Davenel, loco y desesperado, partió para el extranjero. Y después, durante cincuenta años, no habían vuelto á saber nada el uno del otro.

Davenel tenía el corazón oprimido. En aquel momento renacían en él todos sus recuerdos con tanta precisión como en el primer día, recuerdos encantadores y dolorosos, por los cuales había transformado su existencia, destruído su felicidad y permanecido soltero, desdeñando casi todos los goces del alma.

Y miraba con indecible emoción á aquella mujer á quien tanto había amado, convertido en un ser cargado de años, lo mismo que él.

No se atrevía á dirigirle la palabra, temeroso de sufrir demasiado al enterarse de su vida después del terrible drama de la separación.

¿No valía más la ignorancia completa de cuanto en cierto modo trataba de descubrir?

Tampoco Luisa sabía lo que había sido de Davenel. Quizás al principio se habría enterado por los periódicos de la brillante carrera de su amante, del hombre en quien su familia no había tenido fe porque era pobre. Tal vez suponía que, poseedor de grandes riquezas, se habría creado un hogar que le proporcionaba todo género de bienandanzas. ¿No acababa de ver en la estación cómo le colmaban de caricias unos niños que le acompañaban?

¡Qué cambio al cabo de tantos años! No obstante, se habían reconocido, habiendo bastado para ello una mirada, una palabra cualquiera.

Davenel se armó de valor y dijo:

—¡He deseado siempre que fuera usted dichosa!

—¡Yo también con respecto á usted!

De pronto rasgó el aire un silbido estridente.

—Me quedo en Poitiers—dijo gravemente la viajera.

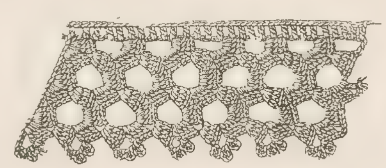
¿Sí?

Luisa bajó la cabeza.

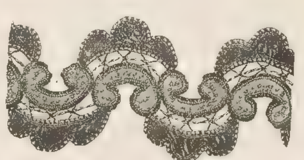
El corazón de Davenel comenzó á palpitar con rapidez extraordinaria.

¡Aquella mujer iba á separarse de él tan pronto, sin darle tiempo para preguntarle...!

De pronto se apoderó del anciano



Encaje al crochet.



Detalle para entredós.

un deseo invencible de saber á toda costa cuál había sido la suerte de la mujer á quien tanto había amado.

Y Luisa tuvo, sin duda, la misma idea, puesto que preguntó:

—¿Es su hijo de usted ese joven mayorcito que le ha acompañado á la estación?

—No, señora—contestó Davenel temblando.—No tengo hijos. He permanecido soltero toda mi vida.

Luisa le miró con insistencia, como para darle las gracias. Estaba demasiado emocionada para hablar.

El tren entraba en la estación y la multitud se apiñaba en el andén.

Davenel se puso á interrogar entonces á su compañera de viaje.

Pero Luisa se limitó á quitarse el guante de la mano izquierda, que, una vez desnuda, tendió á su antiguo amante.

La mano izquierda es la mano del anillo de boda, y en los dedos de Luisa no brillaba sortija alguna.

Davenel, radiante de gozo, besó la mano de su amiga.

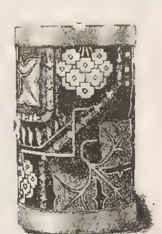
V

Abrióse la portezuela y acto continuo bajó del coche una sombra, que se volvió varias veces y después desapareció entre la muchedumbre.

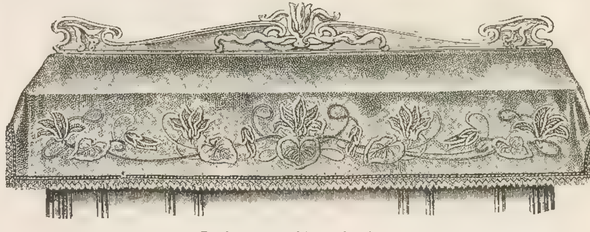
Y el anciano prosiguió su camino hacia París, hacia su solitario hogar.

Pero lloraba como un niño, considerándose tan dichoso como en otro tiempo, puesto que le constaba que los dos sabían ahora que durante cincuenta años habían permanecido fieles á sus juramentos y á sus recuerdos.

ENRIQUE DE FOLEY.



Setto para papeles.



Repisa con cubierta bordada.

Dulces y Postres.

Manzanas á la delfina.

Móndense, vacíense y cuézanse un momento en almíbar; échese, en seguida, en una fuente que pueda meterse en el horno, un poco de crema de pasteleros; dispónganse encima las manzanas y póngaseles grosella ó mermelada de albaricoques; mézclese con el resto de la crema una clara de huevo batida; cúbranse con ella las manzanas, igualando bien con un cuchillo, cuézanse al horno tres cuartos de hora después de su calor primitivo, y, cuando estén á medio cocer, se espolvorean con un poco de azúcar fina.

Manzanas con arroz.

Después de haberlas mondado y vaciado, se cuecen en almíbar; lávense luego 125 gramos de arroz, y háganse hervir durante diez minutos; pónganse á escurrir en un tamiz y vuélvanse á echar en una cacerola; échense en ella dos vasos de leche hirviendo, y hágase que hierva el arroz á fuego lento, agregándole corteza de limón y 125 gramos de azúcar; menéese con una cuchara para que el arroz cueza por igual y cuídese de no romperlo; basta una hora de cochura, y debe estar algo espeso.

Echese en una fuente honda, mezclándole 64 gramos de sobras de repostería bien aplastadas, dos cucharadas de crema batida ó de crema de pasteleros y tres yemas de huevo; menéese bien por una cuchara, cuidando siempre de no estropear el arroz; bátanse las claras y mézclense con lo demás.

Preparado todo de esta suerte, échese la tercera parte en el fondo de una fuente, y encima las manzanas; póngase dentro de esta mermelada de albaricoques, cúbranse después con el resto del arroz y métanse en el horno media hora después de su calor primitivo; á la mitad de la cochura échesele encima azúcar cernida para darle lustre.

Pastel de patatas.

Cuézanse primero bajo la ceniza, y después de haberlas mondado y quitado las partes rojizas, échense en una cacerola con leche azucarada y cáscara de limón.

Háganse hervir y aplástense as patatas con una cuchara; cuando todo esté un poco espeso y tenga la consistencia de la crema de pasteleros, quítense del fuego y échense en una fuente honda; agréguense crema de pasteleros y sobras de repostería bien pulverizadas, mezclándoles flores de azahar garapiñadas; agréguense cuatro yemas de huevo, que se mezclarán con la cuchara, y después de haber batido bien las claras, incorpórese con lo demás.

Dispóngase entonces una cacerola, cubriendo el fondo y las paredes con papel untado con manteca, y, echando en ella el pastel, cuézase en el horno media hora después de su calor primitivo; después de la cochura déjese reposar un instante, vuélquese luego en una cobertera de cacerola, quítese el papel y colóquese el papel en la fuente.

Porta-pomo de perfume.

Manera de cubrir el interior de las cacerolas con papel para toda clase de pasteles y para picadillos de pescados.

Córtense bandas de papel de forma triangular bien prolongada; la punta debe colocarse en medio del fondo de la cacerola sobresaliendo unos 25 milímetros fuera de dicho centro; después de haber untado estas bandas con manteca de vacas derretida, apoyándolas unas sobre otras, échese el resto de la manteca derretida, y se coloca dentro el pastel en el momento de cocerle.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue: Dos pólizas de "La Mutua,"

Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de Seguro.	14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

DE LAS DAMAS



Colección de trajes de visita y de casa para señoritas y niña.

La enemiga de la mujer.

Es la pluma para la mujer un enemigo traidor, porque esconde su fuerza y se presenta manso; la pluma es un enemigo implacable que la persigue de continuo; un enemigo alevoso y vil que delata á su dueña para ponerse al servicio de un desconocido.

Si las mujeres quisieran oirme, yo les diría: ¡Mujeres, desconfiad de la pluma!

Podrá buscar la mujer, antes de ponerse á escribir, el momento más tranquilo, aquel momento en que crea hallar su mente más serena, su espíritu más reposado y su alma más libre de toda agitación leerá y releerá la carta escrita, la supondrá muy razonable y muy diplomática, quedará satisfecha, creyendo que la pluma se ha encadenado á su voluntad cual fiel esclava; pero ¡ay! que no cante victoria; la carta habrá terminado felizmente tal vez pero el triunfo no es completo todavía, porque.... "queda la postdata."

¿Sabéis lo que es la postdata en la carta de una mujer?

Es la roca que le ha hecho encallar, la tijera que le ha rasgado el antifaz con que se cubría, el bajel que le ha llevado á pique, la ola pérfida que le ha hecho naufragar, en el momento más crítico, en aquel



Gran toilette de paseo.



Sombrero fin de estación.

momento en que no es posible encontrar cable salvador: es, en fin.... el Rubicón de una mujer; no hay una sola que deje de pasarlo.

Si todavía existe un hombre capaz de enamorarse verdaderamente y de abrir la carta de una mujer temblando de emoción, yo le aconsejo que principie la lectura de esa carta por la postdata.

¿Y si no la tiene? -me diréis.

¡Oh! yo os aseguro firmemente que no puede existir carta de mujer sensible sin postdata. Insisto en que se lea lo primero la postdata, porque como la vida es tan incierta, como no tenemos un momento seguro, si le sorprendiera la muerte á un amante antes de leer la postdata de su amada, sería una gran desgracia; pero después de haberla leído..... ¡oh! entonces ya puede morir

La postdata de una mujer es el mejor tratado de psicografía.

La pluma de la mujer sensible es cándida, ingenua, expansiva, veraz, tierna, dulce, transparente, comunicativa, acariciadora. Una mujer enamorada, aunque posea gran talento, es indiscreta al empuñar la pluma. Entre el bullicio de las fiestas sociales, lo mismo que en la ceremoniosa visita y hasta en la intimidad del "boudoir," sabe esconder una mujer inteligente las ideas que debe ocultar; pero sus inauditos esfuerzos se estrellan ante la influencia de la pluma. ¡Cuántas reputaciones de mujer se hubieran salvado si, al hallarse ésta enamorada, no hubiese sufrido la enfermedad denominada grafología ó monomanía de escribir! He hablado con algunos médicos alienistas sobre este caso patológico tan frecuente en la mujer enamorada, y todos han convenido en que es un género de locura completamente incurable

Decía yo una vez á un discípulo de Esculapio:

—Oiga usted, doctor: ¿existe algún remedio para defenderse una mujer apasionada de su monomanía de la pluma?

—Sí existe me contestó el interpelado.

¡Oh! ¡dígamelo usted! exclamé presurosa—dígamelo, por Dios; tal vez pueda hacer algún bien á mi sexo. Concentré mi atención de tal modo para escuchar al doctor, que mi espíritu parecía depender de su palabra, como si esperase la solución de algún importantísimo problema, buscada afanosamente por la humanidad. Mas ¡ah! cuán grande fué mi desencanto al oirle pronunciar con tono glacial la siguiente frase:

—Hay un remedio para que la mujer enamorada se libre de la tiranía de la pluma.... que no sepa escribir.

Quedé confundida ante tal contestación: el doctor era hombre de mundo y su experiencia no le engañaba; el remedio que me había dado era negativo, pues equivalía á decirme que no existe ninguno. Mi desconsuelo fué grande; entre mis reflexiones acerca del mismo punto, surgió la triste idea de que la mujer no se salva de sus indiscreciones cometidas por medio de la pluma, pues si no sabe escribir hará que escriban por ella

Efectivamente; conozco á muchas mujeres que han tenido bastante fuerza de voluntad para rechazar al hombre que adoraban y hasta el valor de prohibirle sus visitas, esas visitas tan anheladas; y sin embargo, no han ejercido sobre sí mismas bastante dominio para defenderse de la pluma. ¡Oh, sí! es más fácil defenderse del hombre amado que de la pluma. El motivo es lógico: en el hombre amado se ve un peligro que se presenta de frente, que nuestros ojos contemplan y que nuestra imaginación declara formidable, mientras que en la pluma creemos ver el instrumento de nuestra voluntad. ¡Cuánto nos engañamos! La mujer es juguete de la pluma, triste es confesarlo: ella le hace decir hasta lo más recóndito, hasta aquello que querría ocultarse á sí misma



Blusa con unión "Capricho."

SON LINDOS.....

Los ojos color café
que duermen sueños lascivos
en el rostro pensativo
de la rubia Betsabé.

Lindos son. Sueños de té
cuando me miran yo libo.
Al fondo un tigre agresivo
abrir las fauces se ve...

Son dos aves. Son dos uvas.
Y son diminutas cubas
llenas de un rejio licor.

Son de versos linda cuna.
Son tambores de piel bruna
donde redobla el amor...

CARLOS PEZOA VELIZ.

Del que muere sin haber amado, puede decirse que moralmente no ha vivido.



Abrigo para niño de 6 á 7 años.

UNA CARTA.

—Estoy triste como una tumba, dijo mesándose los cabellos castaños con sus manos blancas, largas y pálidas, entre cuyos dedos destacábase como mancha de fuerte azul-prusia una elegante turquesa incrustada en una maciza argolla de oro mate.

Una profunda enfermedad al corazón le consumía poco á poco.

Levantóse del canapé y fuése tristemente á la ventana.

Los cristales estaban salpicados con las gotas de aquella lluvia que vino á llorar á la ciudad en los mejores días del otoño.

Su fisonomía hermosa y pálida, débilmente iluminada por los destellos de unos ojos grandes y obscuros, tenía la expresión melancólica de un eterno sufrimiento.

La mirada, empañada por el romanticismo del amor, daba cierto encanto misterioso y triste á la figura de aquel joven, que á través de los vidrios de la ventana de su cuarto de trabajo miraba vagamente caer la lluvia sobre el pavimento de la angosta calle.

¡Cuánto la quiero! exclamó monologando,—¿cómo puedo conformarme con la resolución que la obediencia, la conveniencia social le han impuesto? Y sacando del interior de su obscuro "chaquet" un sobre que abrió despaciosamente, comenzó á leer lo que había escrito en un delicado papel lila claro que, en uno de sus márgenes y sobre un escudo heráldico color de oro, tenía grabada esta palabra: "Lontano.". . . .

. . . .

Más tarde, cuando la luz de los faroles hería el horizonte gris con destellos de opalina y débil claridad, aumentada por los hilos de la lluvia que á su paso reflejaban en los diamantes que como clavos de fuego despedían los mecheros de la calle, entré en aquella casa, y perdido en la penumbra de su pieza de trabajo, encontré á mi pobre amigo dormido en la silla de sus confidencias.

Sobre sus rodillas estaban abandonados los pliegos lila, y más allá, sobre el reluciente "parquet," había caído una seca hoja de yedra...

Sin despertarlo tomé en mis manos la carta y empecé á leer. Decía así:

"Es necesario, Máximo, que me olvides.

Esto es lo solo que te pido, lo único que espero conseguir de tu corazón, ya que el mío no quiere hacerlo. También es cierto que tu imagen, tu ser, tú, en fin, estás cincelado en su fondo con aquella fuerza con que los florentinos cincelaban sus obras de arte, de que tú tanto me hablabas cuando escribías en los diarios ó revistas artísticas.

¿Qué quieres? Existe dentro de mí una dualidad tan absoluta de seres que á veces pienso, ¿querrás creerlo?, en la felicidad lejos de tí.

Hay tardes en que, cuando á través de mi atormentada imaginación te veo sufrir, lloro; y te aseguro que si mis lágrimas pudiesen cristalizarse, encerrarían pedazos de mi corazón, de mi alma, de mi espíritu, de todo aquello que vive en mí impregnado de tu ser, que adoro con ese frenesí con que el infortunado "Pedro Hautefeuille," tu amigo, idolatraba á Ely de Carbslerg, ¿te acuerdas? Es entonces cuando se agita en mí la mujer enamorada, tierna, sencilla: es entonces cuando el ángel de amor bate sus alas sobre mi corazón.

Pero hay otras veces en que veo la fisonomía bonancible de mi padre iluminarse á la sola idea de que es ya una realidad mi "conveniente" matrimonio con Félix, y entonces es cuando el ser práctico que vive en mí me hace pensar en la felicidad lejos de tí; entonces es cuando el demonio de la conveniencia mueve su cola alrededor de mi espíritu.

Sufro menos, lo confieso, al imaginarme que bajo esa corteza dura y tosca de millonario improvisado que caracteriza á mi futuro marido no llores,—pueda encontrar esa ternura, delicadeza exquisita, que tienes inoculada en todo tu ser, que me hacía, en horas más felices, palpitar emocionada de amor, de encanto.

Pero aun así, no podría compararlo contigo; valdría tanto como comparar un trozo de cielo en el cual estuviese grabada la imagen del amor, á un pedazo de mármol que tuviera esculpida la imagen del convencionalismo. ¿No es cierto?

¿Seré feliz? He aquí la pregunta que me hago mil veces al día. ¿Y sabes lo que me respondo?

—Sí, sabiendo que tú—sin casarte—lo eres también.

Iré nuevamente á Europa, recorreré las calles de París, las que lentas atravesamos tantas veces con Henriette, la excelente institutriz que me educó, y al recordar aquellos paseos, lloraré recordándote siempre, siempre.

La felicidad, si la encuentras lejos de mí, que lo dudo, ha de sonreírte porque eres bueno, noble, tienes talento y eres hermoso. Pero todas estas cualidades desaparecen ante los míos. Entre ellos, el dinero es rey poderoso de todas las cosas.

Ahí va esa yedra, pónla cerca de tu corazón, ya sabes que la he cortado de aquella planta que enreda sus guías entre las rejas de nuestra ventana.

Gran traje de novia, última moda parisiense.



Traje para niña de 10 á 11 años.

No la pierdas nunca, porque ella ha crecido riéndonos y porque está llena de besos que para tí he dejado enredados entre sus fibras

Adiós, Máximo, sabes que me casaré idolatrándote, que nunca, ni aun en mi último instante de víctima, dejaré de ver tu imagen adorada.

Aunque no creas en el cielo, desde mi saloncito blanco, que tanto te encantaba, enternecida hasta lo infinito, anegada en llanto, te digo como en el "idilio:"
Dios calmará tu duelo
Es la vida tan corta! Ora y espera!"



Talle y falda estilo sastre.

Dejé la carta sobre el escritorio del infortunado Máximo

Quise despertarlo, fué imposible ¡Estaba muerto!

PEDRO RIVAS VICUNA.

ESPERANDO.

¡Cuán breves parecíanme las horas
al pie del monumento
que la plaza domina y al espacio
levántase soberbio!
¡Dulcísima inquietud, ansia serena,
profundo afán del pecho
que, lleno de esperanza, consumíase
de tu amor en el fuego!
¡Cómo buscaban ávidos los ojos
tu mirador abierto,
cuyos vidrios el sol iluminaba
con brillantes destellos!
¡Y qué intenso placer si distinguía,
bañada en sus reflejos,
tu rubia cabecita, coronada
por el nimbo gentil de tus cabellos!

SALVADOR DIEZ CANEDO.

Feliz quien muere amado, porque vivió amando; desdichado del que morirá aborrecido, porque vivió aborreciendo.

No son comparables las penas en las riñas del amor con los infinitos goces que reporta la dulzura de la reconciliación.



Blusa de seda y encajes.

EL POETA CAZADOR.

I

He aquí que una mañana el poeta sensible y melancólico, el de los sentimientos refinadamente delicados como los de una mujer nerviosa, he aquí digo, que aparece convertido en un hombre salvaje, de instintos sanguinarios, atrozmente feroz

Cerrado ha de un golpe el blanco libro de las rimas azules, y cogido con fuerte puño la reluciente escopeta, la de las negras fauces, la de las fauces negras, redondas y profundas, ¡muy profundas!, como que dentro de ellas está la muerte acurrucada y en acecho....

Poeta, ¿quién te ha convertido en Nemrod?

¡Oh Nemrod formidable! Las indiscretas brisas hablan de unos antojos inverosímiles nacidos en un blanco y tibio seno de mujer.....

Arte poderosa, arte maligna, arte invencible debe de ser la que encienden en tu alma esos inauditos deseos de matar, ¡oh poeta sensible y melancólico!

II

El huerto está de fiesta

El buen sol derrama pródigamente la gloria de sus rayos tibios, que ponen alegría en cuanto besan

Parlotean los pájaros en las ramas; los pájaros, que son músicos, que son poetas, que son hijos del cielo como los poetas, como los músicos, y que, como ellos, tienen un maestro divino: el amor.

Hermosa mañana: clara, sonora, perfumada como un poema rústico del padre Virgilio.

Y entre las alegrías de la fiesta pasa el cazador con apuesto continente, arrojando á un lado de la senda su sombra achatada y deforme.

Un gallo que picoteaba en la maleza ha erguido su testa coronada de púrpura y se ha quedado mirando de hito en hito al importuno

Allá al fondo, entre el boscaje, la escopeta brilla al sol....

III

¡Brum! sonó el tiro.

Y allá va el cazador en busca de su presa.

Herido el jilguerillo está, pero no muerto.

Ved cómo se estremece convulsivamente en las manos del victimario. Un hilo de sangre mancha la seda de sus plumas. Sus ojos, brillantes y redondos, miran fijamente, como paralizados por el dolor.

El poeta—acordaos de que el cazador es un poeta....—ha comprendido áquella larga mirada de angustia, que es toda una triste reconvención. ..

IV

Y es menester que concluya ese martirio.



Sacos de abrigo, última novedad.

El poeta vacila....

Por fin, haciendo un poderoso esfuerzo, se resuelve....

....Su mano se contrae nerviosamente, rabiosamente, estrujando en una suprema crispación aquel frágil cuerpecito, que cruje, que cruje de un modo horrible, hasta quedar convertido en un manojo de plumas ensangrentadas.....

V

¿Y después?

Con el dorso de la mano ha enjugado el sudor que bañaba su frente, exclamando con acento doloroso:

—Nunca más...... ¡Oh! ¡Nunca más!

M. Magallanes Moore.

¡CELOS!

De mi mente tu imagen no se borra:
por doquiera que miro, yo te veo;
y al pensar en aquel que en otras tierras
por tí suspira y vive, tengo celos.
Celos horribles sí, que con su llama
devastadora, abrasan mi cerebro,
condenando al espíritu á que sufra
las temibles torturas del infierno.
¡Pensar que fuiste suya! ¡Que en tus labios
imprimió enamorado ardientes besos
y que dormido en tu regazo pudo
aspirar el perfume de tu seno!
¡Pensar que fueron suyas tus caricias!
¡Ira de Dios...! Detente, pensamiento,
no vueles más, recoge ya las alas,
que de angustia y de rabia yo me muero.
Pero no, no me escuches, vuela, corre,
remóntate y en brazos de los vientos
condúceme á su lado, donde pueda
retarle cara á cara, cuerpo á cuerpo.
Y empeñada la lucha, como un tigre,
sin más testigos que lo azul del cielo,
estrujaré la vida en su garganta
con la férrea tenaza de mis dedos.

RAMON PELLICO.



Traje de paseo para joven de 15 á 17 años.



Sombrero "Cleo."

PARA EL HOGAR

LA HORA DEL PIANO

MONOLOGO REPRESENTABLE.

Decoración: Ventana á la derecha y puerta á la izquierda. Un piano á la izquierda; próximo á éste una mecedora. Á la derecha un espejo. Sillas de centro.

Personaje: Magdalena. (Saliendo y hablando con la tía, que se supone dentro).

—Sí, tía, sí. Con toda contracción. También los de Czerni. (Pausa). Y la sonata, está claro. (Da un portazo. Llega al piano con paso perezoso. Lo abre y coloca en el atril un Método. Se sienta y ejecuta dos escalas veloces. Deja de tocar y bosteza dos veces seguidas. Pausa).

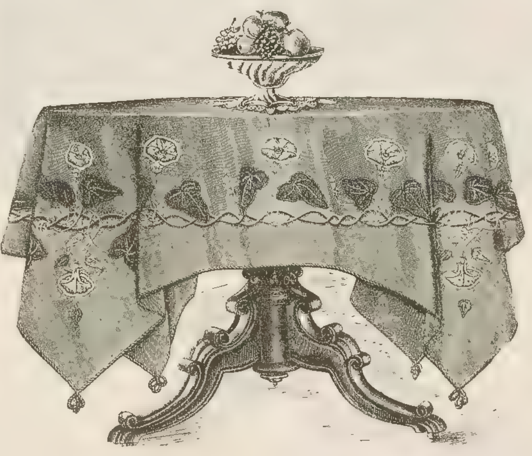
¡Qué felices son las personas que no estudian los ejercicios de Czerni! ¡Uff! Les tengo tirria. (Sentándose en la mecedora). Descansaré un momentito; el doctor me dijo en días pasados que fuera "poquito á poquito"... Así, estudiando media hora y descansando cinco minutos; precisamente como lo estoy haciendo ahora; ni más ni ménos. (Pausa). Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Lo que es el pensamiento! ¿Pues no me he puesto á pensar en la escena de anoche? Me parece ver á Luchito, alias Simplicio, mirándome con sus ojos de buey moribundo!... ¡Qué hombre tan cargante! (Transición. Muy seria). ¡Pero... es un buen partido! Así lo dice mi tío.... (Poniéndose de pie). Tomábamos té, y yo que estaba ya hastiada de sus galanterías repetidas al oído á cada sorbo y á guisa de moscardón, con esa frivolidad insulsa y empalagosa de algunos ca-



Cesto bordado para papeles.

balleritos á la moda, me propuse fastidiarlo. Al efecto, planteé el tema culinario, y después de darle vueltas como quien bate una mayonesa, y de citar cien recetas de guisos y de postres, me dirigí resueltamente á Luchito, diciéndole, así, con cierta finura que medio disimulara el retintín picaresco de la pregunta:

—¿Sabe usted la manera de engordar pavos?—Sí, señorita, con nueces—me contestó vivamente, como sorprendido él mismo de la rapidez de la respuesta. ¿Y... es usted... aficionado á ellas? ¿Por qué me lo pregunta usted, repuso ya reticente y como entrando en malicia. —No.... yo decía.... como usted es.... tan gordo!... (Con intención y finura). ¡Estupefacción general! Mi primo Santiago hacía esfuerzos colosales para llamarme al orden con sus gestos, pero yo permanecía impertérrita y trataba de imponer á mi fisonomía esa expresión de inocencia y beatitud que todas nosotras hemos aprendido desde el colegio.



Cubre-mesa con bordados de aplicación.

Luchito se revolvía en la silla, y estaba purpurino de vergüenza, mientras yo continuaba impasible con mi tema.

—Dígame usted, Luchito, ¿le agradan á usted los camarones cocidos? ¡Son tan coloraditos! Casi tanto como usted en este momento. (Con entonación dramática).

—¡Señorita!.... —¡Caballero!... (Transición).

¡Oh, sin quererlo hemos empezado una escena dramática! Y qué bien nos veríamos en las tablas, ¿verdad, Luchito? Usted con su facha de gastrónomo galante, y yo... yo... como una plaza conquistada! Está claro; como que el otro día le oí decir á una amiga mía que era usted un hombre "decididamente irresistible;" y agregaba que tenía usted un trato tan ameno... que cuando usted hablaba del "cambio" ó del "alza de papeles," se le pasaban las horas muertas escuchándole...

—¡Manena! -me interrumpió mi tío, que se sentaba algo distante y á quien suponía ajeno á mi conversación, entretenido como estaba con otros amigos: ¿quieres adelantarte á tocar llamada de cuadrillas?

Luchito respiró, y yo, lanzándole una última mirada de malicia, me dirigí al salón. Preludiaba las cuadrillas mientras iban entrando las parejas, y en un dos por tres quedó organizado el cuadro. Enrique Rodríguez se colocó cerca del piano para volver las hojas. ¡Qué simpático estaba y qué pálido!

—He sabido, Magdalena, me dijo, que su tío piensa casar á usted con Luchito, el millonario.

Su sonrisa era en ese momento tan amarga... tan irónica!... ¡Pobrecito! ¿me querrá? (Pausa).

—Sepa usted, Enrique, que yo no soy ratón, y que nadie me cazará, sino que yo de motu proprio lo haré cuando lo tenga por conveniente.

Sin embargo, como, es "un buen partido"...

—¿Partido? Está usted equivocado, Enrique, él no es otra cosa que un tonto, "entero"!

Hubo luego un cambio rápido de conversación.

—¿Siempre estudia usted esos pícaros ejercicios de Czerni, su pesadilla?

—Sí, Enrique, pero créame que no lo hago por mi gusto.

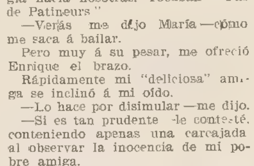
—¡Ah!

Concluí de tocar y él se quedó por mucho rato haciendo un minucioso exámen de mi música.

Me dirigí en seguida á María Rojas y entablamos con ella un diálogo animadísimo.

—¿Qué joven te gusta más?—le dije

—Ninguno mejor que Rodríguez —me contestó. ¡Es tan amable, tan ilustrado y tan bueno!... Y el pobre está enamoradísimo de mí. Esta noche lo he notado muy triste. Claro, si casi no se atreve ni á acercárseme. ¡Es tan tímido....cuando está á mi lado apenas habla!



Yo en vano trataba de contener la risa. ¡Qué pretensión! ¡Enamorado de ella! ¡Tan fea! Casi tanto como Luchito... y no es poco decir! ¡Harían una pareja... "idealmente... ridícula!"

En ese momento Enrique se dirigía hacia nosotras. Tocaban "Pas de Patineurs"

—Verás me dijo María—cómo me saca á bailar.

Pero muy á su pesar, me ofreció Enrique el brazo.

Rápidamente mi "deliciosa" amiga se inclinó á mi oído.

—Lo hace por disimular—me dijo.

—Si es tan prudente -le contesté, conteniendo apenas una carcajada al observar la inocencia de mi pobre amiga.

¡Y á su edad! ¡Porque ya es talludita!...

Nos lanzamos á bailar como un torbellino. ¡Qué feliz era yo en ese momento! (Pausa). ¡Dios mío! ¿lo querré?

Magdalena, me decía; probablemente ésta será la última vez que nos veamos

Me estremecí de una manera extraña.

¿Por qué? le pregunté muy alarmada.

—Sólo depende mi viaje á Buenos Aires de una contestación que debo recibir mañana

Y me miraba... me miraba... me miraba mucho. Y de un modo... vaya! que por poco no mé pongo á llorar. ¡Ay! estas cosas... estas cosas... ¡Qué cosas son éstas señor, que sentimos, que se puede decir que palpamos y que no nos explicamos nunca!

—No se vaya usted, Enrique—me atreví á decirle en tono suplicante y hasta indiscreto.

Ya me tendrá usted acá para el día de su boda me contestó secamente.

MELANCOLÍA.

Hondo anhelo de infinito,
Perfección nunca lograda,
Verso extraño y exquisito,
Frase rica y torturada,

Frágil cuerpo, sangre enferma,
Carne impura y enemiga,
Que se aduerma, que se duerma,
Que descanse mi fatiga.

Cada nítida mañana,
Entre un hálito de aromas,
En el aire se desgrana
La parvada de palomas,

De palomas mensajeras
Que en su vuelo hacia las cimas,
Van en triángulos ó hileras,
La parvada de mis rimas

En perpetuo y triste viaje
Por los cielos luminosos,
Con un místico mensaje
En los picos armoniosos.

En las lilas del Poniente,
Cada tarde gris y quieta,
Vagamente, vagamente,
Miro alzarse una silueta

Que despierta mi alegría,
Y en la noche azul y pura
La adorable Poesía
Desvanece mi amargura

Y deshace en mis tormentos,
Amorosa y apiadada,
El collar de lindos cuentos
De la bella Scherazada



Bolsa de mano, bordada con sedas.



Tapete para chimenea, arte nuevo.

SUS VOCES

Y con gasas de seda le envolvían la frente y llegando le decían sonrientes:

—¡Da tu grito de júbilo! ¡Da tu grito de júbilo. Allá agoniza, más se alzará...

Vaporosas cruzaban sin hacer ruido, y luego formaban, con premura, ligeras y, jugando con la seda armoniosa de sus vestes, coronaban la frente de lágrimas de estío!...

Sus túnicas flotaban; entrelazadas las manos, tejían sus canciones para la frente inspirada.

"¿Conque es verdad? ¿Ya no hay báquicos cantos, impúdicas orgías con desmelenadas bacantes y sátiros perversos?

¿Conque ha muerto ese mundo de hastío, el mundo cadavérico del estóico suicida? ¿Ha caído la falsa divinidad, rota la frente?

¡Oh! qué hermosa es la vida, la buena existencia de Dios, la de todos los días: trabajo, reposo, un amor sosegado en un rincón del mundo.... El Universo por templo, para oficiar al Creador la gran misa, himno de su sacerdote, el hombre!

¡Si no es sueño, sí amas la verdad, grítalo, poeta! ¡Canta! ¡Prostérnate! ¡Es tu tributo de grande á lo excelso! ¡Despliega tus alas!"...

Y pasaban jugando con gasas de seda rumorosas, sonrientes, confiadas, en reposo divino de almas sin temores!...

Celmira Acosta Cardoso.



Alfiletero tejido.

MADRIGAL.

Perdón si á tu alma pura
Llevé loco y artero
El fuego abrasador de mi ternura.
Estaba solo, triste;
Cansado el pensamiento,
Se hundía, cuando tú me sonreíste,
En una sombra inmensa: el des-(aliento.
Perdóname, pensé en mi adoles-(cencia
Con el efluvio virginal que exha-(las,
Y buscando otra fe, otra creen-(cia,
Espíritu del mal, tendí mis alas
En el éter azul de tu inocencia.

ESTEBAN FLORES.

Educación moderna:

La madre.—¿Y ya que nuestra hija ha terminado sus estudios de psicología y de sociología, qué otras asignaturas hay que enseñarle?

El padre.—La de remendología y la de cocinología.

Los criados:

—¡Pero, hombre! ¿cómo demonios has roto ese jarrón, que tenía más de tres siglos de existencia?

—¡Más de tres siglos! ¡Pues entonces no se ha perdido nada! ¡Vale más romper las cosas viejas que las nuevas!

PENSAMIENTOS.

Las locuras del amor deben permanecer secretas entre dos seres que se aman: y así no perderán su poesía, conservando su más seductor y misterioso aroma.

—

El silencio es la elocuencia del amor, porque su lenguaje es el alma.

—

El único prisionero que adora á su carcelero es el prisionero de amor.

—

La venganza del amor es perdonable por el sentimiento que encierra en sí; porque el amor, aunque, como el fuego, á veces destruye, también, al igual de ese elemento, todo lo purifica.

—

Tiene el amor soberano poder sobre nosotros, pues igual que nos eleva á lo sublime, nos precipita á lo ridículo, transformándonos en lo que no hubiéramos amado; haciéndonos capaces de acometer á las más nobles y viles empresas, llegando á ser héroes en cualquiera de ellas.

—

Muchas veces se siente la muerte de un ser amado, más por el amor que se pierde, que por lo que se le amaba.

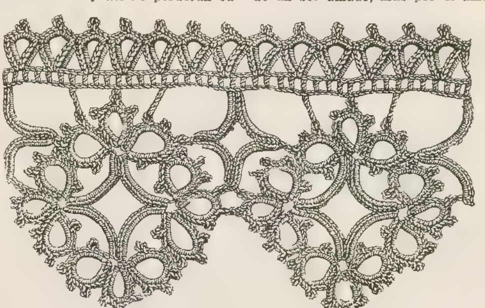
—

Los culpables por amor, siempre están más cerca de alcanzar de Dios el perdón, que los delincuentes impulsados por otras causas ajenas á este sentimiento.

—

El ser verdaderamente desgraciado es el que no ha sufrido por amor, porque su corazón ha desconocido la grandeza de tan sublime sentimiento y no ha experimentado ese grato dolor.

CORALIA.



Punta de gancho y espiguilla.



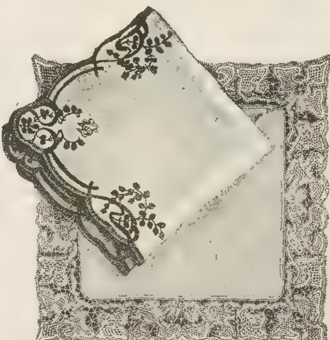
LA OVEJA PERDIDA.

Allá, por un monte
breñoso y cortado,
paciendo cruzaba
feliz un rebaño,
y de allí en las horas
de céfiros blandos,
de luz indecisa
y dulces encantos,
los tiernos corderos,
alegres triscando,
de vuelta al aprisco
bajaban al prado.
Un día, cual siempre,
ya cerca al establo,
el fiel zagalillo,
sus reses contando,
notó con sorpresa,
con hondo quebranto,
que inútiles siendo
sus muchos cuidados,
faltaba una oveja,
la de ojos más pardos,
de negras manitas
y cuello dorado,
la más hechicera
de todo el rebaño.
De prisa el mancebo
guardó su ganado
y corrió afligido
al monte más alto,
buscó entre las breñas,
miró á todos lados,
y el dulce balido
materno imitando,
gritó á la ovejita
llamándola en vano.
Ya triste y lloroso
el pobre muchacho,
temiendo el castigo
volvíase, cuando
creyó, allá á lo lejos,
oir como vagos
quejidos dolientes
de un pecho angustiado.
Lanzóse de nuevo
ligero trepando
la senda escarpada,
y en pos ya del claro
gemir dolorido,
siguió apresurado.
Mas ¡ah! cuán inmóvil
y mudo de espanto
quedó el pastorcillo
con pena mirando
que un lobo furioso,
terror de aquel campo,
la oveja entre dientes
llevaba arrastrando!
Mas pronto, sereno
cuan listo el muchacho,
prepara su honda,
y al lobo apuntando,
la piedra dirige
veloz como el rayo.
La fiera se agita,
y el monte rodando
con fieros aullidos,
llegó muerta abajo.
Ya libre, aunque herida,
del niño en los brazos,
la res descuidada,
sintiendo el engaño,
lloró conmovida
lamiendo las manos
de aquel que salvóla
de tan grave daño
¡Dichoso el que busca
con tiernos cuidados
la oveja perdida
que huyó del ganado!
¡Feliz la que escapa
del pérfido halago!
¡feliz y bendita
si vuelve al rebaño!

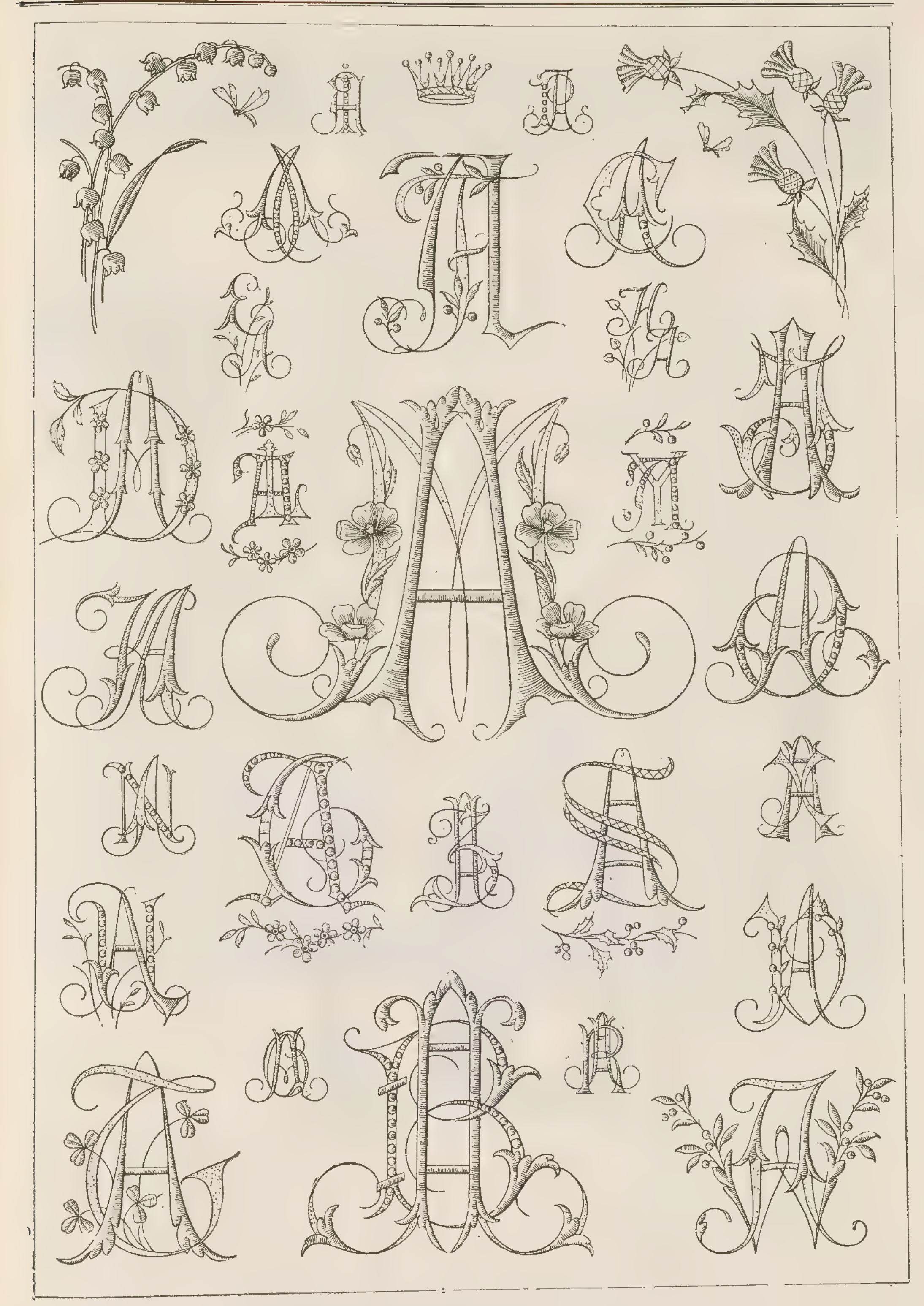
Carolina de Soto y Corro.



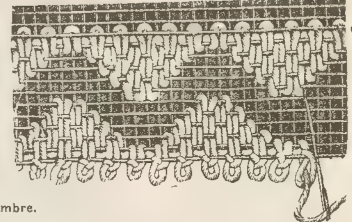
Marco para retrato, arte nuevo.



Pañuelos de encaje inglés.







Modelos para tejidos de cordoncillo, hilaza y estambre.

RECETAS DE COCINA.

Melocotones al gratin.

Móndense, córtense por el centro y quítenseles los huesos, échense luego en una tartera; sazónense con azúcar fina y un poco de agua de azahar; déseles unas vueltas; cúbrase el fondo de una fuente con crema de pasteleros y colóquense encima.

Mézclese con el resto de la crema una clara de huevo batida y cúbranse con ella los melocotones; iguálese con un cuchillo; espolvoréese con azúcar cernida y póngase en el horno.

Se hace también este gratín en un suelo de masa de hojaldre; también se hacen pasteles de manzanas, de melocotones, ó de cualquiera fruta sin crema; se cortan por ejemplo manzanas á rebanadas, se sazonan en una fuente con azúcar fina y un poco de agua de azahar, haciéndolas saltar en la fuente, y después de formar un suelo de pastel de hojaldre, se colocan encima; espolvoreándolas luego con un poco de limón rallado y azúcar, se meten en el horno.

Pastel á la duquesa.

Hágase una crema de pasteleros; en lugar de harina, échense 50 gramos de fécula de patata, que se desleirán y se acabará del mismo modo; échese en una fuente honda, agréguense 125 gramos de almendras machacadas, 64 gramos de azúcar fina, tuétano de buey y flores de azahar garapiñadas, todo ello bien picado; agréguese una onza de limón confitado y cortadito en cuadraditos, medio vaso de vino de Málaga, cinco yemas de huevo, y amalgámese todo junto; cuando se ponga á cocer, agréguense cuatro cucharadas de crema de Chantilly y cinco claras de huevo muy batidas en forma de crema; échese en seguida el pastel en una cacerola cubierta enteramente con papel untado con manteca, cuézanse en el horno media hora después de su calor primitivo; después de la cochura, sáquese de la cacerola, vuélquese en su cobertera, quítese el papel empezando por el del fondo y póngase el pastel en una fuente.

Zapatito de hilo crochet.

Tortilla á la Noailles.

Hágase una crema de pasteleros; échese en una fuente honda, mezclándola con 64 gramos de almendrados y otro tanto de flores de azahar garapiñadas; échense cinco huevos enteros y menéese bien con la cuchara. Cúbrase interiormente una cacerola con papel untado con manteca; échese la tortilla y métase en el horno media hora después de su calor primitivo. Cuando esté á punto, vuélquese en una cobertera, quítese el papel y póngase la tortilla en su fuente.

Pudding inglés.

Píquense 125 gramos de sebo de buey muy harinoso y 64 de tuétano, al que se hayan quitado todos los pellejos; mézclese y píquese todo junto y échese luego en una fuente honda, con 125 gramos de azúcar, otro tanto de harina, cuatro huevos enteros, la cuarta parte de un vaso de ron, un polvito de sal, 125 gramos de pasas secas despojadas de sus pepitas, 64 de mermelada de albaricoques, dos manzanas cortadas en rajitas y 60 gramos de almendrados desmenuzados; menéese perfectamente esta mezcla durante diez minutos; prepárese una servilleta cuyo centro se untará con manteca; colóquese en ella el "pudding" y átense las cuatro puntas dando una forma redonda al contenido de la servilleta, y póngase todo en una marmita con agua; átese á la servilleta un peso para que el "pudding" permanezca siempre en el fondo y cuézase cuatro horas.

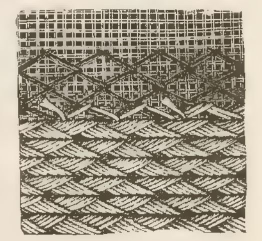
Sírvase en seguida, después de haberlo arreglado con el cuchillo, y póngase en una fuente.

Salsa para el pudding.

Echense en una cacerola tres ó cuatro yemas de huevo, dos cucharadas de harina, 64 gramos de azúcar, otro tanto de manteca fresca de vacas, vaso y medio de Málaga ó Madera y menéese al fuego; cuando vaya á hervir, quítese para pasarla por el tamiz, y échese en una ponchera para servirla al mismo tiempo que el "pudding".

Modo de clarificar el azúcar.

Pónganse en un cazo 500 gramos de azúcar cortada en pedacitos; échenseles dos vasos de agua y póngase al fuego; bátase con un tenedor la cuarta parte de una clara de huevo y la cuarta parte de un vaso de agua; cuando la mezcla forme espuma, échese en el azúcar en el momento en que empieza á hervir y menéese un poco con el tenedor; retírese entonces y póngase en el ángulo del fogón, á fin de que hierva suavemente; espúmese diez minutos después, mójese una servilleta, retuérzase y pásese por ella el almíbar.



Tejido de hilo sobre canevá.



EL TESTAMENTO
Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue: Dos pólizas de "La Mutua,"

Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de Seguro.	14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10.000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Trajes de visita y de casa, para señoritas.

Aventura Castellana.

La diestra sobre el pomo de la espada y el paño de la capa á las espaldas, don Manuel, un joven caballero venido á Madrid para presenciar las fiestas que fueron dadas con motivo del bautizo del infante Baltasar, se paseaba una noche por las calles con todo el aire de un gentilhombre, en pos de una aventura ó combate de amor, cuando una dama, envuelta en negro manto y con la faz velada, saliendo de una casa en espantosa huída, corrió hacia don Manuel y le dijo:

—¡Si vos sois, como parecéis, un caballero de noble y leal raza, sabréis que una dama principal está amenazada de perder el honor y la vida! Mi esposo acaba de sorprenderme, ahora mismo, en casa de uno de sus amigos de quien está celoso y muy agraviado: yo apenas he tenido tiempo de tomar mi mantelina y arrojarme á la escalera. ¡Pero él me persigue! ¡Retenedle á todo precio, porque, si me alcanza, yo seré muerta y deshonrada!

Don Manuel respondió:

Idos en paz, señora.

Y, mientras que la dama se alejaba corriendo, él se colocó ante la puerta, de donde no tardó en precipitarse un hombre desconcertado y de bastante mal humor, á juzgar por sus coléricos ademanes y los juramentos que verraqueaba.

¡Caballero! -dijo don Manuel después de un saludo lento y de una perfecta cortesía,—llegado á Madrid ha pocos días, no es extraordinario que me encuentre descarriado en esta ciudad, que es tan grande como bella. Vos tendréis la bondad, y en ello confío, de indicarme cuál sea la calle San Bernardino, donde tengo el gusto de ser esperado por una persona que me quiere bien y que, esta tarde, en la Florida, me ha prometido abrir su ventana tan luego como su dueño se halle dormido.

-¡Dejadme pasar! exclamó el interpelado; vos habéis visto muy bien que voy de prisa.

—Yo no lo estoy menos que vos, dado que la que me espera tiene los más hermosos ojos del mundo; pero, sin duda alguna, ¿os repugna prestarme ayuda en una empresa de amor? Yo no puedo menos que elogiar la delicadeza de vuestros sentimientos y heme aquí dispuesto á enlazar amistad con un gentilhombre de una virtud tan distinguida. ¡No hablemos más de la calle San Bernardino! De este modo, vos querréis de seguro enseñarme el camino hacia alguna iglesia recomendable por las reliquias que conserve; yo pasaría orando de buena voluntad, la noche que había tenido el mal deseo de consagrar á ocupaciones muy menos austeras.

—¡Idos al diablo y abridme paso!

—¿Qué decís? ¿No puedo hacer ni mis devociones ni el amor?

—¡Por San Jacobo, dijo el marido exasperado, vos os burláis de mí!

—En vuestro lugar, dijo don Manuel, hace largo tiempo que me hubiera de ello percatado.

Y desenvainaron entonces las espadas.—Fué un hermoso duelo con ruídos secos de aceros golpeantes y brillos deslumbradores en la obscuridad de la noche; fué un duelo muy largo: los dos combatientes, de la misma fuerza, tenían idéntico valor. "Ciertamente, pensó don Manuel, la dama encubierta ha tenido tiempo de ponerse en salvo". Mas cuando esto acabara de discurrir, la lámi-



Blusa de lana, para invierno.

na de su adversario le entró profundamente bajo la tetilla izquierda y cayó al suelo de golpe, exhalando un quejido prolongado.

—¡Dios tenga piedad de vuestra alma! balbuceó el vencedor, dispuesto á continuar su camino.

—¡Una última palabra! dijo don Manuel casi expirando. ¿La dama que vos perseguís es joven y hermosa?

—¿Y qué os importa?

—¡Mucho que me importa! Yo estaría desconsolado si muriera por alguna triste vieja, mostachuda y de ojos pitarrosos.

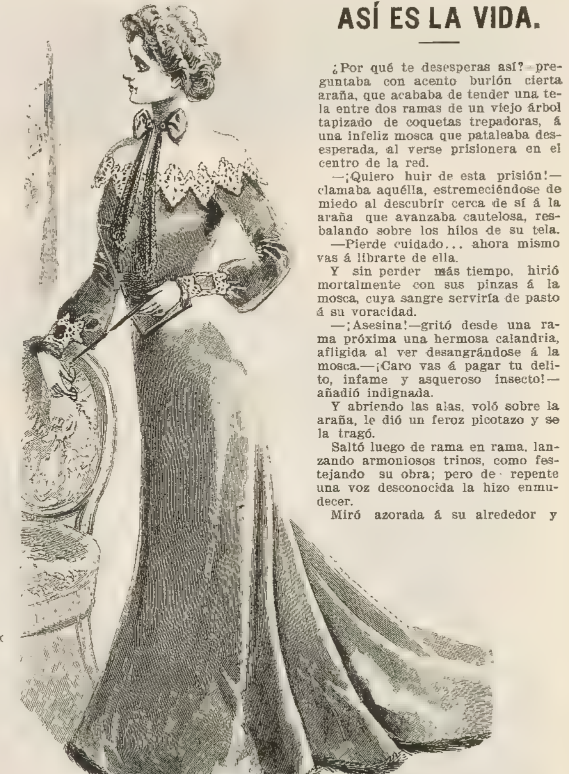
Sabed, pues, que doña Ana tiene apenas veinte años y es la más hermosa mujer de Madrid.

—¡Sea enhorabuena! exclamó don Manuel rindiendo el alma.

JOSE ALBERTO ZULOAGA.

INVOCACIÓN Á LA CARIDAD.

¡Oh tú que desde el Cielo,
Arcángel del amor,
Tendiste el raudo vuelo
Al valle del dolor!
Virgen de ricas galas,
Celeste Caridad,
Que cubres con tus alas
al que sufriendo está.
Flor de fragante aroma,
De celestial color;
Tiernísima paloma,
Suspiro del Creador.
Manantial de consuelo,
¿Quién más bella que tú,
Angel que desde el Cielo
Alumbras con tu luz?
Madre del tierno niño
Que llora en la orfandad,
¡Cuán santo es tu cariño,
Celeste Caridad!
Tú das pan y alimento
Al mendigo infeliz;
Tú das agua al sediento
Que se siente morir.
Lloras con el que llora
Sumida en el dolor,
Que tu pecho atesora
Un manantial de amor.
Con benéfico celo
Conviertes al mortal
En ángel de consuelo,
De virtud y de paz.
Al pobre moribundo
Que expira de dolor,
Al partir de este mundo
Tú auxilias con amor.
Extiende, pues, tu mano,
¡Oh tierno serafín!
A todo ser humano
Que ame al pobre por tí.
Danos, Virgen, tu aliento,
Tus esfuerzos, tu amor,
Y tu divino acento
Al débil dé valor.
Da el premio á nuestro anhelo
Poder á nuestra voz,
Y toca, ángel del Cielo,
Del rico el corazón.
Y danos con agrado,
¡Oh santa Caridad!
Ese fuego sagrado
En que tú ardiendo estás.
Y que jamás hambriento
Vuelva el pobre á llorar:
Vestido y alimento
Tú dale en su orfandad.



Traje de visita, para señora.

ASÍ ES LA VIDA.

¿Por qué te desesperas así? preguntaba con acento burlón cierta araña, que acababa de tender una tela entre dos ramas de un viejo árbol tapizado de coquetas trepadoras, á una infeliz mosca que pataleaba desesperada, al verse prisionera en el centro de la red.

—¡Quiero huir de esta prisión!—clamaba aquélla, estremeciéndose de miedo al descubrir cerca de sí á la araña que avanzaba cautelosa, resbalando sobre los hilos de su tela.

—Pierde cuidado... ahora mismo vas á librarte de ella.

Y sin perder más tiempo, hirió mortalmente con sus pinzas á la mosca, cuya sangre serviría de pasto á su voracidad.

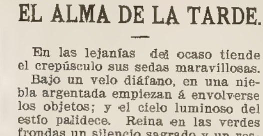
—¡Asesina!—gritó desde una rama próxima una hermosa calandria, afligida al ver desangrándose á la mosca.—¡Caro vas á pagar tu delito, infame y asqueroso insecto!—añadió indignada.

Y abriendo las alas, voló sobre la araña, le dió un feroz picotazo y se la tragó.

Saltó luego de rama en rama, lanzando armoniosos trinos, como festejando su obra; pero de repente una voz desconocida la hizo enmudecer.

Miró azorada á su alrededor y sus ojos inquietos no tardaron en descubrir una serpiente que, enroscada al tronco de un árbol, le decía con voz iracunda:

—Satisfecha debes de haber quedado de tu crimen, ¡oh calandria aleve!, al dar muerte á esa araña infeliz y laboriosa.





Gran modelo parisiense para traje de casa.

EL ALMA DE LA TARDE.

En las lejanías del ocaso tiende el crepúsculo sus sedas maravillosas. Bajo un velo diáfano, en una niebla argentada empiezan á envolverse los objetos; y el cielo luminoso del estío palidece. Reina en las verdes frondas un silencio sagrado y un resplandor indeciso dora las cumbres. En la llanura entre los follajes, se ven grandes manchas de sombra.

Fulgores amarillentos y fugitivos pasan sobre los árboles, rielando sobre las aguas del río. En el horizonte del Oriente aparecen los primeros crespones de la noche, y en la alta bóveda las primeras estrellas como blancos jazmines. Cruzan el espacio pájaros de tardo vuelo. Y del Este obscuro y del Oeste incendiado, del Norte y del Sur, de todas las lejanías, del seno de los bosques y de lo profundo de la tierra, de las leves brisas y de los vientos del cielo, surge un rumor confuso, múltiple é infinito. Voz de agonía que ante la noche negra se escapa del alma doliente de la tarde.

FROILAN TURCIOS.

Un caballerete trata de echárselas de ingenioso en una tertulia, y dice:

—¡No se casan más que los estúpidos!

A lo que le contesta una señora:

—No es verdad; porque de ser así, haría mucho tiempo que estaría usted casado.

Un escritor se presenta en la administración de un periódico á cobrar el importe de un artículo.

Al ver el Administrador el recibo, dice:

—Le advierto á usted que en esta casa no se pagan ya los artículos á diez duros, como antes, sino á seis. Así me lo ha comunicado recientemente el secretario de la redacción.

—No, señor; quien se lo ha comunicado á usted, en todo caso, es el secretario de la "reducción".

Entre convidados á un baile:

—¡Con qué magnificencia da el barón estas fiestas!

—¡Hace lo que debe!

—¡Y debe lo que hace!



Traje de niña, para casa.

La avecilla quiso echar á volar, pero le fué imposible: el terror paralizaba sus miembros y se sentía subyugada por la mirada fascinadora del reptil...

—Grande hazaña ha sido la tuya al quitar la vida á la reina de nuestra selva —decía poco después á la serpiente un lagarto que por entre un grupo de árboles había presenciado el nuevo y bárbaro crimen.

Y sin añadir palabra, se lanzó con rapidez sobre aquélla, que enroscada en el suelo, permanecía insensible é inmóvil, y la destrozó con un golpe de su cola.

Un montaraz que trabajaba en la vecina selva y que había observado atentamente aquella tragedia, exclamó apoyando su brazo derecho sobre la enorme hacha que descansaba en el suelo:

—Los fuertes devoran á los débiles y siempre encuentran excusas... ¡Así es la vida!

Y empuñando el revólver que traía en el cinto, lo decargó sobre el mísero lagarto, que expiró á sus pies, mientras el montaraz repetía con sonrisa feroz:

—¡Así es la vida!

MARIA M. PEDEMONTE.



Trajes de invierno, para señora y niñas, última moda.



Blusa de encajes y aplicaciones.

LA GOLONDRINA.

No te admiro, famosa mensajera,
por que cantes alegre ó tristemente,
ni por tu pluma tersa y reluciente,
ni por que vas y vienes por la esfera.

Tú anuncias, es verdad, la prima-(vera,
mas la anuncian las flores igualmen-(te;
haces del barro vil nido caliente,
pero lo hace mejor la hormiga obrera.

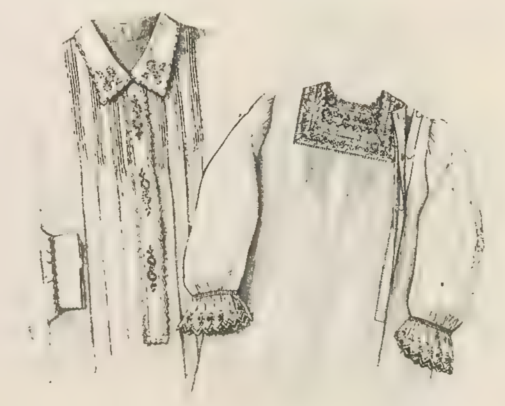
Lo que de tí me admira, ave gala-(na,
es que, viajando de diverso modo,
cuando levantas tu inconstante vue-(lo,

eres remedo de la raza humana,
que—como tú—se arrastra por el (lodo,
y—como tú también—¡escala el (cielo!

MIGUEL BOLANOS CACHO.

Yo guardo, como un tesoro
de valor bien estimado,
el culto por el alado
querubín de rizos de oro
que siempre—con raro acierto—
me habla de un mundo mejor,
y me hace soñar despierto
¡y que se llama el amor!

Ayer: crisálida, niña, capullo;
hoy: mariposa, rosa, mujer...
¡Van mis recuerdos á "lo que era!"
¡Van mis cariños á "lo que es!"



Camisolas de noche.

De vuelta de las Carreras.

La ciudad se despereza á la hora de la tarde.

La luz dorada, el calor tibio y sensual y los perfumes campestres con dulces emanaciones de acacias y de hojas tiernas, reinan y se expanden en armónico y lujurioso oleaje. Bajo el azul purísimo los Andes presentan sus cumbres lejanas coloreadas de rosa, y la gente bulle en abigarrado y pintoresco abejeo por la Alameda.

Sobre los escaños de piedra vense grupos de paseantes: aquí un matrimonio rodeado de niños rubios y bellos; allá comparsas de elegantísimos "smarts", que lucen sombreros de paja, corbatas de colores y amarillas cañas de bambú, con las que trazan sobre el suelo duro círculos y líneas, toda la grafología inconsciente y monótona de las largas esperas ó de las horas desocupadas. Al frente, altos é imponentes, están los pa-



Blusa para señoritas.

lacios de soberbias fachadas, cortando con sus cúspides el azul y mostrando tras de sus ventanas, cual una enorme flor rosada ó pálida sobre un fondo obscuro, algún rostro hermoso de mujer.

De pronto es un ruido sordo el que llega atrayendo las miradas inquietas, es un rumor lejano que se abre paso á través de la campana de los tranvías, del rodar de los coches de posta y del murmullo vago de la multitud.

Es la gente que viene ya de vuelta de las carreras, es el mást variado enjambre de carruajes, de jinetes, de sonidos y de colores, que vaciándose por la calle del Diciocho, se acerca por uno de los costados de la avenida.

Se diría, por momentos, que aquello es un trasunto del París aristocrático y regio, de ese París que vaciándose por la Avenida del Gran Ejército, desciende por los Campos Elíseos.

Contemplamos el desfile en una de las más bellas tardes primaverales, tan impregnadas de luz como de vida, y bajo la gloria de un sol que fluye á chorros por entre los árboles del paseo.

Es un confuso y loco torbellino que tiene por ancho la amplia vía y por largo hasta donde la vista se pierde; y en el que al ruido apagado de miles de ruedas golpeando sobre el pavimento, al chasquido silbante de las fustas y al piafar vigoroso de los caballos de raza, se oyen risas cristalinas que estallan como emergidas por bocas adorables y jóvenes, diálogos masculinos que se entablan á la distancia y á escape, exclamaciones nerviosas y palabras fugaces, todo en medio del más alegre y fulgurante consorcio de las sombrillas desplegadas, de los abanicos en eterno movimiento, de los trajes primaverales y del polvo de oro que se levanta.

Nos creeríamos al frente de gigantesco kaleidoscopio que nos diera, al paso de los segundos, vistas de pasajes galantes realzados, por ejemplo, con colombinas de Villette y mujeres pintadas por Watteau.

Pero ved un enorme "break" charolado que viene al gran trote, y que semeja con su carga de hermosas damas un canastillo que se recargara de flores frescas, habiendo tenido buen cuidado de escoger con mano maestra las más lindas y primaverales, á donde el detalle acude. Vienen en ese "break" rubias y morenas, altaneras unas y otras, llenas de gracia ondulante y de frivolidad sensitiva. Y he aquí que un "flirt" elegante surge de aquel rico haz de belleza, de aquel manojo de flores incomparables. Unos cuantos jinetes trajeados como se estila, de correcta "americana", y que van en sentido contrario, saludan con la más alta cortesía; y es entonces una de esas morenas, una de cuerpo flexible y ojos quemantes, la que alzando su abanico bajo el sol que brilla, sigue con la vista y con interés que se impone, al grupo que ha pasado, mientras sus labios sonríen, al parecer amorosamente.

El desfile dura aún media hora más, firme en su "snob" tempestuoso y firo y en la multiplicidad de sus matices de gemas espléndidas, hasta que las sombras caen y la pálida luz de los faroles de gas empieza, á medida que la tarde huye, á picar de blanco la Alameda por entre los árboles hojosos.

OSVALDO PALOMINOS A.

Trajecito de marinero, para niño de 8 á 10 años.

UN SUSTO.

Es una mañana de verano. Esplendentes fulguraciones de tibio sol, que semejan atar doradas redes al través de la fronda de los huertos. Un cielo sin nubes, como inmenso zafiro incrustado en aquel campo de oro y esmeraldas. Los enhiestos picachos de las montañas recortados en el fondo cobaltoso del cielo por la radiante claridad del astro; y entre las azuladas esfumaciones de las inmensas cresterías, rocosidades incandescentes en los acantilados, como llameantes lavas que ruedan hasta perderse en los cenicientos pinares de los flancos ó en la obscura hondonada de los valles. La extensa llanada, como alfombra felposa, ondulando en variados matices, desde el rubio aterciopelado de los maizales espigados, hasta el manchón verdinegro de las erguidas arboledas. A lo lejos, la argentada y bruñida cinta del río, extendiendo sus cristalinas ondulaciones al través de la floresta y los juncales, saltando con gracia retozona por entre las quiebras, como cantando placentera bucólica, y enseñoreándose, acariciada por la luz, con los tintes mágicos del iris.

Cerca, irradiaciones de luz, opulencia de vivísimos colores, cadencia de variados trinos y suavidad de perfumadas brisas; el agua modulando entre los musgosos peñascales su eterna cántiga, repercutida por las concavidades de las rocas; al pie de una eminencia, añosos álamos, dando sombra á un pequeño huerto de mirasoles y jazmines y bañando las rugosidades de sus nudosos troncos en la corriente espejada, que refleja en sus ondulaciones temblonas los variados tonos del joven y enverdecido follaje. Rayos de luz, filtrando entre la umbrosa de los nuevos retoños, esparcen sobre las aguas profusos haces como de áureos filamentos que transparentan las ondas azuladas con cristalinas lechosidades de ópalo y entre la fronda perfumada de la cercana arboleda, las blancas paredes de algunas rústicas casitas, el humo que en nebulosos y tenues ampos sube de los hogares, el "palmeo" que en los jacales producen las mujeres torturando la masa, el canto de algún campesino que va á la labranza por el oculto sendero de los huertos, los vuelos y cacareos de las gallinas, asustadas por el perro que sigue al campesino, y la bandada de palomas que como blanca nubecilla se levanta de los sambrados vecinos, yendo á posarse en los pretiles y canales.

En el río, cantos y risas de alegres muchachas que se bañan, frescas y con albura de flores. Escóndense algunas entre los jazmines y mirasoles del huerto, saltan otras desde la musgosa peña cayendo entre las aguas y haciendo temblar las brillantes ondas que se levantan convertidas en copiosa lluvia de cristalinas irisaciones. Hienden la corriente que las envuelve entre sus azulados tules; nadan chapoteando el agua; se ocultan entre las ondas para aparecer de nuevo sacudiendo las abundosas cabelleras, sembradas de resplandecientes gotas, como diamantes engarzados en el terso azabache ó en la luminosa filigrana de los rizos, que parecen besar la limpidez marmórea de los cuellos; y con traviesa alegría se persiguen, de nuevo se sumergen, jadeantes de contento, destellando las mórbidas desnudeces entre los indiscretos cristales de la corriente, con mágicas pinceladas de belleza, ya la blancura de un pequeñísimo y hermoso pie, como hoja de flor despedazada entre las aguas, ya la gentil curvatura de algún nivoso seno, coronado por la suave coloración de sonrosados capullos...

De pronto, saltos, carreras y exclamaciones de espanto. Lánzanse las muchachas fuera de la corriente, cayendo, como deshecha guirnalda, entre el follaje del cercano huerto; y en el opuesto lado, arrastrándose por entre el húmedo zacate de la orilla, va apresurada la culebra verdosa de amarillentos anillos.

DAVID F. GOMEZ.



Talle de lana.



Colección de trajes de paseo.

PARA EL HOGAR

LAS VISITAS.

Una de las costumbres establecidas en sociedad que requiere mayor oportunidad y tacto, son las visitas.

Una visita inmotivada, esto es, sin una causa ó pretexto justificado, es siempre inoportuna, y sólo puede permitirse entre parientes ó amigos íntimos.

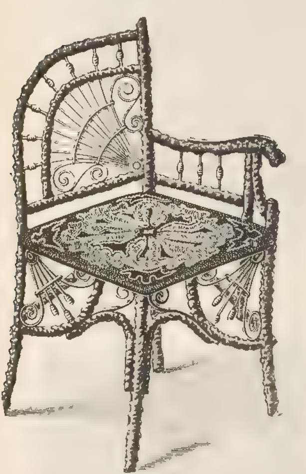
La hora de hacer visitas debe ser cuidadosamente elegida. Una visita hecha á la hora del almuerzo ó la comida, ó en los momentos consagrados al trabajo, es molesta para el que la recibe y denota en el que la hace desconocimiento absoluto de las conveniencias sociales

Por inoportuna que sea una visita debe ser devuelta sin excusa ni pretexto, que nunca podría ser justificado, revelando sólo no conocer las reglas más elementales de la buena educación.

Jamás se debe visitar á nadie hasta después de la hora del almuerzo. Sólo en los pueblos puede tolerarse la costumbre de hacer las visitas por la mañana, por dos razones: porque en ellos se madruga con la aurora, y porque... un tratado de urbanidad sería allí difícilmente comprendido.

Hemos dicho que nadie puede excusarse de devolver una visita. Sólo á personas de un mérito superior podría tolerárseles; pero así y todo, las censuras en que incurran serán harto merecidas. La sociedad impone privaciones, contrariedades y hasta sacrificios, y precisamente las visitas son el lazo que une á la gente, sin que pueda romperse sin romper también con la sociedad.

Para cumplir con ésta, bastará ciertamente visitar una vez al año,



Silla de bambú, estilo oriental.

sin perjuicio de hacer, durante él, otras visitas que pudiéramos llamar de "circunstancias" y que de ellas dependen exclusivamente.

Realizado el hecho que la motive, la visita es indispensable. Tres son las que pueden contarse en este caso.

La del "día del santo", ó primero del año, según la costumbre francesa; la vulgarmente llamada de "digestión", á los tres ó cuatro días de haber sido invitado á comer en una casa; la que es motivada por alguna desgracia de familia ó algún suceso próspero. Hállanse en este caso los fallecimientos, nacimientos, reveses de fortuna, etc.

Sin embargo, pudiera establecerse una distinción: si se trata de una enhorabuena, puede cumplirse con una tarjeta; si de un pésame, la visita no debe excusarse.

¿Cómo deben ser las visitas y cuánta debe ser su duración? He aquí un punto que exige no poco tino si ha de resolverse con acierto.

El buen sentido aconseja que, cuando no existe intimidad alguna, cuando es un trato de puro cumplido, la visita debe ser corta. No puede sobre su duración haber regla fija; depende siempre de la amenidad y encanto que se preste á la conversación ó de su falta de interés y la languidez con que se arrastre. Parecen suficientes diez ó doce minutos, que pueden naturalmente prolongarse si los dueños de la casa instan reiteradamente para no marcharse.

Si tales instancias no se hicieran, es prudente que no pase la visita de quince minutos, y hay, sobre todo, reglas infalibles á que atenerse para la mayor ó menor duración de una visita.

Hay en todas las cosas de la vida un arte conocido del verdadero talento y de los sentimientos delicados, con independencia absoluta del hábito contraído en los salones y en la buena sociedad. Este hábito arte es la oportunidad.

Sed oportunos para llegar, para marcharos, para hablar, para callar, para todas las cosas de la vida. Sólo así conseguiréis hacer efecto.



Cojín bordado, de seda.



¿PARA QUÉ SIRVEN LOS POETAS?

He ahí algo de que jamás he podido darme cuenta exacta, y, lo que es peor aún, algo en que nunca he visto de acuerdo á dos inteligencias. La humildísima mía, juzga que, cuando poderosas facultades estéticas se consagran al bien, los poetas sirven para mejorar al hombre y para conducirlo á Dios; cuando se consagran al mal, sirven, por lo menos, de contraste. En ningún caso, empero, los poetas, los verdaderos poetas, me parecen inútiles.

GILBERTO JASO.

La buena Sociedad Parisiense

POR LA

BARONESA DE ORVAL.

CONTINUA.

Prepárase en el comedor un refresco pues generalmente no se puede pasar sin él ningún baile; y á la mitad ó al fin de la fiesta, se sirve una cena.

Cuidadosamente se dispone el guardarropa; debe reinar en él el mayor orden, á fin de que, á la salida, fácilmente hallen los invitados las prendas que hayan depositado allí.

Se reserva una pieza especial para las señoras en general, pero sobre todo para las bailadoras, y se deja allí á sus órdenes permanentemente una doncella

En dicha pieza ha de haber un tocador grande, á más de una mesa con alfileres, cepillos, polvo de arroz, perfumes, etc.

Si no pueden entrar los coches bajo las bóvedas de la casa, se deberá mandar arreglar un toldo y poner un tapiz delante de la puerta, con el objeto de proteger los trajes en caso de lluvia.

Se cuidará de que los invitados que no hayan hecho aguardar á sus lacayos, hallen coches disponibles al salir de la fiesta.

Habrá también que acordarse de los lacayos, ya que éstos quedan expuestos al frío y á la humedad; se preparará, pues, un local para la "librea," en alguna cochera ó en un cuarto vacío del vecindario, donde se mandarán poner bancos, una mesa con algo de refresco y, en invierno, el fuego suficiente.

Se pondrá de vigilante en la puerta á uno de los lacayos de más edad y confianza de la servidumbre de casa, á fin de que avise á los lacayos cuando deban acercar los coches.

Para la buena organización del servicio exterior, convendrá dar aviso de la fiesta al comisario de policía respectivo, para que se sirva mandar apostar un gendarme en la puerta.

INVITACIONES

Por lo menos con quince días de anticipación se han de repartir las invitaciones para un baile ó un sarao, y aun antes, si el baile ha de ser de fantasía, con la mira de que se disponga del tiempo necesario para combinar un traje, tomándose en cuenta que hoy es muy complicado todo preparativo.

Hácense las invitaciones en tarjetas de bristol, bastante grandes,



Bureaux "chic," modelo parisien.

las cuales, enteramente tersas, no deben ir nunca blasonadas. Habrá que exceptuar, sin embargo, las invitaciones para un baile de fantasía, para un sarao de género particular en cuanto á atavío, pues entonces las tarjetas irán artísticamente adornadas, según la clase de fiesta que se va á dar: si es un baile de flores, las ornará una decoración floral; y si es de fantasía, se adornarán con graciosos figurines vestidos al capricho.

El texto de la invitación depende

Gorrito de estambre, para niño.



Funda de cojín, recamada.



Juego de té, para niña.

de la clase de fiesta: para una ordinaria, es enteramente sencilla la invitación y se hace siempre por el ama de la casa, pues su marido no es sino el primer invitado. Se formula así:

"La señora R. estará en casa el martes 8 de Enero."

En estas invitaciones se menciona, en forma de posdata, si han de hacerse oír artistas en la fiesta; se dice de este modo:

"Habrá concierto."

nombre del jefe de la casa, pues es la grande etiqueta en las recepciones:

"El señor y la señora A suplican al señor y á la señora B (el nombre debe ir escrito con pluma) les dispensen el honor de asistir al baile que darán el día...."

O bien:

"Les dispensen el honor de venir á pasar la velada el día..."

"Se bailará."

Cuando se trata de baile especial, se añadirá:

"Al baile de fantasía." O: "Al baile de rosas." O: "Al baile blanco." O: "Al baile de cenicienta" (que se acaba á media noche en punto). O: "Al baile de flores. O: "Al baile campesino." O: "Comedia." Etc.

Este nuevo uso de indicar en las invitaciones lo que se hará ó el traje que se adoptará, se ha acreditado mucho, y no sólo para bailes, sino para toda clase de reuniones que son motivo de invitaciones por escrito. Tiene efectivamente muchas ventajas, así como para un día de campo, la estación, la hora de los trenes para la ida y para la vuelta, la manera de vestirse, son otros tantos datos que se reciben con muchísimo gusto, y sirven de guías en circunstancias en que á las veces es mucha la vacilación.

No basta una invitación verbal para dirigirse á una velada ó á un baile suntuosos; se requiere que la venga á completar una invitación oficial, impresa ó manuscrita.



Trabajo de punto.

DOS HIDALGOS.

¿La causa del duelo?—Una mujer muy hermosa y muy rica, por la cual se disputaban la mano el Príncipe Sergio, que la adoraba por su belleza, y el Conde Hermann, que la quería por su fortuna. Un fingido altercado—queríase ocultar el verdadero motivo del encuentro—prodújose la tarde en que el gran duque Pedro, ignorando tal rivalidad, los incitó á que se sentaran á su mesa.

Al día siguiente, en plena montaña y después de una hora de ascención penosa, el gran montero del Kaiser dijo, dirigiéndose al Conde Hermann y al Príncipe Sergio:—Señores, he aquí vuestro puesto. Sentaos el uno á distancia del otro y tened cuidado, que el arribo de las fieras no ha de hacerse esperar mucho. Las huellas de algún oso se dejan ver aquí, y si por ellas he de juzgar de una manera concienzuda, permitidme asegurar que el animal es de una bonita talla; no puedo, pues, por menos que recomendarlo á vuestra conocida discreción.

En seguida, los dos rivales quedaron solos. Muy correctos, se dieron las espaldas sin cambiar una palabra: habíanse situado, el Príncipe Sergio junto á un enorme tronco de árbol, y el Conde Hermann en lo más alto de una roca cortada á pico.



Trapeado sobre malla.

Si se ha de bailar, se dirá en las invitaciones:

"Se bailará.

Para un baile rumboso es un poco más largo el contenido de la invitación, y figura entonces en ella el



Bolsa de mano.

Punto delicadísimo es la demanda de una ó varias invitaciones para terceras personas, pues que constituye un modo demasiado libre de imponer la hospitalidad para otros. Si la fiesta es muy fastuosa, la indiscreción es menor; al paso que en una tertulia modesta apenas se cuenta algunas veces con el espacio suficiente para los invitados elegidos.

Cuando se cree uno autorizado para permitirse este indiscreto proceder, se deberá atenuarlo en lo posible con una política extrema, y una vez concedida la invitación, solicitar el permiso de presentar antes de la fiesta la persona ó personas favorecidas.

Frecuentemente es el ama misma de la casa quien solicita de sus amigos la presentación de buenos bailadores, hoy tan escasos; los jóvenes del día han dado en la flor de no aprender ó de no prestarse á bailar.

(Continuará).

* * *

¡Botón de rosa! ¡Lirio entreabierto!
De tus miradas al resplandor,
he descubierto
nuevos perfumes en el amor.

VERSOS POSTUMOS

Recuerdo bien: por aquí
pasaste, triste, enlutada,
la última vez que te ví:
más vale no verte así,
prenda del alma adorada!
Llevabas llanto en los ojos,
que no podías contener,
y aquellos tus labios rojos,
pálidos estaban, flojos
á fuerza de enmudecer.
Y supe—¡nunca supiera!—
la causa de tu aflicción;
comprendí con rabia fiera
que el muerto, aquel muerto era
dueño de tu corazón.

JULIO SERRATOS.

Adorable y adorada,
por el mundo, sonriente,
vas, la frente levantada,
luminosa la mirada
y feliz y refulgente.
¡Ay! que nunca pasión loca
que marchita cuanto toca
haga tristes, entre enojos,
la mirada de tus ojos,
¡la sonrisa de tu boca!



Pasta para libro.

Un cuarto de hora pasó sin que variasen de postura, evitando mirarse y con el oido atento al más leve rumor. De pronto, el Príncipe se estremeció ligeramente y exclamó:

—¡Poneos en guardia, Conde, que ahí viene la bestia!

* * *

Un ruido de arena removida y de ramajes destrozados... Bruscamente, á veinte pasos de los valientes cazadores, una masa negra salta de entre las malezas y los sabinos: es el oso, que percibe á los dos hombres, se detiene un momento poseído de salvaje extrañeza y avanza luego...

El Conde Hermann, el primero, había disparado su carabina; y tras el eco de una sorda detonación, el enorme oso cayó lanzando un agudo gruñido. Estaba herido solamente, y sin darle tiempo para ponerse á la defensiva, el Conde Hermann vió á la fiera á dos pasos de él, rechinando los dientes y con las manazas abiertas para abrazarlo furiosamente. Llevóse el Conde la mano al cinto.... mas era tarde ya: ¡había caído exhalando un grito de angustia!

—¡Oso maldito!—exclamó entonces con voz entrecortada el Príncipe Sergio, apoyando la barba en la culata de su escopeta y apuntando á la frente del terrible animal, justamente en el momento en que éste se movía con rabia loca, descubriendo el cuerpo de su presa...

¡Un segundo habría bastado para que el Conde Hermann recibiera una bala en mitad del pecho!

Desesperado el Príncipe, arroja su carabina con violencia, y empuñando su cuchillo, se precipita sobre el informe grupo que lo rodea. Durante un cuarto de minuto, los tres cuerpos se confunden en trágico desorden, hasta que el Príncipe Sergio se levanta asiendo con su mano crispada el mango de su cuchillo de caza, literalmente enrojecido de sangre. El oso se irguió también en un esfuerzo supremo, para luego caer casi exangüe, agitando en el aire sus patas formidables.

—¿Estáis herido, caballero?—preguntó el Príncipe Sergio.

El Conde Hermann tenía puesta una rodilla en tierra, y sofocado, jadeante, replicó:

—No; no tengo nada. Ha sido un milagro positivo. Apenas un rasguño en el brazo izquierdo.

—Mis parabienes—exclamó el Príncipe—porque habéis escapado de un peligro inminente.

—Reconozco, señor—dijo el Conde, —que os debo la vida.

—Bien está—interrumpió el Príncipe;—mas hacedme la gracia de no decirlo, porque de lo contrario, un duelo entre nosotros se consideraría imposible, y esto habría de entristecerme.

El Conde Hermann se inclinó en señal de asentimiento, y ensayando sonreír, su boca se contrajo por el despecho que lo hería.

Un rumor de voces entusiastas les hizo volver la cara: cinco ó seis cazadores se aproximaban á toda prisa.

¡Bravo, señores!—dijo el montero mayor del Kaiser, que fué el primero en llegar.—Mas ¿á quién debemos felicitar?

—A los dos—contestó el Príncipe Sergio,—si vos creéis que vuestra caza vale la pena. Es este caballero quien ha dado á ese oso la bienvenida, y soy yo quien le dió la despedida.

* * *

Un cielo nublado y lleno de fugaces relampagueos. El Príncipe Sergio y el Conde Hermann se alejaban, revólver en mano, á veinticinco pasos uno de otro. Los cuatro testigos se retiran y á una señal del juez los contendientes apuntan....

Se oye tan sólo una detonación, y el Príncipe Sergio, que acaba de tirar, baja su arma y requiere al Conde, duelista famoso, á que dispare sobre él.

—Así lo haré—replicó aquél con voz serena.

A la voz de mando, una segunda detonación resuena, y el Conde Hermann, dejando caer su pistola cargada aún, se lleva la diestra á la cabeza y cae en tierra moribundo...

¡Había, á su vez, querido salvar al Príncipe Sergio!

LEON DIAZ GUERRA.



Camisas de lino.



Cuello de encaje inglés.

PENSAMIENTOS

La mujer siempre agradece los elogios que se la tributan, aunque sean inmerecidos. Algunas veces, no muchas, suelen olvidar los favores recibidos, pero nunca olvidan los que ellas proporcionan por un sentimiento de humanidad en un momento en que la razón y la conveniencia se hallan bajo la influencia y predominio del sentimiento.

* * *

Nada fascina y desvanece tanto como una elevada posición en la administración del Estado conquistada más por la "Gracia" que por la "Justicia".

* * *

Individuos que humildemente pretenden un puesto apoyándose en femeninas influencias ó arrastrándose por el suelo como un miserable y repugnante "anélido", cuando consiguen el fin que apetecen, se hacen irresistibles é insoportables, despreciando todo aquello que les recuerda su modesto origen.

Nada es más difícil de pagar que las deudas de la gratitud.

MANUEL G. ARACO.

Llamarse Rosa como tú te llamas,
y ser tan linda, Rosa, como eres,
es un pleonasmo que á los hombres (gusta
¡y despierta la envidia en las muje- (res!

—

Yo no "cazo en vedado"; si cazara,
tengo la certidumbre que algún día
sin poderlo evitar... me casaría,
y la "caza" en "casorio" se trocara
y en "dichos" y en unión la "caze- (ría..."
(¡Todo esto suponiendo que enviu- (dara!)

No te conozco, pero en mis sueños
de eterno joven enamorado,
pasar te he visto, rápidamente,
tibios perfumes dejando al paso.
No te conozco, y estoy seguro,
¡linda Teresa, de que he acertado!

***

A Sarita Cadaval,
que es de azúcar un terrón
y un montoncito de sal—
—¡bonita combinación! —
le dedica eta postal
"Santi-Báñez" ó Chacón.

Un marido muy avaro echa en cara á su esposa su generosidad para con los pobres.

—¡Tu prodigalidad me asusta!—le dice.—¡Eso es una locura!

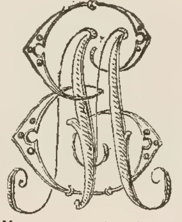
Es posible; pero tranquilízate, porque mi locura no es contagiosa.

* * *

Cierto abogado defendió en un litigio á una señorita á la cual pretendía, y le hizo pagar una cantidad enorme por sus honorarios.

La niña le echó en cara su codicia y él respondió:

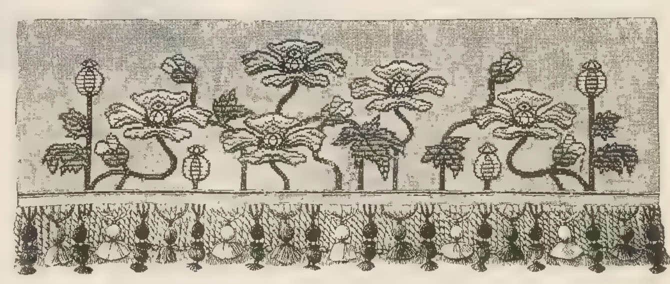
—Le hago pagar á usted el precio justo, para que vea cuán lucrativa es mi profesión y el buen negocio que haría usted casándose con un hombre que tan fácilmente gana el dinero.



Monograma para marcas.



Juego de servilletas caladas.



Cenefa para carpeta.

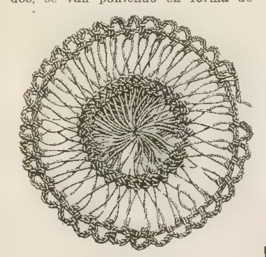
RECETAS DE COCINA.

Pastel Carolus.

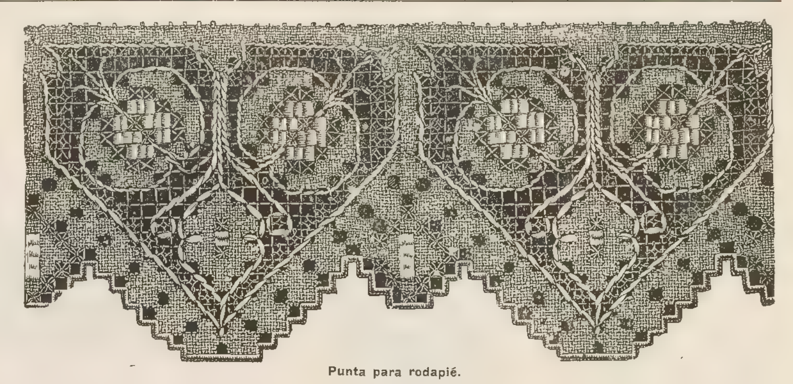
Móndense 250 gramos de almendras y macháquense en un mortero, humedeciéndolas con una clara de huevo y una cucharada de agua de azahar, en la que se hayan tenido en infusión ralladuras de limón. Agréguense á la pasta cuatro yemas de huevo y 250 gramos de azúcar, y trabájese todo durante diez minutos; bátanse en seguida de firme las cuatro yemas de los huevos y amalgámense con el resto de la operación, que al fin se echará sobre un suelo de pastel de masa de hojaldre de cinco milímetros de espesor, cuyos bordes se levantarán en forma de dobladillo, á fin de que la pasta de almendras no se derrame; póngase en el horno media hora después de su calor primitivo, y, cuando empiece á tomar color, cúbrase con un papel á fin de dar á la pasta tiempo para que se cueza.

OBSERVACION

Este pastel puede transformarse en pastel amerengado; á este efecto, es preciso batir mucho tres claras en las que se van cerniendo con un tamiz de seda 125 gramos de azúcar y la ralladura de un limón; y, cuando estos objetos estén bien amalgamados, se van poniendo en forma de pirámide, con una cuchara de café, montoncitos colocados unos junto á otros; se espolvorean estos merenguitos con azúcar en grano y se expone de nuevo el pastel al fuego del horno media hora después del calor primitivo; á fin de dar color á los merengues, sobre cada uno de éstos se pueden colocar pistachos picados.



Cubierta para mesa de estorbo.



Punta para rodapié.

Macedonia de frutas.

Cuézanse en almíbar toda clase de frutas; después de haber cortado y mondado las grandes, como manzanas, melocotones, etc., colóquense simétricamente en un molde en forma de cúpula ó en una ponchera, donde se irán colocando separadamente las especies; más aún, quítese con un vacíamanzanas el corazón de las frutas, córtense por la mitad y llénese el vacío con una cereza ó con pedazos de toronjas en conservas.

Cuando todas las frutas estén de este modo colocadas en el interior del molde, mézclese con sus despojos una gelatina al ron, con lo cual se acabará de llenar dicho molde; póngase al fresco, y en el momento de servirla pásesele por encima un poco de jalea de manzanas.

Vol-au-vent á la macedonia.

Cuézase como de ordinario un "vol-au-vent", quítese después de la parte interior la pasta que no esté bien cocida, y húndase la cobertera hasta el fondo; lústrese alrededor con lustre real sembrando encima pistachos picados; póngase á secar un momento y, cuando se quiera servir, échese en él la macedonia, procurando que la boca del molde venga bien con la del "vol-au-vent".

Siciliana.

Póngase en cuatro platitos crema de pasteleros; dése color al primero con verde de espinacas, al segundo con carmín, al tercero con chocolate rallado, y el cuarto se deja al natural; córtese un bizcocho de Saboya en rajas y póngase sobre cada una de ellas una capa de crema distinta. Póngase de nuevo el pastel con su forma primitiva y désele lustre con lustre real.

Puede darse al pastel la forma que se quiera y variar el color del lustre. Todo consiste en el gusto del repostero; puede también reemplazarse la crema con toda clase de jaleas y confituras.

Quesito á la Chantilly, llamado bavaroise.

Echense algunas cáscaras de limón en un mortero y macháquense de modo que no queden fragmentos; macháquense también 250 gramos de almendras, que se irán humedeciendo con leche cocida y fría; al mismo tiempo hiérvanse tres cuartas partes de un litro de leche con medio bastoncillo de vainilla y 250 gramos de azúcar; cuando se haya reducido á dos terceras partes, déjese enfriar y mézclese con las almendras, y pásese todo por la servilleta, apretando las almendras cuanto sea posible; mézclense en seguida con esta leche 24 gramos de gelatina clarificada y póngase en hielo; entonces hay que menearla de cuando en cuando, y cuando la leche empiece á congelarse, hay que agregarle una cantidad semejante de crema á la Chantilly y una buena cucharada de agua de azahar; úntese un molde con aceite de almendras dulces, y échese en él el queso; se colocará muy bien el molde en seis libras de hielo machacado, y en el momento de servirla se echa en una fuente.

EL TESTAMENTO
Del Ilmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue: Dos pólizas de "La Mutua,"

Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de Seguro. .	14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.





Traje de visita y bata para casa. El primero es elegantísimo y propio para visitas de confianza. El cuello de la bata es de encaje inglés, lo mismo que el adorno de las mangas.

Leyendas y tradiciones.

El terrible Almanzor, en el apogeo de su gloria, llegó ante Barcelona el 1o. de Julio, y cinco días después daba el asalto á la ciudad, me hubo de sucumbir ante la muchedumbre de sus enemigos; pero aún no habría vuelto á Córdoba el afortunado vencedor, cuando ya los catalanes sorprendidos, mas no aterrados, se disponían á tomar el desquite y á rescatar su querida capital, clavando de nuevo en sus muros el estandarte de la Cruz. El conde Ramón Borrell, haciendo de Manresa su cuartel general, llamó en su auxilio á cuantos compatricios podían prestárselo, y que acudieron solícitos á su llamamiento, siendo tal el empeño con que los manresanos secundaron la empresa, que al abandonar Borrell la población, para ir al rescate de la oprimida capital, es fama que no quedó allí más gente que las mujeres, los ancianos, los impedidos y los niños de tierna edad, pues cuantos se hallaron en estado de empuñar un arma, apresuráronse á alistarse en el ejército de la patria y á compartir con el conde los riesgos y la gloria de la expedición, dejando á los que forzosamente se quedaban, con la amargura de no poderlos acompañar. Y aun se refiere que no se limitó al sexo fuerte el entusiasmo guerrero, sino que contagiadas de él, valerosas mujeres contribuyeron con varonil esfuerzo á la victoria. Esta fué completa; la ciudad volvió á poder de su legítimo soberano, y los sacrificios y la pericia de Almanzor resultaron estériles; pero los árabes arrojados de Barcelona, á los que no pudo ocultarse la importante parte que en su desastre habían tenido las gentes de Manresa, cayeron sobre esta población, casi desguarnecida, descuajaron los árboles de sus montes, talaron la campiña, arruinaron sus murallas y sus casas, hicieron en ella tales estragos, que en los documentos de la época no se la cita ya sino como una ciudad destruída, como algo que fué y ya no existe. Y es tradición también que entonces, los pocos habitantes que lograron salir con vida del tremendo desastre, reuniéronse ante el montón de humeantes escombros, y alzando al cielo los ojos, llenos á un tiempo de resignacion, de fe y de energía, dando por bien empleados sus sufrimientos, supuesto que en bien de la religión y de la patria habían redundado, juraron no abandonar aquellas ruinas y hacer resurgir de ellas su querida ciudad natal, contando con el esfuerzo de sus brazos y con el auxilio del Todopoderoso.

¡Felices tiempos aquellos, de creencias firmes é indomable constancia! ¡Gloriosa época la del conde Ramón Borrell, la del que, aliado con Muhamed, de Toledo, y puesto al frente de un ejército de 9,000 cristianos y 30,000 musulmanes, marchó contra el cordobés Suleiman, atravesó buena parte de España y ganó la señalada batalla de Akbatalbacar, palabra que significa en árabe "colina de los bueyes," y la ganó merced al denuedo de los suyos, cuando ya sus aliados la tenían perdida, consiguiendo, según la frase de un historiador, que por primera vez los estandartes de Cataluña reflejasen en las aguas del Guadalquivir. Dignos de su conde se mostraron los escasos manresanos sobrevivientes á la catástrofe de que más arriba hemos hablado; cumpliendo su promesa, trabajaron con tesón, llamaron á su lado gentes de los puntos comarcanos; comenzó la repoblación; ésta, aunque lenta, pues así había de ser en circunstancias históricas como aquéllas, fué continua, persistente; y así como la persistencia y la continuidad de la gota de agua horada la dura piedra, la constancia de tales hombres y de sus sucesores reunió y dispuso cuantas piedras fueron necesarias para que, no sólo quedara reedificada Manresa, sino que alcanzara un grado de esplendor á que no llegó ninguna otra ciudad subalterna de Cataluña. "Los monumentos que levantó en sólo un siglo, dice un erudito escritor, atestiguan su riqueza y su encumbramiento en la edad media. En 1308 se trabajaba ya en el convento de Padres Carmelitas; en 1318 se empezaba el de Santo Domingo; en 1328 se estaban echando los cimientos de la Seo; antes de 1350 tenía ya construída su costosa acequia. Menguó después su afán por construir; mas no habían pasado dos siglos cuando, entusiasmada por los vivos recuerdos de San Ignacio de Loyola, edificaba nuevos templos sobre cada uno de los lugares que éste santificó con su presencia."

No hay período importante de la historia que no esté señalado por una catástrofe en la ciudad que nos ocupa. Destruída por los romanos, por los godos y por los árabes, fuélo también de un modo infame, en 30 de Marzo de 1818, por los franceses que acaudillaba Macdonald, quien la pegó fuego sin respetar ni aun los hospitales; pero tal fué la cólera de los manresanos y tanto aliento les infundió el auxilio de las escasas tropas que mandaban Sarsfield y el barón de Eroles, que dieron sobre los miserables que así vengaban sus derrotas de 1808, obligándoles á retirarse, los persiguieron sin tregua ni descanso, y cuando al fin el general de Napoleón logró, no sin grandes dificultades, guarecerse detrás de los muros de Barcelona, al pasar revista á su gente hubo de cerciorarse de que su inicua hazaña, impropia de un caudillo y de un ejército civilizados, le había costado más de un millar de hombres.

¡Y Manresa renació una vez más! Con razón se la puede llamar la ciu-



Traje de paseo.

dad Fénix. En esta ocasión su renacimiento fué rápido, su crecimiento asombroso; y como con sus construcciones de otros siglos había dado ya satisfacción á sus necesidades espirituales, preocupóse ahora de las materiales; hízose ciudad industrial, y al lado de los campanarios de sus templos eleva al firmamento las chimeneas de sus fábricas, rindiendo así tributo á los dos más nobles sentimientos de la Humanidad: el amor al trabajo, que dignifica al hombre, y la veneración y la gratitud que se debe al Señor de cielos y tierra.

EUSEBIO BLASCO.

SUEÑOS DE AMOR.

Yo quisiera soñar, porque soñando
feliz me considero
porque sueño con dichas y venturas
de mis pasados tiempos.
Quiero vivir soñando, porque en (sueños
veo su imagen bella
y dichoso me siento al contemplarla
y á mi lado tenerla.
Quiero, en fin, que soñando el tiempo (pase;
quiero no despertar,
porque temo morir cuando presienta
la triste realidad.

RAFAEL FERNANDEZ.

A tus ojitos azules
no los quiero ver llorar,
¡que el cielo se pone triste
cuando anuncia tempestad....!



Pelerina para señoritas.

DEFENSAS QUE MATAN.

Unas cuantas hormigas
quisieron una vez
hacerse independientes,
para lograr comer
sin que pájaro alguno
en el terreno aquel
en que vivían ellas,
pudieran entrar también
á rebuscar el fruto
de la sabrosa mies.
Es natural, los pájaros
querían defender
el derecho legítimo
que les daba la ley,
para entrar en sembrados
y, cumpliendo un deber,
despojarlos de insectos;
mas se armó tal belén,
que pájaros y hormigas
luchando por vencer,
ellas traidoramente
y ellos con altivez,
unos y otros se hacían
la guerra sin cuartel.
Se enteran los pavos,
bichos de mala fe,
y, de los pajarillos
jamás hablando bien,
en pro de las hormigas
mostraron interés,
diciendo que elogiaban
su noble proceder.
Al oirles los pájaros,
les dijeron:—¿Por qué,
cuando ninguno os llama,
venís á defender
el derecho á la lucha
de las hormigas?—Pues,
—contestaron los pavos
con gran desfachatez—
¡porque queremos solos
comérnoslas después!

JOSE RODAO.

HISTÓRICO.

Antes de subir al cadalso Ana Bolena, condenada á muerte por Enrique VIII, su esposo, escribió á éste una carta en la que le decía:

—Señor, vos habéis tenido siempre especial cuidado de mi elevación, y veo que no perdéis de vista vuestro objeto: de simple dama me hicisteis marquesa de Pimbroock; de marquesa pasé á reina y de reina me eleváis en este momento al rango de los santos.

SUEÑOS DE AMOR.

¡Ay! quién pudiera soñár
con sus primeros amores
y bajo un cielo de flores
ver la dicha resbalar.
¡Ay! qué indecible placer
el corazón embriaga,
cuando en nuestro sueño, vaga
la sombra de una mujer!
Qué arrobadora armonía
de los sueños se desprende,
cuando entre ilusiones, tiende
sus galas la fantasía!
Cuando entre aromas y flores
nuestro capricho se lanza
al templo de la esperanza
sobre nubes de colores.
Pasad, pasad lentamente,
horas que mecéis mi sueño;
pasad, y que nunca el ceño
se pose sobre mi frente.
Porque ese suspiro blando
que me acaricia, quizás
no vague en mis labios más
que mientras esté soñando.

Constantino Gil.

El Corsé en las Señoras.

La cuestión del corsé es antiquísima y jamás ha sido resuelta ni por los higienistas ni por los médicos. La diversidad de opiniones respecto á este asunto es muy grande, y en lo único en que se ha llegado á convenir unánimemente, es en que



Traje de calle.

la salud y la higiene de la mujer dependen del corsé que ésta use.

Privilegio de los nobles en antiguos tiempos, el dominio del corsé extendióse poco á poco en todo el mundo, al grado de no haber en la actualidad ninguna población, por pequeña que sea, en la que el corsé no desempeñe un importante papel en el atavío femenino. Las tribus de los salvajes no usan este adminículo, pero en cambio emplean un fajero que ciñe y ajusta perfectamente las formas de las mujeres. Por lo visto, es indudable que la anatomía femenina necesita á la fuerza



Trajecitos para niños.

de este objeto, cualquiera que sea su forma y su calidad.

Seguramente que la mayor parte de las mujeres desconoce en lo absoluto los bienes que puede proporcionarles el corsé, y la gran mayoría ha experimentado los resultados funestos del empleo exagerado del mismo. Sobre este particular se refieren multitud de anécdotas, al-

gunas de las cuales corren de boca en boca y no vale la pena repetirlas. Por lo que se refiere á las enfermedades que ocasiona el corsé, podemos asegurar que las de estómago y los accidentes más ó menos graves que vienen en la maternidad tienen por causa el mal uso de dicho objeto. También todos los médicos están de acuerdo en que en un ochenta por ciento de los casos en que las mujeres padecen de neurostenia, esta terrible enfermedad proviene del uso del corsé.

El único medio de evitar las enfermedades y los accidentes, sería el que cada una de las mujeres usara un corsé hecho "ad hoc," es decir, de acuerdo con la anatomía de su cuerpo, aunque se sacrificaran, en parte, los atributos de coquetería y elegancia. Como esto es imposible prácticamente, de ahí resulta que son tan frecuentes y numerosos los perjuicios que ocasiona el uso del corsé. Hace poco que uno de los gobiernos europeos ordenó que las señoritas educandas de las escuelas nacionales no deberían usarlo, bajo pena de severos castigos; esta disposición provocó á risa, pues las señoritas en cuestión fueron las primeras que protestaron enérgicamente contra semejante ataque á las garantías individuales.

Un buen corsé debe estrechar el cuerpo sin comprimirlo; modelar las formas sin exagerar las curvas naturales; dar esbeltez al cuerpo sin forzarlo en lo más mínimo, y hacer que el busto se destaque del resto del cuerpo sin causar molestias. Este sería el corsé ideal, que desgraciadamente no se conoce aún, pues aunque á primera vista parece que todos los corsés logran los fines que hemos indicado, ninguno de ellos es capaz de lograrlos sin que la mujer que lo usa, ponga algo de su parte para aparentar naturalidad. Esto es claro desde el momento en que todos los corseteros son comerciantes y desconocen en lo absoluto la anatomía del cuerpo humano, pues un maniquí es el modelo que emplean para la prueba de sus productos.

Debe, por consiguiente, evitarse el empleo exagerado de este adminículo y usarlo solamente en los casos en que á ello obliguen las fórmulas sociales.



Abrigos y vestido para niñas.



Elegante talle de seda, con aplicaciones.

EL ÚNICO NOMBRE.

Ella me preguntó sonriendo:

—Si yo no me llamase Marión, ¿qué nombre te gustaría que tuviese? ¿Cuál me darías?

—Uno solo te conviene: el tuyo—dijo él, porque, llevándolo tú, es el más hermoso de todos.

—¡Qué madrigal más soso. Dios mío!—respondió la niña con enojo;—te estoy hablando formalmente

—Vamos—prosiguió,—supón que no sabes cómo me llamo: ¿cómo te arreglarías para elegir un nombre digno de mí y que al propio tiempo te agradase?

—Puesto que lo deseas, óyeme—dijo él:— de cada una de las palabras que designan las seis cosas más bellas del mundo, tomaría una letra, y combinándolas, formaría tu nombre.

—¿Y cuáles son esas seis cosas bellas, amigo mío?

—Cuenta con los dedos. La mar.

—¿Por qué?

—Porque es tan misteriosa y tan dulcemente traidora como la mirada de esos divinos ojos.

—¿Y después?

—La aurora.

—¿Por qué?

—Porque es tan sonrosada y húmeda como la sonrisa de tus labios.

—¿Y luego?

—La rosa.

—¿Por qué?

—Porque es tu misma boca.

—¿Y después?

—El mes de Abril.

—¿Por qué?

—Porque es casi tan perfumado como la finísima batista que acaricia tu seno, tus brazos y tu talle.

¿Luego?...

—El pájaro. Porque se esfuerza en imitar, aunque inútilmente, con sus trinos y gorjeos, la dulzura triste ó alegre de tu voz de ángel.

—¿Y por último?

—La nieve. Porque es blanca como tú.

—¡Qué adulador estás! Pero, en fin, vamos á ver: ¿de cada una de esas palabras tomarías....?

—Una letra, M, de la mar; A, de la aurora; R, de rosa; I, del mes de Abril; O, del pájaro, y N, de la nieve.

La joven soltó una carcajada.

—Pero—dijo,—si no me equivoco, con esas letras formarías mi mismo nombre.

—No, no te equivocas, porque tu nombre adorado es el único digno de que tú lo lleves, y si no, pregúntáselo á la mar, la aurora, las rosas, los pájaros y la nieve.

Catulo Mendes.

DESAHOGO.

No hay mortal en esta vida
que no sepa sus defectos,
y el que no los conociere
da señal de no estar cuerdo.
Hombre no hay ni ha habido nunca
que sus ojos no haya vuelto
hacia el fondo de su alma
sin mirar un punto negro.
Las pasiones adormidas
y los íntimos secretos,
se revelan claramente
al más torpe entendimiento;
de lo injusto, de lo malo
toman nota hasta los necios,
que los necios también tienen,
como todos, su criterio,
juez adusto que no engaña,
inflexible juez severo.
Si no fuese de tal modo,
los pecados serían menos;
que pecar sin advertirlo
no es pecar, según entiendo;
y la cifra de los tontos
que recorren este suelo,
he podido averiguar,
según cálculo modesto,
que es cien veces más crecida
que la de hombres de talento;
y el que piense en esto mismo
ha de ver que no exagero
Nadie, pues, se libra al yugo
del tenaz remordimiento:
¿quién no siente el torcedor
pertinaz de los recuerdos?
policías incorruptibles
que, del alma en los adentros,
tienden redes al culpable
y lo apresan sin remedio.
Cómo, entonces, en el mundo
vense rostros tan serenos,
dulces ojos, si los ojos
de las almas son espejos?
¿Cómo muchos aparecen
de su vida satisfechos?
¿Alguien hay que por ventura
al rigor no esté sujeto
de tener siempre delante
el caudal de sus defectos
y el recuerdo de sus culpas
y el tenaz remordimiento?
No, repito; nadie está
de tan dura ley exento,
ni habrá nadie que la eluda
mientras dure el universo
Esos ojos apacibles
y esos rostros tan serenos
son almíbares que encubren
la amargura del veneno;



La blusa de este traje es de seda. Lleva adorno dé terciopelo y cordones de pasamanería.

son disfraz con que los hombres
enmascaran sus intentos.
¡de malvados y de hipócritas
está lleno el mundo entero!

JULIO SERRATOS.

Toilette femenina.

Indescriptible es el entusiasmo que actualmente reina en Europa con motivo de la próxima exposición que habrá de efectuarse el mes de Diciembre en el Imperio Ruso. Los principales fabricantes de aquellas naciones preparan sus productos y hacen derroche de capitales y de buen gusto, para que los objetos que ellos exhiban no permanezcan relegados al olvido, sino que logren el premio ambicionado.

El interés de estos comerciantes es explicable, toda vez que una buena parte de sus futuras ganancias depende del éxito que sus productos obtengan en esta exposición europea. Deberemos hacer una explicación: el certamen internacional que se proyecta, no es agrícola, ni de maquinarias ni de ciencias; es, sencillamente, de trajes de la última moda para señoras. Lo que presenciará Europa entera es la "toilette" de una dama del gran mundo.

Como se comprende, el entusiasmo de las señoras raya en el delirio, pues en el certamen podrán elegir á su gusto las blondas más finas, los encajes más artísticos, las sedas



Talle torero y corbata de encaje.

más crujientes, los sombreros más "chic", el calzado más presumido, los "fondos" más.. pero debemos tomar aliento. Cuando se trata de señoras, hay que ser reposado y especialmente si se trata de señoras elegantes. Nuestros lectores saben por experiencia que no hay en el mundo nada tan difícil como dar gusto á una mujer hermosa, y hermosísimas serán las damas que concurran á la exposición de Rusia.



Sacos de abrigo. Ultima moda para la próxima estación de invierno.

Sabemos que serán hermosas, porque el comité organizador de la exposición se encuentra presidido por la gentil y guapa gran Duquesa Alejandra, hermana del Czar Nicolás, y una de las más hermosas mujeres que hay en la actualidad. La Gran Duquesa es una mujer de muy buen gusto. Conque ya se ve que teníamos razón al asentar que las damas que concurran á la exposición serán divinas. Además de su natural hermosura, debe tenerse en cuenta su elegancia en el vestir, la aristocracia de sus maneras, el arrojo de su porte, y otros mil y mil factores de suma importancia para el éxito de un certamen de esta naturaleza.

Esto por lo que respecta á las damas, que si de comerciantes tratamos, el asunto es menos delicado si se quiere, pero puede estudiarse bajo numerosos aspectos. El crédito comercial, las finanzas, los reclamos, la fama profesional, etc., etc., son asuntos importantísimos para los hombres que consagran su existencia á la eterna y desigual lucha del comercio.

La fama profesional es la palabra desde el momento en que un fabricante de encajes ó un confeccionador de vestidos "estilo sastre" necesita acreditarse y adquirir fama, más que ningún otro comerciante, para realizar sus productos.

La exposición á que nos referimos se efectuará en el suntuoso castillo de Tauride, residencia de la Gran Duquesa Alejandra. A la regia mansión han llegado ya numerosas "obras de arte femenino" que han sido perfectamente instaladas en los elegantes departamentos que se les ha destinado. Un mes durará la exposición y poco tiempo después se otorgarán los premios y las menciones honoríficas. Los comerciantes que triunfen en esta lucha colosal, pueden vivir tranquilos y seguros de que sus arcas se llenarán en poco tiempo.



Intima.

I

Sobre la rama de un olmo
un pajarillo cantaba,
cuando las manos unidas
y fijas nuestras miradas,
eterno amor nos juramos
en la selva solitaria.
¡Tuvo envidia el pajarillo
al mirar ventura tanta,
y elevándose á los cielos
batió animoso sus alas,
mientras en sonoro beso
se fundieron nuestras almas!

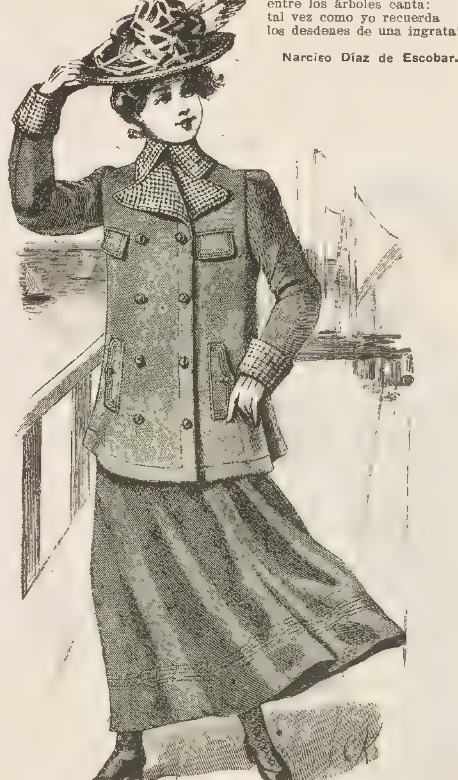
II

Aquel mismo pajarillo,
posado en la misma rama,
escucha mis tristes quejas,
y aprende toda tu infamia,
tu olvido y mi desamparo,
tu traición y mi venganza.
Parece que mi tristeza
el pajarillo acompaña,
y sin elevar su vuelo
entre los árboles canta:
tal vez como yo recuerda
los desdenes de una ingrata!

Narciso Díaz de Escobar.



Talle de muselina para casa.



Saco de abrigo para niña de 12 á 14 años.

PARA EL HOGAR

LUIS ONCENO.

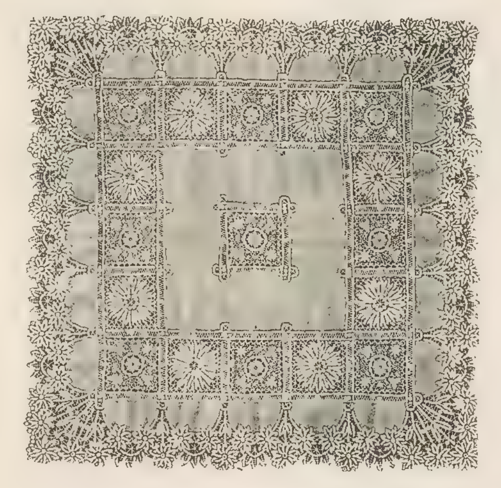
Para los que estamos en el umbral de la vida, para los que creemos que la grandeza humana es una positiva grandeza, para los que podíamos juzgar que la riqueza y el poder dan la felicidad, la lección es dura y severa, la enseñanza nos muestra muchas verdades que nos alegran, muchas realidades que animan, muchas acciones que nos consuelan.

Es en vano que el hombre arrastrado por el torrente de pasiones absurdas, busque en ellas la tranquilidad de su espíritu; es inútil que persiga con desesperado ahinco al fantasma de la dicha en el campo de la riqueza y del poderío; ahí no habrá nada de reposo, ahí sólo tendrá á la maldad en sus multiplicadas formas: la falsedad, la impureza, el libertinaje, el odio y el crimen. La verdadera felicidad se halla en nuestra conciencia, en nuestro amor por lo bueno y por lo bello. El sudor del trabajo honesto da la inefable dicha que no se tiene ni en las cavilaciones del ruin capitalista, ni en las reflexiones de la intriga política.

Luis XI, el rey decrépito y sanguinario que amargó con sus rebeliones los últimos años de su padre, Carlos VII, empezó su gobierno en el año de 1461. Tenía sed de mando, sed de grandezas y un apego á su vida que ya tocaba al delirio. Víctor Hugo lo calificó de corazón de encino. Era el rey escudado con largos rosarios que entre místicas oraciones ordenaba los suplicios; la hipocresía religiosa cubría sus mayores delitos.

Ordenaba Luis XI la muerte de Nemours y la campana dió el toque de "Angelus:" el rey se descubrió y rezó. Esa oración se debió arrastrar como la víbora: sólo se eleva en el espacio la mariposa de blancas alas, la oración purísima de un pecho creyente. No va á Dios ni llega á sus pies el ruego del malvado, ni la súplica de una conciencia sombría; Dios es luz y las sombras jamás se le aproximan.

La serie de sus crímenes había de pesar sobre la conciencia del rey y se horrorizó al remover ese antro donde se elaboraban las sentencias de muerte y en donde había un solo grito: ¡sangre! Y para ver correrla quiere alargar su vida, y creyendo delirante que el Solitario puede hacer ese milagro, á él se abraza confesándole los horrores que lleva



Deshilado para cojín.

en su pecho, los remordimientos que le oprimen, los fantasmas que le persiguen; pero no quiere perdonar á Nemours, y abandonado por el Solitario, queda el rey en sus meditaciones siniestras.

Nemours, el hijo de una víctima de Luis XI, sale dispuesto á quitar la vida al infame rey que asesinó á su padre. Nemours exclama: "vendetta!" y el rey tiembla cobarde. Entre las pasiones que más le dominan, la más terrible es, sin duda, la venganza. Un hijo que venga á su padre podrá ó no ser criminal, pero inspira siempre compasión; hierve en sus venas la sangre de un padre muerto en el suplicio y en su mente hay una sombra: el cadáver de su padre. Nemours agita el puñal presto á caer sobre Luis XI; mas ¿qué mayor castigo que la vida para aquel desgraciado? Nemours le dice: "Haga Dios el milagro que pides de prolongar tu vida, para prolongar tus sufrimientos."

¡Venganza terrible! ¡Para cuántos seres es un castigo cruel la existencia! Pero el criminal llevará el tormento de sus crímenes hasta las ignotas regiones del más allá, nunca podrá librarse de los espectros, porque la muerte no es el olvido ni el descanso.

Que el filósofo deduzca reglas y obtenga consecuencias, los que llevamos una decepción profunda y dolorosa, podríamos entristecernos más al ver que la vida se prolonga y con ella nuestros sufrimientos; pero en el fondo de nuestro abatimiento encontramos nuestra conciencia sin graves delitos y resignados pensamos que en el crisol del dolor se forma el temple de las grandes almas, no la de los cobardes que huyendo de esta vida encuentran más allá un doble remordimiento.

Luis XI está agonizante y quiere aún la energía para llevar sobre su frente la corona que le agobia con su peso, aquella corona augusta, señal de majestad, aquella insignia deponer; y en la imposibilidad de guardarla en su testa, la conserva cerca de sí, al alcance de su mano, para enviar á aquel pedazo de oro la última mirada y prodigarle la última caricia.

Aquel rey, sintiendo próximo el término de su existencia, dijo: "¿Qué es el poder, en fin? Una falsa grandeza.....nada....rogad por mí.....lo quiero......lo mando!"

Así se nos enseña la pequeñez de nuestras grandezas, así vemos cómo el poderoso sufre y es mil veces más desgraciado que el hombre de conciencia pura, que lejos de ambicionar lo deleznable, fabrica en la modestia de su virtud la paz de su alma.

MAURO RIVERA CALATAYUD.

MI ANOS DE SERAFIN.

"¡Si supieras, me escribía,
cuando se casó, Raimundo,
qué suerte loca la mía!
¡un ángel es mi María,
si hay ángeles en el mundo!

"Sus ojos, donde el candor
se refleja y la bondad,
tienen, por brillar mejor,
del día la claridad
y de la noche el color....

"Su voz parece el arrullo
de enamoradas palomas,
pues suena como un murmullo,
y su boca es un capullo,
lleno de suaves aromas.

"Jamás la oirás exhalar
ni una queja en sus agravios,
y es que su ser al formar
Dios, hizo sus rojos labios
tan solo para besar.

"Y así, cuando sin rigores,
me provoca á mil excesos,
su boca, de mis amores
templa los dulces ardores
como una ánfora de besos.

"Aunque la cause una pena,
jamás me mira ceñuda:
su mirada, de amor llena,
sigue brillando serena,
no como espada desnuda.

"Cuando su mano nevada,
para acariciar formada,
entre las mías se posa,
como blanca mariposa
que pára el vuelo, agitada,

"bendigo á Dios, pues no en vano
colmó mis ansias y anhelos,
permitiendo á un triste humano
besar la divina mano
de un serafín de los cielos."

. . . .

Ha pasado un año; ayer
hallé á Raimundo, y al ver
su rostro algo ensangrentado,
le dije:—¿Quién te ha arañado?
y contestó:—¡Mi mujer!

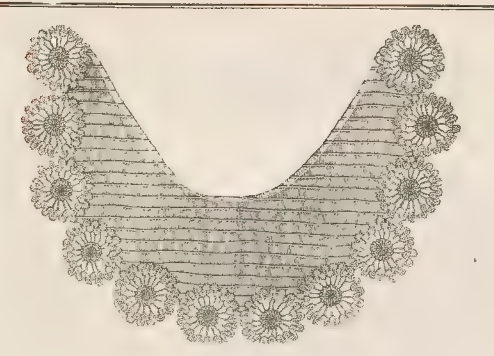
Casimiro Prieto.



Pintura, en seda, para tapices.



Pintura en seda, para tapices.


Cuello de encaje inglés.

FEBEA

¡Se va el misterio!... La Noche, la soñadora de cabellera negra y ojos de abismo, se perdió en las obscuridades del horizonte. Allá, tras de aquellas nieblas parduscas, va en su marcha silenciosa, llevando sus misterios y sus sombras á otros valles y á otras selvas: aun se ve flotar su túnica bordada de estrellas, cuyos pliegues parecen tocar las aguas dormidas del océano, y se oye el rodar quedo de su carro cuando tropieza en los soles perdidos en el espacio...; allá va con su ronda de aromas, capullos, besos, oraciones, serenatas, con que la saluda á su paso la vieja Titea...

¡Qué poética es la quietud de su marcha! ¡Qué bello es el silencio de la sombra! Parece oirse á veces un lamento lejano, como salido de las profundidades del Tártaro, dominando la corriente vertiginosa del Flegetón; la endecha bellísima que murmuran en su rodar constante las arenillas de oro del Pactolo, ó el graznido del buitre que devora las entrañas á Prometeo allá en las cumbres altísimas del Cáucaso!... ¡Qué bello es el silencio de la sombra!

. . . .

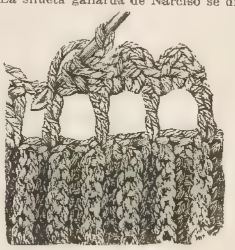
¡Ya viene la luz! La silueta caprichosa de la sierra del oriente, parece teñida en el reflejo pálido de un incendio lejano... Ya Psiquis recibe de su amante misterioso el último beso y la caricia de despedida, la más tierna, la que envuelve en oleada de fuego el bellísimo cuerpo de la hermosa desdichada. El día se anuncia: se oye, apagado por la distancia, el chasquido del látigo de Febo que azota los alazanes que arrastran el carro del Sol, subiendo penosamente á la altura entre peñascales de grana... La casta hija de Latona—la eterna desterrada—sale de la gruta donde pasa las horas sin luz contemplando apasionada á su bello Endimión... Ya asoma la Aurora, descorriendo el cortinaje de tul de su ventana; llora aún la muerte de su hijo ,y sus lágrimas caen al valle humedeciendo las violetas y los lirios. El aura despierta los álamos blancos de la ribera del Erídano, que al oír el susurro melancólico de las aguas, suspiran por su imprudente Faetón... Neptuno, de pie en su concha tirada por tritones, recorre sus dominios, y su voz augusta turba el sueño de las aguas que prenden sus sábanas de espuma en los garfios de las peñas..

¡El día llega! Ya se escucha de cerca el resoplido fatigoso de los alazanes que guía Febo: aquella nube vaporosa, prendida como guedeja de algodón en la cima de la montaña, se desvanece como una ilusión de niño... El bronce de la estatua de Memnón vibra dulcemente, remedando un quejido, al herirla la luz tibia... La aldea despierta y la hiena toma el sendero del bosque.... La silueta gallarda de Narciso se dibuja ya en el cristal turbio de la ciénaga... Las musas bajan, cantando alegremente, por las faldas del Helicón, á bañar sus cabelleras en la fuente de aguas claras...

. . . .

Ya asomó el Sol en la cresta de la sierra, y Febo lanza al espacio los fogosos alazanes, entre una polvareda de oro, dejando el carro huellas de fuego como señales de su paso por las nubes... ¡Llegó la vida: bendita sea la luz!

IGNACIO PADILLA.


Bolsita de mano.


Bordado de seda, para cojín.

ARMAS Y LETRAS.

Desde un fuerte en la montaña,
tronando con fiera saña
decidió el cañón la guerra:
¡el tiempo borró la hazaña
y dió con el fuerte en tierra....!
Cantó un poeta sentido
las glorias del hombre fiel,
y el arte venció al olvido
(mar que impotente y rendido
rompe en diques de papel)
y, muerto el noble cantor,
labraron en justo honor
del cañón que hizo con gloria,
á cañonazos la Historia,
su estatua al historiador.

JUAN ARZADUN.

No esperes, mi cariñito,
que te lo he de dar.
¡No me gusta encender fuego
que después he de apagar....!

Vi una gotita de lluvia
posada en tus lindos labios,
¡Agua caída del cielo,
bien se merece ese tálamo.

CUENTO VIEJO

Cuando andaban por el mundo
beneficios repartiendo
nuestro Señor Jesucristo
con su inseparable Pedro,
vieron venir por la senda
que ambos iban recorriendo,
un zapatero y un sastre.
Mira, dijo el zapatero,
¿tú ves aquellos que vienen
hacia nosotros?—Los veo.
—Pues el de la barba es uno
que ya se pasa de bueno;
como se le pida algo,
es de corazón tan tierno,
que en seguida lo concede.
Buenas tardes, compañeros.
—¿Dónde bueno se camina?
preguntóles el Maestro.
—Señor, buscando la suerte.
Nuestro sino es tan adverso
que éste y yo estábamos hartos
de trabajar sin provecho
ó, para mejor decir,
que trabajar no queremos.
Sonrióse finamente
y dijo:—Bien, hombre, pide,
aunque desde luego advierto
que el doble de lo que pidas
le daré á tu compañero.
La envidia turbó al tunante;
mas de la emoción repuesto,
dijo con voz agitada:
—Señor, quisiera ser tuerto.

Juan Rubio.

Al toque de Clarín.

Bella enemiga:

Sitiada está la plaza, y mi corazón, general en jefe de esta jornada, no retrocederá ante los recios atrincheramientos que te resguardan. Alístate, pues, para una reñidísima lucha, sin tregua ni cuartel, de ataque rudo, pero directo y noble, y de heroica defensa. Los valientes no hieren á mansalva, y valiente es mi corazón. ¡Sólo á descubierto y de frente sé herir yo!

Alístate, bella enemiga; pronto reúne todos tus pertrechos y pon en juego la habilidad de tu admirable táctica, que tantas almas ha vencido con sólo el chispazo de una mirada, para matarlas luego, con la crueldad del tigre, con otra mirada: la de desdén.

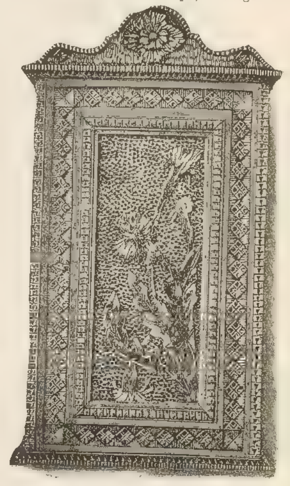
Lo sé, lo sé...! Muchos corazones ensangrentaron tus pies y plañideros—¡cobardes! impetraron conmiseración y piedad.

Crees—sin duda porque tus virtudes te han hecho presuntuosa—que mi atrevida alma también quedará muerta bajo tu dominador destino. ¡Cómo te equivocas! Mi alma, candente y con temple de acero, entra en lid y quema y hiere, y vuelve á herir y á quemar mientras más tremendo es el combate y más terrible es el contrario empuje. Sí, mi bella enemiga; dispuesto estoy á luchar hasta morir ó vencer, y en este formidable encuentro, la victoria me dará tu corazón ¡codiciado triunfo—ó yertas quedarán mis tiernas ilusiones—garridos soldados que á la lucha se aprestan.

Pero... ¡cuidado! Las probabilidades del triunfo están de mi parte, y ¡por vida mía que sabré aprovecharme de la victoria!

Soy de aquellos que no admiten transacciones ni capitulan. Odio la bandera blanca, y la roja me emociona hasta el delirio. O soy vencedor ó triste vencido, pero nunca un pusilánime desertor.

Y escucha... la hora llega. Listas están mis baterías, y pronto lanzaré de mi corazón al tuyo, el fuego


Mueble para recámara.

inextinguible de la pasión intensa. No anhelo únicamente su derrota, porque quiero que los dos seamos á la vez vencidos y vencedores.

Si puedes, vénceme sólo tú; pero no me ofrezcas la paz, porque no la quiero. Ansío marchar con el paso firme hasta izar, con mi propia mano, el pabellón triunfante.

Apréstate, pues, bella enemiga, que presiento la mina de tus fortalezas y que ocuparé la sitiada plaza hiriendo—muy dulcemente—tu corazón ingrato.

Venceré y no podrás evitarlo, pues que sólo un medio tienes para desarmarme, y tu triunfo será también tu derrota.

¿Quieres así vencerme?

Mírame con amor, y—atleta rendido—caeré á tus pies.

AURELIO LOPEZ DE NAVA.

No dudes de su cariño
que tú la has hecho llorar.
¡Nube que el sol la disipa
no presagia tempestad....!

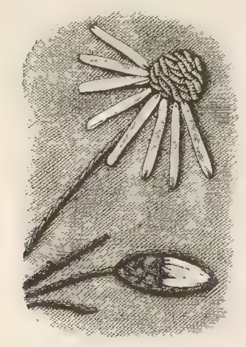
Al badajo de campana
me he comparado, morena;
estoy solito en el mundo
y á quien me arrimo, se queja....

Amortajé una ilusión
en el fondo de mi alma,
y sus restos, todavía
me hacen hoy brotar las lágrimas.


Chimenea para alcoba.

UN HOMBRE ACTIVO.

Era el señor Don Conrado
Martínez de la Bastida
de lo más abandonado,
más perezoso y pesado
que he visto en toda mi vida.
Una carta á un compañero
tuvo una vez que escribir;
fechóla en dos de Febrero
y la vino á concluir
en treinta y uno de Enero.
Le ví hacer una poesía
y al llegar al verso cuarto
dijo con melancolía:
—No escribo más, estoy harto:
mañana.... será otro día.
Cuarenta y cuatro reales
le debía á Juana Dicenta
por pago de once cristales,
y para ajustar la cuenta
echó tres horas cabales.
Iba á los toros un día
porque á Fuentes ver quería;
pero dada su cachaza,
mi hombre llegó á la plaza
cuando la gente salía.
Acuéstase á la oración
en invierno y en verano,
y cuando por el balcón
entra el sol, exclama:—Son
las diez; resulta temprano.
Tuvo su esposa María
una niña á quien Pilar
por nombre se le pondría,
y la llevó á bautizar



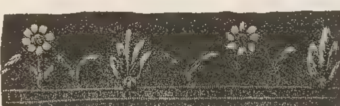
Pintura floral, sobre seda.

cuando ya novio tenía.
A un médico se ofreció
buscar inmediatamente:
pero tanto se tardó
que cuando con él volvió
ya había expirado el paciente.
Por la muerte de Angel Vía
dió el pésame á Don Hilario;
pero hízolo en el día
en que el finado cumplía
el séptimo aniversario.
No tuvo prisa por irse
de este mundo á otras regiones;
y es cuanto puede decirse....
cuando tuvo que morirse
lo hizo en tres ocasiones.

Juan J. Gutiérrez Ramos.

HISTORICO.

Por yo no sé qué dislate
condenó el rey de Castilla
á un distinguido magnate
y señor de horca y cuchilla,
á obtener la absolución
de su delito, después
de suplicarle perdón
besando sus reales pies.
Queriendo en seguida el reo
dar prueba de su obediencia,
fué ante el rey con el deseo
de dar fin á la sentencia.
El que ganó entre la gente
fama de fiero y tirano,
fué á besar humildemente
las plantas del soberano,
cuando con gran altivez,
gritó, dando un paso atrás:
—¡Yo no los beso, pardiez!
—¿Que no los besas?
¡Jamás!
Al oir aquella altanera
rara salida de tono.
el monarca, hecho una fiera,
dió un puñetazo en el trono,
y con gesto desabrido
y el tono grandilocuente,
en que ya hemos convenido
que habló siempre aquella gente,
gritó airado:—¡Mal se aviene
en quien de noble blasona,
el poco aprecio en que tiene
llegarse á mi real persona!
Yo sé de algún infanzón
que puede alternar contigo,
que tomara á galardón
lo que te doy por castigo.
Pues he sabido llevar
mi honor con tanta pureza,



Cenefa bordada.

que puedo purificar
el de toda mi nobleza.
—Yo—dijo el noble—no dudo
que admire toda Castilla
el brillo de vuestro escudo
y vuestro honor sin mancilla
—Pues si tan limpio lo ves,
¿por qué te niegas?.....
—Señor....
¡porque no tenéis los pies
tan limpios como el honor!

MIGUEL TOLEDANO.

BRINDIS.

Estamos en el corazón de la primara: todo reverdece, florea, resucita, canta. Estamos en plena juventud: todo es ilusión, encanto, risas, esperanzas. De los naranjos en flor cuelgan guirnaldas de azahares y esperan cabezas de vírgenes para ceñirlas. De lo más hondo del Oriente se desprenden rayos cálidos de un sol encendido y rojo, y buscan nidos de pájaros para despertar allí amores, trovas, nupcias. La virgen asoma su cabeza de aurora al abrir las persianas de su balcón por entre ramitos de enredadera y búcaros de claveles, y recibe en su corazón la mirada del matutino rondador, su fiel amante. El bosque suena con cantigas, trinos y gorjeos: es el himno del amor que se levanta hacia el cielo, como espuma irisada con los matices de la harmonía, y de allí nace le Venus Génitrix repartiendo alitas, gotas de miel, insectos esmaltados y plumajes tornasolados para las proles que están en los nidos. La alcoba es un paraíso: el hada que allí mora tiene circundada su frente con las flores de la ilusión, baten con ligereza en sus omóplatos las alas de la esperanza y arde en su pecho el joyel de la llama del niño Heros. Pues bien, ya no está en su retiro: miradla allí de rodillas, ante el altar, vestida de blanco, iluminada por un rayo de sol de la mañana que entra por los ventanales del templo; los tintes del rubor tiñen sus mejillas; su corazón está agitado: aquello está en primavera, es la diosa Flora que recibe con agrado las caricias del blando Céfiro, que llega de puntitas á estampar en sus labios el beso nupcial. Allí, junto al ara santa, está también el esposo: los dos pronuncian la palabra sacramental y quedan unidos para siempre... Aquí la humilde prosa queda vencida y cede su lugar á la poesía, porque esto es la realización del sueño de un ángel, y sólo los poetas son intérpretes de tales sueños: es el himno del pájaro que acaba de tejer su nido, y sólo aquellos que han bebido las aguas de la fuente Castalia, pueden rimar himnos de pájaros; esto es el preludio del poema viviente de los hijos cuyas estrofas són los tiernos vagiditos, el lindo trotinar, el gracioso tartamudeo, el suave balanceo de la cuna, todo aquello que la madre sabe, que ella entiende, festeja y recuerda... Ah! el ministerio de la madre data de aquella palabra sacramental!.....

Perdonad que no recuerde nada de la felicidad pasada al lado de mi madre, porque soy huérfano y me destrozaría el corazón......

Dejaré de hablar, porque según el poeta, en toda alcoba de virgen ó de desposados, hay un ángel con el dedo puesto en los labios. Callemos y brindemos.

No pienses nunca sembrar
terreno que no has labrado,
¡porque yo he visto á una madre
llorar por un hijo ingrato...!



Estuche para alhajas.

EL SABIO ARISTER.

Un día sorprendieron sus amigos al sabio Arister llorando amargamente.

—¿Por qué te lamentas? le preguntaron con vivo interés—¿acaso no has tenido una buena solución que dar al intrincado negocio que por mediación de sus embajadores te ha encomendado el Faraón del Egipto? ¿acaso tu proyecto de fabricar aparatos con rodaje de me-



Otra pintura floral, sobre seda.

tal, que en exactitud y sencillez puedan aventajar á las clipsidras, ha fracasado?

—No, contestó Arister, no es eso lo que ahora me preocupa; ¡es que nuestro intruso rey no es tan tirano como fuera de desearse!....

Los amigos del sabio, al oir sus palabras, retiráronse mirándole con asombro. Jamás habían escuchado de él, tan cuerdo, tan prudente, disparate tan enorme. ¡Lamentarse de los pocos crímenes del tirano!...

Pasó el tiempo, y el Rey de Egipto, envalentonado con el silencio de sus súbditos, aumentó sus depredaciones. ¡Guay de aquel que poseyera alguna riqueza! El veneno agostada su vida.

Y sucedió que cierta vez los amigos de Arister lo sorprendieron riendo con estrépito. Ya no se tuvo al sabio por extravagante, sino por traidor, y poco faltó para que cruzaran su anciano rostro con el látigo con que se pega al tráfuga...

Nunca el pueblo de Egipto había sufrido mayores vejaciones; la miseria lo diezmaba con más rapidez que una peste, hasta que, cansado, se levanta en masa contra el monarca que lo oprime.

Corrió la sangre á torrentes, se talaron los sembrados, cayó al fin el tirano y el pueblo reconquistó su libertad; y cuando se restableció la paz y los amigos de Arister miraron á éste sonriendo, ya no pidieron explicación: comprendieron el por qué de su conducta y crecieron por él la admiración y el entusiasmo.

El amor de las mujeres
no vale lo que nos cuesta.
¡Tú les darás como "cien",
y te abonarán "cincuenta"...

Me levanté con un alma
que era toda mi riqueza;
tú pasaste, y por la noche,
me volví á mi cama huérfana.

DOLORES.

Me río, pero es mi risa
máscara de mi dolor;
cuando hay sonrisa en mis labios
hay llanto en mi corazón.

Que estás con Dios en el cielo
eso no lo dudo yo;
si lo dudara siquiera,
sería ofender á Dios.

Los goces y los placeres
suelen durar poco rato
aquí, donde la sonrisa
es precursora del llanto.

RAFAEL FERNANDEZ.

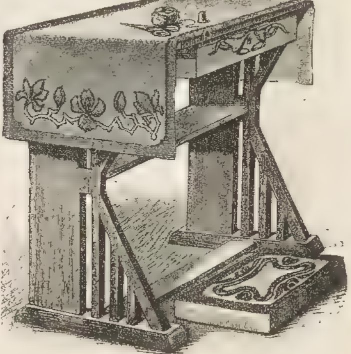
RECETAS DE COCINA.

Gran bizcocho á la macedonia.

Hágase un gran bizcocho; désele lustre, adórnese como se quiera, y trácese luego encima con un cuchillo el contorno que debe ocupar la cúpula de macedonia; ahóndese unos 6 ó 7 milímetros esta superficie, apretándola un poco con la mano, ó échese encima la macedonia, que se cubrirá ligeramente con jalea de manzanas.

Bizcocho de Saboya, de sorpresa.

Ahóndese de un modo regular el centro de un bizcocho, y llénese el vacío con crema Chantilly, preparada como de ordinario y en la que se haya echado marrasquino de Zara; échese á hilo encima de un molde



Mesita de costura.

en forma de cúpula un poco de azúcar y colóquese en medio del bizcocho.

Ramequín.

Echense en una cacerola dos vasos de leche, un grano de sal, 64 gramos de manteca y otro tanto de queso parmesano rallado y póngase al fuego; cuando el líquido esté en ebullición, retírese la cacerola y deslíanse en su contenido 350 gramos de harina cernida; vuélvase á poner en el fuego y se deja cinco minutos para espesar un poco la pasta, sin dejar de menearla; pasado este intervalo, retírese la cacerola, agréguense á su contenido 64 gramos de manteca de vacas, otro tanto de Gruyére rallado y un polvito de azúcar. Amalgámese bien todo y agréguense sucesivamente diez huevos enteros, continuando trabajando siempre con la cuchara de palo. En seguida se untan ligeramente unas hojas de hierro ó de cobre, en las que se van colocando, con cinco centímetros de intervalo, porciones de pasta equivalentes á una cucharada; dórense, clávense encima de cada una unos filetitos de queso de Gruyére y pónganse en el horno quince minutos después de su calor primitivo. El ramequín debe comerse caliente.

Tortilla soufflée á la crema.

Hágase una crema de pasteleros; sólo que se emplearán únicamente 50 gramos de harina; cuézase y perfúmese de la misma manera; antes de preparar la tortilla agréguense á la crema cuatro yemas de huevo, 32 gramos de tuétano de buey, muy picado; mézclese todo junto; bátanse y agréguenseles cuatro claras de huevo; échese todo en una fuente de plata ó en cualquiera otra que pueda ponerse al fuego, y cuézase en el horno de campaña, poniendo brasas bajo unas trébedes.

Cuando la tortilla esté casi en su punto, se espolvorea con azúcar fina para darle lustre.

Bouillabaisse á la marsellesa.

Póngase en una cacerola un poco de cebolla picada, con un poco de aceite, y pásese un momento por el fuego; córtese en seguida en tajadas un pescado de mar, como por ejemplo la morena, el racazo, la lubina, la pescadilla, la langosta, etc. Colóquense las tajadas en una cacerola, agregando un poco de perejil ó ajo bien picados, una rajita de limón, un tomate en pedazos, quitándole antes el agua y las semillas, y sazónese con sal, pimienta y un poco de azafrán en polvo. nocíese en seguida con buen aceite y mójese con un vaso de vino blanco seco, mezclado con caldo hecho con las cabezas de los pescados que entran en la "bouillabaisse." si no se tienen otros; el caldo debe cubrir enteramente el pescado; avívese la lumbre, y cuando el caldo se haya reducido á una cuarta parte, échese en una fuente en donde se hayan colocado antes rebanadas de pan del día algo espesas.

El pescado debe servirse aparte.



Trajes de paseo, última novedad.

PESCADOS A LA MARINERA

Córtense tajadas de carpa, de sollo y de anguila; prepárese el fondo de una cacerola con manteca fresca de vacas y una lonja de jamón, y colóquense las tajadas de pescado encima; sazónese con hierbas finas muy picadas y una hoja de laurel; échense cangrejos crudos sin patas, setas y cebollas sofreídas en manteca, y mójese hasta la superficie con vino tinto. Avívese el fuego, y cuando esté casi terminada la cochura, se lía el guiso amasando una cucharada de harina con un pedazo de manteca y se echa cortada en pedacitos para ligar la salsa; cuando la anguila es de mar, es más dura de cocer, y no se deben echar los otros pescados hasta que esté medio cocida; se prepara este guiso en una gran fuente, poniendo encima las setas, los cangrejos y las cebollas; alrededor de la fuente se ponen cortezones fritos, y encima se echa la salsa. Puede hacerse este mismo guiso con truchas y anguilas de fuente, poniendo pedazos de tortilla en lugar de pan.

PESCADO MECHADO A LA CONTY

Quítese el pellejo de encima y méchese en parte con mechitas de tocino y en parte con trufas y con aceitunas ó pepinillos en vinagre; póngase á cocer en una besuguera, cuidando de colocar albardillas de tocino sobre las porciones mechadas con trufas ó aceitunas; mójese con una marinada caliente con caldo de pescado; agréguese caldo sobrante de una "braise," y después de cocido póngasele gelatina y sírvase con toda clase de aderezos: trufas, pepinillos, ostras, cangrejos, etc.

EL TESTAMENTO
Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de Seguro. .	14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Leyendas y Tradiciones.

GRANADA.

Ni aun en la brillante época del Califato disfrutaron tranquilidad los árabes en los mismos territorios españoles á su dominio sujetos. Sobre tener que habérselas con sus naturales enemigos los reyes cristianos que, con empuje y tesón sin ejemplo, iban recuperando palmo á palmo el suelo patrio, veíanse obligados á luchar con enemigos domésticos, ya propiamente merecedores de tal nombre, por ser súbditos ambiciosos y rebeldes; ya intrusos procedentes del Africa, llamados ó admitidos en calidad de auxiliares y que, como los antiguos cartagineses, según el P. Isla, fingíanse amigos para ser señores; ya, en fin, cristianos "mahometizados" ó renegados más ó menos espontáneamente y que, con malicia comprensible, procuraban aumentar los obstáculos contra los que tropezaban sus dominadores.

Tenemos ejemplo de esto último en un suceso acontecido el año 276 de la Hégira, es decir, de la fuga de Mahoma de la Meca á Medina; año musulmán que comprende desde el 6 de Mayo del 889 de nuestra era, hasta el 24 de Abril del 890.

En la citada fecha, andaban revueltas las gentes y excitados los ánimos en el teritorio que hoy constituye la provincia de Granada, merced á los manejos de un caudillo llamado Omar ben Hafson, quien, puesto al frente de considerable número de "muladíes," nombre que se daba á los cristianos renegados, trataba de constituir un poder con el cual hubiera de contarse, y cometía impunemente no pocos atropellos y depredaciones, de los que casi siempre eran víctimas los sarracenos de pura raza.

Debía su impunidad á su astuta política, pues así como en la actualidad hay persona bastante hábil para caer de pie dentro del partido que triunfa, el tal Omar, ora se aliaba con los califas contra los enemigos de éstos, ora hostilizaba á aquéllos, si le parecía que no se hallaban en situación de castigar sus fechorías.

Por su desgracia, dió al fin, como dice el vulgo, con la horma de su zapato.

Y la horma del zapato de Omar ben Hafson fué otro "ben," consonante del jefe de los muladíes: Saguar ben Hamdon, el "Caisita," al servicio del califa cordobés, dió sobre los muladíes con tanto brío, que tras de derrotarlos en no pocos encuentros, obligóles á dispersarse y los redujo momentáneamente á la impotencia.

Pero si la fortuna es siempre caprichosa, esto mucho más cuando toma el mote de suerte de las armas. Rehiciéronse los derrotados y dispersos, atacaron á Saguar, y éste, á su vez, se vió precisado á guarecerse en la altura que ocupa hoy el más hermoso de los monumentos de la época árabe que nuestra patria posee, y en la que no había entonces sino una vetusta y medio desmoronada fortaleza.

En ella le encerraron los muladíes y orgullosos con sus éxitos, tanto como ansiosos de vengar los pasados descalabros, estrecharon el cerco, pretendiendo nada menos que apoderarse del Caisita y de todos cuantos seguían su bandera.

No estaba dispuesto Saguar á darles ese gusto. Con tanto valor como constancia sostuvo las fieras embestidas de sus contrarios; y como, por consecuencia de éstas, los débiles muros de la fortaleza veíanse abajo, obligó á sus tropas á trabajar por la noche, á la luz de las antorchas, en reparar los desperfectos causados durante el día y en aumentar las condiciones defensivas de aquel su último asilo.

Desde su campamento veían, no sin asombro, los sitiadores, aquellas viejas paredes iluminadas por las antorchas que las prestaban un tinte especial, y dieron en designarlas con el nombre de "fortaleza roja," pues con tal color la distinguían, destacándose de las tinieblas de la noche.

Entre tanto, la lucha continuaba, ruda, tenaz, y no exenta de incidentes que en verdad merecen el nombre de poéticos.

Un vate de las tropas muladíes lanzó al fuerte sitiado una composición formada con versículos del Alcorán, en la que se presagiaba el triste fin de los secuaces del Caisita.

A su vez, un poeta que formaba entre éstos, contestóle glosando, en sentido favorable para los suyos, la composición susodicha; y cuentan las crónicas que, hallándose apurado para terminar su poesía, dióla final adecuado "una voz misteriosa que partía de lo alto."

No se necesitó más para enardecer á los sitiados: aquel prodigioso incidente dióles ánimos, no sólo para continuar resistiendo, sino para pedir, á voz en grito, que se les hiciera salir en busca de los contrarios que en tan grave aprieto los habían puesto.

Saguar era caudillo demasiado inteligente para que desaprovechase semejante coyuntura, pues harto sabía cuánto la fuerza moral aumenta la física, y cuán decisiva es en los combates.

Dispúsolo todo con arte y presteza; abandonó su guarida y cayendo con invencible ímpetu sobre los muladíes, hizo en ellos espantosa carnicería y los puso en vergonzosa fuga.

Su victoria, cantada en otra hermosa poesía árabe, fué decisiva; lo cual, para el fin que nos ha movido á consignarla, carece de importancia; pero la tiene y grande, el hecho de que, por consecuencia de una de las peripecias del sitio, ya anotada, la del rojo color que tomaba el fuerte por las noches al iluminarle las antorchas, dióse nombre á la Alhambra, pues en el emplazamiento de aquél se levantó ésta, y "al-hamrá," palabra árabe, significa "la roja."

EDUARDO BLASCO.

* * *



TRAJES DE CALLE.—El primero con saco ornado de pieles y falda de siete cuchillas, y el segundo con falda doble y blusa suelta.

No admitas muchos halagos
de las personas que trates.
¡Mira que las atenciones
se pagan por todas partes!...

CONVENIENCIAS.

—...Y bien, ¿qué te ha parecido
la comedia de Inocencio?
—Un mamarracho que no
tienes por donde cogerlo
Yo la encuentro censurable
Bajo todos los conceptos.
—¿Por qué?
—Porque no hay en ella
un chiste que sea nuevo,
ni una escena de interés
ni hay un fin, ni hay argumento,
ni hay un diálogo castizo,
ni un monólogo pequeño,
ni un personaje apropiado;
no hay arte, ni mucho menos,
sino mil atrocidades
escritas en malos versos.
En fin, que no vale nada.
Exageras.
—No exagero;
digo lo que dicen todos
los que al estreno asistieron
que la tal comedia es . .
"solemnísimo buñuelo."
Si leyeras los periódicos,
verías cómo la han puesto!...
Desengáñate; ese chico
no hará cosa de provecho.
—Podrás decir lo que quieras;
pero también es lo cierto
que obtuvo algunos aplausos.
—De amigos y "alabarderos"
nada más. Y no hablo así
por ciego apasionamiento,
pues yo soy, como sabrás,
muy amigo de Inocencio
—Ya lo sé, y por eso mismo,
francamente, no comprendo
por qué hablas mal de su obra.
—Porque soy justo y no quiero
aplaudir las necedades.
—¡Caracoles! Esto es bueno!
¿Cómo es que te ví aplaudir
la comedia en el estreno?
—¡Hombre! ¡Porque formo parte
del "gremio" de "alabarderos!"

EDUARDO GUILLAR.

EL CULTO AL FUEGO.

Habéis oído hablar de Prometeo, de un dios del paganismo á quien Júpiter hizo encadenar en la roca de un alto monte suspendida sobre un precipicio? Se le castigó por haber arrebatado del Olimpo el fuego y traídolo á los hombres. Vanagloriábase aún en su desventura de habernos hecho dón precioso, instrumento, según él, de todos los héroes y maestro de todas las artes; y no se doblegó al Padre de los dioses, según Esquilo, ni aun viendo estallar sobre sí una tormenta en que tembló la tierra, rugió y ensordeció el trueno, trazó el relámpago en el aire inflamados surcos, arremolinóse el polvo, soplaron y se entrechocaron los vientos y se confundieron mar y cielo.



TRAJES DE CALLE PARA SENORITAS.—Según la última moda, las faldas se usan cortas, con el objeto de expeditar el paso.

Este origen daba al fuego la antigua Grècia. Como diosa del fuego, adoraba después á Hestia, á quien en todos los sacrificios se ofrecía la mejor parte. Tenía esta diosa en Atenas un templo en que ardía perpetuamente el fuego, y de este fuego tomaban cuantos iban á establecer colonias

Roma siguió á Grecia. Tuvo su diosa del fuego en Vesta y creó un cuerpo de sacerdotisas que velaban noche y día el fuego de los altares. Las sacerdotisas, á que se dió el nombre de vestales, habían de hacer voto de castidad y mantenerse toda la vida castas y puras.

Grecia y Roma tuvieron aún otros dioses del fuego: Grecia á Hefestos; Roma á Vulcano, el forjador de los rayos de Júpiter. Tuvieron todos doble carácter: eran á la vez dioses del hogar y del fuego.

Antes de Roma y Grecia, rendían ya culto al fuego los antiguos arias. Lo rendían al viejo Agui, que, según parece, representaba el fuego de la tierra y el del cielo, y era á la vez dios del hogar. "Oh Agui, leo en uno de los "Vedas," condúcenos por el camino recto. Tú que sabes nuestras acciones, borra nuestras faltas. Te ofrecemos el tributo de nuestras mayores alabanzas y te dedicamos nuestro postrer saludo.

Lo notable es que cuando se descubrió la América, se encontró allí el mismo culto. Tenían los aztecas el fuego por su padre y su madre, y acostumbraban echarle en ofrenda algo de lo que comían ó bebían. Adoraban un dios del fuego llamado Quintecusli y se hacían fiestas en que echaban á una gran hoguera míseros cautivos y no los sacaban sino cuando los veían próximos á la muerte, para ponerlos sobre la piedra de los sacrificios, abrirles el pecho, arrancarles el corazón y ofrecerlo al ídolo. El ídolo llevaba en su templo brillantes atavíos: una carátula de mosaico, de turquesas y esmeraldas, una corona con ricas plumas en que sobresalían las de quetzale, otro ornamento de plumas que le cubría de la garganta á los pies y resplandecía apenas la oreaba la más suave brisa.

Todos los años renovaban los aztecas el fuego y, al fin de cada ciclo (cada 52 años), con solemnidad imponente.

En todos los templos ardía perpetuamente el fuego en grandes copas de barro. Manteníanlo también unas como vestales, que hacían votos de castidad y morían como los quebrantaran, con ellas las vírgenes de las escuelas y unos como diáconos. Sólo en el templo mayor de México ardían 600 copas cuya luz alumbraba casi todas las calles. Es de advertir que allí los templos estaban construídos sobre altas pirámides.

Ni fueron solamente los aztecas los que en el fuego idolatraron. En él idolatraron también los yucatecas y los peruanos: en él aun gentes bárbaras como los "natches" y los "pueblos." Los "natches" lo alimentaban constantemente en sus altares; los "pueblos" en sus estufas.

La adoración del fuego ha sido general, así en América como en Asia. Aún hoy los "giiebros" tienen en Daman, al Norte de Bombay, un templo donde hace más de 1,200 años guardan el fuego que llevaron de Persia cuando hubieron de emigrar por las persecuciones de los musulmanes.

Andan ordinariamente juntas la religión del fuego y la del sol, y la del sol se la encuentra casi en todos los países del mundo. Era la del sol en el Perú la religión oficial del Imperio, y en México la que más sobresalía. Hablan de la primera el templo de Cuzco, á cuyo alrededor corría una cenefa de oro, y de la segunda, una de las pirámides de Teotihuacán, anteriores de siglos á la invasión de los aztecas.

¿Era raro ese culto al astro del día? El sol derrama luz, calor y vida por toda la tierra. Es visible, aunque no nos permite fijar en él la mirada. Era natural que los hombres viesen en el sol á su Dios. "Oh Sol, leo en los "Vedas," sol que nutres al mundo, anacoreta solitario, dominador y regulador supremo, hijo de Pradjapati, desvía tus deslumbradores rayos, contén tu resplandeciente luz, para que yo pueda contemplar tu encantadora forma y llegar á ser parte del divino ser que en tí se agita".

Ni es raro el culto al sol ni lo es que·



Salida de teatro, con cuello y forros de piel.



Abrigo de invierno, con pelerina corta. (Se puede llevar abierto ó cerrado).



Toca de terciopelo, con bordes de tul.

anden en las religiones mezclados el sol y el fuego. El fuego da también, en más ó menos corto espacio, luz, calor y vida. ¿Qué importa que el del rayo mate ni la incendiaria tea del hombre destruya? El fuego nos prepara los alimentos, nos vigoriza los miembros que entumece el frío, purga y funde los metales, pone en movimiento nuestros talleres y nuestras fábricas, nos lleva á través de valles y cerros por la locomotora, y á través de los océanos por el buque de hélice.

¡Oh fuego! ¡Oh Sol! Vosotros no sois los dioses que otros pueblos y otros siglos adoraron; pero merecéis, con el agua y la tierra, el amor de todo nuestro linaje.

FRANCISCO PI Y MARGALL.

CONFESION.

Cuentan de cierto gitano
que un año en Pascua florida
por vez primera en su vida
fué á cumplir como cristiano.
Y cuando la confesión
al sacerdote le dijo,
éste preguntóle:—Hijo,
¿traes dolor de corazón?



Capa de invierno.

—No, padre, ni nunca quiero
que me duela. —¡Desdichado!
¡no puedes ser perdonado
sin un dolor verdadero!
Quedó el gitano confuso
viendo que era grave el caso,
y para salir del paso,
después de poco, repuso:
—Aunque nada me fatiga,
si acaso más adelante
siento un dolor, ¿es bastante
con un dolor de barriga?

JOSE SAINZ CALVO.

***

Unicamente el que ha experimentado la necesidad de "pedir," puede apreciar la distancia que separa á la satisfacción de "dar."

¿AGUINALDOS?.... ¡UF!

Una cosa vengo pensando desde que tengo uso de razón y todavía no he podido dar con el porqué de ella.

Y es, ¿qué razones podrán existir para que, apenas llega Navidad, ¡y llega todos los años., empiecen a llover sobre uno tarjetas y más tarjetas de felicitación de otros tantos individuos que esperan el aguinaldo?

¡El aguinaldo, ay!... ¡Hasta el nombre es feo!....

Santo y bueno que la humanidad se regocije todos los años, por esta fecha, en conmemoración del Nacimiento del Señor; santo y bueno que se entregue, con verdadera ferocidad, á devorar pavos, capones, faisanes, besugos y otra porción de animalitos destinados á que con ellos se celebre un fausto suceso: ¡hasta santo y bueno que todos los mortales, desde el más niño al más anciano, se entreguen, si quieren, á hacer todo el mayor ruido posible con tambores, panderetas, zambombas, rabeles y otros instrumentos más ó menos pastoriles y más ó menos molestos, aun á riesgo de privarnos del sueño á los inocentes y pacíficos vecinos que "no estamos para músicas," pues sabido es:

"que esta noche es Nochebuena,
y no es noche de dormir."

aunque tampoco comprenda yo por qué razón.

¿Pero pedir aguinaldos?... ¿Establecer por costumbre ese saqueo á mano armada?... ¿Convertir las calles, los comercios y hasta nuestra propia casa en "entrañas de Sierra Morena?....

Y lo peor es que la costumbre se extiende más cada día. Antes, únicamente se atrevían á solicitar esa especie de contribución "contra-industrial," el cartero, el sereno, el bombero... y menos mal, porque, despues de todo, aunque uno no recibiera carta de nadie, ni se retirara nunca después de las diez de la noche, ni siquiera tuviera en su casa el jueguecillo más insignificante, siempre era complacer á los que podrían, el día menos pensado, prestarnos un servicio.

¿No había antiguamente un tributo llamado los "chapines de la Reina?"... ¿Pues por qué no ha de haber hoy los "chapines del sereno?"...

Los chapines que no se pueden tolerar, son otros; los de aquellas personas que no solamente no nos han servido, ni nos sirven ni nos servirán para nada (y claro está que aquí van incluídos los acomodadores de los teatros), sino que hasta han tenido la osadía de habernos perjudicado ó de haber contribuído de algún modo en nuestro perjuicio.

Ciudadano conozco yo que ha re-



Sombrero de visita, con guarnición De abalorios.

cibido una tarjeta cuya sola lectura ha despertado en su memoria un mundo de recuerdos todo lo gratos que el lector puede imaginarse.

Excusado es decir que salieron corriendo los solicitantes, sin llevarse más que la tarjeta, y que, si se descuidan, se llevan algo más: un puntapié del felicitado.

Y no digamos nada del camarero que nos sirve de mala gana, del cochero de punto que, en cuanto puede, nos "cuela" una moneda falsa, ni del peluquero, que, con sólo restregar una barra de cosmético contra nuestra inocente cabeza, nos hace pensar en todos los horribles suplicios de la Inquisición.



Traje para señoritas. Falda corta y saco abierto.



Traje estilo "Renacimiento".

Todos, todos se creen con derecho al antipático aguinaldo, como si durante todo el año nos hubieran hecho el favor de servirnos gratuitamente; y el que quiere librarse de esta terrible tiranía, no tiene más remedio que huir de sus servicios desde mediados de Diciembre á fines de Enero; lo cual no siempre suele ser fácil tratándose del camarero, pues el estómago obliga, pero sí en los demás casos.

Fíjense ustedes en sus amigos y conocidos. ¿A que nunca tienen tanto pelo como en Navidad?... Antes, la melena era signo del talento; ahora, en Pascuas, también, porque indica que ha librado al que la lleva de un aguinaldo.

¡Ay, si hubiera una islita cerca donde no existiera esa maldita, mil veces maldita costumbre!... ¿No hay un Estado libre del Congo y un Estado libre de Orange?... ¿Pues



Saco de abrigo, para niños de 3 á 4 años.

por qué no había de existir uno "libre"... de aguinaldos?... ¡Bien valdría la pena de hacer el viaje!

Y si, al menos, uno pudiera desquitarse exigiendo, á su vez, el correspondiente regalo de Pascuas... Pero ¡quia!; yo no sé cómo se las arreglan que todos son á pedir y ninguno á dar.

Una Navidad, hace ya muchos años, tuve yo la tentación, la única que en esta materia he tenido, de felicitar "oficialmente" las Pascuas á un señor muy rico y que me debía un gran favor.

Y también yo tuve mi aguinaldo: el único que he recibido. Aquel señor, entre serio y burlón, me dijo: "Mañana le mandaré á usted para un pavo..."

¿Para un pavo?... Un pavo cuesta tres ó cuatro duros... ¡No era mal aguinaldo!

Y al día siguiente, en efecto, lo recibí. Pero, por más que miré y remiré la cajita donde debían venir los tres ó cuatro duros, no parecieron por ninguna parte. Lo único que encontré fueron unas cuantas nueces.

¡Aquél era el aguinaldo!

Y vaya si fué "para un pavo;" porque á mí no me gustan, y un pavo se las comió....

PEDRO SABAU



Traje sencillo, de sociedad, de seda y gasa con guarniciones. (Adecuado como modelo para renovar trajes antiguos).

LAS FILOSOFIAS DE GEDEON.

"Todo lo ha previsto Dios
y á ningún ser desampara;
esta verdad la ve clara
quien de la verdad va en pos.."
Así Gedeón decía,
con su habitual elocuencia,



Sombrero para niñas de 11 á 12 años.

en famosa conferencia
celebrada el otro día.
Y añadió con gravedad,
viendo, claras y evidentes,
señales en sus oyentes
de impía incredulidad:
"Mi labio no desatina
Ni jamás propala errores;
¿dudáis, acaso, señores,
de la previsión divina?
Pues decidme con franqueza,
ya que mi fin no he logrado:
si Dios hubiese formado
á los hombres sin cabeza,
al ver que, por majaderos,
á los más no serviría
para nada, ¿qué sería
de los pobres sombrereros?"

CASIMIRO PRIETO.

El Espejo.

La invención del espejo es de las más antiguas, quizá la más antigua de todas las invenciones. El espejo vino al mundo con la primera mujer. Milton nos presenta en el Paraíso á Eva mirándose en el cristal de una fuente. ¡Y eso que todavía no había conocido á otro hombre que Adán!

Esta clase de espejos era barata. No tenía más inconveniente sino que había que inclinarse para verse, y la postura resultaba molesta. Es posible que, lanzada del Paraíso Eva le exigiese á Adán que llevara consigo una fuente para que ella pudiera mirarse siempre que se le antojara.

Lo cierto es que entre los pueblos de la más remota antigüedad se conocía el espejo. Sólo que éste no era de cristal. Los espejos de cristal pertenecen á una época relativamente moderna.

En los sepulcros egipcios han sido hallados objetos de metal que por su forma indicaban haber servido de espejos. Probablemente los egipcios creerían que la momia de mujer no podía estar tranquila si no tenía un espejo al lado.

Entre los judíos se usaban espejos de igual clase. La Biblia dice que el mar de bronce del Tabernáculo fué fabricado con los espejos de las mujeres. Esta debió de ser la prueba más fuerte á que sometió Moisés al pueblo elegido. ¡Dejar á las mujeres sin espejo! Verdad que no las dejaría á todas. Esto habría provocado una sedición.

Los griegos y romanos usaban espejos de una mezcla de cobre, antimonio y plomo, á la cual sabían dar una superficie muy pulida que reflejaba muy bien las imágenes. Las personas ricas dadas al lujo los usaban de plata. Algunos dicen que también de oro; pero éstos toman sin duda la parte por el todo, es decir, el marco por todo el espejo. Aquellos pueblos consideraban el espejo como inseparable de la mujer hermosa. Por eso los pintores y escultores solían representar á Venus con el espejo en la mano.

Estos espejos servían en un principio únicamente para el tocador. Eran pequeños, de forma elíptica y con un mango para que los tuviese en su mano una esclava, mientras que la señora arreglaba su cabellera y ponía el carmín en sus labios.

Los espejos de gran tamaño fueron también usados en Roma, y á veces servían para el adorno de las habitaciones. Estaban enclavados en la pared, y todos los días había que limpiarlos cuidadosamente; por lo cual, al lado de cada uno había un pedazo de piedra pómez y una esponja.

Cuando el lujo de la Ciudad Eterna llegó á un grado insuperable, había en los tocadores de aquellas orgullosas matronas espejos de plata de cuerpo entero.

Así decía un escritor de aquel período que valía más el espejo de una dama entonces, que el dote de la hija de un cónsul en la buena época de la República.

En la Edad Media, para que todo fuese característico de aquella edad de hierro, los espejos eran de acero, por ser este metal el que se trabajaba mejor.

Pero ¿es que no habían observado los antiguos que el vidrio sobre una placa metálica reflejaba bien las imágenes? Sin duda alguna habíanlo observado, y hasta lo habían puesto por obra; mas por la clase de vidrio que fabricaban, las imágenes no resultaban con nitidez ó resultaban desfiguradas.

Hasta que en Venecia y Murano se estableció la fabricación de cristal, allá por el siglo XV, y se llevó á un alto grado de perfección esta industria, los espejos de este género no prevalecieron. En cambio tomaron pronto una completa venganza del antiguo desdén, reduciendo á antiguallas todos los espejos que no fuesen de cristal.



Trajecito bordado, para niños de un año.

Las florecillas de trapo,
madre, qué pena me dan;
parecen seres sin alma
y al verlas me echo á llorar...

—

No pienses nunca sembrar
terreno que no has labrado,
¡porque yo he visto á una madre
llorar por un hijo ingrato!...

—

Dame esos claveles rojos
y los pondré en mi guitarra,
y tus cantos y su aroma
me despertarán el alma.....



Traje de paseo, estilo "Imperio", de acuerdo con las reformas del vestuario femenino, que consistenten en la supresión del corsé y simplificación del traje. .. ..

MI BLANCA

"Blanca" se llamaba, y "blanco"
de sus ojos siendo yo,
más mi pecho envenenó
que un cigarro del estanco.
Su "blanca" y limpia hermosura
logró ponerme en un brete,
y eso que siempre el "blanquete"
fué el alma de su "blancura."
Yo, que en amor no soy manco,
de mis casillas salía
cuando mi "Blanca" ponía
sus dulces ojos en "blanco;"
mas por mi sino indiscreto,
cuando más la amaba ufano,
"Blanca" dió su "blanca" mano
á otro apreciable sujeto.
Tal premio á mis sinsabores
lágrimas del pecho arranca,
pues me dejó hasta sin "blanca"
la "Blanca" de mis amores.

CARLOS CANO.



Sombrero para niña de 7 á 8 años.

PARA EL HOGAR

LA SOMBRA.

Aquel rey Artasar que después de Suleimán ó Salomón, fué el más poderoso y el más opulento del orbe; aquel que soñó tener un palacio como jamás se hubiera visto, para albergar en él las magnificencias de su corte y las fantásticas riquezas de su tesoro, alimentó también otro sueño, más modesto en apariencia, pero de realización infinitamente más difícil: el de aumentar su estatura. Porque conviene saber que Artasar el "Grande" y el "Temido" era de muy corta talla, y en aquellas edades heroicas se rendía culto á la exterioridad de la fuerza y de la robustez corporal. Y cuando Artasar, descendiendo de su palanquín de cedro, marfil y oro, se dirigía solemnemente al templo en que sus antecesores los Magos habían adorado al Dios vivo y donde aún persistía este santo culto, y el pueblo formaba doble muralla para ver pasar al rey, éste sufría cruelmente en el amor propio al comparar la proyección de su sombra, diminuta y sin majestad, con la de los hercúleos oficiales de su guardia nubiana, ó la de los hermosos arqueros del Cáucaso, que le precedían abriendo calle. Como una especie de bufón grotesco que fuese á su lado inseparablemente, burlándose de una grandeza nominal, la ironía de su reducida sombra le acompañaba á todas partes.

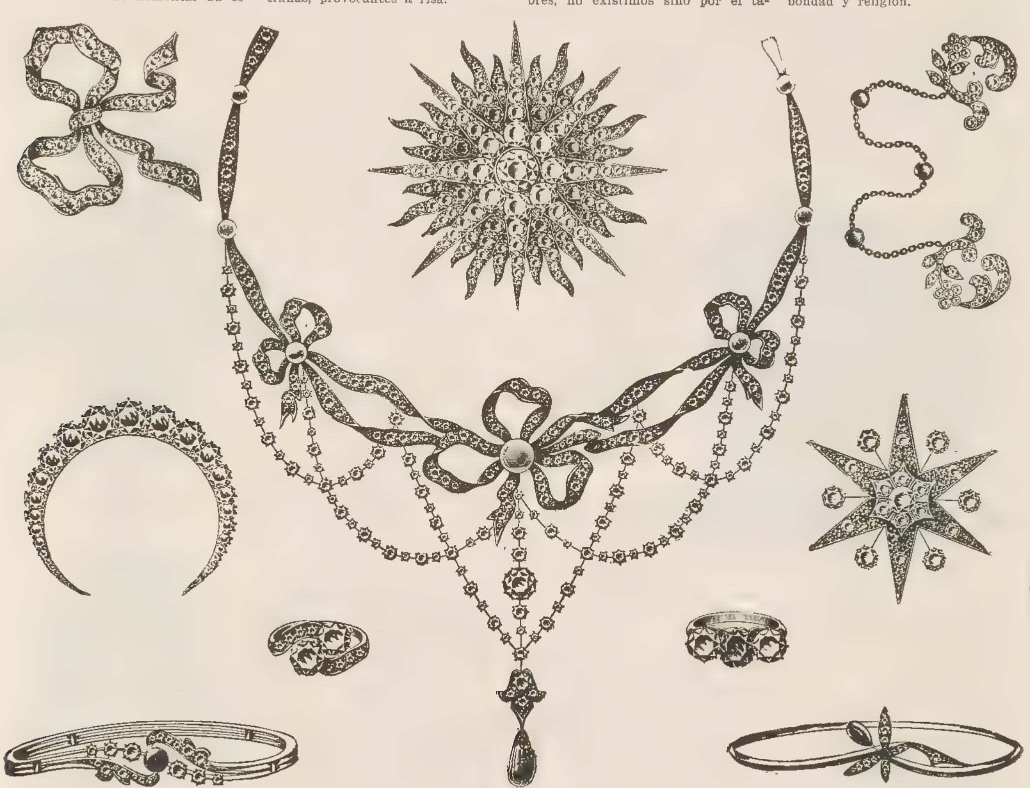
Para evitar tan triste efecto, ideó Artasar que le construyesen un calzado de suelas quíntuples, y que ciñese sus sienes una especie de monumental tiara. Y fué, como suele decirse, peor que la enfermedad el remedio, porque las suelas remedaban un zócalo ridículo, y hacían embarazoso y torpe el andar del rey, que parecía ir en zancos; mientras que la tiara, agobiándole con su peso, le obligaba á inclinar la cabeza, y en la sombra adquiría formas extrañas, provocantes á risa.

Desesperado Artasar, abrumado por la mortificación de su vanidad que sufría cada vez que se mostraba en público, apeló á no salir de su palacio nunca. En el recinto del palacio se encerraban amenísimos jardines y bosquecillos frondosos, y Artasar, solazándose en ellos, fué olvidándose de estudiar la proyección de su sombra, y de compararla á las de los demás mortales. Y así que dejó de preocuparse de cómo era su sombra, recobró la tranquilidad del espíritu, la calma del corazón, la alegría de las horas serenas y felices. ¿Qué le importaba su sombra? ¿Acaso la sombra le impedía disfrutar del ruido del agua, de la frescura de las enramadas, de los acordes de las cítaras, de los ojos de gacela y los labios de miel de las cautivas? ¿Acaso le vedaba el goce del estudio, la plenitud intelectual? Un día Artasar recordó, miró á su sombra.... y se reconcilió con ella: ya no era irónica, ya no le humillaba; aquella sombra se parecía á todas; era una sombra inofensiva, natural; una sombra "buena"....

Y Artasar, llamando al escriba que recogía en enceradas tablillas los hechos culminantes del reinado y las máximas formuladas por el monarca para reunirlas en un libro que eclipsase al de los "Proverbios" de Suleimán—¡lástima que estas tablillas se hayan perdido!—le dictó la sentencia siguiente:

"Cuando andamos entre los hombres, no existimos sino por el tamaño de nuestra sombra. Cuando nos retiramos, nos hace vivir la capacidad de nuestra alma."

EMILIA PARDO BAZAN.



Joyas de piedras preciosas. Elegantes modelos de collares, prendedores, anillos y pulseras. El gran collar del centro, de perlas y diamantes, es idéntico á uno de los que lleva la Emperatriz de Rusia.

La quisiera perdonar,
y me mata la congoja
y al verla me echo á llorar....

—

¡Qué bonito, qué bonito
es el perfil de tu cara!
Parece un jirón del cielo
que se refleja en el agua....

—

Ni tú misma te das cuenta
de todo el mal que me has hecho.
Antes lloraba sin causa,
y hoy con motivo, no puedo....

LEYENDA ARABE.

Podéis creer las palabras del viejo parsi, porque jamás manchó sus labios la mentira. He aquí lo que me explicó para condenar el egoísmo, germen de toda mala acción:

"Abdallah ben Ossein había sido un varón muy justo, un creyente convencido; pero el demonio del egoísmo se había posesionado de él y, en cuanto se trataba de asuntos que le atañeran, olvidaba justicia y bondad y religión.

"Muchas veces se le había echado en cara tan feo defecto; pero, aun cuando bueno y justo en el fondo, sentía tal amor hacia sí mismo, que le era de todo punto imposible renunciar á su pícara costumbre de preferirse y de preferir lo suyo á todos y á todo lo del prójimo.

"Una vez ocurrió que el hombre se puso enfermo y en trance de muerte. Y por no querer escuchar los ajenos consejos y por fiar tan sólo de su experiencia, Abdallah cerró para siempre los ojos á la luz del día, y compareció ante la presencia de aquel que, después de nuestra estancia en el mundo, juzga de nuestra conducta y nos castiga ó nos premia, según hemos sido buenos ó malos en nuestra transitoria peregrinación.

"Con gran sorpresa suya, ¡bendito sea su nombre!, le condenó al fuego eterno.

—"Yo fuí justo, Señor, yo seguí los preceptos de tu santa religión. ¿Por qué me condenas?

—"Verdad que sólo en una cosa pecaste: en ser egoísta; pero el egoísmo es la peor de las calamidades y tienes que padecer la pena de tu culpa.

—"¿Y no hay redención para mí?

—"Dentro de unos siglos veré si te has curado de tu egoísmo; si así es, serás salvo.

"Y transcurrieron los siglos, y Abdallah sufrió punzantes tormentos, y un día se abrió un boquete en el techo del Averno, y por él bajó un hilo de araña muy tenue, y se oyó una voz angélica que decía:

—"Abdallah ben Ossein, sube por este hilo hasta el Séptimo Cielo.

"Y Abdallah hizo lo que le mandaban y subió, subió sin descanso. ¡Iba á salvarse!

"De repente se volvió airado y miró hacia abajo. Otros condenados se habían asido al hilo de araña esperando salvarse.

"Soltaos—gritó colérico Abdallah;—vais á romper el hilo, y yo me caeré.

"Apenas acababa de pronunciar estas palabras, rompióse la finísima cuerda.



Del... ero de mesa, con aplicaciones sencillas y fleco.

Biombo de tres hojas, para retratos coon bordados de seda.

"Y la msima voz del ángel clamó:
—"El egoísmo es la peor de las calamidades.... y tú eres egoísta."

CANTARES

Si á los ojos que nos matan
impusieran correctivo,
hace tiempo que estarían
presos los del amor mío.

Alégrate, serranita,
porque debajo del cielo
no has de encontrar hombre alguno
que quiera como te quiero.

Mucha gente anda buscando
por el mundo un amor grande,
pero muy pocos se fijan
que le tienen en su madre.

Yo la quiero tanto,
que si se muriera,
cogido á la caja en que la llevasen,
me iría con ella.

E. PELAEZ MASPONS.

"No hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla;" pero nadie dice la satisfacción que experimenta el que "paga", siempre mucho mayor que el que "cobra."

* * *

Más atrae la risueña esperanza del porvenir desconocido, que el desengaño recibido en la impura realidad de lo pasado.

* * *

La muerte de una joven bella y honrada inspira una compasiva sonrisa de tristeza; la muerte de una anciana, por noble que sea su alcurnia, siempre proporciona una contracción muscular de indiferencia.

* * *

Aún no ha logrado entenderse
tu boquita con los ojos.
Cuando ella me dice: ¡Quieto!
exclaman ellos: ¡Qué tonto!

Dios, para cierta misión,
mandó á Sevilla á San Pedro,
y el Santo les dejó allí
una sucursal del cielo....

Quiéreme como te quiero,
mírame como te miro,
y cuenta con mi persona
y yo contaré contigo....

Las palabritas de un hombre...
Las lágrimas de mujer...
¡Ay, qué cosas más bonitas
cuando las emplean bien!....

Á UNA NIÑA.

Cuando estos versos entiendas,
si los llegas á entender,
tú serás amable y joven,
yo viejo y gruñón seré.
Puedo darte, pues, sin miedo,
un consejo, ó dos ó tres,
único fruto que brota
del árbol de la vejez.
Eres discreta y afable,
procúralo siempre ser,
que un buen corazón es cosa
que todos aprecian bien.
Si sufres, sufre callando
y á nadie digas por qué,
no sirvan jamás tus penas
á ninguno de placer.
Si el dolor ó la desgracia
te acosan alguna vez,
con paciencia y con dulzura
lucha con ella y con él,
que el árbol que no se dobla
viene á tierra por el pie,
mientras resiste la caña
del huracán el poder.
No abrigues nunca en tu pecho
odio, envidia ni desdén,
quiere mucho al que te quiera...
sin recelo ni doblez...
y habrás hecho lo que casi
no hace ninguna mujer.

MANUEL DEL PALACIO.

MI GUITARRA.

Ven á mí, dulce instrumento,
mi compañera querida;
en tí existe el sentimiento,
y tus cuerdas dan la vida
al resonar en el viento.

Tú, testigo de mi llanto
y testigo de mis glorias,
acompañaste mi canto,
y tuyas son las victorias
que ahuyentaron mi quebranto.

Vimos las horas pasar
unidas en santo lazo,
y nuestros ecos mezclar,
teniéndote en mi regazo
para mi pena expresar.

Y las flores de mi vida,
que marchitándose van,
de tí, guitarra querida,
tristes los ecos oirán
como tierna despedida.

Ya que vivir es amar,
sin buscar palmas ni flores
contigo quiero cantar.
Bastas tú para llenar
á mi corazón de amores.

NATIVIDAD DOMINGUEZ

LAS DOS ESCULTURAS.

Tuvo un artista genial
una vez la chifladura
de hacer de oro una escultura
y otra de alcornoque, igual.
Vióse después precisado
á emprender un largo viaje,
y llevó entre su equipaje
las dos obras que he citado.
Mas quiso su mala suerte
que, cuando ya en alta mar,
hizo al buque naufragar
una tempestad tan fuerte,
que, con las velas rasgadas
y el timón casi deshecho,
fué el pobre barco maltrecho
por las olas encrespadas.
El corcho, sin más tardar,
por ser corcho, salió á flote;
pero el oro, con el bote,



Pantalla para lámparas de pie, hecha de seda con adornos de fantasía.

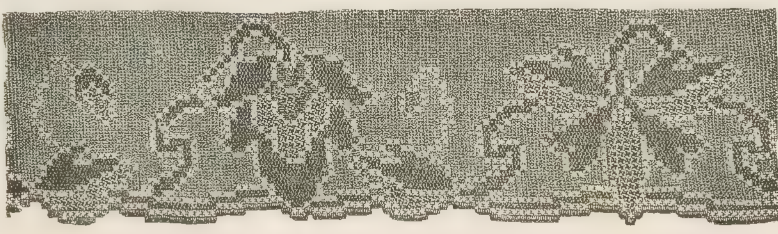
se hundió en el fondo del mar.
Y yo, buscando en seguida
la moraleja del cuento,
dije, y creo que no miento:
que en el mar de nuestra vida
pasa á los hombres lo mismo;
los de corcho sobresalen,
y en cambio, ¡cuántos que valen
van al fondo del abismo!

D. LASSA.

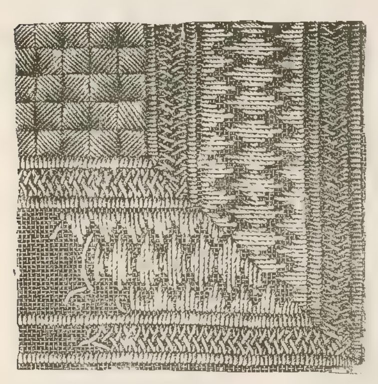
La ilustración de la Mujer.

Defendida está de superficialidades y ligerezas la mujer estudiosa, porque el estudio extingue en ella pequeñas pasiones; mientras fortalece su inteligencia, no se ocupa en atisbar á la vecina, murmurar á la parienta ni fiscalizar á la amiga; no hace crónica personal, clavando el aguijón de la envidia ó disparando las saetas de la calumnia. La instrucción la hace invulnerable contra puerilidades, fanatismos y absurdas preocupaciones.

Cuanto más estudie, más defectos de educación podrá corregirse: el estudio es tan necesario á su alma, como el aseo al cuerpo, es el agua lustral que purifica el espíritu. El sexo femenino que debe odiar el coqueteo, ha de amar la coquetería de la inteligencia, que es la elegancia de ésta, como el arte y buen gusto para combinar el atavío es la elegancia de la "toilette."



Bordados para sobrecama.



Modelo de bordados para centros de mesa.



Modelo para mantelería pintada y bordada.

La mujer tiene obligación de instruirse, como la tiene de pensar. Algunos han supuesto que su inteligencia era inferior á la del hombre; pero este argumento, empleado para convencerla de que no debe estudiar, es completamente falso. Si fuese su inteligencia más escasa que la del varón, necesitaría ser cultivada con mayor esmero; del mismo modo que trataríamos de fortalecer el miembro más débil de nuestro cuerpo ó sanar la fibra más enferma. Un niño canijo y enclenque necesita mayores cuidados que un niño robusto.

Dejar á la mujer sin instrucción, es convertirla en autómata, en ser inconsciente y ciego, es reducirla á la más baja esfera de la jerarquía del pensamiento.

La ilustración eleva, ennoblece y moraliza. Si no queréis elevar, ennoblecer y moralizar á vuestra compañera, tanto peor para vosotros.

La mujer puede tener un libro en la mano sin separarse de la cuna de su hijo.

¿Teméis que se envanezca al verse ilustrada y se convierta en pedante y ridícula ergotista? Hay un remedio para evitar este mal: generalizar la instrucción. El día en que todas las mujeres sean ilustradas, ninguna hará estúpido alarde de su ilustración, como ninguna se vanagloria hoy de conocer el alfabeto.



Refajo tejido de lana, para niñas de 8 á 9 años.

De todos modos, siempre será más soportable la vanidad que se funde en poseer vastos conocimientos, que la que estribe en ostentar un carruaje ó ricas galas.

No cifrando la mujer su orgullo en estudiar y aprender, lo cifrará en hacer de la "toilette" una ciencia, convirtiéndola en la más importante ocupación de su vida. Para emanciparla del ocio intelectual, que tan formidables males origina, tenéis que instruirla.

Observad lo que dice el ilustre Dupanloup: "Pido que sea lícito á la mujer cultivar las ciencias y las artes y esforzarse por alcanzar un grado más eminente, sin que se le amargue tan honrado placer con el dictado de "marisabidilla."

El estudio regenera, creedlo; la prosperidad y la fuerza creciente de las naciones más avanzadas se debe á la superioridad intelectual de las mujeres.

Si no queréis iluminar con la luz del saber el entendimiento de la mujer, ésta permanecerá indiferente y fría ante las creaciones de vuestra inteligencia, y careceréis de su aplauso, que tanto podría alentar vuestros deseos y premiar vuestros afanes.

Si la mujer es ignorante, no podréis estimar en nada su opinión, porque realmente no tendrá valor

Casarse con mujeres ignaras es denotar que no tenéis más que sentidos. Si se ha dicho que la palabra de la mujer es el dictamen universal; reflexionad qué gran cultura, cuán sereno juicio, cuánta rectitud de entendimiento le son necesarios para no extraviar al hombre con su influencia.

Necesita la instrucción, si vosotros sois instruídos, porque destinada al matrimonio, es indispensable en él la asociación de las ideas, el equilibrio de las almas y la comunidad de pensamiento. Para tal comunidad de pensamientos tiene que aprender á pensar.

Cuando no existe entre dos seres unidos con lazos indisolubles la fusión de las almas, hay divorcio moral, y en este estado, reducidos á la vida corporal, el matrimonio es un concubinato, la existencia un infierno.

Por regla general son los estúpidos los partidarios de la ignorancia de la mujer, pues por poco que discurran, han calculado perfectamente que el día en que la mujer se ilustre, habrá dejado de ser frívola y no podrá sufrir las sandeces de los que se colocan constantemente ante ella con el incensario en la mano.

¿Quién soportará la conversación de los necios cuando todas las mujeres sean ilustradas?

Mujeres, ilustrémonos; tened presente que dice Stendhal: "Una mujer instruída que adquiere conocimientos sin perder las gracias de su sexo, está segura de encontrar entre los hombres la más distinguida consideración."

Oid á Rousseau cuando exclama: "Sólo un ingenio cultivado hace agradable el trato, y es muy triste para un padre de familia amante de su casa, el estar obligado á concentrarse en sí mismo y no poder ser entendido por nadie."

Creedlo: una mujer bella sin instrucción, es un libro lujosamente encuadernado, con las páginas en blanco, un estuche sin joya.

Una mujer ilustrada hace más suave y fácil la vida del hogar. Guillermo Bilderdigk, célebre poeta holandés, se casó con una mujer vulgar y fué muy desgraciado, teniendo que separarse de su esposa al cabo de once años de calladas desventuras. Muerta ésta, contrajo nuevas nupcias con una dama instruída, y los dos vivieron felizmente.

El gran pensador Eugenio Pelletán encuentra muy natural que las mujeres cultiven las letras y las artes, y por eso exclama: "La poesía no es más que el desquite del alma contra la realidad, un modo agradable de remontarse al cielo en alas del lirismo. Efectuada esa ascensión, poco caso hace la mujer de un cintajo más ó menos, con los que sólo obtendría algún cumplido de un fatuo ó haría caer en sus redes á algún imbécil."

Bajo cualquier prisma que se mire, obsérvase la necesidad que tiene la mujer de ilustrarse. No conviene al hombre que sea un ser pasivo, un ciego instrumento subordinado á la mano que quiera manejarle. No, mil veces no; la mujer no ha recibido un alma para tenerla dormida, una inteligencia para no hacer uso de ella, y una voluntad para doblegarla inconscientemente.

En una novela de Roberto Halt, titulada "Madame Frainex," queda perfectamente probado que la esclavitud envilece ó exaspera. La heroína, demasiado digna para envilecerse, no acepta las despóticas leyes de su tirano, y se ve obligada á provocar una rebelión en el hogar.

El hombre no puede rebajar al sexo femenino sin degradarse, y esto no debe olvidarlo jamás.

La mujer ha de ser su eterna compañera, la madre de sus hijos, y para ser buena madre y cumplir su augusta misión, necesita ser ilustrada. Una mujer ignorante no podrá dar al hijo más que la vida material, teniéndole que abandonar á manos mercenarias para la primera educación, que debe ser obra suya.

Mucho antes de que un padre piense en la educación de su hijo, éste ya ha recibido las impresiones transmitidas por la madre, que son indelebles y origen de nuestra felicidad ó desventura.

Es indudable que la mujer necesita ilustrarse, y esta verdad la reconocen todos los hombres sensatos en su fuero interno, por más que no se atrevan á proclamarla por retrógradas y rutinarias preocupaciones.

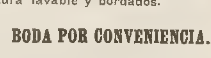
¡Inspiremos á la mujer el amor al estudio! El estudio es la higiene de nuestro espíritu, es manantial de goces imperecederos, bruñe y cincela nuestro entendimiento, fortifica nuestro criterio.

El amor al estudio extingue en nuestra alma mezquinas pasiones, rasga densas brumas, y cual rayo de luz, penetra en los más encapotados horizontes, inundándolos de suaves resplandores.

Maridos: si tenéis fortuna, regalad á vuestras mujeres una biblioteca; tened presente que "toda mujer que abre un libro, exorciza al diablo." Los antiguos, para ahuyentarle, le hacían la cruz; los hijos del siglo XX creemos que el mejor conjuro es un buen libro.

Concepción Gimeno de Flaquer

Mantelería para té, con pintura lavable y bordados.

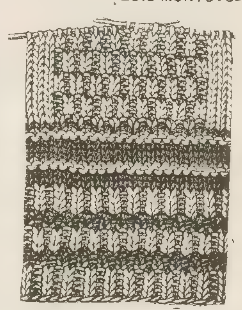


BODA POR CONVENIENCIA.

Mucha luz en el altar,
mucha flor, mucha riqueza,
y en una hermosa cabeza
la corona de azahar.

Enfermiza la color,
muy triste la novia estaba,
porque en la boda faltaba
un convidado: el amor.

LUIS MONTOTO.

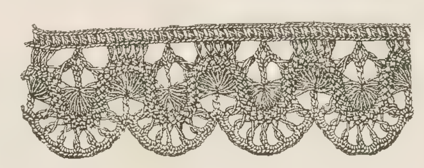


Tejido para refajos.

En este mundo traidor
Nada es verdad ni mentira:
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

* * *

Una mujer instruída
Y de conciencia elevada,
Prefiere no ser amada
Y verse comprometida.



Tejido de gancho, para guarniciones.

RECETAS DE COCINA.

BOUILLABAISE A LA MODA DE NIMES.

Echese en el fondo de una cacerola un pedazo de manteca de vacas muy fresca, y colóquense encima varias especies de pescados como salmonetes, anguilas medio cocidas (los salmonetes no deben echarse sino cuando los demás pescados estén medio cocidos), lenguados, pajeles, doradas, colas de langosta, todos hechos tajadas; sazónense y agréguense hierbas finas picadas; mójese hasta la superficie con excelente caldo de pescado y un vaso de vino seco ó de Madera y avívese entonces el fuego para precipitar la reducción del caldo.

Téngase preparado un hígado de balderraya cocido en el caldo de pescado; machaquése perfectamente, añádanse tres yemas de huevo y deslíase todo con medio vaso de aceite; prepárese en seguida en la fuente; vuélvase á poner el caldo sobrante de la cochura en el fuego y líese con la preparación de hígado que se acaba de indicar.

Pásese la salsa por el tamiz, haciéndola caer sobre el pescado y rodéese la fuente con cortezones fritos en manteca.

GRANADINA DE TODAS CLASES DE PESCADOS.

Córtense filetes de pescado, que se irán colocando sobre la mesa, y encima de ellos se extenderá, igualándola con el cuchillo, una capa de relleno de albondiguillas de pescado y un salpicón; recojanse sobre el relleno las dos extremidades de los filetes y póngase á cocer en la cacerola con las puntas para abajo y con una rajita de limón y una albardilla de tocino por encima; mójese ligeramente con caldo sobrante de un guiso ó con vino blanco seco; después de la cochura colóquense los filetes en una fuente, póngaseles gelatina é intercálese entre cada dos, ya un cangrejo, ya una trufa, ya un pepinillo en vinagre, ó ya un cortezón de pan frito con manteca; sírvase con una salsa alemana ó con una ravigote casera.

PESCADO GRANDE EN SORPRESA

Cuando queden la cabeza, la cola y la raspa de un gran pescado y que sea difícil reemplazar para el día siguiente, utilícense estos despojos del modo siguiente:

Prepárese una fuente larga, cúbrase el fondo con relleno de albondiguillas de pescado ó de aves; colóquese encima la cabeza, la raspa y la cola; échese un guiso hecho con ostras, trufas y colas de cangrejo, procurando dar á todo la forma del primer pescado; échesele un poco de salsa alemana y cúbrase el resto con lo que queda del relleno, igualado con la hoja del cuchillo mojada en huevo batido y conservando siempre la forma del animal, que se adornará con trufas que representarán las escamsa; pónganse encima albardillas de tocino, cúbrase con una hoja de papel untada con manteca y métase en el horno una hora antes de servirlo; cuando se quiera presentar, quítese el papel y el tocino, póngasele gelatina y salsa, ó bien hágase un aderezo á la Chambord ó una salsa de trufas y de ostras.



Traje y abrigo de invierno, para niños de 9 á 10 años.

MEDIA SALSA A LA CASERA.

Píquese un poco de tocino y derrítase en una cacerola; después de esto, quítese del fuego, échesele un poco de cebolla y una anchoa muy picada; córtese el pescado en trozos, colóquese en una cacerola, sazónese con pimienta, sal, un poco de ajo y perejil picado, agréguese á esto excelente aceite ó manteca de vacas y mójese con vino tinto mezclado por mitad con caldo de pescado ó con agua; el líquido mojado de esta suerte debe subir hasta la superficie; cuézase en seguida con fuego vivo, y cuando el caldo se haya reducido de un modo conveniente, se servirá la media salsa con tostaditas de pan debajo.

Como para este plato se emplean diferentes clases de pescados, que se mezclan juntos, si se echa anguila, convendrá cocerla de antemano en agua sazonada como el caldo de pescado y emplear para la media salsa el caldo de la angulla.

Bouillabaisse á la Marsellesa

Póngase en una cacerola un poco de cebolla picada, con un poco de aceite, y pásese un momento por el fuego; córtese en seguida en tajadas un pescado de mar, como por ejemplo la morena, el racazo, la lubina, la pescadilla, la langosta, etc. Colóquense las tajadas en una cacerola, agregando un poco de perejil ó de ajo bien picados, una rajita de limón, un tomate en pedazos, quitándole antes el agua y las semillas, y sazónese con sal, pimienta y un poco de azafrán en polvo. Rocíese en seguida con buen aceite y mójese con un vaso de vino blanco seco, mezclado con caldo hecho con las cabezas de los pescados que entran en la "bouillabaisse," si no se tienen otros; el caldo debe cubrir enteramente el pescado; avívese la lumbre, y, cuando el caldo se haya reducido á una cuarta parte, échese en una fuente donde se hayan colocado antes rebanadas de pan del día algo espesas.

El pescado debe servirse aparte.

EL TESTAMENTO
Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean . . . . $50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas 9,829 oro
Otra póliza de Seguro. . 14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos. . . . . . . 37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

DE LAS DAMAS

Leyendas y Tradiciones.

TOLEDO.

Puesto de honor corresponde, en la sin igual lucha de ochocientos años llamada la "Reconquista," al hijo de Don Fernando I "el Grande," conocido en la historia con el nombre de Alfonso VI.

Bajo el cetro de éste volvieron á reunirse los estados en mala hora divididos por aquél, al morir, entre sus cinco vástagos; y enmendado por la suerte el yerro del padre, pudo el hijo emprender vigorosa campaña contra los moros, llevando victoriosas sus armas á Córdoba y Sevilla y llegando hasta Tarifa en sus atrevidas excursiones.

Un obstáculo le impedía colmar su noble ambición, obstáculo más fuerte que las flechas y las cimitarras agarenas; como que acostumbrado estaba á triunfar de éstas, y aquél era y debía ser invencible, tratándose de ánimo tan generoso como el del monarca castellano: la gratitud.

Sancho II, el hijo mayor de Fernando, el que luego sucumbió en el cerco de Zamora á manos del traidor Vellido Dolfos, había desposeído á Alfonso de su parte de herencia y reducídole á prisión en Burgos, hasta que logró escaparse y buscar refugio en Toledo, donde el rey moro Al-Mamun le acogió bondadosamente: ¿cómo, pues, al recuperar el trono, podía Alfonso guerrear contra su bienhechor?

La muerte del toledano libró al monarca de Castilla y León de tan insuperable dificultad; declaró entonces la guerra á Yahya, sucesor de aquél; apoderóse de Talavera y de casi todos los pueblos que constituían el reino de Toledo; y, por último, marchó con su aguerrido ejército sobre la capital, á la que puso estrecho cerco.

Iba con Don Alfonso la flor de la nobleza de sus estados; y, al plantar las tiendas frente á la reina y señora del Tajo, frente á la ciudad de las hermosas puertas, que albergaba ya en su seno preciosidades artísticas, como la iglesia del Cristo de la Luz, todos, monarca y vasallos, juraron perecer en la demanda ó clavar en los, al parecer, inexpugnables muros, el glorioso estandarte de la Cruz. La lucha fué porfiada, pues si bravamente atacaban los castellanos, con no menos bravura defendían los agarenos aquel su último baluarte en la extensa cuenca del Tajo, de que hasta entonces habían sido dueños. Por ambas partes se multiplicaron las proezas y, entre ellas, las hubo tan notables que llegaron á ser legendarias. Una de éstas nos proponemos narrar.

Corría el mes de Mayo del año 1085.

Había cerrado la noche y los plateados rayos de la luna prestaban sus fantásticos reflejos á las obscuras murallas de la ciudad sitiada, haciendo destacarse de un fondo tenebroso el accidentado perfil de las almenas.

En el límite del campamento cristiano, el conde Pedro Ansúrez, en unión de algunos otros nobles, recorría la línea de centinelas, para asegurarse de que las regias órdenes habían sido cumplidas y, por lo tanto, no se corría el riesgo de una sorpresa

—Hay que reconocer, amigo Diego Núñez—decía el conde—que esos perros infieles se han batido bien.

—Pero, al fin, lograremos humillar su arrogancia.

—Sin embargo, el sitio se prolonga, y es preciso hacer algo extraordinario, algo que hiera la mente de esos sectarios de Mahoma y ponga pavor en su ánimo.

—¿Lo habéis ideado ya?

—Mañana lo veréis, repuso el conde.

Alfonso VI acordó, al siguiente día, no emprender por el momento ninguna operación de importancia; entonces el conde se presentó al monarca y le pidió permiso para cumplir un voto que había hecho.

—¿En qué consiste?—preguntó el soberano.

Pedro Ansúrez expuso su pensamiento, que arrancó al Rey una exclamación:

—¡Pero eso no es un voto, sino una locura que va á hacerme perder uno de mis mejores capitanes!

—Con el auxilio de Dios, no será así.

Cuantas reflexiones hizo el monarca fueron inútiles, y al fin, hubo de conceder el permiso con tanto afán solicitado.

El conde, radiante de alegría, vistióse de punta en blanco, armóse de todas armas, hizo enjaezar en guerra su más brioso corcel, y "solo," sin ayuda de nadie, encaminóse en derechura á la puerta de Visagra, como si ésta se hallase abierta y como si aquél fuese á dar un tranquilo paseo.

Los moros que coronaban las almenas mantuviéronse quietos al principio, creyendo que sólo se trataba de un paladín que iba á desafiar á singular combate á alguno de los suyos, cosa entonces común y corriente; pero al ver que Pedro Ansúrez proseguía imperturbable su camino, á pesar de hallarse ya en sitio donde podía ser escuchada su voz, comenzaron á alborotarse y adoptaron una actitud hostil. Por vía de aviso, fueron lanzadas algunas flechas contra el temerario, quien entonces espoleó su corcel, llegó hasta la puerta de Visagra y comenzó á descargar furiosos hachazos en torno de los aldabones que la adornaban.

Atónitos los moros un instante, no tardaron en reponerse de su sorpresa é hicieron caer sobre Pedro Ansúrez una verdadera lluvia de piedras y flechas; pero el conde, tan atrevido como afortunado, logró falsear el asiento de los aldabones; haciendo un poderoso esfuerzo, los arrancó de la puerta y, volviendo grupas, regresó con ellos al campamento cristiano, entre los denuestos con que los moros exhalaban su impotente cólera y los vítores y aclamaciones de las huestes alfonsinas.

Pocos días después, el 25 de Mayo, rendíase la ciudad, y Alfonso VI penetraba en ella con sus tropas por aquella misma puerta mutilada merced á la hazaña del conde Pedro Ansúrez.

EDUARDO BLASCO.



El primero de estos trajes, es de baile, estilo "Imperio," de acuerdo á las reformas del vestuario femenino. El segundo es de sociedad, con boleros y falda encarrujada, propio para señoras jóvenes y esbeltas.



Traje de calle, con falda de 7 cuchillas y talle de la misma tela.

EL LLANTO DEL COCODRILO.

Como brillante raudal de disueltas esmeraldas, se deslizaba el Nilo aquella diáfana noche de verano, en que la luna lo bañaba todo con sus fulgores y en que todo parecía arder en su luz, simulando un colosal incendio de plata....

De pronto, de una de las orillas se elevó un insecto rojo, de transparentes alas, que vagó por el espacio breves momentos y fué á posarse al fin en una flor de loto de pétalos celestes.

Era tan clara la noche, que el infeliz pensaba que había llegado ya el día.



Sombrero para invierno.

—¿Qué le pasará al sol, que está tan pálido?—se dijo con asombro, mirando á la luna llena;—tiene cara de muerto...

Y después de un breve momento de meditación, añadió:

—No me explico la tristeza que reina por doquier. Ni las aves desgranan sus trinos, ni cantan las ondas, ni vuelan las mariposas de oro por el aire azul... ni siquiera he visto á la aurora deshojar sus rosas, para alfombrar de rojos pétalos el camino que sigue el sol... ¡Vaya! lo que es á mí nadie me quita de la cabeza que aquí sucede algo grave.. ¿Está muriéndose el astro diurno, que nadie quiere turbar el silencio de su agonía?

Y volvió á sumirse en hondas meditaciones.

—¡Eh!—gritó de pronto á una luciérnaga que se arrastraba por entre el césped, alumbrándose con su linterna azul, sin duda para no tropezar en las piedras.—¡Eh! ¿quiere usted hacer el favor de decirme qué le pasa al sol, que está tan desmejorado y tiene esa cara de difunto?

Pero la luciérnaga, ó estaba sorda ó no quiso contestar, y siguió tranquilamente su camino sin satisfacer la curiosidad del insecto.

De repente llegaron á oídos de éste débiles gemidos y luego el eco de sofocados sollozos que parecían salir del fondo del Nilo. Se inclinó con curiosidad sobre la corriente y vió aparecer en ella unas manchas rojizas, como si dedos invisibles hubiesen deshojado en las verdes aguas ensangrentadas rosas.

—¿Qué llanto desgarrador es ése? ¿habrá muerto ya el sol? -pensó el insecto estremeciéndose.

Iba á abandonar la flor de loto, sin duda para inquirir noticias, cuando vió que se agitaba debajo de él la corriente y que asomaba la cabeza de un enorme cocodrilo.

—¡Córcholis!—se dijo el insecto—¡vaya un encuentro agradable!

El saurio fijó en él sus ojos verdosos de pupilas verticales, le miró con olímpica indiferencia, y luego se dirigió lentamente á la orilla, en la que se enroscó, dejando sumergida la punta de su cola de cresta dentada en las aguas del Nilo.

—¿Va usted á dormir la siesta?—exclamó el insecto con acento zumbón.

—¿La siesta á las dos de la madrugada?—dijo el cocodrilo con una especie de mugido sordo.

—¡Cómo! ¿no es de día?

—Ya le he dicho á usted que son las dos de la madrugada; mi reloj anda muy bien; véale usted allá arriba, pendiente de la bóveda celeste...

—¿Aquel hermoso lucero que brilla como un enorme diamante de aguas azules y que parece suspendido de una cadena de estrellas?

—El mismo; por la posición que ocupa, sé la hora exacta. Conque, ¡buenas noches!

—¿Va usted á dormir?

—Voy á hacer la digestión.

—¿Tan tarde cena usted? Apuesto á que se ha dado un atracón de aves acuáticas y palustres...

—Pues se equivoca usted: he devorado una doncella hermosísima, que encontré dormida en una "felucca..." ¡un buen bocado!

—¡Qué horror!

—¿No ha oído usted mi llanto hace poco?

—¡Cómo! ¿llora usted después de devorar á sus víctimas? ¡Vaya una sensibilidad exquisita la suya, señor cocodrilo! eso es ya el refinamiento de la crueldad y de la hipocresía. Y cuenta que entre los hombres se dan con lamentable frecuencia casos espeluznantes.

El reptil miró con aire ofendido al insecto y replicó:

—¿Que no hay ejemplo? ¡cuán engañado está usted! Justamente abundan los ejemplos... ¿lo duda usted? pues póngase sobre mi cabeza y vamos á dar un paseíto á la luz de la luna...

El insecto voló como una chispa roja desde los pétalos celestes de la flor de loto á la cabeza del saurio.

Este se sumergió á medias en el agua y siguió tranquilamente el curso del Nilo.

De repente se oyeron llantos desgarradores en una casita que blanqueaba á la melancólica luz de la luna, en medio de un extenso campo de rosas.

—¿Quién llora con tanto desconsuelo?—preguntó el insecto.

—Una hermosa mujer, sobre el cadáver del hombre á quien envenenó la existencia.

El insecto se quedó pensativo y el saurio siguió deslizándose en silencio por la verdosa y mansa corriente.

De pronto se oyeron nuevos llantos.

—¿Qué le pasa á aquel hombre que profiere desaforados gritos y que, si no me engaño, intenta arrojarse al agua? volvió á preguntar el insecto rojo.

—Lamenta la muerte de su padre, cuya fortuna ha devorado él en el juego, precipitando con su conducta infame el fin del pobre anciano...



Sombrero de piel y terciopelo con guarniciones de encajes y listones.

El reptil disponíase á seguir de nuevo el curso de la corriente, pero el insecto se opuso, no queriendo oír más "llantos de cocodrilo".

Y echó á volar como una chispa roja desde la cabeza del saurio á los pétalos celestes de una flor de loto..

Casimiro Prieto Valdés.

AHI VA UN CUENTO.

Pues señor: en cierta sala
de un cuartel que hay en...Florencia,
pues ni el nombre es lo que importa
ni el lugar lo que interesa,
cabizbajo está un bisoño.
El pobre chico se acuerda
de su pueblo, de sus padres,
del cielo azul de su tierra,
de sus juegos de chiquillo,
de su novia, una morena
que le tiene medio loco
con su carita risueña,
su linda boca de mieles
y su talle de palmera;
de aquellas coplas sentidas
que los mozos de su aldea
al compás de sus guitarras
cuando la noche se acerca,
cantan allá en la montaña,
donde sus voces resuenan



Traje de visita y de calle, con saco en forma de paletó, ornado de pieles (sólo para cuerpos esbeltos).

con débil eco, si evocan
amarguras y tristezas,
y más claras que verdades
cuando lo que el viento lleva
son ensueños y esperanzas;
coplas que al pie de la reja
de un pecho amante salieron
para rodar por la sierra,
hasta hundirse entre las aguas
y quebrarse entre las penas
del profundo mar, sepulcro
de venturas y de penas,
de risas y de sollozos,
de plegarias y blasfemias...
Saca el muchacho una carta;
y después de ver la letra
y de contemplar el sobre
y de darle muchas vueltas,
la abre, la lee y aturdido
rompe á llorar. Su morena,
con el corazón deshecho
y con el alma deshecha,
murió pensando en el hombre
que adoraba con fe ciega.
Pasa el sargento: le mira,
le coge de la chaqueta
y le dice: "¿por qué lloras?"
—Se me ha muerto mi Carmela,
la moza á quien yo quería
como la planta á la tierra,
como á la Virgen los ángeles,
como la llama á la hoguera...
—Por una mujer no gime
el que defiende la enseña
de la patria. ¡Mentecato!...
¡Quítate de mi presencia!
No se debe llorar nunca
por semejantes simplezas...
Cuando una mujer se muere,
por desgracia, otra se encuen-
(tra.

Se oye el cañón á lo lejos;
se esconde el sol tras la aldea,
y corriendo como gamos
los mártires de... Florencia,
huyen á la desbandada
por entre la abrupta sierra,
después de un rudo combate
con las enemigas fuerzas.
Y el sargento aquel que un día
regañó con voz severa
al quinto que recordaba
el amor de su mozuela,
deteniéndose un instante,
con amargura contempla
sollozando como un niño,
la destrozada bandera
que les servía de escudo
y fué de su honor emblema.
Le ve llorar el bisoño,
le coge de la chaqueta
y le dice:—Mi sargento...
Déjese usted de simplezas



Traje con guarniciones de pasamanería y brandemburgos.



Abrigo de medio cuerpo con pelerina.

y no llore por tontunas
que no merecen la pena.
Aflíjase una y mil veces
por la mujer que le espera;
porque una mujer, por mala
y por infame que sea,
da su vida por el hombre
que se arrostra á defenderla;
mientras que al pobre bisoño
que conduce la bandera
á la cima de la gloria,
si sucumbe en la pelea,
no le rinden ni el tributo
de envolverle en el emblema
que defendió como un tigre,
con la sangre de sus venas...
No llore usted, mi sargento,
porque hoy día una bandera,
por desgracia... ó por fortuna,
en cualquier parte se encuentra

ANTONIO SOLER.

LA TRALLA.

La estupefacción fué unánime. El alegre ruido del cascabel, agitado por un trote rápido, había hecho volver la cabeza á cuantos campesinos trillaban en las eras bajo la lluvia del sol canicular, y acababan de distinguir un tílburi charolado de rojo, arrastrado por un alazán de mucho braceo y conducido por una dama rubia y joven que le guiaba con la maestría con que de seguro hubiera empuñado las riendas el lacayo que llevaba detrás de ella, preso entre las dos tablas de almidón de un cuello muy alto. La simple aparición del elegante tren no chocó á los campesinos. Cerca, á una legua escasa, existía en aquel llano vasco uno de los balnearios de moda más frecuentados por la aristocracia madrileña, y no era raro ver á los señorones de paseo en sus coches, carretera adelante.

Pero el asombro de los campesinos llegó hasta el alelamiento cuando la dama paró en firme el carruaje de un tirón de bridas vigoroso, dió las riendas al lacayo, que las cogió en el aire, se lanzó al suelo de un salto, sin miedo al polvo, y entrándose por los prados, llegó á las eras, y encarándose con una chicuela que, cobijada con un sombrerón de paja y sentada en su trillo, guiaba un par de mulas de alzada, la dijo con algo de emoción en la voz:—¡Eh! muchacha. ¿Me quieres dejar que dé un par de vueltas...?

La copla soñolienta murió en el acto entre dos labios que se quedaron separados, mientras que la extrañeza hacíale á la rapaza tirar maquinalmente de los ramales. Cuanto á la dama, no esperó la respuesta; empujó con suavidad á la atortolada moza, que se dejó echar aturdida del trillo, y cogiendo con una mano las riendas, descargó con la otra un trallazo, al par que el tronco, asombrado del tirón vigoroso y del latigazo, enarcó las grandes orejas y arrancó á buen paso, con su señorita á la última moda parisiense en pie sobre el carricoche, como una diosa moderna de la agricultura.

Primero fueron carcajadas las que estallaron en las demás eras. ¡Una señorona trillando! Todos los cantares extinguidos, todos los ojos mirando hacia donde la dama molía los rubios granos con su trillo, por un instante la faena general suspensa; luego, á las risas sucedió la admiración. ¡Vaya, qué bien lo hacía! ¡Ni que toa la vida hubía estao entre la parva! ¡Paecía mentira, siendo de los Madriles! La caprichosa, sudando, roja, con las pupilas brillantes, destacando sobre la nota amarilla del trigo su figurita esbelta, envuelta en batista, con su sombrerito de paja, castigaba las bestias sin perder el equilibrio, haciéndolas girar rápidamente. Al cabo se cansó, paró las mulas, soltó los ramales, sacó del bolsillo del vestido otro bolsillito de cadenilla de plata y de él un duro, y dándoselo á la rapaza, montó de otro salto en su tílburi y, sacudiendo un fustazo al caballo, se alejó á la carrera, con su también aturdido lacayo, con el rostro á la vez radiante y triste y pensando para sí:

—No hubiera podido contenerme aunque hubiera venido con toda mi corte de gomosos detrás. ¡Es la querencia del oficio!

ALFONSO PEREZ NIEVA.

Primaveral.

¡Alza, bardo, y ensaya en tu lira
la canción de los sueños del alma,
que ya asoma, gallarda y risueña,
en Oriente la rubia mañana,
y el vergel es concierto de notas,
y el ave en su nido
sacude las alas!
¡Alza, bardo! Despierta y escucha
cómo allá de la sierra lejana,
el torrente, ese libre armonioso
que la tierra y las rocas horada,
baja inquieto, saltando entre guijas,
y extiende en el llano
sus cintas de plata.
Alza, bardo, y aquí en los vergeles
donde lucen las rosas sus galas
y, cual copos de nieve, los lirios
vense envueltos en túnica blanca,
de los ya medio abiertos capullos
aspira el aroma
que el valle embalsama.
Ven y mira la verde colina
cuya frente hacia el cielo se alza
y se cubre de nítidas nieblas,
que parecen cortinas plateadas,
agitando sus pliegues sobre una
soberbia corona
gentil de esmeralda.
Ven y mira. Es la hora sublime
en que Oriente semeja un alcázar
cuyo pórtico, regio, se exorna
de diamantes y conchas de nácar,
de topacios y ricas turquesas
que brillan, deslumbran
y encienden el alma.
Es la hora sublime; es la hora
de las dulces y amantes plegarias
que, inocentes, los niños balbucen
cuando extiende sus bucles el alba
y la abuela en el lecho recita
alzando á los cielos
un voto de gracias.
En la selva se escuchan rumores
que remedan cadencias de arpa
y que, en rítmicas ondas sutiles,
va esparciendo la brisa en mi estan-
(cia,
como mágicas voces de idilios
que forman los gnomos
y silfos y fadas.
¡Cuánta luz va llenando el vacío
al nacer la adorable mañana!
¡Cómo viajan las nubes, dispersas,
en el cielo, fugaces y blancas,
cual si fueran gaviotas ó cisnes
nadando en un lago
de linfa azulada!
Es la hora fecunda en efluvios;
es la hora en que luce, gallarda,
la gentil Primavera sus flores,
cuyos pétalos tiernos se empapan
al erguirse en sus búcaros verdes,
de trémulas gotas,
cual lluvia de lágrimas.
¡Oh, despierta! y tu cítara de oro
vibre notas de amor en tus ansias,
mientras baja, afanoso, el torrente
y las aves sus cantos ensayan,
y la cumbre se viste de nieblas,
y lirios y rosas
su aroma derraman.
¡Canta, bardo de mórbidos versos
que semejan rumor de cascada!
Es la hora en que el orbe despierta
revistiendo de gloria su alcázar;
es la hora en que todo sonríe
y entona el trabajo
su canto en las fraguas.
¡Que yo, en tanto, veré en mi reti-
(ro,
á los soplos de acerba nostalgia,
cómo ruedan los pétalos rotos,
cómo cruje la tibia hojarasca,
cómo se huyen los castos ensueños
y muere de hastío
la dulce esperanza!

L. TORRES ABANDERO.

LA ÚLTIMA CUARTILLA.

Allí estaban, en blanco, ante su vista, esperando inútilmente los prodigiosos trazos vitales que encarnan el pensamiento.

La pluma permanecía inactiva entre sus dedos. Llevaba una, dos horas, mucho tiempo, y las ideas, revoloteando en su cerebro, desvanecíanse lentamente apenas apuntadas.

En vano alzaba la vista hasta los alineados libros de su escogida colección demandando auxilio. En vano torturaba su memoria recordan-



Jacquet-blusa de terciopelo con piel de sibelina.



El primero es un traje sencillo de sociedad, con cuello marinero y propio para telas gruesas. El segundo es de lana, con guarnición de encajes, para señoras jóvenes, y apropiado para tertulias íntimas y conciertos.



Saco-abrigo, en forma de paletó.

do pasajes de grandes autores, representándose escenas tiernas y emociones fuertes de su vida para rec y dar su forma á un pensamiento hermoso.

Se levantó colérico ante su estéril esfuerzo de escritor malo, y para excitar su amor propio, hojeó un libro suyo de versos infames, cuya edición completa se ocultaba vergonzosamente en el hueco posterior de un estante inmenso. Repasó otros trabajos suyos, cuentos, artículos, revistas de todas clases, poemas, dramas y tragedias publicadas en folletines y que no encontraron escenario que las estrenara; todo ello superpuesto cuidadosamente en un gran libro ricamente encuadernado.

Sus versos anodinos le atormentaban con aquel martilleo insoportable de rimador mecánico. Las vulgaridades más grandes y los conceptos más ñoños se sucedían implacablemente

Arrojó el libro al suelo; cerró después el voluminoso tomo de sus fechorías literarias. ¡Aquella era su labor artística! ¡Toda su vida!

En un armario aparte vió las producciones de sus compañeros: muchas dedicadas con pomposas frases de irónica admiración y falsa amistad. Las obras de sus amigos, de los que empezaron con él, libros malos y libros buenos, obras gloriosas y obras adocenadas; de los que habían llegado y de los que, como él, seguían ensuciando papel inútilmente, sin darse por vencidos públicamente, pero llevando en el fondo de su conciencia el estigma humillante de la insignificancia, y en su corazón la espina venenosa de la envidia y el rencor miserable.

Sobre su mesa, los libros aun olientes á tinta fresca de los "nuevos," de los que empezaban, la generación joven, compuesta como la suya de malos y buenos, y concentrando en estos focos mentalmente las iras de su despecho.

En dorados marcos veía sus diplomas de honor concedidos en certámenes y juegos florales á versos hueros de poeta acéfalo, y como estrambote de todo, la gran escribanía de plata obtenida también en literarias lides: una escribanía simbólica de literato premiado, con una Fama de ocho centímetros que se empinaba entre los dos tinteros vírgenes de tinta.

En sitio preferente, los retratos de su madre y de su esposa le sonreían cariñosamente; mas entonces aquella sonrisa parecía de lástima y tal vez de burla. ¡Había lisperado tanto ripio á los pobres!

Volvió á sentarse y á coger la pluma; á esprimir nuevamente el zumo anoso de su cerebro casi enjuto con el doloroso esfuerzo de una operación quirúrgica

Pasó otra hora, mas en ésta el trabajo mental no había sido inútil. Dejó caer enérgicamente su pluma sobre el papel, y numeró decidido la primera cuartilla. Después, con letra grande, tumbada, como si fuese á escapar, escribió el título. "IMPOTENCIA."

Escribió un renglon tachó dos palabras, después otra; las substituyó, borró el renglón entero; comenzóle nuevamente, volvió á tacharle, y después, levantando la pluma, iracundo, la hizo saltar en pedazos sobre la mesa....

Fué la última cuartilla que escribió y conserva cuidadosamente, toda blanca, inmaculada, con el siniestro título arriba, y una manchita amarillenta abajo.

Una mancha imperceptible que no parece lo que es: una lágrima.

JOSE BRIZA.

Pacho Micho, por capricho,
Mecha la carne de macho,
Y ayer me dijo un muchacho:
Mucho macho mecha Micho.

¡Ay madre! si tú supieras
Lo que lleva dentro el alma,
Nunca me aconsejarías
Que perdonara á esa ingrata.

A pesar de tus traiciones
Nunca te podré olvidar:
El cariño es una cosa
Y otra cosa es la maldad.

Aunque te digan hermosa
No rías ni te envanezcas:
En la mujer, lo que vale
Más que todo, es la modestia.



Blusa estilo "Renacimiento," con adornos de encaje inglés.



Abrigo y sombrero de invierno para señoritas de 15 á 16 años. Traje para niña de 13 á 14 años.

PARA EL HOGAR

LOS DOS GRANUJAS.

No eran hermanos ni parientes; pero como hermanos se querían.

Por algo eran dos granujas: como granos de uva desgranados y sueltos, á merced de la casualidad pueden juntarse, aunque procedan de racimos distintos y aun de distintas viñas, así se juntaron nuestros dos héroes por puro efecto de la casualidad.

Al uno le llamaban "Zampatortas" porque era mofletudo y parecía bobo; realmente no era bobo, sino bonachón y calmoso. El otro se llamaba "Pincharratas" porque era vivo, camorrista y siempre tenía algún dicho agudo con que pinchaba á los demás chicuelos

Por ser tan opuestos, eran tan amigos, desde aquella noche en que la casualidad les reunió en un socavón de San Isidro.

En el socavón estaba durmiendo Pincharratas, que por entonces tenía oficio de arenero.

Y sumergido estaba en profundo sueño cuando le despertó algo que cerca de él se rebullía

Creyó que era un perro, y entre sueños le dijo: "fuera, chucho". Pero luego lo pensó mejor, coordinó sus ideas y, cambiando de táctica, le dijo al bulto que imaginaba ser perro, "ven acá, chucho, y dame calor".

El bulto se acercó obediente. Pincharratas probó á cogerle la cabeza y encontró una pelambrera enorme. "Vamos, es un perro de aguas"—pensó.

Luego quiso tocarle el hocico y no pudo menos de exclamar: "no es de aguas, no, que tiene el hocico redondo y aplastado; debe de ser perro de presa. No me muerdas, chucho".

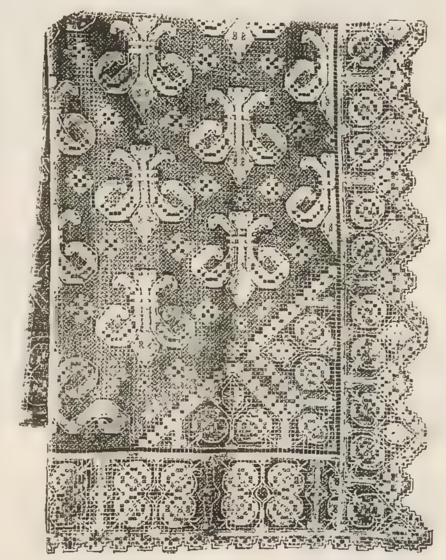
El supuesto perro protestó con dulzura y con cierta timidez: "No soy chucho, que soy Zampatortas".

¡Toma! si no es perro, ¡si es otro muchacho! Bueno, ponte cerca para que nos demos calor, que la noche está fría.

A poco rato dormían los dos granujas con sueño profundo; pero más profundo el de Zampatortas que el de Pincharratas. Este á veces tenía pesadillas. El otro nunca: su sueño era todo negro y uniforme; sin visiones ni sobresaltos

Al día siguiente, juntos salieron del socavón; ya no se separaron nunca y de este modo llegaron á ser grandes amigos. Juntos vendían arena; juntos recogían botas viejas y sombreros viejos; y el perro grande ó el perro chico que cogían era de los dos por igual

Por ser sus caracteres tan opuestos, se amoldaban por manera perfecta y se querían todo lo que dos granujas pueden quererse.



Modelo de bordados para centro de mesa.

La casualidad ó la Providencia quiso poner á prueba este cariño. ¡Qué amor no se fatiga! ¡Qué imperio no se deshace! ¡Qué guijarro que caiga en el río, á fuerza de rozar no se convertirá en arena!

Llegó, pues, el día de la tentación, mejor dicho, llegó la noche

Iban tristes y hambrientos los dos granujas: hacía día y medio que no probaban bocado.

Por caso extraordinario y atendiendo á lo apurado de las circunstancias y al hambre que les daba tremendos mordiscos en el estómago, decidieron pedir limosna.

—Pide tú le dijo Pincharratas á Zampatortas.

—No me atrevo—dijo éste.—No sé cómo pedir. No me harán caso.

—Bueno; pues pediré yo dijo Pincharratas;—y como en aquel momento pasaban por delante de un Club y de él salía un caballero, el clubman se fué el Pincharratas, y con voz chillona le persiguió pidiéndole un perro chico ó mejor un perro grande.

Al caballero acaso le hizo gracia el desparpajo y la desvergüenza del granuja; y, sonriendo con malicia, le dijo: "un perro grande es poco; toma un duro", y puso una moneda de plata en la extendida manita del chicuelo.

El caballero se alejó. Pincharratas se quedó sin saber lo que le pasaba, con la mano abierta y en ella el duro. Y no salió de su éxtasis hasta que le cogió Zampatortas por el brazo diciéndole en voz muy baja:

—¡Te ha dado un duro, te ha dado un duro! ¡guárdalo que "nos lo pueden quitar!"

—Sí: es verdad—dijo Pincharratas, —"me lo pueden quitar".—Y guardó apresuradamente la moneda.

El psicólogo nota aquí con tristeza el cambio de "número gramatical".

"Nos" lo pueden quitar—dijo Zampatortas.

—"Me" lo pueden quitar—dijo Pincharratas.

¡Oh poder corrosivo del interés! ¡Y qué pronto corroes y deshaces los afectos!

Aquella moneda era una cuña muy fina de plata, que empezaba á penetrar en la amistad de los dos granujas.

—¡Qué bien "vamos" á cenar esta noche—dijo Zampatortas. Anda de prisa y vamos á entrar en aquella taberna que allí está con sus cortinas encarnadas.

—"Yo no cambio" la moneda dijo Pincharratas.—Aunque "no cene", no la cambio, que es lástima; y dicen que en cambiando una moneda, se va ella sola sin saber cómo.

Pero es que yo tengo mucha hambre.

—Yo no tengo ninguna.

—¿Pues cómo lo vamos á arreglar? ¡Vaya, vaya! qué pronto te ahogas. Haz lo que yo hice: pídele á uno que pase y puede ser que te dé otro duro. Y entonces "tú tendrás el tuyo" y "yo tendré el mío", y cada uno hará "del suyo" lo que quiera.

Zampatortas no contestó nada. Bajó la cabeza tristemente y sintió don punzadas; una en el estómago, otra en el corazón. Y ésta fué la más dolorosa.

Empezaba á dudar de Pincharratas. El hubiera dividido el duro entre los dos. Pincharratas no quería. ¡Paciencia!

En aquel momento salía un hombre de la taberna, y, según las curvas que trazaba su centro de gravedad, estaba borracho. A él se acercó Zampatortas y le pidió una limosna en tono resuelto. Zampatortas iba siendo valiente. ¡La desesperación hace valientes á los hombres y á los chicos!

Pincharratas, que se había quedado á cierta distancia, se reía con risa burlona, y le gritó:

—No le pidas á ese, ¿no ves que está borracho?, no te dará nada.

¿Que no le daré nada?—gritó el hombre, dando bordadas;—no le daré dinero, porque un hombre honrado no lo tiene; pero le daré todo lo que hay en la taberna: aguarda, chico, y ya verás.

Y dando un empujón á la puerta de la cortinilla encarnada, entró y salió á poco con medio pan blanco, tierno, riquísimo, y una soberbia chuleta.

—Toma—le dijo á Zampatortas, toma, y hártate, y cuando acabes, vuelve y te comerás todo lo que queda en la taberna.

Cogió Zampatortas su cena y fué á unirse con Pincharratas; sin hablar palabra, los dos se marcharon al socavón.

En llegando á él, Zampatortas, que conservaba íntegros el pan y la chuleta, le dijo con tono triste:

—¿De modo que la moneda es tuya y que esto es mío; ¿ó quieres que, como siempre, partamos entre los dos las dos cosas?

—No, no; cada cual lo suyo.

¿Pero, tendrás hambre?

—Yo no tengo hambre; lo que tengo es sueño.

Y se echó en lo más hondo del socavón y fingió que dormía.

Al pobre Zampatortas casi se le había quitado el hambre. Sin embargo, por dejar á salvo su dignidad, empezó á morder en el pan y en la chuleta; y tan agradecido se le mostró el estómago, que otra vez se le despertó el apetito; y desengaños, ingratitudes y tristezas fueron triturados por los fuertes dientecillos del muchacho, entre pedazos de carne y pedazos de pan. Todo cayó dentro; después se tendió lo más lejos que pudo de Pincharratas y se quedó profundamente dormido.

Pincharratas, en cambio, no pudo dormir en toda la noche. Con el duro apretado en la mano y la respiración fatigosa, sentía ansias extrañas, ambiciones enormes, tristezas vagas, y algo que le punzaba en la conciencia. ¡Acaso sería el remordimiento! El, Pincharratas, y el remordimiento, Pinchaconciencias, eran dos y eran uno.

Con las primeras luces del día y apretando mucho el duro en la manita, se salió del socavón todo lo suavemente que pudo para no despertar á su compañero, y se fué al puente y se paró junto á un hombre que estaba vendiendo café; y como se sentía desfallecido, le dijo al vendedor ambulante:

—Écheme usted un vaso bien caliente y con mucho azúcar.

El vendedor le miró con desconfianza, porque el granuja era todo miseria y harapos; y al fin le preguntó con sorna.

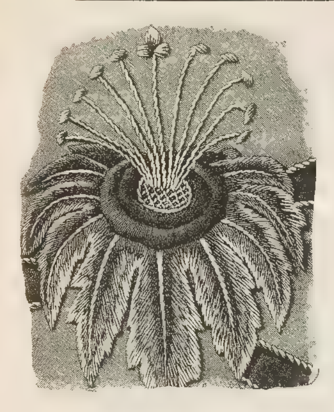


Delantal de lujo con flores de listón.





Cuello y manguito de pieles.



Flor bordada, para aplicaciones.

—¿Y tú con qué pagas?

El granuja sintió que se le subía á la cabeza una bocanada de soberbia, y sacando el duro, lo arrojó diciendo:

—Con esto.

El vendedor lo cogió; y después de mirarlo y hacerlo sonar sobre una piedra, le dijo con soberano desprecio:

—Pues como si no pagases con nada, porque es falso, más falso que Judas.

Pincharratas quedó muerto. Cogió maquinalmente el duro y, sin saber lo que hacía, se volvió al socavón. Pero ya no estaba Zampatortas. En el suelo había unas migajas de pan, unos pellejos de carne y el hueso de la chuleta.

Pincharratas se dejó caer; y sin darse cuenta de lo que le pasaba, con un dolor muy grande en el estómago, con una angustia muy grande en el alma, con los ojos turbios, las manos temblorosas y el hipo en la garganta, se puso á comer las migajas de pan; después á roer el hueso de la chuleta, y al fin, en un arranque de desesperación, mordió el duro con todos sus dientes.

El duro sería falso, pero era muy duro, y Pincharratas se rompió un colmillo.

Al fin rompió á llorar y se echó en el suelo, hundiendo la cara en la arena del socavón.

EL POEMA DE LOS OJOS.

Ojos de negro azabache,
Ojos de amor infinito,
Ojos de inmensa dulzura,
Ojos lindos;
Yo los quiero, yo los amo,
Yo los sueño, yo los miro,
Y en el fondo de mi alma,
Santuario de mis cariños,
Esos ojos de tu rostro,
Esos tus ojos magníficos,
Tienen su altar y su culto,
Su adoración y sus himnos.

Saben hablar un lenguaje
Dulce, mimoso, bellísimo;
Su irisación me deslumbra,
Y sus cambiantes divinos
Son, como rayos de estrellas
Y luces de paraíso.

¡Cómo han de llorar tus ojos
Cuando el dolor duro y mísero
Te azote con sus tormentos
Y hiera con sus silicios!
¡Ay! entonces yo quisiera
Si pudiera,
Beber tu llanto, ese río
Que han de inundar tus pestañas
Como torrente infinito;
Tus pestañas,
Que son hermosos pistilos
De tus ojos, que parecen
Dos grandes y negros lirios.

Cuando ríes, se ilumina
Tu mirada con tal brillo,
Que parece un sol, rompiendo
Nubes, con sus rayos vívidos,
Ah! y entonces, cuando ríes,
Yo también, ¡oh niña!, río
Y nuestras risas se juntan
En un abrazo expresivo,
Y en tus pestañas de seda
Que son hermosos pistilos,
Se prende, en hebras de oro,
La luz de tus ojos lirios.

Ojos negros, de azabache,
Ojos de amor infinito,
Ojos de inmensa dulzura,
Ojos tuyos, que son míos.

E. TORRES TORIJA.



Modelo para bordados.

La serpiente de plata.

Muerta de susto y medio asfixiada, aquella araña llegó al techo, después de una ascensión penosa.

—¿Qué ocurre, vecina?—dijo otra araña negra y ventruda, volando en su auxilio y abandonando la caza de una mosca verde, que brillaba como una esmeralda en una mancha de sol que había en la pared, frente á la ventana, cubierta de florida madreselva.

—Una cosa horrible—contestó la interpelada.—No, lo que es hoy le aseguro á usted que he nacido; el terror había paralizado todos mis movimientos, y en un tris estuve de morir abrasada.

—Pero, ¿qué ha sucedido, vecina?

—Déjeme usted tomar aliento, señora. ¡Ay! lo que es de esta hecha no vuelvo á bajar al sótano.

—¡Cómo! ¿bajó usted al sótano?

—La curiosidad me llevó á él. Y la culpa es de esa maldita cucaracha que me vino con semejantes cuentos, pues me dijo que en el sótano se ocultaba una hermosa serpiente de plata, y quise verla. Pero una vez en aquel antro, no ví nada, porque la obscuridad era profunda. Esperé largas horas. De pronto, cayó por uno de los respiraderos un astro de oro....

—¿Un astro? ¿cómo es posible?

¡Vaya! es muy sencillo. ¿No ha visto usted muy de mañana al Alba barrer con su escoba de luz el cielo azul, para que el dorado polvo de astros que flota en él no manche los blancos chapines de Aurora? Pues sin duda aquel astro cayó á la tierra, y rebotando, rebotando, fué á parar al sótano.

—¿No sería alguna colilla?...

—¿Quiere usted callarse? Es imposible que ningún mal intencionado arroje al sótano una chispa... ¡una semilla de incendio! En fin, el caso es que no tardó en formarse en torno del astro de oro una nubecilla blanca que fué agrandándose poco á poco y tomando tonos rojizos, hasta que surgió de sus inflamadas entrañas una culebra de fuego, que se retorció rugiente y con inconcebible furor se lanzó sobre la serpiente de plata....

—¿Luego, la cucaracha no había mentido?

—No, señora; allí estaba en un rincón del sótano, y confieso que su vista me heló de espanto..... ¡Era enorme! Al principio, la creí muerta, pues no hizo el menor movimiento ni trató de defenderse de su implacable enemigo; pero pronto observé en ella algunas contracciones de dolor.... ¡Ah! no comprendo cómo hay seres que se complacen en el daño ajeno.... Porque la verdad es que aquella serpiente de plata era inofensiva. Mientras tanto, el humo se hacía cada vez más espeso, y, medio asfixiada, pude ver, como á través de velos rojos, el final de aquella escena de horror. La culebra engendrada por el astro, oprimía entre sus anillos de oro á su víctima, gozándose en su martirio.... cuando, de pronto, brotó de una de las heridas de ésta un chorro de agua, que se abrió como un abanico de cristal, y la culebra de fuego se desvaneció en el aire entre chirridos espantosos.....

—¡Tate! entonces resulta que la serpiente del sótano era simplemente una cañería de agua....

—Pero la culebra de fuego no lo creía así.

—¡Justo castigo del cielo!

—Dice usted bien—exclamó la araña negra y ventruda. Y agregó filosóficamente:—¡Cuántos en el mundo buscan el daño ajeno....... y encuentran el propio!

Y se lanzó otra vez en persecución de la mosca verde que seguía brillando como una esmeralda en la mancha del sol.....

Casimiro Prieto Valdés.



Modelo para labores manuales.

DE MI TIERRA.

Ya se acabaron mis penas,
ya no estoy triste ni mala,
ya no lloro,... no te apures:
¡Venga, madre, la guitarra!

Cantaré por distraerte,
pero antes, oye la causa
de mi pesar, madre mía,
de mi pesar que me acaba.

Se marchó, madre, y no vuelve
y ha faltado á su palabra...
¡ay, que parece mentira
y es verdad, que me engañaba!

¡Pasan días, pasan meses...
y ni siquiera una carta!



Pluma de pavo, bordada, para cinturones.

No me quiere... y yo le quiero,
madre, con toda mi alma

Le quiero, le quiero tanto,
que encuentro la vida amarga
sin su amor, sin sus caricias
y sin sus promesas... falsas...

Lo quiero tanto, que diera
por verlo ante mi ventana
diciendo que me quería,
los ojitos de mi cara.

¡Ay madre, le quiero tanto,
que, viendo su "charranada,"
va aumentando mi cariño,
cuanto más el tiempo pasa!

Pero es verdad que estoy loca,
que me estoy poniendo mala
y que no se lo merece
quien tanto amor tan mal paga.

Yo fuí buena y le quería,
él me engañó y fué un canalla...
¡Habrá encontrado, sin duda,
mujer más rica ó más guapa!

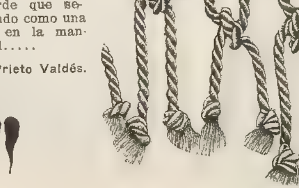
¡Permita Dios que los ojos
se le sequen al mirarla!
¡Permita Dios que le engañen
lo mismo que me engañaba!

¡Permita Dios que mi pena
sienta un día en sus entrañas
y que no tenga consuelo!....

. . . .
. . . .

¡Venga, madre, la guitarra!

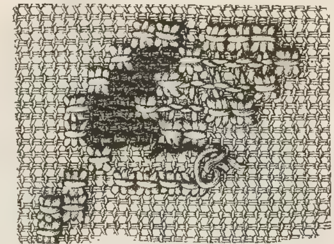
SEGUNDO LOZANO.



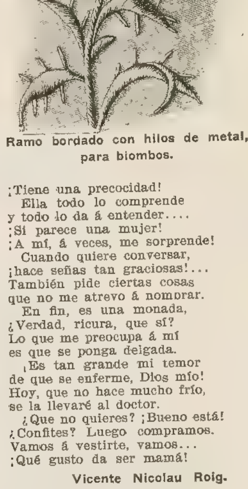
Fleco, para aplicaciones.



Hojas bordadas con hilo de plata, para biombos.



Detalles para bordado de sobre-cama.



Ramo bordado con hilos de metal, para biombos.

DEL NATURAL.

¿Se puede entrar?
—Adelante.
—¿Don Baldomero del Río?
—Servidor.
—Muy señor mío,
yo soy Felipe Cargante.
—¿El que trajo la tarjeta...?
—El mismo.
—¿Cómo está usté?
—Sin novedad.
—Siéntese.
—Mil gracias. ¡Yo soy poeta!
—¿Sí, eh?
—Sí, señor, yo siento
profunda melancolía!
—Hombre.... ¡lo siento!
—...y quería
que me oyese usté un momento.
Aunque soy un principiante
sin nombre ilustre y sin fama,
sin embargo, he escrito un drama.
—Me alegro, señor... Cargante.
—Un drama muy atrevido,
titulado: "Así se empieza."
¡Si yo meto la cabeza,
justifico mi apellido!
—(Lo creo.)
—Pues bien, yo quiero,
si usteu no lo toma á mal,
que me escuche usté el final...
—¡Hombre!
—... del acto tercero.
Es una escena muy corta.
—Pero....
—La voy á leer.
Empiezo.
—Tengo que hacer:
lo siento.... pero....
—¡No importa!
¡Si aquí no tardamos nada!
Escuche usted: "Don Severo
entra dejando el sombrero
junto á la puerta de entrada."
—(¡Dios me coja confesado!)
—"(Desmayada Dorotea,
Don Severo se pasea
visiblemente agitado.)
"¡Imposible! (Transición.)
¡Oh, qué temor insensato!
(Larga pausa.) Yo la mato.
(Momentos de indecisión.)
(Con amor.) ¡Qué hermosa está!...
(Amor creciente.) ¡Qué hermosa...!
¡¡Parece una mariposa!!
(Con abatimiento.) ¡¡Ah!!
Mi corazón, por costumbre
sin duda, late impasible
bajo este peso insufrible
de "miseria y podredumbre."
—Espere usted. (Voy por la
"Colonia" del tocador.)
. . . .
—¿Puedo seguir? Sí, señor.
—"(Decidido). ¡Basta ya!
Este puñal hasta el mango
en ese pecho hundiré.
(Con fiereza.) Así veré
en la superficie el "fango."
¡No más!"—¡Eso digo yo!
No siga usted adelante.
No puedo, señor... Cargante,
escucharle.—¿Por qué no?
¿No le gusta á usted quizás?
¡El asunto es portentoso!
—Sí, señor, sí, muy hermoso....
¡pero no lea usté más!!
—¡Si es la trama tan sencilla!
—No. si el mal no está en la trama.
—¿Pues en qué?
—En que "eso" no es drama;
¡eso es una "alcantarilla!"

JOSE BORRAS.

DOLOR DE MUELAS.

—Chico, me sigue el dolor
de una manera espantosa.
—Pues yo te daré una cosa;
no hay medicina mejor.
Ponte un poco de aguardiente
de lo más fuerte posible,
y aunque el dolor sea horrible,
se calma instantáneamente,
porque al tenerlo en la encía
cuatro minutos lo más,
mata el nervio; ya verás
cómo encuentras mejoría.
—Ya que me lo has recordado...
poco cuesta, probaré,
aunque alguna vez probé
sin obtener resultado.
Voy á contarte una cosa
que nos dió á todos un susto,
y á mí me costó un disgusto,
aunque, en verdad, fué graciosa.
Hace tres meses, mi abuela,
que está ya "deteriorada,"
me dijo muy apurada
que le dolía una muela,
y yo, que ya conocía
el remedio que me das,
le dije, sin más ni más,
que á escape la curaría.
Mandé comprar un frasquito
de aguardiente superior,
y por quitarla el dolor
la hice tomar un poquito.
Como aquello no cesaba,
se enjuagó con mucha fe,
según yo se lo mandé,
y el dolor... ¡se le aumentaba!
"Mire usté, abuela, es preciso
que se siga usté enjuagando,
y así se la irá quitando,"
la dije por compromiso;
y ella, ¡claro!, con afán
seguía mis instrucciones
por conservar sus raigones
y poder mascar el pan,
porque sabía muy bien
que iría, si no, un doctor
á dejarla sin dolor....
pero sin muelas también.
—Y qué ¿cómo tú decías,
se curó al fin doña Antera?
—¡Cá! ¡pescó una borrachera
que la duró cuatro días!

EMILIO DE MOTTA.



Modelo para flores de listón.

LA MUÑECA.

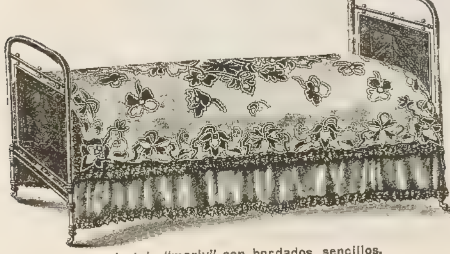
¡Dios mío, estoy asustada!
Se pone esta muñequita
cada vez más delgadita...
Es claro: ¡no come nada!
La he de llevar al Doctor
para que vea qué tiene.
¡Irene, ángel mío, Irene!
¿me quieres mucho, mi amor?
Con sus fieros manotones
se hace, por fuerza, querer;
pero da mucho que hacer
y bastantes desazones.
Que si llora, que si grita,
que si tendrá mucho frío...
¿Te ríes? ¡Yo no me río!
¡Qué preciosa manecita!
He pasado mil desvelos
por esta bribona... ¡Mala!
Papá siempre la regala
confites y caramelos.
¿Que si los come? No tal,
en su vida los probó;
he de comérmelos yo
porque á ella le harían mal.
Su estómago delicado
no admite dulces tan ricos...
¡con estos pícaros chicos
hay que tener un cuidado!
Con sus indisposiciones
no se gana para sustos;
ésta no da más disgustos,
gracias á mis precauciones.
¿Verdad, monona, verdad?
Es un ángel esta chica...
¡Si vieran cómo se explica!
¡Tiene una precocidad!
Ella todo lo comprende
y todo lo da á entender....
¡Si parece una mujer!
¡A mí, á veces, me sorprende!
Cuando quiere conversar,
¡hace señas tan graciosas!...
También pide ciertas cosas
que no me atrevo á nombrar.
En fin, es una monada,
¿Verdad, ricura, que sí?
Lo que me preocupa á mí
es que se ponga delgada.
¡Es tan grande mi temor
de que se enferme, Dios mío!
Hoy, que no hace mucho frío,
se la llevaré al doctor.
¿Que no quieres? ¡Bueno está!
¿Confites? Luego compramos.
Vamos á vestirte, vamos...
¡Qué gusto da ser mamá!

Vicente Nicolau Roig.

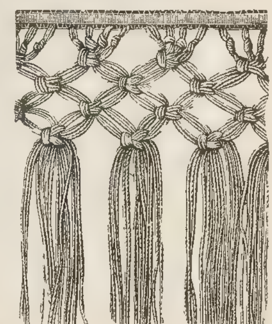
ENTREVISTA CALLEJERA.

—¡Ola, mi amigo Ramírez!
No hay quien le vea, caramba.
¿Ha estado usted con el dengue?
—Por fortuna, no, á Dios gracias.
—¿Entonces?
—Es que, Fernández,
salgo ahora poco de casa.
Le estoy dando á toda prisa
las últimas pinceladas
á una revista que en breve
me estrenarán en Eslava.
—Hombre, me alegro muchísimo.
¿Y qué?
—Que será premiada
con una ovación tremenda,
espantosa, extraordinaria,
según la opinión de muchas
personas autorizadas,
á quienes se la he leído.
—¡Caramba, hombre, caramba!
—No le pinto el argumento..,
—Sí, claro; porque le falta.
—Bien. El día del estreno
le daré á usté una butaca
y no piense, no, que lo hago
con la intención de que aplauda.
Y á propósito, Fernández:
¿usté no estrena ahora nada?
—¡Sí, señor. No hace dos meses.
—Pues no he sabido palabra.
—Hace tan sólo tres días
estrené... una hermosa capa.
Por cierto que los "ingleses"
me han obligado á empeñarla.

MANUEL PELAEZ.



Sobrecama de tela "marly" con bordados sencillos.



Fleco sencillo, para aplicaciones.

ÁNIMO.

Mi propósito no es nuevo,
que en la barquilla que voy
hace ya tiempo que estoy
si me atrevo ó no me atrevo;
que aunque es fácil aseguran
el llegar á la otra orilla,
no es la cosa tan sencilla
como algunos se figuran.
He visto quien, á pesar
de su espíritu valiente
y de vencer la corriente,
aun no ha logrado llegar.
Y otros en su desafío
por triunfar, han naufragado.
¡Muy poquitos han llegado
al otro lado del río!
Pero hoy sé á lo que me exponen
mis constantes alegrías;
y antes que las energías
lentamente me abandonen,
sin miedo á lo que me espera
desprecio las amarguras
y suelto las ataduras
á mi lancha prisionera,
una vez que ya he sabido
que el casco de la barquilla
se va quedando en la orilla
poco á poco carcomido.
Hoy, puesto ya en la corriente,
pienso luchar por vencer
aunque no dejo de ver
que el peligro es evidente.
¿Llegaré? ¡Ya lo veremos!
Con ánimos de llegar
voy decidido á remar
basta que pierda los remos;
y entre tanto no he de ahogarme,
pues conmigo va un amigo
que dice que va conmigo
con intención de ayudarme;
que anima constantemente
y aplaude mi decisión,
pero me inclina el timón
á favor de la corriente.
Pero vivo preparado:
lucharé firme y sereno,
que con el esfuerzo ajeno
son pocos los que han llegado;
y como sé que consigo
lo que mucha gente duda
y no tengo más ayuda
que la ayuda del amigo,
á la corriente me entrego
por llegar á la otra orilla
y, ó naufraga mi barquilla,
ó llego, ¡vaya si llego!

Alfredo López Alvarez.

ANDALUZA.

Más bellos son tus ojos
que el sol del Mediodía;
tu perfumado aliento
da envidia al azahar,
tu voz es un torrente,
de dulce melodía,
y tienes en tus labios
más mieles y ambrosía
que los antiguos dioses
pudieron apurar.
Del Mediodía ausente,
sin flores á mi lado,
sin música que á mi alma
consiga estremecer;
sin gloria, que en la lucha
por ella he desmayado,
de tu ideal belleza
febril enamorado,
te pido que tus ojos
vuelvas hacia mi ser.
Que me hables amorosa
muy cerca de mi oído
para que aspirar pueda
tu aliento embriagador;
que dejes que en tus labios
mis besos hagan nido....
Yo te daré, por toda
la dicha que te pido,
un cielo de querubes,
con ángeles, de amor.

SEGUNDO LOZANO.



Blusa con bordado japonés y cinturón de cuero
Blusa para teatro, con corbata. Cinturón de seda, dobladillado.

RECETAS DE COCINA.

Pescado á la mayonesa.

Cuézase el pescado como indica el núm. 729; cuando esté frío y bien escurrido, póngase en el plato y cúbrase la parte superior con una mayonesa hasta la cabeza; después se le adorna con medias lunas de clara de huevo ó trufas ó pepinillos ó cualquier otra cosa que convenga; luego se corona la fuente con cortezones fritos y se echa encima una ravigote fría; se pueden poner entre el pescado y los cuadraditos de gelatina, cangrejos y trufas enteras.

Pescado al natural.

Cuézase un pescado en agua de modo que quede completamente cubierto; sazónese con sal, una cebolla con dos granos de comer, ó un poco de manteca de vacas y un gran manojito de hierbas finas, como para el caldo; hágase hervir hasta que esté enteramente cocido; entonces se le pone á escurrir, se le prepara en una fuente y se adereza alrededor con hierbas finas bien picadas.

Pescado á la financiera.

Prepárese, como se ha dicho, el pescado con salsa blanca; después de haber ligado la salsa, pásense al mismo tiempo algunas trufas en la manteca; agréguese un momento después hígado de balderraya, cocido en el agua del pescado, ostras aperdigadas en su agua, colas de cangrejos, puntas de espárragos y pepinillos en vinagre y échese luego esta salsa sobre el pescado.

Ruedas de salmón á la ginebrina.

Méchense las ruedas de través con tocino, jamón y trufas, pónganse á cocer en una "braise" y mójense con vino tinto y con buen caldo sobrante de haber guisado aves; un momento antes de servirla, pásese el caldo por el tamiz y échese en una cacerola, desengrasándolo; agréguese un poco de salsa española ó de "coulis" y un pedazo de manteca fresca de vacas; colóquese todo al fuego meneándolo bien con una cuchara, hasta que hierva y se encuentre en el punto deseado; cuídese de espumarlo, y cuando se quiera servir, póngase á escurrir, prepárese en la fuente, pásese la salsa por el tamiz y échese encima del salmón.

EL TESTAMENTO
Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue.

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de Seguro. .	14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Trajes de casa y de calle.—Modelos para la actual temporada de invierno. Las faldas y talles de estos vestidos son de la misma tela y llevan adornos de pasamanería.


Traje de sociedad, para señoras jóvenes.

LEYENDAS y TRADICIONES.

GÚIPUZCOA.

Era la época en que nuestra patria escribía una de las más brillantes páginas de su luminosa leyenda. España hacía la guerra á Francisco I de Francia, quien, logrando parciales ventajas que habían de concluír en tremenda caída, logró que sus tropas pusieran apretado cerco á Pamplona. Corta la guarnición, pero animosa y resuelta, resistía bravamente las acometidas del enemigo, alentada por valerosos jefes, entre los que se distinguía un joven guipuzcoano, nacido en Loyola y llamado Ignacio Yáñez y Sáez.


Vestido de invierno para niños de un año.

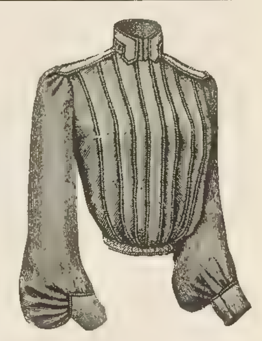
Era éste de noble origen; el menor de los numerosos hijos de Beltrán Yañez de Oñez y Marina Sáez de Balda. Después de haber sido paje de los Reyes Católicos, habíase dedicado á la milicia ,en la que tuvo por maestro á su pariente don Antonio Manríquez, duque de Nájera, que pudo vanagloriarse de haber sacado un excelente discípulo; pues si bien difieren los autores sobre la conducta privada de Ignacio en este período de su vida (suponiendo unos que fué un desenfrenado libertino, mientras sostienen otros que su morigerada existencia de entonces presagiaba ya su futura santidad), todos están contestes en elogiar su bizarría.

De ella dió buena y última muestra en la ocasión á que al principio hemos aludido. Su arrojo en los combates, su inquebrantable firmeza y sus continuas exhortaciones, hacían que las tropas á sus órdenes realizaran verdaderos prodigios, rechazando una y otra vez las acometidas de los sitiadores de Pamplona. Y la certeza é importancia del influjo que ejercía Ignacio sobre los suyos, quedaron evidenciadas cuando un funesto, mas por otra parte glorioso día, una bala enemiga alcanzó al héroe, destrozándole una pierna y maltratándole otra; pues desde que quedó fuera de combate, ya no fué posible continuar la defensa y hubo de rendirse el castillo.

Los franceses, testigos de las proezas del joven, guardáronle tan gran consideración, que le permitieron retirarse á su casa para que allí se le prestaran los cuidados que exigía su estado. Este llegó á ser tan grave, que hubo necesidad de dar al herido los Santos Sacramentos; pero, á partir de entonces, se inició la mejoría, que tardó poco en convertirse en convalecencia.

Para matar el aburrimiento de ésta, pidió Ignacio que se le facilitase algún libro de Caballerías; mas no se encontró ninguno, por suerte suya, y diéronle, en cambio, una "Vida de Jesucristo" y algunas otras de diversos santos, cuya lectura varió de tal modo sus ideas, que acordó renunciar á la milicia y consagrarse por completo al servicio de la Iglesia.

Temeroso de la oposición de su hermano mayor, á nadie comunicó su proyecto. Cuando recobró por completo la salud, abandonó su casa solariega ,en compañía de dos criados, bajo pretexto de que iba á visitar á su pariente el duque de Nájera; pero muy luego despidió á dichos dos servidores y, encaminán-


Talle de lana para traje de casa.


Traje de paseo.—El cuello y las solapas del talle lucen pequeños adornos de terciopelo claro.



Traje, abrigo y sombrero de última moda.—El abrigo es de "cheviotte," suelto, y propio para señoras de edad.

dose á Cataluña, llegó á Montserrat, donde, después de hacer confesión general, colgó su daga y su espada á los pies de la Virgen, regaló al monasterio su cabalgadura y á un mendigo el rico traje que llevaba y que cambió por un tosco sayal, hizo voto de perpetua castidad y, proponiéndose substituir también la milicia de los hombres por una milicia espiritual, "veló sus armas," á fin de prepararse á entrar en ella. Trasladóse luego á Manresa; hizo penitencia en el Hospital de Santa Cruz, y en una cueva, convertida hoy en santuario, compuso los ejercicios que llevan su nombre.

Continuando su peregrinación, estuvo en Tierra Santa y, convencido de que si había de llevar á cabo su empresa, precisábale poseer grandes conocimientos, volvió á España, teniendo la fuerza de voluntad de comenzar en Barcelona, á los 33 años de edad, el estudio de la gramática, al que siguieron los de la Filosofía, que cursó en Alcalá y en París. Ya en este último punto, aprendió Teología en los Jacobinos, donde hizo amistad con otros seis estudiantes, llamados Francisco Javier, Pedro Lefevre, Santiago Lainez, Antonio Salmerón, Nicolás Alonso de Bobadilla y Simón Rodríguez de Acevedo. Juzgándolos á propósito para el caso, no vaciló en confiarles el fin que perseguía, y, acogida por todos con entusiasmo la idea, el día de la Asunción de la Virgen, del año 1534, acordaron consagrarse á la defensa de la Iglesia y, en la ermita de Montmartre hicieron sus primeros votos.

Tal fué el humilde origen de la Compañía de Jesús, cuyo crecimiento asombra por lo rápido, pues no tardó en constituir una verdadera milicia espiritual, dispuesta á acudir en defensa del Catolicismo con las armas de la propaganda, de la controversia, de la abnegación y del sacrificio, y cuya fundación pudo estimarse providencial en los momentos en que Lutero, Calvino y sus secuaces inferían á la religión tremenda herida.

¿Ha respondido siempre la Compañía al pensamiento de su santo fundador? ¿Alguno ó algunos de sus miembros han cometido los hechos que se les imputan? Lo ignoramos, aunque nos resistimos á creerlo, pues harto sabemos cuán expuestos se hallan á la calumnia cuantos luchan material ó espiritualmente, por el triunfo de una idea; sobre todo si han llegado á ser adversarios temibles. Es indudable que en una colectividad muy numerosa ha de haber de todo, bueno y malo; hasta en el apostolado hubo un Judas, y tratábase solamente de una docena de personas esta reflexión, que no por lo vulgar deja de ser gráfica y exacta, bastaría para quitar importancia al hecho de que tal ó cual individuo de la Compañía hubiese cometido faltas y aun delitos.

Pero se ha dirigido también contra la poderosa asociación, en la que, sin embargo, han abundado siempre eminencias en diversos ramos del saber y dechados de santidad, otros cargos de carácter asimismo colectivo, respecto de los cuales reconocemos nuestra incompetencia, por falta de datos, para apreciar su exactitud ó su falsedad, bien que desde luego conceptuamos ridículas y abominables patrañas lo de la "Mónita secreta," y otros absurdos inspirados por el espíritu sectario.

Por lo demás, no es de nuestra incumbencia ventilar tal cuestión, ni sería este sitio á propósito para ello. Bástanos haber consignado cuál fué el origen de la Sociedad de Loyola, cuyo poder é influencia son innegables, y que, después de haber tenido la satisfacción de ver elevado á los altares á su ilustre fundador, muerto en 1556, ha creído oportuno honrarle con la construcción del santuario levantado donde estuvo su casa solariega, en el término de Azpeitia, y en el que no faltan bellezas artísticas.

AMOROSOS

La amo tanto á mi pesar,
que, aunque yo vuelva á nacer,
la he de volver á querer,
aunque me vuelva á matar.

Desde que perdí el encanto
de mi primera pasión,
no he entrado en mi corazón
por no morirme de espanto.

No esperes que una mudanza
me dé la tranquilidad,
que amo en tí más la esperanza
que en otras la realidad.

Si hago al juicio una llamada,
me responde el corazón
que si hay juicio, no hay pasión;
y si no hay pasión, no hay nada.

Como no vives tú en mí,
vivo en ti, mas no contigo;
y hasta no vivo conmigo
como vivo solo en ti.

Está tu imagen que admiro
tan pegada á mi deseo
que, si al espejo me miro,
en vez de verme te veo.

Perdí media vida mía
por cierto placer fatal,
y la otra media daría
por otro placer igual.

Más cerca de mí te siento
cuanto más huyo de ti,
pues tu imagen es en mí
sombra de mi pensamiento

RAMON DE CAMPOAMOR.



Traje de casa para señoritas esbeltas.

LA IMPRENTA.

Es tan hermoso instrumento
el de una sublime imprenta,
que es cada caja una lira
que tiene signos por cuerdas.
Pronto á lanzar van su canto
estos moldes y estas letras,
que han de verter sobre el mundo
fecunda lluvia de ideas.
Dentro del molde oprimidas,
ordenadas y sujetas,
se ven las páginas mudas
que trazó la pluma diestra.
Al lado del periodista
se expresa el hombre de ciencia,
y siguen al juicio crítico
las estrofas del poeta.
El vapor está esperando
atravesar las arterias
de la máquina briosa
que trepida de impaciencia.
Ya sus músculos se extienden,
ya raudas giran las ruedas,
y los rolos removidos,
sobre el molde se pasean.
Impecable cual la nieve,
limpia cual pura conciencia,
la primer hoja desliza
su tersura por las letras.
Vedla salir, pregonando
pensamientos y sentencias,
y mostrando á la mirada
líneas blancas, líneas negras.
Sobre esos finos renglones
se inclinarán las cabezas,
meditando en cada estrofa,
meditando en cada idea.
Como el aire lleva el polen
que fecunda las palmeras,
esas hojas, esas alas,
fecundizan las conciencias.
Ellas, cruzando los mares
y salvando las fronteras,
esparcen en torno suyo
con singular elocuencia
de la fe el grato perfume,
del amor las notas tiernas
y recuerdos de la patria
que á los ausentes consuelan.
En ellas, volante archivo
de famas propias y ajenas,
van de un continente al otro,
proclamando su excelencia,
las invenciones del sabio,
del magnate las preseas,
del artista las creaciones
y del héroe las proezas.
No ha de mancharlas el odio,
ni ha de ajarlas la vileza
ni ha de tiznarlas la envidia
con el carbón de su lengua.
Esas alas, esas hojas,
han de ser todo pureza,
porque son sol de las almas
y sol de la inteligencia.
En quien las manche, el desprecio
caiga como un anatema,
y los dedos le señalen
con oprobio y con vergüenza.
Porque es tan noble instrumento
el de una sublime imprenta,
que es cada caja una lira
que tiene signos por cuerdas.

SALVADOR RUEDA.



Elegantes vestidos de calle con adornos de encaje inglés, propios para señoritas.



Saco de abrigo para paseo.

SOBRE LAS OLAS.

Tierras lejanas y lejanos mares
Sombrío recorrí:
Allá, en Abril las rosas y azahares
Se mueren como aquí.
Vuelo otra vez, errante golondrina,
Herido el corazón:
Déjala que haga, por piedad divina,
Su nido en tu balcón.
Te traigo del Oriente urnas radiantes,
En mi anhelo tenaz:
Perlas y flores, plumas y diamantes..
Bien mío, ¿quieres más?
¡Ay del amor! Yo ví las mariposas
Junto á la llama arder.
En el hielo ¿no viste tú las rosas
Marchitarse y caer?
Ya tu casita á divisar se alcanza,
Como á través de un tul:
Dame un rayo de luz y de esperanza,
Bajo mi cielo azul.

ALBERTO UCLES.



VERSOS SENCILLOS.

Quiero, á la sombra de un ala,
contar este cuento en flor;
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda.

...Ella dió al desmemoriado
una almohadilla de olor:
él volvió, volvió casado:
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores:
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

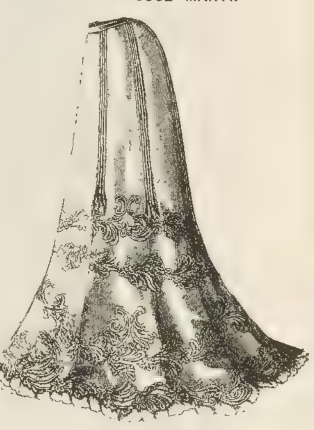
....Ella por volverlo á ver
salió á verlo al mirador;
él volvió con su mujer;
ella se murió de amor.

Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente; la frente
que más he amado en mi vida!

....Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor;
dicen que murió de frío;
yo sé que murió de amor.

Allí en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos;
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.
Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador;
nunca más he vuelto á ver
á la que murió de amor.

JOSE MARTI.



Falda bordada, para conciertos y recepciones.

PARA EL HOGAR

LA POESÍA DEL HOGAR DOMÉSTICO

I

No es la poesía tan sólo aquel rayo que ilumina la mente del que hace versos.

La poesía está en el mundo bajo diversas formas, y vive entre nosotros sin que percibamos su presencia.

La poesía en la mujer es hermana del sentimiento, es la blanca y perfumada flor que brota en el corazón; cuando el huracán del dolor ha agostado todas las demás flores del alma, la de la poesía despliega su corola más hermosa que nunca.

Las lágrimas son su rocío; la resignación es el sol benéfico que la calienta con sus tibios resplandores.

La poesía es la compañera inseparable de la mujer buena, y la que embellece el hogar doméstico. ¡Desgraciada la mujer que la desconoce! desgraciado también el hombre que busca por compañera suya una mujer prosaica y materialista! Si busca un alma fría, se encontrará con un alma dura; si busca un corazón destituído de ilusiones, será fácil que halle un corazón vacío y desgarrado.

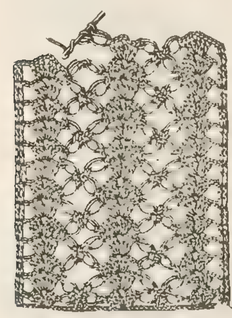
Toda mujer que cuida de embellecer su casa y hacer dichosa á su familia, tiene un alma poética.

Una madre meciendo á su hijo sobre sus rodillas, junto á un balcón entoldado de flores, está rodeada, á mis ojos, de una poesía tan bella como elocuente.

Una joven sentada al lado de su anciano padre, leyendo con suave y dulce voz, para distraerle en las largas noches de invierno, ofrece un cuadro de tierna y sublime poesía.



Elegante "portier" bordado, para alcobas.



Modelo para tejido de "crochett."

No he conocido un ser más poético que una joven, hija de un anciano militar, que se casó con un pobre empleado de pocos años y de menos haberes: yo la conocí después de casada y madre de un niño de algunos meses: vivía además con ellos su anciano padre, compartiendo la modesta y casi mísera existencia de sus hijos.

El tedio se apoderaba de mi ánimo cuando iba con mi madre á casa de alguna de sus opulentas y ociosas amigas: mi corazón, tan joven que aún no sabía darse cuenta de sus emociones, se adormecía en el fondo de mi pecho.

Aquella monótona magnificencia, aquellos salones en los que el lujo se aglomeraba bajo mil diferentes aspectos, respirando en todos la vanidad; aquellas pesadas colgaduras de seda, que velaban el resplandor del sol; aquellos divanes, en fin, destinados á enervar en una soñolienta molicie al que los ocupase, me causaban un hastío que no podía vencer.

¡Con qué afán deseaba que mi madre me concediera permiso para ir á casa de mi joven amiga!

Margarita me atraía con una simpatía incomprensible en mi edad, pues yo no tenía aún doce años, y la amaba con la mayor ternura. Ella contaba apenas veintidós primaveras, y su carácter, lleno de una apacible alegría, alejaba de aquella casa la tristeza, que no perdía la ocasión de asomar á la puerta su torva faz.

Mi amiga cuidaba de su padre, de su esposo y de su hijo; su cariñoso esmero se extendía también al balcón de su cuarto, que era un verdadero jardín, y á dos tórtolas que, prisioneras en una jaula de cañas, colocada entre las macetas, se arrullaban dulcemente y se alisaban con su pico la delicada y sedosa pluma.

Siempre que iba yo á ver á Margarita, la encontraba en su casa; su pequeño gabinete no tenía otros muebles que algunas sillas de anea, una mesa de graciosa hechura, sobre la cual había siempre dos jarros de loza llenos de flores, y un armario y la cuna del niño, velada con cortinas de muselina blanca; junto á aquella cuna bordaba Margarita todo el tiempo que la dejaban libre sus deberes domésticos; el sueldo de su esposo era muy corto, y ella hacía el sacrificio de sus horas de reposo, entregándose á aquella ocupación que producía algún dinero, con que contribuía al bienestar de su familia. Los que dicen que el trabajo perjudica á la salud, asientan un error: Margarita era un prodigio de belleza floreciente, de dulce y encantadora lozanía; cubría sus mejillas un sonrosado delicioso, y sus ojos brillaban con la dicha y el contento.

La ocupación continua es lo que conserva la tranquilidad en el espíritu de la mujer, lo que le trae una grata calma, y esa alegría igual y dulce que nace de la quietud del ánimo: el ocio es su más cruel enemigo, porque el ocio vicia su corazón embota su entendimiento, hiela su alma y adormece todos sus buenos instintos.

II

Margarita vivía con su familia en una pequeña habitación, enfrente de la que ocupaba yo con la mía; todas las mañanas se levantaba á las siete, y cantando como un pájaro, aseaba su pequeña sala y el gabinete de las flores, como yo le llamaba; luego vestía al niño, que ya andaba solo, y ayudaba al tocador de su anciano padre.



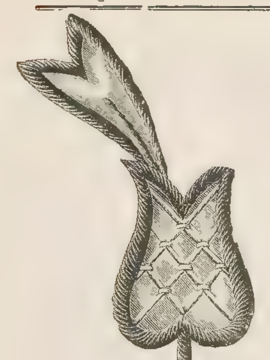
Pintura para aplicaciones.

Veíala yo con un placer indefinible entrar y salir, y repartir sus cuidados entre los tres seres que cifraban en ella toda su ventura; mirábala cambiar el agua de sus tórtolas y darles alimento, y esperaba con impaciencia la hora de su tocador, para asistir á él oculta entre los pliegues de las cortinas que guarnecían mi ventana.

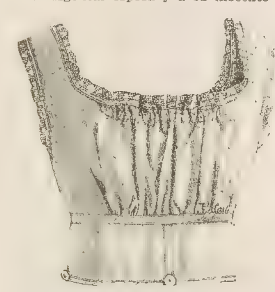
Concluídos sus quehaceres, se quitaba su gorrito blanco y desataba sus hermosos cabellos castaños, que caían por su espalda en largos rizos; peinábalos con maravillosa agilidad, y los enlazaba después con graciosa forma detrás de su cabeza; un vestido blanco era su única gala en el verano; en el invierno le reemplazaba con uno de lana obscura. Después de vestida se sentaba á trabajar mientras el abuelo jugaba y reía con el niño.



Juego de ropa interior.

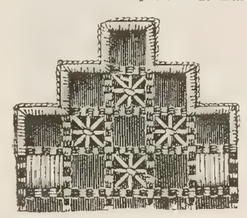

Tarjetero de seda.

Cuando por la tarde volvía su esposo, Margarita conocía sus pisadas; dejaba su labor, y tomando al niño en los brazos, salía á recibirle. ¡Cuán dichoso debía de sentirse aquel hombre al estrechar contra su corazón á su angelical esposa y á su inocente


Talle interior, para niña.

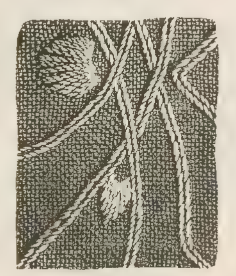
hijo! Muy grande debía ser su ventura, pues se grababa en todas sus facciones con caracteres visibles y profundos.

Mientras comían, no cesaba yo de oir la risa sonora y dulce de Mar-


Muestra de deshilado.

garita; no obstante ,el corto tiempo que permanecían en la mesa, acusaba la frugalidad de los manjares.

Muchas noches alcanzaba yo permiso de mi madre para pasar la velada en casa de Margarita: ésta acos-


Modelo de "cordonier."

taba á su hijo y volvía á su bordado, mientras mecía la cuna con su lindo y ligero pie; á las diez dejaba la aguja y tomaba un libro ,en el cual leía con dulce voz hasta las doce.

¡Cuán atentos estábamos á la lectura su padre, su esposo y yo! Sentado el anciano enfrente de ella, escuchaba su voz en una especie de éxtasis, y el joven esposo, con la mejilla apoyada en la mano, parecía pendiente de los labios de Margarita.

Esta tomaba los libros que más le agradaban en la biblioteca de mi padre, y la elección de ellos atestiguaba más que nada la lucidez modesta de su talento; de un talento que brillaba con la suave y grata belleza de la perla, sin deslumbrar, como el diamante, con sus soberbias facetas.

III

Todo lo bueno es poético y bello, y la mujer ha recibido de la naturaleza la misión de sembrar con flores los eriales de la vida; mas para que se cumpla, es preciso que desde muy temprano se procure elevar su entendimiento, y se la enseñe el amor de lo bello en lo moral, en lo intelectual y hasta en lo físico.

Se ve muchas veces á una joven dulce, poética, elegante, casi ideal antes de casarse, convertirse después de casada en una mujer colérica, prosaica y vulgar, y no hace mucho tiempo que sostuve yo con una amiga mía el diálogo siguiente:

—¡No te conozco! ¿Qué genio maléfico te ha vuelto tan descuidada, no sólo para tu casa, sino también para tu persona? ¿Quién te ha cambiado así?

—¡El fastidio!

—¿Te aburres?

¡Mortalmente! Para qué violentarme ya? Mi marido sólo está en casa á las horas de comer y dormir, y no repara en que la casa esté peor ó mejor arreglada; la he dejado al cuidado de los criados.

—¡Yo sé que antes él enseñaba su casa con cierto orgullo á sus amigos!

—No merece la satisfacción de ese orgullo el que yo me moleste cuidando de mil detalles fastidiosos.

—Y, sin embargo, querida Julia, esos detalles son los que, á semejanza de las ligaduras invisibles de Gulliver, sujetan á los hombres á su hogar.

—No lo creas; no reparan en esas pequeñeces.

—Quizá te engañes.... pero ¿y tu persona?

—¿Para qué cansarme en peinado esmerado y en cambiar cada día de traje?

—¡Tu elegancia era lo que más agradaba á tu marido! ¿No te acuerdas?

—Para un marido nunca es elegante su mujer, y las admiraciones de novio de mi esposo cesaron el día en que se casó conmigo.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Piensas que los gustos y hasta las ideas de un hombre varían en un día? ¿No temes que se halle mejor que en su desordenada casa, en otra mejor cuidada y más elegante? ¿No temes que alguna coqueta le prenda en sus redes?

—Yo no tengo tiempo de pensar en esas cosas (contestó Julia, herida por mis observaciones), mis hijos me ocupan mucho: una esposa, una madre, debe cuidarse ante todo de sus deberes.

—Uno de sus primeros deberes, es agradar á su marido; no le basta con ser virtuosa, aburriéndose; debe ser bella y feliz.

La pobre Julia no tuvo la fortaleza de violentarse un poco, y todas sus buenas prendas de madre excelente y de ama de casa, no evitaron que mis temores se realizasen.

El hogar doméstico sin poesía es para el espíritu fuerte del hombre una cárcel mezquina y helada: si la mujer sabe embellecerlo, es el oasis donde crecen palmas y flores, donde el agua murmura dulcemente, donde el alma reposa de las luchas y de los dolores de la vida.

LOS CELOS.

I

No hace muchos días que me hallaba yo por la noche en casa de una señora que tiene dos hijas encantadoras.

La mayor, llamada María, cuenta diecisiete años, y es perfectamente bella, y además un ángel de bondad y de dulzura.

La segunda, nombrada Isabel, es mucho menos bonita, y su aspecto es constantemente triste y desapacible.

La madre prefiere á la mayor, y, fuerza es confesarlo, hay muchas personas que la prefieren también.

La noche de que voy hablando me fijé con más atención que de costumbre, en la expresión del semblante de Isabel, y hallé en ella alguna cosa de acre, de amargo y triste.

—¿Qué tiene¿—le pregunté á su madre, mostrándola á la pálida niña que, muda é inmóvil, permanecía en un rincón.

Tiene celos de su hermana mayor—me respondió.

—¡Celos! (repetí): eso no puede ser; los celos son hijos del amor, si estas dos niñas tuvieran otra edad, y amarán al mismo hombre, podría decirse que Isabel tenía celos de María. Así, es imposible.

—¿Acaso los celos sólo pueden nacer del amor?

—Sólo; no habiendo amor, no hay celos; lo que Isabel siente es envidia.

—¿No es la misma cosa?

—No, señora; en los celos hay cierta nobleza y cierta abnegación; en la envidia todo es pequeño y miserable; pero la envidia puede curarse, y la curación de los celos es muy difícil, ni no imposible.

II

Entre las mil torturas que afligen á la mujer, que martirizan su corazón, que amargan su vida, hay algunas que ella misma se inventa por la actividad de su fogosa imaginación, por la extremada debilidad de su espíritu, ó por efecto de su educación descuidada.

De los más amargos dolores que se crea, son la envidia y los celos.

Los celos, dardo emponzoñado y forjado por el infierno.

La envidia, sierpe venenosa, que roe el corazón de que se posesiona, hasta dejarlo vacío como un sepulcro.

La envidia nace de la pequeñez del alma; los celos, de la gran sensibilidad del corazón.

Suele vituperarse á una persona que tiene celos, pero se la compadece siempre.

Una persona envidiosa solamente inspira desprecio, y todo lo que en su favor alcanza, es una lástima desdeñosa.

Los celos engendran el odio; pero en cuanto el celoso es feliz, compadece á la persona sobre la cual ha triunfado.

La envidia no conoce la compasión; el envidioso quisiera que el mundo entero fuera desgraciado, para reunir él todas las riquezas y todas las prosperidades.

Los celos se sienten únicamente cuando un amor grande, inmenso, llena el corazón.

Si causa dolor el que la persona


Boa de gasa.

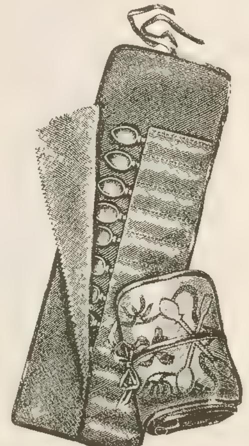
que los inspira sea bella, rica y esté dotada de relevantes cualidades, es tan sólo porque estas ventajas conquistan el amor que el infeliz que los siente quisiera para sí.

Los celos ambicionan amor.

De todo lo demás, ni siquiera se acuerdan.

III

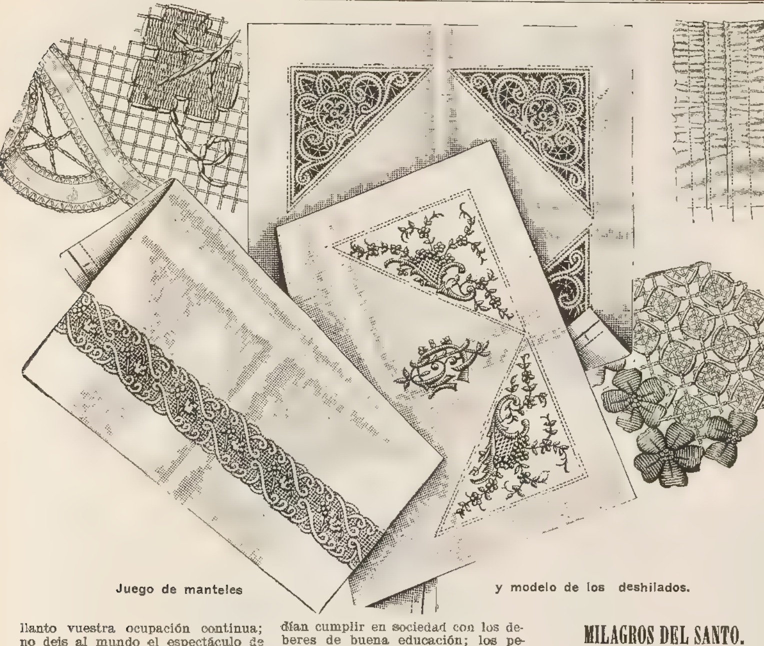
Deplorable cosa es que los celos debiliten el ánimo, y quiten la fa-


Estuche para cucharas.

cultad de reflexionar; porque, á no ser así, las desdichadas heridas de esa pasión podrían conjurar el mal en vez de acrecentarlo, entregándose á los extremos de un violento dolor.

Oíd, las que sufráis ese tormento, el consejo de una amiga vuestra: no os quejéis demasiado; no hagáis del


Tocas para señoras de edad.



Juego de manteles y modelo de los deshilados.

llanto vuestra ocupación continua; no deis al mundo el espectáculo de vuestra pena; ocultadla, si no os es posible, porque vuestros lamentos, vuestras lágrimas, vuestro dolor, no es probable que os ganen de nuevo el corazón que hayáis perdido.

No intentéis tampoco vengaros, aconsejadas de vuestro despecho, pagando desvío con desvío é infidelidad con infidelidad: entonces perderíais también lo único que puede serviros de consuelo: perderíais la paz de la conciencia y el derecho de levantar la frente limpia de toda mancha.

Una suave y digna resignación, una conducta irreprensible y decorosa, una firmeza noble é igual en los modales, y una prudente reserva en la vida íntima, quizá os devuelvan el sitio que es vuestro en los corazones que hayáis perdido.

Nada de quejas, nada de lágrimas, nada de súplicas; no seamos ni víctimas ni verdugos, porque es tan degradante y tan odioso lo uno como lo otro.

IV

Mujeres conozco que han atormentado de tal suerte á sus maridos con celos infundados, que aquéllos tenían por la mayor desgracia el quedarse solos con ellas; las mujeres de que os hablo les contaban los minutos que estaban fuera de casa, y el dinero que gastaban; les impedían cumplir en sociedad con los deberes de buena educación; los pedían cuenta de todas sus acciones, de todos sus pensamientos, y cuando los sabían, les regañaban sin cesar.

Los maridos así asediados no tardan en engañar á su mujeres.

Les ocultan que han ido al café, como si esto fuera un pecado mortal.

Si han ido al teatro, les dicen que han estado acompañando á un amigo enfermo; y poco á poco dejan de amarlas, y el hastío más profundo se apodera de su vida, hasta que hallan una mujer amable, graciosa, coqueta, que les seduce con un carácter completamente opuesto al tiránico de sus esposas.

El hombre ha nacido libre, y libre debe vivir. Conquistad el corazón de vuestros esposos, no con la virtud ceñuda, sino con la virtud dulce, con la bondad, con la coquetería.

Hacedles agradable su casa y amable vuestro trato; sed sus amigas; partid sus alegrías; consolad sus tristezas; endulzad sus dolores; cuidad sus enfermedades; procurad que nada le falte en las comodidades del hogar; velad por los intereses de la casa, que son los de ambos; haceos, en fin, necesarias á su dicha, y dejadlos libres, completamente libres.

No les preguntéis el dinero que han gastado, que los humilláis; y las heridas del amor propio son las que menos han de perdonaros.

El hombre es el jefe natural de la familia y el dueño de su casa; para impedir sus extravíos no tenéis más medio lícito que imperar en su corazón.

Y si os ofenden, sed templadas y generosas.

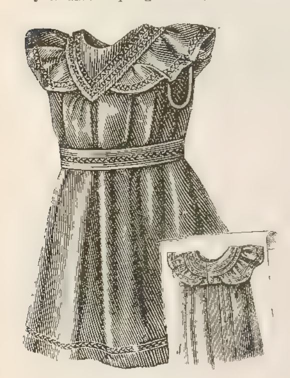
No rechacéis con dureza al que os ofendió cuando os dé alguna muestra de arrepentimiento, por ligera que sea; no os venguéis de él, cuando la sociedad le arroje lleno de amarguras y decepciones.

Vosotras, dichosas criaturas, que estáis escudadas y protegidas con un amor tierno y profundo, no le perdáis por vuestra imprudencia ó impremeditación.

No pidáis al hombre más de lo que puede concederos; no queráis violentar sus gustos, sus sentimientos, sus inclinaciones.

Respetadle al mismo tiempo que le améis; pero sabed haceros precisas á su bienestar, á su dicha, á su vida doméstica, que es la sola ciencia y el gran talento que debe ostentar la mujer.

María del Pilar Sinués.



Trajecito para niños.

MILAGROS DEL SANTO.

I

Vienen estos días,
para ver al Santo
que Madrid venera
con cariño tanto,
trenes de recreo
que vomitan gente
en perfecto estado,
milagrosamente.
Hoy por la mañana
bajé á la estación
á esperar á un primo
mío, de Gijón.
Las diez es la hora
de venir el tren,
¡y á las diez en punto
llegaba al andén!
¡Cosa más extraña
nunca verla espero!
¡Un tren sin retraso!
"Milagro primero".

II

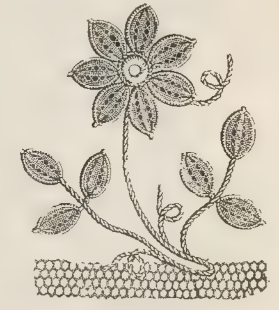
Mi amigo Facundo
se fué á la pradera
á almorzar con una
chica forastera.
Mi amigo es un hombre
que come poquito;
pero ayer tenía
tan grande apetito,
que él solo—pues ella
está inapetente—
se comió, ¡qué bruto!,
todo lo siguiente:
Doce huevos fritos,
jamón con guisantes,
seis grandes raciones
de callos picantes,
catorce chuletas,
salmón y natillas,
un real de "torraos"
y treinta rosquillas.
¡Esto nada menos
se comió Facundo!
¡Y no ha reventado!
"¡¡Milagro segundo!!"

III

—"¡Arriba, señores!
¡Que marcho al momento!
¡Aquí, señorito,
me queda un asiento!"
Y llénase el coche
de viejos y chicos,
de gordos y flacos,
de pobres y ricos.
Que el coche es pequeño
no se tiene en cuenta.
Donde caben ocho
métense cuarenta.
Aunque haya peligro,
ninguno es cobarde.
¡Arrea, cochero!
¡Al Santo! ¡Que es tarde!
Y ahí va el carricoche,
no sin gran trabajo,
echando demonios
por la calle abajo.
¡Se matan, Dios mío!
¡Cuidado, cochero...!
Mas, ¡nada! ¡No vuelcan!
"Milagro tercero".

IV

Don Judas González
es un usurero
con poca vergüenza
y mucho dinero.
Vive pobremente,



Bordado para aplicaciones.

come fruslerías
nunca ha dado nada,
¡ni los buenos días!
Pero en San Isidro,
hoy, por la mañana,
le pidió limosna
una pobre anciana;
y él, como aterrado,
viendo á aquella pobre
dióle al punto una



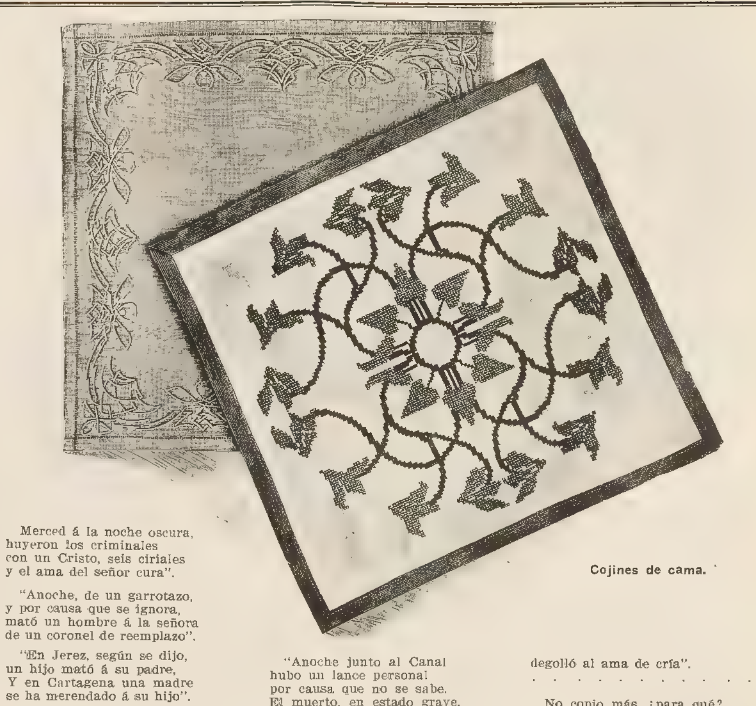
Modelos para delantales.

moneda de cobre.
¡¡Don Judas González
dar un perro chico...!!
Este es un milagro
que yo no me explico.

V

—"¡Socorro! ¡Socorro!
¡Que soy forastero!"
—"¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?"
—"¡Allí va el ratero!"
—"¿Dónde? ¿Dónde se halla?"
—"¡Es aquel chiquillo!
Me sacó catorce
duros del bolsillo".
Todos le prodigan
frases de consuelo;
pero en esto, nadie
sigue al ladronzuelo.
—"¡Guardias, que se escapa!
¡Préndanle por Cristo!'
Y á los diez minutos,
—¡caso nunca visto!—
al imberbe caco
lo prendió un agente.
¡Este sí que ha sido
milagro patente!

VITAL AZA.



Cojines de cama.

¿EN QUÉ PAÍS VIVIMOS?

¡Pues señor, estamos mal!
¡Seguir así no es posible!
Aumenta de un modo horrible
la crónica criminal

Nadie está tranquilo aquí,
ni hay medio de que lo esté
el que en la prensa no ve
más que noticias así:

"En la calle de Pavía
apareció asesinado
un sujeto, el otro día.
No se sabe todavía
quién ó quiénes le han matado".

"En la calle de Ramales
asesinaron ayer
á un tendero, á su mujer
y á dos sobrinos carnales.

Según los datos seguros
que ya el juez ha recogido,
el crimen se ha cometido
por robo de cuatro duros".

"El sábado por la noche
y en la Plaza de la Villa
fué degollado en su coche
un título de Castilla.

Cuando á la voz de: ¡me muero!
una pareja llegó,
halló en su puesto al cochero,
pero á los caballos no".

"Según cartas de Motril,
á un criminal afamado
que mató á un guardia civil,
la justicia le ha ocupado
un puñal envenenado,
seis pistolas y un fusil..."
(¡Si estaría el hombre armado!)

"A un joven muy conocido
le robó ayer, atrevido,
mucho dinero un ratero.
El ladrón no ha sido habido;
pero tampoco el dinero".

"Crimen sacrílego: Fué
robada, según noticia,
la iglesia del pueblo de
Peña-Forada, en Galicia.

Merced á la noche oscura,
huyeron los criminales
con un Cristo, seis ciriales
y el ama del señor cura".

"Anoche, de un garrotazo,
y por causa que se ignora,
mató un hombre á la señora
de un coronel de reemplazo".

"En Jerez, según se dijo,
un hijo mató á su padre,
Y en Cartagena una madre
se ha merendado á su hijo".

"En la calle de la Bola
robáronle á un pobrecillo
el reloj y una pistola
que llevaba en el bolsillo"

"Anoche junto al Canal
hubo un lance personal
por causa que no se sabe.
El muerto, en estado grave,
fué llevado al hospital".

"En Málaga, el otro día
y por cuestión de intereses,
un niño de cuatro meses
degolló al ama de cría".

. . . .

No copio más, ¿para qué?
Basta con lo que he copiado,
¡oh lector! para que usté
comprenda si yo estaré,
como todos, asustado.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean . . . . $50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas 9,829 oro
Otra póliza de Seguro. . 14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos. . . . . 37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Trajes de casa y de abrigo bordado para visitas. Elegantes estilos de última moda

LA ROMERIA DE SAN ISIDRO.

I

El día 15 del florido mes de Mayo del año de 1872, y apenas la aurora asomaba en el Oriente su bello rostro, una jovencita, no menos linda que aquélla, abría la pequeña ventana de una buhardilla situada sobre el tejado de una hermosa casa que ocupa el número 40 de la espléndida calle de Alcalá.

[illegible] de vosotras, lectoras mías, no sabréis acaso cómo son las buhardillas de Madrid: exteriormente tienen la forma de una caja de muerto colocada sobre [illegible] tantas buhardillas, [illegible] que rematan en una ventana pequeña y guarnecida de vidrios

El interior es algunas veces hediondo y triste: esto sucede cuando las habita la miseria; mas [illegible] pobreza la que se aposenta en ellas, entonces son alegres, risueñas, asea[illegible] en cada ventana hay [illegible] macetas de flores y yerbas de [illegible]

Porque entre la pobre[illegible]ta con lo necesario, y la mis[illegible] de todo carece, hay un abismo.

La buhardilla á cuya ventana se había asomado la jovencita, [illegible] en el exterior [illegible] aspecto alegre: dos macetas de barro encarnado hacían centinela á la ventanita, y contenían: la una, un alelí cuajado de flores encarnadas, y la otra, una [illegible] mata de sándalo; en las [illegible]as se veían cortinillas de muselina blanca cogidas con unos lacitos de cinta rosa.

La joven asomó su bella cabeza, peinada ya, rosada y alegre: dos gruesas trenzas de cabellos castaños se enlazaban en un ancho rodete en aquella cabeza llena de animación y de gracia: el cabello de las sienes se levantaba naturalmente ondeado, y sus ojos castaños, con largas pestañas negras, recorrían el sereno horizonte que, puro y sin nubes, presagiaba un día sereno y radiante.

—Pero, hija, ¿ya te has levantado?—preguntó desde el interior de la habitación una voz femenina.

—¡Sí, ya estoy peinada, madre! Vamos, vístase vd. para marcharnos, que voy á llamar á la señorita Julia: aunque ella irá á las ocho en el coche con el señor Marqués, me dijo que la llamase temprano.

La joven dejó la ventana abierta, salió de la buhardilla, y bajó corriendo cuatro pisos, hasta llegar á la magnífica puerta del principal; llamó, y un criado vino á preguntar quién era.

—Diga vd. á la doncella de la



Traje de calle para señoras jóvenes

señorita que la llame para ir á San Isidro (dijo la muchacha); tiene que ponerse un vestido nuevo, y necesita tiempo, según me dijo anoche.

II

Una hora después, la graciosa habitante de la buhardilla subía con su madre á uno de los muchos ómnibus que conducen, á "dos reales" por asiento, á los infinitos romeros que acuden á San Isidro.

La muchacha se llamaba Juana, y era de oficio "ribeteadora" ó costurera de botas de señora. Tenía diecisiete años, y vivía con su madre, viuda; ésta había sido nodriza de la hija del Marqués que ocupaba el cuarto principal de la casa, y que las quería mucho por su honradez y por ser Juana hermana de leche de su hija.

Juana llevaba vestido de percal de tres reales vara, de fondo blanco y lunares negros, pañuelo de talle de crespón amarillo, bordado con sedas de colores, delantal negro de tafetán, collar de corales y pendientes de lo mismo; una rosa lucía su fresco colorido al lado izquierdo de la cabeza, colocada entre las ricas trenzas de la joven. Su novio, que era el primer oficial de la tienda donde Juana trabajaba, las esperaba en el ómnibus que, lleno ya, echó á correr al trote de sus cuatro caballos.

La pradera de San Isidro presentaba el golpe de vista más pintoresco: la citada fiesta no es otra cosa que la romería de los habitantes de Madrid á la ermita del Santo labrador, patrón de la villa, que está al otro lado del Manzanares, y que fundó la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, quien la hizo edificar el año 1528, en agradecimiento de haber recobrado la salud el príncipe D. Felipe, su hijo, con el agua de la fuente inmediata, abierta por el Santo, según la tradición, con un instrumento de labranza.

La capilla está situada en uno de los cerros más elevados de las cercanías de la corte, y desde la puerta se descubre un animado panorama: despliéganse, en primer término, los verdes arbolados del Canal, y en lontananza progresiva parte del real sitio del Buen Retiro, algunos pueblecitos de los alrededores de Madrid y los lindos jardinillos del campo del Moro, Cuesta de la Vega y Montaña del Príncipe Pío: en los últimos horizontes se ven las cumbres del Guadarrama cubiertas con su manto de nieve; en la colina de la ermita el cielo es más azul, el aire más puro y la vegetación más risueña.

III

Juana, su madre y su novio, "desembarcaron" del ómnibus á la entrada de la pradera, donde la animación rayaba en frenesí; por entre las dilatadas calles formadas con los toldos de las tiendas, y llenas de puestos de rosquillas, de frutas, de telas, de juguetes, de fondas, de botijos llenos de leche del inmediato pueblo de las Navas, y de confiterías ambulantes, bullía una muchedumbre inmensa: el pueblo, engalanado con sus mejores trajes, se mezclaba con las damas más opulentas, con las hijas de la aristocracia, que, vestidas de percal, habían ido á dar una vuelta;" la ermita despedía sin cesar oleadas de gente, y á la espalda, alrededor de la fuente, la muchedumbre se apiñaba para beber el agua bendita: las fondas estaban ya llenas; en los salones de baile, formados con viejos tapices y cortinas, sonaban las músicas, los caballos de madera del Tío Vivo volteaban llenos de retozonas parejas; los vendedores gritaban para animar la venta, que por cierto ya no podía estar más animada: como dice un excelente escritor español contemporáneo: "Los ejércitos de Jerjes, Tamerlán y Napoleón, reunidos y con ayuno de tres días, no devorarían ni beberían de seguro lo que en la pradera se bebe y se devora el 15 de Mayo de cada año; podríanse edificar torres de pan, ciudades de las rosquillas y bollos del inmediato pueblo de Fuenlabrada; castillos de chuletas; pirámides de frascos de licor, de dulces, asados y otros artículos de fonda y repostería; formaríanse arroyos de aguardiente, ríos de licores y océanos de vino. Cada tenducho al aire libre, cada barraca mal cubierta, cada fonda improvisada de lienzos, palos, esteras ó tablas, con pretensiones artísticas algunas de ellas, ostenta, ya al lado, ya sobre la techumbre, abigarradas banderolas, y en su parte anterior aparadores más ó menos surtidos, así de comestibles y bebidas como de santos y figuras de barro, madera y plomo. ¿Qué pueblo, qué país no envidian nuestras romerías, y en particular la de San Isidro en Madrid? Hasta los franceses, que son gente de broma, se quedan con la boca abierta contemplando tan bello espectáculo; nada diremos de los alemanes y de los ingleses, cuyas fiestas populares son, en comparación de las nuestras, fiestas de difuntos."



Traje para niña de 13 á 14 años y sombrero de invierno.

Juana, su madre y su novio, aunque acostumbrados de todos los años á ver este espectáculo, quedaron contemplándole llenos de admiración.

—¡Mire vd. cuánto coche, señora Pepa!—dijo el zapatero, airoso joven, que vestía pantalón ajustado color de rata, chaqueta de paño fino azul, sombrero hongo y camisa con chorrera.

—¡Y de qué distintas figuras!—observó la buena mujer, colocándose bien en el brazo una cesta de mimbres que llevaba cubierta con una blanca servilleta, que contenía el almuerzo de los tres, preparado la noche anterior.

Con efecto: en al falda de la pradera se veía una nube de carruajes que iban y venían en todas direc-



Faldas de paño para trajes de invierno, último estilo.

ciones; veíanse en revuelta confusión la opulenta carretela, la tarta na oriunda de Valencia, el fiacre, el vivaracho tres por ciento, la pesada galera, el carromato perezoso, el ómnibus que se asemeja á una barca veneciana, el coche de principios del siglo, semejante á un castillo gótico medio arruinado, y la calesa clásica del año 8, pintarrajeada, retozona y saltarina, ocupada por un matrimonio joven, ó por una amante pareja del barrio de Lavapiés.

—Madre, dijo Juana, ¡mire vd. en aquella carretela azul con caballos

Sombreritos de encaje y listones para niñas de corta edad.

oscuros á la señorita Julia con el señor Marqués! ¡Mírala, Antonio, qué guapa viene! Trae vestido lanilla de rayitas blancas y azules, sombrero de paja y sombrilla azul. ¿Verdad que es muy bonita?

—Más lo eres tú! respondió el zapatero mirando á su novia tiernamente.

—¡Quita allá, zalamero!—dijo Juana, dejando, no obstante, asomar á sus ojos la alegría que llenaba su corazón por aquella amorosa respuesta.

IV

Algunos instantes después detuvo el cochero el soberbio tronco de la carretela, bajó el Marqués, y dió la mano á su hija. Juana corrió hacia ellos: su madre y su prometido la siguieron.

—¿Has paseado mucho, Juana? ¿Habéis almorzado ya? Papá y yo vamos á tomar algo á esa fonda, y después de dar una vuelta por aquí, nos volveremos á casa—dijo la hija del Marqués.

—Pues nosotras, hija mía, dijo la señora Pepa, que llamaba de tú á la que había alimentado á su seno, traemos el almuerzo, porque aquí todo es caro y malo; anoche arreglé una menestra con jamón y una tortilla.

—Siéntense vds. á almorzar donde yo los vea, dijo el Marqués, para que les envíe Julia los postres y el café, y yo unos cigarros puros.

—Allí, madre, dijo Juana; en ese jardinillo, al lado de la fuente.

—Vamos allá, y tantas gracias, señor Marqués—dijo el zapatero.

Extendiéronse dos blancas servilletas sobre la yerba, y madre, hija y novio empezaron á comer la menestra con apetito; el vino se compró en un puesto inmediato.

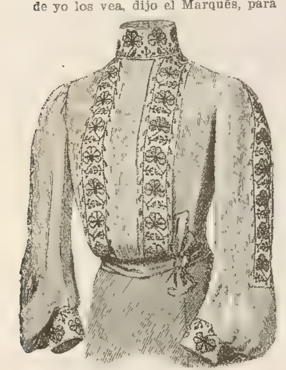
El Marqués y su hija entraron en la fonda de enfrente, y pidieron leche de las Navas y fresa, sentándose en la única mesa que había desocupada.

Al empezar Juana á partir la tortilla, que era el segundo plato de su almuerzo, llegó un criado de la fonda conduciendo una bandeja con pasteles, un plato de fresa, un mazo de cigarros habanos y el café prometido.

Media hora después, el círculo se había ensanchado con algunas amigas y conocidos que tocaban guitarras, bandurrias y panderos, y cantaban alegremente, en tanto que Juana y sus amigas bailaban con sus novios......

El Marqués y su hija se hallaban de vuelta á las doce, y almorzaban en su elegante comedor de Madrid.

Juana, su madre y su novio volvían al anochecer, acompañados de varios amigos de ambos sexos, y engrosando el cordón humano que llega desde la cuesta de la Vega hasta la ermita del Santo, y que no se había interrumpido en todo el día.



Blusas de invierno con cuello y adornos bordados.

Sueñe ó vele, no hay respiro
para mi ardiente deseo,
pues sueño cuando te miro,
y cuando sueño, te veo.

Prometo que te he de amar;
pero me has de prometer
que sólo me has de engañar
si me dejas de querer.

Tu bien es mi gran contento,
tu mal mi mayor sufrir,
pues siento más tu sentir
que lo que yo mismo siento.

¡Qué razón tiene mi amor
cuando te jura y rejura
que, aunque grande, es tu hermosura
de tus gracias la menor!

¡LIBERTAD!

I

Una de las palabras más bellas que contiene el diccionario de la lengua, es la que sirve de epígrafe á estas líneas, cuando no se la da una aplicación viciosa, como suele acontecer; y, sin embargo, si hubiera un diccionario aparte para nuestro sexo, era la primera que en él hubiera de suprimirse.

La dependencia, si es un yugo para la mujer, es también para ella el amparo, la protección, y debe desear solamente que no se lo impongan de hierro, y que aunque ciña su cuello, deje á su corazón y á su pensamiento la facultad de obrar los prodigios de bondad que nuestro sexo sabe llevar á cabo.

Por eso la emancipación de la mujer es un sueño peligroso, y llegaría á ser una gran desgracia si se realizase.

La mujer, para ser dichosa, necesita de amparo y protección, moral y materialmente hablando, y el día que lo olvide, puede decir que ha arrojado al abismo todas sus probabilidades de dicha, y debe resignarse á una vida solitaria y triste, que debe considerarse como una muerte moral.

II

Acaso esta necesidad de apoyo en la mujer consiste en su educación atrasada, y en que ningún estudio serio ha venido á endurecer su carácter y á dar un temple firme á su corazón; mas, la verdad, esto, á mi juicio, le hace muy poca falta, y con tal que sepa lo necesario para dar á sus hijos la educación moral y religiosa que necesitan, con tal que enseñe á sus hijas á ser buenas esposas y buenas madres, ha llenado por completo su modesta pero importante misión.

Creo, además, que á ningún hombre le agradará para esposa una mujer sabia y científica, que por ir á explicar una cátedra, dejase á sus hijos y su casa á merced de los criados.

No es esto que yo abogue por la ignorancia de la mujer; pienso, al contrario, que debe cultivarse con cuidado su espíritu; pues, como dice con mucha gracia una poetisa amiga mía,

> No porque haya
> faroles en la villa
> Ha de estar el hogar
> sin lamparilla.

Pero esta lamparilla debe encenderse para que su suave luz ilumine á la familia y comunique un dulce y grato resplandor á la casa.

Nunca como hoy es necesaria la mujer en su casa: en otro tiempo, el hombre era el administrador natural de la fortuna de la familia; el que calculaba y el que cuidaba del porvenir de su esposa é hijos; hoy, las discusiones políticas, las juntas patrióticas, los clubs, las manifestaciones en que de continuo pasea las calles, absorben todo su tiempo, y apenas está en su casa las horas precisas para comer y dormir.

Si á la mujer se la hace sabia, y se la da, además, la libertad de emplear y lucir su sabiduría, ¿quién velará por la fortuna y por la educación de sus hijos? ¿Quién por el buen orden de la casa, por la armonía interior, por el bienestar doméstico, único positivo de la vida?

El hombre, fatigado por las luchas de la política, por el malestar y las decepciones que traen consigo los negocios, necesita el fresco oasis donde descansar del abrasador arenal que cada día tiene que cruzar en el desierto de la existencia.

Cuanto más se haga dificultoso el camino, más la compañera que ha elegido necesita hacerle grato y sosegado el lugar del reposo. Al entrar en su casa debe hallar el dulce silencio de la paz y las melodías de la risa, que son la expresión de la alegría y de la felicidad; el orden, que es el bienestar; la armonía, que es la gracia, le harán grata la estancia en su casa, y tal vez, como el insigne y desgraciado escritor Carlos Bernard, tendrá el buen gusto de preferir el blando sosiego de su salón á las luchas de afuera y á los salones donde impera la ambición.

III

El dilema es claro, y cualquier espíritu sano lo puede resolver sin dificultad.

Puesto que el hombre no está jamás en su casa, nunca como ahora ha sido la casa el lugar que debe ocupar la mujer.

Puesto que la mujer hace falta

Elegante capa con esclavina, propia para señoritas. Ultimo modelo parisién.



Abrigo de invierno, de paño y pieles. Se usan con manguitas de piel.

en la casa, y no fuera, lo lógico es que se la eduque para la casa, y que se la enseñe, no sólo lo necesario para dirigirla bien, sino lo preciso para que la embellezca; la música, el dibujo, los idiomas, para que pueda conocer la literatura extranjera con perfección, para que pueda elevar su entendimiento, cultivar su espíritu, empaparse en los buenos

Vestido bordado, para niños.

ejemplos é imitar los modelos de las virtudes

Y puesto que la mujer tiene dentro de las paredes de su casa tan florido y tan bello campo donde moverse; puesto que tiene á su cargo la noble tarea de hacer la dicha de los suyos; puesto que le es dado pensar y sentir, ¿para qué necesita la libertad y para qué ha de dársele?

¿Qué puede hacer de su libertad la huérfana que ha perdido á los autores de sus días?

¿A dónde irá sola? ¿Podrá viajar? ¿Podrá presentarse en los salones sin una compañía respetada y respetable? ¿Podrá recibir á sus amigos? ¿Qué hará, pues, de su libertad? ¿Qué objeto tiene?

La libertad completa se llama y debe llamarse aislamiento, tratándose de la mujer, que se mueve en una esfera muy limitada, esfera de sentimiento y no de pasiones é intereses materiales.

La que pierde á un marido á quien amaba, ni estima su libertad ni hace tampoco uso de ella. ¿Qué hay comparable al lazo de flores de una unión feliz? ¿Qué hay en el mundo más bello que las dulces alegrías de una unión legítima, bendecida de Dios, aprobada por los hombres, sancionada por todas las leyes morales, indisoluble por las armonías del alma y por las afinidades del espíritu? Y cuando todo esto se ha perdido, ¿hay acaso fuerza en el alma para tratar de buscarlo de nuevo? ¿Hay probabilidades de hallarlo, aunque se busque? ¿Qué es la libertad cuando se ha perdido aquel bien inapreciable, que es tan raro en la vida, y por lo mismo tan precioso? ¿Las vulgares coqueterías y los afectos vulgares, ¿podrán llenar aquel vacío?

IV

Aun la mujer que ha quedado libre por la muerte de un marido que valía poco, queda más oprimida con su libertad, que antes se hallaba con su esclavitud, porque en el mismo sufrimiento, llevado con resignación, hay siempre consuelo, como compensación otorgada por el cielo al deber cumplido; la vida sin deberes es una vida estéril, triste, más triste que la que tiene rudas obligaciones que llenar.

Es preferible vivir en el dolor á vegetar sin emociones y sin afectos; es preferible sufrir á no sentir nada.

Las palabras deber y sacrificio, son incomprensibles para las almas débiles y los espíritus viciados; mas para las organizaciones escogidas y nobles, están llenas de encanto, y en el cumplimiento del deber, en la



Abrigo de pano, para niños.

abnegación del sacrificio, hallan sublimes compensaciones.

¡Ay de aquella que no tiene deberes que cumplir! ¡Más ganaría en tenerlos muy rudos!

Sólo cuando la mujer ha llegado al invierno de la vida, es cuando puede considerarse un tanto libre, á costa, sin embargo, de estar más aislada. Con los cabellos blancos puede salir, recibir é ir á todas partes sola; pero, ¡á cuán subido precio habrá comprado esa independencia!

"La vida acaba donde termina el amor (dice San Bernardo), y nunca como en la vejez se ansía inspirar y sentir afecciones verdaderas y legítimas."

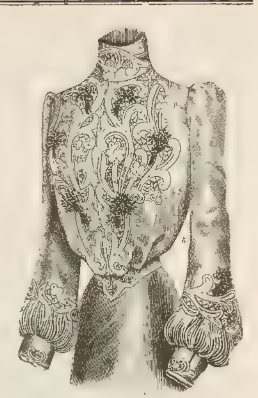
Amemos los lazos que nos unen al deber, y no ambicionemos una libertad de que no sabemos qué uso hacer cuando el alma conserva su santo pudor.

María del Pilar Sinués.

Después de los baños.

—¡Mi querido don Ciriaco!
—¡Mi querido don Gaspar!
¿Dónde ha estado usted metido
que hace dos meses ó más
que no le veo?
—¡Pues hombre!
¿En dónde había de estar?
En donde están las personas
de la buena sociedad,
á donde va la "higue liffe",
mejor dicho la "jai-lai".
¡He estado de baños!
¡Hola!
—De baños de ola, ¡cabal!
¿En Biarritz acaso?
—¡No!
Más cerca: en San Sebastián.
—¿Usted solo?
—Con mis niñas,
y con mi cara mitad,
y con Paca la criada
y con el criado Juan,
y no hemos llevado el perro
por una casualidad.
—¡Barato le habrá salido
el viajecito!
—¡Ya! ¡ya!
Pero, amigo, la familia...
y el afán de figurar,
y el ver si las cuatro niñas
se casaban por allá,
—porque lo que es en Madrid
no se las puede aguantar,
fueron razones sobradas,
como usted comprenderá,
para meterme en un gasto
que no puedo soportar.
Yo me oponía á ese viaje,
pero el empeño era tal,
que al fin empeñamos todo
lo que había que empeñar,
y estuvimos mes y medio
viviendo en San Sebastián,
lo que, á más de cien disgustos,
me ha costado un dineral.
¡Y todo por ser yo débil!
Por no saber dominar
y por ser un calzonazos
y un tonto y un animal.
—Dice usted perfectamente.
Es una barbaridad.
El hombre debe ser hombre
y tener genio, y mandar,
y ser amo de su casa
é imponer su voluntad
á todo bicho viviente
si quiere vivir en paz.
Mi mujer hace dos años
me vino con el cantar
de que le diera dinero
para ir á San Sebastián..
—¿Y usted se lo dió?
—¡Un demonio!
¿Qué se lo había de dar?
Le dije que se aguantara
como lo hacen los demás;
volvió á insistir, pero yo
le pegué un tantarantán,
y desde entonces no ha vuelto
á hablarme de veranear.
—La receta es algo fuerte.
—Pues, amigo, es eficaz.
—Tiene usted mucha razón,
pero yo soy como el pan
y todo el mundo me manda,
y me tengo que callar,
y ni soy amo de casa,
ni marido ni papá.
¡Qué mes y medio he pasado,
mi querido don Gaspar!
Para colmo de mis males
todos estuvimos mal.
Yo he tenido diez flemones
con la pícara humedad;
mi mujer estuvo en cama
con catarro intestinal,
y á una niña, le ha salido...
—¿Algún novio?
—¿Novio? ¡Quiá!
Le ha salido una erupción
con el salitre del mar.
Pero, en fin, todo ha pasado,
y aquí me tiene usted ya
con algunos cuartos menos
y algunos ingleses más.

VITAL AZA.



Elegante blusa para señoritas, propia para recepciones y conciertos.



Saco-abrigo con adornos de piel, y elegante bata de casa.

PARA EL HOGAR

ENFERMEDAD MORTAL.

I

Voy á dedicar á mis amables y benévolas lectoras una noticia de las necesidades del día.

Estamos atacados de una enfermedad mortal del amor al lujo descenfrenado; nos importa menos ser que parecer; la vanidad nos mata; el mal ha llegado á las mujeres, y éstas están más profundamente heridas que los hombres.

La mujer no vive hoy por el corazón; vive por el cerebro: casi todas anhelan ese ruido que se llama "celebridad;" nuestras madres cifraban su gloria en el silencio en que se dejaba su nombre, y el elogio que más deseaban era que no se hablase de ellas ni bien ni mal; hoy las mujeres quieren ser citadas por su belleza y su elegancia en los periódicos de "sport" y de "high-life;" esto constituye su alegría y la gloria de su familia.

Nunca la acre sed de goces ha abrasado con un fuego más devorador las entrañas de la humanidad; nunca las tendencias materialistas se han dibujado tan claramente como en nuestros días, y como no hay hecho aislado en el mundo, todo se encadena y todo se deduce con una lógica inflexible y desapiadada.



Matiné de lino y encaje.

Lo caro de las habitaciones y su suntuosidad (algunas veces vulgar) trae el lujo exagerado del mobiliario; nadie se atrevería á poner una sillería de reps de lana en un salón deslumbrante de dorados.

Son precisos el damasco y el brocado esmaltado de flores que se inventó para Mad. de Pompadour.

¿Y qué contraste haría un traje sencillo con estas suntuosidades, con esas espléndidas colgaduras?

Las fábricas de Lyon no saben ya tejer raso, gro y terciopelo que sean bastante ricos, y estos trajes exigen como complemento indispensable las joyas; los diamantes juegan sus luces en torno del cuello, y las perlas del mayor tamaño lucen en los brazaletes su deslumbradora blancura.

El traje de los señores se refleja fatalmente en la librea de los criados; los lacayos se doran á fuego en todas las costuras; y no siendo posible usar tanta esplendidez en un coche de alquiler, la señora tiene sus caballos y su carruaje; el gran cupé para salidas de noche; para el paseo la carretela de ocho resortes.

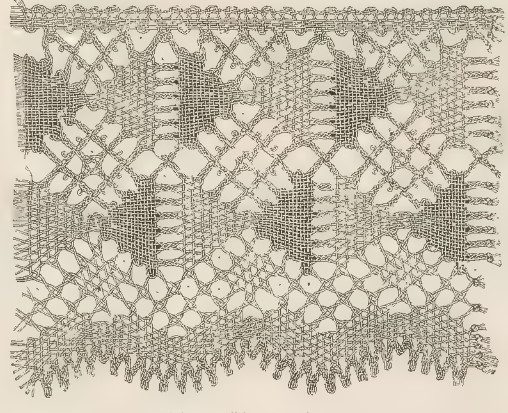
¿Y quién paga? El marido, sin duda, á menos que le sea imposible soportar ese lujo....porque, en fin, lo imposible nadie puede hacerlo..

Pasemos....alejémonos pronto....

Nos hallamos al borde del abismo

II

Otro rasgo fatal del cuadro de nuestras costumbres es la tendencia,



Modelo de tejido para sobrecama

cada día más clara y más audazmente confesada, de una sensualidad que se desborda; la preocupación de comer y de beber bien ha invadido á todos; la cocina tiene hoy sus periódicos como el salón, y los más acreditados publican de continuo la lista de un menú" variado y espléndido.

No se habla más que de salsas y de zumos, de "entremeses" y de "hors d'oeuvre" incitativos, el lujo de la mesa ha seguido la misma progresión que todos los otros; una comida es hoy un gran negocio que cuesta mucho dinero; ya no es permitido á nadie el dar de comer á sus amigos, sin ceremonias; el comedor se ha vuelto un campo cerrado como el salón; todas las rivalidades se encuentran allí, y se libran una batalla; allí también se hace gala de ingenio y de magnificencia; allí también se lucha en excentricidad.

Se violenta el orden de las estaciones, se sirven primicias marchitas y costosas mucho tiempo antes de que la naturaleza, que hace bien lo que hace, les dé madurez sabrosa; se sirve, más para los ojos que para el paladar, á la rusa, con una abundancia exagerada de cristales y luces, con "surtouts" de plata. de los cuales el precio podría pagar una aldea.

Se trae de todos los países el fondo mismo del festín; bien fácil sería dar una lección de geografía en cualquiera de esas comidas, ó, más bien, recibirla del maestre-sala ó jefe de comedor, sólo con que él nombrase los platos presentes: el "caviar" viene de San Petersburgo; el "sterlet". del Volga ó del Moldau; las lenguas de venado, de Noruega; los jamones, del condado de York; los mariscos, de Escocia; los faisanes, de Bohemia; los pollos, de Rusia; los lomos de oso, de los Alpes ó de los Pirineos.

Todavía queda el capítulo de las excentricidades: se cortan chuletas de una langosta y se presentan liebres asadas sin despojarlas de su piel: no hace muchos días asistí á una comida que empezó por una sopa de nidos de golondrinas, traídos expresamente de China con este objeto; otro de los platos era un gigantesco pastel de corazones de palomas, que habían debido costar más dinero que el que necesitan seis familias indigentes para alimentarse durante un año.

Los vinos no pueden quedarse detrás de los manjares, ni como variedad ni como calidad; y como la producción ha llegado á ser inferior al consumo, su valor ha ascendido á un extremo fabuloso.

Mas ¿qué importa? ¡Cuanto más caro cuestan estos vinos, más cantidad se desea beber! Y, sin embargo, esta profusión ruinosa no puede ser agradable. El anfitrión que hace colocar diez copas delante de cada plato, no posee el verdadero sentido de las cosas; esos aromas distintos, y algunas veces opuestos, que es preciso saborear en un reducido espacio de tiempo, deben perjudicarse los unos á los otros; y, sin embargo, los criados, pasando por detrás de los sillones de cuero de Rusia que ocupan los convidados, van nombrando pomposamente el "Montrachet des Chevaliers," el "Clos-Vougeat del 54," el "Johanisberg" sellado del Príncipe, el "Tockay Es-



Modelo para matiné y camisas



terhazy," el "Chateau Larose" y el "Chateau Iquem."

Estas bebidas, dignas de las mesas de los reyes, se suceden en un opulento desorden; el caso es deslumbrar á los convidados, que envidian no poder hacer otro tanto. ¿Qué importa el precio de esta satisfacción?

III

Estos hechos son desgraciadamente de una autenticidad indiscutible, y estos hechos ¡ay! acusan un desorden crónico y profundo, que podría llegar á ser incurable, porque no hiere sólo al alma, hiere también la economía social; lleva inevitables y crueles perturbaciones al seno de las familias.

Este cuadro de delicias y de locos gastos, dibujados por mi débil pluma en las más altas regiones de la sociedad, tiene sus copias cada día más numerosas en la clase media; el mal lo invade todo, y de él nace esa sed de especulaciones temerarias, esa fiebre de agiotaje, que es también uno de los rasgos característicos de la época: hay necesidad de improvisar recursos y de encontrar en la especulación el dinero que no da ni el patrimonio, ni tampoco el trabajo; ese otro patrimonio de la honradez y del decoro.

Mas ¡ay! la fortuna ciega suele



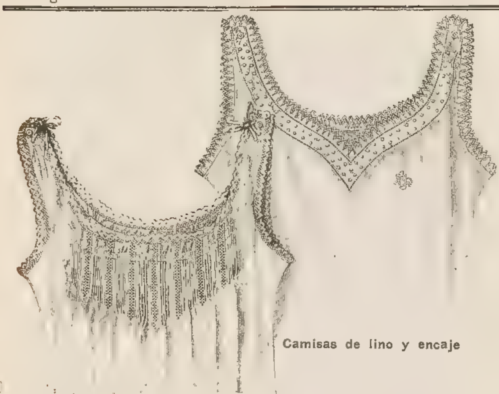
Juego de capa para niños.

recoger lo que ha dado, y después de haber saboreado las alegrías peligrosas de una riqueza ficticia, hace parecer más amarga la pena de una ruina demasiado positiva.

Una sola cosa puede traer al mundo social una reacción provechosa; el amor, es decir, la mujer. Tenemos en la naturaleza un tipo encantador: la joven, la hija de familia, ella trae á la existencia real su frescura nativa, su dulce brillo, su gracia inocente: el corazón se dilata á la vista de esa primavera de la vida. Cuando se aproxima, se serenan como por encanto las tormentas del alma; los menos buenos temen turbar la atmósfera de calma y de serenidad que rodea su inocencia; cada uno se vuelve mejor cuando está á su lado.

¡Jóvenes amigas mías! A vosotras, y sólo á vosotras, toca traer el remedio con vuestras inocentes manos para esta llaga inmensa: casaos con el alma enamorada, y no por cálculo ó por interés; y si amáis de veras á vuestros esposos, no les pediréis un lujo desenfrenado y loco; os avergonzaréis de esa lucha con las demás mujeres, y de esas exigencias que se tragan el sosiego y se pueden tragar el honor de la familia.

El desenfreno de que Francia ha dado tan largo y triste ejemplo, ha sido su ruina. ¡Escarmentemos al recordar la nueva Nínive, abrasada por la justicia celeste!



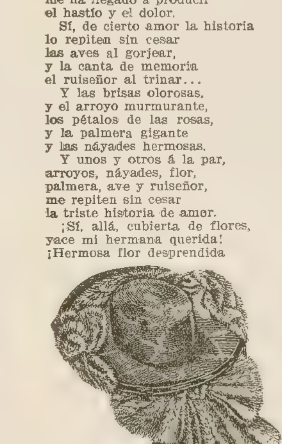
Camisas de lino y encaje

UN RECUERDO DE MI PATRIA.

Mi abatido pensamiento
envuelto en negrura está;
y aunque quisiera un momento
que en él despertara ya
la fuente del sentimiento,
es tan grande la amargura
y tan profundo el dolor,
que no más que desventura,
tristeza, llanto y locura
encuentro en mi derredor.
¿Cómo queréis que mi lira
sus cuerdas haga vibrar,
si solamente se inspira
en el continuo pesar
de un alma por quien delira

Otro cuello bordado y calado.

mi corazón de poeta?
¿de un alma que es toda amores,
de una luz cuyos fulgores
van besando mi alma inquieta
como el sol besa á las flores?
Mas este beso de amor
tan ardiente y seductor
que me hizo revivir,
me ha llegado á producir
el hastío y el dolor.
Sí, de cierto amor la historia
lo repiten sin cesar
las aves al gorjear,
y la canta de memoria
el ruiseñor al trinar...
Y las brisas olorosas,
y el arroyo murmurante,
los pétalos de las rosas,
y la palmera gigante
y las náyades hermosas.
Y unos y otros á la par,
arroyos, náyades, flor,
palmera, ave y ruiseñor,
me repiten sin cesar
la triste historia de amor.
¡Sí, allá, cubierta de flores,
yace mi hermana querida!
¡Hermosa flor desprendida



Sombrero de invierno.

del jardín de los amores
mustia, sin galas, sin vida!
Siempre sumido en dolor,
y siempre el llanto en los ojos...
¡¡La vida es cierzo traidor
que va agostando la flor,
no dejando más que abrojos!!
¿Cómo queréis que yo cante
la alegría, la dulzura,
el fulgor de la hermosura,
si solo, triste, anhelante,
rebosa el alma amargura?
No me pidáis, no, por Dios,
con este dolor profundo
mis versos para los dos...
¡¡¡Que mi alma abandona el mundo
y va de mi hermana en pos!!!

Maximiliano Hardisson Espou.

LA PAZ DEL HOGAR

A fines de Marzo me encontré cara á cara en la calle Druot con mi amigo Pablo Visel. Al notar su extremada palidez, le pregunté:

—¿Qué te pasa?

—Tengo miedo.

—¿Tú, miedo?

—Sí; un miedo horrible, atroz. ¡Soy un asesino!

—¿Y á quién has dado muerte?

—A mi suegra.

—¿A tu suegra? ¿No murió esa señora hace tres meses?

—Sí; pero la he vuelto á matar.

—Indudablemente te has vuelto loco.

—No lo creas. Sin embargo, temo perder la razón si esto continúa.

—¿A qué te refieres?

—A la voz de mi suegra.

—No comprendo...

—Ten paciencia y sabrás lo que me ocurre.

He aquí ahora lo que me refirió mi amigo Pablo Visel:

—Cuando me casé cometí la gravísima imprudencia de permitir que mi suegra viviese conmigo en el domicilio conyugal. Confieso que, aunque no me era nada simpática, á causa de su pésimo carácter, la toleraba por consideración á mi mujer.

Esta me dijo á los pocos días de nuestro matrimonio:

—Pablo, tú no quieres á mi madre; lo veo bien claro y es inútil que trates de ocultar la antipatía que te inspira.

—Te equivocas, hija mía; la quiero como se puede querer á una suegra. No pretenderás que la esté abrazando todo el día, porque eso sería ridículo y grotesco hasta más no poder.

—No lo intentes siquiera, porque al abrazarla serías capaz de morderla.

—¡Qué disparate! ¿Me tomas acaso por un antropófago?

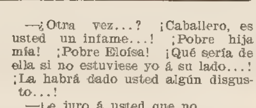
—Lo cierto es que no puedes sufrirla.

—Estás en un error.

—Te es un tipo odioso y repugnante.

Mi mujer se echó á llorar y á los pocos momentos fué víctima de un terrible ataque de nervios.

Presentóse en seguida Mad. Morlée, mi suegra, la cual, al ver el estado de mi mujer, me dijo con voz de trueno:



—¿Otra vez...? ¡Caballero, es usted un infame...! ¡Pobre hija mía! ¡Pobre Eloísa! ¡Qué sería de ella si no estuviese yo á su lado...! ¡La habrá dado usted algún disgusto...!

—Le juro á usted que no...

—No jure usted, porque sus juramentos nada significan. Es usted una mala persona, un monstruo sin corazón.

Mi mujer abrió al fin los ojos, y al verme me dijo:

—No, Pablo, tú no quieres á mi madre...

Y Mad. Morlée añadió con áspera voz:

—Usted no quiere á mi hija.

Esta escena se repetía dos ó tres veces al mes.

Madame Morlée murió hace tres meses y la acompañé á su última morada en compañía de algunos de mis amigos. Confieso que creí que desde entonces iba á inaugurarse en mi casa una era de paz y de ventura.

Entregada á su justo dolor, mi mujer se encerraba en su cuarto, donde permanecía sola largo tiempo. Era natural, y yo me guardaba muy bien de perturbarla en su retiro.

Una tarde oí que alguien hablaba en su aposento. ¿Quién podía estar allí con ella? Acerqué el oído á la cerradura... y noté con terror que Eloísa estaba hablando con su madre. Aquella voz era la de Mad. Morlée. Y oí el siguiente diálogo:

—¿Me quieres, hija mía?

—Sí, mamá.

—Tu marido es un monstruo, que te hará morir de pena, y á mí también.

—¡Mamá...!

—Cuando yo me muera ¿pensarás en mí?

—Sí, mamá.

—Y si tu marido te hace desgraciada, me confiarás tus angustias, porque soy tu madre, la única persona que te ama en el mundo.

Creí que iba á volverme loco. ¿Cómo podía oir yo la voz de aquella mujer, á quien de buena gana hubiera matado mil veces?

Miré por la cerradura de la puerta y vi que Eloísa estaba sentada ante un velador, sobre el cual había un aparato con una especie de trompa de metal, de donde salía la desagradable voz de Mad. Morlée, diciendo sin cesar:

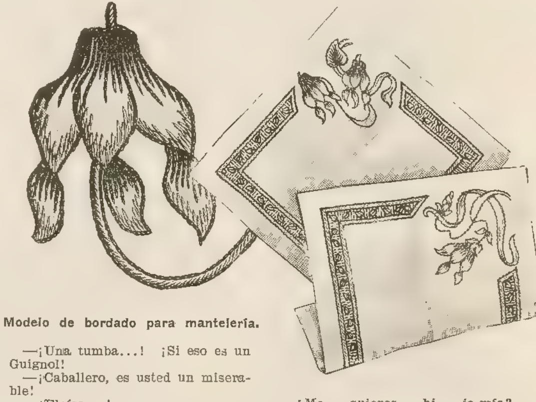
—¿Me quieres, hija mía? Tu marido es un monstruo...

Dí un puntapié á la puerta y entré precipitadamente en el cuarto de mi esposa.

Al ruido que hice se levantó Eloísa.

—Señora —le dije,— ¿qué broma es esa?

—¡Una broma! ¡No profane usted una tumba!



Modelo de bordado para mantelería.

—¡Una tumba...! ¡Si eso es un Guignol!

—¡Caballero, es usted un miserable!

—¡Eloísa...!

—¡Ha insultado usted la voz de mi madre!

—¡Eso es una ficción!

—Mi madre y yo habíamos previsto lo que iba á ocurrir cuando ella hubiese desaparecido del mundo de los vivos, y por eso confiamos al fonógrafo su voz, tan grata y consoladora para mí. A espaldas de usted, me hizo mi madre este regalo el día de mi santo, y ahí está la infeliz, dispuesta á hablar conmigo á todas horas.

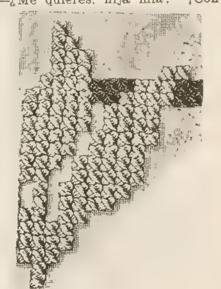


Cuello de encaje inglés.

Yo, como era natural, estaba ciego de ira.

"¡Horrible and mort horrible...!" El mecanismo de Edisson produjo un ruido seco, como el de unos huesos de esqueleto que chocan entre sí, y la voz de Mad Morlée repitió nuevamente estas palabras:

—¿Me quieres, hija mía? ¡Confíame tus penas! ¡Tu marido es un monstruo...!



Modelo para tejidos.

No pude contenerme por más tiempo.

La máquina seguía hablando sin cesar.

Dí un puntapié al velador, que vino al suelo con sus patas al aire, y el fonógrafo fué á parar á larga distancia, cerca de la puerta de la habitación.

El aparato quedó, al parecer, descompuesto, lo cual no fué obstáculo para que con débil y entrecortada voz dijese todavía al agonizar:

—¿Me... quieres... hi... ja mía? ¡Pobre ma... dre! Tu ma... rido es un mons...truo.

—Sí, sí, soy un monstruo, ya lo sé—exclamé con rabia, como si tratara de contestar enérgicamente á mi difunta suegra.

Sin saber lo que hacía, me precipité sobre el fonógrafo y lo estrellé



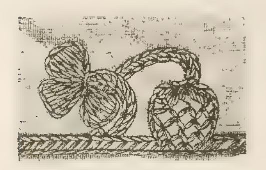
Vestido par niñas y delantal bordado

varias veces contra las paredes del cuarto.

Todo había concluído.

—Caballero—dijo mi mujer con los ojos inundados de lágrimas,—le espero á usted ante los tribunales. ¡Ha matado usted... la voz de mi madre!

Hace ocho días que ocurrió esto. Eloísa se ha ido á vivir con una tía suya, y no sólo se niega á volver al domicilio conyugal, sino que trata de entablar demanda de divorcio. Además, según me han dicho, ha conferenciado con tres abogados, para ver si se podía proceder criminalmente contra mí.



Modelo para tejidos.

Y ahora me remuerde la conciencia y deploro lo hecho en un momento de perturbación mental.

De aquella mujer intratable, que, sin embargo, era todo un carácter, quedaba algo, una parte de ella misma, su voz, que aún vibraba, puesto que se la oía con perfecta claridad.

¡Y yo, estúpido de mí, he matado esa voz, destruyendo con mi brutal acometida la tan anhelada paz de mi hogar doméstico!

Por lo menos, soy, moralmente, un verdadero criminal.

E. BRIERE.



Otro cuello de encaje inglés.

ELEUSIS

Se perdió en las vagas
selvas de un ensueño,
y sólo de espaldas
la ví desde lejos.......
Como una caricia
dorada, el cabello,
tendido, sus hombros
cubría. Y al verlo
siguióla mi alma
y fuése muy lejos,
dejándome solo,
no sé si dormido ó despierto.
Se fué hasta el castillo
del burgrave fiero
que está en la alta roca;
los puentes cayeron
y se despertaron
los sones del hierro.
Pasamos......Mi alma
tras ella corriendo
dejándome solo,
no sé si dormido ó despierto.
Se fué hasta las verdes
llanuras de Jonia; y el templo
cruzó de Partanes.
Del mármol eterno
dejó las regiones.....
Y se fué más lejos
con mi alma, dejándome solo,
no sé si dormido ó despierto.
Oro y negras piedras
y muros inmensos
y tumbas enormes:
sepulcro de un pueblo
que mira hacia Oriente
con sus ojos muertos.
Siguió....Y arrastraba
mi alma más lejos
dejándome solo,
no sé si dormido ó despierto.
Siguió; entre menhires
pasamos, y horrendos
despojos de fieras......
Siguió; y á lo lejos
perdióse en las selvas
obscuras del sueño,
dejándome solo,
no sé si dormido ó despierto.

MANUEL MACHADO.

Recetas de Cocina.

Ruedas de salmón aderezadas.

Méchese y cuézase como el precedente: mójese con vino de Champagne ó vino blanco fresco y con un poco de buen caldo sobrante de haber cocido aves; poco antes de servirlo, pásese el caldo por el tamiz, recójase en una cacerola y desengrásese; agréguese salsa veluté y un pedacito de manteca fresca de cangrejos; colóquese la cacerola al fuego, meneando con la cuchara hasta que hierva y esté á punto.

Hecho esto, espúmese, pásese por el tamiz, y póngasele el aderezo siguiente: aperdíguense unas ostras como de ordinario; sofríanse luego con unos filetes de trufas en un poco de manteca; agréguense colas de cangrejos, y mézclese todo con la salsa, echando además el zumo de un limón.

FILETES DE PESCADILLA FRITOS

Córtense unos filetes de pescadilla del tamaño de un dedo y échense en una marinada de vinagre; después de esto se enjugan, se pasan por la pasta de freír y se fríen con buen color; en seguida se preparan en una fuente alrededor de un montoncito de perejil frito.

Filetes de pescadilla con pepinillos y trufas.

Córtense los filetes de pescadilla de doble tamaño que los anteriores; rebócense en harina y sofríanse; para esta operación hay que poner poco aceite en la sartén; sáquense los filetes, y agréguese al aceite de la fritura un pedacito de manteca de vacas y un polvito de harina para hacer una requemada; consígase ésta á fuego lento y sin dejar de menear con una cuchara; échese un poco de cebolla picada, y cuando ésta tenga buen color, se agregará una anchoa; mójese en seguida con medio vaso de vino blanco y un poco de jugo ó de caldo de pescado, que se puede obtener cociendo la cabeza y las raspas de la pescadilla de que se han cortado los filetes; por último, añádanse algunas ruedas de trufa, y se hará que hiervan en todo esto un minuto solo los filetes que se han de servir en la salsa; agréguense pepinillos y ostras cocidas ligeramente en su agua. Alrededor de la fuente se pueden poner cortezones fritos.

FILETES DE LENGUADO FRITOS

Córtense los filetes de lenguado, pónganse en una marinada con sal, pimienta y zumo de limón: en el momento de servir rebócense en huevo, y luego en miga de pan, y fríanse: deben servirse en forma de cordón. alrededor de una salsa remolada ó una salsa Robert.

Filetes de lenguado salteados.

Córtense dos ó tres lenguados en filetes, de modo que cada uno dé ocho de éstos; pónganse en una marinada con sal, pimienta, una escaluña ó una cebolla, perejil y trufas, todo bien picado, y el zumo de un limón; pónganse después en una cacerola de saltear, cuyo fondo esté bien untado con una capa de manteca de vacas, y colóquese todo en el fuego; cuando los filetes estén tiesos por un lado, vuélvanse del otro, y cuando estén á punto, retírense y prepárense en una fuente; quítese entonces la manteca de la cacerola, y póngase en su lugar medio vaso de vino blanco seco, en el que se hervirán filetes de trufa, hasta que se haya reducido á la mitad; añádase entonces una poca salsa española; desengrásese y échese encima de los filetes.

Filetes de lenguado á lo querubín.

Escójanse lenguados pequeños, córtense de manera que dos filetes de encima estén unidos, así como los dos de debajo; cada lenguado proporcionará, pues, dos filetes; píquese uno con mechitas de tocino, y el otro con trufas simulando escamas; vuélvanse los filetes; póngaseles relleno de albondiguillas de pescado; repliéguense las dos puntas por encima del relleno, y pónganse luego vueltas del otro lado en una fuente ó cacerola; mójese ligeramente con caldo sobrante de una cochura, que se puede reemplazar, en caso de necesidad, por un vaso de vino blanco; colóquese un poco de tocino sobre las trufas, y encima de todo un redondel de papel untado con manteca de vacas; luego póngase en el horno ó simplemente sobre las trébedes con fuego encima y fuego debajo; los filetes así preparados deben cubrirse con gelatina y servirse con salsa italiana; dispónganse de modo que un filete mechado esté junto á uno con trufas.

Filetes de lenguado á la bella vista.

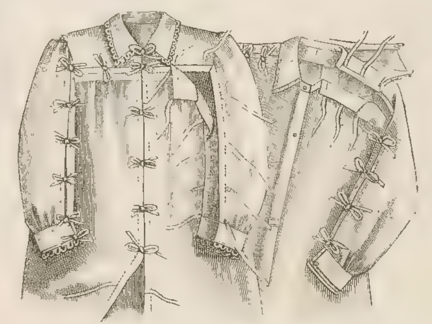
Córtense los filetes y prepárense como se ha dicho en el número anterior; cuando se haya colocado el relleno, pónganse lonjas ó albardillas de tocino en el fondo de la cacerola; colóquense encima unos filetitos de anchoa cortados en toda su longitud; dispónganse en el intermedio de cada dos filetes, que deben ser cuatro por cada filete de lenguado, una cucharadita (con una cucharita de café) de yema de huevos duros, pepinillos, perejil y trufas, todo ello separado y muy picado. Cuézanse entonces, y cuando la preparación esté á punto, dispónganse en una fuente, después de haberlos hecho escurrir; colóquese entre cada dos filetes un cangrejo, póngase en medio una gran trufa cocida y échesele una salsa española.



Juego de ropa interior.



Saquito de seda



Matinés para señoras jóvenes

Ensalada de lenguados fritos.

Pártanse dos lenguados por medio y háganse de cada uno ocho filetes; pónganse en una marinada con hierbas finas muy picadas y el zumo de un limón; saltéense con una "ravigote" fría casera; cuando se quiera hacer la ensalada, tómese lechuga, escarola, algunas hojas blancas de apio y perifollo; después de haberles dado algunos golpes con el cuchillo, se colocan en una fuente, se echa encima la "ravigote" y se colocan los filetes formando corona apretada; después se ponen encima rebanadas de trufa cocida, filetes de atún escabechado, aceitunas en aceite rellenas de anchoas, cebolletas en vinagre, algunos cogollos de coliflor, setas conservadas en aceite y aspic picado; agréguese alrededor un cordón de pedazos iguales de huevo duro y por último otro de cuadraditos de gelatina.

Filete de lenguado en forma de silla de Cangrejo

Méchense filetes de lenguado ó de ave con mechitas pequeñas de tocino; fíjense en un pedazo de zanahoria ó de cualquiera otra legumbre redonda, á fin de darles la forma circular; cuézanse, déseles gelatina, quítense las zanahorias, y póngase cada filete á guisa de silla sobre un hermoso cangrejo; colóquense los cangrejos así dispuestos en una fuente y écheseles una salsa holandesa.

Lenguados rellenos con ostras

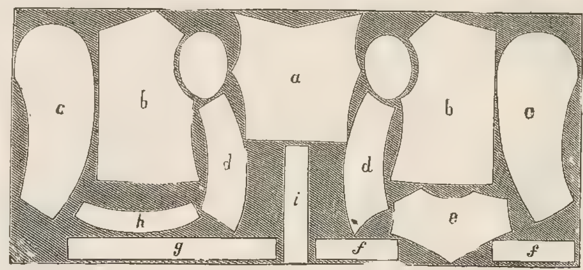
Abrase el lenguado por detrás; quítense la raspa y todos los cartílagos y rellénense con un poco de relleno de pescado y un "ragout" de ostras muy trufado. Cuézase al horno, ó en unas trébedes con fuego encima y debajo, en una cacerola de saltear, con un poco de manteca de vacas en el fondo; sazónese con sal, una raja de cebolla, una de zanahoria y un limón; cúbrase con albardillas de tocino, y mójese con medio vaso de vino blanco seco ó caldo de pescado y colóquese encima un redondel de papel. Después de la cochura, se sirve en un "ragout" de ostras y de trufas preparadas y mezcladas en igual cantidad; todo ello debe servirse con una salsa alemana.

Lenguado asado

Quítese enteramente el pellejo del lenguado; sazónese con sal, pimienta y zumo de limón; úntese en seguida con manteca derretida, y pásese, por último, por la miga de pan; así preparado, se asa en las parrillas á fuego lento. Derrítase al mismo tiempo una anchoa con un pedazo de manteca de vacas; mójese esta mezcla con un cuarto de vaso de vino blanco seco y el zumo de un limón, y échese el lenguado.

Picadillo de filete de lenguado.

Prepárese una cacerola con albardillas delgadas de tocino; colóquese en el centro una gran rebanada de trufa y á su alrededor los ocho filetes obtenidos de un hermoso lenguado; sazónense con hierbas finas y trufas picadas, sal, un polvillo de pimienta y el zumo de un limón; pónganse en cruz los filetes negros y después los blancos, cuyos extremos se apoyarán en la rebanada de trufa; entre cada dos póngase un cangrejito y llénese la cacerola de relleno de pescado; póngase al horno media hora después de su calor primitivo; basta un cuarto de hora para la cochura; pasado este tiempo, sáquese del horno, vuélquese en la cobertera de la cacerola, quítese el tocino y prepárese en la fuente echándole encima una salsa española, á la que se echa un poco de gelatina.



Moldes para blusa estilo alemán.

Observación

Se puede hacer este mismo guiso con filetes de lenguado ó de araña marítima mezclados con filetes de salmonete ó caballa; esta mezcla de colores, dispuesta con regularidad, produce un efecto agradable; pueden emplearse de la misma manera pescados de agua dulce, tales como las truchas. Estas clases de entradas reclaman una salsa con mucho aderezo.

Lenguado al gratín.

Póngase en una cacerola un pedazo de manteca fresca; agréguenseles hierbas finas, una trufa y setas, todo muy picado; sazónese con sal, pimienta, nuez moscada rallada y el zumo de un limón; pásese todo un momento por un fuego moderado, después de lo cual se coloca la mitad en el interior de un hermoso lenguado, preparado ya como se dijo al principio del número anterior; colóquese el lenguado en una fuente untada con manteca de vacas, mezclada con una anchoa muy picada; sazónese por encima, é iguálese en seguida sobre toda su superficie lo restante de las hierbas finas; cúbrase con ralladura de pan y mójese con medio vaso de vino blanco seco; prepárese al gratín en el horno ó sobre unas trébedes bajo el hierro de campaña, un cuarto de hora antes de servirlo.

Granada de filetes de lenguado.

Méchense, empezando por la punta, los cuatro filetes de un lenguado; colóquense en cruz en una cacerola, preparada con albardillas de tocino, y procúrese que los extremos se apoyen en una gran rebanada de trufa colocada en medio para este fin. Entre cada dos filetes, colóquense cuatro filetes de salmonete y otros cuatro de lenguado mechados con trufas; colóquese entre filete y filete un cangrejito sin concha; se iguala todo bien y se llenan los vacíos con relleno de albondiguillas; acábase de llenar con un salpicón bien trufado, cúbrase éste con pasta de hojaldre que se picará con la punta de un cuchillo, y luego se pondrá la granada en el horno un cuarto de hora después de su calor primitivo; después de hora y cuarto de cochura sáquese del horno, vuélquese en la cobertera de una cacerola para desembarazarla del tocino; prepárese en una fuente; póngasele gelatina y sírvase con una salsa española. Todas las granadas de filetes de pescados, de pollo, ó de cualquiera otra carne, con tal que estén mechados, se hacen poco más ó menos de la misma manera, intercalando siempre entre cada dos filetes de ave ya un cangrejo, ya un cogollito de lechuga ó un tronchito de apio, y se sirven lo mismo.

LENGUADO FRITO

Después de haber limpiado un hermoso sollo, ábrase por detrás, rebócese en harina y fríase con buen color.

Receta milagrosa:

—¿Ha hecho tu médico algo extraordinario para precipitar tu curación?

—Sí; me ha dicho que no cobra menos de dos duros por visita.

* * *

Ya sabes, Juanito, que no quiero que vayas á jugar con Ricardo, que es un niño muy mal educado.

—Pues, en ese caso, mamá, Ricardo puede venir á jugar conmigo, pues mi educación nada deja que desear.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de Seguro. .	14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



La belleza y la gracia.

Los años, los dolores, las tempestades de la vida, marchitan la hermosura, y hasta destruyes sus últimos rasgos; la gracia, que nace del sentimiento de lo bello y de una inteligencia superior, la gracia sola, es inmortal.

(Anónimo.)

I

No es la belleza sola la que adoráis vosotros los que pretendéis ser héroes en el amor; yo os hago la justicia de creer que si pasáis por delante del cuadro de "Las tres Gracias" ó de la estatua de Venus, les concederéis una mirada de admiración, y nada más.

Acaso podréis apasionaros con el entendimiento de una obra de arte, y pasar largas horas extasiados ante una de esas dos bellas creaciones; porque el arte tiene inmensa é indefinible atracción; pero esa admiración apasionada os la inspirarán lo mismo "Los niños coronados de flores," del Dominiquino; "El Caballero de Malta en oración," de Hobemma, y la "Joconda," anónima, que cada día encadena á sus pies, durante algunas horas, á muchas grandes inteligencias en el museo del Louvre

La mujer que subyuga con un sentimiento grande y profundo es, á no dudarlo, algo más que bella; es preciso que tenga el supremo encanto de la gracia inteligente.

No hay duda en que la belleza admira á primera vista, pero la gracia atrae y cautiva con una fuerza irresistible.

Se ven hombres casados que poseen una mujer muy hermosa, y sin embargo se apasionan verdadera y profundamente de otra tan poco favorecida por la naturaleza, que á primera vista no se comprende cómo pueda preferirla; pero si una persona inteligente trata con intimidad á la esposa y á la amada, pronto comprenderá la causa de que así suceda



Traje de visita.—Elegante corte de acuerdo á las últimas reformas de la indumentaria femenina.

El libertinaje, que es vulgar, como todo lo malo, atribuye aquella sinrazón, muy general en la sociedad, á una bien pobre causa; afirma que la posesión apaga el cariño, y que la mujer propia, en el hecho de serlo, ya no puede ser amada, á lo menos por largo tiempo.

Paréceme esto un grosero error; tanto valiera que el que ha admirado un soberbio lienzo de Rubens en tanto que estaba de venta ó que lo poseía un vecino suyo, lo arrojase á la calle á los dos días de haber conseguido comprarlo.

Sólo en un caso podría comprenderse que lo hiciera; si el cuadro, desde el instante de estar en su poder, empezase á perder su brillante colorido, si se borrasen de él las huellas del genio sublime que lo había producido, y se convirtiese en un lienzo vulgar, se comprende que el poseedor se llamase engañado, se irritase y se olvidase de él.

No es, pues, la posesión lo que apaga el amor que inspiran las mujeres hermosas; es que si no tienen más que hermosura, la vista se acostumbra á ella, y no hallándose alimentada el alma, no hay amor que dure y que resista el cansancio.

Además, las mujeres son casi todas graciosas antes de hallar un esposo; pero una vez conseguido, podría creerse que su gracia era un anzuelo, y que conseguida la pesca, lo han arrojado como cosa incómoda é inútil

Desde la hermosa Ester, reina de los judíos, que pasó de la esclavitud al trono, hasta nuestros días, la mujer que quiere y sabe conseguirlo, es siempre adorable y adorada.

II

He visto algunas mujeres que equivocan la gracia con el gracejo, y sólo creen poseerla usando de maneras desahogadas y de palabras libres.

Eso no es la gracia, ó, á lo menos, no es la gracia tal como yo la entiendo y como se admira en la buena y culta sociedad.

La gracia es la reunión encantadora del candor púdico, de la decencia irreprochable, del natural cultivado, que se manifiesta con el lenguaje dulce y cortés; la gracia es un compuesto de benevolencia, de elegancia natural y perfecta, de maneras distinguidas; la gracia, cuando verdaderamente la posee una mujer, transpira en todo lo que hace, y en todo lo que toca, y hasta en todo lo que la rodea.

Una mujer dominante y de carácter duro é irascible, no tendrá jamás gracia; por eso las virtudes rígidas, severas y perfectas, en una palabra, tienen siempre muchos menos adeptos que las amables debilidades de algunas mujeres; parece como que la mujer debe estar siempre envuelta en una delicada nube, que es la mitad decoro y la mitad coquetería, y que la gracia debe flotar en la atmósfera que respira, como un perfume impalpable.

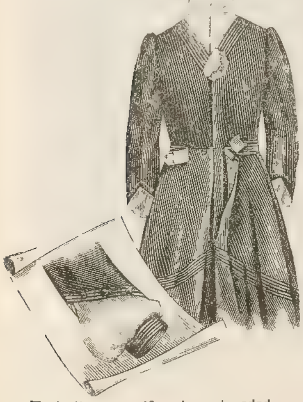
La mujer es amable cuando llora, cuando ríe, y hasta cuando padece, si es que quiere serlo; siempre que se descubra en ella la gracia y la suavidad, y que sus impresiones demuestren una alma noble y un buen corazón, puede estar segura de su imperio

III

No es la gracia patrimonio de la juventud, y también le lleva ésta gran ventaja á la belleza; dos excelentes escritoras francesas han demostrado que la mujer, en su edad madura, y aun en su ancianidad, puede poseer una gracia suprema. Mad. d'Aubray, adorable creación de Dumas (hijo), es una prueba de este aserto, y Octavio Feuillet ha presentado otra no menos convincente en su precioso proverbio titulado "La Partida de damas."

Las mujeres que más adoradas han sido, no han estado dotadas de gran belleza; ninguna de ellas pertenece á la tribu divina de que nos habla Balzac en "La Cousine Bette."

Cleopatra, Mad. de Pompadour, Enriqueta de Inglaterra, María An-



Trajecito para niñas de corta edad.



Otro trajecito para niñas.



Modelos parisienses para trajes de paseo.

tonieta de Francia, Isabel de Aragón, la duquesa de Borgoña, la hija del Regente Gabriela de Estrées y Agripina la Grande, no eran más que mujeres agradables; pero estaban dotadas de elevada inteligencia y de la gracia infinita que de ella nace, cuando á aquel don del cielo va unido un carácter sensible y el sentimiento de lo bello, que revela un alma de artista.

Indudablemente, lo que comunica al trato más gracia y más encanto es una buena educación; la grosería y la vulgaridad son insoportables; separad de las familias el delicado velo del decoro, y sólo quedarán las sinuosidades del carácter y lo prosaico, es decir, lo odioso de la vida; desnudad el amor de las atenciones, de las delicadezas; desposeedlo de una educación perfecta y distinguida, y el amor morirá ahogado por el materialismo, como muere una bella rosa que ha nacido en un zarzal, sofocada por las punzantes ramas, que no permiten llegar hasta ella las brisas y el sol.

IV

Puede asegurarse que la gracia en la mujer es producto de un bello y dulce carácter, ó á lo menos de un deseo constante de agradar. El arte de decir á cada uno aquello que puede serle más grato; de complacer en la mesa individualmente; de hacer con talento los honores de un salón; de mantener la conversación viva y agradable; de vestirse bien y según conviene para cada hora del día; de hablar con dulzura; de sonreírse á tiempo, y sobre todo de dar á cada uno en la sociedad el lugar que le corresponde, es lo que constituye todo lo que de explicable hay en la gracia; pero hay otros mil detalles que no se pueden definir, y que son los que constituyen ese encanto de algunas mujeres, tan poderoso como irresistible.

Yo deseo á mi sexo, más que belleza, gracia; pues en ésta y no en aquella estriba su imperio; aquélla puede compararse á una dalia, que sólo cautiva los ojos; ésta, á una rosa, que satura de un precioso aroma el sitio donde reside.

LA VERDADERA CRISTIANA

I

Yo no sé á qué atribuir el que, por más que lo procuro, no puedo admirar á esas mujeres que se pasan la vida en las iglesias rezando partes de rosario y ensartando oraciones.

Cuando las veo, pienso sin poderlo remediar, en que su casa estará muy mal arreglada, y sus hijos, si los tienen, muy mal cuidados, y en que sus maridos serán muy poco dichosos.

Me honro con la amistad de un virtuosísimo sacerdote, eminente en saber, y que derrama á torrentes la luz en la cátedra del Espíritu Santo, al cual he oído decir, hablando con una señora amiga mía, y que se hallaba en mal estado de salud:

No vaya vd. á la iglesia, pues eso la puede hacer daño.

—Solo voy á misa—respondió la doliente con alguna tristeza.

—No vaya vd. á misa tampoco.

—Unicamente asisto los domingos.

—No vaya vd. á la iglesia pues el ambiente frío del templo la empeorará.

—¡Dios mío! (exclamó mi amiga). ¡Parecerá entonces que no soy cristiana!

—Dios está en todas partes, y de todas partes oye, señora mía; lea vd. la misa en su casa, en su gabinete abrigado, sentada en un sillón, y por eso Dios no escuchará menos sus preces que nacen del alma.

Mi amiga meció tristemente la cabeza, y después de un rato de silencio, repuso:

—No se puede vd. figurar, señor, lo angustiado que tengo la conciencia; ¡me gustaba tanto ir á la iglesia! ¡Aquel ambiente saturado de incienso, aquellas luces, la vista de las flores frescas en los altares, de las cuales yo enviaba algunas, la imagen del Redentor del mundo y de su Madre hacían bien á mi alma afligida, y hallaba la tranquilidad en mi conciencia, porque sabía que al ir á la iglesia cumplía con un deber!

—Hija mía (respondió con dulzura el buen sacerdote); el ir á la casa de Dios, donde tan dulce paz se respira, hacía bien, no á su conciencia, sino á su corazón; ha perdido vd. al esposo, al compañero de su vida que la amaba, al objeto de su único amor, y sólo ante el que es el supremo consolador de todos los dolores halla paz su pecho dolorido..... Y bien; no confundamos el deber con el egoísmo, como tantas veces hacemos; lejos de tener su conciencia intranquila por no poder ir á la iglesia, resígnese á esta privación, y llévela con paciencia por el amor de ese mismo Dios.

—¡Antes me confesaba cada ocho días! ¡Y ahora, como me pongo mala cada vez que voy temprano á la iglesia, sólo puedo ir de mes á mes!

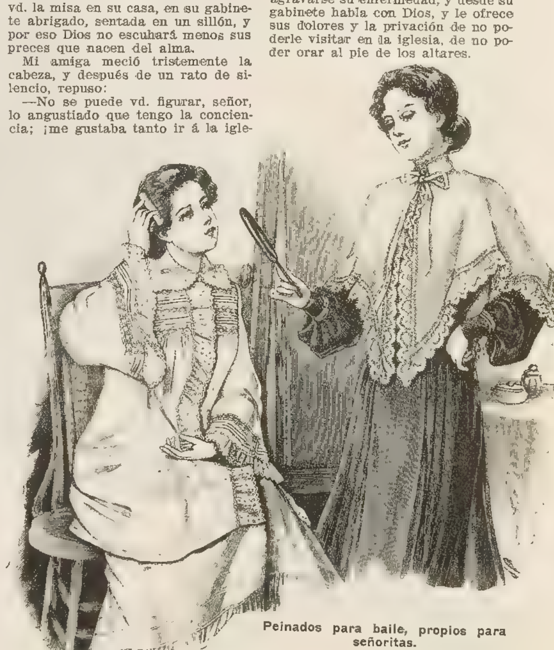
—Y aun es demasiado.

—¡Demasiado!

—Sí, por cierto; ¿qué delitos, qué graves culpas puede haber en su vida ordenada, modesta y apacible, que necesita exponerse tan repetidamente ante el tribunal de la penitencia? ¿A qué desprestigiar con la costumbre lo que la práctica tiene de grande y bueno? No se puede mirar al sacerdote como al confidente ordinario de todas las pequeñeces de la vida; en ese caso deja de ser el médico del alma; no se le puede mezclar en las debilidades ni en los secretos de la familia; el sacerdote no es el amigo íntimo, ni debe escuchar escrúpulos pueriles y mezquinos; la misión del sacerdote es altísima, y no se puede abusar de ella sin quitarle algo de su augusto prestigio, de su delicadeza y de su santidad.

Cuando el buen sacerdote dejó de hablar, la pobre enferma del alma dejó ver una bella sonrisa, que decía claro había comprendido á aquel varón ilustre, y que quedaba consolada con su dulce y elocuente palabra.

Resignada y tranquila, ha visto agravarse su enfermedad, y desde su gabinete habla con Dios, y le ofrece sus dolores y la privación de no poderle visitar en la iglesia, de no poder orar al pie de los altares.



Peinados para baile, propios para señoritas.

¿Serán agradables esas oraciones al Dios todo amor y misericordia? No debemos dudarlo.

II

Me parece que son tan agradables al Padre de las misericordias un acto de perdón, la dádiva de una limosna, una lágrima dedicada al infortunio ajeno, como dos horas de rezo.

Me parece también que ninguna mujer se ha de condenar porque deje de oir misa algún día, si su madre, su esposo ó sus hijos se hallan enfermos y necesitan de sus cuidados.

Me parece que tan bueno, por lo menos, como irse á confesar todas



Trajes con chaqueta torera.

las semanas, es no murmurar, hacer todos los favores que se pueda y llevar con resignación las pruebas de la vida, que nunca le faltan ni aun al ser más dichoso y más opulento.

Yo no digo por esto que no sea muy necesario el aproximarse con frecuencia á la mesa celestial, donde el alma halla tan delicioso y nutritivo alimento; pero hay muchas mujeres que se creen buenas cristianas porque oyen misa diariamente, porque rezan cierto número fijo de oraciones y porque se confiesan con mucha frecuencia, y pasan el resto de su vida en murmurar, en penetrar las vidas ajenas y en buscar las faltas de todos.

Solo pensarlo sería un sacrilegio.

La virtud, para serlo y para hacerse amar, necesita ser dulce, tolerante, benévola, y hay algunas mujeres cuyas debilidades son la más bella apología de su corazón y aun de su carácter.

He conocido, entre otras, una que



Talle jaquet adecuado para visitas de etiqueta.

fué la más coqueta, la más seductora, la más agraciada, la más simpática de las jóvenes de su edad, según afirman personas del gran mundo que la han conocido; despertó innumerables pasiones, y más de una tuvo un desenlace fatal.

Pero el matrimonio no se hallaba bien con su carácter independiente y con su deseo de libertad; pasaron los años; sus gracias perdieron con la juventud todo su prestigio; los adoradores se retiraron, y cuando ya no era tiempo, aspiró á tener un esposo, un protector, un amigo

No pudo alcanzar esta suprema dicha, y su carácter se volvió acre y amargo; la juventud, la hermosura llegaron á serla odiosas, porque ella no las poseía ya; censuró á los hombres y más á las mujeres; todo lo bueno, todo lo bello se le hizo profundamente antipático, y mordía y destrozaba moralmente con una saña implacable.

Así dispuesta, fea de cuerpo y más fea de alma, se hizo beata ó santurrona.

¡Beata!

¡Horrible palabra, que encierra un mundo de amargura, de odio y de hiel!

Vistióse con un traje de jerga negra, púsose una mantilla de lana y unos zapatos gruesos; dejó las manos sin guantes; recogió el escaso cabello, dejando todo lo horrible posible su cara flaca y amarillenta, y así dispuesta, es decir, arrojando los últimos restos de belleza, de gracia y aun de decencia detrás de ella, empezó á ir á la iglesia, donde se pasaba los días, y á confesar todas las semanas, criticando á las que no lo hacían.

¿Creerán esas mujeres que Jesús, el dulce, amante y hermoso Jesús, admite todo lo que hay en ellas de malo, que es lo que van á ofrecerle, después de haber dado al mundo lo poco bueno que tenían?

III

Imitemos á Jesús, ¡oh mujeres cristianas! á Jesús, que no llevaba el azote en la mano, sino la miel en los labios.

"El" no culpaba: aconsejaba y redimía de la culpa.

Era piadoso y benigno para todos; era el supremo consolador de cuantos se le acercaban.

Ya que los hombres no sepan imitar al divino modelo, imitémosle las mujeres.

La verdadera cristiana ha de ser siempre tolerante y piadosa; ha de tener alumbrado su hogar con la dulce luz del buen ejemplo, y adornado con las flores de la paciencia y la resignación.

La verdadera cristiana es como la mujer fuerte de la Escritura; atiende á todo, de todo cuida, y su benéfica influencia se deja sentir por todas partes.

La verdadera cristiana tiene siempre muchas y variadas ocupaciones, porque á la vez que se dedica á hacer la dicha y á iluminar el entendimiento de los suyos, se ocupa también de todas las labores de su casa y del bienestar material de los que ama.

Cuidando de la dicha de los suyos, es una mujer buena cristiana.

He visto algunas que, bajo el pretexto de que tenían que confesarse al siguiente día, se han negado á ir al teatro con su marido, y este marido, desairado y contrariado, ha renegado de la religión de su mujer, que le privaba de su compañía.



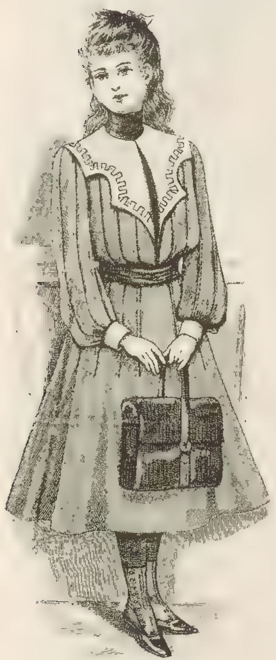
Sombrero estilo "Renacimiento."

Esa mujer faltaba á sus deberes, al primero de sus deberes, negándose á acompañar á su marido.

Una buena cristiana puede tener su casa muy bien dispuesta, sus hijos muy elegantes, su mesa muy bien servida, y puede ser, á pesar de todo esto, muy agradable á Dios, y aun serle agradable por lo mismo que hace todo esto, pues es gravísima falta el rodear á nuestra santa y benigna religión de fealdad, de acritud y de intolerancia.

IV

La resignación es otro de los adorables beneficios de nuestra religión sacrosanta.



Trajecito escolar para niñas de 10 años.



Sombrero de invierno.



Traje de paseo para señoritas de 15 años.



Elegante boa de plumas y listones y sombrero de invierno última moda. Colección de trajes para niños.

He visto á una madre que adoraba á su hijo único, mirarlo muerto en la cuna, pálida, temblorosa como una flor tronchada por el huracán, y decir, alzando los ojos al cielo:

—¡Señor, era tuyo y te lo has llevado; hágase tu santa voluntad!

Si aquella mujer se hubiera sublevado contra la mano que la hería; si hubiese acusado á la Providencia, aunque después la hubiera yo visto rezar, bostezando, veinte partes de rosario, no me hubiera parecido tan verdaderamente cristiana.

Un solo grito del alma, un latido del corazón, bastan para probar á Dios nuestro amor, nuestra obediencia y nuestra gratitud.

No son necesarias las exterioridades ni las prácticas rutinarias de la devoción exagerada é ignorante; Dios ve el fondo del alma, y el elevar los ojos á la bóveda celeste es ya un consuelo inefable.

No puedo expresar el disgusto que me causa cuando en la iglesia oigo rezar casi en voz alta, darse violentos golpes de pecho y lanzar suspiros dolorosos.

Semejantes extremos sólo sirven para distraer la atención de los que verdaderamente hablan con Dios por medio de su pensamiento recogido y absorto en la grandeza de la Divinidad.

¿Cuántas (y aun cuántos) hay que mezclan á los suspiros y á las palabras de la oración ruidosos bostezos, producto del bárbaro ayuno á que se condenan?

¿Cuántas que enferman de dolores reumáticos por pasarse en las frías mañanas del invierno, cuatro, cinco y seis horas sobre el helado pavimento de la iglesia?

¿Cuántas que no comen de los postres, con risa interior de los criados y admiración dolorosa de su familia, porque lo han ofrecido como prueba de mortificación?

¿Y cuántas inspiran á sus hijos con esas prácticas terror hacia una religión que impone semejantes sacrificios?

¡Oh, no, tiernas jovencitas, amigas mías! ¡No creáis que esa es la religión de Jesús! ¡elevad el alma y huid de esas preocupaciones de los espíritus estrechos! Disfrutad honesta y legítimamente de los bienes que Dios mismo os ha concedido; no os martiricéis ni os hagáis feas, que eso no agrada al que es fuente de toda belleza y origen de todo amor.

"¡Amaos los unos á los otros!"

Esto es lo único que ordena: es decir, sed tolerantes, benévolas, agradable; no calumniéis, no mintáis y haced el bien posible.

"Dejadme á mí el cuidado de la venganza."

Esta es otra de las órdenes de nuestro Padre celestial ,es decir, perdonad, excusad, y no ultrajéis jamás, ni devolváis el mal con el mal, sino con el bien.

¡Mujeres católicas! ¡Cuanto más dulces, más caritativas, más benévolas y más bellas seáis; cuanto más perdonéis, consoléis y hagáis más grata y más hermosa la vida de los vuestros, seréis más verdaderas cristianas!

Felicítame—decía á Gedeón uno de sus íntimos amigos.—Me han nombrado ayudante de correos á bordo de un trasatlántico. Me dan cuarenta duros mensuales y la manutención.

—¿Y albergue también?

* * *

El sastre de nuestro amigo R... fué ayer á presentarle una cuenta.

El señorito duerme todavía—le dice el criado

Esperaré hasta que despierte.

—Es inútil. Cuando sepa que está usted ahí, no se despertará. Yo conozco al señorito.

* * *

¿Quién, niña, te se figura
que amará con más verdad,
mis sentidos tu hermosura,
ó el corazón tu bondad?

Cuantos te han tratado y tratan
en tu amor aprender suelen
todos las penas que duelen,
yo los dolores que matan.

Aunque esté muerto de cierto
en nombre suyo llamadme,
si no respondo enterradme,
porque de cierto estoy muerto.



Sombrero de invierno para señoritas.



Otro sombrero de invierno para señoritas.

En un tribunal:

"El presidente".—Ha reconocido usted ante el juez que había hablado varias veces con ese hombre, y ahora afirma usted que no le conoce ni de vista. Ya ve usted que hay aquí una contradicción...

"El acusado". Nada de eso, señor presidente. Le he hablado por teléfono.

* * *

Marcho á la luz de la luna
de tu sombra tan en pos ,
que no hacen más sombra que una,
siendo nuestros cuerpos dos.

Me causas tanto pesar,
que he llegado á presumir
que algo me debe de amar
quién tanto me hace sufrir.

Todos pagan la traición
con el odio y el puñal;
yo te pagué el mismo mal
con el amor y el perdón.

PARA EL HOGAR

EL BRAZALETE DE ESMERALDAS

I

Siete años hace que pasó en Madrid, casi ignorado de todos, el terrible drama que voy á referir.

La Condesa de M., viuda y riquísima, vivía á los treinta y dos años con su hijo Gonzalo, que iba á cumplir dieciséis.

Madre é hijo se adoraban; pero la Condesa era aún joven, y necesitaba otro amor que llenase su corazón.

Se había casado á los quince años con un anciano de cabellos de plata y corazón de oro, que la había hecho muy feliz, enseñándola á vivir según su conciencia, despreciando las murmuraciones del mundo.

Además, la Condesa era italiana, y la libertad de costumbres en que se había criado, hacía su carácter más independiente, su ternura más expansiva y sus sentimientos menos reprimidos de lo que generalmente se ve en las mujeres del gran mundo.

En Italia se habían casado; en seguida vino á España, patria de su esposo, y un año después dió á luz á Gonzalo.

El Conde creyó volverse loco de alegría; viudo dos veces cuando casó con Elena, había renunciado á la ternura paternal y recibió á su hijo como una flor enviada por Dios para perfumar su ancianidad.

Juego de ropa interior

La Condesa Elena era casi una niña; el amor materno llenó enteramente su corazón, y durante diez años nada echó de menos sobre la tierra, pasando su vida en acariciar á su hijo y en prevenir todos los deseos de su anciano esposo.

Este empezó á decaer visiblemente; una enfermedad de consunción, de esas á las cuales la medicina no halla causa, se apoderó de él; feliz y sonriendo, veía demacrarse su cuerpo y caer sus cabellos blancos, y lejos de amargarse su bondadoso carácter con la idea de su próximo fin, solía decir que Dios, cansado de verlo ya en el mundo, lo llamaba á sí, sin pena y sin dolor.

II

Un día salió el Conde en carruaje, y rehusó absolutamente que le acompañase Elena; pero exigió que fuese con él su hijo, que á la sazón contaba cerca de once años.

El anciano dió á su cochero las señas de uno de los mejores joyeros de Madrid, y se apeó trabajosamente á la puerta de su almacén.

Pidió que le sacasen las pedrerías de más valor que hubiese, y extendieron ante sus ojos un tesoro.

Las miradas del anciano se fijaron desde luego en un soberbio brazalete de esmeraldas montadas en oro: la pureza, igualdad y tamaño de las piedras, su engaste y su prodigioso número, le hacían la más rica joya de cuantas había allí.

Formaba una ancha cinta de esmeraldas, cerrada con una estrella de las mismas piedras ,en cuyo centro había una mucho mayor que las demás.



Cubierta de mesa

El Conde hizo el ajuste, y le compró.

Luego volvió á subir al coche con su hijo, y se dirigió á su casa.

—Elena (dijo á su esposa), dentro de pocos días ya no existiré yo; toma este brazalete, última dádiva que te hago y la única que te quedará, pues hace largo tiempo que no te regalo nada, con el fin de que cuanto te he dado quede consumido antes de mi muerte . Elena, no te prohibo que busques tu dicha en una nueva unión; lo que te ruego es que no consientas que las miradas de tu esposo profanen los dones que debiste á mi ternura; si algo me sobrevive, quémalo ó enciérralo en donde sola tú puedas verlo. En cuanto á este brazalete (continuó el Conde), el día que te unas á otro hombre, entrégaselo á tu hijo que lo guardará en memoria mía.

La Condesa no respondió más que con lágrimas; pero Gonzalo echó sobre el brazalete una mirada ardiente y sombría.

Dos días después murió el conde, como había predicho.

III

Elena se retiró á Sevilla, y pasó en una casa de campo que poseía allí, los dos primeros años de su viudez, únicamente ocupada en su hijo; la soledad hizo de aquellos dos hermosos seres uno solo, pues sus almas se confundían en una tierna y delicada simpatía.

La condesa volvió al fin á Madrid, y pronto se vió asediada por una corte tan numerosa como brillante.

Desde entonces Gonzalo apareció dominado por una tristeza amarga y sombría; rehusaba acompañar á su madre á toda reunión, y pasaba los días enteros sentado ante un retrato de su anciano padre.

Llegó por fin la hora del amor para la Condesa; el joven marqués de B. conquistó su corazón, que aún permanecía cerrado á las pasiones, y Elena se abandonó á la que supo inspirarle el Marqués, con toda la delicia de la que le siente por la vez primera.

¡Pobre Gonzalo! ¿Qué era entre tanto de él? ¡Ay! ¡ya no pasaba sólo los días sentado ante el retrato de su padre; pasaba también las noches, y á la luz vacilante de su lámpara le parecía ver animarse aquellas facciones venerables y entreabrirse aquellos labios que tantas veces le habían cubierto de besos'

Elena, ocupada toda en su amor, nada sabía de esto: en una ocasión estuvo ocho días sin ver á su hijo ni preguntar por él.

Por fin, la noche del octavo, se le ocurrió que podría estar enfermo y voló á su cuarto.

Habíase quedado dormido de rodillas ante el retrato del Conde, y Elena se estremeció al ver el estado de demacración espantosa de su pobre hijo.

IV

Tres días después le participó con blandura que iba á unirse á otro hombre, asegurándole que jamás le faltaría su ternura

—Espero, mamá, que me darás tu brazalete de esmeraldas fué la única respuesta de Gonzalo.

—El día de mi casamiento, hijo mío—contestó Elena.

—No, no: ha de ser ahora, mamá; desde el momento en que sé que vas á tener otro esposo, debe estar en mi poder.

Elena, asustada al ver la lúgubre expresión de las facciones de su hijo, desabrochó el brazalete de su brazo, y se lo dió.

El niño le tomó, dejó caer en él una lágrima, y le guardó en su seno.

Llegó por fin el día de la ceremonia, á la cual no asistió Gonzalo; al llegar á casa, de vuelta de la iglesia, Elena fué á buscarle á su cuarto: la puerta estaba entornada, llamó, y, no contestándole, entró presurosa.

Gonzalo no estaba allí; entró en la alcoba, y quedó petrificada de horror al verle tendido en su lecho, inmóvil y descolorido.

La desgraciada madre se arrojó sobre él, tocó su corazón, y estaba helado; fué á tomar una de sus manos, y entonces vió que tenía asido el fatal brazalete de esmeraldas!...



Pechera bordada

Pero ¡cosa extraña! faltaban á la alhaja todas sus piedras, que habían sido desmontadas.

Elena, siempre silenciosa, revolvió por la alcoba sus secos y extraviados ojos; entonces vió sobre la mesa de noche un papel, que tomó y devoró con ansia.

Decía así:

"Madre mía: Hoy me he tragado una á una las piedras que componían el brazalete que te dió mi padre; no quería ver á otro hombre ocupando el lugar del que me llamó su hijo, robándome toda tu ternura.

"No quería tampoco que volvieras á ver esta alhaja, que hubiera sido para tí un remordimiento perpetuo ni he podido dejarla abandonada, porque es para mí una reliquia.... He guardado para el instante que des el fatal "sí" la esmeralda mayor, y ella me ahogará, librándome de la odiosa carga de la vida.

"¡Adiós, madre mía! ¡Sé feliz, y perdona á tu hijo!—GONZALO."

¡La desgraciada madre salió demente de aquel cuarto, y un mes después se la halló cadáver sobre la tumba de su hijo!



Blusas bordadas, último estilo

DESALIENTO.

> Lo primero, lo indispensable es amar: no importa á quién, no importa qué: amad, y estáis salvados......
>
> (A. DUMAS, hijo)

—¿Para qué?

Ved aquí la terrible palabra que, como el soplo helado del cierzo, pasa sobre las flores tronchando sus verdes tallos, destruye la savia de las ilusiones y seca todas las flores del corazón.

¿Para qué? Es decir, ¿á qué conduce eso? ¿Qué beneficio ó qué placer me reporta? ¿Qué me importa la opinión ajena? ¿Qué el bien parecer? ¿Qué la dicha de los otros?

La primera vez ue oí aquella terrible pregunta, un temblor doloroso se apoderó de mí, porque adiviné que salía de un corazón yerto y sin calor.

El que la pronunciaba era un hombre; un hombre que ya entraba en el otoño de la vida, y cuyas sienes estaban prematuramente coronadas de cabellos blancos.

Hablábale yo de su talento, que hacía tiempo no producía obra alguna, á pesar de ser universalmente reconocido; me quejaba de lo que llamaba su pereza, y le instaba para que trabajase como en otro tiempo.

—¿Para qué? -me preguntó, encogiéndose de hombros con tristeza.

—¡Para qué! (repetí.) ¡Para complacer al público y á sus amigos de vd.!

Volvió á repetir el mismo triste y desolado movimiento.

—¡Para tener gloria ó aumentar la que ya ha alcanzado!

—¡La gloria es humo!

—¡Para ganar dinero!

—Me sobra con lo que tengo.

—Cásese vd.

—La mujer á quien amaba me ha engañado, y no puedo ya ponerme á la persecución de un nuevo amor.

—¡Dios mío! Si no cree vd. en el amor ni en la gloria, ¿en qué cree?

—Casi en nada.

—¿Ni en la amistad?

—Ni en la amistad.

—Comprendo ahora el suicidio por la primera vez, pensé con tristeza.

—Así (continuó mi amigo), no hago esfuerzo alguno para salir del marasmo en que me encuentro; si voy á trabajar, no hallo motivo para ello; nadie me interesa ni á nadie intereso yo.

—¿No ama vd. á nadie?

—Ya he dicho á vd. que amé; amé con fe, con entusiasmo, con pasión, y fuí engañado... una mujer es la que ha llevado á cabo mi destrucción moral.

—Pero todas las demás no han de ser como esa mujer.

—La creía la mejor.....piense vd. cómo juzgaré á las otras; algunas veces he deseado volver á querer, y siempre me he hecho esta pregunta:

—¿Para qué?

—¡Fatal pregunta!

—A la que contestan siempre la lógica y la razón.

—¿Qué responden?

—Que la dicha es un sueño; que todo es mentira en la tierra, y que sólo imperan en ella el cálculo y el egoísmo.

Incliné la cabeza con amargo desaliento, no asintiendo á las ideas de aquel pobre ser desengañado, sino lamentando el no poder hacer brotar una flor en el erial de su corazón disecado por el dolor.



Traje y peinado para baile, propio para señoritas.

II

Era una hermosa tarde.

Moría el sol tras un alto monte, cuya falda se hallaba cubierta de verdor; grandes pinos y álamos gigantes crecían allí hacía muchos años, con la libertad que sólo es una verdad en la naturaleza; un arroyo murmuraba entre los árboles, y extendía su ancha cinta de plata entre una doble guirnalda de flores.

Todo amaba en aquella dulce y armoniosa soledad; las aves, que sólo piden el diario sustento, amor y espacio, cantaban el himno de despedida á la tarde; aun el sol iluminaba el valle con sus rojos resplandores, y ya la luna, como soberana de la noche, aparecía clara y serena en el cielo, pronta á derramar en la campiña sus argentados rayos.

Sentados el escéptico y yo al lado de una ventana, guardábamos silencio; yo contemplando el paisaje; él con la mirada fija en el vacío; aún resonaba en mi oído el eco triste de la conversación anterior, y queriendo verter una gota de bálsamo en aquella alma ulcerada, buscaba sin hallar la idea de que debía servirme, y que no quería llegar hasta mi mente.

Al fin me aventuré con timidez á tomar la palabra; y digo con timidez, porque no hay nada que intimide tanto al débil y tierno espíritu femenil como la proximidad de un alma helada.

—Ya que no ama vd. nada (le dije), ¿tampoco quiere vd. nada ni á nadie?

—Creo que no.

—¿No tiene vd. padres?

Hace largo tiempo que los perdí

¿Ni hermanos?

—Tengo una hermana de leche, madre de cinco niños; me escribe cada mes.

—¡Luego le quiere á vd.!—exclamé alegre, al ver este rayo de luz entre tantas tinieblas.

—No (repuso él); me escribe para que no se me olvide el enviarle la cantidad mensual que le tengo asignada: este mes le he remitido el dinero sin carta, y le importa tan poco de mí, que ni un renglón me ha dirigido para informarse de la causa de mi silencio; recibió el dinero, y le basta

—Escriba vd.

—¿Para qué?

—Para saber de ella: acaso esté enferma.

Mi amigo meció negativamente la cabeza

En aquel instante una mujer apareció en la calle de árboles que venía á expirar al pie de la montaña

Venía lentamente, y parecía agobiada por la fatiga, sus vestidos eran pobres, y su rostro estaba cubierto de una extrema palidez; al pasar por el arrollo, brilló en sus ojos una ráfaga de alegría; inclinóse y llenó el hueco de su mano de agua fresca, que llevó á sus labios; el descreído la vió, dejó su asiento, y como un mentís dado á su fatal "¿para qué?" se lanzó á su encuentro.



Detalle para faldas

III

—¿A qué has venido?—preguntó á la mujer, tomándola una mano.

— A verte! (respondió ella): muchos días he estado esperando tu acostumbrada carta; al ver que no llegaba, he temido que te hallases enfermo.

—¿No ha llegado el dinero?

—Sí, ha llegado; pero ¡ah! ¿qué importa el dinero cuando se trata de tu salud?

Al hablar así, aquella mujer fijaba en su hermano de leche una mirada llena de ternura y cubierta de lágrimas.

—¿Y has dejado á tus hijos?—preguntó él.

—Sí.

—¿Solos?

Solos; la mayor cuenta ya diez años.

—¿Y los has dejado por mí?

—Sólo por verte.

IV

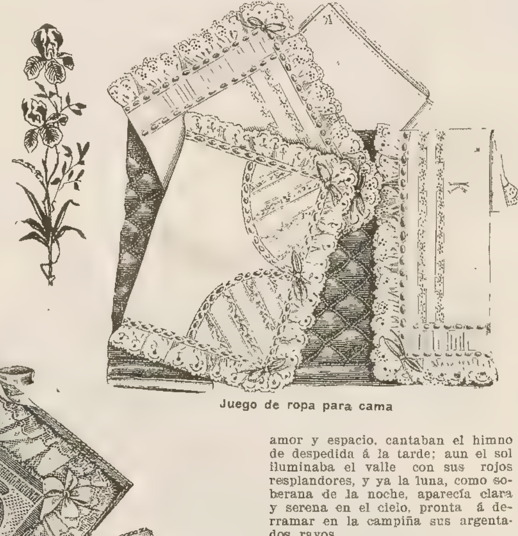
Al siguiente día la pobre viajera se hallaba en cama y atacada de una fuerte calentura; la fatiga de un largo viaje en un caluroso día de Julio había encendido la sangre en sus venas.

La ciencia no pudo salvarla.

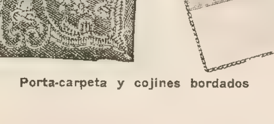
Dos días más tarde las campanas doblaban por ella; murió con tranquilidad y sonriendo.

—¿Está vd. arrepentida de lo que ha hecho? ¿Ha sentido venir aquí?—le preguntó el sacerdote que asistía sus últimos instantes.

—No, padre mío (contestó); hice lo que mi corazón me dictaba; el



Juego de ropa para cama



Porta-carpeta y cojines bordados

Señor me ha llamado á sí, ¿qué más da en esta ocasión que en otra? ¡Hágase su santa voluntad!

Mi amigo no ha vuelto ya á pronunciar su terrible "¿para qué?"

Trabaja sin descanso para sus cinco hijos, como él llama á los huérfanos, y cuando la fatiga le abruma, mira al cielo con los ojos



Peinado para recepciones

del alma, y allí ve la sombra de su hermana.

El sacrificio le ha mostrado el amor.

La muerte le ha mostrado á Dios; hoy su vida tiene un noble objeto; la felicidad de cinco desvalidas criaturas.

EL CHISTE.

I

La reputación de bufo está hoy á la moda, y sin embargo, me parece la menos envidiable de las reputaciones.

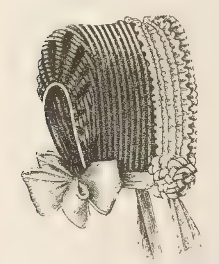
Me gusta la seriedad en los hombres, y más aún en las mujeres.

No obstante, á mi juicio, el carácter de la seriedad en ambos sexos debe ser muy diferente. La seriedad varonil debe ser grave; la femenina, dulce.

La seriedad en la mujer, significa y debe llamarse "dignidad;" en el hombre es simplemente "seriedad."

Repito que no me gustan los hombres chistosos; por lucir una gracia, por hacer alarde de ingenio, sacrificarán á su hermano, á su mejor amigo.

El chiste es siempre resbaladizo y



Falla para niños

peligroso; muchas veces es cruel nada respeta, á todo se atreve, y por lo mismo prueba poca altura de sentimientos.

Pascal lo ha dicho: "palabras chistosas, mala alma;" y ésta es una de las verdades terribles del gran pensador.

Pero si el chiste es desagradable y antipático cuando lo usa un hombre, no sabría expresar lo odioso que me parece en una mujer.

La prefiero sentimental, romántica; prefiero uno de esos figurines atrasados, del tiempo de los poetas melenudos y llorones; una de esas mujeres que se rodeaban el rostro de tirabuzones (propiamente dicho) y bebían vinagre para palidecer.

A lo menos aquellas lo amaban todo, todo lo lloraban, todo lo compadecían; y ésa es la misión de la mujer, ya sienta con mesura, ya exagere la expresión de sus sentimientos.

El chiste lo materializa todo, y el tomar la vida por su lado material, es odioso tratándose de nuestro sexo. La mujer debe vivir sólo por el sentimiento; una mujer chistosa es una triste anomalía en su especie; más simpática es á mis ojos, como he dicho antes, la romántica, y más lo es también la marisabidilla, porque ésta ama, como la otra, alguna cosa; ama el estudio y tiene la noble ambición de poseer talento; pero las mujeres chistosas se inmolan á lo más prosaico, á lo más miserable de la tierra, sin mirar jamás al cielo, patria del alma

II

Yo amo á la mujer sonriente; pero me disgusta mucho riendo á carcajadas, porque la risa destemplada, brutal, por decirlo así, está siempre inspirada por el ridículo, es decir, por la muerte moral de alguno ó quizá de muchos seres.

Y, además, ¿qué ternura puede existir en el corazón de una mujer que se burla de todo?

¿Qué hay para ella de sagrado, de noble é interesante?

La reputación de chistosa es mortal para una joven, porque se halla en completa oposición con todas las leyes del pudor, de la dulzura y de la reserva.

El amor y la amistad huyen de



Pintura para mantelería

ella asustados, porque el amor busca las almas que le ofrecen un nido de bellas y perfumadas flores, y la amistad no tiene la abnegación que impide ver los defectos y que los perdona aunque los vea.

Reconveníase en cierta ocasión á una madre porque, en vez de moderar la excesiva sensibilidad de su hijo, la excitaba, llevándole á socorrer á los pobres y á los enfermos y contándole historias tristes, y le decían que lo haría desgraciado afinando así las fibras más delicadas de su alma.

Prefiero (respondió aquella tierna madre) el que mi hijo sea bueno á que sea feliz.

Admirable respuesta, y que prueba el temple de alma de aquella mujer superior.

III

Se oye algunas veces decir:

"¡Qué alegre y animada es la señora A...ó la señorita X!"....

Es decir, ¡qué burlona, qué franca en sus modales, qué propensa á la hilaridad, qué chistosa ,en fin!

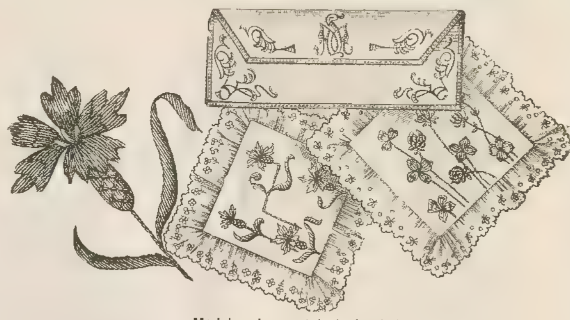
¡Libre Dios á las amigas de mi alma de semejante elogio!

¡Libreos Dios de él, mis amadas lectoras! El pudor, la decencia, la cortesía, la amable y santa benevolencia, tienen reglas fijas, é infringirlas es muy perjudicia y muy triste.

Ningún hombre valiente, generoso, dotado, en fin, de cualidades serias, es chistoso.

Ninguna mujer suave, dulce, modesta, digna y bien educada lo es tampoco.

Hay, sí, en algunas almas una cierta alegría serena y pura, que jamás ve negro en los horizontes de la vida, que mira cada cosa por su lado mejor, y que no se deja abatir por las penas pequeñas y mezqui-



Modelos de mantelería bordada

nas; pero estas bellas almas están dotadas de una esperanza, de una resignación, de una tranquilidad, de una dulce alegría que no excluye el sentimiento, y que está muy lejos de la grosera y vulgar alegría que produce el chiste. Yo he dicho en una "Plegaria á la Virgen," que acaso conoceréis algunas de vosotras....

"La vida es buena: si en el bien se (emplea,
Resbala alegre en la modesta casa,
Risueña corre en la pajiza aldea,
Vuela feliz si en la opulencia pasa.
. . . ."

Sí; la vida es buena para el que trabaja, para el que piensa, para el que ama, sobre todo; y el que se burla de cuanto conoce, ni ama, ni espera ni es feliz, porque la burla deja en el alma un sabor amargo.

IV

Triste tarea es buscar en todo el ridículo, que es como si dijéramos, el padre del chiste; verdad es que hay gustos tan puros y tan nobles, que al instante le advierten; mas también la amable benevolencia de carácter trae la indulgencia consigo, y suaviza todo lo que es desagradable á los otros. El chiste, no solamente nota el ridículo, sino que lo busca donde no existe, y ridiculiza todo lo que hay de más noble y más santo en la tierra, sin que los espíritus celestes escapen siempre de su tijera envenenada.

Yo veo siempre al chiste envuelto en un vapor de sangre, porque sé que un chiste ha costado la vida á muchas personas y la felicidad á muchas familias.

Así, pues, mis amables lectoras, reprimid todo lo posible la propensión que sintáis á reíros de algunas cosas y á ridiculizar otras; respetadlo todo, excusadlo todo, admirad lo bello, que esto hace bien al alma, y cuando veáis el mal, llorad en vez de reíros.

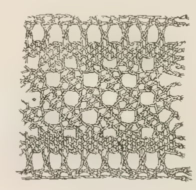
Sólo una cosa ahoga el ridículo, la sangre; la persona de figura más

Modelo para tejidos.

risible, si al entrar en un salón dispara un tiro al primero que vea se burla de él, adquiere en el instante la terrible majestad del crimen y de la venganza.

Un chiste puede traer un ridículo incurable, y, por lo mismo, puede causar la muerte de alguno.

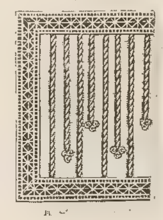
Que vuestros puros labios no se manchen jamás con la risa burlona y con las chanzas atrevidas; todos los seres de la creación merecen



Modelo para tejidos

nuestro respeto, y el más abyecto merece nuestra consideración, nuestra compasión siquiera.

El ridículo no está en lo que miran los burlones; existe, á mi ver, en su perversión interna; hay aberraciones en el espíritu, como en el cuerpo hay dolencias; pero si provocan una sonrisa, no deben hacer



Otro modelo de tejidos

que nos cebemos con malignidad en los que las padecen.

Sobre todo, jovenes lectoras, á las que amo tanto y cuya felicidad tanto me interesa, huíd de la reputación de chistosas; y si vuestro carácter es alegre, que sea el rayo de sol que todo lo embellezca y fecundice, y no el relámpago de cárdena luz, que dé á los objetos tintas lívidas y sombrías.

Un individuo pregunta á un caballero obeso:

—¿Le molesta á usted su gordura?

—No, señor; pero me molestan los imbéciles que me hacen esa pregunta.

* * *

Entre marido y mujer, durante una disputa:

—Señora, usted ha nacido para ser esposa de un estúpido.

—Creo, caballero, que estoy cumpliendo mi destino.

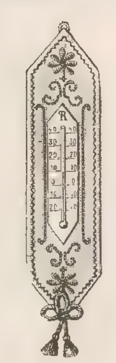
LA PURA VERDAD

¡Ay Maruja! ¡Marujita!
Con los vates me incomodo,
y con razón, ¡carambita!
No me hace gracia maldita
que te traten de ese modo.
Veo que aquí un escritor
te llama "cielo" en su anhelo,
y otro dice que eres "flor";
y te engañan, sí, señor,
pues ni eres "flor" ni eres "cielo".
¿A qué ese afán de mentir?
¿Para qué te han de poner
motes que me hacen reír?
¿Y para qué han de decir
cosas que no pueden ser?
Nuestros poetas primeros
en sonetos y en cuartetas
te alabarán lisonjeros.
Mas no fíes en poetas,
porque son muy embusteros.
Y aunque bondadosa seas
y ellos con grandes ideas
te llamen "rosa bendita",
¡no lo creas, Marujita!
¡Marujita, no lo creas!
Fía tan sólo en mi acento;
que en lenguaje liso y llano,
sin galas del pensamiento,
te diré, como asturiano,
solamente lo que siento.
¿Que eres un "cielo?" ¡Tontuna!
¿Qué eres una "flor?" ¡Bobada!
¡No hay tal cosa! Por fortuna
para todos, eres una
chiquilla muy resalada.
Por hermosa y zalamera
no hay uno que no te quiera,
y serán cebo de amantes
esos ojillos tunantes
que miran de una manera...!
En tí hay ternura y bondad.
Hablo con sinceridad,
sin vanas palabrerías.
Y esto es decir la verdad.
¡Lo demás son tonterías!

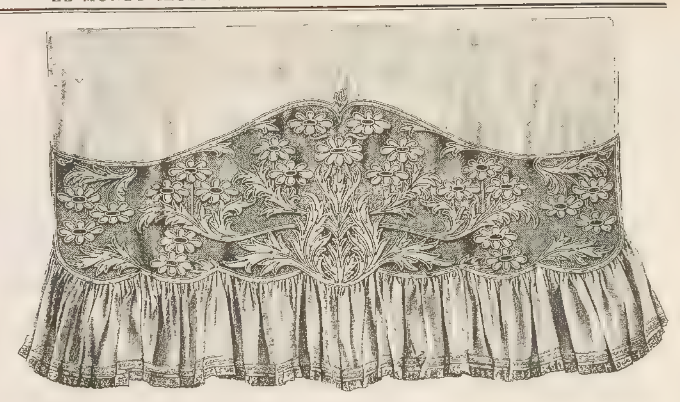
¡PROTESTO!

Acabo de ver ahora
que aquí Jackson nos presenta
como pájaros....de cuenta,
y yo protesto, señora.
Yo soy un hombre cabal;
un hombre de cuerpo entero,
y el que me llamen "jilguero"
me ha parecido muy mal.
¿Cómo aceptar "ese honor"
cuando yo, señora, sé
que su marido de usté
presume de cazador?
¿Yo pájaro? ¡No sería
tamaño el de mis alones,
ni serían cañamones
los que yo me comería!....
¿Cuál es en este momento
nuestra misión? ¿Hacer ver
que es usted una mujer
de muchísimo talento?
Pues, hombre! Para decirlo
no creo que es necesario
ser ruiseñor, ni canario,
ni oropéndola ni mirlo.
Para eso basta una cosa,
y es: saber como yo sé
lo mucho que vale usté
como madre y como esposa.
Pues ¿para qué esa ficción?
¿Ser pájaros? ¡Tontería!
Siendo pájaros podría
decir alguien con razón:
"Pajaritos que mojáis
vuestro pico en los tinteros,
"pajaritos picoteros,
¡buenos pájaros estáis!"

VITAL AZA.



Porta-termómetro, bordado



Modelo para bordados y pliegues de colgaduras

Pan de Orleans.

Los elementos de esta preparación son cangrejos cocidos, cuyas colas deben ser despojadas de sus conchas; aceitunas rellenas con pasta de albondiguillas, trufas cocidas en vino blanco y partidas en forma de aceitunas, zanahorias recortadas en la misma forma, cocidas y con gelatina de su propio jugo, y por último una molleja de ternera bien mechada que debe ocupar el centro de la cacerola cuyo fondo y paredes deben estar cubiertos de albardillas de tocino; todos los elementos deben estar dispuestos en cordón alrededor de la molleja de ternera y levantarse á lo largo de las paredes de la cacerola; yo coloco ordinariamente en el fondo el cordón de colas de cangrejas, y, cuando he llegado al fondo de la cacerola coloco sucesivamente los demás, pongo en el centro del interior relleno de albondiguillas, que igualo muy bien con una cuchara mojada en clara de huevo; terminado todo esto, echo en la cacerola un "ragout" mezclado con un poco de salsa alemana; cubro este "ragout" con un poco de relleno, y encima de todo coloco una ligera capa de pasta de hojaldre; debe ponerse en el horno tres cuartos de hora después de su calor primitivo y sacarse al cabo de una hora, para disponerse en la fuente; hay que despojarle del tocino, untarle gelatina y echarle alrededor una salsa de cangrejos, y sírvase.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean . . . . $50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas 9,829 oro
Otra póliza de Seguro. . 14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos. . . . . . . 37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

LOS MISERABLES

POR VÍCTOR HUGO.

La preciosa novela que obsequió como prima el semanario "El Mundo Ilustrado", es digna de conservarse empastada á todo lujo.

Los subscritores de dicho semanario pueden ver los modelos de pastas en percalina, negro y oro, con magníficos grabados, que están de muestra en el Puente Quebrado 3 y 4.

El precio no puede ser más barato: Por cinco tomos en 3 volúmenes, $ 3.75, franco de porte, á los subscritores foráneos.

PARA EL HOGAR

SENSIBILIDAD Y SENSIBLERÍA.

I

¿No os ha llamado la atención alguna vez, lectoras mías, la errada manera con que generalmente se juzgan en el mundo, no sólo las acciones, sino hasta los sentimientos?

Raras, rarísimas veces se da á las cosas el nombre que les corresponde, y esa horrible "opinión pública," á que tanto y con tanta razón tememos todos, tiene ordinariamente un punto de vista que no puede ser más equivocado

Se llama, por ejemplo, "bondadosa" á una persona que sólo es amable; "dulce," á la que no se cuida de que el mundo se desplome; "cariñosa," á la que hace algunas zalamerías de rutina, sin pensar jamás en las desgracias ajenas; "prudente," á la que deja ofender con una cobardía indigna á un amigo ausente; "indulgente," á la que mira con indiferencia los yerros, y aun las faltas de las personas que deben serle más amadas, y así se juzga de todo lo demás.

Por lo que toca a la mujer, la opinión pública anda aún más descaminada; la modestia, y aun la dignidad, se toma muchas veces por escasez de inteligencia, al paso que se da el nombre de "talento" á la osadía para hablar de todo, bien ó mal.

Pero dejando las varias equivocaciones que tanto daño hacen al sexo débil, vengamos al asunto que es objeto de este pobre artículo; es decir, á la definición de una especie que abunda mucho, y que merece ser conocida.

Voy á hablar de las "sensibles" y de las "sensibleras," y quisiera hacerlo de un modo que aquéllas y éstas quedasen en el lugar que les corresponde, para que no se pudieran confundir en adelante como hasta hoy.

II

La sensibilidad es uno de los más bellos atributos de la mujer, y sin ella puede decirse que no tiene de mujer más que el nombre.

Pero aquella bella y dulce cualidad no se da á conocer por alardes continuos; una pequeñez la descubre, y acaso ni ella misma sospecha que existe; la sensibilidad es una compasión natural y tierna de las penas y de los dolores de los otros; es el deseo de ayudarlos; es el generoso anhelo de la felicidad ajena una lágrima es á veces un testimonio irrecusable de la sensibilidad del corazón; el cuidado de los animales indefensos, el cariño que se les profesa, lo es también; no hay ninguna persona verdaderamente sensible que maltrate á un animal.



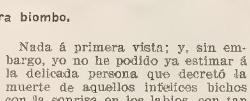
Detalle para biombo.

Hace pocos días fuí yo á ver á una joven muy bella que conozco; su aire de hada, la delicadeza encantadora de sus facciones, la dulzura de su voz y la elegancia de sus modales, hacen de ella más bien que una mujer, una sílfide; además, está siempre hablando de su sensibilidad; jamás va á ver un drama, porque se pone mala; las emociones, según ella dice, la matan, y se queja continuamente del corazón.

Cuando yo llegué á su casa, se me hizo entrar en una pequeña habitación donde se hallaba; delante del balcón, y acostada en un canastillo, había una gata rodeada de cuatro hijuelos que había dado á luz; la sílfide eligió el de la piel más bonita, y señaló los otros tres á un criado, diciéndole:

Vaya vd. ahora mismo á tirar los lejos de aquí

Este rasgo acaso parezca insignificante á muchas personas, ¿qué importa, en efecto, la vida de tres animalitos recién nacidos?



Nada á primera vista; y, sin embargo, yo no he podido ya estimar á la delicada persona que decretó la muerte de aquellos infelices bichos con la sonrisa en los labios, con tan perfecta tranquilidad.

Una mujer sensible puede alumbrar sin palidecer para que corten un brazo á una persona querida, si de esto depende la conservación de la vida de aquella persona, y no será extraño que, al ver á un anciano tenderle una mano en demanda de una limosna, prorrumpa en lágrimas.

Una frase de un drama ó de un libro humedece á veces los ojos de una mujer, y (bueno es decirlo en loor suyo) los ojos de un hombre también, y, sin embargo, acaso esta mujer y este hombre no se habrán sabido desmayar en toda su vida, ni habrán dicho ninguna frase pomposa y estudiada.

Dejemos á las sensibles para acudir á las "sensibleras," no sin asegurar antes que la sensibilidad es silenciosa y se oculta en el misterio y en la sombra.

III

—¡Oh! ¡Yo soy muy sensible! ¡No puedo pasar por delante de la casa donde viví con mi pobre marido!—decía hace poco tiempo delante de mí una viuda bonita y muy coqueta.

—¡Ah! ¡Sacadme de esta casa! (gritaba otra joven, á quien también conozco); ¡no quiero estar en ella durante la agonía de mi padre!



Sombrero de luto, para invierno.

—Y sin embargo, mi querida sobrina (objetó una hermana del que agonizaba), ¡tu padre moriría más tranquilo si pudiera verte hasta el último instante!

—¡Oh! ¡Pero yo sufriría horriblemente!

La anciana señora se encogió de hombros, y una amarga sonrisa entreabrió sus labios.

La hija salió de la casa, condu-



Vestido para niños.



Bata y abrigo para casa. Delantero y espalda.

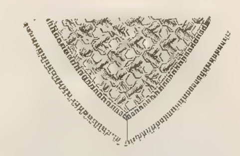
cida por una amiga que elogiaba su "sensibilidad," y el padre murió sin el consuelo de fijar su última mirada en los ojos de su hija

Cualquiera podría pensar que aquella joven ha deplorado el no haber recibido el último abrazo de su padre; pero nada de eso; se creyó en su derecho huyendo de un espectáculo que la hacía padecer.

En cambio, estas personas que nada sienten, que por nada se conmueven, padecen de convulsiones, desmayos, síncopes y risas nerviosas, en tales términos, que su salud está siempre quebrantada, y es preciso mimarlas de continuo y sin descanso.

Las "sensibleras" creen que todo se les debe de justicia; yo he escrito una novela titulada "El Sol de invierno," en la que pinté una de esas mujeres monstruos de egoísmo con cara de ángel, y algunas de la especie se han visto retratadas allí con sobrada fidelidad, lo que no es extraño, porque el retrato estaba tomado del natural y estudiado en sus detalles.

En este libro, Gertrudis, á los veinticinco años, ve partir á su marido á Cuba, y no llora por no estropear sus bellos ojos, pues tiene que asistir al siguiente día á un baile; confía después la educación y el cuidado de sus hijas á una aya,



porque "le hacen sufrir horriblemente" las dos niñas con los cuidados que exigen; doce años después es una de las mujeres más á la moda de Madrid, y la llaman "Tulita," gastando su caudal en mantener parásitos y amigas íntimas que contemplan su sensibilidad y la llenan de mimos; y diez años más tarde se convierte en santurrona, pasándose las mañanas en oir misas y las tardes en rezar trisagios, dejando á sus hijas que pasen á su vez el tiempo como mejor les parezca, y evitándose cuidados que "le hacen sufrir mucho."

Este retrato es el de muchas "sensibleras," de voz melosa y plañidera, de gestos sentimentales, y que en el fondo de su alma no aman ni estiman á nadie, ni reconocen otro deber que el de mirar por sí mismas y cuidar su extrema impresionabilidad.

Muchas de esas señoras no saben si su marido tiene disgustos, ni á qué hora sale de casa, ni á la que vuelve; ignoran si sus hijos estudian, y si sus hijas leen libros peligrosos; son tan sensibles, que se ahorran toda clase de cuidados.

—¡Oh (decía hace pocos días delante de mí una sensiblera), ¡no hay nada mejor en el mundo que aproximarse todo lo posible á la piedra! ¡Para conseguirlo trabajo yo todo lo imaginable!

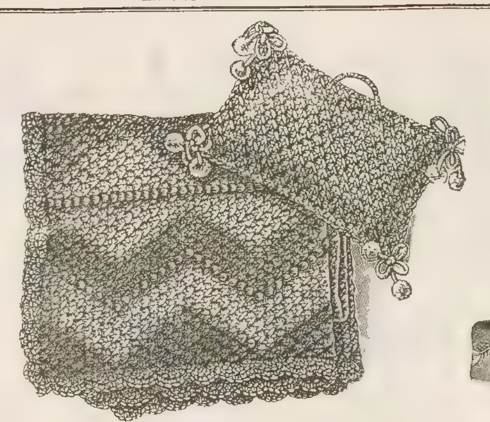
—Pero ¿y los goces del sentir?—le preguntó una persona de su familia, riéndose por adelantado de la respuesta que iba á darle.

—¡Oh! ¡Sentir es el castigo de la humanidad! ¡Sólo el que no siente es feliz!

—¿Entonces los chopos y los alcornoques son muy dichosos, según tú?

—¡Alcornoque quisiera yo ser!





Colección de modelos para tejidos y bordados.

—¡Y lo eres!—murmuró la otra dama con una burlona y graciosa sonrisa.

IV

¿Habéis visto alguna carta de una sensiblera?

¡Qué estilo tan romántico!

¡Qué profusión de exclamaciones!

¡Cuánto ¡Ah! ¡Oh! ¡Ay!

¡Qué lacrimosas frases!

¡Qué períodos tan tiernos, tan exagerados, para decir la cosa más trivial y más pequeña!

El tormento que esas personas imponen es irresistible; es preciso amarlas mucho, porque, según dicen, para ellas "el amor es la vida;" y hay que compadecerlas de continuo por sus males imaginarios.

La sensibilidad verdadera, por el contrario, es pudorosa y reservada; se explica casi siempre por una lágrima furtiva, y enjugada antes de que nadie perciba su aparición.

Una mujer verdaderamente sensible se desmaya y grita pocas ve-



ces; pero es fácil que se muera de dolor con la sonrisa en los labios, y haciendo la dicha, mientras viva, de cuantos la rodean.

María del Pilar Sinnés.

LA BENEVOLENCIA.

El ser buena es una ganga;
Para ser feliz, ser buena.
(Luis Eguílaz. 'La Cruz del matrimonio.")

I

¡Oh virgen celeste, suave, pura, amable, tan adorada y tan digna de serlo! ¡Oh dulce y modesta benevolencia! ¡Quién no te acogerá en su seno! ¡Quién no te dará un blando asilo en su alma! ¡Quién no querrá hacer de tí la compañera de su vida.

Bajo tu blando velo se cobijan todos los desdichados, y tu grata sonrisa borra todos los defectos; en vano la intolerancia te muestra su torva y adusta faz; serena y apacible, tú le muestras tu tranquila mirada y grata sonrisa.

Puede decirse que tú haces más bien que la caridad; porque ésta solo alivia las grandes desgracias, y tú endulzas las mil amarguras de la vida.

II

No hay nada que más se tema, y por consiguiente que menos se ame, que una persona excesivamente rigorista; un hombre de carácter duro é intratable inspira temor, y se desea estar siempre lejos de él; pero si estos defectos recaen en una mujer, la hacen insoportable y causan su eterna desgracia.

Es natural suponer en la mujer un carácter dulce, apacible y blando, un corazón tierno y sencillo, y gran flexibilidad de voluntad; nadie se admira de que una mujer sea excesivamente tímida y dócil; pero á lo que nadie puede acostumbrarse, es á ver á una mujer dura é intolerante.

La que se halle dotada de estos hirientes defectos, no conocerá nunca la amistad, ni acaso el amor.

La benevolencia es la llave que abre todos los corazones, y parece tan natural en la mujer como el perfume en la flor. ¿No sería extraño que una bella rosa exhalase miasmas pútridos?

Tan extraña me parece una mujer intolerante y malévola.

¡Cuántas veces ha conquistado una amistad eterna una sola palabra indulgente!

¡Cuántas el rencor ha caído deshecho como nube de verano ante una dulce y confiada sonrisa! Hay pocas personas y pocas acciones que merezcan ser miradas con rigor y calificadas con dureza ¡aun en el fondo de los crímenes, se ocultan casi siempre grandes y aterradoras desgracias

Una de las reglas más seguras de la buena educación es darse por ofendido en sociedad las menos veces posible; el ofenderse, además de demostrar mal carácter, humilla al enojado; la verdadera dignidad hace imposible hasta el pensamiento de que se le falte, y quita la susceptibilidad ridícula, dejando la noble é inquebrantable fortaleza con que debe rechazarse siempre el verdadero insulto.

III

Es imposible llevar nada en la vida con un rigor extremado, porque es imposible que los que nos rodean lleguen á la perfección que nosotros mismos no podemos alcanzar.

La intolerancia, la benevolencia, son necesarias, no sólo con la sociedad y con nuestros amigos, sino hasta con la propia familia.

Exigir que un hombre abrumado con los cuidados de la vida sea siempre afable é indulgente, galan-



te, cariñoso y lisonjero, es una utopía que nunca llegará á verdad, es una ilusión que jamás podrá verse realizada.

Nadie nace perfecto; el carácter tiene sus alternativas, como las tiene el corazón; como el mar tiene sus mareas, como el cielo sus nubes; toda persona que siente mucho es desigual, porque la variedad de sus impresiones se refleja en el exterior, si no tiene gran dominio sobre sí misma.

La benevolencia es, pues, uno de los ejes sobre que gira la felicidad humana; cuando alguna acción desagrada, es necesario ponerse en el lugar del que nos ofendió, y preguntarnos:

¿Qué hubiera hecho yo en su caso? Con su educación y en sus circunstancias especiales, ¿hubiera hecho otro tanto?

Este examen de sí mismo trae, á no dudarlo, la indulgencia.

A no haber mucha benevolencia, tampoco lograremos nunca tener



amigos; es preciso tomar á las personas con sus defectos y sin la pretensión de corregirlas; por el contrario, hay que excusar estos defectos por el recuerdo de las buenas cualidades; apenas habrá una persona que no sea apreciable por alguna sobresaliente y bella dote de corazón ó de carácter.

Las personas más intolerantes y



más rígidas aprecian y admiran á las benévolas y corteses.

Hace poco tiempo oí yo decir á una persona, que era más que intolerante, maldiciente:

—El Sr. N.... es sumamente apreciable y tiene la más distinguida educación, porque jamás habla mal de nadie.

IV

La murmuración, ese vicio que tan arraigado se halla en la socie-



dad, y aun en los círculos más elevados y escogidos, es enemiga mortal de la benevolencia, y la que hace alarde de ella demuestra, no sólo malos sentimientos, sino también mala educación.

El tocado, la figura, los modales, las costumbres de las personas á quienes tratan, ofrecen incesante pasto á la murmuración de algunas mujeres, y no pocas veces me he preguntado yo si serán tan dichosas que la escasez de sus propios cuidados les haga pensar tanto en los agenos

Las que así viven, las que de eso se ocupan, deben de tener un corazón muy seco, una cabeza muy vacía y una casa muy mal arreglada.



Las armas de las Mujeres.

I

En la época belicosa que atravesamos; en esta época en que se inventan cañones, fusiles, pistolas, máquinas de batir ejércitos, medios de arrasar ciudades, y todo género de instrumentos destructores de la humanidad, como si la vida fuese tan larga y tan exenta de peligros; en esta época guerrera y valerosa, no parecerá extraño que yo haga también ostentación de las armas de nuestro sexo, enumerándolas, elogiándolas y recomendando su uso constante, para defensa de nuestros derechos y de nuestro bienestar.

Nuestras armas son numerosas y fuertes, tan fuertes, que, sabiéndolas esgrimir bien, y sobre todo á tiempo, el guerrero más temible, más audaz y más fiero depone su lanza, inclina la cabeza y pide gracia y misericordia.

¿Qué loca manía invade hoy las cabezas femeninas al querer dejar los privilegios del sexo débil, tan bien armado, tan seguro siempre de la victoria?

¿Por qué quieren ceñir el birrete de abogado ó de doctor, dejando las blondas y las flores, que tan graciosamente coronan las blancas sienes de la mujer?

Con la blanda sumisión, con la amorosa obediencia, abdican todo su poder, y entregan las armas bellas que poseen.

Los hombres no las contarán como sus iguales; no es la ciencia y el estudio lo que da la energía del alma, la fuerza del carácter; y de poseer estas prendas, la mujer dejaría de serlo.

Yo no quiero parecerme en nada al sexo fuerte, y prefiero escudarme con mi debilidad á tener la terrible responsabilidad de la fuerza.

"Obedecer" es mucho mejor, más fácil y más dulce que "mandar."

II

Pasemos revista á nuestras armas ¡oh mis lectoras!; y la que haya olvidado las suyas, que las prepare y las tenga prontas para el combate

La dulzura es el auxiliar más poderoso para conquistar todo cuanto apetecemos; pues seamos dulces en todo, en el carácter, en las acciones, en la expresión del rostro, en las inflexiones de la voz, en la mirada y en la sonrisa.

Cuando un hombre se deja llevar por la cólera y se olvida de lo que se debe á sí mismo, una palabra dulce le desarma y una dulce mirada le avergüenza.

El contraste es la gran elocuencia y la gran lección de la vida.

Una dulce sonrisa da las gracias con más verdad que una arenga, y una dulce inflexión de voz, alcanza más que todas las instancias.

Todos los poetas han vestido sus canciones inmortales con el ropaje de la dulzura; ¿qué otra cosa sino su imagen son "la Cordelia," de Shakespeare; "la Cossete," de Víctor Hugo; "Mme. de Tecle," de Feuillet, y "Corina," de Mad. Stael?

La música, ¿nos encantaría si no hubiera en ella dulzura y sentimiento?

¿Amaríamos las flores á no ser por su dulce perfume y su suave belleza?

El grato ambiente de la primavera, ¿no parece reanimarnos con su penetrante dulzura?

Sí; la dulzura es lo más bello que se conoce y lo que ejerce un predominio mayor en nosotros, y con el manto de la dulzura se adorna todo lo que es inmortal; seamos dulces, aunque tengamos razón para estar resentidas, y mostremos "sentimiento;" pero "cólera" jamás.

Julieta sedujo á Romeo por su inefable dulzura de carácter; así lo dice el poeta, y así lo demuestra en la deliciosa escena de "¡Adiós!" que los dos jóvenes tienen á la aurora del día que los separa para siempre, y en la que la amada dice al amante, para retenerle más, que no es la alondra la que canta, sino el ruiseñor el que se deja oir entre las sombras de la noche.

Habrá quien comprenda y ame á la mujer fuerte y enérgica, y yo siento no ser de ese número para amar de otro modo nuevo á la mujer; mas aun cuando la voy á buscar para admirarla al campo del pasado y entre las páginas de la historia, admiro más á la mártir de las obscuras penas del hogar doméstico que á las heroínas como Juana de Monforte y la Monja Alférez.

Bastantes hombres hay que derraman la sangre de sus semejantes.

A las mujeres toca, no herir, sino curar, amar y bendecir.

III

La resignación es otra de las armas mejores, y á la vez una de las santas coqueterías de la mujer.

No es la falta de sentimiento; es el sentimiento mismo, domado, sua-

Traje de señora para visitas de confianza y vestidito para niños de un año.

vizado, embellecido, por decirlo así, con la dulzura y la paciencia.

No hace mucho tiempo que reconvenía yo á un hombre de mérito que, casado con una bella joven, hacía la corte á otra mujer no tan bella.

Hacíale yo notar que no ganaba en el cambio, y me respondió:

—Vd. se engaña, amiga mía; gano, y mucho; mi mujer tiene un carácter insoportable, y en casa de esa persona descanso de oirla quejarse de todo; justamente esa otra no se queja de nada.

—Porque le quiere á vd. menos.

Pues desearía que mi mujer no me quisiera tanto, y sería más feliz; cariño que se expresa mortificando, no sirve para nada.

—¿Y no le remuerde á vd. la conciencia de ser infiel á su mujer?

—Absolutamente; pasaría muy malos ratos si la viera resignada y triste, pero dulce; mas ha tomado un camino que me absuelve; se enoja, se encoleriza, y me creo en paz con mi conciencia, en atención á lo que me hace sufrir.

—Si ella supiera que le era vd. fiel, no estaría incomodada.

Lo estaba lo mismo cuando yo lo era; lo ha estado siempre, y siempre lo estará; así es que tanto me sirve obrar bien con ella como obrar mal, y no veo la razón de por qué no he de ser yo feliz, haciéndome ella tan desdichado.

¡Cuánto hubiera ganado aquella pobre mujer por medio de la dulzura y de la resignación!

No hay hombre de corazón tan duro que, al ver sufrir á su esposa silenciosa y noblemente por sus extravíos, no se avergüenze de ellos y no procure corregirlos.

La cólera exaspera al sexo fuerte; semejante al clarín del combate convida á la batalla, y hace desafiar todos los peligros.

La resignación es una hija del cielo, tan hermosa, tan dulce, tan benéfica, que en el alma de la criatura más afligida, más infeliz y más perseguida, derrama la tranquilidad y el bálsamo del consuelo; no hay pena que no dulcifique, ni herida cuyos dolores no alivie.

IV

Réstame hablar de la más bella de nuestras armas; del puñalito con cabo incrustado de pedrería, y delicadamente cincelado; del primoroso juguete cuyo resplandor atrae y seduce.

Esta es..... la coquetería.

¿Os asustáis? No hay por qué; la coquetería no tiene nada que ver con el coquetismo.

Es sencillamente el deseo de agradar y el arte de conseguirlo.

La mujer necesita conservar la coquetería para su felicidad, porque la coquetería es una especie de conocimiento de su propio mérito, que la induce á realzarlo en cuanto puede, y á aumentarlo con mil graciosos é inocentes recursos; puede decirse que la coquetería es amable, puesto que se ocupa de complacer.

Entre una mujer que descuide su traje y su atavío, y una mujer vestida con coquetería, no hay que dudar cuál de las dos alcanzará más victorias; no será la más buena, sino la más agradable.

Casi todos los maridos negarán una cosa justa, solicitada en nombre del derecho por su esposa, y no resistirán á la vista de un brazo blanco y torneado que se apoya en su hombro, en tanto que los labios piden por favor la misma cosa entre dos lágrimas y una sonrisa.

¡Oh, las lágrimas! Las lágrimas á tiempo son otro de los auxiliares de la coquetería.

Pero las lágrimas vertidas dulcemente, y, sobre todo, sin cólera, aunque sea con sentimiento.

Ellas son las balas de que debemos servirnos para tomar las fortalezas más inexpugnables.

La dulzura, la persuasión, la belleza, el llanto; y cuando nada de eso baste, la paciencia; he aquí nuestros medios de conquista y nuestros recursos diplomáticos para alcanzar la felicidad en esta vida.



Traje de casa para tertulias íntimas. Traje de calle de acuerdo á las últimas reformas del vestuario femenino.

EL TRABAJO.

I

En medio de todas las amarguras, de todas las penas de la vida, Dios nos ha dado un amigo, un consolador, un refugio; amigo fiel que nunca engaña, consolador incansable y lleno de abnegación, refugio seguro y jamás asaltado por las tempestades.

El trabajo.

Dios nos lo impuso como castigo y como ley; mas nos dió también en él un inmenso beneficio, á la manera que un padre pone en un rincón del encierro donde ha confinado á su hijo travieso, un alimento sano y nutritivo que sostenga sus fuerzas.

Las diversiones que el mundo ofrece son impotentes para calmar los grandes dolores, para consolar las penas del corazón; el que es verdadera y profundamente desgraciado, se halla solo con su desconsuelo en medio de la multitud; sólo ve tinieblas en su interior y en derredor suyo; la alegría de los demás le fatiga y le parece un insulto; en el egoísmo de su dolor, quisiera que la naturaleza entera estuviese de luto, y se cree con derecho para exigirlo; su amargura es terrible, inagotable, desolada; mas si llega á recurrir al trabajo, si halla valor para vencer su pena durante algún tiempo, y busca á aquel fiel amigo, está salvado.

Verdad es que las primeras horas le costarán un esfuerzo supremo; verdad es que durante algún tiempo desmayará, y el desaliento invadirá de nuevo su espíritu como una ola negra; mas poco á poco el trabajo le irá calmando, y se irá insinuando como un amigo dulce y firme á la vez, que le infundirá ánimo y confianza.

El trabajo hace las veces de la familia de que se carece; del amor que se perdió en el vacío del cansancio ó en la amargura de los desengaños; de los hijos que duermen en el sepulcro; de la fortuna que ha naufragado; de todos los bienes de la vida; llena, no sólo el tiempo, sino el pensamiento, y las horas vuelan rápidas cuando el dolor las hacía eternas.

II

Os voy á referir lo que yo misma he visto, pues el precepto sin el ejemplo no convence gran cosa.

Conocí á una mujer muy bella, y que poseía una fortuna más que regular; su marido la amaba, y era madre de dos hijos que adoraban los dos.

Todas sus amigas envidiábamos á aquella mujer; en su casa sólo había delicias; la paz, la alegría moraban allí; era un compuesto de risas de niños, músicas, flores, lujo y aromas; la mesa, espléndida, atraía amables y risueños amigos; la magnificencia de su salón, amigas bellas y elegantes; cada uno hallaba en aquella casa lo que prefería; así es que todos se apresuraban á ir á ella

Por las noches se reunía una concurrencia tan numerosa como escogida; se cantaba, se leían versos, se tomaba té, se hablaba de arte y de todo lo que es bello y agradable. Luisa, que así se llamaba mi amiga, vivía en un cielo; así decíamos cuantas personas la tratábamos.

Cuando pasaba con su marido y sus hijos, recostada en una soberbio carruaje, por las anchas calles de la Fuente Castellana, todos decían:

—Ahí va la mujer más dichosa de Madrid.

De repente la vimos enflaquecer, y sus mejillas perdieron el bello matiz de rosa; parecía triste y preocupada; pero á nadie confió el secreto de su pena, que permaneció guardado en su pecho.

Pocos días después de esta mudanza empezó á correr un rumor extraño.

Se decía que el esposo de Luisa



Blusa para invierno.



Trajecito para niño de 4 á 5 años.



Traje de medio luto para paseos campestres.

hacía la corte á una amiga de su esposa, muy á la moda y muy elegante, aunque de escasa fortuna.

Una noche Luisa fué al teatro con su marido, y algunas personas llegaron á saludarla. Así que estuvo acompañada, le dijo aquél que iba á salir un instante, y que volvía; la función terminó, y Luisa esperaba aún á su esposo. Tomó su coche, y volvió sola á su casa.

Le esperó toda la noche en vano; no volvió.

III

El esposo y la amiga habían huído juntos, llevándose toda la fortuna.

Sólo se salvó el dote de Luisa, que era corto, pues su marido se había casado con ella por amor y no por miras interesadas.

—¿Que se ha hecho de tantas amigas y tantos amigos como yo tenía? (me preguntaba un día Luisa) Todos han desaparecido con mi felicidad y mi opulencia; desde que vivo en esta modesta casa, á nadie veo.

—Te quedan tus hijos (le dije); no te quejes ni eches de menos lo que tan poco vale.

Luisa se resignaba abrazando á los dos niños. De repente fué el mayor atacado de viruelas malignas; contagióse el segundo, y en el término de quince días los perdió á los dos.

Entonces aquella pobre alma cayó en la más negra desesperación.

—Trabaja (le dije un día,) ó te matarás.

¡Trabajar! (exclamó con amargura). ¿Para qué? ¿Para quién?

—Para distraerte.

—¿Piensas que el coser ó el bordar me distraerá?

—No hablo del trabajo mecánico: ocupa tu pensamiento; traduce para un editor, y con lo que te dé, socorre á los que tienen menos que tú; eso te producirá dos bienes: la distracción y el poder aliviar la desgracia.

Luisa siguió mi consejo; la soledad de sus días se los hacía eternos; su dicha había huído, como el humo, para no volver.

Sabía el inglés y el francés, y se puso á traducir.

Cuando se cansaba de este trabajo, tomaba una obra de tapicería, y copiaba de los dibujos que se venden para este fin, pinturas y paisajes enteros, con una facilidad y belleza sorprendentes.

Así la combinación de los colores y detalles ocupaba su imaginación tanto como su mano.

Luisa sabía dibujar con perfección, y utilizaba su talento dibujando con su aguja.

De todo esto sacaba algún dinero, y socorría algunas desgracias

Lo que no hubieran alcanzado las diversiones y las distracciones del mundo, lo consiguieron el trabajo y la ocupación continua.

Luisa se consoló poco á poco de la injusticia de su suerte, y dejó de pensar en los amigos ingratos y egoístas, en las amigas que la explotaban sin amarla, y que huyeron de su lado el día de la desventura; pensaba en su hijos, que le guardaban un sitio en el cielo; y se ocupaba de aliviar las desgracias ajenas, que es el solo medio de ser dichoso en el mundo.

Un día supo que su marido, arruinado por la mujer á la que todo lo había sacrificado, se hallaba miserable y careciendo de recursos. Luisa le envió todos los que tenía, y redobló su trabajo.

Su marido, avergonzado, conmovido, quiso salir de la abyección en que estaba, é imitó su noble ejemplo; buscó trabajo á su vez, lo encontró, y fué á llamar á la puerta de su mujer.

No hablemos del pasado (le dijo ésta); yo no me acuerdo de nada; me hallas honrada como me dejaste; trabajemos juntos

Así se hizo; Luisa siguió traduciendo y bordando; su marido aceptó un modesto destino, y en breve un agradable y tranquilo bienestar reemplazó á su pasada opulencia

Un hijo ocupó el lugar de los que habían volado al cielo, y fué para los esposos un nuevo lazo. Este niño ,educado para el trabajo, será algun día uno de los grandes artistas de quien nuestra patria se envanecerá con más justicia.



Falda y blusas de lana para la pre sente estación.



Traje de casa. Cuello y adornos de encaje inglés.

CANTARES.

Vengo á pedirte perdón:
no puedo luchar contigo,
pues mi mayor enemigo
es mi mismo corazón.

¡Ay! ¿por qué haciendo, perjura,
dos veces fatal mi historia,
me arrebatas la ventura
dejándome la memoria?

Para pintarte, querida,
mi existencia de una vez,
lee el resumen de mi vida:
"una tarde en Aranjuez."

Absorto en tí mi deseo,
tan sólo en tu amor creí,
pero ahora en nada creo
desde que no creo en tí.
Si en tu gracia he de creer,
quiero tus gracias mirar,
pues mal te podré aprender
si no te puedo estudiar.

Ir hacia Atocha la ví:
la seguí; miré; miró:
y no "vine, ví y vencí."
yo vine, ví y me venció.

Es tanta mi ceguedad,
que te amo, aunque estoy seguro
que con amarte aventuro
mi dicha en la eternidad.

Tú presumes, y no es cierto,
que yo te oculto una cosa;
y sólo te oculto, hermosa,
el llanto que por tí vierto.

Porque en dulce confianza
contigo una vez hablé,
toda la vida pasé
hablando con mi esperanza.

Vuélvemelo hoy á decir,
pues, embelesado, ayer
te escuchaba sin oir,
y te miraba sin ver



Traje para reuniones y conciertos. Propio para señoras de edad.

Tengo un consuelo fatal
en medio de mi dolor,
y es que, hallándome tan mal,
nunca podré estar peor.

Nunca he podido olvidar
lo que me dijo al partir:
tú piensa para decir;
mas no hables para pensar.

Tarde ví lo inútil que es
dar gusto á nuestra esperanza,
pues cuando una cosa alcanza,
quiere otra cosa después.

Con permiso del Eterno
dudo cuál será mayor.
si aquel dolor del infierno,
ó este infierno de dolor.



Elegante vestido para recepciones.

Ya ni por saber trabajo
qué es este mundo de prueba:
quien sabe por qué me trajo,
ya sabrá por qué me lleva.

Yo no siento que la suerte
me abrume cada vez más;
lo que siento es que la muerte
no llega á tiempo jamás.

En la fiesta de San Blas
reiste tanto con él,
que desde entonces ¡infiel!
no he vuelto á reír jamás.

Mientras bebí descuidado
el filtro de sus amores,
me mató cual los traidores
al descuido con cuidado.

Tus perfecciones al ver,
suelen los hombres decir:
sólo por verla, nacer;
después de verla, morir.

Tras tí cruzar un bulto
ví por la alfombra,
ciego el puñal sepulto....
y era tu sombra.

¡Cuánto, insensato,
te amo, que hasta de celos
tu sombra mato!

Que es matarme, confieso,
el olvidarme:
aborréceme, que eso
ya es recordarme.

Por Dios te pido
que me entregues al odio,
mas no al olvido.

La dicha es una ilusión,
pues se puede en mi sentir
una tragedia escribir
del más feliz corazón.

Ya de sentimiento llena
siente en falso el alma mía,
pues lo alegre me da pena,
y lo que es triste alegría.

No vengas, falso contento,
llamando á mi corazón,
pues traes en la ilusión,
envuelto el remordimiento.

Dame la vida ¡oh dolor!
Compañero eterno mío,
pues si no fuera tu amor,
ya hubiera muerto de hastío.

Después que ya se ha agotado
todo humano sufrimiento,
siempre hay un nuevo tormento
para un vieja atormentado.

Llorar de placer se suele,
y es que en nuestro corazón
hay siempre una vibración
que, aún con el placer, nos duele.

Mucho sabría en verdad,
si supiera la razón
donde acaba la ilusión,
y empieza la realidad.

¡Infeliz del que en la tierra
las ilusiones perdió,
y está además, como yo,
con sus recuerdos en guerra!

Llaman vida, á ir de esta suerte
hasta que el cuerpo sucumba,
en agonías sin muerte,
y en una muerte sin tumba.

Ayer sudé por ganar
lo que hoy me causa desgana,
y hoy sudo por alcanzar
lo que me aburra mañana.

Cuando con fe inextinguible
pretendas dichoso ser,
lo primero que has de hacer
es discutir "si es posible."

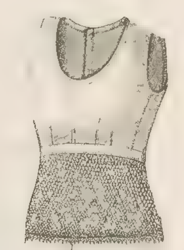
Piensa con ojos serenos
cómo y cuándo morirás,
que siendo el morir lo más,
el cómo y cuándo es lo menos.

Mi madre, que me amaba
con desvarío,
siempre al verme exclamaba:
"¡consuelo mío!"

¡Y hoy, santo cielo,
quién consolar pudiera
á aquel consuelo!

Te enseñó, pues quisiste,
toda su ciencia.
¿y hoy le preguntas ¡triste!
por tu inocencia?

¿Cómo ¡imprudente!
querías siendo sabia
ser inocente?



Cubre-corsé.

Que me vendiste se cuenta,
y añaden, para tu daño,
que te dieron por mi venta
monedas de desengaño.

Que es corto sastre preveo
para el hombre la mujer,
pues siempre corta el placer
estrecho para el deseo.

Siempre se rinde mejor
la fuerza de tu conciencia
á un grado de violencia,
que á cien quintales de amor.

Por que esté más escondido,
de tal modo te lo cuento
que entre mi boca y tu oído
no quiero que esté ni el viento.

El mismo amor ellas tienen
que la muerte á quien las ama:
vienen si no se las llama;
si se las llama, no vienen.

Sin antifaz te veía.
y una vez con él te ví:
sin él no te conocía,
mas con él te conocí.

Ni te tengo que pagar
ni me quedas á deber:
Si yo te enseñé á querer,
tú me enseñaste á olvidar.

A un mármol Pigmalión
le dió de mujer el ser:
y en mí cambió una mujer
en mármol mi corazón



Modelos de blusas toreras.

Si te ha absuelto el confesor
de aquello del Cabañal,
ó tú te confiesas mal,
ó él te confiesa peor.

Por mucho que el tren corría,
corre tanto un "yo te adoro,"
que era tuyo en Valdemoro,
y en Aranjuez ya eras mía.

¡Qué bien supiste aprender
lo que dice cierto autor.
que suele en lances de amor
ser la mentira un deber!

¡Que no me conoce, ayer
juró por no sé qué santo!
¿Cómo me ha de conocer
si yo la conozco tanto!.....

Mira que ya el mundo advierte
que al mirarnos de pasada,
tú te pones colorada,
yo pálido cual la muerte.

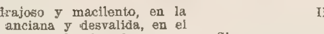


Traje de casa, estilo japonés.



Trajecitos para niños de corta edad.

Mueble para alcoba.



La felicidad y el buen orden de una familia exigen una atención constante y grande cuidado.

¿Cómo pensará en lo que le concierne quien sólo se ocupa de investigar y de censurar lo que hacen los demás?

Es de todo punto imposible combinar el deseo de saber y de criticar vidas ajenas con el cuidado de la propia.

La benevolencia trae consigo una dulce paz y una inefable quietud, porque, no habiendo amargura en el alma, es segura la dicha.

¡Hacer bien! ¡Qué grata ocupación!

¡Pensar bien! ¡Qué noble empleo de la inteligencia!

Disculpar, amar, consolar; ¡qué tres cosas tan dulces y tan fáciles!

Cuando nos creemos ofendidos, olas de amargura invaden el ánimo, y la sed de la venganza es como la túnica de Neso, que abrasaba al que la llevaba consigo.

Una mujer que adoraba á su marido fué, no sólo olvidada de éste, que se aburrió de ella, sino perjudicada en sus intereses, casi arruinada por él.

—¿Por qué le sufres eso? —le preguntaba un día una amiga suya, indignada de verla soportar con paciencia uno de los ultrajes más duros que puede sufrir una mujer.

—Porque le amé—respondió la pobre ofendida.

—¿Y hoy le amas?

—Ya no.

—¿Por qué dejas que te arruine?

—Porque le amé.

—Si á lo menos dijeras que aún le quieres, tendrías disculpa en tu debilidad.

—Pero mentiría; ya no le quiero,

Detalle para colgaduras.

Cubre-corsés, de invierno.

y, no obstante, le quise tanto, que el recuerdo de aquel amor basta para que le perdone.

—Lo que tú buscas siempre es motivo para no acusarle.

—Es verdad.

—Y cuando no encuentras motivo, hallas pretexto.

—También es cierto; y al obrar así, miro por mi tranquilidad; no me aconsejes la desesperación negra, sombría y desolada; déjame para alivio la benevolencia, esa suave hija del cielo que cobija mi sueño con sus alas, que hace dulces lágrimas de los raudales de mi amargo llanto; siendo indulgente y generosa, soy menos infeliz.

LA CARIDAD.

I

Hay un consuelo para todas las penas de la vida; un bálsamo para todos los dolores; un rayo de sol que disipa todas las tinieblas que incesantemente obscurecen el horizonte de nuestra existencia: la caridad.

Se han visto personas cuyo corazón se hallaba yerto y marchito á fuerza de sentir amargos sinsabores, que en el ejercicio de esta virtud han hallado un consuelo supremo é inagotable, y que en pos de la caridad ha venido á visitarles la esperanza, esa hermosa mensajera del Dios de las misericordias.

La caridad es un beneficio para el que la ejerce, porque nada es tan consolador como el espectáculo del bien que se ha hecho, de la felicidad que es obra nuestra y que ha reemplazado al llanto de la desesperación.

La caridad lleva en su manto el consuelo y la alegría. El que la ejerce ama á Jesucristo en el mendigo andrajoso y macilento, en la enferma anciana y desvalida, en el niño lloroso y abandonado.

¡Oh caridad! La pureza inmaculada de tu ropaje y la blancura de tus alas toman nueva brillantez al rozarse con la miseria que procuras y consigues aliviar. ¡Tú extiendes tanto tus beneficios, que es imposible señalarles un término! ¡No te contentas con dar pan al hambriento, con vestir al desnudo y con prestar consuelo á todos los dolores! ¡Perdonas además todas las penas, y no hay injuria que no haga olvidar tu plácida dulzura!

II

La caridad es un deber para todos; pero este deber se convierte en una satisfacción muy dulce para la mujer, porque es innegable que la mujer ha nacido con un caudal más rico de sentimiento que el que ha sido otorgado al hombre.

El destino, la principal ocupación de la mujer, es el amor. ¿Y qué otra cosa es la caridad que un amor grande, generoso y purificado?

El cálculo y el trabajo constituyen la vida del hombre; la de la mujer está consagrada, como ya dije, al amor.

La caridad debe ser, pues, una ocupación en la mujer, por avenirse mejor con su organismo y con el destino que el cielo la ha deparado sobre la tierra.

A la mujer que reciba en su pecho á esa bella hija de la religión, Dios la colmará de dicha y de prosperidades; con la caridad vendrán la esperanza y la fe, y su vida será feliz y estará exenta de pesares, pues no hay dolor que no endulcen esas hijas del cielo.

¡Feliz aquella que las abriga bajo su techo!

¡Feliz la que consiga que se reclinen en las cunas de sus hijos!

¡Feliz la que les rinde el amoroso culto que merecen!

Las malas pasiones no desgarrarán jamás su seno; la felicidad no se apartará de su hogar, porque la felicidad reside en nosotros mismos, y sólo una conciencia pura puede darla.

III

Si por vuestro daño habéis nacido con una imaginación ardiente, no la atorméntéis con sueños vanos, lectoras mías.

El poder y la gloria no se han hecho para la mujer; su poder está en el ascendiente que pueden darle su dulzura y el exacto cumplimiento de sus deberes; su gloria, en la práctica de las virtudes, y su felicidad depende en gran parte de las dulces emociones de la caridad.

Siembre la mujer beneficios en derredor suyo, y los desgraciados á quienes consuele implorarán para ella las bendiciones del cielo; cuide del huérfano, y el Señor de todo lo creado conservará la hermosura y la salud de sus hijos.

Practicad según vuestro estado la santa caridad, y las lágrimas que enjuguéis serán recogidas en una copa de oro por el ángel de vuestra guarda, y se convertirán en perlas que servirán para tejeros una corona en el cielo.

La caridad extenderá su manto sobre vuestras cabezas para protegeros contra la desgracia, y después que hayáis pasado á una vida mejor, cubrirá con él vuestros sepulcros y hará brotar en ellos flores hermosas, imagen de vuestras virtudes.



Refajo y holán postizo.

Canastilla bordada.

LA IMPACIENCIA.

I

Dice no sé qué pensador profundo que de casi todas nuestras desdichas debemos pedir perdón al cielo.

Lo que quiere decir que de todas nuestras desdichas tenemos nosotros la culpa.

Esto parecerá aventurado y duro; y sin embargo, reflexionándolo bien, se ve que dicha afirmación encierra una verdad.

Hay dos cosas que se pagan caras en el mundo, y que tienen su castigo próximo y cruel; la impaciencia y la necedad.

Muchas empresas han abortado por no tener un poco de paciencia. Hay quien lleva á cabo una grande obra, y acabándose su paciencia cuando llega á los últimos detalles, pierde todo cuanto en ella ha trabajado.

La perseverancia ha alcanzado triunfos increíbles. Una persona de muy pocos alcances puede llegar con la constancia adonde no llega el más luminoso y elevado talento; y es que, por lo regular, al gran talento va unida la carencia de perseverancia y de fe.

Por el contrario, una inteligencia limitada se reconoce incapaz de hacer grandes cosas, y se aplica con todas sus fuerzas á lo que emprende.

II

Es muy común en el mundo hacer juicios errados, y equivocar lo que es consecuencia de altas cualidades del espíritu con defectos de carácter.

No hace mucho tiempo que oía yo á unas jóvenes quejarse de que su madre tenía mal genio, y esto lo oía por la milésima vez.

Nunca había querido discutir con aquellas personas, temiendo que acaso no comprendiesen lo que iba á decirles; mas la acusación esta vez me pareció más injusta que otras ya por la particular disposición de mi ánimo, ya porque era más claro el error de aquel aventurado juicio.

—Vuestra madre (dije) no tiene mal genio, y vosotras la juzgáis con injusticia.

—¿Pues no ves (me respondieron) cómo se enfada? ¿Nos podrás negar que su carácter es impaciente?

—No, porque lo es.

—Y el ser impaciente, ¿no equivale á tener mal genio?

—Es muy distinto; vuestra madre se impacienta porque la herís; porque es excesivamente sensible, y porque la lastimáis de continuo. ¿No habéis reparado que la menor palabra vuestra la tranquiliza y la aplaca? Pues el carácter que se doblega así, no es malo.

—¿Querrás decir que lo tiene dulce?

—No, lo tiene impaciente, y ese es un mal más bien para ella que para vosotras. Vuestra madre siente con vehemencia y expresa con sinceridad: eso es todo.

—Y nos hace á los demás completamente infelices con esas dotes.

—No sostendré lo contrario pero lo que os hace infelices es la exageración de esas dotes, y, sobre todo, la impaciencia, que es consecuencia inmediata.

En efecto; si aquella madre hubiera sabido reprimir la impaciencia, sus hijas la hubieran amado mucho más y estimado mucho más también de lo que la estimaban.

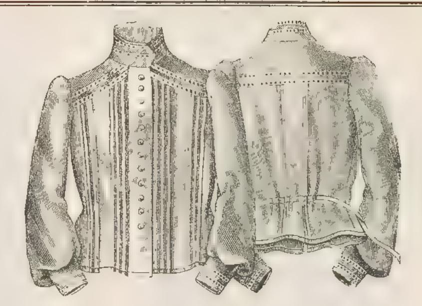
Hay personas muy pacientes y hasta muy apacibles; pero es porque no sienten. Todo lo miran con indiferencia, y aunque el mundo se desplome, si salvan su individualidad, no pasan pena alguna. Su semblante no se contrae jamás, la sonrisa no desaparece de su labios, y se hallan siempre en una perfecta tranquilidad moral y material.

La paciencia les es perfectamente desconocida, y es que, como nada les interesa, por nada se apresuran; pues, lo repito, miran ante todo por su individuo.

Estas personas pasan generalmente por muy buenas, muy bondadosas, muy angelicales, cuando no son más que.... muy impasibles.

Si la paciencia fuese nuestra fiel é inseparable compañera, seríamos, á no dudar, muy dichosos, porque cuando no reside en el alma, ésta se halla amargada, sufre, se queja, y ve todas las sinrazones con cristal de aumento.

Por el contrario, la paciencia es un estado de perfecta quietud; el que sabe esperar y sufrir, lo sabe todo; y en cuanto á las mujeres, la paciencia es la más adorable de las virtudes que pueden poseer.



Blusa de casa. Delantero y espalda.

III

Oponiendo la paciencia á la injuria y á la sinrazón, se han conseguido grandes resultados; una mujer desdeñada por su marido, sólo con la paciencia puede volver á conquistarle, porque la paciencia es la suave valla que impide romper los diques al decoro y que conserva la dignidad en el interior de la familia.

En tanto que media el respeto y la consideración entre los esposos, no hay que temer que se derrumbe el edificio conyugal; pero la impaciencia de la mujer es lo que le hace muchas veces venirse al suelo; la impaciencia hace acudir á los labios las palabras descompuestas y duras, las injurias y los denuestos; la impaciencia acrece los defectos, y ve, como ya dije, con cristal de aumento las faltas más leves y más ligeras.

En muchas ocasiones, la paciencia equivale á un rasgo de talento; porque vale mucho más aparentar que se ignoran las faltas, que impacientarse por ellas.

Mas donde la impaciencia causa un daño horrible es en la educación de los hijos; la dignidad paternal y maternal dependen, sobre todo, de la gran calma y serenidad del ánimo; el padre, y aun más la madre, que se descompone delante de sus hijos, baja de su alto puesto, y, dejándole, no puede exigir que los demás se lo conserven.

IV

Si las mujeres no hallásemos en nuestra razón y en nuestro corazón bastantes motivos para obligarnos á tomar el partido de la dulzura y de la complacencia, deberíamos pedirlas á la habilidad: ésta nos enseñaría, en efecto, que la violencia puede imponer ciertos sacrificios, pero que el que los lleva á cabo se sustrae más pronto ó más tarde á esta dura dominación; la habilidad, en defecto de la bondad, nos impone la paciencia y el disimulo de las contrariedades, y en las personas que saben discurrir, la habilidad inspira concesiones equivalentes á las que impone la abnegación.

¡Qué grandes cosas ha producido la santa, la modesta paciencia! ¡Cuántas gloriosas empresas ha deshecho la falta de aquélla! Aun en las cosas más triviales de la vida, vemos muchas veces que la impaciencia es un daño muy grave.

—Este vestido no ha quedado bien, porque no he tenido paciencia para terminarlo dice una joven, avergonzada del mal efecto de su traje entre otros bien concluídos.

—Tenía tal impaciencia al ver que no venía mi modista, que no he querido salir, y he pasado una tarde aburridísima añade otra.

—Es tanto lo que me impacientan mis criados, que estoy siempre mala, y, además, los cambio todos los días —oí decir hace poco tiempo á una señora.

Está, pues, probado que la impaciencia, más bien que hacer daño á la persona que la inspira, lo hace á la que la siente, y que debe dominarse como un azote de nuestra existencia.

La impaciencia aumenta todos los defectos de las personas que nos rodean, y, lejos de hacernos amar, nos hace odiosos y temibles, porque no hay persona constantemente descompuesta é impaciente que inspire cariño, confianza y estimación, ni á su amigos, ni aun á su propia familia.

Entonces, con el deseo,
sin mirarte, te veía;
pasó algún tiempo; y hoy día
si te miro, no te veo.

Pensando que he de morir,
á tal desventura llego,
que como un muerto me entrego
á la dicha de vivir.

Si es fácil una hermosa,
voy, y la dejo:
si es difícil la cosa,
también me alejo.

Niñas, cuidad,
de amar siempre con fácil
dificultad.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr. Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo señor Arzobispo Don Patricio A. Feehan, en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue.

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de Seguro. .	14,000 oro
Acciones y efectivo en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor Doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 de otra de las pólizas y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



EL VERDADERO TALENTO.

I

Entre las infinitas cosas que se confunden en el mundo, hay dos que lo están casi siempre, y que difieren tanto entre sí; como una malva loca de un hermoso rosal, esmaltado de sus incomparables flores.

Estas dos cosas son la osadía y el talento.

El talento es bello y luminoso; hijo del alma, ni grita, ni hace ruido, ni rivaliza, ni lo necesita.

La osadía no va jamás solitaria por el mundo; la acompaña el charlatanismo, la vanidad, el afán de figurar, el lujo y lo que se llama en lenguaje gráfico, aunque no sea muy castellano, la cursilería, que es el empeño de aparecer en primer término.

Nada hay más cándido, más noble, más leal, que el verdadero talento; la osadía le engaña con su malicia siempre que quiere, porque el talento se mece en regiones ideales, y no entiende nada de las miserias y pequeñeces de la vida; vuela y no rastrea; da y no calcula; sufre y no se queja. No conoce la envidia, porque, grande por sí mismo, se basta para abrirse ancho y hermoso camino, que al cabo le ceden las medianías que han querido cerrarle el paso.

Como se da el nombre de "amor," profanándolo, á muchos sentimientos que nada de semejante tienen con aquél, se da también el nombre de "talento" á muchas cosas que, como la osadía, son graves defectos de carácter y de educación.

De una mujer habladora, sin saber lo que decía, he oído asegurar "que tenía mucho talento;" he oído aclamar "el talento" de otra mujer cáustica, burlona y maldiciente, y bautizar también con el nombre de "talento" la manía de intriga, la tenacidad para conseguir sus fines, y la falta de dignidad de muchas otras.

Concha tiene "mareado" al señor Castro (decía hace pocos días una amiga mía á otra señora); se casará, y hará de él lo que quiera.

"¡Qué talento tiene esa muchacha!"

Los hombres que se dejan "marear ó engañar," que es la misma cosa (repuso su interlocutora), son tontos, y no es gran hazaña el aturdirlos, ni cuesta gran trabajo.

En efecto; no hay en el mundo un marido peor que un hombre engañado, de cuyos ojos ha caído la venda.

II

Hay dos clases de talento, aunque ambas forman un todo que, cuando alguna mujer lo llega á poseer, constituye el bello ideal de nuestro sexo; mas aunque sólo posea una de estas dos clases, puede ya ser amada y estimada en alto grado.

Trajes "bolero" para skating y elegante vestido para paseos campestres. Todos para la actual estación de invierno.

Aparte del "talento artístico, que es el primero y más brillante aparte del talento que crea y embellece, del talento literario, en fin, está el talento de la vida ,el talento de saber llevar una existencia decorosa y honrada, de cuidar su casa y sus intereses.

Este talento hace tomar el lado bueno en todas las cosas de la vida y huir el malo; enseña el modo de unir la exquisita distinción á la prudente economía; la dignidad á la bondad ;el orden, que es la gracia. con la amable libertad del espíritu, que no conocen los caracteres sistemáticos y meticulosos.

Este talento es el que más conviene á la mujer; el artístico no se elige. Dios lo da ó lo niega, según sus altos designios; pero el talento de la vida puede adquirirse, y es indudable que se adquiere, con la reflexión y hasta con la práctica del mundo.

Ya la educación de la mujer se ha hecho más extensa, y su ilustración va tomando cada día más rápido vuelo; ya la mujer lee, y, como consecuencia natural, comprende muchas cuestiones sociales, puede reflexionar acerca de ellas, y puede ser la compañera y la amiga del hombre y el primer Mentor de sus hijos

La vida tiene una doble fase: el lado serio (y éste es el más importante), y el lado frívolo, ligero y agradable. El verdadero talento de la mujer consiste en llenar los deberes que los dos imponen; consiste en cuidar del gobierno interior de su casa. de la dicha de su marido. de la educación y bienestar de sus hijos; misión que no puede llenarse sin una razón clara y sin una tranquila fortaleza de espíritu.

En el terreno práctico de la vida la cólera y los arrebatos que ésta produce no sirven para nada; son precisas la prudencia, la calma, la reflexión, gran suma de dulzura y de paciencia, y no menor de fortaleza y de dignidad de carácter. Con la diplomacia se consigue mucho; con la fuerza no se alcanza nada.

III

La parte más frívola de la vida es quizá la que hace más agradable á la mujer ,y aun añadiré, sin temor de equivocarme, que es lo que la hace más amada.

Porque, fuerza es confesarlo en detrimento de la fortaleza humana, la virtud desnuda de atractivos seduce poco, generalmente hablando, y una mujer agradable obtiene tantas simpatías, por lo menos, como una mujer buena.

La elegancia es uno de los mayores atractivos de la mujer, y es desde luego un atractivo mucho más poderoso y durable que el de la hermosura.

Para ser elegante una mujer, no debe nunca "competir," sino "distinguirse;" la competencia es un escollo odioso; la distinción es una gracia y una gran prueba de talento. La competencia provoca enemistades; la distinción atrae el afecto y hasta la admiración.

Así, pues, mis queridas señoras, no imitéis nada; inventad, y, si tenéis un poco de buen tacto y de buen gusto, seréis vosotras las imitadas.

Si tenéis pocos medios de fortuna, el sistema de no imitar os librará de muchos sinsabores, y desde luego os impedirá el sentir los dolores intolerables de la envidia, madre infernal de la competencia; en vez de caer en el género "cursi," que es el querer aparentar lo que no se tiene, arreglad vuestra casa de un modo que esté en relación con vuestros medios, y vestid con arreglo á los mismos; el aseo y la elegancia se hallan al alcance de todos.

Cuando una mujer debe asistir á una reunión de personas donde se sabe de antemano que el lujo ha de ser espléndido, dará una gran prueba de talento vistiendo con una sencillez tal, que haga contraste con todas las maravillas á que no puede ni debe llegar; la sencillez en ese caso será una gran distinción.

Lo que no puede suprimirse jamás es el decoro, la gracia, y la modestia, que es el adorno más bello de la mujer y la hija encantadora del verdadero talento.

IV

El verdadero talento tiene una magia que no posee el talento sólo de apariencia; todo lo ilumina, todo lo embellece, todo lo suaviza, y puede decirse que lo alcanza todo.

No es sólo una gran penetración y un entendimiento extraordinario lo que lleva á cabo grandes obras morales, empresas difíciles ó negocios arriesgados; es preciso utilizar todos estos recursos en tiempo y ocasión oportunos ;es preciso no malgastar las fuerzas cuando hay que reservarlas para ocasiones más importantes ó más decisivas

Esto es lo que adivina el talento, porque su intuición es maravillosa; sabe hacer tres cosas que parecen insignificantes, y que tienen, sin embargo, importancia suma en la vida y en el logro de todas las empresas.

Estas tres cosas son: "callar, escuchar y esperar"

¡Callar! ¿Qué elocuencia hay en algunas ocasiones, comparable á la dignidad, al dolor ó al desdén del silencio?

¡Escuchar! ¿Dónde hay complacencia más amable que la de oir pacientemente los proyectos de un sabio, las esperanzas de un poeta, ó las quejas de un desgraciado?

¡Esperar! ¡Cuántas dulzuras encierra esta palabra! ¡qué consuelo para las penas! ¡qué grato y poderoso antídoto para la impaciencia!









Trajecitos y abrigo para niños y niñas de corta edad.

Estos tres grandes recursos los posee el verdadero talento; se doblega sin humillación, acaricia para conseguir, y le sirven, no sólo para las cosas grandes, sino para lo que se llama "pequeñeces," y que en la vida de la mujer ocupan tan gran lugar.

El verdadero talento se aviene á todo, se doblega á todas las situaciones, y pone constantemente en práctica esta gran verdad de un gran escritor:

"Se debe aceptar de buen grado todo aquello que es irremediable."

La familia, la amistad, el hogar doméstico, la fortuna, todo gana, todo está bien conducido, todo está floreciente, todo está bien y bellamente ordenado, cuando la mujer posee, no el talento que brilla, que deslumbra y que se agita, sino el bello, el grato, el tranquilo y modesto; en fin, el verdadero talento.

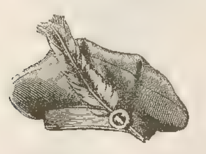
LA TIMIDEZ

I

Voy á hablar de un defecto que perjudica de una manera extrema y lastimosa á los pobres seres que la padecen, y señaladamente á las mujeres, en cuyas blandas y suaves naturalezas se arraiga de una manera terrible.

Nada más lejos de mi deseo que el ver el atrevimiento en una joven, residiendo en todo su ser como en morada propia; la mujer debe ser modesta, reservada, tímida en muchas ocasiones; pero la timidez extrema le causa también un grave perjuicio, y obscurece muchas veces, no sólo sus gracias, sino hasta sus buenas cualidades.

Voy á transcribir aquí la carta



que una joven, amiga mía, me escribe acerca del ridículo que ha caído sobre ella por no saber vencer su timidez extremada.

"Fuí invitada á comer, me dice, á casa de los señores T....que tienen tres hijas de mi edad, y no puedes figurarte cuánto dí que reir y la serie de torpezas que cometí á causa de mi invencible cortedad de genio.

"En vano fué que mi madre me amonestase antes de salir, y que emplease toda clase de advertencias, á fin de precaverme contra mi enemigo; yo me creía fuerte en casa, porque había ensayado dos ó tres cortesías; tenía pensado todo cuanto debía hablar; pero ¡ay amiga mía! ¡qué gran diferencia hay de la teoría á la práctica, y cómo he visto que el aplomo debe tenerse sobre el terreno y que no basta todo el que tenemos en nuestro gabinete, porque éste desaparece cuando más falta nos hace!

"Cuando entré, toda la familia se hallaba reunida en la biblioteca. Esta familia consta de la madre, dama elegante y acostumbrada al trato de la sociedad más distinguida, del





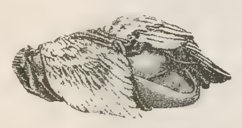
Colección de sombreros para señoras y señoritas. Sombreros de luto, de visita y de paseo.

padre, caballero lleno de cortesía y de benevolencia, y de tres jóvenes, amables, dulces y bien educadas.

"Cuando entré, el portero hizo sonar una campana anunciando visita; pero yo, que me forjo terrores á cada instante, creí que era la del comedor, y que por mí se esperaban para sentarse á la mesa: y ya subí la escalera con el corazón oprimido.

"Al entrar en la biblioteca, lo hice con tanta prisa, que pisé al pobre Sr. T........de una manera tal, que le hice dar un grito; este accidente aumentó mi turbación de un modo indecible; me incliné para saludar á la señora de la casa, y tropecé con un velador, el que se tambaleó y hubiera caído al suelo á no haberlo sostenido la mayor de las jóvenes.

"La cortés y benévola acogida de toda la familia me tranquilizó algún tanto; cada uno se esforzó para hacerme olvidar mi torpeza, y yo admiré profundamente el poder de la buena educación, que dió fuerzas al señor T..para ocultar el dolor físico que mi pisada debió de causarle



y que se tradujo por el grito que en él primer instante no pudo retener, y que todos oímos.

II

"Hablamos de las obras nuevamente puestas á la venta, y el señor T....me enseñó una de la cristiana y dulce escritora belga Mad. Bourdon, tan poco conocida como digna de serlo: señalóme en un estante un volumen elegantemente encuadernado, diciéndome que aquélla era su última producción; yo quise tomarla, el buen señor fué á adelantarse á mi deseo; pero yo, para no molestarle, alargué vivamente el brazo; el libro pesaba menos de lo que era de esperar atento su tamaño; salió con violencia, cayó en el mismo velador que ya estuve yo para tirar al suelo, y derribó un tintero que sobre él había; todos echaron á broma el suceso, y me dijeron que no tuviese pena ninguna pero yo ví la tinta caer sobre la alfombra, y sin saber lo que hacía, trémula, confusa, yerta de terror me incliné, y....¡oh colmo de ridiculez!, me puse á recogerla con mi pañuelo; tal era mi turbación y mi dolor por mi torpeza.

"En el mismo instante un criado vino á anunciar que la comida se hallaba servida, y yo le ví contener la risa al advertir lo que estaba haciendo; encarnada como una grana, seguí al comedor á la familia; la señora T.....me daba el brazo, y me colocó entre ella y su hija mayor, graciosa y dulce joven, cuya modestia nada tenía parecido á mi torpeza y timidez excesivas.

"La amabilidad de la señora de la casa empezaba á tranquilizarme cuando el mal genio que me persiguía me dió otra prueba de su encarnizamiento contra mí; había yo colocado el plato de sopa demasiado cerca del borde de la mesa; al volverme para contestar á una pregunta de mi vecina, la señorita de la casa, que admiraba mi cuello de encaje, dejé caer el plato con todo su contenido sobre mi falda; á pesar de haber empapado mi servilleta y otras varias que me fueron ofrecidas, mi traje verde luz se inundó de aquel líquido craso y todavía hirviente; recordé entonces el valor con el cual el dueño de la casa había disimulado el dolor que mi pisada le había ocasionado, y puse de mi parte todo lo posible para imitar su tranquilidad.

III

"Una de las señoritas me suplicó que le acercase un asado colocado cerca de mí ;en mi afán de complacerla, me puse en la boca un pedazo de budín que tenía en el tenedor, sin pensar en que estaba abrasando; en tonces me fué imposible disimular mi tormento; la garganta se me quemaba conforme iba pasando por ella el budín; los ojos se me querían salir de las órbitas; cada uno de los presentes me propinó un remedio distinto; el uno me aconsejaba vino, otro aceite; yo pedí agua, y un criado trajo un vaso lleno; pero sea que se equivocase, sea que el traidor quisiera burlarse de mí, me trajo aguardiente en vez de agua fresca, lancé un grito, y el líquido salió por las narices y por mi boca en un acceso de tos; la señora riñó á su criado, ciega con el dolor de la quemadura y del aguardiente, llevé á la cara el pañuelo con el que había secado la tinta; risa general estalló entonces, porque la más exquisita cortesía no bastaba ya ante tanta ridiculez, y huí á mi casa sin despedirme de nadie y loca de dolor.

"¡Oh invencible timidez! Yo te maldigo como á mis más cruel enemigo."

IV

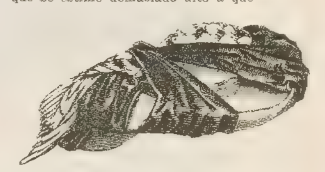
La carta que precede dice más que cuanto yo pudiera encarecer, acerca de la necesidad de adquirir aplomo y serenidad de ánimo en el trato social.

La soberbia es muy culpable; pero también es digna de censura la absoluta falta de confianza en el propio mérito, que conduce á una timidez invencible.

Es necesario apreciarse de una manera equitativa, saber conservar su dignidad, y no desestimarse por completo, dando á los demás un exceso de consideración y de condescendencia por que las más bellas disposiciones desaparecen cuando una excesiva timidez se apodera de nuestro espíritu y nos arrebata la serenidad y la facultad de discernir.

Hay algunas personas tan excesivamente tímidas, que no saben jamás ni qué hablar ni qué postura adoptar en visita; para estos pobres seres, el trato, lazo de seda que une á la gran familia humana, es un tormento insoportable; como nadie ama lo que le mortifica, huyen de hacer y de recibir visitas, convirtiéndose su cortedad de genio en una grosería que les enajena todas las voluntades, y en una feroz misantropía.

En la mujer es acaso preferible que se estime demasiado alto á que



se estime demasiado poco; de la gran estimación de sí misma nace la dignidad, la aversión á las familiaridades y á las habladurías, y hasta una gran virtud; pero la timidez, cuando es en grado exagerado, la lleva, no sólo á las ridiculeces que á mi pobre amiga, sino á otros extremos más graves.

Poco tiempo hace que estando yo de visita en un salón donde se hallaban reunidas varias personas, oí criticar amargamente á una bella señora que no se hallaba allí, pero que yo conocía de vista.

Todos los presentes dieron un arañazo más ó menos grande en aquella reputación indefensa; la frialdad de mi semblante y mi silencio protestaron contra la cobardía de la agresión.

Cuando me levanté, una amiga que allí se hallaba salió conmigo.



—¿Por qué has callado (le pregunté indignada) al oir censurar así á una persona que tratas? Más bien; ¿por qué has hecho coro con todos esos necios de mala intención, con todas esas envidiosas?

—¿Y qué querías que hiciera? (respondió); yo no tengo el valor de ir contra la corriente de todos; no me atrevo á tanto.

—¡Qué indigna cobardía!—exclamé llena de enojo.



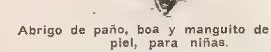
Talle-jaquet con cuello de encaje inglés. Vestido propio para visitas de etiqueta.

—¿Qué quieres? Soy tímida, y así son casi todas las gentes; piensa en que al Redentor le crucificaron: ¿qué harían conmigo?

No he vuelto á saludar á aquella mujer; hay una clase de timidez inofensiva que compadezco; hay otra culpable y que es sólo ruin pusilanimidad, que me indigna y que desprecio.

LOS DOS PERROS.

Una tarde de verano,
con un ambiente que abrasa,
encuéntranse mano á mano
un perro de buena casa
y el perro de un artesano.
Sin mediar presentación,
con muy buena educación
al punto un diálogo entablan
(que también los perros hablan
cuando llega la ocasión).
¡Vaya un día compañero!
—Hace un calor regular.
—¡De cuarenta sobre cero!
Madrid es un chicharrero
que no se puede aguantar.
—No tanto.
—¿Cómo que no?
Si aquí se asfixia la gente.
Yo no lo sufro.
—Pues yo
sudo un poco, y se acabó.
Lo paso admirablemente.
—Como en verano he salido
todos los años á baños
y este año no se ha podido,
echo de menos los baños,
y eso me tiene aburrido.
¿Tú te bañas?
—Sí, señor;
en cuanto aprieta el calor.
¡Si es la cosa más sencilla!
Me hacen siempre ese favor
los mangueros de la Villa.
Antes de que el sol me escalde,
en cuanto veo una manga,
quiera ó no quiera el Alcalde,
voy y me baño de balde.
¡Ya ves tú si es una ganga!
—Apruebo tu decisión.
Tú lo haces sin aprensión
y no se te da un ardite;
pero á mí la posición
social no me lo permite.
—¿De quién eres?
—De un Marqués,
no creas que de un cualquiera.
Yo soy un perro danés.
—¿Que eres danés? ¿Y eso qué es?
—Que soy de raza extranjera.
—Yo aquí y en Sebastopol
siempre á todo me acomodo,
y aguanto el frío y el sol.
No hay como ser español
para estar uno hecho á todo.
—¿Quién es tu dueño?
—Un servil
que vive de su trabajo.
—¿Qué oficio tiene?
—Albañil.
¿Albañil? Oficio vil.
—¿Cómo vil?
—Oficio bajo.
—Poco á poco, compañero.
El señor Juan, al que quiero
como al Dios Omnipotente,
podrá no tener dinero,
pero es honrado y decente.
¿Oficio bajo has llamado
al suyo? ¡Valiente error!
¡Si trabaja en un tejado!
Ya ves tú si es elevado
el puesto de mi señor.
—¿Viviréis mal?
—¡Qué ocurrencia!
Vivimos con gran decencia
los tres en nuestra casita,
muy pequeña y muy limpita,
en la Ronda de Valencia.
Ellos pagan, ¿cómo no?,
mi amor con dulce cariño;
pues recuerdan lo que yo
jugué con el pobre niño
que hace un año se murió.
—¿Y comer? . .
Ya habrás notado
que estoy sano y bien nutrido.
Nunca, hasta hoy, me ha faltado
mi gran plato de cocido
y mi ración de guisado.
¡Si los dos me quieren mucho!
Cómo lo que ellos.
—¿Qué escucho?
¿Comes lo que ellos?
—¿Te choca?
¡Si para dárselo al "chucho"
se lo quitan de la boca!
¡Si son más buenos que el pan!



Abrigo de paño, boa y manguito de piel, para niñas.

El ama y yo le llevamos
la comida al señor Juan,
y en cuanto las doce dan,
los tres juntos nos sentamos.
Abre la "señá" Manuela
el cesto de la comida,
y el olorcillo consuela.....
¡Me atizo cada cazuela
de sopas que dan la vida!
—Yo cómo en la cuadra.
—¡Horror!
—Me sirve el lacayo Andrés.
—¡En la cuadra!
—¡Sí, señor!
—¡Pues lujoso comedor
Te proporciona el Marqués!
—Allí me paso encerrado
la vida.
—¡Qué disparate!
—¡Hoy soy feliz! ¡Me he escapado!
¿A tí nunca te han atado?
¿Quién? ¿A mí? ¡No hay quien
(me ate!
No hay quien el salir me impida.
Serás feliz de ese modo.
—¿No he de serlo? ¡Es la gran vida!
Tengo cariño y comida,
y libertad sobre todo.
Voy con el amo á jugar
en cuanto el trabajo deja,
y en las fiestas de guardar
nos vamos á merendar
á la Fuente de la Teja.
Me miman como á un cachorro;
¡si no hay vida más dichosa!
¡Lo que yo allí salto y corro!...
Por cierto que en un ventorro
hay una perra preciosa.
—¿Es guapa?
—¡Claro que sí!
—Si otro día me escapase...
—¡Quiá! No sirve para tí.
Es una perrita así,
artesana, de mi clase.
Vaya, adiós, que dan las siete,
y ahora saldrán del trabajo.
Allí viene un guardia. ¡Vete!
¡Abur!.....
Y como un cohete
echó á correr calle abajo.
Mirándole con tristeza,
así el danés exclamaba:
—¡De buena gana cambiaba
mi lujo por su pobreza!

VITAL AZA.

Trajes de casa, apropiados para señoras jóvenes

PARA EL HOGAR

Las pequeñas Virtudes.

Los negocios domésticos, los deberes sociales, los estudios, las facultades del espíritu y del corazón, ofrezcamos todo esto á Dios; mi querida señora, sed amable por El, humilde y paciente por El, y tendréis un tesoro de horas afortunadas: no de horas sin pesares, pero sí dichosas, porque estarán en armonía con vuestra conciencia y con el divino modelo; allí está el mérito; allí está la paz; allí está la caridad; allí está la fuerza.

(Silvio Pallico, "Carta á una dama.")

I

Virtudes pequeñas, ¡qué dulce es vuestro poder, y qué necesidad tenemos de vuestro auxilio las mujeres!

Quédense para el sexo fuerte las que producen acciones heroicas que se esculpen en bronces y en mármoles. El brioso alazán necesita la inmensidad para lanzarse en la brava carrera; el cisne necesita sólo el dulce y límpido lago, y el pajarillo la embalsamada y escondida floresta; así nosotras, tanto ó más que las relevantes cualidades, mucho más que la ciencia y la grave y sólida instrucción del espíritu, necesitamos rodearnos de las pequeñas flores del Evangelio, abiertas bajo los pasos de Aquel que fué dulce y humilde de corazón.

Paciencia, dulzura, indulgencia, afabilidad, cortesía, olvido, ignorancia de las faltas de los otros, caritati-



Cubre-corsé, de estambre

va condescendencia para las debilidades de los demás, yo os llamo desde lo íntimo de mi corazón para que hagáis mi vida apacible y feliz.

Fuerza es que yo lo confiese; las grandes virtudes, tales como en general se entienden, me han asustado mucho siempre, y aun más el aspecto de los que las practican, porque las personas de gran virtud se me han presentado constantemente ceñudas, mal vestidas, mal peinadas, regañonas é intolerantes.



Modelos de bordados para centros de mesa

¡Cuántas dulces y pequeñas virtudes he visto ocultas, por el contrario, bajo la graciosa apariencia de la belleza y la elegancia!

—Esa es una persona de gran virtud,he oído asegurar algunas veces; yo me he vuelto, llena de aquel amor y veneración que profeso á todo lo bueno, y me he hallado con una mujer fea, flaca, vestida de mala manera, huraña, con el traje roto y descuidado.

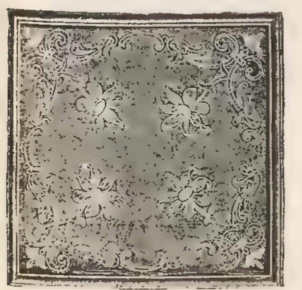
Está sólo dedicada á servir á Dios (me han dicho), y su desprendimiento de las cosas terrenas es profundo y absoluto.

—¡Y qué (exclamé yo un día con la ingenuidad de doce años que contaba entonces); ¿porque se sirva y se ame á Dios se ha de vestir así? ¿Impone su servicio por librea la miseria y la fealdad? Yo he leído en mis libros de estudio que los antiguos coronaban de flores los blancos becerros y los hermosos corderillos que sacrificaban á sus dioses; ¿merece menos nuestro Dios que aquellos ídolos? ¿Merecen menos también sus servidores que aquellos animales?

Debo confesarlo; nadie halló que responderme; pero la servidora del Dios de bondad y de misericordia me echó una mirada de cólera y de encono, y oí salir de entre sus labios, pálidos y secos por el ayuno el dictado de chiquilla insolente con que me regalaba.

II

—¡Parece (continué yo riéndome de la horrible cara que me puso), parece que sólo se ofrece á Dios lo que el mundo ya no quiere, lo peor y lo más feo! ¡Todas las mujeres excesivamente devotas son solteronas viejas ó que se han vuelto muy feas, y á mí me parecen criadas del diablo! Jesús es muy hermoso; su Madre es hermosísima, y se deben de disgustar de los santurrones de ambos sexos. Y luego, yo sé, porque lo dice la Historia Sagrada, que Abel elegía para el altar del Señor sus más bellos y sazonados frutos, sus más frescas y perfumadas flores; estos dones los consumía la llama divina, y los de Caín quedaban intactos, porque llevaba al altar lo peor que tenía. ¡Luego esta señora se parece á Caín, pues no se dedicó al Señor cuando era joven y bonita, sino ahora que ya no es lo uno ni lo otro!

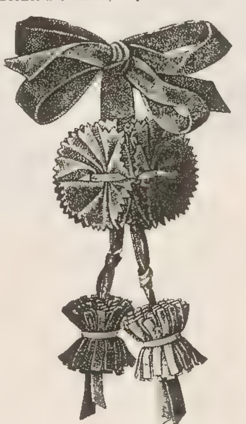


Bordado para cojines

Una carcajada acogió esta salida, más sincera que cortés, y más lógica que agradable para la señora de gran virtud.

III

No hace falta tampoco, para las dificultades de la vida de familia y para las pruebas de cada día, una virtud romana; no es necesario ser Cornelia ó Arria; hay otras virtudes



Borlas para colgadura

pequeñas, ocultas, del dominio de la mujer cristiana, que, parecidas á modestas violetas, embalsaman aquí bajo el hogar doméstico, y que tal vez un día formarán una diadema á la que las haya amado y cultivado constantemente.

¡Pequeñas virtudes, objeto de mis meditaciones de cada día! ¡Vosotras pasáis inadvertidas, y, no obstante, sin vosotras no es la vida soportable! ¿Quiénes sois? La indulgencia, que perdona los defectos, bien que no pueda prometerse el perdón para sí misma; el piadoso disimulo, que parece no darse cuenta de las faltas ajenas; la docilidad del espíritu, que adopta sin resistencia lo que hay de bueno en las ideas de los demás aunque pensemos de distinto modo; la solicitud amable, que previene las necesidades y hasta los deseos de los que viven con nosotros; la generosidad del corazón, que hace todo el bien posible; la represión del mal humor para con nuestros iguales, y de la impaciencia para nuestros inferiores; sois, el callarse cuando se desea decir una palabra dura ¡el vencer un movimiento de antipatía; el olvidar una pequeña injusticia ó procurarlo á lo menos; el escuchar con cortesía paciente lo que nos fastidia; el prestarse con gusto á un juego, á una diversión, frecuentemente más penosa que el más árido trabajo.

¡Oh, no! No son brillantes estas pequeñas y dulces virtudes, y no atraen ni los ojos ni los elogios. ¡El que está presente no sabe por qué se dice una palabra y por qué se calla otra; no penetra en el santuario del pensamiento para leer allí que la manera de ver es diferente; no penetra hasta el corazón para sentir que los afectos están contrariados y que un rudo combate tiene lugar entre el carácter y la virtud. ¡Ni una mirada, ni un gesto, ni una palabra, y el sacrificio queda cumplido!

IV

¡Pequeñas, bellas y delicadas virtudes! ¡Perlitas puras de la cadena de la vida, hecha de tanto hierro! ¡Yo os amo, os venero y os llamo en auxilio mío á todas horas! ¡Os necesito, porque adoro vuestra belleza! ¡Abridme vosotras los corazones y conquistadme afectos! ¡Sed mis protectoras, y que vuestro dulce y santo perfume anuncie mi presencia!

Amables y lindas jóvenes que leéis estas líneas, mejor sentidas por mi corazón que trazadas por mi mano; la virtud que resulta de to-



Modelo de pinturas para tarjeteros

das estas pequeñas virtudes reunidas, es también una gran virtud, como es bello y admirable un mosaico compuesto de partículas diminutas y delicadas; pero esta gran virtud os exige el ser agradables, bonitas, elegantes, afables y dulces; os ordena cultivar vuestro talento y vuestras gracias, y es la sola verdaderamente grande y digna de ser ofrecida al Dios todo amor, toda grandeza, bondad y misericordia.

LA DESGRACIA.

I

Empezaré copiando un bello y elocuente párrafo del ilustre escritor francés M. Jules Janin, que servirá como de tema y sumario á las desaliñadas líneas de este pobre artículo.

"Vosotras (dice á las damas parisienses) pagáis muy caro el ir á ver tragedias llenas de exageraciones, ejecutadas en verso, por buenos ó malos actores; el dinero que gastáis sin placer, por lo que llamáis vuestros placeres, deberíais llevarlo allá arriba, cerca del cielo, bajo los techos donde el estío es abrasador, y donde en el invierno se tiembla de frío; en esas alturas dolorosas. ¡Dios sólo sabe cuántos dramas crueles podríais encontrar! ¡Dios sabe si enjugaríais lágrimas verdaderas! En esos sitios, visitados por vosotras, os sentiríais bendecidas, amadas y alabadas desde el fondo de los corazones conmovidos, y las lágrimas que vertierais serían muy dulces.

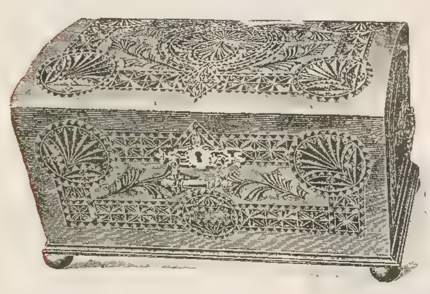
"¿Por qué vais, pues, á vuestras



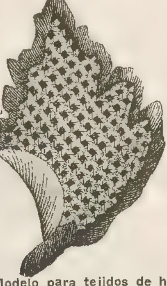
Elegante mueble de madera, pintado

con tiranos de melodrama, armados de puñales y de copas llenas de veneno, soñaréis con las desgracias que habéis socorrido; veréis á la madre de familia cuyo hijo habéis salvado, y oiréis las bendiciones del anciano. ¡He aquí los dramas que traen paz al alma, y á la noche sueños dulces y consoladores!"

Este predicador mundano y elegante ha encontrado, observado lo que pasa en derredor suyo, los acentos puros y nobles de la verdad, y nada mejor podemos hacer las mujeres que seguir su consejo.



Cofre de madera, pintado



Modelo para tejidos de hojas



Modelo de pintura para porta-manteles

fiestas, á vuestros espectáculos, á vuestras exposiciones, á vuestras matanzas? Allí vertéis lágrimas estériles sobre buhardillas de tela pintada y compadeciendo el corazón desgarrado de una mujer que después cenará perfecta y alegremente; allí la orquesta es la que agita vuestros nervios, y las ficciones las que exaltan vuestra imaginación. Id á buscar las desgracias verdaderas, y por la noche, en lugar de soñar



Cesto bordado para papeles

No es la desgracia que se ostenta la más digna de compasión y de lástima, es la que se oculta, la que se avergüenza de sí misma, es la que vive bajo las apariencias de la decencia, la que está valerosamente combatida por la dignidad.

¡Cuántas y cuán diversas fases tiene la desgracia! Desde la escasez, donde empieza la pobreza, hasta la miseria, que es su último grado, la desgracia se presenta á nuestros ojos mil veces al día, pasa al lado nuestro, nos implora, y nos tiende la mano á cada instante, sin que percibamos ó queramos percibir su presencia.

II

Había, según me ha contado una anciana amiga mía, una mujer, tan dichosa al parecer, que todos la envidiaban: tenía una fortuna más que regular, un esposo que la adoraba, hijos hermosos y llenos de promesas, amigos fieles y cariñosos; y, sin embargo de todo esto, se tenía algunas veces por desgraciada; el alma, como el cuerpo, tiene sus desfallecimientos, y á veces se fatiga acaso por el mismo exceso de su tranquilidad.

Aquella mujer, joven, hermosa, rica, querida y estimada de todos, era infeliz, y entrando en el fondo de su deseo, nada hallaba que desear.

En la misma ciudad había otra mujer de edad madura, que iba vestida con excesiva modestia, de aspecto dulce, respetable y reservado; esta persona era maestra de escribir, y pasaba su vida, ya en dar lecciones á los niños, ya en copiar documentos para los comerciantes y oficinas; la tranquilidad y la dicha resplandecían en su frente, y, no obstante, jamás se había casado y vivía sola en el mundo.

La señora M.... que así se llamaba la dama que se tenía por tan desgraciada, la llamó para que diese lección á sus hijos, niños de corta edad; y preguntándole un día, supo por fin el secreto de la felicidad de aquella humilde criatura.

—He vivido siempre para los otros y jamás para mí (le dijo): el yo es el enemigo más formidable de toda dicha. Muy joven aún, quedé sin padre y sin otro talento que una bonita letra; procuré utilizarla, y busqué algunas lecciones que dar; mi madre, anciana y enferma, necesitaba de mí, y esto me daba valor, enviándome Dios, como supremo consuelo, la esperanza; daba lecciones durante el día; por la noche copiaba manuscritos; tenía además nociones de dibujo; procuré perfeccionarlas, y traté de copiar algunas flores y grabados que se vendían bastante bien.

De repente mi hermana mayor, viuda y madre de cuatro hijos, murió, y los cuatro huerfanitos quedaron sin amparo. ¿Qué hacer? Los traje conmigo, y la pluma corrió más de prisa sobre el papel. Dios, que es el padre de todos, reprodujo el milagro del pan y los peces con nosotros; mi pluma dió para todos durante quince años; mi anciana madre murió sin que le faltase nada, y yo ya no tuve la dicha de trabajar para ella; pero pocos instantes antes de cerrar los ojos, me dijo:

—Hija mía, en el mundo he sido una carga bien penosa para tí; pero ahora en el cielo te pagaré mi deuda y rogaré á Dios que te recompense tus virtudes; hija mía, yo te lo aseguro; nada te faltará.

—Mi madre murió; yo eduqué á mis huerfanitos con todo el amor y cuidado posibles; los niños aprendieron una bonita letra y los coloqué bastante bien en el comercio; la niña aprendió el lindo y aseado oficio de modista.

Cuando ya no tuve que trabajar más que para mí, me puse muy triste.... Esto era una desgracia, pues toda mi vida la había dedicado al bien de los otros; mas sabido es que nunca faltan pobres; doy lecciones á los niños de mi barrio, hijos de honrados artesanos, y además, con lo que gano dando otras lecciones y haciendo copias, les regalo de vez en cuando, ya un vestido, ya una camita, ya ropa blanca que yo misma coso en mis ratos de ocio; todos me quieren, yo quiero á todos, y soy dichosa.

La señora de M..... oyó casi avergonzada la historia de aquella noble criatura, diciéndose que la desventura puede salir del seno de la felicidad, y que la dicha más pura puede salir del seno de la desgracia.

III

Las más brillantes posiciones ocultan á veces desgracias terribles.

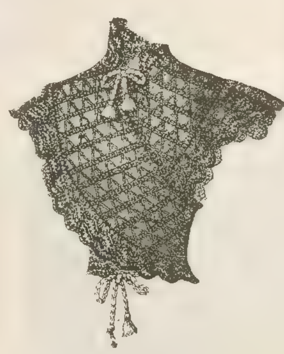
El desaliento del corazón, lacerado por mil amargos desengaños; el sufrimiento del alma, producido por decepciones en los afectos; la saciedad que lleva consigo la riqueza y el abuso de todos los goces frívolos, estas cosas reunidas, y aun cada una de por sí, producen un malestar, una angustia moral, una falta de fe, que constituyen la más horrible de las desgracias.

No amar á nadie, no esperar nada, es tan triste, que valiera más morir.

Así, pues, aquella de vosotras, mis amadas lectoras, que halle en su camino una persona atea á fuerza de sufrir, que se dedique á consolarla, á endulzar su amargura, á reanimar su fe y su esperanza, y hará una obra tan meritoria como dando pan á un infeliz pordiosero, porque la miseria del alma no es menos dolorosa que la del cuerpo.

Sólo aliviando la desgracia podemos hallar la felicidad; busquémosla por todas partes; y cuando la hallemos en nuestro camino, socorrámosla con todas las fuerzas de nuestra voluntad y de nuestro ingenio, privándonos de algo superfluo, para dar á los desdichados lo necesario.

MARIA DEL PILAR SINUES



Cubre-talle de estambre

TUS OJOS.

Tienes talento, hermosura,
y gracia y linda figura,
y unos ojos sobre todo!...
Yo no he visto criatura
que los juegue de ese modo.
Son tan vivos sus destellos
que—lo garantizo yo—
podrá haber ojos más bellos,
pero más pícaros, no.



Cuello de encaje inglés

Cuando dulce y sonriente
—siempre artista inteligente, -
hablas de amor en las tablas,
á mí me parece que hablas
con los ojos solamente.
Tienes, Rosario, el poder
que la artista ha de tener,
y unes, para ser feliz,
al talento de la actriz
las gracias de la mujer.

IMPROVISACION.

Voy á levantarme á hablar
—pues la gratitud me obliga,—
pero no esperéis que diga
nada de particular.

Cedo sólo á vuestra instancia,
porque yo de nada entiendo,
y, por fortuna, comprendo
toda mi insignificancia.

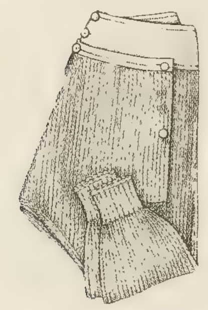
Mucho es mi agradecimiento
pues me honráis de tal manera,
mas como es la vez primera
que yo cómo en un convento,
no ha de parecer extraño
que yo les pregunte aquí:

¿Comen ustedes así
todos los días del año?
Porque si esto es la verdad,
suceda lo que suceda,
yo voy á entrar, cómo pueda,
en esta Comunidad.

Sois muy galantes y finos
y hay que decir, porque es justo,
que se come muy á gusto
con los Padres Agustinos.

Á JULIA.

Cuando tus ojos brillaron
ayer Julia, en el paseo,
todos cual yo te admiraron,
y lo que al verte exclamaron,
copiártelo aquí deseo.
Un pollo:—¡Es encantadora!



Pantalones de abrigo



Matinés con adornos de encaje

Trajes de recepción

Un gallo:—¡Si yo pudiera!
Un casado: ¡Es hechicera!
¡Si fuera así mi señora!
Un viejo:—Nunca he creído
ver tan celestial rubita!
Una vieja:—Es muy bonita;
pero yo también lo he sido!
¡Firmes! —dice un militar -
Ante el enemigo velo!
Un sacerdote:—¡Es un cielo!
Un marino:—Eso es....¡la mar!
Un banquero:—¡Guapa y rica!
Un fatuo:—¡Si yo consigo!...
Un estudiante: (á un amigo):
¡Camará! ¡Vaya una chica!
Un inglés: —¡Voy de ella en pos
é mi no vuelve á Inglaterra!
Un chavó:—Si en esta tierra
está la gracia de Dios!
Un vascongado:—No quiero
más fueros que ser su vida!
Un gallego: —¡Qué garrida!
Un andaluz:—¡Qué salero!
Un músico: —¡Alborozada
mi mente á Julia admiró!
¡Qué música hiciera yo
al calor de su mirada!
Un vate:—Mi musa inquieta
vaga en alas del deseo!
¡Feliz quien sea el Romeo
de tan hermosa Julieta!
Un escultor: —Nada igual
trazara humano pincel,
si hiciera una copia fiel
de ese busto escultural!
Un cobarde:—En franca lidia
luchara bravo por ella!
Coro de ellos. ¡Ay, qué bella!
Coro de ellas:—¡Ay, qué envidia!
Yo, tu admirador ferviente,
á tus ojos expresivos
diré, Julia, solamente
que.........
....¡Nada hay más elocuente
que unos puntos suspensivos!



Modelo de trapeado para aplicaciones

CANTARES.

Por más contento que esté,
una pena en mí se esconde,
que la siento no sé dónde,
y nace de no sé qué.

Fuí un día á la ciudad,
y me volví al otro día,
pues mi mejor compañía
es la mayor soledad.

La vida es dulce ó amarga,
lo corta ó larga ¿qué importa?
el que goza la halla corta,
y el que sufre la halla larga.

Dejándome en paz sufrir,
puedes ventura pasar,
pues como te has de marchar,
no gozo en verte venir

Cuando las penas ajenas
mido por las penas mías,
¡quién me diera á mí sus penas
para hacer mis alegrías!

Menor el tormento fuera
de esta duda en que me muero,
si cual sé lo que no quiero,
lo que yo quiero supiera.

Decía yo, de amor loco:
"¡penar tan poco por tanto!"
y dije al perder mi encanto:
"¡penar tanto por tan poco!"

Con tantos pesares lidia
mi corazón en el mundo,
que cuando ve á un moribundo,
casi se muere de envidia.

¡Qué divagar infinito
es este en que el hombre vive,
que siente, piensa y escribe,
y luego borra lo escrito.

Mal hizo el que hizo el encargo
de hacer las cosas al gusto:
todo es corto ó todo es largo,
y nada nos viene justo.

Para divertir su afán,
cantaba á su reja un loco:
unos estamos por poco,
y otros por poco no están.

Tanto suelen mi sufrir
las desdichas apurar,
que á veces me echo á reír,
por no poderlas llorar.

Corro de aquí para allí
sin que halle mi afán parada,
y no es porque busco nada,
es que ando huílendo de mí.

Siempre penas ó contento,
me nacen á manos llenas,
por cada placer cien penas,
por cada pena otras cien.

El tiempo á todos consuela,
sólo mi mal acíbara,
pues si estoy triste, se para,
y si soy dichoso, vuela.

Ramón de Campoamor.



Pelerina y boa de gasa

RECETAS DE COCINA

Jardinera.

Tornéense con un cuchillo zanahorias, nabos, etc., en forma de tapones de vino de Champagne, y cuézanse con coles, lechugas y tronchos de apio; prepárese con albardillas muy delgadas y unidas en una cacerola; cuando las legumbres estén bien cocidas y escurridas, fórmese un cordón en la extremidad del fondo de la cacerola con zanahorias recortadas en forma de avellana, otro con filetes de lechuga, otro con filetes de col y en medio un quesillo de alcachofa; colóquense luego alrededor las raíces derechas, apoyadas en el cordón de zanahorias en forma de avellanas; primero un nabo, luego un filete de apio, una zanahoria, un filete de lechuga, y así todo alrededor; se acaba de llenar la cacerola con coles y se pone en seguida en el horno caliente durante tres cuartos de hora; después se vuelca en la tapadera de cacerola, se desembaraza del tocino, se escurre bien la grasa y se dispone en su fuente; se da gelatina á las legumbres y se echa salsa española, trabajada con semigelatina.

Chartreuse (Cartuja).

La cartuja no se diferencia de la jardinera sino en que en el fondo se ponen carnes: perdices, cercetas, patos, pichones cocidos, etc.; sin embargo se hacen también algunas cuya decoración se compone de trufas cocidas y de pechugas de ave; entonces, en lugar de coles y legumbres, se ponen en el interior filetitos de ave á la "bechamelle" ó un escalope de caza; sin embargo, hay que cuidar siempre de cubrir la decoración con relleno de albondiguillas; échese el "ragout," y cúbrase con un redondel de pasta de hojaldre; sométase al horno y sírvase como la jardinera.

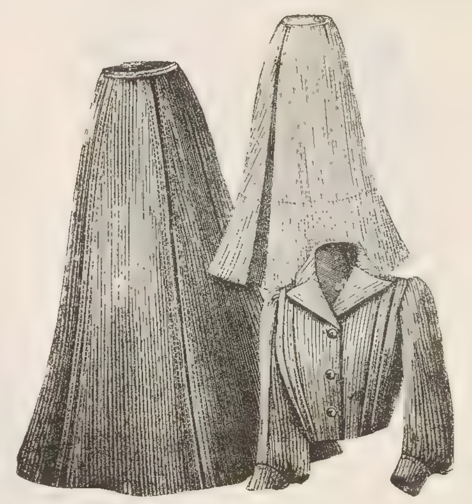
Pastel de raíces.

Sancóchense zanahorias, nabos, tronchos de apio, salsifís, pastinaca; cuézase todo en una excelente "braise;" escúrranse en seguida todas estas legumbres, macháquense y pásense por el tamiz; mézclese entonces con ellas igual cantidad de relleno de albondiguillas de ave ó de pescado y cuatro yemas de huevo; úntese con manteca una cacerola, en cuyo fondo se formará un tablero de damas con trufas cocidas y pechugas de aves ó cualquier otro objeto que agrade; decórese igualmente el contorno con trufas y pechugas de ave, llénese el interior con relleno de raíces y cuézase al baño-maría, una hora antes de servirlo; en el momento de presentarlo vuélquese en una cobertera para que escurra bien, póngase en su fuente y échesele una salsa alemana con manteca de cangrejos.

Rodaballo al natural.

Lávese el rodaballo, quítensele las agallas y las tripas y lávesele de nuevo; después de esto se le hará una incisión por el lado negro en la raya que tiene cerca de la cabeza; por último, sujétese la parte más gorda de la cabeza al hueso que está unido al buche.

Prepárese entonces un caldo con agua, sazonándolo con sal, hojas de laurel, dos clavos de comer, unas cebollas y unas zanahorias cortadas, un buen pedazo de manteca, perejil en rama y ruedas de limón; hasta se pueden poner despojos de la cabeza y raspas de pescado; déjese hervir media hora, después de lo cual se pasa por el tamiz, y se enfría. Colóquese el rodaballo en una cacerola baja, frótese con limón y échesele el caldo encima; si el rodaballo es gordo, se pone al fuego una hora antes de servirlo, y siempre se calculará el tiempo de cochura según el tamaño; cuando esté á punto de hervir, agréguense á la salsa dos vasos de leche y trasládese la cacerola á unas brasas encendidas; procúrese siempre que el caldo esté á punto de hervir, pero que no hierva, pues si no, se reventaría el pescado; después de la cochura, se servirá rodeado de perejil en rama.



Blusa y faldas de lana para la estación actual.

Rodaballo en salsa blanca.

El rodaballo, preparado como se ha dicho, puede servirse con una salsa blanca á la que se da un saborcillo picante agregándole alcaparras ó pepinillos en vinagre; puede también servirse con una salsa financiera ó con salsa picante, ó con "bechamelle;" se utilizan también los restos, echándoles encima las mismas salsas.

Raya con manteca negra.

Hiérvase una raya en agua y sazónese como para el caldo de pescado; cuando esté cocida, póngase encima de una tapadera de cacerola, quítensele los pellejos y échese en una cacerola con el agua de su cochura pasada por el tamiz; pásese un momento por el fuego cuando se quiera servir; escúrrase, prepárese en su fuente y échesele encima manteca negra, y á su lado póngase un poco de perejil frito.

Anguilas á la gallineta.

Después de haberlas desollado y cortado en pedazos, límpiese la parte del vientre con la hoja del cuchillo; lávense luego y échense en agua fresca, pásense en seguida á una cacerola y mójense con agua y medio vaso de vino blanco seco, sazonándolo como el caldo de pescado; cuando las anguilas estén cocidas, hágase la salsa con su caldo.

Anguilas á la financiera.

Prepárense las anguilas como se ha dicho anteriormente y agréguense á la salsa colas de cangrejos, ostras, puntas de espárragos, pepinillos y trufas; es de rigor siempre el cordón de cortezones fritos con manteca.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano, y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean . . .	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9.829 oro
Otra póliza de seguro. . .	14.000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25.000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25.000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo: á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10.000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



LA CORTESÍA.

I

La verdadera cortesía nace de la bondad del corazón, y es la llave que nos abre todos los corazones; es la expresión ó la imitación de las virtudes sociales; y estas virtudes son las que nos hacen útiles y agradables á las personas con quienes tenemos que vivir.

En sociedad se perdona rara vez una falta de cortesía porque no hay otro modo de demostrarse afecto y benevolencia que las mutuas atenciones, triviales en la apariencia, pero que muchas veces nos conquistan afectos profundos y sinceros.

Una visita de atención, el sencillo y cordial ofrecimiento de un libro, de un grabado de modas ó de una pieza de música, un simple recado que manifieste interés, nos abren á veces un corazón bueno y leal, cuyo cariño es eterno.

Verdad es que la cortesía impone algunas molestias; pero es como un freno saludable que nos impide entregarnos á nuestras pequeñas pasiones; es decir, es como un velo delicado, con el cual podemos cubrir nuestros defectos, impidiéndoles salir á la luz y mostrar toda su fealdad.

La amabilidad, la cortesía son como precisas en la edad juvenil, en esa edad en que el corazón, sin penas aún y sin sacudimientos, debe estar todo dispuesto á la dulzura y á la indulgencia.

Nada es más bello y nada hace formar mejor y más noble idea del carácter de una joven que la deferencia y las atenciones que consagra á los amigos de sus padres; algunas veces estos amigos son ancianos, y su trato, por consecuencia, es poco entretenido, porque adolecen de mil rarezas; pero los padres acogen, no sólo con benevolencia, sino con cariño, á las jóvenes amigas de sus hijas; sonríen con tierna indulgencia oyendo sus conversaciones superficiales y sus juegos ruidosos, y encuentran en sí mismos algún destello de alegría que mezclar á la de aquellas, no porque ellos se diviertan, sino porque las ven dichosas.

Una joven no debe consentir jamás que la antigua amiga de su madre ocupe un asiento incómodo, teniendo ella otro mejor; debe escuchar cuanto diga con aspecto de verdadero interés, y ceder en todo á la opinión de las personas mayores, que han adquirido la triste ventaja de la experiencia.

II

Tanto en sociedad, ó acaso más, es precisa la cortesía en el seno de la familia.

Procurad, amigas mías, ser atentas con vuestros hermanos y hermanas, esos primeros amigos de nuestra existencia; no seáis jamás con ellos secas, difíciles, díscolas, tales, en una palabra, como os avergonzaríais de aparecer á los ojos de los demás.

¿Por qué arrebatarse entre hermano y hermana un libro que agrada, un sitio cómodo? ¿Por qué armar disputas por las cosas pequeñas? Esas querellas, que parecen tener tan pocas consecuencias como tienen poco fundamento, van minando lentamente el edificio de la mutua consideración; llega una de las grandes crisis de la vida en que se necesita el amor de las familias, y éste ¡ya no existe!

La dulce intimidad que reina bajo el techo doméstico, no debe degenerar nunca en esa grosera franqueza que debilita y rompe los lazos más sagrados.

No es de buen gusto la familiaridad que algunas jóvenes ostentan con sus padres; la que esto escribe no acepta la desatenta llaneza ni aun en la amistad más íntima; la cortesía, los modales atentos son el mejor sostén de los afectos, aun de los más santos y legítimos, y muchas veces le ha lastimado profundamente el ver confundir con el cariño la desatención, que está muy cerca de la insolencia. He visto hijas que se presentaban ante sus padres mal vestidas y con un desaliño que se hubieran avergonzado de mostrar ante la persona más indiferente; las he visto tomar posturas contrarias á la buena educación, cantar, responder con aspereza y negligencia, murmurar del mandato paternal ó materno, y estar en la mesa como si se hallasen con sus iguales ó inferiores, sirviéndose, comiendo y levantándose con la más extraña libertad.

¿Por qué no se han de guardar



Trajes de baile y de recepción, con adornos de encaje inglés.


Trajes de paseo con adornos de pasamanería. Modelos parisienses para la estación actual.

con nuestra familia todas las atenciones que la educación ordena y el decoro manda con los extraños? ¿Por qué una joven no ha de ser para con sus padres y hermanos lo que es para todos los demás?

III

Hablar de sí mismo es un escollo en el que casi todos tropezamos. Nada hay tan enemigo como el yo de la verdadera y dulce cortesía que nos gana todos los corazones.

En sociedad es preciso olvidarse de sí mismo para atender á las penas, á las molestias y hasta á las excentricidades de los demás; es preciso manifestar interés por los negocios y los placeres ajenos; es preciso enterarse con discreción y dulzura de todo lo que en primer lugar les preocupa; es preciso, en fin, hacer abstracción de sí mismo, y ser amables si queremos ser amados.

Pocos afectos nacen espontáneos, á no ser el amor; el cariño, la amistad, la verdadera estimación, se conquistan y se conservan; la dulzura y la benevolencia del carácter, las atenciones para con los demás, se miran, y con razón, como una prueba de la bondad de carácter. Una de las primeras reglas de la cortesía es no decir jamás ninguna cosa que desagrade ú ofenda á quien nos escucha; si las personas habladoras son tan insoportables, consiste en que, hablando sin reflexionar, dicen mil inoportunidades.

—Yo soy muy franco—se oye afirmar algunas veces á personas que dicen cuanto les ocurre, hiriendo profundamente el amor propio, y hasta el corazón de alguno de sus oyentes.

Estas personas no son francas ni sinceras; son desatentas, mal educadas, y están dotadas de una crueldad de corazón que las hace odiosas y repulsivas á todos.

Hay detalles en la cortesía ó buena educación que varían con la moda; en tiempo de nuestros abuelos, por ejemplo, las señoras permanecían sentadas cuando un caballero entraba de visita y se despedía; hoy la moda exige que las damas se pongan en pie para saludar, y si el visitante es anciano, que se le acompañe hasta la primera puerta.

Estos detalles, en las variantes de la moda, son muy dignos de atención, porque no hay cosa más desagradable que el parecer como figurín atrasado en el buen tono, en la elegancia de modales, en la exquisita y delicada cortesía, que hacen tan amable, tan amada y tan distinguida á la mujer.

En la mesa la cortesía, ó, mejor dicho, la expresión de la misma ha cambiado también; hoy el papel de los dueños de la casa es mucho más sencillo y más fácil de desempeñar que hace veinte años; el cuidado de trinchar es de los criados que sirven alrededor de la mesa, presentando los platos por la izquierda de los convidados; hoy las instancias para que éstos repitan de los manjares están completamente suprimidas, y á menos de no caer en delito de lesa elegancia, no se pueden hacer finezas á ninguna de las personas que nos acompañan á comer; pero la señora de la casa tiene otros mil medios de complacer á sus convidados; la colocación de los asientos, aproximando á los que más puedan simpatizar, las gracias de la conversación, la atención constante de los detalles del servicio, le abren ancho campo para ser amable.

Después del café, el salón habla también de una manera muy elocuente en pro ó en contra de la cortesía de la señora de la casa; el salón debe ser el agradable asilo de la amistad, y el sitio donde todas las personas que asisten á él se hallen, no sólo bien, sino perfectamente.

Un salón abrigado, donde haya un piano que hagan sonar de cuando en cuando manos artísticas, donde haya libros y grabados, donde haya, sobre todo, una conversación amena, cordial y sostenida al dulce calor de una inteligencia femenina, jamás estará solo.

Cuando me hablan de las tertulias íntimas de nuestros padres y busco la causa de que hoy no las haya, la encuentro al punto.

En nuestros días la mujer se ha entregado por completo á la frivolidad, y el hombre cansado de frivolidades, á la ambición; la vanidad y el afán del lujo invaden los cerebros femeninos y el hombre busca el medio de que la mujer alcance sus deseos, anheando cada día más fortuna.

A la mujer, pues, toca dar luz y calor al hogar; si ella le embellece con su talento, con su bondad, con la cortesía, que es la expresión de aquéllas, la sociedad le deberá un voto de gracias.

La Hermosura y la Elegancia.

No hace muchas noches que nos hallábamos reunidas algunas personas, enlazadas por los vínculos de la amistad más verdadera, en el lindo gabinete de una simpática joven, casada hace poco más de un año con un hombre respetable por su talento y las nobles prendas de su carácter.

No éramos muchos los concurrentes, y ninguno contaba muchos años; el esposo de nuestra amiga era la persona más grave, y no ha llegado todavía á la edad madura.

En tanto que la parte masculina de la reunión hablaba de política y de obras dramáticas, la parte débil se ocupaban en bordar y charlar de modas y de las novedades del día.—¿Qué os parece de Luisa R?.... (dijo de repente la señora de la casa, dirigiéndose á nosotras); deseo saber vuestra opinión, porque me admiro de oir continuamente sus alabanzas, cuando yo la encuentro con mérito muy escaso.

Al oir nombrar á Luisa R..., todos los caballeros dejaron sus conversaciones, y escucharon, al parecer, con religiosa atención.

—¿Lo veis? (exclamó mi amiga, entre risueña y enojada); en nombrando á Luisa, todos se vuelven oídos y mi marido el primero. ¿Qué tendrá esa mujer?

—Yo no lo sé (respondió una de las jóvenes); á mí me parece muy grande su boca y demasiado corta su nariz.

Pues á mí (dijo otra) me parecen muy hermosos sus ojos azules, tan dulces y expresivos.

—Yo no la encuentro bonito nada más que el talle.

—A mí me gusta la expresión de su rostro.

—Pero, señores, ¿quieren ustedes volver á su conversación? (exclamo una de las presentes). ¿No es muy doloroso que ni aun delante de nosotras hayan ustedes de contener su admiración por la señorita R...?

—Es un delito de lesa galantería —añadió otra.

—Es insoportable—agregó una tercera.

Mi marido tiene la culpa (dijo la señora de la casa). ¿Queréis creer que es uno de los más acérrimos partidarios de Luisa?

—No lo niego (respondió sonriendo el aludido); me agrada esa joven; y, si eso es delito, todas estas señoras me excusarán, estoy seguro de ello.

—¿Nosotras?—gritó airado el coro femenino.

—Sin duda; y si no, veamos; en la parte bella de esta reducida reunión, algunas han dicho que les agradaba Luisa y otras que no les gusta; ¿no es cierto?

—Sí; ¿pero qué tiene eso que ver?....

—¡Paciencia! ¿Hay aquí una sola que haya dicho que Luisa es fea ó desagradable?

—No la creemos ninguna de las dos cosas.

—¿Hay alguna que haya encontrado de mal gusto su modo de vestir, ó faltas de elegancia sus maneras?

—¡Oh, no! (dijo la esposa del que hablaba). Yo soy justa; he visto muy pocas personas de modales más distinguidos.

Ni de más variada y dulce conversación.

—Ni de una sencillez más elegante en el vestir.

—Ni de más gracia en todas sus acciones.

—Ved aquí, señoras, explicada la causa del imperio que esa joven ejerce en nosotros y aun en su mismo sexo, lo que es mucho más raro (dijo triunfante nuestro antagonista); la belleza es relativa; es decir, agrada según el gusto de la persona que la contempla; la elegancia es absoluta, es decir, que agrada á todos y los cautiva; podrán ustedes expresar su gusto acerca de las facciones de Luisa, que á unas agradarán y á otras no; pero con respecto á su perfecta educación y á su carácter simpático, nadie halla defectos que ponerla.

La llegada del té impidió que respondiéramos á aquellas palabras


Esclavina y boa de gasa y punto de Inglaterra.



Traje de medio luto, con adornos de crespón.

sensatas y llenas de verdad; pero así que la parte masculina nos dejó para ir á saborear sus habanos, nosotras volvimos á hablar de Luisa.

—Mi marido tiene razón; es preciso concederlo (dijo nuestra amiga); no sé por qué nos admiran las inmensas simpatías que alcanza Luisa. ¿No habéis reparado con qué gracia se viste, qué dulzura hay en sus palabras, qué encanto hay en su voz?

—Y luego (añadió otra), su elegancia es incomparable; sabe de qué modo se ha de vestir á todas horas, y lo hace con un gusto exquisito.

—No será, pues, por su riqueza.

—¡No, por cierto! Sus medios no pueden ser más escasos, y á no ser por su habilidad.....

—Es, en efecto, positivo (dijo nuestra amiga) que en la sociedad rendimos culto—y á veces hasta involuntariamente—á todo lo que es bueno y bello; la simpatía es una ley poderosa, y sólo la dedicamos á quien la merece; pocas veces se engaña la simpatía, y aun es más fácil que se engañe el amor, porque en éste tienen su parte los encantos del rostro ,en tanto que aquélla nace casi siempre del conocimiento de las bellas prendas del alma y de una educación esmerada.

Vemos algunas veces una figura muy bella, pero que no nos agrada; sin embargo, siempre seducen y cautivan la verdadera elegancia, los modales escogidos, y, en fin, la distinción natural de aquella á quien un carácter dulce hace más encantadora.

La tumba es al lecho igual,
pero bien sabido ten
que en uno se duerme mal,
y en la otra se duerme bien.

Sufro poco al recordar
que ha de acabar mi sufrir,
ni gozo, cuando al gozar
recuerdo que he de morir.

MILAGROS DEL SANTO.

I

Vienen estos días,
para ver al Santo
que Madrid venera
con cariño tanto,
trenes de recreo
que vomitan gente
en perfecto estado,
milagrosamente.

Hoy, por la mañana,
bajé á la estación
á esperar á un primo
mío, de Gijón.
Las diez es la hora
de venir el tren,
¡y á las diez en punto
llegaba al andén!
¡Cosa más extraña
nunca verla espero!
¡Un tren sin retraso:
"Milagro primero."

II

Mi amigo Facundo
se fué á la pradera
á almorzar con una
chica forastera.
Mi amigo es un hombre
que come poquito;
pero ayer tenía
tan grande apetito,
que él solo—pues ella
está inapetente—
se comió, ¡qué bruto,!
todo lo siguiente:
Doce huevos fritos,
jamón con guisantes,
seis grandes raciones
de callos picantes,
salmón y natillas,
un real de "torraos"
y treinta rosquillas.
¡Eso nada menos
se comió Facundo!
¡Y no ha reventado!
"¡¡Milagro segundo!!"

III

—"¡Arriba, señores!
¡Que marcho al momento.
¡Aquí, señorito,
me queda un asiento!"
Y llénase el coche
de viejos y chicos,
de gordos y flacos,
de pobres y ricos.
Que el coche es pequeño
no se tiene en cuenta.
Donde caben ocho
métense cuarenta.
Aunque haya peligro,
ninguno es cobarde.
¡Arrea, cochero!
¡Al Santo! ¡Que es tarde!
Y ahí va el carricoche,
no sin gran trabajo,
echando demonios
por la calle abajo.
¡Se matan, Dios mío!
¡Cuidado, cochero!....
Mas, ¡nada! ¡No vuelcan!
"Milagro tercero."

IV

Don Judas González
es un usurero
con poca vergüenza
y mucho dinero.
Vive pobremente,
come fruslerías,
nunca ha dado nada,
¡ni los buenos días!
Pero en San Isidro,
hoy, por la mañana,
le pidió limosna
una pobre anciana;
y él, como aterrado,
viendo á aquella pobre,
dióla al punto una
moneda de cobre.
¡¡Don Judas González
dar un perro chico!!....
Este es un milagro
que yo no me explico.

V

—"Socorro! Socorro!
¡Que soy forastero!"
—"¿Qué es eso? ¿Qué ocurre
—"¡Allí va el ratero!"
—"¿Dónde? ¿Dónde se halla?
—"¡Es aquel chiquillo!
Me sacó catorce
duros del bolsillo."
Todos le prodigan
frases de consuelo;
pero en esto, nadie
sigue al ladronzuelo.
—"Guardias, que se escapa!
¡Préndanle por Cristo!"
Y á los diez minutos
—¡caso nunca visto!—
al imberbe caco
lo prendió un agente.
¡Este sí que ha sido
milagro patente!

VITAL AZA.



Traje de sociedad, para señorita de 14 á 15 años.

Si como se sabe ya
el que "espera desespera,"
quien, como yo, nada espera,
¡cuál se desesperará!



Vestido para visitas de etiqueta.—La espalda y delantero de la blusa llevan adornos de fino punto de Inglaterra.



Elegante traje de baile, orlado y de acuerdo con las últimas reformas de la moda.

SAN JOSÉ Y EL NIÑO.

Cuento Viejo.

I

Había en una iglesia
de un pueblo miserable,
un San José de talla
hermoso como un ángel.

Brillaba en su hornacina
con flores y ramajes,
recuerdos de la fiesta
que hicieron sus cofrades.
En vez de una peana
que era muy tosca y grande,
el sacristán le puso
otra más elegante;
pero era tan pequeña,
de tan estrecha base,
que el santo no se hallaba
en equilibrio estable.
Se hallaba doña Rosa
rezándole una tarde ,
cuando uno que salía
del templo, sin fijarse,
cerró con tal estrépito
la puerta de la calle,
que ¡cataplum! el santo
se vino al suelo á escape.
Por suerte doña Rosa
consiguió separarse,
si no ¡la pulveriza
la venerada imagen!

II

Tal golpe llevó el santo
que se rompió en cien partes,
y no se encontró artista
capaz de restaurarle.
En su lugar pusieron,
cubriendo la vacante,
un Niño de la Bola,
regalo del alcalde.
Fué doña Rosa al templo,
visitó los altares,
al llegar al del Niño
se puso muy distante,
y dijo arrodillada:
"¡Dios mío, perdonadme
si me coloco á una
distancia respetable,
pues yo, Jesús, no puedo
olvidar que una tarde
por poco si me aplasta
vuestro difunto padre!"



Paletó para señoritas.

MONDARIZ.

Un panorama esplendente;
un manantial admirable;
un médico inteligente;
un cocinero excelente
y un Peinador muy amable.

Muchachas encantadoras;
caballeros y señoras
bebiendo á más no poder
y pensando á todas horas
en las horas de comer.

Y si acaso algún Doctor,
tiene duda en este asunto,
yo le invito, sin temor,
á asomarse al comedor
á las doce y media en punto.

¡Qué "devorante" apetito!
¡Si esto raya en el exceso!
Yo conozco á un señorito
que de postre ,en vez de queso,
se comería un cabrito.

Y á una joven hechicera
que ha venido aquí á curarse
su desgana....ó lo que fuera,
¡la he visto desayunarse
con dos libras de ternera!

Y conste que no exajero.
Tenemos—y yo el primero—
un apetito voraz
y hay aquí huésped capaz
de comerse á un camarero....

Ese es Mondariz! Y á mí
como doctor me aconsejo
volver nuevamente aquí,
y no pensar en Vichy,
ni pensar en Marmolejo.

Que alivia este manantial
la dolencia más cruel
y aquí ayudan por igual
los consejos de Pondal
y los platos de Vatel.

Y pues hoy la Medicina
pone estas aguas en moda,
yo añado que la cocina
es complemento de toda
medicación alcalina.

Y en fin, contra el mal humor
y para ser muy feliz,
no hay un remedio mejor
que el agua de Mondariz
y el Hotel de Peinador.

Traje de paseo, con la falda recogida. Innovación al vestuario femenino.

Si entre no haber sido y ser hubiera el hombre elegido, claro es que hubiera escogido el no poder escoger.

PARA EL HOGAR

VALOR FEMENINO.

I

No es por cierto, la calidad moral que se lee al frente de estas líneas peculiar sólo del hombre, ó necesaria únicamente al sexo fuerte; lo mujer necesita también ser valerosa, y lo es muchas veces, si bien en una esfera más humilde y más silenciosa que aquél; porque todas las virtudes de la mujer—y el valor es en ella una virtud—brillan y deben brillar poco, y se desarrollan y lucen entre las paredes solitarias del hogar doméstico.

No busquéis el valor en la mujer cuya cabeza turbulenta ó vacía la aleja de su familia para ir en pos de las fiestas y los placeres; esa será, no tímida, sino pusilánime; el valor de la mujer se apoya desde luego en un perfecto raciocinio, en un juicio sólido, en un casto decoro.

El valor en el sexo bello está sostenido por la dignidad; así, pues, la joven coqueta, la esposa ligera, la viuda verde y pretenciosa, no pueden poseerlo; pero la mujer



Modelo de pinturas para aplicaciones

cristiana, suave y fuerte á la vez, como la de la Escritura, puede dar ejemplos de valor al más esforzado guerrero.

Y no hay que pensar que yo, al hablar del valor en la mujer, trato de que, como Judit, quiera aquélla libertar á la patria, ó como Juana de Monforte, defender sus estados, ó como Catalina de Médicis tener sujeta á su familia con un yugo de hierro, no; yo no he pensado jamás, al pensar en el valor de la mujer, en las guerreras, en las políticas, en las avaras, en las intrigantes que en todas épocas han brillado en el mundo.

Tampoco he confundido nunca con el valor la sangre fría con que he visto á algunas mujeres engañar al padre, al hermano y al esposo;



Portatoallas.

el verdadero y santo valor de la mujer está lejos de la mentira, del fraude, de la ambición y hasta de la ligereza; la mujer, para ser valerosa, ha de empezar por ser humilde, modesta, piadosa, amable, digna, prudente, buena hija, buena esposa y buena madre.

Porque el valor en ella es el resultado y el punto de partido de todas las demás virtudes que la enaltecen.

II

Nunca he podido oir hablar de la emancipación de la mujer sin que una sonrisa de lástima se haya asomado á mis labios.

¿Para qué quiere la mujer vivir por sí sola? Tal como vive hoy, tiene ancha esfera donde moverse y donde lucir santas y adorables virtudes; y lejos de separarla del hombre, convendría educarla para que viviese á su lado, y para que fuese lo que debe ser.

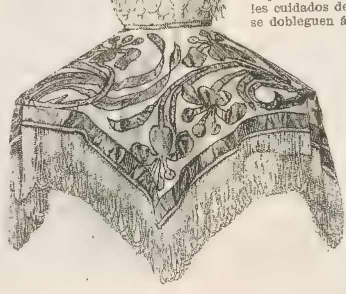
No ha menester el valor para seguir una carrera de áridos y monótonos estudios; no le necesita para manejar por sí sola sus negocios, para luchar con dificultades, para defender un pleito ó para matar á quien la calumnie ó la ofenda; necesita el valor para sufrir como cristiana, para soportar las amarguras de la vida, y para separar de los suyos las espinas, dejándoles ver sólo las flores.

Necesita el valor para conservar en su hogar el calor, y para que brille en él la luz suave y vivificante de las creencias religiosas, mantenidas con su ejemplo.

Le necesita para trabajar en las más prosaicas tareas de la casa, á fin de que no falte á su familia la decencia, lujo de las fortunas modestas, ó la limpieza, lujo de la desgracia.

Le necesita para educar á sus hijos, para consolar á su marido si sufre, para alegrar los últimos días de sus ancianos padres: este es el valor, esta es la hermosa ciencia de la mujer, y no la que puede hallar en las aulas ó el que puede desplegar en los combates.

Mujeres valerosas necesitan más que nada la sociedad; mujeres valerosas que se priven animosamente de las galas que puedan arruinar á su marido; que se humillen á los importantes, aunque al parecer fútiles cuidados del ama de la casa; que se doblegen á coser, á zurcir, á enseñar á su cocinera el modo de condimentar un plato y á arreglar sus habitaciones; para defender las grandes cuestiones sociales, para hablar en la tribuna, para verter sangre en la guerra, para las cátedras y para otros elevados destinos, están los hombre si algún día llega en que la mujer sepa desempeñar todas esas cosas y en que no le sea necesario el hombre, en ese día fatal habrán re-



Pantalla bordada para lámpara de pie.

cibido una herida de muerte el hogar y la familia, porque el prestigio de la mujer debe cifrarse en valer para las cosas insinificantes en la apariencia, pero que son en realidad el eje en que descansa el gran edificio de la dicha doméstica.



III

Voy á poner algunos ejemplos de cómo comprendo el valor en la mujer.

Creo que al casarse una joven (casi siempre de muy pocos años), no se deja el corazón en la iglesia, y desgraciado de su marido si tal hiciera.

Y bien: ese corazón que se ha abierto al amor del hombre á quien ha elegido por esposo, como una flor al rocío de la aurora; ese corazón tierno, sensible, lleno de ilusiones, puede verse destrozado por amargos desengaños; puede helarse al soplo del egoísmo marital, como sucede muchas veces.

Pero como las heridas del corazón no afean el rostro, sino que, por el contrario, suelen hacerle más interesante, la pobre esposa inspira



Otro modelo de pinturas para aplicaciones.

á otro hombre simpatía y afecto verdadero; entonces compara entre el esposo desencantado y el galán rendido; entre el que la deja sola y el que anhela verla un instante; entre el que la desdeña y el que la ama; ¿quién puede salvar á esta mujer del precipicio, cuando á nadie puede pedir consejo? Su valor; ese valor que está apoyado en el sentimiento del deber, en su fe cristiana, en su propia dignidad.

Con valor generoso huye de ver á quien la persigue, y con valor contesta negativamente á todas sus aspiraciones.

Valor necesita para sofocar su sed de ternura, su necesidad de afectos, y este valor sólo á Dios lo pide, sólo de Dios puede venir.



Modelo de bordados.

Valor necesita para preferir el abandono en que la deja su marido y la soledad de su casa, á las dulces pláticas del amor mutuo y correspondido; para dejar las flores por las espinas, lo agradable por lo enojoso, la alegría por la tristeza, las sonrisas por las lágrimas; y sin embargo ,este valor lo tiene siempre la mujer honrada.

Busquemos á la esposa en otra esfera; imaginemos que ha pasado ya de la edad del amor, ó que, por dicha suya, no lo ha inspirado á ningún otro hombre más que á su marido; pero supongamos que este marido es irascible, colérico, grosero, mezquino; en una palabra, insoportable.



Abrigo de paño y manguito de pieles para niñas de corta edad.

¿No es un valor heroico el de la mujer que á todos estos defectos opone las cualidades contrarias? ¿No hay un valor sublime en oponer la conformidad y la dulzura á la ira, la moderación á la grosería, la paciencia á la mezquindad, la resignación á la injusticia, y el silencio digno al insulto?

Hablemos aún de la esposa; ved á esta otra afanada en arreglar su casa todo lo posible con el escaso sueldo de su marido; vedla ideando mil prodigios de economía, arreglando de su ropa los trajecitos que han de engalanar á sus hijos; mirad el vestido de la mayor; es uno de los que su madre se hizo para casarse; la blusita del segundo está hecha de la única bata de abrigo que tenía; la colgadura de la cama en que duerme el niño que aún alienta á su pecho, es de su blanco vestido de boda. Ella cose, borda, plancha, lava, y por la noche, cuando están dormidos, reza por la dicha de su esposo y de sus hijos, en vez de descansar de las fatigas del día.

¿Y en la mesa? La comida, dispuesta por sus manos, no es ni muy abundante ni muy delicada; ella hace platos para ofrecerlo casi todo á su marido y á sus hijos, y desde luego todo lo mejor; ¡pobre mujer! La fatiga, los cuidados, la falta de buen alimento, han marchitado su belleza y el delicado color de sus mejillas; se apagó el brillo de sus ojos, pero aún se ve en su rostro la sublime expresión del amor de la esposa y de la madre. Y lejos de agotarse su valor, cada día se levanta alegre y esforzada á sufrir las mismas penas, á soportar las mismas privaciones; y no se crea que esta mujer ha sido nunca vulgar ó prosaica; si tiene algunos minutos de tiempo, en tanto que sus hijos duermen, toca el piano; esta mujer piensa y siente; gusta de leer y comprende lo que lee; no lee nunca libros necios é insípidos, y sabe distinguir, así en la lectura como en todo, lo que es bueno de lo que no lo es; tiene instinto de lo bello, y una poesía natural que se comunica á cuanto toca y la rodea; no es, en fin, una mujer ordinaria, sino una criatura noble, dotada de una naturaleza exquisita; por eso tiene todas las virtudes, por eso es admirablemente valerosa para descender á todas las realidades de la vida, para soportarlas y para cumplir con sus deberes de esposa y madre.

IV

La historia nos presenta mil ejemplos de admirable valor en la mujer.

Dígalo si no Mad. de Lafayette, que ocupó en la prisión el lugar de su marido, haciendo huir á éste disfrazado con sus vestidos.

Dígalo María Stuard, subiendo tranquilamente al cadalso.

Dígalo la madre de Calígula, la gran Agripina, dejándose morir de hambre para devolver á sus hijos, con su muerte, el rango y la libertad, y ocultando á estos mismos hijos su sublime sacrificio.

Dígalo la desventurada reina de León y de Galicia, doña Urraca, mezclándose con sus parciales en lo más recio del combate, y animándoles con su voz y con su presencia.

Dígalo Santa Teresa de Jesús, llevando á cabo sus reformas y sus fundaciones de la orden del Carmen, á través de tantas tempestades y persecuciones.

Dígalo María Teresa de Austria, conquistando su propio reino, que le habían usurpado, ceñidas la corona y la espada de San Esteban, y á la cabeza de un corto número de caballeros.

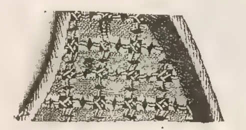
Pero, ¿á qué negarlo? A la que esto escribe, á fuer de mujer, le agrada más en su sexo el valor moral que el material; el que se oculta, que el que se ostenta; el que sólo espera su recompensa en el cielo, que el que lleva en pos de sí el aplauso general y la admiración de las naciones.

Además, para ese género de valor se necesita estar en circunstancias especiales; el valor silencioso, recogido y humilde tiene mucho más campo en que ejercitarse y es de todas las condiciones.

El mundo guarda oraciones para las santas, aplauso para las heroínas, admiración para las guerreras; para las valerosas mártires del hogar doméstico no tiene ninguna recompensa, ningún triunfo; es más: ni ellas lo esperan, ni lo desean.

Su juez es Dios, su esperanza el cielo, su recompensa la felicidad de la familia que consuelan, que educan y que cobijan bajo sus alas de ángel.

Se ha visto alguna mujer bella, delicada, elegante, que ha acometido con valor la colosal empresa de educar á su marido, y que ha conseguido á fuerza de paciencia y de constancia, hacer de un hombre vulgar un hombre distinguido, y hasta de un miserable, un hombre pundonoroso y honrado; pero ¿de qué modo? Aceptando un martirio de todos los instantes, con la sonrisa en los labios y la dulzura en la mirada; oponiendo á las malas razones las palabras suaves y cariñosas; buscando las santas coqueterías del hogar para que no la abandonase por el juego; esperándole hasta el día para ver si, por lástima á su soledad, quería retirarse más pronto; cuidando de su persona, para que su marido la hallase más agradable que á las demás mujeres que iba á buscar; rodeándole de paz, de felicidad, de sonrisas, de flores; envolviéndole, en fin, en la blanca y perfumada nube de la dicha doméstica, única legítima, única dulce, única que llena el corazón.



Detalle de tejido para aplicaciones.

¡Qué valor se necesita para llevar á cabo estas transformaciones! ¡Qué abnegación! ¡Qué constancia y qué fortaleza! ¡Qué ardiente fe y qué inagotable y noble paciencia!

Ved á la madre cuyo hijo ha olvidado la excelente educación que ha recibido, y que se deja llevar del mal ejemplo, corriendo de desorden en desorden; ¡con qué afán oculta todas las faltas de este hijo ingrato! ¡Con qué heroico valor sonríe para evitar las sospechas de los maldicientes! ¡Cómo procura hacer resaltar las buenas cualidades (dado caso que le quede alguna) del hijo rebelde! ¡Con qué dulzura persuasiva le amonesta! ¡Con qué paciencia, y á la vez con cuánta aflicción le espera! Antes se cansará él de ser malo que su madre de disculparle y amarle; antes será él débil en su inicua misión, que su madre en su sublime tarea; del valor de su madre para sufrirle y para excusarle, nacerá su cobardía para seguir adelante en la senda del mal, y día llegará en que le diga:

—¡Gracias, madre mía, por haber sido tan valerosa! ¡Si me hubieras abandonado, hubiera caído en un abismo sin fin!

V

Fuerza es, pues, educar á la mujer para que sepa sufrir con valor las contrariedades y dolores de la vida;



Sombrero de invierno para niñas de 13 á 14 años.

fuerza es inspirarle ese valor que no deja subir al labio la queja, que enmudece ante el agravio, que perdona la injuria en vez de vengarla, que absuelve siempre, y siempre disculpa.

Las mujeres varoniles llamarán quizá á este valor "debilidad;" pero la que esto escribe, muy débil materialmente, sólo concibe así la fortaleza femenina, sólo así procura ejercitarla, sólo así la aconseja, sólo así la desea, y sólo así la cree la mejor corona de su sexo.

EN EL ALBUM DE MERCEDES.

Mercedes, pedirme puedes
todos los versos que quieras,
pues me complazco de veras
en darte gusto, Mercedes.

Tu papá el álbum me da
y pide mi firma aquí.
¿Qué no haría yo por tí
pidiéndolo tu papá?

Tan sólo siento no ser
un Zorrilla en este caso,
pero, en fin, saldré del paso
como Dios me dé á entender.

Bien merecen el favor
del cariño y la amistad
tu hermosura, tu bondad,
tu inocencia y tu candor.



Pintura para respaldos de aparador.

¡Dios haga, niña querida,
que en la edad de los amores
encuentres lleno de flores
el sendero de la vida!

Lo que, en lenguaje vulgar,
quiere decir simplemente
que te dé un novio decente
con quien te puedas casar.

Un novio de corazón,
guapo, cortés, instruído,
elegante, distinguido
y de buena posición.

Un novio, que al darte el sí,
cifre en amarte su idea;
en fin, un novio que sea
digno en un todo de tí.

Digo esto, porque acontece
que las niñas os cegáis
y vuestro amor entregáis
á quien menos lo merece.

Procura amar con cautela,
no te fíes de ninguno.
Que en Madrid hay mucho tuno
y aquí el que no corre, vuela.

¡Dios haga que en tu camino
no halles amores traidores!
¡Y, por Dios, no te enamores
de ningún "sietemesino!"

El cielo en su Omnipotencia,
te otorgará la ventura
que merecen, en conciencia,
tu candor y tu inocencia,
tu bondad y tu hermosura.



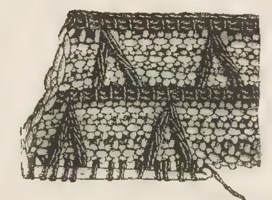
Sombrero de piel y listones para niñas de 12 á 14 años.

PENSAR Y SENTIR.

CARTA A UNA JOVEN.

I

Puesto que deseas saber mi opinión, querida Valeria, acerca de si es preferible para la felicidad de la vida el que la mujer sepa pensar ó sepa sentir, voy á decírtela, no dándotela en absoluto, sino sencilla-



Modelo de tejido al "crochet."

mente, como una opinión que me es propia, y nada más.

Creo, mi amada Valeria, que el sentimiento puede llegar á ser un mal no estando guiado por la razón; es decir, que el sentir sólo no es bastante para la felicidad de la vida si no se piensa también, para regular nuestras acciones del modo más acorde no sólo con el buen parecer, sino también con la tranquilidad á que debemos aspirar.

Personas hay en las que el sentimiento, por lo extremado, puede llamarse enfermizo, y la que te escribe estas líneas es una prueba de ello; todo lo que sienten es con tan inmensa fuerza, que la razón no se muestra sino generalmente traída por algún amargo desengaño; es decir, que no dan cabida jamás á esa augusta huéspeda cuando tienen el alma llena de flores y de armonía, sino cuando el dolor la ha convertido en un árido desierto, cuando sólo ven tinieblas y soledad dentro y fuera de sí.

Si á la par que el alma se eleva á regiones del sentimiento, el pensamiento caminase tranquilo por el sendero de la razón; si meditásemos en vez de dejarnos llevar por los sueños vanos y peligrosos de la fantasía, entonces podríamos ser dichosos y labrar á la vez la dicha de cuantos nos rodean.

Pero ¡ay! cuanto más se siente, menos se piensa, y si observas, Valeria, lo que pasa al derredor tuyo, te convencerás de esta triste verdad, lo mismo que si te observas á tí misma; tú amas, y el anhelo de estar constantemente al lado del objeto de tu amor, el exceso mismo del sentimiento que te inspira, no te deja pensar en que puede cansarse de estar siempre en tu compañía; que, en vez de desear que llegue el día de ser tu esposo, puede temerlo como un mal irremediable. El amor, Valeria mía, necesita de una atmósfera pura y serena, y no puede existir en un ambiente sofocante. El amor ha de vivir libre, y no prisionero; el amor ha de ser espontáneo, y no impuesto; y si no piensas en esto, si te limitas sola y únicamente á sentirlo, á acrecentarlo cada día y á exigirle más sacrificios, el amor morirá y huirá de tí, dejándote destrozado el corazón, donde con tanta intensidad, donde con tan ardiente exclusivismo le albergaste.

El amor verdadero, el amor noble, profundo y generoso, tiene su carácter propio, tiene sus manifestaciones, tiene sus distintivos, por decirlo así; una vez convencida de que existe, no te empeñes en sostenerle con artificios, cuando puede vivir por sí solo; déjale en completa libertad, deja que luzca la llama sin darle la presión de un fanal, porque toda luz así velada es más opaca y menos pura.

Ni te empeñes tampoco, llevada por el exceso mismo del sentimiento, en creer toda la dicha de la tierra encerrada en tu amor.

He visto desdichadas mujeres vestir con las galas de su imaginación, rica y entusiasta, un ídolo de barro; prodigábanle las perlas y las flores, y le veían, no cual era, que entonces se hubieran asustado, sino como ellas lo querían ver.

¡Ay! ¡Cuanto más elevaban el ídolo, cuanto más levantaban el pedestal, más lo alejaban de ellas! Llegaba el día en que, cansadas de sostenerlo, en que rendidas de aquel trabajo sin recompensa y sin gloria, de aquel trabajo vil, que la ingratitud no reconocía y que el mundo acusaba, dejaban caer los brazos, y entonces el ídolo venía al suelo, se hacía pedazos, y dejaba ver el polvo vil que constituía su ser.

Esta es, Valeria mía, la amarga historia del corazón de muchas mujeres; historia triste, que va envuelta en un dolor mortal, y que no lleva consigo ni aun la gloria del martirio.

Piensa, pues, y rechaza los ídolos de barro; no des tu corazón más que á un hombre digno de tí, pero no pidas tampoco á este hombre más que lo que un hombre puede conceder, ni llegues á las exageraciones del sentimiento.

El sentimiento exagerado no halla su recompensa, ni es pagado jamás.

II

En el matrimonio te recomiendo todavía el pensar; las sublimidades, querida mía, no lo son en la vida real sino cuando van acompañadas de la augusta luz de la razón; si no haces más que sentir, eres mujer perdida; el raciocinio es de todo punto indispensable para guiarnos en las sinuosidades del camino; el sentimiento nos extravía muchas veces, ó más bien nos extravía siempre.

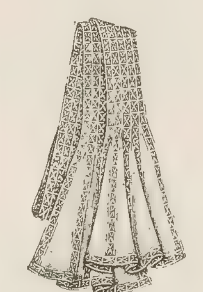
Hay que sentir, por decirlo así, con medida, y hay que pensar mucho; hay que pensar en la dicha de toda una familia, y hay que poner al sentimiento límites muy estrechos las más veces, por más que el sentimiento parezca ilimitado, como todo lo infinito.

Ya en la edad madura, presumo que el pensar se sobrepondrá en tí al sentir, como sucede á todas las mujeres. La ancianidad; he aquí el puerto de paz de las mujeres que sienten con exceso; la ancianidad con su velo blanco apaga el fuego de la pasión, y trae á la razón por la mano, como fiel y cariñosa compañera.

En las nobles y elevadas regiones del arte, el pensar y el sentir son también dos cosas que deben ir juntas si el artista ha de producir obras de esas que no mueren jamás; pero en el artista el sentimiento ha de preceder al pensamiento, y ha de ser más grande; se necesita sentir en sí mismo la belleza ideal, y luego pensar con firmeza en la ejecución; pensar incesantemente en la necesidad de llevarla á cabo; el trabajo constante es la ley del arte, como es la ley de la vida. "Paganini, dice Balzac, que hacía vibrar su alma en las cuerdas de su violín, hubiera llegado á ser un violinista ordinario si hubiera pasado tres días sin estudiar."

Y en otra página de sus libros inmortales añade el mismo gran escritor francés:

"El arte es la creación artistas, los poetas completos, idealizada; así, los grandes no esperan ni los encargos ni los compradores; crean hoy, mañana, siempre; y de esto resulta esa costumbre del trabajo, y ese perpetuo vencimiento de las dificultades, que los mantiene en eterno y amoroso lazo con su musa protectora y con sus fuerzas intelectuales, sus sueños sin fin, y es muy fácil Canova vivía en su taller, como Voltaire en su gabinete; Homero y Fidias han debido vivir también así." exclusivamente del sentimiento, degenerará en soñador, y entonces no hay gloria posible para él; porque la pereza es el estado normal de todos los artistas, pudiendo ocuparla con convertirse de pensador en soñador,



Corbata de señora, último estilo.

y sumergirse en esa peligrosa "reverie," enfermedad del alma, y abismo donde quedan sofocadas las nobles aspiraciones del arte y del trabajo.

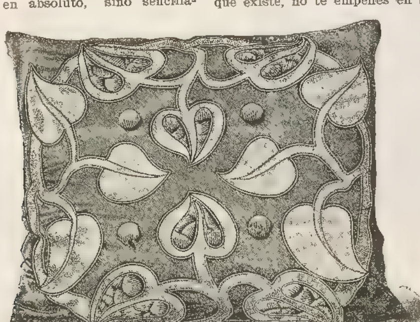
III

Mas hablemos de nosotras, ó más bien de tí, amada Valeria; de tí, que pones ahora el pie en el florido sendero de tu vida; de tí, que tienes el alma llena de fe y henchida de esperanza, y que me preguntas con el santo candor de la inocencia:

—¿Qué haré? ¿Conviene más á la mujer pensar, ó sentir? ¿Deberé crear en los mundos de la pasión, ó fabricarme una vivienda en los de la razón?

Ni lo uno ni lo otro, Valeria: vive en ambos, y no renuncies del todo á ninguno de los dos; líbreme Dios del dolor de verte "racionalista" como del dolor de verte soñadora; aquello es el desierto de hielo; esto la perpetua y dolorosa decepción; vive sobre todo para el amor, pero deja á la razón que modere la impetuosidad de tus impresiones y que las regule, como un hábil mecánico regula el movimiento de una magnífica péndola, para que marque el transcurso del tiempo; el decorado de esta péndola puede ser tan bello como el sueño de un poeta; mas esto no impide que la máquina sea de una exactitud y regularidad perfectas, sino que, por el contrario, estas condiciones hacen de ella una obra maestra, y completan la admirable armonía del conjunto.

* * *



Cojín de piel para respaldo de sillones.



Carpeta y secante para escritorio de señoritas.

RECETAS DE COCINA

Bacalao á la provenzal.

Prepárase como se ha dicho en el número anterior; antes de mezclarlo con las trufas, desmenúcese con una cuchara de palo, que se cogerá con la mano derecha, mientras se menea con la izquierda la cacerola; otra persona irá echando gota á gota aceite en el bacalao hasta que vaya espesando y liándose; entonces se echa un poco de leche hirviendo ó de agua y se continúa trabajándolo hasta que tenga la consistencia de pomada; obtenido este resultado, se le mezclan las trufas como se ha dicho antes y se sirve caliente.

Anguilas á la tártara.

Córtese la anguila en pedazos de un decímetro de largo, lávense como se ha dicho antes, háganse unas hendiduras con el cuchillo y cuézanse casi por completo; hecho esto, colóquense los trozos en una fuente, sazónense con sal y pónganse encima de ellos pedacitos de manteca; tan pronto como el calor de las anguilas los haya disuelto, rebócense los pedazos en huevo batido y luego en miga de pan y se asan en las parrillas á fuego lento, rociándolos con manteca derretida ó con aceite; sírvanse con una remolada.

Carpa á la Chambord.

Límpiese primero una gran carpa y quítensele las escamas; ábrase en seguida por el vientre para quitarle la raspa en toda su longitud; es muy importante que no quede ninguna; aderécese en seguida el vientre de la carpa con relleno de albondiguillas de pescado ó de ave, que se extenderá por todo el interior, y en el centro del cual se pondrá un "ragout" mezclado de trufas, ostras y colas de cangrejo, con salsa alemana, y bien liado; por último, se cose el vientre del pescado, después se coloca la carpa de lado, se le quita el pellejo de encima y se mecha parte con tocino y parte con trufas cortadas en forma de escamas; estas últimas deben cubrirse con albardillas de tocino, así como la parte no mechada, cuando se procede á la cochura; por último, se pone la carpa á cocer, mojándola con una marinada caliente ó con caldo de pescado mezclado con vino seco; agréguense restos de cochura ó de "braise" y algunas lonjas de jamón; cúbrase todo con un papel y cuézase al horno ó sobre unas trébedes con fuego encima y debajo; cuando esté cocida, se escurre, se le quita el tocino, se le pone gelatina por todas partes, y, por último, se dispone la carpa con el aderezo siguiente:

Colóquese en primer lugar una gran albóndiga decorada con trufas al lado de ella una gran trufa cocida en vino Champagne; en seguida un gran cangrejo y encima un filete de lenguado mechado y con gelatina; después un gran quesillo de alcachofa con gelatina y sucesivamente un pedazo de hígado de balderraya ó de pato, un pichoncito á la cuchara, y así se continúa hasta que la carpa esté completamente rodeada; entonces se le echará una salsa española con un poco de caldo sobrante de la cochura de la carpa, bien desengrasado, al que se habrá agregado un poco de "demi-glace."



Capa de velada, con doble cuello.

Atun mechado.

Méchese una rueda de atún con mechas regulares y algunas anchoas; póngase á cocer entre albardillas de tocino y lonjitas de jamón; después de sazonado, mójese con un poco de vino blanco seco ó bien con una marinada caliente de pescado, pero con poco caldo; cuando esté á punto, se quita el pellejo que la rodea y se sirve con salsa.

Atun á la remolada.

Echese en adobo una rueda de atún con sal y manteca; ásese en seguida en las parrillas á fuego lento; se conocerá que está suficientemente asada cuando el hueso de en medio se desprenda fácilmente de la carne, entonces se sirve con una remolada.

Balderraya á la casera.

Hiérvanse la cabeza y las raspas para hacer un caldo de pescado que se pasará por un tamiz. Pónganse al mismo tiempo en una cacerola puerros cortados á pedacitos y sofreídos con aceite ó manteca; encima póngase el pescado cortado en tajadas, sazónese con sal, pimienta, perejil y ajo bien picado, cúbrase con su hígado y mójese con el caldo, mojado por mitad con vino blanco; esta preparación exige un buen fuego; cuando esté á punto, se sacará el hígado, que se machacará bien en un mortero con dos ó tres yemas de huevo; deslíase en él medio vaso de aceite, que se echará poco á poco, meneando siempre como para hacer una remolada; cuando hierva el pescado, se lía con esta salsa, que se pasará por el colador, y se echa en la fuente.

Lubina al natural.

Cuézase con agua y sazónese como el caldo de pescado; después de cocida, déjese escurrir, prepárese en una fuente y sírvase rodeado de yerbas finas picadas.

EL TESTAMENTO

Del Illmo. Sr Arzobispo Feehan

Los bienes fueron valuados en $125,000.

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano, y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de seguro	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo: á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



LAS VISITAS

I

-Estoy siempre debiendo visitas (decía no ha muchos días, en presencia mía, una señora joven y bella): cada día tengo más; es una fatiga; ¡pasan de cuatrocientas! Así es que siempre estoy en falta con las gentes; mi última enfermedad me ha atrasado de tal modo, que no sé qué hacer.

—Hay un medio fácil de salir del paso (opinó otra amiga de ambas que la oía); se toma un carruaje durante ocho días seguidos, y se hacen cada día veinte ó treinta, dejando tarjetas en las porterías ó subiéndolas el lacayo.

—¡Magnífica idea! (exclamó la dama.) Lo salva todo; cumplo con las gentes, como quien dice, sin tiempo.

Formaba parte de la reunión un anciano, respetable por su elevada inteligencia no menos que por su edad avanzada; era tío de la que acababa de hablar, y la quería con un afecto completamente paternal.

—¿Por qué haces tú visitas?—le preguntó, después de haberla mirado en silencio durante algunos instantes, con la penetrante y dulce expresión que le era habitual.

—Hago visitas, querido tío, para cumplir con las gentes.

—¿Sólo por eso?

—¿Y por qué otro motivo se hacen?

—Por afecto á las personas a quienes se va á visitar.

—¡Dios mío! (exclamó la joven señora); si fuéramos á amar á todas las personas á quienes visitamos, ¿dónde habría corazón para tanto? Además amistades verdaderas ¡hay tan pocas!

—Por cierto, hija mía, que dices ahora lo que sientes, y veo en tu rostro que este conocimiento te causa no pequeña tristeza; tienes razón: la amistad verdadera es difícil hallarla, y las personas que llevan el género de vida que tú llevas no la encontrarán nunca, porque todo lo que dais á la frivolidad, se lo quitáis al corazón.

—No lo entiendo á vd., mi querido tío.


Trajes de casa y visita, para señoritas de talle esbelto.

—Yo me explicaré: ¿por qué visitas á tanta gente?

—Porque toda esa gente me visita á mí.


Trajecitos de invierno, para niños.

—Y entre todas esas personas, hay muchas que te aman?

Acaso ni una sola (contestó con un suspiro mi amiga); ¡acaso ni una sola se interesa por mí!

Y eso ¿en qué consiste? Siendo dulce, bondadosa, amable en tu trato, ¿cómo es posible que seas generalmen antipática?

—¡Tío! ¡No creo que nadie me profese antipatía!—exclamó la joven, resentida.

—¿Entonces eres indiferente á todos?

—¡Eso será más b.en! ¿pero antipática? ¡oh, no! á nadie he hecho daño en toda mi vida!

—Lo sé, y por eso te pregunto si sabes la causa de esa carencia de afectos, de esa frialdad que te rodea, pobre hija mía.

—No la conozco, ni había pensado nunca mucho en ella, porque me entristecen esos pensamientos.

—Ahora hablemos de tí. ¿Tienes tú afecto, no á todas, pues ya veo que eso es imposible, sino á alguna de las personas que te visitan?

—No les tengo afecto, pero tengo inclinación á algunas, y si no fuera porque una invencible timidez me lo impide, y porque me falta tiempo para ello, desearía cultivar su amistad.

—¡Ya está explicado el enigma! (exclamó el anciano.) ¡La falta de tiempo! ¡La falta de tiempo que se pierde en un trato frívolo é inútil, y que se echa de menos para los afectos verdaderos!

II

Mi amiga miró asombrada á su tío, que prosiguió:

—No se pueden tener muchas amistades si se han de tener algunos amigos, hija mía; la vida está llena con dos afectos, y bastan si se sienten profundamente; el amor y la amistad son dos dulces necesidades del corazón, y para satisfacerlas todo el tiempo es corto.

¿A qué ese cúmulo de frívolas visitas? ¿Puede creer en tu simpatía é interés la dama que sólo conoce de tí el nombre inscrito en las tarjetas que le sube el lacayo? ¿Puedes tú creer en los suyos, cuando ella hace lo mismo?

—¡Pero si es la costumbre!

Costumbre absurda, y no tan generalizada tampoco como tú crees; llévate siempre esta regla en tu trato: ni buscar amistades, ni perderlas.

Las visitas son necesarias para conservar las relaciones sociales; son la expresión de la deferencia hacia los que nos son superiores, de la simpatía á nuestros iguales, de la piedad hacia los que sufren; son, en fin, el lazo qu une á la gran familia llamada sociedad, y bajo este punto de vista son, no sólo necesarias, sino agradables; pero lo que es inútil y absurdo es ese afán

de visitar que se ha desarrollado en nuestros días y que á nada conduce más que á perder el tiempo y la paciencia; si se dedican todas las horas de que se puede disponer á las visitas de cumplido, ¿qué tiempo dedicaremos á las de afecto? ¿Y cómo expresaremos éste sino yendo á ver de cuando en cuando á las personas que nos lo inspiren?

—Lo que me ha herido profundamente (dijo la joven), es que, durante los días de mi enfermedad, apenas ha venido nadie á verme; nadie se ha ofrecido á velarme; nadie me ha acompañado una hora.

—En cambio, desde que saben que te levantas, tienes al criado de la antesala constantemente anunciando visitas y recibiendo tarjetas; además, la lista que se ponía á la puerta de la habitación estaba llena todos los días.

—¡Sí! De nombres que venían á escribir criados ó conocidos de mis amigos.

III

—La sociedad exige mucho y da muy poco (dijo nuestro anciano amigo); después de una noche de baile que has pasado sin dormir y empaquetada en un traje incómodo; después de un día de visitas, fatigoso y eterno, ¿vuelves á tu casa con el espíritu alegre y el corazón tranquilo?

—¡Nunca, tío mío! ¡Mi cuerpo llega cansado! ¡Mi espíritu, vacío y triste!

—Así sucede á casi todas las personas, y desde luego á todas las que piensan y sienten.

—¿En qué consiste, pues, que algunas jóvenes que yo trato están sólo contentas así?

—¡Porque ni sienten ni piensan; porque esa frivolidad basta para llenar su tiempo y divertirlas; porque no tienen recursos en sí mismas; en una palabra, hija mía, porque miran siempre á la tierra y jamás al cielo! Pero eso no da la felicidad, ni la alegría, ni aun la tranquilidad; adquiere la costumbre de preguntarte cada noche al recogerte: ¿Qué he hecho hoy?—Y verás qué dolor sientes al tener que contestarte:—Nada que valga algo. ¡Luego he arrojado un día al abismo! "Diem perdidi," como decía el emperador Tito.

—Pero, señor (observó un joven elegante y perfumado que se hallaba presente también), ¿se ha de retirar la señora de todo trato? Bella, rica, libre, pues es viuda, y en lo más florido de la juventud, ¿va á dedicarse sólo á pensar y á sentir? ¿Y el buen tono? ¿Y su proverbial elegancia? ¿Se ha de eclipsar? ¿Se ha de morir moralmente?

—No, señor; antes por el contrario, le aconsejo una resurrección á la dicha, á la paz consigo misma; que entre todas esas innumerables visitas elija aquellas que le sean más simpáticas, ó que sean verdaderamente distinguidas por sus talentos y virtudes; que elija, en una palabra, lo que le agrade, lo que pueda amar, ó á lo menos estimar; para la amistad, que se dedique más á conquistar afectos que á provocar envidias; más á ser amiga que á ser rival; más á ser útil que á deslumbrar; que desee más ser querida por sus bondades que ser citada por modelo de elegancia, y que prefiera la dulce intimidad de algunas pocas y elegidas personas, al gran círculo en el que sólo se admiran sus trajes y sus prendidos, sin pensar en las nobles cualidades de su carácter y de su corazón.

Mi amiga besó tiernamente la mano de su tío, prometiéndole así de una manera tácita, seguir sus consejos.





Saco abrigo de paño, para señoras jóvenes.



Traje de paseo con falda de siete cuchillas y corbata de encaje inglés.



Elegante vestido de calle con blusa-jaquet adornada con punto de Inglaterra.

Cualidades y defectos.

I

Mis amadas lectoras—pues yo no me atrevo á hablar á los hombres acerca de mis opiniones;—mis amadas lectoras, ¿no habéis notado alguna vez que hay personas insufribles en el trato íntimo, y á las que, sin embargo, la sociedad aclama como modelo de todas las virtudes?

Para que entendáis lo que os pregunto, os voy á citar un ejemplo.

Conozco yo una madre y una hija en continua y perfecta disidencia en el interior de su casa, á pesar de juzgarlas todo el mundo, como vulgarmente se dice, unidas por el más tierno afecto.

Así debía ser, y por eso se cree así; la madre es una señora joven aún, de un talento más que regular, de perfecta educación, de trato dulce y agradable, distinguida y simpática á todos.

La hija es una criatura bella, modesta, afectuosa, de condición amorosa, blanda y benévola naturalmente; todos sus hermanos han muerto, y ella ha llegado á ser el único amor y la sola compañía de su madre.

Yo oigo decir en torno suyo:

—¡Qué felices deben de ser!

—¡Cuánto se aman!

—¡Esa joven no se casará jamás, por no separarse de su madre!

—¡Si esa madre perdiera á su hija, se moriría!

De todas estas opiniones, sólo la última encierra acaso una verdad; es posible que si esta madre perdiese á su hija, sucumbiese al dolor de haberla perdido.

Y, sin embargo, es imposible imaginarse una vida más amarga que la que llevan estas dos pobres mujeres, que no pueden sufrirse la una á la otra.

¿No os parece esto horrible, lectoras mías, sobre todo cuando sucede entre madre é hija?

Pues aun es más horrible cuando la extrema y continua diversidad de opiniones tiene lugar en el matrimonio.

¡Y la tiene tantas veces, tantas.... que causa espanto el saberlo y aun el adivinarlo!

No obstante, repito lo que dije al empezar; casi siempre estas personas insufribles para la vida íntima, pasan por modelos de virtud y de moralidad entre las gentes que las tratan poco.

Demostrada la llaga, veamos si podemos adivinar lo que la ocasiona, y cuál es el remedio que la conviene.



Bata de casa, estilo "Princesa."

Vestido para hogar, de medio luto

II

En mi pobre opinión de mujer, creo que para la vida interior, ó de familia, es mucho mejor tener un solo vicio que muchos defectos.

En primer lugar, un vicio puede curarse; una fuerte sacudida moral, una desgracia originada por ese mismo vicio, suelen ser el cauterio de la llaga; pero de los defectos nadie se cura jamás, pues casi siempre los creemos cualidades relevantes.

Refiriéndome de nuevo á la madre y á la hija de quienes ya he hablado, puedo asegurar que las dos tienen la culpa del malestar en que viven, y del completo y triste desacuerdo á que han llegado.

La madre quiere que su hija sea perfecta.

La hija quiere, á su vez, que su madre sea una madre modelo.

Cayendo en la manía común, llama la madre á sus exigencias de perfección "amor," y la hija las llama "tiranía."



Traje de recepciones, para señoritas.
La blusa está hecha de acuerdo con las reformas del vestuario femenino.

Ambas carecen de la más amable de las cualidades; de la que es el copito de algodón en rama, dulce, suave y blando, que iguala todas las sinuosidades del carácter y todos los lados salientes de las situaciones; carecen de benevolencia; han llegado á no entenderse, que es la mayor de las desgracias en la intimidad de la familia.

Esos dos pobres seres viven juntos, y está cada uno de ellos solo, ¡eternamente solo!

¡Dios mío! ¿Qué sacrificio puede parecer penoso si precave el llegar á tan horrible estado? ¿Y qué es un poco de tolerancia, comparada con las ventajas y la paz que trae consigo?

¡Prudencia. Justicia. Fortaleza y Templanza! ¡Adorables virtudes, que el cielo ha señalado como cardinales y primeras! ¡Vosotras sois las cuatro fuertes columnas en las que descansa todo el edificio de la paz doméstica! ¡Vosotras dais la dicha y la paz al hogar, la calma á la conciencia y la tranquilidad al alma!

La prudencia calla y tolera los defectos ajenos, pensando en los propios.

La Justicia mide las circuntancias atenuantes de lo que da impulso á las acciones que á primera vista parecen culpables.

La fortaleza perdona las injurias después de soportarlas con valor.

La templanza contiene los movimientos descompuestos de la ira, y derrama un bálsamo exquisito en el alma herida.

¡Oh nobles virtudes! ¡Sed siempre las santas compañeras de mi débil sexo! ¡Sed siempre los ángeles guardadores de la mujer!

III

No sé qué deplorable flaqueza nos impele siempre á ver en cada uno de nuestros defectos una cualidad.

Las personas muy mezquinas se creen "económicas" y "arregladas."

Las dominantes, se juzgan llenas de abnegación hacia las otras.

Las oficiosas, "serviciales."

Las aduladoras, "amables" y "cariñosas"

Las despilfarradoras y manirrotas, "generosas."

Las maldicientes, "listas," contoneándose muy huecas con esta idea: "¡El que me la pegue á mí!"...

He visto á un hombre muy cobarde y villanamente insultado, que, preguntado por un hermano suyo que por qué no pedía satisfacción de aquella ofensa, contestó:

—Yo soy un hombre prudente, que me debo á mis hijos; éstos me necesitan.

—Más necesitan el honor que tú les quitas con tu cobardía!—exclamó irritado su hermano.

Así, cegados los ojos de nuestra razón, en vez de combatir nuestros defectos como á enemigos, los acariciamos y cuidamos como á cualidades relevantes que nos ensalzan.

IV

El motivo, el grande y triste motivo de que algunas personas muy elogiadas por todos y muy dignas de serlo, sean insoportables para la vida íntima, es la poca atención que ponemos en estudiarnos cada uno, evitando todo lo que puede molestar á los demás; es la falta de cuidado en corregir los defectos del carácter, esos defectos que hacen la vida más amarga que un vicio, por arraigado que esté: el ansia de perfección ajena, que es lo que se llama intolerancia; el descuido de la propia; el egoísmo; la murmuración; la costumbre de exagerar y aun de mentir; el hábito de impacientarse por poca cosa, todo esto constituye un conjunto insoportable, y que convierte en víctimas á los que viven en derredor nuestro.

Nada hay comparable á la dicha de la paz y de la alegría doméstica; el que se halla mal en su hogar, en vano será que vaya á buscar fuera la felicidad; no puede hallarla; por eso quiero que todos nuestros esfuerzos, lectoras mías, tiendan á conservarla y que empleemos todas las delicadezas y todas las ternuras que nos son propias, para que reinen en el seno de la familia la dulce concordia, la grata avenencia, la hermosa unidad de las voluntades y de los corazones.

LOS QUE PONEN EN AMA A SUS HIJOS

Si yo fuera filósofo ó médico, haría una disertación clínica sobre el epígrafe alarmante de este artículo; tronaría contra la monstruosidad de esas madres sin entrañas que profanan la cuna de sus hijos y los sacrifican á la vanidad, á la ambición, y quizá más que todo á la coquetería. Pediría para ellas un castigo ejemplar y marcaría su frente con el estigma de la reprobación. "Esta mujer—diría—tuvo la dicha de ser madre y faltó á la ley natural poniendo á sus hijos por egoísmo en manos de una nodriza."

Nadie glorifica el porvenir que los hijos representan, como los pueblos en que se santifica el pasado; nadie como las familias en que los abuelos son el ídolo de los nietos. Por eso la cuna del recien nacido es para el mundo, singularmente para la generalidad de las madres, más sagrada y venerada que la tumba de los antepasados.

¿A quién comparar esas madres frívolas, de impostoras virtudes, que arrancan del pecho al hijo de su corazón y lo entregan cobardemente á una mujer mercenaria? No es fácil encontrar el símil para esas mujeres que quitan el calor al tierno infante, y la compenetración de dos vidas, una frágil y endeble, otra débil también, pero poderosa por el esfuerzo indomable de la pasión maternal. La leona herida y moribunda cubre á los cachorros con su cuerpo sangriento, pero no los entrega. La perdiz se brinda al cazador volando ante su escopeta, para que éste no descubra el nido. Admiro estos rasgos de ternura instintiva tanto como vitupero en la mujer que se transforma en madre la mayor inteligencia y elevación del espíritu, que en vez de depurar y perfeccionar el instinto, lo mata.

Al ver tantos grupos de nodrizas andariegas, tantos talleres de nutrición humana, tanta harina láctea y tantos biberones hospitalarios, casi dudo de que en nuestros días pudiera repetirse el "conflicto" entre dos "instintos" que asombró á Florencia y voy á recordar.

Cierta madre se arrojó desesperada delante de un león que le había cogido su hijo. El animal, asombrado de la desesperación de la madre, adivinó su dolor y le devolvió el niño, depositándolo dulcemente á sus pies. Hay instinto sublime en la madre, y hay instinto casi racional en el león. ¿Por qué no han de ser estos buenos instintos el germen de las virtudes humanas? ¿Por qué la madre y el monstruo no se han de fundir en un sentimiento celeste—el de la virtud—en el amor santo de la maternidad? Una sola virtud en un alma vicosa, bastaría para regenerarla.

Esto quiere decir, con permiso de las conveniencias, que las mujeres madres que sin necesidad perentoria apartan de su seno al hijo amado y se lo dan á una advenediza inculta para que lo alimente y lo enseñe á rezar y á amar; esas mujeres egoístas, degeneradas y malas, no tienen alma. Serían capaces de devorar á sus propios hijos, como hacen entre los reptiles únicamente los cocodrilos.

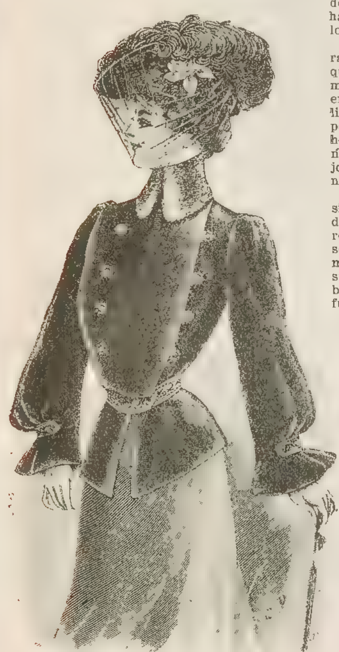


Traje de niñas, para paseos campestres.

Traje de paño y adornos de encaje y cintas, para hogar. Apropiado para señoras de edad.

Insisto en este punto de vista moral, porque el valor de los hijos, lo que hace que sean considerados como bendiciones del Cielo, consiste en que son el porvenir de las familias, la integridad de la raza, la esperanza, la alegría, la vida de los hogares, pobres y ricos. Los hijos nos representan en el porvenir bajo la forma más íntima, más personal y cariñosa.

Por eso es su encanto irresistible; por eso tienen en derredor de sus hechiceras cabezas una aureola de venturas y felicidades que se reflejan en el semblante de las madres, que calientan dulcemente su corazón y conceden á las más pobres y á las más desgraciadas la fuerza necesaria para ganarles el sustento por el trabajo honrado. ¡Bendita sea la infancia, que mata la tristeza! ¡Bendita sea la infancia, que crea en el seno de las familias el sentimiento del porvenir, que es la esperanza y la fe, tan indispensables al hombre como el aire y la luz!



Saco abrigo de terciopelo con botonaduras de metal y cuello de pieles.

Pues si los hijos son la vida y la luz de las familias, ¿qué nombre debe darse á las madres desnaturalizadas, que los arrojan de casa y los meten en la Inclusa, y los ven morir sin inmutarse, vendiendo acaso á hijos extraños el alimento precioso que á ellos les quitan? Esas mujeres no son madres, son abortos repugnantes. El amor maternal es tierno y apasionado hasta el sacrificio puro, exclusivo y enérgico hasta el delirio; sin afecto ciego ni monomaniático, puesto que conserva siempre la delicadeza de emociones que es propio de la ternura maternal. La verdadera madre es modesta y recogida, ama el techo conyugal y los trabajos propios de su sexo; ama á su marido con admirable mezcla de ardor y respeto, y á sus hijos con una pasión profunda tan aprensiva, que se asusta de todo, de los ruidos, de los presentimientos tristes, algunas veces demasiado reales. La madre es mártir voluntaria de sus deberes y esclava de sus hijos, á quienes da la sangre de sus venas, y con ella un manantial de amor infinito, reflejo del amor inmortal. Decid á esas santas mujeres que se vistan á la moda del último figurín; que cuiden de su hermosura y de sus atractivos; que frecuenten la sociedad, los teatros y los bailes, y os dirán que para ellas no hay más sociedad que la de sus hijos, y que para agradarles y encantarles no necesitan ser bellas ni elegantes, sino buenas y cariñosas madres, porque este título resume en ellas un tesoro de virtudes, la santidad del afecto más desinteresado que existe en el alma humana.

Poner un hijo en nodriza porque la madre no puede amamantarlo, es acaso de conciencia y de necesidad. Sacarlo de la cuna para que la señora no interrumpa sus costumbres elegantes, ni se aje el rostro, ni se le ensanche el talle, ni se comprometa el escote, ni se descuide el tocado, ni se agoste la frescura artificial de la belleza compuesta, eso no es virtud ni sentimientos; es desnaturalizar la misión divina de la maternidad y reconocerse inferior á la hembra salvaje.

Una esposa de fino porte, de tradiciones galantes, sin anemia ni dispepsia, fresca y lozana como una campesina, aunque ella se asuste de parecerlo, que da á luz sin dificultad un hijo, y convalece pronto, y tiene próvidos senos para el ángel que es parte de su existencia, y los seca de intento con bebedizos, á trueque de comprometer la salud, por miedo, según dice, á los "pelos," á los desvelos nocturnos, á la suciedad constante y á la vigilancia perpetua; esa mujer, de la cual hay, por desgracia, ejemplares, es una criatura cobarde y viciosa, que desconoce, por pobreza de espíritu, por descuidada educación ó por carencia de sentimientos religiosos, la grandeza sublime de la madre en la sociedad cristiana; que no tiene idea siquiera del heroísmo maternal, y en su devaneo descastado llega hasta desconocerse á sí misma, porque sintiendo en el alma el germen divino, lo niega, lo rechaza con crueldades inverosímiles y se juzga feliz pudiendo echar sobre la cuna vacía, cuando vuelve de paseo, el látigo y el sombrero de montar.

Apartando la vista del foso donde se revuelven los seres caídos, me voy á respirar á los hogares limpios y castos, donde la esposa es reina del amo, porque á la vez es madre amantísima de un coro de ángeles, á quienes ha criado con alimentos heroicos, para poder decir orgullosa:

—¡Son mis hijos!

Esa es la madre del Evangelio.

ENRIQUE SEPULVEDA.



PARA EL HOGAR

LAS PAGANAS.

I

Ningún ser que ama á otro ser apasionadamente es completamente digno de compasión, porque no es completamente desgraciado.

Un afecto profundo ocupa la mayor parte de la vida, y á veces la llena toda.

Es verdad que muchas veces este amor es pagado con ingratitud, y que estas pasiones suelen tener su calvario y su cruz; pero hay en el amor una exaltación que hace preferir el martirio por la persona querida á la más completa felicidad sin ella.

El primero de los amores, el más puro, el que da al corazón una felicidad más perfecta, es el divino, el amor á Dios, supremo consolador de todos los males ,Padre tierno y previsor, que jamás nos abandona; ese amor llena, no solo la vida, sino también el alma, de la dicha más completa y más dulce.

Después del amor divino hay algún amor mundano, que, á fuerza de ser grande, llega hasta el heroísmo, que aunque contravenga algunas veces á las leyes del deber, se hace perdonar, ó disculpar al menos, por ser inmenso.

Hay también quien ama á sus padres con la mayor ternura; y del amor á los hijos creo inútil hablar, porque hay muy pocas mujeres que no sean capaces de sacrificar á su amor maternal hasta su propia vida

En la amistad se han visto también ejemplos admirables de grandeza y abnegación, y dos damas holandesas, las fundadoras de la novela en su país, vivieron unidas desde su juventud más tierna por los lazos de una amistad tan sólida, que han pasado á ser citadas como ejemplo hasta nuestros días

Todo esto es posible, y lo vemos cada día; todas estas variantes del amor se admiran, se comprenden y las alabamos con razón; pero hay otra clase de amor que no es noble, ni grande, ni disculpable siquiera, y de este amor voy á tratar en el párrafo siguiente.

II

—Dime, querido Carlos (preguntaba un día el Marqués de M. á su hermano mayor): ¿qué te parece mi mujer?

—Una pagana—respondió ásperamente el Duque, que era el hermano á quien esta pregunta se dirigía.

El que había interpelado quedó un instante suspenso, á pesar de serle bien conocido el carácter brusco, excéntrico y demasiadamente sincero de su hermano primogénito.

—Yo creo muy cristiana á la Marquesa (repuso sonriendo al cabo de algunos instantes); pero tu opinión es para mí de tal importancia, que te ruego me des la explicación de lo que has dicho.

—Digo que tu mujer es una pagana, y así la califiqué desde el día de tu casamiento, tres meses hace.

—¿Por qué la juzgas así?

—Se llaman paganos los que adoran ídolos, ¿no es cierto?

—Sin duda.





Elegante traje de recepción.

—Tu mujer adora dos ídolos.

—¿Cuáles son?

—El lujo y el placer.

—¡Y qué tiene eso de extraño? ¡Es tan bonita!

—¡Lindísima!

—¡Y tan joven!

—Diecinueve años: lo sé.

—Ya variará.

—Cuando yo me vuelva joven y buen mozo,repuso el Duque de..., que ya contaba cincuenta años, y era pequeño y jorobado.

Este hombre regañón y arisco tiene razón; la joven Marquesa es una pagana que se adora á sí misma y á todo lo que puede aumentar su belleza y sus gracias.

Hija de una madre severa y rígida, pasó en una pensión los dieciséis primeros años de su vida, y vivió luego, hasta su casamiento, en el más completo retiro, y bajo la dirección de una aya inglesa, que ninguna expansión dejaba á su carácter y á sus inclinaciones; el casamiento fué para ella como una carta de libertad, y á pesar de que su esposo le llevaba veintiún años, le aceptó y le miró como á un bienhechor que le abría las puertas de su cárcel doméstica.

No tuvo que temer el esposo ninguna infidelidad de parte de aquella esposa que podía ser su hija. Blanca, que así se llama—pues aún vive,—ha pasado algunos años dedicada sólo á frecuentar los salones del gran mundo; á llamar la atención en la Castellana, en el Retiro, en el Botánico, por la elegancia y ostentación de sus carruajes y libreas, y á provocar la envidia de las damas más hermosas, por sus gracias encantadoras y por la riqueza de sus joyas y el buen gusto de sus trajes.

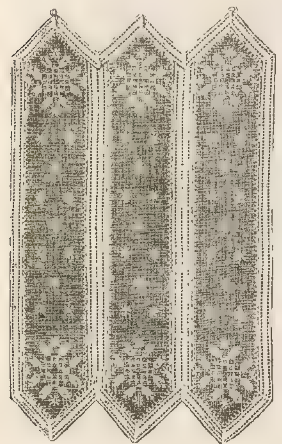
Tres hijos, que han muerto al poco tiempo de nacer, han dejado á la Marquesa en la libertad más completa; y aunque los médicos le han dicho varias veces que el no nacer de sus hijos en condiciones viables era debido á la vida agitada que ella hacía, á la presión del corsé, á los insomnios y á la falta de apetito, que debilitaban su naturaleza, le ha sido imposible renunciar á una existencia que era la más conforme á su gusto y la única que comprendía ya.

El mundo seca la savia del alma y devora á las pobres víctimas que se entregan ciegamente á él.

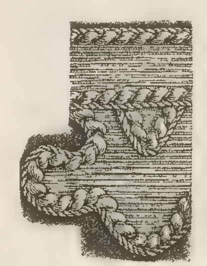
III

La vida de la Marquesa no tenía otro método que la de tantas otras señoras de su clase: se levantaba á la una, la recogían sus doncellas el cabello y la ponían una bata elegante, para almorzar, sin gana, á las dos; hacía algunas visitas ó recorría algunos almacenes de modas, hasta las cuatro en invierno, hora en que iba á dar algunas vueltas á la Castellana; se vestía para comer, á las siete; iba á su platea del teatro Real á las nueve; volvía á su casa á las doce; se vestía de nuevo, y se iba á uno ú otro salón, hasta las tres de la mañana; á esa hora la desnudaban sus doncellas, y se dormía ya bien entrado el día.

Jamás leía, porque aunque en la mesa del centro de su salón había algunos libros nuevos, ella no les hacía el honor de consagrarles una mirada; dejó olvidar la música, que sabía bien; el dibujo, en el que sobresalía cuando niña, y perdió el raciocinio que, aunque no en gran dosis, algún día había poseído.



Modelo de bordado, para biombo



Detalle de tejido al "crochet"

No miraba jamás los cuadros ni los bronces que decoraban su suntuoso palacio, y llegó, en fin, á no saber hablar más que de modas, de trajes, de brillantes y de chismes de salón.

Así aquella pagana se convirtió en fanática adoradora de la tontería, de la venalidad, de lo que hay de más frívolo en el mundo, y el culto del lujo y de la ostentación fué el solo que sobrevivió á todos los cultos, á todas las adoraciones de las almas nobles y escogidas.

¡Pobre Blanca! ¡Tan bonita, dotada de tan dulce carácter, tan simpática á todos por sus gracias, y haber caído en tal frivolidad, que bien merece el nombre de idiotismo!

¡Rebajar su espíritu en vez de elevarlo! ¡Ocuparse sólo de lo material, sin pensar en lo moral, en lo intelectual, en lo bello, en lo grande! ¡Mirar siempre á la tierra y jamás al cielo! ¡Qué inmensa, qué terrible desgracia!

IV

Hoy la Marquesa tiene cuarenta años; las arrugas van surcando sus blancas sienes y su graciosa frente; arrugas prematuras, que han llegado conducidas por las veladas de muchos años, por la vida agitada del gran mundo, tan distinta de la apacible vida de la madre de familia, de la buena esposa, que se dedica á cuidar y á embellecer su hogar.

Su esposo ha dejado de amarla; al año de casado se convenció, y su hermano mayor le ayudó á convencerse de que aquella linda pagana era sólo un mueble más; el más bello de todos los de su morada, pero sin más alma ni más entendimiento que aquéllos.

Los amigos, y también las amigas, empiezan á olvidar el camino de su casa; porque, para colmo de males, su fortuna, aunque muy pingüe, no ha podido resistir á los continuos y exorbitantes gastos de los esposos.

El Marqués, cansado de estar siempre solo, porque, siendo de más edad que su mujer, no podía llevar la agitada vida de Blanca, convencido de que ésta no le amaba ni le había amado jamás, buscó su distracción en otra parte, y se ha creado una doble familia, olvidando para siempre á la que eligió para compañera y le ha dejado solo en el camino de la vida; en su segunda familia tiene hijos, y en ellos ocupa todo su tiempo y todo el afecto de su corazón.

¡Pobre Blanca!

Sin esposo, sin hijos, sin juventud, sin fortuna, sin afecciones de ninguna especie, sin fe viva en el alma, ¿qué le queda? Sólo el vacío del sepulcro, que siente ya en torno suyo.

Su carácter, que se ha agriado, se ofende y se disgusta de todo lo que es bello y bueno; la juventud y la hermosura de las demás mujeres le son muy odiosas; se ha vuelto murmuradora, y casi pudiera decirse maldiciente, porque su espíritu ha ido empequeñeciéndose, y ya no hay en él lugar para nada que sea noble, delicado y grande.

Tal es el fin de las pobres paganas que dedican toda su adoración al lujo y á las distracciones del mundo, y que no ocupan su corazón en el amor de la familia, y su fortaleza en el cumplimiento del deber.



Vestido "Princesa" último estilo



Carpeta bordada para mesa de estorbo



Delantales bordados

LA COQUETA.

I

Cuando he tratado de escribir algún artículo de costumbres, y he pensado retratar en él un tipo, he buscado alguno que sea, no sólo conocido, sino "mal conocido;" es decir, ó excesivamente alabado, ó vilipendiado en demasía.

A la coqueta se la juzga con arreglo á uno de estos dos extremos; el odio de todas las mujeres y de algunos hombres, y las simpatías de una no pequeña parte del sexo fuerte.

A mi juicio, hay diversidad en la especie de las coquetas, y sin amor propio puedo decir que el juicio de la mujer en este asunto es de mucho mayor validez que el de un hombre.

Si no me engaño, es nuestro esclarecido poeta D. Tomás de Iriarte el que ha definido á la coqueta en estos cuatro versos:

"Es la coqueta, mujer
Que pasa alegre su vida,
Anhelando ser querida
Y no pensando en querer."

Mas desde que se escribió esta definición, la especie ha adquirido variedades notables.

La coqueta de que habla Iriarte tiene en su carácter algo de noble y de bello; el anhelo del cariño dice mucho en favor de quien le abriga, y no será extraño que esa coqueta, aun sin pensar en querer, quiera cuando menos lo espere, y quiera con pasión y con lealtad.

La coqueta que piensa y siente no es muy temible; pero hay otra que sí piensa, no siente, y ésa es el verdugo de todo el que siente por ella.

La clase de mujeres á que me refiero anhela inspirar pasiones, pero con la decidida intención de burlarse de esas pasiones: ansían siempre lo imposible, y el hombre que más estimasen, el que les fuese más agradable, le desdeñarían si le viesen realmente apasionado de ellas.

Estas mujeres temibles quieren dominar en general al sexo que llamamos fuerte; su anhelo no es de amor, sino de dominio; su afán no es de afecciones ni de ternura, sino de homenajes; el cariño las fatiga y las aburre, y no se libra de sus tiros ni el honrado y ejemplar padre de familia; si hay en ellas alguna capacidad para el sentimiento, tal vez alcanza á interesarlas el que más resiste á sus manejos y á sus "avances," como dicen nuestros vecinos los franceses.

II

La coquetería y el coquetismo se confunden generalmente, y, no obstante, son muy diferentes; la primera la sienten todas las mujeres desde que despunta la luz de su razón, y algunas veces no las abandona hasta el sepulcro; el segundo no se siente, se ejerce, porque, lejos de ser un sentimiento, es un sistema calculado y sujeto á reglas.

El coquetismo, y no la coquetería, es lo que hace las coquetas; porque el coquetismo lo ejercen únicamente las mujeres de corazón frío y de poco elevados sentimientos.

La coquetería es conveniente; constituye el principal encanto de la mujer, y necesita conservarla para su felicidad, porque la coquetería es una especie de conocimiento de su propio mérito, que la induce á realzarlo en cuanto puede con mil graciosos é inocentes recursos; puede decirse que la coquetería es un deseo constante de agradar.

Hay algunas mujeres dotadas de encantadora coquetería en su juventud; todo participa de ella, sus acciones, su traje, sus palabras y hasta sus menores movimientos; su más vivo deseo es complacer, y ya encuentro en esa constante ocupación del placer de los demás algo de generoso y tierno.

Su coquetería las hace siempre amables y dulces; su coquetería las inclina á cultivar todo género de habilidades, y á presentarse, aun en familia, bien y elegantemente prendidas; su casa está siempre cuidada con esmero, y en la colocación de los muebles, en los pliegues de las cortinas, en la fisonomía general que presenta su domicilio, se ve ese anhelo de complacer que cautiva todas las voluntades.

No, no es la coquetería lo que hace las coquetas; porque la coquetería, la amable y graciosa coquetería, se emplea tambien con éxito para alcanzar las simpatías de nuestro sexo: coqueterías son los mil pequeños servicios que una mujer puede prestar á otr. para captarse sus simpatías.

¡Cuántas cosas que parecían imposibles ha conseguido una dulce mirada, una palabra amable, una frase dicha á tiempo, y dicha con deseo de agradar!

III

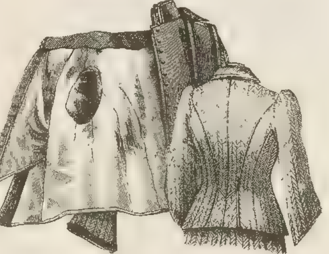
El coquetismo no tiene la abnegación y la generosidad de la coquetería; no imprime en la que lo ejerce el sello del talento, sino el de la astucia y falsedad; el coquetismo es fastuoso y deslumbrador, pero carece de ese atractivo inherente á todo aquello en que toma parte el corazón; anhela que se le rinda tributo, no amor; es vano, pero no sensible; arrogante, pero no digno; como ya he dicho, el coquetismo, y no la coquetería, es lo que da á la mujer el odioso nombre de coqueta.

El coquetismo es intolerante, mordaz y desapiadado hasta con las mismas que le dan abrigo; pues no bien los años empiezan á escribirse en su frente con amargos y helados caracteres, las abandona, sin dejar otra cosa que vacío y soledad; porque el coquetismo espanta al matrimonio, en vez de atraerlo como la coquetería. La pobre mujer de quien hace presa, adquiere por él patente de malos sentimientos y de no buena moral.

Por eso muy pocos quieren á la coqueta para depositaria de su honor y para madre de sus hijos.

El coquetismo es dispendioso, y le gustan las galas vistosas; compañeras del coquetismo son la vanidad y la ambición; y es de tal modo cruel, que se complace en conquistar corazones para desgarrarlos después con crueles desengaños.

Si la coqueta puede elegir esposo, se ve generalmente que escoge á una persona rica, aunque le doble la edad ó sea deforme y ridícula; porque para la coqueta no hay



Talle de abrigo y detalles de confecc.ones.

otra dicha que los goces de la vanidad y del lujo; su corazón es mudo y helado; una vez casada, es cosa muy común verla abandonarse á una existencia de comodidades y enteramente egoísta, para indemnizarse de los cuidados que le costó alcanzar la posición social que ambicionaba.

IV

Hay otra clase de coquetas muy inocentes, y á ella pertenecen las niñas que entran en el camino de la vida por la puerta de flores de la adolescencia; ésta es la que se prolonga hasta una edad muy avanzada, si no se cuida mucho de elevar y de despertar un corazón que se presenta tan superficial, y con una ausencia tan completa de sentimiento; estas mujeres son las que ejercen de una manera desapiadada el coquetismo cuando llegan al estío de la vida, ya por la ausencia de ternura en el alma, ya porque acaso ignoran el daño que causan, ya también por la absoluta carencia de una educación íntima y tierna, que sólo una madre inteligente é ilustrada puede dar.

La coquetería es una dulce amiga que embellece nuestra vida y la de todos los seres que nos rodean, y á la que, lejos de rechazar ó desconocer, debemos amar, haciéndola nuestra compañera inseparable; ella da encanto á nuestra casa, elegancia á nuestro traje y hasta belleza á nuestra fisonomía ;ella es una hada bienhechora que nos enseña á complacer á las personas que amamos, y nos sonríe siempre.

El coquetismo es un monstruo detestable que se traga nuestros buenos instintos, y que nos hace aborrecibles á todos, porque endurece el corazón al invadirlo.

La coquetería es amiga de la virtud; el coquetismo es su enemigo más implacable; en una palabra; la coquetería es la base de la dicha y el sostén de todas las bellas cualidades de la mujer; el coquetismo es el prólogo de su perdición, y tiene por epílogo el desprecio y el abandono de todos.

No se deben ahogar en una joven el amor á lo bello, el constante deseo de agradar, la gracia nativa que la inclina á complacer, las expansiones del alma, que demuestran su temple apasionado y amante. Lo que debe corregirse, lo que debe extirparse, como las malas yerbas de un jardín ,en una alma joven, es el afán de homenajes, el empeño de llamar la atención, el desdén soberbio, la vanidad y el orgullo del carácter; porque todos estos defectos fatales van creciendo con la edad, y constituyen el ser odioso y aborrecible que se llama "coqueta," y que, si llega al deplorable perfeccionamiento de la especie, es uno de los baldones de nuestro sexo.



Traje de señorita, para recepciones



Paletós tableados, para la presente estación

La Cajetilla de Cigarros

Aquella mañana, la del 7 de Junio de 1880, habían corrido raudales de sangre peruana en el legendario Morro de Arica. Francisco Bolognesi, el inmortal soldado, había sucumbido, cayendo en torno suyo 900 bravos de los 1,600 que formaban su cuerpo de ejército.

Se había batallado hasta quemar el último cartucho, y 6,500 soldados chilenos se adueñaron del Morro, sin más pérdida para ellos que la de 144 muertos y 337 heridos.

La lucha fué en la proporción de uno contra cuatro. La victoria no correspondió al esfuerzo heroico, sino al número, inflexiblemente abrumador.

En momentos de pronunciarse el desastre, un joven capitán peruano á quien acompañaban cuatro soldados, golpeó con la culata de su rifle el fulminante de una mina, produciéndose la explosión, que mató á tres de los enemigos, dejando heridos y contusos á muchos.

Disipada la espesa nube de polvo y humo, se encontraron el capitán García y sus cuatro valientes rodeados por un grupo de treinta soldados chileno al mando del teniente Luján .

Toda resistencia era imposible, y los cinco peruanos fueron hechos prisioneros.

En esos momentos se presentó un coronel, quien, informado por Luján del estrago producido por la mina, dijo lacónicamente:

—Baje usted con esos hombres á la falda del Morro y fusílelos.

Y vencedores y vencidos emprendieron con lentitud el descenso de trescientos á cuatrocientos metros que los separaban de la llanura.

Habrían caminado muy poco, cuando el capitán García se detuvo y sin fanfarronería, con entera serenidad de espíritu, le preguntó al oficial chileno, que tenía aspecto de buen muchacho:

—¿Me permite usted, teniente, encender un cigarrillo?

—No hay inconveniente, capitán. Fume usted cuantos quiera hasta llegar á la falda.

García sacó del bolsillo de su "talismán," nombre con que se había bautizado, por entonces, á la levita de los oficiales, una cajetilla de cigarros de papel.

—¿Fuma usted, teniente?

—Sí, capitán, y gracias —contestó el chileno, admitiendo un cigarrillo.

—Así como así—continuó García—siendo éste el último que he de fumar, hago á usted mi heredero de los doce ó quince que aún quedan en la cajetilla, y fúmeselos en mi nombre.

Luján se sintió conmovido y, aceptando el legado, contestó:

—Muchas gracias. Es usted todo un valiente, y créame que me duele en el alma tener que cumplimentar el mandato de mi jefe.

Y sin más prosiguieron el descenso.

Faltábales poco menos de cincuenta metros para llegar á la siniestra falda cuando, desde la altura, resonaron gritos dados por otro oficial chileno.

—¡Eh! ¡Luján! ¡Teniente Luján! deténgase hombre. ¡Espéreme!

Luján mandó hacer alto á su tropa y retrocedió para salir al encuentro del voceador.

¿Qué había sucedido? Que el coronel, calmada la primera impresión, reflexionó que su orden de fusilar prisioneros encarnaba mucho de injusticia y ferocidad salvaje. Llamó á uno de sus subalternos y le mandó que corriese á detener á Luján.

—Dice el coronel—fueron las palabras del emisario al aproximárse le su compañero—que no fusiles á estos "cholos" y que los lleves al depósito de prisioneros.

—Me alegro—contestó Luján, porque el capitancito me ha sido muy simpático; ¡como que me ha hecho nada menos que su heredero!

Unido el teniente á su tropa y á los cautivos, dijo:

—Le traigo una buena noticia, capitán. Va usted con sus cuatro soldados al depósito de prisioneros. Ya no lo fusilo.

—Entonces, mi amigo—contestó el imperturbable capitán García,—se quedó usted sin herencia. Devuélvame mi cajetilla de cigarros.

RICARDO PALMA.

REFLEJO.

¿Ves bajo el líquido velo
de su linfa, cómo el lago
pinta con sumiso halago
sombras y luces del cielo?

¿Le ves brillar con azul
purísimo, transparente,
cuando de Oriente á Poniente
los aires tienden su tul?

¿Le ves en la noche obscura
negro como el cielo mismo,
imitando aquel abismo,
el abismo de la altura?

El refleja el rojo sol
en sus ondas peregrinas;
el refleja las neblinas
y refleja el arrebol.

Pues como el lago sereno
luz y sombra reverbera,
y de la celeste esfera
la imagen lleva en su seno.

¡yo reflejo tu dolor,
yo reflejo tu placer,
y en el fondo de mi ser
llevo el cielo de tu amor!

JOSE ECHEGARAY.

Madrid.



Elegantes y vistosos delanteros propios para el hogar.

Cantares Marinos.

Puedes decirle á tu madre
si es que me "pone la proa,"
que yo no "viro en redondo"
sin soltar "la escandalosa."

Conozco yo dos marinas
que valen más que la inglesa:
una "marina" de Abades
y la "Marina" de Arrieta.

Cuando salto á tierra
¡adiós mis ahorros!
Pues á mí, lo mismito que al barco,
me "limpian los fondos."

NO TE VAYAS.

Seas muy bien venida,
niña hechicera,
que en Buenos Aires viste
la luz primera.

¡Bendiga Dios tus gracias
y tus primores,
y bendiga la tierra
que da esas flores!

Es tu acento "argentino"
tan dulce y suave
como los amorosos
trinos del ave.

Y hay en tus ojos negros
fascinadores,
toda la poesía
de los amores.

¡Feliz el que al amarte
se mire en ellos
y reciba el influjo
de sus destellos!

No vuelvas á tu patria,
niña querida,
que tus ojos son soles
que dan la vida.

Y el día en que nos dejes
sin esos soles,
nos quedamos á obscuras
los españoles!

Recetas de Cocina.

CABALLAS (MAQUEREAUX) A LA MAITRE D'HOTEL.

Abranse por el lomo en toda su longitud, y se echan en una cacerola con sal, manteca y un polvito de pimienta; así dispuestos, pónganse en las parrillas; cuando estén á punto se les quitan las raspas y se les echa una salsa á la "maitre d'hotel."

CABALLAS CON PUERROS

Sofríanse unos filetes de puerro en aceite ó manteca, mójense con caldo de pescado; póngase el pescado á cocer con ellos, y sírvanse con su mismo caldo.

ESTURION CON SALSA PICANTE.

Cuézase en una marinada caliente, y después se escurre y se sirve con una salsa picante.

BACALAO A LA PROVENZAL, EN TAJADAS.

Echese en remojo el bacalao durante un par de días; en este intervalo cámbiese el agua cuatro ó cinco veces; cuando se quiera preparar, se aperdiga en una cacerola; el agua debe cubrirlo por completo; cuando vaya á hervir se le echa un vaso de agua fría, retírese del fuego y cúbrase; déjese después escurrir y quítensele las raspas y el extremo de la cabeza; después échese en una cacerola con el zumo de un limón, dése á la cacerola un movimiento de rotación continuo mientras otra persona va echando gota á gota aceite para liar el bacalao, cuando éste esté bien liado, hasta el punto de pegarse á la cacerola aun cuando se menee fuertemente, échesele con suavidad medio vaso de leche ó de agua fresca; meneando la cacerola á dos manos, el bacalao se desprenderá; sígase entonces echándole aceite, y cuando, por último, esté muy bien trabado y forme crema, se le agregan ruedas de trufa, perejil y un poco de naranja agria; estos dos últimos ingredientes deben picarse y saltearse un par de minutos al fuego con buen aceite ; si se quiere, se le puede agregar un poco de ajo, pero no es de rigor.

OBSERVACION.

El bacalao, que se debe tener siempre muy caliente para guisarlo á la provenzal, no debe sin embargo hervir nunca.



Vistoso y artístico traje de desposada. Piel de seda color crema y adornos de "plissé" y punto de Inglaterra

EL TESTAMENTO
Del Illmo. Sr Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000.
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Don Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano, y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua." Compañía de seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro, cada una, ó sean.	$50,000 oro
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,829 oro
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y 25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Anna A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo: á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza

